No olvidaré tu rostro

ni el tuyo
ni el tuyo...

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

No olvidaré tu rostro

ni el tuyo
ni el tuyo...

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

No olvidaré tu rostro

ni el tuyo.
ni el tuyo…

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

A mis padres,
por mi primer viaje a Comillas
cuando contaba con quince días.
Hay decisiones que marcan.

A Paz e Isabel Correa
por su constante apoyo.

Agradecimientos

Quería agradecer el apoyo de aquellos que han seguido el desarrollo del manuscrito y el diseño de la portada, dándome sus valiosas opiniones y correcciones para conseguir un mejor resultado final. Mi gratitud a Esther Pintama, a Faustino Cuadrado, Almudena García, Luis Miguel Sánchez, Isabel Correa, Paz Correa, Patricia García-Zozaya, Ignacio García-Zozaya.

A mi familia y amigos.

A Jaime Mariategui Valdés, que me ha permitido vestir con su nombre a uno de los protagonistas, el escritor Jaime Valdés.

A Mónica Menjón y Diego Municio, miembros de la Policía Nacional por el inestimable asesoramiento que he recibido en asuntos de investigación y actividad policial.

A ti lector que te dispones a leer esta novela, por tu tiempo e interés.

A Cantabria en general con un guiño muy especial a Comillas, los comillanos y sus inseparables *papardos*.

A Amazon.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48

49
50
51
52
53
Epílogo
Biografía

“Si eres neutral en situaciones de injusticia,
has elegido el lado del opresor”
Desmond Tutu

(Premio Nobel de la Paz 1984)

Prólogo

Cuando me decidí a escribir novelas no tenía ni idea del oficio de escritor. Leí mucho antes de atreverme a teclear el primer renglón. Siempre había deseado ser yo el que construyera las historias en las que me zambullía perdiendo en muchas ocasiones el sentido del tiempo.

Apenas se trataba de un deseo, como el que ilumina los sueños de un niño cuando dice que de mayor quiere ser astronauta, sabiendo en su interior que no deja de ser eso, un sueño del que se despertará algún día con el paso de los años. Mi sueño de ser escritor lo he tenido siempre oculto, cubierto con innumerables capas de argumentos que en su totalidad me aconsejaban continuar con aquello que se me daba mejor; mi papel como lector.

Lo que nunca pude sospechar es que este oficio se convirtiera en mi peor pesadilla. Vivo en Santander desde hace casi un año. Me contrataron para dar clases de escritura creativa. Sí, así lo llaman, para mí no deja de ser redundante. Nos guste o no lo escrito, no por ello evita el proceso creativo mínimo necesario para plasmarse en papel. Al final, mis clases responden al enunciado de *"cómo escribir una novela"*. Me llevó tiempo decidirme a aceptar, no por la ciudad, era la mayor motivación, sino porque no soy un escritor de best seller a nivel mundial, he conseguido algún pequeño logro puntual, pero nada más. Siento que raya la prepotencia creer que sé cómo desarrollar una trama si yo mismo no he alcanzado el éxito que todo escritor persigue.

Este es otro tema.

La ansiedad me empuja a hablar de todo a la vez.

Ojalá algún día pueda poner punto y final a este diario.

Llevo mi vista al escaso dedo de agua que contiene el vaso de cristal sobre la mesa y lo apuro, paladeándolo como si descubriera un sabor diferente al de otros días.

Otra vez me ha pasado lo mismo. Desvarío.

A lo que iba. No sé cuándo ni cómo empezó a fraguarse mi fin, no sólo como escritor sino también entre los vivos. He pensado mucho en

ello, algo lógico y normal cuando ves tu vida peligrar. Lo he comentado con algún amigo, no me valía cualquiera, debería tratarse de alguien que no justificara mis temores como algo inherente al derroche de imaginación que se nos presupone a los escritores.

Hoy es el día, es posible que este texto se recuerde como las postreras palabras de mi diario, no es mi intención, confío en no haber completado la última hoja. Sí, hoy es el día en el que daré con mis huesos en la cárcel o encontrarán mi cuerpo ahogado en mi propia sangre.

Oigo ruidos en el descansillo.

Vuelvo la mirada al teclado.

"¿Es posible una tercera opción?"

Dicen que todo es posible, incluso esa tercera opción en la que llevo pensando los últimos meses, sin embargo, no la he encontrado.

"¿Huir?"

No voy a negar que no lo haya contemplado, pero lo único que conseguiría es convencer a la policía de que su absurda teoría es cierta. Me presenté en comisaría para exponer mis temores al inspector Diego Olivares y a la subinspectora María Pinta, en su descargo tengo que decir que no les aporté prueba alguna, más allá de mis sospechas, que no fueran consideradas circunstanciales.

Tampoco les pude señalar un nombre en concreto que identificara sin lugar a dudas al causante de los asesinatos. Sí, hubiese podido apuntar con mi dedo acusador a dos personas pero una de ellas sería inocente.

No me sentí capaz.

Quizá, también me lo he preguntado, mi afán por descubrir la verdad, por ayudar, sólo haya servido para ser visto como el principal, si no el único, sospechoso.

No les culpo.

Yo en su lugar hubiera llegado a la misma conclusión.

Ese derroche de imaginación me viste con un ajustado traje de culpabilidad. No, los inspectores no me han acusado formalmente, pero sé que he pasado de acusador a acusado, al menos en su mente.

Ahora sí, el ascensor se ha detenido en mi planta.

Pasos quedos, murmullos.

El familiar sonido del timbre de la puerta se apodera del silencio de mi apartamento. Dos golpes secos lo acompañan.

La pantalla de mi teléfono móvil se ilumina.

"Inspector Olivares"

Últimamente suelo tenerlo en silencio. El sonido de llamada, no sé por qué, me sobresalta, como en estos momentos, o quizá sí lo sé y lo único que mi yo interno pretende es evitar el miedo que me embarga cuando lo escucho.

“Está fuera”

Mis manos comienzan a sudar, mi corazón a patear con furia mi pecho. Si atiendo al inspector es muy posible que me espere la cadena perpetua. Pensándolo bien, tarde o temprano tendré que exponerme a la justicia.

—Justicia, bonita palabra. Qué falta de significado cuando la echas de menos.

Entregado a mi suerte me incorporo de la silla. De frente, el corto y estrecho pasillo que me conduce hasta la puerta de la calle. Recorro con ansiedad los escasos metros que me separan de ella. Me detengo, respiro con profundidad. Una mano en mi despejada cabeza, la otra abraza el pomo dispuesto a enfrentarme con lo que el destino me tenga preparado.

Esa era mi intención.

No recuerdo más.

De pronto todo se volvió oscuro.

Los ruidos no eran en el descansillo.

1

La mayoría de los libros que he publicado lo he hecho por medio de Amazon. Los he escrito, corregido, maquetado y diseñado la portada. Imagino que lo que nos gusta como escritores es que nuestro trabajo se encuentre al alcance de los lectores en cualquier librería, pero esperar a las editoriales está comenzando a ser, si no lo es ya, una mala idea. No puedo asegurar que mi experiencia sea positiva con ellas, he sido estafado por algunas y olvidado por otra. Lo que sí puedo asegurar es que la llegada de Amazon nos ha dado a muchos la calma que necesitábamos para nuestro trabajo y a los lectores la posibilidad de acceder a novelas, a un precio más reducido, y a autores que en otras circunstancias no hubiesen tenido la posibilidad de conocer.

Mi móvil vibra sobre la mesa.

En mi rostro se forma una sonrisa.

Pulso la tecla verde.

—¿Marcos? ¿Cómo estás?

En ocasiones me gusta pensar sobre lo que nos permiten las nuevas tecnologías. Recuerdo, antes de que aparecieran los móviles y antes aún de que lo hicieran los contestadores automáticos, que cuando sonaba el teléfono de casa de mis padres existía cierta incertidumbre en el ambiente al escuchar el familiar sonido de llamada. El mismo en todas las casas. No se sabía quién podía encontrarse al otro lado de la línea. ¿Será para mí?

—Acabo de terminar el último taller, por este curso ya está bien. Aunque en un par de semanas comienzo otro.

—¿No decías que acabas de terminar?— mientras me acomodo en la butaca agito la mano en el aire. Mi fiel Freddy, un labrador negro, me mira con ojos suplicantes— Lo sé, ahora salimos— susurro— aguanta unos minutos más ¿de acuerdo?

Como si comprendiera el castellano asiente y se tumba a mi lado sin dejar de mirarme con esa expresión que no deja de golpear mi maltrecha conciencia.

—Es corto, sólo una semana. Te llamaba por otro tema, seré rápido, por lo que veo te requieren para salir— apuntó mi buen amigo.

—Sí, no creo que aguante mucho más.

—Mira, Jaime, te voy a proponer algo que conociéndote me vas a decir que no, pero piénsatelo.

Un regusto amargo se agarró a mi garganta no puedo negarlo.

—¿De qué se trata?

—Te iba a decir aquello de qué quieres oír antes si la noticia buena o la mala, pero es que no hay mala.

—Ya. Suéltalo rápido que Freddy se va a mear encima.

—Un taller en Santander, tu ciudad favorita.

Quedé en silencio unos instantes, quizá esperando a que continuara o, quizá, sólo fuese por comprender por qué me propone un taller, algo que no he dado en mi vida. No me veo como profesor de nada.

Gracias a Dios continuó sin tener que decidirme.

—Está muy bien pagado. Es sobre lo que dominas, la novela policiaca.

Permanecí en silencio.

—¿Me escuchas?

—Sí y ya sabes lo que pienso.

—Lo sé, por eso mismo te lo propongo. Sé que lo harás fenomenal y agradecerás la experiencia. Si quieres te ayudaré a prepararlo Tienes tiempo para diseñar el curso.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no lo das tú?— me incorporé, miré a Freddy que había levantado la cabeza. Cogí la correa, sus ojos la observaban como si ejerciera sobre él algún poder hipnótico, le cambió la expresión por completo— Sí, sí, ya vamos.

—Porque me es imposible y además…

La línea permaneció muda unos eternos segundos.

—Además…— le animé a continuar.

—Existe la posibilidad de que dure al menos un año.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Un año? Pero yo…

—No digas nada, Jaime. Háblalo con Freddy, como siempre te gusta hacer, y pensadlo con calma. Es Santander, muy bien pagado y te servirá para tus próximas novelas. ¿Lo harás?

Asentí.

—Dime ¿Lo vas a pensar? Comenzaría en septiembre.

—¿Eh? Sí, sí, lo pensaré— aseguré nada convencido mientras salía

de mi casa con un eufórico Freddy a mi lado.

Llegamos a un pequeño parque, tras hacer uso adecuado de la bolsita y dejarla en la papelera le solté. Disfruto observándole como se relaciona con sus semejantes, su alegría al descubrir a sus conocidos y su curiosidad con los nuevos. De vez en cuando vuelve la cabeza y me mira, juraría que sonríe al localizarme.

"¿Un taller?"

La propuesta de Marcos pugnaba por abrirse paso entre mis pensamientos. Mi primer impulso había sido guardarla en el cajón del olvido. Quizá no cabía y por ello requería mi atención. No podía negar que si el azar había sido el encargado de seleccionar un momento en el que mis incontables excusas perdieran fuerza era este precisamente. Acababa de terminar la segunda corrección de mi última novela y no podía negar que disponía de tiempo para preparar el taller.

Un lametazo en mi mano me hizo despertar.

—Freddy, ¿qué te parece un cambio aires?

El Labrador giró la cabeza de un lado a otro, como si lo estuviera pensando.

—Es en Santander.

Dejó caer la lengua por extremo de la boca y asintió.

"Eso es otra cosa"

De vuelta a casa sentía como algo se removía en mi interior. Se trataba de una sensación que hacía tiempo que no experimentaba. Quizá este sea el motivo por el que no termino de ubicarla, a pesar de ello no es algo desagradable. Es una mezcla de cosquilleo generalizado por todo el cuerpo, una leve presión en la boca del estómago junto con una repentina… ¿euforia?

Abrí la puerta del piso y Freddy salió corriendo rumbo a la cocina y de ahí al tendedero donde se localizan parte de sus dominios; el agua y la comida. El resto, los relativos a su propia comodidad y diversión están repartidos por toda la casa.

"¿Euforia?"

No es que me estén entrando ganas de saltar y de abrazar a todo el mundo. Pero algo se está agitando dentro de mí. A mis casi cincuenta y seis años siento que tengo toda la vida por delante, no es una forma de hablar, es una certeza. Tampoco se trata de un concepto motivador para aquellos que hemos pasado el medio siglo y nos empuje a vislumbrar el horizonte con ilusión. Se han cumplido siete años desde que me lancé a escribir el primer renglón de mi primera novela. Más o menos me siento como un recién licenciado que se disponga a acceder

a su primer trabajo o lleve poco tiempo en él. Para la comparación no me vale cualquiera, quiero decir que no es cuestión de sentirme joven, no tiene nada que ver con la edad, es simplemente saber que lo que estás haciendo es el siguiente paso lógico que tu forma de entender la vida te pide.

La motivación, la felicidad y la alegría no son más que una elección de cada uno, tardé en darme cuenta de ello, en pasar de las frases teóricas bonitas a su aplicación práctica, pero una vez aprendido procuro que sean mis fieles compañeras en el día a día.

Salgo a la terraza, a los pies, la piscina de la urbanización en la que Bernardo, el conserje, acompañado de un par de jóvenes, dan los últimos retoques para que todo esté preparado en la inminente inauguración de la temporada de verano. No es la mejor época del año para mí. No lo es en esta casa, cada año aparecen más y más niños en edad de gritar y correr desde que se abre la piscina hasta que se cierra. No tengo nada contra esos locos bajitos, al revés, pero tanto grito y tan continuo no es con lo que uno espera encontrarse al llegar a casa y menos aún cuando estoy escribiendo.

Un rítmico golpeo a mi espalda me invita a volver el rostro. La cola de Freddy choca contra el cristal una y otra vez. En su boca su juguete favorito, una zapatilla que compré un verano para bajar a la piscina y que sustituyó por el hueso mordedor que nunca le convenció. Desde entonces no la olvida. Sólo la veo cuando la transporta en la boca o la tiene a su lado. El resto del tiempo la esconde en algún lugar que sólo él conoce.

—¿Qué te pasa?

Pongo rodilla en tierra y le acaricio entre las orejas. Acerco la nariz a su hocico. De pronto suelta la zapatilla y restriega su interminable lengua por mi cara. Un lametón rápido, se me queda mirando con ese gesto que juraría que sonríe, la lengua a un lado y la boca entre abierta. Agacha la cabeza vuelve a coger la zapatilla y una vez más me mira fijamente.

Acabo de entenderlo.

Ha tomado una decisión, vota por vivir la experiencia del traslado a Santander. En su boca sostiene todo lo que le importa, su maleta, su juguete favorito, no necesita más.

Asiente, avanza hacia mí y deja caer su barbilla sobre mi pecho.

"¿Nos vamos?"

—De acuerdo, nos vamos— afirmo aún con un cierto resquemor por lo desconocido, por aquello que te saca de la rutina, de tu zona de confort. Aunque bien pensado es en ese lugar donde se encuentra la aventura, el crecimiento, donde se experimenta todo aquello que

deseas, que necesita otro espacio para manifestarse.

A pesar del rápido acuerdo con Freddy me tomé un par de días antes de dar el sí definitivo a mi amigo Marcos Alegre. Necesitaba experimentar si la extraña euforia que me embargaba se refería a algo puntual y pasajero o respondía a una firme decisión. Primero lo comenté con Nerea, una mujer que conocí cuando terminaba de escribir mi primer libro, allá por el mes de junio del 2010. No recuerdo bien como empezó todo. Intento hacer memoria, dudo entre si contactamos por medio de mi blog o directamente por *Facebook*. La cuestión es que ella leía el blog, decía que le gustaba como escribía. Confesé que me encontraba próximo a terminar mi primer libro y le pregunté, no sin cierto apuro, si le apetecería leerlo.

—¿Sí? Vaya, es un honor para mí.

—No creas, son más de seiscientas páginas de un escritor desconocido, quizá sea un ladrillo.

—No lo creo.

Desde ese momento seguimos en contacto, han transcurrido siete años en los cuales hemos pasado de comunicarnos de vez en cuando por *Messenger*, a necesitar comunicarnos a menudo. Se ha convertido en un apoyo constante para mí. Al principio, las conversaciones estaban relacionadas con mi trabajo, no hablábamos de nosotros, por eso no me dijo que estaba casada o si lo dijo no quise escucharlo. Nuestra relación no tenía maldad alguna, éramos buenos amigos. Un día me dijo que, sí, que tenía buena relación con su marido, pero que yo le había enseñado que la vida podía ser de otra manera, que hombre y mujer podían hablar, reírse, contarse cosas, confiar, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Los meses pasaron hasta que un par de años más tarde la desgracia llegó a nuestras vidas en forma del fallecimiento de su madre y de mi padre con apenas mes y medio de distancia. Creo que eso nos acercó más y quizá también nos separó porque su entorno se volcó, a su manera, con ella.

Deseo que sea muy feliz, si algún día la vida nos junta, sonrío sólo de imaginarlo y al mismo tiempo tiemblo al pensar en la posibilidad de que algo así suceda. Si ese día llega…

Mejor no ahondar mucho en ello.

Nerea estaba feliz por mi traslado, ella vive en Alicante. Si algún día nos vemos dará igual en la ciudad que nos encontremos. Santander le encanta.

Cuando terminé de hablar con ella, llamé a mi amigo.

—Me alegro que te hayas decidido, Jaime. Estoy convencido que será una experiencia que nunca olvidarás.

En eso llevaba razón, pero en esos momentos ni él ni yo hubiésemos podido imaginar el verdadero motivo por el que esa experiencia se me iba a quedar grabada para siempre.

Escuché un ruido de papeles, como si estuviera revisando un cuaderno.

—Si quieres puedo echarte una mano para situarte en lo que es el programa y cómo lo afronto yo en mis talleres.

—Contaba con ello, de no ser así se me haría todo demasiado cuesta arriba.

—Te entiendo, a mí me pasaba igual, pero verás lo sencillo que te resulta manejarte. Se trata de aplicar la práctica que tienes a la teoría y…

—Lo sé, ese es el problema. Jamás he escrito pensando en lo que dicen los talleres, ni las normas, ni he seguido los pasos de nadie a la hora de elaborar las tramas.

—Esa es una de las cosas que admiro de ti, tu valor para lanzarte a escribir sin haber asistido a ninguna clase. Ya sabes que mi caso es lo contrario, un taller y otro y otro antes de atreverme a plasmar tanta teoría en una novela.

—Visto así es posible que nos entendamos.

Me despedí de mi amigo media hora más tarde. Corté la conversación porque Freddy se estaba cansando de tanto teléfono, me miraba y giraba la cabeza, como si rotara por un eje horizontal, derecha, izquierda, derecha, izquierda.

A primeros de septiembre del 2017 Freddy y yo llegarnos a Santander, sobre los hombros una maleta llena de ilusiones y de lo que para mí suponía una de las primeras aventuras en las que me había embarcado en la vida.

La ciudad nos recibió con buen tiempo, repleta de turistas y con algo más que en esos momentos no podía ni sospechar. Unos días antes de nuestra llegada, la policía recibió un pequeño sobre con una foto en su interior. Algo que no tenía sentido porque ese caso ya estaba resuelto y por lo tanto cerrado. *El Verdugo*, como así lo había denominado la prensa, había fallecido un par de años antes.

2

No habían dado las siete y media de la mañana cuando Diego Olivares, inspector del grupo de homicidios del departamento de la policía judicial de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria, salía de su casa. Tres días a la semana se obligaba a correr durante cuarenta minutos, pero esa mañana lo que el cuerpo le rogaba era descanso. Cuatro horas antes ponía fin a la jornada del día anterior con la detención de un individuo que había matado al amante de su mujer, dejando el escenario del crimen preparado para que la policía concluyera que se trataba de un robo que había salido mal.

A veces la providencia echa una mano.

O quizá sólo se tratase de la propia desesperación del asesino.

En su afán por revolver el vehículo de la víctima, deshacerse de su cartera unos metros más allá, no muy lejos para asegurarse de que la policía la encontrara, y de hacer lo propio con el teléfono móvil, que no se localizó, olvidó registrar más a fondo. De haberlo hecho hubiese descubierto otro móvil de prepago con una curiosa característica; tenía un contacto, sólo uno; el de su propia esposa. Si buscaba algún indicio de su infidelidad, este era. Horas más tarde se convertiría en la pista que iba a conducir a los investigadores hasta su paradero.

La detención tuvo lugar a media noche en un bar que el sospechoso frecuentaba con asiduidad. No les llevó más de un par de horas que se derrumbara. Bastó con mostrarle el teléfono móvil de la víctima y el registro de llamadas y *sms* a su mujer. Por si eso fuera poco no supo dar una explicación coherente a los dos cortes que lucía en su antebrazo. Tras unos intentos de negarlo todo, propuso, que si tenían la certeza de que su mujer le había sido infiel con ese individuo, la investigaran a ella. Tampoco pronunció palabra alguna cuando se le aseguró que habían encontrado sangre en el vehículo, que contaban con una orden del juez para realizar una prueba de ADN y compararla con la suya, una pequeña mentira a esas horas de la noche pero que no tardaría en llegar. El sospechoso quedó en silencio durante unos minutos, la mirada perdida sobre la mesa, sus

pensamientos en la persona que sería para él o para nadie. Poco a poco comenzó a hablar, culpando a su esposa de todos sus males.

—Es una auténtica zorra. No es la primera vez que…

—Usted un asesino y un hijo de…— la subinspectora María Pinta se contuvo a tiempo antes de dejar escapar lo que su indignación le sugería. Con la boca bien cerrada abandonó la sala de interrogatorios. Su compañero aguardaba al otro lado.

—Sí, lo siento— dijo elevando la mano a modo de disculpa— no debo dejar que mis emociones aparezcan durante el interrogatorio, pero su cinismo y esa expresión de macho rancio me pueden.

—Ganas de romperle la cara no nos faltan a ninguno, pero no les debemos dar la satisfacción de que vean que nos pueden manipular emocionalmente.

—Sí, si lo entiendo. Aunque vayan a la cárcel el resto de su vida se lo tomarán como una victoria.

—Algunos sí.

Olivares observó el rostro de su compañera. Lo que tenía de mujer menuda le sobraba de policía intuitiva y perspicaz.

—Has hecho un gran trabajo, ha confesado.

El rostro de Pinta trazó una tenue sonrisa.

—No ha sido sólo cosa mía.

Después de la confesión los inspectores regresaron a sus casas para dormir un par de horas y darse una buena ducha. Por la mañana temprano irían al domicilio de la mujer del detenido para informarle de lo sucedido.

—Ha llegado esto para ti— dijo la oficial que solía estar en la recepción en el turno de mañana.

—Gracias, Paula.

Diego cogió el pequeño sobre, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y se encaminó hacia su mesa de trabajo. Antes de tomar asiento se hizo con un café.

—¡Buenos días!— la subinspectora María Pinta entraba en la sala acondicionada para acoger los puestos de trabajo de inspectores y subinspectores.

Su habitual coleta se balanceaba de un lado a otro a cada paso. De pelo castaño, ojos grandes y vivos, de poco más de un metro sesenta, la altura mínima exigida a las mujeres, mostraba una planta que no pasaba inadvertida para nadie. Mientras se encontrase de servicio, nada de ojos pintados, apenas un poco de colorete según se levantara, pero poco, aseguraba.

—Hola, María— dijo Olivares mientras se hacía con el sobre.

—Parece que hoy vamos a pasar calor. ¿Alguna novedad? ¿Me tomo un café o vamos a ver a la mujer del detenido?— a falta de la respuesta esperada mientras organizaba su mesa, la subinspectora levantó la vista buscando la de su compañero.

Diego mantenía la suya fija en lo que fuera que había extraído del pequeño sobre. Elevó la barbilla.

—¿No querías novedades?— con el brazo extendido le ofreció lo que parecía un trozo de cartulina.

Antes de que ella lo cogiera giró la foto.

—¿Otra? Pero… no es posible…

La inspectora se hizo con la instantánea, durante un largo minuto mantuvo silencio, buscaba algún indicio que le dijera que se trataba de una broma, o de un imitador o…

Levantó la cabeza.

—Parece original.

El inspector asintió, cogió la foto y la examinó como si fuese la primera vez. Era idéntica a las recibidas en los últimos años. La imagen de un hombre o mujer fallecidos con un cartel sobre el pecho que rezaba, *culpable*.

—*El Verdugo* murió hace un par de años. ¿Se trata de un imitador?

—No lo sé. La foto no es de ahora, tenemos que identificar a este individuo— dijo entregándosela a su compañera— cuando llegue el comisario se lo comentamos.

—De acuerdo.

Los dos policías permanecieron unos segundos como ausentes. *El Verdugo* respondía al seudónimo con el que la prensa había bautizado al asesino que al matar a sus víctimas las fotografiaba y enviaba copia a la policía. Resultó que *El Verdugo* era una mujer, pero ya era tarde para cambiarle el nombre. Por más que a algunos les guste, lo de *La Verduga* no quedaba muy bien.

—Vámonos a casa de… ¿cómo se llama?— llevó la vista al expediente camino de la calle.

—Emilia Antera— apuntó la subinspectora.

—Buena memoria, no sé por qué me sorprende.

Cruzaban frente a la recepción cuando el comisario Fausto Redondo empujaba en esos momentos la puerta de la calle.

—Buenos días— dijo a nadie en particular.

Los compañeros se miraron, la visita a la señora Antera podría esperar. Mejor dicho, enviarían a dos oficiales a comunicarle la detención de su marido.

—Jefe…— María Pinta estiró el brazo al paso del concentrado

comisario, en su mano la foto recién recibida.

—¿Qué es esto? ¿No puede esperar?

Como respuesta recibió silencio y labios fruncidos.

Fausto bajó la vista a lo que fuera que le entregaban. La noche había sido larga, su querida hija les había dejado al nieto la tarde anterior y algo debió de sentarle mal al pequeño porque no paró de llorar en toda la noche. La peor parte se la llevó su mujer, Rosario.

—¿Repasando el expediente del *Verdugo* por algún motivo en concreto?— quiso saber sacudiendo la foto en el aire sin dejar de caminar rumbo a su despacho.

—Ha llegado a primera hora.

Fausto se detuvo, clavó los ojos en el inspector y volvió a mirar una vez más la fotografía. La agitó durante unos segundos y se la devolvió a Olivares.

—Buenos días, Cruz.

—Buenos días, comisario— dijo mientras se incorporaba camino de la pequeña cocina. Con un leve gesto preguntó a los inspectores si ellos también iban a tomar café.

Ambos negaron con la cabeza.

Fausto empujó la puerta del despacho. En silencio dejó el maletín sobre la mesa, la rodeó mientras se atusaba su amplio mostacho con gesto mecánico. Se desabrochó los botones de la chaqueta y tomó asiento.

Lo primero que partió de su boca fue la misma expresión que pronunció María minutos antes.

—¿Un imitador?— nada más plantear la pregunta levantó la mano a modo de disculpa— sé que no ha habido tiempo para investigar pero quiero saber su opinión ¿Olivares?

—Antes de pronunciarme prefiero conocer la identidad del fallecido.

—¿Pinta?

—Opino como mi compañero, pero me atrevería a añadir que no parece obra de un imitador, al menos en lo que se refiere a la fotografía. Es idéntica a las demás, parece original.

Un suave tamborileo de nudillos en la puerta precedió a la entrada de la secretaria con una bandeja portando una taza de humeante café.

—Gracias, Cruz. Hoy me saltaré la dosis diaria. Me pregunto si yo de pequeño habré llorado tanto. No me hubiera extrañado que ayer los vecinos llamaran a la policía y nos acusaran de maltrato— expuso mientras removía el café. En su redondo rostro una sonrisa bonachona dedicada al recuerdo de su nieto. Por fin un descendiente suyo llevaba su nombre.

—Seguro que no fue para tanto, comisario.

—Lo sé, Cruz, lo sé, pero las nietas no dan tanta guerra.

La secretaria se dispuso a salir del despacho.

—¿El de anoche era el pequeño Fausto?

—Sí.

Comisario y secretaria se miraron unos instantes.

—No, no he querido decir que por llamarse como usted, que… que usted fuese igual a su edad. Me refería a que las chicas somos más tranquilas. Mejor me voy, que a veces por hablar y hablar…— cerró la puerta al salir y se encaminó hacia su mesa.

—Esta Cruz…— murmuró el comisario— ¿por dónde íbamos?

Los dos inspectores cortaron en seco la fina sonrisa que se había apoderado de sus rostros.

María Pinta tomó la palabra.

—La fotografía.

Redondo observó la instantánea una vez más.

—Lo que tenemos claro es que *El Verdugo,* la asesina, no ha podido ser. Habrá que identificar al fallecido y averiguar si nos consta que fuera asesinado y de ser así por quién. Si la foto es antigua como parece, podría ser obra del propio *Verdugo*. Si no encontramos nada, la teoría del imitador cobraría fuerza.

Diego cruzó las piernas.

—Eso querría decir que el muerto es de ahora, y la foto alterada con *Photoshop*. Pero si es original me pregunto quién nos la ha enviado — apuntó Olivares mientras se incorporaba— voy a enviar a dos oficiales a casa de Emilia Antera, la mujer del detenido ayer por la noche, y nos ponemos a repasar el expediente del *Verdugo*.

El comisario quedó unos instantes con la mirada en el café.

Asintió distraído.

—Vayan los dos a ver a esa mujer, aprovechen que le dan la noticia para ver si esconde algo.

—Se trata de una mujer…— María dejó el resto de la frase en el aire—…ya, infiel. ¿Vamos?

—Sí.

Los dos compañeros salieron a la calle. Como había apuntado la subinspectora, el día amenazaba con ser caluroso. La suave brisa que de repente se había levantado parecía empeñada en luchar contra tal pronóstico.

—¿Te importa conducir?

María negó con la cabeza. No sólo no le importaba sino que lo

deseaba. Disfrutaba al volante del BMW X6, un todoterreno de 300 CV, caja de cambios automática de ocho velocidades, aceleración en 0 a 100 en cinco segundos, todo un placer para la inspectora que agradecía cada momento al volante, sin menospreciar a su Alfa Romeo Giulietta 2.0 Diesel de 150cv con el que se trasladaba cada día desde Comillas, lugar de nacimiento y residencia.

—Ya sabes que no, Diego.

El primer día que se subió al BMW X6, incautado a traficantes de droga, se sintió algo torpe. Se trataba del vehículo más alto, no ya de gama, si no de tamaño al que había accedido. Una vez adaptada a las medidas, restaba poner sus dotes como conductora, que no eran escasas como así lo atestiguaban los innumerables cursos que poblaban su expediente, al servicio del flamante todoterreno.

—¿En qué piensas?

El inspector miraba por la ventana como si fuera de paseo.

—Algo te preocupa.

Volvió el rostro hacia su compañera, en unas semanas se cumplirían dos años de convivencia diaria con María Pinta. Tras unos inicios complicados en los que reconoce que no puso todo de su parte, convencido de que no necesitaba un compañero, ni compañera, para realizar su trabajo, comprendió que la orden que le obligaba a aceptarla como tal era una de las mejores decisiones que el comisario tomó por él. Si a eso se unía que eran casi vecinos, él procedía de Ruiloba, pero vivía en Santander, todo comenzaba a encajar.

—Algo me dice que la foto es sólo el comienzo.

—¿Temes más muertes?

—Sí, creo que alguien necesita vengarse.

—¿Crees que aprovecha la historia del *Verdugo* para su venganza? — María negó con la cabeza— quiero decir que es evidente que no se trata de ella, está muerta— ante el silencio de su compañero prosiguió —…la mataron.

—Eso es cierto, pero siempre me he preguntado si los que mató eran todos los que tenía en su lista.

Una hora más tarde se despedían de Emilia Antera. Fue una entrevista diferente a lo que esperaban, sobre todo María. La subinspectora estaba convencida que se iba a encontrar con una mujer, sí, infiel, pero seguro que tendría sus motivos para actuar como lo hizo, quizá no se atrevió nunca a dar el paso de separarse por sus hijos o por no saber qué hacer o a qué dedicarse. El frágil perfil mental que se había hecho de ella mientras interrogaba a su marido se desmoronó en cuanto supo que no tenía hijos.

—Esta tía es una maldita embaucadora— soltó nada más

abandonar la casa— pero, ¿cómo se atrevió a negar que tuviera ninguna relación con la víctima? Le daba igual lo que le había pasado. Tiene las santas narices de decir que su marido es una persona enfermiza y celosa sin motivo alguno—la hubiese abofeteado con las dos manos a la vez— Me indignan este tipo de mentirosas.

—Si metiéramos en la cárcel a todos los que fueran parecidos…

—Lo sé, Diego, es una manipuladora, no una asesina, aunque no creo que pusiera muchos reparos si el tema le interesara. ¿Recuerdas su cara cuando le enseñé el móvil de su amante y los *sms*?

—Sí, como viste, casi siempre se cumplen las mismas etapas en los interrogatorios. Prueba nueva, declaración nueva— Olivares abrió la puerta del copiloto y accedió al interior del todoterreno— pero al menos te has quedado satisfecha con tu despedida.

La subinspectora se ajustaba el cinturón de seguridad mientras recordaba el momento, su rostro dibujaba una sonrisa ladeada, de satisfacción.

—Algo tenía que dejarle— ladeó la cabeza con una mueca similar a la de un niño al hacer una trastada. Arrancó el coche— reconozco que no habla muy bien de mi profesionalidad, pero por lo menos estará preocupada pensando que si los *sms* del teléfono la implican y no da la cara es posible que algún viejo amigo de él quiera dejar las cosas claras y…

—Tranquila no se ha quedado, seguro.

—En cuanto la he visto sé que no era trigo limpio.

—Nunca dejará de sorprenderme tu facilidad para detectar a mujeres que no son lo que parecen.

—Si me pasara lo mismo con los hombres otro gallo me cantaría.

Olivares recordaba al amigo especial, como así lo llamaba, de su compañera. A él nunca le agradó pero ella parecía feliz a su lado. Hasta que dejó de serlo.

—La próxima vez te pediré opinión y espero que me la des aunque no quiera oírla ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Los últimos minutos de regreso a la comisaría los hicieron en silencio. Sin proponérselo, los dos policías repasaban la foto recibida y lo que recordaban del expediente en el que se zambullirían en cuanto pusieran un pie en comisaría.

Dejaron el BMW X6 en el aparcamiento de la Jefatura Superior de Policía y sin abandonar el silencio en el que se hallaban inmersos se encaminaron hacia sus mesas. Diego con la fotografía en la mano, María rumbo a los archivos para quitar el polvo a toda la documentación que guardaban sobre *El Verdugo*.

En cuanto el inspector se disponía a acceder a una de las salas que se encontraba libre en esos momentos, para meterse de lleno con el supuesto *Verdugo,* los gestos airados del comisario atrajeron su atención. Le vio taladrar con la mirada su teléfono móvil como si fuera el culpable de su mal humor, cerca estuvo de lanzarlo contra el suelo. Olivares recorrió a paso rápido la distancia que le separaba del despacho de Fausto, lo vio meterse en él y cerrar la puerta.

—¿Qué pasa, Cruz?

El regordete rostro de la eficiente secretaria mostraba dos círculos rojizos en sus mofletes. Suspiró un par de veces antes de poder pronunciar palabra alguna.

—El detenido se ha escapado.

—¿Detenido? ¿Qué detenido?

—El de ayer— bajó la vista al papel que sostenía entre las manos mientras se ajustaba las gafas que llevaba sujetas con una cadena— Evaristo Rodríguez.

El inspector negaba con la cabeza.

—¡Mierda!— sin pensarlo dos veces llamó a la puerta del despacho del comisario y entró— jefe, la mujer está en peligro, habría que…

Fausto levantó la cabeza, en su mano el móvil que dejaba sobre la mesa. Labios apretados. Gesto contrito.

—Estaba, Olivares, estaba. He mandado tres patrullas a su domicilio, no han llegado a tiempo por escasos segundos— se puso en pie visiblemente exasperado— le han cogido mientras asestaba puñalada tras puñalada a su mujer ¡¿Qué coño ha fallado?!

Si se tratara de otra persona, Diego le hubiera soltado un pequeño discurso de complacencia, de ánimo. Nada había fallado, y todo a la vez. Son cosas que pasan. Lo único diferente en relación a casos similares es que el marido en lugar de acabar con su mujer y después con el amante, lo había hecho al revés, no sólo eso, sino que se había tomado su tiempo para ejecutar la venganza. Ser detenido no entraba en sus planes, al menos no en tan corto período de tiempo. Jamás podría llevar a cabo su objetivo si no se escapaba cuanto antes.

Sí, todo esto se lo podía haber soltado al comisario y añadir que la motivación de Evaristo Rodríguez para actuar como lo había hecho superó con creces la tensión de los policías que le trasladaban a prisión.

Pero no lo hizo.

Si alguien conocía y compartía letra a letra su callado discurso era Fausto Redondo.

—Por lo menos por nuestra parte no hemos tenido que lamentar nada grave, sólo un puñetazo y un golpe en la cabeza contra la pared

de uno de los oficiales— a un par de pasos de la ventana, con la mirada en la distancia, se atusó su mostacho y volvió el rostro— hoy es uno de esos días en los que lamento haber dejado de fumar— dibujó una sonrisa amarga— me fumaría tres paquetes seguidos.

—De eso no hay que lamentarse nunca, jefe.

—Ya, lo dices tú que nunca has fumado. Por cierto ¿te puedes poner con la foto esa?

—Sí, en ello estamos— en esta ocasión fue el rostro del inspector el que se cubrió con un velo de preocupación.

—Desembuche.

—En cuanto tenga algo concreto que decir, lo haré.

—Como quiera, Olivares. Manténgame informado.

El inspector asintió y abandonó el despacho.

Fausto Redondo permaneció en pie unos minutos. De nuevo, la mirada en el horizonte. El día había comenzado de la peor manera posible, las siguientes horas no auguraban nada bueno, en cuanto la prensa se enterase de lo sucedido se lanzarían sobre él como buitres.

"Lo tengo merecido"

No quedaba otra que dar la cara por los suyos. No era la primera que vez que lo hacía y ojalá fuese la última que se viera en una situación como esta.

"Un pitillito sería suficiente"

Negó con la cabeza repetidamente.

El inspector se hizo con un café y accedió a la sala. María Pinta le aguardaba con una caja y varias carpetas desperdigadas sobre la amplia mesa.

—Tu predicción se cumplió— dijo mientras tomaba asiento— no al pie de la letra, pero cerca estuviste de acertar de pleno.

La inspectora dejó la hoja que tenía entre manos y fijó los ojos en los de su compañero. Su cabeza repasaba veloz todo lo que tuviera que ver con una predicción que hubiera hecho en las últimas horas.

Al ver su gesto de extrañeza, Diego asintió ligeramente con la cabeza.

—Emilia Antera acaba de ser asesinada.

—¡*Ostin*! Pero…— María llevó sus manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás— ¿cómo…?— en su cabeza se agolpaban infinidad de preguntas.

—Su marido. A esto me refería cuando dije que cerca estuviste de acertar de pleno con tu predicción.

La subinspectora se incorporó.

—Conociéndote sé que no estás de coña, pero…

—Consiguió escapar y fue directamente a su casa para completar la venganza. Ya está detenido.

María tomó de nuevo asiento, la multitud de dudas que no terminaba de vocalizar habían quedado en su mayoría resueltas con un par de frases de su compañero.

—¿El comisario?

—Jodido, muy jodido. Le van a dar por todos los lados. Esta vez no podemos negar que como cuerpo nos lo merecemos. Sí, no me mires así, sé que son cosas que pasan, que entrarán dentro de la estadística pero precisamente por eso, aunque no sea algo habitual, la sociedad espera que este tipo de errores se reduzcan a cero.

—Ya…

3

Me instalé en un piso que mi amigo Marcos Alegre me había conseguido. Se encontraba sobre el Paseo de Pereda, desde el salón podía ver el mar, todo un lujo. Las tres habitaciones y los dos baños con los que contaba excedían mis necesidades y mi presupuesto, dos casas abiertas implicaban demasiados gastos.

—Puedes alquilar una de las habitaciones.

Al escuchar la propuesta de Marcos al otro lado del teléfono di un respingo en el asiento.

—Al menos mientras te encuentran otro apartamento. Si quieres lo hablo con el casero, no es lo habitual pero seguro que no le importa.

Nada me podía apetecer menos que compartir el piso con un desconocido.

—Déjame que lo piense, Marcos.

Salí a la calle, necesitaba sentarme en un banco a pie de playa mirando el mar. Con Freddy a mi lado nos dispusimos a pasear un rato. Al cruzar frente a un kiosco decidí comprar *El Diario Montañés*.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Mi vista fue como hipnotizada al titular de generosa tipografía de la portada, Posiblemente mi profesión tuviera la culpa de este súbito interés.

Leí:

"*¿Un nuevo crimen del Verdugo*?"

"*La policía ha encontrado el cadáver de un hombre al que ocho años atrás se dio por desaparecido. Se da la circunstancia que el cuerpo ha sido hallado a menos de ochenta metros del lugar en el que trabajaba; el antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza"…" "… según fuentes cercanas a la investigación una foto similar a las enviadas por el tristemente famoso Verdugo, ya fallecido, puso sobre la pista a los investigadores que…*"

—Interesante…— murmuré.

Parecía sacado de una novela policíaca. Una foto enviada por un

asesino ya fallecido no podía por menos que captar mi interés. O la envió antes de morir para que la entregasen un determinado día o hay alguien por ahí que quiere que la leyenda del famoso *Verdugo* continúe. Pensar en esta posibilidad generó que un intenso cosquilleo recorriese mi cuerpo. La noticia no aportaba mucho más, la policía no había realizado declaraciones, hasta el momento. Sólo se hablaba del hallazgo del cadáver sin aclarar las causas de su fallecimiento. Resultaba evidente que la muerte no debió sorprenderle por causas naturales.

Llevé la vista al mar, a lo lejos, respiré profundamente.

A mi derecha, sentado y sin perder detalle del horizonte Freddy disfrutaba de las vistas tanto como yo. Multitud de pequeñas olas saltaban de un extremo a otro empujadas por el viento, lanzando al aire incontables chorros de espuma. Un viento que debía desplegarse con mayor intensidad mar adentro, junto a la orilla disfrutábamos de una agradable brisa. Tras unos minutos de muda contemplación volvió la cabeza mientras dejaba una pata sobre mi rodilla.

—Está bien.

Me incorporé dispuesto a dar el paseo que me pedía. Sin saber por qué mi cabeza daba vueltas a la noticia del periódico.

"*¿El Verdugo*?"

Suelo estar mínimamente informado de las crónicas de sucesos, atento a la investigación que lleven Policía y Guardia Civil con el objeto de aprender para una posterior aplicación en mi trabajo. Me era familiar el sobrenombre del *Verdugo*, pero no terminaba de encajarlo. Seguro que Marcos lo recordaba.

Nuestro paseo discurría paralelo al mar en dirección al Monumento a los Raqueros, donde termina el Paseo de Pereda junto al Club Marítimo. Sin un motivo aparente, en los pocos días que llevábamos en Santander, habíamos escogido un banco frente a estas esculturas de bronce de enorme realismo, que representan a un niño tirándose al mar y a otros sentados con la vista fija en el océano. Quizá el motivo por el que Freddy y yo nos parábamos un rato en ese banco fuese por la historia de esos niños pobres, esos *raqueros* que se lanzaban al mar en busca de las monedas que les tiraban, a modo de extraña diversión, para que bucearan y consiguieran algunas *perras* para comprar algo que llevarse a la boca.

Junto a las esculturas hay una placa que reza:

"*Los Raqueros, personajes típicos santanderinos descritos por José María de Pereda, que en los siglos XIX y XX frecuentaban las machinas y acostumbraban a darse un cole en puerto chico, buceando en las aguas de la bahía para recoger las monedas que los curiosos les lanzaban*"

Según me han comentado gentes del lugar la placa señala una versión bastante suave de la realidad. La historia de estos chicos que robaban en los barcos ingleses y que se buscaban la vida como podían me había impactado.

De nuevo nos pusimos en camino de vuelta a casa, de nuevo mi cabeza regresaba a la noticia del *Diario Montañés*.

Si en mi novela hubiera aparecido el cadáver de un trabajador de un centro de menores enterrado a menos de cincuenta metros, resultaría evidente que en dicho centro sucedía algo. Uno puede terminar con la vida de alguien en un arrebato, el problema radica, o lo que lo hace digno de consideración, es enterrarlo, con mayor énfasis, si dicho entierro tiene lugar cerca del centro donde trabaja la víctima. Sí, también podría tratarse de un intento de inculpar a alguien de ese centro de menores escondiendo el cuerpo en los alrededores, pero me suena demasiado rebuscado.

De modo instintivo saqué el móvil del bolsillo del pantalón y pulsé el nombre de mi amigo.

—Jaime, ¿cómo estás?— me dijo.

—Bien, bien, junto al Monumento de los Raqueros, ya te contaré su historia. Sé que vienes este fin de semana pero necesitaba comentarte una noticia que recoge hoy *El Diario Montañés*. ¿Te suena de algo un asesino de aquí conocido como *El Verdugo*?

—Sí, resultó ser una mujer. Fotografiaba a sus víctimas y mandaba una copia a la policía. Murió a manos de su última víctima, no creo que haya pasado mucho más de dos años ¿por qué te interesa?

—Parece que ha vuelto a actuar.

—No es posible, ya te digo que murió.

—Sí, pero se rumorea que la policía ha recibido otra de esas fotos.

—Muy interesante, Jaime.

—Lo hablaremos cuando vengas.

Apenas me quedaban cinco días para estrenarme como profesor y los nervios comenzaban a adueñarse de mi estado de ánimo. Según mi amigo Marcos Alegre, entraba dentro de lo normal, a él le seguía sucediendo en el inicio de cada curso o taller. Lamentablemente para mí no me consuela, ni me alivia lo más mínimo.

El programa lo tenía preparado gracias a su ayuda. Me di cuenta que se trataba precisamente de lo que él decía; plasmar en hojas mi experiencia como escritor. No fui consciente de ello hasta que no me paré a pensar en los tipos de investigación con los que nos podríamos encontrar, el tipo de asesino, de víctima, a la que normalmente se le

dedica poco espacio, los motivos que mueven a cometer este tipo de actos. Me gustaría dedicar una parte del temario, que apenas es un trazo dentro del programa, al asesinato perfecto. ¿Existe o es una leyenda urbana?

Tengo que reconocer que deseaba encontrarme con mis alumnos, saber qué les había llevado a apuntarse al curso, a qué se dedicaban, qué esperaban aprender y si tenían intención de escribir novelas o si lo habían hecho ya.

Los días pasaron con la visita de Marcos el fin de semana anterior a mi puesta de largo. Como no podía ser de otra manera el tema central de nuestra conversación fue *El Verdugo* y su supuesta reaparición. Tras elucubrar durante horas dibujando las más complicadas teorías llegamos al asunto que me había llevado hasta Santander. En esta ocasión sí que sus palabras me dieron cierta tranquilidad y, sobre todo, seguridad en mí mismo.

El curso comenzaba a las seis y media y duraba hasta las nueve, cuatro días a la semana. Amenazaban con añadir a mi agobio otro grupo más, pero les dije que se lo tomaran con tranquilidad, cada cosa a su tiempo.

Extrañamente me sentía relajado. En diez minutos saldría de mi casa, con las bendiciones de Freddy en forma de lametazos. Repasé una vez más mi vestuario, camisa y chinos, quería dar una imagen de alguien normal. Lo de normal en una profesión como esta no tiene cabida, lo mismo vale para los pintores, escultores, poetas, cantantes, podemos vestir como nos dé la gana. Si resulta extravagante todo se explica diciendo; es escritor, o escultor. Queda todo claro.

Entré en el aula contento, acompañado del director de la escuela. Faltaban veinte minutos para que los alumnos comenzaran a llegar. Sobre la mesa la carpeta con el programa del curso y los apuntes de esa primera clase, que lógicamente tendría como principal objetivo conocernos todos un poco. Esperaba a seis chicas y dos chicos, más que suficiente para mi primera experiencia.

—Buenas tardes ¿es aquí el taller para aprender a escribir una novela?

Una melodiosa y joven voz de mujer a mi espalda me hizo levantar la cabeza de la carpeta y volverme.

—Sí, aquí es. Puedes elegir sitio, eres la primera.

Hablé un poco ella, se llamaba Lali, contaba con veinticuatro años y trabajaba en una sucursal del Banco Santander. Nunca se había decidido a escribir una novela, mejor dicho a terminarla porque había

empezado varias.

—Hola…

La segunda alumna hizo su aparición.

—Pasa, pasa, toma asiento— indiqué a una mujer de unos cuarenta años.

Poco a poco fueron llegando todos los alumnos. A primera vista parecían más nerviosos que yo, lo cual era de agradecer. El primer objetivo, siguiendo el consejo de Marcos, era romper el hielo en mil pedazos con el fin de que las clases se convirtieran en un constante cambio de opiniones. Si lo conseguía, los alumnos se sentirían más implicados, todos juntos sacaríamos un mayor partido del taller. Buscaba una forma práctica de que pudieran aplicar a la hoja en blanco lo aprendido.

El resto de los alumnos lo componían un ama de casa, un comercial de seguros, un policía local, dos amigas estudiantes de psicología, una abogada y una publicista.

—No sé qué os habrán contado, espero no decepcionaros con lo que os voy a decir. Veréis, no existe un método, una forma a prueba de fallos para escribir una novela policiaca. No hay un librillo mágico que muestre el camino al éxito— deslicé la mirada por todos y cada uno de los rostros. Me pareció advertir cierta relajación en unos y quizá una leve decepción en otro; el comercial de seguros.

No me equivoqué.

—Pensaba que íbamos a aprender a escribir una novela que tuviera éxito. Le busqué a usted en internet y no he visto que haya obtenido ningún triunfo destacado a nivel mundial— apuntó sagaz Goyo, el comercial de seguros.

“Empezamos bien”

—Cierto, no he ganado ningún premio de los considerados importantes, como la gran mayoría de los escritores— le miré a los ojos— como os decía no existe un método mágico, como podrás comprobar al leer cualquiera de esos libros de éxito mundial a lo que te refieres, poco tienen en común.

Cruzó las piernas y me dedicó una extraña mueca.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos aquí?

—A esa pregunta sólo puedes responderte, tú. Confío que estés aquí para dar el paso y escribir.

—Yo quiero aprender a escribir una novela— intervino Lali, se volvió hacia Goyo— ¿si te apuntaras a una escuela de fútbol crees que alguien te iba a poder asegurar que ibas a llegar a ser como Messi o Cristiano Ronaldo?

Goyo torció el gesto. Miró con curiosidad a la menuda chica que le

había hablado y asintió levemente. Llevó el Bic a la boca y lo mordisqueó con una actitud que deduje era propia de los nervios.

—¿Alguno de vosotros ha escrito algún libro aunque no lo haya publicado?— pregunté con el ánimo de relajar la tensión— ¿algún relato? ¿O habéis comenzado alguna novela que no terminasteis?

Siete levantaron la mano.

Goyo siguió chupando el bolígrafo.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, mientras aguardaba alguna respuesta lo eché un vistazo lo más disimulado que pude. Era un *whatsapp* de Marcos. El breve texto que aparecía en la pantalla decía: *chica de 23 años para compartir piso con…*

La primera clase no salió mal, al menos para mí. En cuanto dieron las nueve, Goyo se esfumó como si le fuera la vida en ello. Los demás se quedaron unos minutos charlando de lo que sería el curso y, lo que más me sorprendió, pidiéndome el titulo de algunas de mis novelas.

Llegué a casa feliz, satisfecho con la experiencia, pero había alguien aún más feliz que yo. Freddy me recibió entre incontables lametazos y gemidos como si hubieran transcurrido años de soledad desde la última vez que nos vimos. No deja de sorprenderme esa fidelidad que muestran los perros a sus amos. *Amo* es una palabra no me gusta en absoluto porque implica un derecho sobre el animal que no considero que tenga. Excepto por imperativos legales, no me veo como su dueño, no cuando estoy con él. Me aporta una más que grata compañía, me da un cariño incondicional y una muestra constante de alegría que me resulta contagiosa.

Cogió la correa con la boca y me la ofreció mientras movía la cola con vehemencia.

—Ya vamos, pero espera un segundo a que deje la carpeta ¿de acuerdo?

Sin soltar su presa se sentó junto a la puerta.

—Un poco interesado sí que eres con tanta alegría ¿eh?— dije mientras le acariciaba entre las orejas— ya sé que te lo estás preguntado, sí todo ha salido muy bien.

Soltó la correa un instante y me dio un lametazo en pleno rostro.

—Yo también me alegro

Enganché la correa en el collar y salimos a la calle. Hacía una noche magnífica para pasear. Llegando al Paseo de Pereda mi móvil comenzó a sonar.

—Marcos…— murmuré. Me había olvidado por completo de su mensaje.

—¿No has leído mi *whatsapp*?

—Disculpa. Estaba en clase y vi que llegaba pero no lo he abierto todavía.

Hablamos durante veinte minutos de cómo me había sentido, de los alumnos, de si ya había dado con el listillo.

—¿El listillo?

—Sí, no en todas las clases, gracias a Dios, pero en la gran mayoría siempre tengo ese personaje que cree saber más que tú y que no entiendes qué coño hace ahí. A veces, el listillo toma la forma de alumno al que nada le interesa y todo le parece mal, pero llegas a la misma conclusión ¿Para qué narices vendrá?

Me acordé de Goyo.

—Hay uno que responde a la segunda versión del listillo que apuntas.

—O le pones de tu parte o mejor que se vaya porque puede crear problemas con sus compañeros.

—Confío que se adapte.

—Por cierto, Jaime, el mensaje era para decirte que el casero tiene una chica interesada en alquilarte una habitación. Si quieres te descuenta su parte de la mensualidad o se la cobras tú.

Todavía no me había decidido a meter a nadie con Freddy y conmigo, pero tendría que empezar a considerarlo como una opción necesaria.

—Antes habrá que conocer a esa chica y que Freddy decida.

—Me parece muy bien.

—Respecto a que le pague al casero o a mí entiendo que tú ya tienes una idea al respecto ¿no?

Escuché cierto ruido al otro lado del teléfono antes de volver a oír la voz de Marcos.

—Perdona me estaba poniendo la cena en una bandeja. Sí, como sabes he vivido esa experiencia. Aunque ver reducido el alquiler alegra bastante, se convierte en un problema cuando tú, por el motivo que sea, decides que no quieres seguir viviendo con esa persona. Si te paga a ti, serás tú el que resuelva cuándo se va si es que tuvieras que pedírselo.

—Entiendo, tiene todo el sentido.

—Recuerda que no es un contrato de alquiler normal, déjale claro que estará contigo mientras tú quieras, que tendrá quince días para buscarse otro sitio llegado el momento.

Estas eran las situaciones que trataba de evitar al compartir el piso. Prefiero irme a otro más pequeño, pero la zona en la que está ubicado es fantástica y queda muy cerca de la academia.

A la mañana siguiente recibí la llamada de Mena. Abreviatura de Filomena como me confesó entre risas. Lo de Filo no le llegó nunca a convencer. Otra posibilidad era cambiarse de nombre pero sería dar un tremendo disgusto a su abuela a quien quería mucho. Muy a su pesar dejó de ser algo a plantearse.

—Mena no queda mal ¿verdad?

Llevaba razón, incluso resultaba original. Era la primera vez en mi vida que conocía alguien con ese nombre, lo mismo me hubiese sucedió con Filomena. Llegó antes de comer. Era informática y su aspecto nada aportaba, es decir, ni especialmente arreglada ni desaliñada. Freddy la estudió durante unos minutos como si supiera que esa chica podría compartir la vida con nosotros. Tengo que reconocer que ella se lo ganó con un par de caricias. Hablamos de sus costumbres en casa, de la limpieza, de la cocina, de horarios de comidas y cenas.

—De acuerdo ¿Cuándo te instalas?

—¿Pasado mañana?

—Perfecto— dije nada convencido con el paso que iba a dar.

Intuía que la vida nos iba a cambiar a Freddy y a mí, pero jamás hubiera sido capaz de imaginar cuánto, ni de qué manera.

Todo comenzó bien, parecía que nos compenetrábamos.

Lo parecía.

4

—¿Has encontrado algo?— preguntó el inspector más por cambiar de conversación que por pretender que en los pocos minutos que su compañera había dispuesto hubiese sido capaz siquiera de poner un poco de orden en la documentación.

—¿Me dejas la foto?— pidió estirando el brazo. La situó entre las cinco que guardaba el expediente— esta de aquí…— golpeó suavemente con el índice una situada a la izquierda—…la hicimos nosotros, a ella no le dio tiempo porque, como sabes murió en el forcejeo. Estas cuatro las hizo *El Verdugo*, y esta es la de hoy— dio un par de toques con el dedo índice sobre la imagen.

—Sí, ¿ves alguna relación?

—No sabría decirte pero… ¿no te parece que esta es anterior a las demás? Hasta la letra diría que es diferente— señaló la recibida esa misma mañana.

Diego apuró el último trago de café y rodeó la mesa. Situado junto a su compañera analizaba en silencio todas las instantáneas.

—Sí, eso parece… ¿esto de aquí son iniciales?— señaló con el dedo índice el pecho de la víctima, junto al cartel de *culpable*.

María acercó la vista al punto señalado, nada convencida con lo que creía interpretar se incorporó con la instantánea entre las manos. De uno de los cajones superiores de la librería que corría a lo largo de la pared se hizo con una lupa.

—Sí, diría que son tres iniciales ¿CSJ? Debajo de lo que parece un escudo hay unas letras que no distingo bien, podría ser… *la…es…*

Diego recorrió veloz los no más de tres metros que les distanciaban.

A la subinspectora apenas le dio tiempo a levantar la vista de la fotografía cuando la mano de su compañero apareció frente a sus ojos tirando de la instantánea. Con la boca a medio cerrar le observó mientras cogía la lupa y examinaba con detenimiento las supuestas iniciales.

Con detenimiento y algo más.

—¿Qué sucede, Diego?

El inspector permaneció unos interminables segundos en silencio deslizando la lupa por cada centímetro de la imagen. El cuerpo se hallaba tumbado sobre lo que parecía una superficie sin pulir, quizá un sótano. La letra del cartel con mano temblorosa.

—Diego…

Lentamente, Olivares elevó la vista. Dejó la lupa sobre la mesa de la sala de reuniones y devolvió la fotografía a su compañera que con gesto ansioso esperaba un comentario por breve que fuera.

—CSJ. Centro de Socorro Juvenil…— soltó dejando una eterna distancia entre sílaba y sílaba—…La Esperanza.

Pinta cogió la imagen y llevó la vista a las iniciales.

—¿Lo conoces? ¿Conoces el centro este?— buscó los ojos de su compañero. Vio como su rostro había mudado a un color cetrino. La expresión que le devolvía le resultaba del todo desconocida.

"¿Dolor, pena?"

Diego asintió.

María dejó que se tomara su tiempo. Sin duda ese algo que se temía guardaba una relación mucho más profunda con las iniciales de lo que en un principio pudo sospechar.

—Acompáñame, por favor—cogió las llaves del coche que había dejado sobre la mesa. Abandonando la sala de reuniones se encaminó hacia el aparcamiento de la comisaría.

—Claro, ¿dónde vamos?

El inspector la observó con mirada ausente, en silencio, como si el simple recuerdo de aquello que golpeara en su cabeza le impidiera vocalizar palabra alguna.

—Ahora lo verás— dijo al fin.

María hurgaba en el bolsillo de su pantalón buscando las llaves del BMW X6. Convencida que su compañero no estaba en condiciones de conducir rodeó el todo terreno dispuesta a ponerse al volante.

—Vamos en el mío— oyó la voz de Diego a su espalda.

Pulsó de nuevo el botón del llavero para bloquear las cerraduras y siguió a su compañero. No es que fuese algo inaudito que se desplazaran en su coche pero no era lo habitual, menos aún cuando se le veía afectado por algo que sólo él conocía. Tomó asiento, se ajustó el cinturón de seguridad y apretó los labios, la incertidumbre comenzaba a afectarla.

Abandonaron la Avenida del Deporte, doblaron a la derecha por la de Vicente Trueba y a la izquierda por la calle de la Sierra. En el Audi A1 del inspector sólo se escuchaba el suave rumor del motor.

María no perdía de vista el concentrado perfil de su compañero.

Cuando cruzaron la autovía S-20 y tomaron la carretera CA-231, no pudo contener su ganas de saber qué estaba ocurriendo.

Barrió el paisaje con la mirada.

—Dime algo, por favor ¿vamos a Liencres?

El inspector mantenía la mirada fija en el horizonte.

—Diego…

—Sí, disculpa. No, nos detendremos antes.

—¿No era la primera vez que veías esas iniciales, verdad?

Olivares asintió.

—No. Fue hace unos años…

Doce, concretamente.

Diego salía de la vivienda de una pareja con el rostro desencajado, el ánimo por los suelos y un niño entre los brazos. Apenas había cumplido los treinta y en los pocos que llevaba en el cuerpo había visto cosas con las que jamás pensó que se fuera a cruzar a lo largo de toda su carrera como policía. No era normal que siendo tan joven su experiencia fuese tan cruda, parecía que los peores casos llamaban a su puerta.

Quizá fuera la mejor forma de aprender el oficio.

La pareja yacía en el suelo, uno al lado del otro. Ambos con los rostros desfigurados por la tremenda paliza recibida. Una inspección preliminar apuntaba a un grueso martillo de punta roma como el arma homicida. El martillo y los cinco orificios de bala que cada uno presentaba en su cuerpo. Los dos tenían las manos y los pies atados, deberían llevar muertos un par de días, el rigor mortis y el intenso olor así lo atestiguaban, los mismos días que el hijo único de la pareja permaneció escondido en el armario de uno de los dormitorios.

Cuando Diego abandonaba el escenario del crimen, arropado de todo el disimulo que fue capaz, dispuesto a vaciar el estómago en la primera esquina que encontrara en la calle a salvo de miradas indiscretas, creyó escuchar un suave lamento. Aguantando las punzantes ganas de vomitar agudizo el oído. Sí, no había ninguna duda.

“Alguien está llorando”

Minutos más tarde aparecía en la calle con Toñín agarrado a su cuello, muerto de hambre.

Y de miedo.

—No fue fácil, ni rápido— dijo mirando a su compañera, acababa

de detener el vehículo a unos metros de una vieja casona, en un desvío de la Avenida Marqués de Valdecilla— pero al final conseguí adoptarlo. Yo era joven, menos mal que él también porque la ley establece que la diferencia menor de edad entre el adoptante y el adoptado no puede ser inferior a dieciséis años.

María no había vuelto a pronunciar palabra desde que el inspector inició su relato. Sólo escuchaba, esforzándose por comprender qué era lo que había pasado, qué tenían que ver las iniciales con esa historia tan cruel que le estaba relatando.

De repente creyó entenderlo todo.

—¿El Centro de Socorro Juvenil La Esperanza?

Diego señaló la vieja casona.

—Sí, ahí estuvo Toñín durante algo más de un año hasta que una mañana me avisaron de los Servicios Sociales que había superado todos los trámites.

—¿Lo conseguiste sin estar casado?

—Sí, gracias a una buena amiga que desde los propios Servicios Sociales hizo todo lo que pudo.

El velo de tristeza que se apoderó de Diego generó un intenso cosquilleo galopando por el cuerpo de la inspectora. No sabía que tuviera hijos, en los casi dos años que llevan juntos jamás le había oído hablar de ese chico.

“Falta algo, lo más importante. No sé si quiero oírlo”

Una vez más el silencio se apoderó del inspector. Su mirada en lo que fue el Centro de Socorro Juvenil. Negaba con la cabeza. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—No sé por qué creí que seguiría funcionando. Hace muchos años que no venía por aquí— llevó la mano a la llave de contacto— creo que te he hecho perder el tiempo.

—¿Por qué no entramos? Siempre me dices que no hay que presuponerlo todo de antemano, que tenemos que estar abiertos a lo inesperado.

—Sí, pero qué tiene que ver con…— elevó ligeramente la cabeza en dirección a la casona.

—Vamos, compañero.

Esa y otras muchas cosas era lo que más le gustaba de María. Escuchaba, tomaba notas mentales y actuaba conforme a su criterio, sobre todo cuando sospechaba que él estaba siendo poco o nada objetivo.

—Hostal El Camino…— murmuró la subinspectora— tiene aspecto de casa de putillas…

—No les quites años— sonrió— Me parece que el aspecto es

debido a un defecto de decoración.

Varios coches aparcados frente a la puerta, dos con matrícula francesa, otro alemana, el resto españoles.

—Al final vas a tener razón.

Accedieron al interior. Una mujer les recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días— respondió María adelantándose a Olivares.

En esos momentos era el turno del que pensaba que la visita o el interrogatorio en cuestión podía ser productivo. Diego no sabía por qué se empeñaba en continuar adelante.

Pinta mostró su placa a la recepcionista. Su sonrisa no desapareció.

"No, si al final será un hostal hortera, pero un hostal. De tratarse de una casa de putillas algo hubiese cambiado su cara, digo yo"

—Soy la subinspectora Pinta y él es mi compañero, el inspector Olivares.

—¿En qué puedo ayudarles?

María tanteó en silencio a Diego por si había decidido tomar el mando de las preguntas. Parecía como si estuviera en otro lugar, miraba de un lado a otro.

"¿Está recordando?"

—¿Antes de ser un hostal era un Centro de…?

—…de Socorro Juvenil. La Esperanza, se llamaba. Mi marido compró la casa y el terreno. Yo lo he decorado— apuntó orgullosa.

María esbozó una mueca que pretendió ser una sonrisa. La recepcionista no supo cómo interpretarla.

—La señora que llevaba el Centro de Socorro…— la voz de Diego llegó hasta las mujeres. Ambas se volvieron, el inspector regresaba de su visita por el vestíbulo.

—Sí, doña Herminia. Vive aquí, la pobre no tiene familia y nos daba no sé qué dejarla en la calle aunque se llevó su buen dinerito. ¿Sabe, usted? No quiere ir a una residencia, prefiere estar rodeada de sus recuerdos, dice, pero no sé a qué recuerdos se refiere porque hemos cambiado todo y…

—¿Se encuentra en el hostal?— cortó Diego el monólogo de la feliz recepcionista.

—¿Eh? Sí, sí. Ahora mismo la pueden ver en el salón— señaló un pequeño pasillo a la izquierda de los policías— les acompaño.

La puerta del hostal se abrió dando paso a una pareja y dos niños.

—No se preocupe, atienda a esa familia— apuntó María.

Olivares y Pinta se encaminaron hacia el lugar indicado.

—No contabas con esto ¿eh? — la subinspectora satisfecha con el

resultado de haber seguido a su instinto.

Diego sonrió.

—Para que veas que mis consejos tienen sentido.

—Lo tienen pero no sólo para los demás, sino también para que te los apliques a ti mismo y…

—Subinspectora….

Cuando Diego se dirigía a ella por su rango se imponía su propia categoría de inspector, una forma sutil de dejar patente una autoridad de la que sólo hacía gala en discusiones banales o en la firma de informes.

María captó al vuelo la indirecta, se ajustó la blusa, el pantalón y decidida entró en el salón seguida de su compañero. Sobre una mesa redonda, cubierta con un mantel que colgaba hasta el suelo, humeaba una taza de té. A su derecha una mujer que frisaría los ochenta años hacía punto sentada en una butaca. Frente a ella un ventanal que ofrecía unas vistas despejadas, casa salpicadas a uno y otro lado, entre medias un paisaje verde bajo un cielo de intenso color azul.

En el sofá de tres plazas, en el otro extremo del pequeño salón dos parejas que jugaban a las cartas. Al ver a los recién llegados sonrieron a modo de saludo.

Diego y María cruzaron sus miradas. Él, asintió fijando su vista en la mujer.

—¿Doña Herminia?

La aludida, sin dejar el punto, recogió la vista que recorría el horizonte sumida quizá en sus propios recuerdos y la llevó al hombre que se dirigía a ella. Antes de contestar le miró con descaro.

—A usted le conozco— afirmó sin lugar a dudas. Mantuvo su impertinente mirada unos segundos más fija en Diego que guardaba silencio a la espera de que la memoria de la mujer le hiciera más sencillo su trabajo.

—Sí, señora. Nos conocimos hace unos años.

Con pausa dejó el punto a buen recaudo en el interior de una cesta de mimbre a los pies de la butaca. Se quitó las gafas de redondos cristales y con gesto mecánico se ajustó el moño.

—Usted es o era policía ¿verdad?— señaló dos sillas en torno a la mesa— ¿por qué no se sientan?

—Gracias, señora— dijo María.

—Lo sigo siendo.

—¿Usted?— clavó sus vivos ojos en la subinspectora.

—También soy policía.

–Bien, bien…—con calma cogió la taza y sopló con delicadeza antes de dar un pequeño sorbo— ¿Qué interés pueden tener en una

vieja como yo?

Diego cogió la fotografía que les había llevado hasta ese lugar y se la mostró.

—¿Lo recuerda?

Una mano nudosa y ajada se hizo con la instantánea, con la otra se ajustó las gafas.

—Vaya…— siseó

Los policías se miraron. La primera fase de la entrevista que Diego pensaba mantener había trascurrido de forma más rápida y sencilla de lo que hubiese previsto. No pensó que fuera a acordarse de él. La recordaba con carácter, de cabeza despejada, eficiente y lo que le hacía destacar sobre otras directoras de centros de acogida o de socorro, su presencia generaba confianza.

—¿Está muerto?

—Sí, creernos que el asesino hizo la foto en…

—¿El asesino?— bajó de nuevo la vista a la imagen a la que se acercó tanto que la nariz cerca estuvo de rozarla— disculpe, inspector, no había visto las letras en el cartel, mi vista no es lo que era. ¿Culpable?— miró a Diego— ¿Culpable de qué?

—Eso es lo que queremos averiguar ¿Lo reconoce?

Doña Herminia calló unos instantes. Sus dedos agitaban levemente la fotografía, cerró los ojos.

—Yo he visto antes otras como esta ¿verdad? En la televisión…

—¿Recuerda al hombre?— insistió el inspector temiendo que la mujer llevara la conversación por derroteros que no iban a favorecer la investigación. Nadie debía saber que la policía había recibido una fotografía que achacaba al *Verdugo*, ya fallecido.

María observaba a la mujer estupefacta por la claridad de cabeza que demostraba.

“Vaya con la que se llama vieja”

—¿Eh?— dijo como si regresara de algún lugar que sólo ella conocía. Estiró el brazo y señaló una puerta— en esa habitación a la izquierda verá una pequeña librería, en el armario de abajo hay varios archivadores. Ahí tiene que estar— se dirigió a Pinta que como mujer que era consideraba que sería la persona adecuada para cumplir su encargo.

María asintió mientras se incorporaba. Con la fotografía en su poder se dispuso a husmear en las carpetas que encontrara.

—Espero que no se haya molestado, me ha salido sin pensarlo— murmuró mientras miraba de reojo la puerta por la que la subinspectora acababa de salir— aún no me acostumbro a las mujeres policía, no porque no las vea capaces, viendo la ineptitud de muchos

colegas suyos no me extrañaría que nosotras lo pudiéramos hacer mejor.

—No se preocupe. Lleva razón, las mujeres lo pueden hacer y lo hacen tan bien o mejor que nosotros.

Doña Herminia sonrió, le caía bien ese hombre que estaba sentado frente a ella. Sí, se acordaba de él, de su rostro, de su profesión pero algo se le escapaba.

"¡Qué rabia me da!"

La subinspectora se hallaba en el suelo con las piernas cruzadas sosteniendo una gruesa carpeta abierta, pasando hojas y comparando las fotos que incluía la documentación que reflejaba el ingreso en el centro de cada empleado. La providencia se apiadó de ella, no fue necesario recurrir a los demás archivadores.

—Este se parece bastante.

Separó las anillas y se hizo con el expediente del trabajador. Abandonó el archivador sobre la mesa y regresó al salón sin dejar de comparar ambas fotos; la realizada por *El Vengador* y la del hombre de aspecto hosco que miraba a la cámara con descaro.

—Creo que es este individuo— dijo blandiendo la ficha en el aire. Miró a Olivares que con un gesto le indicó que se la entregara a la mujer.

Doña Herminia realizó una vez más el ritual de ajustarse las pequeñas gafas redondas en el extremo más alejado de la nariz. Cogió el expediente, guardó silencio mientras lo leía y al concluir levantó la cabeza. Continuó sin pronunciar palabra alguna durante el siguiente largo minuto bajo la atenta mirada de sus visitantes.

—Pensamos que se había ido sin avisar…— soltó de repente—… desapareció de un día para otro. César Hernández…

—¿Reconoce el sitio donde está el cuerpo? ¿Podría ser alguna habitación de este lugar? El suelo parece sin pulir como si fuera…

—El sótano— soltó convencida, observando a la subinspectora— pero ahí no lo pudieron dejar.

Diego cogió al ficha, sin duda se trataba del mismo individuo de la fotografía que habían recibido esa misma mañana.

—¿Guarda un archivo de los alumnos del Centro de Socorro?

La directora asintió. La vista perdida, quizá buscando en su memoria.

—…ya me acuerdo. Usted adoptó a Toñín— soltó de repente como si temiera olvidar el detalle si lo dejaba para más tarde.

Olivares apretó los labios, sorprendido.

La mujer mayor y el inspector permanecieron mirándose mutuamente unos segundos. Doña Herminia analizó el rostro de María.

“Ella no sabe nada”

—No se preocupe, no le guardo rencor.

Diego no pudo evitar que un fino y casi inapreciable velo acuoso cubriera sus ojos. Sólo casi. La subinspectora observaba su perfil sin reparar en el detalle. Doña Herminia le ofreció su rostro más amable.

—¿Sabe si César Hernández tenía enemigos en el trabajo?— soltó la pregunta atropelladamente, con el deseo de cambiar el rumbo de la conversación cuanto antes.

—No abiertamente, quiero decir que no recuerdo a nadie que se declarase enemigo suyo, pero sí que era un hombre un tanto huraño, pero eficiente en su trabajo.

Pinta cogió la foto con las iniciales y se la volvió a mostrar.

—¿Cree que podría reconocer la letra?

Doña Herminia, tomó la instantánea entre sus manos. Concentrada observó durante unos minutos el cartel que su antiguo empleado sostenía en el pecho, *culpable*.

—No parecen trazos de una persona adulta, y si lo fuera diría que estaba nerviosa— se quitó las gafas— algo normal si tenemos en cuenta la atrocidad que había cometido.

—Antes ha dicho que no pudieron haber dejado el cuerpo en el sótano, que no lo pudieron enterrar ahí.

—Pueden bajar a verlo, el suelo es de cemento. Hoy en día es un almacén y poco podrán comprobar, apenas queda sitio, pero por entonces había mucho espacio— calló unos segundos antes de proseguir— pero lo pudieron enterrar en cualquier lugar. El sótano da al exterior que como pueden ver— señaló la ventana— es todo un precioso campo.

Olivares y Pinta se miraron, no parecía que pudieran obtener más información en esa entrevista pero ninguno de los dos se daba por satisfecho con lo conseguido; el nombre y la certeza de que el tal César Hernández había trabajado en el Centro de Socorro La Esperanza.

—En la ficha dice que estuvo como vigilante de noche durante siete años— apuntó María— ¿si hubiese habido algún incidente estaría reflejado en su ficha?

El rostro de doña Herminia esbozó una mueca torcida de complicada interpretación. Negó levemente con la cabeza.

—Verá, en un negocio como era este había que vigilar la reputación. Cualquier denuncia o disputa entre empleados que

quedase recogida y fuese, lógicamente, puesta en conocimiento de los Servicios Sociales podría acarrear un serio problema y…

—¿Y de los niños?

Diego cortó la explicación de la mujer mayor. Su experiencia profesional le había llevado a estar saturado de la puñetera excusa de las empresas, fueran del tipo que fuese, para actuar o no en defensa de su reputación. No tenía nada contra doña Herminia pero no estaba dispuesto a seguir escuchando justificaciones semejantes.

—¿Niños? ¿A qué se refiere?

—Si hubiera habido algún altercado entre niños que…

—No, no— la mujer agitó la mano en el aire— lo solucionábamos nosotros. Imagine un expediente con faltas ¿Quién iba a adoptar a los pobres niños? Siempre eran cosas sin importancia, algo normal entre críos, inspector.

—Me refiero a sucesos que hubiesen tenido lugar entre personal del centro y los niños, si hubiera habido abusos que…

—¡No, por ahí no vaya!— el serio rostro de la mujer tornó aún más duro, su mirada fría— nunca, nadie, mientras he dirigido este centro ha sido acusado de nada parecido. No lo permitiría.

Diego la observó en silencio. Sin duda alguna se hallaba frente a una dura oponente. Había dado con un tema sensible. Se puso en pie.

—Si no le importa, la subinspectora y yo vamos a echar un vistazo por la salida del sótano que nos ha comentado.

—Por supuesto— el semblante cubierto de infinitas arrugas se relajó visiblemente, tanto como su mirada— si me necesitan, aquí me tienen.

—Gracias por atendernos.

Doña Herminia asintió.

—Sólo una pregunta más ¿cómo supo que mi compañero es inspector? No se lo habíamos dicho— quiso saber María.

—Si hace años era oficial de policía— miró a Diego— y hoy viene acompañado de una persona que parece ser más que un oficial y que por su actitud es fácil deducir que está ante un superior, no me arriesgaba mucho llamándole inspector. Además, no me sé otro cargo — expuso sonriente.

—Cuando llegamos nos preguntó qué interés podíamos tener en una vieja como usted.

—Buena memoria tiene, señorita.

—Usted no es vieja, si acaso una mujer mayor. Buenos días y gracias— dijo dando media vuelta en dirección al vestíbulo.

—Por cierto, dijo que contaba con una relación de los niños que pasaron por el Centro de Socorro— expuso Diego.

—Sí, así es— afirmó mientras se incorporaba con sorprendente agilidad— vayan a ver el sótano que yo mientras tanto se la consigo. En la recepción les podrán hacer fotocopias y…

—Preferiría los originales si no tiene inconveniente, prometo devolvérselos en el mismo estado que me los entregue.

La mujer pasó al lado de la pareja. Antes de entrar en el que fue su despacho se volvió.

—Cada expediente de cada niño es un recuerdo de mi vida. Le aseguro que sí que tengo inconveniente en desprenderme de ellos— esbozó una media sonrisa— cuando terminen los encontrarán en recepción.

—Gracias por su atención, señora— apuntó Diego.

Los dos compañeros, tras preguntar a la recepcionista por el sótano y pedirle que alguien les abriera la puerta que daba al exterior, descendieron en silencio por la escalera que partía al otro lado de una puerta en el propio vestíbulo.

—Ya seguimos nosotros— dijo la subinspectora al chico que les acompañó en cuanto abrió la doble puerta de gruesa madera del sótano— puedes continuar con lo que estuvieses haciendo.

Mientras salían al exterior, María se moría de ganas por saber algo de Toñín, ese algo lo intuía como doloroso.

—¿Qué piensas?

—Esa mujer que tanto te ha impresionado nos ha mentido— expuso Diego.

—Lo sé, defendía a los suyos. Seguro que algo pasó en alguna ocasión en el centro este.

—A los suyos o a ella misma, no olvides que era la directora.

Los dos policías barrieron la zona con la mirada.

—¿Crees que puede estar enterrado por aquí?

—Es una posibilidad que no debemos dejar de investigar.

Durante un cuarto de hora recorrieron la zona buscando algún lugar susceptible de albergar un cuerpo bajo tierra.

No lo encontraron.

Tras volver a recepción y recoger la documentación de los niños que pasaron por el Centro de Socorro regresaron al coche del inspector sin intercambiar palabra. Cada cual por sus propios motivos. Él, porque veía inminente la llegada de un tema que había esquivado durante años. Ella, que a pesar de no querer exponerlo, necesitaba que se lo contara.

Sentado frente al volante, Olivares pasaba hoja a hoja cada expediente mientras sentía como se le aceleraba el pulso con la inminente llegada del archivo de Toñín.

Ahí estaba, ante sus ojos. Un chico moreno, de apariencia feliz, al que le faltaba un diente. Cerró con fuerza el archivador.

—Se pegó un tiro con mi propia pistola, no con la oficial— soltó mientras entregaba la documentación a su compañera y se ajustaba el cinturón— No sé cómo coño la encontró, pero lo hizo. Debió verme algún día mientras las limpiaba y esperó a que entrara en el baño para darme una ducha— frunció con fuerza los labios y calló.

María le observaba sin saber qué hacer ni qué decir. Cogió el archivador entre sus manos y miró la fotografía del pequeño Toñín. No podía haber imaginado algo así. Sentía cómo se le cargaban los ojos. Con disimulo llevó sus manos a la cara para evitar que viera sus lágrimas.

Diego volvió el rostro.

—Lo siento, yo…— murmuró.

—No te preocupes, ya he llorado yo por los dos. Aunque reconozco que el depósito no se ha agotado.

Arrancó el Audi A1.

Con una mano giró el volante situando el coche rumbo al camino que les llevaría a la Avenida del Marqués de Valdecilla, de ahí a la Avenida del Deporte donde se encontraba la comisaría, con la otra cortó el paso a un par de traicioneras lágrimas.

5

El suave pero constante repiquetear de la lluvia sobre el cristal mantenía despierta a la pequeña Cris. No es que fuera un sonido extraño para ella, a sus once años estaba acostumbrada a esas noches de lluvia en Cantabria. Se trataba de un sonido familiar que le traía a su memoria el recuerdo de uno de los escasos y breves momentos felices disfrutado en su corta vida.

—¿Por qué siempre llueve?— quiso saber con la mirada en el oscuro cielo.

La mujer deslizó la mano por la cabeza de Cris y dejó un beso con ternura en el alborotado pelo.

—¿No te gusta que esté todo verde?

—Sí, me gusta mucho— miró a su derecha sonriente, buscando a… hubiese jurado que había alguien a su lado.

—¿Sabes por qué está verde?

La niña negó vehementemente con la cabeza. Con los labios apretados llevó la mirada a la mujer mayor.

—No.

—Pues porque llueve. ¿Lo entiendes?

—Bueno…

—La lluvia da de beber a todos los árboles, al campo, a los animales y por eso está todo tan bonito.

—Ahora sí, ya lo entiendo— apuntó satisfecha mirando de nuevo al cielo.

Cris sonríe al techo de la habitación donde se proyectan sus recuerdos y se reflejan los tenues destellos de una vieja farola junto a la ventana. A su alrededor una sinfonía de suspiros, sollozos y el crujir de los camastros por los cambios constantes de postura de las veinte niñas que compartían con ella la estancia. Acababa de ingresar en el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza. Era su primera noche y ya podía oler y sentir el miedo de sus nuevas compañeras.

Las gotas sobre el cristal le ayudaban a evadirse.

Los sollozos le recordaban el lugar en el que se encontraba.

De repente se hizo el silencio en la estancia, nadie gemía, nadie sollozaba y se podría asegurar que nadie respiraba. Del otro lado de la puerta llegaba hasta sus oídos el suave quejido de la madera del suelo del pasillo, tan suave que tuvo que esforzarse para escucharlo. Sorprendida por el repentino silencio se incorporó con los codos apoyados en la cama.

—Oye… túmbate si no quieres que se te lleve…

Cris ladeó el rostro mientras miraba a la niña que se había dirigido a ella.

—¿Qué…?

El clac del resbalón de la puerta al caer fue como si una enorme mano empujase a Cris obligándola a tumbarse. El tenue chirrido de las bisagras al ceder al empuje tensó los músculos de las internas. Como por arte de magia apareció una pequeña figura vestida de blanco que corrió entre las camas hasta subirse en la última.

La puerta que apenas se había abierto, volvió a cerrarse.

Ahora sí que llegaban nítidos los lloros de la niña que acababa de entrar. Tumbada de lado Cris miraba a la chica que le había advertido minutos antes.

—¿Qué pasa?— susurró.

—No hables, si no quieres que se te lleve— repitió— lo sabe todo, y lo ve todo.

Cris apretó los ojos con fuerza. Sintió dos lágrimas resbalar por su rostro. Apenas le podía poner cara a la mujer mayor, quizá no fuese tan mayor y a ella se lo pareciese. Le recordaba un poco a doña Herminia a la que había conocido esa misma tarde. Asintió, sí, entonces era mayor.

Desde aquel día en que hablaron de la lluvia había pasado mucho tiempo, toda una vida para una niña tan pequeña. Tiempo y varios orfanatos, dos centros de socorro y alguna casa de acogida. De la última se escapó unos pocos días atrás. El hombre que se empeñaba en que le llamase papá quería que jugara a unos juegos muy raros que a ella no le gustaban nada. La mamá de las dos niñas se iba cuando jugaban. Cris las oía llorar cuando volvían a la habitación y temblaba de miedo cuando el señor se acercaba a su cama y le susurraba en el oído:

—Tranquila, dentro de poco jugaras tú también. ¿Te apetece? Pero antes tienes que cumplir trece años. ¿Tienes doce, no?

Cris negó.

—No… tengo once— mintió entre balbuceos.

—¡No me mientas, niña estúpida!— escupió cada sílaba a escasos centímetros de su cara mientras la zarandeaba y propinaba dos bofetones.

Su cumpleaños era en una semana.

Logró escaparse un día antes y con sus escasas pertenencias pegadas al pecho correr todo lo que pudo hasta que una enorme mano la detuvo. Lo siguiente que sus dolorosos recuerdos le permiten revivir es el momento en el que abre los ojos tumbada sobre la cama de un hospital. Todo el mundo le preguntaba por su nombre, un señor la había encontrado inconsciente junto a las vías del tren. No iba a decir nada, porque si hablaba volverían a llevarla con sus últimos papás y no pensaba regresar.

Por lo menos su cumpleaños ya había pasado y ella se encontraba bien. Los siguientes tres días continuó en silencio hasta que llegaron de los Servicios Sociales y le hicieron una nueva ficha.

—¿Cómo te llamas?

—Cris— dijo como podía haber respondido Ana o Elena. Cualquier nombre menos por el que le conocían en la última casa, Manuela.

A la mañana siguiente se hallaban desayunando cuando entró en el comedor una de las profesoras que ejercía todo tipo de funciones, desde la propia enseñanza, hasta la entrega a los nuevos padres de acogida, pasando por el control del orden y la disciplina entre los chicos y chicas de La Esperanza. La profesora se dirigió a uno de los niños que estaban sentados en una mesa al lado de Cris.

—Llegó el momento, Jesús.

—No, no quiero, señorita.

La mujer estiró el brazo ofreciendo su mano al niño.

—Vámonos, ya lo hemos hablado. ¿No querías jugar al fútbol?— ante su movimiento de cabeza afirmando, continuó: —pues podrás hacerlo con tu nueva familia, el padre ya sabes que es entrenador.

Cris no perdía detalle del rostro compungido del chico. Durante unos instantes cruzaron sus miradas.

—Suerte…— movió los labios sin emitir sonido en dirección al asustado chico.

Como respuesta recibió un intento de sonrisa.

Cuando la profesora y el niño abandonaron el comedor volvieron los interminables cuchicheos, rotos por la burla de uno de los chicos mayores imitando la escena que acababan de presenciar y las risas de sus compañeros.

—¿Quieres ir al sótano?— quiso saber uno de los vigilantes de día — desayuna en silencio y no me cabrees ¿has entendido?

El joven que frisaría los catorce años miró al guardia desafiante.

—¡¿Que si has entendido?! ¿O es que aparte de sordo resulta que eres más tonto de lo que pareces?— exclamó mientras le daba un sonoro capón.

—Joder, que duele— dijo rascándose la cabeza.

Minutos más tarde abandonaban el comedor. Desde la puerta, Cris pudo ver a Jesús con la mirada en la punta de sus desgastados zapatos mientras escuchaba a una mujer arrodillada a su lado. El niño asentía. La mujer le cogió de la mano, salieron al exterior acompañados por el marido de la señora y una sonriente doña Herminia.

—¡A clase!— gritó una de la profesoras mientras daba dos secas palmadas— vamos, vamos que no tenemos toda la mañana.

Cris siguió a su nueva amiga, la chica que le había hablado la noche anterior y que respondía al nombre de Susa. Antes de abandonar el vestíbulo miró por la ventana, llegó a tiempo de ver a Jesús entrando en un coche grande limpio y brillante. A doña Herminia agitando la mano a modo de saludo.

—¿Quieres que vengan unos papás a buscarte?— preguntó entre murmullos Susa.

Cris negó lentamente.

—No, me da miedo. No me gustan esos papás.

—A mí me da miedo estar aquí. A veces desaparecen chicos y chicas— dijo con la mano tapándose la boca.

Cris abrió los ojos exageradamente.

—¿Desaparecen?

Susa asintió con fuerza.

—Venga, menos hablar y entrad ya en clase.

—Sí, señorita.

—Tú debes ser la nueva ¿verdad?

Cris elevó los hombros.

—Vaya, otra que no sabe hablar ¿Tienes nombre al menos?

—Me llamo Cris.

—Muy bien, Cris, yo soy la señorita Valentina y lo primero que debes saber es que se obedece a todo lo que yo diga sin rechistar y sin hacer preguntas estúpidas. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Lo entendía perfectamente, no pensaba abrir la boca a no ser que se lo pidieran, y menos aún se le pasaba por la cabeza hacer ninguna pregunta.

“¿Por qué será todo tan difícil?”

Mientras la profesora hablaba, dejó que su imaginación regresara a la mujer que le había explicado lo buena que era la lluvia.

"¿Abuela?"

No le quedaban recuerdos de otra vida que no fuera ir de familia en familia o de centro en centro y ya estaba harta. Bueno, alguno sí, y doloroso, pero prefería olvidar.

De repente se abrió la puerta de la clase.

Doña Herminia llamó a Julita Torres.

Las internas se miraban unas a otras buscando a la chica.

—¡Julita Torres!

La directora parecía muy enfadada. Doña Valentina comenzó a caminar entre los pupitres buscando a Julita.

No estaba.

—¿Alguna de vosotras ha visto a vuestra compañera en el desayuno?

Si alguna la vio no dijo nada.

—¡¿Ninguna?!

Doña Herminia abandonó la clase dando un sonoro portazo.

—¿Ves? te dije que desaparecían— Susa murmuraba al oído de Cris.

—Como me entere que alguna de vosotras ha visto a Julita y no dice nada pasará un mes en el sótano ¿queda claro?

A Cris comenzaban a caerle muy mal la señorita Valentina y la directora. Por su cabeza se formaba la idea de escaparse, pero no saber a dónde ir impedía que la tomara en serio.

La puerta de la clase volvió a abrirse y el desencajado rostro de la directora asomó bajo el quicio. Con un rápido gesto pidió a la profesa que saliera un momento. En cuanto puso el pie en el pasillo comenzaron los murmullos.

—Tú eres la nueva ¿verdad?— quiso saber una chica algo mayor que Cris, más alta y grande. Llevaba las manos en jarras, parecía que masticaba chicle.

—Vine ayer.

—Entonces eres la nueva y por lo que veo eres tonta.

—Déjala en paz— pidió Susa con voz temblorosa. Nadie se atrevía a meterse con Tomasa, ya había pegado a muchas de ellas.

—Así que ya tienes amiguitas — exclamó volviéndose hacia Susa— ¿Quieres que te vuelva a zurrar? ¿Eh?— dijo echando el brazo hacia atrás, amenazante.

—¿Qué es lo que quieres?

Tomasa se giró sorprendida.

—Que… ¿Qué quiero? No me gustan las nuevas, odio a las nuevas

— acercó su rostro al de Cris— siempre traéis problemas.

—A mí qué me importa.

Una respuesta cómo esta era lo que menos podía esperar. El murmullo general dejó paso a exclamaciones y silbidos. Del fondo de la clase, junto a la mesa de Tomasa, se escucharon las primeras voces.

—¿A qué esperas? dale un puñetazo a esa estúpida.

Cris sentía como se tensaban sus músculos. Estaba más que harta de que la gente se metiera con ella. Sí, tenía miedo, mucho, pero no iba a dar un paso atrás.

Tomasa cerró el puño y recogió el brazo sobre la cadera.

Cris lo vio venir, recogió el suyo con inusitada velocidad y estrelló la palma de la mano en el sorprendido rostro de su compañera. Con la otra repitió la misma operación. Los dos tortazos resonaron en toda la clase.

Se hizo el silencio.

Susa llevó la mano a la boca ahogando una exclamación. Tomasa salió despedida hacia atrás dando con la cabeza en un pupitre y a continuación con sus huesos en el suelo.

—Siéntate que ya viene— Susa tiraba de la manga de la blusa de Cris— siéntate.

La señorita Valentina entró en la clase. Barrió con la mirada a sus alumnas, algo había ocurrido en su ausencia.

—¿Qué haces en el suelo, Tomasa?

—Me he caído.

—Si no te hubieses levantado de tu mesa nada habría sucedido. Hoy os quedaréis sin cenar.

—No se ha caído, señorita, la nueva la ha pegado— apuntó una de las amigas de la agredida.

La señorita Valentina recorrió los escasos metros que la separaban de Cris, dejó caer sus enormes manos sobre el pupitre y clavó su fría mirada en la niña que la miraba sin mostrar miedo alguno.

—Vaya, vaya, así que tenemos una busca problemas.

—Empezó ella— Susa intervino sin mucha convicción.

—¿Estoy hablando contigo?

—No, señorita.

—Al terminar la clase os quiero en mi despacho. A las dos— señaló a Tomasa que regresaba a su sitio y a Cris.

Ese día iba a suponer un punto de inflexión de la vida Cris. Era consciente que se había ganado una enemiga, pero también el respeto de muchas otras. Se había terminado el mostrarse sumisa.

Julita Torres apareció cuatro días después, sucia y aterrorizada por las opciones que la vida le ofrecía; regresar a la familia de la que se había escapado o permanecer en La Esperanza sufriendo los abusos de dos de los vigilantes y una de las profesoras de gimnasia. Se había escondido en una construcción aneja al edifico principal del Centro de Socorro Juvenil acondicionado para servir de almacén, de lugar para guardar los aperos de labranza y de lavandería. Supuso, con razón, que no la buscarían ahí. Desde el lugar donde se encontraba, subiendo las escaleras apoyadas sobre la base que recorría las paredes de la nave podía vigilar quien entraba y salía sin ser vista.

Tampoco le faltaba algo de comida, pan, embutido, galletas. Todo iba bien hasta que una mañana la sorprendieron dormida junto a los rastrillos.

—¿Qué haces aquí?—quiso saber el jardinero.

Julita abrió los ojos todo lo que daban de sí. La endeble seguridad en la que se vio protegida durante los últimos días saltó por los aires. Los ojos vivos del hombre del mono verde clavados en ella terminaron de despertarla por completo.

—¿Eres Julita?

—Sí.

—Llevan días buscándote. ¿Por qué te escondes?

—No quiero ir con nuevos papás… ni quedarme aquí.

El jardinero se rascó la cabeza bajo la gorra del mismo color que el mono.

—En eso no te puedo ayudar— puso rodilla en tierra— sé que hay familias que son buenas.

Julita no sabía si llorar o salir corriendo.

Diez minutos más tarde escuchaba la retahíla de insultos y amenazas de doña Herminia mientras tiraba de su brazo rumbo al despacho de la directora.

Tres días después, Julita Torres fue entregada en adopción a una familia de Valladolid, al menos eso dijeron a sus compañeros.

6

Faltaban unos minutos para las siete y media de la mañana cuando María Pinta sale de Comillas por la carretera a Cabezón de la Sal, en su flamante Alfa Romeo Giulietta, para tomar la A-8 dirección Santander. El día amaneció nublado, pero prometía despejar tal y como le había asegurado su padre que no acostumbraba a fallar con los pronósticos del tiempo.

Había dejado la Villa menos saturada de visitantes que unos días atrás en pleno agosto. Poco a poco se podía ir circulando con normalidad. Cuando aún no había llegado a la A-8 los primeros rayos del sol amenazaban con abrirse paso entre las nubes.

Sonrió a la predicción de su padre.

A pesar de la semana transcurrida, su cabeza repetía incansable la amarga experiencia que debió vivir su compañero con el accidente de Toñín. Nadie podría pensar que un chico de diecisiete años se suicidara cuando su vida en esos momentos reflejaba todo aquello que pocos años atrás anheló tener; una familia que le permitiera expresarse y sentirse querido.

No solamente daba vueltas a Toñín y a Diego sino también al Centro de Socorro y al individuo de la fotografía; el vigilante de noche César Hernández. Sin duda el caso del *Verdugo* no se había cerrado con la eficiencia que acostumbran en la comisaria.

No de forma oficial, por el momento, pero a partir de la visita a doña Herminia, su compañero y ella dedicaban su tiempo y esfuerzo a averiguar qué relación tenían el vigilante fallecido y la famosa asesina. No fue fácil dar con el cuerpo. A menos de un metro del lugar en el que fue encontrado el cadáver enterrado habían levantado una pequeña barbacoa de obra, que en palabras de la directora tenía como fin premiar a los internos por buen comportamiento o celebrar fechas especiales como la Navidad.

En cuanto la explicación partió de la boca de la mujer los dos policías se miraron instintivamente. Demasiada coincidencia el punto elegido para colocar la barbacoa. Sin embargo, a pesar de que eran

conscientes desde la primera visita que la directora no estaba siendo sincera en sus explicaciones, su compostura continuaba aportándola un margen de inocencia. Sí, sin duda ocultaba algo pero coincidían en que no se la imaginaban escondiendo el cuerpo sin vida de un empleado.

Cuando María entró en la comisaría, tras saludar a su compañera Paula su mirada se detuvo en el titular del *Diario Montañés*:

"*¿Un nuevo crimen del Verdugo*?"

Como un imán su vista se desplazó hasta el segundo párrafo.

"… según fuentes cercanas a la investigación una foto similar a las enviadas por el tristemente famoso Verdugo, ya fallecido, puso sobre la pista a la policía que…"

Levantó la vista ofuscada.

—El comisario está en su despacho— dijo Paula colgando el teléfono y señalándolo con el dedo— acaba de decirme que cuando Diego o tú lleguéis vayáis directamente a verle.

Asintió.

"¿Fuentes cercanas a la investigación?"

En los años que llevaba como policía se había encontrado en varias ocasiones con esa maldita frase en las noticias, daba igual si era la prensa, la televisión o la radio o el propio internet. Muchas de ellas sólo pretendían sacar a la luz una información que no tenían forma de sustentar con pruebas, hechos o testimonios, amparados en la ley que defiende el anonimato de las fuentes, aunque no hubiera tales fuentes.

Otras, sí existía esa fuente, y efectivamente estaba situada próxima a los que intervenían en la investigación. Esto era lo que más dolía, excepto cuando se producía una filtración interesada.

"Confío que no tengamos un maldito chivato"

Dejó sus cosas sobre la mesa y se encaminó al despacho del comisario Redondo. Cruz se disponía a abrir la puerta portando un café en la mano.

—Buenos días, María ¿quieres que te prepare uno? Me parece que la cosa está complicada— ladeó la cabeza en dirección al despacho mientras sacudía en el aire la mano libre.

—No, gracias, Cruz, antes de salir de casa me he tomado un par de ellos— esbozó una suave sonrisa— normal que esté enfadado con la que nos va a caer encima.

Las dos mujeres accedieron al interior. El comisario se hallaba acomodado en su butaca con el semblante serio.

—Cuando venga Olivares que entre sin detenerse en ningún sitio, Cruz.

—Sí, don Fausto.

—Siéntese, Pinta.

Sobre la mesa del comisario un ejemplar del *Diario Montañés* abierto por lo que para la policía era la noticia del día.

—La imagino enterada— dejó caer con fuerza el dedo índice sobre el periódico.

—Sí, jefe. Lo del hallazgo del cuerpo no me sorprende, es normal que haya corrido la voz, pero lo de la foto…

Fausto dio un lento sorbo al café, saboreándolo como si buscara un aporte extra de energía, claridad de ideas y algo de calma. Sentía su corazón más acelerado de lo recomendable.

—¿Quién más sabía lo de esa foto?

Un firme repiqueteo en la puerta precedió a la entrada de Diego, que tras un escueto, buenos días, tomó asiento sin pronunciar palabra.

María le dedicó una breve sonrisa y se dispuso a contestar al comisario.

—¿Quién ha podido ver la foto a parte de nosotros tres?— calló unos breves segundos— doña Herminia la directora del Centro de Socorro…— volvió el rostro hacia el inspector.

—Cierto, pero a la directora no le dijimos en qué circunstancias había llegado a nuestras manos.

Redondo apuró el último trago de café. Se limpió el mostacho con un pañuelo y ladeó el rostro.

—Hay al menos otra persona más que conoce la existencia de esa foto y que sabe en qué circunstancias ha llegado a nuestras manos.

—El que nos la ha enviado.

—Exacto, Olivares.

—El asesino del vigilante también puede ser otra persona, si no se trata del mismo individuo que envía la foto— apuntó la subinspectora — sí, ya sé que el *Verdugo* está muerto pero me pregunto si hay que dar por hecho, aunque la fotografía parezca corroborarlo, que fue ella quien mató a César Hernández.

La propuesta de Pinta quedó flotando en el ambiente, de ser otra persona el asesino del vigilante de noche de La Esperanza el asunto se complicaba al involucrar a más implicados.

—He hablado con el comisario principal y me ha ordenado que investiguemos el caso desde el principio.

—¿No se había hecho ya?— quiso saber María.

—Así es, pero en ocasiones cuando el exceso de trabajo nos supera, atendemos más a los vivos que a los muertos— su rollizo rostro esbozó una mueca— quiero decir que con el *Vengador* muerto junto a su última víctima el interés pasó a otros casos que pedían nuestra atención.

—Nadie esperaba que tuviese que ser reabierto.

—No, Olivares. Pónganse a investigarlo de la forma más discreta posible, no nos conviene que de momento la prensa se interese demasiado.

—De acuerdo, jefe— Diego se incorporó.

—Manténganme informado con cada adelanto por mínimo que les parezca.

—Por supuesto.

Cruz había preparado una sala para acoger a María y a Diego. Sobre la mesa el expediente del *Verdugo* al que le iban incorporando información, como la relativa a doña Herminia, César Hernández, su asesinato y el posterior entierro de su cuerpo, así como la confirmación del forense de la causa de la muerte; un corte profundo en la espalda con un azadón.

—Vayamos con las cinco víctimas del *Verdugo*.

—Seis, con el vigilante.

—Sí, seis. Tiene que haber una relación entre ellos, mejor dicho, *El Verdugo* es el que tiene que mostrarnos esa relación. Repasemos sus nombres.

María cogió el expediente que correspondía a la última víctima.

Leyó:

—Ezequiel Gómez, cincuenta y dos años, conserje de noche en una empresa de importación, trabajaba en una nave, fue el que mató al *Vengador*, y ella a él. Sin familia, si la tiene no ha reclamado su cuerpo. Murió de varios impactos en el cráneo y dos puñaladas. Antes le dio tiempo destrozarle la cara y clavarle un objeto cilíndrico a la chica— miró a su compañero —¿Ensañamiento?— quiso saber María al leer el informe una vez más.

—No, según el forense murió con el primer el golpe, los demás los recibió cuando ya estaba muerto por lo tanto no hicieron sufrir más al conserje.

—No termino de acostumbrarme a este tipo de cuestiones legales. Para mí cuando alguien golpea y golpea a otro se está ensañando con él, le haya matado o no a la primera.

—Te entiendo, estoy de acuerdo, pero la ley es así. Sigamos.

—Sufrió golpes en los genitales. Su cuerpo junto al de la chica, al del *Vengador*, con su Polaroid. Y un dato curioso, la autopsia dice que había esnifado cocaína y se había consumido una viagra.

—¿Sí? ¿Violó a la chica?

—No, no hubo sexo.

—Muy curioso. Bien, sigamos.

—José Ganzán, cuarenta años, camionero. Su cuerpo fue descubierto al pie del acantilado del Mirador de la Corneja, ya sabes, al lado de tu casa de Ruiloba, en el Remedio. El cartel de culpable está escrito con recortes de revistas. Si el asesino no nos hubiese enviado la fotografía posiblemente hubiera quedado como una muerte accidental.

—Eso no le interesaba. Quería que supiéramos que las víctimas no son elegidas al azar.

María pasó a la siguiente hoja.

—Candela García, ama de casa de cincuenta años. Fue atropellada a doscientos metros de San Vicente de la Barquera. El cuerpo fue encontrado junto al arcén— la subinspectora quedó unos segundos en silencio analizando la instantánea— creo que hizo la foto, escribió el texto sobre una especie de cartulina con rotulador y luego lo arrastró hacia el arcén, mira.

Diego se hizo con la foto, asintió y se la devolvió.

El cuerpo se hallaba de lado y no apareció el cartel en la documentación del expediente realizado por la policía. La foto se encontró a un lado del cadáver.

—Este caso es diferente. Son dos hermanos, Juan y Alberto Rosales que se escaparon de un centro de menores próximo a Barreda. Disculpa un momento…—deslizó el dedo sobre el informe— no parece muy claro eso de la escapada, verás, por lo visto se trataba de una excursión y los hermanos no regresaron. Encontraron sus cuerpos una semana más tarde en un pozo de una nave abandonada. Según dijeron en el centro los internos hablan de un monstruo del bosque, parece ser que se trata de una leyenda conocida.

—¿Un monstruo que pone carteles?— Diego se había aproximado a María— ¿cómo murieron?— observó la foto del *Verdugo* y las de la policía— parece algo personal.

—Sí ¿una chica pudo hacer esto a dos chicos? Uno de ellos sufrió mutilación genital, según el forense ya estaba muerto.

—¿El otro, no?

Pinta negó con la cabeza.

Un sonoro suspiro partió de su boca.

—No se trata de un centro de internamiento, sino de día, aquí dice que era habitual que entraran y salieran de centros, quisieron darles una oportunidad al buscarles plaza en uno de media jornada para ver si se hacían más responsables.

—¿Lo consiguieron?

—No lo parece, por lo visto se ausentaron un par de veces sin permiso y se les iba a enviar a otro de internamiento, hasta que

desaparecieron en la excursión.

—Unos angelitos ¿eh?

—Ya tenemos dos con mutilación genital, da constancia a la figura femenina del *Vengador* ¿no te parece?

—Tiene sentido, sí.

María pasó a la siguiente víctima.

—A todo este mejunje hay que añadir al vigilante de La Esperanza— deslizó la mirada por los cuatro expedientes repartidos sobre la mesa.

—¿Mejunje?— Diego sonrió por primera vez en los últimos días— tenemos que buscar lo que une a todas las víctimas con *El Verdugo*— señaló a los dos hermanos— estos vienen de un centro de menores de día, el vigilante de uno de internamiento, nuestro asesino tuvo que estar relacionado con ambos de alguna manera ¿no te parece?

—Sí, seguro. ¿Pero cómo?

Diego negó con la cabeza.

—Sin olvidarnos del ama de casa y del camionero.

—Lo único que se me ocurre es preguntar a estas familias si las víctimas han tenido algún tipo de relación con centros de menores o con trabadores de esos centros— expuso la subinspectora con un brillo de profunda concentración en los ojos.

—Buena idea— Diego cogió el expediente del camionero— ¿no dice nada de lo que apuntas? En algún sitio tendría que venir algo que…— dejó el fin de la frase en el aire mientras deslizaba la mirada sobre la hoja que tenía entre manos y en la siguiente y en la otra…

María observaba el perfil de su compañero al que estaba muy agradecida por los dos años compartidos en el cuerpo. Recuerda el momento que el comisario Redondo les reunió en su despacho para presentarles. Su nerviosismo desde que partió aquella mañana de Comillas alentada por el apoyo de sus padres, su hermano y los fieles Rana y Calisto, dos perros de raza indeterminada que alegraban cada vuelta a casa. Fue consciente de que Diego no era partidario de compartir su día a día con nadie, que se limitaba a cumplir con lo estipulado por el comisario con la mayor profesionalidad posible.

Tampoco olvida las palabras de Redondo cuando el inspector abandonó el despacho para terminar el informe del último caso:

—Le ruego un poco de paciencia con Olivares— su mostacho se movía nervioso de un lado a otro— pero le garantizo, subinspectora, que harán una pareja extraordinaria. Es un gran policía con el que podrá aprender mucho, y él de usted.

No, no olvidará tampoco una tarde, ya casi de noche, cuando tras unas eternas jornadas de trabajo, Diego le ofreció tomar una cerveza.

—Claro que me apetece, creo que lo necesito.

En los minutos siguientes pidió perdón por el frío recibimiento y le aseguró que agradecía al comisario que le hubiera obligado a formar equipo con ella.

—¿Obligado?— arrugó las cejas— serás…

—Sí, en aquellos días así lo sentía, María, pero hazme el favor de quedarte con este momento— levantó la copa de cerveza en el aire— Por ti.

—Por ti— respondió una emocionada Pinta.

—Eh, María…

—Sí, perdona estaba recordando.

—Debía ser algo emocionante porque tienes los ojos cargados.

—Sí, lo era ¿Qué me decías?

Diego blandió una de las hojas del informe del camionero en el aire.

—Que aquí no dice nada de la posible relación de este individuo con algún centro de menores.

—Tenemos que encontrarla.

—¿Hacemos una visita a su viuda?

—Vamos.

7

Dejé que transcurrieran un par de semanas para plantearles la pregunta que me rondaba la cabeza desde antes del comienzo de las clases. Esperaba a que nos sumergiéramos en el tema del asesino, los diferentes tipos que podríamos incluir en nuestra novela. Desde el asesino múltiple despiadado, o el más sutil, hasta el asesinato por encargo o debido a un ajuste de cuentas o venganza.

—¿Creéis que existe el asesinato perfecto? O como dicen algunos, que no existe el crimen perfecto si no el investigador incapaz.

—No es que pueda existir, sino que existe— intervino el comercial — ¿alguien puede creer que se han descubierto todos los crímenes que se han cometido? Venga ya…— agitó con gesto despectivo la mano en al aire.

—¿Opináis como Goyo? Aunque yo me refería a que si se puede planear el asesinato perfecto.

Lali cruzó las piernas y levantó la mano.

—Sí, cuéntanos.

—Entiendo lo que él dice, seguro que hay miles de asesinatos sin resolver, pero si la pregunta es si yo sería capaz de realizar un crimen perfecto, no podría decir con toda seguridad que sí, pero creo hay gente que es capaz de hacerlo. Me parece normal que los cerebros más inteligentes estén divididos entre los buenos y los malos

Unas suaves risas se dejaron oír en el ambiente.

—Pero me inclino más por una asesina inteligente, sutil, con una forma suave de matar, me refiero suave en los medios que utilice— continuó Lali.

—Como un veneno.

—Sí, algo así.

—Dicen que es el típico proceder de la mujer asesina.

—Creo que mi novela irá por ahí.

Llevé mi vista a Paco, el policía local.

—Vaya la cuestión de hoy con todo el respeto ¿qué opinas?

Tan largo como era recogió las piernas, cambió de postura y volvió

a estirarlas.

—Sí, Jaime, no estoy aquí como policía, faltaría más— esbozó una amplia sonrisa— si los malos, como dice Lali, no fueran inteligentes no haría falta tanta investigación y aprendizaje por parte de los buenos. Es posible que se pueda cometer el crimen perfecto…—calló unos teatrales segundos— hasta que deje serlo cuando un avispado inspector lo descubra.

—Buena respuesta, Paco.

—¿El crimen múltiple planeado como una sucesión de asesinatos independientes?

—¿Cómo el del *Verdugo*?

No era la primera vez que Goyo sacaba a colación la reaparición de este personaje que estaba en boca de todos. A veces me sorprendía que pudiera tener los cuarenta cumplidos.

—¿Por qué lo dices?

Goyo cruzó los brazos sobre la mesa, se aflojó el nudo de la corbata naranja que pedía a gritos ser separada de la camisa de color rosa y el traje verde botella a rayas.

—Es lo que has planteado ¿no? un asesino en serie que planea diferentes formas de matar.

—¿Estás obsesionado con este caso, eh, Goyo?— la blanca sonrisa de Maite, la abogada, y su firme mirada se posaron en el comercial de seguros.

—No sólo yo, sale todos los días en la tele. Quiero escribir algo parecido, que aparezca una nueva foto después de muerto *El Verdugo* tiene su aquel ¿Qué no?

Maite esbozó una sonrisa torcida.

—Coincido contigo que ese detalle es interesante pero creo que la pregunta del Jaime no iba por ahí.

Mi interés principal radicaba en que todos los alumnos participaran y dieran su opinión, pero nada más lejos de mi intención que surgieran disputas entre ellos que pudieran tildarse de personales.

Miré a uno y a otro intentando mostrarme conciliador.

—*El Verdugo* ha utilizado diferentes formas de matar y…

—Y sigue utilizando…la última foto enviada a la policía nos…

—¿Quién te dice que el muerto de…

—La víctima, Lali— corregí.

—¿Eh? Sí, eso, la víctima —me dijo, luego miró a Goyo —¿quién te dice que la víctima que aparece en la fotografía sea de ahora?, ¿y si el cuerpo que han desenterrado fuera el de…—me miró—…la víctima de la foto?

Decidí intervenir. Goyo era un personaje que no se sentía cómodo

en el intercambio de golpes. Le gustaba dar, pero no recibir.

—Cierto que *El Verdugo* ha matado por diferentes medios pero nunca se ha preocupado de que esas muertes fuesen consideradas independientes, ha ofrecido un nexo en común como es enviar una foto a la policía— callé unos segundos mientras llevaba la vista a un folio— Antes me refería al asesino en serie que mata a sus víctimas por diferentes medios con el objetivo de que la policía lo interprete como asesinatos cometidos por distintos autores.

—Me descubro ante ese, un crack.

—A mi me parece que ese asesino debe poseer una inteligencia bastante superior a la media. Ya no se trata de matar por matar, sino de preparar cada acto con una puesta en escena independiente. Creo que a ese individuo le estimula jugar con la policía, medirse con ella en una guerra psicológica.

—Muy interesante lo que apuntas, Fátima. ¿Cuál es la especialidad del máster que estás estudiando?

—He terminado el grado en psicología educativa y ahora estoy con el máster en Psicología de la Educación, me gustaría encontrar la forma de especialízame en psicología criminal.

—Estudiar la mente del asesino.

—Eso es.

Me senté en una esquina de la mesa y miré a Rosa, ama de casa que no solía intervenir en las conversaciones, no quería que se sintiera fuera de lugar. Tengo que reconocer que hasta el momento no lo había conseguido.

—Rosa, ¿tienes una idea de cómo sería el malo de tu novela?

Llevó una mano al pelo, detrás de la oreja, como gesto mecánico de profunda timidez. Después de mí era la mayor de la clase, cuenta con cincuenta años. En las semanas que la voy observando, he llegado a la conclusión que su timidez debe ser independiente de con quién se halle.

—Bueno…yo estaba pensando en una mala— esbozó una sonrisa ladeada mientras movía la cabeza— pero no una asesina, si no una ladrona.

—Bien, bien— me animé— ¿has pensado qué es lo que piensa robar?

—Sí, sí, a su marido— esbozó una amplia sonrisa acompañada de las risas de sus compañeros.

No pude mantenerme al margen y me uní a ellos.

—Digamos que saca el dinero del banco y desaparece ¿no?

Agitó la mano en el aire, con energía.

—No, no, lo hará poco a poco, sin que él se dé cuenta, hasta que

un día le llamen del banco y le digan que está en bancarrota.

—¿Algo personal?—intervino Goyo.

—No, no, mi marido es una persona extraordinaria.

Lo dijo en un tono que no supe catalogarlo de irónico o de sorprendido por la pregunta del comercial.

—Más le vale, como no quiera verse sin un euro.

Las risas de los alumnos acompañaron el cruce de miradas de Rosa y Goyo.

Eran las nueve y media cuando introducía las llaves en la puerta de mi casa. Desde que salgo del ascensor y me acerco sigiloso hasta la puerta ya puedo escuchar el golpeo de la cola de Freddy contra el suelo, la pared, o como en esta ocasión en la puerta, acompañado de unos suaves gemidos de contento.

Empujé con suavidad y me dispuse a recibir las muestras de cariño de mi buen amigo.

—Sí, sí, lo sé, tranquilo— le acaricié la cabeza, detrás de las orejas, en el lomo— tranquilo.

No me parecía sano que se llevara esos sofocos diarios. Tendría que consultarlo.

—¿Qué tal las clases?

Mena se asomó bajo el umbral de la cocina secándose las manos con un trapo.

—Muy bien, hemos estado charlando sobre los asesinos en serie ¿y tú?

—Ha sido un buen día, el jefe me ha felicitado en nombre de un cliente por mi instalación de una red en unas oficinas y por unos programas que he diseñado.

—Eres todo un cerebro, yo sería incapaz.

—Por cierto, ya tienes el ordenador listo y a toda velocidad, tenía varios troyanos y algún virus que otro. Te he instalado un antivirus de prueba un mes, si te gusta ya lo comprarás.

—Gracias, Mena. Voy a bajar a Freddy y…

La chica se recogió la coleta y se acercó hasta el perro. Con la rodilla en el suelo le acarició el cuello.

—¿Acabamos de llegar, verdad?— dijo mirando a Freddy— hoy ha ligado con una perra preciosa ¿a que si?

Esbocé una sonrisa sin mucha convicción. Me gustaba el paseo nocturno con él, no quería que me sustituyera en esos momentos.

—Aún así daremos un paseo.

—Bien, como quieras. He hecho pasta para cenar y…

Mientras ajustaba el enganche de la correa al collar del perro miré a Mena.

—A ver, te he comentado en alguna ocasión que mis cenas son suaves, la pasta a la hora de comer. No te preocupes, ya me haré un caldo o…

—Me lo tomé al volver del trabajo, estaba muerta de hambre— dijo de regreso a la cocina— tienes que ser más abierto de cabeza, Jaime.

"¿Más abierto?"

Salí de mi casa con una sensación muy desagradable recorriendo mi cuerpo. Necesitaba serenarme y no hacer una montaña de todo esto. Decidí que a la vuelta compraría caldo de pollo, y al llegar a casa pasaría al ordenador los resultados de la clase de hoy.

8

Tomasa vio en Cris a alguien a quien mantener a su lado. Lo tuvo claro desde el momento que salieron del despacho de la directora. Pensó que iba acusarla de meterse con ella. Ya estaba avisada, la paciencia de doña Herminia se hallaba al límite con sus constantes salidas de tono y peleas.

Cris no quería enemigas, ya sabía lo que era tener a la chula del centro en su contra y que le hicieran una vez más la vida imposible. Dijo que se había tropezado y que la estaba ayudando a levantarse cuando la señorita Valentina entró y que las amigas de Tomasa no vieron lo que pasó.

La directora sonreía por dentro. Estaba convencida que iba a vivir un nuevo capítulo más de internas dando gritos frente a ella y enviándolas al sótano para que se calmaran, pero en lugar de la temida escena se encontró con una chica inteligente, que apenas en unos días había conseguido que Tomasa comiera de su mano. No pensaba desaprovechar la ocasión.

Sí, el castigo sería similar, en el sótano, pero en la misma habitación para que hablaran. Si conseguía tener controladas a las dos chicas más respetadas la tensión en el centro se rebajaría hasta límites difíciles de recordar.

—Bien, os he escuchado y no tengo por qué dudar de vuestras declaraciones, pero me han dicho que ha habido algo más— ajustó las gafas sobre la nariz— Pasareis esta noche en el sótano sin cenar, confío que a partir de mañana os comportéis como espero de vosotras. ¿De acuerdo?

Las dos internas asintieron.

—Volved a clase.

A la hora de la cena, acompañadas del vigilante de noche bajaron en silencio las escaleras hasta una de las habitaciones que servía como lugar de castigo en el temido sótano. Un catre, sin luz, excepto por un pequeño ventanuco por el que apenas entraba claridad en una noche nublada. Todo ello envuelto en un profundo silencio roto en ocasiones

por el crujir de las maderas de la casona.

—No me deis problemas— dijo César mirando a Cris— tú y yo podíamos ser buenos amigos, vivirías muy bien aquí.

—No le hagas caso, es un cerdo.

El vigilante de noche cogió a Tomasa del cuello, susurró en su oído.

—¿Quieres que lo repitamos? Sé que te gustó.

En el rostro de Tomasa se talló el gesto más duro que pudo esbozar, que apenas resultó ser una mueca. El miedo del recuerdo de la última noche vivida con el vigilante la atemorizó.

—Volveré luego— amenazó en su oído.

Las dos internas pasaron la primera hora en silencio. Cris no tenía nada que decirle a Tomasa y ésta era consciente de que la bravuconería mostrada en clase había dado paso a una niña asustada. Fue ella la que inició una conversación que salpicada de silencios les ocupó las siguientes horas de la noche.

Hasta que el ruido inconfundible de pasos en el sótano captó su atención.

—Es él, seguro…—murmuró Tomasa.

Cris respiró profundamente. Sentía como se aproximaba una situación que no por repetida resultaba fácil de manejar. De la última casa que huyó, por los extraños juegos del padre, tuvo mucha culpa la actitud del que en esos momentos era su hermano mayor y que en alguna ocasión había abusado de ella. Estaba en la cocina, de noche, algo terminantemente prohibido, buscando cualquier cosa que llevarse a la boca. De un estante se hizo con un par de galletas, de la nevera con un filete de pollo empanado que les debía haber sobrado de la cena. Estaba castigada por no limpiar como se esperaba de ella, Cris sentía como la rabia crecía por dentro, tenía que escaparse cuanto antes.

—Vaya, vaya, tenemos una ladrona en casa.

La voz de su hermano de acogida a su espalda acompañada de la súbita iluminación de la cocina la paralizó por completo.

Sólo unos segundos.

Respiró profundamente, cogió el filete de pollo y le dio un mordisco.

—No he cenado.

—Porque estás castigada— dijo el chico tres años mayor que ella mientras recorría los escasos metros que le separaban de la ladrona con el brazo estirado— dámelo.

—No— dio otro bocado.

—¡Dámelo!

El empujón que recibió le lanzó contra el suelo. Sorprendido, se la quedó mirando fijamente.

—¡Papá! ¡Mamá!

No hubiese sabido explicar que fue lo que la puso en acción. Era una sensación extraña, como si una excepcional fuerza se hubiera apoderado de su pequeño cuerpo. Algo que la empujaba a actuar sin dilación si quería evitar que los padres a los que llamaba a gritos aparecieran en escena.

—¡Papá!— gritó aún sentado en el suelo.

Cris pasó a su lado, dispuesta a abandonar la casa con lo puesto.

El chico la garró de tobillo.

—¡Ma…!

Un golpe secó en la cabeza interrumpió su alarido. Cris había cogido un rodillo de cocina y golpeado con furia a su hermano. Su intención inicial era apuntar al hombro, pero un movimiento brusco de la cabeza del chico al pretender incorporarse se interpuso en el recorrido del rodillo.

Se hizo el silencio.

Diez minutos más tarde salió de la vivienda con sus escasas pertenencias. Curiosamente se sentía satisfecha con su actuación.

Lo peor estaba por llegar.

Ese algo que le llevó a hacerse con el rodillo de cocina era el mismo que la poseyó cuando Tomasa se encaró con ella en el comedor y el mismo que en esos instantes se adueñaba de su cuerpo al escuchar los quedos pasos al otro lado de la puerta.

Pasos apagados y el tintineo de llaves en la cerradura.

—Es él…

—Coge de allí— Cris se incorporó veloz señalado el catre mientras agarraba las patas por un extremo— vamos, contra la puerta.

Tomasa obedeció por instinto, convencida de que no iba a servir de nada. De una patada, el vigilante tiraría la puerta abajo.

A tientas ajustaron un extremo de la cama bajo el picaporte y esperaron acontecimientos en silencio. Escucharon la llave dar la última vuelta a la cerradura.

Empujaron con todas sus fuerzas.

El picaporte subía y bajaba con ritmo nervioso.

—Abrid la puñetera puerta…

La voz del vigilante llegaba hasta a ellas como un lejano susurro. En ese momento Cris comprendió que si aguantaban un poco más

terminaría por irse, no iba a arriesgarse a que la directora le descubriera acosando a las internas.

"¿O sí?"

Tenía que jugarse esa baza y ver qué pasaba.

—Os arrepentiréis de esta, pequeñas zorras.

Fue lo último que oyeron de César Hernández antes de que abandonara el sótano. Habían escuchado la doble vuelta de la cerradura cerrando la puerta. Sus ahogados pasos alejándose, pero aún permanecieron varios minutos sin cambiar de posición, aguantando con firmeza el catre.

Las horas pasaron sin que el vigilante regresara. Con los primeros rayos del sol colándose por el ventanuco escucharon pasos al otro lado de la puerta y varias voces diferentes.

—Es doña Herminia— apuntó Tomasa— siempre está con el vigilante por la mañana.

—¿Has estado muchas veces aquí?

—Sí, es como si fuera mi habitación— calló unos instantes— pero desde que ese cabrón me… no había vuelto a bajar.

El chirriar de la puerta avisaba de su inminente libertad. Sin duda se trataba de una libertad a medias que incluía un desayuno que sus vacíos estómagos reclamaban con insistencia.

—¿Recordáis lo que hablamos ayer?

Las dos internas asintieron.

—No os oigo.

—Sí, doña Herminia.

—Venga, a desayunar.

Tomasa y Cris subieron las escaleras rumbo al comedor. En cuanto pusieron un pie en la estancia se hizo el silencio. Las amigas de Tomasa la miraban esperando algún tipo de reproche a la nueva que la acompañaba.

—Siéntate con nosotras.

—No, me quedo con Susa— señaló a su amiga que le había guardado el sitio.

—¿Me puedo quedar con vosotras?

—Claro.

El murmullo de voces de las amigas de Tomasa llegó hasta las chicas. No entendían por qué no se sentaba con ellas y lo hacía con la nueva.

—Parece que no les hace gracia que te quedes aquí— Cris ladeó la cabeza en dirección al grupo.

Tomasa se giró. Con la palma de la mano apuntando al suelo, les pidió calma.

—No te preocupes, ya se les pasará. Seguro que no entienden que esté con la nueva y su amiga— esbozó una sonrisa cómplice.

—Normal, con la fama que te has creado.

—No sé, a veces las cosas vienen de una forma y no haces nada para cambiarlas, es como si me dejara llevar.

—Ya.

—Estoy muerta de hambre.

—¿Sabes que no nos han dado de cenar, Susa?— dijo Cris girada hacia su amiga que tampoco entendía qué hacia la chula del centro con ellas.

La directora se disponía a acomodarse en su butaca cuando llamaron a la puerta de su despacho.

—Doña Herminia, vienen de los Servicios Sociales— dijo su secretaria con la que había compartido las últimas décadas.

—¿Tenían cita? —abrió apresurada su agenda.

—No, no, pide disculpas por presentarse sin avisar.

En el rostro de Herminia se dibujó una mueca de relajación. Últimamente olvidaba más cosas de las esperadas.

—Pensé que se me había pasado otra vez— apuntó mientras tomaba asiento.

—¿Le hago entrar?

—Sí. Gracias, Roberta.

Los Servicios Sociales no siempre traían buenas noticias. A veces venían con chicos demasiado difíciles, que en su opinión deberían encontrase en otro tipo de centro más especializado. La escusa que recibía era siempre la misma: la falta de plazas en dichos centros y la necesidad de no alejarlos demasiado de sus familias. Al menos algunos de ellos, con suerte, servirían para que entrara algún dinero en las menguantes arcas el centro.

“A ver de qué se trata hoy”

El repiqueteo de nudillos en la puerta la devolvió al momento presente.

—Pase, por favor— dijo elevando el tono de voz.

Accedió al despacho un hombre alto, conocido de la directora. Entre sus manos una carpeta.

—Agustín, ¿cómo está?— dijo ofreciéndole la mano,

—Bien, doña Herminia ¿Cómo va todo por aquí?

La directora suspiró.

—A veces me pegunto cómo me he dedicado a este tipo de vida, rodeada de chicas y chicos desagradecidos, egoístas a los que no les interesa nada y que si estuviera en sus manos te sacarían los ojos sin pensarlo.

—¿Un mal día?— Agustín conocía a la mujer desde al menos veinte años, había escuchado en numerosas ocasiones sus quejas que sólo pretendían sacar un mayor partido de los Servicio Sociales. A ella le encantaba su trabajo por más que se empeñara en demostrar lo contrario.

—Internas que se pelean, personal que se toma días libres sin avisar, en fin. ¿Qué le trae por aquí?

El hombre tomó asiento ante una muda indicación de su anfitriona.

—Verá, hace unas semanas nos llegó un chico de catorce años. Nos hemos hecho cargo de él, pero necesitamos buscarle una familia de acogida y confiaba en que mientras duran los trámites lo tuviera a su cuidado.

La directora suspiró.

No dejaba de ser un ingreso más para su saneada cuenta.

—¿Qué ha hecho?

Agustín le entregó la carpeta que portaba.

—Hacer no ha hecho nada. No tiene antecedentes, sé que no es el modelo típico de La Esperanza pero he pensado que podría estar bien aquí hasta que se formalice su adopción.

Doña Herminia leía con interés el expediente. Una mano como si sostuviera la barbilla, la otra pasando hojas. Al finalizar dejó caer las gafas sobre el pecho y asintió.

—Toda una experiencia la de este jovencito. ¿Cómo está? Tendrá que tener tratamiento psicológico.

—Sí, y seguirá con él como otros de los internos que tiene aquí, pero el motivo es diferente como puede ver— llevó la mirada a la carpeta que Doña Herminia aún mantenía abierta sobre la mesa.

—¿Dice que lo vio todo?

—Al menos, casi todo. Hasta que decidió esconderse.

—¿Ha venido con usted?

Agustín asintió.

—¿Cómo dice que se llama…?— regresó a la primera hoja.

—Toñín.

9

María conducía el flamante BMW X6, puesto a disposición de los agentes, primero por la A-67 para posteriormente enlazar con la A-8 dirección a Oviedo con la intención de tomar la salida 249 a La Virgen/Comillas/Cabezón de la Sal dónde darían por finalizado el trayecto.

Transcurría cerca de la media hora desde que salieron de la Jefatura Superior de Policía cuando aparcaban junto a la oficina de turismo de Cabezón de la Sal. Cruz había avisado a la mujer del camionero, una de las víctimas del *Verdugo*, de la llegada de los inspectores.

Pasaron frente al antiguo almacén de vino y continuaron por la calle Virgen del Campo.

—Mira esa señora asomada.

Una mujer que frisaría los cuarenta y pocos años apoyaba su voluminosa figura en el mirador del segundo piso de la casa a la que se aproximaban.

—¿Doña Ana Rodríguez?— preguntó María.

La aludida bajó la vista sorprendida por la llamada. Esperaba a la policía, pero hubiese supuesto que llegarían metiendo ruido o al menos con un coche con el texto correspondiente en la chapa y la inseparable sirena azul.

—Sí, soy yo. Pasen por ahí— sacó medio cuerpo fuera, poniendo a prueba la Ley de la Gravedad. Señaló una puerta a sus pies— está abierto.

—Gracias.

Los inspectores intercambiaron sus miradas. No terminaban de comprender qué hacia la mujer asomada y aún menos la sorpresa que se llevó al llamarla.

—Aquí arriba, por las escaleras.

La voz les llegó desde el fondo del estrecho portal.

—Vamos allá.

Olía a humedad, a pesar de estar finalizando el mes de septiembre

se sentía cierto frescor que los agentes agradecieron.

—Disculpen, me asomé para esperarles. No quería que…— se frotó las manos en el delantal— bueno, ya saben, después de lo de mi marido y la maldita asesina esa, no quería que los vecinos vieran coches de policía y…

—Lo entendemos— intervino Diego con la intención de reconducir la visita— serán unas breves preguntas y nos marcharemos.

El semblante de Ana se relajó sensiblemente.

—¿Quieren tomar algo? Un café o…

—No, nada, muchas gracias, es usted muy amable, serán unos minutos tan solo— insistió María en lo breve que iba a resultar la visita.

—De acuerdo. Si quieren sentarse.

Pinta y Olivares siguieron las indicaciones de la anfitriona.

—Verá, queríamos saber si su marido tuvo en el pasado alguna relación con un centro de acogida, o de socorro.

La mujer arrugó el entrecejo.

—¿Un centro de socorro?

—Sí, uno de esos centros de internamiento para menores, o quizá recogió en su camión a alguno de estos chicos que se escapan— expuso la subinspectora.

—Pues no, que yo sepa. Es la primera vez que oigo hablar de sitios de esos de socorro.

—¿Alguien de su entorno?

Ana calló unos instantes como si de verdad estuviera pensando en ello. Llevó la vista al suelo, juntó aún más las rodillas y ladeó el rostro.

—¿Y alguien que haya adoptado o acogido alguna vez a …?

De pronto, la mujer del camionero dio una palmada que sorprendió a los inspectores.

—¡Eso, sí! Segis, mi cuñado.

—¿Qué puede decirnos de esa adopción?— Diego retomó el mando de las preguntas.

—Pues verá, él y su mujer tenían tres hijos pero por lo visto les daban una ayuda si acogían a un crío.

—¿Una ayuda?

—Eso nos dijeron. Tuvieron una chiquilla unos meses. No hablaba mucho y parecía enfadada siempre. Decían que era muy vaga.

María tomaba notas sin parar en su pequeña libreta.

—¿Era?

—Sí, no la veíamos mucho la verdad— apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante como si se dispusiera a realizar una

confidencia— verán, se conoce que una noche el hijo mayor la pilló robando y le llamó la atención, la cría cogió algo y le golpeó en la cabeza.

Ana barría con la mirada los rostros de los inspectores, orgullosa de haber captado su interés.

—¿Qué fue de ella?

La mujer negó con la cabeza.

—Desapareció esa misma noche.

—¿Recuerda cómo se llamaba la niña?

—Pues…hace años de esto— calló unos instantes y cerca estuvo de dar otra palmada— ¡Manuela! Eso es. Si quieren, mi cuñado les puede hablar de ella, no creo que ninguno de la familia tenga buen recuerdo. Aunque pensándolo bien…no sé, la desgracia llamó a su puerta y desde entonces no ha dejado de hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—Su hija mayor se suicidó, no mucho después de que desapareciera Manuela, si lo hubiese hecho el mismo día seguro que la niña esa hubiese tenido algo que ver.

Los policías se miraron.

—Al chico le han quedado graves secuelas por golpe en la cabeza — dijo como si pensara en voz alta, con la mirada saltando por el mirador.

Mantenía las palmas de las manos juntas entre sus piernas. Agachó la cabeza y llevó la vista a la punta de sus zapatillas de felpa. Asintió con vehemencia y comenzó a llorar.

—A veces la vida te quita todo en un momento sin que sepas qué narices has hecho tan mal para merecer todo eso…— calló durante unos eternos segundos antes de continuar con su relato— su mujer murió atropellada hace unos años, un poco después que mi marido, dicen que fue el *Vengador* ese, pero yo no me lo creo. Decía mi abuela que las desgracias nunca vienen solas, que siempre hay que esperar más— levantó la cabeza con los ojos anegados de lágrimas— ¿qué vendrá ahora?

—¿Cómo se llamaba la mujer de su cuñado?

—Candela. Era muy callada, se podía pasar las horas sin abrir la boca si él estaba delante.

De nuevo los inspectores cruzaron sus miradas.

—¿Candela García?

—Sí.

—¿Sabe si la maltrataba?

Ana torció el gesto y apretó los labios.

—A mí nunca me dijo nada, pero a veces le salía algún moratón en

la cara o en los brazos. Decía que se había golpeado con la puerta o que como tenía mal la circulación se le quedaban grabados los dedos si la cogían, o que cualquier roce con algo le dejaba marcas.

—¿Usted qué cree?

—Yo…yo no sé, prefiero no pensar en ello, ya ¿para qué?

—¿Su marido la pegaba?

La mujer se frotó las manos. Su mirada se volvió nerviosa, sin detenerse en ningún punto en concreto.

—Ya le digo que no sé si Segis…

Diego clavó sus ojos en la mujer intentando captar su atención.

—Me refiero a su marido, a José Ganzán.

Ana abrió los ojos exageradamente.

—¿A mí? ¿Mi Pepe?— movió la cabeza con vehemencia de izquierda a derecha señalándose el pecho— no, él, no…yo…

Durante unos segundos nadie habló en el salón. El semblante de la mujer del camionero se volvió ausente, quizá detenido en sus vivos recuerdos.

—Gracias, señora— Diego se puso en pie— Nos ha sido de gran ayuda. Sólo una pregunta más.

Ana pareció regresar del lugar en el que se encontrara.

—¿Sí? pues me alegra saberlo. Dígame. ¿Qué quiere saber?

—¿Dónde vive su cuñado, Segis?

La mujer de José Ganzán negó con la cabeza mientras pasaba sus ásperas manos por el rostro.

—Vivian en San Vicente de la Barquera, pero después del entierro se fueron y no he vuelto a saber nada de ellos.

—¿Tenía más hijos a parte del chico y de la niña que se suicidó?— quiso saber la subinspectora.

—¿No se lo he dicho?— sin esperar respuesta continuó— tenía otra hija más, bueno y el chico que creo que quedó bastante tonto, sin ánimo de ofender.

—Por cierto ¿Por qué cree que *El Vengador* no fue el que atropelló a Candela?

Ana elevó los hombros y ladeó la cabeza.

—No veo qué pueden tener en común mi Pepe y ella para que los maten a los dos la misma asesina.

—Ya— María se incorporó— Gracias por atendernos. Tiene una bonita casa— mintió.

Ana llevó la mano a la nuca.

—Bueno, nada del otro mundo, la voy poniendo a mi gusto. Cuando mi Pepe se fue me quedé sin ganas de nada y la casa se resintió. Con la pensión y el trabajo a media jornada que tengo voy

comprando más cosas— se acercó a un estante— ¿ve esta figura?

Diego le hizo una seña a su compañera para que cortara la charla cuanto antes. María encogió los hombros y separó los brazos. Después de la inocente pregunta que le había formulado para que se quedara con buen sabor de boca de la visita, le parecía desconsiderado cortarla en ese momento, pero no quedaba otra.

—Sí, mi madre tiene otra igual en casa— volvió a mentir— son preciosas. Por cierto, si recuerda algo relacionado con esa niña…

—¿Manuela?

—Sí, Manuela— le entregó su tarjeta— ¿me llamará?

—Por supuesto— convino sonriente.

De camino a la puerta de la calle, la subinspectora se detuvo, levantó la mano a modo de disculpa y esbozó una media sonrisa.

—Le prometo que es la última pregunta, doña Ana.

—Las que necesite.

—¿Qué edad tenía Manuela?

La mujer del camionero se tomó sus interminables segundos para responder buscando el dato que fuera lo más exacto posible.

—Diría que unos doce o trece. Más o menos los mismos años que Raquelita, la hija menor, la que se suicidó, pobre.

—Gracias por todo— dijo María Pinta.

Cuando salieron a la calle pudieron ver a Ana asomada en el mirador. En su rostro una breve sonrisa que no escondía el dolor que le había supuesto el recuerdo del asesinato de su marido.

María elevó la mano en el aire.

—Parece que está muy sola— dijo como si pensara en voz alta.

—Eso parece.

—No he visto ninguna fotografía en la que apareciera la pareja con algún niño. No me atreví a preguntar cuando me enseñó la figurita, no quería dejarla aún más triste de lo que estaba.

—Creo que esconde algo— se detuvo junto a la puerta del copiloto del BMW.

—¿Que la pegaba? Más o menos nos lo ha dejado claro, aunque estoy convencida que no ha puesto ninguna denuncia.

María tomó asiento deseando soltar lo que la prudencia, temiendo oídos indiscretos, le había aconsejado esperar a que salvaran la distancia que les separaba de la vivienda de doña Ana y su coche.

—Hemos matado dos pájaros de un tiro.

El inspector asintió.

—Sí, dos víctimas del *Verdugo* que guardan relación entre ellos.

—Me pregunto por qué no viene reflejado en el informe. Sé que en principio no parecerían estar relacionados pero después…

La subinspectora puso rumbo a Santander.

—¿Tendrán que ver ambos con la chiquilla, con Manuela?

—Algo me dice que sí, que todo está relacionado— Diego fijó la vista en el horizonte— pero era una muy pequeña para matar a dos adultos. Al hombre pudo tirarlo por el acantilado con un simple empujón pero a la mujer la atropellaron.

El BMW transitaba por la A8 bajo un cielo cubierto de una fina capa de nubes blancas que no amenazaban lluvia pero sí bochorno. La conversación recién mantenida por los policías en Cabezón de la Sal se repetía en sus cabezas, buscando aquello que posiblemente la mujer no dijo de forma explícita pero que intuían era importante para la investigación.

—Quizá no viajaba sola en el coche— expuso María minutos más tarde— aunque pensándolo bien creo que cuando atropellaron a Candela García, Manuela podría tener ya carnet de conducir.

—Quizá, en estos momentos todo es posible.

Una marido maltratador y asesinado. La esposa de su cuñado atropellada, una hija que se suicida. Diego asintió a sus pensamientos. Muchas desgracias concentradas en tan reducido espacio de tiempo en la misma familia, y si se amplía unos pocos años el margen, habría que incluir el golpe sufrido por el hijo en la cabeza con lesiones de por vida.

—Si no fuera porque resultaría increíble y si nada supiéramos del *Verdugo* pensaría que la inocente doña Ana Rodríguez no lo es tanto.

—¿Qué quieres decir?— en cuanto formuló la pregunta, el inspector comprendió que su compañera había llegado a conclusiones similares— que es la asesina de su marido y de la mujer del tal Segis ¿no?

—Sí, eso es. Todo cuadra. Imagina que sospecha que su marido se la pega con la otra. Lo mata un buen día de paseo tirándole por el barranco, se marcha tranquilamente a su casa a esperar acontecimientos. Otro día va en coche a San Vicente de la Barquera, posiblemente conocía el horario de la tal Candela, la espera cerca de su casa aguardando el mejor momento y ¡Zas!— la subinspectora da una palmada en el aire— se la lleva por delante.

Diego esbozó una amplia sonrisa.

—Como te gusta el melodrama ¿eh?

—¿Podría o no podría ser como te digo, eh?— Pinta daba repetidos y cortos golpes con la barbilla en el aire, pidiendo confirmación a su pregunta— ¿eh? ¿Podría o no?

Santander les recibió con un tráfico fluido aliviado por la notable marcha de turistas de regreso a sus puntos de origen. En menos de diez minutos estarían de nuevo en comisaría.

—¿Crees que se me ha ido la pinza con lo que te acabo de contar? Esperaba que al menos me dijeras que estoy loca— María volvió el rostro hacia su compañero— ¿Diego? Sabes lo que me repatea hablar sola y…

—Perdona, te he escuchado.

—¿Y? Nada qué decir ¿Ni siquiera pedirme que deje de decir gilipolleces?

—No, María. Por un momento he llegado a la misma conclusión que tú, pero tengo la sensación de que la mujer no es una asesina aunque no haya sido sincera del todo.

—¿Te das cuenta que nadie es sincero con nosotros?

Diego esbozó una sonrisa ladeada.

—Somos la policía, nadie quiere problemas.

—Precisamente por eso, si son sinceros no sospecharíamos de ellos.

El móvil del inspector comenzó a sonar.

—Sí, comisario.

—¿Por dónde andan?

—Estamos llegando, jefe, venimos de Cabezón, de casa de la viuda de José Ganzán el camionero víctima del *Verdugo*.

—¿Han conseguido algo?

—Se puede decir que sí. Tenemos controlados a dos de las víctimas, tres con el vigilante de La Esperanza, de seis en total.

—Hasta ahora…— susurró María.

—¿Sucede algo, comisario?

—Me acaban de entregar una carta.

Diego sintió como sus músculos se tensaban. De forma mecánica se echó hacia delante. Maldecía la forma que el comisario tenía, en ocasiones, de transmitir la información, sobre todo en circunstancias como esa en la que sabía que la noticia les iba a impactar.

—¿Otra foto?

María intercambiaba las miradas al frente por rápidos vistazos a su derecha escudriñando el rostro de su compañero.

—No, esta vez se trata de una breve nota en la que se nos aconseja que sigamos cavando.

—¿Se refiere a La Esperanza?

—Sí, Olivares.

—¿Dice por qué? ¿Qué quiere que encontremos? ¿Más cuerpos?

—Dígamelo usted.

—¿Quiere que nos pasemos por allí?

—No, no, quiero que vengan aquí y me digan qué está pasando en ese centro. El comisario principal me pide información que dar a la prensa antes de que vuelvan a referirse a supuestas fuentes próximas a la investigación— la voz de Redondo aumentaba sus decibelios conforme las sílabas partían de su boca.

—Jefe.

—¿Cuánto tardan?

—Cinco minutos

—Nada más llegar vengan a mi despacho.

—Jefe, un momento.

—Olivares.

—Haga caso a la recomendación de la carta y vuelvan a cavar cuanto antes por los alrededores del centro.

Diego pudo escuchar un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—¿Me está diciendo que espera más cadáveres?

—No lo sé, es posible.

—Dense prisa— colgó.

El inspector guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—¿Hay otro cuerpo?— quiso saber María mientras detenía el coche en el aparcamiento de la comisaría.

—Es posible.

—¿Dice de quién puede tratarse?

—No.

—Pero crees que esa carta va en serio ¿no?— Pinta se detuvo antes de acceder al interior de la comisaría.

—Lo único que sabemos en que cuando nos han enviado una foto, apareció un cadáver, si ahora nos envían un carta no tengo por qué dudar de lo que pide.

—Tiene todo el sentido ¿qué opina el jefe?

—Está cabreado, las altas esferas lo presionan.

—Por eso yo nunca seré comisaria, recuerda lo que te digo.

Diego sonrió a su compañera.

—Ya veremos llegado ese día, pero ahora tenemos que buscar en la relación de internos que nos dio la directora si hay alguna niña que se llame Manuela.

—De acuerdo, buena idea, compañero— dijo María mientras le daba una suave palmada en el hombro.

10

El asesino en serie puede localizar a sus víctimas al azar o bien su forma de proceder puede responder a un método concreto por el cual las selecciona. En el taller los alumnos habían votado para centrarnos en la segunda opción, la primera, el asesino compulsivo les parecía menos interesante.

—Diría que me resulta hasta repulsivo. Un hombre que sale a la calle a satisfacer sus instintos me produce asco— intervino Maite, la abogada— Quiero decir, que no debe ser difícil ir matando a la gente por ahí, sin más, hasta que un día te cojan.

—El que lo prepara al menos es inteligente.

—Eso quería decir, Goyo. No sólo eso, sino que le empuja alguna motivación concreta.

Propusieron dedicar el primer trabajo a elaborar un esquema de cómo actuaría el asesino de su novela. No fue fácil convencer a Rosa, que insistía en su personaje basado en una mujer que deja en la bancarrota a su marido.

—Tendremos tiempo para ese supuesto— prometí.

—¿De verdad?

—Sí, cuando termine el curso me gustaría que salierais de aquí cada cual entusiasmados con iniciar vuestra novela conforme a vuestros intereses.

Lo primero que les tocaba discernir era el motivo por el cual actuaba su particular asesino en serie, qué le había llevado a terminar con la vida de esas personas.

—Quizá la violaron entre todos— propuso Goyo.

—¡Qué bruto eres!— dijo Rosa

—Pero vamos a ver, ¿no querías una asesina? Ahí la tienes.

La mujer no estaba nada convencida.

—¿Qué tal un hombre sin futuro que va matando a todos los que considera culpables de su ruina a lo largo de su vida, sin prisas?— apuntó Lorena, estudiante de Grado de Psicología en su último curso — Una persona que dedica toda su vida a vengarse tiene un interés

psicológico especial.

—Sin duda —convine— No olvidéis que en vuestra novela policíaca el lector debe asistir a un pulso entre el investigador y el asesino. Mentes inteligentes en plena lucha, uno pelea por cogerle y el otro por no ser cogido, hasta que él lo desee.

—¿Hay asesinos que desean que los cojan?

Asentí.

—Sí, los hay que buscan ser capturados para dejar de hacer lo que hacen, como si no pudieran evitarlo. Lo malo es que cuando lo deciden ya han terminado con demasiadas vidas.

—A mí me interesa ese— intervino Fátima.

—¿Para tu máster?

Ladeó el rostro y acarició su larga melena, con calma, como si sopesara mi pregunta.

—Sí, es posible.

—Quizá podría hacer que envíe notas a la policía para jugar con ellos— apunté.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien pensado— intervino el comercial.

—¿Alguna pregunta sobre este tema?

Marta levantó la mano. Se ganaba la vida como *copy* en una agencia de publicidad. Nos dijo que le gustaba escribir pero las pequeñas historias la estaban saturando, quería una larga en la que sucedieran muchas cosas.

—¿Marta?

—Casi siempre se trata de un policía que va siguiendo pistas tras el asesino. No se suele hablar mucho de éste, de su día a día, y cuando se hace desde este punto de vista siempre aparece en el momento que está matando a alguien. Como si el resto de las horas no tuvieran importancia.

—¿Qué quieres que te cuenten? ¿Si le gusta bailar o ir al cine?—cortó Goyo— es un maldito asesino, ¿a quién le importa a qué dedica el tiempo libre?—sonrió feliz por su guiño al tema de José Luis Perales

Marta contrajo el rostro.

—A mí me importa. Por eso quiero que mi novela varíe la exposición de la trama ¿Te parece bien, Jaime?

—Todo lo que sea escribir con convicción me parece perfecto. Tienes que alcanzar lo que llaman el pacto de verosimilitud con el lector. Es decir, puedes contar lo que quieras, como quieras, siempre que el lector se lo crea, le parezca verosímil lo que está leyendo.

—Entiendo. ¿Puedo enseñar desde el principio quién en el asesino?

Se escuchó una risotada de fondo.

—Si quieres que tiren tu novela a la basura, puedes.

—Eres libre de escribir tu libro como quieras, Goyo ¿Te importaría que Marta nos explicara la idea que tiene para el suyo?— intervino Paco, el policía local cuyo semblante comenzaba a reflejar lo que pensaba de la figura del comercial.

—¿Eh? Sí, claro, sólo era una opinión que…

—…que siempre das aunque no se te pida— dijo Maite dejando patente su profesión de abogada saliendo en defensa de Marta.

Creí llegado el momento de poner paz.

—Apuesto por diversas formas de plantear los hechos. Se dice que todo está contado ya, excepto tramas diferentes como Harry Potter, que lo que varía es la forma de hacerlo— miré a Marta— mostrar al asesino desde el principio es una de ellas. Yo la he utilizado.

—¿Sí?

—Eso no quiere decir que esté bien, ni mal. Te encontrarás con lectores como él —señalé a Goyo— que no son partidarios de esta forma de exponer la trama, prefieren descubrirlo con el paso de las hojas, pero a otros muchos lo que les gusta de verdad es que lo que les estés contando les entretenga, les mantenga enganchados.

Marta asintió satisfecha.

—A veces ir por delante de la policía y saber más que ella puede resultar de lo más atractivo— apunté.

—A mí me lo parece.

—No olvidéis, como conclusión, que podéis hacer que vuestros lectores vayan a la par con el investigador, mientras el asesino es desconocido. O como propone Marta revelar quién es desde el principio. En este caso sería interesante que dejarais alguna sorpresa al lector.

—¿De qué tipo?

—Del que sea, siempre y cuando se ajuste al pacto de verosimilitud del que hablábamos antes, Maite.

Consulté el reloj.

—Llegó la hora. Hasta el lunes entonces, pasad un buen fin de semana.

Salí a la calle satisfecho con la clase, era jueves y tenía varios días por delante para dedicar a Freddy y preparar las clases de la próxima semana.

Mi teléfono comenzó a sonar.

“¿Nerea?”

Sentí un ligero cosquilleo recorriendo mi cuerpo, quizá no era tan ligero como presuponía. Hacía varias semanas que no hablaba con ella.

—Nerea, qué sorpresa, ¿todo bien?— apreté los labios, otra vez lo había vuelto a hacer. Se trata de una absurda sensación que me embarga cuando recibo una llamada inesperada aunque deseada.

—Sí, todo perfecto, espero haberte cogido en un buen momento. Como me dijiste que salías de clase a las nueve quise ver si te pillaba de camino a casa.

—Has acertado en todo. Voy a buscar a Freddy para sacarle un rato a la calle.

Hablamos durante media hora. Los primeros minutos de camino a casa, luego le pedí que me diera un momento para calmar las alegrías de mi perro, ponerle la correa y bajar a la calle. Mena se había hecho su cena y no le había sacado. Desde que tuvimos aquel pequeño desencuentro parecía que las cosas iban encajando entre nosotros. No es que estuviera naciendo una amistad pero sí que ambos hacíamos por facilitar al otro la convivencia.

De nuevo en la calle llamé a Nerea.

—Perdona por la interrupción.

—No digas tonterías, faltaría más. A ver, cuéntame todo.

Ahora sí que hablamos largo y tendido, con ella se me pasa el tiempo volando. Me encanta ese afán suyo por saber todo de mí, de cómo me van las cosas, reconozco que no deja de ser una extraña sensación que alguien sienta tanto interés por lo que hago o por cómo me siento o incluso por lo que escribo. A Nerea, como le sucedía a mi padre, les cuesta comprender, cuando me hallo inmerso en el desarrollo de un nuevo libro, que desconozco qué va a suceder en la trama. Ella suele leer cada manuscrito conforme lo escribo, casi siempre me interroga sobre lo que le esperará en la siguiente entrega.

—Cuéntame un poquito.

—Ni siquiera yo sé qué va a pasar.

—Venga, sólo un poquito, anda, aunque sólo sea esa idea que tienes en la cabeza.

Entiendo que puede parecer que me niego a desvelar lo que va suceder en el próximo capítulo pero la realidad no es esa; lo desconozco. Tampoco sé si mi caso es extensible a la mayoría de los escritores o formo parte de una extraña minoría.

A base de preguntar diría que me fuerza a pensar y salen ideas que no habían aparecido antes.

—¿Ves como sí sabias algo?

Sonrío cuando tenemos este tipo de conversaciones más propias de

otra edad. No sé por qué pero a su lado sale mi vena más infantil, una vena que no pensé que tuviese y que, estoy convencido, nadie más conoce, y que confío que con el paso de los años no desparezca.

Nerea nos acompañó a Freddy y a mí por el Paseo de Pereda hacia el Club Náutico, le iba describiendo lo que veía.

—Como se nota que eres mi escritor favorito, es como si estuviera ahí contigo.

"¿Quién sabe? Quizá algún día…"

"O no…"

11

Toñín y la mujer que vigilaba a los internos cuando estaban en el comedor o en el jardín, entró con el niño de la mano. Todas las cabezas se volvieron en su dirección.

—¡Seño, aquí!— Tomasa agitaba una mano en el aire mientras con la otra señalaba un espacio libre junto a Cris y Susa.

—¿No te atreverás a meterte con él? ¿Verdad?

—No, Susa, al revés, quiero demostraros que he cambiado—volvió el rostro hacia el chico nuevo— aquí, seño.

La mujer aguardaba alguna salida de tono de la interna, pero extrañamente vio sinceridad en su mirada. Saber que Susa estaba con ella le tranquilizó.

Toñín caminaba con la vista al frente, parecía como si las miradas de todos los que se hallaban en el comedor fijas en él, no menos de treinta entre chicos y chicas, le atravesaran como si fuera invisible. No estaba interesado en lo que acontecía a su alrededor. Desde que un policía le sacó en brazos de la casa de sus padres no había vuelto a cruzar más que unas breves palabras con la propia policía y los Servicios Sociales. Todos querían saber qué había visto, si podría reconocer a los asesinos.

Sí, claro que podría. No era la primera vez que los había visto y estaba convencido que no sería la última...:

Dos hombres y una mujer llamaron al timbre aquella tarde. Su madre abrió la puerta, él se hallaba en su habitación haciendo los deberes, al menos intentándolo, se estaba durmiendo con la lección de lengua que tenía que aprender para la mañana siguiente.

Salió de su habitación, tenía sed.

—Mi marido no está— oyó decir a su madre cuando atendió la llamada del timbre.

—¿No le importará que le esperemos, verdad?

Lo siguiente que escuchó fue un sonido seco, como un golpe. Se

asomó lo más discretamente que pudo y comprendió que lo que acababa de escuchar había sido el impacto de la puerta contra la pared. De repente, su madre salió despedida hacia atrás, dando con la espalda en el suelo y resbalando sobre el encerado parquet. Toñín pudo ver el miedo reflejado en sus ojos. Se pegó a la pared. Una mano grande, llena de pelos, donde brillaba un anillo ancho que parecía de oro la levantó en volandas. Por un breve segundo sus miradas se cruzaron, creyó entender que ella negaba con la cabeza mientras sus labios formaban la palabra…*vete*.

Le hubiera gustado obedecer al momento, pero una repentina parálisis se lo impedía. Apretó los ojos con todas sus fuerzas, sentía como un fino reguero caliente se deslizaba entre sus piernas. Lentamente los volvió a abrir a tiempo de ver a dos hombres y una mujer entrando en el salón. Su madre lo había hecho ya acompañada de un sonoro tortazo y un potente empujón…

De pronto sintió algo parecido a una mancha borrosa frente a su rostro.

Pestañeó varias veces.

—… ¿Toñín? ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —la mano de Tomasa se agitaba frente a su rostro.

De repente pareció despertar, el pasillo de su casa había desaparecido, su lugar lo ocupaban varias mesas y tres chicas sonrientes que le hablaban.

—Soy Tomasa.

—Yo Susa.

Cris se le quedó mirando. No sabía qué, ni por qué, pero no dudaba que algo le atraía de ese chico, algo que le decía que no eran tan distintos.

—Yo soy Cris.

—Hola…

—¿Te sientas con nosotras?

Toñín asintió.

—Vale.

El rostro de los dos hombres y de la mujer lo llevaba grabado a fuego en sus recuerdos. El rostro y los tonos de sus inconfundibles voces. Media hora más tarde llegaba su padre, entró en la casa con su propia llave. Toñín abandonó su escondite en el armario de su habitación y de puntillas recorrió el pasillo, quería llegar al vestíbulo

antes de que entrara en el salón.

Casi lo consigue.

Le vio abrir la puerta, detenerse, los ojos como platos, volver el rostro hacia él y precipitarse en el interior como si un potente aspirador lo succionara.

—Pero qué…

—Pase, señor director— la voz grave del individuo que relacionaba con la mano peluda y el enorme anillo en un dedo llegó hasta sus oídos acompañado del crujir de cristales rotos.

Sólo podía tratarse del armario.

—¡No!— el grito desgarrador de su madre le heló la sangre.

Más ruido de cristales y de cosas que caían al suelo.

—¡Lo van a matar!

El pánico que impregnaba cada músculo de Toñín le empujó a acercarse a la puerta entreabierta del salón. No era él quien movía sus piernas, no hubiese sido capaz. Algo en su interior le obligaba a desplazarse muy a su pesar. Tumbado en el suelo se asomó, su madre se hallaba casi desnuda sobre el amplio sofá, boca arriba y sobre ella el otro hombre, con los pantalones bajados hasta los tobillos, moviéndose arriba y abajo con la cabeza escondida entre el almohadón y el cuello de su madre.

—Dale más fuerte a esa zorra…— escuchó la voz de la mujer, desde su posición no podía verla.

“Mamá está llorando”

Su madre volvió el rostro como si presintiera su presencia. De nuevo sus ojos se cruzaron. La conocía lo suficiente como para entender el mudo mensaje que le enviaba con su aterrorizada mirada.

“¡Lárgate!”

—¡Hubiera bastado con que hubiese firmado los papeles, señor director!— otra vez la voz del hombre del anillo, otra vez seguida del inconfundible chasquido de la palma de la mano al golpear en un rostro.

Toñín se incorporó como si de pronto le quemara el suelo con tan mala fortuna que se resbaló con la alfombra.

—¿Hay alguien más en la casa?— quiso saber la mujer.

—No, no…— la voz del padre de Toñín apenas un balbuceo.

—¿Y el niño de esas fotos?— quiso saber mientras señalaba varios marcos, unos sobre la mesa, otros en el suelo.

—Nuestro hijo, pero no está, se quedará en casa de un amigo haciendo los deberes y…

—Vete a ver— ordenó el de la voz grave— y tú, termina de una puñetera vez que no tenemos toda la puta tarde. El mensaje ya lo ha

captado, ¿verdad, señor director?

La mujer salió del salón. Miró a su derecha y se encaminó pasillo arriba.

—No tengas miedo…no voy a hacerte daño— la voz envuelta en una musiquilla llegaba nítida hasta los oídos de Toñín, que se había escondido en uno de los armarios de las dos habitaciones de invitados.

Desde su posición podía distinguir la figura de la mujer detenida bajo el marco de la puerta de su dormitorio con la cabeza asomada al interior. Notaba su corazón acelerado como no recordaba haberlo sentido jamás. Un sudor frío recorría su cuerpo mezclado con el tibio reguero que se deslizaba entre sus piernas.

—Ven con nosotros, tus padres quieren decirte algo. Somos viejos amigos, espero que no te hayas asustado con el ruido de cristales, me he tropezado y sin querer choqué con el armario. Soy muy torpe ¿me oyes?

El chico suspiró.

La puerta corredera del vestidor le permitía apenas un pequeño ángulo de visión. De pronto la mujer desapareció de su vista.

"¿Dónde se ha metido…?"

Tan rápido como la perdió volvió a aparecer tapando con su amplio trasero el estrecho espacio que dejaba la puerta. Su primera intención fue echarse hacia atrás sobresaltado pero fue capaz de contenerse a tiempo.

—Menuda habitación tienen estos *hijoputas*— murmuró— yo quiero una igual para mi Toto y yo.

Aguantó la respiración hasta que la tenue luz volvió a aparecer por la rendija. Vio a la mujer salir del dormitorio y detenerse otra vez junto a la puerta de su habitación mientras asentía. Unos segundos después se perdió pasillo arriba rumbo al salón.

Las siguientes dos horas las pasó a ratos tapándose los oídos para no escuchar los lamentos de sus padres y tiritando de miedo hasta que se hizo el silencio tras unos sonidos secos que interpretó como petardos o fuegos artificiales lejanos. La oscuridad cubrió el dormitorio y con el paso de las horas regresó la claridad. Toñín no era capaz de abandonar la seguridad que le ofrecía el armario, llegó otra vez la noche y una vez más debió quedarse dormido porque de repente volvió a escuchar pasos y voces de mucha gente.

"¿Han vuelto?"

Agarrado a sus rodillas, con los ojos firmemente cerrados se dejó llevar. No le quedaban más fuerzas para contener el miedo que le embargaba.

Lloró.

Lloró hasta que paralizado por el miedo sintió como la puerta del vestidor se deslizaba. Los dedos de una mano de hombre aparecieron frente a sus ojos.

—Tranquilo, soy policía, me llamo Diego y ¿tú?

—To…ñín…— su voz apenas un balbuceo.

Cris escuchaba el relato del chico nuevo junto a Tomasa y Susa, sentados en el jardín de La Esperanza, boquiabiertas e incapaces de formular palabra alguna. Vieron como el chico nuevo apretaba los labios y retorcía una pequeña rama entre los dedos hasta hacerse sangre.

—Los mataré…algún día…los mataré…lo juro…

Ninguna de las tres amigas, al ver sus ojos fríos, tuvo la más mínima duda de que lo haría cuando llegara el momento y no se lo podrían reprochar. Cris se había sentido plenamente identificada, ella también había trazado varias cruces mentales sobre los rostros de aquellos de los que se pensaba vengar.

—Sé que lo harás— dijo poniendo su mano sobre la rodilla de Toñín.

Susa deslizó las palmas de las manos sobre su rostro. De los cuatro que formaban el reducido grupo era la que menos méritos había hecho para terminar en una institución como aquella.

—¿Te han dicho por qué hicieron eso? Sí, sí— levantó las palmas de las manos en el aire— sé que no tienen perdón, en tu lugar pensaría igual, lo que quiero decir es si la policía te ha dicho por qué los mataron de aquel modo tan horrible.

Toñín llevó la vista al horizonte.

—Querían robar, creo que mi padre se negó a abrir la caja fuerte.

Se hizo el silencio hasta que el timbre que avisaba del regreso a la actividad diaria les empujó a levantarse. Lo que el chico no contó, quizá porque lo desconocía o quizá porque no lo creyó relevante, es que su padre se había metido en unos negocios turbios. Desde su posición como director de banco había abusado de demasiadas personas concediendo préstamos y firmando desahucios, o salvándolos, a cambio de lo que él llamaba un gesto de buena voluntad. La pareja y el hermano de la mujer que fueron a su casa no pensaban devolver el préstamo que solicitaron años atrás, tampoco abandonar lo que consideraban su hogar. Sólo pretendían que el padre de Toñín firmara un papel que sirviera para que despareciese para siempre la orden de desahucio o les diera el dinero para pagar la hipoteca. Al fin y al cabo los malditos bancos si tenían algo era dinero

¿no?

El director no los tomó en serio.

Cuando lo hizo, fue demasiado tarde.

12

—Con todo el respeto, comisario, creo que deberíamos hacer caso a la carta y volver a cavar— Diego señaló sobre la mesa de Fausto Redondo el pequeño papel.

—No voy seguir el juego al primer descerebrado que quiera divertirse a costa nuestra. Nada indica que haya que tomar en serio lo que dice.

—Cuando me llamó pensé que había decidido seguir las indicaciones.

El comisario se atusó el mostacho.

—Así fue, inspector, pero mientras venían he reconsiderado la idea inicial. Lo que sí quiero es que me cuenten qué pasa en ese centro. ¿De verdad creen que puede haber más cuerpos enterrados? ¿Estamos ante un centro juvenil que la prensa llamará de los horrores?

María miró a su compañero y a continuación a Fausto.

—No jefe, no tenemos pruebas para pensar algo así, de haberlas tenido hubiésemos actuado de otra forma, pero lo que sí sospechamos es que en ese lugar ha sucedido algo más.

El comisario se incorporó.

—Con sospechas no tenemos suficiente, y lo saben.

—¿Entonces, no va ordenar que sigan cavando?

Redondo quedó unos segundos en silencio. No quería que sus dos subordinados creyeran que abusaba de su posición, confiaba plenamente en ellos, pero tal y como estaban las cosas había que evitar como fuera que se filtrara que la policía obedecía a cualquier misiva que recibía por absurda que pareciera, como si dieran palos de ciego.

—Esperaremos unos días. Si no se trata de una maldita broma, quien haya enviado la carta insistirá, quizá aporte algún dato más.

—De acuerdo, jefe, nosotros seguiremos con la investigación.

En unos minutos Diego le puso al día de la conversación mantenida con la mujer del camionero y de su interés en localizar a la niña de nombre Manuela entre los internos de La Esperanza.

—¿Creen que está relacionado?

—No tenemos pruebas, así que mientras tanto sólo…

—Olivares, no me toque…

Diego asintió con una casi imperceptible sonrisa en su rostro.

—Sí, es muy posible que esa niña haya pasado por ese centro de socorro. Habría que localizarla para que nos cuente qué sucedía en esa casa.

—Demasiada coincidencia que en la familia que la acogió fallezcan el hermano del padre de acogida y su mujer, se suicide una hija y un hijo reciba un golpe que lo deje tonto de por vida.

—Subinspectora, coincido en que están en el buen camino pero necesitamos algo más.

—De acuerdo, jefe.

Regresaron a la sala en la que llevaban a cabo la investigación. No compartían la decisión del comisario pero eran conscientes que no era lo mismo tomar decisiones desde su posición que desde la de su jefe.

—Vamos allá— Pinta emitió un largo suspiro al ver el grueso paquete de fichas.

Durante los últimos quince años, añadieron los cinco anteriores a la desaparición del vigilante, habían pasado por el Centro Juvenil de Socorro La Esperanza cerca de noventa internos de ambos sexos. Según doña Ana, la niña que acogió su cuñado tendría unos doce o trece años.

—Ahora contará con unos veinticuatro…— murmuró Diego hojeando las fichas.

—Si al menos tuviéramos sus apellidos.

—Cada vez funcionan mejor los Servicios Sociales, si esto hubiera sucedido décadas atrás tendría mis dudas acerca de localizar o no los apellidos, sé de alguna ocasión en la que nos resultó imposible.

—Confiemos en que esta no sea una de ellas— dijo María mientras mordisqueaba la capucha del Bic.

—Suéltalo— pidió Diego viendo la expresión de su compañera a kilómetros de distancia— María…

—No es nada, pensaba en lo que dijiste antes sobre que una niña no podía matar a un camionero

—Dije que era complicado aunque le hubiera bastado un empujón.

—Sí, sí, lo sé, también te referías al atropello de la mujer.

—No es el proceder más lógico para una supuesta asesina de trece años.

María se ajustó la coleta.

—No tenía trece años cuando murieron, Diego. A ver, organización, compañero— en su rostro se formó una amplia sonrisa al imitar la frase favorita de Diego; organización.

—Organización, compañera.

—La tal Manuela desapareció con trece años, ¿no? —sin aguardar respuesta continuó: —según doña Ana no tenían mucha relación con su cuñado, me pregunto por qué iba a matar al camionero.

Olivares se puso en pie.

—Creo que te sigo. Veamos, tenemos dos posibilidades; que Manuela tenga algo que ver o no con las muertes. Si tiene que ver con ellas quiere decir que cuando se fue, regresó al cabo de los años para asesinar a estas dos personas.

—Eso es.

—Lo cual querría decir que en esa casa sucedían cosas en las que estaba implicado José Ganzán, a pesar de que su mujer nos haya asegurado que apenas se veían.

—Para que una niña decida arriesgarse a volver con ánimo de venganza no debe tratarse de ninguna tontería. Si es así, doña Ana nos miente o no se enteraba de nada o prefería mirar para otro lado.

—La otra opción, que Manuela no tenga nada que ver nos llevaría al principio.

María elevó el Bic en el aire.

—¿Y si no tiene nada que ver pero ha pasado por La Esperanza?

Diego negó levemente con la cabeza.

—Dejémonos de *y sis*… y averigüemos si esa chica fue interna o no. Cuando lo tengamos claro podremos dirigir la investigación hacia un lado u otro. ¿Te parece?

—Me parece, Diego.

Los siguientes minutos los pasaron concentrados en las fichas de los internos sin apenas despegar los labios excepto para avisar de la aparición de la primera Manuela, poco después, la segunda.

—Aquí hay otra— María separó la ficha de las demás— esta no nos sirve, es de finales de los años noventa— en su rostro se formó un gesto de fastidio.

—Esta tampoco— apuntó Diego— ya tenía quince años en el 2004.

Sólo les quedaba una posibilidad para que su línea de investigación no hiciera agua por los cuatro costados. Resultaba descorazonador ver como una idea que contaba con todos los requisitos para convertirse en un hilo consistente del que tirar se desvanecía a las primeras de cambio.

—Nos queda esta otra— Pinta releyó la ficha una vez más— catorce años en el 2006…— miró la foto concentrada— podría ser—

apuntó entregando la ficha a Olivares.

—Sí, podría, pero tendremos que comprobarlo ¿vamos? A la vuelta si te apetece te invito a comer.

—¿A a la vuelta de dónde?

—De ver a la persona que en estos momentos la puede identificar— Diego devolvió la ficha a su compañera y cogió las llaves del coche.

María asintió.

—Si es un perro me hubiera llevado un buen bocado— señaló tras su compañero rumbo al aparcamiento— vamos a ver a doña Ana ¿no es así?

—Sí, es la única que nos puede decir si se trata de la misma niña que acogió su cuñado.

La mujer del José Ganzán cerró la puerta de la casa sintiendo como se relajaba con la marcha de la policía. Se ajustó el vestido mientras salía al mirador para asomarse por la ventana. Necesitaba confirmar que la pareja no se detenía a hablar con sus vecinos, ni entraban en ningún local para indagar sobre ella o su Pepe.

"Ahí van"

Agitó la mano en el aire a la subinspectora que miraba en su dirección. Le había caído bien la mujer policía con la que había hablado antes pero debería andarse con cuidado, parecía lista.

No se trataba de la primera ocasión en que la policía visitaba su casa. Con la muerte de su marido llamaron a su puerta un par de veces, con el fallecimiento del *Verdugo* regresaron, siempre con la misma pregunta que ya había contestado una y otra vez.

—¿A qué cree que se refiere con el texto que pone aquí?— el joven guardia civil señaló la fotografía.

Al ser encontrado el cuerpo en zona rural la investigación corría a cargo de la Benemérita.

—¿Culpable?

—Sí, ¿Culpable de qué?

Ana volvió a sonarse la nariz ruidosamente.

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¿De qué va a ser culpable mi Pepe, si era un santo? Todo el día trabajando de aquí para allá con el camión.

—¿No estaba metido en algún asunto del que usted desconfiara?

Ana negó con vehemencia.

—¿Drogas o algo así, dice?

—Por ejemplo.

En esta ocasión deslizó el pañuelo por sus cargados ojos. Desde que

el nombre de su marido y la foto con el cuerpo destrozado aparecieron en los medios se sentía señalada por todo el mundo. Para unos se trataba de la pobre viuda, tan joven, con tanta desgracia. Sentía su consuelo y su afán por saber lo mismo que la Guardia Civil le preguntaba constantemente. No tenía ni idea a qué se podría referir el maldito cartel.

Aunque tenía sus sospechas.

No, no pensaba compartirlas con nadie, bastante tenía con lo que tenía ¿O no? De nada iba a valer, su Pepe estaba muerto, nada ni nadie se lo iba a devolver. No tenía sentido sembrar dudas sobre él. Además, sólo se trataba de sospechas. Es posible, que sincerándose con ella misma concluyera que fuesen algo más que simples sospechas, pero todo había terminado.

Eso pensaba hasta que la mujer de su cuñado murió atropellada. Algo le decía que ella podría ser la siguiente. Las dudas que la atormentaban respecto a la conducta de su marido se confirmaban en el caso de Segis.

"¡Maldito Segis!"

Era una mala persona. Desde que sus sobrinas le confesaron lo que pasaba en su casa decidió no volver a poner un pie en ella.

El sonido del teléfono, sobre la mesa de la sala, le devolvió a la realidad.

Entró en la vivienda, con gesto nervioso contestó la llamada.

—¿Doña Ana, nos puede atender un momento?

—¿Quién es?— quiso saber mientras sentía como cierto nerviosismo se apoderaba de ella.

—Soy la inspectora María Pinta, estoy con mi compañero en Cabezón y necesitamos que nos confirme un dato.

—¿Un dato? ¿Qué dato?

—¿Está en su casa ahora?

—Sí.

—Bien, en menos de cinco minutos estamos allí.

Ana cortó la comunicación visiblemente alterada. Los pensamientos que habían machacado sin descanso su cabeza en las últimas horas parecían reírse de ella.

—Seguro que creen que he hecho algo…—murmuró a su imagen en el espejo mientras se daba los últimos retoques— pero qué voy a saber yo, si no sé nada, ni quiero saber.

Regresó al mirador y aguardó la llegada de la policía.

"Se retrasan"

Consultó el reloj por décima vez desde que colgó el teléfono. Barrió con la mirada la calle rezando para que se encontrase a salvo

de vecinos cotillas y se asomó buscando el final de la acera.

—Aquí, doña Ana.

Del susto casi pierde el equilibrio, la mujer policía estaba en la entrada del portal, justo debajo de ella, como si hubiesen llegado por el otro extremo.

—Pasen.

Abandonó su puesto en la terraza acristalada y se encaminó hacia la puerta.

"¿Un dato?"

Por más que se empeñaba en buscarle una interpretación al motivo del regreso de los inspectores a su casa no acertada a dar con ella. Convino con sus dudas que daba igual, que fuese lo que fuese el dato ese lo negaría todo, que su Pepe siempre fue un santo.

"¿Un santo…?"

Negó con la cabeza justo cuando los pasos de los policías se dejaban oír en el rellano.

—Pasen—acompañó la invitación con un gesto de la mano en dirección al interior de la vivienda. Su rostro formaba una mueca de complicada interpretación, una suerte de recopilación de las distintas sensaciones que le habían generado los pensamientos de las últimas horas.

—Gracias, disculpe que hayamos regresado tan pronto— se excusó la subinspectora— dependemos del avance de la investigación.

"¿Avance?"

Ana sintió una sacudida recorriendo su cuerpo de arriba abajo. No supo que añadir a las palabras de la mujer, excepto un lacónico…:

—Sí, claro.

Pinta abrió la carpeta que sostenía entre sus manos. Al no recibir ninguna indicación de la anfitriona para acceder al salón y tomar asiento se detuvo en el pequeño vestíbulo.

—Es sobre Manuela.

La sacudida que recorría el cuerpo de Ana desapareció al instante.

—Si quieren pasar al salón y estar más cómodos.

—No se preocupe, será sólo un minuto.

"Ya, eso dijo antes"

—¿Conoce a la chica de esta foto?— María le enseñó la ficha mientras ella y su compañero escudriñaban el rostro de la mujer del camionero buscando algún signo que les rebelara un contacto positivo entre su mirada y la fotografía.

Doña Ana cogió el expediente, encendió la luz y enfocó la mirada en la imagen de la niña de aspecto serio que sostenía la suya con descaro.

—No, no sé quién es. ¿Tendría que saberlo? ¿Se trata de algún familiar mío o de algún conocido cuando era joven?

—Lea el nombre de la niña, por favor.

—Manuela.

De pronto pareció entenderlo todo. Su semblante se relajó por completo.

—Quieren saber si es la chiquilla que estaba en casa de mi cuñado ¿no?

—Efectivamente.

Diego escrutaba el salón con la mirada. Había abandonado a las dos mujeres de la forma más disimulada que fue capaz y accedido a la sala contigua. Buscaba algún marco, alguna foto en la que apareciera la tal Manuela con Segis, su mujer Candela y los hijos, pero no había ninguna. Por no haber ni de la pareja que había compartido la casa en la que se encontraba. Las que pudo observar eran de pequeños grupos de mujeres.

—No, no es la chiquilla. Era más poca cosa.

—¿Está segura? Mírela otra vez, por favor.

—Sí, sí, segura. No es ella— aseguró devolviendo la ficha a una descorazonada subinspectora.

Olivares regresó al vestíbulo al escuchar las palabas de doña Ana.

—Siento curiosidad por saber por qué no tiene ninguna fotografía de su marido y usted.

Ana torció el gesto.

—Bueno…—se frotó las manos— pues es porque así me lo recomendó la hermana de una amiga que es psicóloga. Decía que las cambiara por fotos de momentos divertidos, donde me lo hubiese pasado bien pero que no saliera mi Pepe.

Diego frunció los labios mientras asentía.

—Siento que no hayan encontrado a la chiquilla.

—No se preocupe, la encontraremos y le aseguro también que averiguaremos lo que sucedía en casa de su cuñado— Olivares parecía soltar las malas sensaciones que le producía la mujer del camionero— ¿por qué huyó? ¿Lo sabe usted?— acercó el rostro a la acongojada señora.

—No, no lo sé yo…

—No pararemos hasta averiguar qué le empujó a su sobrina a quitarse la vida.

Ana agachó la cabeza.

—Tampoco sabe nada de esto ¿verdad?

La mujer negaba levemente, su mirada había buscado un punto de acomodo en la punta de sus zapatillas.

—Descubriremos por qué mataron a su mujer y algo más ¿quiere saberlo?

Si de ella dependiera hubiese asegurado que no, que no quería saber nada más, que ya estaba bien, que se podían marchar, pero en lugar de eso, esbozó una triste sonrisa.

—Vamos a averiguar qué papel jugaba su marido en todo ello. Como me entere que nos ha mentido, volveremos y no seremos tan amables ¿entiende lo que quiero decir?

—No, no sé, yo les he dicho todo lo que sé y…

—¿Está segura? Mentir a la policía no es una buena idea.

María asistía atónita a la reacción de su compañero. Cierto que no era la primera vez que lo veía enfadado, pero en ese momento le había cogido por sorpresa.

—Gracias, señora— dijo Pinta mientras cogía con disimulo a Olivares del brazo y abría la puerta de la calle.

—De nada…— balbuceó.

La subinspectora esperó hasta encontrarse en el interior del todoterreno para soltar la pregunta que la carcomía por dentro.

—¿A qué ha venido eso, Diego?

—Miente.

—¿Crees que ha reconocido a Manuela?

El inspector llevó la vista al exterior.

—No, creo que esa es la única vez que nos ha dicho la verdad. Pero en lo demás no nos ha contado todo lo que sabe.

María arrancó el coche. Pocos minutos más tarde se encontraban de nuevo en la A-8 dirección Santander.

—Coincido contigo en que lo que nos ha contado en las dos entrevistas no es la verdad, me refiero a su verdad.

—¿Qué quieres decir?— Diego volvió el rostro, nadie como su compañera para descubrir lo que otra mujer puede esconder.

—Creo que ella tiene sospechas de lo que podía suceder en casa de su cuñado, incluso de lo que podía haber hecho su marido para acabar como acabó, pero es sólo su verdad, lo que cree que podía pasar. Por eso insiste en que no miente, ella cuenta lo que sabe, lo que le han dicho.

—Entonces, he formulado mal la pregunta. Debería haberle preguntado qué cree que pasó ¿no?

—Tampoco hubiese servido, quiere dejar las cosas como están.

13

Sobre el Cantábrico, una densa alfombra de oscuras nubes exuberantes de agua. El día había amanecido con el cielo salpicado de bolas de algodón de tono grisáceo que con el paso de las horas aumentaron en número tiñéndose de un gris ennegrecido.

Era sábado, la hora del aperitivo golpeaba en mi estómago. Me hallaba con Freddy en mi paseo favorito dispuesto a tomarme una cerveza bien fría y unos bocartes. Sobre la mesa *El Diario Montañés* en la que destacaba una noticia que había captado mi atención desde el instante que posé la vista sobre ella.

"*…la policía recibe una segunda nota aconsejando que se reanuden las excavaciones en torno al antiguo Centro de Socorro Juvenil…*" "*…este periodista puede ratificar la entrega de dicha nota. Desde la propia Jefatura ni se confirma ni se desmiente la noticia, lo que nos lleva a pensar que estamos sobre la pista correcta. Les recordamos que en una primera excavación se encontró el cadáver de César Hernández antiguo empleado de dicho centro que desapareció…*"

Permanecí unos instantes como ausente, con la mirada en el horizonte y mis pensamientos buceando en el pasado reciente.

—Su cerveza y sus bocartes, señor.

Hasta mis oídos llegó la voz del camarero tan lejana, tan distante que tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Es lo que ha pedido, no?

—Sí, sí, disculpe, estaba distraído. Gracias.

Freddy levantó las orejas y estiró el cuello. Descubrí unas semanas atrás, mientras me preparaba por primera vez en mi casa este delicioso plato, que mi amigo era un fan incondicional de los bocartes. Recuerdo que cogí uno, le quité las espinas y se lo di a probar para que constatara que aunque el olor le atrajera, el sabor no tenía nada que ver con aquello que le suele gustar, me equivoqué, lo devoró con una avidez tal que me sorprendió.

Miré a un lado y a otro, preparé un bocarte sin espinas y lo dejé junto a sus patas advirtiéndole con el dedo que lo comiera despacio

que no estábamos en casa. Ni caso. Pidió otro. Como castigo le dejé hasta el final de la ración sin su segundo pescadito.

Me concentré en el periódico.

Más que la noticia en sí misma, lo que atrajo mi atención fue la coincidencia de la misma con las clases del taller que estoy impartiendo. Un mes atrás, creo recordar, planteamos la posibilidad de que un supuesto asesino en serie enviara una nota a la policía indicándole alguna acción concreta a seguir. Días después *El Diario Montañés* hablaba precisamente de eso.

"…nos confirman que la policía ha recibido una extraña nota en la que se le indica que continúen escavando alrededor de actual Hostal El Camino…"

No le di mayor importancia, posiblemente porque no relacioné el taller con la noticia, sin embargo, lo de hoy resulta cuando menos sorprendente. Recuerdo que lo comentamos en clase, teníamos opiniones para todos los gustos. Unos, como Maite, la abogada, Paco el policía local y Goyo apostaban por no hacer caso a la nota y seguir con la investigación. Las dos futuras psicólogas y Lali, defendían la idea de atender las indicaciones del remitente para comprobar si se trataba de un gracioso o de alguien relacionado con el asesinato del antiguo vigilante. El resto de los alumnos no tomaba un partido claro por ninguna de las dos propuestas.

—Si la policía opta por la primera opción ¿qué debería hacer el asesino?— planteé.

—Ponerse más serio con la siguiente nota— apuntó el comercial.

—Se debería investigar la procedencia de la notificación y detener al responsable— añadió el agente de la policía local.

Marta, la publicista, que se había mantenido al margen hasta el momento, cruzó las piernas y miró a Paco.

—¿Y mientras tanto?

—Seguir investigando hasta encontrar al asesino del vigilante, que…

—Lo que quiero decir es que si alguien tiene el valor necesario para contactar con la policía enviando unas notas, que a su vez ha entregado a los medios de comunicación, no debe tener mucho miedo a esa investigación. Al revés, lo que busca es que se investigue.

Paco se retrepó en la silla.

Marta me miró, quizá pidiendo que diera mi opinión. Ante la duda decidí intervenir.

—Yo no sería capaz de hacer eso— apunté— si alguien se atreve a enviar esas notas, estoy contigo Marta, no se trata de una persona normal. Entendiendo lo de normal como todos aquellos que nos

mantenemos dentro de la legalidad— llevé mi vista al policía local— esto no quita, Paco, para que esté de acuerdo contigo en que se debe continuar con la investigación— callé unos segundos y añadí: —Bien, me mojaré; si yo fuera policía, o al menos el investigador de mi novela, haría lo posible para que mis superiores reconsideraran su postura y atendieran las reclamaciones de quien envía las notas. Aunque fuese de la manera más discreta posible.

—Eso sería como estar a las órdenes del asesino— apuntó Paco.

—Quizá se trate de alguien que sabe algo y no lo dice por miedo. No tendría porque tratarse del asesino— la publicista se volvió hacia el policía.

—O asesina— intervino Goyo.

La noticia del periódico confirmaba la hipótesis propuesta en clase que animaba a enviar otra nota a la policía, primero, y a la prensa después, si no eran atendidas sus demandas.

¿Coincidencia?

No soy muy partidario de creer en ellas. Si aplico mi firme creencia de que todo sucede por algún motivo, que posiblemente la mayoría de las ocasiones desconocemos qué ha podido generar aquello que ha sucedido, entonces las notas recibidas por la policía y el taller guardan entre sí alguna relación que se me escapa.

Es en momentos como este en los que me costaría muy poco cambiar mis creencias y dejar una amplia rendija que permitiera el paso de las coincidencias.

Quedaban dos bocartes en el plato.

Freddy me observaba como si lo supiera.

Había llegado el momento de levantarle el castigo y darle su segundo y último pescadito. A salvo de miradas curiosas se lo dejé en el suelo. De poco sirvió mi forzado disimulo porque se pasó los siguientes minutos relamiéndose sin apartar su suplicante mirada de mi.

¿Coincidencia?

Sospechaba que la duda no me iba a abandonar en todo el fin de semana. Si no era capaz de descubrir algún argumento, por endeble que fuese, que me sirviera para justificar la supuesta coincidencia, en cuanto el lunes siguiente comenzaran las clases no podría evitar preguntarme si alguno de ellos estaba detrás de las notas.

Tonterías.

Negué con la cabeza mientras me levantaba de la mesa.

De repente me llegó un fino rayo de inspiración. La explicación,

seguramente, se encontraba en que habíamos sido capaces de ponernos en el lugar de la persona que enviaba dichas notas a la policía. No es que fuera una coincidencia lo sucedido, sino que entraba dentro de la pura lógica actuar de ese modo. Si envío una nota y no me hacen caso, envío la siguiente. ¿Lógico, no?

Convencido del todo no me quedé, pero al menos sí que contaba con una explicación si el Goyo de turno planteaba lo mismo que yo me estaba preguntando.

Marcelo Torquemada dobló *El Diario Montañés* y lo dejó sobre la barra del bar. Su artículo había quedado más que perfecto.

—Juan, otro botellín, por favor.

Antes de leerlo ya había recibido dos llamadas de sus jefes felicitándole por la crónica. Era de agradecer, los halagos siempre son bien recibidos en un ambiente tan competitivo como el suyo. Sin embargo, Marcelo sentía un regusto amargo. Quien quiera fuese el que le enviaba las notas no quería darse a conocer. Con la segunda recibió una llamada de alguien que hablaba con un distorsionador de voz que se puede comprar en cualquier tienda. En ella le avisaba del envío de una nueva nota a la policía debido a la falta de interés que habían mostrado hasta el momento por la primera comunicación.

—¿Por qué cree que no le hacen caso?

—Me toman a broma. Se equivocan.

—¿Qué deben encontrar si siguen cavando?

—Cadáveres.

—¿En plural?

Durante unos segundos se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—No sé cuantos— dijo al fin— pero encontrarán varios.

Marcelo sentía la tensión de sus músculos. Respiró con profundidad y lanzó la pregunta que luchaba por ser formulada.

“Si no la suelto, reviento”

—¿Es usted el asesino?

El familiar sonido de fin de llamada se coló en sus oídos.

Jamás se había visto en una situación parecida en sus quince años de carrera. Próximo a cumplir los cuarenta sentía que se encontraba ante al caso de su vida que no pensaba dejar escapar. Lo siguiente era comprobar si la segunda nota iba a recibir el mismo trato que la anterior o la policía había optado por seguir las indicaciones y escavar.

En la reunión que mantuvo con su director y uno de los consejeros

se había barajado la posibilidad de imitar la forma de actuar del comisario Fausto Redondo haciendo caso omiso a la breve carta. Sin embargo, la periodística vena de Marcelo y su director se acabó imponiendo. Lo que se calló el consejero es que había recibido una llamada en la que se le pedía que no ejerciera de altavoz de alguien que sólo pretende mantener alterada a la opinión pública.

Marcelo Torquemada cerró el periódico y apuró el botellín, necesitaba fumar un pitillo. A pesar de ser sábado, estaba seguro que en ese preciso instante la policía ya habría leído su artículo. Era bien conocido en la Jefatura y creía que, a grandes rasgos, no estaba mal considerado. En ocasiones, en el periódico habían colaborado por el bien de la ciudad o de la investigación que estuviera en curso. En otras se impuso la profesión de periodista frente a aquellos que ejercían el poder presionando a las fuerzas del orden para que se hiciera su voluntad. Para aportar visos de legalidad a dicha presión se basaban en la idea de que el pueblo no necesita conocer cuestiones que nada le aportan en su día a día, por considerar que no están preparados para asumir la verdad, bien por desconocimiento del problema en sí o bien por falta de juicio a la hora de interpretar cómo funciona el mundo real.

Marcelo colaboraría cuando se tratase de un asunto de estado o para facilitar la captura de los malos, pero en otros indagaría hasta las últimas consecuencias.

"¿Qué hará la policía ahora?"

Mentalmente se situó en el sillón del comisario.

Asintió.

Quizá necesitaran un poco más de información. Sacó el móvil del bolsillo y se giró para apartarse de la zona de paso.

—Perdón.

—No pasa nada. Vamos, Freddy.

Torquemada se quedó mirando al individuo de cabeza afeitada al que seguía un perro Labrador que se relamía con exagerado gusto mirando a su dueño.

14

Fausto Redondo acababa de cerrar el periódico. En su semblante un mueca de fastidio.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nada, cosas de trabajo.

Rosario cogió el periódico y leyó el titular.

—¿Es cierto? ¿Os han enviado dos notas?

—Sí.

Dobló el ejemplar del *Diario Montañés* y dejó a su marido rumiando sus preocupaciones, le conocía lo suficiente como para saber que en esos momentos no se hallaba en disposición de ser muy comunicativo. Quizá a lo largo de la mañana lo viese de otro modo, si no se marchaba a la comisaría de un momento a otro.

El teléfono de Redondo comenzó a sonar.

—¿Pero dónde narices he…?— Fausto se tocaba los bolsillos del pantalón, de la camisa, buscando el maldito aparato, la mirada de un lado a otro del salón.

—Sobre la mesa, cariño.

El bonachón rostro del comisario esbozó una sonrisa de agradecimiento. Cogió el móvil.

—¿Sí?

—Comisario, disculpe que le moleste, pero hemos recibido una llamada que creo que puede ser de su interés.

—No se preocupe, Paula. ¿De qué se trata?

—Es Marcelo Torquemada del *Diario Montañés*, dice que recibió una llamada de la persona que nos ha enviado las dos notas sobre el caso del centro de socorro y que tiene algo que comentarle.

—Pásemelo— dejó que transcurrieran un par de segundos y habló — soy el comisario Redondo. ¿Qué es eso que desea comentarme?

—Buenos días, comisario, creo que hay algo que debería saber sobre esas notas.

—Usted dirá, Torquemada.

—Verá, recibí una llamada de alguien que…

—¿Hombre o mujer?

—No sabría decirle, hablaba con un distorsionador de voz.

“Mierda”

—Entiendo. Continúe, por favor.

Marcelo apuró un par de caladas antes de reanudar su exposición.

—Cuando me llamó para confirmar que era la persona que estaba detrás de las notas me dijo que envió la segunda porque ustedes no le hacían caso.

Fausto se contuvo para no intervenir.

—Le pregunté si esperaba que se encontraran más cadáveres al seguir cavando. Me dijo que sí.

Redondo apretó el puño.

—¿Le dijo por qué estaba al corriente de esa información?

—Me hubiera gustado preguntárselo pero antes le pedí que me dijera de cuántos cadáveres estábamos hablando, respondió que no lo sabía pero que estaba seguro que se encontrarían varios.

—¿Los mató él?

El periodista se dedicó una sonrisa por la coincidencia de la pregunta.

—Eso quise saber, pero cuando se lo pregunté, me colgó.

—¿Le colgó?

—Sí, me colgó.

El comisario quedó unos largos segundos en silencio.

—¿Algo más?

—No, nada más ¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, dígame.

—¿Van aceptar la propuesta y volver a cavar?

—Si promete guardar silencio hasta que las excavadoras estén preparadas.

—Por supuesto— en el rostro del periodista se dibujó una mueca de satisfacción— Gracias, comisario.

Eran las ocho de la mañana del siguiente lunes cuando comenzaron los trabajos en el campo anexo al Hostal El Camino. Las primeras horas las dedicarían a analizar el terreno seleccionando posibles zonas susceptibles de albergar algún cuerpo. Si no tenían éxito utilizarían un par de excavadoras que aguardaban la orden de intervenir.

Marcelo Torquemada se había pasado a primera de la mañana del domingo por el lugar por si la policía hubiese decidido actuar de inmediato. A medio día regresó a su casa. Habían transcurrido varios años desde que tuvieran lugar los homicidios, si es que lo que dijo su

confidente era cierto, como para no poder esperar un día más e iniciar los trabajos el lunes a primera hora, pero tenía que asegurarse.

Cuando el lunes llegaron los primeros técnicos para reconocer el terreno, acompañados de varios miembros de Policía y Guardia Civil, el periodista ya se encontraba en el lugar. Con su termo bien repleto de café y algunas pastas se aposentó en el coche confiado en que en esta ocasión la espera merecería la pena.

No se equivocó.

Unos minutos antes de la llegada de los operarios vio a una mujer mayor salir del hostal y recorrer los alrededores.

Doña Herminia llevaba varias semanas indispuesta, las mismas que habían transcurrido desde que la policía encontró el cadáver del vigilante de noche, César Hernández. Los últimos días parecía que su cuerpo retomaba las constantes normales pero una llamada puso fin a su recuperación.

—Doña Herminia, llama el inspector Diego Olivares.

La mujer se hallaba sentada en su despacho haciendo labor, a salvo de una ruidosa familia que acababa de llegar al hostal para disfrutar del fin de semana en Santander. Se quitó las gafas y suspiró. Se tomó unos breves segundos antes de descolgar el teléfono.

—Dígame, inspector.

Diego compartió con la mujer un extracto de la conversación recién mantenida con el comisario, en el que le informaba de las actividades que se iban a llevar a cabo en el terreno que circunda el hostal.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? Es un tema que le compete a la dirección de El Camino, al fin y al cabo es su terreno.

Si Olivares se extrañó de la reacción de la que fuera directora de La Esperanza lo disimuló. Al menos su tono de voz no reflejó lo que su sorprendido semblante expresaba.

—He llamado extraoficialmente, señora. Pensé que por los años trabajados en el Centro de Socorro Juvenil merecía una explicación. Ese y no otro es el motivo de esta llamada, lamento que…

—No, no, inspector, le agradezco la deferencia que ha tenido conmigo. Mi intención era recordarle que no soy la propietaria del terreno.

Cuando doña Herminia colgó sintió como parte de la tensión que le atenazaba se esfumaba. La primera impresión al saber que un sábado a mediodía recibía una llamada del inspector fue de nerviosismo, más

aún, de una profunda congoja. A nadie le gusta estar en el punto de mira cuando se encuentra un cadáver junto al que fue su lugar de trabajo durante tantas décadas. No olvida que ella era la responsable del centro.

"Por lo menos ha resultado ser una llamada de cortesía"

Consultó el reloj.

Dejó que pasaran un par de minutos antes de coger el teléfono y llamar a la residencia donde estaba ingresada la que fuera su amiga y compañera, Valentina. Su turno de comida era siempre el primero, quería hablar con ella antes de que se echara una de las eternas siestas de las que disfrutaba cada día.

—Buenos días, Valentina, para ti buenas tardes.

—Así es, Herminia, acabo de terminar de comer una rica merluza. ¿Has comido ya?

—No, dentro de un rato.

—No sé cómo puedes comer tan tarde, Herminia.

La directora dejó que su amiga hablara durante unos minutos. Con el paso de los años había desarrollado su faceta de parlanchina hasta límites insospechados. Ella misma se hacía las preguntas que a continuación contestaba. No resultaba nada fácil que fluyera un dialogo entre las dos. La única manera de poder hacerlo aunque fuese mínimamente era cara a cara, pero lo que le quería decir hoy no podía esperar. Desconocía si la policía tenía el nombre de Valentina en su agenda y si se encontraba en la lista de personas con las que, sin duda, pensaban hablar.

—Me ha llamado la policía— soltó de repente para ver si conseguía que le prestara atención.

Valentina cortó sin miramientos su propio monólogo.

—¿La policía? ¿Qué querían? ¿Te has metido en algún lío? No, seguro que no, siempre fuiste muy discreta y cuidadosa con todo. ¿Recuerdas cuándo…?

Herminia suspiró ruidosamente, llevó la palma de la mano al rostro mientras negaba con la cabeza.

—¿Puedes hacer el favor de escucharme un momento en silencio?

—Sí, por supuesto.

Era sencillo imaginarse el rostro serio de su fiel compañera. La barbilla ligeramente elevada y los labios firmemente apretados, ofendida por haber cortado su exposición.

—Discúlpame, pero es importante lo que tengo que decirte.

—Te escucho— convino algo más relajada.

—Lo que la policía me quería decir es que van a seguir cavando en busca de más cuerpos.

El silencio se apoderó de las dos mujeres.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, Herminia. Lo dices por el del vigilante ¿verdad? Sé que no está bien que diga esto pero ya sabes lo que pensaba de ese señor. Lo tenía merecido y…

—Eso es precisamente lo que quiero que evites, hablar del asunto con nadie. Con nadie— insistió— a la policía no le importará si se lo tenía o no merecido ¿Lo comprendes?

—Sí, claro, más después de tantos años. ¿Por qué te llaman a ti? ¿Crees que saben algo que…?

—Valentina, ¿hay alguien cerca de dónde estás?

—Siempre hay alguien, pero están sordos.

La directora suspiró una vez más. La culpa era suya por querer ahorrase la media hora de trayecto hasta la residencia.

—Tómatelo en serio, por favor.

—Lo hago. No nos ha escuchado nadie. Dime, por qué te han llamado a…— calló unos instantes como si pensara— ya, entiendo ¿crees que me van a llamar a mí?

—Sí, es posible que mientras investigan la muerte del señor Hernández quieran hablar con los que trabajamos con él en esa época. Es lo normal.

—Dicho así.

—El inspector que me ha llamado es Diego Olivares ¿Lo recuerdas?

—Ahora mismo no…

—Toñín.

Valentina abrió los ojos exageradamente y ahogó un grito.

—Toñín…— murmuró con la mano en la boca— ese inspector es el señor que le adoptó.

—Sí. ¿Entiendes por qué te digo que tengas cuidado con quien hablas?

—Sí, sí, por supuesto que lo tendré. ¿Pero lo que no entiendo es por qué cavan más…? No me digas que buscan más cuerpos.

—Sí.

—¿Entonces lo saben…?

—Es muy posible y si no, lo averiguarán. Ahora ve a la cama y échate la siesta. ¿Lo harás?

—Sí…

Faltaban pocos días para que el mes de diciembre se asomara en el calendario. Doña Herminia salió del hostal tras haber renunciado una vez más a comer algo. En momentos como este echaba mucho de

menos a la que fuera su secretaria en La Esperanza, Roberta. Fiel como pocas, de buen carácter, chocaba con Valentina. Jamás se quejó de la profesora pero la conocía demasiado bien como para darse cuenta que ambas mujeres no compartían más que unos pocos minutos en la misma estancia.

Valentina sí le habló de Roberta. Nada podía tener contra ella, Herminia lo achacaba a una absurda lucha de celos por sentirse la más cercana, la persona de confianza, como si sólo pudiera haber una. Las dos lo eran, a las dos se lo repitió en infinidad de ocasiones.

Roberta falleció al poco de enterarse que el destino del Centro de Socorro Juvenil no era otro que su desaparición. Un infarto, dijo el doctor. Si no fuera porque Herminia no creía en esas cosas hubiese asegurado que su buena amiga y secretaria murió de pena, o si no de angustia al no saber a qué iba a dedicar el resto de sus días. Lo que más lamentaba era no haber podido despedirse de ella.

Al otro lado del camino de acceso al hostal vio un coche detenido con alguien en su interior. No le prestó mayor atención a Marcelo Torquemada que se afanaba en sacar fotografías con escaso disimulo. Con el paso de los minutos el lugar comenzó a ser invadido por operarios, un par de excavadoras y varios coches de Policía y Guardia Civil

El periodista sentía una cierta subida de adrenalina. Se veía ante las puertas de un caso diferente. Sacó su libreta y anotó lo que llegaba a su mente.

"¿Quién envía las notas?"

"¿Un colega del *Vengador*?"

"¿Alguien que sabe lo que ha pasado pero quiere permanecer al margen?"

"Si esto es correcto de dónde sacó la foto que envió a la policía"

"¿Están relacionadas las notas con *El Vengador*, o se trata de alguien que ha aprovechado la noticia de la aparición del cuerpo del vigilante de La Esperanza para lanzarse a denunciar más asesinatos?"

Marcelo levantó la vista de tu libreta. Del salpicadero se hizo con un pitillo que encendió con parsimonia.

—Demasiadas preguntas…—murmuró.

Un par de golpes en el techo de su vehículo le sobresaltó.

—Señor, no puede estar aquí, tenemos que acordonar la zona— el rostro de un oficial de policía apareció por la ventanilla del copiloto.

—Soy del *Diario Montañés*, el comisario Redondo sabe que vendría.

—No lo dudo, señor. Pero como le digo tenemos que acordonar la

zona y no puede haber nadie en doscientos metros a la redonda— el oficial trazó con la mano un círculo en el aire.

—¿Van a empezar ya a cavar?

Como respuesta recibió la mirada del agente en las excavadoras y en un grupo de hombres armados con palas y un georadar de subsuelo, acompañado de una amable indicación para que moviera el coche fuera del cordón policial.

—Gracias.

El grupo de técnicos debió llegar mientras sacaba fotos a la mujer que ya había perdido de vista, o cuando tomaba café del termo. Lo que resultaba evidente es que no había estado lo alerta que una situación como esa requería. En cuanto aparcó el coche en la nueva ubicación descendió acompañado de unos prismáticos y de iPad que dejó sobre el capó.

"Vienen muy equipados"

Con los anteojos enfocaba al georadar y a los técnicos que señalaban en una y otra dirección. En el mismo instante que comenzaron a trabajar, empezó a escribir.

"*Son las ocho y diez de la mañana y me encuentro junto a lo que fue el antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, puedo confirmar que la policía se ha tomado muy en serio la segunda nota recibida. En estos momentos comienzan a inspeccionar el terreno con un georadar que…*"

De pronto se detuvo.

Levantó la vista y miró de un lado a otro.

"¿Estará aquí?"

Del mismo modo que él había madrugado para comprobar si la policía decidía tomar en serio o no las notas, la persona que las había enviado podía haber actuado del mismo modo y con mayor motivo.

—¿Estás por aquí?— susurró mientras daba una intensa calada.

Se habían formado varios grupos de curiosos al otro lado del cordón de seguridad. Personas de todas las edades acudían curiosas atraídas por la actividad de esa mañana de lunes empujadas por las noticias de las últimas semanas.

Marcelo Torquemada se planteaba la pregunta correcta.

Sí, estaba ahí, y no le quitaba ojo de encima.

15

La noticia de la aparición de cuatro cuerpos en las inmediaciones del Hostal El Campo conmocionó a la población de Cantabria. No por esperado, ya las notas apuntaban que tal posibilidad podía suceder, resultó menos dramático. Se trataba de dos mujeres adultas y otros dos que no tendrían más de doce o trece años, un chico y una chica.

Faltaban unos pocos días para Navidad y por tanto para las vacaciones de los asistentes al taller cuando *El Diario Montañés* se hacía eco de los resultados de las autopsias. Llegué a clase con el periódico abierto por el reportaje que firmaba Marcelo Torquemada.

Cuando aparecieron los dos primeros cuerpos debatimos sobre el interés y la identidad de la persona que podría estar enviando esas notas. Entre los alumnos encontré teorías de todo tipo; los había que defendían un testigo de lo sucedido que deseaba permanecer en el anonimato quizá por miedo o porque su cargo actual no le permitía dar la cara sin tener que dar unas explicaciones que no estaba dispuesto a ofrecer. Para otros se trataba de un individuo que sólo pretendía jugar con la policía, de alguna manera disponía de una información que en lugar de compartirla con las autoridades había optado por manejarla a su antojo. Posiblemente un antiguo interno, resentido, con ganas de sacar a relucir un secreto silenciado durante muchos años.

—Os imagino al tanto de la noticia— dije elevando el periódico en el aire y señalando el titular.

—Sí, Jaime, otros dos cuerpos…— apuntó el policía local— nadie esperaba algo así.

—¿Dos más?— Rosa no daba crédito.

—Lo peor no es eso, son dos niños— intervino Maite la abogada,

—¿Niños?

Dejé el periódico sobre la mesa.

—Sí, Rosa. Recuerda que el Hostal El Camino era antes un Centro de Socorro Juvenil— dije como si mi afirmación realmente explicara algo.

Desconocía qué podía significar, ¿un centro de los horrores?

—Hoy la prensa recoge los primeros resultados de las autopsias, a falta de las conclusiones finales apuntan que se trata de dos mujeres y dos niños, un chico y una chica— callé unos instantes observando sus rostros.

—Imagino que si han sido enterrados en ese lugar lo más probable es que fallecieran de forma violenta.

Señalé al policía local

—Muy bien apuntado, Paco— dije— Sí, también podría ser que alguno de los cuatro cuerpos muriese de forma natural y por algún motivo que desconocemos decidieran enterrarlo en el campo.

—Esto se pone interesante— Goyo se revolvió en la silla— ¿Cuál de las dos opciones seguirá la policía?

Miré de nuevo a Paco para que ilustrara al comercial.

—Entiendo que la primera opción, la de fallecimiento por muerte violenta, será una de las líneas de investigación— asintió mientras me miraba— lo que acaba de decir Jaime es perfectamente factible. Quizá más propia de una novela que de la vida real— sonrió— No me imagino un lugar como ese hoy en día, matando a quien sea y enterrándolos en el jardín.

Le dejé que continuara. Su profesión nos podría dar otro punto de vista más cercano a la realidad y menos rodeado de la imaginación inherente a un escrito de ficción. En mi opinión son distinciones fuera de toda lógica pero no pensaba decir en alto mis pensamientos.

—En los últimos años ha habido noticias de una pareja que enterraba a sus hijos muertos en el huerto o algún asesino en serie que también enterraba a sus víctimas en su jardín— intervino Rosa, separó los brazos y encogió los hombros.

—Lo sé, pero no es lo habitual, no sería la primera línea de investigación.

—¿Y si no se trata del mismo asesino?

La pregunta de Fátima cogió por sorpresa a sus compañeros.

—Quiero decir que no parece que los cuatro cuerpos respondan al mismo perfil de víctima, tenemos dos mujeres y dos niños. Sí, sí, Paco— levantó la mano al ver que el espigado policía iba a intervenir— aún hacen falta muchos datos para poder decir lo que estoy diciendo, pero es una posibilidad.

Saltaba con la mirada sobre los rostros de los alumnos que no habían intervenido hasta el momento.

—Coincido con Fátima en que perfectamente podría tratarse de dos asesinos. Volviendo al mundo ficticio, no olvidéis que vosotros sois Dios en vuestra novela—capté gestos de extrañeza en sus rostros

— Sí, en vuestro libro tenéis poder para decidir quién vive o quién muere. Cómo investigará la policía o la persona que hayáis puesto al frente de la investigación. Estoy convencido que la resolución de este caso real no andará muy lejos de lo que estáis planteando.

Paco clavó sus ojos en mí, noté cierta extrañeza en su gesto.

—Eso de ser Dios me da mucha responsabilidad— apuntó Lali, la empleada del Santander— pero llevas razón, nosotros decidimos cómo se desarrolla la historia. Por lo que has dicho, para unos se tratará del mismo asesino, para otros no, y nuestra novela tomaría una u otra dirección.

—Exacto, Lali. Sin olvidar el cuerpo del vigilante que apareció en primer lugar.

—Pero si el famoso *Verdugo* no ha enviado la foto del vigilante, porque está muerta, ¿quién lo ha hecho? —Marta la publicista calló unos segundos, al ver que nadie intervenía añadió: —¿Qué tiene que ver con estos cinco cuerpos? O con algunos de ellos. Lo que realmente me pregunto es si seguirá matando.

—¿Qué harías en tu novela?— quise saber.

—Si la idea es mantener al lector expectante, la policía recibiría más notas o aparecerían más cuerpos en el jardín.

—U otro asesinato en otro lugar que los investigadores relacionaran de alguna manera con La Esperanza— propuse.

—Si hago eso liaré a los lectores. No me gustan nada las novelas que me llevan de un lado a otro— dijo Goyo.

Maite, la abogada, tomó la palabra.

—Gracias a Dios hay lectores para todos los gustos, lo mismo que escritores. Lo importante es que no decaiga el número de unos y otros — lo dijo sin mirar al comercial, que se revolvía inquieto en su silla— Lo que dices, Jaime ¿es para abrir otra línea de investigación?

Crucé los brazos y me acomodé apoyado en el extremo de la mesa.

—No tiene por qué, Maite. Imagina que el supuesto asesino, o asesinos, actúan guiados por algo que aconteció en sus vidas en el pasado y por algún motivo que desconocemos han decidido retomar aquello que habían abandonado.

—O quizá, el responsable de la muerte de esos cuatro cuerpos no es el mismo del que tú dices que aparece en otro lugar.

—Esa sería otra opción, por supuesto— miré a los demás.

—Una venganza por los cuatro cuerpos de la Esperanza— apuntaron casi al unísono Lali y Marta.

—Exacto— afirmé satisfecho de las intervenciones— no olvidéis que son cinco.

Se acercaba la hora de poner punto y final a la clase.

—Según tu opinión, Jaime, ¿aparecerán más víctimas?

Volví a cruzar los brazos y miré a Paco.

—Recuerda que estamos en un taller de cómo escribir una novela negra, policiaca o de suspense. Desconozco que es lo que pasará con este caso del *Verdugo* o del que llaman el hostal de los horrores— no me sentía cómodo con su forma de mirarme— si tu pregunta se refiere a qué haría yo si todo esto que estamos comentando fuera la trama de mi novela, la respuesta sería que sí. Sí que aparecerían más víctimas, quizá no se tratara sólo de una, y posiblemente la forma en que aparecieran sería más impactante que las anteriores.

—Menos mal que la realidad es diferente.

—No estoy de acuerdo— intervino Rosa— dicen que la realidad supera muchas veces a la ficción.

Me pareció interpretar en el nervioso movimiento sobre la silla del policía local que se sentía rodeado.

—Pues coincido con Paco— apuntó Goyo.

Sentí una más que agradable relajación. Por una vez Goyo había intervenido para suavizar la tensión que se había generado. Quizá sólo la veía yo pero fuere como fuese, Paco asintió y vislumbré una fina sonrisa en su semblante.

—No estamos siendo justos con una parte de todo este embrollo— la intervención de Marta consiguiò que fijáramos nuestras miradas en ella.

—Cuéntanos a qué te refieres.

Su vena publicista salió a flote.

—¿Cómo os quedaríais si hubieseis invertido vuestros ahorros en un negocio como ese hostal…? El Camino se llama ¿no? ¿Y que de la noche a la mañana comenzasen a desenterrar cuerpos alrededor? Por si esto no fuera ya malo de por sí para el negocio, la prensa, a la que le encanta poner etiquetas a todo, tiene el mal gusto de ponerle la de *El Hostal de los Horrores*.

—Hay mucha gente morbosa que le gustaría ir…

—No, Goyo, quizá con el tiempo, pero ahora mismo no creo que haya mucha gente que decida pasar unos días en ese hostal teniendo otros lugares para elegir. Quizá si esa etiqueta fuera *El Centro de Socorro de los Horrores*, les afectara menos, pero no creo que mucho menos.

Se hizo el silencio en la clase que corté segundos más tarde.

—Has dado en la llaga con tu intervención, Marta. Has propuesto un punto de vista muy interesante tanto para la vida real como para la ficción.

—¿Qué os parece que al asesino se aloje en ese hostal ahora?—

propuso Lorena, la estudiante de psicología que disfrutaba más escuchando y tomando notas que hablando.

—Perfecto, de eso se trata, de dejar que las ideas fluyan. Apuntadlas y ya decidiréis llegado el momento si las incorporáis a vuestra trama o no.

A veces la realidad se empeña en darnos la razón a los escritores.

Fue unos pocos días más tarde.

Llegué a casa especialmente contento. Era consciente de que el programa que había creado con Marcos Alegre para el taller no lo estaba siguiendo a rajatabla. Pero por otro lado creía que los alumnos estaban comprendiendo la actitud que se debe tener, desde mi punto de vista, a la hora de enfrentarse a una novela. Plantearse y cuestionárselo todo. Dejar que los personajes aporten sus ideas, defender la propia de forma coherente y creíble para el lector. Me sentía satisfecho, sin embargo, no estaba convencido que todos los alumnos compartieran mis sensaciones. A Paco y a Goyo les veía un poco distantes. A uno, porque le resultaba complicado establecer el espacio necesario entre su actividad diaria como policía y lo que es la trama de un libro. Al otro, porque con el paso de los días va siendo más consciente de que el curso no le va a otorgar una guía de cómo escribir un *best seller* en dos semanas del que vivir el resto de su vida.

Sí, seguro que Marcos me diría que es imposible gustar a todos los alumnos, llevaría razón, pero somos tan pocos que aunque sean dos los disidentes me resulta un número muy elevado.

Entré en casa con la intención de llevarme a Freddy a dar un largo paseo. Abrí la puerta dispuesto a recibir sus lametazos y muestras de cariño. En su lugar me recibió un fuerte olor que provenía de la cocina, el murmullo de la televisión y varias voces.

“Qué raro”

Recorrí, con cierta dosis de intranquilidad los no más de cinco metros del pasillo y me asomé al salón. Tumbada sobre el sofá se hallaba mi inquilina, compañera de piso o lo que fuese, a su lado un individuo de aspecto cuando menos diferente. Manga corta, brazos tatuados, varios pendientes, sí, sé que puede ser la apariencia de cualquier futbolista y que ir de ese modo no les hace malas personas, lo sé, pero ver a ese individuo en mi casa no era lo que más me apetecía.

—Mena…

La chica asomó la cabeza por el respaldo del sofá sin que mi repentina aparición la hubiese sorprendido lo más mínimo.

—Hola, Jaime. Espero que no te moleste que estemos aquí, nos hemos hecho algo de cenar. Es un amigo…especial— clavó la vista y una sonrisa ladeada en el hombre que me miraba como si el extraño en ese lugar fuese yo— se llama Néstor.

Asentí en dirección al chico, que me dedicó una mueca extraña y llevé rápidamente mi atención a Mena.

—¿Freddy?

—Ah, en tu habitación.

—¿Encerrado?

—Bueno, no lo veas así es que se estaba poniendo bastante pesado— ladeó el rostro, subió y bajó barbilla con vehemencia, como si me quisiera decir que yo ya sabía a lo que se refería.

—Ya...

Sin saber por qué volví a mirar al individuo de gesto mal encarado. Me observó durante unos segundos y volvió el rostro buscando la boca de Mena como si diera por finalizada una conversación que para su gusto se estaba alargando.

Me di media vuelta en busca de Freddy al que oía gemir desde mi dormitorio.

—¡Luego friego!

El grito de Mena me alcanzó cuando pasaba por la cocina. Todo estaba revuelto, dos sartenes en el fregadero, varias latas de cerveza por la encimera. Los restos de un paquete de jamón de jabugo que me había comprado, sobre la mesa.

Sentí como invadía una rabia enorme. Respiré varias veces mientras me decía que Mena tendría que irse de casa cuanto antes.

No fue fácil.

Nada fácil.

16

Las semanas transcurrían con inusitada lentitud en La Esperanza. A las tres amigas y a Toñín se había unido Raúl un chico que llevaba más que nadie en el centro y que en unos meses, si no encontraba una familia que le acogiera, tendría que ingresar en un centro de internamiento. Ni recordaba las veces en las que doña Herminia le había acompañado a la puerta porque unos nuevos padres venían a recogerle. Todas sus experiencias finalizaron de una manera parecida, o bien Raúl se escapaba y la Guardia Civil lo conducía de nuevo al centro o era la propia familia la que lo devolvía en mano.

Raúl lo tenía claro. Si no le dejaban elegir familia prefería continuar en La Esperanza. Conocía las rutinas, lo que se podía o no hacer, procuraba no meterse en líos pero a veces era imposible evitarlos, no por los demás internos, que le profesaban cierto respeto por su antigüedad pero sobre todo por su aspecto embrutecido, si no por los propios vigilantes que poseían una mano muy larga y pensaban que cualquier palabra que saliera de su boca debía ser tomada como una orden.

Sólo obedecía sin rechistar a dos personas; a la directora y a doña Valentina. A los demás según el momento y de qué asunto se tratase. No sería la primera vez que le partía el labio a un vigilante por empeñarse en que apagaran la luz cuando aún tenían derecho a veinte minutos más para hablar.

La realidad era que Raúl no podía presumir de contar con muchos amigos. Normalmente se le veía solo. Los dos chicos que más le frecuentaban habían abandonado ya La Esperanza. Un día llegó un interno nuevo que se había hecho amigo de Cris, de Tomasa y de Susa, las chicas que le gustaban pero que nunca fue capaz de dirigirse a ellas, hasta que Toñín se sentó junto a él en el comedor.

—Si quieres, al terminar las clases te vienes con nosotros, he quedado en el jardín.

—¿Con vosotros?

Toñín señaló a las tres amigas.

Raúl las miró sin poder evitar que súbitamente un intenso quemazón brillara en sus mofletes. Esbozó una mueca avergonzada. Lo de las chicas se le daba muy mal, prefería estar solo antes que volver a tartamudear cuando se dirigía a una de ellas. No quería hacer el ridículo una vez más.

—Si no te apetece venir…

—No, no es eso, es sólo que…bueno no sé, quizá otro día.

Ese otro día llegó un par de ellos después.

Sí, Raúl comenzó tartamudeando pero el paso de las horas junto a sus nuevos amigos le ayudó a coger confianza y hablar sin temor a equivocarse. Casi, casi lo había conseguido, excepto si Susa se dirigía a él. Cuando eso sucedía sus mofletes se teñían de un rojo ardiente y su garganta se empeñaba en no pronunciar sílaba alguna sin repetir la anterior.

Las primeras veces abandonaba el grupo cuando se veía en esa situación, otras dejó de hablar con la chica que le gustaba. Susa se esforzaba por hacerle las cosas más fáciles pero Raúl se lo tomaba como si sintiera lástima de él, y eso no lo podía consentir.

Hasta que un sábado, en el jardín, Susa le besó. Un beso inocente que curó al grandullón de todos los males. Ni tartamudeos, ni rostro afectado, se le veía feliz como nunca antes. La felicidad era un lujo del que había que disfrutar al momento, nunca se sabía cuánto podría durar.

—Toñín, un señor pregunta por ti.

Rebeca, la secretaria de doña Valentina entró en la sala de estudios.

—¿Por mí?

—Sí, doña Herminia quiere que no le hagas esperar, se trata de un policía.

“¿Un policía?”

El niño sintió un seco latigazo recorriendo su cuerpo. Las tres chicas y Raúl se quedaron boquiabiertos.

—El no ha hecho nada malo, seño.

—Lo sé, Cris. Se trata del hombre que le sacó aquel día de casa de sus padres…—la voz de doña Valentina terminó como un susurro, volvió su rostro hacia el chico— ¿te acuerdas de él, verdad?

Toñín asintió.

Claro que se acordaba. Todo lo que había sucedido en esas horas lo tenía grabado en sus recuerdos. El policía le había tratado muy bien, pero no podía imaginar lo que podía querer, lo que tenía que decir ya lo había repetido muchas veces.

Cris se echó sobre Toñín y le susurró al oído.

—Ya verás que no es nada, quizá hayan cogido a esos desgraciados.

—Ojalá sea eso.

Siguiendo a doña Valentina su cabeza repasaba lo último que le había dicho a Cris. En cuanto formuló la frase algo en su interior se agitó, como si le quisiera hacer ver que no comulgaba con lo que acababa de expresar. La semilla de la venganza crecía en su interior y si los detenían no sabría qué hacer con ella. Tampoco intuía de qué manera podría llevar a cabo esa venganza, pero de lo que sí estaba realmente convencido era de que más tarde o más temprano se le presentaría la oportunidad. Aunque sólo fuera con uno de ellos.

"No la dejaré escapar"

Caminaban pasillo arriba rumbo al despacho de la directora. Doña Valentina abrió la puerta, asomó la cabeza, con un gesto animó a Toñín a que entrara y se retiró.

—¿Te acuerdas de don Diego Olivares?

—Sí.

—Bien, te dejo a solas unos minutos con él, tiene algo importante que decirte.

Como respuesta agachó la cabeza.

El chico siguió las indicaciones del policía y tomó asiento en una de las dos sillas colocadas frente a la mesa de la directora.

—Antes de hacer nada me gustaría saber si estás de acuerdo con lo que quiero proponerte.

—¿Es por lo de mis padres? ¿Les han cogido?

El policía cruzó las piernas, sentía como le sudaban las manos. Llevaba varios días, con sus noches, dándole vueltas al asunto que se le había metido en la cabeza.

"Una locura, lo sé, pero creo que es lo correcto"

Ante cualquier argumento en contra siempre se decía lo mismo.

—Verás, tiene que ver con lo sucedido aquel día, de momento no los hemos cogido, pero lo haremos.

Toñín sintió cierta relajación.

—Había pensado proponerte si querrías vivir conmigo. Pero hay un problema, soy soltero y los Servicios Sociales no lo pondrán fácil, así que antes de lanzarme me gustaría saber si te parece una buena idea que intente iniciar el papeleo para la adopción.

Los ojos de Toñín se abrieron como platos.

—Si no quieres, o tienes otras opciones, estás en tu derecho, no pasa nada.

El chico no le quitaba la vista de encima al policía.

—¿Lo pensarás?

—Sí.

—De acuerdo, pero no tardes mucho porque luchar contra los Servicios Sociales no será fácil y…

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, don Diego, sí que quiero.

Del cuerpo de Olivares se adueñó un intenso cosquilleo. Por unos instantes se quedó sin saber qué añadir.

—Gracias, me alegra que lo tengas claro ¿Te apetece que le pida a la directora que nos deje salir a comer y al cine? Para conocernos más y veas si continúas pensado lo mismo.

—Sí— El rostro de Toñín esbozó una amplia sonrisa.

—Ah y una cosa… no soy don Diego, sólo Diego.

—Vale.

Cris aguardaba expectante el regreso de Toñín. Llevaba toda la tarde con un señor que era policía y que le había invitado a comer y al cine. No le había podido decir más. Lo que sí notó fue que parecía algo más contento de lo habitual. Su gesto serio, de enfado constante desde el primer día que lo vio se había suavizado y eso a ella le gustaba.

"¿Si se va?"

Un ligero pinchazo en el corazón le advirtió que Toñín estaba calando muy dentro de ella, que las amargas experiencias sufridas en su corta vida podían dejar un espacio a los buenos sentimientos, abrirse, aunque fuese mínimamente, a la posibilidad de que sucedieran cosas buenas. Los dos lo habían hablado, tenían muchas cosas que hacer desde ese mismo día en adelante.

Vengarse.

Una cosa no tenían; prisa.

No fue hasta el desayuno a la mañana siguiente cuando las tres amigas vieron entrar en el comedor a Raúl y Toñín. Cris se moría de ganas por saber cómo lo había pasado, no quería que se ilusionara, como ya les había sucedido a todos los demás, excepto a Susa, y que luego lo que parecía tan maravilloso se convirtiera, casi desde el momento en que ponían un pie en su nueva casa, en una tortura o en un lucha por su integridad física.

—Hola…— Cris calló obligándose a no pronunciar la frase que llevaba bien dentro…ayer te estuve esperando.

—Hola— respondieron los dos amigos al unísono.

—¿Cómo te fue?— Susa se adelantó.

—¿Ayer, con el poli?

—Pues claro— afirmó mientras se echaba el pelo detrás de las orejas.

—Muy bien, fuimos a comer hamburguesas, paseamos por la playa y luego íbamos al cine y…

—¿Qué visteis?

Toñín tomó asiento y se sirvió un vaso leche.

—Llegamos tarde, me preguntó si quería conocer su casa. Le dije que vale y fuimos a Ruiloba.

—¡Hala!

Cris se removió en la silla. Escudriñó el rostro de su amigo buscando algún indicio de que le hubiera pasado algo malo.

"¿O eso sólo le pasa a las chicas?"

Negó con la cabeza mientras apretaba los labios. Sabía que algunas habían tenido suerte con sus nuevos padres y estaban contentas, al menos eso les decía la directora.

"Parece que está bien"

El fin del análisis del rostro de Toñín le dejó satisfecha.

—Tiene una casa muy chula con un pequeño jardín y tiene una mesa de ping pong. Me ha regalado una cámara de fotos que las hace al momento— exclamó orgulloso.

—¿Sí? Qué bien— bajó el tono de voz y añadió: —¿Entonces te irás con él?— quiso saber Tomasa

—No lo sé, no tendría mamá y me ha dicho que eso hace que todo sea más difícil.

—Ya, que se está echando atrás —añadió— no te preocupes, ya hemos pasado por eso, nos enseñan un casa chula y luego todo es una mierda— dijo poniéndose en pie.

—No le digas eso, a veces hay buenos papás que…

—¿Buenos papás?— una sonora carcajada partió de la boca de Tomasa— eres una cría, Susa. Ya te enterarás cuando te toque a ti.

—Pues sólo me sacas un año, mayor— soltó molesta.

Raúl cerca estuvo de intervenir, pero el pánico a que descubrieran que le gustaba Susa le animó a seguir escuchando. Confiaba en que se calmaran y su secreto continuase oculto.

Esa tarde al salir de clase Cris cogió a Toñín del brazo. A ella poco o nada le importaba lo que pudieran pensar.

"Sí, me gusta Toñín y ¿qué pasa? ¿Eh?"

No tendría reparos en soltar algún empujón o un par de buenos bofetones a quien se quisiera hacer la graciosa, o el gracioso, daba

igual.

—Entonces te vas con ese policía— caminaban por el jardín del centro. Cris con la mirada gacha jugando con una flor entre sus manos. Una forma como otra de disimular su nerviosismo.

Sí, le importaba lo que pudiera pensar, pero sólo él, nadie más. Una chica debe dejar que el chico dé el primer paso, recordó las palabras de la mujer mayor que le hablaba de la importancia de la lluvia para que todo Cantabria estuviera tan bonito.

—No sé, dice que será difícil pero que lo va a intentar.

—¿No vino a llevarte con él?

Toñín dio una patada a un guijarro.

—No, que va, quería saber si a mí me parecía buena idea irme a vivir con él. Por eso quería que comiéramos juntos para conocernos.

Cris sintió un quemazón en el pecho. No se trataba de celos, se alegraba por su amigo si eso es lo que quería, sino de la certeza de que se iría. A ella nadie le pidió opinión cuando una familia venía a buscarla. Es como si hubiera huérfanos más importantes que otros, y ella sabía que estaba entre las que nadie querría. No guardaba apenas un recuerdo agradable de cuando era pequeña, no de sus verdaderos padres o quizá no quería recordar, tal y como aseguraban los psicólogos. No sabe con certeza si tuvo hermanos. Sobre este punto lo que sí tiene son sueños en los que aparece un chico con ella, ve su reflejo en el espejo y…

—¿Estás bien?— quiso saber Toñín que miraba a su amiga con preocupación.

—Sí, sólo pensaba.

—¿En lo que dijo Tomasa? Eso de que al principio todo parece maravilloso y que luego es una mierda.

Cris frunció los labios y se detuvo.

—Bueno, sí y no. Es verdad eso que dice, pero nunca nadie nos ha preguntado si queríamos ir con una familia y no te digo ya que nos hayan llevado por ahí para conocernos— agitó una mano en el aire como si se le hubiera pegado algo— ojalá tengas suerte…— murmuró con la boca pequeña, no quería que se fuera, no en esos momentos.

Tardó un año. El tiempo que le llevó a Diego Olivares conseguir el permiso y la coincidencia en el tiempo con un suceso que marcaría a La Esperanza.

El asesinato del vigilante de noche.

17

Las Navidades no eran la mejor época del año para Diego Olivares. Solía pasarlas rechazando invitaciones para asistir a comidas y cenas. Su familia, una hermana, vive en Sevilla. Unos años atrás fue a pasar unos días con ella, no niega que disfrutara del momento, pero el viaje es largo y las vacaciones pocas, como las ganas.

Ella y su marido, junto con los dos hijos, fueron a Ruiloba el año que Toñín falleció, no fue posible que le dejaran tranquilo, no deseaba ver a nadie. Cuando unos días después se marcharon tuvo que reconocer, una vez más, que su presencia le había mitigado el dolor que sentía, pero era tantos los recuerdos que decidió alquilar una casa en Santander y dejar la de Ruiloba una larga temporada.

Muchos y dolorosos recuerdos.

Estas últimas fiestas estaban tocando a su fin, el veinticinco de diciembre no pudo seguir negándose a la invitación de María Pinta para comer en su casa de Comillas. Disfrutó de la compañía, sus padres fueron encantadores, unos anfitriones extraordinarios como su compañera, aún así dudaba de si repetiría. El motivo era sencillo, quizá no para el propio Diego. Aún no se había logrado despojar de la piel de víctima de las circunstancias, creía que todo el mundo se acercaba a él para invitarle a su casa a comer, cenar, o a un cumpleaños porque les infundía lástima. Veía en la forma de mirarle un atisbo de compasión que le enervaba. Con más motivo ese mismo año en el que había compartido con María su experiencia con Toñín.

Quizá fuese esta sensación la que en su día le empujó a iniciar el proceso de adopción al intuir en el chico una necesidad de protección que se apresuró a ofrecerle. La lástima que le generó conocer su historia es la que, desde que Toñín falleció, está seguro que le genera a su entorno. Seguramente sus compañeros del centro de socorro transmitían ese mismo estado de ánimo que podría llevarles a desarrollar esa vena rebelde de la que hacían gala la mayoría de ellos.

Era dos de enero de 2018, martes, había salido a correr a primera hora. Disponía de un día más de vacaciones pero en cuanto se diera

una ducha y desayunara se pasaría por la Jefatura. Al poner un pie en el dormitorio el móvil comenzó a sonar sobre la mesilla. Mientras se despojaba de la camiseta leyó el nombre que aparecía en pantalla.

—Buenos días, comisario. Le hacía de vacaciones.

—Feliz año, Olivares. Sí, las estoy disfrutando en mi despacho. Mi casa está llena de críos, de gritos, de vamos a jugar a esto o a lo otro. Vaya por delante que los quiero a todos— puntualizó— pero me agotan. No quiero convertirme en el abuelo cebolleta, he decidido pasar menos tiempo pero de mayor calidad. No sé si me explico.

Diego esbozó una sonrisa.

—Perfectamente, jefe.

—¿Mañana se incorpora?

Conociéndole, como le conocía, no se le escapaba que esperaba algo de él que no se atrevía a pedirle por no imponer su autoridad y respetar sus vacaciones.

—Eso dice la hoja, pero pensaba pasarme por la comisaría en cuanto me dé una ducha y desayune.

—Aún le queda un día.

—Si no recuerdo mal a usted todavía le quedan…

—Olivares…

—En una hora le veo, jefe.

—Bien, no coma mucho que quiero invitarle luego al aperitivo en el Club Náutico. Véalo como una forma de celebrar el nuevo año y de hablar de un asunto que le concierne.

Si quería sorprenderle lo había conseguido, El inspector tomó asiento en una pequeña butaca.

—¿En qué sentido?

—Se lo explico en cuanto venga, se trata del caso del supuesto *Vengador*, me ha llamado el comisario Ramírez de Valladolid, han encontrado un cadáver, cree que tiene que ver con el caso.

Diego sintió una fuerte carga de adrenalina, nada como regresar a la actividad con nueva información.

—No tardo.

—Por cierto, no le diga nada a su compañera, dejémosla que disfrute de su familia.

—De acuerdo, pero como le dé por despotricar por no avisarla se la pasaré a usted.

—Le espero.

Colgó.

Redondo había pasado una larga hora hablando con su colega de

Valladolid. El asesinato había tenido lugar la misma Nochebuena por la tarde pero una serie de circunstancias impidieron que se pudiera relacionar al fallecido con el caso del *Vengador*. Fausto le hubiera corregido anteponiendo *supuesto,* porque era evidente que no se podía tratar de la misma persona, por tanto, del *Vengador*. Este caso ya estaba cerrado. No obstante, si la información aportada por el comisario de Valladolid se ajustaba a la realidad, lo cual no tenía por qué dudar, el caso amenazaba con tomar un rumbo cuando menos inquietante.

Diego entró puntual en la comisaría. En cuanto el reloj marcaba una hora desde el momento que terminó de hablar con el comisario entró en el despacho de Fausto.

—Jefe…— dijo asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Pase, Olivares, pase— señaló una de las butacas frente a su mesa — ¿este año ha aceptado alguna invitación?

—No he podido negarme a la de mi compañera. Fui a su casa y comí con su familia.

—¿Disfrutó de la compañía?

—Sí, no se lo voy a negar.

—Me alegro, Olivares, confío que algún día comprenda que a los demás les gusta disfrutar de la suya.

Al inspector le llevó unos segundos encajar el cumplido.

—¿Y usted? Cada vez con una familia más numerosa.

Fausto esbozó una sonrisa bonachona. Se atusó el bigote con aire distraído.

—Pues sí, lo de ser abuelo tiene su recompensa, no crea— dijo poniéndose en pie mientras consultaba el reloj— hoy me esperan en casa a comer, vayámonos a tomar ese aperitivo y le pongo al día.

Cogieron el coche particular del inspector y pusieron rumbo hacia el Club Náutico en Puerto Chico. El comisario era un asiduo, su cuñado fue presidente años atrás y desde entonces le gusta acercarse de vez en cuando con su mujer a disfrutar de las vistas y tomar una cerveza tostada o un vermú en la terraza.

Aparcaron a unas decenas de metros, en el Paseo de Pereda. Junto al monumento a los Raqueros había dos individuos charlando entre ellos y disfrutando de las vistas.

—Me gusta esa raza de perros— Redondo señalaba un Labrador negro— dicen que son muy inteligentes y cariñosos con los niños.

—Sí, ¿piensa en sus nietos?

—Es sólo un deseo, al final con este trabajo tendría que ser Rosario la que se encargara de sacarle y ya tiene la mujer bastante con toda la carga de la casa.

El perro se acercó a oler a los policías.

—Freddy, ven aquí, no molestes a los señores— dijo uno de los individuos de cabeza afeitada.

—No, no es molestia— Fausto acarició al Labrador y continuó hacia el Real Club Marítimo de Santander.

Diez minutos más tarde tras cumplir con todo aquel que se cruzaba y prometer que regresaría más a menudo, Redondo y Olivares tomaron asiento. Frente a ellos el despliegue de barcos sobre un infinito mar azul, hoy calmo. La temperatura agradable con el sol en su apogeo, pero sin invitar a despojarse de las chaquetas.

—Me tiene en ascuas, jefe.

Si por el inspector hubiera sido, no habría colgado el teléfono hasta no saber qué era aquello que le quería comentar. No llevaba bien la espera, ni para comprar entradas en el cine, ni en la cola del supermercado y menos aún si se trataba de algún asunto relacionado con el trabajo.

—No se apure. Me he tomado mi tiempo por ser el día que es y porque sé que si se lo hubiera dicho seguramente no estaríamos aquí.

En lugar de tranquilizarle, las palabras del comisario tensaron los músculos del inspector y consumieron buenas dosis de su menguante paciencia.

—Decía que se trata de un asunto que me concierne.

—Sí— Fausto dio un sorbo a su vermú, saboreándolo— tiene que ver con el supuesto *Vengador*.

Diego se retrepó en la silla.

—¿Otra foto?

—No, no. Se trata de una llamada que he recibido esta misma mañana del comisario Ramírez, de Valladolid.

El inspector optó por no abrir la boca hasta que su jefe soltara todo lo que había acontecido en esa conversación. Le veía especialmente relajado, con predisposición a brincar de un tema a otro a la menor oportunidad y sin ruborizarse lo más mínimo. Su espíritu continuaba de vacaciones. Se mantuvo en silencio sin apartar la mirada de Redondo los pocos más de diez minutos que le llevó resumir la conversación mantenida.

—¿Por qué no nos avisó antes?

—A eso iba, por lo visto la víctima se había instalado con otro nombre y no fue hasta hacerle la autopsia y comprobar su identidad cuando vieron que algo no cuadraba.

Diego dio un corto trago a su vermú.

—Esto nos abre otra puerta.

—O no, inspector, quizá no tenga nada que ver.

Olivares llevó la vista al infinito.

—¿Están seguros que se trata de Segismundo Ganzán?

—Ya sabe usted que si no fuera así Ramírez no me habría llamado. Salió el nombre de su hermano José Ganzán en el ordenador y su fallecimiento a manos del *Vengador*.

—Sí.

Durante varios minutos los dos hombres mantuvieron sus miradas saltando de yate en yate y deslizándolas sobre el horizonte. Uno, con la mente en su figura pilotando su propio barco. El otro, satisfecho de saber que el caso principal que tenía entre manos no estaba muerto.

—Alguien cercano al *Vengador* está actuando— soltó de repente.

El comisario se atusó el bigote una vez más.

—Coincido que esa puede ser una opción, pero me pregunto qué interés le puede mover para proceder así en estos momentos— otro sorbo al vermú— si el que ha asesinado al tal Segismundo está relacionado con el *Vengador*, ¿por qué ha tardado tanto tiempo en terminar con su vida?

—Usted mismo lo ha dicho, se había cambiado el nombre. Posiblemente su pista se perdiera en cuanto huyó de San Vicente de la Barquera.

—Ese hombre no era trigo limpio, quizá le mataron por algo que no tiene que ver con el caso.

Diego volvió el rostro hacia su jefe y asintió.

—¿A pesar del escrito sobre su pecho?

—Alguien que aprovecha un caso cualquiera, mediático mejor, para esconder sus auténticas motivaciones, no sería la primera vez.

—A esa conclusión habría llegado si anteriormente no hubiéramos recibido la foto, las notas y no hubiesen aparecido los cuatro cadáveres. ¿No le parece demasiada coincidencia que lo maten casi al mismo tiempo que el caso se reactiva?

—Sí, Olivares, pero no se obceque con el tal Segis, no creo que de Valladolid saquemos mucho más.

Saber que el hermano del camionero falleció en su propia cama con un texto sobre su pecho trazado con un cúter que rezaba *culpable,* y que en su boca se encontraron sus calzoncillos envolviendo su pene le avisaba de la peligrosidad de quién estuviera detrás. De momento no deberían eliminar la posibilidad, por lejana que fuera, que apuntaba el comisario; la intervención de un imitador aprovechando las circunstancias.

Iban a tardar poco en eliminar esa opción.

No más de veinticuatro horas, las que tardaría en aparecer publicada en *El Diario Montañés* la última crónica firmada por Marcelo

Torquemada.

María Pinta disfrutaba de las Navidades como de ninguna otra fecha del año, excepto quizá las fiestas del Cristo del Amparo en el mes de julio, en Comillas, a las que poco partido les podía extraer debido al trabajo. Desde pequeña en su casa había vivido el cariño de sus padres por la Nochebuena, Navidad y Reyes, en definitiva por todos los días señalados que festejaban el nacimiento de Jesús de Nazaret. Con el paso de los años la tradición se mantenía con la incorporación de un mayor número de personas, como los hijos de sus tres hermanos, a los que había que unir los de los primos. En Comillas eran muchos los Pinta.

Sin embargo, ese año había resultado diferente. Consiguió que al menos la comida de Navidad no fuera en casa de sus abuelos y lo celebraran en la suya propia, sería la única posibilidad de que su compañero aceptara la invitación.

Así fue.

Corría el miércoles tres de enero cuando la subinspectora regresaba de correr por el llamado paseo del colesterol que va desde el pueblo de Comillas, por su salida dirección La Rabia, hasta la playa de Oyambre. Sus inseparables, Rana y Calixto, perros de desconocido origen, corrían a su lado.

—¡Eh! María— la inconfundible voz de su hermano mayor se dejó oír cuando cruzaba por la Fuente de los Tres Caños.

Miró a un lado y a otro.

—¡Aquí!

Antón salía de la farmacia blandiendo en el aire lo que parecía ser un periódico.

—¿Te has enterado?— quiso saber mientras mostraba el titular de una noticia de la sección de sucesos del *Diario Montañés*.

La subinspectora se detuvo, momento que aprovechó para ingerir una generosa ración de aire mientras Rana y Calixto saltaban alrededor de Antón.

—¿Qué dice? Lee, tú, anda, que necesito respirar— pidió echada hacia delante con las manos sobre las rodillas.

Antón dobló el periódico y leyó:

—¿Estamos ante otro asesinato del nuevo *Vengador*? Hace diez días apareció…

María levantó la cabeza, se estiró como si de repente hubiese recibido un calambrazo y de un tirón se hizo con el periódico.

—¡¿Qué?!

Buscó con la mirada el inicio de la noticia, leyó en silencio:

"*…fue hallado en Valladolid el cuerpo sin vida de Segismundo Ganzán en su domicilio. Se encontraba desnudo sobre la cama de su dormitorio, con el pecho ensangrentado en el que se podía leer un texto que decía: culpable*"

La subinspectora sentía como el corazón incrementaba sus pulsaciones con una frecuencia mayor que la generada por la reciente carrera.

"*…según ha podido averiguar este periodista, la policía ha tardado varios días en comunicar lo sucedido porque la víctima había cambiado de nombre. Compartía piso con una mujer dominicana que regenta un bar a dos calles de distancia y que hasta el momento no ha podido aportar pista alguna a los investigadores*."

—Por la expresión de tu rostro veo que no sabías nada.

—No, Antón, es la primera noticia que tengo— dijo sin levantar la vista del periódico.

"*…la confirmación definitiva de la identidad del cadáver ha hecho saltar las alarmas. Se trata de un familiar de dos víctimas del tristemente famoso Vengador, ya fallecido. Su mujer, Candela García, atropellada en San Vicente de la Barquera y, de su hermano, José Ganzán, camionero de profesión que apareció a los pies del Mirador de la Corneja. Su hijo…*"

—¡Ostin!— exclamó la subinspectora— ¿te importa que me lo lleve?— sin aguardar respuesta se puso en camino hacia su casa. Necesitaba una ducha, pero sobre todo necesitaba el teléfono para comunicar con su compañero.

Corrió seguida por sus sorprendidos perros que confiaban en que el tiempo de ejercicio hubiese terminado. Saltaban a ambos lados de la inspectora con la lengua colgando a un lado de la boca. Lo primero que harían al poner una pata al otro lado del portón de la vivienda sería dirigirse a la pequeña caseta donde les aguardaría una buena ración de agua fresca.

Pinta entró en la vivienda familiar sujetando el periódico con fuerza y se lanzó escaleras arriba.

—¿Eres tú, hija?— la voz de doña Carmen, la madre, le llegó cuando alcanzaba el primer piso.

—¡¡Sí, mamá!!— exclamó sin detenerse.

—¡¡Te tengo preparado el desayuno!!

María no pudo evitar sonreír. Su madre siempre estaba en todo.

Sobre la cama destacaba el móvil, lo cogió nerviosa y buscó el nombre de su compañero entre las últimas llamadas realizadas. Hoy era el día que se incorporaba, a ella todavía le quedaba hasta la

mañana siguiente.

“Cinco llamadas perdidas de Diego”

—Parece que también se ha enterado— susurró mientras presionaba su nombre.

No tuvo que esperar mucho, al cuarto tono respondió.

—María ¿cómo estás?

—Eh, bien, bien ¿te has enterado, no?

Diego le hizo un resumen del día anterior, del adelanto de su incorporación, del vermú con el jefe en el Club Náutico y de la llamada del comisario Ramírez de Valladolid.

—Te has incorporado y no me has dicho nada. Hubiese ido contigo.

—No, María, la decisión de adelantarme un día no tiene nada que ver con todo esto. Cuando el jefe me llamó acababa de llegar de correr y pensaba acercarme a Jefatura.

—Me doy una ducha y voy.

—No tienes que volver hasta mañana y…

—En un rato te veo, Diego.

Colgó.

Sin saber por qué llevó una vez más la vista al periódico. Con las ganas de llamar a su compañero no había concluido de leer la noticia.

“*…en la boca encontraron sus calzoncillos envolviendo su pene y…*”

—Dios mío…

No es que sintiera una especial lástima por Segis a pesar de las desgracias que habían acontecido en su entorno más próximo. La exclamación iba dirigida al rencor, el odio que debería sentir la persona que había actuado de ese modo, lo que la convertía en alguien muy peligroso.

—Habrá que andarse con más cuidado…—dijo mientras se metía bajo el chorro de la ducha.

18

Las Navidades fueron diferentes a las de los años anteriores. Me había propuesto viajar a Madrid y ver a mis amigos. Ser hijo único y huérfano, a ciertas edades entra dentro de lo previsible, le deja a uno con pocas opciones. En Santander estaba a gusto hasta que la relación con Mena comenzó a torcerse. Desconozco qué fue lo que motivó el desencuentro, creo que he puesto todo lo que estaba en mi mano para que la convivencia fuera lo más fluida posible.

Pero no pudo ser.

Su amigo especial, según sus propias palabras, Néstor, por lo visto denominarlo novio es de gente del siglo pasado, venía a mi casa mucho más a menudo de lo que me hubiera gustado. No es porque su presencia y su semblante hosco me resultaran desagradables, que sí, sino que ocupaba el salón como si el de su casa se tratara, por si esto fuera poco estaba el tema del tabaco. Acordé con Mena que en casa no se fumaba, según el tal Néstor, lo hacía asomado en la ventana. El cenicero estaba atestado de colillas, cada vez que regresaba a mi casa el pestazo era insoportable.

Mi amigo Marcos Alegre llegó a Santander el día veintiséis después de cumplir con las costumbres de su familia en estas fechas. El día de su llegada fui a buscarle a la estación de tren. Debido al ambiente que reinaba en mi casa optamos porque se alojara en un hotel. Días antes mantuve un intento de conversación con Mena, con el objetivo de dar por finalizada nuestra relación como compañeros de piso, que desataría la peor de las pesadillas en las siguientes semanas. Para la policía lo que más tarde aconteció respondía a un hecho fortuito, para mí estaba claro quién se escondía detrás. Reconozco que en esos momentos no era consciente del alcance de lo sucedido.

Esperé a que Néstor se machara para hablar con ella.

—Quería comentarte una cosa.

—Tú dirás...—dijo con los pies sobre una mesa salpicada de restos de pipas, cartones de pizza, vasos y platos sucios.

—Como sabes, la convivencia entre nosotros no funciona— recorrí

con la mirada el salón.

—Es que eres demasiado tiquismiquis, Jaime. No dejas vivir en paz.

No por sabido deja de ser curioso como la persona que es la que genera el malestar recurre a su papel de víctima en cuanto se la señala como causante del mal ambiente. La falta de responsabilidad por sus propias acciones es un rasgo típico de un psicópata. No pensaba discutir con ella.

Ya no.

—Es posible, pero esta es mi casa y lo normal en la casa de uno es vivir conforme a su forma de entender las cosas.

—¿Ves? Ya estás con lo mismo. Si lo dices por eso—señaló el contenido sobre la mesa— luego lo recojo.

—Ya me conozco tus *luegos* y…

"Habías decidido no discutir, ¿no? ¿Qué coño haces?"

Asentí a mi razonamiento interno tan lúcido como casi siempre.

—En quince días, lo que estipula nuestro contrato, deberás abandonar la casa. El día 31 será el último ¿de acuerdo?

Mena abrió los ojos exageradamente.

—Pero… ¿cómo me haces esto? ¿Dónde voy a encontrar un sitio ahora? Te recuerdo que te arreglé el ordenador y lo limpié de virus.

—Te pagué doscientos euros.

Mena se puso en pie, clavó sus fríos ojos en mí.

—¡En cualquier sitio te hubiesen cobrado mil!

Imagino que esa estupidez la debió soltar al saber mi desconocimiento de todo lo que tenga que ver con la informática, pero por esos mil me hubiera comprado un ordenador nuevo.

—Mira, a ti te gusta vivir de una manera y a mí de otra, no hay por qué forzar una convivencia que no funciona.

—Vale, le diré a mi chico que no fume ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza. Mi intención de no discutir continuaba vigente pero me estaba costando horrores no soltar todo lo que su presencia y la de su amigo me provocaba.

—Lo mejor para los dos es que cada cual viva su vida.

Me miró de arriba abajo y salió del salón. A la mañana siguiente la sala continuaba igual de sucia.

Cuando Marcos dejó sus cosas en el hotel nos fuimos directos a recoger a Freddy que le recibió como si los meses trascurridos desde la última vez que le vio hubiesen resultado insoportables de tanta pena por su ausencia. Teníamos diez días por delante para disfrutar de

Cantabria y hablar de todo un poco. Pasamos la noche de fin de año en la fiesta que organizó su hotel, tengo que reconocer que resultó bastante más entretenida de lo que había imaginado. Quizá se trataba de la tensión que me acompañaba en cada instante. No llevaba nada bien la situación con Mena a la que encontraba en mi casa cada vez que regresaba. No fue hasta el día dos de enero que pude subir con Marcos para que viera el lugar tan acogedor que él me había encontrado. Me llevó varias horas dejar la vivienda lo más presentable posible.

Unos días antes, Néstor se encaró conmigo asegurando que me iba a denunciar, él no, señaló a Mena. Me lo soltó a escasos centímetros de mi nariz, golpeándome el rostro con su aliento, mezcla de cerveza, vino y whisky.

—Está en su derecho. Pero eres tú al que me encuentro en mi casa todos los días— no sé por qué lo dije, quizá porque me lo pedía el cuerpo. Soy consciente que no tiene sentido enfrentarse a un individuo de estas características, entre otros motivos porque tiene mucha más experiencia que yo y siempre ganará.

—Estoy aquí por ella— estiró su tatuado brazo en dirección a su sonriente chica.

—La que tiene alquilada una habitación es Mena, no tú.

Néstor redujo aun más la distancia que nos separaba.

—No pego a viejos— escupió cada sílaba literalmente sobre mi rostro.

“Lárgate”

Hice caso a mi intuición.

Esa fue la última vez que hablé con este personaje. En cinco días mi inquilina tendría que abandonar casa. Las intensas dudas que me consumían sobre este punto me generaban un continuo nerviosismo que me impedía dormir.

El martes día dos de enero Marcos y yo repetimos lo que se estaba convirtiendo en una rutina antes de comer; tomar unos bocartes y dar una vuelta por el Paseo de Pereda rumbo al monumento a los Raqueros, disfrutar de las vistas de Puerto Chico, los yates y el Club Náutico.

—Freddy, ven aquí, no molestes a los señores— dije al ver que se dirigía a dos individuos que se acercaban en nuestra dirección.

—No, no es molestia— dijo uno de ellos acariciándole.

Les vi alejarse hacia el Club Náutico, creí reconocer al individuo del mostacho.

—¿Qué piensas?

—Conozco a ese hombre, le he visto en alguna parte.

—¿Aquí? ¿O en Madrid?—quiso saber Marcos.

Le miré sin encontrar una respuesta adecuada a su pregunta. No en esos momentos, necesité un largo minuto más para ponerle nombre.

—Sí, claro, es el comisario Redondo. El que va con él debe ser el inspector Olivares. El caso del nuevo *Vengador* les hace aparecer todos los días en la prensa y en la televisión.

—Menuda profesión.

Resulta sorprenderte extrapolar de los medios de comunicación a los protagonistas y situarlos en la calle frente a ti. Sobre todo en situaciones en las que su trabajo, del que toda la sociedad está pendiente, les hace estar en el foco. Al ver a la pareja de policías como dos hombres cualquiera caminando por la calle me siento más empático con su día a día.

—Sí, no debe ser nada fácil perseguir a ladrones y asesinos.

—No, ¿qué me dices de una profesión en la que la gente se pasa el día juzgando tu trabajo?

—Prefiero escribir, aunque la verdad, como escritores nos debemos a un montón de jefes que valoran cada libro que publicamos.

—Cierto, para unos será lo peor que hayan leído y para otros lo mejor.

Unos días más tarde Marcos regresó a Madrid, mi inquilina desapareció, para mi sorpresa, el día que debía hacerlo. Dejó la casa patas arriba pero al menos la había perdido de vista.

Cuando después de Reyes regresé a las clases, la aparición del cuerpo sin vida de Segismundo Ganzán era el centro de todas las conversaciones. Hacía varios días que *El Diario Montañés* había publicado la crónica de Marcelo Torquemada. Fue un tema de conversación recurrente entre Marcos y yo. No por el cadáver en sí, ni por cómo falleció sino porque una vez más una propuesta soltada en clase se hacía real.

—No le des más vueltas, Jaime. Esto sí que es una maldita coincidencia— se me quedó mirando— bueno, de acuerdo, más de una.

Lo dijo sin demasiado convencimiento. Sospecho que su intención era quitarme la preocupación de encima. No lo consiguió, al menos, no del todo.

Llevé conmigo al taller la crónica de Torquemada.

No tuve que esperar a proponer el tema. Deberíamos hablar del

pequeño trabajo que les mandé para las vacaciones; un esquema de cómo veían la trama de la novela que empezarían en breve.

No fue posible, Segis Ganzán ocupó casi todo ese día y el siguiente.

—¿Cómo han ido las fiestas? No me refiero a las reuniones familiares. ¿Habéis tenido alguna dificultad para realizar el esquema?— no me dirigí a nadie en particular, confiaba en que alguien tomara la palabra.

—Yo sigo empeñada en arruinar al marido— apuntó Rosa con gesto contrito.

Su intervención generó alguna risa que otra entre sus compañeros.

—Eso suena ya como algo personal— intervino Goyo, feliz— ¿sabe tu marido de qué va a ir tu libro?

Rosa ladeó el rostro.

—No, aún no. Es un tema que no le interesa mucho, más allá del *Marca* no lee más.

Miré a la mujer que parecía avergonzada por lo que acababa de exponer.

—Continúa con la trama que desees, Rosa, pero procura que el sospechoso principal no sea siempre la esposa.

—Pero si es ella la que le va a robar.

—Sí, sí, lo sé. La mujer es la mala de tu historia, pero resulta más atractivo que introduzcas algún personaje que pueda llevar al investigador y al propio lector a ampliar el abanico de sospechosos. Quizá una amante despechada de ese marido, o un socio en algún negocio.

—Entiendo, Jaime. Eso me lo complica pero lo voy a intentar.

—Hazlo sin agobios, deja que tu cabeza exprese la información que va acumulando. No la obligues a que la expulse a la fuerza.

—Vaya ¿cómo hago eso?

A veces, quizá sea porque se trata de mi primer taller, siento que me meto en temas para los que ni yo mismo tengo una respuesta convincente que ofrecer. O quizá esa respuesta sí que me valga a mí pero no soy capaz de transmitirla de forma satisfactoria.

—Te puedo comentar lo que hago yo cuando me siento a escribir. A parte de tener un cuaderno donde voy apuntando cualquier idea que me viene a la mente, folios bajo el teclado con más ideas, me siento y me relajo. Nada de nervios, ni de miedos a la hoja en blanco. Confianza en ti, en tu cabeza, en quién creas que puede servirte de inspiración… y a escribir.

—Lo intentaré— convino no muy convencida.

—Eso es lo que hago yo, Rosa, deberás encontrar tu propio sistema.

Volví el rostro a los demás compañeros.

—¿Qué personaje os da más complicaciones?

—A mí, el investigador. No me veo analizando pruebas ni siguiendo rastros— intervino Lali.

—¿Sabes lo que me ayuda mucho? Leer y leer libros sobre la temática que te interese. Ver películas y vuelta a leer.

Marta levantó la mano.

—Yo diría que el personaje del asesino, sus motivaciones y formas de eludir a la policía. Como el nuevo *Vengador* este ¿os habéis enterado, verdad?

Daba por supuesto que todos estarían al tanto de la noticia. Por un momento quise borrar de mi cabeza las ligeras dudas que me acompañaban en relación al *Verdugo* y a mis alumnos. No, no tenía sentido.

Ningún sentido.

¿Y si…?

—Nadie ha podido demostrar que el que matara a ese hombre en Valladolid sea el mismo que envió las notas a la policía— dijo Maite, la abogada.

—Lo que sí es seguro es que fue el que envió la foto, ¿no había escrito *culpable* en el pecho de ese tío con un cúter?— intervino Goyo — hay que ser bestia.

—Para poder enjuiciar el acto, Goyo, habría que saber si grabó el *texto post mortem* o no— crucé los brazos y apreté los labios— por otro lado, como apuntaba hace un momento Marta, las motivaciones del asesino ayudarán a intentar comprender por qué actúa de ese modo. ¿Tú crees que sigue un orden, una venganza o los elige por que sí?

—Está claro que algunos de los muertos, perdón, de las víctimas— corrigió al ver que iba a intervenir— tienen relación entre ellos.

—Entonces, está siguiendo el dictado de sus emociones, quiero decir que quizá saber lo que le impulsa a actuar de esa manera ¿podría justificar lo que hace? ¿Qué opinas?

Goyo se tomó unos largos segundos en contestar. Tantos que Lali intervino.

—Imagino que cuando ataca a otro de ese modo tiene que estar muy cabreado.

—¿Quieres decir que hay salvajadas como la de meterle la minga en la boca… — miró a sus compañeras— vale, está bien, el pene, vaya palabra cursi. A lo que iba, ¿dices que este tipo de brutalidades pueden estar justificadas?

—No, no hablo de justificaciones, pero piensa qué deberían haberte hecho a ti para que actuaras de un modo parecido.

—Das por hecho, Jaime, que podría hacer algo como *El Vengador*.

—A ver, no nos tomemos las opiniones como algo personal. Me refiero a que bajo unas circunstancias dadas, desconocemos como reaccionaríamos hasta no experimentarlas.

La clase transcurrió con el intercambio de diferentes puntos de vista de unos y otros. Me esforcé en que sirvieran de comparativa los acontecimientos de la vida real y los basados en la ficción. Logré que incluyeran en sus argumentos la labor de la policía, la figura del asesino, de los personajes secundarios y las motivaciones de todos los que de alguna forma intervenían en el desarrollo de la historia.

El día siguiente expusimos a modo de resumen las tramas que habían ideado para su novela. Todos parecían estar inmersos en el taller, aportando sus ideas.

Todos, no, Paco el policía local llevaba los dos días como ausente.

Al término de la segunda clase del nuevo año regresaba a mi casa satisfecho y con cierto nerviosismo. Había conseguido eliminar en parte mi dedo acusador mental, buscando un posible implicado entre mis alumnos con el *Vengador*, no lo encontré. Algo dentro de mí me decía que no bajara la guardia que siguiera alerta.

Al entrar en mi casa me embargó cierta desazón, algo sucedía. Freddy no me esperaba como cada día junto a la puerta. Lo llamé. Mientras dejaba la chaqueta en el perchero llevé la vista al final del pasillo.

—¿Freddy?

Sobre el suelo, a la altura de la puerta del salón, había una mancha oscura. Encendí la luz.

“No puede ser”

Sentí como mi corazón se aceleraba al comprender que esa mancha era el cuerpo peludo de mi amigo.

—¿Freddy?— insistí.

De pronto sentí como una mano me empujaba pasillo arriba con inusitada fuerza. El primer puñetazo me entró por el costado derecho, caí de rodillas al tiempo que me colocaban una especie de saco en la cabeza una décima de segundo después de ver a mi buen amigo tumbado en el suelo, inmóvil. Otro puñetazo en el rostro, seguido de varios más en las costillas, me lanzó contra la pared, caí al suelo, escondí la cabeza entre los brazos y recogí las rodillas en el pecho. Sentía punzadas de dolor extremo en la espalda, los brazos, incluso

creí escuchar algún chasquido hasta que un golpe seco en la sien me sumergió en el mundo de los sueños.

19

Cris y Tomasa salían del cuarto de baño rumbo a su habitación cuando un vigilante irrumpió por el pasillo.

—¡Eh! Vosotras.

Las dos amigas volvieron el rostro sin dejar de caminar.

—Os llama doña Herminia, no creáis que vais a iros de rositas después de haber destrozado sus plantas.

Las dos amigas cruzaron sus miradas.

—Nosotras no hemos hecho nada— Cris se detuvo dispuesta a defender su inocencia— se lo pienso decir a la directora.

El vigilante sonrió, introdujo los pulgares en el ancho cinturón y esbozó una sonrisa rota.

—Eso está muy bien, chicas. Vamos.

Tomasa miraba de un lado a otro, visiblemente nerviosa.

—Esto no me gusta…— susurró en el oído de su compañera

—No pasa nada, se lo decimos a la directora y ya está.

—No es eso. Este es uno de los que abusa de las chicas.

Dos palmadas del vigilante cortaron sus murmullos.

—Vamos, que se hace tarde.

Tomasa negaba con la cabeza.

—No, no...

—Venga, venga— una voz muy conocida a sus espaldas las sobresaltó— No hagáis esperar a doña Herminia que será peor— César Hernández cogió a Cris del brazo.

—Suéltame, idiota.

El vigilante llevó su mano a la boca de la interna y la cogió en volandas. Tomasa corrió, al menos esa era su intención. Las dos amigas se perdieron de vista mientras agitaban brazos y piernas en el aire.

La enorme mano de César impedía respirar a Cris que no dejaba de patalear.

—Estate quieta, pequeña zorra.

Con el transcurrir de los segundos los pataleos de la niña perdieron

intensidad. Apenas mantenía la consciencia mientras entre nebulosas intuía que lo que cruzaba frente a sus ojos eran los escalones que conducían al sótano.

César miraba a un lado y a otro. Una hora antes había dejado todo preparado para que no surgieran imprevistos. Llevaba varias semanas ideando el momento perfecto para vengarse. Las mismas semanas que la maldita cría le había puesto en ridículo impidiendo que ejerciera su autoridad en el centro colocando el catre junto a la puerta de la habitación de castigo imposibilitándole el paso. Aquella noche no se le había pasado por la cabeza hacer nada con la interna que llevaba en brazos, le hubiese bastado con que asistiera en silencio a lo que le iba a suceder a su compañera.

Hoy era diferente.

Se hizo con la llave que guardaba en su chaqueta y accedieron al interior del sótano, todo permanecía tal y como lo había dejado. La impunidad que presumía a sus actos en La Esperanza le hizo olvidarse de echar el cerrojo a la puerta.

Dejó caer a Cris sobre una colchoneta.

Sentía como se excitaba con sólo imaginar lo que estaba por llegar. Ahí tenía, por fin, frente a sus ojos, a la maldita zorra que en cada ocasión que se cruzaban le miraba con un aire de suficiencia imposible de soportar. Una puñetera delincuente no se iba a reír de él. Demasiados años en la profesión rodeado de adolescentes que no respetan nada ni a nadie.

—Te vas a enterar.

Llevó las manos al botón de los pantalones de Cris y los desabrochó disfrutando del momento.

Arrugó el entrecejo.

La interna no se movía. Acercó la oreja a su nariz y esbozó una sibilina sonrisa; estaba viva.

“Mejor”

Hizo lo propio con la ropa interior, se bajó los pantalones y acarició sus pequeños pechos mientras su semblante dibujaba una boba sonrisa. No recordaba la última vez que había desvirgado a una niña; ya iba siendo hora.

Cris comenzaba a despertar.

Abrió los ojos lentamente., algo húmedo recorría su oreja.

“¿Qué es…?”

Movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera soltar lo que fuera que se deslizaba por su cuello. Una mancha oscura rozaba su rostro. Intentó mover los brazos, no podía. Las piernas, tampoco.

De pronto lo comprendió, el nauseabundo olor del aliento del

vigilante se introdujo en su garganta produciéndole arcadas.

“Me ahogo…”

César Hernández llevó la mano a su miembro y embistió a la interna.

El grito de Cris le taladró los oídos. Apenas fueron un par de segundos, los que tardó en taparle la boca con la mano.

De pronto se detuvo.

Una furia incontenible se apoderó de él, su papel de macho dominante se vino abajo. Clavó la mirada en los llorosos ojos de la niña que movía con desesperación el rostro de un lado a otro.

—No eres virgen…— escupió a escasos centímetros de su cara— eres una maldita zorra y te voy a dar una lección que no olivarás.

Cris apretó los ojos con todas sus fuerzas, de repente comenzó a recordar fragmentos de su olvidado pasado. La misma situación, un hombre sobre ella, su incapacidad de moverse, un intenso dolor entre las piernas.

“Otra vez, no…”

Sí, acababa de recordar al novio de su alcohólica madre abusando de ella un día y otro hasta que una mañana alarmada por los gritos de su mamá, salió del dormitorio corriendo y muerta de miedo. Asomó la cabeza bajo el marco de la puerta de la habitación. Los dos estaban desnudos, en el suelo, él sentado sobre ella, golpeándola con fuerza.

Miró en derredor.

Algo tenía que hacer.

Corrió a la cocina y cogió el más grande los cuchillos. Bien asido con ambas manos regresó al mismo punto que había abandonado segundos antes, la escena no había cambiado. Sintió que se hacía pis encima, un pequeño charco se formó en torno a sus pequeños pies descalzos. El cuerpo le temblaba. De repente se dibujaron en su cabeza todos los momentos vividos con el hombre al que más odiaba en el mundo mezclados con los gritos de su madre. Agarró con fuerza el mango del cuchillo y entró el dormitorio. Su madre clavó sus asustados ojos en ella, sería más exacto decir, el ojo que aún mantenía abierto, el otro mostraba un color morado oscuro.

Casi negro.

El novio se volvió justo en el momento en que Elena elevaba sus pequeños puños en el aire apretando con todas sus fuerzas el mango del cuchillo. La carcajada inicial que pretendía soltar el individuo al ver a la niña armada quedó en un extraño balbuceo. El filo le entró por el cuello hasta la empuñadora.

La niña soltó el cuchillo como si de repente le quemara. Madre e hija observaban aterradas las extrañas convulsiones del hombre que

había convertido sus vidas en un infierno, mientras intentaba extraer el cuchillo.

Hasta que dejó de moverse.

De su cuello brotaba un chorro de sangre que a Elena le recordaba a un grifo de agua. Sabía que su vida iba a cambiar para siempre.

"Peor no podrá ser"

Acababa de iniciarse su periplo por casas de acogida y centros de internamiento.

No volvería a llamarse Elena.

Luego fue Manuela, después Cris…

Sí, la misma imagen que en esos momentos se mostraba frente a sus ojos. En ese instante tomó una determinación, si salía de esta le haría pagar al vigilante de la misma forma que al novio de su madre.

—¿Te gusta esto, eh? pequeña zorra.

Cris no paraba de patalear, algo que parecía divertir a César.

De pronto, un golpe seco seguido de un crujido. Otro golpe, y otro, con sus respectivos crujidos, el vigilante cayó sobre ella con los ojos abiertos todo lo que daban de sí. Como la boca de la que no partió sonido alguno. Vio como llevaba sus manos al cuello como si tuviera una mochila en la espalda y buscara algo en su interior. De repente detuvo sus movimientos, durante unos interminables segundos permaneció inmóvil, como una estatua.

"¿Qué le pasa?"

Poco o nada le importaba qué le pudiera pasar, su determinación no variaba. Algún día…

De la boca del vigilante comenzó a manar sangre, Cris le empujó para que cayera de lado. Levantó la mirada y lo vio.

—Toñín…

En cuanto el cuerpo del vigilante desapareció de su vista, Cris pudo ver a su mejor amigo que la observaba con el rostro compungido. Se incorporó sobre sus codos, las piernas estaban aprisionadas por el cuerpo inerte del vigilante.

Los dos amigos se observaban en silencio, el pijama claro del niño aparecía completamente teñido de sangre.

—¿Estás bien?— Toñín respiraba como si le fueran a quitar el aire, poco a poco se fue relajando.

—Sí— dijo mientras se acercaba a su amiga y empujaba al vigilante hasta dejarle boca arriba. Del pantalón del pijama sacó un trozo de cartón, escribió *culpable*, lo situó sobre el pecho de César y le hizo una foto con el regalo de Diego.

La niña miró el texto, era el mismo, *culpable*, que ella había escrito sobre el recorte de periódico que recogía el cadáver del novio de su madre y que había compartido con Toñín apenas unos días antes.

—Tenemos más culpables.

—Sí.

De pronto, pasos acelerados que llegaban desde las escaleras.

—Toma, guárdala con la otra— pidió entregándole a Cris la foto de la Polaroid— esconde la cámara detrás de ti.

—Pero…

Los pasos indicaban que alguien estaba a punto de entrar en el sótano

—Rápido, ponte como estabas antes— susurró mientras daba la vuelta al vigilante, no consiguió su objetivo del todo, pero al menos lo pudo colocar cubriendo medio cuerpo de su amiga.

—Lleváoslo a mi habitación— la firme voz de doña Herminia inundó el salón.

Doña Valentina y Rebeca, la secretaria, obedecieron la orden de la directora. Su amigo desapareció de su vista.

Desde su posición Cris no podía distinguir más que la nítida voz de la directora hasta que su rostro apareció en su campo de visión. Creyó ver un atisbo de relajación cuando se miraron. Como si hubiese temido encontrarla muerta.

—Cuando lo mueva saca las piernas.

Cris asintió.

En cuanto se vio liberada se puso en pie. Llevó la vista al vigilante, de su espalda, junto al cuello, asomaba el mango largo de un azadón del jardinero. Si le impresionó la escena lo disimuló a la perfección, de pronto cayó en la cuenta que estaba desnuda de cintura para abajo.

La directora le ofreció sus ropas.

—Toma, vístete.

Doña Herminia había observado la falta de emoción en el rostro de la niña cuando vio el cuerpo del vigilante con el azadón incrustado en la columna vertebral. En ese momento supo que estaba ante una chica diferente.

—¿Qué le va a pasar a Toñín?

—Eso depende de ti.

La niña terminó de abrocharse los botones del pantalón. Levantó la vista.

—¿De mí?

—Sí, depende de si quieres que avisemos a la policía y les contemos lo que ha pasado o bien me encargo de que todo quede entre nosotras.

—¿Y Tomasa?

La directora apretó los labios. No sabía nada de esa interna. Regresaba de tomar café en su despacho con sus dos compañeras cuando vieron a Toñín que caminaba por el pasillo. En un principio supusieron que quizá fuera sonámbulo.

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que se la llevó el otro vigilante.

Doña Herminia apretó los labios.

—Lo mismo, Cris. Si viene la policía investigará lo sucedido hoy y en el pasado.

"¡Lo sabe!"

A la mañana siguiente el cuerpo de César Hernández descansaba bajo tierra, al otro lado del jardín de La Esperanza.

Cris no pudo darle las gracias a Toñín. Tuvo que conformarse tres días más tarde con un leve saludo de lejos con la mano cuando el policía que le venía a ver desde el año anterior fue a recogerlo.

Antes de entrar en el coche, su amigo se giró, como si sintiera su mirada en la nuca. Fue el momento de la despedida.

"Ojalá nos veamos algún día"

Por lo menos todo había salido bien, Toñín iba a una casa donde le querían y le tratarían con cariño.

"Eso tengo que hacer yo"

Si quería vengarse de todos los que le habían hecho daño en la vida debería cambiar de actitud y hacer como su amigo. Lo habían hablado muchas veces. La última unos pocos días atrás.

—No podemos hacerlo sin más, Cris, tenemos que encontrar el mejor momento. Si nos escapamos para vengarnos nos buscará la policía ¿lo entiendes?

—Sí, pero no sé si podré.

—Podrás, sólo tienes que encontrar una buena familia.

—Si tuviera suerte.

—La que nos busca las familias es la directora ¿no?

—Sí.

—Pues engáñala, que piense que has cambiado, que eres una chica que obedece todo lo que le mandan.

El plan de los amigos se desvaneció por culpa del vigilante. Les habían separado y lo que era peor para ella, a la directora le había impresionado su falta de sentimientos cuando vio el cuerpo, estaba prevenida.

Cuando regresó a la habitación esa noche la cama de Tomasa estaba vacía. Susa subió rápidamente a la de Cris en cuanto la vio meterse dentro.

—¿Dónde estabais?— susurró temiendo despertar a las demás.

—Mañana te cuento ¿Tomasa?

—¿No estaba contigo?

—Sí, pero…

Susa abrió los ojos todo lo que daban de sí.

—¿Se os ha llevado?— su murmullo envolvía todo el terror que le producía sólo imaginarlo.

Cris asintió, giró sobre sus hombros y comenzó a llorar.

Lloraba por su mierda de vida, por Toñín.

Lloraba porque intuía que su vida jamás sería lo que un día había soñado.

Lloraba de rabia. Una rabia que le haría compañía en los próximos años.

20

Doña Carmen atendía a sus nietos cuando vio entrar a María en la cocina como si la persiguiera una jauría de perros rabiosos.

—¿Qué pasa, hija? Que estás de vacaciones— la mujer abrochaba los botones del abrigo del mayor de los hijos de Antón.

—Se acabaron, mamá, tengo que incorporarme ya— dijo mientras echaba sobre una tostada una generosa cucharada de huevos revueltos y removía el café.

—De acuerdo, pero no pasa nada porque desayunes tranquila ¿no crees?—se volvió hacia el nieto— dile a tu madre que ya estás listo.

—Vale.

—Llevas razón— dio un largo trago al café y un buen bocado a la tostada— no sé qué le echas pero a mí no me salen así de ricas.

Carmen se frotaba las manos con un paño que colgaba de su cintura.

—No sé, es posible que sea porque bato los huevos con una buena dosis de tranquilidad y cariño.

Un nuevo bocado y un último sorbo más tarde la subinspectora se despedía de su madre.

—Cuando vuelva a ver a Diego o al comisario les voy a decir dos cositas, hija, que estás de vacaciones de Navidad y aún nos faltan los Reyes, por Dios— soltó desde la puerta de la casa a la espalda de su hija que se encaminaba a buen paso hacia su Alfa Romeo Giulietta.

María se giró sonriente, sabía que su madre era capaz de eso y de mucho más.

—Ha sido cosa mía, mamá. Entra en casa que hace frío— agitó la mano en el aire a modo de despedida definitiva.

Doña Carmen aguardó unos segundos a que el coche de su hija desapareciera de su vista. Estaba muy orgullosa de ella, su hija mayor, la segunda de los cuatro hijos que había tenido con su querido Antón. Mujer policía, qué orgullo, no sólo eso sino que además era subinspectora y mandaba a hombres.

Cuando María llegó a la comisaría encontró a su compañero en el despacho del comisario. Redondo colgaba el teléfono en ese preciso instante.

—¿Puedo pasar, jefe?

—Pase, Pinta, pase.

Fausto deslizó sus regordetes dedos sobre los carrillos y tras un intenso suspiro fijó la mirada en la pareja que aguardaba sus noticias.

—Tendré que rectificar el calificativo de supuesto *Vengador*. Quién ande detrás de esta muerte tiene que estar vinculado de alguna forma con la asesina.

—¿Qué le ha dicho Torquemada?

—Lo de siempre Olivares, lo del secreto de las fuentes.

—¿Sabe quién es el que le informa?

—No, por eso lo del secreto no le ha durado mucho. Lo único que asegura es que la persona que se pone en contacto con él le llama cuando la policía no le hace acaso.

María acercó el cuerpo al borde de la silla.

—¿A qué se refiere con que no le han hecho caso después de la salvajada que ha cometido en Valladolid?

—Han tardado varios días en hacer público la identidad del fallecido— intervino Olivares— lo ha debido interpretar igual que cuando envió la notas diciendo que siguiéramos cavando— sin motivo aparente desvió la mirada al comisario.

—En ese caso, hicimos lo que había que hacer— Redondo pareció darse por aludido.

—Lo sé, jefe. Lo que quiero decir es que…

—Sí, sé lo que quiere decir, Olivares— levantó la mano— es como si quisiera que le siguiéramos la pista de cerca, cuando entiende que no lo hacemos o no le tomamos en serio nos da un toque a través de la prensa.

Diego sacó su libreta de notas y deslizó varias hojas.

—Una hija de Segis Ganzán se suicidó, su mujer muere atropellada…—murmuró mientras buscaba un dato entre las hojas— un hijo quedó afectado por un golpe y…sí, aquí está —señaló un línea de la hoja— tenía otra hija. Si pudiéramos hablar con ella sobre la chica que tuvieron en su casa, seguro que avanzábamos.

—El comisario Ramírez no me ha dicho nada de que hubiera una niña en la casa, del hijo sí, que está a cargo de los Servicios Sociales.

Diego negaba con la cabeza.

Veía como una pista que podía encauzar la investigación se podría desmoronar si no actuaban con rapidez. Si la persona que ejercía de fuente de Torquemada era la misma que había asesinado a Segis

Ganzán quizá fuera conocida por su hija o su actual pareja o el propio niño que…

—Tenemos que hablar con ellos— soltó de repente.

—¿Con ellos?

—Sí, jefe, con los que aún quedan con vida del entorno de esta familia cuyos miembros van siendo asesinados uno a uno…— dio un rápido vistazo a la libreta y levantó de nuevo la cabeza—…dos hijos y la pareja ¿no?

—Sí ¿Crees que conocen al asesino?— quiso saber María.

Diego se puso en pie. Llevó la mano derecha a la cabeza y frotó el cuero cabelludo. El comisario y su compañera seguían con atención sus movimientos.

—Diego, piensas que tenemos dos formas de acercarnos al asesino ¿verdad? Una es por medio del periodista y otra por la familia de la última víctima.

El inspector asintió.

—A través de Torquemada lo tenemos más complicado— continuó la subinspectora— pero la buena noticia es que sabemos que el asesino está pendiente de nuestros movimientos. Tenemos con hablar con la familia, es decir con la chica, su hermano y la actual pareja de Segis.

Diego sonrió a su compañera.

—Eso es, pero antes deberíamos dar un repaso a las primeras víctimas del *Verdugo*. No sé si por las Navidades o porque ha estado marcando nuestros pasos pero hemos dejado por investigar a…— una vez más la mirada en sus notas— Juan y Alberto Rosales, dos hermanos asiduos a centros de menores, de acogida…

—Creyeron que escaparon del que está en la carretera de Barreda pero recuerda que se trataba de un Centro de Día. Por lo visto los iban a enviar a uno de internamiento, antes de que llegara ese día el centro organizó una excursión y no regresaron. Encontraron sus cuerpos en un pozo de una nave abandonada— María llevó la mirada a su compañero como si de repente hubiera visto claridad en una duda que le atormentaba— ¡Claro, uno de ellos sufrió mutilación genital!

—Buena memoria, compañera, no sé por qué me sigue impresionando esa infinita capacidad de almacenamiento que tienes en tu cabeza. Eso que apuntas lo relaciona con Segis Ganzán.

—No debería impresionarle, Olivares— apuntó sonriente el comisario— Hay varios frentes abiertos con dos direcciones distintas que pueden apuntar a un mismo objetivo.

María y Diego fijaron su atención en el comisario.

—¿A qué se refiere, jefe?

—Verá, Pinta. Uno de esos caminos es el que recorre la familia del tal…

—Segis Ganzán.

—Eso es, subinspectora. Excepto su propia muerte las anteriores son de al menos cinco años atrás ¿no?

—Sí, la del camionero. La de la mujer es un par de años más reciente.

—Esa es una línea de actuación a la que unir el caso de los dos hermanos que han nombrado— Fausto se atusó el bigote con ambas manos, la mirada lejos del despacho— hay que encontrar una relación entre el vigilante, los hermanos y la familia Ganzán.

María y Diego aguardaron en silencio a que el gesto concentrado de su jefe regresara a la realidad.

Redondo se puso en pie.

—Bien, esta dirección habla del pasado, excepto la reciente muerte de Valladolid. La otra dirección es la de las notas, la foto del vigilante y…

—Segis Ganzán— señaló Olivares.

—Efectivamente, todo encajaría si *El Vengador* o vengadora no hubiese muerto. Hay alguien por ahí relacionado con ella que por algún motivo continúa matando.

—Como si no le hubiese dado tiempo a cumplir, por decirlo de alguna manera, con una lista de venganza.

Los dos hombres miraron a María.

—¿Una lista de venganza?

—Sé que suena extraño, pero es la sensación que me da.

—No, extraño no, tiene todo el sentido. Es la primera vez que oigo una lista de esas, pero lo define a la perfección— apuntó sonriente Diego.

—Manténganme informado. Si les parece le voy a pedir al comisario Ramírez que nos organice una reunión con el hijo de Ganzán.

—Sí, jefe, cuanto antes mejor, mientras tanto nos ponemos con los hermanos.

María y Diego se acomodaron en la sala de la comisaría que casi habían hecho como propia. Su caso se estaba convirtiendo, si no lo era ya, en el más importante de la comisaría. A nivel mediático no le ganaba ningún otro.

—¿Quién aparece en tu lista de venganza?

La subinspectora se ajustó la coleta y dedicó un mohín de

disimulado disgusto a su compañero.

—No es mi lista— tomó asiento y abrió una de las carpetas del caso— estoy convencida que aún no ha terminado. Si pudiéramos saber qué paso en La Esperanza. Por cierto, ¿Cuándo nos confirman la identidad de los cuatro cuerpos? Sé que lleva su tiempo pero se está alargando ¿no crees?

—Dijeron que para después de Navidades.

—Entonces ya no deben tardar.

Pinta abrió la carpeta correspondiente a los dos hermanos, llevó el Bic a la boca y la mirada al infinito.

—Los cuerpos de un niño y una niña…—murmuró. Permaneció unos instantes en silencio— en ese lugar ha pasado algo horrible, Diego. Demasiada coincidencia que junto a un centro de menores aparezcan dos cadáveres de niños ¿no crees?

—No suena nada bien ¿y las mujeres? ¿Trabajadoras de La Esperanza? ¿Otras que desaparecieron de un día para otro como dijo la directora?

La subinspectora negó con la cabeza.

—No lo creo. Si logramos averiguar cómo murió el vigilante de noche y por qué, es posible que encontremos una relación con esas mujeres.

Diego permaneció unos instantes observando el perfil de su compañera que había vuelto a enfocar su atención en el informe de los hermanos Juan y Alberto Rosales. A ratos asentía a los papeles que se desplegaban junto a sus ojos como si pudiera hablar con ellos. Los razonamientos de María no caían en saco roto en la cabeza del inspector, al revés, se unían a los suyos propios entrelazándose, buscando una propuesta, un camino a seguir.

Una simple deducción.

—Estamos ante delitos de tipo sexual, al menos en su mayoría— soltó Diego de repente.

Pinta elevó la mirada y afirmó con la cabeza.

—Sí, es como una venganza de una mujer o de más de una pero el acusado, o culpable como firma ella, no es siempre el mismo.

—Volvemos al principio, si ella está muerta ¿quién continúa con esa lista de venganza que dices?

María anotaba algo en una hoja de papel.

—Sin duda un conocido o conocida. O…

—O alguien que debió sufrir lo mismo que ella— apuntó Diego— pero no debemos cerrar la línea de investigación que señala a un tercero que nada tiene que ver con *El Vengador*, aprovecha su fama para esconder el motivo de sus crímenes.

A María no pareció convencerle en absoluto lo que acababa de escuchar.

—¿Lo crees de verdad?

El inspector se tomó los segundos que le llevaba ponerse la chaqueta para contestar.

—Lo que sí creo es que debemos cerrar esta línea cuanto antes para dedicarnos de lleno a las demás ¿te parece?

—Me parece.

Sin necesidad siquiera de haberlo comentado ambos policías coincidieron en que el siguiente paso les conduciría al centro de día de la carreta de Barreda, dónde asistieron los hermanos Juan y Alberto en el momento de su muerte. Era prioritario averiguar todo lo que pudieran de sus actividades y si guardaban alguna relación, por mínima que fuera con las demás víctimas del *Verdugo*. Si tenían éxito, la línea que apuntaba a alguien externo quedaría eliminada por completo.

21

Algo me impedía respirar, por más que abría la boca no conseguía introducir en mis pulmones una brizna de aire.

“Me ahogo”

Quiero gritar, pero de mi garganta no parte sonido alguno. Mis brazos están pegados al cuerpo. No puedo moverme, la angustia me paraliza.

—Parece que ya despierta, doctor.

Alguien habla, no puedo verle, está todo oscuro.

—Es posible que esté soñando, pero no debe tardar ya en abrir los ojos.

“¿Me hablan a mí?”

No lo creo, tengo los ojos abiertos del todo y no veo nada.

—Sí, debe ser eso, doctor, parece que vuelve a dormirse.

“¡Me ahogo, me ahogo!”

Abro la boca todo lo que da de sí, buscando aire que respirar.

—Jaime…

“Me llaman…”

—Jaime, soy Marcos ¿puedes oírme?

“¿Marcos?”

De pronto siento como si el aire entrara suavemente llenando mis pulmones. Una dulce paz me invade.

Ahora sí que abro los ojos.

Mi buen amigo me observa con gesto preocupado.

—Marcos…

—Tranquilo, descansa, en un par de días estarás como nuevo—dijo en ese tono sincero tan típico en él que hasta me lo creí.

Intenté esbozar una sonrisa agradecida pero apenas pude desplazar mis labios para formarla. Recorrí la estancia con la mirada buscando una conexión entre la presencia de mi amigo y el lugar donde me encontraba.

Estaré soñando.

—Por si te lo estás preguntando estamos en el hospital. Te

asaltaron en tu casa ¿recuerdas?

Cierro los ojos. Me esfuerzo en recordar.

Me asaltaron en mi casa…

Recuerdo que regresaba del taller, que entré en busca de Freddy pero extrañamente no apareció. Dejo la chaqueta en el perchero, al fondo puedo distinguir algo como…

—¿Freddy?— vuelvo el rostro buscado los ojos de mi amigo. No estoy soñando. Lo sé— ¿Freddy?— insisto.

—Lo siento, Jaime.

—¿Por qué dices…? —su semblante responde por él— ¿Muerto?

Le vi asentir mientras una enorme congoja se apoderaba de mí. Mis ojos se cargaron con una rapidez inusitada. Sentía como se deslizaba un reguero de lágrimas a ambos lados de mi cara empapando la almohada.

—Lo siento, de verdad, amigo mío.

—¿Cómo…?

—Envenenado.

"¿Envenenado?"

"¿Quién, por qué?"

Marcos permaneció en un respetuoso silencio durante los siguientes minutos. Se dirigió hacia la ventana para contemplar Santander o al menos para dejarme a solas un instante con mi dolor. Conociéndole, seguro que se achacaba parte de culpa por el final de Freddy. Si no me hubiese propuesto el taller mi buen amigo estaría con vida. Algo absurdo, nunca sabemos cuándo nos llegará el momento.

Cualquiera que tenga un perro en su casa es consciente de que lo normal es que fallezca antes que nosotros. De alguna manera estamos preparados para ese día que confiamos tarde en llegar, y cuando lo haga que no sea antes de lo que la ley de vida indica. Pero si le quitan la vida intencionadamente, en tu propia casa, el dolor que te embarga puede ser muy, muy intenso.

Como el que siento en estos momentos.

"Freddy…"

—¿Se sabe si ha sufrido? ¿Con qué lo envenenaron?

Marcos volvió el rostro. Rodeó la cama y tomó asiento en la butaca. Fijó sus ojos en los míos con su semblante afectado.

—Verás, Jaime, la policía quiere hablar contigo. Han venido varias veces en los últimos días y…

—¿Cómo qué en los últimos días? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?— dije mientras me intentaba incorporar, de pronto me había entrado una extraña prisa como si tuviera que hacer algo que no recordaba en

esos momentos.

—¡Eh! Tranquilo, no te muevas, necesitas descansar— colocó sus manos sobre mis hombros empujándome con suavidad hacia la almohada— sólo llevas dos días, pero si no te estás quieto pasarás una larga temporada.

Suspiré profundamente, costaba hacerse a la idea de la situación que estaba experimentando. Definitivamente no se trataba de un sueño.

—¿Dónde está?

Mi amigo ladeó el rostro y deslizó la palma de la mano por la cabeza, tan despejada como la mía. Conociéndole, sé que estaba dando vueltas a lo que tenía que decirme.

—No te preocupes, dime la verdad.

Se echó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y me miró.

—Su cuerpo está incinerado. Las cenizas en tu casa para que decidas qué hacer con ellas.

Apreté los labios.

—Gracias…—balbuceé.

Tardé unos eternos minutos en repetir la pregunta que había hecho antes y que Marcos evitaba responder.

—¿Cómo lo envenenaron?

—La policía cree que Freddy encontró la caja de pesticida que había en el armario bajo la cocina y…

Negué con la cabeza. Levanté la mano.

—Para, para. En mi casa no había ninguna caja de pesticida. Si la encontró Freddy yo no la puse ahí.

—No dicen que tú…

—Lo que digo, Marcos, es que lo han matado para hacerme aún más daño del que me han hecho.

Callé unos segundos, la imagen de Mena y su novio se dibujaba a la perfección en mis recuerdos.

—Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Me llamó el director de la academia cuando no fuiste al taller y tampoco cogías el teléfono. Me puse en contacto con el casero, le pedí que fuera a tu casa— asintió— estaba convencido que te había sucedido algo. Cuando me devolvió la llamada avisó a emergencias y cogí el primer tren.

Un suave golpeteo en la puerta cortó nuestra conversación. Un hombre moreno con bata blanca entró en la habitación.

—Celebro que haya despertado ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubieran dado una paliza— intenté esbozar una sonrisa pero me quedé en el intento, me dolía todo el cuerpo.

El médico la terminó por mí.

—Me alegra su buen humor. Verá, deberá permanecer unos días en revisión. Tiene una costilla rota. Rotura con desplazamiento de la cabeza radial del codo del brazo izquierdo. Moratones por todo el cuerpo y varios golpes en la cabeza que necesitan seguimiento por nuestra parte.

"Vaya…"

Llevé mi mano al ojo derecho.

—Debo tenerlo hinchado porque no lo puedo abrir más.

—Efectivamente. Recibió varios golpes en la cabeza.

La policía llegó una hora más tarde.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas, señor Valdés.

Intenté incorporarme sin éxito alguno. Miles de alfileres se clavaban en mi pecho.

—Jaime, procura no hacer esos movimientos— intervino Marcos— recuerda que los huesos tiene soldar.

—Sí, lo sé. Pregunte lo que necesite saber.

—¿Hay alguien de su entorno que pueda haber hecho algo así?

Permanecí unos segundos como si recordara. Buscaba algún fragmento lúcido en la borrosa película que reproducía mi mente, desde el instante que entré en mi casa, en el que viera algún rostro.

—No vi a nadie, ni escuché voces.

La mujer policía cruzó las piernas.

—Creemos que el motivo no fue un robo, no forzaron la cerradura y según los vecinos el perro no ladró. Sobre este punto quería preguntarle si usted guardaba pesticida en…

—No, no, ya le decía a mi amigo cuando me lo ha comentado hace unos minutos. Mataron a mi perro para hacerme daño a mí.

—¿Sabe quién pudo ser?

Durante los siguientes minutos hablé despacio, era la única forma de esquivar los dolores. Hice un resumen desde el día de mi llegada a Santander hasta ese momento en el hospital. Marcos intervino cuando salió el tema de la que fuera mi inquilina y su novio. La mujer tomaba notas sin parar.

—¿Nadie más?

Volví a intentar sonreír.

—Creo que para llevar en Santander sólo unos pocos meses ya está bien. Nunca había tenido enemigos, al menos no que fueran capaces de hacer algo como esto. Lo que sí le digo es que no les vi, no puedo acusarles de nada.

—¿Esa chica tiene llaves?

Me quedé unos segundos en blanco.

—¡Soy imbécil! Claro que tiene llaves, con las prisas y la alegría por su marcha no se las pedí. No coincidimos el día que se fue, cuando regresé por la noche ya no estaba— miré a mi amigo— Por más que quisiera no la puedo señalar como culpable.

—Hablaremos con ella, señor Valdés. Si recuerda algo o desea añadir cualquier cosa por mínima que le parezca llámeme, por favor— dijo mientras me entregaba una tarjeta.

—Lo haré, gracias.

Antes de abandonar la habitación la mujer policía se giró.

—Quizá convendría que cambiara de piso.

—Sí, lo tendré en cuenta.

En cuanto nos quedamos solos, Marcos volvió a tomar asiento.

—No es mala idea, si estás de acuerdo le puedo preguntar al casero, quizá tenga otro más…sí, sí, no me mires así— pidió con los brazos estirados— que sea más pequeño y que no haya que compartir.

Seguramente entra dentro de la categoría de lo absurdo, lo acertado sería huir de esa casa y buscar otro lugar donde vivir alejado de Mena y su novio, pero nada me dice que no me fuesen a encontrar.

Negué con la cabeza.

—¿En qué piensas?

—Puestos a huir, vuelvo a Madrid.

—Si eso es lo que quieres puedo hablar con el director de la academia y…

—No, no, Marcos, no voy a dejar el taller a medias, además está resultando una experiencia gratificante si no fuera por…

—Por tus sospechas.

—Eso es mucho decir. En este momento no se le podría denominar ni como sospecha. No sería capaz de acusar a ninguno de los asistentes al taller. No me los puedo imaginar matando a nadie y menos de esa manera tan cruel.

Marcos se puso en pie y regresó a la ventana. Con la vista en el horizonte llevó la mano a la cabeza sobre su ojo derecho, señal inequívoca de que estaba dándole vueltas a algo.

—Desde que regresé a Madrid me estaba haciendo la misma pregunta, Jaime. No te lo he comentado para que no te volvieras paranoico con el tema.

Giré mi cuerpo hacia la ventana.

Le dejé hablar.

—Reconozco que incluso llegué a olvidarme de ella— continuó— pero la visita de la policía me lo ha vuelto a recordar— se volvió hacia

mí— ¿quién más aparte de tus alumnos puede saber lo que habláis en el taller?

—No me digas que crees que tengo micrófonos en clase.

—¿Cómo? No, no— agitó la mano en el aire— si se tratara de una novela, quizá, bueno ni aún así. Me refiero a alguien más que esté al tanto de esas sospechas.

—Pues, tú y… Nerea, también he hablado con ella del asunto.

Marcos volvió a tomar asiento.

—¿Alguien más?

Al verle tan serio me esforcé por buscar en mi dolorida cabeza otra persona a la que le contara mi día a día, pero no encontré a nadie.

Negué.

—Creo recordar que me comentaste que cuando regresabas a casa escribías en el ordenador una especia de resumen o impresiones de las clases.

—Sí, lo sigo haciendo. ¿No me querrás decir que algún hacker se ha colado en el ordenador de un tipo como yo? A ver si el paranoico no está en la cama— esbocé una media sonrisa.

Sonrisa que borré en el instante que comprendí lo que me quería decir.

—¿Te refieres a Mena? es informática y me arregló el ordenador.

—Eso te dijo. Podría estar leyendo todo lo que escribes.

Se hizo el silencio en la habitación.

Quería añadir algo como que no era posible, que ella no podía saber que iba a dar ese taller, que…

No dije nada.

Lo que dijera en esos momentos me sonaría a hueco.

De nuevo llamaron a la puerta. Me traían la cena.

Unos minutos más tarde Marcos se despidió hasta el día siguiente.

Yo me quedé a solas con mi maltrecho cuerpo, mis dudas y un intenso dolor en el alma.

“Freddy…”

22

La vida en La Esperanza había perdido todo el interés para Cris. Cierto que tenía a Susa, con la que cada vez se sentía más cercana. Pero sabía que eran muy distintas. Tomasa era más como ella, pero desde que logró zafarse del vigilante su carácter se había vuelto más hostil. Posiblemente la culpa no fuera por el maldito vigilante si no porque la directora no lo denunció.

—Por lo menos ya no está aquí— apuntó Susa intentando que Tomasa se tranquilizara.

—Lo sé, si doña Herminia no llega a aparecer un día… un día lo mataba…— afirmó convencida mientras sellaba un beso entre sus dedos con la mirada más allá del suelo—…lo juro.

Susa dejó caer su mano sobre el antebrazo de Tomasa, ofreciéndole su apoyo.

—No necesito tu lástima— sacudió el brazo como si de repente se le hubiese pegado algún bicho asqueroso y se alejó corriendo.

—Déjala, lleva razón. Ha sufrido mucho aquí.

—Sí, yo no sé cómo estaría si hubiese pasado lo mismo. No quiero ni pensarlo— giró su rostro afectado buscando los ojos de su amiga— ¿por qué la directora no hace nada?

Cris se encogió de hombros.

—No entiendo a los mayores, nunca los he entendido ¿y tú?

En el rostro de Susa se dibujó una sonrisa melancólica dedicada a sus recuerdos.

—A la directora no, ni a los vigilantes, pero…

—¿Pero?

Los enormes ojos claros de Susa se clavaron en la mesa, con un dedo trazaba círculos lentamente.

—Me acuerdo mucho de mis padres y de mis hermanos.

—¿Los echas de menos?

—Sí, todo el rato…

Cris sabía que su amiga había perdido a su familia en el incendio de su casa. Desde aquel día el Estado se había hecho cargo de ella,

pero no había tenido suerte con las diferentes familias de acogida. Parecía que en cada casa que entraba la desgracia llegaba pisando sus talones y de nuevo a los Servicios Sociales.

Sin embargo, Cris estaba empezando a comprender qué podía sentir la gente cuando aseguraba que echaba de menos a alguien. No, no había nadie en su vida pasada a la que deseara volver a ver. Ni a su madre, que jamás hizo nada para evitar los abusos de sus parejas. Al revés, en alguna ocasión cuando se resistía entraba en su dormitorio y le rogaba que por favor hiciera lo que le pedían, que era lo mejor para las dos. Que necesitaban el dinero.

"Toñín…"

Sí, estaba aprendiendo lo que debería ser esa sensación de echar de menos. Desde que se fue, sentía como unas punzadas en medio del pecho cuando se acordaba de él, que era una hora sí y la siguiente también.

"¿La mujer mayor?"

Sí, también podría echar de menos a esa mujer que le hablaba de la lluvia, pero no lograba limpiar de sus recuerdos la pátina turbia que cubría su rostro.

—Hola chicas ¿cómo estáis?— la grave voz de Raúl las sorprendió por detrás— me he cruzado con Tomasa, iba muy enfadada.

—Sí, mucho— apuntó Susa.

Desde que Toñín se marchó, Raúl parecía un alma en pena. La chica que le gustaba, Susa, no parecía corresponderle, además era consciente de que se trataba de una persona demasiado educada para él. Le llevó bastante tiempo comprender que aquél beso que ella le dio sólo era una prueba de amistad.

—¿Sabes que Tomasa está por ti?— soltó Cris sin venir a cuento, o quizá si venía a cuento, al menos para ella, al observar las veladas miradas que lanzaba a Susa que parecía no darse cuenta de nada.

La mirada de Raúl se achicó.

—¿To…Tomasa por… por mí? —llevó el dedo índice a su pecho. No sabía si sonreír o no.

—Sí, pero no te lo dirá.

—¿Por qué?

En esta ocasión fue Susa la que tomó la palara.

—Pues porque una chica no dice esas cosas, Raúl. Sois vosotros los que os tenéis que arriesgar si queréis algo— expuso sin dejar de hacer círculos con el dedo sobre la mesa.

Esa noche tumbado en la cama, con la mirada en el techo, Raúl repasaba una y otra vez la confidencia de Cris sobre Tomasa y su amor callado. Sí, se podía imaginar con ella, era una chica más acorde con su forma de ser, de expresarse y de comportarse, pero tenía que darse prisa, estaba a punto de cumplir los dieciséis y le cambiarían de centro.

"De mañana no pasa"

No pasó.

Era domingo, esperó a que terminara el desayuno y se acercó a Cris.

—Se lo voy a decir ahora pero seguro que me pongo a tartamudear y haré el ridículo y no querrá saber más de mí.

—Con lo grande que eres y la de tonterías que dices, hijo.

Raúl la miró sin saber cómo tomarse sus palabras.

—Díselo y verás como todo va bien.

—Vale. No me queda otra, en una semana es mi cumpleaños y me cambiarán de centro.

—¿Sí? Pensé que era más tarde.

—¿Damos una vuelta?— la voz de Susa puso fin a la conversación.

—Vale— Cris miró a Raúl, con voz queda añadió: —ahí viene…

Parecía especialmente contenta, su espigada figura destacaba entre los internos que charlaban animados en torno a las mesas del comedor. Se había recogido la melena pelirroja en dos coletas que le hacían parecer aún más traviesa de lo que era.

—Se parece a Pipi Calzaslargas— murmuró Susa.

—¿A quién?— quiso saber Raúl.

—Pipi es una chica muy divertida de una serie que mis padres nos ponían en la tele.

—Vámonos, Susa, que tienen que hablar.

Las dos amigas salieron al exterior, eso pretendían pero Susa fue requerida por Rebeca, la directora tenía que hablar con ella.

Cris salió al jardín.

Su promesa de no decir nada de lo que le había hecho el vigilante y lo que pasó después con Toñín le hacía sentirse mal. No por guardar el secreto a sus amigas, eso era lo de menos sino porque sabía que algo pasaba en el centro y lo callaban. Las palabras de Susa la noche del mismo día que llegó se repetían con demasiada frecuencia en su cabeza.

"*Oye… túmbate si no quieres que se te lleve…*"

Casi todos los internos sabían que algo sucedía, unos desaparecían

de repente, otros se escapaban. Eran más chicas que chicos. A menudo se preguntaba qué habría ocurrido si Toñín no entra aquella noche en el sótano.

"¿Le habrá pasado lo mismo a otras chicas?"

No tenía respuesta para eso.

Una sí; Tomasa.

Dio una patada a una pequeña piedra, elevó la vista al cielo y como por arte de magia se fue formando una idea en su cabeza. En su semblante se dibujó la mejor de sus sonrisas. Salió corriendo y subió a la habitación evitando a las encargadas de mantener el orden en La Esperanza y a los tres vigilantes de día. Abrió su armario. De la parte superior se hizo con un pitillo del arrugado paquete de Fortuna, del estante inferior cogió su cuaderno, un bolígrafo y regresó a su lugar preferido del jardín.

Tenían prohibido fumar, tampoco era algo que disfrutara pero en esos momentos el cuerpo se lo pedía. Apoyó la espalda en un robusto tronco al otro lado del murete que delimitaba el jardín y encendió el pitillo. Con la primera calada condujo su mirada hacia las nubes, buscaba un mínimo de inspiración para hacer algo que nunca antes había hecho.

"Hola Toñín.

¿Cómo te va con el policía? ¿Estás a gusto en tu nueva casa? Espero que no te moleste esta carta. Como Raúl se va de La Esperanza, le ha salido un granjero que le ha ofrecido trabajo y si con el tiempo se llevan bien quizá se quede en la familia. Está contento, pero triste porque se acaba de hacer novio de Tomasa. Estaba claro.

Había escrito otra carta pero la he tenido que tirar porque lo que te digo de Raúl me lo acaba de contar. Pensaba decirle que cuando le cambiaran de centro echara la carta al buzón. Si te estás preguntando cómo sé tus señas, te diré que Rebeca lo tiene apuntado todo en una libreta que guarda en un cajón de su mesa.

Aquí todo sigue igual. Raúl se acuerda mucho de ti, bueno y nosotras también.

Nos han dado una clase de informática, por lo visto podemos enviarnos correos por el ordenador. Tengo una dirección a la que me puedes escribir. nuestrajusticia@gmail.com no sabía qué poner y se me ocurrió eso, ya sabes por qué. Entérate de cómo se hace y me envías uno. Lo miraré desde el ordenador de Rebeca o de alguno del centro o ya veré cómo lo hago.

Si puedes hazlo el día 20, dentro de quince días, buscaré la forma de leerlo.

Te dejo que tengo que volver, seguro que me están buscando.

Tu mejor amiga, Cris"

Cuando regresó a La Esperanza pudo comprobar que sus palabras resultaron ciertas. Tomasa y Raúl caminaban juntos, sus semblantes lo decían todo.

—Esta semana va a trabajar en una granja—intervino Tomasa— se lo acaba de decir la directora.

Raúl asintió orgulloso.

—Si va bien, se podrá quedar en la familia.

—Me alegro mucho por ti, pero me vas a hacer cambiar mi carta.

—¿Tu carta?— quiso saber Tomasa.

—Tienes sobres, ¿verdad, Susa?

—Sí.

—¿Me dejas uno?

—Pues claro, están en mi armario.

Los cuatro se encaminaron hacia el dormitorio. Raúl las esperó fuera.

—¿Para quién es?

—Para Toñín— soltó mientras negaba con la cabeza como diciendo; vaya pregunta, para quién si no— dejadme un rato que tengo que volver a escribirla—miró a Tomasa— ¿os habéis hecho novios, eh?

La espigada pelirroja asintió feliz.

23

María y Diego se disponían a abandonar la comisaría cuando Paula, la oficial de recepción, eleva la palma de la mano en su dirección. Con la otra habla por teléfono.

—Sí, comisario, aún no han salido. Sí, ahora mismo se lo digo.

Colgó.

—Acaba de llegar el informe de la autopsia que estabais esperando.

—¿El de los cuatro cuerpos de La Esperanza?— el rostro de la subinspectora se iluminó. Nada como ir avanzando en la investigación.

—Sí, María. El comisario está con él ahora mismo y quiere que lo veáis.

—Gracias, Paula.

María se frotó las manos y aceleró el paso.

—Cómo me gusta cuando nos llegan nuevos datos— dijo de reojo a su compañero que se había quedado un par de metros rezagado.

Diego confiaba en que el informe de la autopsia aportara la información que esperaban pero no sería la primera vez que lo único que conseguían era liar más la investigación con datos que en principio no parecían tener nada que ver.

Llamaron a la puerta y accedieron al despacho del comisario sin aguardar respuesta.

—Jefe.

Fausto repasaba el informe con el semblante serio.

—Pasen…— dijo sin levantar la vista de la carpeta— siéntense, por favor.

Obedecieron. El despacho se mantuvo en silencio durante varios minutos. María se hubiera comido las uñas con la espera si no hubiese abandonado esa costumbre años atrás. Diego daba suaves golpes con el zapato en el suelo.

—Jefe, me tiene es ascuas— soltó Pinta.

Redondo levantó la cabeza y se quitó las gafas. Su rostro no

transmitía lo que la lectura le había suscitado, al menos no del todo, no parecía especialmente animado.

—Las dos mujeres son extranjeras. Una polaca, la otra chica es de Nigeria— pasó una hoja— curiosamente ambas fueron enterradas con sus bolsos y asesinadas del mismo modo; estranguladas.

—El asesino confiaba en que nunca se las localizara— señaló Diego.

—Eso parece. Aquí tienen una copia del informe— dijo con el brazo estirado ofreciéndoles una carpeta.

—¿Prostitutas? Lo digo porque si una chica es polaca, la otra de Nigeria y las entierran con sus bolsos, indica que en caso de encontrar los cuerpos no íbamos a localizar a sus familias. Además hay un buen número de compatriotas de estas mujeres en clubes de alterne.

—Tiene todo el sentido, pero me pregunto qué narices hacen sus cuerpos junto a ese centro de socorro. No me imagino a la directora organizando alguna orgía que se le haya ido de las manos.

—¿Dice algo la autopsia de los niños?

—Han logrado identificarlos por la dentadura.

—Trece y catorce años…— apuntó María leyendo el expediente— la niña falleció por un golpe mortal en la cabeza… contusiones profundas. Presenta equimosis en zona vaginal y anal… ¡fue violada! —apretó los labios— el niño… murió estrangulado por asfixia mecánica a mano, a causa de la presión ejercida sobre la parte central de su cuello, fractura del hueso hioides y cartílago tiroides, contusiones en los músculos de la parte alta del cuello. Erosiones en zona anal…

María levantó la cabeza del expediente.

—El niño murió estrangulado y también fue violado.

—Así es, Pinta. Vayan a hablar con esa directora. Es la única persona que nos puede aportar algún dato más.

—Sí, comisario, pero antes voy a comprobar si estos nombres están entre el listado que nos entregó.

—Buena idea.

Pinta abandonó el despacho como si tuviera prisa. Antes de que Diego cerrara la puerta, ella accedía a la sala. Localizó el archivador con la mirada y lo abrió sobre la mesa.

Sacó la hoja.

—Sergio…Sergio…— deslizaba el dedo por cada página de los expedientes cuando Diego entró en la sala.

—Sergio Jaén. Aquí está, me cago en ella…— soltó a la imagen de la mujer que tanto le había impresionado en su primera visita al Hostal El Camino. Levantó la cabeza buscando a su compañero y

regresó veloz al archivador— Susana…Susana…Leal…— dio dos golpes secos sobre la hoja— aquí está.

De un salto se puso en pie, cerró el archivador y lo colocó bajo el brazo.

Cinco minutos más tarde la pareja de policías se encaminaba en el BMW x6 en dirección al actual Hostal El Camino. Las entrevistas se acumulaban. Los hijos de Segis Ganzán, su actual pareja, el centro de día de los hermanos Rosales y doña Herminia les deberían llevar hacia el famoso *Vengador*.

—¿Crees que ella sabe algo? No lo podrá negar.

—Era la directora, si no está implicada tiene que saber que algo sucedía en el centro—apuntó el inspector.

—Tiene que estarlo. No me puedo creer que se entierren cuerpos de internos y trabajadores y por si eso fuera poco, de dos prostitutas al lado del centro y no sepa nada— calló unos instantes, apretó el volante con fuerza— No, no me lo trago.

Olivares observó el perfil angustiado de su compañera.

—Tranquila, de nada nos vale interrogarla si llegamos cabreados— enfocó la mirada en el cuenta kilómetros— te recuerdo lo que dijo el comisario sobre quién pagaría a partir de ahora las multas por exceso de velocidad si no estábamos en una persecución.

María levantó el pie del acelerador. Respiró con intensidad un par de veces.

—Perdona, llevas razón— deslizó la palma de la mano por el rostro — es que lo de los niños me puede…

Diego la dejó con sus cavilaciones durante los siguientes kilómetros. Miró al cielo, con el transcurrir de las horas las nubes fueron ganando terreno, no sería de extrañar que descargara una buena tormenta.

—¿Tú crees que con el paso de los años nos creamos una coraza y este tipo de situaciones dejarán de afectarnos?

—¿Por qué lo dices? ¿Tú qué crees?

—No sé, he oído alguna vez a los veteranos y al comisario decir que la experiencia hace que veas de otra forma el dolor ajeno.

El Hostal El Camino se recortaba en el horizonte.

Al llegar María detuvo el coche en el aparcamiento, apagó el contacto y se giró hacia su compañero.

—Si algún día me vuelvo insensible ante situaciones como esta creo que sería el momento de dejar este trabajo, porque si no lo hiciera estoy convencida que esa insensibilidad me afectaría a mi vida personal y no quiero.

Olivares observaba el rostro afectado de María.

—Si te sirve de algo, compañera, prefiero tener a mi lado a alguien como tú con toda su sensibilidad, aunque el paso de los años nos enseñe a cubrirnos un poco del dolor, que a alguien que se haya insensibilizado— abrió la puerta y salió al exterior— y no te preocupes, que eso no te sucederá nunca.

María esbozó una sonrisa torcida mientras ladeaba el rostro. Se puso en camino hacia el hostal seguida de su compañero. Deseaba que las palabras que le acaba de decir se hicieran realidad. Ni se veía como una mujer insensible ni quería verse en el futuro de ese modo, como tampoco quería entrar en el hostal enfadada y soltar toda su amargura en la cara de la directora. Con la mano en el picaporte retuvo unos instantes el momento de acceder al interior. Cruzó la mirada con la de Diego, asintió y empujó la puerta. A ninguno de los dos le había pasado por alto la escasa afluencia de coches en el aparcamiento, sin duda las noticias sobre los cuerpos encontrados estaban haciendo mella en el negocio. La mujer tras el mostrador les dedicó una mirada de velado reproche. Nada bueno iban a traer, de eso estaba convencida.

La ausencia de voces en el vestíbulo chocaba con el recuerdo que la pareja de policías guardaba de su anterior visita. Recorrieron en silencio los metros que les distanciaban de la recepción.

—Buenos días, ¿doña Herminia, por favor?

—En la sala, ¿puedo hacerles una pregunta?

—Por supuesto— convino la subinspectora.

La mujer bajó la mirada y se aclaró la garganta.

—Llevamos poco tiempo con el negocio. No el suficiente para que se pueda recuperar de una noticia como esta, con la que no tenemos nada que ver.

—Lo sé, todo es anterior al hostal.

—¿Sabe si van a seguir cavando?

Diego, que se había encaminado hacia la sala se detuvo en cuanto la mujer formuló la pregunta. Entendía su congoja, y coincidía con ella en su apreciación.

—Eso lo determinará la investigación— intervino el inspector— lo que sí le recomiendo que cuando hable con los periodistas les deje claro que su negocio es posterior a los hechos que se investigan.

—Sí, lo hemos dicho, pero hasta el momento parecen más dispuestos a hablar del *Hostal de los Horrores* que del *Centro de Socorro Juvenil de los Horrores*— los ojos de la mujer se cargaron.

La puerta tras la recepción se abrió.

Un hombre corpulento apareció bajo el umbral.

—Soy su marido. Habíamos pensado denunciar a la prensa pero

nos han aconsejado que lo mejor es pedir la colaboración de amigos y vecinos cuando vengan los periodistas.

—Es una buena idea, señor…— apuntó María— tenemos que hablar con la directora— dijo volviéndose hacia la sala.

—Sí, sí, la encontrarán en su sillón.

—Por cierto ¿cómo está?

El matrimonio se miró antes de contestar.

—Se la ve algo afectada. Como si lo sucedido no fuera con ella— el hombre apoyó las manos sobre el reluciente mostrador— quiero decir, que no está asustada por lo que le pudiera pasar, sino que más bien parece sorprendida.

—Sí, esa es la impresión que da— convino la mujer.

Doña Herminia se hallaba sentada en su butaca habitual con su también habitual labor entre las manos. Volvió el rostro lo suficiente para confirmar que alguien accedía al salón. Confiaba que fueran clientes para el hostal, lo sucedido les estaba afectando mucho.

“Los policías otra vez”

Con gesto pausado dejó el punto en el interior de la cesta y las gafas colgando del cuello. Sabía, como todo el mundo en Cantabria y parte de España que estaban analizando los huesos encontrados en el jardín.

—Doña Herminia, nos gustaría hablar con usted unos minutos— dijo el inspector.

La mujer elevó ligeramente la barbilla intentando ofrecer un mínimo aire de dignidad que tanto le costaba encontrar en los últimos días. Su rostro trazó una sonrisa cansada.

—Tomen asiento, por favor.

—Gracias.

—Ustedes dirán.

María abrió la carpeta que había traído que contenía el informe recién recibido y las fichas de los niños Sergio Jaén y Susana Leal, las dejó boca abajo sobre la mesa.

—Ha llegado a la comisaría el informe del forense en relación a la autopsia de los cuatro cuerpos encontrados en el jardín— señaló Diego.

La directora negó levemente con la cabeza.

—Para ser más precisos, inspector, la ubicación exacta sería en el campo, al otro lado del jardín. Las delimitaciones están claras, más allá del murete que…

—De acuerdo— convino Diego— esa delimitación es actual ¿en la

época que desapareció el vigilante César Hernández era la misma?

Doña Herminia encajó la pregunta sin apenas revelar la sorpresa que le había producido. No, no era la misma pero no pensaba confesarlo, de momento.

—Que yo sepa, sí, comisario, no tiene más que comprobar el registro.

—Lo haremos.

—Hacen ustedes muy buena pareja, seguro que juntos no se les escapa nada. Uno hace las preguntas y el otro no para de tomar notas — miró a Diego— pero me decía usted, inspector que había recibido el informe de la autopsia ¿no es así?

—Dos mujeres y dos niños— soltó María de improviso mientras la mujer observaba al inspector.

La sorpresa por la intervención de la subinspectora volvió a mostrarse, casi imperceptiblemente, en su semblante.

"Van dos, ¿qué escondes?"

Pinta iba a poner en práctica a partir de ese momento toda su capacidad, que no era poca, para analizar cada gesto, cada mirada, cada expresión de la directora.

—¿Dos mujeres y dos niños?— doña Herminia frunció su ya arrugada nariz, sacudió levemente la cabeza y elevó el dedo índice apuntando con firmeza al techo.

—En La Esperanza jamás desaparecieron mujeres, es fácil demostrarlo.

—Prostitutas— María iba soltando en pequeñas dosis la información que disponía sin perder un ápice de observación en la mujer.

—No, no, señorita, aquí no…

—Subinspectora.

La directora calló unos instantes con la mirada fija en la joven que le estaba resultando más difícil de manejar de lo que hubiera esperado.

—Está bien, subinspectora. Le puedo asegurar que aquí jamás ha habido prostitutas entre el personal del centro.

Diego se retrepó en la silla, cruzó las piernas.

Y tomó la palabra.

—No lo dudamos ¿puede usted darnos alguna idea que nos aclare cómo sus cuerpos llegaron al campo, justo al otro lado del límite de su jardín?

Antes de vocalizar respuesta alguna negó con la cabeza.

—No, no, inspector. Ojalá pudiera.

—La identidad de los niños, un chico y una chica corresponden a

dos internos de La Esperanza.

El rostro de la mujer tornó pálido.

Entrelazó los dedos de sus nudosas y arrugadas manos.

—¿Internos? ¿Están seguros?

—Completamente— María dejó una de las fichas sobre la mesa frente a la mujer— Sergio Jaén ¿lo recuerda?

Cogió la ficha, se ajustó las gafas y la leyó en silencio.

—Sí, Sergio. A veces los chicos se escapaban y nada se volvía a saber de ellos ¿ve?—señaló un casilla con el dedo— aquí lo pone, denunciado.

—¿En la comisaría quiere decir?

La directora asintió.

—Susana Leal ¿se acuerda de ella?— con el brazo extendido le ofreció el segundo expediente.

Doña Herminia se tomó unos segundos más en contestar. Dejó caer las gafas sobre el pecho y miró a Diego.

—Sí, Susa. También se marchó.

María estaba empezando a perder la paciencia.

—A ver, doña Herminia, no se marcharon ¿lo entiende? Sus cuerpos han aparecido aquí al lado— estiró el brazo en dirección al exterior— ¡Ambos asesinados y ambos violados! ¡Ninguno se fue!

La mujer bajó el rostro. Parecía realmente afectada.

—Lo entiendo, pero no puedo darles más explicaciones, aunque…

Pinta miró a Olivares, pidiéndole que siguiera él.

—¿Aunque…?

La directora tomó aire y suspiró.

—Al final lo van a averiguar. De acuerdo, mandé enterrar a César Hernández.

—¿Cómo?— el inspector no daba crédito— ¿Por qué nos lo dice ahora? ¿Lo mató usted?

—¿Eh? No, no, ¿por quién me ha tomado?

—Pero sabe quién lo hizo, ¿verdad?— intervino María.

El semblante de la mujer mayor se endureció, se iba a tomar cumplida revancha de la jovencita.

—Sí.

—¿Quién?

—¿De verdad quiere saberlo?

Las dos mujeres se miraron durante unos largos segundos.

—Nos lo puede decir aquí o en la comisaria, señora.

—La verdad puede resultar muy dolorosa ¿por qué no dejar las cosas como están, subinspectora?

—Como quiera— Pinta hizo ademán de ponerse en pie.

—Se lo he advertido— calló unos largos segundos y lo soltó: — fue Toñín — la directora no miró al inspector, clavó sus fríos ojos en Pinta, disfrutando de su cambio de expresión, de su boca a medio abrir, del horror que le generaba la respuesta que con tanta vehemencia le había solicitado.

24

El bufete les daba las tardes de los viernes libre pero ese fin de semana era diferente a los demás, muy diferente, tenía algo importante que hacer. Llevaba varias semanas trabajando en ello. Todo estaba preparado, el coche en el aparcamiento y una bolsa de viaje en el maletero.

—¿Cómo se presentan las Navidades, Maite?

—Imagínate, ya sabes, lo típico, con la familia— mintió— ¿y tú?

—Mañana por la noche en casa de mis suegros. El borracho de mi cuñado montará el escándalo de todos los años, mi marido se cabreará y nos iremos. Al día siguiente en mi casa, pero gracias a Dios será con mi familia— agitó la mano en el aire— pásalo bien, nos vemos a la vuelta.

—Tú, también— Carolina.

Mientras recogía sus cosas y salía del despacho de abogados, Maite daba un repaso mental al transcurrir de las últimas semanas. Había sido un acierto apuntarse al taller de novela. Un acierto y una coincidencia, o quizá no tanto. A veces la vida junta a las personas sin que aparentemente haya sucedido nada voluntario por su parte para que tenga lugar esa conexión. Un cartel en el tablón de anuncios de la academia en la que se ponía al día sobre las últimas leyes que entraban en vigor, requisito indispensable para todos los recién llegados al bufete, en el que se anunciaba un taller dedicado a cómo escribir una novela policíaca, y reconocer al individuo que lo impartía; un autor del que había leído varios de sus libros.

“En la vida real es aún más interesante”

La imagen de Jaime Valdés se perfiló en sus recuerdos. Disfrutaba de sus clases, de cómo las planteaba esforzándose en que todos tomaran parte en ellas. Nada de aburrida teoría sobre los requisitos para escribir, al revés, daba por hecho que todos lo sabrían hacer y lo harían bien si se relajaban y confiaban en lo que brotaría de su inspiración.

Pero lo que sin duda le hacía más interesante era su forma de

salpicar de ideas los posibles vericuetos por los que podía discurrir la trama. Su propuesta de que el asesino de su novela debería insistir a la policía le empujó a enviarles una nota a ellos y a la prensa.

"Qué sencillo es alimentar el ego de un periodista"

Poco tiempo le había llevado decidirse por Marcelo Torquemada, bastó con leer varias de sus crónicas para entender que era el intermediario perfecto.

Llevaba dos años sin saber qué hacer, qué camino recorrer. Era consciente de que no había finalizado la venganza que inició años atrás. Cierto que dependía de ella ponerla fin de una vez por todas, pero algo en su interior le empujaba a continuar. Su familia de acogida le había dado una educación que chocaba con lo que era el objetivo de su vida, devolver el daño a aquellos que habían disfrutado con el dolor ajeno.

Para ello resultaba vital que la policía no olvidara al *Vengador*, que no diera el caso por terminado, aunque ya lo diesen por enterrado. Deseaba que se descubriera lo que le había llevado a comportarse de ese modo. Para eso aún contaba con la foto que Toñín hizo con su Polaroid. No había encontrado el momento de ponerla en manos de la policía.

Hasta el pasado verano.

Un mañana se levantó convencida de que había llegado ese momento. Hizo una copia, la imprimió y la metió en un sobre. Esperó acontecimientos unos días, al ver que se mantenía el secreto activó la vía Torquemada al que le faltaron minutos para convencer a su director y publicar la información.

Maite recuerda el revuelo que se generó en el bufete, en la calle, en las noticias y en el propio taller. A continuación la nota aconsejando que cavaran, que siguieran cavando.

"Tengo que decirle a Torquemada que continúen, seguro que hay más cuerpos"

Al día siguiente pondría la guinda, de momento, a lo aprendido en la clase de Jaime; dar un golpe de efecto con la siguiente víctima.

Negó con vehemencia mientras se introducía en el coche.

—¿Víctima?— murmuró enfadada— ¡Una mierda! ¡Son culpables! — asintió convencida— y nadie ha hecho nunca nada ni hará por detenerlos.

"Tranquila…"

Uno de los aprendizajes que había logrado que formaran parte de su vida era ser consciente de cuando perdía el control y la rabia

tomaba el mando de sus emociones. Eso no debía permitirlo a no ser que la situación lo aconsejara.

Camino de Valladolid repasaba las últimas clases. Sabía que si tenía éxito, así debería ser puesto que aún no podía dar su trabajo por finalizado, sus compañeros Goyo y Paco comentarían las extrañas coincidencias de los movimientos del *Vengador* y lo hablado en el taller.

—Y el profesor.

Confiaba en que todo quedara en una anécdota y no verse obligada a actuar para mantener en secreto su actividad. Si no le quedara otra opción no le temblaría la mano, lo sabía.

Llegó a Valladolid sin contratiempos. Se instaló en un hotel y encendió el móvil mientras abría la maleta.

—Seis llamadas perdidas de Segis.

Clavó una mirada de profundo odio en la pequeña pantalla. En su rostro una sonrisa apretada. Al fin, el momento que tanto anhelaba se iba a convertir en una realidad manifestada. Lo tenía en su mano, qué fácil y previsibles son los hombres. Con qué poco puedes conseguir que coman en tu mano.

Se soltó un baño dispuesta a relajarse todo lo que la adrenalina que galopaba furiosa por su cuerpo le permitiera. Del mini bar se hizo con una botellita de vino. La colocó en la repisa que recorría la bañera, al otro lado su libreta con el trabajo que les había propuesto Jaime para las vacaciones de Navidad.

Se fue desnudando poco a poco mientras se observaba en el espejo. Se ajustó la melena morena en una coleta alta. Acercó el rostro al cristal, durante unos instantes aguantó su propia mirada, un ejercicio típico en ella que tenía el fin de averiguar qué era lo que había en su interior. Lo que vio le satisfizo. Había determinación, seguridad, confianza.

Sí, le gustaba su mirada.

Como el resto de su cuerpo. Sabía sacarle todo el partido cuando la ocasión lo requería. Una falda ajustada, como la blusa, con el maquillaje correspondiente a la caza de inseguros. O pasar, si no desapercibida, sí por lo menos no tan llamativa con una vestimenta más suelta acompañada de ausencia casi total de cosméticos.

Esperó a que Segis volviera a llamarla.

Su pareja trabajaba al día siguiente, Nochebuena. Habían quedado en su casa, ella llevaría un par de botellas de vino.

Y algo más.

25

María y Diego regresaron a la comisaría tras realizar la visita pertinente al centro de acogida de día de la carretera de Barreda, al que asistieron de forma temporal, a la espera de plaza en otra institución más adecuada a su curriculun delictivo, los hermanos Juan y Alberto Rosales.

—¿Cómo les ha ido?

Diego miró a su compañera para que tomara la palabra. No tenía ganas de hablar, si podía evitarlo. Todavía resonaba en su aturdida mente la acusación de doña Herminia a su hijo adoptivo, Toñín. El golpe le había dejado al borde de la inconsciencia. Se consideraba un buen encajador de los reveses con que la vida en ocasiones te golpea, pero este, quizá por inesperado, por imposible, por rastrero le había cogido con la guardia baja, mejor dicho, sin guardia.

Sí, rastrero porque Diego había visto en la mirada de la directora un brillo diferente, extraño, dirigido a su compañera que le había impactado. Un centelleo que tuvo lugar unos segundos antes de su acusación.

—Fue Toñín.

María, que se hallaba dispuesta a tomar nota del nombre que partiera de la boca de la directora se quedó inmóvil al escuchar el nombre del hijo de su compañero. La misma reacción que Diego. Las dos mujeres se miraban, quizá retándose para un próximo intercambio de golpes.

En cuanto el nombre del interno partió de su boca, doña Herminia comprendió que haberse dejado llevar por el ímpetu y la exigencia de una jovencita por muy policía que fuera, conllevaba ganarse un enemigo peligroso. Antes de ese instante hubiese jurado que al inspector Olivares lo tenía controlado. Su vinculación con La Esperanza era de índole personal. Con respecto a su compañera las sensaciones tras la primera visita fueron similares.

Hasta que regresaron.

Desvió la vista buscando con incertidumbre la mirada del

inspector. La satisfacción que le había producido el semblante de incredulidad de la subinspectora se había disipado en cuanto comprendió el error que acababa de cometer. No estaba siendo consciente de la rabia que irradiaban sus ojos cuando escupió el nombre del chico mirando a Pinta. Al volverse y chocar su mirada con la del inspector bajó la vista.

No obstante era una mujer de recursos.

—Lo lamento, no quise que se enterara de este modo yo…

—Cuando me lo entregó lo sabía.

—Sí, pero no había nadie mejor que usted con quién Toñín pudiera estar más seguro y recibir una buena educación. ¿Hubiera preferido que lo denunciara?— sin esperar respuesta añadió— defendió a una compañera de las garras del vigilante— de repente se incorporó clavó sus puños en la mesa— ¡La estaba violando!

Diego Olivares imitó a la directora poniéndose en pie.

—Usted lo sabía— insistió.

—¿Era la primera interna que violaba?

La pregunta de la subinspectora la cogió por sorpresa una vez más.

—¿Cómo? ¿La primera?— suspiró con fuerza— No lo sé, este era un centro decente en el que a veces sucedían cosas. Los chicos que nos traen no son unos angelitos, subinspectora.

—Vámonos— ordenó Diego. Clavó su mirada en la directora y giró sobre sus pasos.

Ni María ni Diego cruzaron palabra alguna en el trayecto al centro de Barreda ni en su regreso a comisaría. El semblante del inspector no animaba a comentar el tema. Si por ella fuera se hubiese llevado a la directora a Jefatura para que soltara todo lo que estaba convencida que se callaba. Se trataba de una reacción más propia de las emociones que de la razón. No tenían ningún hilo del que tirar que les pudiera llevar hasta ella. Sin duda no se trataba de una buena idea. El nombre y los hechos de los que se acusaba a Toñín saldrían a la luz, no sería ella la que precipitara los acontecimientos.

Por la cabeza de Diego pasaban todo tipo argumentos. Unos coincidían enteramente con los que se planteaba su compañera. Otros…

No, de momento no estaba preparado para pensar en ellos.

Fausto Redondo tuvo que repetir la pregunta ante la falta de colaboración de sus inspectores.

—¿Me lo van a contar?— quiso saber mirando a Olivares.

—Verá, jefe— fue María la que tomó la palabra— no hemos sacado

más que lo que dice el propio informe, excepto que los hermanos pasaron por La Esperanza unos pocos meses, los que tardaron en cumplir los dieciséis. Por lo visto quien llevaba la investigación— bajó la vista a sus notas— el inspector Trémez, ya retirado, dio por cerrado el caso a los pocos días.

—Trémez…— susurró Redondo mientras negaba con la cabeza— ya recuerdo. Hablen con él, que les diga qué le llevo a cerrar el caso.

—De acuerdo.

—¿Qué les han dicho respecto a los cuerpos en La Esperanza?

—Los dos niños fueron internos de ese centro. El chico se escapó y según la directora se interpuso la denuncia correspondiente. Acabamos de pedirle a Cruz que haga la gestión y compruebe si fue así, jefe.

—De acuerdo ¿qué más?

—La chica, Susana Leal, según el mismo testimonio la dieron por desaparecida, mejor dicho, por fugada. Tengo la sensación de que son muchos los internos que se fugaron de ese centro sin que se volviera a saber nada de ellos.

—¿Algo más?— Fausto cruzó los dedos— ¿por qué tengo la sensación de que debo sacarles la información con sacacorchos? ¿Inspector? ¿Nos deja un rato a solas, subinspectora?

Un repiqueteo en la puerta relajó la tensión que envolvía el despacho.

—Comisario, aquí le dejo la denuncia.

—Gracias, Cruz— cogió la fina carpeta y leyó en silencio— sí, se interpuso una denuncia por la desaparición de Sergio Jaén.

—Parece que en algo es sincera esa mujer— dijo María, puesta en pie camino de la puerta.

El momento que Diego tanto temía había llegado. Habían transcurrido apenas un par de horas desde que abandonaron el antiguo Centro Juvenil de Socorro y sentía como el impacto de la noticia le mantenía aturdido. A pesar del mazazo recibido, con el paso de los minutos procuraba entender lo que había hecho Toñín.

“Quizá yo hubiera actuado igual”

Negó con la cabeza.

No quería juzgar una situación dramática que no había vivido. Desde lejos es fácil adoptar una u otra postura. Sin embargo, lo que le más le había impactado era el hecho de que cogiera un azadón dispuesto a clavárselo en la espalda al vigilante. Hubiese entendido un golpe con un palo, una piedra, con cualquier cosa.

No era complicado comprender que posiblemente, Toñín, revivió la violación de su madre al ver a su compañera debajo del vigilante y

cogió lo primero que encontró con la intención de vengar a ambas.

—¿Y bien, Olivares? ¿Me va a contar qué es lo que sucede?

El inspector asintió.

Durante media hora expuso todo lo que había desfilado por su cabeza desde que doña Herminia les había dicho lo que sucedió con Toñín en el sótano del centro. La mirada un tanto cruel, como de triunfo, clavada en su compañera. Una actitud sin remordimiento alguno ni por lo sucedido ni por su forma de proceder. El comisario escuchaba en un respetuoso silencio esforzándose por situarse, aunque fuera mínimamente, en la piel del inspector, sin éxito alguno. Quería averiguar cuál era la intención de Olivares con ese macabro asunto.

—… no deja de ser una encubridora. Pero por otro lado no me gustaría tirar a Toñín a los pies de la prensa— cruzó los brazos y bajó la vista— es posible que en cuanto conocieran todos los pormenores de la historia quizá lo tildaran incluso de héroe lamentando la vida que había llevado.

—Era su hijo, Olivares. Está en su derecho de salvaguardar su recuerdo.

Diego levantó la cabeza.

—Por el momento, jefe. La investigación será la que nos indique los pasos a seguir, como bien nos ha enseñado durante estos años. Algo me dice que esa niña no fue la única que sufrió abusos en ese centro.

—¿Sospecha de la directora?

—Da una imagen de abuela tierna, hasta que le sacas un tema que crea que sólo le concierne a ella. Me alegro de esa denuncia que interpuso por el chico, pero ¿Qué me dice de Susana Leal? Según ella, desapareció, pero su cuerpo lo encontramos a escasos metros del centro.

—Sí, coincido con usted, esa mujer y ese lugar esconden algo— se atusó el bigote y se puso en pie— no la asustemos pero vigilémosla de cerca.

—Sí, jefe, y gracias.

—No tiene que agradecerme nada, Olivares, bien lo sabe— afirmó abriendo la puerta.

—Comisario— la eficiente Cruz, al ver que salían del despacho, se levantó de la silla con un pequeño sobre entre las manos— acaba de llegar.

Fausto lo observó en silencio durante unos segundos.

—De Valladolid…—murmuró— no es allí donde asesinaron a…— extrajo una breve nota y se la mostró al inspector.

—Sigan cavando— leyó Diego— por una vez estoy totalmente de

acuerdo con este tipo o tipa o lo que sea.

Dos policías se aproximan entre las mesas de las sala. Paula, acompañaba a un individuo de gran estatura ataviado con el uniforme de la Policía Local.

—Comisario, don Francisco Calatayud quiere hablar con usted acerca de… bueno, él se lo explicará mejor, pero tiene que ver con *El Vengador*.

—Paco, a secas, por favor.

Fausto y Diego cruzaron sus miradas.

—Don Francisco— Redondo le estrechó la mano— acompáñeme por favor.

Tras hacer lo propio con el inspector, Paco se dispuso a acompañar a los dos policías. Llevaba varios días pensando si debía hacer lo que su mentalidad de policía le animaba o bien dejar estar lo que su imaginación le dictaba. Quizá todo fuera fruto del ambiente creado en el taller y estuviera a punto de hacer el mayor de los ridículos.

—Tome asiento, por favor— Fausto le señaló una de las dos sillas situadas frente a su mesa.

—Gracias, comisario.

—Bien, usted dirá ¿Qué nos puede decir del *Vengador*?

El policía local juntó las piernas, dejó las manos sobre las rodillas a falta de saber qué hacer con ellas, qué postura adoptar.

—Soy alumno de un taller de novela. Me inscribí para aprender a plasmar en un libro lo que puede ser nuestro día a día, añadiéndole un poco de imaginación si fuera necesario. Sé que mi actividad diaria en nada se parece a la de ustedes, pero me parecía interesante escribir sobre asuntos policiales.

—Continúe, por favor.

Ni Diego, ni Fausto acertaban a imaginar el porqué de la visita de su colega de la Policía Local. La puesta en escena con el taller de escritura no ayudaba lo más mínimo.

—Me ha llevado mi tiempo decidirme, en el fondo no vengo con pruebas bajo el brazo que señalen al *Vengador* o a su imitador o a quién esté actuando como lo hacía ella.

—Pero cree que algo tiene que contarnos ¿no es así?

—Sí, efectivamente— calló unos segundos, se frotó las manos, nervioso y tragó saliva— El asunto del *Vengador* se trata en el taller desde el momento en que apareció en las noticias la foto en el mes de septiembre. El curso comenzó unos días más tarde. Cierto que varios compañeros y yo mismo alentamos a los demás para que así fuese.

—Suéltalo, Paco, lo que digas no saldrá de aquí— intervino Diego que estaba empezando a sentir cierta intranquilidad.

—Sí, sí, lo siento, es que no sabía cómo contarlo. Bien, pues resulta que el profesor nos preguntaba que en el supuesto de que se tratara de una ficción, qué debería hacer *El Vengador*. Al poco llegó la primera nota, y propuso que debería insistir con otra nota si no le hacían caso — miró al inspector y a Diego— y eso pasó, envió otra nota. Después otra y por último está lo del cadáver de Valladolid. Dijo que el asesino debería dar un golpe de efecto con un nuevo crimen, hacer algo diferente.

Ante el silencio de sus interlocutores continuó con su exposición.

—Si se hubiera tratado de un crimen, digamos, ajeno a todo esto hubiéramos hablado de otra coincidencia más, extraña, sí, pero nada más allá de una simple coincidencia, pero que maten de esa forma a alguien relacionado directamente con las víctimas del *Vengador* es demasiado para que se trate de un hecho aislado ¿no creen?

—Usted cree que su profesor…

—Jaime Valdés, es escritor.

—¿Cree que Jaime Valdés es, o tiene relación con *El Vengador*?— intervino el comisario con el bigote entre los dedos.

Paco cruzó las piernas, bajó la mirada, si por él fuera y pudiese regresar al instante en el que se atrevió a dar el paso y entrar en la comisaría, en esos momentos pasaría de largo.

—Como dije al principio no tengo pruebas. Es sólo que me extrañan tantas coincidencias en tan poco tiempo

—Sí, resulta llamativo.

El Policía Local se puso en pie

—Creo que les estoy haciendo perder el tiempo con una historia sin sentido. Lo lamento, yo…

—¿Cuál es el horario del taller?

—Es de lunes a jueves por las tardes, de seis y media a nueve, pero ahora lo lleva una profesora, temporalmente.

—¿Y eso?

—A Jaime Valdés le asaltaron en su casa y está en el hospital.

26

Dar con su paradero resultó sencillo cuando fue consciente de lo que tenía que buscar. Había perdido mucho tiempo empeñándose en que Segismundo Ganzán mantendría su verdadera identidad. Nada aparecía con su nombre, ni en los bancos ni en Hacienda. Nada posterior al momento en el que huyó de San Vicente de la Barquera cuando comprendió que el siguiente de la lista tras su hermano el camionero y su propia mujer sería él, sin lugar a dudas.

A las pocas semanas de entrar en el bufete, Maite conoció a un chico de su misma edad que trabajaba en la Seguridad Social, un importante cliente del bufete. Tomaron café y una vez más sin saber por qué se enamoraban de ella. Por su mente pasó la absurda y estúpida idea de pedirle que buscara a Segismundo Ganzán en la base de datos. Lo que consiguió un par de cenas más tarde fue que le permitiera el acceso a dicha base como preparación para su trabajo.

—Son muy duros en el bufete con los nuevos y no sé si pasaré el periodo de pruebas, Cristóbal.

—Todo lo que esté en mi mano…

A partir de ese momento dar con el paradero de Segis fue sencillo. Maite recordaba que sufría una minusvalía que le aseguraba una pensión vitalicia, a la que no estaría dispuesto a renunciar con un cambio de identidad

No se equivocó.

Descubrió el día y la sucursal en la que le harían el ingreso del mes siguiente.

—Valladolid…

Ataviada con una peluca rubia mantuvo guardia desde que el banco abrió sus puertas a la espera de que apareciera el individuo que en las últimas horas recargaba de adrenalina cada célula de su cuerpo.

—Ahí vienes…

Sí, era él, sin lugar a dudas.

Su característico andar le delataba. No sabía qué le había sucedido ni le importaba, lo único que sabía y le importaba era que su siguiente

víctima se hallaba frente a sus ojos.

—No te escaparás.

Lo complicado fue cargarse de paciencia y hacer caso a Jaime Valdés. Un asesino inteligente rara vez se deja llevar por sus impulsos, disfruta de cada momento ideando su plan, visualizándolo en su mente una y otra vez. Si es necesario seguir a la víctima, se la sigue, analizando su día a día, indagando el instante en el que poder apartarlo de su rutina y entrar en su vida.

En cuanto le vio salir del banco se hizo la encontradiza. Buscaba una dirección y se sentía torpe. Diez minutos más tarde compartían un café, el primero de varios. Segis le habló de su hijo y de su hija muerta en un tono tan sensiblero que a Maite le supuso un enorme esfuerzo no dejar trasmitir el odio que se apoderaba de ella.

—La culpa la tuvo una niña que acogimos y que le dio un golpe en la cabeza, dejándolo tonto. Su hermana se suicidó. La pobre no pudo soportarlo.

La abogada dejó una mano sobre el antebrazo de Segis.

—Lo siento, ¿tu mujer?

El hombre apretó los labios.

—Murió atropellada. Se dieron a la fuga, qué hijos de puta, si algún día le tengo delante juro que…que lo mato.

Maite se dedicó una sonrisa interna. Como actor era lamentable. Mucho dolor, mucha pena y ni una maldita lágrima, ni siquiera se le habían cargado los ojos con el recuerdo. Las palabras que le dedicó a la presunta chiquilla a la que echaba la culpa de todo lo que sucedió a los suyos la empujaron a poner en marcha el plan cuanto antes.

Segis le habló de su actual pareja. Necesitaba una mujer en casa para que cuidara de su hijo, él no se veía capaz, buscaba una residencia para el chico pero hasta el momento no se la habían concedido.

—No estoy enamorado de Gladys, es como un acuerdo, a ella le viene bien demostrar que tiene pareja aquí y a mí que cuide de mi hijo— llevó la vista de la mesa a los ojos de su acompañante— Desde que mi esposa murió no había vuelto a sentir nada como lo que siento por ti.

Maite disfrutaba de su actuación, de su control de la ansiedad que en otras ocasiones la llevó a comportarse a golpe de impulsos, de emociones.

—Pero si apenas hemos tomado unos cafés— soltó con un mohín coqueto.

—Lo sé, pero es la verdad. Como no me dices dónde vives, ni con quién…

—Quizá más adelante. Tampoco es necesario ¿no te parece? Ya te he dicho que no estoy casada, ni me meto en hoteles con nadie.

—Eso es lo que me gusta de ti. ¿Tienes algo que hacer en Nochebuena? Mi pareja trabaja todo el día y…

El momento deseado ya tenía fecha.

—¿En Nochebuena?

—Ya sé que no es el mejor día, que tendrás familia.

—Déjame que lo hable y te digo.

Segis aguardó con ansiedad los días que Maite se tomó para responderle.

—De acuerdo. En Nochebuena, en tu casa.

Dedicó el resto del día a relajarse en la habitación del hotel, darse una buena cena y por encima de todo a repasar el regalo de Navidad que tenía pensado para Segis. Probó varias veces la pistola eléctrica que tan buen resultado le había dado en otras ocasiones, el estilete, una novedad para dotar al hallazgo del cadáver de un mayor empuje, tal y como había propuesto Jaime. Unas cuerdas elásticas para cargar de erotismo el ambiente, un sinfín de recuerdos de la figura de Segis y una peluca rubia.

La abogada no había sufrido los abusos en su propia carne del que fuera su padre de acogida. Se libró porque a él le gustaban con los trece años cumplidos, pero jamás podrá olvidar los lloros y dolores de las dos hijas, que cada noche se turnaban en su cama y en la de su hijo con el beneplácito de la madre. No dejaba de sorprenderla el brutal cambio de imagen de la familia de puertas a fuera. Nadie hubiera podido sospechar lo que sucedía entre esas cuatro paredes.

Su móvil volvió a sonar.

Esta vez lo cogió.

—Hola.

—Maite, por fin me contestas, te he llamado varias veces.

—Lo sé, no he podido responder.

—¿No estarás con otro, verdad? Mañana lo pasamos juntos.

Maite tomó asiento en la cama, su estómago le pedía vomitar todo lo que significaba para ella el repugnante personaje que se hallaba al otro lado del teléfono.

—Ya sabes que cuando estoy trabajando no cojo el teléfono, Segis. Si no te llamo es porque no puede ser ¿lo entiendes? Si te vas a poner celoso o pesado lo dejamos aquí. Tiene narices que tengas pareja y me montes estas escenitas— lo soltó todo de sopetón, procurando adornar el tono de voz de una pincelada de reproche por lo que acababa de

escuchar.

—No te pongas así. Quiero verte cuanto antes, esta noche puedes…

—Mañana, Segis, mañana. En eso habíamos quedado ¿no?— dudaba si estaba tensando demasiado la cuerda. Sabía qué tipo de individuo era y el placer que le generaba que le trataran de ese modo. Con las niñas era él quien tomaba el otro rol.

—Esto es lo que me gusta de ti, Maite. Tu carácter— respiró profundamente unos instantes— entonces mañana a las seis en mi casa.

—No, a las ocho como pronto.

Pasaban diez minutos de la hora señalada cuando llamó al timbre. De un hombro colgaba el bolso con todo lo necesario para que su anfitrión disfrutara de una velada inolvidable, en la mano una bolsa con dos botellas de vino.

—Pasa, déjame tu abrigo— miró la bolsa— no debías haber traído nada.

—¿Y ella? ¿No vendrá?

—No, trabaja todo el día y parte de la noche. Cuando salga se irá a su casa a dormir, le he dicho que estaría ocupado— acompañó su comentario con una sonrisa torcida.

—¿Tu hijo?

—En su habitación pero estará dormido unas horas.

"Pasaré luego a verle…"

Durante la primera hora dieron buena cuenta de una de las dos botellas de vino y de los langostinos que Segis había comprado. Dos de sus escapadas a la cocina las aprovechó Maite para echar varias gotas de cianuro en la copa de vino. Nada más lejos de su intención que la noche se alargara. Pretendía que Segis se sintiera débil mientras estuvieran en la cama y a partir de ahí todo sería mucho más fácil.

—¿Qué? ¿No comes más?

—No tengo hambre. Prefiero hacer otras cosas— sonrió con un mohín pícaro— voy al baño, ¿me esperas en tu dormitorio?

En el rostro del individuo se talló una amorfa sonrisa.

—Es lo que estaba esperando. Ni te imaginas lo que he soñado con este momento.

—Ahora voy— dijo tras dejarle el roce de sus labios en la boca— ponte cómodo.

Cogió el bolso y desapareció por el pasillo. Antes de entrar en el cuarto de baño se asomó a una habitación. Una persona tumbada sobre una cama, aparentemente dormida.

—Ahí estás, pequeño hijo de puta. No tan pequeño ya, luego vendré a saludarte.

Cuando regresó al dormitorio, Segis se hallaba en calzoncillos sobre la cama. Al verla llevó la mano a su miembro.

—Tranquilo— dijo al verle— ¿tienes prisa?— dejó el bolso sobre una silla mientras comenzaba a desnudarse.

Deslizó la cremallera lateral del ajustado vestido y lo dejó sobre el asiento de una silla. Llevó ambas manos a la espalda, se deshizo del sujetador con lentos y estudiados movimientos y lo situó a caballo sobre el respaldo.

—Lo que tengo son muchas ganas de ti, Maite.

Ataviada con ropa interior de tonos violetas con costuras en blanco, ladeó el rostro y se acercó.

—¿Te gustan?

—Nunca he visto a nadie tan elegante en bragas.

Si el momento no fuera el que era, lo opuesto a cualquier interés erótico por su parte, un comentario como ese habría eliminado de un plumazo todo el componente sensual en el ambiente.

—¿Y eso?— Segis seguía con la mirada los movimientos de su invitada. Acababa de sacar algo del boso.

—¿No te gusta que te aten? A mí me vuelve loca del todo.

—Nunca me han atado.

“Sólo lo has hecho tú, ¿verdad, cabronazo? Si son niñas mejor”

—Déjate llevar.

Segis asintió, sus labios se hinchaban con el paso de los minutos. Comenzaba a padecer cierto dolor en el estómago pero, por el momento, no estaba dispuesto a interrumpir a la chica que jamás pensó que algún día pudiera llevarse a la cama.

—¿Qué haces cuando te vuelves loca del todo?

La abogada le observó como si pensara la respuesta mientras ataba la cuerda en la muñeca derecha de un ansioso Segis y hacia lo propio con el otro extremo en el cabecero.

—Hago todo lo que me piden.

El calzoncillo de Segis comenzaba a quedarse pequeño para acoger lo que escondía.

—Mira cómo me estás poniendo.

—No seas ansioso, niño malo.

Cinco minutos más tarde había terminado de atar minuciosamente a la que se iba a convertir en su primera víctima en los últimos años. Estaba disfrutando del momento como pocas otras veces había hecho.

Los mismos cinco minutos que había necesitado él para comprender que algo sucedía en su estómago, que sentía nauseas y la

respiración agitada. La abogada le observó las pupilas, su creciente dilatación le confirmaba que todo iba bien.

Se subió en la cama sentada sobre él. Dejó el bolso a un lado y miró a su anfitrión. Con gestos pausados se deshizo de la peluca. Mantuvo su mirada en los ojos de Segis, permitiéndole recordar. Se inclinó para apoyar las manos en la almohada, una a cada lado de la cara y acercó aún más el rostro.

—¿Te acuerdas de mí?

El hombre intentó ajustar su borrosa mirada.

El bulto que sentía entre sus piernas comenzó a desinflarse.

—Parece que sí ¿Se te han quitado las ganas? ¿Así, de repente?

Entre retorcijón y retorcijón Segis realizaba visibles esfuerzos por enfocar la mirada en la chica buscando con vehemencia ese rostro en sus recuerdos.

Lo encontró.

—¡¿Tú?! No, no es posible— sus ojos se abrieron teatralmente— desapareciste después de pegar a mi hijo.

—Abusó de mí, como hacía con sus hermanas, lo que tú le enseñaste hijo de puta— suspiró un par de veces— aquél día me pilló en la nevera buscando algo de comer y se puso a gritar como un energúmeno. Le he visto en su habitación, cuando termine contigo le haré una visita.

Segis comenzó a agitar brazos y piernas descontroladamente, a levantar y bajar las caderas como si quisiera quitarse de encima a la mujer que regresaba del pasado.

—O te estás quieto o me obligarás a hacerte daño.

—¡Qué coño quieres! ¡¿EH?! ¡¡No te hice nada, desgraciada!!

—No, tenía que cumplir los trece. ¿Recuerdas?

—¡¿Qué cojones quieres?!

—Eso es sencillo de descubrir hasta para un individuo como tú ¿no crees? Dentro de un rato lo podrás comentar con tu queridísima mujer y con tu hermano.

Segis detuvo sus histéricos movimientos de cabeza y clavó los ojos en ella.

—¿Con… con Candela?— soltó entre titubeos con la boca a medio cerrar, incrédulo— ¿Con Pepe? Pero si están muertos.

En el rostro del *Vengador* se talló una sonrisa torcida.

—¿Tú? ¿Fuiste, tú? ¿Eres Cris?— su voz apenas un balbuceo.

—Sí, pero reconozco que no lo pude disfrutar como hubiese querido, ahora es diferente, quizá sea el paso de los años, no sé.

De repente Segis comenzó a gritar. Maite introdujo la mano en el bolso, se hizo con la pistola eléctrica y le aplicó una descarga mínima

que puso fin a sus insoportables quejidos entrando en un estado de deseado silencio. Saltó de la cama, le quitó los calcetines, los calzoncillos y sin poder evitar el asco que le generaba formó una pelota con las prendas y la introdujo en la boca de su víctima.

Esperó el tiempo suficiente para que despertara y continuar con lo que se había propuesto hacer.

—Segis…Segis…— murmuró acompañando la voz de sendos golpes en las mejillas— cuando me fui de tu casa, después de darle con el rodillo al estúpido de tu hijo, me encontré con tu querido hermanito, pero eso es otra historia.

El individuo abrió los ojos. Tardó unos segundos en comprender dónde se encontraba y quién coño era la mujer que le daba suaves palmadas en el rostro.

—¿Sabes lo que me dije cuando bajé del camión de tu querido Pepe? Otro que se cabreó porque no era virgen. No, no lo era con doce años, la perdí con diez gracias al novio de mi madre, pero esto no viene a cuento.

Los ojos de Segis amenazaban con saltar de sus órbitas.

—Como te decía, cuando me dejó tirada en la carretera me prometí algo que me ha acompañado desde ese momento hasta ahora mismo, que ponga fin a todo esto— guardó unos teatrales segundos y añadió: — me prometí que…no olvidaré tu rostro, ni el tuyo, ni el tuyo… jamás.

Maite extrajo del bolso el estilete, algodón y unos guantes de cirujano. Con lentos movimientos fue introduciéndolos dedo a dedo seguida por la horrorizada mirada de Segis.

—¿Sabes lo que pasa? Que no me he traído el rotulador que suelo utilizar— sacó del bolso una fotografía y se la mostró— qué cabeza la mía. ¿Ves? a este me refiero— con el dedo señaló el texto que rezaba culpable en el cartel situado sobre el pecho del cuerpo sin vida de su mujer, Candela— No murió atropellada como dijo la prensa— Maite se permitió una mueca de satisfacción mientras deslizaba su mirada sobre el estilete— eso fue después de darle lo que se merecía.

Colocó una gruesa manta sobre la cintura de Segis y se sentó sobre ella.

Señaló el bisturí.

—Este es mi rotulador, a falta del original —sonrió— no te preocupes que haré un buen trabajo, verás…

Llevó el estilete al pecho del hombre y comenzó a trazar la letra c.

Tuvo que detenerse. Los incontrolables movimientos del individuo impedían delinear las letras como deseaba. Con una nueva descarga la calma regresó al dormitorio.

—Qué tonta soy, casi se me olvida— cogió el pequeño frasco que contenía cianuro y vertió unas gotas en la boca de Segis, cuando terminó volvió a dejar los calzoncillos y calcetines a modo de tapón.

Trazó con calma letra a letra, *culpable*. Curiosamente no se sentía especialmente satisfecha, le embargaba una sensación similar a la experimentada en otras ocasiones. Era como si todo respondiera a lo que esperaba de ella misma, como cuando una persona da las gracias a un policía y este responde algo como; no tiene importancia, es mi trabajo.

Esto es lo mismo.

Para terminar faltaba un detalle.

Extrajo de la boca de Segis su ropa interior y comprobó que el cianuro ya había hecho su efecto. No supo si alegrarse o no, lo que venía a continuación hubiera supuesto un insoportable cúmulo de jadeos y movimientos de brazos y piernas.

—No soy una sádica, aunque este tipo de gentuza se merezca esto y más.

Con dos dedos cogió el pene. De dos secos cortes lo separó del cuerpo, lo envolvió en los calzoncillos y lo introdujo en la boca de la víctima.

Llevó la vista al recuerdo de su profesor del taller.

—Esto es darle un golpe de efecto, ¿no, Jaime?

Veinte minutos más tarde dejó todo a su gusto eliminando cualquier huella que pudiera haber dejado en la casa. Sacó varias fotografías con el móvil desde diferentes ángulos y antes de abandonar la vivienda se acercó a la habitación del chico. Lentamente abrió la puerta, asomó la cabeza. El hijo de Segis parecía dormitar ajeno a todo lo que sucedía en el otro extremo de la vivienda.

Tomó asiento en el borde de la cama.

—Despierta, pequeño hijo de puta.

El chico abrió los ojos.

Maite apuntó con la cámara del teléfono y le sacó varias fotos.

Nadie habló durante un largo minuto.

—Sí, soy Cris ¿te acuerdas de mí?

El hijo de Segis no decía nada. Sólo la miraba aterrorizado.

—Yo que tú no saldría de aquí hasta que no llegara la policía. Si dices una sola palabra de mí, te buscaré y haré contigo lo mismo que he hecho con tu padre ¿me entiendes?

—Sí...sí…— su voz entrecortada.

—Debería hacerlo ahora pero no soy capaz de abusar de alguien en

tu estado, sólo lamento no haberte dado más fuerte aquel día— elevó los brazos al aire mientras negaba con vehemencia— ¿pero cómo pudiste hacerle eso a tus hermanas? ¿Eh? ¡¿Y a mí?!— bajó la mano dispuesta a estrellarla en el rostro del individuo que tiñó de negro una etapa de su vida, pero se contuvo a tiempo.

Se incorporó aguantándose las lágrimas.

—¿Sabes dónde vive tu hermana?

El chico negó con la cabeza.

—No tengo nada contra ella, al revés, siento lástima por la vida de mierda que le habéis hecho llevar. Quería decirle que todo ha terminado.

Se puso la peluca y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se giró.

—Ya se enterará por la prensa y cuando lo haga será feliz. Ah y no olvides nunca lo que te he dicho.

27

Toñín llevaba varios días esperando carta de Cris. Asomado a la ventana de su habitación aguardaba impaciente a que Toribio, el cartero, apareciera por la esquina sentado en su moto amarilla.

—Ahí está…— murmuró al divisar la figura del individuo que dejaba un paquete de sobres en el buzón de unos vecinos.

Bajó de dos en dos los escalones que le llevaban a la planta baja y corrió por el vestíbulo hasta la puerta de la calle. Asomado tras una pequeña ventana, a resguardo de su correspondiente cortina, no perdía detalle de cada movimiento de Toribio. Le vio acercarse, sin descender de la moto dejar varias cartas en el buzón y partir de nuevo.

Se obligó a guardar un par de eternos minutos antes de salir de la casa bien abrigado, guardaba cama por un resfriado, y hacerse con el correo. Entre los sobres creyó distinguir el que buscaba, lo cogió y depositó los demás en el buzón. Si los dejaba en la mesa de la entrada tendría que dar a su padre unas explicaciones, con las que no contaba, por haber abandonado la cama.

Cogió el sobre y buscó el remitente.

—Raúl…

Sonrió a letra de Cris.

Desde que su amigo le envió la primera carta y descubrió que no se trataba de él sino de ella, había recibido con esta ya cuatro. En la primera, Cris le habló de tener una cuenta de correo. Le había enviado ya un par de ellos pero por lo visto resultaba más complicado de lo esperado acceder a un ordenador, así que de momento seguían con las cartas.

Leyó:

"*Hola Toñín.*

No veas la rabia que me da no haber podido leer los correos que me has enviado. No nos dejan que entremos en internet con los ordenadores de la sala, pues vaya tontería. Me pregunto para qué los tienen, pero seguiré intentándolo.

En las otras cartas no te di las gracias por todo lo que hiciste, me salvaste la vida y eso no lo olvidaré nunca. No te preocupes por nada, nadie habla de lo que sucedió.

¿Sabes? Estoy triste, Susa se ha ido sin decir nada, eso dice doña Herminia. Estoy segura que los malditos hermanos Rosales han tenido algo que ver. Aquí pasan cosas muy raras, Toñín. Tomasa se escapó, la encontraron y la han metido en otro centro, seguro que se vuelve a escapar ¿te puedes creer que se presentó en casa de Raúl, en la granja?

Han venido dos familias, una de ellas me ha caído muy bien pero no me fio de nadie. Sigo haciéndote caso y portándome bien para salir de aquí. Tenemos mucho que hacer. A mí no me desaparece la rabia.

Tengo ganas de verte, que lo sepas.

Espero que sea pronto.

Tu mejor amiga, Cris"

—A mí tampoco me desaparece…

Llevaba medio año con Diego y su vida había cambiado completamente. Lo peor fue dejar de soñar cada noche con el azadón y el cuello del vigilante. Oía el chasquido en cuanto apagaba los ojos, varias noches se despertó envuelto en un sudor frío. No, no era arrepentimiento lo que provocaban las pesadillas. En sus sueños se veía tirando del azadón para soltarlo, levantar las manos en el aire y dejarlo caer una vez más en el mismo lugar.

Eso hubiese querido hacer con el desgraciado que vio encima de su madre, golpearle una vez y otra y otra.

—Algún día lo haré, mamá, ya lo verás.

Había vuelto al cole y hecho algunos amigos con los que de vez en cuando salía a la calle. Le había gustado darse cuenta que su padre, Diego, era muy querido en Ruiloba, como su familia. Todo el mundo hablaba muy bien del inspector, para sus nuevos amigos tener un poli como padre no era cualquier cosa.

Se sentó en el ordenador y empezó a escribir un correo para su mejor amiga, Cris. Nunca había conocido a nadie como ella, estaba seguro que no tardarían en verse. No había otra persona en el mundo a la que se sintiera más unido. Era a la única que le había contado lo que vio en su casa cuando asesinaron a sus padres, lo que sintió y sobre todo lo que sigue sintiendo desde entonces. Jamás pensó que su historia fuese incluso peor. De ella abusó mucha gente, los novios de su madre, el camionero, el hijo de Segis, el propio Segis, otro padre de acogida.

Demasiada gente.

Sabía que pensaban igual, que algún día, no sabían cuándo ni cómo todos ellos pagarían, cuando menos se lo esperaran.

Escribió:

"*Hola Cris.*

Acaba de llegar tu carta, estoy resfriado y como estaba en casa la he podido leer ya. Cuando termine la mando a tu correo y como me dices que no sabes si podrás leer pues la imprimo y se la mando a Raúl para que te la lleve.

Espero que salgas pronto y nos podamos ver.

Lo de Susa es muy raro que se vaya sin avisar, si eres su mejor amiga. Igual encontró familia rápido y no pudo decírtelo. Siento que Tomasa este así, con lo bien que estaba con Raúl. Lo sabía porque me lo dijo él, me llamó el otro día.

Te dejo el teléfono de mi casa por si algún puedes llamarme.

Escribe.

Y no tardes ¿eh?

Tu mejor amigo, Toñín."

Cris no había querido contarle con detalle lo que pasaba con ella, sus amigas y los hermanos Rosales. Estaba más que harta de contar malas noticias, aunque tampoco era algo raro ¿no? en La Esperanza las alegrías que compartir eran más bien escasas. A los pocos días de irse Raúl llegaron los hermanos.

"Unos chulos"

Eran los más mayores, y se metieron en problemas desde el primer momento. Recuerda como las seguían a ella, a Tomasa y a Susa. Una tarde uno de ellos se llevó un buen bofetón en clase de parte de Tomasa. Fue unos días antes de que se fugara, desde ese momento no paraban de seguirlas. Una noche, antes de irse a la cama uno de ellos le dijo a Susa que había llegado su momento, o algo así, Cris no lo recuerda bien porque su amiga estaba muy nerviosa cuando se lo contó.

No la volvió a ver.

Los hermanos Rosales abandonaron La Esperanza al día siguiente.

Cris no quería que Toñín sufriera por ellas, ya lo había pasado muy mal. Quién sabe, quizá algún día se lo contara todo.

"¿Habrá leído ya mi última carta?"

Le daba una rabia tremenda no tener ordenador. No había dejado de buscar la forma de hacerse con uno. Desde que decidió portarse bien las opciones que en otro momento hubiese barajado, como colarse en algún despacho o escaparse a algún locutorio que hubiera

por la zona, estaban descartadas.

No exactamente.

Saber que Toñín le había enviado dos correos le hacía sentirse como una idiota. No entraría sin más en ningún despacho pero algo tenía que hacer, lo más importante es que nadie la pillara.

—Se te ve muy pensativa.

La voz de Vicen, el jardinero, la sorprendió a su espalda.

—Qué susto me has dado, Vicen.

—Perdona, creí que me habías oído llegar ¿qué haces aquí tan sola?

Desde que Tomasa, Susa y Raúl se fueron no había vuelto a hacer amigos. Al menos, no como ellos. Un día estaba escondida en el almacén y apareció Vicen, pensó que iba a chivarse o llevarla a la directora, pero lo que sucedió es que desde ese momento encontró un nuevo amigo.

—Ya sabes, esperando noticias.

—¿Otra carta?

Cris dibujó una extraña mueca.

Miró a un lado y a otro y habló con voz queda.

—Ya le habrá llegado, pero lo que quiero es un ordenador, no para mí sino que me lo dejen un rato.

Vicen permanecía de pie, no quería que doña Herminia, ni doña Valentina, ni nadie le viera hablando con una interna sentada a su lado. En el lugar que se encontraban podía vigilar si se acercaba alguien.

—¿Qué fue de los que trajeron?

—Pues que no tienen internet, para ver mi correo necesito que lo tenga.

Vicen negó con la cabeza mientras se rascaba la nuca.

—No entiendo lo que me dices pero veo que es muy importante. Dime una cosa ¿dónde puede haber un ordenador de esos que te valga?

Cris lo tenía muy claro.

—En el despacho de la directora o en el de Roberta, por ejemplo.

—Está complicado entrar en esos sitios.

—Lo sé.

—¿No se te ocurre ninguno lugar más?

La niña apretó los labios y cruzó los brazos. En su rostro un gesto de total concentración.

—En un locutorio.

El semblante de Vicen se iluminó.

—La novia de mi sobrino tiene uno.

Los ojos de Cris se abrieron exageradamente.

—¿Sí?— al mismo tiempo que se abrían se cerraron. Su alegría tardó en disiparse los escasos segundos que le llevó comprender que jamás podría ir a un locutorio, por lo menos hasta que no encontrara una nueva familia—…pero no puedo salir de aquí…

Vicen observó el rostro compungido de la pequeña que le había robado el corazón. Tenía por costumbre no mezclarse con los internos. Sabía que sucedían cosas en el centro y prefería mantenerse al margen. Su cometido estaba entre el jardín y el almacén, no ponía un pie en el interior del centro a no ser que doña Herminia lo mandara buscar.

Sí, sabía al menos parte de la dolorosa vida de esa chiquilla a la que parecía que todo le salía mal. Se disponía a hacer algo que si lo descubrían conllevaría su despido fulminante.

—Tengo una idea— dijo al fin— pero tendrás que prometerme que no harás nada sin mi consentimiento.

—¿Una idea para ir al locutorio de la novia de tu sobrino?— Su rostro iluminado reflejaba la ilusión que le generaba la posibilidad de poder acceder de una vez a su correo.

—Sí.

—Lo prometo, Vicen.

—Tendremos que darnos prisa. Ya sabes que si nos cogen me echaran del trabajo, hay que tener mucho cuidado ¿vale?

—Vale.

Quedaron después de la siesta, el jardinero necesitaba comprar abono y reparar el azadón. Cris le aguardaba en el almacén. En cuanto vio la pequeña furgoneta detenerse frente a la puerta abandonó su escondite y se escondió en la parte trasera. Media hora más tarde se hallaba en el interior del locutorio sentada frente a un ordenador accediendo a su correo. Al salir del locutorio era la chica más feliz sobre la tierra, había leído todos los correos de su mejor amigo y además tenía su número de teléfono.

No pudo aguantarse.

—Vicen, ¿me dejas veinte céntimos?

—¿Qué quieres comprar con tanto dinero?

Cris torció el gesto.

—¿Es mucho? Era para llamarle a su casa, como me ha dejado su número me gustaría escucharle y…

El jardinero pasó su enorme y morena mano sobre la cabeza de la niña y sonrió.

—No, no es mucho. ¿Ves esa puerta?— señaló una cabina del locutorio— métete ahí y llama.

—¿Sí?

—Claro, pero no tardes.

—No, te lo prometo.

No la separaban ni cinco metros de la cabina pero le dio tiempo a sentir como se le humedecían las manos, y a su corazón agitarse como no recordaba.

“Seguro que no está o lo coge el policía”

Con el auricular en la mano suspiró varias veces. Desdobló el pequeño papel donde había apuntado el número y marcó.

Un tono, dos, tres…

Un clic.

—¿Sí?

“¡Es él!”

Quería hablar, pero la emoción la impedía vocalizar.

—¿Dígame?

—¿Toñín…?

—Sí, soy yo.

—Soy tu mejor amiga…

—¿Cris?

28

Paco abandonó la Jefatura sin saber si había obrado correctamente. Como ciudadano su actitud podría considerarse dentro de lo normal, de alguien preocupado por la seguridad de los suyos. Avisar del peligro que podría esconderse en la amable figura de un escritor entraría dentro de sus atribuciones.

Pero como Policía Local era otra cosa.

No se había presentado ante al comisario Redondo como el ciudadano Francisco Calatayud, sino vestido con su uniforme oficial. Si le habían tomado en serio sus temores carecerían de sentido, pero si habían visto en él a alguien demasiado impresionable por unas absurdas coincidencias quizá su carrera profesional se viera afectada.

—¿Qué te parece lo que nos ha contado?— Diego acababa de poner al corriente a su compañera de la conversación mantenida con el colega de la Local.

—¿Qué quieres que te diga? Un lío más. Si está en lo cierto, es posible que ese escritor sepa algo o guarde alguna vínculo con *El Vengador*, esto me llevaría a plantearme qué narices hacemos con todo lo que llevamos investigado— María cruzó las piernas y negó— es posible que sean imaginaciones suyas, no veo qué relación puede haber entre un individuo de cincuenta y seis años, escritor, que reside habitualmente en Madrid, con el camionero, Segismundo y su esposa, los hermanos, el vigilante…

Diego escuchaba a su compañera desde la ventana, con la vista en la calle, sin poder quitarse a su hijo, al azadón y doña Herminia de sus pensamientos.

—Yo tampoco, todo esto se está liando más de la cuenta y la solución está en lo sencillo— dijo vuelto hacia el interior de la sala.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que saber buscar entre toda la documentación que tenemos. De momento no vamos a descartar nada, ni la vía del escritor al que haremos una visita. La buena noticia, por decirlo de algún modo, es que está hospitalizado y de ahí no saldrá a matar a

nadie.

—Buena forma de verlo, Diego. Por cierto…— cogió una carpeta— lo ha traído cruz mientras estabas con el de la Local— dijo entregándosela— es el informe de la investigación del asesinato de Segismundo Ganzán.

—¿Has visto algo que te llame la atención?— abrió el dosier y comenzó a leer.

—La verdad es que sí. Según dice el informe, el hijo de Segismundo estaba atiborrado de sedantes, se había hecho todo encima. Los compañeros llegaron a la vivienda el domingo por la tarde, el día de Navidad y todavía le duraban al chico los efectos.

—¿Quién lo descubrió?

—Su actual pareja Gladys…

—Gladys Mejía Santana…— leyó el inspector.

—Me pregunto porque un padre iba a drogar a su hijo en Nochebuena. A no ser que…

La subinspectora quedó con la mirada perdida unos instantes.

—Dilo, a no ser que…

El rostro concentrado de María era fiel reflejo de la actividad en la que se hallaba inmersa su cabeza en esos momentos.

—A no ser que esperase visita y no quisiera ser molestado. Conocía a su asesino, asesina mejor dicho y confiaba en pasar un buen rato con ella— llevó la caperuza del Bic a la boca— ¿qué tipo de individuo hace eso a su hijo deficiente mental? Está claro que no le importaba en absoluto. ¿Quién se puede poner a…a atener sexo en la habitación de al lado sabiendo que tu hijo está…? Prefiero no pensar en ello.

Diego tomó asiento de nuevo.

—Todo lo que apuntas habla de la personalidad de Segismundo Ganzán. Hay algo extraño. A ver qué opinas…— pasó un par de hojas del dosier y miró a su compañera— damos por hecho que conocía a su asesina. Para llevarla a su casa no se trataría de alguien con quien acaba de cruzarse en la calle. Había restos de langostinos en la basura, una botella de vino sin abrir, un par de vasos sucios pero sin huellas… Lo que quiero decir es que…

—Lo que quieres decir es por qué, si la conocía, no huyó de ella ¿no? Y por qué ella si sabía quién era Segismundo Ganzán ha tardado tanto en terminar con él.

—Recuerda que utilizaba otro apellido.

—Sí…— calló unos instantes y añadió: —de alguna manera lo localizó en Valladolid y fue a por él. Eso quiere decir que en el fondo no se conocían tanto, posiblemente el tal Segis se creyó que había ligado.

—Eso concuerda, no tenía por qué conocerla de mucho antes ¿Y la nota que recibimos de Valladolid?

—¿Qué nota?

Diego buscó en sus pantalones.

—Perdona, se la dio Cruz al comisario cuando salimos de su despacho— le entregó el pequeño sobre a María.

—Sigan cavando…— susurró a la nota— estoy de acuerdo— levantó la vista buscando la de su compañero, con un leve gesto de cabeza requirió su opinión.

—Eso mismo le he dicho al comisario. Siguiendo con lo que estábamos, ¿por qué nos envía la nota desde Valladolid? ¿Por despistar o porque reside allí desde que localizó a Segismundo Ganzán?

El clic del resbalón de la puerta se adelantó a la respuesta de la subinspectora. Fausto Redondo entraba en la sala.

—Me comenta el comisario Ramírez que el hijo de la víctima no dice nada de la tarde que mataron a su padre. Ni oyó, ni escuchó nada.

—Es comprensible si estaba tan sedado.

—Sí, puede ser. La pareja dice que ella no sabe nada, que Segismundo le dijo que estaría ocupado esa tarde y que no durmiera en casa.

—Pero vamos a ver comisario ¿no eran pareja?— María extendió los brazos.

—No sé qué decirle. Ya sabe que hoy en día las hay de muy diferentes modalidades. Quizá sea de una de esas… ¿Cómo las llaman?— chascó los dedos en el aire.

—¿Abiertas?

—Sí, eso,

—Podría tratarse de una pareja de conveniencia— apuntó el inspector.

—Sean como sean, la cuestión es que a ella no le debió impresionar demasiado que su *pareja*— Fausto separó las sílabas al vocalizar la palabra— le dijera que no regresara hasta el día siguiente.

—Sí, encima siendo Nochebuena— María bajó la vista al dosier— ella trabajaba pero no me parece escusa suficiente.

—Creo que de Valladolid no hay más que sacar a no ser que científica encuentre algo que nos ayude.

—Eso parece. Por cierto, jefe ¿haremos caso a la nota y se volverá a cavar?

—No me gusta seguir sus mandatos pero no queda otra. Comenzarán mañana a analizar más en profundidad el área. No se

puede levantar todo el campo que rodea al centro.

—Nosotros nos vamos a hablar con el inspector Trémez— Diego cogía su chaqueta— ¿Algo que debamos saber de él?

—Se jubiló hace unos años, o le jubilaron, no sabría decir. Algo sucedió con su expediente, fue un caso comentado pero no salió de los pasillos. Lo que sí les puedo decir es que la investigación de la muerte de los hermanos Rosales fue la gota que colmó el vaso.

—¿Puede ser más explícito?

—Fueron órdenes de arriba, no me pidieron mi opinión, Olivares.

—¿No hay nada escrito que pueda darnos una pista de con quién vamos a hablar?

—No, hágase a la idea de que se trata de alguien que fue compañero nuestro y que no terminó su carrera de la mejor manera posible.

Demetrio Trémez colgó el teléfono con una calma inusitada. Su carrera en el cuerpo de policía se había caracterizado por lo contrario, su fuerte carácter era bien conocido por compañeros y detenidos. La llamada del inspector Olivares pidiéndole unos minutos para hablar sin concretarle el caso sobre el que quería conversar le estaba sumiendo en una extraña sensación de indiferencia. Sabía que esa sensación podía ser pasajera. Bastaba con que se sintiera ofendido o atacado para que su actitud fuera bien distinta.

Una hora más tarde llamaban a la puerta de su casa a las afueras de Santander.

—Inspector Trémez—Diego le ofreció la mano— soy…

—Estoy jubilado, inspector Olivares, basta con Demetrio o Trémez, como prefiera— apuntó mientras aceptada la mano y mostraba una sonrisa forzada.

—Mi compañera, la subinspectora Pinta.

—Subinspectora… Pasen, por favor. En mi época no disfrutábamos de tan grata compañía.

María frunció los labios. No sabía cómo tomárselo.

—Espero no haberla molestado. Siéntense, por favor— ofreció un par de butacas— sé que mi comentario años atrás podría ser catalogado como un piropo pero hoy día más de una me habría tachado de machista— carraspeó mientras ladeaba la cabeza— Una línea complicada de trazar. A veces pienso que estamos perdiendo el norte.

—No se preocupe, no me ha molestado.

Trémez había decidió no ofrecerles nada de beber para que no pensaran que buscaba algo. Haría lo que la mayoría de la gente que interrogó hizo con él; responder a las preguntas confiando en que se marcharan cuanto antes.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

Diego tomó la palabra.

María analizaba cada gesto del ex inspector.

—Te imagino al tanto de la aparición de varios cuerpos en el que fuera el Centro de Socorro La Esperanza y de un asesinato en Valladolid que lleva la firma del *Vengador*.

Trémez se remetió la camisa por el pantalón sin excesivo éxito. Necesitaba una talla mayor o reducir el contorno de su estómago.

Quizá ambas opciones.

—La vida sedentaria hace que uno se abandone.

—No será por falta de tiempo— intervino María sin poder contenerse y lamentando lo dicho nada más soltarlo— disculpe no quise…

—Llevas razón, estando en activo con menos tiempo libre me cuidaba más— cruzó las piernas— pero no habéis venido a hablar de mi físico ¿En qué os puedo servir?

—Estamos revisando los asesinatos del *Vengador* y…

—¿Revisando? Es un caso cerrado, todo está en los numerosos informes que presenté.

—Sí, los hemos leído— convino Diego— pero el descubrimiento de los cuerpos que te comentaba y el asesinato de Valladolid, nos llevan a…

—Pero vamos a ver— Trémez se incorporó mientras negaba condescendiente con la cabeza— se trata de un caso cerrado, *ce rra do*. *El Vengador* ha muerto. No hay tal *Vengador* ¿No lo habéis entendido?

Diego dejó que pasaran unos segundos para no soltar lo que le pedía el cuerpo. Observó de reojo a María que no dejaba de tomar notas en su libreta.

—Verás, Trémez, el asesinato de Valladolid tiene que ver con los anteriores cometidos por la chica, por *El Vengador*.

Demetrio se frotó la despejada frente. En su semblante una estúpida sonrisa.

—¿Eso quién lo dice, compañero?

—En los informes que presentaste— el inspector optó por continuar con la conversación y hacer caso omiso de sus comentarios — no se aclara por qué fueron asesinados los hermanos Rosales. Sí, la fotografía enviada implica al *Vengador* pero no hemos encontrado el motivo. ¿Nos puedes decir que pasos seguiste?

Demetrio se retrepó en su butaca.

No estaba dispuesto a compartir con nadie los pormenores de un caso que le había llevado a la jubilación anticipada con menos pensión de la que según su forma de entender las cosas se merecía.

—Está todo en los informes. No me acuerdo de cada paso que dimos. Seguimos el rastro de esos hermanos, los centros en los que habían estado, de los que se habían fugado y…

—¿La Esperanza?

—Sí, subinspectora.

—¿Recuerda a doña Herminia?

—Algo, sí.

—Un vigilante de La Esperanza, César Hernández, también murió a manos del *Vengador*. La foto que hizo llegar a la prensa y a nosotros mismos el pasado mes de septiembre así lo demuestra. Te supongo al tanto de la aparición de su cuerpo junto al centro de socorro.

—Es imposible aislarse de los malditos medios— sacó un paquete de ducados— ¿fuman?

Los dos policías negaron con la cabeza.

—Les importa que…— sin aguardar respuesta acercó la llama del mechero al pitillo.

María echó un rápido vistazo a sus notas.

—Como dices, tenemos los informes que presentaste. Los hemos leído y releído, y, Demetrio, por más lecturas que le damos no hallamos el apartado que explique el asesinato de los hermanos, ni el atropello de la mujer de la última víctima, Candela García. Ni el del camionero— María deslizó su posición hasta el extremo de la butaca, las rodillas juntas, en una mano su libreta, en la otra su inseparable Bic— nada apunta al *Vengador* excepto las fotos que ella envió.

Trémez apuró un par de largas caladas y expulsó el humo con fuerza.

—Fuma todo lo que quieras pero haz el favor de no echarme el humo en la cara— soltó Pinta visiblemente molesta mientras agitaba la mano en el aire.

—¿Qué nos puedes decir, Demetrio? Estamos en plena investigación y necesitamos tu ayuda— intervino Diego solícito, intentando rebajar la tensión del ex policía.

—Fueron varios años de trabajo, de perseguir un fantasma. Nada había de él o de ella en las víctimas. Si no recuerdo mal dos eran familiares y…

—Tres con el de Valladolid— aclaró María.

Trémez clavó la mirada en los ojos de la subinspectora.

—Entonces eran dos— volvió el rostro hacia Olivares buscando

complicidad masculina— nada excepto ese vínculo familiar les relacionaba. Ninguna conexión con los hermanos Rosales, ni con el conserje que mató al *Vengador*.

María y Diego permanecieron en silencio.

—¿Qué más queréis que os diga?— apagó el pitillo con saña.

—Todo lo que recuerdes de los hermanos Rosales— insistió Diego — este el motivo principal de la visita.

Demetrio hubiese preferido hablar de cualquiera de los otros casos.

"Estos no tienen ni idea de mi jubilación anticipada"

El ex policía encendió otro pitillo con parsimonia, confiaba en hacer la estancia de sus colegas en su casa lo más incómoda posible. No, no pasaba por su cabeza compartir con ellos lo que pasó. Tampoco lo hizo con sus superiores pero de alguna manera se enteraron.

—Han pasado varios años, compañeros. No os puedo aportar nada nuevo que no venga en los informes— apoyó una pierna en la mesa y expulsó el humo al techo— los cadáveres aparecieron en una nave, no lejos del centro de Barreda. ¡Uno de ellos con las pelotas destrozadas! — exclamó sonriente— Nadie vio nada, nadie sabía nada. La investigación nos llevó a La Esperanza y ahí se terminó el rastro.

—¿Algo más?

—No, Olivares, como te he dicho no…

—Investigaremos hasta el final, algo que tú no has hecho— soltó María, cansada de la prepotencia del ex policía.

Demetrio estiró el brazo apuntando a Pinta.

—¡Eh! ¡Niñata! ¡No te permito que me hables así, desgraciada, y menos en mi puñetera casa!

Diego se situó entre medias.

—No me obligues a intervenir…—susurró en el oído de Trémez.

—Pues átala en corto, si no la próxima vez te juro que…

—No me has entendido, Demetrio, lo digo por ti. No la conoces, yo en tu lugar dejaría las cosas como están.

—¿Por mí…?— achicó los ojos, como si no comprendiera.

María se encaminó hacia la puerta seguida de su compañero. Una vez en el coche le mostró una amplia sonrisa.

—¿Qué le susurrabas?

—Mejor no quieras saberlo. Por cierto, has estado muy bien. Ni cabreándole ha sido capaz de decir nada que justificara su investigación.

—Por llamarlo de alguna manera ¿no?

—Lo que está claro es que lo que hizo le valió la jubilación anticipada, pero no creo que tenga nada que ver con el caso, más bien será una cuestión de negligencia.

Callejearon en silencio durante unos minutos.

—¿Qué propones?

—Creo que deberíamos hablar con los colegas de la Brigada Central contra la Trata de Seres Humanos, a ver si han averiguado algo de las dos prostitutas— Diego se hizo con su móvil del bolsillo.

—A ver si tenemos suerte.

Antes de que el pulsara el número de su contacto el teléfono comenzó a sonar.

—Luego diremos que las coincidencias no existen— dijo al ver el nombre que aparecía en pantalla— Paloma, en estos momentos me disponía a llamarte. Pongo el manos libres que voy con mi compañera en el coche.

—Me alegro de haberme adelantado, Diego. Imagino que la subinspectora está contigo ¡Hola María!

—¡Hola Paloma!

—A ver si nos tomamos unos vinos de chicas.

—¿De chicas?— intervino Diego— cómo sois.

—Sí, de chicas, que tenemos cosas que contarnos y que no interesan a nadie más.

—Vale, vale, me callo. Vamos a lo nuestro, Paloma ¿Alguna relación entre las dos mujeres y el vigilante?

—Hemos enseñado la foto que nos diste de César Hernández entre todos los tugurios de Santander y puedo decirte que era conocido en varios de ellos.

—Sí.

—Como sabes, nadie va a reconocer que dos chicas muertas trabajaban de prostitutas en sus locales.

—Sería pedir demasiado. Lo sé, pero…

—Pero le han visto en varias ocasiones con al menos una de ellas, la de Nigeria. La polaca era relativamente nueva en el negocio. No sé si os vale de algo la información.

—Siempre nos vale todo lo que nos cuentas.

—Anda, no seas pelota. María, recuerda esos vinos ¿eh?

—Claro, Paloma, cuando quieras me apunto.

El inspector guardó el teléfono y miró al frente. Su rostro concentrado y serio reflejaba lo que pasaba por su cabeza.

—Qué caso más complicado. Si damos por hecho que el vigilante se cargó a las dos prostitutas, eliminamos a la directora como posible sospechosa.

—Por una vez ha sido sincera en algo, pero recuerda que tenemos

a los dos críos.

—Sí. Quizá hubieran sido tres si Toñín no hubiese tenido el valor de intervenir.

Diego apretó los labios y asintió.

29

Cris se despierta sobresaltada, es su primera semana con la nueva familia y no ha logrado conciliar el sueño ni una sola noche. Siempre la misma pesadilla. No se trata de un sueño en el que pase miedo, es apenas una imagen. Ya le sucedió en La Esperanza.

—Otra vez…— murmura sentada en la cama, empapada en sudor.

De pronto un suave repiqueteo de nudillos en la puerta. Bajo el umbral aparece el sonriente rostro de su nueva madre; Daniela.

—¿Estás bien, Maite?

Sí, nueva familia, nuevo nombre, así se lo pidió a sus padres de acogida. Quería comenzar una nueva vida y dejar atrás su pasado, mintió a medias. Sabía que nunca podría vivir como la gente normal, estaba marcada, pero deseaba hacer las cosas bien, como le decía Toñín.

—Sí, sólo un sueño— volvió a tumbarse— gracias.

—Descansa, cielo.

En los siete días que llevaba en esa casa jamás se había sentido tan a gusto. La trataban como si de verdad les importara lo que pensara o lo que le apetecía hacer. Cierto que sólo era una semana, demasiado poco tiempo para valorar nada pero suficiente para haberse fugado como ya hizo en otra casa.

Tenía una hermana que ya no vivía con sus padres, se podría considerar como hija única de un matrimonio adorable.

Cerró los ojos.

La imagen de la mujer mayor hablándole de las bondades de la lluvia le hacía sentirse bien, pero tras ella se formaba otra que la inquietaba. Hablaba con un chico, no podía recordar si se trataba de alguien conocido o inventado, frente a ella su propio reflejo…

Un reflejo que la aterrorizaba.

Sí, se trataba de ella, pero cuando agitaba las manos o sonreía, el reflejo no hacía lo mismo. A veces se quedaba mirándola, otras se movía como si tuviera vida propia.

—Sígueme, Elena…

—¿A dónde? ¿Pero cómo te voy a seguir si eres mi reflejo?

La escena se repetía en sus sueños como un bucle. Unas veces era Elena otras Manuela, las menos, Cris.

No era este sueño lo único que no le permitía dormir.

No, un constante estado de nervios se lo impedía. Estaba muy contenta, no tardaría en ver a Toñín. El problema era que estaba un poco lejos, en Ruiloba, no sería fácil que le permitieran ir en autobús.

Toñín aportó una solución.

—Voy camino de los dieciséis, creo que Diego me dejará.

—¿Sí? bien.

—Puedo ir con él a Santander y vernos, le digo que he quedado con un amigo del colegio y ya está.

Sólo faltaban dos días para que ese momento se hiciera realidad. Había transcurrido más de un año desde que le vio entrar en el coche del policía que le fue a recoger a La Esperanza.

Cambió de postura rodando hacia el otro extremo de la amplia cama y sonrió.

“Dos días…”

El reencuentro fue conforme a lo esperado. Permanecieron un largo minuto mirándose sin abrir la boca. Expresar las emociones no era algo que dominaran y menos en público. Habían quedado en el Parque de la Marga, junto al Barrio Pesquero. Miraron a un lado y a otro, la gente que pasaba a su lado no les prestaba la menor atención.

—Hola, Toñín.

—Hola, Cris.

—Estás guapo.

—Pues anda que tú.

Otro largo minuto sonriéndose antes de eliminar los escasos dos metros que les separaban y darse dos torpes besos en los mofletes.

—¿Nos sentamos?

Toñín respondió, vale, lo mismo que habría dicho si ella hubiera propuesto dar un paseo o acercarse a la playa o salir corriendo. Por fin, su mejor amiga estaba ahí, delante de él.

Hablaron sin parar durante hora y media, sobre todo Toñín que estaba emocionado con su nueva vida, con la casa, con el colegio, pero sobre todo con Diego.

—Para mí siempre serás Cris ¿te importa que no te llame Maite?

La chica frunció los labios.

—Vale, pero porque eres mi mejor amigo, pero más adelante me llamarás Maite ¿vale?

—Está bien. Ahora te toca a ti.

—¿A mí?— hundió el labio superior bajo el inferior y se señaló el pecho.

—Sí, a ti, anda, cuéntame.

Cris habló de su nueva familia, de sus padres que la trataban fenomenal, de lo bien que comía, de que pronto iría también al colegio.

Habló y habló hasta que, de pronto, se quedó en silencio.

—¿Qué pasa?

Había algo más.

Algo que nadie sabía, excepto Raúl y ella.

Entrelazó los dedos y bajó barbilla.

—No hemos vuelto a saber de Susa.

—¿Se la llevaron?

—Sí, pero ya no lo harán más.

Toñín se sentó a horcajadas sobre el banco.

—¿Quiénes?

—Los estúpidos de los hermanos Rosales.

No, Toñín no los conocía. Nada supo del poco tiempo que estuvieron en La Esperanza, de su acoso a las chicas y las palizas a los chicos aprovechándose de ser mayores.

—¿A Susa…?

Cris asintió.

—Nos seguían a todos los lados, no nos dejaban en paz. Un día Tomasa le dio un bofetón a uno de ellos que le dejó los dedos marcados en la cara— se llevó las manos al rostro mientras soltaba varias carcajadas

Toñín la imitó.

—No me extraña, con Tomasa mejor no meterse ¿qué pasó?

Los ojos de la niña se cubrieron con un velo acuoso.

Llevó la vista a la punta de sus zapatos nuevos.

—Pues que Susa despareció. Yo sabía que habían sido ellos, pero se fueron al día siguiente. Se lo dije a la directora pero me dijo que eso eran imaginaciones mías. Ella y doña Valentina saben más de lo que nos dicen.

—¿Sabes dónde están esos hermanos?

—Sí…

—¿Dónde?

—En un pozo…

Toñín abrió los ojos exageradamente.

Cris miró a un lado y a otro, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una foto que ofreció a su amigo.

—La hice con tu cámara.

En ella se veía el rostro desfigurado de dos chicos, sobre el pecho un cartón con un texto que rezaba, *culpable*.

—¿Sabes? Cuando miro la foto me da rabia, les hubiera seguido golpeando con la piedra. A este— señaló a uno de los hermanos mientras se llevaba una mano a la boca— le espachurré las bolas.

—Pero, tú…

—No, no fui yo sola, llamé a Raúl y le dije que estos desgraciados — clavó por un instante una fría mirada en la fotografía— le habían hecho algo a Susa. Luego las cosas salieron bien. ¿Te acuerdas de Vicen, el jardinero?

—Pues claro.

—Me dijo que había oído decir a la directora que se los llevaban al centro de Barreda unos meses. ¿Sabes qué paso unos días después? que organizaron una excursión en La Esperanza con los chicos de ese centro.

—¿Estaban ahí?

—Sí, no tardaron en reconocerme y seguirme.

Toñín no perdía detalle de la historia de su mejor amiga. Le entusiasmaba su valentía, la defensa que hacía de Susa. Sabía que hubiera hecho lo que estuviera en su mano por defenderla siempre.

—¿Y Raúl?

—Estaba avisado. Apareció en el centro ese como uno más pero se retrasó un poco— Cris se echó el pelo por detrás de la oreja mientras elevaba una ceja— un poco más y no sé qué me hubiera pasado… bueno, sí que lo sé, que no estaría aquí contigo.

De pronto sus ojos rompieron el velo acuoso que los cubría dejando el paso a un reguero de lágrimas.

—Fui una tonta.

Toñín cogió su mano como muestra de apoyo incondicional. Estaba sintiendo mucha rabia por esos hermanos.

—Sólo quería me contaran qué habían hecho con Susa. Me dijeron que me lo contarían pero no delante de todo el mundo, entramos en una nave y me dieron un empujón, caí al suelo…:

—¿No prefieres que lo hagamos contigo? Así no tenemos que dar tantas explicaciones— dijo Alberto Rosales con una amplia sonrisa forjada en su rostro.

—Susa ¿se llamaba así? Era una zorra, no veas como disfrutaba— se volvió hacia su hermano— ¿te acuerdas como gritaba?

Cris sentada en el suelo gateaba de espaldas.

—¿Qué habéis hecho con ella, desgraciados?

—¿Nosotros? Nada, sólo lo que nos pidió.

—¿Dónde está?

Los dos hermanos cruzaron sus miradas. Su desconcierto por la pregunta parecía sincero, no duró mucho, justo lo que tardaron en recomponerse y recordar qué era lo que estaban a punto de hacer.

—La dejamos en el jardín con el vigilante y…

—¿Vigilante? ¿Qué vigilante?

De nuevo se miraron.

El golpe fue seco. Uno de los gemelos cayó al suelo como un fardo.

—Contesta a la pregunta— una voz envuelta en infinitas capas de rabia y rencor llegó a los oídos de los hermanos y de Cris. Raúl echó los brazos hacia atrás y volvió a golpear con el madero en la espalda de Juan Rosales que se retorcía de dolor en el suelo.

—¿Tú, quién coño…?— no le dio tiempo a terminar de exponer la duda que le embargaba. El tablón se estrelló en su rostro haciéndole saltar varios dientes por los aires.

—¡Responde! ¿Qué vigilante era ese y dónde cojones está Susa?

Cris se incorporó de un salto. Con la manga de la blusa se secaba las lágrimas. Cogió su pequeña mochila y se la echó al hombro.

—No sé su nombre ¿o es que tú sí que sabes cómo se llaman? Lo único que te puedo decir es que era bajito y muy delgado.

—Ezequiel…— murmuró Cris.

Raúl cargó de nuevo los brazos tras la nuca con el madero firmemente cogido dispuesto a que el último de los dientes de Juan Rosales acompañara en su viaje a los demás. Sus ojos inyectados de un penetrante odio.

—¡No, no!— levantó las manos— ¡Fueron ellos!— con el brazo estirado acusaba a su hermano Alberto que gemía a su lado en el suelo — los dos se la tiraron. Pero juro que cuando nos fuimos estaba bien.

Raúl y Cris siguieron la dirección del dedo acusador y rodearon al inculpado.

Fue un error.

Unos segundos más tarde Raúl cayó desplomado al suelo, tras él Juan con una sonrisa torcida, blandiendo en el aire una barra de hierro.

—¿Por qué has dicho eso, hermano?— balbuceó Alberto que luchaba por incorporarse— tú también te la tiraste.

Cris notaba como la rabia ascendía por sus pies expandiéndose por su pequeño cuerpo. Extrañamente no sentía miedo alguno, sólo imaginar a su amiga sufriendo por culpa de esos dos desgraciados…

—Pero vosotros fuisteis los primeros, yo sólo la sujetaba.

—Eres un maldito cabronazo.

Juan echó los brazos hacia atrás dispuesto a golpear con la barra a su hermano.

—Venga, dame, vamos…

Aprovechando la discusión Cris se separó un par de metros, cogió otra barra y la estalló en el rostro de Alberto, una vez, otra y otra. Con cada golpe sentía como la furia se apoderaba de ella con más ímpetu. Volvió el rostro buscando los ojos de Juan Rosales.

—Estás loca…—balbuceó mientras barría la nave abandonada con la mirada, quizá buscando una salida. Fue una duda momentánea no obstante sólo era un chica.

Los ojos de Cris rezumaban odio. Un odio intenso y profundo. En el semblante de Juan veía a los novios de su madre, al camionero, a la pobre Susa rogando que la dejaran en paz.

Alberto no se movía.

—Lo has matado, ¡has matado a mi hermano!— asió la barra con las dos manos y se encaminó hacia Cris dispuesto a machacar la cabeza de la maldita niña, pero apenas pudo dar un par de pasos. Un tablón golpeó contra su sien deteniéndole en seco. Su cráneo crujió como un tronco seco al partirse.

—Raúl…

Cris soltó la barra y se abrazó a su amigo. Fue un abrazo corto pero sentido. La furia incontenible no había abandonado su menudo cuerpo. Miró en torno. Cogió una piedra de buen tamaño con las dos manos, elevó los brazos al aire y la dejó caer sobre los genitales de Juan, una, dos, hasta tres veces.

—Tranquila, ya está, tranquila.

Los robustos brazos de Raúl la rodearon

Este abrazo fue más largo, pero no menos sentido.

Cris levantó la vista de sus zapatos nuevos y miró a Toñín.

—Después nos deshicimos de las barras, de la piedra y tiramos los cuerpos a un pozo que había en la nave, pero antes les hice esa foto con tu cámara.

Toñín volvió a enfocar su mirada en la instantánea.

—Estoy de tu parte.

—Gracias— acompañó su gratitud con una fina sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con la fotografía?

—He pensando enviársela a la policía cuando los encuentren.

Toñín sonrió y dio una palmada.

—Eres tremenda, me parece una gran idea ¿Y la foto de César?

—Aún la tengo. ¿Qué quieres que haga con ella?
—Guárdala.
—Vale, seguro que en algún momento no servirá de algo, ya verás.

30

Había abandonado el hospital un par de días atrás, me hallaba en compañía de Marcos en mi casa cuando llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—No, a nadie.

Mi amigo se acercó a abrir.

No estaba para visitas y menos, inesperadas. Me encontraba mucho mejor pero aún sentía el cuerpo entumecido y los músculos sin la más mínima energía.

Escuché voces que provenían del final del pasillo. Una de mujer y la de Marcos. Luego pasos que se acercaban al salón, la mujer no se había ido.

"¿Quién será?"

—Jaime, como tengo que regresar a Madrid me he permitido contratar a una enfermera para que te atienda unos días— dijo desde la puerta.

Clavé mi mirada llena de reproches en su rostro. Me valía perfectamente por mí mismo. No necesitaba a nadie, y si fuera lo contrario, antes de contratar a una enfermera lo mínimo es que me diga que…

Marcos se echó a un lado.

La mujer entró en mi campo de visión.

—Jaime…

—Nerea…

Creo que… mejor dicho, creo, no, seguro que jamás en mi vida he debido ofrecer a nadie una cara de estúpido como la que mostraba en este momento. Quise incorporarme, pero casi me caigo. Quise decir algo pero no era capaz de vocalizar palabra alguna.

—Nerea…—repetí como si con ello estuviera todo dicho.

La mujer de la que estaba enamorado y que pensé que quizá no la conocería nunca me miraba con esos ojazos que me taladraron el corazón desde la primera fotografía que me envió.

—No, no te muevas, por favor.

La sonrisa que cubría el rostro de mi amigo amenazaba con abandonar su cara dando saltos. El muy desgraciado estaba feliz con mi vergonzosa turbación.

—Perdona por no haberte dicho nada, Jaime. Queríamos darte una sorpresa, una alegría— miró a Nerea que aún parecía encontrase fuera de lugar— asumo toda la culpa, ella no lo tenía tan claro como yo, no sabía si querrías verla o no en estas circunstancias.

Yo permanecía como si viviera un sueño, sin capacidad de reacción mirando a uno y a otro.

—Quizá no ha sido buena idea…—Nerea hizo ademán de dar media vuelta.

Era el momento de reaccionar.

—Claro que ha sido buena idea. Siéntate, por favor.

—¿Seguro?

—Totalmente seguro.

Marcos se frotó las manos, su sonrisa permanecía inamovible.

—¿Os parece que vaya a reservar mesa?

—Pero si el pobre no…

—Por unos bocartes es capaz de salir a la calle sin problemas.

—De acuerdo, Marcos.

El momento más deseado por mí en los últimos años, y me atrevería a decir que por ella también, había llegado sin avisar, sin tener que organizar nada, sin los nervios tantas veces imaginados.

No, no hacía falta reservar mesa para comer esos deliciosos bocartes. Marcos nos dejó una hora para nosotros, para mirarnos en silencio, cogernos de la mano y dedicarnos una sonrisa, sí, de gesto bobo, pero cargada de sentimientos.

Hablamos de todo un poco, tocando demasiados temas como si temiéramos olvidarnos de alguno, como si el tiempo se nos fuera a terminar cuando no había hecho más que comenzar.

—¿La policía qué dice?

—Hablaron con Mena y su novio, no les sacaron nada. Por lo visto tienen coartada para ese día y ese momento. Estaban con unos amigos.

—Ya.

—Dicen que sería por otro asunto, que quizá he molestado a alguien sin ser consciente de ello. No se me ocurre a nadie que pueda reaccionar de este modo, imagino que ofendido, muy cabreado por algo que ni yo mismo sé que puede ser.

—¿Ya está? ¿No van a hacer nada más?

—Si no puedo aportar alguna información que apunte a Mena, no

lo creo.

Se me pasó por un instante enseñarle unos sms que había recibido de nadie en particular que me avisaban del negro futuro que me esperaba.

"*En cuanto te repongas te haremos otra visita"*

"Tu perro se lo comió todo, si compras otro, te lo encontrarás igual"

Y así alguno más.

El primero se lo mostré a la policía pero no hubo forma de averiguar el móvil desde el cual me enviaron en mensaje. Los demás me los he quedado para mí.

—Parece mentira pero echo mucho de menos a Freddy.

—No me extraña, Jaime.

—Por el momento no tendré otro.

Quedamos callados unos segundos.

—¿Entonces, de verdad que te parece bien que me quede a cuidarte unos días? Puedo reservarme un hotel, he visto uno aquí cerca y…

—¿No te quedas aquí?

—¿Tú quieres?

Parecíamos dos adolescentes en nuestra primera y deseada cita. A veces balbuceando, otras en silencio comunicándonos con la mirada, con los gestos.

—¿Tu maleta?

—En el pasillo.

Quince días más tarde me disponía a regresar con mis clases. Había llamado a la escuela para saber si contaban conmigo o querían que la profesora que me estaba sustituyendo terminara el taller.

—Los alumnos preguntan por ti todos los días, Jaime. Te esperan.

—¿El lunes?

—Por nosotros perfecto.

Llegó el lunes, las seis de la tarde. Nerea de mi brazo, juntos recorrimos los no más de diez minutos que nos separaban de la escuela. Insistí para que no me acompañara al interior. No quería que la relacionaran conmigo, todavía sentía que alguno de mis alumnos guardaba cierta relación con *El Vengador*, con su sucesor o imitador. Nada más lejos de mi intención que la señalaran como objetivo con el fin de hacerme daño. Regresaría a Alicante en un par de días, hasta entonces algo dentro de mí me decía que la protegiera.

"Sí, ¿pero de quién?"

El recibimiento de los alumnos llegó a emocionarme. Sus rostros

parecían reflejar una sincera alegría por mi presencia en clase. Tras asegurarles que me encontraba perfectamente aunque no recuperado del todo, pero preparado para continuar con el curso en el punto que lo dejara mi sustituta, conseguí que la conversación se desviara de mi persona y se enfocara en el taller.

Antes de entrar en clase había hablado con ella. Sé que había publicado varios libros, en su mayoría de relatos, y alguno de poesía.

—Nada más complicado y motivador que una buena poesía para comunicar y emocionar. O un magnífico relato bien estructurado. No digo que una novela no pueda conseguirlo pero cuando se necesitan tantas páginas para comunicar una historia parece que algo falla ¿no cree?

—No, no lo creo. ¿Ha intentado escribir alguna novela?

—No me atrae. Pero estoy capacitada para enseñarles los pasos necesarios para conseguirlo, si es lo que le preocupa.

No, la verdad es que no me preocupaba lo más mínimo. Tampoco pensaba en hacer una defensa a ultranza de los novelistas, no porque no me vinieran argumentos con los que contrarrestar su equivocado, para mí, concepto del escritor de novelas, si no porque no me motiva en absoluto iniciar un intercambio de pareceres, sobre todo después de haberme dejado clara su postura.

—Gracias por sustituirme— dije.

Creí vislumbrar en su rostro una sombra de decepción.

Dejé que los alumnos hablaran durante un par de minutos de la profesora, más que nada para saber en qué habían avanzado.

—¿Has escrito relatos o poesías, Jaime?— peguntó Lali.

—No, lo veo muy complicado, sobre todo la poesía.

—¿Un relato es más complicado que una novela?

Me apoyé en la mesa, procurando encontrar una postura que no necesitara que estuviera pendiente del equilibrio y contesté:

—Para mí, una de las cuestiones que más tiempo me llevan para lanzarme a iniciar un nuevo libro es responderme a preguntas del tipo… ¿qué historia voy a contar? ¿De qué va a ir?— pasé la mirada por todos y cada uno de ellos, parecía que había captado su interés— un libro de relatos contiene en torno a cuarenta ideas, o más De muchas de ellas el autor podría escribir una novela. Son como sinopsis. Tal y como yo lo veo, la mayoría de los relatos responden a lo que a mí más me preocupa al disponerme a escribir. Sí, veo muy complicado publicar un libro con tantas ideas susceptibles de ser desarrolladas.

—No se lo digas a la profesora porque se vendrá arriba, muy arriba — intervino Goyo feliz con su ocurrencia.

—Razones no le faltarán, seguro.

—¿Nos recomiendas algún libro de relatos?— preguntó Lali.

Asentí mientras recordaba los trabajos de tres buenos amigos.

—Por supuesto— crucé los brazos— "El Ojo Inefable" de Esther Freire, o el de Luis Miguel Sánchez "Pasiones, Miserias y Otras Nostalgias"

Lali y Rosa tomaban notas a toda velocidad.

—¿Alguno más?

—Sí, hay varios, Rosa, por ejemplo "Voces de Interior" de Faustino Cuadrado.

—Gracias.

Desde que entré en clase, Paco el Policía Local, no me quitaba ojo de encima, como si analizara cada gesto mío.

—¿Qué nos dices de los tres nuevos cuerpos que han aparecido en el jardín del centro de los horrores?— la pregunta de Paco me pilló desprevenido.

Sí, sabía que la policía había vuelto a cavar y los resultados que habían obtenido hasta el momento.

Volví a cruzar los brazos y lo miré.

—Siempre desde el punto de vista de la ficción. ¿De acuerdo?

—Claro, claro— soltó con escaso convencimiento.

—Creo que la persona que esté imitando o de alguna forma se halle relacionada con *El Vengador*, el que envía las notas para que continúen cavando, desconoce realmente qué pueden encontrar, en cuanto a número de cadáveres me refiero. Sabe que sucedieron cosas pero no cuenta con toda la información— me incorporé con algo de torpeza, miré a Paco, no pensaba dejarme intimidar— es decir, lo que buscaría en mi novela este personaje es decirle a la policía que ha llegado la hora de realizar una investigación a fondo.

—¿No crees que la que se hizo en su día fue correcta?

—Está claro que no, Paco, si siguen encontrando cuerpos enterrados y alguien continua matando a gente relacionada con la primera investigación— Maite salió al quite.

—La policía siempre pone todo su esfuerzo en…

—Paco— intervine— hablamos de ficción, siempre de ficción. Jamás pondré en tela de juicio la actividad policial porque la desconozco ¿de acuerdo?

No pareció muy convencido.

—Tengo una pregunta para todos vosotros. Volviendo a la trama ¿El personaje que envía las notas y el que asesinó al individuo en Valladolid, son el mismo? ¿Si lo es, se trata de un hombre o de una mujer?

Se hizo el silencio.

El primero que habló fue Goyo, como cabría de esperar.

—Un tío. Una mujer no podría hacer lo que hizo al de Valladolid, seguro.

—Yo no lo estaría tanto— apunté.

—¿Y tú qué opinas?— quiso saber Paco.

Crucé una vez más los brazos.

—En mi libro, quien estaría actuando ahora es una mujer, la forma de matar dice que sigue las mismas motivaciones que *El Vengador* original y que probablemente jamás ha estado sola en toda esta historia.

—Sí que tienes imaginación*, joio*— soltó el comercial

—No más que tú, Goyo, seguro.

Una de las futuras psicólogas que tengo en clase levantó la mano.

—Sí, Fátima.

—Si tuviera que escoger, estaría de acuerdo contigo, diría que se trata de una mujer.

—¿En qué te basas?

La joven se retocó el pasador del pelo, como si quisiera retrasar el momento de exponer su teoría.

—Bueno, en mi novela, por lo que hace con algunos cadáveres se trataría de una chica que se está vengando de algo que la hicieron, algo sexual.

—¿No crees que cortarles la minga y metérsela en la boca lo pudo hacer algún maricón?

Me incorporé. Mi rostro tornó serio.

—Aquí somos tres varones, Goyo, no sé si tú o él— miré a Paco— sois homosexuales, ni me importa, pero no me parece correcto el término que has empleado. Es una falta de respeto.

El comercial se me quedó mirando.

—Si te lo estás preguntando, no soy homosexual.

Asintió con media sonrisa torcida, levantó las palmas de las manos.

—De acuerdo, gay, quise decir gay.

—Fátima, ¿Qué tienes que decirle?

—Que en mi novela se trataría de una mujer.

Por mi derecha, Marta levantó la mano.

—Ahora, en este momento de la trama ¿Qué harías con los personajes? ¿Qué le propondrías al lector? Es decir, en la historia real no sé por qué mata este nuevo *Vengador*, ni sé quién narices es. Es posible que el de Valladolid sea una venganza personal aprovechando las noticas de la tele, pero…—calló unos segundos con sus ojos claros fijos en mí— en tu historia ¿seguiría matando?

Asentí. Caminé un par de pasos hacia un lado y regresé junto a la mesa. Se trataba de una cuestión interesante cuya respuesta dependía de diversos factores.

—Sería fundamental el momento de la novela en que nos encontremos. Si ya llevas, no sé, unos 450 folios escritos y no quieres que sea una de las novelas gordas tipo Kent Follet, no mataría más. El resto de la historia lo ocuparía la resolución del caso. Pero si te coge, por ejemplo por el folio 200 o poco más, sí, seguramente seguiría matando.

—Tendría una lista de venganza interminable— apuntó sonriente.

—Es posible que sufriera una evolución y a partir de ese momento se convirtiera en un verdadero vengador.

—¿Qué quieres decir?— intervino Maite.

—Una vez que ha terminado con esa lista que propone Marta, y perdido el miedo a quitar la vida a los demás, podría continuar con la escusa de asesinar a quienes, según su criterio, se lo merecen. Otros que hayan hecho algo similar a lo que hicieron aquellos de los que se vengaba.

—Entonces no parará.

—Hay tres opciones— levanté el índice— o no parará, como dices — añadí el dedo corazón— o lo paran— elevé tres dedos en el aire— o un día decide parar.

Consulté el reloj.

—Ya es la hora— dije.

—¿Encontrarán más cuerpos en el centro?—quiso saber Lali.

—En mi novela, diría que no. En la vida real, ni él lo sabe.

—O ella— convino.

—Sí, o ella, pero si dicen que murió ¿quién podría ser?— Maite dejó la pregunta en el aire.

—Por cierto, antes de iros, ¿Qué os parecería, para la trama, si el *Vengador* fueran más de uno desde el principio?

—Eso sí que es buscarle lo inesperado, Jaime— dijo Marta.

—¿Más de uno? Como se nota que hablas de ficción— Goyo negaba con la cabeza— más de uno….

Yo no tenía suficiente, quería agitar sus células grises, como diría el maestro Poirot.

—Antes de iros ¿qué os parecería si *El Vengador*, en verdad no estuviese muerto?

Nadie dijo nada, se me quedaron mirando mientras recogían sus cosas.

—Pensadlo, ya hablaremos de ello. Se trata de darle otra salida al lector, algo más en qué pensar.

Bajé la vista a mi carpeta, cuando levanté la cabeza me encontré con los ojos de Paco y Goyo fijos en mí, fue sólo un instante, pero no me gustó la intensidad que emanaban sus miradas.

31

La identificación de los tres nuevos cuerpos hallados en las recientes excavaciones junto al jardín del antiguo Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, se aceleró lo máximo posible por órdenes del comisario principal y del presidente de Cantabria.

Uno de ellos correspondía a una mujer, como las dos anteriores, fue enterrada junto con su bolso, compartían la misma actividad. Los otros dos, más menudos pertenecían a dos niñas de entre doce y catorce años.

—Creo que estamos ante casos diferentes.

—¿A qué te refieres?

María, sin dejar de atender sus notas, volvió a situar en su lugar un mechón de pelo que se había escapado del agarre de la goma.

—Voy a hacer lo que siempre me dices que haga, establecer un espacio mental entre los sucesos y mis emociones.

Diego dejó sobre la mesa la carpeta que guardaba el resultado del forense sobre los tres cuerpos y centró toda su atención en su compañera.

—Adelante.

—*El Vengador*, su imitador o quien sea el que actúa en estos momentos mata a individuos contra los que parece tener algo personal.

—No tenemos ninguna prueba que nos indique qué hicieron sus víctimas.

—Es cierto, Diego, pero la falta de ellas no nos impide continuar investigando. Sabemos que la familia de Segismundo, incluidos su mujer, su cuñado y su hijo algo tramaban.

—Sí. No hay duda.

—Lo mismo que los hermanos Rosales, incluso que el vigilante de La Esperanza— María levantó la mano— no, no lo digo por Toñín es…

—Tranquila, di lo que estás pensando con toda confianza, por favor.

La subinspectora bajó la vista un instante a su libreta.

—De todas formas no he querido insinuar que tu hijo tuviera relación con *El Vengador*, lo que quise decir es que parece que todos los crímenes tienen un vínculo sexual.

—Así es.

De nuevo, en los recuerdos del inspector la película de Toñín matando al vigilante. Con el paso de las semanas comenzaba a verle casi como un héroe al defender a una chiquilla de una tremenda violación.

Sin embargo, no era eso lo que más le atormentaba. Se trataba de algo que se había propuesto olvidar pero que se veía incapaz de impedir que asomara insistente a la superficie de su conciencia.

De su mala conciencia.

—Me parece que no estás aquí, Diego.

—Sí, sí disculpa, te escucho. Continúa.

María asintió.

—Para hacerlo sencillo, a ver si me explico— se puso en pie— Por un lado tenemos la actividad del *Vengador*, de su imitador o sucesor. No entierra a sus víctimas, sólo les hace una foto y escribe *culpable*. Es decir, deja a su manera una pista, nos dice que esa persona ha hecho algo que considera más que punible, quiere que se sepa, que se le identifique y puesto que la ley no actúa, lo hace él.

—Como las notas, o la foto del vigilante, al pensar que no le hacíamos caso, contacta con la prensa.

—Exacto— María llevó mecánicamente la funda del Bic a la boca, con gesto concentrado continuó— Por otro lado tenemos los cuerpos que aparecen en el jardín del centro que…

Diego se unió a la explicación.

—Creo que te sigo. El *modus operandi* es diferente, entierra a los cuerpos confiando en que jamás serán encontrados.

—Eso es.

—*El Vengador* nada tiene que ver con ellos.

—Apostaría a que no— la subinspectora volvió a tomar asiento— Me pregunto ¿Qué relación hay con los niños que se escapan del centro y los cuerpos encontrados? ¿Qué pasa con los que no se sabe dónde están? Cierto que algunos fueron encontrados y devueltos al centro o derivados a otros pero ¿cómo se explican los demás?

—¿Crees que estamos ante adopciones ilegales? ¿O tráfico de niños?

—Es muy posible, Diego.

La puerta de la sala se abre y el bonachón pero serio rostro de Fausto Redondo asoma bajo el quicio.

—Me acaba de llamar el comisario Ramírez de Valladolid, tampoco

encuentran a la hija de Segismundo Ganzán que se escapó de su casa. Nada indica que haya estado o esté en su ciudad.

Los dos compañeros se miraron.

—¿Muerta?

—Es una posibilidad que no tenemos que descartar— apuntó el comisario— pero de lo único que hay constancia es de la huida. Les propongo que comiencen a apretar las clavijas.

—A la mujer del camionero y…

—A la directora.

En el semblante del comisario se perfiló una sonrisa.

—Me gusta cuando les veo tan sincronizados. Recuerden, se acabaron las contemplaciones. Aprieten lo que haga falta, ya está bien de ir detrás de los acontecimientos— cerró la puerta.

María recogió las carpetas, se ajustó la chaqueta y volvió el rostro hacia su compañero. Un rostro feliz, animado.

—¿Qué te sucede?

—Ni te imaginas las ganas que tengo de cumplir las órdenes del jefe. Me van a oír la tal doña Ana y doña Herminia. Ya está bien de gilipolleces ¿no te parece?— sin aguardar respuesta salió de la sala.

—Vamos allá…—murmuró Diego.

Media hora más tarde se hallaban, una vez más, frente a doña Ana Rodríguez, en el vestíbulo de su casa, pero en esta ocasión los dos policías no pensaban quedarse ahí.

Accedieron al interior ante el asombro de la anfitriona.

—Verá, doña Ana, hemos venido a por respuestas. No nos iremos sin ellas, puede responder aquí en su casa a las preguntas que le formulemos o acompañarnos a comisaria— María había tomado el mando del interrogatorio tal y como habían acordado.

El rostro de la mujer tornó cetrino.

—¿Estoy detenida? ¿Necesito un abogado?

—Eso depende de usted. La obstrucción a la justicia está penada.

La viuda del camionero se dejó caer en la butaca

—¿Obstrucción? Pero nunca me he negado a colaborar.

—No contar lo que se sabe, ocultar información relevante para la investigación, más aún cuando se trata de varios asesinatos, es obstrucción a la justicia— soltó de corrido Diego a espaldas de la mujer con el objeto de impresionar.

Lo consiguió.

—¿Cree que el asesinato de Segismundo Ganzán nada tiene que ver con el de su mujer Candela, o con el de su propio marido, José Ganzán?— María desvió la mirada a su libreta como si necesitara recordar unos nombres que sabía de memoria— Le haré la pregunta

por última vez ¿nos va a explicar con detalle qué sucedía en aquella casa o va a continuar ocultando información a la policía?

Ana escondió la cabeza entre las manos.

Los dos compañeros se miraron.

“La tenemos”

La mujer sabía que había llegado el momento de soltar todo aquello que la carcomía por dentro. Sus dudas, sus temores. Las confesiones de sus sobrinas a las que no quiso creer.

No quiso o no la dejaron.

—Lo hablé con Candela— murmuró al fin.

—¿Lo habló? ¿Qué habló?

La mujer se frotó la cara. Los ojos hinchados destacaban en un extraño semblante relajado.

—Lo que me dijeron sus hijas una tarde. Acababa de llegar a su casa. Tardaron unos minutos en abrirme la puerta, era extraño. Fue Candela la que abrió, me pidió si podía quedarme con ellas un rato que se había quedado sin leche y huevos y que volvía en seguida.

La mujer tenía la mirada enfocada en sus recuerdos, la cabeza baja, el semblante compungido.

—Cuando se fue me dirigí a la sala, al poco entraron las chiquillas con el pelo mojado…:

—¿Os acabáis de bañar? Venid aquí, ¿no vais a dar un beso a vuestra tía?— pidió con los brazos en cruz.

Las dos hermanas se miraron sin saber qué hacer. Su padre les había advertido de lo peligroso que podría resultar para ella que contaran los juegos que se traían entre manos.

Ana se levantó, sin dejar de escudriñar el rostro de sus sobrinas se acercó hasta donde se encontraban, más cerca de la puerta, como si pensaran salir corriendo de un momento a otro, que del interior de la sala.

De pronto se oyó un portazo.

El semblante de las niñas se relajó.

—¿Qué os pasa?

—No se puede enterar nadie o nos pegará.

—Decidme, será nuestro secreto, os lo prometo.

Las hermanas hablaron de los juegos, de las cosas que su padre les hacía ahí abajo, de lo que le tenían que hacer a él también ahí. De su hermano que a veces quería hacer lo mismo cuando su padre no estaba. De su madre que cuando su padre la pegaba se quedaba callada y se iba. De la nueva hermana, que no jugaba con ellos porque

aún no tenía los trece años.

Doña Ana deslizó las manos por sus mejillas anegadas de lágrimas.

—Jamás me perdonaré haberlas prometido que guardaría el secreto. La mayor sobre todo era una chiquilla con mucha imaginación, sólo había que ver sus dibujos, pensé que estaban exagerando.

—No las creyó.

—¿Cómo va a pensar una que su familia puede hacer algo así a sus hijos? Aunque se tratara de la familia de tu marido.

—¿Qué hizo?— María sentía como la envolvía una intensa oleada de lástima por las niñas y de rabia por la puñetera tía.

—Nada, no volví a esa casa. Como si con eso consiguiera acallar mi conciencia.

—¿No lo comentó con su marido?

La mujer levantó la cabeza.

—Lo intenté.

—¿No la creyó?

Ana sacó un pañuelo de la bocamanga y se sonó la nariz, más por ganar tiempo que por necesidad.

—Se puso hecho una furia. No entendía cómo podía pensar eso de su hermano y de su cuñada. Esas niñas eran unas mentirosas, que si no me había dado cuenta.

—¿Qué hizo usted?

—¿Yo?— de nuevo con el pañuelo, de nuevo arañando unos segundos— bastante tuve con recuperarme en el hospital durante un par de semanas de la paliza que me dio.

La subinspectora no daba crédito.

—¿No lo denunció?

La viuda negó con la cabeza.

—No, quizá llevaba razón y yo no era quién para pensar algo así de su familia.

Diego había escuchado de pie la confesión de la mujer.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que tuvo esa conversación hasta que su sobrina se suicidó?

—Pues no sabría decirle. Lo que sí sé es que la chica que acogieron se escapó unos días antes.

Había llegado el momento de dar una vuelta de tuerca más.

—¿Cómo encaja su marido con todo esto? Me refiero con la familia de Segismundo.

La mujer llevó por un escueto segundo la mirada al inspector

—¿Pepe?— permaneció inmóvil unos instantes, con la mirada en la pared del fondo de la sala como si realmente estuviera recordando— No sé, yo… Las niñas nunca me dijeron que les hiciera algo.

—Ya, pero usted tiene su propia teoría ¿no es así?

Doña Ana regresó de sus recuerdos, bajó la vista y asintió. De alguna manera parecía que esos policías lo sabían todo, si no lo soltaba sería peor.

—Una noche llegó a casa y me dijo que la nueva se había escapado. Candela me acababa de llamar por teléfono y no me había dicho nada ¿Cómo lo iba a saber él?— suspiró lentamente— tenía varios arañazos en la cara. Por favor no me pregunte si no le dije nada.

—¿Sabe dónde está su sobrina? Necesitamos hablar con ella para que nos cuente lo que recuerde de la hermana de acogida.

—No, no lo sé, se lo juro.

32

Diego Olivares no había cejado en su empeño de identificar y poner en manos de la justicia a los que asesinaron a los padres de Toñín. Según la información aportada por el chico se trataba de dos hombres y una mujer. La autopsia determinó que la madre había sido violada por uno de los individuos. El análisis minucioso del escenario del crimen determinó que el padre del chico en un momento concreto realizó algún gesto que puso en alerta al individuo que manejaba la pistola. Es posible que el objetivo final no fuese terminar con las vidas de la pareja.

"¿Qué buscaban?"

Apenas habían dedicado tiempo a registrar la vivienda en busca de dinero u objetos de valor. La caja fuerte se encontró cerrada, con signos de impactos de un objeto romo en el pomo, el mismo con el que golpearon a los fallecidos. La puerta mellada se encontró salpicada de sangre de ambos cónyuges.

La investigación estaba siendo muy complicada. Con cada nuevo hallazgo el número de posibles sospechosos aumentaba. El padre de Toñín se había creado a lo largo de su vida profesional un buen número de enemigos. Créditos fáciles a cambio de favores a espaldas de la propia entidad bancaria.

Habían pasado más de dos años y la investigación continuaba obstruida y no por falta de sospechosos. La descripción del chico había llevado hasta dos hermanos y la mujer de uno de ellos, pero contaban con una coartada de apariencia sólida; el dueño de un restaurante que aseguraba que aquél día y a aquella hora los tres señalados, más sus respectivas familias, se hallaban comiendo en su local.

Diego deseaba ofrecerle a su hijo el descanso que el encarcelamiento de los asesinos de sus padres le generaría. Llevaban ya un año juntos y en ningún momento se había visto con las fuerzas mínimas necesarias para abordar el tema.

Cerró la carpeta con el expediente. La introdujo en una caja y la

subió al altillo de la habitación acondicionada como despacho. Se despojó de la funda de su arma reglamentaria, una HK USP Compact, y la guardó en un cajón de la mesa.

Solía revisar el expediente al menos un par de veces por semana en su casa, el original casi cada día en la Jefatura. Añadía cualquier nuevo dato por mínimo que fuera, convencido que algún día el puzle quedaría completado. Siguió al dueño del restaurante en cada momento que tenía libre buscando cualquier información que le sirviera para desmontar su falso testimonio, sin fortuna. Salió del despacho sin advertir que había estado siendo observado desde que regresó de la comisaría.

Toñín descubrió, con el paso de las semanas y los meses, la rutina cambiante de su padre. No regresaba a casa a la misma hora, cierto, pero siempre dejaba la pistola en el mismo cajón y un par de veces a la semana, después de cenar, cogía del altillo una caja, de su interior una carpeta que abría sobre la mesa. Durante una hora al menos leía y pasaba hojas sin parar. A veces añadía alguna más que extraía de otra carpeta con la que había llegado del trabajo.

Aguantándose las casi irrefrenables ganas de descubrir qué leía su padre con tanta insistencia, regresó a su dormitorio, volvería otro día. En la única ocasión que se atrevió a entrar en el despacho, cuando le vio con la carpeta abierta y frotándose la cara, para preguntarle qué estaba leyendo, le respondió que cosas de trabajo. Seguramente así seria, pero su rostro no era el de siempre. Algo le inquietaba y estaba dispuesto a averiguarlo.

Ese día llegó a la mañana siguiente, era sábado y se encontraba solo en la vivienda de Ruiloba. Cogió un banco, se subió en él apoyado en la librería y abrió el armario del altillo central.

“Aquí está”

Con mimo, como si temiera romperla cogió la caja y tomó asiento en el sillón. El título garabateado sobre la portada de la carpeta le heló la sangre.

“Mi casa…”

La dirección de la calle en la que vivía con sus padres y su nombre, Toñín, rodeado por un círculo trazado con rotulador rojo. Durante las siguientes dos horas rememoró momentos de aquél día que consideraba si no olvidados sí escondidos. Leyó sus declaraciones y prestó especial atención a los tres sospechosos, los dos hermanos y la mujer de uno de ellos.

Pasó la hoja

Tres rostros con gesto altivo le observaban fijamente.

—Estos son…— murmuró.

Sentía como sus músculos se tensaban al reconocerles. Una oleada de odio y furia le golpeaba el cuerpo sin contemplaciones. Se marchó a su dormitorio, cogió un papel y regresó para tomar buena nota de los nombres de los tres implicados; Francisco “Toto” Cantero, al que reconoció como el hombre de la mano peluda y el anillo gordo en el dedo. Evaristo Cantero, el que estaba tumbado sobre su madre, y Venancia Bras, la mujer que recorrió la casa buscándolo. Apuntó la última dirección conocida.

Cerró la carpeta, la introdujo en la caja y la depositó en su lugar en el altillo. Antes de bajar reparó en otra caja, esta de madera y más grande. Empujado por la curiosidad la tomó entre sus brazos.

—Como pesa…— murmuró mientras la situaba sobre la mesa. Intentó levantar la tapa pero no pudo.

—La llave…

Buscó con cuidado entre los cajones y cuando se iba a dar por vencido encontró varias llaves de todos los tamaños en un recipiente en el fondo del último cajón. Las fue probando una a una hasta que dio con la que buscaba.

—Esta abre…

Levantó la tapa temiendo lo que pudiera haber dentro y nervioso por estar hurgando en las cosas de Diego. No le gustaba lo que estaba haciendo pero algo le empujaba a seguir.

Sus ojos se ampliaron todo lo que daban de sí.

Tres pistolas, perfectamente encajadas en sus hormas. En un extremo otra caja. La abrió, en el interior encontró otra pistola. Tomó nota de los nombres de cada una de ellas para aprender su manejo. Dejó todo como estaba y regresó a su dormitorio.

Tenía mucho que hacer.

Días después se hallaba frente al portal de la última dirección conocida de los asesinos de sus padres que encontró en el expediente esperando que apareciera alguno de los tres. De momento no deseaba más, bastaba con confirmar que les había localizado.

No disponía de mucho tiempo, en media hora debería regresar a su casa en el autobús. Nada pasó ese día, ni el siguiente que se desplazó desde Ruiloba. No fue hasta el quinto intento cuando dio por buena la espera de los días anteriores. Por la esquina de la calle había aparecido un individuo que le recordaba a una de las fotos del expediente. No se movió porque sabía que si se trataba de él debería verle entrar en el siguiente portal. El buzón con los apellidos de Cantero y Bras le indicaba que vivían en el segundo.

El individuo pasó a su altura silbando. Lo vio introducirse en el portal y perderse en el interior. Reconocer su rostro y situarlo en el individuo que se encontraba sobre su madre aquel maldito día le generó una indescriptible sensación. Angustia, odio, asco, miedo y sobre todo, venganza.

"Mamá…"

Le llevó dos visitas más asegurarse que todos los días a esa hora el tal Evaristo regresaba a su casa. Cuando quedó con Cris en el Parque de la Marga había estado cerca de contárselo todo, pero decidió guardar silencio, no pensaba meterla en esto. Era algo que tenía que hacer él solo.

Eso hizo.

Fue a la semana siguiente.

Toñín aguardaba junto al portal la llegada de Evaristo Cantero. En cuanto le vio doblar la esquina del edificio se introdujo en el interior, corrió escaleras arriba hasta el descansillo situado entre el segundo y el tercer piso. En el bolsillo de su chaqueta el arma que su padre guardaba en una caja aparte junto a las tres pistolas. Encontró en internet la procedencia del modelo, era antigua, utilizada por la policía de Franco y el ejército español. Descartó las otras por si pudieran implicar a Diego.

Cuando el sonido de los pasos subiendo las escaleras, y la musiquilla silbada llegó hasta sus oídos, el ya acelerado corazón del chico elevó aún más la frecuencia de sus latidos. Agarraba el arma con las dos manos, el seguro quitado. La mente en la imagen horrorizada de su madre pidiéndole que se marchara. El gesto estúpido en el rostro del individuo que tiempo después entendió que era un violador. En ese momento se le unió la escena de Cris y el vigilante.

Los pasos y la musiquilla más cerca.

Apretó todo lo que pudo las manos alrededor de la culata. Cuando intuyó que ya había llegado a la segunda planta se asomó.

"Ahí está"

Evaristo hurgaba en el bolsillo buscando las llaves sin dejar de silbar. Toñín inspiró profundamente, descendió varios escalones aguantando la respiración, cuando el individuo empujó la hoja de la puerta se abalanzó sobre él haciéndole rodar por el sucio suelo del pequeño vestíbulo.

—Pero qué cojones...— giró sobre sí mismo— ¿quién coño eres?— la nebulosa en la que cada mañana se envolvía al salir del trabajo con sus varias copas de sol y sombra le había impedido vislumbrar el arma que portaba con firmeza el chico que le miraba con los ojos inyectados en odio.

—Por mi madre— disparó un primer tiro que acertó en un muslo.

—¡Joder! ¿Qué hostias haces, chaval?— exclamó retorciéndose de dolor con las manos agarradas a la pierna.

—Les disparasteis cinco veces a cada uno. A mi madre y a mi padre.

—Yo, no… fue mi hermano.

—Tú violaste a mi madre, hijo de puta.

Otro disparo en el otro muslo.

—¿Dónde está tu hermano?

—Trabajando en la obra…— la voz partía a trompicones— vendrá por la noche.

—Vivís los tres juntos.

—Sí, cabronazo.

Toñín apuntó su Star S9 apretó el gatillo.

Nada.

Volvió a apretar. El mismo resultado.

Evaristo sacó fuerzas de donde no las tenía para ponerse en pie. Apoyado en la pared se acercó hasta el chico.

—Dame esa pistola.

Toñín miraba con horror el arma. Algo la bloqueaba.

Bajó la vista para extraer el cargador y cambiarlo por el que llevaba en la chaqueta. Fue un error.

El puñetazo junto al oído lo lanzó contra la puerta. Del impulso al girar el brazo Evaristo cayó al suelo. Toñín se incorporó aturdido, buscó la pistola, al ver que el asesino de sus padres se intentaba incorporar le dio una patada justo en el sitio en el que minutos antes había acertado con una bala.

Cantero giró sobre sí mismo maldiciendo y jurando que se iba a arrepentir.

Él no lo podía saber pero eso no iba a ocurrir.

Toñín se hizo con la pistola, se acercó a Evaristo y sin mediar palabra alguna disparó tres veces. En total cinco tiros, los mismos que usaron para matar a sus padres, cinco por cabeza. Permaneció aún varios minutos en la casa recuperándose de la impresión. Recogió los casquillos y se marchó.

33

Maite estaba animada, las últimas clases del taller le habían servido para encontrar la motivación que creyó si no perdida, sí oculta en algún remoto lugar de sus sueños. Había dejado pasar dos años hasta hallar el empuje necesario. No podía ser de otra manera. Por su culpa había muerto una persona inocente.

Su hermana. Su reflejo en el espejo.

Sí, una hermana que apareció en su vida como de la nada. Un día como otro cualquiera en la Facultad de Derecho, estaba terminando segundo curso. Regresaba a su coche, cuando se disponía a abrir la puerta vio un reflejo en el cristal que la hundió sin contemplaciones buceando en sus pesadillas más dolorosas.

Quiso volverse para comprobar que todo era fruto de su imaginación, pero el esfuerzo quedó en el intento. Cuando abrió los ojos los volvió a cerrar, los volvió a abrir y de nuevo a cerrar. Cada vez más rápido, cada vez con más fuerza. Así varias veces hasta comprender que no se trata de una variación del sueño que le acompañaba desde muy pequeña. Su reflejo, aquella imagen que siempre achacó a un cristal, a un espejo, se encontraba frente a ella, con un pañuelo húmedo entres las manos.

—Tranquila, sólo te has desmayado. Déjame que te ayude a levantarte.

Maite no daba crédito, obedeció en silencio sin dejar de mirar a la mujer que era idéntica a ella. Sí, distinto peinado, ambas con vaqueros y blusa de diferente color, pero la misma sonrisa, el mismo hoyuelo. Una, aún intentando superar la impresión. La otra, sonriente, como si no le hubiera sorprendido su parecido o no fuese la primera vez que la veía.

—Soy tu hermana gemela, Adriana, nos separaron a los tres años.

Maite arrugó el entrecejo.

—¿Mi hermana…?— su voz apenas un susurro. Se sacudió la blusa y buscó los ojos de la chica— siempre pensé que eras un reflejo.

—¿Un reflejo?

—Sí, un reflejo que aparecía en mis sueños— quedó en silencio unos segundos— y también había un chico.

—Quizá fuese, Felipe, nuestro hermano, no he podido encontrarle.

—¿Felipe…?— Maite llevó una mano a la cabeza. Le dolía.

—Te has dado un buen golpe.

—Sí, eso parece.

Adriana le ofreció su pañuelo.

—¿No tenéis en esta facultad un centro de socorro o algo parecido? Lo digo para que te echen un vistazo a la herida.

—No, no, está bien— abrió de nuevo la puerta del coche.

—No tendrás pensado irte. Con lo que me ha costado encontrarte.

Maite giró sobre sí misma, aún estaba aturdida.

Aceptó la propuesta de Adriana y se encaminaron al centro de socorro. Media hora más tarde, con la herida limpia y un ibuprofeno en su organismo comenzó a sentirse mejor.

—¿Puedo invitarte a comer?

El rostro de la chica del reflejo se iluminó.

—Pensaba proponértelo yo, pero no sabía si andabas de exámenes.

—Alguno me queda, pero no todos los días una conoce a su hermana gemela. Ahora entiendo por qué alguna vez en clase me dicen que me han visto por el puerto o de compras— sonrió abiertamente— les decía que no era yo, que no había estado ahí. Que sepas que me hiciste quedar muy mal, por lo visto me saludaban y no les hacía ni puñetero caso.

Las dos hermanas estallaron en sonoras carcajadas.

—A mí no me ha pasado porque he vivido los últimos años en Londres pero ya verás cómo me ocurrirá igual.

—¿Tus padres siguen allí?

—Sí, he venido sola, necesitaba un cambio de aires y vivir un poco mi vida.

Fueron a un restaurante italiano. Allí comenzaron a conocerse. Entre ellas nació una sintonía que con el paso de los días convirtió su relación en algo más que las hermanas que eran.

Adriana le habló de la carrera que estaba estudiando, periodismo, e igual que ella, estaba finalizando el segundo curso. Le apasionaba lo que intuía cómo sería su profesión.

—Gracias a mi carrera te he encontrado.

—¿Pero cómo? Me tienes intrigada.

—Fue coincidencia. Me dio por investigar al famoso *Vengador* ¿has oído hablar de él? Imagino que sí porque ha salido en todas las noticias.

—Sí, claro, imposible no hacerlo— dijo esbozando una extraña

mueca.

—No pretendo saber quién es, lo único que buscaba era comprender por qué lo hace. Comencé con los hermanos Rosales— ante el gesto de extrañeza de Maite añadió: — sí los que aparecieron en el pozo de una nave.

—Ah, sí, sí.

Adriana bebió un sorbo de vino. Se encontraba feliz como hacía tiempo que no estaba.

—Como te decía, fue una simple coincidencia. Me enteré de que esos hermanos estuvieron en el centro de día de Barreda y en el que se llamaba La Esperanza. Supuse que al haberles machacado las pelotas — soltó un par de suaves carcajadas— sería por algún motivo sexual. A través de un buen amigo del periódico *El Mundo* di con…

—¿Buen amigo?

—Sí, muy buen amigo— convino sonriente— me facilitó las fotografías de los expedientes de los chicos y chicas de esos centros y te vi.

—¿Me viste?

Adriana asintió.

—Sí, era yo mirando a la cámara. Ponía que te llamas Cristina Expósito. El apellido que le ponen a los que no tienen familia o no se la conoce.

—Ya.

—Fui a ese centro, a La Esperanza, y hablé con doña Herminia, le dije que buscaba a una amiga de la infancia.

Maite cerró los puños como gesto reflejo que no pasó desapercibido para su hermana, pero optó por no decir nada.

—Me dijo que vino una familia a recogerte. Una buena familia, añadió. No quiso decirme quiénes eran ni dónde podía encontrarte — otro sorbo, tras limpiarse los labios con la servilleta, continuó— por lo visto, era parte del acuerdo, tus padres adoptivos no querían que nadie te pudiera buscar.

Maite no sabía cómo tomarse la conversación que estaban manteniendo, pero no podía evitar sentir un intenso malestar.

—No sería cosa de ellos, si es que realmente lo del acuerdo es cierto. Es ella, la directora la que no quiere que nadie sepa dónde van los internos.

Adriana ladeó el rostro y fijó su mirada en su hermana.

—Vaya, ¿y eso? ¿Por qué crees que actúa así?

Maite calló unos instantes. Tenía la sensación de estar iniciando un camino en el que no habría marcha atrás.

“¿Me puedo fiar de ti?”

En lugar de responder a la pregunta le habló de ella, de su vida, de los novios de su madre, de cómo mató al último de ellos siendo una niña, al menos al último que conoció.

Los ojos de Adriana se inundaron. Dejó una mano sobre la de Maite y con la otra se limpiaba las lágrimas sin el menor éxito.

—Perdona, sé que no necesitas mi tristeza pero no puedo ni imaginar por lo que has debido pasar— miró en torno. Los ocupantes de las mesas más cercanas lanzaban miradas furtivas en su dirección— ¿te importa que paseemos un rato? Necesito tomar el aire.

—Yo también lo necesito, tengo la sensación de que estamos rodeados de cotillas— elevó ligeramente el tono de voz— como si su propia conversación no les fuera suficiente.

—No es una sensación— convino.

Caminaron por el Paseo Marítimo agarradas del brazo, en silencio, con las miradas perdidas más allá del horizonte. Habían estado casi veinte años separadas, pero habían bastado unas pocas horas para que se estableciera entre ellas una empatía propia de gemelos univitelinos.

—No le des vueltas, Adriana. Ya pasó.

—Lo sé, como también sé que le voy a dar muchas vueltas a todo lo que me has contado— se detuvo y cogió las manos de su hermana— tengo la sensación de que nos conocemos de siempre, como si no hubiesen transcurrido tantos años.

—Me pasa lo mismo, pero no quiero que te involucres emocionalmente con lo que te he contado. Tú no tienes la culpa de nada ¿lo entiendes?

Adriana agachó la cabeza.

—¿Lo entiendes?— insistió Maite.

—Sí, entiendo lo que me dices, pero hay una cosa cierta, si tú hubieses sido la que nuestra madre biológica entregó, yo hubiera pasado por lo mismo. Sus novios, sus abusos y seguro que hubiese reaccionado como tú. No tengo nada que reprocharte, al revés.

Maite se abrazó a su hermana. Al separarse cortó el paso a unas traicioneras lágrimas que resbalaban por el rostro de Adriana.

—No llores, todo está bien.

—Es que me cuesta no imaginar tu dolor, tu pena, en aquella maldita casa.

Cuando se despidieron hasta el día siguiente acordaron no decir a nadie, ni siquiera a sus familias adoptivas, que se habían encontrado. Los motivos que las llevaron a asumir esta decisión fueron varios. Maite expuso que posiblemente su adopción no fuese legal, que su

madre la habría entregado a cambio de dinero.

—Después de lo que te hizo, no me extrañaría.

—Lo único que conseguiríamos es meter a tus padres en problemas.

Siendo importante lo planteado por la futura abogada, nadie mejor que ella para permanecer en el anonimato.

—No quiero que nadie me siga el rastro. He utilizado varios nombres, y seguro que de alguna manera podrían llegar hasta el asqueroso novio de nuestra madre y…

—Tranquila, no diremos nada ¿te apetece que nos veamos mañana? Si no puedes…no pasa nada.

—Me encantaría, Adriana. Por cierto, me estabas contando cómo me encontraste. Si doña Herminia te dijo que me fui con una buena familia, ¿qué has hecho para aparecer junto a mi coche en la universidad?

Adriana llevó un mechón de pelo tras la oreja.

—Lo que te decía, suerte. Pensé que si te había adoptado una familia pudiente, estudiarías. Si seguíais en Santander sólo tendría que dedicarme a repasar las fotos de los expedientes académicos de la Universidad de Cantabria, de CESINE y de los demás centros de estudios. Y gracias a Dios te encontré.

—A Dios y a ti, veo que serás una periodista a la que no se le escapará nada.

—Uf, aún queda mucho.

Tumbadas en la cama, con la vista en la lámpara del techo y la cabeza en los recientes recuerdos, las hermanas, cada cual en su casa, hacía un somero repaso de las últimas horas compartidas.

Ambas iniciaron el repaso, sonrientes.

Ambas lo finalizaron con el rostro sombrío.

Adriana, porque desde que escuchó el tipo de vida que había sufrido su hermana gemela hasta los catorce años no pudo evitar sentir lo que posiblemente ella sintió. Si no era lo mismo, se acercaría bastante. Le invadía una rabia enorme por los que fueron novios de su madre biológica, por ella. Por las otras familias de acogida que tuvo y los abusos que sufrió.

—Si los tuviera aquí ahora mismo los mataría…— susurró antes de quedar profundamente dormida.

Maite, porque había sentido el odio en los ojos de su hermana y no quería involucrarla. No le había hablado con detalle del camionero, ni de su mujer, ni de Toñín y el vigilante, ni de Susa y los hermanos

Rosales. Ni por supuesto de su reciente hallazgo; el lugar de trabajo de Ezequiel Gómez, el que fuera vigilante de La Esperanza que abusó de Susa en compañía de los hermanos. Él tendría que saber qué pasó con su amiga. Lo encontraría en el turno de noche de una empresa de importación/exportación como conserje en el polígono industrial, una nave pegada a un laboratorio farmacéutico.

No, no le había confesado nada de esto porque era como desenmascarar al *Vengador*, y aún quedaban cosas por hacer. Algo muy dentro de ella le decía que podía fiarse por completo de Adriana. No dudaba de su intuición, lo que no tenía tan claro es si podía fiarse de ella misma. No quería ni siquiera imaginarse que una vez confesado todo lo que había sufrido y vengado a lo largo de su vida, su hermana pusiera el grito en el cielo.

No, mejor no pensar en ello.

34

Eran poco más de las nueve de la mañana, las luces de las farolas de las calles de Santander permanecían encendidas, como las de las casas. El cielo se mostraba alfombrado de espesas capas de nubes que variaban del tono gris oscuro al más negro. Desde primeras horas de la madrugada un persistente aguacero, acompañado de su particular sinfonía de truenos y rayos, descargaba todo su caudal sobre la ciudad.

Doña Herminia corrió las cortinas, bajo la espesa manta de agua se podían distinguir las huellas de la última búsqueda de cuerpos en el campo anexo al Hostal El Camino. De las dos excavadoras iniciales, permanecía una, y de los diez operarios, cuatro.

Todo lo había hecho por el centro y por el bien de los niños. Sabía que había varios cuerpos enterrados de internos, el del vigilante César Hernández, el de una chica y otro de un desconocido del que no quiso averiguar su identidad. Desconocía qué hacían ahí los otros cadáveres de mujeres, aunque no le resultaba complicado imaginarse quién podría ser el responsable.

Una de las obligaciones que se auto impuso fue evitar cualquier tipo de escándalo en torno a La Esperanza. Si alguno interno fallecía, lo enterraba al otro lado del muro. Si alguna chiquilla se quedaba embarazada, se la separaba del grupo y su hijo se entregaba en adopción a cambio de una prestación económica por las gestiones, no sin antes asegurarla que había nacido muerto.

“Todo por su bien, el del bebé y el del centro”

El teléfono sobre la mesilla comenzó a sonar.

Suspiró con la mirada en el viejo aparato, apretó los labios y tres pasos después se hacía con el auricular.

—Doña Herminia, los dos policías preguntan por usted.

—Dígales que ahora voy a la sala.

La policía otra vez, nadie mejor que ellos para entender todo lo

que había hecho durante estos años. Se había ocupado y preocupado de que muchos niños, repudiados por la hipócrita sociedad en la que vivimos, encontraran un hogar en el que sentirse queridos. Aún sí, los había que se escapaban, terminaban Dios sabe dónde unos, y en un centro de internamiento otros.

Aguantó su mirada a la imagen que le devolvía el espejo mientras se ajustaba con firmeza el moño.

—¿Qué problema hay porque cobrara algo de dinero por mis servicios? ¿Lo he robado a alguien? ¡No!— se sacudió unas motas invisibles de su impoluto vestido oscuro y se dispuso a abandonar la habitación.

"Vivo en una sociedad de desagradecidos"

Mientras recorría los no más de diez metros que le separaban del ascensor recuerda la noche en la que sorprendió a uno de los vigilantes de noche al otro lado del muro. César llevaba pocas semanas trabajando en La Esperanza, desconocía una de las costumbres de la directora; salir antes de acostarse a dar un paseo alrededor del centro.

Una tenue luz a no más de cincuenta metros captó su atención.

Extrañada por el lugar del que parecía provenir avanzó con cautela dispuesta a descubrir a algunos internos que posiblemente se habrían escapado de sus habitaciones para fumar un cigarrillo.

—O vaya Dios a saber qué.

Conforme se acercaba, una sombra se recortaba a lo lejos. Un ruido seco y rasgado acompañaba sus pasos y los cada vez más crecientes latidos de su corazón. Se detuvo tras un árbol y asomó la cabeza. No le separaban más de diez metros de la oscura figura y de sus movimientos. A su derecha y un par de pasos más adelante otro árbol le podía servir de cobijo.

La figura detuvo sus movimientos y con ellos el ruido seco y rasgado. Vio como se agachaba y tiraba de algo. Volvió a detenerse, mirar en torno, y encender un pitillo.

"¿César?"

La directora aguantó la respiración mientras recorría con suma cautela los dos metros que le distanciaban del siguiente escondite y se asomó. Su último empleado estaba arrastrando lo que parecía ser un cuerpo.

"Está cavando una tumba"

Por su cabeza pasaron todo tipo de reacciones con un nexo en común, en todas ellas resultaba innegociable que se moviera del lugar en el que se encontraba. Nada de correr, ni de gritar, y menos aún de llamar su atención.

“Si ha cavado una puede cavar dos”

“O tres…”

Las reacciones que le proponía su asustado instinto iban desde avisar a la policía, a sus propios compañeros o mantener silencio. Las primeras implicaban someter al centro a lo que más odiada; un escándalo bien sonado.

Optó por la tercera.

Se consideraba discreta pero no falta de luces. A la tarde siguiente, cuando el vigilante comenzaba su turno lo llamó a su despacho.

Fue directa al grano.

—Podemos ayudarnos el uno al otro o bien puede usted acabar en la cárcel para el resto de sus días.

—No sé de qué habla.

Para solventar sus dudas, doña Herminia le relató lo que había presenciado la noche anterior con todo detalle. Le propuso dejar las cosas como estaban siempre y cuando hiciera lo mismo para beneficio del centro. El acuerdo fue rápido, lo único que le imploró es que las próximas veces fuera más cuidadoso.

Ese cuerpo no había sido encontrado hasta el momento.

La Guardia Civil buscaba en otras ubicaciones.

Entró en la sala con la mejor cara que pudo disponer de su amplio repertorio para visitas no deseadas y de complicada resolución.

—Buenos días, inspector, subinspectora, por decir algo, porque está cayendo el juicio final ¿han tenido un buen trayecto?

—Buenos días, doña Herminia— respondió Diego. María le dedicó un ligero movimiento de cabeza— Sí, sin contratiempos.

—Parece que estamos condenados a vernos. Imagino por lo que vienen, pero no sé qué más les puedo decir.

—Yo sin embargo— Pinta tomó la palabra— creo que le puedo ayudar en ese sentido.

Un pinchazo en el centro del pecho advirtió a la directora que la sutil frase de la subinspectora escondía una acusación complicada de rebatir.

—Usted dirá. ¿Nos sentamos?— señaló el lugar en el que se encontraba su butaca preferida.

—La suponemos al tanto del resultado de los últimos trabajos realizados en lo que usted llama el campo.

La mujer mayor observaba a Pinta sin pestañear.

—Los cuerpos de dos niñas y de una mujer— María abrió su libreta, deslizó el separador y leyó— Ángeles Carrión, la mujer,

prostituta. Mercedes Turul y Ana Rosa Puente, dos niñas que fueron internas de La Esperanza.

—Si usted lo dice, no recuerdo el nombre de todos ellos.

—No es necesario, disponemos de copia de sus fichas.

—¿Consta en ellas una denuncia por mi parte?

—Sí, consta una denuncia en la comisaria por desaparición.

Doña Herminia era consciente de que su pose no aguantaría mucho más pero debería continuar hasta ver qué sabían.

—¿Y bien?

—Las tres murieron estranguladas, como las dos mujeres anteriores y uno de los chicos internos.

—Lo lamento por todos ellos, pero no sé cómo puedo serles de utilidad.

—La considero una mujer inteligente, doña Herminia— intervino Diego al que el recuerdo de Toñín ejercía sobre él un efecto de imán pegado a la silla que le dificultaba expresar lo que pensaba— son varios los cuerpos de internos encontrados junto al centro. No concuerda su fuga con su aparición. No es que los hayamos encontrado muertos, si no que estaban enterrados y esto supone la implicación de terceros.

“No saben nada”

—En los tugurios de la zona han reconocido a César Hernández, en ocasiones iba acompañado de otro individuo, un tal Ezequiel Gómez, que fue la última víctima del que llaman *El Vengador*. A ambos se les vio en compañía de las dos primeras mujeres enterradas aquí. ¿Sabría usted decirnos si le resulta familiar ese nombre?

La directora sintió como si un enorme puño le aferrara con saña el estómago.

—No recuerdo ningún Ezequiel como empleado de La Esperanza, subinspectora. Pero si quiere mirar en las fichas.

—Lo haré, pero algo me dice que no habrá ninguna con ese nombre ¿me equivoco?

—No lo sé, como le digo, no lo recuerdo.

María cruzó las piernas. Llevaba un órdago escondido, si la directora lo veía la investigación sufriría un duro golpe.

—Hemos encontrado varias familias que nos han asegurado que adoptaron niños y niñas en este centro y están dispuestas a declararlo ante el juez— soltó de improviso.

El semblante de la directora luchaba por encajar el golpe bajo que la niñata policía le acababa de asestar. La había subestimado al pensar que el interrogatorio se enfocaría en la identidad de unos cuerpos que no tenía por qué conocer, ni saber cómo habían llegado hasta allí. Si

la cosa se complicaba bastaba con señalar a César Hernández como autor de todos los posibles asesinatos.

—Efectivamente, su jefe aquí presente— miró a un afectado Diego — se benefició de mis gestiones y…

—No, doña Herminia— el inspector saltó como si de repente le quemara la silla— yo no me beneficié de sus gestiones, fue a través de los Servicios Sociales. Las familias a las que mi compañera se refiere afirman que pagaron por los niños pensando que todo era legal y…

—¡¿Legal?!— la directora apoyó con fuerza las manos en los reposabrazos de la butaca y se incorporó sobre las muñecas. Su mirada encendida clavada en el inspector— ¡Pagaban porque querían tener un niño en su casa! ¡Pagaban para que yo pudiera seguir manteniendo el centro abierto y sacar a los críos de las calles, muchos de ellos pequeños delincuentes!— de pronto su cuerpo se relajó. Ladeó el rostro y su semblante ofreció una sonrisa torcida— Este mundo está lleno de hipocresía, inspector.

María estaba a punto de saltar sobre la mujer y ahogarla con sus propias manos, pero al menos el órdago había funcionado.

—Creo que no termina usted de entender lo que le estamos diciendo. Esos chicos y chicas de los que hablamos no constan en ninguna ficha, ni existe un albarán de entrega a sus padres adoptivos, como sí lo hay de otros. ¿Por qué destruyó las fichas? ¿Ha hecho lo mismo con otros niños desaparecidos o fugados? ¡¿Eh?!— la subinspectora sintió la mano de su compañero tirando del bajo de su chaqueta.

—Pregúnteles a ellos, subinspectora. Que le digan por qué no existen esas fichas. ¿Quizá pagaron para que el rastro de sus hijos adoptivos se borrara para siempre? Unos niños con nombre y apellidos nuevos sin historial delictivo. Pregúnteles.

—Lo haré, no lo dude. Por cierto ¿De qué conoce al inspector Demetrio Trémez?— el cambio brusco de tema pretendía coger desprevenida a la directora.

La mujer se retrepó en su asiento.

—¿A quién dice?— llevó dos dedos a la barbilla, la mirada posada sobre la mesa, simulando que se esforzaba en recordar— ¿Está segura de que lo conozco?

María juntó las rodillas y se acercó al borde de la butaca.

—Eso dice él, nos ha comentado cosas muy interesantes de cuando llevó la investigación del fallecimiento de los hermanos Rosales. ¿Los recuerda?— sin aguardar respuesta Pinta continuó: —Juan y Alberto Rosales estuvieron aquí varios meses, después fueron enviados al centro de Barreda.

Un fino velo de preocupación cubrió el rostro de doña Herminia. Por supuesto que se acordaba, por su culpa, Susa Leal acabó esa noche bajo tierra. No quedaba otra salida que continuar manteniéndose en la ignorancia.

—Como ya le dicho en sucesivas ocasiones, subinspectora, no recuerdo a todos y cada uno de los que han pasado por aquí.

—Le hablaba del inspector Trémez, asiduo a su centro.

La directora consultó su reloj de muñeca y a continuación el de la pared.

—Recuerdo un inspector pero si le viera en estos momentos no le reconocería. ¿Algo más? Tengo cosas que hacer.

—No pararé hasta que dé usted con su huesos en la cárcel, señora.

—Es parte de su trabajo, pero si tengo que hablar, lo haré de todos los internos y sus actuaciones en La Esperanza— sus ojos fríos se desviaron buscando los de Diego.

—¿Me está amenazando?

—Nada más lejos de mi intención, inspector. Los tentáculos de una vieja como yo no van más allá de este lugar y ya ni eso— de repente sus modales recordaban a los de una mujer mayor, bondadosa— sólo le digo que si quieren saberlo todo, lo sabrán.

Olivares se puso en pie.

—Seguiremos investigando hasta el final, doña Herminia. Si tiene que salir a la luz el suceso que atribuye a mi hijo, saldrá. Llegado el momento ante los tribunales veremos quién es capaz de presentar más pruebas que sustenten su teoría.

—¿No me cree?

—Conforme la voy conociendo, mi confianza en su palabra se va disipando. A parte de mi hijo, el vigilante y usted ¿Quién más sabe lo que pasó aquella noche?

De nuevo el rostro de la directora se endureció.

—¿Quizá, Ezequiel Gómez, ya fallecido?— propuso Diego.

Doña Herminia tenía la mirada clavada en Olivares. Un mirada helada, despojada de sentimientos.

—¿Y la niña? ¿Sabe usted dónde está esa niña? ¿También se fugó? O es una de las que han aparecido enterradas.

—No estoy sola defendiendo mi testimonio. Se olvida usted de mi ayudante, la fiel…

Los dos compañeros se miraron.

—¿Quién, dice usted?

La directora fue consciente de que la habían pillado con la guardia baja. Acababa de cometer un error mayúsculo. Valentina era capaz de soltar todo lo que sabía y complicar las cosas.

Su semblante formó una mueca melancólica.

—Doña Valentina, una de las profesoras, pero la pobre no se encuentra muy bien. Nunca tuvo buena memoria, pero era una mujer eficiente en su trabajo y sobre todo leal a esta magnífica institución. Se encuentra internada en una residencia para mayores.

—¿Ella o usted vieron a Toñín golpear al vigilante?

La directora guardó silencio unos segundos. Esa misma pregunta se la iban a formular a Valentina.

—Por supuesto— mintió.

—¿En qué residencia está?

Una vez en el interior del BMW X6 a salvo del aguacero que comenzaba a remitir, Diego arrancó el coche, se sentía con ganas de conducir.

—Lo de las familias que iban a testificar ha estado muy bien. Lástima que no tengamos ninguna— dijo mientras ponía rumbo a la residencia.

—Espero que las encontremos, estoy convencida que existen.

—Sí, y yo.

—Esa mujer esconde algo mucho más grave de lo que pensaba en un principio. Adopciones ilegales, asesinatos encubiertos— observó el perfil de Diego— no lo decía por Toñín.

—Lo sé, te pido por favor que no te veas en la necesidad de pedir perdón cada vez que su nombre salga a colación ¿de acuerdo?

—Perdona…yo…

—¿De acuerdo?— insistió.

—Sí, de acuerdo.

Los negros nubarrones suavizaban su tonalidad conforme el vehículo en el que viajaban los dos policías se alejaba del núcleo urbano. Los goterones se intercalaban con lluvia fina. La subinspectora llevó la vista al encapotado cielo.

Sonrió.

—Una vez más mi padre va a acertar.

—¿No me digas que hoy también se ha atrevido a pronosticar que levantaría el tiempo?

—Sí, me ha dicho con su voz grave y cargada de razones. Hija, parece que *surea*, y con viento del sur ya sabes que aquí no llueve.

Un intercambio de risas y frases sobre la personalidad del progenitor de la subinspectora relajaron la tensión que se había apoderado de los dos policías en el Hostal El Camino.

—Dime una cosa, Diego. ¿Por qué has permitido que doña

Herminia avise a su fiel servidora?— las dos últimas palabras partieron de su boca con cierta ironía— sé que no se te ha escapado.

—No creo que nos arriesguemos mucho si la dejamos hacer. Si la tal Valentina es como asegura no será complicado que nos diga lo que queremos saber.

—La llamada de doña Herminia le habrá puesto nerviosa.

—En ello confío.

No se equivocaban.

Valentina colgó teléfono con el rostro desencajado. La llamada de Herminia la había sumido en un estado de nervios difícil de disimular. Jamás pensó que la policía fuese a llamar a su puerta. No había hecho nada malo, siempre se comportó con dignidad, a favor de los intereses de los chicos y de la institución sin olvidarse de las familias desesperadas por adoptar un chiquillo.

Las palabras de la que fuera su directora golpeaban con saña en su conciencia:

—Recuerda decir con seguridad que vimos como Toñín golpeaba varias veces con el azadón al vigilante. Si te preguntan cómo se llamaba la niña di que no te acuerdas, que estará en las fichas o mejor aún, que me lo pregunten a mí ¿Has entendido, Valentina?

—Sí…— balbuceo mientras deslizaba la palma de la mano sobre su cara.

—No sabes nada, ni recuerdas nada. ¿De acuerdo?

—Sí…

—Procura que nadie de la residencia te vea asustada ahora mientras llegan.

“Es fácil decirlo”

—Cuando se vayan, llámame.

—De acuerdo, Herminia.

Al colgar el teléfono sintió que le fallaban las piernas. Tomó asiento, con la cabeza gacha miraba sin ver el suelo.

—¿Estás bien, Valentina?— quiso saber una celadora.

—¿Eh? Sí, sí, sólo un poco de cansancio.

La celadora señaló el teléfono.

—¿Malas noticias?

La fiel servidora siguió la indicación de su antigua jefa. Intentó esbozar una sonrisa.

—Oh, No, no es nada, será mi tensión.

El intercomunicador de la celadora comenzó a sonar.

—Sí, está aquí, junto al teléfono. Ahora mismo se lo digo— respondió con la vista en el cansado rostro de la interna.

—¿Me llaman?

—Sí, tienes visita. Deja que te ayude— pidió mientras la cogía por la cintura— una pareja pregunta por ti. Están en recepción.

—¿Una pareja?

—Sí, ¿quizá algún familiar?

Agarrada del brazo de la celadora Valentina sentía que su pulso brincaba desbocado. Se esforzaba por cumplir el mandato de doña Herminia, que le imploraba que actuara normal, sin temores.

—No lo creo, me hubieran avisado.

—Quizá se trata de una sorpresa— señaló con una amplia sonrisa en su rostro mientras le daba dos suaves palmadas en la mano que se agarraba a su brazo.

“Eso no lo puedo negar”

Cinco minutos más tarde accedían al vestíbulo.

—Míralos, ahí están. Qué buena planta tienen. ¿Los conoces?

—No los recuerdo, quizá algún sobrino.

La celadora saludó a Diego y a María.

—Si quieren sentarse ahí, señaló un tresillo a su izquierda.

Diego escudriñó la estancia con la mirada.

—¿Para hablar en privado?

—En ese caso les acompaño a la sala que está vacía ahora— consultó su reloj— en una hora comenzará a llenarse.

—Gracias.

Una vez acomodados, María tomó la palabra.

—Doña Valentina, acabamos de visitar a doña Herminia. Ella nos ha enviado, nos dijo que le iba a avisar de nuestra llegada— mintió— No sé si hemos venido demasiado rápido o ha podido hablar con ella.

—Sí, me lo ha dicho.

“Qué distintas son”

La subinspectora dedicó los primeros minutos a poner al día a Valentina de los últimos acontecimientos relacionados con la institución que tanto amaba. El rostro de la mujer sufría constantes cambios, su tono palidecía por momentos, tanto, que los dos policías pensaron que se podría desmayar ahí mismo.

—Estaba usted al tanto de las adopciones ¿verdad?

—Bueno, no formaba parte de mi actividad. Yo me dedicaba a vigilar a los internos, a veces se comportaban como pequeños diablillos.

—Pero sabe que algunos chicos y chicas eran adoptados.

—Claro, los que tenían más suerte. Las familias se iban felices y ellos también— su mirada se cubrió de un fino velo húmedo— a veces regresaban. Tenían una edad complicada.

—¿Qué sabe usted de los cuerpos que han aparecido en el jardín?

Valentina negaba con la cabeza.

—Yo, no…no sé nada. Esas mujeres no serían de La Esperanza. Los chiquillos… pobres.

—Doña Herminia nos ha dicho que cuando llegaron al sótano, Toñín estaba golpeando con un azadón al vigilante. ¿Usted vio como lo mataba?

La mujer miró a un lado y a otro, como buscando ayuda. No se encontraba nada bien. Comenzaba a faltarle el aire.

—Señora, nada tenemos contra usted. No es sospechosa de nada. Sólo estamos investigando a César Hernández, el vigilante, ¿se acuerda de él?

Asintió aparentemente más relajada.

—Creemos que es el culpable de las muertes de las mujeres— cambió de tema para suavizar la tensión.

—¿Sí? ¿Sabe qué le digo? Que no me extraña, no me gustaba nada ese hombre, ni varios de sus compañeros.

—¿No le extrañó que muriese de ese modo?

—No…—calló unos segundos—… pobre chiquilla.

—Doña Valentina— Diego tomó la palabra— necesitamos encontrar a la niña para poder cerrar el caso y para ello es necesario que sepamos su nombre ¿lo recuerda usted? Tómese su tiempo.

La mujer se hizo con un arrugado pañuelo de papel del bolso y deslizó un extremo por los ojos. Llevó su mirada cansada y acongojada de un policía al otro. En su reciente recuerdo la conversación con Herminia.

Asintió.

—Cris.

—¿Vio a Toñín golpear al vigilante?

—No.

35

Marcelo Torquemada necesitaba salir a la calle, tomar aire fresco y fumarse al menos un par de pitillos seguidos. Acababa de hablar por teléfono con la voz distorsionada por segunda vez en los últimos tres días.

—O me toma en serio o encontraré otro colega suyo que lo haga. Le volveré a llamar.

Permaneció unos instantes con el teléfono en la mano y la mirada en ningún punto en concreto. Lo que le pedía la maldita voz no se podía llevar a cabo sin más. No porque se tratara de algo complicado, bastaba con elaborar un artículo acorde con la información que se estaba publicando, sino porque podría considerarse como una intromisión en una investigación policial en curso. Una investigación que era de dominio público y que la revelación que se le pedía que ofreciera podría afectar al estado de ánimo de sus lectores.

Guardó silencio respecto a la primera llamada, nada dijo a su jefe ni menos aún al director del *Diario Montañés*. Su olfato de periodista le indicaba que no debía soltar la mano de la fuente que le ofrecía la jugosa información, el mismo olfato que le aconsejaba que se guardara las espaldas.

—¿Te pasa algo, Torque? Ni que hayas visto un fantasma— dijo un compañero cruzando a su lado.

El periodista salió a la calle confiando en regresar con una respuesta.

Con el primer cigarrillo consumido encendió el siguiente. Poco a poco iba tomando algunas decisiones. La más trascendente, por desgracia, no le correspondía a él; dar el visto el bueno o no a la publicación del artículo que ya tenía en mente. Su apuesta sería por seguir adelante.

Apuró un par de intensas caladas.

Asintió mientras tiraba la colilla al suelo y la aplastaba con aplomo.

Hablaría con su jefe directo y ambos lo comentarían con el

director.

Sí, ya estaba decidido y eso le hacía sentirse bien, muy bien.

Me encontraba mucho mejor. Podía caminar distancias más largas sin tener que detenerme debido a las miles de agujas que se me clavaban en las costillas. El codo mejoraba, pero seguía llevando el brazo en cabestrillo la mayor parte del día. Bajé a la calle a tomar mis añorados bocartes y echar de menos la compañía de mi buen amigo Freddy. Le veía en todos los sitios por los que paseaba, su mirada, pidiéndome otro pescadito tumbado a mi lado. Su lengua colgando a un lado mientras regresábamos a casa, deseando saciar la sed. Su curiosidad con los nuevos amigos que hacía en el parque o por la calle, su alegría al encontrar alguno conocido.

De momento no le buscaría sustituto.

Llevaba el periódico bajo el brazo que dejé sobre la mesa. Me acomodé y lancé la mirada al inmenso mar azul. Tan azul como el cielo, ausente de nubes en esos momentos. Por la izquierda se aproximaban, amenazantes, nubarrones con aspecto de descargar una buena cantidad de litros de agua.

Mi móvil emitió el sonido de un *sms*.

Sonreí, no podía ser nadie más que Nerea, aún manejaba un móvil sin *whatsapp*, regalo de su madre. Disfruté de unos maravillosos días en su compañía, más o menos como me había imaginado que serían. Recuerdo el primer beso, el mismo día que llegó y…

Un nuevo *sms*.

"Impaciente"

Miré la pantalla. Mi sonrisa se borró al instante.

No, no era de ella.

"*Si no quieres que te pase lo mismo que a tu querido Freddy, mantén la boca callada hijo de puta*"

"*No habrá más avisos*"

Buena manera de comenzar el viernes. Dos amenazas seguidas.

—Sus bocartes y su blanco, señor.

—Gracias.

Desplegué el periódico y casi me caigo al suelo de la impresión.

"¿Si el Vengador no hubiese muerto? ¿Si fueran más de uno? Sería una forma sugerente de dar sentido a lo que nuestros lectores se plantean. Si murió o bien estamos ante un perfecto imitador, o se trata de un compañero o compañera del original"

No leí más, apuré los últimos bocartes, no era cuestión de dejarlos

en el plato y cogí un taxi.

—A la Jefatura Superior de Policía en la Avenida del Deporte número cuatro, por favor.

Por el camino me vi tentado de llamar a Marcos Alegre y compartir con él lo que me disponía a hacer, pero evité caer en la tentación por falta de intimidad en la llamada.

Entré en la comisaría sintiendo mis manos húmedas. Las dudas ante lo que iba a hacer me atormentaban. Suspiré profundamente al poner el primer pie en el interior. La amable sonrisa de una mujer policía en la recepción ejerció como un bálsamo en mi ánimo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, eh… la verdad no sé por dónde empezar. Tengo dos asuntos que tratar y…— me estaba comportando como un idiota, cerca estaba de tartamudear.

—¿Uno de ellos tiene que ver con…?— señaló mi brazo en cabestrillo.

—Sí, me dieron una paliza en mi casa, mataron a mi perro, le dije a sus compañeros de quién sospechaba y concluyeron, después de interrogarles, que no habían sido ellos.

La policía me observaba con atención.

—Esto pasó hace un mes, aproximadamente— me hice con el móvil y le mostré el *sms*.

—¿Freddy?

—Sí, mi perro, un labrador negro. Nadie tiene que saber cómo se llama, sólo la mujer que compartió piso conmigo y su novio que no se iba de casa.

—Son sorprendentes los dos *sms.* ¿El otro asunto?

—Tiene que ver con *El Vengador* y la noticia que publica hoy *El Diario Montañés*.

La mujer frunció los labios y asintió.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Jaime Valdés, apenas llevo medio año en Santander.

—Señor Valdés, si es tan amable rellene esta hoja con sus datos de contacto y siéntese ahí, ahora mismo le aviso. ¿Puede escribir?

—Sí, sí, no hay problema.

—Ahora vengo.

Susurré un lacónico, gracias, que no sé si llegó hasta sus oídos. La vi alejarse a paso rápido mientras tomaba asiento. Me daba la sensación de estar siendo observado por numerosos pares de ojos pero la realidad era que nadie me prestaba la más mínima atención.

Diez minutos más tarde me avisaban.

—Por aquí, señor.

En el interior de la sala me aguardaban dos hombres y una mujer.

El individuo del mostacho, que sabía perfectamente quién era, me ofreció su mano.

—Soy el comisario Redondo. Ella es la subinspectora Pinta y él el inspector Olivares.

Los saludé con torpeza, me encontraba fuera de lugar. No sabía si decir, encantado, o limitarme con asentir mientras estrechaba sus manos. Era la primera vez que me veía ante una situación como esa.

—Siéntese, por favor— el comisario me señaló una silla frente a él.

—Nos dice la oficial Paula que desea comentarnos dos temas. ¿Guardan relación entre ellos?

"Directo al grano"

Me vino a la mente una de las conversaciones mantenidas con Marcos en su visita durante las pasadas Navidades. La posibilidad de que Mena pudiera tener algo ver con *El Vengador*, ya que ella podía acceder a los resúmenes que hago del taller cada día al regresar a casa. Había pensado en cambiar de costumbre y anotarlos en una carpeta pero para poder averiguar si ella o su novio guardaban alguna relación era necesario que continuara con la misma rutina.

—No sabría decirle si existe una relación directa. Es posible.

—Bien, comencemos. Acabo de leer la denuncia interpuesta por usted por asalto con violencia en su casa.

—Así es. Hace no más de un par de horas he recibido estos dos *sms* — le mostré el teléfono— Freddy era el nombre de mi perro y nadie excepto la persona que creo está detrás de todo esto y su novio, conocen.

El comisario entregó mi teléfono al inspector que tras leer los mensajes hizo lo propio con la subinspectora.

—No sé si recordará el momento, comisario, creo que sería el día dos o tres de enero. Usted y el inspector caminaban por el Paseo de Pereda camino del Club Náutico— juraría que el rostro de Redondo se endureció durante unas décimas de segundo— Freddy se acercó a usted, yo estaba con un amigo mío, los dos llevamos el mismo peinado — pasé mi mano por mi despejada cabeza— usted acarició al perro.

El comisario me observó durante unos instantes. Su semblante se había relajado. Esbozó una suave sonrisa.

—Sí, lo recuerdo. ¿Es el perro que mataron en su casa?

—Sí.

Su mostacho se movió como si se balanceara.

—Lo lamento de veras, era un perro precioso, lo comenté con el inspector.

—Me acuerdo, comisario.

—Investigaremos de nuevo a esta mujer— señaló la pantalla del móvil que me devolvió.

—Se lo agradezco.

—Bien, háblenos del *Vengador*.

Tomé aire, apoyé el brazo en cabestrillo sobre la mesa y comencé.

Me dejaron hablar durante media hora sin apenas interrumpirme excepto por algún dato referido a los alumnos. Hablé de cómo se iniciaron mis sospechas con la propuesta de los mensajes a la policía, a la prensa y asistir incrédulo a su manifestación en la vida real. Pero lo que colmó el vaso de las dudas fue proponer que *E*l *Vengador* fuesen más de uno o que hubiese fallecido. Que el auténtico *Vengador* no fuese la chica que murió junto al conserje.

—Sé que después de terminar con su última víctima dejó de actuar durante algo más de dos años, es perfectamente comprensible que se relacionara el fin de los asesinatos con su fallecimiento— me froté la cara como innegable gesto nervioso— pero no es más que pura ficción, solo pretendo que mis alumnos dejen volar su imaginación a la hora de elaborar la trama de su novela, pero esto…—señalé el periódico— y que salga publicado a los pocos días… Demasiada coincidencia ¿No les parece?

Vi como los tres policías intercambiabas sus miradas. Me embargó una sensación de estar cometiendo el mayor error de mi vida al haberme presentado en la comisaría con una historia como esa.

“No me creen”

—¿Sospecha usted de alguien?— quiso saber la subinspectora. Su pregunta me cogió desprevenido.

—Bueno, no tengo pruebas para señalar a nadie. En el taller se apuntaron seis mujeres y dos hombres. Si alguno de ellos o de mi entorno tuviera relación con *El Vengador* y se tratara de una chica, podría tener dos sospechosas. Si fuera un hombre, quizá apuntaría a uno. Como ven no es de mucha utilidad, pero no me gustaría nombrar a nadie sin tener la certeza de estar señalando al culpable.

—Lo entendemos, señor Valdés— la subinspectora llevó la vista a sus notas— decía usted que la que fue su compañera de piso tiene acceso a su ordenador.

—No es que tenga acceso, sino que es informática y me lo limpió de virus. Según un amigo mío puede estar al tanto, como los alumnos, de todo lo que damos en el taller, porque tengo la costumbre de escribir en *Word* lo que hemos dado en cada clase.

Un cuarto de hora más tarde me hallaba de nuevo en la calle con la promesa por parte del comisario de que mantendrían la confidencialidad de lo que habíamos hablado, y que no caía en saco

rato mi denuncia. Hablarían con Mena en los próximos días.

Levanté la vista. Los nubarrones que se aproximaban mientras degustaba los bocartes estaban tomando posesión del cielo. Comenzaron a caer sin previo aviso chuzos de punta, como decía mi padre.

—¡Taxi!

Olivares quedó con la mirada fija en la puerta por la que había salido segundos antes el profesor de novelas. Pinta repasaba sus notas, Redondo se había asomado a la ventana siguiendo con la mirada los pasos de Valdés rumbo a la Avenida del Deporte.

Comenzó a jarrear.

—¿Y bien? ¿Qué opinan?

El inspector cruzó los brazos y negó repetidamente con la cabeza.

—Si no fuera porque es real, pensaría que se trata de una broma— separó los brazos y miró al comisario— ¿Cuándo se ha visto que dos personas denuncien un hecho señalándose mutuamente? No creo equivocarme que el supuesto sospechosos masculino al que aludía el profesor sería nuestro policía local, si estoy en lo cierto y Paco Calatayud estuviese relacionado con *El Vengador* ¿a cuento de qué viene a levantar la liebre?

—Quizá haya intuido que el profesor puede sospechar de él y ha querido adelantarse.

Diego se incorporó. No le gustaba nada el derrotero que estaba tomando la investigación. Demasiados frentes abiertos, muchos sospechosos si no directamente relacionados con el asesino, sí que de alguna manera guardan relación con parte de los hechos.

—Otra posibilidad es que Calatayud tenga razón— expuso María.

—No olviden que también podría ser que ambos estuvieran equivocados— intervino Redondo camino de la puerta— lo que sí merece atención es que lo hablado en ese taller haya sucedido en la realidad. Continúen con la investigación y no pierdan de vista al profesor.

—Sí, jefe.

Cuando el comisario abandonó la sala, Pinta levantó la vista de sus notas.

—¿No se decía que éramos pocos y parió la burra?

—La abuela, parió la abuela.

María dio un par de sonoras palmadas.

—¿La abuela? ¿Seguro?— estalló en incontrolables risas— No me

digas eso que siempre he dicho la burra. Ains… mi pobre abuela…

Llegué a casa y me senté frente al ordenador. Mis dudas crecían conforme se sucedían los minutos de mi salida de la comisaría.

"¿A qué coño he ido?"

Escondí la cabeza entre las manos. Era sencillo dejar rienda suelta a mi imaginación y ver a la policía investigando a mis alumnos como si fueran criminales. No me podía olvidar de Mena y su novio. Son los primeros en mi corta lista de sospechosos, si es que estoy en lo cierto. De lo que no me cabe la menor duda es que ella o el tal Néstor son los que me han enviado los *sms*, seguramente desde un teléfono de prepago.

De pronto, levanté la cabeza.

Una idea se abría paso.

—Espero que no, pero…

Para comenzar me voy a ubicar en el punto de vista de los investigadores, algo que siempre debo hacer en cada novela con cada personaje. Lo primero que les debe llamar la atención es la súbita aparición de un individuo que ha llegado a Santander coincidiendo con la primera comunicación del *Vengador* con la propia policía, tras dos años de silencio, enviando la foto del vigilante César Hernández. Que se presenta en la comisaría con una historia que aparentemente no tiene ni pies ni cabeza, en la que basándose en unas supuestas coincidencias pone el foco de la identidad del asesino entre sus alumnos o una ex compañera de piso.

¿Qué pensarían los Olivares y Pinta de mi libro? La respuesta es de cajón, me había convertido en sospechoso, si no en el principal, sí en uno de ellos, si es que tenían alguno señalado. Algo que dudo.

Sin embargo, tras asimilar el mazazo inicial que me ha supuesto plantearme haber sido tan imbécil de grabar mi nombre en su investigación, entiendo que cuento con alguna posibilidad de que estos temores sean infundados. Me extrañó que no me pidieran datos de la escuela ni de los asistentes al taller. Posiblemente querría decir que mi historia no les había impresionado lo suficiente.

Sentí cierto grado de relajación en mi cuerpo.

No duró mucho, sólo los breves segundos que tardé en comprender que creyeran o no mi historia, no cambiaban las cosas. Mi intuición me susurraba en ambos oídos sin descanso que no estoy equivocado y desde un minuto atrás me aconsejaba encarecidamente que me pusiera en marcha, que tomara la delantera.

¿Pero, cómo?

Crucé las manos tras la nuca y esbocé una amplia sonrisa.

No me quedaba otra opción que tratar la realidad como si fuera parte de la ficción. El profesor del taller debería ponerse a investigar desde este preciso momento.

“Lo que me faltaba…”

No era lo que más me apetecía pero no me quedaban más posibilidades, no quería que la policía me sorprendiera en algún momento o quién sabe, quizá el propio *Vengador*. Plantearme esta posibilidad, por mínima que fuera, me provocó una repentina punzada de ansiedad.

Lo primero era eliminar definitivamente como sospechosos a todos los alumnos que pudiera.

“No, no, antes hay algo que tengo que hacer con más urgencia”

Me acerqué a la nevera y me hice con una Coca Cola, no soy un gran aficionado pero de vez en cuando disfruto con una bien fría. Regresé junto al ordenador, tomé asiento y permanecí con la mirada en el vaso repleto de hielos, observando el chisporrotear de las burbujas, y la mente en el pasado reciente.

—Cómo te echo de menos Freddy. Sé que te gustaría que compartiera mi vida con otro peludo como tú, pero aún no estoy preparado.

Cada vez que rememoraba su imagen tumbado en el suelo, con medio cuerpo en el pasillo, sentía como una rabia incontrolable se apoderaba de mí. En momentos como esos, escasos gracias a Dios, parece que se dan las circunstancias en las que uno admite que pierde el control y si a esta pérdida se añade la presencia de Mena o de Néstor frente a mí, las consecuencias pasarían inevitablemente por un nueva visita al hospital o mi ingreso en la cárcel por haberme cobrado la venganza que mi dolido *yo* me pedía a gritos.

Di un par de tragos y cogí el teléfono.

—Marcos ¿cómo te pillo?

—Bien, Jaime, acabo de hacer un alto de tanto teclear ¿qué me cuentas?

Le puse al día de lo único que desconocía, mi reciente visita a la comisaria. Sobre lo demás, mis sospechas, las coincidencias y las actuaciones del asesino, estaba perfectamente informado. Le llamé con la clara intención de abusar de sus magníficas dotes de investigador. Dotes que demuestra en cada una de sus novelas.

—No te siento muy satisfecho con el resultado— me dijo cuando finalicé mi exposición— vaya por delante que, en mi opinión, lo que has hecho no sé si denominarlo como lo correcto pero sí lo que tocaba

hacer.

—No lo tengo tan claro.

—Imagínate por un instante que la policía acaba deteniendo a alguno de tus alumnos o que se descubre que uno de ellos es *El Vengador* o está relacionado con ella. ¿Cómo te quedarías por no haberles avisado?

Me tomé unos largos segundos antes de contestar.

—Te agradezco los ánimos, pero en estos momentos no puedo eliminar de mi conciencia haber señalado a los alumnos, haberlos puesto en el punto de mira de una investigación policial.

—A todos no, hablabas de dos mujeres y un hombre. Imagino que una de ellas es Mena.

—De alumnas dos, pero con muchas dudas, Mena sería tercera.

Di otro trago.

—Quiero que me hagas un favor.

—Lo que esté en mi mano, Jaime.

—Ayúdame a investigar, no es que pretenda hacer el trabajo de la policía, no sería capaz. A lo único que aspiro es a eliminar mis sospechas sobre todos los alumnos. Si de alguno es imposible hacerlo, estar prevenido, porque si realmente alguien relacionado con el asesino asiste a mis clases, estoy en peligro. ¿Puedo contar contigo?—solté todo de corrido, casi sin respirar, como si temiera echarme atrás.

—Por supuesto, pensé que no me lo ibas a pedir.

36

Toñín llegó a su casa con el rostro desencajado y lo que parecía ser un fuerte ataque de fiebre, a lo que había que añadir el impacto del puño de Evaristo Carnero junto al oído. Llevaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta, los casquillos los había repartido entre varias papeleras.

Entró en la vivienda confiando en que su padre no hubiera regresado antes de tiempo de la comisaría por algún imprevisto. Guardó la pistola en su lugar correspondiente hasta que decidiera qué hacer con los otros dos de la banda de asesinos. Entró en el baño y se dio una ducha rápida.

"Me encuentro muy mal"

Se vistió de nuevo y se encaminó a clase. Llegaría un poco tarde pero contaba con la excusa de la fiebre que, sin saber el motivo, se había instalado en su cuerpo.

"Con un poco de suerte me mandan a casa"

Así fue, una hora más tarde entra de nuevo en la vivienda dispuesto a meterse en la cama. Sabía que su padre llamaría en unos minutos, cogió el inalámbrico del salón y lo dejó junto a la mesilla de su dormitorio.

El teléfono no tardó en sonar.

—Papá…

Diego le había insistido en que no se viera obligado a llamarle así, si no se sentía cómodo, que su objetivo no era, ni sería jamás, ocupar el lugar de sus padres. Sólo pretendía ofrecerle una vida que le habían arrebatado de la forma más cruel. Precisamente por este motivo, por dejarle total libertad para que se dirigiera a él como deseara, cuando lo llamaba papá sentía como una maravillosa sensación se apoderaba de su cuerpo.

—¿Cómo estás?

Cada vez que un alumno era enviado a su casa la dirección del colegio se ponía en contacto con sus padres.

—Bien, si no es nada, me han dado una aspirina infantil.

—¿Tienes fiebre?

—Creo que me está bajando— mintió.

—¿Te has metido en la cama?

—Sí.

—Le diré a Camila que te lleve algo de comer. ¿Su puré de zanahorias y puerros?

—¡Sí!

Toñín jamás en su vida se había sentido mínimamente atraído con cualquier alimento que pudiera ser catalogado como verdura o pariente lejano. Hasta que un buen día probó una cucharada de un puré naranja en casa de su vecina, Camila.

—¡Hala! Pero qué bueno está ¿qué es?

Con la excusa de haber escuchado un ruido de la olla en la cocina, Camila abandonó el comedor. No regresó hasta que Toñín no terminó el puré.

—¿Te ha gustado?

—Mucho ¿De qué era?

La vecina se secó las manos en un trapo que siempre llevaba colgado en un extremo del vestido y tomó asiento.

—¿Y si no te gustan los ingredientes? ¿Qué harás?

El chico quedó un rato en silencio, pensando la respuesta.

Asintió.

—Bueno, pues tendría que reconocer que me gustan— apuntó nada convencido temiendo no ser capaz de mantener su palabra.

—El color naranja es por la zanahoria. Ese sabor de fondo es el puerro y la calabaza. También lleva patatas.

—¿Verduras?— su rostro formó una mueca de asco.

—Las verduras son muchas y variadas, Toñín, no tienen por qué gustarte todas, pero que la zanahoria, la calabaza y el puerro te gusten dice muy buenas cosas de ti.

—¿Sí? ¿El qué?

—Que tienes muy buen gusto y que no eres el típico chiquillo tontorrón que dice que no, no y no, sin haberlo probado.

Diego no perdía detalle de los profundos cambios del semblante de su hijo.

—Vale, me ha gustado mucho— reconoció.

Desde ese día se había vuelto un asiduo del puré naranja.

—Si le da tiempo a prepararlo te lo llevará, seguro. Ya sabes como es.

—Vale. ¿Oye?

—Sí, dime.

—¿Has cogido algún malo, hoy?

—Sí, hace un rato.

—¿Qué hicieron?

—Dos ladronzuelos. Tengo que dejarte, intentaré llegar antes de lo habitual ¿de acuerdo?

—Vale, pero no te preocupes, papá.

Diego se quedó con la mirada en el teléfono.

"Papá…"

Sí, tenía que reconocer que se derretía por dentro cuando Toñín le llamaba así. Le hacía sentirse diferente, más seguro en su relación, como si estuviera haciendo las cosas bien.

No le había dicho la verdad con los ladronzuelos. Unos minutos antes de llamarle habían recibido un aviso de un fallecido por disparos en su propia casa. Las primeras conclusiones apuntaban a un posible ajuste cuentas, le aseguraron nada más poner un pie en el interior de la vivienda.

—¿Sabemos de quién se trata?

El oficial de policía pasó un par de hojas de su pequeña libreta.

—A ver… el fiambre se llama Evaristo Cantero, inspector.

Diego recibió la noticia como un puñetazo en pleno flexo solar. Los nombres de los tres presuntos asesinos de los padres de Toñín los tenía grabados a fuego en su conciencia.

—¿Está seguro?

—Sí, inspector. Esto pone en las tarjetas y el DNI, las fotos coinciden. Mire— le ofreció la cartera del difunto.

Diego se separó unos metros con la excusa de buscar más luz junto a una ventana del salón. Repasó una y otra vez la documentación. No había duda.

—No hay casquillos, inspector. Se los llevaron— con una mano enguantada elevó una pinza en el aire que sujetaba un bala— es curioso, es de una Star S9 del corto.

—¿Está seguro?— repitió consciente de lo absurdo de su pregunta.

—Sí, compruébelo— le ofreció la bala— es una antigua arma utilizada por la policía de la época de Franco y por el ejército.

El recientemente ascendido a inspector, Diego Olivares, no necesitaba explicaciones, él tenía en su casa una Star S9 c de su abuelo. Un arma que le regaló su padre y que jamás se usó más allá de unas prácticas de tiro cuando era un adolescente obsesionado por las armas.

"¿Jamás?"

Seguro que se trataba de otra coincidencia de las muchas que

acompañaban la reaparición del *Vengador*. Devolvió la bala al compañero de la Científica y fijó su mirada en el cadáver. Dos impactos en los muslos como si hubieran querido hacerle hablar.

"O que sufriera antes de morir"

"¿Una Star S9c…?"

Debería haber muchas armas como esa aún circulando por ahí. Trazó una equis mental a la absurda posibilidad de que ese arma…

—No, no, imposible…

—¿Qué es imposible, inspector?

Olivares se giró rápido. El rostro del comisario Redondo le observaba con atención. Unas voces airadas que precedían de la primera planta del edificio le permitieron ahorrarse la respuesta.

—¿Qué sucede?— quiso saber Fausto asomando la cabeza por la puerta de la vivienda.

—Viene una pareja, comisario. Dicen que son la mujer del fallecido y su hermano.

—¡¿Fallecido?!— una voz grave de hombre enfurecido llegó con claridad hasta los policías.

La voz y un forcejeo.

Redondo negó con la cabeza, miró a Olivares y elevó los hombros. Aún había mucho trabajo que hacer con algunos de los oficiales. ¿En qué cabeza cabe decir a voz en grito, delante de dos personas que se presentan como familiares que presumiblemente no deben saber qué ha sucedido, que ha fallecido el ocupante de la vivienda?

Olivares cogió del brazo al comisario y con un leve gesto de barbilla le pidió que le siguiera. Mientras, el forcejeo aumentaba en intensidad.

—El fallecido es uno de los sospechosos del asesinato de los padres de Toñín. Los que suben son los otros dos, el hermano y la mujer.

—Entiendo. Seguimos sin obtener nada que los implique.

—Así es, jefe.

—¡¡Toto!!— un agudo alarido de mujer se coló como un fino cuchillo en los oídos de los que se hallaban en la segunda planta— ¡¡Toto!!

—¡Suéltenla, cojones!

El inspector respondió a la muda pregunta del comisario.

—Toto es al que Toñín se refería como el hombre de la mano peluda y el anillo gordo en un dedo.

—Ya.

Diego llegó a su casa un poco antes de lo habitual, como le había

prometido a su hijo. Camila se encontraba en la cocina preparando la cena.

—No tenías que molestarte. Hoy pensaba venir antes.

—Lo sé, Diego, pero en tu trabajo lo que piensas es una cosa y lo que puedes hacer, otra.

—Gracias.

—Está en su habitación, la fiebre le ha bajado bastante pero ya sabes que por la tarde-noche vuelve a subir— quitó una cazuela del fuego y levantó la tapa.

—Qué bien huele, Camila. Tu puré de zanahorias le… mejor dicho, nos vuelve locos.

—Dímelo a mí que he tenido que hacer más. No ha dejado nada en la comida— exclamó con su habitual amplia sonrisa. Cogió una bandeja dispuesta a preparar la cena de Toñín.

—No, no, ya me encargo yo. De verdad. Vuelve a casa que tu marido me va a odiar, si es que no lo hace ya.

—Sabes que no, todo lo contario ¿de verdad no te hace falta que me quede? Por lo menos mientras te das una ducha y…

—No, de verdad, me ducharé después, antes de acostarme.

—De acuerdo. Ah se me olvidaba, tu hijo dice que se ha dado con la puerta del baño, tenía la oreja roja— estampó dos besos a Diego. Tras prometer que regresaría para el desayuno del niño se despidió hasta la mañana siguiente.

“No hay dinero que pague el cariño que siempre nos ha tenido esta mujer a mi familia”

Se quitó la chaqueta y entró en su despacho. Guardó su HK USP Compact reglamentaria en el cajón de la mesa. Llevó la vista al altillo. Se hizo con la caja que contenía el expediente de los sospechosos de la muerte de los padres de Toñín, localizó la ficha de Evaristo Cantero y escribió; fallecido. Cerró la caja y la depositó en su lugar. Si saber por qué, o quizá sí que lo sabía pero le costaba reconocerlo, se hizo con la caja de madera que guardaba las demás armas. Sintiendo un ligero temblor la dejó sobre la mesa. Buscó la llave en el fondo de cajón y la introdujo en la cerradura. Antes de girarla frotó con fuerza su rostro y suspiró.

“Tiene que estar, tiene que estar…”

Levantó la tapa.

A un lado, las tres pistolas que esperaba encontrar bien sujetas en sus hormas brillaron al reflejo de la luz. Al otro, una caja que debería contener el arma de su abuelo.

“Vamos, vamos…”

Levantó el extremo de la tapa con cautela, con suma cautela, como

si temiera que lo que ocultaba se pudiera abalanzar sobre él. Agachó la cabeza para asomarse a la estrecha abertura que sus inseguros dedos habían generado al desplazar mínimamente la tapa.

"¡Por Dios, ábrela de una vez!"

Obedeció a su instinto.

Suspiró profundamente y sonrió.

La Star S9 c ocupaba su sitio correspondiente.

—Soy idiota…— cerró la caja de madera y devolvió todo a su sitio.

Algo en su interior le decía que comprobase el cargador, las balas…

Pero no escuchó. No quería saber. Mejor así.

Regresó a la cocina.

Cinco minutos más tarde entraba en la habitación de su hijo con la bandeja de la cena. Lo vio asomado a la ventana, envuelto en una manta.

—Hola, Toñín, ¿cómo te encuentras? Ven, vuelve a la cama, no te vayas a enfriar.

—Bien, mejor que esta mañana.

Diego dudaba entre dejar la bandeja con sus patas instaladas, sobre la cama, o quitárselas y que cenase en la mesa.

—¿Dónde prefieres?

No había nada mejor que comer en la cama, aunque le molestaban las migas que caían en las sábanas, por más que las sacudiera siempre quedaban.

Sin responder dio un salto y se metió en la cama.

—De acuerdo. Me ha dicho Camila que no has dejado nada de puré en la comida.

Toñín negaba con la cabeza mientras introducía una cucharada en la boca, luego otra.

—Tranquilo, hijo, come despacio que nadie te lo va a quitar.

El chico forzó una sonrisa sin dejar de tragar.

—Me ha dicho también que te has dado con la puerta— se echó hacia delante buscado la oreja del chico.

—Bueno, la verdad es que me he caído, no me ha dado tiempo a sacar las manos de los bolsillos y me he dado una buena chufa.

—¿Duele?

—Ya no…—murmuró mientras introducía otra cucharada en la boca.

—Despacio.

Diego disfrutaba como jamás pensó que algún día haría con escenas como esa. Gozaba viéndole feliz, inocente, saliendo de la amarga experiencia vivida con sus padres. Mientras le observaba, la

escena de Evaristo Cantero muerto en su casa se desplegaba en sus recuerdos.

"¿Se lo debería contar?"

No supo qué responder a su propia pregunta. Seguramente se enteraría por la televisión, pero si no mostraban ninguna fotografía no lo relacionaría con sus padres y si lo hacía se vería obligado a hacerle entender que a pesar de que le hubiese reconocido no existían pruebas de su estancia en la casa. No basta con señalar a alguien en concreto, hay que demostrar su autoría fuera de toda duda. Lo peor de todo era saber que Toñín llevaría razón, lo pudo confirmar una vez más esa misma mañana cuando el hermano de Evaristo, Toto, entró en la casa, su mano peluda y el enorme anillo lo delataban.

Tras despedirse de su hijo hasta la mañana siguiente y dejar para otro momento la decisión de compartir o no la muerte de uno de los asesinos de sus padres se sirvió la cena, llevó la bandeja al salón y se dispuso a zapear un poco con el mando de la televisión.

A la mañana siguiente, Toñín se encontraba muy bien, pero no fue del todo sincero con Diego.

—¿Cómo estás?

—Bueno, mejor— en su cabeza se había forjado una idea durante la noche que debía llevar a cabo cuanto antes.

—Me alegro. Como es sábado pensaba que te acercaras a Santander y comiéramos juntos pero…

—¡Vale!

—No te veo muy mal ¿eh?— dijo Diego mostrando una media sonrisa mientras se echaba sobre su hijo y lo cubría de cosquillas.

Las contagiosas carcajadas del pequeño hicieron mella en el ánimo de su padre y se unió a ellas.

Cuando Diego se marchó, Toñín sonreía. Su plan inicial pasaba por hacerse el malo, cuando se quedara solo ir a Santander y ver a Cris. Había decidido que tenía algo que contarle, pero el planazo de su padre le había facilitado las cosas.

En ocasiones, el universo echa una mano.

El teléfono de su casa comenzó a sonar.

Corrió escaleras abajo hasta el vestíbulo.

—¿Sí?

—¿Toñín? Que soy yo, Cris.

—¡Hola!

—No me has llamado— su voz trasmitía una leve decepción.

—Es que he estado malo.

—Ah, bueno, si es por eso, vale, ¿ya estás bien?

—Sí, y voy a ir a Santander, he quedado con mi padre a la hora de comer ¿Nos podemos ver un rato?

—Pues claro, un rato sí, pero tengo que pedir permiso.

—Vale, ¿dónde la otra vez, en el parque ese a las 11?

—Vale.

En el cuerpo de Toñín no quedaba ni rastro de la fiebre, ni del malestar del día anterior. En cuanto Camila se marchó después del desayuno, salió feliz rumbo a la parada del autobús.

Feliz no describiría con certeza su estado de ánimo.

Cierto que quedar con su mejor amiga le hacía sentir un extraño hormigueo en el estómago y unas ganas incontrolables de sonreír y saltar, pero en su interior se castigaba por haber hecho algo imperdonable.

Llegó unos minutos antes de la hora acordada, junto a él había dejado un ejemplar del *Diario Montañés*, era la única forma que se le había ocurrido de subsanar de alguna manera su olvido.

—Hola.

Toñín se giró sobresaltado.

—¡Qué susto! Pensé que vendrías por ahí— dijo con el brazo extendido.

—Es que me han acercado mis padres— Cris llevó la vista al diario — ¿lees el periódico? —preguntó visiblemente sorprendida mientras tomaba asiento a su lado.

—¿Eh? No, que va, es muy aburrido, pero hoy sí.

Cris lo cogió y leyó uno de los titulares de la portada, negó con la cabeza.

—¿Es por alguna noticia de estas?

—Sí, esa de ahí…— señaló la fotografía del rostro de un individuo acompañada de otra que recogía el momento en que era trasladado en camilla de un portal con el cuerpo cubierto con algo que parecía una tela brillante.

Cris abrió el periódico por la página en la que se desarrollaba la noticia y leyó.

Cuando lleva la mitad del artículo, Toñín decidió darle una pista.

—Es uno de los que te hablé, fue el que violó a mi madre— escupió con rabia cada sílaba.

La chica levantó la vista del periódico. Sus ojos mostraban un brillo helado, impropio de los ojos de una niña próxima a cumplir los

dieciséis. Helado y envuelto en la misma rabia que mostraban los de Toñín.

—Tú…—señaló la fotografía.

Su mejor amigo asintió.

Nadie habló durante el siguiente minuto, ni al otro. La joven pareja se miraba fijamente. Cris dejó su mano sobre la de él ofreciéndole su apoyo incondicional.

—¿Cómo te sientes?

—Me alegro por mi madre, pero tengo una rabia dentro que no veas… ¡me olvidé la cámara! ¿Te puedes creer?

El rostro de Cris se iluminó, soltó un par de carcajadas mientras llevaba una mano a la boca. Toñín la imitó. Ambos rieron y rieron soltando toda la adrenalina y la tensión acumulada en sus jóvenes cuerpos.

Reían como niños.

Odiaban como adultos.

Cris separó la hoja en la que aparecía la fotografía de Evaristo Cantero, dobló los extremos hasta dejar la imagen en medio. Con los labios apretados y un gesto de profunda concentración rasgaba el papel con la uña. Sólo restaba recortar la fotografía tirando de la hoja por los cuatro bordes rasgados. De su pequeño bolso sacó un rotulador.

—Toma, no es lo mismo que con tu cámara pero te puede valer.

Toñín cogió el rotulador y sobre el cuello del individuo que miraba a la cámara con suficiencia escribió; culpable.

—¿Aún tienes la del capullo del vigilante?

—Pues claro.

—¿Te importaría guardarla con ella?— le ofreció el recorte de periódico.

—Si tú quieres— abrió una libreta e introdujo la foto en el interior — oye Toñín, que tengo tu Polaroid.

—¿Sí? no sé por qué pensé que te la habrían quitado.

—Que se les ocurra.

De nuevo las risas descontroladas se apoderaron de ellos.

—Tengo algo que enseñarte— dijo Cris con el rostro serio. Una vez más en su semblante destacaban unos ojos fríos. Metió la mano en el bolso y sacó una instantánea hecha con la cámara que le dio Toñín cuando el vigilante abusaba de ella.

—Mira.

El chico cogió la foto.

Un rostro desfigurado de un hombre con un cartel sobre el pecho.

—Fue el que me hizo de todo en el camión…— deslizó sus manos sobre el rostro cortando el paso a un fino reguero de lágrimas.

—¿Pero, cuándo…? No ha salido en la tele y aquí no viene nada.

—No lo habrán encontrado, después de sacarle la foto lo tiré al mar por el acantilado.

—¿Acantilado?

—Sí, por el Mirador de la Corneja, cerca de tu casa.

Toñín la miró fijamente.

Poco a poco fue reduciendo el espacio que quedaba entre sus rostros hasta que sus labios se rozaron, fue como un chispazo. El chico se retiró al instante.

—Perdona, yo no…

—¿No? Pues me ha gustado.

—¿Sí?

—Sí, ¿me das otro?

Antes de despedirse, Cris le habló de cómo encontró a José Ganzán, que prefería que le llamaran Pepe. Fue realmente sencillo, sólo tuvo que esperarle dónde solía aparcar, cerca de su casa en Cabezón de la Sal. Había estado allí alguna vez con las que entonces eran sus hermanas de acogida y se acordaba del lugar.

Se había ataviado para la ocasión con una peluca de las muchas que tenía su madre y una camiseta ajustada bajo una blusa que se quitó en el baño de una cafetería y guardó en el bolso. Era consciente que estaba desarrollada para su edad y que los hombres la miraban de arriba abajo. Unas miradas que no le gustaban en absoluto…:

—Vaya camión chulo que tiene, señor.

Pepe Ganzán se detuvo, giró sobe sí mismo y vio a una más que atractiva jovencita que más que mirar admiraba su camión, que era lo mismo que si el objetivo fuese él.

—¿Te gusta?— metió la tripa sin éxito alguno mientras introducía la camisa en el pantalón.

—Sí, mucho, nunca he subido en ninguno.

Pepe deslizó su lasciva mirada por cada curva de la chica, por delante y por detrás aprovechando que recorría el camión de un lado a otro.

“No puedo dejar escapar esta oportunidad. Me lo está pidiendo a gritos”

—¿Quieres dar una vuelta?

—¿Ahora?— Cris esculpió en su rostro la mejor expresión de

asombro que supo poner.

—Sí, claro, tengo un par de horas libres— mintió, Ana ya le esperaba con la mesa puesta.

La chica miró al camionero con un dedo entre los labios, como si realmente estuviera estudiando la proposición. Era el mismo tipo asqueroso que recordaba, lo mejor es que no parecía que la hubiese reconocido.

—Me gustaría ver algo de la costa. Siempre he estado en Cáceres y acabo de llegar.

Ganzán miró alrededor.

Su rostro tornó preocupado.

—¿Están tus padres aquí?

—¿Mis padres?— simuló un par de nerviosas carcajadas— mi madre estará tirándose a su último novio y mi padre ni lo sé, ni me importa. Estoy de vacaciones, le mostró la Polaroid colgada al cuello, tengo quince días y he venido a conocer el mar.

—¿De vacaciones?

—Sí, de trabajo ¿qué edad se cree que tengo? Ya cumplí los dieciocho.

"Si tú lo dices"

Pepe agitó las manos en el aire, una boba sonrisa se dibujó en su semblante.

—¿Vamos?

Cris giró sobre sí misma, como si llegado el momento de subir al camión le hiciese dudar.

—Me gustaría, pero no le conozco de nada y…

—Cuando demos una vuelta ya me conocerás. Te prometo llevarte a un sitio desde el que verás el mar mires donde mires.

Cris ladeó el rostro con un gesto estudiado ante el espejo.

—¿Me puedo fiar de usted?

—Por supuesto, pero subes con una condición.

—¿Cuál?

—No me llames señor, sino Pepe.

—De acuerdo.

—Vámonos, deja que te ayude.

Cris introdujo un pie en el primer hueco que vio para meterlo y sintió las manos de Pepe en el culo empujándola.

—Un poco más, agárrate ahí arriba.

Poco faltó para haberle dado una patada en su estúpida cara. El tiempo que tardó Ganzán el rodear el camión lo empleó en sacar del bolso el espray anti violadores y guardarlo en el bolsillo de su pantalón.

Durante los primeros minutos transitaron en silencio. Ella, esforzándose en parecer extasiada con el paisaje y con cada ocasión que el mar se dejaba ver por el horizonte. Él, acariciando con la mirada las piernas y el pecho de su acompañante.

—¿A dónde vamos?

—Te voy a enseñar las mejores vistas, en cinco minutos llegamos al Mirador de la Corneja y luego si quieres ver un rompeolas nos acercamos a Comillas.

—¿Rompeolas?

—Sí, ahora la mar esta alta y chocan contra el puerto.

—Suena divertido.

Cris analizaba mentalmente un plan dedicado a la que estaba convencida sería su siguiente víctima. El Mirador de la Corneja, junto a la Ermita de Nuestra Señora del Remedio, lo conocía bien, sus padres le habían llevado en varias ocasiones, en otras tantas a Comillas, conocía el Capricho de Gaudí, el Palacio del Marqués y también el rompeolas al que se refería el camionero. Haciendo una composición rápida de ambos sitios entendió que el mirador sería el lugar ideal si encontraban un sitio donde dejar el camión y si el restaurante estaba cerrado.

Salió de dudas rápidamente.

—Conozco un sitio para poder aparcar, los últimos metros los haremos a pie, la carretera no llega hasta el borde— apuntó jocoso.

“Además el restaurante está cerrado en esta época”

Ganzán detuvo el camión en el punto indicado. Realizaron el resto del trayecto a pie. Cris, delante, en su papel de mostrar su tremenda impresión por lo que se mostraba ante sus ojos. Algo sencillo de realizar porque cada vez que se exponía a esas vistas no podía evitar emocionarse. Pepe, detrás, sin perder detalle del trasero que pensaba disfrutar en unos minutos.

“Esta no se me escapa”

Llegaron junto al mirador.

—¿Qué? ¿Te gusta?

La chica asintió, llevó su mirada al horizonte recorriéndolo de derecha a izquierda, mientras sus dedos agarraban con fuera el espray. De pronto sintió la mano del camionero en su hombro.

—Es espectacular— dijo Ganzán, dejó partir su vena poética y añadió:— como tú.

Cris giró la cabeza, el rostro que más odiaba del mundo en esos instantes le observaba a escasos centímetros de su cara. Un rostro abúlico rodeando una sonrisa porcina.

Quedaba un último esfuerzo.

—Gracias…— susurró coqueta mirando los labios del hombre.

Pepe creyó entender el mensaje. Se acercó un poco mientras su mano se aferraba al trasero de la chica.

Cris suspiró hondo. Había llegado el momento de todo o nada.

“¡Ahora!”

Con un gesto veloz sacó la mano del bolsillo y roció con el espray los ojos de su sorprendido violador.

Ganzán llevó las manos a la cara y comenzó a gritar. Cris aprovechaba cada ocasión en la que abría mínimamente un ojo para volver a descargar el espray y su rabia sobre él.

—¿No me recuerdas hijo de puta? ¡¿Eh?!— ladró en su oreja— ¿no recuerdas a una niña de doce años que se escapó de casa del cabrón de tu hermano y que recogiste en tu maldito camión?

Pepe intentó abrir un ojo.

Cris lo aprovechó soltando otra descarga.

—Una niña a la que dejaste tirada en la carretera ¿Sigues sin acordarte? ¡¿Eh?!

—¿Tú? No puede ser— soltó entre balbuceos.

Cris se acercó a él.

Fue un error. Su único error.

Ganzán soltó un puñetazo al aire que se estrelló en su rostro, pillándola desprevenida y lanzándola un par de metros atrás.

—Te he dado, ¿eh? ¿Ya no dices nada, maldita zorra?— no dejaba de frotarse los ojos mientras intentaba abrirlos, pero no era capaz. Se dejó caer de rodillas, buscaba a tientas el cuerpo de la chica que debía estar sin sentido junto a él.

Sí, estaba junto a él, pero no sin sentido.

Lo pudo comprobar cuando escuchó el impacto seco en su cabeza de una pesada piedra y el crujir de su cráneo.

Después todo se volvió oscuro.

Para siempre.

Cris sacó de su bolso el papel que llevaba preparado. Lo desdobló, en su interior había pegado letra a letra con recortes de revistas; *culpable*. Lo colocó sobre el pecho de su víctima y sacó un par de fotos. Dejó pasar unos minutos para recuperarse y tras devolver el pequeño cartel al bolso, arrastró el cuerpo de Ganzán hasta el borde del acantilado.

—Un poco más…— susurró ante el último esfuerzo— Ya…

No dedicó la más mínima atención al vuelo sin retorno de su violador. Su mirada buscó el horizonte, a lo lejos las olas rompían

lanzando al aire chorros de espuma. Tanto a derecha como a izquierda la escarpada costa zigzagueaba en un recorrido interminable hasta donde la vista alcanzaba. Por un lado, todo era mar, por otro, todo verde.

A sus pies, a su izquierda, las olas rompían con furia contra las rocosas paredes de la costa trepando sobre ellas, amenazantes.

—Pero qué bonito… tengo que venir con Toñín.

37

Habían transcurrido varias semanas envueltas en una alarmante calma. *El Vengador* no había vuelto a dar señales de vida, nada de notas, ni de muertes, al menos públicamente. La pregunta que todos se hacían en la comisaría era la misma ¿ha terminado su venganza? con similar respuesta; silencio.

Un par de días atrás habían recibido las fotografías que científica hizo en el escenario del crimen de Valladolid junto con un desarrollado informe de lo acontecido. Se tomaron su tiempo hasta no disponer de las posibles respuestas que sus colegas de Santander les pudieran plantear.

María llevaba esos mismos días sin levantar la cabeza de las fotografías y del informe, convencida que en ellos deberían hallar alguna respuesta o si no un indicio, una pista que les indicara un hilo del que poder tirar hasta deshacer el nudo de la maldita madeja.

—Este *Vengador* es otra mujer…— soltó con una de las fotografías ampliadas en la mano. Le gustaba disponer de una copia en papel a parte de las que se guardaban en el ordenador.

—¿Segura?— quiso saber Diego.

—Juraría que sí. Para asegurarme del todo sólo necesito que me respondan a una pregunta.

El inspector rodeó la mesa y se situó junto a su compañera que mantenía la vista fija en la instantánea.

—¿Qué te responda quién a qué?

María tomó aire, se maldecía por no haberse dado cuenta antes del detalle.

—Creo que hemos dejado pasar por alto un dato que podría ser importante, Diego.

—Suéltalo ya.

María situó cuatro fotografías, una junta a otra, sobre la mesa.

—Mira, esta es una de las dos que envió la asesina y…

—¿Asesina? Eso es que estás segura del todo.

La subinspectora asintió. Su semblante seguía concentrado.

—A ver qué te parece. Sigo— cogió la foto y señaló con el dedo— Esto de aquí es un vestido y esto un sujetador ¿no?— una pregunta que no aguardaba respuesta— pues en esta otra foto no aparecen.

Diego miró a su compañera y luego las fotografías.

—En las de Científica tampoco salen, mira— señaló el espejo del armario que reflejaba la silla en la que, sobre el respaldo colgaban un vestido y un sujetador, en algunas de las fotografías.

Diego cogió la foto y se incorporó. A paso lento, sin desviar la mirada del espejo del armario se situó junto a uno de los ventanales de la sala. No es que necesitara más luz, gozaba de una excelente vista, pretendía asegurarse que lo que su compañera identificaba como un vestido, por tanto, ropa de mujer, era realmente eso sin lugar a dudas.

Sí, a él también se lo parecía, pero si ella insistiera en que se trataba de un simple trozo de tela tampoco lo hubiese dudado.

—¿No te lo parece? No te veo nada convencido.

El inspector regresó junto a Pinta.

—No estoy muy puesto en ropa femenina.

—Ya…— María esbozó una mueca pícara.

—De verdad. Lo que quiero decir es que efectivamente esto de aquí tiene la pinta de ser un sujetador y lo que está debajo un vestido o una tela.

La subinspectora no lo podía creer.

—¿Un tela, sin más?— de nuevo situó el dedo sobre la imagen— esta línea que brilla qué crees que es.

—No sabría decirte.

—Es una cremallera, diría que es un vestido de abertura lateral.

Olivares regresó a su sitio.

—Recapitulemos. ¿Cuál era esa pregunta que alguien te tiene que responder?

—Quiero saber si la pareja de Segismundo Ganzán reconoce el vestido y el sujetador. Si lo hace, mi teoría se desvanece.

—Eso querría decir que el asesino por algún motivo lo quitaría de la silla.

—Si fuera así, debería de aparecer en el suelo ¿no crees? No me lo imagino llevándoselo a su casa.

—Tiene todo el sentido— dijo mientras de levantaba— vamos a hablar con el jefe.

Diez minutos más tarde el comisario descolgaba el auricular para comunicar con su colega de Valladolid.

—No creo que a la pareja de la víctima le haga mucha gracia identificar una ropa femenina en el dormitorio.

—Lo imagino, jefe— apuntó la subinspectora— con mayor motivo al confirmar que la muerte no fue obra de un loco sicópata, si no de una mujer con ánimo de venganza con la que él estaba dispuesto a tener sexo.

—Pero no queda otra, Pinta. Si confirma su teoría habremos dado un paso, no sé si definitivo pero sin duda hacia delante.

Redondo levantó la mano pidiendo silencio.

—Sí, ¿Ramírez? Necesito que le preguntéis a la pareja de la víctima si reconoce el vestido y el sujetador de la foto como suyo.

—¿De qué foto hablas, Redondo?

—Te la acabo de enviar a tu correo, he señalado con un círculo en rojo el reflejo del espejo del cristal donde se aprecia con claridad lo que te comento.

—¿Reflejo? No recuerdo ningún espejo.

—Seguro que ahora lo recordarás.

—Dame un segundo que abro el correo.

Fausto tapó el altavoz del teléfono con la mano.

Se echó hacia delante hablando en tono quedo.

—A algunos les ha llegado muy tarde tanta tecnología.

María esbozó una amplia sonrisa, su mente decía otra cosa.

"¡Mira quién fue a hablar!"

—Lo tengo.

Redondo volvió a pedir silencio.

—Sí, Ramírez.

—Ya veo lo que me dices. En unas fotos aparece y en otras no ¿crees que es de la asesina?

—Si no pertenece a la pareja de la víctima, no veo otra explicación.

—Me pongo con ello.

No fue hasta última hora de la mañana cuando les llegó la confirmación. La pareja de Segis no reconocía como suyas las prendas colgadas sobre el respaldo de la silla.

—Este *Vengador* también es una mujer— dijo María— una mujer llena de odio y venganza. Lo que me pregunto es si se trata de un asunto personal, que haya experimentado en su propia carne, o estamos ante una represalia por lo que haya hecho a otras personas.

—No olvidemos que podría tratarse de la misma mujer.

—¿El mismo *Vengador*? Eso era lo que insinuó en su clase el profesor Valdés y que luego publicó *El Diario Montañés*. Si fuese así ¿quién narices era la chica de la cara destrozada que apareció junto al

conserje?

—No se la pudo identificar, excepto calcular que contaba con unos veintidós años.

María no lo tenía nada claro.

—Lo sé, pero la Guardia Civil encontró a su lado la Polaroid con la que se hicieron las fotografías que nos enviaba. Esa cámara sólo la podía tener alguien que estuvo presente en todos los crímenes.

—Efectivamente.

—Esto implicaría que la mujer fallecida era *El Vengador*.

—O quizá no estaba sola, lo que nos lleva de nuevo a las propuestas del profesor y de Torquemada.

Diego se frotó el rostro. Muchas horas trabajadas en los últimos días sin apenas descanso.

—No olvides que lo único que tenemos para concluir que la fallecida es *El Vengador* es la Polaroid, nada más. Pensemos… ¿Quién podría estar presente en todos los asesinatos y tener un odio exacerbado a las víctimas?

La pareja de policías guardó silencio unos eternos minutos hasta que María lo rompió.

—¡La hija de Segis y Candela! La que está desaparecida. ¿Podría ser una de las alumnas del profesor?

El inspector miró a su compañera como si viera un fantasma. La conclusión le había cogido totalmente desprevenido, no porque pareciera del todo descabellada, no podía negar que contaba con argumentos para sostenerse por sí misma, sino porque no se le había pasado por la cabeza contemplar a la hija desaparecida de las dos víctimas como su propio verdugo.

—¿Por qué me miras así? ¿Te parece una estupidez? Cumple con todo lo que nos planteamos.

—No, no, perdona— se puso en pie— ¿te traigo un café?

—Sí, gracias.

La subinspectora se enfocó de nuevo en sus notas.

Leyó mentalmente.

Amelia Ganzán vivía con sus padres cuando estos y su hermano abusaban de ella y de su hermana pequeña. Candela, la madre, sabía lo que sucedía y nunca hizo nada por evitarlo. Tenía la motivación suficiente, contaba con la oportunidad…

Llevó el Bic a la boca.

La puerta de la sala se abrió dando paso a Olivares portando sendos cafés en las manos.

—Aquí tienes.

—Gracias— dio un pequeño sorbo mientras aguardaba a que su

compañero respondiera a la pregunta que le había formulado antes de que huyera con la excusa de los cafés.

Como si leyera los pensamientos de Pinta, el inspector levantó las palmas de las manos a modo de disculpa.

—Sí, sí, no se me ha olvidado— tomó asiento— sólo necesitaba un momento para darle una vuelta a tu propuesta.

—Lo de los cafés no ha sido mala idea, lo necesitaba— aseguró mientras daba otro sorbo— me caigo de sueño.

—Si quieres lo dejamos para mañana.

—De acuerdo, pero antes respóndeme. ¿Te parece una estupidez lo que he dicho? Por la cara que pusiste diría que no has escuchado nada tan tonto en tu vida.

—Todo lo contrario, me ha sorprendido. No se me había ocurrido pensar en esa chica en esos términos— apuró un par de sorbos.

—Tiene la motivación y la oportunidad, creo que podría…

—Cierto, estoy totalmente de acuerdo— calló unos segundos antes de añadir: —me pregunto, por qué esperar tanto tiempo para terminar con su padre. Si fuese ella me la podría imaginar matándolo sin más, no atándole a la cama, desnudándose.

—Recuerda que el padre ya lo hizo con ella…

—Sí, lo sé y ¿qué me dices de la relación que debería haber tenido con los hermanos Rosales? ¿Con el vigilante?

—Ya. Si no fuese sólo una persona *El Vengador*…— de nuevo la capucha del Bic en la boca, la mirada en sus notas.

—Tiene que ser una persona relacionada con esta chica, con su familia, que haya pasado por un centro de acogida, que…

María enlazó con la exposición de su compañero.

—…que estuviera cerca del vigilante, de los hermanos Rosales ¿piensas en la misma que yo?

—La niña que adoptaron.

—¡Sí!— la súbita emoción de la subinspectora se desvaneció conforme llegó— Si estamos en lo cierto ¿dónde encaja en todo esto Jaime Valdés? ¿Cómo es posible que esté al tanto de lo que iba a hacer la asesina?— un último trago al amargo café— lo único que se me ocurre es que de algún modo el escritor guarde alguna relación con la niña adoptada— María llevó la mano a la boca cortando un bostezo— perdona, estoy agotada.

—Y yo.

No eran los únicos que habían llegado a una conclusión similar pero con un recorrido bien distinto.

Quince minutos más tarde Diego entraba en su casa. Del salón se hizo con un par de paquetes de embutido, una bolsa de colines camperos y se preparó un ron negro con Coca-Cola. Una vez en el salón se dejó caer sobre la butaca. Abrió uno de los paquetes, cogió un par de lonchas de pavo y las llevó a la boca. Su estómago le pedía con insistencia algún tipo de comida más elaborada, bastaba con un entrecot o incluso una sencilla pasta. Le gustaba la cocina pero llevaba unas semanas que no atendía a los requerimientos de su estómago como merecía. Una aparente desgana culinaria se había apoderado de él, síntoma claro, que no se negaba a reconocer, de que algo sucedía en su cerebro. Algo que le dificultaba conciliar el sueño un par de horas seguidas y que no podría solucionar hasta que no pusiera fin de una vez por todas al maldito caso.

Apuró un largo trago.

"Puede que ni así, quizá la resolución sea peor"

Sabía que a veces vivir en la ignorancia es lo mejor para la salud.

La conclusión a la que había llegado con su compañera, la que apuntaba a la niña adoptada, abría una serie de puertas que no sabía si llegado el momento contaría con el valor necesario para cruzar.

"Si esa niña adoptada es la misma a la que Toñín defendió de ser violada, querría decir que mi hijo tenía una relación directa con ella, una relación de gratitud, sin duda, de amistad. ¿Habrá seguido con los años? Si esa niña se convirtió en *El Vengador*…"

De pronto abrió los ojos como platos.

—La foto al vigilante…—murmuró asustado por la inminente conclusión— no la pudo hacer ella, sino Toñín— se incorporó de un salto— ¡Era un foto hecha con un Polaroid! ¡Por Dios!

No sabía muy bien qué podía significar, su hijo murió y *El Vengador* continuó actuando.

Volvió a tomar asiento, su cabeza no paró de dar vueltas al asunto buscando alguna forma de borrar a Toñín de cualquier implicación hasta que con el tercer cubalibre se quedó profundamente dormido.

38

Marcos y yo llevábamos todo el fin de semana investigando lo que había acontecido desde que tuve la peregrina idea de soltar en el taller posibles rumbos que podría tomar la historia real del caso del *Vengador* en un *Vengador* de ficción.

La buena noticia es que disfrutábamos de varias semanas de tregua. La prensa guardaba silencio en cuanto a titulares escabrosos, no así en relación a la propia investigación de Marcelo Torquemada.

—Este individuo está dando palos de ciego— murmuró mi amigo.

Levanté la vista de la documentación que tenía entre manos y froté junto a los lacrimales.

—¿A qué refieres?

—No es más que una sensación, parece como si continuara recibiendo órdenes que le indicaran qué pasos debe seguir— señaló varios recortes de titulares del *Diario Montañés* desperdigados sobre la mesa— en todos sus artículos habla de fuentes cercanas a la investigación o de una información recibida por otra fuente distinta que no denomina cercana a los investigadores. Pero no veo por ningún lado que haya llevado a cabo sus propias indagaciones hasta ayer mismo.

Llevé la vista al titular que me señalaba.

Leí:

—*¿Fue El Vengador un interno de La Esperanza?, ¿o se trata de un familiar llevando a cabo un macabro ajuste de cuentas*?

—¿Entiendes lo que te quiero decir?

El gesto de no comprender nada debió parecerle suficiente.

—A ver, es muy posible que esté viendo cosas que nada signifiquen y la realidad…

—No, no, cuéntame esas cosas que te llaman la atención, me interesan.

Nos hallábamos en el salón de mi casa, las ventanas abiertas, una suave brisa meciendo los visillos y a lo lejos ese relajante susurro del suave oleaje del mar.

Cogí un taco de queso y un colín de pan dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir. Si tuviese que destacar algo en Marcos sería su fina intuición, sobre todo cuando ha analizado datos, revisado todo tipo de informes, visionado películas, videos. Cierto que no íbamos sobrados de información. Toda la que disponíamos se hallaba en internet al alcance de todo aquel que tuviese interés.

Marcos apuró un sorbo de su cerveza favorita, Alhambra.

—Si yo fuera periodista, o mejor dicho, si debiera investigar al supuesto *Vengador*, habría…

—¿Dices lo de supuesto porque te refieres a la persona que ha enviado la fotografía del vigilante y asesinado al hombre de Valladolid?

—Exacto, pero añádele tus diferentes ideas en la relación a que no se trate sólo de una persona, o sean más de uno o incluso la mejor; que no fuese la chica encontrada muerta junto al conserje.

—No fueron sólo mis ideas, a Torquemada también se le ocurrieron.

—Ahí quiero llegar. No se le ocurrieron, se las indicaron, como hicieron con las notas, con las excavaciones. Le están utilizando de altavoz.

Me miró con medio rostro contraído.

Negó levemente.

—No me extraña que te pudieras haber convertido en un objetivo de la policía cuando les confesaste tus temores.

Me quedé con un taco de queso a medio camino entre el plato y mi boca.

No dije nada.

—Tiene su lógica. Llegas con una historia que ha salido en los medios y les das una explicación de cómo pudo haber llegado la información a Torquemada que imagino se mantendrá enrocado en su fuente.

El taco terminó al fin su recorrido, lo saboreaba en mi boca mientras mi cabeza daba vueltas a lo que exponía mi amigo. No se trataba de una deducción nueva para mí, al menos no del todo. Se me había pasado por la cabeza pero no me permití desarrollar el argumento, no dejaba de ser absurdo ¿o no?

—Prefiero que sigas con Torquemada— propuse— no me siento cómodo viéndome como sospechoso de la policía en un asunto tan turbio como este. No quiero decir que no lleves razón, al revés, es lo que más me aterra, imaginar que es perfectamente factible.

—Sigamos— Alegre apuró un largo trago— esta sí que es una buena, buena cerveza. A lo que iba. No veo en ninguna de sus crónicas

que haya hablado con el policía que llevó la investigación…—se hizo con su libreta de notas— Demetrio Trémez, se supone que es la persona que más debería saber del *Vengador*, el que podría aportar algo de luz a los sucesos actuales. Tampoco ha conseguido hablar con ningún trabajador de La Esperanza de aquella época, no me refiero a la directora que es la que está más en el foco de atención.

—Comprendo lo que quieres decir, lleva una investigación dirigida— dejé mi vista unos segundos en ningún lugar en concreto.

—¿Qué piensas?

—Vuelvo a lo que me decías de la policía y yo, pero desde otra perspectiva.

—Bien, cuéntame.

—Si lo que publica este periodista en sus artículos son indicaciones de alguien, que tú y yo sabemos que no se trata de mí, pero que podría ser cercano a mí.

—Tú y yo sabemos que tampoco se trata de mí— convino sonriente.

Asentí.

—Si tengo algo que ver con todo esto, si soy el inicio de la información— bebí un trago de cerveza, sentía la garganta cada vez más seca y no era por hablar— decía que si parte de mí, el círculo de posibles sospechosos se reduce. Sólo he comentado esto contigo y mis alumnos.

—Sin olvidarnos de tu querida inquilina y su novio.

Sentí cierto escalofrío por el cuerpo al recrear la imagen de Mena y Néstor.

—Sí, sin olvidarnos de ellos.

—Por tu cara sospecho que no has terminado, que hay algo más.

—Si el contacto del actual *Vengador* se halla entre los que acabamos de nombrar, estamos ante alguien que tiene que ver con el vigilante dado por desparecido en el 2008, hace diez años, y suponemos que la aparición de su cadáver indica que andaba metido en algo que le llevó a la muerte en La Esperanza y, seguimos conjeturando, si dicho contacto es alguien que estuvo interno en el centro, si…

Miré a Marcos a los ojos.

Continué:

—…si quitamos esos diez años a los nombrados, a los asistentes al taller y a Mena y su novio, nos tendría que dar alguien que en el 2008 tuviera la edad de estar en el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza— expulsé sílaba a sílaba el nombre del centro mientras mi cabeza buscaba los resultados de lo que acababa de decir.

—Tendrían que ser menores de dieciséis años.

—Sí y mujer porque apostamos que se trata de una venganza con connotaciones sexuales, pero ampliemos un poco el abanico y permitamos que el actual asesino sea un hombre.

—De acuerdo.

Cogí la carpeta donde tengo anotadas las edades, profesiones y algunos datos de de los alumnos. Me hice con un bolígrafo y escribí los nombres que cumplían el requisito de la edad.

Leí:

—Marta, publicista, tiene veintiséis años, en el 2008, quince. Lali, trabaja en el Banco de Santander, veinticuatro años, trece en el 2008. Maite, abogada, veinticinco años, catorce en el 2008. Mena, tiene veinticuatro, como Lali— levanté la vista— tenemos que considerar año arriba o abajo a todas ellas, por el mes de cumpleaños, por eso he restado once.

—Son cuatro en total.

—¿Algún sospechoso?

—Miré el listado— negué— Goyo, el comercial, tiene cuarenta años. Veintinueve en aquella época, estaría más relacionado como un *Vengador* por lo que otros hubieran hecho y Paco Calatayud, el Policía Local, tiene treinta años, diecinueve entonces…

—¿Qué sucede?

—No sé, es el que más ha cambiado desde comenzó el taller, tengo la sensación de que sospecha de mí, seguro que es absurdo, pero…

—Demasiado mayor para haber estado en el centro ¿no?

—Sí, pero pudo estar antes y…

—Te conozco lo suficiente para saber que no te convence.

—De quedarme con algún sospechoso sería con ellas. Lali habla como si su familia fuera de aquí de toda la vida, no me da el perfil. Marta y Maite no comparten apenas anécdotas ni datos de su pasado. Queda Mena, ¿qué decir de ella?

Me levanté, estiré el cuerpo y de repente me sentí tremendamente cansado.

Cansado y asustado.

Me giré buscando el motivo de mi repentino susto.

Uno de los cristales del salón había estallado en mil pedazos al impactar una piedra de considerable tamaño que cayó a los pies de Marcos.

Durante unos eternos segundos no movimos ni un músculo, esperando que siguieran otras piedras o que sucediera cualquier otra cosa. Marcos apagó la luz y se acercó a la ventana.

—Hay alguien ahí abajo mirando hacia aquí.

Me acerqué.

—Puede ser cualquier curioso, no creo que si ha sido el que ha tirado la piedra se quede ahí como un pasmarote, mirando.

—Hay gente para todo, este tipo de individuos pueden tener una frialdad a prueba de cualquier acontecimiento, como bien sabes.

Pasé la mano por la cabeza y encendí la luz.

—¿Pero a qué coño viene esto?

Mi mirada en el suelo saltando entre los infinitos trozos de cristales de todos los tamaños. Junto al sofá que ocupaba Marcos, la piedra. La cogí con una mano, apenas no podía abarcarla. Le di la vuelta.

—Mira…— deslicé lo que parecía ser un celo que la rodeaba, en el interior un papel— una nota, esto sí que parece de una novela, no pensé que sucediera en la vida real— dije mientras le mostraba el trozo de papel.

—¿Qué dice?

—Si sigues así serás el siguiente…— me estremecí. Tuve que sentarme. Jamás en mi vida me había encontrado ante una situación similar. Soy un simple escritor cuyo objetivo al trabajar es lograr que los lectores disfruten con mis libros, que al terminarlos se queden con una buena sensación. Si a demás los recomiendan, objetivo superado.

—Tranquilo, Jaime. Voy a llamar a la policía.

Levanté la cabeza, Marcos me observaba aguardando una respuesta a su oculta pregunta. No llamaría si yo le pedía que no lo hiciera.

—¿Servirá de algo o al final me incriminará?

—Confío en que sirva para que crean lo que les has contado.

—De acuerdo, llámales— me eché hacia delante y cogí mi móvil— déjalo, ya lo hago yo.

Con el teléfono en la mano una preguntaba golpeaba en mis dudas.

—¿Qué quieren decir con la nota? ¿Si sigo con qué? Si se trata de Mena imagino que la policía habrá vuelto a interrogarla, estará cabreada— miré de nuevo el texto— lo que dice del siguiente, si se refiere a Freddy, puedo ser yo, pero si es alguno de nuestros otros sospechosos…

Aún tardé unos minutos en comunicar con la policía. Ni Marcos ni yo nos vimos con ganas de desarrollar la segunda posibilidad. Sí, para suavizar el nerviosismo que se había apoderado de mí, podríamos probar argumentos motivadores que alejaran de nuestros pensamientos que el puñetero *Vengador* me pudiera tener en su punto de mira.

—Jaime…— dijo al fin mi amigo.

Le dediqué una mirada cargada de incomprensión.

—¿Vas a pasar al ordenador las conclusiones que acabas de escribir

en esa hoja?

—¿La de los posibles sospechosos?

Asintió mientras daba un trago a la cerveza.

—Es lo que suelo hacer.

—Lo sé, por eso mismo te lo comento. Si damos por hecho que Mena tiene acceso remoto a tu ordenador…

—Entiendo, señalarla como sospechosa a ella o a su novio no es buena idea.

—No sé si tendrán algo que ver, pero si fuera ella estoy convencido que no lo hace sola.

—Tiene sentido. Podrían haber coincidido perfectamente en centros de acogida, pero algo me dice que no pueden ser ellos, Marcos, reconozco que no pondría la mano en el fuego, pero…

—Te propongo una cosa, vamos a buscar antecedentes, no me refiero policiales, si no a todo tipo de información que podamos encontrar de Marta, Maite y Lali, permíteme que añada a Mena.

—De acuerdo.

—Alguna de ellas debería aparecer incompleta.

—Sí…— me sentía ausente, como desmotivado— sobre lo que has dicho del ordenador, mejor dejarlo en el papel.

—Ha llegado el momento de hablar con la policía.

Cogí el móvil y marqué el número de la Jefatura. Pedí que me pasaran con el inspector Olivares o la subinspectora Pinta. Tenía la esperanza de que este suceso no les hiciera pensar que yo había lanzado la piedra contra mi propia casa.

Tuve suerte y la subinspectora se hallaba en la comisaría. Media hora más tarde llamaban a la puerta.

—Subinspectora…— dije extendiendo mi mano— Inspector…— saludé a Olivares— Muchas gracias por venir.

—No tiene que darlas, señor Valdés, es nuestro trabajo— expuso Pinta.

—Es la puerta del fondo a la derecha, en el salón. Me acompaña un buen amigo, Marcos Alegre— dije señalando pasillo arriba, pero los dos policías no avanzaban.

—Disculpe, ¿fue aquí dónde le atacaron?

—Sí, inspector.

—Le importaría decirnos lo que recuerde. Sé que ya hizo su declaración a nuestros compañeros, y que le aseguro hemos leído con interés, pero nos gustaría escucharlo de usted directamente.

—Sí, sí, por supuesto.

Durante unos veinte minutos hablamos de mi entrada en la casa aquel maldito día. De la extraña sensación que me embargó al poner

un pie en el vestíbulo al no ver venir a Freddy corriendo a mi encuentro. De su cuerpo peludo tumbado en el suelo, mitad en el salón, mitad en el pasillo.

—¿Le golpearon por detrás?

Cerré los ojos intentando recuperar la escena con el mayor detalle.

—Recibí un primer puñetazo en el costado, sí, juraría que vino de atrás.

Ambos policías miraron en torno. Como si buscaran el posible lugar en el que mi agresor podría haber estado escondido aguardando mi llegada.

—Luego me taparon la cabeza.

—De acuerdo, ¿pasamos al salón?

La subinspectora fue la primera en acceder, tras las presentaciones de rigor fuimos directamente al relato de lo acontecido con la piedra y la nota que llevaba pegada.

Marcos y yo permanecimos en silencio mientras les vimos asomarse al ventanal, mirar de un lado a otro del salón. Olivares bajó a la calle situándose bajo la ventana, con la clara intención de corroborar nuestra historia. Una cosa estaba clara, los cristales estaban dentro de la casa, señal inequívoca de que algo los golpeó desde el exterior. Si se tratara de una ventana de las habituales que se abren hacia dentro, girando por bisagras situadas en el extremo, se podría plantear la posibilidad de que yo mismo pudiera haber abierto la ventana, cogido una piedra, golpearla y los cristales caería igualmente dentro. Dentro, sí, pero no en el lugar en el que se encontraban.

Este no era el caso.

—¿Tiene idea de a qué se pueden referir?— Olivares señaló la nota.

Era el momento de la temida pregunta, sería más exacto decir, de la temida respuesta que debería dar.

—¿Podemos hablar con confianza?— solicité.

Pinta y Olivares se miraron como si mi pregunta les hubiera cogido desprevenidos.

—Por supuesto.

—Por favor, siéntense— señalé el sofá de tres plazas— ¿les puedo ofrecer algo de beber?

—No, gracias— respondieron al unísono.

Me senté en una butaca, Marcos hizo lo propio en la otra.

—Les aseguro que yo no he lanzado la piedra contra el cristal, ni él tampoco— miré a mi amigo.

—Me alegra saberlo— dijo el inspector— no dejaba de ser una posibilidad que teníamos que considerar.

—Lo entiendo, es su trabajo, pero a lo de hablar en confianza no me refiero a eso precisamente.

—Usted dirá.

Me aclaré la garganta. Lo que iba a compartir podría servir para que me eliminaran de su lista de sospechosos o para que rodearan mi nombre y apellidos con un grueso trazo de rojo fosforito, y lo que era peor, que incluyeran a Marcos como colaborador.

—En primer lugar reconozco que estoy llevando a cabo mi propia investigación. Sí, sé que los profesionales son ustedes, pero no me puedo quedar de brazos cruzados con lo que está sucediendo a mi alrededor.

—Puede ser peligroso— apuntó la subinspectora.

—Lo sé, han matado a mi perro, he recibido una buena paliza y nos han podido descalabrar hace un momento a cualquiera de los dos.

—¿A pesar de todo quiere seguir?

—No me queda otra. Sé que con la historia que les conté en comisaría aquel día puedo ser señalado como sospechoso. Marcos me ha dicho esta misma tarde que si él estuviera en el lugar de ustedes hubiera pensado del mismo modo.

—Da por hecho que hemos…

Levanté la palma de la mano.

—No, no, inspector. Jamás se me ocurría dar por hecho nada concerniente a su trabajo. A pesar de ser un escritor que algunos de sus libros se les puede catalogar como novela negra o policíaca, son sólo historias de ficción, y las posibles investigaciones que me invento nada quieren enseñar a los profesionales, son sólo invenciones— callé unos segundos, me embargaba la sensación de no haber encarrilado nada bien la conversación— como le dije al principio hablaré con confianza, comprendo que la de ustedes con nosotros debe ser limitada porque su trabajo así lo requiere.

—Así es.

—Dicho esto, parto de la base de que mi visita a la comisaría me puso en el punto de mira.

—Iba hablarnos de esa investigación— terció la subinspectora.

—Sí, por supuesto— señalé a mi amigo— es un grandísimos investigador, como analista de todo tipo de datos no he conocido a nadie con un olfato tan agudo— sonreí— cuento con la mejor compañía.

Marcos carraspeó.

—Falta añadir que se trata de investigaciones históricas, sobre hechos acontecidos en el pasado o búsqueda de información para la trama de una novela. Nunca he investigado sucesos reales, ni pretendo

hacerlo.

Me pareció percibir que los semblantes de los policías se relajaban, quizá se tratara de una impresión mía que achaco a sus iniciales rostros serios, profesionales, desde que pusieron un pie en la casa.

—Pero ahora han decidido dar un paso adelante.

—No exactamente, inspector. Me veo en una situación, no voy a decir que complicada, pero si estresante, me refiero al taller de novela que imparto. Hace varias semanas que no tratamos el tema del *Vengador*, no es fácil porque mis alumnos aluden a él constantemente.

—Aun así ustedes tienen una teoría.

—Sería demasiado ambicioso denominarlo teoría, pero sí que hemos iniciado un camino que nos lleve a comprender por qué cuando he hecho una propuesta en clase ha tenido su correspondencia en la vida real.

—¿Sospecha de alumnos concretos?

Asentí y bajé la vista a la mesa unos instantes.

—No le voy a dar nombres porque sería señalar a inocentes. Sin duda no todos son culpables. Lo que sí le puedo comentar, por eso hablaba anteriormente de la confianza, es lo que nos ha llevado a anotar el nombre de posibles implicados.

María llevó la vista a mis hojas sobre la mesa, la primera de ellas tenía anotadas los nombres de Lali, Marta, Maite y Mena. Sentí un agudo cosquilleo, nuestras miradas se cruzaron.

—Díganos— enfocó sus finos ojos en los míos.

Estaba convencido que iba a hacerme algún comentario sobre la hoja o exigir que se la diera si no quería verme acusado de obstrucción a la justicia en una investigación en curso. O cualquier otra excusa que me aconsejara entregarle mis apuntes. Extrañamente no hizo nada. Desconozco si es capaz de leer al revés, podría estar entrenada. Quizá por ello sacó una libreta de un bolsillo de su chaqueta y comenzó a escribir.

Durante los siguientes minutos expusimos la teoría que acabamos de desarrollar esta misma tarde. Nuestra creencia de que tras *El Vengador* se esconde una mujer. Que tenía que estar relacionada ya en el 2008 con la familia Ganzán, después, con el vigilante de La Esperanza.

Hablamos de la edad que podría tener entonces y la que podría contar ahora. No pensaba aportar nada más, lo expuesto superaba con mucho mi intención inicial.

—¿Volvieron a investigar a Mena y a Néstor?— pregunté con una doble intención; desviar la conversación y averiguar qué les había dicho.

—Sí— Olivares tomó la palabra— Se reafirma en que usted la echó de casa sin justificación alguna, volvió a lamentar la muerte de su perro a quién cuidaba y quería como si fuera suyo y asegura que ni ella ni su pareja se han vuelto a poner en contacto con usted, ni lo han intentado.

Me estaba esforzando por controlar la diarrea verbal que amenazaba con brotar de mi garganta escupiendo lo que me provocaban las absurdas respuestas de Mena, pero conseguí dominarme.

—Disculpe— Marcos también portaba su propia libreta— no sé si ha sido olvido o efectivamente fue lo que sucedió— llevó la vista a sus anotaciones— decía usted que la antigua inquilina de esta vivienda, Mena, lamentaba la muerte de Freddy, ¿no?

—Así es.

—¿No dijo nada de lamentar la paliza que recibió Jaime? ¿Ningún comentario?

El rostro de Olivares dibujó una tenue sonrisa ladeada.

—No, ninguna mención.

Miré a mi amigo, había pasado por alto ese detalle en lo expuesto por el inspector. No sé si a ellos les indicaba algo, pero a mí, sí, y mucho, además. En mi opinión, demostraba mi certeza de que ella y Néstor eran los culpables de la paliza que recibí y por tanto del asesinato de Freddy. Aguardé unos segundos confiando en que continuaran con la conversación, pero ni Olivares ni Marcos parecían tener el más mínimo interés en tirar del hilo.

Al menos no de ese hilo.

—En la nota pegada en la piedra se dice "*Si sigues así serás el siguiente*"— apuntó mi amigo— Nos estábamos preguntando antes de que vinieran ustedes, de qué puede ser el siguiente —me miró— ¿el siguiente después de Freddy si sigue hablando con ustedes de lo sucedido en esta casa? Si es así, todo apunta en una dirección. ¿O el siguiente entre los asesinatos del *Vengador* porque, quién quiera que sea éste, entienda que Jaime sabe más de lo que dice? También se podría considerar que las dos cuestiones apunten a la misma respuesta.

—Continué, por favor— pidió Olivares.

—Poco más que añadir, inspector, excepto que si como señaló el periodista del *Diario Montañés*, y días antes propuso Jaime en clase como pura ficción, *El Vengador* podría ser más de una persona…

Ahí lo dejó.

—Comprendo lo que quiere decir, señor Alegre, no deja de ser una interesante línea de investigación— dijo el inspector poniéndose en

pie— comprenderán que a pesar de que usted haya pedido confianza — me miró— nuestra investigación no puede ni debe ser compartida con nadie ajeno a la misma.

—Por supuesto— pude haber respondido esto como haberme metido en un intercambio de opiniones al respecto.

—Lo comprendemos, inspector. Nuestra intención no va más allá de querer ayudar y sobre todo de saber a qué nos enfrentamos— intervino Marcos.

—Le dejo mi tarjeta por si necesita o quiere comentarme algo sobre el caso.

—Gracias.

Una vez en la puerta de la calle, la subinspectora se giró.

—No olviden que todo esto no es la trama de una novela de ficción, aquí los muertos y las palizas, como usted bien sabe, señor Valdés, son reales. Tengan cuidado.

—Sí, sí, lo sé, lo tendremos.

39

Toñín se había levantado algo más animado que los últimos días. No sólo porque fuera sábado ni porque hubiese quedado con su padre en Santander para comer, sino porque volvería a ver a Cris. Habían vuelto a quedar en el mismo sitio, en el mismo Parque de la Marga.

Sí, más animado pero seguía abrumado por la misma preocupación que le perseguía desde que dejó la pistola en su lugar dentro de su propia caja. Recuerda que esa noche escuchó a Diego entrar en su despacho y trastear con lo que podrían ser las cajas que guardaba en el altillo.

Una duda le atormentaba.

En cuanto saliera esa mañana de casa debería haberlo solucionado.

Llegó a su encuentro con su mejor amiga a la hora convenida.

—¿Cómo estás?

—Yo bien ¿y tú?

—Bien.

—¿Has visto?— consultó su reloj de muñeca— llego diez minutos tarde. Mi madre dice que una chica debe hacerse esperar diez minutos por el chico que le gusta —Vaya— Toñín se rascó la nuca.

—Estaba allí— señaló un banco al otro lado— te he visto llegar y he estado esperando a…

—Eso es que te gusto.

—Y yo a ti.

Los dos amigos aguantaron sus miradas unos instantes.

—¿Estás bien, Toñín?

—Sí, bueno, no sé, es por la pistola, espero que mi padre no la busque.

—¿La has escondido?

—No…— tenía la mirada en las piedrecillas del suelo, ladeó el rostro y miró a su mejor amiga— ¿sabes? No me ha dicho nada, y yo sé que sigue investigando, como sabes descubrí la carpeta con todo su trabajo. La verdad es que la televisión no ha hablado mucho del hombre este.

Cris negó con la cabeza.

—Es verdad, pero mucho mejor así. Mi madre dice que seguro que se trataba de un ajuste de cuentas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque según ella nadie se mete en casa de nadie, lo mata y se marcha sin robar nada.

Toñín volvió a llevar la mirada a las piedrecillas.

—Vaya, es lista, debí haberme llevado algo. ¡Qué tonto soy!

—No eres tonto, sólo hiciste lo que había que hacer. ¿La pistola?

—La tengo yo, la he vuelto a coger.

—¿Aquí?

—Sí. Es que no sabía qué hacer. No quiero que descubran de alguna forma que la pistola que se utilizó es la que tiene él— llevó la vista lejos del parque— no creo que piense que la tengo yo, lo mejor es que crea que alguien se la ha robado.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—No sé, esconderla por ahí.

De repente la niña abrió los ojos exageradamente.

—Ya sé. Si quieres te la guardo yo. La escondo en mi dormitorio y prometo no tocarla hasta que me la pidas.

—¿Eso harías?

—Claro.

—¿Te la doy ahora?

Ambos miraron de un lado a otro.

—Sí, y la meto en el bolso— Cris llevaba una bolsa vaquera colgada del hombro. Otro rápido vistazo alrededor— ahora, Toñín.

El chico obedeció. Del bolsillo de su chaqueta sacó un plástico que introdujo en el bolso de su amiga.

—En la bolsa está la pistola, otro cargador y balas. Pensé que para que creyera que se la habían robado lo normal era que se llevaran todo.

—Bien pensado. Casi se me olvida, estoy tonta— de nuevo metió la mano en la bolsa vaquera de la que extrajo un periódico doblado varias veces.

—Cabe de todo ahí ¿eh?

Cris miró a su mejor amigo, en su semblante una sonrisa pícara —Sí, para eso lo llevo— le dio el periódico— Les envié la foto de los desgraciados de los hermanos Rosales. Es que no los encontraban. Mira.

Toñín cogió el periódico entre sus manos.

Leyó:

“*La policía ha recibido una fotografía que sitúa la extraña desaparición*

de los hermanos Rosales en el fondo de un pozo abandonado en una nave industrial. Los dos jóvenes, bien conocidos de la policía y de distintos centros de internamiento, fueron localizados gracias a la información que recibieron y…"

Toñín sonrió.

—¿Lo sabe Raúl?

—No le he dicho nada, pero se lo imaginará en cuanto se entere.

—¿Y la del camionero?

—¿Qué hago con ella?

—Yo creo que es mejor esperar un tiempo.

—Vale.

—¿Oye, por qué no llamamos a Raúl y se lo dices? Quizá se asuste.

Cris soltó un par de sonoras carcajadas.

—¿Raúl? ¿Con lo grande que es? A ese no le asusta nada ni nadie— llevó la mano a la boca— mira, ahí hay una cabina.

—Vamos.

Diez minutos más tarde colgaron el teléfono. Los tres tenían ganas de verse pero habían pensado que lo mejor era que no les vieran juntos. Quedarían más adelante cuando todo hubiese pasado un poco.

Regresaron a su lugar favorito del parque.

—¿Qué vas a hacer con los otros dos?

Toñín frunció los labios.

—No lo sé, la rabia me dice que lo mismo que con el otro, pero no puede ser tan seguido.

—Vale, ya lo planearemos— Cris asintió firmemente convencida.

De pronto el cielo comenzó a cubrirse de negros nubarrones.

—¡Hala! ¡La que va a caer!— sacudió una mano en el aire.

—Sí, vamos allí— señaló unos frondosos árboles.

—¡Corre, Toñín corre!

Los goterones no tuvieron piedad de la joven pareja y los empaparon en el corto recorrido desde el banco hasta que se pusieron a cubierto bajo las ramas de los tupidos árboles.

—¡Estoy calada!— estiraba su camiseta hacia abajo. Su rostro ofrecía la mejor de sus sonrisas— ¡Mírate!

Toñín sólo la miraba a ella.

—Oye.

La niña levantó la vista de la camisa de su mejor amigo.

—¿Qué?

—¿Me das otro?

—¿Otro?—sabía a lo que se refería pero le divertía más hacerse la tonta.

—Sí, otro…otro beso.

—Pues claro, estamos saliendo, ¿o es que no te has enterado?

Toñín regresó a casa mucho más tranquilo. Había comido con Diego, pero nada le confesó de su cita de la mañana. Confiaba en que jamás volviese a mirar en la caja de la pistola y que transcurriera como todos los días. Le gustaba mucho su nueva vida. Su nuevo padre, los compañeros del colegio, pero lo que más le gustaba de todo eran los besos de Cris. Su cumpleaños era en una semana y quería celebrarlo con ella aunque fuese algún día después. Su padre le tenía preparada una sorpresa.

Tumbado en la cama, con las manos tras la nuca miraba al techo, sin verlo. En su lugar el rostro de Cris, su sonrisa, su risa, su forma de echarse el pelo detrás de la oreja.

Sus besos.

Cris llegó a su casa con la carga de la responsabilidad por lo que escondía su bolso. Localizó un lugar en una esquina del altillo de su dormitorio rodeado de cajas perfectamente ordenadas. Una vez escondida la pistola repasó su nueva vida, le encantaban sus nuevos padres, las amigas del colegio, pero había algo que le gustaba mucho más que todo eso, Toñín. Después de cenar, tumbada en la cama con las manos tras la nuca miraba el techo, sin verlo. En su lugar el rostro de Toñín, su gesto tímido, su sonrisa abierta, su forma en que la miraba.

Sus besos.

Sus últimos besos.

Fue apenas unos días después.

—¡Qué desgracia! ¿Te has enterado, Maite?

—No, ¿de qué me tengo que enterar, mamá?

La mujer cogió el mando a distancia, apuntó con firmeza en dirección al enorme televisor y pulsó la tecla del sonido varias veces.

"*…como les hemos venido informando desde primera hora ya podemos confirmarles el nombre del fallecido. Se trata de Antonio Olivares, conocido en su entorno como Toñín. Falleció la pasada noche en su casa mientras manipulaba la pistola reglamentaria de su padre…*"

Cris permaneció inmóvil mientras escuchaba la noticia, hubiera sido incapaz de mover un solo músculo, ni de vocalizar sílaba alguna.

"No, no es posible, debe ser otro Toñín"

"*…Toñín era hijo adoptivo de Diego Olivares, inspector del grupo de homicidios del departamento de la policía judicial de la Jefatura Superior*

de Policía de Cantabria. Todo apunta a que el joven de diecisiete años…"

Cris llevó las manos al rostro, sus hombros comenzaron a agitarse al ritmo de su incontrolado llanto.

—No, Toñín, tú no, tú no…Toñín…— su voz apenas un balbuceo —Pero, hija ¿qué te pasa?

Cris se incorporó como un resorte y salió del salón.

—Eres tan impresionable…— susurró la mujer a la espalda de su hija adoptiva— eso es lo que me más gusta de ti, tu ternura, tu inocencia. Lo supe nada más mirarte a los ojos en aquel centro de socorro.

Cris no dejó de correr hasta llegar a su habitación, en la segunda planta. De un saltó cayó sobre la cama, escondió la cabeza entre las almohadas y lloró.

Lloró por Toñín, por lo tremendamente injusta que había sido la vida con su mejor amigo convertido en novio, en su primer novio. Lloró por ella, pero sobre todo lloró por los dos. Por lo que pudo haber sido y nunca podrá ser.

"Nunca me sale nada bien"

Su vida idílica se había desmoronado en el mejor momento. Jamás, en sus dieciséis años se había sentido tan feliz, tan contenta.

"Me voy contigo, Toñín"

Sin él a su lado, nada tenía sentido. Nadie con quien compartir sus cosas, sus preocupaciones. Su venganza.

"Nuestra venganza"

Se tumbó de lado y sorbió la nariz.

Todavía quedaban cosas por hacer.

40

Siete noches le había llevado a Maite averiguar las costumbres de Ezequiel Gómez, el vigilante que violó a Susa junto con los hermanos Rosales. Le vio salir cada madrugada a las siete en punto de su puesto de conserje en el polígono industrial, excepto el lunes y el martes, dedujo que serían sus días libres. Dejó pasar otra semana y comenzó de nuevo su vigilancia. La rutina no variaba. A la misma hora abandonaba la nave por la puerta corredera. Unos minutos antes accedía al interior un individuo que debía ser el encargado del primer turno del día.

El de Ezequiel comenzaba a las once de la noche.

Los dos sábados se hizo la encontradiza con el conserje. Cuando lo vio salir le abordó. Los dos mismos sábados le siguió en su coche.

—Uys, perdón— dijo Maite al volver a chocar con él— se le quedó mirando como si se estuviera esforzando en reconocerle— Yo…le conozco ¿verdad?

Ezequiel asistía divertido a la zozobra de la joven. Por supuesto que se conocían, el sábado anterior había sucedido algo parecido. La imagen de la chica se había quedado firmemente grabada en su cabeza. Su media melena rojiza, su ropa ajustada, su boca. Esas gafas redondas que le daban un aire de intelectual que le excitaba hasta límites difíciles de soportar.

—Yo diría que sí, hace una semana exactamente.

Maite llevó los dedos a las gafas.

—No me diga que fue usted con quien choqué y…

—El mismo, pero no me llames de usted que me haces más mayor de lo que soy — convino mostrando una hilera de dientes de color amarillento.

—Le pido…digo, te pido perdón otra vez. No estoy acostumbrada al turno de noche y cuando salgo no sé ni por dónde voy. Si al menos me pudiera tomar un café en el trabajo.

—¿No tienes cafetera?

—No, he pensado traérmela de casa.

Ezequiel vio una oportunidad mostrándose ante sus ojos.

—¿Esta noche trabajas?

—No, tengo libre.

—Pues el próximo día que te apetezca un café, yo te lo ofrezco. Traigo un termo de casa y no vas a probar otro mejor. Pero que no sea ni lunes ni martes que son mis días libres.

—Gracias, lo tendré en cuenta, quizá mañana me pase, tengo que hacer una suplencia, pero no es seguro.

—De acuerdo.

—Me voy a dormir que me caigo de sueño, aún no me acostumbro a este horario.

—Qué suerte, yo aún tengo que ir al hospital de Comillas a ver a mi madre.

"¿Repites todos los sábados?"

—¿Está enferma?— agitó la mano en el aire— perdona, si está en un hospital mi pregunta…

—Lo llaman así pero es una residencia.

—Entiendo. Yo vivo cerca— se acordó del lugar en el que vivía Toñín— en Ruiloba. Te dejo, ya nos veremos.

—Seguro que sí.

Cuando se despidieron, Maite frotó la mano contra en pantalón eliminando cualquier vestigio que hubiese podido dejar en ella el que había abusado de su añorada Susa. Rodeó la nave y se introdujo en el coche. Le vio caminar con aire resuelto. Ezequiel, era bajito y delgado. Cuando lo vio introducirse en un viejo Ford Fiesta arrancó su Nissan y se situó tras él.

El sábado anterior lo siguió hasta Comillas, tal y como le había asegurado se detuvo en el hospital durante una hora y media. La mañana de hoy hizo idéntico recorrido con similar estancia en el interior de la residencia. Un esbozo de plan se iba formando en su cabeza. Repetir lo mismo que hizo con el camionero en el Mirador de la Corneja del Remedio, era una posibilidad, pero algo en su interior le decía que la otra opción que barajó aquel día podría ser la apropiada para alguien como él.

"El rompeolas…"

Al salir del hospital lo siguió hasta la que supuso era su casa en Torrelavega. Regresó a Santander sintiendo la adrenalina fluyendo por su cuerpo. Adrenalina y rabia a partes iguales. Su estómago comenzó a enviarle señales para que le diera algo de comer cuanto antes.

"Al Sardinero"

Aparcó dispuesta a darse un buen desayuno. Imaginaba un vaso enorme repleto de zumo de naranja, un par de cafés, un pincho de tortilla y lo que surgiera. Cuando había dado buena cuenta del zumo, del primer café y con el pincho más cercano a su fin, el móvil comenzó a vibrar.

—Espero no haberte despertado.

—No, Adriana, llevo horas despierta.

—Qué madrugadora.

—No queda otra, son los exámenes— mintió.

—Me preguntaba si te animarías a desayunar conmigo. Me apetece un buen zumo de naranja, un café, un pincho de tortilla y quizá…

—¿Un segundo café?

—¡Sí!

Maite no pudo evitar que una enorme sonrisa se tallara en su rostro.

—Si te das prisa, aún llegas a tiempo, pero no pienso darte de mi pincho.

—¿No me digas que estas desayunando en la calle?

—Sí, donde hacen la mejor tortilla de patatas.

—¿En el Sardinero?

—¡Sí!

Adriana apareció quince minutos más tarde, se cubría la cabeza con un pañuelo y llevaba gafas oscuras. Maite la vio entrar y mirar de un lado a otro sin que reparara en ella. Agitó un brazo en el aire, Adriana no la veía y siguió buscando.

"¿Qué le pasa?"

Su reflejo en el cristal le dio la explicación, no se había despojado de la peluca. Se levantó e hizo un gesto a su hermana con la mano.

—¡Hola! No te había reconocido de con ese color de pelo, te sienta muy bien.

—Tú con el pañuelo y las gafas tampoco lo pones fácil.

—Lo mismo que mi amiga, por favor— dijo a la camarera que pasaba por su lado— lo de las gafas es porque no he pegado ojo, Maite. Me acuerdo mucho de ti, sobre todo de cuando eras pequeña, cuando eras Cris. Me gustaría ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Sí, creo que hay algo que no me cuentas y que te podría ser útil. ¿Sabes? Siempre pensé que debía tener una hermana en algún lugar del mundo. Te sentía, ahora que estamos juntas la sensación es… diferente, más intensa. Creo que has sufrido mucho más de lo que me

has contado.

Maite dio un sorbo a su segundo café mientras un reguero de imágenes cruzaba veloz, a modo de interminable bucle, frente a sus recuerdos. Imágenes en las que veía a su madre y a su último novio. A dos de sus padres de acogida entrando en su dormitorio. A Segis y su familia, al camionero, al vigilante, a Susa, Tomasa, Raúl.

Y a Toñín.

Sus ojos comenzaron a anegarse de lágrimas. Desvió la mirada al gran ventanal buscando el Cantábrico, lo único que poseía sobre ella el poder de calmarla. Veía a esa niña, Elena, Manuela, Cris, Maite, llorando por las noches, haciéndose la valiente durante el día. Una niña muerta de miedo, viviendo en una jungla de adultos una vida que no había buscado.

Adriana la dejó llorar, sabía que estaba con sus recuerdos, con sus temores. Le pasaba algo parecido cuando esas imágenes se apoderaban de ella, pero a diferencia de su hermana las que pasaban veloces por su mente estaban borrosas.

—Perdona por el numerito— dijo mientras se secaba las lágrimas.

—No tienes que pedirme perdón. Sólo pretendía ser un apoyo no hacerte sufrir.

—No es tu culpa— miró el mantel— llevas razón, hay cosas, muchas, que no te he contado.

—Lo sé.

—Quizá no te gustará lo que oigas.

—Ponme a prueba, pero te adelanto que sea lo que sea, estoy contigo.

Pasaron el día juntas. Maite con su peluca, Adriana con el pañuelo y las gafas oscuras. Caminaron por el Paseo de Pereda arriba y abajo, una hablando, otra escuchando. Una, soltando todo lo que llevaba guardado en algún recóndito lugar de su cuerpo, como si no fuera con ella, como si estuviera narrando la vida de otra persona. Otra, asintiendo, como si no fuese la primera vez que escuchaba la narración, percibiendo como las borrosas imágenes que la habían perseguido desde que tiene uso de razón tornaban más y más nítidas.

Tomaron asiento frente al mar.

Maite, dispuesta a que saliera todo, sin dejar nada para luego o por miedo a lo que su hermana pudiera sentir. Adriana, convencida de que lo que había pasado su gemela, de alguna manera, también lo había experimentado ella.

—Toñín ha sido lo mejor que me ha pasado nunca.

—No me extraña, debió de ser un chico extraordinario.

—El mejor.

—¿Sabes? También recuerdo a esa mujer mayor que nos hablaba de la lluvia, de que gracias a ella estaba todo tan verde y tan bonito.

—¿Sí?— el semblante de Maite esbozó una sonrisa agradecida. Sentía la complicidad de su hermana como si fuera la suya propia, como si se tratara del propio Toñín.

Quedaron en silencio varios minutos, cogidas de la mano, con la vista recorriendo el horizonte, disfrutando de la calma que a ambas les había generado soltar y escuchar.

Escuchar y soltar.

—Aún no se ha terminado.

—Lo sé.

Maite le habló del tiempo que se tomó desde la muerte de Toñín, sabía que él estaba a su lado, dándole fuerzas, ánimos, que no podía abandonarle dejando todo a medio terminar.

—No fue hasta que me saqué el carnet de conducir cuando decidí que debía continuar. Habían pasado dos años y me sentía preparada. Maite llevó sus recuerdos a San Vicente de la Barquera donde había vivido con Segis, Candela y sus hijos. Sabía que una de las niñas se había suicidado y que el chico se había quedado tonto del golpe que le dio en la cabeza con el rodillo.

—No tenía ningún plan, me quedaba cerca de su casa viéndoles entrar y salir. Me dolía el estomago de la rabia que sentía, Adriana. Hasta que un día la vi salir de paseo, la muy desgraciada estaba contenta. Bajé del coche y la seguí hasta unos bloques de casas bajas, a las afueras de San Vicente, estuvo casi una hora. En ese momento supuse que la atropellaría. Me compré un coche viejo.

—¿Y lo hiciste?

—Sí, pero no murió por el atropello— metió la mano en su bolso, al sacarla portaba una funda delgada que parecía albergar una lima de uñas. Tiró del extremo. Una hoja fina brillaba a los reflejos del sol— esta mujer disfrutaba con las violaciones de su marido y de su hijo a sus hijas.

Maite rememoraba la tarde, casi noche, en la que cambió el coche de su madre por el recién adquirido en un desvencijado taller de Bilbao. Sus recuerdos eran tan reales que apretaba el mango del estilete como si frente a ella estuviera Candela saliendo del mismo bloque de viviendas que visitó los últimos días. Había aparcado unos metros alejada del punto de encuentro…:

—Candela.

La esposa de Segis giró sobre sus pasos.

—¿Sabe tu marido que vienes aquí?

El semblante de la mujer pasó del blanco al color más encendido en apenas unos segundos al no reconocer a la niñata que le hablaba. Avanzó dos seguros pasos en su dirección.

—¿Tú, quién coño eres?

—La que te va a matar esta misma noche.

Candela detuvo el tercer paso que sus piernas se disponían a ejecutar y miró de un lado a otro. La voz de la niñata era demasiado seria como para que se tratase de una broma. De sus ojos fríos emanaba un brillo que envolvía un odio atroz.

—¿Quién…eres?— repitió.

—¿No me reconoces?

Candela negó con la cabeza.

—Hace unos cincos años acogiste a una niña asustada en tu casa. Allí conoció la peor versión de una familia; un padre pederasta, un hijo violador, una madre que consentía y se lo hacía con su hijo.

El semblante de Candela mudaba de nuevo al blanco hueso conforme recordaba a esa niña. Ni siquiera saber que delante de ella se encontraba la que había dejado inútil para siempre a su hijo le motivaba lo suficiente como para contrariarla.

—Manuela… ¿eres tú?

—Deja que te diga algo.

Como respuesta recibió un leve asentimiento de cabeza acompañado de lo que la mujer pensó que era un pellizco en su tripa. Manuela se había echado sobre ella como si fuese a susurrarle algo al oído. El estilete le partió el corazón en dos. La dejó caer al suelo, devolvió el arma con su funda al interior del bolso y recorrió los alrededores con la mirada. Se hallaban a escasos metros de la carretera general. Cogió la Polaroid y sacó un par de fotografías.

—Mierda…

Maite rebuscaba en el bolso el cartel que había confeccionado esa misma tarde con recortes, como el anterior, pero no aparecía.

“Tengo que irme ya”

Empujó el cuerpo sin vida de Candela hasta dejarlo caer sobre la Carretera Nacional 634. Corrió hasta su coche y se puso en marcha. Salió del estrecho camino de acceso a la nacional, las tenues luces de su viejo automóvil no alcanzaban hasta el punto donde sospechaba que se hallaría el cuerpo de Candela. Aceleró cuando ya comenzaba a dudar de su intuición, la vio tumbada sobre el suelo, pisó a fondo.

—¡Joder!

El cuerpo de la mujer había rodado más de lo que hubiese pensando, solo las piernas se hallaban en el sentido de su marcha. Giraba el volante cuando varias luces aparecieron unos metros a los lejos. Le hubiese gustado asegurarse de que estaba bien muerta o quizá se trataba de darse el gustazo de pasar por encima de ella aunque sólo fuese por las piernas, pero no podía arriesgarse más de lo que ya lo había hecho.

Adriana no perdía detalle de la narración.

—Era un camión enorme, detrás le seguían varios coches.

—Se debió liar una buena.

Maite negó con la cabeza.

—No creas, la encontraron casi un día más tarde en el arcén. El del camión ni debió darse cuenta de que la había atropellado.

—Te olvidaste el cartel, imagino que por eso escribiste con rotulador; *culpable*.

—Sí, pero cómo lo… claro, lo has estado investigado.

Adriana le dedicó una sonrisa mientras deslizaba su mano sobre el rostro de su hermana.

—Vengaste a sus hijas y a ti misma. Nadie hubiese hecho nada por ellas.

—Ya.

—¿Vas a ir a por el padre?

—Sí, pero más adelante.

41

Pinta y Olivares regresaron al BMW X6 sin intercambiar palabra alguna. Ambos habían elevado la vista en dirección a la segunda planta por la que horas antes alguien había lanzado una piedra y acertado en el cristal de una de las ventanas del salón del escritor, que estaba asomado y parecía pendiente de ellos.

—Tengo la sensación de que alguien nos está tomando el pelo— señaló el inspector mientras accedía al todoterreno.

—¿Qué quieres decir?

Diego se ajustó el cinturón, la mirada en el exterior, la mano derecha sujetando la barbilla.

—Parece como si Paco Calatayud, el compañero de la Local, el escritor y su amigo, la directora y su fiel servidora Valentina, y alguien más que seguro se me está olvidando conspiraran para que no cerremos jamás este maldito caso.

María desvió la mirada con todo el disimulo que pudo atisbando el perfil de su compañero. Vio un semblante serio que la impresionó.

—Estas…de coña ¿verdad?

—Sí, perdona, digo no, no estoy de coña. Sé que no se han puesto de acuerdo, pero cada vez que hablamos con cualquiera de ellos me llevo la sensación de que no han sido sinceros, como si temieran contarnos todo lo que saben. ¿No te pasa a ti?

—Sí y no. A ver, si hablamos de la directora por supuesto que sí, está implicada hasta el fondo en lo que sea que esté tapando. Su fiel servidora me pareció incapaz de guardar un secreto— puso el intermitente a la derecha— ¿un café?

—Me vendrá bien.

Mientras aparcaba continuó hablando:

—Los dos escritores me despistan. Es como si supieran mucho, quizá demasiado, de un caso que no va con ellos— soltó el cinturón y bajó del todoterreno— no quiero pensar que Calatayud esté implicado.

—¿Qué opinas del mensaje de la piedra?

—Pues que la exposición que han hecho tiene toda la lógica, cierto

que no aclara nada, al revés. Puede apuntar tanto a su inquilina como al *Vengador*, aunque aún me resisto a creer que esté relacionado con Valdés.

—Quizá lo mejor sea olvidarnos de todos ellos y continuar con la niña adoptada por los Ganzán.

—De todos, no, Diego. Doña Herminia tiene que hablar. Por cierto, no sé qué papel juega el profesor pero lo que sí creo es que está en peligro.

—Sí, yo también.

Tomaron asiento en la terraza de la cafetería. Los días sin apenas conciliar el sueño continuaban pasando factura al inspector.

—¿No duermes bien?

—¿Tanto se me nota?

—No tienes buena cara. Sólo quiero que sepas que aquí me tienes para contarme lo que necesites, desahogarte, lo que sea…

—Lo sé, María. ¿Tomaste nota de los nombres de las alumnas?

—Sí, pensé que había disimulado un poco— apuntó sonriente— como vi que no les pedías una copia de sus indagaciones los anoté.

—Gracias— dijo Olivares al camarero mientras dejaba los cafés sobre la mesa— no me pareció oportuno, de haberlo hecho es como si estuviera apoyando que lleven una investigación paralela, como si les animara a continuar— dio un sorbo— además, sabía que te ocuparías de ello.

Pinta se tomó el último comentario como un halago.

Del bolso extrajo su libreta.

—¿Crees que una de estas chicas es la niña de La Esperanza?

—De ser así, todo comenzaría a encajar. Si pudiéramos localizar a la familia que la adoptó avanzaríamos mucho.

—Creo que podremos averiguar las direcciones de las tres sin problemas ¿luego qué? nadie va a confesar que adoptó a su hija sin papeles legales. ¿No te parece?

María levantó la vista de la libreta al no recibir respuesta.

—¿Diego?

—Sí, sí, te escucho, hay algo que me preocupa de verdad. Algo de lo que ya hablamos días atrás pero que por algún motivo lo hemos abandonado.

—¿Y es?

—El asesino, o asesina, no hace el menor esfuerzo por esconder sus crímenes. Al revés, nos facilita información con las fotografías y además nos informa de otros asesinatos como los de los niños y las mujeres encontrados en La Esperanza.

—Así es, —intervino la subinspectora— no es que quiera que le

cojamos, sino que lo que busca es que sepamos lo que pasaba, ¿pero dónde?, ¿en el centro de socorro?, ¿en algunas familias de acogida?

—Lo que quiero decir, es que seguirá matando hasta que no dé por terminada su labor

—Es posible que nunca lo haga.

—Sí, es posible si asume el papel de vengador y lo lleva al extremo, pero si algún día decide poner fin, nos avisará.

—¿Nos avisará?

—Sí.

—¿Cómo?

Diego entregó un billete de cinco euros al camarero y se puso en pie.

—No lo sé, pero lo hará de tal manera que no nos quede ninguna duda de que ha dado por finalizada su misión.

El teléfono de Pinta comenzó a sonar.

—Gracias, Cruz— dijo al colgar.

—La orden de registro que pidió el jefe para revisar todos los archivos que tenga la directora en su poder ha llegado.

—Bien, te confieso una cosa, ni me acordaba, parece mentira.

Tras recoger la orden de registro llegaron al Hostal El Camino sin contratiempo alguno. El día permanecía cubierto de nubes que abarcaban toda la gama de grises. Nubes que llevaban varios días instaladas en el mismo lugar, sin apariencia de haberse desplazado lo más mínimo.

—Haría falta un poco de viento para que descarguen o se marchen — dijo María mirando al cielo recordando los pronósticos infalibles de su padre.

—Con unos minutos de una buena galerna, todo solucionado.

—Sí, pero sólo unos minutos que a mí me levanta el aire con mucha facilidad.

Las noticias sobre el llamado hostal de los horrores habían perdido intensidad en los medios de comunicación, animando a los clientes a regresar al establecimiento. Varios vehículos se encontraban estacionados flanqueando la entrada a ambos lados.

Doña Herminia se hallaba en su butaca habitual con la no menos habitual labor entre las manos. De rostro tranquilo, asemejaba a una dulce abuelita aguardando la llegada de sus queridos nietos. Al percibir la entrada de alguien en el salón, levantó la vista del punto,

su semblante permaneció invariable.

“Está rara”

La subinspectora esperaba una acogida más distante. Una mira fría, una pose que pretendería mostrar su indignación por una nueva visita. En su lugar se encontraron con un rostro, si no amable, sí confiado, como si no le hubiese sorprendido su llegada.

—Buenos días— dijo Olivares.

—Buenos días, inspector— la directora dejó caer las gafas sobre el pecho— Buenos días, subinspectora.

Pinta esbozó un saludo ininteligible mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué les trae de nuevo por aquí? Confío que cuando piensen que necesito un abogado me lo hagan saber— en su rostro una sonrisa torcida bajo una mirada divertida.

—Eso es algo que compete a su propia decisión. Está en su derecho de solicitarlo cuando lo estime oportuno.

—Bien, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Diego le entregó la orden de registro.

—¿De qué se trata, inspector?

—Una orden para acceder a toda la documentación que obre en su poder, aquí o en cualquier otro lugar, referente a las identidades de los internos, personal de La Esperanza y las adopciones que hubieran tenido lugar.

Doña Herminia cogió la hoja entre las manos, se ajustó las gafas en el extremo de la nariz y leyó.

—Por favor, siéntense.

—Necesitamos la documentación— apuntó María que comenzaba a cansarse del juego de la mujer.

La directora levantó la mirada en dirección a la impertinente policía. Su cuerpo le pedía ofrecerle la peor de su amplio repertorio de miradas frías unida al más serio de sus semblantes, pero en su lugar, no sin esfuerzo, sonrió y con el brazo estirado señaló su despacho.

—Ya sabe donde es.

Pinta cruzó su mirada con la de su compañero, giró sobre sus talones y se perdió tras la puerta del lugar indicado. Abrió los armarios al tiempo que apretaba los labios y llevaba sus manos a las caderas. Apenas le bastó una rápida ojeada para comprender el motivo del bobo semblante de la directora. De los archivadores que recordaba sólo quedaban los que se llevaron en la primera visita, ya devueltos tras sus correspondientes copias, y que contenían las fichas de los internos.

“Maldita bruja…”

Tomó asiento en el suelo, abrió otro armario.

Frente a sus ojos no menos de diez archivadores y un par de cajas. Leyó los lomos:

"*Proveedores 1980-90. Proveedores 1991-00…*"

Pasó el índice por el último grupo.

"*Cocina, menús, gastos de mantenimiento 1980-85…*"

Para asegurase de que el texto del lomo coincidía con lo que alberga el interior les echó un rápido vistazo.

"Me cago en ella"

No sabía si le generaba más rabia no encontrar lo que buscaba o enfrentarse al sonriente rostro de la directora en cuanto regresara a la sala. Fuese uno u otro motivo no debía ponérselo fácil mostrando sus sentimientos abiertamente.

Se puso en pie, repasó todos los armarios y cajones del despacho con idéntico resultado. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Inspector, por favor.

María no pudo evitar deslizar la mirada por los ojos de doña Herminia. Los clavó en ellos apenas unas décimas de segundo, lo suficiente para que supiera que ella no estaba jugando, que iba en serio. Lo que recibió fue una muestra más de la tranquilidad que se había apoderado de la anciana.

—Pensaba venir si no me llegas a llamar. Está muy extraña, como si de repente todo lo sucedido no fuese con ella ¿Qué sucede?

—No me sorprende. No queda nada— señaló los armarios abiertos — lo único que he encontrado son los archivadores que nos llevamos y esto– le mostró un fino cuadernillo con las fichas de los empleados— como va con anillas no habrá forma de averiguar si se ha deshecho de algún expediente.

Diego se mantuvo en silencio durante un largo minuto mirando a un lado y a otro, posiblemente no con el ánimo de toparse con algo que a su compañera se le hubiera escapado, si no con hallar ese punto de control necesario tras comprender que la directora se estaba riendo de ellos en su propia cara.

La pareja de policías regresó al salón.

—¿Dónde está el material que falta de su despacho?— quiso saber Olivares.

La directora repitió los mismos gestos pausados que cuando hicieron acto de presencia minutos antes; levantó la cabeza de la labor, dejó caer las gafas sobre el pecho y ofreció un semblante entre bondadoso y divertido.

—¿Material, dice, inspector?

—Sí, todo lo referente a los internos, empleados, y sobre todo a las adopciones y desapariciones no denunciadas.

—Ha pasado mucho tiempo, quizá haya tirado algunas cajas. Apenas tengo espacio para mí en este hostal— se frotó los lacrimales — cada vez se me cansa más la vista con la labor. Sobre lo que dice de las desapariciones no denunciadas no sé a qué se refiere, algunos chicos se marchaban por su cuenta.

Diego redujo la distancia que les separaba de la mesa redonda. Apoyó las manos sobre el mantel que la cubría e incrustó los ojos en los de la mujer que le observaba divertida con el efecto que había generado el plan ideado la semana anterior.

—Le recuerdo que obstruir a la justicia está penado, señora. Voy a encontrar lo que busco.

—Hágalo, inspector, y si quiere, convocamos a los medios y les decimos lo que hizo su hijo y que yo…

—Lo haremos, cuente con ello.

El amable semblante de la directora se desvaneció, no contaba con esa reacción.

Permaneció con la mirada fija en las espaldas de los policías mientras abandonaban el salón. Era consciente de que su vida comenzaba a desmoronarse poco a poco, y que en cualquier instante podría sobrevenir su derrumbe total. Esa rueda de prensa con la que había amenazado al inspector se podría volver contra ella. Estaba convencida que su órdago no iba a ser visto.

“¿Necesito un abogado?”

Negó con la cabeza.

—Para qué, no tengo nada que perder. A mis años las expectativas son escasas— sonrió— además, no tienen nada contra mí, si lo tuvieran ya lo habrían puesto sobre la mesa.

“Qué previsibles son”

Se había reprendido por arriesgarse tanto y no haber trasladado antes los expedientes del despacho. Cierto que no hubiera sido buena idea que hubieran desaparecido a los pocos días de su primera visita, pero había dejado pasar demasiado tiempo. Sabía que algún día aparecerían con esa orden.

María abandonó la sala con el archivador que albergaba los datos correspondientes a los antiguos trabajadores de La Esperanza. Al menos las fichas de aquellos que la directora no hubiese hecho desaparecer. Diego se encaminó hacia la recepción.

—Disculpe, la última vez que vinimos usted y su marido nos preguntaron si iba a ver más excavaciones alrededor de su hostal.

—Sí, sí, inspector ¿por qué lo dice? ¿Van a volver a excavar? El

negocio está al límite— señaló visiblemente preocupada.

—De momento, no. Le puedo asegurar que no depende de nosotros.

—Lo imagino, pero si usted me dice que no, ojalá siga así ya para siempre.

Olivares asintió, se echó hacia delante y habló en tono confidencial.

Llevó el pulgar sobre el hombro señalando en dirección a la puerta de la sala.

—Por lo menos parece que se termina su vinculación con lo que queda del centro de socorro.

La recepcionista puso cara de no entender nada.

—Doña Herminia nos ha dicho que ya se ha llevado unas cajas, imagino que habrá comenzado la mudanza de sus cosas.

El rostro de la mujer resplandeció unos segundos al contemplar la posibilidad de lo que apuntaba el inspector.

—Bueno, a nosotros no nos ha dado problemas pero es cierto que ese centro sí, y muchos. Ojalá se tratara de una mudanza, pero eran solo unas cajas con documentación.

—Por algo se empieza ¿No cree? Va llevando sus pertenencias a su casa y…

—¿A su casa? No, inspector, a la residencia de doña Valentina.

A Diego le entraron las prisas por abandonar el hostal.

—Bueno, confiemos que no tarde en completar la mudanza.

—Gracias, inspector.

Los dos policías regresaron al BMW X6 sin intercambiar palabra. Habían visto asomada a una de las ventanas del salón a la directora. Deberían esperar hasta que se encontraran en la A8. Antes de dirigirse a la residencia lo más sensato era confirmar que su orden de registro valdría para doña Valentina y si no redactar otra.

—Me ha gustado eso, compañero.

—Ha sido cuestión de suerte. La mujer necesitaba hablar con alguien, no lo deben estar pasando nada bien.

—Lo imagino, abrir un establecimiento y que te cuelguen el cartelito del hostal de los horrores no facilita las cosas— miró a su compañero que en esta ocasión conducía el coche— ¿no se va a cavar más?

—En los próximos días no lo creo, pero es muy posible que con el tiempo algún juez mande levantar todo el perímetro.

Cuando Diego y María abandonaban el hostal, una mujer elegante, ataviada con una peluca rubia descendía de un Nissan. Esperó a que los policías se fueran, había llegado el momento que tanto tiempo había estado esperando. La confesión de los hermanos Rosales apuntaba a ella, como la de Ezequiel Gómez. No tenía por qué dudar de su palabra. Los tres habían dicho lo mismo en diferentes circunstancias.

Unos, en la nave donde perdieron la vida.

“Cerca estuve de morir allí”

El otro, en su última noche con vida.

Una noche de agrio recuerdo para Maite

Una noche por la que pagarían todos.

En su cabeza se reproducían las últimas horas de la vida del conserje del polígono industrial.

42

Las dos hermanas se pusieron de nuevo en camino. La futura periodista conmovida por el relato que escuchaba de boca de su gemela. No por la suerte que corrieron sus víctimas si no por todo lo que había pasado una chiquilla en su vida y tener el valor de devolver el daño sufrido.

—Me dijiste que los hermanos Rosales no lo hicieron solos, que había un tal Ezequiel con ellos.

—No se te escapa una ¿eh? Vas a ser una periodista de miedo— afirmó convencida.

—A ver, no es fácil, pero por mí no va a quedar.

—No lo dudo, Adriana, no lo dudo— guardó silencio unos instantes antes de responder— no quiero que te involucres en algo que no tiene vuelta atrás.

—Quiero ayudarte, Maite. Es más, necesito ayudarte.

Adriana extendió los brazos y se abrazó a su hermana. Fue un abrazo largo, de corazón con corazón, sentido y cómplice.

—De acuerdo— susurró Maite en su oído.

Mientras caminaban por el Sardinero, la futura abogada le habló de lo que hasta el momento consideraba un endeble plan. Cierto que lo había localizado y establecido contacto un par de veces, que sabía lo que hacía los sábados por la mañana y el lugar en el que residía en Torrelavega.

—No es fácil hacerlo en el rompeolas de Comillas, nos pueden ver. Un sábado a medio día no es el mejor momento.

—En vez de hacerte la encontradiza en el hospital podrías quedar en el mismo rompeolas.

—Así no nos ven llegar juntos. Bien pensado.

Le habló sobre la siguiente madrugada y la posibilidad de tomar un café en la nave donde trabaja Ezequiel.

—Para que se acuerde de mí.

—Por lo que me has contado no creo que te olvide. No podemos negar que gustamos a los chicos.

—Ya sabes que mi experiencia en ese sentido es bastante…

Adriana la cogió de la mano.

—Perdona, no he estado nada afortunada con el comentario, lo siento de verdad.

—No, tranquila, si llevas razón.

Esa madrugada puso en marcha lo que ya sentía como el principio de su plan y el fin de Ezequiel. En su casa se sirvió de una excusa recurrente y de buen resultado; una cena que seguramente se alargaría, para no conducir de noche dormiría en casa de una compañera de clase.

Eran las tres de la mañana cuando llamó con los nudillos a la puerta. No se escuchaba ningún ruido proveniente del interior de la nave. Volvió a llamar, con el mismo resultado.

"Lo intento una vez más"

No pasaba por su imaginación que alguien la viese a esas horas frente al lugar en el que trabajaba un conserje que en siete días estaría donde merece. Cuando pensaba abandonar, la puerta comenzó a abrirse. El rostro de un soñoliento Ezequiel apareció conforme se deslizaba el portón.

"¡Estaba durmiendo!"

—Perdona, no sé si te molesto…

—Pasa, pasa, estaba completando unos albaranes y no me he dado cuenta de que llamaban a la puerta. Hay un timbre ahí— señaló un punto oscuro.

—No quería despertar a los vecinos.

—Pocos vecinos hay por aquí. Estoy yo y un par de naves más, pero no te quedes ahí, pasa.

Ezequiel se disculpó para ir al baño, necesitaba echarse agua y despojarse de esa cara de sueño profundo que seguramente debería tener.

"Este *pibón* no se me escapa, si ha venido por algo será…"

El bolso de Maite escondía el estilete que no pensaba utilizar esa noche, el bolsillo del pantalón el espray anti violadores. Su único objetivo era que cuando la volviese a ver no tuviera la menor duda de que se trataba de ella.

—No tengo mucho tiempo, pero me parecía mal no aceptar tu invitación.

—Me alegro de que te hayas animado— apuntó mientras cogía el termo y un par de vasos de plástico.

Maite podía identificar sin problemas el tipo de mirada que le dedicaba el conserje. Una mirada que no por repetida y vengada, le afectaba menos. No sin esfuerzo logró reprimir el asco y el odio a partes iguales que se cocía en su interior en esos momentos.

—Gracias— dijo cogiendo el vaso. Dio un sorbo corto— llevas razón, está muy rico.

—¿Dónde trabajas?

—Bueno, la verdad es que se trata de un trabajo temporal en el laboratorio del final de la calle.

—Sé donde es pero no conozco a nadie.

—Tampoco te pierdes nada— le dedicó una mueca cómplice— ¿llevas aquí mucho tiempo? Es un poco solitario ¿no?

—Estoy acostumbrado, siempre he trabajado de vigilante por las noches.

"Lo sé"

—Quería preguntarte algo, me dijiste que ibas a Comillas ¿verdad?

—Sí, los sábados por la mañana, al hospital.

—Me han dicho que hay un rompeolas en el puerto.

Ezequiel se sirvió otro café, sentía como su ego crecía sin parar. Jamás se había visto en una situación parecida en su poco más de medio siglo de vida. Una chica tan atractiva tomando café con él en su lugar de trabajo, y solos. Si le había sucedido algo similar fue con mujeres que tenían un interés concreto, que desaparecía cuando conseguían los papeles para permanecer en España o bien pagando por la compañía. Lo que sí tenía claro es que esa chica no buscaba nada de él.

"Parece ingenua, como a mí me gustan"

—Si te apetece conocerlo te lo puedo enseñar. Las olas chocan con fuerza en la pared y te pueden calar si no estás espabilado. A mí no me cogen, las conozco bien— una sonrisa torcida se talló en su rostro — sólo a turistas y a los malditos veraneantes.

—Suena muy divertido eso de evitar que te mojen.

Los ojos del conserje se clavaron en el pecho de su invitada. Imaginarla con la blusa empapada, marcando los…

"Tranquilo"

—¿Quieres otro café?

—No, gracias— consultó su reloj— tengo que volver, no vaya a ser que llame mi jefa para ver si estoy.

El rabioso deseo de Ezequiel le empujaba a retenerla por el brazo y pedirle que se quedara, que no se iba a arrepentir.

"¡No la cagues!"

—¿Entonces, quieres que nos veamos el sábado?

—De acuerdo, ¿habrá que dormir antes, no? ¿o vamos del tirón?

—Mejor del tirón, ya dormimos después.

Maite se ajustó la chaqueta y se encaminó hacia la puerta, la mano en el bolsillo del pantalón asiendo el espray.

—Hasta luego.

Ezequiel se elevó sobre las puntas de los zapatos intentando ponerse a la altura de ella.

—¿Qué haces?

—¿No me das un par de besos de despedida?

Maite le propinó un suave empujón.

—Anda, no quieras todo el mismo el día.

Cuando salió a la calle se encaminó a paso rápido hasta su coche, aparcado a un par de naves de distancia, con una decisión tomada; nada de rompeolas. Lo haría aquí mismo, en su propio lugar de trabajo.

Había tomado nota de lo que albergaba la nave. Máquinas para cortar barras de hierro alineadas en un extremo por distintos tamaños, pesas típicas de gimnasio y un par de aparatos elevadores al fondo como los de cualquier taller de coches. Varios despachos y una doble puerta en el otro extremo, que posiblemente conectara con la nave contigua.

Pasó la semana más nerviosa de lo habitual en situaciones similares, no sólo bastaría con vengar la violación de Susa sino que necesitaba hacerle hablar de lo que sucedió después. La duda sobre el paradero de su amiga le atormentaba. Había pensado avisar a Raúl, pero la última vez que se vieron advirtió en él un gran cambio, se había echado novia, era muy feliz en la granja con su nueva familia y así debía continuar.

“Toñín…”

El dolor de su muerte no lo mitigaba el parsimonioso caminar del tiempo, habían trascurrido ya dos años desde el accidente. Sí, un accidente, aunque los había que aseguraban que fue un suicidio debido a la vida que había llevado, le pudo la presión.

“Imbéciles”

Nadie conocía a Toñín como ella. Tenían muchas cosas por hacer, además se habían hecho novios y eso no es como para romperlo sin más. No, él no se había suicidado, seguramente, tal y como decía la policía no se había percatado de que había una bala en la recámara y apretó el gatillo sin querer.

Maite sabía que su mejor amigo le acompañaba cada día, y lo

seguiría haciendo mientras ella quisiera. No iba a abandonar lo que tantas veces habían imaginado que cumplirían. Si la justicia no hacía su trabajo alguien tendrá que hacerlo

¿O no?

La noche del siguiente viernes llegó al fin.

Maite y Adriana pusieron en marcha el plan.

Ezequiel entró a trabajar a su hora habitual de las once de la noche. Se sentía especialmente bien, seguro de sí mismo y sobre todas esas sensaciones destacaba otra; estaba muy excitado. Cuando esa sensación le gobernaba se dejaba llevar por sus impulsos, como ya le había sucedido en más de un ocasión. Unas veces en compañía de César, su compañero de trabajo en La Esperanza, a quien tuvo que enterrar si no quería verse expuesto a las amenazas de la directora con las denuncias que aseguraba haber parado por sus abusos a las internas.

Otras, con las malditas putas que no tienen bastante con cobrar por disfrutar sino que además no son capaces de decir nada agradable. Son como máquinas o puñeteras muñecas.

Sí, estaba muy excitado.

A la mañana siguiente le pondría remedio con el *pibón* con el que había quedado.

Se recostó en la butaca imaginando lo que estaba por venir.
De pronto se incorporó sobresaltado. Miró a un lado y a otro.

"Qué raro"

Le había parecido oír como si…

De nuevo ese ruido.

Con cautela se acercó al lugar de procedencia del suave golpeo; la puerta de la nave. Giró una pequeña portezuela para atisbar el exterior y la vio.

—¿Nos abres?— la tía que había protagonizado sus sueños eróticos durante la última semana se hallaba frente a él sujetando en el aire dos botellas de vino.

—¿Nos?

Maite esbozó una enorme sonrisa.

—Sí, a mi amiga y a mí— miró a su derecha, Ezequiel no podía ver a nadie— pero si te molestamos nos vamos.

"No os vais a ningún lado"

El conserje abrió la puerta.

—Pasad, pasad.

Ezequiel vio a Maite, cerca estuvo de estamparla dos besos de bienvenida pero logró controlarse a tiempo. Tras ella otra chica, con un pañuelo en la cabeza y gafas oscuras. En cuanto las dos se hallaron en el interior realizó un rápido, no por ello falto de detalle, repaso de los cuerpos.

"Buenos culos…"

—¿Qué ha pasado con lo del rompeolas?

Maite le mostró las dos botellas.

—¿Dónde las pongo?

Ezequiel señaló un lugar junto al termo.

—Mi amiga ha traído la ginebra que más nos gusta, la Bombay Sapphire— Adriana le mostró la etiqueta— y una bolsa de hielo.

—¿Te gusta?

Ezequiel no pasaba de la copa de ginebra con un hielo o sola, le valía cualquiera. Conocía la botella que le mostraban porque la había visto en los bares que frecuentaba.

—A quién no le gusta la Bombay esa.

—Sobre lo del rompeolas, no podrá ser, lo siento.

El rostro del conserje se ensombreció.

—Verás, es que me han dicho que la mujer a la que he sustituido estas semanas regresa el lunes y…

—¿Te han despedido?

—Bueno, algo así. He salido con mi amiga a celebrarlo, hemos cenado y le he dicho, ¿por qué no vamos a hacer una visita a mi amigo del turno de noche? Y aquí estamos. Mejor que un rompeolas, ¿no crees?

A Ezequiel le costó arrancar. Su rostro era fiel reflejo de lo que acontecía en su pequeño cuerpo.

—Sí, mucho mejor— dijo al fin.

Adriana dejó la botella y la bolsa que contenía el hielo y varias tónicas sobre la mesa. La Polaroid colgada del hombro.

—Primero un vino ¿os parece?— propuso Maite con su mejor sonrisa— habrá que meter esto en la nevera.

—Sí, sí— Ezequiel se hizo con la bolsa y la guardó en el pequeño frigorífico. Cogió un sacacorchos, abrió una de las botellas y colocó sobre la mesa tres vasos de plástico que rellenó de vino casi hasta el borde. Entregó uno a cada hermana y elevó el suyo en el aire.

—Por una noche…diferente.

—Por esa noche diferente— soltaron al unísono.

Ezequiel lo apuró de un trago, deslizó la manga de la chaqueta por la boca y miró a Maite.

—¿No nos vas a presentar?— con el pulgar señaló en dirección a

Adriana que permanecía con el pañuelo y las gafas puestas,

—Claro que sí, pero a su debido tiempo, es una sorpresa, quiero agradecerte lo amable que has sido estos días conmigo y ayer con el café.

—¿Una sorpresa? ¿Acaso la conozco?— quiso saber, su tono dejó transmitir un atisbo de preocupación.

—Te puedo asegurar que no, aunque te lo pueda parecer.

—De acuerdo—rellenó su vaso y bebió un largo trago — poneos cómodas que vengo ahora.

Las dos hermanas asintieron. En el bolso de Maite, el estilete y la pistola eléctrica. En el de Adriana el espray.

—No tardo.

Ellas tampoco pensaban alargar mucho más su estancia en la nave. En cuanto regresara abordarían el asunto que les había llevado hasta allí, después…

Después confiaban en que todo saliera como habían previsto.

Algo falló.

Ezequiel entró en el baño, había llegado el momento de adelantar los preparativos que tenía previstos para la mañana del sábado en el rompeolas de Comillas. Sonrió a la imagen de macho campeón que el espejo le ofrecía mientras sacaba una bolsita del pantalón, por la abertura esparció sobre la tapa del inodoro la cantidad suficiente para tres rayas generosas de coca. Una vez preparadas esnifó una, introdujo de nuevo la mano en el bolsillo opuesto y se hizo con una pastillita azul.

—Así no tendréis queja de la noche— para confirmar el efecto de su chascarrillo observó con detenimiento su reflejo y asintió.

“Te lo mereces”

Apuró la segunda raya y tragó una pastilla.

Con la tercera siguiendo el camino de las otras dos, se permitió un rápido repaso de nuevo frente al espejo y regresó junto a sus compañeras de la noche más loca que se podía imaginar.

“¿Una sorpresa?”

—Bienvenida sea…

Confiado en sí mismo recorrió los no más de veinte metros que le distanciaban de la mesa y las sillas en las que aguardaban las chicas.

—Aquí estoy— dijo mirando a Maite.

—Pensábamos que te habías perdido— respondió su gemela.

Ezequiel volvió el rostro, una vez y otra, a un lado y a otro.

—Pero…

—A ver, chico listo, ¿quién de nosotras es la que tomó café contigo la otra noche?

El conserje no daba crédito, ante sus ojos tenía la mayor fantasía sexual que se había podido imaginar.

—Pues si ella entró con pañuelo y gafas…

—Mucha pista esa. Era yo— mintió Mite para darle mayor verosimilitud a las escena.

—¿Tú?

—Sí, es Adriana, mi hermana gemela.

Los amarillentos dientes del conserje se adueñaron de su escurrida cara. Ya se imaginaba entre sus invitadas disfrutando de una desenfrenada noche. Tan absorto se hallaba recreando lo que intuía le esperaba que su pantalón comenzó a sufrir los efectos de la viagra.

Adriana le ofreció un gin tonic que apuró de un trago.

—Espero que no esté fuerte— dijo con voz melosa— el mío estaba muy bueno.

—No, que va, una ginebra como esta no se puede rechazar.

—Me voy a poner otro, ¿quieres, Maite?

—Claro, a eso hemos venido ¿no? A disfrutar de la noche, pero no me lo llenes demasiado que llevamos mucho tiempo bebiendo y se me empieza a subir.

—Y otro más también para mí— pidió el conserje devolviendo el vaso de plástico.

Ezequiel asistía con el pulso acelerado los movimientos de una de las hermanas, no hubiese sabido asegurar quién era Maite y quién la otra. Sentía como la ansiedad se estaba apoderando de su cuerpo.

—Aquí tienes.

El conserje se hizo con el gin tonic al que dio la misma vida que al anterior; apenas un trago largo.

—Vaya…—Maite bajó la vista— ¿Qué guarda ahí nuestro anfitrión?

Lejos de sentir la más mínima incomodidad, agarró el bulto sobre el pantalón y lo agitó.

—Es vuestra sorpresa, cargada para que las dos la disfrutéis.

—¿Sí? ¿Cómo de cargada?

El rostro de Ezequiel se transformó en una estúpida mueca mientras se desabrochaba los botones del pantalón y bajaba la cremallera.

—¿Vosotras?

Maite le hizo un imperceptible gesto a su hermana. Le pedía que estuviera atenta, que ella se encargaba de manejar la situación. Con pausa fue desabrochando los pequeños botones de su blusa. Levantó la

mirada, la boca entreabierta. Soltó el sujetador por delante.

—Te toca…— susurró al conserje.

—¿Quién quiere primero?— propuso con su miembro firmemente cogido.

Adriana se acercó al conserje con el vaso recién rellenado. El espray en el bolsillo de su chaqueta.

—Toma ¿Te parece que empiece yo?

—¿Tú? ¿La más calladita? Me gusta— convino apurando el tercer gin tonic de otro trago.

Las dos hermanas permanecieron en silencio unos segundos observando los gestos de su inminente víctima.

—¿Estaban buenos?

—Mucho, esta ginebra es lo mejor que he tomado nunca.

—Me alegro, pero antes de empezar dime una cosa ¿Eso es lo que le metiste a Susa? ¿Esa cosita?— la voz de Maite en un tono irónico dejaba entrever una seriedad helada.

El conserje detuvo el nervioso movimiento de su mano.

—¿Susa?, ¿qué Susa?

—Los hermanos Rosales nos lo contaron, los conociste en La Esperanza ¿recuerdas? Dónde trabajaste de vigilante.

Ezequiel se retrepó en la silla.

—¿Quiénes sois? ¿Policías?

Maite cruzó las piernas, ofrecía una calma que Ezequiel distaba mucho de sentir. Las tres rayas, el vino y los gin tonic se encontraban en pleno apogeo.

—No, no somos policías. Yo estuve allí, en el centro con trece años y se habló mucho de la muerte de Susa.

—No recuerdo a ninguna Susa.

—Ya ni recuerdas quién es de todas las crías que te tiraste ¿eh?

Por la cabeza de Ezequiel cruzaron veloces los rostros de las no menos de diez internas de las que abusó.

—A ver, para que hagas memoria, fue la niña que violaste con los hermanos Rosales, luego la matasteis— su voz permanecía entre irónica y fría.

El conserje abrió los ojos exageradamente.

—Yo no he matado a nadie, cuando nos fuimos estaba bien, lo juro, sólo nos divertimos un poco y…

El golpe de la pequeña y afilada barra le entró por su derecha. Adriana observaba al conserje caído de espaldas sobre la silla con el odio más exacerbado brillando en su rostro. A pesar del tremendo golpe y la posterior caída la suerte jugó a favor de Ezequiel. A su derecha, protegidas por la escasa iluminación de la nave, había varios

juegos de mancuernas, agarró una con firmeza, sentía una mezcla de miedo y rabia apoderándose de su cuerpo. Esperó a que la chica se acercara un poco más, tensó los músculos y descargó la pesa con todas sus fuerzas en el rostro de Adriana que salió despedida hacia atrás sin emitir sonido alguno.

—¡No!— dijo Maite yendo hacia Ezequiel.

El repentino alarido aguijoneó al conserje que estalló su puño en la futura abogada que se abalanzaba sobre él enviándola al suelo tras darse en la cabeza con la esquina de una mesa

—Esto es lo que queréis, ¿eh?, ¡hijas de puta!— estrelló la punta de su bota en el estómago de una inconsciente Adriana.

Llevó sus manos a la cabeza, la sentía a punto de reventar. Sí, era pequeño y delgado pero sabía desenvolverse cuando las cosas se torcían. Miró a una y a otra, las dos parecían dormidas. Cogió a Adriana de la pechera y la tumbó sobre una de las mesas de trabajo. Tiró de su blusa y le arrancó el sujetador.

La estudiante de periodismo despertó, abrió los ojos y vio al conserje que se echaba sobre ella.

—¿No querías ser la primera?

Adriana volvió el rostro un lado buscando a su gemela, La localizó en el suelo. Mientras la mirada cogió con su mano izquierda lo que le pareció un trozo de hierro, echó el brazo hacia un lado y atrás. En cuanto él volviera la cabeza se lo clavaría.

Eso hizo.

Con toda la rabia que se había apoderado de ella al pensar que su hermana podría estar muerta, movió con el mayor impulso que le pudo infringir a su brazo el tubo de hierro firmemente cogido mientras de su garganta partía un grito desgarrador que cogió desprevenido al conserje.

El impacto le dio en pleno cuello al elevar ligeramente la cabeza. Cogió la mano de la chica y tiró hacia fuera.

—¡Me lo has clavado, hija de puta!— ladró.

Agarró con fuerza el tubo y lo hundió en el rostro de Adriana una vez y otra. Al echar el brazo hacia arriba para coger fuerza se le cayó. Con la respiración agitada y el corazón golpeando desbocado en su pecho, buscó a tientas algo con lo que continuar y encontró una mancuerna que estrelló incontables veces en el rostro de una moribunda Adriana.

Maite despertó aturdida con el alarido de su hermana, le llevó unos pocos segundos comprender dónde se encontraba. Los mismos pocos segundos que transcurrieron desde el desgarrador grito hasta que logró fijar su mirada en los movimientos del conserje que como

un autómata subía y bajaba el brazo como si machacara algo.

Se incorporó. Cuando comprendió lo que estaba sucediendo supo que era tarde, muy tarde. Abrió el bolso, se hizo con el estilete y acompañada de un alarido inhumano saltó sobre Ezequiel hundiendo el cuchillo en su cuello. Un codazo la tiró al suelo. Vio al conserje intentando taponar con la mano el chorro de sangre que emanaba de la yugular.

—¡¡¡La has matado, *hijoputa*!!!— Maite se incorporó de un salto con una mancuerna en la mano, no era de más de dos kilos pero suficiente para golpearle con ella y tirarlo al suelo. El primer golpe sonó como si crujiera algo en el interior de la cabeza del hombre que se retorcía de dolor.

Maite sabía que moriría desangrado, pero no estaba por la labor de ofrecerle una muerte dulce. Había sentido odio y furia muchas veces en su vida, pero jamás tan concentrada como en ese instante. Era consciente de que estaba fuera de control. Tomó aire, elevó la mancuerna al cielo y la bajó con todas sus fuerzas precipitándola contra los genitales del conserje. Repitió el golpe una vez más. Los tres siguientes los concentró en la cabeza de Ezequiel con el único fin de que cesaran sus gritos.

Llamaron a la puerta de la nave.

Maite permaneció como una estatua.

—¡Ezequiel, no metas tanto ruido hombre!

La voz del vigilante del polígono se coló en los oídos de la chica como un fino cuchillo. No deseaba matar a nadie que no tuviese que ver con su venganza.

“Vete, vete, vete, por favor”

—Ya sabes lo que pasó la última vez, Ezequiel. ¡Me oyes!

Al fin, se hizo el silencio.

Maite se dejó caer. Sentada en el suelo con la espalda apoyada en una máquina lloró. La hermana que nunca pensó que tenía y que resultó ser el reflejo que aparecía en sus sueños yacía muerta a un par de metros de distancia por su propia culpa. No tenía que haber permitido que la acompañara.

—Lo siento, Adriana, lo siento, lo siento…yo….

Eran las cuatro de la mañana cuando abandonó la nave llevándose uno de los vasos de vino, otro de gin tonic y una de las botellas. No se esmeró demasiado en borrar sus huellas porque sabía que coincidirían exactamente con la de su hermana al compartir el mismo ADN.

Le dolía el alma dejarla allí, pero no podía hacer otra cosa. La Polaroid permanecía colgada sobre el respaldo de una silla. Hizo un par de fotos del conserje con una hoja sobre el pecho que rezaba;

culpable, que no enviaría a la policía como las demás y las guardó en el bolso. La aparición del cuerpo de su hermana serviría para dar por finalizada la venganza.

¿O no?

43

Marcos Alegre había regresado a Madrid no sin antes dejar la investigación que llevábamos entre manos, encaminada. El curso tocaba a su fin, parecía que el asunto del *Vengador* había perdido parte de su importancia en el taller y nos estábamos dedicando a dar forma a las diferentes tramas planteadas por los alumnos.

Algunas cosas no cambiaban.

Una de ellas era la actitud de Paco Calatayud, el Policía Local, quizá fuera más exacto hablar de su semblante. Intervenía poco y parecía alerta, tomando nota de cada cosa que yo decía. Otra, la de Goyo, el comercial. Una tarde de jueves, el último día de la semana de clase, capté lo que supuse el final de una conversación cuando me encaminaba hacia la salida de la escuela. Me acercaba al rellano y de ahí a la salida cuando escuché dos voces que me resultaban familiares. No sé por qué pero me detuve. Quizá sí lo sé y el motivo fuera que se trataba de las dos personas a las que menos les pegaba compartir un minuto fuera del taller, por lo menos a una de ellas.

—El otro día hablando con Paco me dijo que era muy extraño que siempre que el profesor decía algo sobre lo que podría hacer el puñetero *Vengador* en su novela, sucediera en la realidad. Cree que tiene algo que ver con ese asesino ¿lo habías pensado?

Maite ajustó el bolso en su hombro.

—Cuando salgo de aquí me ocupo de otros asuntos, pero ahora que lo dices no deja de ser curioso.

Goyo se la quedó mirando fijamente.

—¿Qué te preocupa?

—No, no es que me preocupe es sólo que me preguntaba si de verdad llevas siempre peluca o sólo lo parece.

Hubo unos segundos de silencio que se me hicieron eternos. Miré a un lado y a otro por si estaba siendo observado. Para disimular fingí hablar por el móvil.

—Te repito lo mismo, Goyo, ¿qué te importa?

—Es sólo curiosidad.

Luego en un tono de voz quedo logré escuchar.

—Si te lo dijera…— dos o tres segundos de silencio— tendría que matarte.

A continuación, el sonido de pasos de tacón rumbo al exterior.

Me asomé.

Maite se alejaba con su andar seguro y natural de cada día. Yo con el teléfono en la oreja. Goyo, inmóvil, mirando la espalda de su compañera mientras creí entender que balbuceaba nada concreto.

—¿Lo ha oído?— me dijo al pasar a su lado.

Levanté la mano a modo de despedida sin desplazar el móvil de mi oído.

Cuando alcancé la calle la abogada había desaparecido. Si no fuese por el asunto que tenía entre manos, su respuesta me hubiese parecido de lo más adecuada y digna de felicitación, sin embargo, al tratarse una de las tres personas objeto de nuestra modesta investigación me heló la sangre. He dicho tres, pero Lali estaba casi descartada. Había incluido a una de las estudiantes de psicología, Fátima, de veintiún años, la mayor de las dos, más que nada por ampliar un poco más el campo de investigación, pero las dos amigas eran demasiado jóvenes para ser consideradas sospechosas.

¿O no?

Todo dependía de si las diferentes hipótesis barajadas eran o no correctas. ¿Habían mentido con su edad? No era un dato que se solicitara como indispensable para apuntarse al taller. Cada alumno dijo la que creyó conveniente. Lo que sí coincidía era la edad que aseguraron tener con los datos que reflejaba su expediente universitario.

Tampoco nada concluyente.

Una chica que ha sabido ocultar su rastro desde pequeña está acostumbrada a esto y a mucho más. Sí, imagino que en este tipo de reserva puede tener cabida, en mayor o menor proporción, el factor suerte. Puede que los Servicios Sociales, saturados de trabajo, hayan traspapelado o aceptado por buenas ciertas versiones que la niña pudo facilitar en un momento dado. O quizá el problema surge porque no supo o no quiso hablar de su pasado.

Todo esto forma parte de mis propias elucubraciones para intentar, al menos, acercarme a comprender lo que pudo pasar por la cabeza de una chiquilla maltratada. No hay duda que las autopsias de los cuerpos de los niños encontrados junto a La Esperanza son reflejo de ese sufrimiento. Me pregunto si *El Vengador* ha enviado más notas para que sigan escavando. Estoy convencido que no han aparecido todos los cuerpos.

Pensé que hablar con la mujer que nombra la prensa como la antigua directora del centro era la clave que nos podía ayudar a ponerle, si no cara, sí nombre al *Vengador*. La deducción es sencilla, no pretendo recibir mérito alguno por ella, lo más complicado era que me recibiera.

No quiso hacerlo.

Quizá el error fue confesar que soy escritor, pero en mi defensa alego que mi motivación en todo este asunto no es otra que conocer su propia versión de los hechos. La prensa había dado rienda suelta a un juicio paralelo y todo el mundo parecía saber lo que una persona en su posición debería haber hecho. Le dejé un sobre con mi tarjeta y el motivo de mi interés en ella.

No me llamó.

Pasé el agradable recorrido de la escuela a mi casa sin dejar de pensar. Quería soltar todo lo que me preocupaba pero estaba resultando tarea imposible. Quizá unos minutos caminando por el Paseo Pereda me ayudaran a despejarme. ¡Cómo echo de menos a Freddy en estos momentos! Satisfecho con la súbita decisión sólo restaba dejar el maletín en mi casa y regresar a la calle.

—Sigue metiéndote donde no te importa y serás el siguiente— dijo una voz a mi espalda mientras me clavaba su antebrazo en la nuca y me espachurraba contra la puerta de mi apartamento— estás avisado, la próxima vez no seré tan educado. Nada de policía. ¿Has entendido?

Asentí con un gesto.

Lo siguiente fue recibir un impacto seco en el costado y otro en la cabeza.

—¿Voz de hombre? ¿Está seguro?

Al despertarme en el descansillo, según mi reloj habían transcurrido no más de diez minutos, entré en casa y me dirigí al cuarto de baño. La cabeza me dolía horrores, pero gracias a Dios apenas encontré un pequeño rastro de sangre casi seca.

“Nada de policía”

La amenaza se mostró en mis recuerdos como un flash. Me llevó un largo minuto situarla en el contexto correcto. Al hacerlo, extrañamente sentí como se tensaban mis músculos. Regresé al salón, cogí mi móvil y pulsé el nombre del inspector Diego Olivares.

—Sí, una voz de hombre, inspector.

—¿No lo reconoció?

—Creo que hablaba entre dientes, como susurrando. Podría pensar

que es Néstor pero no sería justo que lo señalara sin lugar a dudas.

—¿Ha ido al hospital?

—No es necesario. Más allá del susto y las contusiones estoy bien.

—Deme un segundo, señor Valdés.

El inspector quitó el altavoz del teléfono, tapó con la mano la entrada de audio y volvió el rostro hacia su compañera.

—¿Qué opinas?

—En principio parece que todo se complica, o es posible que sea lo contrario, quiero decir que esto nos puede empujar a decidirnos por una línea de investigación u otra.

—¿Crees lo que nos ha contado?

—Dile que venga a poner la denuncia.

—De acuerdo.

Olivares volvió a pulsar el manos libres.

—Disculpe, señor Valdés. ¿Por qué no se pasa por la comisaría, pone la denuncia y hablamos más tranquilamente?

—Ha dicho que nada de policía, si por algún motivo me sigue y ve que dirijo a su encuentro creo que mi vida correrá más peligro aún.

—Nosotros no podemos hacer nada sin la pertinente denuncia.

—Lo sé, inspector. Sólo quería que supieran que quien mató a mi perro, me dio la paliza, tiró la piedra a mi casa y me acaba de dejar sin sentido es o son las mismas personas. Me vigilan ¿lo entiende, verdad?

—Sí, deme un segundo.

Pinta y Olivares hablaron durante un par de minutos. Lo expuesto por el escritor entraba dentro de toda lógica, aunque no conseguían borrarle de la investigación, siempre había algún pequeño detalle que parecía apuntar en su dirección.

—Vamos a hacer una cosa.

No parecía un mal plan. Pondría la denuncia, hablaría con el inspector y la subinspectora y examinarían el golpe de la cabeza para rechazar cualquier tipo de lesión. Quince minutos más tarde una ambulancia venía a recogerme a mi casa.

A la mañana siguiente regresé a mi casa en un taxi con la denuncia puesta, varios puntos de aproximación y la seguridad de que no había nada afectado en mi cabeza con el golpe que recibí.

La conversación que mantuve con Pinta y Olivares fue menos tensa que cuando vinieron a mi casa por el asunto de la piedra y la ventana, al menos, así me lo pareció. Sin embargo, no compartí con ellos el final de la conversación que escuché entre Maite y Goyo. Sí, yo tenía mis propias sospechas que sentía muy próximas a la certeza. Maite o Marta tenían todos los números para estar relacionadas directamente con el que llamaban *El Vengador*. El problema para mí era demostrarlo fuera de toda duda razonable. Si lo hubiese compartido con la policía me hubiese visto a mí mismo señalando, una vez más, a mis alumnas como partícipes en asuntos tan turbios como seis asesinatos.

Hasta ahora.

No, no me correspondía a mí insistir en lo mismo, sino a ellos tomar en serio o no lo ya hablado en más de una ocasión. No regresé tranquilo a mi casa, no después de haber creído vislumbrar en sus miradas que compartían la sensación de peligro que acechaba a mi vida.

Por primera vez en mis casi cincuenta y siete años miraba a un lado y a otro. Revisaba el cerrojo de la puerta varias veces. ¿Qué debo hacer?, ¿renunciar y regresar a Madrid?, ¿hacer como si nada sin volver a mencionar al *Vengador* en clase, ni denunciar cualquier otra agresión que pueda recibir?

Jamás pensé que la tranquila vida que se supone lleva un escritor, sobre todo cuando se halla en pleno descanso entre novela y novela, aunque sea dando un taller, pudiera convertirse sin saber por qué en una peligrosa aventura.

No, no me puedo ir.

No hasta ver de alguna manera vengada la muerte de Freddy. Sé que suena muy novelesco, pero si abandono en estos momentos su muerte no habrá servido para nada. Debo ser fuerte, mirar no sólo de un lado a otro, sino también hacia delante y fingir que nada pasa, que todo está bien, pero sin dejar de investigar. Tengo que dar una vuelta por los domicilios de Maite y Marta, no sé qué debo encontrar, ni siquiera si encontraré algo, pero necesito empaparme un poco más de sus vidas, quizá lo que necesito de verdad es descartarlas para siempre.

No era el único que había tenido esa idea.

Pinta y Olivares habían decidido realizar una visita a los alumnos de Jaime con la excusa de informarse sobre las agresiones sufridas. Su objetivo primordial eran las alumnas que cumplían con los requisitos

para haber sido la niña adoptada por los Ganzán, Manuela.

Habían hablado con Lali y su familia, lo intentaron en casa de Maite pero ella no estaba. En ambas concluyeron la conversación con la misma pregunta.

—¿Les dice algo el nombre de Manuela Expósito?

En ambas ofrecieron idéntica respuesta, jamás habían oído hablar de esa chica. La pregunta que se empeñaba en saltar de sus bocas era saber si había alguna chica adoptada en la familia que en la actualidad contara entre los veintiuno y veinticinco años. Sus libros de familia no recogían ninguna adopción, pero si estaban en la buena pista alguna de las alumnas debería haber sido adoptada. A no ser que sus padres biológicos la hubiesen vuelto a recoger, algo improbable pero no imposible.

La siguiente de la lista era Marta.

—¿Ese de ahí no es Valdés?— María señalaba en dirección a un individuo de cabeza afeitada que caminaba por la acera con un periódico en la mano.

Olivares enfocó sus discretos anteojos en dirección al individuo indicado.

—Sí, ¿qué hará aquí? Lleva una cámara de fotos colgada del cuello.

La pareja de policías permaneció en silencio observando los movimientos del profesor. Le vieron hacer una foto a un lado y a otro como si se tratara de un turista más hasta que tomó asiento en un banco a escasos metros del portal de la vivienda de Marta. No era el primer día que merodeaba por la zona, ya había visitado los exteriores de los domicilios de Maite, Lali y Fátima, sin un objetivo definido. Le hubiese bastado con asistir a alguna escena familiar que le aportara algún dato, desconocido hasta el momento, que le sirviera para tachar de su lista a sus alumnas.

—¿Está acosando?

—No lo creo, María, piensa que por la tarde la verá en clase. Creo, que como nos ha dicho, continúa con su propia investigación y a falta de encontrar una excusa para preguntar por ella permanece a la espera.

—Vamos— Olivares apagó el contacto y abandonó el BMW.

Cruzaron la calle para abordar al escritor por el lado opuesto al que habían aparcado. De pronto lo vieron levantarse y caminar en su dirección sin que aparentemente se percatara de su presencia.

—Señor Valdés…

La voz de Pinta le cogió de sorpresa. Jaime levantó la cabeza, contrariado.

—Disculpe, iba distraído, casi chocamos.

María iba a preguntar qué hacía en esa zona de la ciudad tan alejada de su casa, pero ante el leve contacto de la mano de su compañero en el antebrazo lo dejó pasar.

—Que tengan un buen día— dijo Valdés despidiéndose.

—Igualmente.

Le vieron alejarse con paso nervioso.

—Mira…— la subinspectora había girado el rostro— por ahí viene Marta.

—Eso ha sido lo que le ha hecho alejarse de improviso. No contaría con su presencia a estas horas— consultó el reloj— supuso que a las doce y media debería encontrarse en su lugar de trabajo.

—¿Por qué no le has querido preguntar qué hacía aquí?

—Para no ponerle más nervioso de lo que está, se hubiera visto obligado a mentir y eso no se le da nada bien. Lo que no entiendo es por qué esa obsesión por investigar a sus alumnas ¿No era de hombre la voz que le amenazó?

—Sí…—murmuró María mientras pasaba varias hojas de su libreta— los padres del tal Néstor viven a dos manzanas de aquí.

Ese dato lo desconocía Jaime.

No, el escritor no actuaba por un motivo concreto. Sus sospechas se centraban básicamente en tres, Maite, Marta, de sus alumnas y Mena. Si tuviera que seleccionar a dos de ellas, hubiese apostado por Maite y Mena acompañada de Néstor.

No andaba desencaminado.

Este dato lo desconocían los policías.

44

La abogada contaba con una ventaja que en esos momentos desconocía. Al ver salir a los policías encargados de la investigación sobre *El Vengador* del Hostal El Camino, su antiguo y odiado Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, pensó que quizá llegaba tarde. Quería confirmar que la versión de los hermanos Rosales y de Ezequiel Gómez, que afirmaban que cuando dejaron a Susa estaba con vida era cierta, de ser así, restaba averiguar cómo llegó su cuerpo al jardín.

Tan importante como esto era descubrir el motivo del cambio de trabajo de Ezequiel. ¿Habría sido expulsado? No le parecía un castigo acorde con la gravedad de los hechos. Si los hermanos y el vigilante violaron a Susa y la directora lo sabía ¿por qué no lo denunció?, ¿y si la asesinaron?

Negó con la cabeza.

No se le ocurría ningún motivo por el que doña Herminia pudiera haber pasado por alto hechos tan graves como esos. Sí, sabía que entregaba en adopción a niños, tal y como le confesaron sus padres, cobraba por ello una buena suma, si el resultado de la convivencia era el esperado. Quizá por ello solía decir a los internos, con la mejor y más firme de sus sonrisas cuando se disponía a despedirse de ellos:

—Pórtate bien, no quiero volverte a ver por aquí. Empiezas una nueva vida que no debes desaprovechar, muchos de tus compañeros nunca tendrán una oportunidad como la tuya. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Si regresaban antes de seis meses dejaba de cobrar una buena parte de lo acordado. A partir de ese tiempo consideraba que era cuestión de los nuevos padres y su educación. Eso sucedió con Tomasa y con Raúl, al que al fin pudo colocar en la granja.

Maite dudaba si debía presentarse a la directora como Cris o ir directamente al grano con las declaraciones de los hermanos Rosales y la grabación de la confesión del conserje que aún guardaba en el móvil. Era consciente que se jugaba todo a una carta. Tenía que conseguir que confesara o se sincerase con ella o si no debería

responder ante la policía cuando hiciera llegar la grabación a Marcelo Torquemada.

De pronto una idea comenzó tomar forma en su cabeza.

Ataviada para la ocasión con una peluca rubia, bajó del coche, abrió el maletero y se hizo con una pequeña bolsa de deporte a modo de equipaje. Entró en el hostal y tras echar un rápido vistazo al vestíbulo, sin poder evitar que el doloroso pasado la golpeara, se encaminó hacia la recepción.

—Hola ¿Tiene alguna habitación libre?

La pregunta fue como una deliciosa melodía en los oídos de la dueña del establecimiento. Cerca estuvo de confesar que sólo contaban con una ocupación pero se abstuvo de hacerlo.

—Sí, tenemos en el segundo y en el tercer piso.

—¿Con baño?

—Por supuesto, con baño.

—Me la quedo— afirmó Maite.

Diez minutos más tarde entraba en la habitación en la que pensaba pasar el fin de semana. Antes de nada debería regresar a casa, hablar con su madre, hacerse con una pequeña maleta y volver. Era consciente de que había dado por hecho la presencia de doña Herminia en el establecimiento, así se lo había confirmado Torquemada en varias de sus conversaciones. Le había prometido una exclusiva que le encumbraría en lo más alto del periodismo, lo tenía comiendo de la mano.

Regresó a media tarde y se dio un baño, la conversación con su madre la puso en estado de alerta. La policía había estado haciendo preguntas sobre su profesor del taller y por una chiquilla llamada Manuela.

—Es por lo que me contaste de la agresión sufrida por el escritor, pobre, qué vándalos. Querían saber si habías visto a alguien sospechoso en la escuela o si podías aportarles alguna información. Ya les dije que no, que yo lo sabría porque me lo habrías contado ¿verdad, hija?— soltó de corrido, sin aguardar respuesta concluyó— ante de irse, la mujer preguntó si habíamos tenido alguna vez relación con una niña llamada Manuela.

—Claro, pobre Jaime, mamá. Qué raro lo de Manuela ¿no te parece?

—Sí, pero eran una pareja muy maja, se les veía muy compenetrados.

La madre no le dijo nada del interés de la policía por saber si había alguna chica adoptada en la familia. Ese tema era del pasado y estaba más que enterrado.

Maite repasaba la reciente conversación. Según la policía estaban preguntando a todos los alumnos. Entendió que se trataba de una excusa para echar un vistazo a su casa sin necesidad de una orden de registro. La pregunta sobre Manuela fue lo que la puso sobre aviso.

"¿Se están acercando? ¿Pero, cómo?"

—Tendré que darme prisa en poner punto y final.

Un destello iluminó la respuesta que buscaba.

En ese destelló brillaba con luz propia Jaime Valdés, y sus comentarios cuando defendió que *El Vengador* tendría que ser una mujer. Su idea, dicha como sin darle la menor importancia, sobre si podría seguir vivo, y, por si fuera poco, su propuesta que apuntaba a que debería haber una relación entre *El Vengador* y La Esperanza.

—Ahora la policía añade mi nombre, Manuela, pero no Cris— dejó su mente en blanco unos segundos antes de concluir— no saben nada de mi paso por La Esperanza…de momento.

Metida en el baño sentía el mismo cosquilleo que cuando unas horas antes hablaba con su madre. Procuró no darle muchas más vueltas, excepto resaltar lo obvio; tendría que darse prisa.

Bajó a cenar.

Sentada en una mesa, una mujer que frisaría los ochenta años, hacía punto mientras aguardaba la llegada de la cena. Cuando Maite entró, la anciana volvió el rostro. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza. El corazón de la futura abogada comenzó a galopar desbocado, los rostros de Toñín, Susa, Tomasa, Raúl y de tantos otros desfilaron veloces por sus recuerdos.

Confiaba que la peluca y el paso de los años constituyeran el disfraz perfecto para poder desenvolverse con total facilidad durante el fin de semana. De vez en cuando lanzaba furtivas miradas en dirección a doña Herminia que parecía no haberle dedicado más atención que el tímido saludo inicial.

"Vamos bien"

Habían pasado no más de seis meses desde que envió la primera nota a la policía indicándoles que cavaran en las inmediaciones de La Esperanza. Sabía, gracias a las indicaciones de Ezequiel, que encontrarían el cuerpo que él mismo había enterrado, del mal nacido del vigilante que la violó y que Toñín terminó con su puñetera vida.

Bajó la vista al puré de verduras. En el último minuto la directora le había sorprendido dos veces observándola, pero no apreció ningún signo de que hubiese sido reconocida. A partir de ese momento se obligó a no volver el rostro y fijar su atención en la revista que había cogido de recepción.

Lo acontecido en la nave con el conserje la había acompañado,

continuaba haciéndolo, cada día con sus noches desde que abandonó el lugar ya de madrugada. Se reprochaba no haber previsto la reacción de Adriana, adelantándose a lo hablado. Tenían el espray y la pistola eléctrica, más que suficiente para inmovilizarle y conseguir que les contara todo lo que querían saber. No es lo único que le quita el sueño, la congoja de los padres de su gemela al considerarla desaparecida la atormentaba. Recuerda con dolor cuando llamó a la madre de Adriana haciéndose pasar con ella diciendo que se marchaba unos días a Lisboa con un chico que había conocido y del que ya les hablaría. Era consciente de que no se trataba de una idea brillante, pero que equiparan a Adriana con *El Vengador* podría resultar aún peor.

"No podía hacer otra cosa"

Su rostro estaba totalmente desfigurado, sería imposible identificarla si no fuera por sus huellas dactilares, o ADN, confiaba en que no estuviera en la base datos coordinada por la Secretaría de Estado para la Seguridad. Como abogada, sabía que existe una Base de Datos Nacional de Perfiles de ADN.

Dos años han transcurrido desde aquella fatídica noche, aún quedan cosas por hacer. Una de ellas, con el rango de imprescindible, es elaborar un plan, bastaría una simple idea, que condujera a los padres de su hermana hasta su cuerpo que la policía enterró en el cementerio.

Sabía cómo hacerlo. Se lo debía.

Sólo necesitaba que aguantaran un poco más.

—Delicioso puré— la voz de la mujer a su espalda la sobresaltó— disculpe, no he querido asustarla.

Maite se giró.

En sus planes no estaba haber iniciado la conversación con la directora de esa manera en la que no llevara el control.

—Sí, muy bueno, veo que cocinan muy bien aquí.

—Sí, Felisa tiene una mano extraordinaria para la cocina— convino doña Herminia. Sus ojos parecían escudriñar el rostro de Maite como si buscara algo oculto. No dejaba de ser su forma natural de actuar ante cualquiera.

Maite dudaba si la estaba reconociendo.

—Veo que es usted asidua al hostal— apuntó mientras deslizaba la servilleta por los labios.

—Más que eso— cruzó por detrás de la abogada— no la molesto más, cene tranquila, si va estar unos días hospedada ya tendremos ocasión de charlar.

—Encantada— cerca estuvo de decir que sí, que le encantaría, o

que se sentara con ella. Pero no sabía si por la sorpresa que le había generado que se dirigiera a ella o porque una vocecilla le insistía en que lo dejara estar, que lo normal es que una joven como ella no tuviera necesidad de conversación con una mujer mayor, no añadió nada más.

Regresó a la habitación y se tumbó en la cama. Todavía sentía el temblor en piernas y manos y se maldecía por ello. Reconoció en la mirada de doña Herminia la misma altanería y suficiencia que recordaba, su sola presencia te hacía parecer insignificante, como un mosquito al que pudiera aplastar sin miramientos.

No, no es que Maite se hubiese sentido así en el comedor, no era ella, era Cris la que cenaba mientras la directora hablaba. El miedo de la niña había aflorado como si el tiempo se hubiese detenido. La misma impresión, idéntica sensación de impotencia que cuando entró en el sótano y mandó que se llevaran a Toñín, tomando el mando de la situación como si lo sucedido entre el vigilante y ella no fuera más allá que una incómoda molestia por un chocolate derramado.

—Toma, vístete.

Fueron las primeras palabras que salieron de sus fruncidos labios cuando se incorporó del suelo donde acababa de ser violada, le sonaron igual que las que le dedicó en la cena:

—Delicioso puré.

El mismo tono falto de emoción, la misma ausencia de empatía. No le interesaba saber si la chica que cenaba en el hostal le gustaba o no dicho puré, su intención no iba más allá que asegurar que a ella le había resultado delicioso. El mismo gesto seco en su rostro que cuando le entregó la ropa y ordenó que se vistiera, poco faltó para que la reprendiese por estar desnuda en el sótano.

“No te vas a salir con la tuya…”

Apagó la luz y dejó salir a la niña asustada que había permanecido escondida durante tiempo en su interior. Lloró por Elena, por Manuela, por Cris, por Maite y por Adriana, la hermana que tuvo y que apenas pudo disfrutar. Necesitaba desahogarse todo lo que pudiese, controlar a Cris y sus emociones cuando se hallara ante doña Herminia.

No fue fácil conciliar el sueño, no en las primeras horas, pero cuando lo consiguió durmió profundamente, tanto, que al despertarse se sintió otra. Sí, Cris, Manuela, Elena, todas eran parte de ella, pero Maite había tomado el mando emocional de la situación.

Saltó de la cama y se fue a la ducha. Era sábado y contaba con dos

días para lograr su objetivo. Repasando las anteriores actuaciones, como así le gustaba referirse a ellas, del *Vengador,* no recordaba que le hubiera sucedido lo mismo que la noche anterior con la directora. Ni al enfrentar al camionero salió Cris, ni con Candela, ni con Segis, era Maite la que actuaba, sí, en defensa de la niña.

Abandonó la habitación segura de lo que tenía que hacer. Posiblemente no fuese fácil, pero lo conseguiría. Todo el mundo debía conocer quién era en realidad esa mujer que incluso podía parecer una ancianita dulce. Cuando puso el pie en el vestíbulo llegaron hasta ella varias voces femeninas.

"¿Están discutiendo?"

Si no discutían airadamente sí que resultaba indudable que se trataba de un intercambio de pareceres. Una de ellas era sin duda, doña Herminia. La otra…

Se asomó.

Era la recepcionista.

—Te repito que sólo quiero saber su nombre.

—Que no puedo, Herminia, que me busco un lio.

—Con lo que he hecho por vosotros.

Un hombre alto surgió del interior de la recepción.

—¡¿Por nosotros?!— su voz partió más alto de lo que le hubiera gustado— ¡¿Qué ha hecho por nosotros?!

—No grites, por favor, hay clientes.

El hombre clavó su fría mirada en la directora.

—No viene nadie por culpa de tu maldito centro, ¿a qué esperas para dejarnos en paz?

—Le recuerdo que tenemos un contrato.

Maite escuchó el sonido de pasos que descendían veloces como si saltaran escalones de dos en dos. Subió al descansillo y bajó metiendo todo el ruido posible. Antes de llegar al vestíbulo, una niña que no debía contar más de seis años la adelantó.

—Hola.

—Hola— respondió Maite.

Al momento llegó la voz de la madre.

—¿Cómo te tengo que decir que no se bajan así las escaleras?

La niña se llevó la mano a la boca ahogando unas risitas. Maite le guiñó un ojo y se encaminó al comedor. De camino echó un vistazo a la recepción, sólo estaba la mujer tras el mostrador.

—Buenos días.

—Buenos días, señora ¿va a desayunar?

—Sí, me muero de hambre.

Doña Herminia, al escuchar los pasos que provenían de las escaleras murmuró algo ininteligible, sacudió la mano en el aire y se perdió en el interior del salón, una vez ahí entró en su despacho. Estaba indignada con el matrimonio al que le había vendido el establecimiento.

"Mi centro de socorro, mi vida, yo era la esperanza de tantos…"

Sólo pretendía saber cómo se llamaba la joven que se había registrado la noche anterior y de dónde venía. Enfocó una vez más en sus recuerdos el rostro de la chica. Se consideraba una brillante fisionomista, capaz de situar cualquier rostro en su contexto correspondiente por mucho tiempo que hubiese transcurrido. La imagen de la chica no encajaba con el hostal, demasiada elegancia, a pesar de ir informal.

¿O sí?

¿Esconde algo o me estoy volviendo paranoica?"

Apoyó la barbilla entre las manos y negó levemente.

No podría asegurar que la conociese. De ser así, la lógica le decía que la joven la hubiera reconocido a ella. Los mayores cambian menos con el paso de los años, cierto que se aprecia un envejecimiento pero nada comparado con el cambio de una chiquilla de doce, trece o catorce años, diez años más tarde.

Se incorporó con la intención de acceder al armario que escondía las fichas de internos.

—Cada día soy más tonta, será cosa de la edad— murmuró para sí al recordar que había enviado toda la documentación que guardaba de su etapa como directora de La Esperanza a la residencia en la que se alojaba su fiel Valentina.

De nuevo acomodada en la silla se hizo con la labor dispuesta a relajarse e idear una manera de abordar a la joven. Debería darse prisa, como mucho tendría el fin de semana.

45

María y Diego se hallaban en la sala que mantenían casi como uso exclusivo para el caso del *Vengador*. Necesitaban darle un empujón, el comisario principal a instancias políticas presionaba para que se obtuvieran progresos cuanto antes.

—Ya lo saben— Redondo levantó la mano pidiendo calma— no me miren así, sé lo que lo están pensando y no puedo reprochárselo, pero es como funciona.

—Lo sé, jefe— Diego se incorporó dispuesto a abandonar el despacho para continuar con el trabajo— a veces me pregunto si ellos nunca han estado al frente de una investigación, si han accedido al cargo directamente. Dígales de mi parte que las cosas así no funcionan, por mucho que funcione así. Con permiso— giró sobre sí mismo y salió.

—No se lo tome a mal. No ha querido decir nada en contra del…

—Sé lo que ha querido decir, Pinta— Fausto se atusaba el mostacho— y lleva razón. La diferencia entre su punto de vista y el mío es que yo me encuentro a este lado de la mesa y él al otro.

María asintió, se disponía a salir del despacho tras su compañero cuando el comisario la llamó.

—Pinta…

La subinspectora se detuvo junto a la puerta, la mano sobre el pomo.

—Están haciendo un gran trabajo, sigan así, obtendremos resultados muy pronto, no lo duden.

—Gracias, jefe.

María cerró la puerta, daba gusto trabajar para alguien que te defendía ante los de arriba. Ejercía en ella un plus de motivación que le impulsaba a concentrarse aún más en el trabajo.

—¿Se ha cabreado mucho?

La subinspectora dejó uno de los dos cafés que había cogido por el camino junto a su compañero.

—Sabe que llevas razón, pero su papel es diferente al nuestro.

—Lo sé.

—¿Seguimos?— preguntó al aire mientras abría por enésima vez una de las carpetas del amplio expediente del *Vengador*— una pregunta, ¿por qué no has querido decirle nada al comisario sobre nuestras indagaciones entre los alumnos del taller?

Diego apuró un sorbo del café.

—Porque no le aporta ninguna información que le ayude y estaríamos marcando el camino que estamos siguiendo. Una camino que no está claro ni definido. Cuando consigamos señalar con nitidez a un sospechoso se lo comentamos.

—Lo entiendo, pero habrás querido decir sospechosa— apuntó sonriente.

—Sí, sospechosa. Repasemos lo que hemos sacado en claro de los compañeros de Paco Calatayud— consultó su reloj— debe estar al llegar.

Como si hubiesen estado sincronizados la puerta de la sala se abrió dando paso a la espigada figura del Policía Local.

—Inspector Olivares, subinspectora Pinta…— dijo con el brazo extendido.

—Siéntese, por favor.

El alumno de Jaime tomó asiento, se le veía como si se encontrara fuera de lugar. Más parecía un investigado que un testigo.

—Lo primero agradecerle que se haya acercado hasta la comisaría. No le haremos perder mucho tiempo— Olivares consultó sus notas— no sé si sabe que hemos estado hablando con sus compañeros, con los que hemos podido, aún nos quedan…

—Gregorio Cartero y María Teresa Garzábal.

El de la Local ladeó el rostro como si no reconociese los nombres como compañeros del taller.

—¿No sabe de quién le hablo?

—Sí, sí, es que se presentaron como Goyo y Maite, al principio no los relacioné con los nombres que me decía. Él es comercial, habla demasiado y pretende ser gracioso siempre, pocas veces lo consigue. Creo que no cae muy bien, somos los dos únicos hombres del taller, a excepción del profesor, por supuesto— calló unos segundos y chascó los dedos— recuerdo una vez que para argumentar que el asesino debía ser una mujer se hacía alusión a las mutilaciones genitales de algunas víctimas y Goyo dijo que también podría tratarse de un maricón. El profesor se encaró con él por haber utilizado ese término, le parecía una falta de respeto a los homosexuales. Pero no dejaba de ser una posibilidad con algo de lógica, ¿no?

—¿Y María Teresa Garzábal?— intervino María, que no estaba

dispuesta a entrar en un debate sobre el caso con alguien ajeno al mismo.

—Es abogada, para mi gusto un tanto estirada para ser tan joven. Ella y Marta se las tienen a veces con Goyo.

El inspector bebió del café.

—Disculpe, no le he ofrecido…

—No, no, está bien ¿han encontrado algo sobre Jaime Valdés?— se echó hacia delante, interesado en una respuesta afirmativa.

Esa era la primera pregunta que pensaba formularle Diego, si continuaba manteniendo la misma teoría en la que implicaba a su profesor como el mismo *Vengador* o directamente relacionado con él. Mentalmente agradeció que su colega se hubiera adelantado.

—No sé si sabe que ha sufrido un par de agresiones.

—¿Un par? Sé que estuvo ingresado en el hospital, lo sustituyó una profesora, pero desconocía una posterior agresión.

—¿Se le ocurre cuál puede ser el motivo? ¿Quién pudiera agredirle, lanzar piedras contra su casa y matar a su perro?

El espigado policía se retrepó en el asiento.

Permaneció con la mirada fija en el canto de la mesa buscando una respuesta que pudiera satisfacer al inspector, quizá así podría ser recomendado en un futuro y quién sabe si…

—¿Calatayud?

—Disculpe, estaba pensando. También desconocía lo que me acaba de comentar— negó con la cabeza, estiró sus largas piernas y cruzó los brazos— no sé, pero hay algo que no cuadra.

—¿A qué se refiere?

—Verá, aporta demasiados datos para no estar relacionado con el asesino. ¿Por qué lo hace? Se me ha ocurrido que quizá quiera que lo detengan y de alguna manera ese asesino ha leído en el periódico la información, ha ido a su casa y le ha dado la paliza.

María y Pinta se miraron.

—¿Usted está convencido que el señor Valdés está relacionado con el caso?

—Por supuesto— asintió con vehemencia— de una u otra manera lo está. No se preocupen porque soy sus ojos en cada clase, no le pierdo de vista y anoto cada frase sospechosa que suelta.

—¿Cómo por ejemplo?— quiso saber María.

Paco redujo la distancia que le separaba con la mesa inclinándose hacia delante, como si estuviese cerca de realizar una confidencia.

—El otro día nos insinuó la posibilidad de que *El Vengador* estuviera vivo— esbozó una sonrisa de complacencia— claro, desde el punto de vista de la ficción como siempre dice.

—¿Vivo o viva?

Calatayud borró su extraña mueca y miró a la subinspectora.

—¿Cómo dice?

—Digo que si el señor Valdés se refirió al *Vengador* en masculino o femenino es decir, si recuerda si dijo vivo o viva.

—Ha propuesto los dos escenarios. Asegura que si se tratara de su novela, sería una mujer y que probablemente fueran más de uno. He de reconocer que tiene todo el sentido, lo que me pregunto es si es fruto de la imaginación de un escritor o lo sabe porque está implicado — miró a la subinspectora y a continuación al inspector, añadió en tono quedo— ¿Ustedes, qué opinan?

—La investigación sigue abierta, Calatayud.

El rostro del Policía Local mostró claros signos de decepción, confiaba que hallándose entre colegas comentarían con él los pormenores del caso.

—Entiendo.

María captó la sorpresa del hombre.

—Sabe usted, como nosotros, que está aquí como testigo y debemos tratarlo igual que a sus compañeros de clase.

—Sí, lo comprendo— apuntó aún decepcionado— pero les aseguro una cosa, yo no creo en las coincidencias, no en tantas seguidas.

Cinco minutos más tarde Paco Calatayud abandonaba la Jefatura entre orgulloso y desilusionado. Orgulloso de haber podido aportar su punto de vista en una investigación criminal por primera vez en su carrera y por barajar la posibilidad de que el inspector se diera cuenta de que él había sido el primero en señalar si no al *Vengador* sí a alguien muy próximo. Sin embargo, guardaba un punto de desilusión al no haber recibido un trato diferente al de sus compañeros de clase, seguro que ninguno había aportado tanto a la investigación como él, al fin y al cabo estaban entre policías.

Pinta y Olivares lo hicieron unos pocos minutos después. Su destino: la residencia de la tercera edad en la que residía doña Valentina. Contaban con la autorización correspondiente para registrar todas sus pertenecías.

—¿Qué opinas de nuestro colega?

María conducía el todo terreno por la A8, atenta a la circulación, un fuerte aguacero parecía empeñado en acompañarles durante el trayecto.

—Creo que tiene buenas intenciones, pero le puede el hecho de dar con la resolución del caso más que replantearse sus opciones. Pero,

qué…— cerca estuvo la subinspectora de soltar un taco en dirección a un coche que se le había cruzado— me cago en…— apretó los labios, posiblemente contara hasta diez, por lo menos, y añadió— Quiero decir que ha trazado una cruz sobre Valdés con tanta precisión y seguridad que le impide mirar en otra dirección. Con esto no quiero decir que su declaración no aporte resultados interesantes.

—¿Cómo cuáles?

—Los que ya sabemos y que nos ha dicho el propio Valdés. Ambos aseguran que lo propuesto en clase tiene su versión en el mundo real. Quizá el error de Calatayud sea no abrir el abanico y comprender que algún compañero podría haber aprovechado lo propuesto como ficción en las clases para su beneficio personal.

—La chiquilla Manuela encajaría perfectamente.

—Sí, ¿sabes, Diego? No puedo negar que aunque nuestro colega busque un triunfo personal, si yo estuviera en su lugar, seguramente también me hubieran llamado la atención tantas casualidades.

Sí, Diego coincidía con su compañera.

En cuanto la residencia se mostró frente a sus ojos, la escolta, en forma de gruesos goterones, relámpagos y truenos comenzó su retirada dejando poco a poco su lugar a un cielo de impactante azul, despejado casi en su totalidad.

—Justo a tiempo— dijo María— nos hubiéramos empapado sólo con asomar la cabeza. ¡Cómo caía!

Doña Valentina llevaba varias semanas sin desplegar su habitual semblante risueño, algo que tenía preocupadas a las cuidadoras. Lo achacaron a la nueva medicación, pero la verdad era otra bien distinta.

Todo comenzó con la llamada de Herminia en el mismo tono que cuando se encontraban en La Esperanza, advirtiéndole de la más que segura visita de la policía. Después del interrogatorio que sufrió, no de los agentes, si no de la que fuera su directora, que quería saber todo. Todo lo que les había dicho, todo lo que habían preguntado.

—¿Quisieron saber si habíamos visto a Toñín clavando el azadón al señor Hernández?

En cuanto escuchó la pregunta, Valentina supo que había metido la pata, pero en esta ocasión no estaba dispuesta a reconocerlo. Si lo hacía los gritos e insultos de Herminia golpearían su cabeza cada minuto del día, de cada día, de cada semana.

—No…no me dijeron nada ¿pero por qué me iba a hacer una

pregunta así? El vigilante lo encontramos con…

—¿Seguro que no te lo han preguntado? ¡No me mientas, Valentina! Esto no es una de tus absurdas fantasías.

Poco después recibió varias cajas que tenía que guardar en el altillo de su dormitorio y que nadie, jamás, debería saber que estaban ahí.

—Nadie, es nadie, Valentina— separó las sílabas de su nombre para darle un mayor énfasis— ¿lo entiendes?

—Sí, Herminia. No voy a decir nada, bastante pasamos ya en su día.

—Recuerda quien te ayuda con tus gastos.

—No se me olvida.

A todo esto había que añadir que acababa de recibir el aviso de una nueva visita. El inspector Olivares y la subinspectora Pinta querían hacerle unas preguntas, sólo la entretendrán unos minutos.

A Valentina le temblaba cada músculo de su cansado cuerpo. Se ajustó el moño en el espejo y bajó. Ahí estaba la pareja de simpáticos policías hablando con Fita, la de recepción, no parecía que pasara nada malo, ella sonreía.

“Todo está bien, seguro que no saben nada de las cajas”

—Por lo visto eres una mujer importante. Quieren que agudices tu memoria sobre unos internos que tuviste en el centro— dijo una sonriente y cotilla Fina a quien Pinta había calado en la primera visita.

Fue sencillo confirmar que efectivamente Valentina había recibido varias cajas que encontraron almacenadas en La Esperanza.

—Doña Valentina…— María le tendió su mano— disculpe que volvamos a molestarla serán sólo unos minutos.

—No se preocupe— cruzó los dedos bajo el pecho y desvió la mirada— ustedes dirán.

—¿Podemos ir a un sitio más discreto?— llevó la vista a la ventana — ha dejado de llover.

—Sí, salgamos, ha quedado muy buen día, quién lo iba a decir hace un rato— acompañó sus palabras con una mueca y se encaminó hacia la puerta de salida.

—Doña Valentina ¿recuerda a una niña de entre doce y catorce años llamada Manuela?

La mujer desvió la vista al cielo con gesto de profunda concentración.

—¿Manuela…dice usted…?

Seguro que en las fichas de los internos que guardaba en su altillo estaría, pero no podía decirles nada, quizá si conseguía que se fueran, lo podría mirar y cuando lo descubriera hacer como si se hubiera

acordado de repente, llamarles y así Herminia no se enfadaría, y…

—¿Doña Valentina?

La mujer frunció los labios y negó.

—Lo siento, mi memoria no es como la de antes.

Diego decidió intervenir.

—¿Sabe quién soy yo, vedad?

La pregunta del inspector la cogió desprevenida. Claro que sabía quién era, Herminia se lo había recordado varias veces desde que la visitaron por primera vez.

—Pues, eh…

—¿Se acuerda de Toñín?

—Eh…sí, Toñín…sí…pobre.

—¿Recuerda la niña que estaba siendo violada por el vigilante? ¡El mismo vigilante que apareció enterrado en el jardín!— el tono del inspector crecía y crecía para desesperación de Valentina, Diego llevó la palma de su mano a la frente. No pensaba pedir perdón, no en ese momento— ¿Recuerda a la niña?

La mujer mayor agachó la cabeza.

—Cris, sí ya se lo dije la otra vez.

—¿Cris?

—Sí, una chiquilla dura pero buena chica.

—¿Recuerda algo de su familia anterior?

—No, ni ella lo recordaba, pobre. La encontraron en la calle, habían abusado de ella y nos la trajeron.

Olivares y Pinta cruzaron sus miradas.

—Sabemos que usted guarda las fichas de doña Herminia. Quiero ver la de esa niña.

Valentina cerca estuvo del desmayo.

“¡Saben que las tengo!”

Su cabeza comenzaba a buscar argumentos que le pudieran servir para salir airosa de la situación Se lo ha tenido que decir Herminia, pero por qué, ella no quería que dijera nada ¿entonces?

—¿Me la enseña?, ¿o nos va a obligar a llamar a nuestros compañeros para que registren la residencia?

Las lágrimas estaban a punto de brotar de los enrojecidos ojos de la mujer.

—Pues no estará, fue adoptada y…

—¿Y…?— Diego se hallaba cada vez más cerca de perder la paciencia.

María cogió a la mujer del brazo.

—Siéntese ahí, por favor— señaló un banco de madera bajo el porche.

—Gracias.

—Nos iba a comentar algo sobre la ficha de Cris.

—Sí, verá, había fichas que se…se tiraban. Los niños eran adoptaos por familias pudientes que no querían que el pasado de sus hijos se relacionara con ningún sitio como La Esperanza. ¿Entiende? Querían darles a esos críos una nueva vida.

—Necesitamos las cajas que le trajeron hace unos días— Diego sacó la orden de registro y se la mostró— ¿Recuerda si Ezequiel Gómez trabajó en el centro de socorro?

Claro que lo recordaba era el que había enterrado a César y a varios más.

—Sí, de vigilante.

Valentina escondió la cabeza entre las manos y comenzó a llorar.

Los móviles de los policías emitieron sendos avisos de recepción de mensajes. El inspector consultó el suyo.

—Vendrán unos compañeros a por las cajas. No hable con nadie de esta conversación, ni con doña Herminia ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora tenemos que irnos, pero volveremos pronto. Gracias por su colaboración, señora.

María hizo un gesto a una cuidadora para que atendiera a Valentina.

—¿Qué sucede?— pregunto Pinta una vez en la calle

—Mira tu móvil— dijo Olivares.

La subinspectora se acordó del mensaje recibido.

Leyó:

"*Reuníos con el comisario en el Hostal El camino, es muy urgente*"

46

Maite desayunaba en el comedor mientras echaba un vistazo a su teléfono móvil pendiente de las noticias y su correo. Entre su lista de venganza se hallaban varios de los trabajadores de La Esperanza pero decidió seleccionar aquellos que ocuparon cargos de relevancia o hubiesen tenido una relación directa con ella o sus amigos. César y Ezequiel podían pagar por los demás, doña Herminia lo haría en las próximas horas, al menos esa era su intención.

"¿Doña Valentina?"

Recuerda lo borde que se portó cuando la vio el primer día. Sí, era una mujer de aspecto hosco y mal genio pero posiblemente si no mostrara ese lado se la comerían entre todos los internos. La borró de la lista no mucho tiempo atrás, cuando compendió que su único pecado era una falta absoluta de personalidad, toda su vida giraba en torno a la directora, la idolatraba.

Llevó un trozo de bizcocho a la boca.

"¡Qué rico"!

No todos los malos estaban en el lado del poder en el centro de socorro, había muchos chicos y chicas con los que era mejor no chocar. Les daba igual provocar peleas, robar, nada parecía importarles. En su memoria se dibujó el rostro de una joven Tomasa.

Asintió mientras bebía un sorbo de zumo.

"¿Qué habrá sido de ella?"

Terminó de desayunar y salió al jardín.

El cielo estaba salpicado de grupos de nubes como enormes pelotas de algodón. La primavera se dejaba sentir poco a poco en el ambiente. Se disponía a entrar de nuevo en el hostal cuando un hombre mayor cruzó frente a ella. Vestía un mono verde, una gorra por la que escapaban mechones blancos y llevaba un azadón sobre el hombro.

"¿Vicen?"

No lo podía creer, pero tenía que ser él, esa forma de andar delataba a su querido jardinero. Recuerda con mucho cariño al hombre que se jugó su puesto de trabajo para llevarla a escondidas a

un locutorio y poder leer, al fin, los correos de Toñín, y gracias a él pudo hablar con su mejor amigo por teléfono por primera vez.

Maite caminó tras él.

—¿Vicen?

El hombre mayor se detuvo. Volvió el rostro. Un rostro ajado, carente de expresión alguna, ausencia total de felicidad.

—¿Vicen?— repitió mientras se acercaba con cautela, no quería incomodarle— ¿te acuerdas de mí?

El jardinero fijó los ojos en la joven que se acercaba, llevó la mano libre a la gorra y levantó la visera mientras se rascaba la cabeza.

—¿Te acuerdas de una niña triste a la que llevaste a un locutorio y la invitaste a hablar por teléfono con su mejor amigo al que echaba de menos?

—Con Toñín…— al jardinero se le iluminó el rostro.

—Sí.

—Entonces, no puedes ser otra que la pequeña Cris.

—La misma— Maite le dedicó la mejor de sus sonrisas en dura competencia con la que mostraba la desdentada sonrisa de Vicen.

El hombre señaló su cabeza.

—No te conocía así, mucho te ha cambiado el pelo.

—¿Te digo un secreto?

—Sabes que sé guardarlos.

—Es una peluca.

Los ojos del jardinero emitieron un tenue brillo a la vez que se achicaban.

—¿Has visto a doña Herminia?

—Sí, pero no quiero que sepa quién soy, de momento.

El hombre mayor asintió.

Maite se acercó a él, se hallaba frente a una de las escasas personas de su pasado por las que sentía mucho aprecio. Separó los brazos dispuesta a fundirse en un sentido abrazo con Vicen pero al verle fruncir los labios se detuvo a tiempo.

La directora se incorporó de la butaca de su despacho dispuesta bajar al comedor.

“Vamos a ver quién es, estoy segura que ya la he visto antes”

Cruzó frente a la ventana y se detuvo un par de pasos más allá. Algo le llamó la atención. Giró sobre sí misma y regresó junto al ventanal.

—Qué raro…

Vicen parecía charlar amigablemente con la huésped que vino ayer. No tendría nada de raro si no conociera al jardinero, con el que jamás había mantenido más que unas pocas palabras en los más treinta años que llevaba trabajando en La Esperanza, primero, y en el hostal, después. Sabía que tenía familia, poca, en Santander, pero casi nunca salía del almacén donde tenía la habitación en la que vivía, acondicionada por los nuevos propietarios.

Sólo podía haber una explicación que justificara la escena que se desarrollaba frente a sus asombrados ojos. La chica rubia y Vicen se conocían. Por un momento las miradas del jardinero y la suya se cruzaron, duró menos de lo que tarda un pestañeo, pero suficiente para sentirse descubierta.

Se alejó de la ventana y tomó asiento en su mesa habitual de la sala convencida que no tardaría mucho en recibir la visita de la nueva huésped.

No se equivocaba pero la espera fue más larga de lo estimado.

—No te muevas, nos está mirando.

Maite dejó caer de nuevo los brazos a los costados.

—¿Vienes a verla?

—Más o menos, ¿caminamos un rato? Si luego te pregunta le dices que soy una sobrina o algo así.

—No te preocupes por mí, ya no puede hacerme nada, no trabajo para ella sino para los nuevos propietarios que me han puesto una habitación en el almacén. Son buena gente.

—Me alegra saberlo.

La pareja caminó rodeando el establecimiento.

—¿Puedo saber por qué te pones esa peluca si vienes a verla a ella?

Maite se tomó unos segundos en contestar valorando hasta qué punto podía contar con su discreción.

—No quiero que me reconozca y se ponga a la defensiva. Quiero que me diga qué pasó con Susa.

Vicen se detuvo.

—A Susa…a tu amiga, la…la violaron como a otras y yo…— el jardinero llevó la mirada a la punta de sus desgastadas botas— yo sólo soy un viejo cobarde que…

—Lo sé, me lo dijeron los hermanos Rosales y Ezequiel que…— dejó la frase sin terminar, temiendo haber hablado más de la cuenta. Miró al jardinero intentando descubrir algún indicio de peligro— ¿Se metieron contigo, Vicen?

El hombre mayor le habló de las amenazas, puñetazos recibidos, siempre en el cuerpo para no dejar señales evidentes en el rostro. Sabían quiénes eran su sobrino y su novia, la que tenía un locutorio. Su hermana a la que ya habían dado un par de buenos sustos entrando en su casa.

—Siempre fui cobarde…— sus ojos faltos de brillo se cubrieron de un velo acuoso.

—No podías hacer nada. Para mí, Vicen, tú eres de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia.

El hombre asintió emocionado.

—¿Te acuerdas de Tomasa?

—Sí, creo que me acuerdo de todos los que han pasado por aquí. Unos eran auténticos gamberros, otros, como tú, a los que la vida no les había dado nunca una puñetera oportunidad. Ella era rebelde, mucho, pero en cuanto te conoció cambió— su semblante mudó a un tono mortecino.

—¿Qué te pasa?

—Si me preguntas por ella es que no lo sabes. Tu amiga murió hace mucho tiempo. Me lo dijo doña Valentina, era una mujer que pretendía ser dura pero tiene un gran corazón. Le entristeció mucho saberlo y más aún que doña Herminia le dijera que era el final que le esperaba, que había chiquillos que nunca aprendían.

Maite escuchó en silencio las palabras de Vicen, sus ojos no se cubrieron de lágrimas. Su rostro se endureció, tanto o más que su rocoso corazón.

—Voy a confesarte una cosa, Vicen. Doña Herminia pagará por todo antes de lo que cree, te lo prometo— dio media vuelta y se alejó rumbo al interior del hostal.

—Dios te proteja, pequeña…— susurró a la espalda de Cris.

No fue hasta media tarde cuando la directora vio regresar a la chica rubia. Maite había pasado la mañana deambulando por Santander, comió en el Sardinero. Pretendía que la directora bajase la guardia, seguramente cuando la vio hablar con Vicen comenzaría a recelar. Sí, sabía que no era buena gente, pero reconocía su fina inteligencia para sobrevivir durante todos estos años. Era fácil imaginar cuál habría sido su sorpresa al ver al introvertido jardinero hablando resueltamente con una desconocida.

“Algo sospecha, seguro”

De pronto, un retazo de una conversación mantenida con su hermana se mostró en sus recuerdos. En ella le comentaba la visita

que realizó a La Esperanza, convertida ya en hostal, cuando la estaba buscando, su conversación con la directora.

"Quizá cree que soy Adriana"

Regresó al hostal a media tarde con un par de bolsas entre manos como mudos testigos de lugares visitados durante el día.

—¿De visita por la ciudad?— quiso saber la recepcionista.

—Sí, Santander es un lugar maravilloso, ya me lo habían advertido.

—Sí que lo es, sí. ¿Cenará esta noche con nosotros? Tenemos un pastel de cabracho para chuparse los dedos.

—Una sugerencia muy tentadora, la acepto.

Dejó las bolsas en su habitación y bajó a la sala con un libro entre las manos.

—Buenas tardes— dijo a la mujer mayor enfrascada en su labor.

—Buenas tardes ¿Ha disfrutado del día de compras?

Maite detuvo su caminar, miró a doña Herminia.

—No se sorprenda, no ha comido aquí y la acabo de ver llegar con un par de bolsas en la mano— aseguró mientras devolvía la vista al bordado.

—Es usted muy observadora.

La directora se quitó las gafas y las dejó caer sobre el pecho.

—¿Por qué no me compaña?— señaló un silla junto a la mesa— si prefiere nos podemos acomodar en esas butacas de ahí junto a la chimenea. Durante el invierno es mi lugar favorito.

Maite no se sentía nada cómoda al ver que era su objetivo la que llevaba la iniciativa. Se obligó a permanecer alerta.

—De acuerdo.

—Me decía que soy observadora, ya ve usted que aquí no tiene ningún mérito. Somos pocos.

—Aún así.

—Si de verdad lo fuera, me acordaría en qué momento nos hemos visto antes— soltó sin rodeos. Clavó los ojos en la joven deseando atisbar algún síntoma de sorpresa.

Maite sintió una súbita punzada de ansiedad, pero logró controlar sus emociones.

—De ser así me acordaría. ¿Ha estado usted en Madrid?

—¿Eh? ¿Madrid? Sí, sí, pero hace demasiado tiempo.

—No sé, quizá me confunda ¿dónde cree que nos hemos visto? Es la primera vez que vengo a este hostal. Usted ya sé que no.

Herminia se debatía entre hallarse ante una chica controladora y fría o ante una estúpida sin mayor interés.

—Este lugar fue el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza y yo fui

su directora durante más de tres décadas— una vez más incrustó su helada mirada en los ojos de la chica buscando algo que la delatara.

“Ahora me toca a mí”

—Lo sé.

En esta ocasión fue doña Herminia la que sintió un frío cosquilleo recorriendo su cuerpo. Le había sorprendido advertir que su amenazante mirada de nada influía en la joven.

—¿Lo sabe? ¿A qué se refiere?

Maite acababa de dar un pequeño rodeo al plan inicialmente diseñado y guardado en la cabeza. Una buena estrategia ha de permitir la inclusión de pequeñas variantes susceptible de ajustar el plan original.

—A que este establecimiento era un centro de socorro y que usted fue su directora.

La aludida se revolvió nerviosa en la silla.

—Vaya, sí que sabe usted cosas.

—No tiene ningún misterio, doña Herminia, sí, sé cómo se llama— le dedicó una sonrisa ladeada— nos conocimos hace más de dos años — mientras gozaba de su cara de sorpresa añadió— ¿puedo invitarla a un café o un té?

—¿Eh? Sí, sí, gracias.

El móvil de Maite comenzó a sonar.

Cogió el teléfono.

—Discúlpeme— dijo mientras se alejaba.

Estuvo un minuto en la línea de visión de la mujer sintiendo sus ojos clavados en la nunca, mientras hacía como si hablara. Nadie llamaba, se trataba de una alarma con el fin de ofrecerle una salida por si la reunión no marchaba por los derroteros esperados.

Regresó junto a la directora.

—Lo siento, tengo que atender un asunto importante. El té tendrá que ser para después de la cena ¿quiere que cenemos juntas?

—Ceno pronto— expuso visiblemente ofendida por un trato al que no estaba acostumbrada.

Maite consultó su reloj.

—¿A las nueve?

—Ocho y media.

—De acuerdo, a las ocho y media.

La llegada de dos grupos de turistas al hostal El Camino con ganas de cenar impidió que Herminia y Maite dispusieran de la intimidad que la primera deseaba. Desde que se habían despedido, menos de un

par de horas antes, su cabeza no había dejado de dar vueltas a la joven rubia que se había presentado como Adriana. Con el paso del tiempo se convencía más y más que su llegada no había sido casual.

—Si le parece podemos tomar el té en mi habitación, cuento con algo parecido a una suite, pero mucho más modesta, dispongo de un par de cómodas butacas. Hay demasiado ruido aquí.

—De acuerdo, pero cambio el té por un café.

Quedaron en diez minutos en el dormitorio de doña Herminia. Maite pidió el té y café a la recepcionista más algunas pastas.

—El pastel de cabracho estaba delicioso. No lo había probado antes— mintió.

—Gracias, es una receta de mi abuela.

—Me ha encantado. Quería pedirle un té para doña Herminia y un café para mí. Lo tomaremos en su habitación, dice que hay mucho ruido aquí.

La recepcionista no pudo evitar un gesto de extrañeza.

—Por lo visto le recuerdo a una sobrina.

—Ah, claro, por eso esta mañana quería saber su nombre y de dónde venía.

Maite no dijo nada, suficiente tenía con la indiscreción de la mujer.

—Ya se lo sube el chico.

—¿Puede añadir unas pastas?

—Por supuesto, me atrevería a asegurar que no las habrá comido mejores.

—Después del Pastel de Cabracho no lo dudo.

Mientras subía a la habitación de la directora, Maite repasaba su bolso; la pistola eléctrica, el espray y el estilete que confiaba en no tener que utilizar. No sería buena idea hacerlo porque había sido vista por demasiada gente. En el interior de una cremallera, un sobre que guardaba una carta que constituía el objetivo de su fin de semana en el hostal, sin olvidar el teléfono móvil con la confesión de Ezequiel y una copia de la misma en una pequeña grabadora.

Había decidido hacerse pasar por Adriana para que la directora no apuntara a ella directamente en sus cavilaciones, pero no funcionó, al menos no como esperaba.

Llamó con los nudillos.

—Pase.

Maite accedió a la amplia habitación. Una cama de matrimonio a la izquierda con un enorme crucifijo sobre el cabecero. Gruesas cortinas en tonos cobrizos. Una alfombra bajo la cama. A la derecha, un aparador sobre el que descansaban varios marcos tan antiguos como las fotos que mostraban. Salpicados por la pared distintos

cuadros con motivos religiosos.

Junto a la ventana, doña Herminia sentada en una de las butacas. En los escasos minutos que transcurrieron desde que se despidieron, al salir del comedor, su semblante había sufrido una sustancial transformación. Su pose más erguida, el rostro afectado, los finos labios contraídos.

—Sí que es amplia la habitación— dijo como si no se percatara de los cambios de su anfitriona o le dieran exactamente igual.

—Sí, lo es.

Un tenue repiqueteo en la puerta dio paso al camarero con la taza de té, el café, la tetera y un plato repleto de pastas.

—Gracias, Cristóbal.

—De nada, doña Herminia.

Cuando el chico se fue, Maite tomó asiento.

—Me he permitido pedir unas pastas, dice Felisa que no he tomado otras mejores.

—A ese mujer le gusta en exceso darse bombo— expuso mientras cogía una de las pastas— están buenas pero las he tomado mejores.

La abogada escudriñó el rostro de la directora. Sin un motivo concreto se puso en guardia, sus músculos se tensaron, sentía similares sensaciones a las experimentadas cuando se aproximaba en el camión al Mirador de la Corneja o cuando entró en casa de Segis Ganzán. Con el conserje y los hermanos pasó miedo, en ambas ocasiones todo se descontroló.

No estaba dispuesta a que sucediera algo similar.

Hoy era sábado, su intuición le decía que le sobraba el domingo.

—Vayamos al grano ¿le parece?

—¿Qué quiere decir?

Doña Herminia cruzó las piernas manteniendo la espalda erguida sin apoyarse en el respaldo.

—Le ruego que no me tome por tonta. Las dos sabemos que su visita responde a un interés concreto. Antes me dijo que nos conocimos hace dos años.

Maite asintió.

De momento mantendría como propia la identidad de su hermana.

—Recuérdeme, por favor, cuál fue el motivo de su visita. A mis años hay ciertos detalles que no se retienen si no implican un interés a prueba del paso del tiempo— esbozó una sibilina sonrisa.

—Nos vimos en su despacho, le pregunté por Cristina Expósito, una amiga de la infancia.

La mujer mayor dejó la taza de té sobre el platillo que mantenía en una mano y depositó ambos sobre la mesa. Parecía estar recordando.

—Me dijo que la había recogido una buena familia.

—Sí, así es, pero qué…

—Añadió que no me podía poner en contacto con ella porque no querían ser molestados, habían cerrado todo vínculo con el pasado por el bien de la niña.

Doña Herminia comenzó a relajarse.

—Efectivamente, esa es la condición que nos imponen.

Maite cogió una pasta. No pensaba tocar la taza del café.

La masticó con calma, saboreándola.

—Llevaba razón, Felisa, son las mejores que he tomado— se limpió los labios con una pequeña servilleta que cogió de la bandeja y lo soltó:— mentí.

La mujer mayor casi se atraganta.

—¿Cómo dice?

—Entiendo su turbación— llevó la mano a la rubia peluca y se la quitó. Permaneció con la mirada en la que fuera su directora— ¿me recuerda?

—Pues, sí, creo que sí, pero… ¿por qué la peluca?

—Como le decía, le mentí— ladeó el rostro y sonrió— no sólo una vez.

—Mire jovencita, no tengo tiempo para absurdos misterios— apoyó las manos en los reposabrazos dispuesta a ponerse en pie y dar por finalizada la estúpida velada.

—¡Siéntese!

La firme voz de la joven fue como si hubiese recibido un empujón en el pecho obligándola a tomar asiento de nuevo.

—Decía que la mentí— Maite recuperó su tono normal— no buscaba a una amiga de la infancia, sino a mi hermana. No mentí una sola vez— negó sin dejar de sonreír— porque yo soy la hermana que ella, Adriana, estaba buscando, su hermana gemela.

De nuevo Maite quedó en silencio permitiendo que la mujer asimilara la información que estaba recibiendo.

—Entonces, la encontró…

La abogada se acomodó en el sofá con la espalda apoyada en el respaldo. Cruzó las piernas y metió una mano en el bolso. Vio como la directora desviaba su mirada, quizá esperando a que sacara algo comprometedor. La mano permanecía en el interior, sin moverse. A Maite le bastaba con que elucubrara qué podía haber dentro.

—Sí, nos encontramos y conocimos a Ezequiel Gómez ¿lo recuerda?

Doña Herminia comenzó a sentir un doloroso escalofrío galopando por su cuerpo. Hasta el momento no había logrado comprender el

motivo de la visita de esa chica quién quiera que fuese. Lo que sí había comprendido es que se hallaba frente a una mujer segura de sí misma, que le podía meter en problemas.

—¿No? verá, Ezequiel Gómez trabajó a sus órdenes como vigilante en La Esperanza. El mismo que se encargó de enterrar el cadáver de César Gómez porque usted se lo ordenó ¿Ya? ¿Comienza a recordar?

Los recuerdos, escondidos en los más recónditos cajones de su apagada conciencia comenzaron a brotar. Se acordaba como si fuera ayer del entierro del vigilante de noche, una madrugada, del momento en que expulsó a Ezequiel del centro, a pesar de que su complicidad le resultaba muy cómoda, pero se había extralimitado en demasiadas ocasiones.

La mujer asintió, su semblante luchaba denodadamente por impedir que dichos recuerdos y las emociones que los acompañaban aflorasen, mostrando lo que acontecía en su interior.

—¿Se pregunta quién soy?

—Eh…

—Ya se lo he dicho, la hermana de la chica que vino hace dos años preguntado por Cristina Expósito. Le voy a dar una pista que sé que no va a fallar— se echó hacia delante— ¿Recuerda una chiquilla de trece años que estaba siendo violada por el vigilante al que Toñín, gracias a Dios, clavó un azadón?

—¡No!— doña Herminia se dejó caer sobre el respaldo del sofá con los brazos extendidos— no, no puede ser…

—Claro que puede ser. Soy esa niña, Cris.

La directora había encontrado al fin la respuesta que buscaba a la conversación que mantuvieron frente a su habitación el jardinero y la chica rubia.

Como si Maite tuviera acceso a sus pensamientos, expuso:

—Sabe que es cierto, porque Vicen me ha reconocido. ¿Se preguntaba quién podía ser la chica que hablaba con él en el jardín?, ¿verdad?— en su duro rostro se dibujó una sonrisa helada.

—¿Qué…qué quiere…?— la voz de la mujer mayor apenas un balbuceo.

—Nada complicado, ya lo verá. Quiero que me hable de Susana Leal, antes de nada le hago una advertencia; no me mienta, ¿de acuerdo?

Herminia no recordaba otro momento en su vida, no en las últimas cuatro o cinco décadas, que alguien le hubiera hablado de aquel modo, se veía a ella misma reflejada en Cris.

Asintió con torpeza.

—Los hermanos Rosales me dijeron hace tiempo que violaron a mi

amiga Susa en compañía de Ezequiel.

—Sí, es verdad, la pobre no pudo…

—Y que cuando se fueron estaba viva— dijo cortando la intervención de la directora.

—Ellos…

—¡¿Ellos, qué?!— Maite sentía que comenzaba a perder la paciencia, debía controlarse— tengo su confesión, le recuerdo que no es una buena idea mentir.

—No han podido decir que yo…

Maite pulsó el botón de la grabadora y subió el volumen al máximo. Con el brazo extendido lo acercó a doña Herminia. Ambas escucharon con atención:

"—No, no somos policías. Yo estuve allí, en el centro con trece años y se habló mucho de la muerte de Susa.

—No recuerdo a ninguna Susa.

—Ya ni recuerdas quién es de todas las crías que te tiraste ¿eh?

—A ver, para que hagas memoria, fue la niña que violaste con los hermanos Rosales, luego la matasteis

—Yo no he matado a nadie, cuando nos fuimos estaba bien, lo juro, sólo nos divertimos un poco y…"

Maite apagó la grabadora. La aplicación del teléfono estaba grabando desde que entró en la habitación.

—¿Me va a decir cómo acabó el cuerpo de Susa enterrado en el jardín?

—Fue un accidente.

—¿El qué fue un accidente?

Doña Herminia estaba cerca de derrumbarse a pesar de su visible esfuerzo por mantener la compostura con la mayor dignidad posible.

—La muerte de su amiga. Se golpeó la cabeza con el suelo al caer…

Maite aguantaba en silencio las ganas de abalanzarse sobre ella y estrangularla con sus propias manos.

—¿Al caer de dónde?

—Verá…— se sonó la nariz, quizá por arañar unos segundos— cuando vino a mi despacho estaba histérica, no paraba de gritar, de decir que la habían violado y que iba a ir a la policía, que ya estaba harta de que desparecieran chicos y…

La mirada acuosa de doña Herminia se posó sobre sus manos, su rostro cetrino mostraba lo que la escena que venía continuación significaba para ella en esos momentos.

Su fin.

—¡¿Y?!— la abogada acompañó su exclamación con un golpe seco

sobre la mesilla de centro.

La directora dio un respingo.

—Sólo fue un bofetón, sólo uno, cayó al suelo y se golpeó…— señaló la sien.

Maite se puso en pie. No podía aguantar ni medio minuto más en compañía de esa arpía.

—Usted decidió, como siempre, no denunciar a los hermanos Rosales, ni a los vigilantes ¡Sabía que violaban a las chicas y algunos chicos y no hizo nada! ¡Nada!

—Hubiera sido el fin del centro ¿dónde iban a ir los pobres?

—¿Los pobres? No, no— negó con el dedo— por ahí sí que no. Nos conocemos muy bien, vieja bruja— caminó en silencio de un lado a otro rodeando las butacas— ¿Enterró a Susa sin dar parte?

La directora asintió.

—No la oigo

—Sí.

Maite respiró profundamente varias veces y volvió a tomar asiento.

—¿Y con Sergio Jaén? ¿Otro accidente?

—Lo mataron, yo…

—Sí, sí, lo sé— levantó la palma de la mano— usted calló. Sólo le importaba sacar dinero por nosotras ¿eh?

—Nos preocupábamos por los…

—¡Déjese de excusas! El vigilante confesó diez violaciones. ¡Usted lo sabía! ¿Cuántas más hubo? ¡¿Eh?! ¿Cuántos niños y niñas murieron?

—Yo… Era otra época, las cosas funcionaban así. Esos niños no importaban a nadie, la sociedad no los quería, los echaban de sus casas.

—¿Otra época? ¿Hace diez años era otra época? — de pronto Maite creyó entender el sentido de lo que acababa de escuchar— quiere decir que hay niños que permanecen enterrados desde hace décadas…

—No van a encontrar nada más— aseguró convencida.

—¿Ni en el sótano? ¿Qué tal en el almacén?

La directora bajó la vista.

Durante los siguientes minutos nadie habló. Doña Herminia sentía su cuerpo empapado de sudor.

“Seguro que se va, tengo que aguantar un poco más”

—¿Y ahora?

—Vera, ahora voy a decirle a la prensa y a la policía, aportando la grabación de Ezequiel y todo lo que ha dicho usted aquí hoy— le mostró el móvil— lo que ha sido su querido centro

—¡No!— llevó las manos la cara— ¡No me puede hacer eso! ¡Hemos sido las madres que nunca tuvieron, los padres!

—¡Cállese de una puta vez!— de nuevo un golpe seco sobre la mesa— Van a desenterrar todos los cuerpos que aún permanecen bajo tierra, se lo garantizo.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? Tengo…—llevó la vista a un cuadro—… una caja fuerte con dos millones de euros.

—¿Dónde?

—Ese cuadro. La combinación es 33-24-8-20

Maite descolgó el cuadro, abrió la caja fuerte y se hizo con el dinero que puso a buen recaudo en su bolso.

—Esto no es suficiente.

—¿Quiere más dinero? Sólo tengo unas joyas que...

—No, sólo su confesión.

La abogada metió la mano en el bolso, sacó el sobre y a continuación la carta del interior.

—Firme y me iré.

Doña Herminia se ajustó las gafas sobre la punta de la nariz y leyó.

—¿La entregará a la policía?

—No— mintió.

—No voy a firmar.

—Está en su derecho. *El Diario Montañés* recibió esta mañana una copia de la confesión de Ezequiel Gómez— continuaba con la mentira, la realidad era que la recibirían en las próximas horas— lo mismo llegará a la policía— introdujo la mano en el bolso y blandió el móvil en el aire—…he grabado todo.

—¡Eres una mal nacida!

—Sí, lo sé, pero no he matado a nadie que no lo mereciera, ni comerciado con la vida de críos. Le digo una cosa, da igual que firme, lo haré yo por usted.

—No será capaz de hacerme esto.

—Le aseguro que sí. Todo ha terminado para usted. Por fin se hará justicia— corrió una cremallera del bolso sacó un pequeño cuentagotas— es cianuro— vertió un buen chorro en el té y otro idéntico en la tetera— le aseguro que el efecto es inmediato. Le ofrezco una salida digna aunque no la merezca.

Maite abandonó el dormitorio y bajó a la recepción.

—Llevaba razón. Las mejores pastas que he tomado.

—Gracias, de verdad. ¿Qué tal con…?

—Una mujer, digamos que con genio. Casi se me olvida, ha insistido en que bajo ningún concepto se la moleste— imitó el rostro seco de la directora.

—Es usted muy divertida.

Se apoyó sobre el mostrador.

—Pasará el domingo arreglando unos asuntos para su marcha.

—¿Se va?— Felisa no puso ocultar un rostro feliz.

—Eso me ha asegurado.

A la mañana siguiente, temprano, la abogada pagó su cuenta. Antes de irse tenía algo que hacer. En cuanto pusiera en conocimiento de Torquemada y de la policía las confesiones de Ezequiel y de doña Herminia, el hostal El Camino habría terminado su corta vida.

—Verá, Felisa, lo que le voy a decir negaré haberlo dicho.

—Me está asustando.

—No es mi intención, se lo prometo. Dentro de pocos días volverán las excavadoras, la policía, la prensa…

La mujer llevó las manos al rostro.

—No…otra vez no, el negocio no aguantará— sus ojos se cubrieron de lágrimas— lo hemos invertido todo aquí.

La abogada metió la mano en el bolso y sacó un sobre abultado.

—No pregunte, sólo cójalo. Con lo que saque por la venta del terreno y estos doscientos cincuenta mil euros, saldrán a delante.

—Pero…

—Recuerde que negaré haber dicho nada y haberle dado nada— dijo vuelta hacia la calle.

Rodeó el hostal por el sentido contrario al lugar en el que se encontraba la habitación de doña Herminia. Confiaba en que hubiera tomado la decisión correcta. Golpeó con los nudillos en la puerta del almacén.

—Hola Vicen. Es domingo y no sabía si te despertaría o…

—Aquí todos los días son iguales ¿te vas?

Maite asintió.

—Tengo que irme.

—¿Has podido hacer lo que querías?

—Sí, todo ha terminado. Esto en unas horas se llenará de gente— metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre— no preguntes, es para ti. Son doscientos mil euros.

Vicen miró a un lado y a otro.

—No te preocupes, no nos ve.

Ambos se fundieron en un largo y sentido abrazo.

47

Cuando Olivares y Pinta llegaron al hostal El Camino, el comisario Fausto les aguardaba junto a la puerta de entrada. Varios coches de policía y una ambulancia flanqueaban el aparcamiento.

—¿Qué pasará? ¿Más cuerpos?— quiso saber la subinspectora— enterrados no serán, la ambulancia no tendría sentido

—¿Doña Herminia?

Desde que localizaron las cajas que guardaba la fiel Valentina en el altillo de su dormitorio creían que contaban con las pruebas necesarias para dar un empujón definitivo al caso del *Vengador*. A lo que podrían añadir el testimonio de doña Valentina que aseguraba que Ezequiel Gómez había trabajado en La Esperanza como vigilante.

Se sentían más cerca del final.

María aparcó junto al coche de Redondo.

—Jefe, Cruz nos ha enviado un mensaje. Decía que es muy urgente ¿qué sucede?

—Se trata de la directora de La Esperanza, la han encontrado muerta esta mañana. Por lo visto, ayer no salió de la habitación, aunque no era algo tan extraño en domingo.

—¿*El Vengador*?— preguntaron al unísono.

—No lo parece. No ha dejado ninguna fotografía, ni nada escrito en el pecho, todo apunta a que se ha suicidado.

—No me lo trago, jefe— señaló el inspector.

—No tiene sentido— intervino la subinspectora— coincido con él ¿por qué ahora?

Olivares puso los brazos en jarras.

—¿Cómo se ha quitado la vida?

—Con cianuro.

Diego y Pinta se miraron.

—Segismundo Ganzán, aparte de los cortes en el pecho, también tomó cianuro. ¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—Nos lo confirmarán con la autopsia, pero según el forense falleció ayer a medio día.

—Pediré una lista de los huéspedes del hostal— dijo Olivares mientras se perdía en el interior.

Felisa se encontraba en un estado de nervios próximo al ataque. Hablaba con su marido sobre el dinero que le entregó Adriana, la huésped rubia que llegó el viernes por la noche. Al principio todo fue una alegría desmedida hasta que apareció el cuerpo de doña Herminia.

—Recuerda lo que dijo, Felisa, que negaría todo ¿no es así?

La mujer subió y bajó la barbilla visiblemente afectada.

—Dejémoslo como está, además ¿tú crees que doña Herminia iba a tener tanto dinero encima?

—¿Y si se lo ha robado?

El hombre posó con cariño sus anchas manos sobre los hombros de su acongojada esposa.

—Piénsalo por un momento, Feli. Si lo hubiera robado, por qué nos lo iba a dar a nosotros, no tiene sentido ¿no crees?

—No, la verdad…

—A nadie le importa lo que esta chica haga con su dinero. Si lleva razón y esto se llena otra vez de excavadoras y policía nos tendremos que ir.

—Lo sé…— dijo mientras llevaba un pañuelo a su escocida nariz.

—Atiende al policía ese que viene, voy a la cocina.

—Vale— se giró en dirección a Diego que avanzaba a buen paso hacia la recepción.

—Buenos días, no sé si me recuerda.

—Sí, inspector, le recuerdo.

Olivares frunció los labios.

—Lamento de verdad que siempre sea en estas circunstancias— dijo sin dejar de observar los ojos llorosos de la recepcionista— Si me lo permite querría hacerle unas preguntas.

Felisa asintió.

—Claro, lo que usted necesite.

—¿Habían observado algo extraño en doña Herminia estos últimos días?

—¿Qué quiere decir?

La pregunta de la mujer le llevó a Diego a contemplar la posibilidad de que no supieran las causas de la muerte de la directora.

No se equivocaba con su suposición.

—Todo apunta a que se ha suicidado.

Felisa abrió los ojos todo lo que daban de sí, llevó la mano a la

boca ahogando un grito.

—¿Suicidado? —dejó la vista en el mostrador, la cabeza en el momento que la vio tumbada en la cama— parecía tan dormida, pensamos que era muerte natural.

—¿No hubo nada extraño estos días?

El rostro de la mujer se cubrió de culpa, lo que tenía de buena cocinera le faltaba para saber mentir con seguridad.

—Bueno, discutimos un día, pero de ahí a suicidarse.

—¿Qué pasó?

—Usted sabe que este negocio no aguanta el tipo de prensa que estamos padeciendo, parece que hemos tenido algo que ver con los pobres chiquillos y las mujeres enterradas…

Diego escuchaba atentamente, no creía que el hilo del que habría que tirar partiera de la dueña del establecimiento pero entendió que sería interesante dejarla hablar, quizá había visto u oído algo.

—Se lo dijimos, porque ¿sabe usted? Siento decir esto de una mujer fallecida, pero podía llegar a ser muy arrogante y déspota, a veces… a veces una no se puede aguantar más y lo suelta.

—Fui yo, inspector, el que le dijo a esa mujer lo que pensábamos— la voz grave del marido de Felisa les cogió de improviso— Sólo le pedimos que se fuera, que la prensa venía preguntando por ella constantemente. Incluso vino un escritor— miró a su mujer— ¿te acuerdas, cariño?

Diego sintió como algo se agitaba en su interior.

—¿Un escritor?

—Sí, quería hablar con doña Herminia, pero ella no quiso recibirlo. Me entregó un sobre para ella.

—¿Un individuo con cabeza afeitada y de unos cincuenta y tantos?

—Sí, el mismo— apuntó Felisa— ¿Cree usted que ha tenido algo que ver con…?

Olivares apuntaba en su libreta.

—De momento todo apunta a un suicidio que…

—¡Inspector!

Un oficial de policía accedía al vestíbulo desde las escaleras blandiendo un sobre en el aire.

—Inspector, este sobre estaba sobre la mesa del dormitorio de la difunta— dijo mientras se lo entregaba.

—Gracias.

"*Para el inspector Olivares*"

—Un momento, por favor— dio la vuelta al sobre buscando un remitente; en blanco. Sin dejar de examinarlo se dirigió a la pareja— necesitaría un listado de los clientes que estuvieron ayer en el hostal,

mejor dicho, la última semana— pidió con la mirada en el sobre mientras se alejaba unos metros.

—Sí, ahora mismo.

La respuesta de Felisa le llegó como si se encontrara a kilómetros de distancia.

—¿Qué miras con tanto interés?

Olivares levantó la cabeza, su compañera le observaba con curiosidad. Le mostró el sobre.

—Estaba en la habitación de la directora.

—Ya estas tardando en abrirlo, compañero.

Olivares esbozó una sonrisa ladeada.

Con cautela rasgó el sobre por un extremo. Ahuecó el interior y ayudado de un pañuelo extrajo la hoja de papel.

—Está escrita en el ordenador, menos…— giró la hoja— esto de aquí.

Leyó:

"*Yo, Herminia Castañedo Sánchez, directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, confieso tener conocimiento de los fallecimientos del vigilante César Hernández, de Susana Leal, Sergio Jaén, y Carmen Expósito, Raquel García, Julia Castillo, Andrés Marín, Celia Expósito, Jacinta Rodrigues, Vanesa Flora.*"

—Parece como si fuese una confesión redactada por alguien que ha dejado espacios para ser rellenados…— murmuró María que leía junto a su compañero.

"*En La Esperanza dimos en adopción internos a cambio de dinero*"

Firmado: Herminia Castañedo"

El inspector dio la vuelta a la hoja:

—Esto está escrito con su propia mano— murmuró.

"*En La Esperanza hicimos el bien a muchos niños a los que la sociedad repudiaba, entregándolos en adopción. Cobramos por ello, digo cobramos porque no podría haberlo hecho sola sin la ayuda de dos personas de los Servicios Sociales y un compañero suyo ya retirado, inspector. No me arrepiento de ello, pero sí de lo sucedido en este centro. Hubo violaciones de niñas y niños, por parte de vigilantes. Uno, César Hernández, ya pagó por ello*"

Olivares sintió como se le tensaban los músculos por lo que esperaba que viniera a continuación.

“Otro, Ezequiel Gómez, pagó en la nave donde trabajaba, como los hermanos Rosales. Aún falta otro por responder por lo que hizo, Bernardo Timón. Y alguien más, yo.

Debo pagar por haberlo consentido todo por temor al escándalo que se habría generado, por temor a perder mi querido centro de socorro, pero debo dar cuentas al Señor por haber puesto fin a la vida de la joven Susana Leal, no fue algo premeditado, pero soy culpable.

Respecto a las mujeres fallecidas, los culpables ya han pagado; César Hernández y Ezequiel Gómez, dos depredadores sexuales y asesinos sin escrúpulos a quienes no denuncié por miedo.

Inspector Olivares, entre las cajas con los expedientes de los internos y empleados de La Esperanza, que imagino habrá localizado en poder de Valentina, no encontrará ninguna ficha relativa a las adopciones, ni a los vigilantes. Las primeras las destruí por salvaguardar la intimidad de las familias y los niños, las segundas por romper cualquier vínculo de esta gentuza con mi añorada institución.

A continuación le dejo un esbozo de los lugares donde pueden encontrar los cuerpos que aún faltan. No sea muy duro con ese compañero, era un mal policía con muchos vicios.

No busquen a nadie por mi muerte”

Diego leyó la carta una vez más y se la entregó a María. Avanzó unos metros hasta una de las ventanas del vestíbulo que daban al jardín. No se sentía bien consigo mismo al abrigar un intenso alivio por no haber leído nada que implicara a Toñín con la muerte de uno de los vigilantes. Alivio y mala conciencia pugnando por apropiarse de sus emociones.

—Imagino que sé lo que estás pensando, Diego.

La voz de su compañera le sobresaltó.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Quiere que esté en deuda con ella?— soltó molesto.

—Ha confesado. No le debes nada— María se colocó a su lado frente al ventanal atisbando el exterior— era una mala mujer, pero como he escuchado en alguna ocasión, cuando el final se acerca queremos arreglar lo malo que hayamos hecho y posiblemente ha pensado que esta era un forma de hacerlo.

—Me cago en ella.

—Lo que quiero decirte es que esta arpía no lo ha hecho por ti, ni por Toñín, sino por ella. Me dicen los compañeros que su habitación está llena de motivos religiosos, creo que por eso ha actuado así, una buena acción por otra mala. Te lo repito, no lo ha hecho por ti, Diego,

no la debes nada.

El inspector asintió, tomó aire un par de veces.

—Vamos a echar un vistazo al escenario.

—Científica está trabajando en la habitación de la directora.

—Entrégales la carta, quizá encuentren alguna huella de la persona que la escribió.

Al cruzar frente a la recepción Felisa agitó la mano en el aire.

—Inspector, este es el listado de clientes, como verá es una lista reducida.

Diego le echó un vistazo. Varias familias y…

—Adriana Sotillo Del Camino ¿Vino sola?

—Sí, una chica rubia encantadora,

—¿Cuándo se marchó…?— buscó el dato sin esperar respuesta— ayer domingo a primera hora— levantó el rostro del listado y buscó los ojos de Felisa— ¿Sabe si la directora y esta mujer se conocían?

—No sabría decirle, inspector, pero lo que sí le puedo asegurar es que hablaron. Es fácil hacerlo aquí cuando hay poca gente, sobre todo en la hora de la cena o la comida.

—Gracias.

El inspector y la subinspectora subieron por las escaleras rumbo a la habitación de doña Herminia.

La mujer se hallaba tumbada en la cama. Tal y como dijo la recepcionista parecía encontrarse plácidamente dormida.

—Parece que no ha roto un plato en su vida— susurró María

Miraron en torno. Sus compañeros tomaban huellas.

—¿Dónde estaba la carta, oficial?

—Ahí, sobre esa tetera.

El inspector se aproximó al lugar indicado.

—Dos tazas. Hay que averiguar quién estuvo con ella y cuándo.

María echó un vistazo al listado de clientes.

—La única persona que se registró sin acompañante fue Adriana Sotillo Del Camino

Fausto Redondo se asomó desde la puerta.

—Inspector.

—Jefe, parece que la difunta pasó unas horas con alguien antes de morir. Quién quiera que fuese no probó su café, aún está en la taza— señaló la mesilla junto a las butacas.

—Localícenla a ver dónde nos lleva.

Una hora más tarde el comisario y los inspectores abandonaban el hostal. Entre sus notas destacaba el nombre de la mujer que había

tomado café el sábado por la noche, más de doce horas antes del momento estimado como hora de la muerte, con doña Herminia. La misma mujer que abandonó el hostal el domingo a primera hora. La información aportada por el forense la descartaba como sospechosa del crimen pero no como la persona que pudo escribir la carta de confesión. Una cuestión tenían clara, no fue imprimida en ninguna de las dos impresoras que había en el hostal.

Cuando se despedían para subir a sus vehículos los móviles del comisario y del inspector comenzaron a sonar. Fausto asentía visiblemente nervioso, lo mismo que Olivares que agitaba los brazos como si no se pudiera creer lo que estaba escuchando.

Un par de ojos llorosos observaban la escena. Llorosos y agradecidos. Vicen sabía que la directora no había tenido el valor de afrontar lo que Cris le hubiera dicho que iba a hacer. La recuerda como una niña valiente, de buen corazón. Seguro que la policía querría hablar con él, actuaria tal y como había venido haciendo en las últimas décadas; mirar para otro lado y no saber nada de lo que acontecía en el interior del hostal. Con el dinero que le había entregado Cris pasaría el resto de los años que le quedaran de vida, descansando.

Al fin.

48

"¿Otra víctima del Vengador?"

"Ha llegado a nuestra redacción la confesión grabada de la que fuera directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, doña Herminia Castañedo Sánchez.

A continuación les dejamos un extracto de dicha grabación.

—Sólo fue un bofetón, sólo uno, cayó al suelo y se golpeó.

—Usted decidió, como siempre, no denunciar a los hermanos Rosales, ni a los vigilantes ¡Sabía que violaban a las chicas y algunos chicos y no hizo nada! ¡Nada!

—Hubiera sido el fin del centro ¿dónde iban a ir los pobres?

—¿Los pobres? No, no, por ahí sí que no. Nos conocemos muy bien, vieja bruja. ¿Enterró a Susa sin dar parte?

—No la oigo

—Sí.

—¿Y con Sergio Jaén? ¿Otro accidente?

—Lo mataron, yo…

—Sí, sí, lo sé, usted calló. Sólo le importaba sacar dinero por nosotras ¿eh?

—Nos preocupábamos por los…

—¡Déjese de excusas! El vigilante confesó diez violaciones. ¡Usted lo sabía! ¿Cuántas más hubo? ¡¿Eh?! ¿Cuántos niños y niñas murieron?

—Yo… Era otra época, las cosas funcionaban así. Esos niños no importaban a nadie, la sociedad no los quería, los echaban de sus casas…"

En estos momentos hemos hecho llegar a la Policía y Guardia Civil una copia del material recibido…"

Maite asentía satisfecha ante la noticia recogida por *El Diario Montañés* y firmada por Marcelo Torquemada. Le había dado la exclusiva de la confesión de doña Herminia a cambio de que la

publicara el mismo lunes por la mañana.

—En unos días le haré llegar una grabación de Ezequiel Gómez en la que confiesa la violación de una niña en La Esperanza, en la que participaron los hermanos Rosales.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Se enterará a su debido tiempo.

—Necesito algo que sustente lo que me dice.

—Como quiera, si no lo publica usted, lo harán sus compañeros al día siguiente.

—De acuerdo. ¿Cuándo me llegará esa grabación que dice?

—Cuando concluya mi trabajo.

Maite recuerda la conversación mantenida el mismo domingo por la mañana con el avezado periodista.

“Mi hermana no hubiera dejado escapar una noticia como esta, seguro”

Le había enviado al domicilio particular de Torquemada una copia de la grabación de la confesión de la directora. Estuvo tentada de decirle que el cuerpo sin vida de doña Herminia, casi con toda seguridad, no la veía aguantando lo que le vendría encima, sería encontrado esa misma tarde o a la mañana siguiente, pero conocido el afán de saber más que nadie de los periodistas y en concreto de Torquemada, optó por guardar silencio, era fácil imaginarlo entrando en el hostal exigiendo hablar con doña Herminia.

Sabía que al registrarse con el nombre de su hermana la policía la buscaría, lo único que iban a encontrar es una denuncia por desaparición con más de dos años de antigüedad. También sabía que probablemente la policía dedujera que Adriana era *El Vengador*, contaba con ello, y también con la manera de hacerles ver su error. No pasaba por su cabeza dejar que su hermana pagara por lo que ella había hecho.

“Me ha dado más de dos años de ventaja con su muerte en la nave, es hora de que descanse en paz para siempre”

“Ya falta poco, hermanita”

Su lista de venganza estaba cerca de ser completada

En ocasiones, da la impresión que una mano invisible mueve los hilos de lo que acontece. Circunstancias que un día en particular se dan de forma diferente al resto de los demás días. Nadie tiene la

culpa, sólo sucede, como ocurrió este mismo lunes con el ejemplar del *Diario Montañés* que quedó sepultado bajo varios expedientes sobre el mostrador de recepción de la comisaría.

El comisario y su mejor pareja de policías abandonaban el Hostal El Camino cuando los teléfonos de Redondo y Olivares comenzaron a sonar.

Fausto pidió silencio, llamaba el comisario principal.

—¿Sí, comisario principal?

—Redondo, ¿cómo es posible que no me haya informado de la muerte de la directora del centro de socorro? ¡Me he tenido que enterar por la maldita prensa! ¡Por Dios!

Fausto no daba crédito a lo que escuchaba, miró a Olivares, gesticulaba mientras parecía discutir con quién estuviera al otro lado de su teléfono.

—Pensaba llamarle ahora en cuanto tuviera información que transmitirle. No me explico cómo la prensa ha podido publicar ya lo sucedido.

—¿No ha leído el periódico?

—No, señor, he venido directamente de mi casa cuando han encontrado el cuerpo esta mañana.

—Llámeme en cuanto llegue a su despacho.

María observa a uno y a otro sin entender lo que pasaba, ambos parecían realmente afectados por sus respectivas conversaciones.

—Era Paula, alguien ha dejado un montón de puñeteros expedientes encima de los periódicos y hasta ahora mismo no ha podido ver la noticia que viene en primera página— soltó Olivares.

—¿Noticia, Diego?

—Sí, *El Diario Montañés* ha publicado la confesión de la directora.

—¿Pero…cómo es posible?

Fausto llamó al director del *Diario Montañés* que a su vez le pasó con Marcelo Torquemada para que le solucionara cualquier duda.

—Comisario, será mejor que sea él quien le dé detalles, yo sólo puedo decirle que recibió la llamada de la misma persona diciéndole que contaba con la grabación de la confesión. No podíamos obviarlo.

Cuando Redondo dio por finalizada la conversación con Torquemada las venas de ambas sienes amenazaban con explotar, señal inequívoca de que no le gustaba nada la situación que estaba viviendo por causas ajenas a su capacidad como policía.

—Tenemos en comisaría una copia de la grabación— dijo a Olivares y a Pinta— les espero en mi despacho.

Sin añadir más se introdujo en su coche. María y Diego tras él rumbo a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

—No hemos hablado del compañero al que se refiere en la confesión— expuso de repente Pinta— ¿Sospechamos de alguien, verdad?

Olivares asintió, pocas cosas en su labor como policía le afectaban más que ver a un compañero salpicado por hechos que señalan que no llevó la investigación como correspondería debido a sobornos recibidos.

—Dejaremos a Trémez para el comisario.

Cuando entraron en el despacho Redondo les entregó un ejemplar del *Diario Montañés*.

—No se preocupe, jefe, tenemos el nuestro— la subinspectora blandió el periódico en el aire— no me podía aguantar hasta llegar a comisaría.

—Dile lo que piensas— pidió Olivares a su compañera.

—La publicación de esta noticia nos allana el camino.

Fausto se volvió hacia Pinta Lo que para él suponía la alteración total de sus nervios, para ella significaba una buena noticia.

—¿Qué quiere decir?

—La mujer rubia, Adriana, que tomó café con la directora el sábado a última hora es la única persona que ha podido grabar la confesión. Sí, sé que cabría una mínima posibilidad de que alguien se colara de madrugada en su habitación y le hiciera confesar, pero ¿por qué apurar tanto?— María miraba a uno y a otro— sin embargo, esa mujer llegó el viernes por la noche y se fue el domingo a primera hora, vino a lo que vino.

—Localizándola tendremos la respuesta a todas las preguntas— apuntó el inspector.

—No tarden. Pero antes escuchen la grabación que han tenido el detalle de enviarnos— soltó en tono irónico.

“Puñetera prensa”

Al terminar, el inspector tomó la palabra.

—Está claro que la chica conocía a la directora por haber estado interna en La Esperanza— apuntó Diego— cuando asegura que lo único que le interesaba era sacar dinero por ellos, por los internos.

—Localícenla. Tengo que llamar al comisario principal.

Diego y María se encerraron en la sala de trabajo. Hicieron un listado con todos los Sotillo y Sotillo Del Camino que hubiera en España. No fue una tarea fácil pero a última hora de la mañana la subinspectora, que disfrutaba como pocos con esa faceta de la investigación policial contaba con algunos resultados.

—Gracias— dijo y colgó el teléfono. Agitó la mano en el aire reclamando la atención a su compañero.

—¿Qué tienes?

—Pensé que se trataba de un apellido menos común— bajó la vista a sus notas y leyó— En España, Sotillo es el número 3144 de apellido más común. Hay cerca de 1.490 personas censadas con este nombre como primer apellido, 1510 lo tienen como segundo y 22 en ambos.

—Mejor que si fuera García.

—Sí, sin duda— sin levantar la vista de sus notas añadió:— Si Del Campo fuera todo seguido la lista se reduciría bastante— dijo para sí misma mientras mordisqueaba la capucha del Bic— a ver, tenemos 8700 censados con Del Campo como primer apellido y 8340 como segundo. Ninguno de los dos apellidos es común en Cantabria.

Diego repasa una vez más la noticia que recogía la confesión.

—¿Me escuchas, compañero?

—Sí, por supuesto. Aún no acierto a entender tu alegría hace un momento al colgar el teléfono.

María le dedicó una sonrisa de complacencia.

—Tengo una buena amiga en el rectorado de la universidad. Se me había ocurrido que por la forma de redactar la confesión podía tratarse de una abogada y le he pedido que buque a Adriana Sotillo Del Campo entre los alumnos, por si estudiaba o había estudiado Derecho— su sonrisa se hacía cada vez más grande.

Diego cerró el periódico

—¿Y? Hay que ver cómo te gusta el drama.

—¿Tú crees? No sé de quién lo habré aprendido.

—Suéltalo.

—Pues me acaba de decir que no hay nadie con esos apellidos estudiando, ni que haya obtenido el grado.

—María…

—Pero sí lo ha encontrado en periodismo. Ha hecho una barrida por todos los alumnos de las diferentes universidades. Nuestra mujer misteriosa estudió periodismo en CESINE hasta avanzado el segundo curso.

—¿Lo dejó?

—Sí, sin decir nada.

—¿Tenemos la dirección o el teléfono de su familia?

La subinspectora dio la vuelta al folio.

—Sí, sus padres viven en Londres.

—¿Londres?

—Es la dirección que consta de ellos.

—¿No tenemos la de la chica? Si estudiaba en CESINE tendría que vivir en Santander.

—Aguarda un segundo, me ha dicho que me enviaba un e-mail con

la información— pidió mientras entraba en su cuenta de correo— A ver… sí, aquí está.

—De todas formas no creo que tras dos años sigan pagando el alquiler. Hay que llamar a Londres ¿Cómo vas de inglés?

La subinspectora ladeó el rostro de un lado a otro.

—Bueno, me defiendo, pero confío que apellidándose Sotillo Del Campo no sea necesario.

—Ahí has estado bien.

Situaron el teléfono fijo entre ambos y activaron el altavoz. Al quinto tono descolgaron el teléfono.

—Good morning. My name is Diego Olivares. I am inspector of police of Spain. Could I talk to the parents of Adriana Sotillo?

María miró a su compañero, frunció los labios y asintió. Diego movía su mano derecha como si no estuviera muy convencido de lo que había dicho.

—Espero que me haya entendido…—susurró.

—Sí, inspector, le he entendido— dijo una voz de mujer— soy la madre de Adriana ¿saben algo de ella?

—No exactamente, verá, su DNI ha aparecido en un hostal de Santander llamado El Camino, este fin de semana.

Del otro lado llegaba mitigado, como si la mujer tapara el micro, el murmullo de gemidos contendidos.

—No sé qué decirle, denunciamos su desaparición hace casi tres años. Lo último que supimos de ella fue que se iba de viaje con un chico que había conocido— logró decir entre balbuceos.

—Señora, soy la subinspectora María Pinta, sólo serán unas pocas preguntas. ¿Su hija suele llevar el pelo rubio?

—¿Adriana, rubia? No, nunca. ¿Por qué lo dice?

—La persona que entregó su DNI en el hostal era rubia.

—No, ella no…

—¿Es adoptada?— intervino Diego.

Durante un eterno minuto se hizo el silencio al otro lado de la línea. No se había cortado la comunicación, se escuchaba con claridad una respiración entrecortada.

—Sí, la adoptamos con tres años por medio de los Servicio Sociales en Cantabria.

—¿Vivieron aquí, en Cantabria?

—Sí, en Santander unos años, después en La Coruña y desde hace siete en Londres.

—Disculpe, la casa que ella ocupaba, imagino que si era alquilada no la seguirán pagando.

—Sí, inspector, la mantuvimos un año pero no renovamos el

contrato.

—¿Cuándo llegó ella a España?

—Con el comienzo del curso, en septiembre de 2014.

—Señora Sotillo ¿nos pondría enviar algunas fotos, las más recientes que tenga de Adriana, por favor?

—Claro, subinspectora.

—Ha sido muy amable, la mantendremos informada. Gracias.

—Por favor comuníquennos todo lo averigüen

—Le doy mi palabra.

Tras facilitar su dirección de email se despidieron.

Como si formara parte de una coreografía ensayada los dos compañeros se frotaron el rostro. La pista que parecía que les allanaba el camino, tal y como había sugerido la subinspectora apenas una hora antes, se desvanecía ante sus ojos.

—No se trata de la niña adoptada por los Ganzán.

—No, es del todo imposible, no estaba aquí, pero…

—¿Pero…?— María aguardaba el fin de la frase de su compañero que permanecía con la mirada en la documentación.

—Pero sí que pudo estar presente en el asesinato de la última víctima atribuida al *Vengador*, la del conserje Ezequiel Gómez. Se encontraba aquí, en Santander.

—Más o menos el tiempo que lleva desaparecida…

Diego se incorporó y se acercó a la ventana. María revisaba sus notas y el expediente del conserje. A ambos les latía el corazón con un ritmo que se aceleraba por momentos. Un ritmo que asemejaba al habitual en momentos en los que se hallaban cerca del fin del caso que llevaran entre manos. Sin embargo, no era posible. Adriana no podía ser la chica muerta encontrada junto a Ezequiel Gómez.

—Ella no puede ser *El Vengador*, Diego, ¿qué se nos escapa?

—Si la puñetera directora no hubiese destruido las fichas de las adopciones…— negó con la cabeza, molesto con su comentario— De nada vale lamentarse. Como bien dices, algo se nos escapa. No podemos cotejar su ADN con el de sus progenitores porque no son sus padres biológicos.

—Pero sí podremos saber si la mujer fallecida es o no Adriana.

Diego regresó a su silla.

—Cierto— apuntó con escasa alegría— ¿imaginas que el resultado coincide? No tendría sentido. Si nos creemos la versión que nos ha contado la madre, no tengo motivos para no hacerlo, su hija no puede

estar detrás del *Vengador*. De niña no estuvo en La Esperanza, ni pudo conocer a los hermanos Rosales, ni al camionero, ni a los Ganzán.

—Alguien con su DNI estuvo en el Hostal El Camino, no como turista precisamente, Diego, buscaba a doña Herminia. Sabía que ese establecimiento había sido La Esperanza, llevaba el DNI de Adriana.

—Entonces, si no se trata del *Vengador*, que lo damos por descontado, alguna relación guarda con él, con ella mejor dicho.

—¿Dos chicas unidas por su pasado?

—Sí, algo así.

María quedó un rato como ausente repasando sus notas.

—¿Recuerdas que te comenté que la carta podría ser escrita por un abogado?

—Sí.

—¿Qué tal por un escritor?

—¿A dónde quieres ir a…? ¡Joder! Lo dices por la carta que Jaime Valdés dejó para doña Herminia a los dueños del hostal.

—Sí, tranquilo, no se nos ha olvidado, sólo que todo lleva su proceso.

—Ya. Tengo que llamarle.

49

“Las primeras hipótesis apuntan a que se trata de un suicidio. La policía investiga el paradero de la misteriosa mujer que compartió la cena del pasado sábado con doña Herminia Castañedo y un café, posteriormente, en su propio dormitorio.

Según fuentes de toda solvencia, se ha hallado un sobre en dicho dormitorio que contenía la confesión de la mujer sobre los horribles crímenes y violaciones acaecidos en dicho centro del que era máxima responsable. ¿Existe alguna relación entre la misteriosa mujer y el suicidio de la directora?...”

“Describen a la chica misteriosa como una joven en torno a los veinticinco años, educada, que se encontraba en Santander de paso. En palabras de los dueños del hostal su relación con la directora fue fruto del empeño de ésta en conocerla, admitió que la joven le recordaba a una sobrina que hacía años que no veía. La policía busca a la mujer para que aporte su testimonio a la investigación… Continuaremos informando de todo lo que…”

Dejé el periódico sobre la mesa. En mi cabeza aún resonaban las palabras de Maite a Goyo “*si te lo digo tendré que matarte*”. El comercial no se había presentado ayer lunes en clase, la abogada tampoco. A esta incómoda sensación se sumaba la negativa de la directora del centro de socorro a recibirme unos pocos días atrás.

“¿Debo poner en conocimiento de la policía la conversación que escuché?”

Dos datos de la noticia que acabo de leer sustentan mi teoría. La persona que estuvo con la directora era una mujer y contaba con unos veinticinco años, a lo que añado, como fruto de mi intuición, la extraña coincidencia de su vista al famoso Centro de Socorro Juvenil La Esperanza, que ya a nadie se le escapa que debería ser considerado como el epicentro de todo. Si no de las víctimas, si al menos del asesino o asesina.

Comienzo a lamentar el día que se me ocurrió aceptar dar el curso y más aún aprovechar las noticias de la vida real, para incorporarlas al taller. Debí dejar al *Vengador* alejado de mí. Es fácil decir esto ahora, sé que con la información que disponía en aquel momento volvería a actuar del mismo modo.

Necesito moverme, caminar un rato. Disfruto haciéndolo bajo un cielo cubierto de nubes acompañado de una suave y fresca brisa.

Mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto. La policía no tardará en disponer de un retrato robot, si no lo tiene ya, de la joven rubia. La prensa poco tiempo tardará en publicarla y la televisión en difundirla. Siento una punzada constante de ansiedad. El simple hecho de imaginar que el retrato se parezca a una de mis alumnas o a Mena, me agobia.

En estos momentos si me interrogaran sería incapaz de señalar a una sospechosa sin ningún género de dudas. Cierto, que por la forma en la que se han desarrollado los hechos en los últimos meses, me inclinaría a señalar a Maite en primer lugar, cuenta con la edad y un escondido pasado. Ni Marcos ni yo hemos logrado encontrar la más mínima información acerca de ella anterior a 2009. No tiene que resultar del todo extraño, entraría dentro de toda lógica que en esa época una chiquilla de catorce años no tuviera mucha vida en las redes sociales. Lo que sí puede parecer alejado de las actuales costumbres es que Maite no cuente con ningún perfil en ninguna red social.

Sin embargo, su forma de actuar no la puedo asimilar al carácter que debe gobernar a alguien que es capaz de matar a tanta gente, y con un brutal ensañamiento como el empleado en el asesinato de Segismundo Ganzán. En este perfil me encaja como un guante Mena. No sólo ella, si añado a Néstor, suponen la pareja perfecta para asumir la autoría de los asesinatos. Reconozco que puestos a analizar cada asesinato, uno por uno, su papel de culpables pierde fuerza. Ni Mena ni Néstor fueron internos en La Esperanza, como me aseguró el inspector Olivares la pasada semana. Sé que mi reacción al enterarme no fue la más adecuada:

—Quizá ellos no, pero una buena amiga que hubiese sufrido abusos o una hermana o...

—Todo eso es posible, señor Valdés, lo investigaremos, pero no hay nada que nos lleve en esa dirección.

Recuerdo como la rabia se apoderaba de mí. Sin duda se trataba una rabia absurda, de niño al que le han quitado su juguete favorito. Quizá internamente prefería culpar a Mena que a Maite.

Después de los retazos de la conversación que mantuvieron Maite y

Goyo al salir de clase, en la que el comercial le preguntaba acerca de su pelo, si usaba o no peluca, era fácil imaginarla de rubia.

“Si usara peluca”

Dejé que mi vista se perdiera en el horizonte, gozo viendo las olas romper a los lejos. Respiré profundamente sin dejar de recorrer con la mirada todo el mar que podía alcanzar con la vista.

“Freddy”

Sí, en momentos como este es cuando más me acuerdo de mi buen amigo.

Mi teléfono comenzó a vibrar en el pantalón.

Me sentía torpe mientras introducía la mano en el bolsillo y me hacía con él.

“Inspector Olivares”

“Espero que no me llame como sospechoso, es lo que me faltaba”

Deslicé el dedo por la pantalla y atendí la llamada.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, señor Valdés. Quería informarle que hemos interrogado una vez más a Néstor Vilha. Ha confesado ser el que lanzó la piedra y el que le abordó por la espalda, pero no asume la muerte de su perro, ni los golpes que recibió.

—Miente, inspector. Fueron ellos.

—Tiene prohibido acercarse a usted a menos de doscientos metros.

—Se lo agradezco, pero llegado el caso no creo que le suponga problema alguno reducir esa distancia en su totalidad.

—Confiemos que sí, que le mantenga alejado. Señor Valdés, quería hacerle una pregunta.

“Este es el verdadero motivo de su llamada, ¿no inspector?”

—Sí, por supuesto. Dígame.

—¿Por qué fue al hostal La Esperanza?

La pregunta lanzada como sin darle la mayor importancia, al final de una conversación, me cogió con la guardia baja. Digo guardia, porque he asimilado, desde mi primera conversación con Olivares y Pinta, que con ellos debería permanecer siempre alerta. Sé que no me han quitado el cartel de sospechoso como también sé que mi tardanza en responder no estaba mitigando sus dudas.

—Es el lugar al que parece que todo apunta.

—Sí, lo es ¿había estado antes?

—No, era la primera vez, quise mantener una breve conversación con la que fue directora del centro pero no quiso recibirme.

—¿Puedo preguntarle el motivo de esa conversación que esperaba

mantener?

Tragué saliva, nada más lejos de mi intención señalar a Maite o a Mena con motivo de mi visita, que lo eran. Al menos en parte.

—Después de la primera conversación que mantuve con usted y la subinspectora Pinta en comisaría, más las diferentes informaciones que recogían los medios, creí oportuno hablar con la mujer a la que todos se referían. Quería saber su opinión.

—¿Y el sobre?

De nuevo me sentí como cogido en una mentira.

—¿Sobre? ¿A qué sobre se refiere?

—Al que dejó a la recepcionista para entregar a doña Herminia Castañedo.

Respiré profundamente antes de responder.

—Dentro iba mi tarjeta con mi número de teléfono y una breve carta en la que exponía el motivo de mi visita.

—¿Nada más?

—Nada más, inspector ¿Por qué lo pregunta?

Cuando colgué, una oleada de inspiración golpeó con fuerza en mi cabeza. Las noticias decían que se había encontrado una carta con la confesión en la habitación de la directora. Carta que en su mayor parte estaba escrita en un ordenador.

“De nuevo, señalado”

Sentí como si me tiraran del pantalón, bajé la vista. Un perro de raza indefinida, pequeño, de color oscuro se empeñaba en llamar mi atención. Su cola firme se movía como si hubiese encontrado a su mejor amigo. Miré a un lado y a otro buscando a su dueño, esperaba oír en cualquier momento a alguien gritando su nombre. Me incliné y le acaricié entre los ojos, en el lomo. Cuando lo hacía detenía sus nerviosos movimientos y me miraba, como pidiendo más. No podía evitar que la imagen de Freddy sobrevolara entre mis recuerdos.

Me puse de nuevo en camino dispuesto a continuar con el tema que se había apoderado de mi día a día. Un tema del que dependía mi futuro a corto plazo y quizá también a largo.

Bajé el rostro.

Mi pequeño amigo caminaba a mi lado. Dos perros nos adelantaron, se quedó mirándolos, comenzó a agitar el rabo con vehemencia y partió tras ellos.

“Quizá haya reconocido a sus amigos”

Regresé con mis pensamientos camino de casa. Se acercaba la hora de comer antes de volver al taller. No me resultaba nada complicado imaginarme a Néstor tras su último interrogatorio. Su odio hacia mí habría aumentado, lo cual me sumía en un estado de intranquilidad que me generaba, a partes iguales, rabia y miedo.

El título de una famosa película de Almodóvar explicaba a la perfección mis sentimientos:

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Un tipo nada recomendable me la tiene jurada, inducido también por su querida novia, sin que yo haya hecho nada contra ellos. La policía cree que cuenta con argumentos para sospechar de una posible implicación mía con el asesino mediático del momento. No creo que sea el único señalado, pero me basta con estar en su listado por largo que fuera, aunque lo presumo muy corto.

Lo mejor de todo es que la semana siguiente, el curso, mi primer taller, intuyo que el último, llega a su fin. Los alumnos me presentarán sus trabajos en los próximos días; una novela corta. Tengo que reconocer que lo poco que he leído de ellos hasta ahora me ha sorprendido. Excepto Goyo y Rosa, que sigue empeñada en llevar a la banca rota al marido, los demás están más que capacitados para escribir su primera novela. Goyo tiene imaginación, su dificultad radica en plasmarla en una trama. Disfruta más con la crítica a las propuestas de sus compañeros que en elaborar su propia historia. No deja de ser una salida profesional o un entretenimiento personal.

Maite había dedicado la tarde del lunes a completar el trabajo de fin de curso al que no había consagrado ni un minuto en los últimos días, y a preparar lo que iba a suponer tachar los últimos nombres de su lista de venganza.

Toto Cantero y Venancia Bras.

Un sentido homenaje al que siempre sería su mejor amigo, Toñín.

En un lugar de su cabeza se hallaba el rostro de su compañero de clase, Goyo. No tenía nada personal contra él, excepto que era un personaje que no sabe estar, que mete la pata con demasiada asiduidad, faltón, machista y que juzga, o lo intenta, las vidas de los demás sin que nadie le haya solicitado su opinión.

Su interés acerca de si llevaba o no peluca le sigue generando cierta incomodidad. Han pasado unos días y la abogada no termina de

hacerse una composición de lugar.

“¿Sabe que llevo peluca?”

No dejaba de ser extraño que fuese precisamente un hombre el primero que le haya mostrado sus dudas. Analizó su imagen en el espejo en reiteradas ocasiones, el pelo natural, parecía eso, natural, una melena real, con un peinado diametralmente opuesto al que llevó al hostal.

Tampoco entendía por qué se dirigía a ella cada vez que planteaban la posibilidad de que *El Vengador* fuera una mujer de su edad, más o menos la misma que Marta y Lali. Sin embargo, su breve conversación con Goyo tuvo un momento destacado cuando le confesó que Paco, el Policía Local, pensaba que Jaime tenía una relación directa con *El Vengador*. No dejaba de ser curioso, porque ella estaba cada vez más convencida que el profesor, de sospechar de alguien de su clase, sospecharía de ella.

Terminó de comer. Se despidió de su madre y regresó a su habitación para dar una rápida lectura a su esbozo de novela.

“Tiene su gracia esto de ser el que dirige el cotarro entre los personajes.”

Algo que en la vida real le quitaba el sueño. Se preguntaba si debía actuar de algún modo contra Goyo y el profesor o dejar las cosas como estaban, aunque sólo se tratara de darles un susto. Con Jaime no valdrían medias tintas, si se enfrentaba a él, o lo amenazaba, le estaba gritando en su propia cara que llevaba razón en sus sospechas. Con su compañero, si había tenido la poca delicadeza de compartir con ella lo que Paco pensaba de Jaime, seguramente le habría hecho lo mismo con él exponiendo sus dudas sobre ella y su peluca.

Se metió en el coche dispuesta a ir a clase. Antes de arrancar se ajustó la peluca, sin olvidarse de su juego de cejas del mismo color. Tras aprobar el resultado ante el pequeño espejo de cortesía se puso en camino. Sus dudas tendrían que esperar, antes que nada debería cerrar la lista de venganza, ni Goyo ni Jaime pertenecían a ella. Si algún día se viera obligada a actuar contra ellos sería por una mera cuestión de supervivencia.

50

A través de sus colegas de Londres, la policía había recibido un par de cepillos de pelo, otros dos de dientes, ropa interior e hilo dental . No era mucho para el tiempo transcurrido, pero era lo único con lo que contaban. Las esperanzas se encontraban casi en su totalidad depositadas en los pelos que pudieran encontrar en los cepillos.

—Algo es algo, Olivares. Nos vale un pelo con su raíz, si está en uno de los cepillos Científica nos dará lo que buscamos— consultó su reloj— confío que a media tarde tengan en su poder el ADN del cuerpo de la chica, en estos momentos deben estar exhumando el cadáver.

—Eso espero, comisario— dijo el inspector— no tenemos mucho más.

Dos golpes cortos y secos en la puerta precedieron a la entrada de María Pinta.

—¿Han terminado, subinspectora?

—Sí, jefe— dijo mientras le entregaba un par de hojas.

—No la veo muy contenta.

Diego recogía una copia que le ofrecía su compañera.

María tomó asiento.

—La mujer no para de decir que es muy mala para recordar un rostro con detalle, que si la volviera a ver seguro que la reconocería pero describirla es muy complicado.

—Lo es, María— murmuró Diego— lo es.

—Podría ser cualquiera, que sea rubia no nos dice gran cosa, porque podría tratarse de una peluca. Lo que sí recuerda es que las cejas eran rubias, porque si no le hubiera llamado la atención. Por lo visto tiene una amiga que se tiñe el pelo de rubio y las cejas no y le queda muy raro.

—¿Pedimos que la publiquen, jefe?— quiso saber el inspector.

Redondo llevó ambas manos al mostacho. Desde que echó el primer vistazo al retrato robot se estaba planteando la misma cuestión.

—Si la publicamos tendremos miles de llamadas de gente que dirán que la conoce de toda la vida y, por supuesto, que la acaban de ver— dejó caer la vista una vez más sobre el dibujo— si lleva peluca, posiblemente su aspecto real diste mucho de este— dio dos toques con el índice sobre la hoja— pero por otro lado quizá no sea la primera vez que se pone esta peluca y alguien la reconozca.

—Es posible que no obtengamos muchas pistas entre la gente pero le aseguro que cuando ella se reconozca, y lo hará por poco que se parezca, actuará en consecuencia.

—¿Te refieres a su lista de venganza?

—Sí, también— afirmó Olivares— desconocemos si ha terminado con esa lista a la que te refieres, o si algún día terminará, pero cabe la posibilidad de que haya puesto fin a todo.

—En ese caso puede huir.

—Exacto— Diego se volvió hacia su compañera y añadió ante la atenta mirada del comisario— tenemos cuatro sospechosos. La feliz pareja que amarga la vida al escritor, el propio escritor y una alumna de la que no se sabe nada desde antes del 2009. Sus padres adoptivos cuentan con los papeles en regla, como si se tratara de una adopción legal al nacer.

—A esto se debió referir la directora en su confesión cuando dijo que contó con la ayuda de los Servicios Sociales, que por cierto, estarán de los nervios.

—No les queda otra, Pinta. Continúe, Olivares.

—La duda que tenemos, que nos bloquea en muchos momentos la investigación, es tener la seguridad de que *El Vengador* no ha sido siempre una única persona. Podría tratarse de dos chicas, o una pareja. Aquí el perfil que mejor cuadra es el de la pareja acosadora.

—Sí, el profesor y Maite, a no ser que sean unos extraordinarios actores no les veo.

—Eso es, compañera, de ahí la sensación de que se nos está escapando algo que está ante nuestras narices. Por eso digo que si ella se ve en los medios actuará de alguna forma, si desaparece, es como si nos dijera; soy yo.

—Entonces la publicamos y permanecemos atentos. No puedo poner a las sospechosas bajo vigilancia pero sí que las patrullas circulen frente a sus domicilios y lugares de trabajo.

El retrato robot ocupaba la portada del Diario Montañés y de los de alcance nacional. Sobre la imagen un texto.

“*¿Conoce a la misteriosa mujer*?”

Como se temía el comisario comenzaron a recibir cientos de llamadas desde primera hora de la mañana, no sólo de Cantabria si no de puntos tan distantes como Almería y Castellón.

Felisa observaba la fotografía junto a su esposo acodados en el mostrador de recepción. Habían tomado la decisión de cerrar el negocio pero aguardarían a que, tal y como les aseguró Adriana, la policía, los periodistas, los curiosos y las excavadoras tomaran posesión del jardín.

—¿Así la recuerdas?

—Bueno, lo cierto es que no se parece mucho ¿verdad? El pelo era como más…

—¿Corto?

—Sí, y los ojos…

—¿Menos rasgados?

El hombre cogió a su mujer por la cintura y la atrajo hacia él.

—Es difícil describir a alguien, ¿eh?

Felisa esbozó una sonrisa afectada mientras deslizaba el dedo índice por el cuello de la camisa de su marido.

—Llevabas razón, se ha portado muy bien con nosotros y además la policía dijo que se trataba de un suicidio. Te digo una cosa, si después de lo que ha confesado doña Herminia, Adriana la hubiese matado yo podría entender que…

—Chist, calla.

Maite se hallaba frente a la vivienda de Toto Cantero y Venancia Bras. Le había visto salir a él pero no a ella. Había comenzado la vigilancia de los que confiaba fuesen los últimos de su lista de venganza.

Llevó la vista a su derecha. Un kiosco de periódicos atrajo su atención. Le vendría bien echar un vistazo a la prensa para alargar la espera un poco más. En cuanto las portadas de los periódicos se hicieron visibles, sintió un cierto picor por todo el cuerpo.

—*El Diario Montañés*, por favor.

—Aquí tiene.

Maite regresó a su puesto de vigilancia.

Sólo un cierto picor, porque contaba con que la policía hiciera su trabajo y realizara un retrato robot de la chica rubia del hostal, pero

no tenía tan claro si Felisa iba poner todo de su parte para dejar patente sus dotes de observación.

Sintió como se relajaba con cada nueva mirada que echaba a la imagen.

“No me reconozco”

Sin embargo, la publicación del retrato robot, a pesar de que no existiera un gran parecido entre ella y la imagen, indicaba que la policía estaba tras su pista. Hubiera dado todo por saber si su compañero del taller, Paco, había compartido sus sospechas con los investigadores. Si había tenido la poca profesionalidad de hacerlo con un compañero de clase al que apenas conoce, es posible que hubiese acudido a la comisaría o cuando menos a sus superiores.

Si fuese así, las sospechas recaerían sobre Jaime.

La aparición de su objetivo saliendo del portal cortó en seco sus deducciones.

—Ahí vas…

Siguió sus pasos con la mirada en el corto trayecto que realizó hasta la panadería y regresar de nuevo al portal. Tomó nota de la hora.

“Las 12,30h”

Unos minutos más tarde de las 14,00h apareció Toto Cantero por un extremo de la calle. Maite se incorporó, con el periódico bajo el brazo y las manos buscando algo en el bolso chocó con el hombre.

—Disculpe, iba distraída. No encuentro las llaves.

El individuo acusó el encontronazo, clavó sus ojos en la estúpida mujer, que no miraba por dónde iba, dispuesto a escupir cualquier improperio cuando unos ojos negros se fijaron en los suyos. La mirada y las disculpas ejercieron como un potente bálsamo.

Esbozó una boba sonrisa y continuó caminando volviendo la vista atrás. Maite había conseguido su objetivo, confirmar que se trataba del mismo individuo. Las manos peludas y un enrome anillo le delataban.

“Estamos cerca, Toñín”

Regresó las siguientes mañanas de la semana para confirmar que la mujer salía de la casa entre las 12,15h y 12,45h a la panadería, sólo una vez fue al mercado, y el hombre entraba en el portal siempre antes de las 14,15h.

El momento se aproximaba, el día elegido sería después de finalizar el taller. Desconocía si se iba a ver obligada a huir, debería ser lo suficientemente inteligente como para conseguir que la policía cerrara el caso del *Vengador* y ella permaneciera libre.

Me había levantado con dolor de cabeza y congestión. Confiaba en haberlo cogido a tiempo y que no me durase más de un par de días. Pasé la mañana y parte de la tarde, hasta que llegó la hora de salir, entre medicamentos que aseguraban que me lo cortarían de raíz.

De camino al taller compraría el periódico en el pequeño local de prensa situado en la misma calle.

—Me llevo *El Diario Montañés*— dije mientras entregaba a la dependienta 1,50€.

—Gracias, señor.

Salí a la calle. Una mano en el maletín, la otra sosteniendo el periódico con la intención de leer la portada antes de acceder a la escuela.

"*¿Conoce a la misteriosa mujer*?"

Me detuve escudriñando la foto de la rubia que se suponía había estado con la directora el fin de semana que puso fin a su vida. No me recordaba a nadie en concreto, excepto por…

—Esos ojos, si no fueran tan…

—Buenas tardes, Jaime.

Volví el rostro como si me hubieran sorprendido haciendo algo que no debiera.

—Hola, Maite ¿cómo estás?

"Esos ojos…"

Vi que llevaba la vista al periódico.

—¿La misteriosa mujer?— soltó sin darle la menor importancia.

—¿Eh? Sí, sí, eso dicen. Es la que estuvo en ese hostal con la directora del centro de socorro— apunté nervioso, sin querer me vi observando su pelo, deteniéndome más tiempo del necesario.

—¿Tengo algo?— quiso saber mientras llevaba la mano a la cabeza

—No, no disculpa. Es que llevo todo el día con medicación para el catarro que he cogido y estoy algo descentrado. ¿Entramos?

—Sí, traigo el trabajo bastante avanzado.

—Me alegra saberlo. Confío que el taller te haya aportado algo— solté. Un segundo después estaba arrepentido de mi estúpida frase.

—Mucho, Jaime, mucho. Ha sido de una enseñanza constante.

La dejé pasar. No sabía cómo tomarme sus palabras. Si permito que mi susceptibilidad, excesivamente desarrollada en las últimas semanas, se haga cargo, la conclusión alcanzada sería que se trataba de una indirecta. Quizá sería más exacto llamarlo directa. Si atiendo a mis sospechas, el taller le ha servido a Maite para dar pasos en su actividad como vengadora.

Sé que pensar de este modo de alguien que conoces, aunque sólo

sea de unos pocos meses, no es agradable y puede que ni siquiera sea justo. *El Vengador*, es un hombre o mujer del que hablan los medios, alguien ajeno a mi vida, un ser irreal que jamás se cruzará en el camino del alguien como yo. Esto sólo ocurre en las películas.

Lo sé. Ojalá sea así.

Al menos en unos pocos días dejaremos de vernos, lo que implica ahorrarme las tonterías que he soltado en clase.

—¡No cerréis!

Maite y yo nos detuvimos.

Un individuo corría hacia nosotros maletín en mano. Su traje arrugado por el paso de los años, la camisa a rayas de colores que luchaban con el fucsia y lunares verdes de la corbata indicaban que no podía ser otro que Goyo.

No pude evitar sentir cierta relajación al comprobar que mis absurdos temores de esta misma mañana no tenían fundamento.

—Gracias.

—Buenas tardes, Goyo— dije permitiéndole el paso.

—Creí que no llegaba.

Confiaba en pasar una tarde tranquila comentando los trabajos que hubieran traído los más avanzados. Pero no fue posible, no al menos durante la primera hora.

—¿Habéis visto la foto de la tía que fue al hostal?

Lali negó con la cabeza.

—No he tenido tiempo de nada ¿por qué?

Goyo miró a Maite. Lo supe, no porque hubiera seguido su mirada, me bastó con intuirlo. La abogada está a mi derecha, el comercial delante de mí y a la izquierda. Su mirada en diagonal buscando a su compañera. Algo debió ver en esos ojos que optó por cambiar de conversación.

—Porque imagino que la policía habrá recibido montones de llamadas diciendo que la conocen.

Lali se volvió como si le hubieran tirado del pelo.

—¿No me digas que la conoces?

—¿Yo? No, que va, tiene una cara muy común.

Se hizo el silencio en la clase durante unos segundos.

—¿En tu trama quién sería esa misteriosa mujer, Jaime?

La pregunta de Paco me cogió desprevenido. Llevaba varias semanas sin dirigirse a mí y apenas participaba, llegué a confiar en que se diera de baja, pero seguramente su profesión se lo impedía.

—No sabría decirte. Hace días que no sigo las publicaciones— miré el periódico— hoy lo he comprado y he visto la fotografía a la que se refiere Goyo. Admito que no sé qué relación pude tener con *El*

Vengador.

—Nadie lo sabemos, me refería en tu trama.

Pocas veces en mi vida me he sentido tan incómodo ante la presencia de alguien. De no mantener una relación de profesor y alumno le hubiera preguntado qué era lo que quería de mí, y si era algo personal.

—No sé si en mi trama hubiese llevado a un personaje a ese hostal — la respuesta pareció decepcionarle— pero de haberlo hecho, se trataría de alguien conocido de la directora o bien representa a ese conocido.

Goyo se me quedó mirando unos instantes.

A media clase me entregó su trabajo, se despidió esa misma tarde. Por motivos laborales no podría asistir los pocos días que restaban para finalizar el curso. Creí comprender lo que le afectaba en cada clase cuando leí su novela corta. Un profesor de lengua utiliza sus clases como tapadera de su verdadera actividad de asesino en serie, en la que le acompaña una chica recién licenciada. Uno de sus alumnos pone en conocimiento de la policía sus sospechas, tras las iniciales dudas, al final el profesor es detenido.

Su forma de plantear la trama no era muy clara. Quizá debido a que según fue avanzando el curso sus personajes comenzaron a tomar vida propia, pero si como decía antes, dejo en manos de mi susceptibilidad la interpretación del trabajo del Policía Local, no me queda otra opción que concluir que ha puesto en conocimiento de la policía sus sospechas.

Iba entendiendo lo que el inspector Olivares y la subinspectora Pinta podían haber pensado cuando un colega suyo les informa de una historia sobre alguien, y ese alguien aparece con otra similar.

“¿Quién me mandaría hablar del puñetero *Vengador* en clase?”

51

El teléfono de Redondo comenzó a sonar.

—Comisario, le llama el inspector Cortina, de Científica.

—Gracias, Cruz, páseme.

—Comisario Redondo, le acabo de enviar el informe a su despacho. Quería adelantarle que del cepillo que nos enviaron hemos podido utilizar varios pelos con folículo piloso adjunto, con la raíz, y extraer ADN de la propietaria y compararlo con el de la mujer encontrada en la nave del polígono industrial.

—¿Coincide?

—Sí, comisario. El cadáver corresponde a Adriana Sotillo Del Campo.

—¿Sin lugar a dudas?

—Como sabe, siempre se deja un mínimo porcentaje a lo inesperado, a las dudas, pero no mayor de un uno por ciento.

—Gracias, Cortina, espero la llegada de su informe.

Apenas tuvo que esperar unos minutos cuando Cruz entró en el despacho portando el informe esperado y flanqueando el paso a Olivares y Pinta.

—Sentémonos ahí— Fausto rodeó su mesa y tomó asiento en una de las sillas de la mesa de reuniones.

—¿Lo ha leído?— María señalaba la carpeta que Cruz acababa de entregar al comisario.

—No, pero me ha llamado Cortina.

—¿Coinciden?

—Sí, en un 99%.

Redondo abrió la carpeta y echó un rápido vistazo a las conclusiones. Durante un par de minutos nadie habló. Posiblemente cada cual buscaba encontrar su propia interpretación sobre lo que significaba el informe de Científica.

—Me alegro por la familia, por fin pueden enterrar a su hija, pero no sé si el precio de saber que es la persona que siempre se ha considerado que estaba detrás del *Vengador*, valdrá la pena.

Una vez más el comisario se tomó unos segundos atusándose el bigote.

—¿Han podido hablar con sus padres?

—Sí, jefe, aseguran que si nadie les asegurara que la chica del retrato robot podría ser su hija no la habrían reconocido.

Fausto frunció su espeso entrecejo.

—¿Me está diciendo, Olivares, que la han reconocido?

—No exactamente. Al pedirles que la observaran bien, la madre ha terminado por decir que tenía un aire— sobre la mesa dejó el retrato robot y una de las fotos que les envió la familia de Adriana— no se puede asegurar que sean la misma persona, pero puestos a querer ver similitudes las podemos encontrar.

—Ya— cerró el informe y lo empujó al centro de la mesa— repasemos lo que significa la identificación del cadáver de la señorita Sotillo.

—No aclara mucho, mejor dicho, lo complica todo más— María chupaba la capucha de su nuevo Bic— esta chica no puede ser la que asesinó al camionero, Segismundo Ganzán, a su mujer, ni a los Rosales, porque estaba en Londres. Creemos que el doble crimen de los hermanos no pudo hacerlo una persona sola.

—Podría haberse encontrado en el momento equivocado en el lugar equivocado— intervino Diego— tampoco tiene sentido su presencia en la nave del polígono. Menos, con un individuo que fue vigilante en La Esperanza. Lo que nos lleva a una conclusión que podía explicar parte del caso.

Fausto asintió.

—Que *El Vengador* está vivo.

—Así es, jefe.

—Está vivo y llevando a cabo su lista de venganza— apuntó María pensando en voz alta con la vista en sus notas— pero no explica por qué Adriana Sotillo terminó muerta en esa nave. ¿Es coincidencia que esté en ese lugar con un antiguo vigilante de La Esperanza? No, jefe, de alguna manera, esa chica y el centro de socorro están relacionados.

—Con todo lo sucedido en los últimos días, nos hemos dejado pendiente hablar con María Teresa Garzábal, la alumna del taller de Valdés que llaman Maite. Es la que más podría encajar en el perfil en cuanto a su pasado, junto con Mena, pero no tenemos ninguna prueba.

—Si es ella y la ponen sobre aviso, podría huir— dijo el comisario.

—Por eso mismo, jefe, pero no podernos quedarnos de brazos cruzados. ¿Se va a hacer pública la identificación del cuerpo de la chica?

—Es una posibilidad que no descarto.

María se ajustó su alta coleta antes de tomar la palabra.

—Si se dice que se trata del *Vengador*, la persona que está actuando es posible que se relaje o se cabree, dependerá de cómo se tome la noticia. Si lo hacemos así la familia recibirá un duro golpe, que no merecen porque sabemos que no se trata del famoso asesino.

—Filtraremos la información. Sólo diremos que ya se sabe la identidad del cadáver de la nave, pero que no se hará público hasta comunicarlo a la familia.

—¿Puede esperar unos días antes de hablar con Londres?

—Sí, Científica se ha dado mucha prisa y podemos retrasar la publicación de las conclusiones ¿por qué lo dice?

—Creo que tendremos noticias pronto.

El inspector no se equivocaba.

Maite se acercó al portal en cuanto Venancia Bras salió rumbo a la panadería. Subió a la tercera planta para aguardar su momento en el descansillo. En su bolso, la pistola eléctrica, el espray y el homenaje a Toñín; la misma pistola que su mejor amigo utilizó cuando se vengó de Evaristo Cantero, marido de la que sería su siguiente víctima.

Estaba nerviosa, muy nerviosa. Su relación con las armas era casi nula. Había estado ensayando en su habitación el momento que se aproximaba. Pretendía trasladar soltura en su manejo y que los exacerbados nervios no la delatasen.

Los pasos de alguien subiendo las escaleras pusieron en tensión sus músculos. Se asomó por la barandilla.

“Ahí viene”

La pistola eléctrica en el bolsillo de la chaqueta firmemente sujeta. La Star S9 corto en el bolso. La primera opción fue amenazarla con ella pero no quería que se revolviera y tuviese que solventar a golpes la contienda. El volumen de Venancia no lo aconsejaba. Tendría que darse prisa.

Se la dio.

En cuanto la mujer introdujo la llave en la cerradura, Maite aguardó a que saltara el resbalón de la puerta y se lanzó sobre ella asentándola varias descargas en la espalda. La mujer cayó al suelo en el pequeño vestíbulo de la casa. La abogada cerró la puerta y sacó un par de cuerdas del bolso que utilizó para atar manos y pies.

Cambió la pistola eléctrica por la de balas y respiró profundamente. Había dejado a Venancia en el salón, tumbada en el suelo, amordazada y sin sentido.

—Toñín, necesito que me des ánimos. Sabes que las pistolas me ponen nerviosa pero no quiero fallar, te mereces que tus padres y tú descanséis en paz.

Una serie de inconexos gruñidos cortaron su particular rezo. Venancia abrió los ojos como si le fueran a estallar de un momento a otro y comenzó a agitar furiosamente brazos y piernas.

—Parece que la señora se ha despertado— dijo mirándola fijamente— sólo te lo voy a decir una vez, si no te estás quieta te daré otra descarga.

La mujer incrementó sus nerviosos y asustados movimientos.

Maite cumplió su amenaza.

Cuando Venancia volvió a abrir los ojos parecía haber comprendido la situación.

—Eso está mejor. Imagino que te preguntas quién soy ¿verdad?

La mujer asintió.

—Soy la mejor amiga de un chico, al que…—apretó los labios y añadió con rabia contenida— tú, el *hijoputa* de tu marido y tu cuñado dejasteis huérfano.

La mujer frunció las cejas.

—¡Ah! ¿No recuerdas? Verás, entrasteis en su casa, tu marido violó a su madre y tú fuiste a buscarle por la casa. Él sí te vio pero tú a Toñín, no. Antes de marcharos los matasteis a tiros ¿vas haciendo memoria?

Venancia abrió los ojos exageradamente mientras negaba con la cabeza.

—Tienes derecho a saber que mi amigo mató al *hijoputa* de tu marido hace unos años. He venido a terminar su venganza. Tranquila, me iré en…— consultó su reloj—media hora más o menos, lo que tarde en venir tu querido Toto ¿Ahora te lo haces con él, eh?

Maite se esforzaba en aparentar una tranquilidad que distaba mucho de sentir.

Había sido sincera cuando dijo que iba a terminar pronto. Nada de alargarlo como la pasada Nochebuena con Segis.

“Las 14.05h”

Su corazón comenzó a golpear aún con más fuerza en el pecho.

“Tranquila”

Creyó escuchar en su interior la voz de Toñín.

Sonrió.

“Contigo a mi lado es mucho más fácil”

Ruido de llaves en la puerta de entrada.

—¡Venan, querida! ¿Dónde estás? Hoy te voy a dar lo tuyo…

Venancia vuelve a agitarse en el suelo, una vez más.

Maite le apunta con el arma y la mujer detiene sus incontrolados movimientos. La puerta comienza a girar y la enorme humanidad de Toto aparece bajo el umbral absorto en su móvil.

—Venan…

Levanta la cabeza y ve a su cuñada que le mira con ojos desencajados, la cabeza señalando a su captora.

—Pero, qué cojones…—siguió la dirección de las indicaciones de la mujer de su hermano— ¡¿quién coño eres tú?!— exclamó mientras se abalanzaba sobre la abogada.

Maite no contaba con esa reacción.

“Mejor, así no tengo dudas”

Disparó una vez, dos.

Toto giró sobre sí mismo como si de repente se dispusiera a interpretar un extraño paso de baile. Una bala le entró por el pecho, cerca del corazón, la otra impactó en la tripa, la que seguramente terminaría con su vida, no de forma inminente.

—¿Qué coño quieres, zorra?— masculló desde el suelo.

—Calla la puta boca, Toto de mierda— escupió cerca del hombretón.

Demasiado cerca.

El puñetazo la cogió desprevenida lanzándola contra la pared y cayendo al suelo sin sentido. Venancia agitaba su voluminoso cuerpo de un lado a otro con rabia, lo único que conseguía era que sus ataduras se ajustaran con más fuerza a sus muñecas y tobillos. Toto, tumbado en el suelo, con la cabeza en la pared pretendía incorporarse. Tras muchos intentos logró rodar sobre un costado y reptar. El dolor y la pérdida de sangre le nublaban la vista, pero no iba a parar hasta llegar hasta la zorra que le había metido dos balazos.

—Te vas a enterar, hija de puta…—escupió entre dientes sin dejar de arrastrarse.

Cuando se encontraba a la distancia suficiente de Maite para cogerla por el pie, la agarró y tiró justo en el mismo momento en que la abogada abría los ojos y comprendía dónde se encontraba. Bajó la vista a lo que fuera que le atenazaba el tobillo, al ver la babosa sonrisa de Toto le descargó el tacón del otro zapato en pleno rostro. De un salto se incorporó. Miró en torno buscando la pistola.

“Ahí está”

De dos rápidas zancadas se hizo con ella. Antes de poner fin a su estancia en ese piso quería que Toto supiera por qué iba a morir.

—Deja de gritar como una cría histérica y escucha.

—Llama a una ambulancia…— dijo mientras llevaba sus manos a la tripa.

Maite se pasó el dorso de la mano por el labio partido.

“Tengo que poner fin a esto ya”

—Al lugar al que vas a ir no te hará falta una ambulancia.

El rostro de Toto esbozó una mueca torcida.

—Como le decía a la zorra de tu cuñada, vosotros tres matasteis a los padres de mi mejor amigo en su casa ¿recuerdas? A ella le ha costado, pero no es de extrañar, de donde no hay no se puede sacar ¿no dicen eso?

—Explícate de una puta vez…

—Parece que tú también sufres de mala memoria. Tu hermano, no sé si tú lo imitaste, en estos momentos me da igual, violó a la madre, les disteis una paliza y después los acribillasteis a balazos ¿Ya, valiente?

Toto se la quedó mirando unos instantes, parecía como si realmente estuviera recordando.

—¿Tú mataste a mi hermano?

—No, fue mi amigo, Toñín, que falleció hace unos años. Me ha encargado que termine lo que empezó y que os diga que tu hermano y él os esperan con los brazos abiertos.

El Vengador levantó la Star S9 c y apuntó a la cabeza del hombre de la mano peluda y el anillo gordo que tanto había impactado a Toñín.

52

Se me había ocurrido la peregrina idea de poner una pequeña trampa a Mena y Néstor. Trampa que he activado y mantenido en secreto desde que unos días atrás finalizó el taller. Suponiendo que Marcos y yo lleváramos razón al considerar que mi antigua inquilina accedía a mi ordenador remotamente, volví a incluir los resúmenes diarios de clase en su carpeta correspondiente con una reflexión en la que me preguntaba si ella y su novio podrían tener un vínculo directo con *El Vengador*, puesto que ambos daban el perfil. Para darle un poco más de credibilidad añadí que había puesto en manos de la policía mis sospechas.

Sólo tocaba esperar.

A veces me pregunto a qué narices estoy jugando y por qué no dejo en manos de los profesionales la investigación. Lo único que he conseguido hasta el momento es que me señalen como posible implicado y me soliciten amablemente que no abandone la ciudad en los próximos días.

Al menos estaba ocupado leyendo los trabajos de los alumnos mientras pasan las horas. Ocupado y muy preocupado. El repaso a la novela corta de Paco Calatayud no dejaba duda alguna de lo que yo intuía en sus miradas y su actitud durante las últimas semanas. Su visión particular del taller en la que el individuo que lo impartía no era otro que el asesino buscado por la policía y posteriormente detenido gracias al inteligente proceder de uno de los alumnos me había afectado más de lo que en un principio quise reconocer. Si doy por hecho que el Policía Local ha compartido sus sospechas con Pinta y Olivares, me pregunto cómo habrán reaccionado.

De lo único que puedo estar seguro es que no tardaré en averiguarlo.

Me encontraba prisionero de mi propia trampa sin posibilidad de escape. Salir a la calle se había convertido en un acto heroico, me sentía vigilado, seguido, sé que lo más probable es que se trate de una paranoilla mía.

¿O no?

Acabo de regresar del mercado y me he vuelto a encontrar con el encantador perrillo en el Paseo de Pereda. Sigue solo, quizá buscando una familia que lo acoja.

Me embarga la extraña necesidad de dejar por escrito mis sensaciones. Soy consciente que si Mena y su pareja están relacionados con los sucesos, haberles informado de mis sospechas y su puesta en conocimiento de la policía me augura una corta estancia entre los vivos. No se me ocurría otra forma de provocar que los acontecimientos se precipitaran.

El ascensor se ha detenido en la planta.

Escucho pasos quedos.

Mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesa.

"Inspector Olivares"

Diego y María analizaban los siguientes pasos a dar. La decisión de no ir a casa de Maite para no ponerla sobre aviso les había dejado con la sensación de estar perdiendo el tiempo, algo que en esos momentos no les sobraba.

—Necesitamos una foto de la niña que adoptaron los Ganzán. No se me ocurre cómo podríamos conseguirla. Su ficha no está en el archivador de La Esperanza.

—¿En qué estás pensando?

—No sé, Diego. Como hemos dicho en varias ocasiones, demasiadas ya para mi gusto, algo se nos está escapando. Tengo la desagradable sensación de que la resolución del caso es más sencilla de lo que parece, sólo tenemos que dar con ese dato.

—¿Crees que la foto de esa niña…— dio la vuelta a la hoja que sostenía—…Cris Expósito nos dará la respuesta?

La subinspectora negó con la cabeza y frotó su rostro con las manos.

—No me hagas caso, Diego. No sé…

El inspector se puso en pie.

—Llevas razón en lo que dices, esa niña es la clave de todo pero parece que se la ha tragado la tierra, no se sabe nada desde…

De repente los dos compañeros se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. Ambos asintieron.

—Desde que Toñín…

—Sí, Diego, después la adoptaron, ponle que fuese un año o dos más tarde. ¿Ves dónde quiero llegar o es una estupidez?

—Sí no se sabe nada de ella desde entonces y han transcurrido más o menos los mismos años que Maite Garzábal lleva siendo Maite Garzábal.

—¿Será ella Cris Expósito?— preguntó al aire Pinta.

El inspector cogió la foto de Adriana.

—¿Qué piensas, compañero?

—Verás…que no salga de aquí, negaré haber hecho una propuesta como esta— sonrió a su compañera señalando la fotografía— su madre nos dijo que tenía un aire.

—Sí y lo tiene, sobre todo por los ojos.

—Sin embargo, sabemos que no puede ser Adriana Sotillo, y no la podemos publicar como persona desaparecida porque está en el anatómico forense hasta que sus padres digan qué quieren hacer con su cuerpo.

—Cuando los pobres se enteren— María repitió su habitual gesto de concentración con la capucha del Bic entre los dientes— siguiendo con ese punto de partida, si tienen un aire…Bueno, quiero decir que si resumimos en una frase lo que pensamos sobre *El Vengador* desde comenzó con su venganza hasta hoy…

—Sí…

—…que si creemos que son dos personas, y si estas dos personas tienen un aire…

—Es posible que todo sea una locura y este caso termine con nosotros pero vamos a hacer esa llamada. ¿Es lo que quieres, no?

María asintió.

Diego pidió hablar con la señora Sotillo en Londres, pero le cortaron antes de terminar de presentarse.

—Soy la madre de Adriana, inspector, le he reconocido. ¿Tiene alguna noticia sobre nuestra hija?— su voz partió envuelta en una dolorosa ansiedad.

—En breve, unos días a lo sumo, le podré informar al respecto. El motivo de esta llamada, señora, es preguntarle si cuando adoptaron a Adriana usted recuerda si tenía alguna hermana.

Durante unos largos segundos no se escuchaba nada al otro lado de la línea más allá de una respiración agitada.

—¿Una hermana? Ahora que lo dice creo que sí, la madre biológica no podía mantener a sus hijos y por eso daba a Adriana en adopción.

María escribía con rapidez en una hoja, al terminar señaló el texto con vehemencia.

Diego leyó en voz alta.

—¿Gemelas?

—No se lo puedo asegurar inspector, nadie nos habló de ello. ¿Lo dice por el retrato robot y las fotos que les he enviado?

—Disculpe que no pueda hablar de una investigación en curso, le ruego que nos deje unos días más y prometo comunicar con usted.

Un intenso suspiro al otro lado del teléfono.

—Llevamos casi tres años esperando noticias, podremos aguantar unos días más.

—Gracias, señora.

La subinspectora repasaba a toda velocidad sus notas.

—Eso lo explicaría todo, al menos en teoría, Diego. Lo que no quiere decir que sea realmente lo que está pasando.

—Sí. Se me ocurre una idea— cogió su chaqueta— ¿me acompañas a hacer el ridículo?

—¿Dónde lo quieres hacer?

—Vamos a ver a Jaime Valdés.

—¿Con la foto de Adriana Sotillo?

—Sí.

—A ver, Diego, no la puede reconocer, pero… si hay una hermana por ahí, y…— María ladeó el rostro— me muero de ganas por comprobarlo ¡Vamos!— exclamó saliendo la primera de la sala.

Con la subinspectora al volante llegaron hasta las proximidades de la casa de Jaime Valdés sin cruzar palabra alguna. La hipótesis de las dos hermanas la llevaban cogida con alfileres, tan endeble era que prefirieron no someterla durante el trayecto a desalentadores argumentos que la invalidaran. Pero la subinspectora no se pudo aguantar. En cuando detuvo el BMW X6 y bajó del coche expuso su primera duda.

Y la segunda, y…

—Me pregunto que si es cierto que son hermanas y Adriana no vino de Londres hasta septiembre de 2014, según nos dijo su madre, y además desconocía que tuviese una hermana ¿cómo se encontraron? ¿Qué hacía en la nave? ¿Quién de las dos mató a Segismundo Ganzán, y…?— soltó de sopetón.

—Respira, María, vayamos poco a poco.

Subieron a la segunda planta y pulsaron el timbre seguido de un suave repiqueteo con los nudillos.

Aguardaron un minuto sin obtener respuesta.

La subinspectora pegó la oreja a la puerta mientras el inspector llamaba al escritor con el móvil.

—Está sonando dentro…— susurró Pinta aún con la oreja en la puerta— parece que viene, oigo pasos, bueno, eso creo.

Dejaron transcurrir unos interminables segundos antes de volver a

insistir. De pronto, un grito ahogado seguido de un golpe seco. Diego pulsó el timbre con ímpetu y golpeó la puerta.

—Hay que entrar…

Los dos policías sacaron las armas. Olivares golpeó la puerta con el pie pero no obtuvo el resultado buscado. Otro intento. Nada.

—Ponte detrás de mí…— susurró mientras apuntaba con el arma.

Dos tiros hicieron saltar el pomo por los aires. Lentamente empujó la puerta.

—¡Policía! ¡Vamos a entrar!

Con el pie desplazaba la puerta hasta que algo la detuvo. Diego señaló al suelo. El cuerpo de Valdés bloqueaba el paso.

—¡Policía, salgan con las manos en alto! ¡Hemos pedido refuerzos, no compliquen las cosas!— mintió.

Silencio.

Silencio y algo más…respiraciones agitadas.

—¡No disparen!— exclamó una voz de hombre.

María y Pinta reconocen la voz. Sujetan con más fuerza sus armas.

—Ya salimos.

No había duda.

La puerta comienza a abrirse lentamente. Alguien desplaza el cuerpo de Jaime a un lado. La subinspectora tantea con la mano la pared y enciende la luz. Ambos con sus armas apuntando al frente.

—¡Al suelo!— gritó Diego.

—¡¿No habéis oído?! ¡Al suelo!

Mena y Néstor obedecieron sin poder disimular el intercambio de reproches en sus miradas.

La frágil hipótesis de los policías debería esperar a que el escritor recobrase el conocimiento.

Una hora más tarde despiden a la ambulancia. Dos coches patrulla se llevan a los detenidos.

–¿Os habéis enterado?— quiso saber el subinspector Pella.

—Nos lo vas a decir ¿no?

—Cómo eres, compañera. Han encontrado dos fiambres en un piso acribillados a balazos.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Es posible, Pinta, pero lo curioso del caso es que los han asesinado con una de las viejas pistolas que llevaba la policía de Franco y el ejército de esa época. Parece el mismo arma empleado en un asesinato de hace unos años, según me han dicho ha sido en el

mismo piso.

Diego sintió como le flaqueaban las piernas.

—¿Cuándo ha ocurrido?— con la pregunta pretendía disimular su congoja más que un interés real por la repuesta.

—Según Científica ha debido ser ayer a medio día, nadie lo ha descubierto hasta hoy. El hombre no se presentó por la tarde a trabajar, ni esta mañana.

El inspector Olivares necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Gracias, Pella— dijo mientras le hacía un gesto a María para que le acompañase.

—¿Qué sucede?

—Nada, que no me encuentro bien, es como si el estómago tuviera de repente vida propia y…

—Tranquilo ¿te dejo en casa? Yo me encargo del informe. Antes de regresar a Comillas pasaré por el hospital para ver si Valdés nos saca de dudas, ¿te parece?

Olivares asintió.

—Mejor vamos a Jefatura y cojo mi coche.

Entrando en al aparcamiento el sonido de recepción de un mensaje se dejó oír en el interior del vehículo.

—Es el mío, María.

El inspector llevó el móvil a la oreja y escuchó.

—"*Diego, perdona que te moleste, soy Camila, tu vecina, han traído un paquete para ti, pone que es de entrega urgente y he pensado que debías saberlo*"

Colgó.

—No tienes buena cara. ¿Malas noticias?

—Mañana te cuento— dijo mientras saltaba del 4x4 y se encaminaba a buen paso hacia su Audi A1.

La subinspectora le observaba con la preocupación reflejada en el rostro.

"¿El estómago? Otra vez piensa en otra excusa mejor, compañero…"

53

El paquete estaba en su casa de Ruiloba, a la que regresaba un par de fines de semana al mes. No dejaba de ser curioso que una vez más se cruzara en su día a día una coincidencia. El arma utilizada en el tiroteo del que les había hablado el subinspector Pella y la llegada de un paquete urgente a Ruiloba, cuando los que le conocen saben que vive en Santander la mayor parte de los días del mes.

Apuró los límites de velocidad al máximo. Todavía resonaba en su cabeza la Star S9 c, había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos y acceder a la caja en la que debería continuar guardada.

"Tiene que estar, tiene que estar…"

Golpeó con rabia el volante.

—¡Tiene que estar, joder…!

Cuando aparcó frente a su casa, Camila salió de la suya con el paquete entre las manos.

—Espero no haberte molestado con la llamada.

Diego le dio dos besos.

—Sabes que puedes llamarme cuando quieras— dijo cogiendo el bulto— Gracias.

—¿Te quedas hoy aquí?

—Aún no lo sé, tengo que hacer un informe y según como termine.

—Si te apetecen unos huevos fritos con jamón del bueno para cenar, estás invitado.

—Es muy tentador, pero no puedo asegurártelo.

Entró en la casa, dejó el paquete sobre la mesa redonda del vestíbulo y se encaminó a su despacho. Del altillo se hizo con la caja que contenía las armas y de su interior con la que debería guardar la Star S9 c de su abuelo. La dejó sobre la mesa. Respiró profundamente sintiendo su corazón galopando desbocado.

—Tiene que estar….

Situó las dos manos sobre la tapa y la levantó lentamente, muy

lentamente.

No había nada.

—No puede ser…— sintió un golpe seco en el estómago, como la coz de un caballo cabreado— ¡Mierda! Esto me pasa por no haber querido comprobarlo antes ¡Joder!— de un manotazo lanzó la caja por los aires y escondió la cabeza entre las manos.

Los ojos se le cubrieron de lágrimas. Sus sospechas tras el asesinato de Evaristo Cantero dejaban de ser tales. Se dejó llevar y lloró.

Lloró por Toñín, por la rabia que debió almacenar desde aquel maldito día que asesinaron a sus padres enquistada en su cuerpo. Del dolor que debía haber sufrido y él sin darse cuenta. Se secó las lágrimas con las palmas de las manos y sorbió la nariz.

Sí, era policía, le habían preparado para coger a los malos y defender a las personas, pero no podía negar un atisbo de orgullo por el valor demostrado por Toñín al ver que la ley no era capaz de meter entre rejas a los culpables.

—Por mi culpa… si hubiese hecho bien mi trabajo… si lo hubiese hecho bien no se habría visto en la necesidad de tomar partido.

Cruzó los brazos sobre la mesa y escondió la cabeza entre ellos. Cuando abrió los ojos era noche cerrada. Su móvil mostraba varias llamadas perdidas de Camila, dos mensajes de su compañera en los que le decía que no podrían mostrarle la foto de Adriana a Valdés hasta la mañana siguiente y cómo se encontraba.

Llevó la vista al vestíbulo, el paquete parecía resplandecer bajo la luz de la lámpara.

"¿Coincidencias?"

En sus recientes recuerdos destacaba el tiroteo y la entrega del paquete.

"Toñín…"

Armas como la de su abuelo habría bastantes circulando, pero sólo una encajaría con las balas que terminaron con los hermanos Cantero y Venancia Bras. Se incorporó con visible desgana, cogió el paquete y lo dejó sobre la mesa de centro del salón frente a su butaca preferida. Del mueble bar se hizo con un vaso y una botella de Chivas a la que le daba un uso esporádico. De la cocina una cubitera repleta de hielos. Se sirvió una copa y tomó asiento.

Rasgó el envoltorio, del interior extrajo una caja fina de madera oscura.

Al retirar la tapa lo primero que ve le sacude la somnolencia que le atenazaba. Media cuartilla sujeta con celos sobre un envoltorio de papel.

"*Se acabó, inspector, no más muertes*"

Levantó una esquina de la nota, la despegó, algo había detrás.

Una vieja fotografía Polaroid apareció frente a sus ojos.

—Dios mío…

Dos niños cogidos de la mano. Toñín sonreía a la cámara, a su lado una niña de rostro risueño. Dio la vuelta a la foto.

“Cris y yo”

—Cris…

En su cabeza se reproduce la conversación que mantuvo en su día con doña Herminia en la que le relataba cómo Toñín había salvado a una niña de un violador. Observó la instantánea durante diez minutos como si pudiera decirle algo. Luchaba para que sus ojos no se cubrieran de lágrimas otra vez. Bebió un trago y dejó la fotografía sobre la mesa.

Cogió el envoltorio sobre el que había estado pegada la breve nota, al intuir con el tacto lo que escondía su interior tensó los músculos. Con cuidado deshizo el paquete, frente a sus ojos brillaba la Star S9 c. La dejó junto a la imagen de Toñín y Cris.

En un extremo de la caja, la Polaroid que regaló a Toñín, la situó junto a la pistola.

Debajo, dos sobres. Se hizo con el primero, despegó la solapa y con cuidado volcó el contenido sobre la mesa.

”¿Más fotos?”

Sí, fotografías numeradas y una cuartilla con la explicación de cada instantánea.

Dio otro sorbo y se dispuso a enfrentarse a lo que estaba por llegar.

Foto 1. Era un recorte de periódico con la imagen de un hombre tumbado en el suelo con los ojos cerrados. Sobre el pecho, a bolígrafo, un texto; Culpable.

“*Este hombre fue el último novio que conocí de mi madre. No fue el primero que me violó, yo contaba con 10 años cuando perdí la virginidad. Aquel día estaba violando a mi madre y le clavé un cuchillo en el cuello. Yo era Elena.”*

Foto 2. Hecha con una Polaroid. Un hombre tumbado en el suelo de lo que podría ser un camino rural. Un cartel cubriendo su pecho, realizado con recortes de revistas, que rezaba; Culpable.

“*Es José Ganzán, el que llamaban el camionero, como bien sabe. Cuando me escapé de casa de su hermano pasaba con su camión y me dijo que subiera. Ya se puede imaginar lo que sucedió en la cabina*.”

Foto 3. Fotografía hecha con la Polaroid de una mujer tumbada en el arcén. Escrito con rotulador se podía leer; Culpable.

“*Es Candela García la mujer de Segismundo Ganzán, permitía que su marido violara a sus hijas, lo mismo hacía su hijo. Me recordaba tanto a*

mi madre…. No murió atropellada. Me conocían como Manuela.”

Foto 4. Una instantánea en la que aparecen los cadáveres de dos chicos con un cartón sobre el pecho; Culpables.

“*Son los hermanos Rosales, Juan y Alberto, para ellos era Cris, sólo me dio tiempo a mutilarle las pelotas a uno. Violaron en compañía del que entonces era vigilante de noche de La Esperanza, Ezequiel Gómez a nuestra buena amiga Susa. La que encontraron ustedes enterrada en el jardín, la conoce como Susana Leal, era una niña dulce que no había hecho mal a nadie. Doña Herminia sabía lo que había pasado, en la grabación que está debajo de estos sobres lo escuchará*”

Diego apuró otro sorbo y rellenó el vaso. Sentía una rabia contenida mezclada con una profunda sensación de impotencia, de no poder hacer nada, ya era tarde.

Demasiado tarde.

Fotos 5 y 6. Las dos hechas con Polaroid. En una aparece un hombre con el rostro desfigurado y una hoja sobre el pecho; Culpable. En la otra se aprecia al fondo una chica tumbada.

“*Este es Ezequiel Gómez en la nave en la que trabajaba de conserje. Su confesión la podrá escuchar a continuación de la de doña Herminia. El cuerpo que aparece en la segunda foto al fondo, detrás del conserje, es el de Adriana Sotillo Del Campo, mi hermana gemela, de la que no tuve noticia hasta unos días antes de vengar a Susa. Dígales a sus padres que ella no es El Vengador, esta foto lo confirma, nadie habría podido hacerla excepto yo, que estaba ahí y terminé con la vida del cabronazo del conserje. A Adriana la mató él mientras yo estaba sin sentido. Nunca me lo podré perdonar, murió por mi culpa*”

Diego dio un sorbo, cogió el móvil y escribió un mensaje a su compañera.

“*No le enseñes la fotografía a Valdés, ya no es necesario. Mañana te cuento todo*”

Otro sorbo y continuó:

Foto 7. Hecha con la Polaroid. Un individuo tumbado en la cama. Las manos atadas al cabecero. Un texto grabado sobre el pecho; Culpable.

“*Es el peor de todos, aunque me niego a hacer una categoría de delitos de violación mejores o peores. Violaba a sus hijas, una no pudo soportarlo más y se suicidó. A mí no me violó porque esperaba al día de mi trece cumpleaños, me escapé de su casa antes y di con el camionero. A veces la vida te guarda macabras sorpresas y no sabes por qué. A su hijo le dejé con vida en su habitación de Valladolid a pesar de que abusó de mí con*

doce años. Con el golpe que le di pagará toda su puñetera vida”

Foto 8. Un recorte del *Diario Montañés* con la imagen de un hombre.

“*Es Evaristo Cantero, el desgraciado que violó a la madre de Toñín, y como sabe, inspector, uno de los que mató a sus padres. Me la dio él*”

El inspector sintió una seca sacudida en su maltrecha conciencia.

Foto 9. Instantánea en la que aparece una mujer tumbada en el suelo. En la fotografía, sobre la frente, un texto; Culpable.

“*Es Venancia Bras, la mujer de Evaristo y luego la amante de Toto. El texto sobre la fotografía está escrito con su propio pintalabios*. *No dejé el cartel de culpable sobre ella porque no quiero que los periodistas lo relacionen con las demás*”

Foto 10. Un hombre tumbado sobre el suelo. Un texto en la propia foto; Culpable.

“*Como bien sabe, es Toto Cantero, el de las manos peludas y anillo gordo que tanto impactó a Toñín*. Como él no pudo terminar su venganza por el maldito accidente. Lo he hecho yo en su nombre.”

Foto 11. Instantánea de una Polaroid. Un hombre tumbado en el suelo. Sobre su pecho un cartel con un texto; Culpable.

“*Como sabe, es César Hernández, del que me salvó Toñín cuando me estaba violando*”

Diego dejó las fotografías a un lado y dio otro sorbo, necesitaba respirar un poco antes de enfrentarse a un sobre dirigido a él. Saber que sus sospechas sobre la autoría de la muerte de Evaristo Cantero eran ciertas no lo hacía más llevadero. Se frotó la cara con saña.

“Vamos allá”

Cogió el sobre y rasgó por un extremo.

Desdobló la hoja y leyó:

“*Deje de atormentarse por la muerte de Toñín, no se suicidó, fue un maldito accidente. Desde que fue a La Esperanza a proponerle que viviese con usted, le convirtió en el chico más feliz del mundo. Estaba muy orgulloso de su padre policía, de la casa de Ruiloba de la que no paraba de hablar, de sus vecinos, especialmente de Camila y su puré de zanahorias y puerros. ¿Recuerda un día que Toñín le presentó a una amiga en la puerta de su casa? Usted salía al trabajo. Era yo, Cris, así me presentó pero ahora tengo otro nombre que usted ya conoce. Ese día pude comprobar que era cierto lo del puré.*

Toñín le quería como nunca antes quiso a nadie, inspector. Lo

admiraba y le estaba tremendamente agradecido. Un chico valiente, dulce, bueno y tierno, de gran corazón, que la vida le empujó a tomar decisiones duras.

Para mí, fue, es, y será mi mejor amigo. Mi primer amor. Nadie ha podido ocupar su lugar en mi corazón, nadie lo conseguirá.

Con esta carta no pretendo justificarnos ante usted, entiendo que nos vea de otra manera. Ni él ni yo nos arrepentimos de lo que hemos hecho, inspector. Lo que si le garantizo que es que todo terminó, no más muertes.

A estas alturas usted ya sabe quién soy. Le confieso una cosa, es posible que cuando lea esta carta haya huido.

O no."

Tras escuchar las grabaciones con las confesiones de doña Herminia y Ezequiel Gómez, rellenó el vaso y cogió las fotografías. Las repasó una a una y volvió a leer la carta. Se puso en pie, sobre el aparador junto a una de las ventanas, dos marcos con las fotos de Toñín y él en El Sardinero y en el Palacio de Sobrellano en Comillas.

—Toñín…

Agachó la cabeza y se dejó llevar.

Esa noche lloró como nunca antes en su vida, excepto el día de la muerte del pequeño. Regresó al sofá y se tumbó, los vapores etílicos comenzaron a hacer su efecto y se quedó dormido. Cuando abrió los ojos el sol entraba por la ventana. Algo le había despertado.

El móvil vibraba sobre la mesa. Miró la pantalla.

"María Pinta"

—¿Diego, estás bien?

—Sí, eh…

—¿Qué sucede?

—¿Puedes venir a mi casa de Ruiloba? Tengo algo que enseñarte.

—Por supuesto, sólo tienes que pedirlo. Por cierto ¿sigues pensando que no es necesario que muestre la foto a Valdés?

—Sí. No hace falta. Adriana y Maite son hermanas gemelas idénticas.

María Pinta colgó el teléfono, con la excusa de ir al hospital a ver al escritor se subió al todoterreno y puso rumbo a Ruiloba. No había pasado buena noche, el rostro de su compañero cuando se despidió de ella no auguraba nada bueno. Verle preocupado le hacía sentirse incómoda e impotente.

“¿Hermanas gemelas idénticas?”

Conforme llegaba a su destino sentía como esa incomodidad se acrecentaba, empujada por una punzante sensación de nerviosismo. Aparcó junto al Audi A1. Respiró con intensidad mientras recorría a buen paso los escasos metros que la separaban de la puerta y llamó al timbre. Lo primero que le impactó fue el aspecto de Diego. Llevaba la misma ropa que el día anterior y despedía un olor a…

Al ver la botella de Chivas sobre la mesa lo comprendió.

—¿No has dormido?

—Algo sí, porque gracias a tu llamada me he despertado.

—Lo siento.

—No, no. Todo lo contrario, te lo agradezco.

María barría con la mirada lo que había diseminado sobre la mesa de centro del salón.

—¿Quieres un café?

—Luego, ahora no puedo esperar más— agitó las manos en el aire y las llevó a las caderas— necesito que me cuentes ya qué es lo que pasa, por favor.

—Me doy una ducha y…

—No, no, Diego, por favor te lo pido.

El inspector recogió el contenido de la caja y lo volvió a colocar en su interior tal y como estaba.

—Siéntate— pidió— ¿recuerdas que ayer recibí una llamada? era Camila, me decía que había llegado un paquete urgente para mí. Unido al tiroteo que nos contó Pella vine aquí corriendo.

—Estabas agobiado.

—Mucho más que eso, María— dijo señalando la caja— está todo como me lo encontré. Si no te importa me gustaría que lo descubrieras del mismo modo que lo hice yo. Cuando termines dime qué quieres hacer y lo haremos.

—Me estás asustando.

—Me voy a dar una ducha y luego preparo café.

Bajo el chorro de agua templada, el inspector repasaba el contendido de la caja. Maite se había confiado en parte a su juicio. Sólo en parte porque ella debía saber que no había pruebas que la incriminasen, ni a Toñín, más allá de la carta que podría entenderse como una confesión escrita en un ordenador, sin firmar. Lo que tenía más valor eran las grabaciones de la directora y el conserje, junto con la foto de Adriana y su asesino en la nave. Como bien decía Maite, sólo ella pudo hacer esa foto.

Mientras se frotaba la cara continuaba con el repaso a la noche anterior. Ella era consciente de que no había forma de demostrar que Adriana tuviera una hermana gemela. Que no pudo ser *El Vengador* porque estaba en Londres. Tampoco había nada que apuntara a Toñín, nadie, ni doña Herminia en su confesión le señaló como culpable de la muerte del vigilante de noche.

Mientras sale de la ducha, el repaso mental al texto de la carta sobre lo que Toñín pensaba de él se le agarra al corazón. Se emociona con recordarlo.

"¿Orgulloso de mi?"

Negaba con la cabeza, no tenía motivos para estarlo, si hubiera detenido a esos tres hijos de puta, su hijo no habría tenido que…

"Tranquilo, tranquilo…"

Había tomado ya una decisión con el destino de la caja y su contenido. No había marcha atrás. Afrontaría lo que tuviera que venir.

Sí, lo haría por Toñín.

Por Elena, Manuela, Maite, Cris, su mejor amiga.

Afeitado y repuesto de la complicada noche bajó al salón. Se sorprendió al ver que María no estaba en el sofá. Ruido de platos que provenían de la cocina, se asomó. Su compañera colocaba tazas de café en una bandeja. Sin saber por qué se quedó observándola. Vio como agachaba la cabeza y sus hombros se agitaban al compás de incontrolados llantos.

—María…

La subinspectora se volvió, miró a su compañero y corrió a su encuentro. Se abrazó a él con todas sus fuerzas y siguió llorando. Al terminar levantó la cabeza y buscó los ojos afectados del inspector.

—Diego…

—¿Sí?

—Somos policías…

—Lo sé.

—Hay cosas que no podemos permitir.

El inspector asintió.

—Tenemos que ser justos…

—Lo sé, María.

Quedaron en silencio unos segundos.

—¿Qué hacemos con las fotos y la carta?

Pinta arrugó el entrecejo.

—¿Carta? ¿Qué carta? ¿Fotos, qué fotos? Yo sólo he visto una de Toñín con su mejor amiga de la mano.

Epílogo

Me habían dicho que los inspectores me visitaron en el hospital pero que no les habían dejado entrar en la habitación. Cuando dos días más tarde pedí el alta al llegar a mi casa lo primero que hice fue coger el teléfono.

—Señor Valdés, ¿cómo se encuentra?

—Con un fuerte dolor de cabeza, inspector. Le llamaba porque me dijeron que en la tarde de ayer quisieron visitarme y no les dejaron.

—Sí— mintió a medias al aceptar el plural de la visita— no se preocupe, Mena y Néstor no le molestarán más.

Tardé unos segundos en comprender.

—Imagino que aún no le han puesto al corriente. Fueron ellos lo que le golpearon en su casa.

—Sí… recuerdo. Usted me llamó al móvil y me levanté para abrirle la puerta ¿Entonces, está todo aclarado?— quise saber, temiendo la respuesta.

—Ya no hay nada de qué preocuparse.

Dudaba de la manera de tomarme esas palabras.

—¿Puedo regresar a Madrid, inspector?

—Si eso es lo que quiere no hay problema.

—¿*El Vengador*?

—Olvídelo, se terminó.

Cuando colgué el teléfono no me quedé muy cómodo con la respuesta. Bajé a la calle y me hice con un ejemplar del *Diario Montañés*.

Leí el titular de generosa tipografía.

"*No más muertes*"

"*Las confesiones de la que fuera directora del Centro de Socorro Juvenil La Esperanza y de uno de los vigilantes del turno de noche, Ezequiel Gómez, publicadas en exclusiva el día anterior por este periódico, ponen punto y final a las andanzas del célebre Vengador.*

Este periodista ha recibido una información digna de toda confianza en la que se asegura que todo ha terminado y que la mujer fallecida junto al conserje nada tiene que ver con el famoso asesino, se trataba de una víctima más que se encontraba en el momento equivocado en el lugar equivocado. Lo prueba con una fotografía."

Cerré el periódico y adquirí el del día anterior, necesitaba leer las trascripciones de las confesiones que apuntaba en su artículo Torquemada. Al terminar sentí cierto malestar recorriendo mi cuerpo. Caminé un rato por el Paseo de Pereda, quería disfrutar del suave golpeo de la brisa marina en mi rostro.

Pocas cosas me resultan tan agradables como observar el infinito mar y oler la brisa. Me quedé un buen rato con la mente en blanco, disfrutando del paisaje. De pronto sentí algo en mi tobillo. Bajé la vista.

Una enorme sonrisa se apoderó de mi rostro.

—¡Pero, bueno! ¿Tú, otra vez?

El perrillo de raza indefinida meneaba insolente su pequeña cola de un lado a otro.

Puse rodilla en tierra.

—Cuando pase el primero te irás detrás y no querrás saber nada de mí.

Se me quedó mirando como si valorara mis palabras.

La prueba de fuego, en forma de dos preciosos ejemplares de Schnauzer, se acercaba por nuestra izquierda. El perrillo volvió el rostro, echó una rápida ojeada y de nuevo fijó su mirada en mí, como diciendo ¿ahora qué?

—Está bien, me has convencido, pero lo primero será darte un buen baño y llevarte a un veterinario.

Lo cogí en brazos dispuesto a comenzar por lo segundo, le llevaría a la misma clínica veterinaria cerca de mi casa que conocí con Freddy.

—Profesor…

Me detuve en seco. La voz era inconfundible.

—Espero no molestarte— dijo mirando al perrillo.

—No, en absoluto. Acabamos de conocernos y le llevaba al veterinario. La verdad es que ya nos habíamos visto antes— me sentía estúpido con mi nerviosismo.

—Se ve que le gustas— dijo señalándole. Llevó la vista la titular del periódico— ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Si estuviéramos en el taller y habláramos acerca del final de la

trama de tu vengador de ficción ¿qué hubieses propuesto?

No pude evitar sentir un cierto cosquilleo recorriendo mi cuerpo. Miré al Cantábrico y acaricié a mi nuevo amigo. El inspector Olivares me había dicho que todo había terminado, nada que temer.

—Seguramente hubiese apostado a que dejaría de matar porque su venganza habría finalizado y sí, hubiera informado a la prensa de sus intenciones.

—¿Lo detendrían, profesor?

—Como abogada sabes que las pruebas son necesarias para llevar a alguien ante el juez, pero a veces eso no es suficiente, se necesita también algo más.

—¿A qué te refieres?

—Valor, Maite. Valor para no juzgar.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

—Gracias, Jaime.

—Gracias a ti, Maite.

—¿Darás otro curso?

Ni yo mismo sabía la respuesta en esos momentos. Me encanta la ciudad, pero debo asimilar las experiencias del último año.

—No lo sé, la verdad.

—Eres un magnífico profesor, has sido una gran inspiración para mí. Confío en volver a verte.

—Tú, una alumna ejemplar. Maite.

De verdad que lo había sido.

“Donde hay poca justicia
es un peligro tener razón”
Francisco de Quevedo y Villegas

Biografía

Nací en Barcelona en 1961. Soy licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

Cuento con dos blog: Uno, dedicado a todo aquello que tenga que ver con mi trabajo como escritor, las novelas publicadas, eventos: http://comillas61.wixsite.com/federicocorreagildeb

Otro: "un Poco de Branding es Mucho" sobre marcas comerciales, dedicado a la creación y desarrollo de las mismas. Temas relacionados con la publicidad desde el punto de vista del consumidor o bien desde la propia empresa.

Novelas (negra, suspense, intriga y/o romántica):

1- "**Marea Libro 1 Cuando el corazón late**". *Publicada en 2012*. (Amazon) (Intriga, suspense, romántica) 2- "**Marea Libro 2 No hables con extraños**". *Publicada en 2013*. (Amazon) (Intriga, suspense) 3- "**La casa del lago Patria**". *Publicada en 2014* (Amazon) (negra, espionaje) 4- "**Una Rosa blanca Una rosa negra**" Finalista I Premio La Trama de Novela Negra de Ediciones B (2015) *Publicada en 2015*. (Ediciones B) (Policiaca) 5- "**Murmullos**" *Publicada en 2017* (Amazon) (intriga, suspense, romántica)

6- "**Aunque sea lo último que haga**" publicada

en 2017. Es el segundo caso de la comisario Rocío Prados. (El primero fue en **Una Rosa Blanca Una Rosa Negra**) (Amazon) (Policiaca) 7-"**Si te dicen que he muerto**" publicada en 2018 (Amazon) (intriga, suspense, romántica) 8-"**Los Colores de la Inocencia**" publicada en 2018 (Amazon) (Ficción histórica, suspense) 9- "**No olvidaré tu rostro, ni el tuyo, ni el tuyo**…" publicada en 2018 (Amazon) (Policíaca, intriga) **Novelas infantiles** 1-"**Pepo y su zapato mágico**" publicada en 2017 (Amazon) 2**-"Esther y su lápiz mágico**" *publicada en 2017* (Amazon) 3- "**Lena y Feíto, el oso mágico más feo del mundo**" publicada en 2018 (Amazon)

Por el momento estas tres novelas infantiles forman lo que he denominado "**colección sacapuntas**"

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

EL GUARDIÁN

Los crímenes de Monte Corona

Inspectores Pinta y Olivares 2

El Guardián
Los Crímenes de Monte Corona

Federico Correa Gil de Biedma

El Guardián. Los Crímenes de Monte Corona.
Autor: Federico Correa Gil de Biedma
Primera edición, mayo de 2021
© 2021 Federico Correa Gil de Biedma
Registro Propiedad Intelectual: S-99-21
ASIN : B095PW4VJR
Dibujo de portada: Elena De Quintana Rozadilla.
Maquetación portada. Autor y Elena De Quintana Rozadilla.
Edición: Amazon.
Contacto autor: federico-correa@hotmail.com
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, cualquier forma de reproducción, total o parcial de este libro, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin autorización por escrito del autor.

ÍNDICE

Agradecimientos .
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
Epílogo

Agradecimientos

A todos aquellos que de una u otra forma han hecho que esta novela sea mejor que cuando finalicé el manuscrito, a Elena De Quintana, Chary Cuevas, Esther Pintama, Myriam Correa, Mariola Mendoza, Tino Cuadrado.

A mi familia y amigos.

A Elena Mira. Alberto Gutiérrez, Marta Cookman, Begoña y Patricia Rumbao. Beatriz Burgos. Reme Llano.

A Nausica Sangermano (Restaurante italiano Quo Vadis, en Comillas)

A Anuca Gravalosa (Restaurante, marisquería, Adolfo, en Comillas)

A Patricia Ferrandis (Posada Torre del Milano , en Ruiseñada)

A Teresa, Elvira, María, Luis, Goyo, Alex y Amelia (Lumaelte en Comillas) A Gonzalo Miguel “Pin” (Cafetería Samovy en Comillas)

A Elena De Quintana, por su inagotable tiempo dedicado a leer y corregir el manuscrito, por su asesoramiento médico forense en un momento de la trama que sentía que se me iba de las manos, y por su maravilloso dibujo de portada. Siento que lo he profanado al escribir el título encima y mi nombre. También se ha encargado de rehacer la portada del primer caso de los inspectores María Pinta y Diego Olivares, “No olvidaré tu rostro.” Inicialmente era una foto de Los Raqueros, (En Paseo Pereda de Santander) invertida, ahora es un dibujo de Elena.

A Diego Municio, miembro de la Policía Nacional por su impagable asesoramiento en asuntos de investigación y actividad policial.

A Almudena Ruiz de la Biblioteca Municipal de Comillas y a mis compañeras y compañero del Club de Lectura.

A la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Comillas con Pedro Velarde a la cabeza. A los comillanos y papardos. A ti lector que te dispones a dedicar tu tiempo a esta segunda entrega de los inspectores María Pinta y Diego Olivares.

A mis hermanos, Teresa, Isabel, Antonio y Paz.
Por tanto...

A mis padres
Por siempre.

“Los hombres olvidan siempre
que la felicidad humana
es una disposición de la mente
y no una condición de las circunstancias”

John Locke

(Filósofo y médico 1632-1704)

Prólogo

Noche cerrada. Camino embarrado. Finas gotas de lluvia.

Pasos torpes y acelerados.

“Vamos, vamos”

Corría sin mirar atrás, alentada por el desmesurado miedo que estimulaba cada músculo de su castigado cuerpo. Una mano en la tripa a modo de cuidado del bebé que estaba en camino De fondo, creyó distinguir el tañer de campanas de alguna iglesia cercana. Se permitió el lujo de dedicarse un atisbo de sonrisa. Breve y pasajero. No era momento de muestras de alegría.

“Tengo que llegar”

De cerca, un sonido rítmico y constante que con el paso de los segundos se hallaba más y más próximo, o quizá sólo se tratase de la sacudida incesante de su corazón contra el pecho.

Daba igual.

Fuere lo que fuese no podía dejar de correr si quería seguir viviendo. Acababa de hacer algo que prometió no haría jamás; escapar.

“No puedo más…”

Desde que logró poner un pie fuera de su cautiverio y oler lo más parecido a la libertad no dejó de correr.

De correr y llorar.

De llorar y caerse.

De caerse y volver a levantarse.

Cabía la posibilidad de que su huida sólo fuese una diversión más de su guardián. No era la primera vez que la provocaba, pero sí la primera que ella aceptaba el reto.

Volvió el rostro de forma intuitiva buscando algún vestigio que le indicara si estaba siendo perseguida. Apenas fueron un par de segundos, un abrir y cerrar de ojos nada más, pero suficientes para abandonar la vista del oscuro camino y no advertir el desnivel del sendero, ni las piedras que se postraban frente a ella.

Ahogó un grito.

Tumbada en el suelo lleva su mano al tobillo aguantándose las ganas de gritar de dolor.

De dolor y de miedo.

Posiblemente miedo no fuese la palabra que hiciera justicia a la emoción que se había apoderado de su cuerpo al distinguir a lo lejos

una luz ambarina que seguía los vaivenes del sendero.

De su sendero.

“No, por favor, no…”

Intentó incorporarse, sin éxito.

“Tenemos que aguantar”

Con una mano acariciaba su ya prominente tripa.

Apretó los labios con fuerza, decidida a impedir que partiera de su boca el más mínimo lamento. Miró a izquierda y derecha buscando un lugar en el que esconderse. Apenas contaba con un par de metros de visibilidad. Palpó el suelo con las manos en dirección al árbol cuyas raíces habían cortado con brusquedad su huida.

Volvió el rostro y suspiró.

Los potentes faros se aproximaban veloces.

Muy veloces.

Una tenue claridad rodeó a la mujer. Tenue, sí, pero no le impidió descubrir un hueco entre matorrales, rodar sobre sí misma y apartar su magullado cuerpo del camino.

De pronto, se hizo de día.

Agachó la cabeza, cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración como muestra de su más firme colaboración con el universo, o con quien estuviera al otro lado, para no ser descubierta.

Sentía el potente resplandor de los faros en su rostro.

“No te pares, sigue, sigue…”

En cuanto cruzara de largo bastaría con sacar fuerzas de donde fuese para llegar hasta la carretera y pedir ayuda al primer coche con el que se cruzara o llamar a la puerta de la primera casa que…

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no reparó en que los faros continuaban iluminando su rostro hasta que escuchó el crujir de pequeñas ramas.

Abrió los ojos. El corazón aceleró sus latidos hasta límites difíciles de soportar.

El vehículo estaba detenido. A través del follaje pudo distinguir el movimiento de unas piernas que se aproximaban en su dirección. Esta vez sí que apretó con inusitada fuerza los ojos y se obligó a no respirar durante el tiempo que fuese necesario. Sólo escuchaba el lento caminar del hombre y el constante tamborileo de su corazón.

Silencio.

Sentía el cuerpo empapado, tembloroso.

Abrió los ojos y lo vio de espaldas, inmóvil a no más de tres metros de distancia.

De sus lacrimales descendía un fino reguero de lágrimas. No le quedaban fuerzas para luchar. El tobillo le dolía horrores.

El hombre se agachó. Algo había en el suelo que llamaba su atención. Estiró el brazo y se hizo con un pequeño objeto brillante.

La mujer llevó instintivamente las manos a sus orejas.

Asintió.

Estaba claro que había sido descubierta y que su estancia entre los vivos tocaba a su fin.

De nuevo, los ojos firmemente apretados.

Comenzó a hacer algo que no sería capaz de asegurar cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez. No creía en ello, pero se había convertido en su única salida. Si es que la había.

Rezó.

Una oración torpe, pero cargada de intención, de promesas, de emoción.

De esperanza.

1

María Pinta llevó la vista al periódico y leyó el titular de generosa tipografía: *Un año sin El Vengador* . Negó con la cabeza y suspiró ruidosamente.

"¿Hasta cuándo estaremos con esto? ¿No tienen nada más de qué preocu…?"

—Lee el interior —la voz de su hermano mayor, Antón, cortó su callada protesta— te interesará, habla de vosotros.

—No sé si me apetece.

—Lo firma Torquemada.

—Ya, como casi todos los demás —llevó ambas manos a la cabeza para ajustarse la coleta—. Estoy harta, ¿sabes? Hay vida más allá de *El Vengador.* Tenemos un montón de casos abiertos, muchos de los cuales seguirán así durante años, no damos abasto.

—No lo dudo, María. Sólo te digo que si tienes un minuto lo leas, es posible que se trate del último artículo, al menos, por el momento.

—Vale, si encuentro ese minuto lo leeré, Antón—se puso en pie e introdujo las manos en los bolsillos del vaquero—, ¿vais a pasar el día fuera?

—Ya sabes, como la mayoría de los domingos. ¿Te vienes con nosotros? A tus sobrinos les alegrarás el día.

María esbozó una sonrisa agradecida.

—He quedado con Diego —mintió— el próximo os acompaño— desvió la mirada de los escrutadores ojos de su hermano y sin saber por qué la depositó sobre el titular de *El Diario Montañés* .

Los sobrinos entraron como un torbellino en el salón. Tras prometer por todos los santos conocidos que si no cumplía con su juramento de acompañarles el siguiente domingo se le caería el pelo y le crecerían las uñas al revés, se quedó.

Quería mucho a sus sobrinos, la pequeña María era su ahijada. Sin embargo, no se sentía con fuerzas para hacer de tía, hija, hermana, cuñada feliz. No de forma continuada. Las pasadas Navidades se esforzó en no ser la nota discordante y aportar un mínimo de alegría en casa.

"…Sólo te digo que si tienes un minuto lo leas."

Las palabras de Antón golpeaban en su cabeza. Claro que tenía ese minuto y más. Hoy no era día de trabajo, se había quedado sola y su

familia no regresaría hasta la tarde. No, no se trataba de tener o no ese minuto sino de no querer volver a oír hablar del caso de *El Vengador* nunca más, por lo menos no en los términos que se expresan en los medios. Todos coincidían y se preguntaban lo mismo:

"¿Sigue campando a sus anchas El Vengador? Si la policía no ha informado de su detención entendemos que permanece en libertad y nos preguntamos si va a continuar matando "

"¿Hay que confiar en la fuente de nuestro colega de El Diario Montañés que asegura que todo ha terminado?"

María Pinta y su compañero Diego Olivares apenas hablaban del caso. No por falta de ganas, si por ella fuese hubiera dado todo lo que estuviera en su mano para que Diego se abriera y soltara toda la pena que le consumía, pero hasta el momento, excepto en breves y puntuales instantes, la coraza que había construido en torno a sus sentimientos más íntimos ejercía como eficaz muralla disuasoria.

Eran tres las personas que estaban al corriente del paquete que Diego recibió de *El Vengador* con las fotos, las cartas y el arma. Las mismas tres personas que se reunieron la mañana que María fue a casa de Diego en el Barrio de la Iglesia (Ruiloba) asustada por la llamada recibida. Dos de ellas eran la pareja de inspectores, el comisario Fausto Redondo la tercera.

Una reunión en la que Diego apenas habló, entregado a la suerte que el comisario dispusiera para su inmediato futuro. Bastó la lectura de las cartas, la aceptación de que no contaban con prueba alguna para procesar a la sospechosa para dar por finiquitado el asunto. Así concluyó Fausto Redondo:

—Nada hubiera aportado a la investigación ni a la sociedad difundir los detalles de lo sucedido, Olivares —llevó la mirada al rostro angustiado de su subordinado. Un rostro de hombre tranquilo, no por sentirse inocente o falto de culpa sino por ser consciente de su papel en el doloroso desenlace de la vida de Toñín.

—Estoy dispuesto a enfrentarme a lo que venga, comisario. No quiero que esta comisaría se vea algún día salpicada por mi causa y…

—Inspector —cortó— soy yo el que asume la responsabilidad. Por lo que a mí respecta es un caso cerrado —se aclaró la garganta— siempre y cuando el sospechoso no decida continuar con lo que usted llamaba lista de venganza— miró a Pinta.

—No creo que haya más víctimas, jefe— apuntó María lo más segura que pudo.

Sí, los tres estaban convencidos que *El Vengador* era cosa del pasado. Con mayor motivo ante la ausencia de asesinatos en el último año que llevaran su firma. Si de algo estaban seguros era que si por el motivo que fuese esa lista de venganza no estaba concluida se iban a enterar, ¿cómo?; en el momento que recibieran una fotografía con el cartel de culpable sobre el pecho de la víctima. *El Vengador* no iba a variar su *modus operandi* .

María se sirvió una Coca-Cola. Posó una vez más la vista sobre el ejemplar de *El Diario Montañés* y lo abrió por la página del posible último artículo de Torquemada.

"Ojalá no haya más"

Con una tipografía aún mayor que la de portada se podía leer a doble página el mismo titular:

" *Un año sin El Vengador* "

" *Como el periodista que ha seguido día a día el caso que ha acaparado durante el último año y medio la atención de los medios locales y nacionales, entiendo que ha llegado el momento de dejar este asunto en el olvido y permitir que nuestra policía siga con su actividad sin la menor sombra de duda. Yo fui el que recibió las llamadas del supuesto asesino, lo que inicialmente pensé que era una suerte al ser elegido para…* "

Diez minutos más tarde, María dobla el periódico y da el último sorbo a su refresco.

—Parece que tú también sientes la presión —murmuró al leer la firma de Marcelo Torquemada—, quizá mi hermano tenga razón después de todo.

Lo más positivo del último año había sido conseguir la plaza de inspectora tras aprobar con buena nota las oposiciones. Sí, le gustaba el ascenso. No había sido nada fácil preparar el examen, pero al final lo había conseguido. Se puso ropa de deporte y salió a correr.

Unos ojos oscuros la observaban.

2

El inspector Diego Olivares continuaba instalado en Santander desoyendo las indicaciones de su compañera que coincidían con las de su fuero interno. Ambos creían que si era capaz de encontrar el valor mínimo necesario para enfrentar sus miedos y regresar a su casa de Ruiloba, posiblemente podría poner fin a la angustia que le atenaza desde la muerte de su hijo Toñín, incrementada hasta límites crueles con el desenlace del caso de *El Vengador* .

Había bajado a desayunar a la única cafetería que le permitía hacerlo con la intimidad y el silencio deseado. No sabía el motivo pero en aquel lugar nadie le hacía preguntas relacionadas con su trabajo.

—¿Lo de siempre, inspector?

—Sí, Amparo, gracias.

Lo de siempre quería decir lo de cada día libre que bajaba a desayunar, que no era muy a menudo, pero la buena mujer no olvidaba su café en taza grande, rebanadas de pan tostado, unas con aceite y sal, otras con tomate, más un zumo de naranja. Según el día y el ánimo podía añadir algo más.

"¿Regresar a Ruiloba?"

La misma pregunta se repetía incesante en los últimos meses. Antes de dar el paso debería enfrentarse a aquello que alimentaba sus horas de insomnio. Bastaba con eso, con enfrentarse, con decirle a sus miedos que ya estaba bien de atormentarle, que no era necesario pasar página todavía.

La última Navidad se negó a repetir visita a casa de su compañera con la excusa de no tener cuerpo para villancicos. Su principal objeción, que se abstuvo de compartir, era que no quería que se creara una costumbre con su presencia. O quizá la verdadera excusa era la primera, la falta de cuerpo, de ánimo.

"No estoy preparado"

Negó con la cabeza mientras Amparo dejaba sobre la mesa el desayuno, plato a plato. El olor a pan recién tostado ejercía sobre el inspector como efectivo revitalizante.

—Gracias.

Diego había reparado en que Amparo portaba un periódico. No dejaba de ser un gesto extraño porque hacía tiempo que lo había desechado de su dieta festiva. Nada de prensa durante una larga

temporada.

Buscó los ojos de la mujer, en ellos apreció un leve gesto en dirección al ejemplar de *El Diario Montañés,* lo siguió:

“ *Un año sin El Vengador* ”

La mujer se dirigió a Olivares en tono quedo.

—Hablan de vosotros, creo que te puede interesar —ante el gesto de hastío del inspector hizo ademán de llevárselo— si no lo quieres…

—No, no, déjalo, por favor.

Esperó a disfrutar de las primeras tostadas, alternando una con aceite y otra con tomate, y a dar buena cuenta del primer café para abrir el periódico por el artículo de Marcelo Torquemada. Su interés era escaso, al menos lo fue durante los primeros párrafos. No es que según avanzara el artículo dejase de lado las tostadas y el café abstraído por la lectura. El modo, las formas y por encima de todo la velada súplica del periodista a que la gente abandonara el morbo por el maldito caso le hizo sentirse un poco mejor.

Sólo un poco.

Levantó la vista del periódico y miró a Amparo mientras le servía el segundo café.

Asintió.

—Gracias, no lo digo por el café.

Ella le dedicó una sonrisa agradecida y se marchó balanceado su atractivo cuerpo.

El inspector llevó de nuevo la vista al periódico. Permaneció un largo minuto sin separar los ojos del papel. El ceño apretado, como los labios, los ojos concentrados en un titular a mitad de página al final del artículo de Torquemada:

“ *Se busca a una pareja de turistas”*

“Una joven pareja de burgaleses ha desaparecido durante un viaje turístico por la Costa Cantábrica . La familia de la chica ha interpuesto una denuncia al no poder contactar con su hija en los últimos días ”

Diego dobló el periódico. Con gesto mecánico y mirada ausente terminó con la última tostada y apuró el segundo café. Un fino, pero agudo cosquilleo a modo de central de alarmas interna se agarra a su estómago. No por la desaparición en sí de la pareja, la mayoría era localizada a los pocos días. Podían haberse perdido, quedado sin batería en el teléfono o simplemente no comunicar con las ansiosas familias de las que se habían distanciado voluntariamente durante un tiempo.

No, no se trataba de eso, sino que se encontraba ante la segunda

pareja de turistas que desaparecía en los últimos meses. La primera no había sido localizada.

De momento.

De lo último que se tiene constancia es que su avión proveniente de Roma aterrizó en Madrid, donde embarcaron en otro vuelo que trasladó a la pareja de japoneses a Santander.

Después, nada.

A estas desapariciones había que añadir la ausencia de noticias de una mujer; Leyre Aja, vista por última vez subiendo al autobús *La Cantábrica* en Santander con destino San Vicente de la Barquera, de la que se hacen eco cada día los noticiarios.

Cierto que no fueron las únicas desapariciones, pero habían tenido un final feliz. Las vacaciones navideñas pueden dar para eso y más.

—¿Todo bien? —quiso saber Amparo mientras recogía la mesa.

La suave voz de la mujer le succionó al presente.

—Sí, sí.

Tras interesarse por Inés, la pequeña de seis años de Amparo, salió a la calle envuelto de nuevo en sus pensamientos, en sus sospechas.

La buena noticia era que la prensa, hasta el momento, no había encontrado un nexo de unión entre las misteriosas desapariciones. Seguramente fuese debido a que ignoraban el lugar en el que se supo de ellas por última vez, más allá de Cantabria o zona norte.

Su agudo cosquilleo, su alarma interna le mantenía alerta.

"Alerta, ¿de qué?"

—Buenos días, inspector.

No pudo evitar sobresaltarse ante el inesperado saludo. Frente a él un individuo de cabeza afeitada que paseaba a un perro de raza indefinida.

—Señor Valdés, buenos días. Veo que sigue por aquí.

—Sí, regresé para dar otro curso de novela —se abstuvo de añadir policíaca. En presencia de profesionales optaba por no pretender ser un experto—. Insistieron tanto que no pude negarme, además, pasar unos meses en mi ciudad favorita no es como para pensárselo mucho.

Diego bajó la vista.

—Se llama Tina —dijo en respuesta a la muda pregunta del inspector—. Nos conocimos en el Paseo Pereda el pasado año, verdad, ¿pequeña? —apuntó mientras acariciaba la cabeza de la agradecida Tina—. A veces pienso que es el propio Freddy encarnado en ella, ¿se puede creer que también le encantan los bocartes?

—Toda una coincidencia —con la mirada en la perra calló unos segundos antes de añadir—: Quería decirle algo que… bueno, quizá debería haberlo hecho antes, las circunstancias no…

—Sí, dígame —en el rostro del escritor una sincera sonrisa de ánimo para que continuara.

—Quería agradecerle que no haya acudido a los distintos programas de televisión, que me consta le invitaron, para hablar de *El Vengador* .

—Fue fácil, sólo buscaban morbo. Querían saber cómo era posible que lo que hablábamos en clase y lo que sucedía en la calle guardara una relación tan directa. Alguien se lo comentaría, no fui yo.

La imagen del Policía Local, que fuera alumno en el anterior curso impartido por el escritor, se formó en los recuerdos de ambos. Fue pública su extrañeza ante la conclusión del caso.

—Usted sabe —continuó Jaime Valdés— que desconozco los pormenores de lo sucedido. Tengo una opinión al respecto a la que faltan datos sustanciales como para tomarla por definitiva.

Diego le observaba sin saber dónde quería llegar.

—Lo que sí sé es que cuenta con mi total apoyo y confianza, si es que le puede servir de algo, en relación al trabajo que han realizado. Insisto que desconozco los detalles que les hayan llevado a cerrar el caso.

—Se lo agradezco. Espero verle de nuevo —ofreció su mano a modo de despedida.

—Sería un placer para mí que un día compartiéramos un vino o una comida. ¿Vamos, Tina? —dio un paso y se detuvo—, por cierto, inspector, si me lo preguntaran diría que *El Vengador* se ha terminado —sin aguardar comentario alguno del policía, el escritor se puso en camino.

El inspector se lo quedó mirando durante unos instantes.

—Un individuo curioso… —murmuró.

Sí, quizá el día en el que también pasara página estaba más próximo de lo que unas pocas horas antes hubiese previsto.

“Iré el próximo fin de semana y…”

Negó con vehemencia a su vocecilla.

En su rostro un gesto firme de ánimo. Giró sobre sus pasos y se encaminó hacia el garaje. Sabía que si no aflojaba de una vez y se dejaba llevar por el reciente impulso, no era la primera vez que lo sentía tirando de él, todo continuaría igual.

“Vamos...”

Cinco minutos más tarde, sentado al volante de su Audi A-1, ponía rumbo a su casa en el Barrio de la Iglesia en Ruiloba. Las nubes que cubrían el cielo de Santander desde primeras horas de la mañana iniciaron un lento, pero constante retroceso iluminando el día y el ímpetu del inspector. Le distanciaba poco más de media hora de su destino, tiempo más que suficiente para fortalecer su decisión y reducir al mínimo el nocivo efecto de los pensamientos elaborados con una extraña mezcla de culpa y victimismo.

Durante el camino desfilaron en sus recuerdos todas aquellas

imágenes que le empujaban a huir, a esconderse en el trabajo, como si hubiese alguna forma de hallarse a salvo de su propia mente, intercaladas con otras totalmente opuestas. La imagen de Toñín en el momento que le sacó en brazos de la vivienda de sus padres tras pasar dos días sin atreverse a salir del armario, atenazado por el miedo. Cuando le vio por primera vez en el Centro de Socorro Juvenil La Esperanza o la imagen que refleja el día que le enseñó la casa de Ruiloba. Su cara de felicidad incontrolada al saber que el interminable papeleo de la adopción tocó a su fin.

Sí, todas esas imágenes le hacían sonreír, disponía de muchas más. El problema se hacía patente cuando poco a poco se incrustaban entre ellas las de la muerte del propio Toñín por un disparo de su propia pistola. Las de los que asesinaron a sus padres biológicos, su relación con Cris…

"Tranquilo…"

Había llegado el momento de poner todo lo que estuviera en su mano para aplicar la teoría que había aprendido durante los últimos meses. El planteamiento no presentaba dificultades, incluso al alcance de una mente atormentada como la suya. Bastaba con evitar que los pensamientos dolorosos se explayaran en su cabeza, que se desarrollaran como pequeñas películas.

—Ya, ¿y cómo lo hago? —preguntó a la psicóloga a la que asistió por empeño del comisario.

—Ignórelos. No les preste atención. Piense en otra cosa. Esfuércese en seleccionar aquellos pensamientos que le hacen sentir bien.

—Ya.

Suspiró al reconocer el desvío al Barrio de la Iglesia.

"Toñín…"

Sí, conocerle fue sin duda lo mejor que le había pasado en la vida.

Aparcó frente a la puerta de la casa. Tomó aire varias veces y salió del coche.

—¡Diego! ¡Cuánto tiempo! —la voz de su querida vecina, Camila, le dibujó una sonrisa franca en el rostro—. Nos tienes abandonados.

—Prometo que esto cambiará muy pronto —soltó sorprendido por la seguridad que descubrió en sus palabras.

—He venido a…a…

"¡Sin dudas…!"

—¿No me vas a dar un abrazo? —pidió con los brazos en cruz.

—Por supuesto.

Camila era consciente del dolor que su vecino arrastraba desde hacía demasiado tiempo y sabía lo que podía significar regresar de nuevo a su casa.

—Espero que lo encuentres todo a tu gusto.

—¿No se te habrá ocurrido limpiar? —ante el silencio de su vecina

añadió—: La llave que te di no es para que limpies, sino…

—Anda, calla, calla. Sólo he pasado un trapo de polvo —lo acompañó hasta la entrada y se despidió. El siguiente paso era cosa de él.

Lo primero que percibió al poner un pie en el interior fue el olor a hogar, a madera, a familiaridad, a recuerdos, a limpio…

"Tranquilo…"

—Así que sólo un trapo de polvo... —susurró. Esbozó una sonrisa a la imagen de Camila.

Permaneció inmóvil en medio del salón, desde donde podía contemplar la habitación acondicionada como despacho en la que pasó interminables horas con el caso de los padres biológicos de Toñín. El lugar en el que encontró el cuerpo sin vida del pequeño, junto a la puerta. El sofá en el que puso luz a todas sus dudas al leer las cartas, las fotografías que *El Vengador* le había enviado en una caja, junto con el arma empleada en los últimos asesinatos.

Su arma.

Dejó que sus lacrimales abrieran las compuertas y permitieran el paso a todas las lágrimas que le quedaran.

Lloró por Toñín. Por Cris.

Por él.

Unos minutos más tarde deslizó las palmas de las manos por el rostro e inspiró profundamente.

"No más lágrimas, hijo, te lo prometo"

Recorrió la planta baja, al terminar se encaminó hacia las escaleras, dio un repaso visual a las habitaciones del piso superior y regresó al salón. Permaneció de pie unos minutos más con los ojos cerrados y respirando pausadamente, siguiendo las indicaciones de la psicóloga. En cuanto los abrió de nuevo comprendió que algo había cambiado en su interior.

Se sentía en paz.

"Gracias, hijo…"

Se hizo con el móvil.

Al tercer tono contestaron.

—Diego, ¿todo bien?, ¿dónde estás? —el tono de su compañera le golpeó en la conciencia. Un tono preocupado, inquieto, como si esperase que de él sólo pudiera recibir malas noticias, le impresionó.

—Sí, todo muy bien, María. Estoy en Ruiloba, ¿comemos juntos?

La inspectora abrió los ojos exageradamente. Quería añadir algo, pero no era capaz de vocalizar.

—¿María?

—Sí, sí, perdona, es que… —sentía sus ojos cargados— ¿Dónde quieres comer?

—Me acerco a Comillas.

—Perfecto, pero aquí en estas fechas casi todo está cerrado. Podemos ir a *Quo Vadis* , saludamos a Nausica y nos comemos una buena pasta.

—Me parece una gran idea. Por cierto, ¿has leído el periódico?

—¿Te refieres al artículo del Torquemada sobre *El Vengador* ? Creo que será el…

—¿Eh? No, no. También lo he leído, pero me refiero al que venía justo debajo, al de la pareja desaparecida.

—No, ¿por qué lo dices? ¿Crees que tiene que ver con Leyre Aja, la chica de *La Cantábrica* ?

—No lo sé, es de lo que quiero que hablemos. ¿Nos vemos a la una y media en *Tres Caños* y nos tomamos una cerveza?

—Fenomenal.

María guardó su móvil y escondió la cabeza entre las manos. No había podido compartir con nadie de su entorno más próximo, excepto el comisario y Diego, la resolución del caso de *El Vengador* . Un caso que le encogió el corazón, que cambió a su compañero de tal manera que pensó que nunca más se recuperaría.

Levantó la cabeza.

Con los ojos cargados sonrió abiertamente.

“Has vuelto…”

3

Cuando Diego llegó a la *Fuente de Tres Caños* , en Comillas, María aguardaba sentada en uno de los bancos de piedra que la rodean. El inspector la localizó al instante. Durante los escasos segundos que tardó en recortar los no más de treinta metros que los distanciaban no apartó la mirada del perfil de su compañera. Su mente le taladró la conciencia al mostrarle infinidad de recuerdos que reflejaban la constante preocupación que ha sido para ella en el último año.

"Se acabó"

—Buenos días.

María se volvió sobresaltada.

—No te oí llegar —cerca estuvo de añadir una vez más; ¿todo bien? Se moría de ganas de saber por qué había regresado a su casa de Ruiloba, cómo se sintió al poner un pie en el interior. Sobre todo, qué tal estaba ahora. En lugar de formular pregunta alguna se incorporó y buscó en los ojos de su compañero alguna respuesta a sus dudas.

—Ha quedado un buen día, ¿eh? —Diego elevó la vista al despejado cielo— pero seguro que tu padre ya lo había vaticinado.

—No se lo damos como acierto total. Cuando estaba todo nublado dijo que no creía que fuese a levantar pronto, pero que si lo hacía quedaría un día guapo, guapo.

—Pero acertó.

Una capa silenciosa envolvió a los dos compañeros durante unos segundos. A ella, porque aún no tenía claro cómo proceder. A él, porque no tenía experiencia en dar rienda suelta a sus emociones. Sí, se sentía bien, mejor que ningún otro día del último año, trasladarlo al exterior era otro tema.

—¿Una cerveza, compañero? —propuso María con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Me muero de sed.

Optaron por ir a *Samovy* a pocos metros de distancia. De camino María se debatía en cómo abordar lo que le preocupaba. Ante la duda de disparar a discreción la batería de preguntas que se agolpaban en su cabeza, la inspectora se obligó a observar a su compañero, aguantándose las incontrolables ganas de saber y formuló una pregunta que le permitiera llevar a cabo su plan; observar.

—Me has dejado intrigada con lo de la pareja desaparecida.

Diego miró a María y asintió.

Caminaban entre las mesas de la terraza *Samovy* buscando una que estuviese alejada. Un camarero salió a su encuentro.

—Buenos días, Pin.

—Buenos días, María. Siempre alegra el día ver a mi inspectora de policía favorita— apuntó sonriente.

—No seas pelota que soy la única que conoces —dedicó una sonrisa franca a su buen amigo— No sé si recuerdas a mi compañero —señaló a Diego.

—Sí, le recuerdo. ¿Diego, verdad? Aunque hace mucho que no le veía por aquí, inspector —mira a María— ¿Dónde queréis sentaros aquí o dentro?

Los dos inspectores se miraron, elevaron la vista al cielo. No es que hiciera calor, pero se podía disfrutar del sol con la cazadora puesta.

—Aquí mismo. ¿Te parece, Diego?

—Por mí, perfecto.

Pidieron un par de botellines de *Estrella Galicia* y tomaron asiento en la terraza. Aguardaron hasta que Pin trajo la bebida para abordar la cuestión que María había dejado en el aire.

—Gracias, Pin. Ah y unas *rabas* por favor —pidió María.

—Ya mismo.

María volvió el rostro hacia su compañero.

—Me ibas a hablar de la pareja desaparecida, ¿qué la hace diferente a otras desapariciones?

El inspector cogió la cerveza y dio un trago directamente al botellín, apoyó los codos sobre la mesa y agradeció mentalmente que no le sacara el tema del regreso a su casa de Ruiloba. Ya habría tiempo para ello.

—Verás, se trata sólo de…

—¿De una sensación?

—Sí, algo así —otro sorbo—, no es frecuente que desaparezcan parejas, y si lo hacen suele ser porque han ido a la montaña, o a cuevas y en la mayoría de los casos sin conocimientos básicos.

María asintió.

—La desaparición de la mujer que cogió *La Cantábrica* tampoco tiene lógica alguna.

—Se debía bajar en San Vicente de la Barquera, pero nadie recuerda haberla visto descender del autobús. Por las fotos que entregó su familia a los compañeros se trata de una chica sin, digamos…

—Que no es espectacular, si lo fuera seguro que alguien recodaría dónde bajó. ¿Crees que guardan relación las desapariciones?

—Entre tú y yo, creo que está pasando algo grave ante nuestras narices. Mientras no tengamos un caso abierto, que todas estas

desapariciones sean un caso nuestro, no podemos investigar si fuera de Cantabria también han desaparecido parejas.

—Y mujeres.

Pin llega con las rabas que deja sobre la mesa.

—Gracias, Pin —María sonríe al camarero que se aleja a atender otra mesa, apura un trago y se ajusta la coleta.

—Sí, y mujeres, pero tenemos que acotar —Diego hizo ademán de coger una raba, tuvo que soltarla—, cuidado que queman. Quiero decir que es menos frecuente la desaparición de parejas que la de hombres o mujeres.

—Así es —María dobló varias veces una servilleta de papel y cogió una raba—. Nunca me cansaré de comerlas.

El inspector levantó el brazo a modo de saludo. El sargento de la Guardia Civil, Pepe Cancio, y el cabo Emilio Tejerina, ambos adscritos al cuartel de Comillas, avanzaban en su dirección.

—¿Os tomáis una cerveza?

—Ya me gustaría, pero como bien sabes no queda bien el uniforme con un botellín en la mano. Como vosotros no lleváis —apunto sonriente.

—Estamos de día libre, Cancio —dijo María.

—A ver si en otra ocasión podemos tomarnos algo— propuso Emilio.

De pronto, unos chasquidos interrumpieron la conversación, Cancio levantó la mano a modo de disculpa y atendió la llamada de la central. Conforme avanzaba en la conversación requirió la atención de su compañero. De su rostro había desparecido la relajación y la sonrisa de momentos antes.

Los inspectores no perdían detalle de sus amigos.

—Tenemos trabajo —Cancio habló en tono quedo— Unos senderistas han encontrado el cuerpo de una mujer en Monte Corona. La Policía Local está acordonando la zona.

Diego y María cruzaron sus miradas.

—¿Se trata de la desaparecida en Santander?

—No lo sabemos —el sargento caminaba rumbo a su coche.

Diego, detrás.

María, diciéndole al Pin que no tardarían en volver.

—Os seguimos.

—Diego, se trata de Monte Corona, es asunto de la Guardia Civil.

—Lo sé, Cancio. No molestaremos.

Como respuesta recibieron una mueca acompañada de un siseo ininteligible, que bien podía significar haced lo que os dé la gana pero no me metáis en un lio. O cualquier otra interpretación menos amable.

Salieron de Comillas dirección Cabezón de la Sal, al llegar a la Hayuela giraron a la derecha accediendo a Monte Corona.

—Si se trata del cuerpo de la mujer el caso es nuestro, Diego —señaló María.

El inspector asintió.

Delante de ellos el Peugeot blanco y verde se deslizaba por los caminos de montaña con la temeridad del que huye sin tener nada que perder.

—Se nota que se lo conocen —Pinta iba firmemente agarrada al asidero sobre la puerta.

—¿Tú, no?

—Eso creía. Mira, se desvían hacia la Ermita de San Esteban —con el brazo estirado señala hacia la derecha.

Diego no quitaba ojo de las luces traseras del vehículo que le precedía envueltas en la polvorienta niebla generada por las ruedas.

El Peugeot de la Guardia Civil giró bruscamente abandonando el camino central

—Me cago en…

Tres minutos más tarde se detenían. Frente a la pareja de inspectores un reducido grupo de senderistas hablaba con un agente de la Policía Local de Comillas.

—Vamos… —Pinta saltó del Audi A1.

La pareja de guardias civiles seguía las indicaciones de uno de los agentes de la Local.

Pinta y Olivares detrás.

Esa era su intención.

—No pueden pasar, es una zona…

María se lo quedó mirando. Se conocían desde pequeños.

—Perdona, no te había reconocido, es que...—negó con la cabeza al tiempo que señalaba con el brazo estirado— nunca había visto algo así.

La inspectora le puso la mano en el hombro dispuesta a continuar tras los guardias civiles que se habían detenido a unos metros de distancia.

—Si no os dan permiso yo no puedo dejaros pasar, lo sabes.

—Lo sé, Genaro.

Pinta y Olivares cruzaron sus miradas, en momentos como este lamentaban lo absurdo de la burocracia y de las competencias de los distintos Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Para ellos todos estaban en el mismo barco, remando en la misma dirección, con el mismo objetivo.

Todo era o debería ser *el mismo*.

María llevó dos dedos a los labios y emitió un suave silbido.

Nadie se inmutó.

Otro intento con una carga superior de pulmones.

“Como la obliguen a silbar otra vez, nos dejará sordos”.

Genaro había asistido en numerosas ocasiones al poder de los silbidos de María. Fueron frecuentes las competiciones entre chicos y chicas de las que siempre salía ganadora la misma chica.

No fue necesario insistir. El brazo del sargento Cancio se agitó en el aire acompañado de su voz grave.

—Que pasen, Genaro.

“Por fin”

Diego comenzaba a impacientarse.

La pareja de inspectores caminaba despacio en dirección a los guardia civiles. La vista en el camino procurando no pisar nada que pudiera ser considerado una prueba o bien ayudara a comprender cómo llegó el cuerpo hasta ese lugar.

Despacio y en silencio.

Diego se detuvo junto a Cancio, mientras María rodeaba a los guardias y barría con la mirada el entorno del cadáver. La mano en la boca, a pesar de que el manual informa que respirar por la nariz no ayuda a disminuir la intensidad de lo que olemos. La boca, sí. Era consciente de ello, pero sólo imaginar que aspiraba el hedor del cuerpo le revolvía las tripas más de lo que ya las tenía.

La escena era extraña.

Se trataba de una mujer aparentemente joven, deducción hecha por lo que podía percibir de su vestimenta y rasgos físicos, no de su rostro, cubierto de barro, como el pelo. Varios montículos de tierra alrededor de la víctima cuyas piernas y uno de los brazos se hallaban bajo un montón de hojarasca y ramas.

—¿Se conoce su identidad?

—No, Diego. No vamos a tocar nada hasta que llegue la forense.

El inspector suspiró.

El cabo Emilio señalaba el cuerpo de la mujer.

—¿Animales? —antes de que nadie respondiera asintió en respuesta a su propia pregunta. Ningún animal hubiera abierto en canal el estómago con la precisión de un objeto cortante.

Probó con otra cuestión.

—¿Tráfico de órganos?

La pregunta permaneció revoloteando sobre los pensamientos de los que observaban la escena. Cada cual ensimismado en sus propias cavilaciones, buscando una explicación por absurda que pudiera parecer que aclarase lo que tenían frente a sus ojos.

—No te comas la cabeza, Emilio. Ahí llega la forense —Cancio se distanció un par de metros.

Olivares se puso en cuclillas. Aprovechando los escasos minutos que le otorgaba la llegada de la forense Claudia Cobo analizó la escena del

crimen. Por edad, la víctima podría tratarse de la mujer que cogió *La Cantábrica* en Santander, Leyre Aja. Los dos surcos paralelos marcados en el suelo que llegaban hasta el cuerpo indicaba que la habían arrastrado, algo que carecía de toda lógica. ¿Para que cubrir las piernas después?

Tras hablar con Cancio, la forense llegó hasta el cadáver.

—No os esperaba por aquí —dijo mientras se ponía guantes de látex.

—Hola, Claudia. Estábamos en Comillas charlando con Cancio y Emilio cuando recibieron el aviso —Diego, rodilla en tierra hablaba sin apartar la vista del cuerpo.

—¿Me adelantáis algo? —Claudia palpa los bolsillos de la chaqueta de la mujer y los pantalones.

María permanecía en silencio, observando.

—Nada que tú no sepas ya —señaló los surcos paralelos— lo que más nos interesa es tu opinión, ¿qué me dices del corte?, ¿crees que se trata de un ritual o…?

—Sintiéndolo mucho os tenéis que marchar, está a punto de llegar el teniente Cortado —Cancio señalaba con el brazo extendido en dirección a los agentes de la Policía Local que custodian a los curiosos cuyo número aumentaba con el paso de los minutos— ¡¡Ampliad el perímetro, coño!! —volvió el rostro hacia los inspectores—. No es nada personal, ya sabéis cómo son las cosas

—Sin problemas. Sólo quería saber si…

—Haz el favor, no me lo pongas más difícil.

María regresó junto a su compañero, dejó caer la mano en el antebrazo al tiempo que tiraba levemente de él.

—Vámonos.

Eso hicieron.

Al cruzar al otro lado del cordón policial a un gesto de la inspectora se detuvieron.

—Genaro, ¿no te suena la mujer? —la inspectora habló en tono quedo con el que fuera su compañero de la infancia.

El agente volvió instintivamente el rostro en dirección al cadáver al que parecían custodiar los dos guardias civiles. Fue una ojeada rápida, furtiva, de no querer detenerse en detalles.

—No me he parado a mirarla mucho, no sé como lo aguantáis.

—¿No crees que sea de aquí?

Genaro se concedió varios segundos antes de responder, como si los estuviese dedicando a realizar un repaso mental del rostro de la víctima que sin querer había grabado en sus recuerdos.

—Pues...eh...No sabría decirte, quizás...

Pinta también creía que conocía a la mujer de algo, pero no era capaz de situar el momento.

La sirena de otro vehículo de Guardia Civil que se aproximaba puso fin a la conversación.

—Debe ser el teniente Cortado.

El coche hizo su aparición frenando de forma aparatosa. Los dos inspectores se encaminaron hacia el Audi de Diego en silencio, sin dejar de observar el camino por el que transitaban.

Del vehículo saltaron tres guardias. Delante, un individuo menudo de unos cincuenta años, de ágil caminar, al ver a los inspectores su rostro se contrajo levemente.

—Teniente… —dijo María al pasar a su lado a modo de saludo.

Diego apenas asintió levemente. Nada tenía contra el teniente Cortado, adscrito a la Unidad Orgánica de Policía Judicial de la Comandancia de Santander, excepto su excesivo celo en los casos en los que la puñetera competencia se ponía de manifiesto.

—¿Qué te ha parecido? —quiso saber Diego mientras introducía la llave en el contacto.

—Como siempre, se cree que es el…

—Me refiero a la víctima.

María ahogó una risa. Cuando se disponía a responder fueron sorprendidos por dos golpes secos en el cristal de su compañero.

—Me cago en… —el inspector volvió el rostro visiblemente molesto por el susto que acababa de recibir.

Al otro lado de la ventanilla un individuo voluminoso, alto y de aspecto descuidado, de escaso y revuelto pelo que sostenía la colilla de un cigarro lo miraba fijamente.

—Inspector Olivares.

Diego tomó aire un par de veces, miró a su compañera y frunció los labios al tiempo que se disponía a bajar del coche.

María lo imitó.

—¿Era necesario dar esos golpes, Valentín? —Diego se vio obligado a elevar el rostro para mirarlo a los ojos.

El aludido levantó los hombros como si no entendiera a que se refería, apenas había rozado el cristal.

—Era para que no os marchaseis —su rostro cachetudo dibujó un simulacro de sonrisa que apenas duró una fracción de segundo—. No esperaba encontraros aquí.

—¿Cómo has sabido que…? —antes de formular la pregunta al completo lo comprendió— ya, no me digas nada. Algún día te meterás en problemas.

—Valentín…

—Hola, inspectora. Me enteré de su ascenso —de nuevo esa extraña sonrisa en su rostro—. Felicidades.

—Gracias.

—¿Qué te trae por aquí? Confío que sea por un motivo de peso —el

inspector volvía a impacientarse, no tenía ganas de que lo sometiera a su habitual retahíla de preguntas que le ayudaran a resolver sus casos.

—El cadáver que han encontrado… —calló unos segundos—, es posible que sepa de quién se trata.

—El caso no es nuestro —realizó un leve gesto con la cabeza en dirección a los miembros de Guardia Civil—. Si tienes información tendrás que hablar con ellos —el inspector se introdujo de nuevo en el vehículo al tiempo que partía de su boca un sonido ininteligible que quiso ser una despedida amable.

—Pero...

—Nos vemos, Valentín —la inspectora rodeó el coche y accedió al asiento del copiloto.

De nuevo, dos golpes secos en la ventanilla.

—Me está hartando… —murmuró mientras bajaba el cristal— ya te he dicho que no podemos…

—Lo sé, pero no soy bienvenido para el teniente Cortado. Sólo quiero saber si se trata de la persona que busco y decírselo a mi cliente.

—No se sabe la identidad. No creo que tarden en averiguarlo, de una u otra forma te enterarás —Diego se disponía a subir la ventanilla cuando cuatro dedos que asemejaban cuatro morcillas se posaron sobre ella.

—Mis clientes buscan a su hija embarazada que desapareció hace tres meses. Es francesa.

Los inspectores cruzaron sus miradas.

—La chica debe tener poco más de veinte años, aunque no te lo puedo asegurar, y lleva bastante tiempo enterrada —dijo María echándose sobre su compañero con la mirada en los ojos del detective.

Valentín negó con la cabeza.

—Debe tratarse de otra, la que busco tiene treinta y cuatro.

Diego sopesaba si compartir o no el detalle del corte limpio en el estómago de la víctima, podría coincidir con un embarazo. Tras una muda consulta con María añadió:

—Han abierto el cuerpo y no han sido los animales.

El detective privado retiró la manaza del cristal y asomó la cabeza.

—No es a la única que busco, también sigo la pista a una pareja de Burgos y a otra mujer.

—¿Te has especializado en desaparecidos?

—Sabéis que no pongo reparos a los clientes excepto que se trate de cuernos, para eso que se busquen a otro. No, son tres familias que ya han probado con otros colegas sin suerte.

Diego se lo quedó mirando.

—Si te lo estás preguntado la policía tampoco ha dado con ellos.

En la cabeza de los inspectores se reproducía la conversación que

apenas una hora antes mantenían en *Samovy,* con una *Estrella Galicia* en la mano, acerca de la pareja de la que hablaba *El Diario Montañes* .

—Pensad una cosa —Valentín negó con la cabeza levemente—. Sí, ya me voy, no me mires así. ¿No os parece extraño que busque a una mujer embarazada y aparezca otra que también podría estarlo? Que la investigación me haya traído hasta aquí no es por azar.

De eso estaban convencidos los inspectores. A pesar del aspecto dejado y modales bruscos del detective su fama hablaba mucho y bien de su trabajo. Habían colaborado en el pasado en más de una ocasión. Sólo tenía un problema tenerle cerca; no sabía cuando retirarse.

—Como te he dicho antes, el caso es de ellos.

—De acuerdo, si en algún momento pasa a vuestras manos, ¿podremos continuar esta conversación?

Diego no pudo evitar una fugaz sonrisa.

—Está bien.

—¿Tengo tu palabra, inspector? —en esta ocasión fue el rostro del detective el que trazó una sonrisa.

—Por supuesto, detective. Ahora, si nos permites, tenemos que irnos —subió la ventanilla, arrancó el Audi y tomó el camino de regreso a Comillas, no sin antes hacer sonar el claxon un par de veces para que los curiosos dejaran el paso libre.

—Lleva razón, ¿no crees?

Diego asintió.

—Sí, es más que una coincidencia. Si se trata de una de las personas desaparecidas puede que no sea el único cadáver que encontremos.

—¿Tenemos un asesino en serie? ¿Los otros desaparecidos que Valentín está buscando...?

Como respuesta el inspector llevó la vista al frente. Algo positivo tenía para su trabajo un asesino en serie, su empeño por no dejar de matar le obligaba a dejar pistas. El problema radicaba precisamente en ese aspecto, su empeño en no dejar de matar. La tardanza en detenerlo solía conllevar que creciera el número de víctimas. Muchos de ellos evolucionaban conforme incrementaban los crímenes, puliendo errores.

—Me muero de hambre —soltó Diego tras unos minutos de silencio entrando en Comillas— ¿Y, tú?

—Si me lo preguntas es que no oyes los rugidos de mi estómago.

Un par de minutos más tarde entraban en el restaurante italiano, frente al Palacio de Sobrellano, *Quo Vadis* . La dueña, Nausica, les recibía con su habitual sonrisa.

Anna

Todos los jueves a la salida del *insti* , Anna se despedía de sus amigas para encontrarse con su chico, lo de novios era cosa de viejos.

—A ver si un día te vienes a casa con nosotras que desde que estás con Teo...

—Vale —agitó la mano en el aire sin dejar de caminar— Nos vemos mañana.

Anna era consciente de que estaba incumpliendo varias de las promesas de amigas. Promesas de crías a las que no se negó porque nada le importaban. Había cumplido los dieciséis años un par de meses atrás, era la mayor de las cuatro amigas y esto le confería cierto estatus.

El cambio de colegio le estaba sentando mucho mejor de lo que hubiera esperado. Mejor dicho, de colegio a instituto público, nada de uniformes, clases mixtas, una libertad de la que había carecido durante toda su vida gracias a sus controladores padres, y …a Teo.

Sí, Teo, el chico malo al que todo parecía darle igual. De dos cursos por delante de Anna y que apenas se le veía por el *insti* . Delgado, de pelo liso, de apariencia descuidada, de pocas palabras, acostumbrado a hacer su voluntad. Un conjunto que ejercía como irresistible imán entres las adolescentes y no tan adolescentes del barrio.

Para localizarle bastaba con ir al parque de la M-30 o a la sala de juegos de Clara del Rey donde trapicheaba con hachís. Fue sencillo llegar a un acuerdo con el dueño del establecimiento, un hombrecillo que llevaba fumando chocolate toda la vida. Teo le proporcionaba mucha juventud jugando a las máquinas y *costo* gratis.

Anna creía haber encontrado en el chico malo la pareja que le hacía ser diferente entre sus amigas. No era el primero con el que salía, pero sí el primero con el que se divertía de esa manera tan despreocupada. Nada de reglas, de compromisos, sólo diversión.

Apenas le separaban diez minutos, a paso rápido, desde el *insti* a la sala de juegos. Aprovechar cada minuto hasta que llegara la hora de regresar a casa era primordial. Le bastaba con hablar con él aunque sólo fuese un rato. Los jueves su madre no iba a buscarla al instituto para llevarla a clases particulares.

“Ahí está…”

Teo, con el hombro apoyado en la pared hablaba con un chico junto a la entrada de la sala de billares. Le vio llevar la mano al bolsillo de la camisa, mirar a izquierda y derecha, sacar algo y entregárselo al chico.

Aceleró el paso.

—¡Teo! —agitó la mano en el aire.

En cuanto llegó a su altura le estampó un beso en la boca, marcando territorio.

—¿Hoy es jueves?

—Pues sí, por eso estoy aquí —soltó molesta.

—Llegas a tiempo, después hay una fiesta en casa del *Negro*.

—¿Hoy?

—Sí, claro, hemos quedado a las diez.

El semblante de Anna se ensombreció. No quería ni imaginar el rostro de su padre si se atrevía a pedirle permiso para salir un jueves, ni el bofetón que se llevaría si osaba insistir.

—Sabes que no me dejan. Tengo que estudiar y entre semana no puedo salir.

—Ya… Tú te lo pierdes.

—¿Me das una calada?

Teo le ofreció el canuto.

Anna sopló la brasa y lo llevó a la boca. Aspiró una profunda calada que le picó en la garganta. Esbozó una sonrisa, dio otra y otra más.

—Está rico.

No fumaba, al menos no habitualmente, pero desde que había llegado al instituto sus costumbres estaban cambiando, un pitillo o dos los fines de semana. Conocer a Teo le había llevado a probar los canutos. No parecía haber nada malo en ello más allá de unas risas.

De repente, varios grupos de jóvenes comenzaron a correr y gritar:

—¡Los monos! ¡Los monos! ¡La pasma!

Teo arrancó el porro de las manos de una desconcertada Anna le dio una chupada y lo dejó caer al suelo.

—Vamos —cogió su mano y tiró de ella en dirección contraria, entre calles.

Anna se dejaba hacer. Las sirenas de policía le dieron la información que sus dudas y su miedo le pedían a gritos.

—¿Los monos son la policía?

—Sí, los llaman de muchas formas.

Frente a ellos surgió una pareja de agentes corriendo en su dirección.

—Que se te vea bien la carpeta —susurró Teo.

Los policías les echaron un rápido vistazo como valorando si dedicarles un minuto o no.

Optaron por seguir a la carrera.

De fondo, más sirenas.

Teo se detuvo frente a un portal, con la mano sobre el pomo volvió el rostro a tiempo de ver a los dos policías cruzando frente a los billares.

Empujó la puerta.

—¿Dónde vamos?

—Mi abuela vive aquí, tengo una habitación en su casa.

Sin soltarla de la mano, como si temiera que se fuese a escapar entraron en el ascensor.

—¿Si no quiero ir a…?

Los labios de Teo no le permitieron formular la pregunta. Anna se abrazó a él con el brazo que le dejaba libre la carpeta y abrió la boca. El efecto de las intensas caladas ascendía como un torbellino de hormigas desde sus tobillos a la cabeza.

—Teo…—apenas un balbuceo. Sentía como un agradable cosquilleo se apoderaba de cada célula de su cuerpo. La garganta seca.

—¿Sigues sin querer subir? —dijo sin despegar los labios.

Por la cabeza de Anna desfilaban demasiadas imágenes que le empujaban a parar el ascensor, salir y lanzarse escaleras abajo camino de su casa. Entre ellas destacaban el severo rostro de su padre, el apaciguador, pero serio, de su madre al llegar tarde oliendo a tabaco una vez más.

Así es complicado concentrarse.

El ascensor se detuvo en la última planta.

—Tendría que irme, mi madre…

Una vez más la boca del chico malo le impide terminar la frase. Sí, tendría que irse, lo sabe, como también sabe que tampoco está poniéndole las cosas nada complicadas.

Consultó su reloj.

—Sólo media hora, que si no me la lio.

Como respuesta, Teo asintió. De su bolsillo sacó un manojo de llaves, introdujo una en la cerradura mientras en su rostro se perfilaba una boba sonrisa de satisfacción que Anna no pudo observar.

No fue media hora. Ni una.

Fueron cuatro.

La abuela les recibió con pastas y chocolate. Después de merendar se fueron a la habitación a estudiar.

Eso dijeron.

Cuando Anna partió hacia su casa era ya de noche, sus padres la estaban esperando. El recibimiento fue el esperado, por el camino no dejó de pensar en un sinfín de excusas que mitigaran de alguna manera lo que presuponía iba a suceder.

Inmóvil frente a la puerta de la vivienda suspiró varias veces, necesitaba armarse valor. Sentía las manos húmedas y el corazón desbocado.

Entró en la casa.

Silencio.

La carpeta pegada al pecho como escudo de papel. Pasos cortos y deslizantes. Un temblor ligero e intenso a la vez sacudía su asustado cuerpo.

Nada de gritos, sólo rostros serios.

Al llegar a la altura de sus progenitores intentó esbozar una sonrisa mientras su boca se preparaba para formular lo más parecido a una burda excusa, de las muchas que había estado imaginado.

Todo quedó en un intento.

Sin previo aviso el primer bofetón le lanzó contra la pared. El segundo le envió al suelo.

—Ya está bien, Ángel.

—¡Tu hija no se va a volver a reír de mí! Si no quiere aprender por la buenas lo hará por las malas —ladró con el brazo elevado, la cara desencajada, la respiración agitada. El impacto del tercer bofetón dejó a Anna a punto de perder el sentido.

—¡Ángel, ya está bien, por Dios!

Ese día, Anna, no podría olvidarlo. No sólo por el recibimiento, ni tampoco por el castigo de tres meses sin salir excepto para ir al instituto.

No, no sería sólo por eso.

5

Los primeros rayos de luz comenzaban a ganar la partida a la noche que se batía perezosamente en retirada. Eran las seis de la mañana cuando Boris salía al jardín dispuesto a comenzar su jornada laboral. Vivía en una estancia anexa a la señorial casona desde la que se podía contemplar el Mar Adriático en toda su expresión. Compartía espacio con la zona dedicada a la lavandería, por lo que el ir y venir del personal de servicio hasta su vivienda era habitual. No siempre el objetivo era la colada, sino visitar al rubio y fibroso mecánico, chófer y manitas.

A Boris le gustaba ese momento del día en el que nada es lo que parece y todo se asemeja a la estática imagen de un cuadro, a una película que se hubiera detenido en un fotograma concreto. Silencio y más silencio. Se sentía como el rey de la creación o, a una escala menor, como el dueño de la casa en la que llevaba viviendo y trabajando desde…

¿Desde cuándo? ¿Un año? ¿Dos?

Daba igual.

No dejaba de ser un tema sin importancia. El transcurrir del tiempo era algo que aprendió a dejarlo en libertad, a que pasara según su criterio. Nada le ataba al pasado, al menos nada que le generase un mínimo de melancolía o de nostalgia.

Nada le ataba porque de nada se acordaba.

Excepto durante las dolorosas pesadillas.

Como las sufridas esa misma noche.

Despierto, todo iba bien. Sabía cual era su cometido y lo desempeñaba tal y como se esperaba de él. El problema, lo que no comprendía, sucedía cuando perdía la noción del momento presente. Cuando el peso de los párpados se hacía insoportable y su respiración se ralentizaba.

“No, no…”

No había vuelta atrás, por más que se empeñara entraría primero en la duermevela y a continuación en un pozo profundo, tanto, como su sueño. En ocasiones conseguía despertar gracias a algún mecanismo interno que de un modo u otro conocía su zozobra y le empujaba a abrir los ojos.

Lo siguiente que recuerda es lo de cada mañana; incorporarse velozmente empapado en sudor con los brazos arañados. No siempre era el mismo escenario, podría variar con algún moratón en la cara, y similares arañazos por el cuerpo.

Lo que sí era común a cada despertar era la gélida sensación de miedo atroz. Lo único que acertaba a recordar, al menos eso creía, era verse a sí mismo corriendo como no sabía que podía ser capaz de

correr, mirando hacia atrás, huyendo de gigantescas lenguas de fuego que amenazaban con abrasar el cielo. Al volver el rostro al frente comprende que huir no era posible, estaba avanzando hacia el mismo foco del incendio.

Una vez más.

Mira a un lado y a otro buscando ansioso una salida que no encuentra. Se halla en medio de una enorme mano de fuego, que lentamente se va cerrando.

La piel le quema.

Se deja caer de rodillas, mira sus manos, horrorizado ve pequeñas llamaradas que ascienden hasta su rostro. De su garganta parte un alarido inhumano.

Despierto no había fuego, ni nada de lo que huir.

Despierto, todo estaba bien.

La víctima no era él.

No era esa su única pesadilla. Posiblemente denominarla pesadilla, en singular, no sería lo correcto. Se trataba de distintas situaciones en las que siempre salía victorioso. En una de ellas se ve a sí mismo enfrentándose a un par de hombres uniformados.

"¿Policías"

Era posible. A su alrededor un grupo de chiquillos con las manos atadas a la espalda.

—¡Tú, date la vuelta ¡Vamos!

Boris siente sus piernas ancladas al suelo. Algo le impide moverse. Distingue a sus amigos de espaldas, uno al lado del otro, con las cabezas apoyadas en la pared.

—Te ha tocado el sordo o el tonto, Sergei.

—Se va a enterar.

El policía se aproxima a Boris por detrás, eleva la porra en el aire y descarga dos certeros golpes en los muslos que le doblan las piernas.

—Os voy a enseñar a robar, putos desgraciados.

Boris, en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho se retuerce de dolor. Con el rostro contraído mira en dirección al policía. Lo que ve no le gusta nada. Su brazo elevado, una vez más, asiendo con firmeza la porra, el semblante desencajado. No, no estaba dispuesto a recibir otro porrazo como los anteriores. Su vida en la calle, en la que se había ganado un respeto entre las bandas de delincuentes, no por su fina inteligencia precisamente, tendría que servir de algo.

Súbitamente, de su garganta parte un aullido animal al tiempo que se incorpora de un salto. El policía no esperaba una reacción así, sorprendido, duda unos instantes.

Ese fue su error.

Boris se lanza sobre el agente sin dejar de gritar. Con un movimiento veloz se adueña de la porra. Ciego de rabia la descarga una vez, y otra y otra más sobre el rostro del policía que apenas acierta a cubrirse la cabeza. Con el brazo en alto dispuesto a machacarle las entrañas de una vez por todas siente un golpe seco en la espalda.

Se gira.

El compañero del individuo que agonizaba bajo sus piernas, lo observa con la porra entre las manos. Su rostro refleja la extrañeza que le supone ver a Boris mirándole con los ojos desencajados en lugar de chillar de dolor revolcándose en el suelo.

Unos pasos a la carrera atraen la atención del policía. Los detenidos huyen calle arriba con las manos a la espalda. Apenas retira la mirada de Boris unos segundos.

Otro error.

Al volver el rostro, lo primero que ven sus ojos es el cañón de la pistola de su compañero en manos del chico que tenían que llevar detenido.

Un trabajo rutinario y sencillo.

Lo segundo, nada.

Todo se vuelve negro.

Esas noches Boris se despertaba descansado, feliz. Se trataba del tipo de pesadillas que le daban sentido a la vida. Era capaz de continuar soñando a pesar de estar despierto. Se ve alcanzando a sus amigos y vaciando el cargador de la pistola en sus cuerpos. No se trataba de un acto de venganza por haber sido abandonado a su suerte, sino de algo más sencillo; le habían enseñado que debía hacerse respetar. Boris siempre obedecía.

¿Pesadillas...o recuerdos?

Miró alrededor. Tomó aire y se encaminó hacia el garaje, uno de sus lugares preferidos. El *Mercedes CLS,* con su irresistible aspecto retro parecía aguardarle como cada mañana, escoltado por la última adquisición; un Jaguar *F-Type coupé* .

“Qué buena pareja...”

Se puso manos a la obra, comenzó con el Mercedes, levantó la tapa del motor y deslizó su mirada experta por cada pieza.

Sonrió.

Todo estaba escrupulosamente limpio y en su sitio.

Dedicó unos minutos a observarlo por fuera como si se tratase de la primera vez, paladeando el momento.

Llevó la vista al Jaguar.

No, no recordaba dónde ni cuándo había aprendido el funcionamiento de un motor, lo que sí sabía es que se le daba muy bien.

Como otras cosas.

Consultó el reloj. Faltaba una hora para que le dejaran entrar en la cocina a desayunar. Llevó un cigarro a la boca y se dispuso a dejar relucientes la chapa y los cristales del Mercedes.

—¡Boris!

La desagradable voz de doña Klementina, ama de llaves de los Zec, le arañó los oídos. Negó con la cabeza.

—¡Boris!

"Maldita bruja..."

—Por fin te encuentro —dijo asomando la cabeza por la puerta del garaje —si trabajaras un poco en vez de jugar con los coches todo iría mejor. A desayunar, y date prisa que el señor Zec tiene que salir y quiere que le lleves—apuntó regresando a la casa.

Como respuesta, Boris enrolla el trapo con fuerza mientras sus ojos se clavan como agujas en la espalda de la mujer. Unos ojos fríos, elevados como diminutos faros sobre un rostro en el que se perfila una sonrisa torcida.

El desencadenante tuvo lugar unas semanas más tarde.

Una de las hijas pequeñas de los Zec lloraba desconsolada entre amenazas del ama de llaves. Boris salió de su lugar favorito, el garaje, y se asomó por una de las ventanas que dan a la cocina.

Doña Klementina gritaba a la niña inclinada sobre ella.

Sintió como sus músculos se tensaban.

Frente a él no estaban el ama de llaves y la niña. No, el pasado acudió raudo para atormentarle una vez más.

Frente a él se hallaban su madre y su hermana pequeña.

La promesa realizada a su vocecilla interior cobró fuerza; nunca, jamás, volvería a permitir que ni su madre, ni su padre, pusieran sus puñeteras manos sobre su hermana.

Hacer valer su promesa les costó la vida.

Cerró ojos y puños.

Asintió.

En silencio, como era habitual en él, abrió la puerta de la cocina y accedió al interior. Doña Klementina le daba la espalda.

—¡No voy a consentir que tus padres me vuelvan a llamar la atención por tu culpa! ¡Come! —el ama de llaves apoyaba las palmas de las manos sobre la mesa con el cuerpo inclinado sobre la pequeña.

—No me gusta…

—¡Que comas!

Boris recorrió los no más de cinco pasos que le distanciaban de los

gritos con el dedo índice entre los labios mirando a la niña. Había localizado un juego de cuchillos sobre la encimera, pero los descartó porque sabía que no pararía con la primera cuchillada. Necesitaba algo que fuera lo más silencioso y discreto posible. Algo que no solía formar parte de su forma de proceder.

Los ojos de la pequeña se clavaron en él, su semblante mostró una repentina mueca de súplica. Doña Klementina comenzó a girar el rostro.

No le dio tiempo a más.

Con una mano Boris aferra su cabeza por el moño, con la otra tapa su boca a modo de mordaza. Mira a la niña y le guiña un ojo, mientras, a rastras, se lleva a la mujer de vuelta al jardín.

El cierre de la puerta al salir coincide con un extraño crujido.

A veces, Boris sueña que escondió el cuerpo sin vida de la mujer un par de días bajo su propia cama hasta que pudo introducirla en un coche y enterrarla en el bosque.

¿Sueña o recuerda?

6

El domingo por la tarde, después de comer con su compañera, Diego regresó a Ruiloba dispuesto a pasar su primera noche en mucho, mucho tiempo. Cuando a la mañana siguiente sale de casa rumbo a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria está ya convencido de que esa noche marcará para siempre un punto de inflexión en su vida.

Fue sencillo reconocer que no quedaba apenas nada de rencor hacia sí mismo por no haber obrado de otra forma con Toñín, por no haber escondido sus armas, por no haber detenido a los culpables de la muerte de los padres de su hijo adoptivo.

Por no haber…

Sí, hubo muchas razones, que consideró más que justificadas, por las que flagelarse durante los últimos años, pero la noche recién transcurrida en su casa le había envuelto en una fina, pero a su vez resistente, capa de tranquilidad, de agradecimiento a Toñín por haberle elegido como padre.

Lo siguiente era decidir si continuaba viviendo en Santander, en el apartamento alquilado, o regresaba a Ruiloba. Mientras buscaba argumentos en una u otra dirección lo que le pedía el cuerpo era pasar al menos los días libres en el pueblo.

Sí, se sentía muy bien.

—Buenos días, Paula. ¿Ha llegado el comisario?

—Acabo de entrar y no le he visto, Diego. Pregúntale a Cruz que ella sí que está —apuntó la oficial de recepción.

El inspector sentía la necesidad de comentar con el comisario Fausto Redondo la aparición del cadáver de la mujer en Monte Corona, de paso pedirle que utilice sus contactos para que le hagan llegar una copia de la autopsia.

—Buenos días, Cruz… ¿está…? —elevó una ceja en dirección al despacho.

—Sí, acabo de llevarle café —en su regordete rostro se formaron los habituales hoyuelos que acompañaban a su también habitual sonrisa— ¿Te llevó uno? —sin aguardar respuesta giró sobre sí misma dispuesta a prepararlo en taza grande, como le gusta a Diego.

—Te lo agradezco, pero me he tomado un par de ellos y si tomo

otro me subiré por las paredes.

—¿Seguro…?

—Sí, sí, seguro. Dile a María que la espero en el despacho del comisario.

María Pinta despertó con una sensación muy distinta a la que se había adueñado de su cuerpo, amenazando con instalarse definitivamente, durante los últimos días.

¿O quizá eran semanas?

Se sentía más ligera, más animada, con triple extra de motivación sin que aparentemente existiese razón alguna para ello.

Aparentemente.

Achacar su estado a la indudable mejoría que había observado en su compañero le generaba una cierta, absurda e incómoda, sensación de dependencia. No podía dejar su estado de ánimo en manos de nadie, ni siquiera de la gente a la que quería.

Como teoría está bien.

Sin embargo, existen situaciones en las que resulta del todo imposible abstraerse, crear una barrera entre lo que vemos a nuestro alrededor y la expresión de nuestros propios sentimientos.

—¿Te importa llevar a tu ahijada al colegio? —pidió Tere señalando a su nieta mientras desayunaba.

La inspectora consultó el reloj.

—Tiene que ser ya, que se me hace tarde.

La mujer negó levemente con la cabeza.

—Hija, siempre con prisas y más prisas —Tere entró en la cocina—. Si quieres que tu madrina te lleve al cole tienes que ir terminando.

Los ojos de la pequeña María se abrieron todo lo que daban de sí. Llevó la mirada repleta de indecisión a los restos apelmazados de galleta entre sus dedos, al vaso de Cola Cao con su capa de pompitas y a su abuela. Estiró un poco el cuello para localizar a su madrina.

—Se tiene que ir —insistió la abuela.

Si había que darse prisa, nadie la ganaba. No iba a desaprovechar la oportunidad de pasar unos minutos con su tía y menos aún si la acompañaba al cole. Sabía que era la envidia de sus amigas al tener una madrina policía. Apuró de un trago el Cola Cao, chupó los dedos y se hizo con la carpeta.

—Estoy lista —soltó feliz.

María se acercó a ella, en su boca se mostraba una enorme sonrisa. Puso rodilla en tierra y señaló un espejo en el pasillo mientras limpiaba los dedos de su ahijada con una servilleta de papel.

—¿Vas a salir con esos bigotazos? Pareces Mario en vez de María.

La pequeña miró su reflejo y comenzó a reírse como si le hubieran

contado el mejor de los chistes.

María Pinta entró en la comisaría con el recuerdo de las risas de su ahijada y el olor a inocencia que le impregnó el abrazo de despedida.

“Si quiero ser madre…”

—Buenos días, te esperan en el despacho de don Fausto. ¿Te llevó café?

—Te lo agradecería, Cruz, me he tomado uno rápido. He llevado a mi ahijada al cole.

—¿Sí?, ¿cómo está la pequeña María? —el semblante de la secretaria se iluminó.

—Es toda una personita revoltosa y cabezona.

—Vaya, qué raro, no conozco a nadie así en esa familia —señaló irónica.

—Cruz…

Segundos más tarde Pinta se unía al comisario y a su compañero. Diego le había comentado, durante la comida en *Quo Vadis* el día anterior, que tenía intención de hablar con el comisario acerca del cadáver de la mujer.

—Yo hablaría con el teniente Cortado —intervino Diego—, pero imagino su respuesta.

El comisario asintió mientras se atusaba el bigote.

—¿Qué opina usted, Pinta? —ante el gesto de duda de la inspectora añadió—: No me refiero al teniente Cortado sino al cadáver de la mujer de Monte Corona.

—No sé que le habrá comentado mi compañero, pero…

—Me estaba comentando lo que hablaron ayer.

La inspectora cruzó las piernas. Su mente realizaba un rápido repaso a las conclusiones que compartió el día anterior con Diego. El suave repiqueteo de nudillos en la puerta junto con la entrada de la secretaria del comisario con el café le otorgó los segundos necesarios para ordenar las ideas.

—Gracias, Cruz —dijo María cogiendo la taza.

—Si alguien quiere café está a tiempo, así acabo la cafetera —deslizó la mirada por los ojos de Redondo y Olivares— ¿Nadie?

—Si acaso luego.

—De acuerdo, don Fausto.

El clic del pestillo coincidió con el inicio de la exposición de Pinta.

—Era evidente que la víctima no había sido asesinada donde fue localizado el cuerpo. Apenas había sangre y por el enorme corte que atravesaba su abdomen deberíamos haber encontrado un buen charco

—miró a su compañero que asintió.

—Así es, comisario. La mataron en otro lugar, creemos que estaban escondiendo el cadáver cuando aparecieron los senderistas.

Redondo dio un sorbo al café y se limpió el bigote más por acto reflejo que por necesidad.

—¿Qué les hace pensar eso?

—El cuerpo no estaba en un agujero ni habían cavado al rededor. Solamente las piernas medio tapadas con ramas y barro.

—Por algún motivo la desenterraron y cambiaron de sitio —intervino Pinta— fue arrastrada hasta el lugar donde la encontramos, al menos durante unos metros. Es posible que las huellas de una rodada, junto al lugar en el que se inician los dos surcos paralelos de los tacones al ser arrastrada la víctima, pertenecieran al coche en el que fue transportada, pero esto es mucho suponer con un simple vistazo.

El comisario Redondo se puso en pie. Su rostro afectado, los labios fruncidos sobre los que el mostacho parecía adquirir vida propia. La pareja de inspectores lo observa sospechando lo que en esos momentos pasa por la cabeza de su jefe. Lo que acaban de exponer en breves palabras indica que no se hallan ante un crimen más.

Al alcanzar la ventana, tras alargar su silencio unos segundos más, se giró.

—Entiendo que quieran tener acceso a los resultados de la autopsia. Si añadimos que son varias las personas desparecidas en los últimos tiempos...—elevó la palma de la mano en el aire—. Pero, no nos precipitemos.

Rodeó su mesa y tomó asiento de nuevo.

—De todas formas se trata de un caso sobre el que no tenemos competencia —sus ojos se posaron insistentes sobre los de sus subordinados, como muda orden de no iniciar una investigación al respecto.

—Lo sé, comisario, pero si se trata de la mujer que subió a *La Cantábrica* rumbo a San Vicente de la Barquera estamos perdiendo el tiempo y…

—Olivares, sabe perfectamente que nada podemos hacer cuando no tenemos caso. ¿Creen que tiene relación con el cuerpo de Monte Corona? —sin aguardar respuesta añadió—: Saben que me fio de sus instintos, pero me parece demasiado prematuro formarse una opinión sin nexo alguno de unión entre un cuerpo y una desaparición. ¿Lo hay?

María escuchaba atentamente, comprendía la posición del comisario, sin embargo se hallaba más cercana a la de su compañero.

—No tengo pruebas que sustenten mis sospechas, jefe.

—Bien, en ese caso, Olivares, lo único que puedo hacer es que pase

a ustedes la desaparición de Leyre Aja. Lo investiguen a fondo y si sus sospechas son ciertas les llevará al nexo de unión que necesitamos, ¿de acuerdo?

Diego no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. No era lo que deseaba pero sí una muy buena forma de poder ponerse en camino.

—De acuerdo, jefe. Confío que los compañeros que lo llevan no se sientan…

—Deje eso de mi cuenta —volvió el rostro hacia María— ¿Está de acuerdo con mi propuesta?

—¿Eh? Sí, sí, por supuesto. Nos permite investigar un caso que creemos va mucho más allá de lo que parece.

—Ojalá se equivoquen y esa mujer dé señales de vida lo antes posible, Pinta.

La inspectora apretó los labios y ladeó el rostro nada convencida a la vez que balbuceaba un apenas audible:

—Ojalá...

—En fin, comiencen ya con el caso —cogió el teléfono—. Haré que les envíen cuanto antes toda la información sobre Leyre Aja.

Los inspectores se pusieron en pie.

—Gracias, jefe.

—Ah, si sus sospechan se van confirmando manténganme informado de inmediato.

—Por supuesto —respondieron al unísono.

Tras emitir las órdenes oportunas, Fausto Redondo sopesó si atender o no la petición del inspector Olivares respecto a solicitar información a la Guardia Civil sobre el cadáver de Monte Corona. En su mente la imagen del leal, y excesivamente burocrático teniente Cortado de la Benemérita.

Niega con la cabeza mientras hincha un carrillo, luego el otro, de nuevo el primero, como si empujara de un lado al otro una pelota de aire.

“Olivares…”

Pulsó el intercomunicador para pedir a Cruz que le pusiera con su homólogo en la Guardia Civil el teniente coronel Jacinto Sereno.

—Cruz, por favor, páseme con… —algo en su interior le decía que lo pensara mejor, que eliminara cualquier atisbo de llamada oficial.

—Sí, comisario, dígame…

—No, déjelo.

Cogió el auricular, se puso las gafas para consultar en su agenda el número de teléfono directo del teniente coronel y marcó.

Al cuarto tono contestaron.

—¿Jacinto? soy Fausto.

—Hombre, comisario, ¿a qué se debe esta llamada? ¿No será para invitarme a una cerveza tostada en el Náutico?— de mediana estatura e impecablemente uniformado el teniente coronel esbozó una gran sonrisa.

—Eso está hecho, Jacinto, pero te llamaba por otro asunto.

—Tú dirás, pero de esta semana no pasa esa cerveza.

Redondo se dedicó una sonrisa similar a la de su amigo.

—Cuenta con ella.

—Te escucho.

Recostado sobre su amplia butaca, el comisario aún se planteaba si tenía algún sentido el propósito de esa llamada.

"Ya es tarde para echarse atrás"

—Ayer domingo dos de mis inspectores coincidieron con el sargento Cancio y el cabo Emilio Tejerina en Monte Corona y…

—Sí, un crimen del todo horrendo.

—¿Sabes si se le ha practicado la autopsia?

—De momento no me han llegado los resultados del SECRIM, Fausto. ¿Se trata de un interés personal o profesional?

El comisario se removió inquieto. Aprovechó que Cruz asomaba la cabeza bajo el dintel para pedir otro café.

—No sabría decirte. Verás, los inspectores Pinta y Olivares creen que la mujer puede guardar relación con varias desapariciones que han tenido lugar en Cantabria.

"Que uno de los dos tenga un presentimiento, vale, pero que lo tengan los dos no me gusta nada"

Jacinto Sereno llevó la mirada a los informes que descansaban sobre la bandeja de *pendientes* .

—Dame un segundo.

Fueron dos minutos largos en los que Redondo sólo escuchó la respiración de su amigo al otro lado del teléfono.

—Estaba repasando los informes pendientes, ninguno relativo a la mujer de Monte Corona.

—Entiendo.

—¿Por qué pensáis que esa mujer puede ser una de las desaparecidas? ¿Me ocultas algo?

Redondo apuró un sorbo del café.

—¿Ocultarte? si lo que busco es información. No sabemos nada de ella, Jacinto, tienes mi palabra, se trata sólo de...de…

—Suéltalo, Fausto.

Argumentar que se trataba sólo de intuición, de un presentimiento de sus inspectores no resultaba nada profesional. Ante la ausencia de una excusa mínimamente válida que le sacase del embrollo, lo soltó.

—No es nada, digamos, profesional, Jacinto, es sólo intuición. Creemos que está pasando algo ante nuestras narices, aunque no

sabría decirte qué.

—¿Intuición tuya o de tus inspectores?

—Jacinto, no me toques los cojones... —apuntó sonriente.

El teniente coronel sabía perfectamente a qué se refería su colega, pero en estos casos no estaba de más regodearse un poco.

Cuando el comisario colgó se quedó con la promesa de ser informado en cuanto supiera el resultado de la autopsia. Lo siguiente pasaba por trasladar el caso de la mujer de *La Cantábrica* a Pinta y Olivares.

Diego salió de la reunión rumbo al perchero, cogió la chaqueta y habló en tono quedo.

—Voy a ver a Claudia, no tienes por qué acompañarme, no es oficial y…

—¿Que no tengo por qué acompañarte? Pues a mí se me ocurren muchos motivos. Vamos.

En esta ocasión dejaron los coches particulares y subieron al oficial y camuflado que los inspectores tenían a su disposición, un BMW x6, incautado a traficantes de droga, todo terreno de 300 CV, caja de cambios automática de 8 velocidades. Aceleración en 0 a 100 en cinco segundos que hace las delicias de María Pinta en cada ocasión, suelen ser mayoría, que se pone al volante.

Abandonaron la Jefatura Superior de Policía de Cantabria en la Avenida del Deporte, y pusieron rumbo al Instituto de Medicina Legal de Santander. Continuaron por la calle de Lavapiés hasta la glorieta Albericia abandonándola en la primera salida para incorporarse a la calle del mismo nombre; Albericia.

Diego permanecía absorto en sus pensamientos mientras María disfrutaba de la conducción. No había mucho tráfico lo que contribuía a aumentar su satisfacción al volante. Aprovechó los minutos de silencio para relajarse, hasta que giró el rostro a su derecha.

—¿Vas a decirme en que estás pensando? ¿Es por Claudia? —al formular la pregunta cerca estuvo de arrepentirse. No olvidaba que su compañero había iniciado o estaba en fase de iniciar una nueva vida enterrando o al menos sobrellevando un trágico pasado.

Diego recogió la mirada del Hospital de Valdecilla y asintió, mientras, el BMW x6 accedía a la Plaza Cuatro Caminos que bordearían hasta la última salida para incorporarse a la Avenida Pedro San Martín, que alberga la sede del Instituto de Medicina Legal en el número 2.

—En cuanto el jefe nos asigne el caso de Leyre Aja, si nuestras sospechas son ciertas, no tardaremos en llevar también el de la mujer

de Monte Corona.

María conducía por la rotonda de Cuatro Caminos, sin desviar la vista del frente, esperando a que su compañero continuara, pero parecía haberse quedado a media explicación.

—¿Y, bien?

—Mientras llega ese momento, que ojalá no llegue porque eso querría decir que ha aparecido el cuerpo de Leyre Aja y que de alguna manera está relacionada con la de Monte Corona, lo único que tenemos es…

—Nada, Diego, no tenemos nada, excepto hacer lo que vamos a hacer; hablar con la forense —apuntó María mientras aparcaba.

—Eso es, confiemos que Claudia no se lo tome a mal, podríamos comprometer al comisario.

Descendieron del vehículo, un golpe repentino de viento les obligó a abrochar sus cazadoras.

—Parece que se prepara una buena —dijo María con la vista en el nublado cielo.

—Mira quién sale del instituto.

El teniente Cortado abandonaba las instalaciones con su habitual paso acelerado consultando el reloj, como si el tiempo siempre apremiara.

—¿Nos hacemos los locos? Podemos entrar en esa cafetería —propuso María.

—Si por algún motivo nos ve será mucho peor. Vamos hacia él, no tenemos nada que esconder, ¿verdad? —en el rostro del inspector se perfiló una mueca irónica.

—Nada de nada.

El menudo guardia aceleró aún más el paso, agitó el brazo en el aire como si quisiera llamar la atención de alguien. Miró a izquierda y a derecha dispuesto a cruzar la calle. Tan ensimismado iba en sus pensamientos que cerca estuvo de impactar con los inspectores.

—Teniente…

La voz de Diego le hizo detenerse. Esbozó una sonrisa ladeada, sus ojos se contrajeron levemente como muestra de la extrañeza de encontrarse con sus colegas.

—¿Qué les trae por aquí?

—Un caso de desaparición —empeñado en parecer lo más absurdamente normal, con riesgo de rozar la insensatez, Diego aprovechó el encuentro para poner luz a sus numerosas dudas —. ¿Pudieron averiguar la identidad de la mujer de ayer?

—¿De ayer?

—Sí, la de Monte Corona. Como le decía estamos investigando varios casos de desaparición —soltó con el rostro serio.

El teniente Cortado se debatía entre compartir lo que sabía o actuar

como siempre, es decir, permitir que la burocracia continuara su curso. Estaba en manos de los superiores de ambos considerar, o no, oportuno que la información circulara en un sentido o en otro.

Optó por lo segundo.

—Es una investigación en curso y no puedo compartir información, inspector. Si la identidad de la mujer nos lleva a uno de sus casos, sin duda que su comisario le informará al respecto —apretó los labios, volvió a elevar el brazo en dirección al Nissan que le aguardaba—, ahora, si me permiten…

—Por supuesto, y gracias como siempre, por su colaboración —en el semblante de Diego una fina sonrisa que el teniente no supo cómo interpretar.

—Gracias por nada...—susurró la inspectora—. Imagino que entre los nuestros también los habrá parecidos.

—Seguro, ¿entramos?

7

Cuando los inspectores Pinta y Olivares abandonaron Monte Corona, el detective privado Valentín Corneja se aproximó hasta el límite del cordón policial frente al que se agolpaban los curiosos. Se subió el cuello de la gabardina e introdujo las manos en los bolsillos en busca de un cigarro y el mechero. La mirada unos metros más allá, en el reducido grupo que rodeaba el cadáver. El sargento Cancio, de la Guardia Civil, alejado unos pasos como si quisiera estar lo más distante posible de la escena. Por el contrario, el teniente Cortado no paraba de gesticular en dirección a la forense que rodilla en tierra examinaba con cuidado, con escrupuloso mimo, el rostro de la víctima, como si le hablara a una niña pequeña que teme dormirse por si regresa la pesadilla.

"Dime quién te ha hecho esto..."

El cabo Emilio ejercía de límite físico del cordón policial, apenas podía contener a los no más de treinta, en su mayoría senderistas, que no dejaban de formular preguntas.

Corneja encendió el pitillo con calma sin apartar la vista del grupo. Tras una intensa calada, volvió a buscar en el bolsillo interior de su gabardina. Al sacar la mano sus dedos sostenían unos pequeños prismáticos, conocidos décadas atrás como *impertinentes o binoculares de teatro* . Miró a un lado y a otro buscando el mejor lugar desde el que parapetarse. El objetivo no era tanto evitar ser visto, aunque agradecía que no se fijaran en él, como poder distinguir los rasgos de la víctima. Alejado varios metros de los curiosos ajustó los anteojos.

—Mierda…

El cuerpo de Claudia Cobo le impedía ver el cadáver.

Cambió de posición.

"A ver aquí…"

Desde su nueva ubicación podía observar el tronco superior de la víctima, aunque sin concretar detalle alguno. Cogió el teléfono móvil de última generación y comenzó a sacar fotografías con el zoom más ampliado posible. A través del objetivo pudo ver a la forense, al sargento Cancio, y al teniente que agitaba los brazos en el aire al tiempo que señalaba en su dirección.

Corneja dejó el móvil enganchado en su lugar habitual, una trabilla del pantalón, y siguió con la mirada los airados gestos del guardia

civil.

“¡Qué rápido el cabronazo!”

Su rostro forzó una sonrisa de circunstancias. Sus manos se elevaron con las palmas en dirección al cabo Emilio que se acercaba veloz dispuesto a cumplir el mandato del teniente.

—Señor, no puede sacar fotos, le ruego que se aleje de este lugar.

—Vale, vale, discúlpeme.

El detective privado giró sobre sus pasos y regresó a su coche. Cerca estuvo de enfrentarse al guardia en la defensa de sus derechos entre los que se encontraba el sacar fotografías en un sitio público y al aire libre como en el que se hallaba. Sin embargo, en esta ocasión optó por ser más efectivo con el mandato de sus clientes y regresar a Comillas.

Lo siguiente que pensaba hacer era mostrar en cada bar, terraza, tienda y a cada persona del pueblo que se encontrara las fotos que guardaba de los desaparecidos.

En cuanto se disponía a obedecer las indicaciones del cabo y abandonar el lugar al volante de su viejo Mercedes, dos motos de la Guardia de Civil de Tráfico y dos Nissan se detuvieron, bloqueándole el paso.

“Espero que no sea por las dichosas fotos…”

Un agente rodeó el coche y se acercó a su ventanilla.

—Buenos días, señor —el hombre llevó la mano a la gorra—. ¿Me permite ver su documentación?

—Por supuesto.

Cinco minutos más tarde, Valentín Corneja transitaba por el camino que le conduciría a la carretera de Cabezón de la Sal a Comillas. Nada le dijeron de las fotografías que había sacado, posiblemente porque el agente nada sabía de ellas, y tampoco nada le dijeron sobre la identidad del cuerpo hallado.

Comprendió que quién quiera que fuera el que dio la orden de identificar a todos los curiosos había actuado con rapidez y profesionalidad. Es bien sabido que existen numerosos perfiles de asesinos que tienen la manía, desfachatez o descaro, llámese como se quiera, de regresar a la escena del crimen como si de un espectador más se tratase. Si se le había ocurrido la absurda idea de volver al escenario del crimen para reírse de la Guardia Civil, estaría identificado.

—Como el resto de los veinticinco o treinta que había… —susurró.

Dejó el coche en el aparcamiento de Sobrellano, contaba con que en esta época del año, a finales de enero, por muy domingo que fuese no se iba a encontrar con ningún gentío en la Villa.

Así fue.

El primer lugar que vio abierto, en la acera contraria en la que se encontraba, fue el restaurante italiano *Quo Vadis* . Armado con las fotografías que le habían aportado sus clientes, la de una pareja de burgaleses, una mujer francesa y de otra española accedió al interior del establecimiento. Le recibió la perenne sonrisa de la propietaria, Nausica.

—Buenos días —los expertos ojos de la mujer le advirtieron que el hombre de la gabardina, de aspecto descuidado y gran tamaño, que con su sola presencia empequeñecía el recibidor de su local, no venía a comer.

—Buenos días… —Valentín Corneja introdujo la mano en el bolsillo interno de su gabardina para extraer las fotografías—. Verá, soy detective privado y sus familias me han encargado que encuentre a estas personas —las instantáneas asemejaban como sellos entre los *amorcillados* dedos de Corneja.

Nausica no perdía detalle de su extraño visitante. Ni de las fotos que se fueron mostrando ante sus ojos sobre el mostrador. Hasta el momento no se había formado una opinión del individuo que observaba con semblante apacible, pero algo le decía que estaba siendo sincero en su exposición.

—¿Puedo? —pidió señalando la foto de la pareja de burgaleses.

—Por favor, cójala.

Nausica la examinó con mucha atención. Pasaba mucha gente por su establecimiento, de los pocos abiertos en Comillas todo el año.

Corneja examinaba el rostro de la mujer morena, de suaves rasgos, que parecía reconocer a la pareja.

—¿Los ha visto?

La mujer dejó la fotografía sobre el mostrador. Atendió a una familia que accedía al local y regresó junto al detective.

—Sé que lo que le voy a pedir es complicado, señora. Esta pareja —Valentín bajó la vista y dio dos suaves toques con el dedo índice sobre la instantánea— desapareció el pasado verano, en septiembre. Ha pasado casi medio año y es lógico que no la recuerde, pero si pudiera hacer un esfuerzo…

Nausica daba vueltas en su cabeza a la fotografía. Para reforzar su predisposición a recordar la volvió a tomar entre sus dedos. Los ojos fijos en la pareja que miraba sonriente a la cámara. A su propia cámara, posando para un *selfie* . Una mirada limpia, de confianza en la vida, de esas de todo está bien.

—Se la enviaron a la madre de la chica una semana antes de desaparecer.

La propietaria de *Quo Vadis* asintió, de nada le servía lo recién apuntado por el detective, sin embargo, su cabeza buscaba entre los

cajones mentales en los que almacenaba rostros, nombres, detalles de los clientes que pasaban por su establecimiento.

Detalles…

Como los que colgaban de la muñeca de la chica que parecía mirarla fijamente, retándola con ojos inquisitivos a la vez que traviesos, ¿no te acuerdas de mí?

—Las pulseras… —murmuró al fin—. Sí, sí, las pulseras —insistió elevando el tono como para dar más seguridad a sus palabras. Llevó ambas manos a la cabeza mientras se recogía el pelo con gesto nervioso.

—¿Entonces, los recuerda? —quiso saber un ansioso Corneja, parecía que la interminable investigación que le había llevado hasta Comillas comenzaba a dar sus frutos.

Nausica no separaba la mirada de la foto que descansaba sobre el mostrador.

—Lo que recuerdo sin duda alguna son las pulseras… —asintió repetidamente—. Hablé con ella, bueno con los dos, precisamente de eso, de sus pulseras. De los colores, del diseño. Las hacía ella —concluyó—. Deme un segundo —pidió mientras se perdía tras una cortina al final del pequeño mostrador.

El detective devolvió la mirada una vez más a la foto. Una mirada intensa, como si se tratara de la primera vez que la analizaba. Una fotografía que hubiese jurado ser capaz de describir hasta el más mínimo detalle. Chascó los labios mientras negaba levemente.

Se tenía por hombre observador, hubiese podido elaborar un retrato robot a la perfección de cada uno de los rostros de las personas que buscaba, sin embargo…

“Las pulseras…”

Respiró con intensidad, sus castigados pulmones le pedían otra dosis de nicotina. Quizá fuese debido a la pequeña, pero necesaria, inyección de ánimo que le estaba suponiendo la conversación con Nausica y que necesitaba ser celebrada de alguna manera. O quizá sólo fuese debido a que presentía que no se hallaba lejos de la resolución. No en cuanto al tiempo que restara hasta dar por finalizada la búsqueda, sino en relación al lugar en que los familiares de sus clientes fueron vistos por última vez. Si algo tenían todos en común es que habían pasado por esta zona.

Santillana del Mar, Cóbreces, Comillas…

La cortina se corrió de improviso.

—Enséñaselas… —Nausica se echó a un lado dando paso a una joven con la que guardaba un gran parecido. Con una mano cogía la muñeca de su hija y la mostraba al detective.

Valentín situó la fotografía junto a las pulseras de colores que colgaban sueltas de la muñeca de la chica.

—Son idénticas… —murmuró sin dejar de comparar— ¿Están de moda?, quiero decir si este tipo de pulseras las lleva todo el mundo o…

—¡Qué va! No se las he visto a nadie, y mire que viene gente por aquí —apuntó orgullosa— Me las hizo ella —señaló la foto, apretó los labios y añadió cabizbaja—: dice mi madre que ha desaparecido.

—Sí, así es. Su familia no sabe dónde está. ¿Recuerdas su nombre?

La joven volvió el rostro hacia su madre. entrecerró los ojos y llevó la uña del dedo índice a los labios como gesto de profunda concentración.

—Cela...Cela...Marie… No, no, Graciela, eso es —tras unos segundos de satisfacción por recordar el nombre, su semblante se ensombreció— ¿No se sabe nada de ella?

El detective negó con la cabeza.

—¿Me permite hacer unas fotos de las pulseras?

Madre e hija se miraron.

—Claro, por supuesto —señaló mientras se despojaba de ellas y las colocaba una al lado de la otra sobre el mostrador.

—Gracias, muy amable.

—Dígame una cosa. ¿Tiene alguna idea de dónde pueden estar? —indicó con una ligera inclinación de cabeza en dirección a la foto de la pareja, como si no se atreviera a señalar con el dedo.

Valentín Corneja se abstuvo de compartir el hallazgo del cuerpo de la mujer en Monte Corona, seguramente no tardarían en enterarse, y de su intención de hablar con Pinta y Olivares acerca de la identidad de una de sus desaparecidas, el detalle de las pulseras y sobre todo la coincidencia del nombre; Graciela. No quería ensombrecer más aún el rostro de las dos mujeres morenas del mismo nombre, Nausica.

Antes de regresar a Santander dedicó las siguientes dos horas a recabar más información. Entró en los locales que permanecían abiertos, las panaderías *Zubiaga* y *Rayón* , después probó suerte en las tiendas de *Tinita, Aramburu e Isaíto* . Compró *El Diario Montañes* en la librería *Di-Kar*. Entró en las cafeterías; *Los Castaños* , *Samovy* y *Campíos* en la que tomó asiento mientras echaba un vistazo a los titulares y sucesos del periódico.

Al finalizar regresó al aparcamiento de Sobrellano. Tomó asiento en su viejo Mercedes, encendió un pitillo y bajó la ventanilla. No podía decir que tuviera la certeza de que las personas que buscaba hubiesen pasado por Comillas, pero sí que existía una alta probabilidad de que así fuera.

Anotó mentalmente regresar al día siguiente, lunes, a Monte Corona para echar un vistazo por los alrededores del escenario del crimen.

Seguro que en estos momentos la Benemérita aún mantendría acordonada la zona con la ayuda de la Policía Local de Comillas.

El lunes amaneció un poco más tarde de lo habitual, tras homenajearse con lo que consideraba un desayuno digno, huevos revueltos con bacon, más pan, mantequilla y mermelada, un par de sobaos, tres cafés y un litro de zumo de naranja natural, cogió el teléfono y llamó a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria para hablar con el inspector Olivares.

—No está, señor. Si quiere dejarme un teléfono de contacto le haré llegar su recado.

Valentín le habló de la mujer de Monte Corona, de una posible pista sin nombrar las pulseras, deseaba comentarlo directamente con el inspector.

8

El inspector Olivares empuja la puerta de acceso al Instituto de Medicina Legal cediendo el paso a su compañera.

—Gracias.

Su móvil comienza a sonar.

—Es de la comisaría —dice mirando la pantalla y saliendo de nuevo al exterior— ¿Sí?

—Diego, soy Paula. Un detective privado que dice llamarse Valentín Corneja, cree tener una pista sobre la identidad del cadáver encontrado ayer en Monte Corona, ¿te suena de algo?

La imagen del grandullón y dejado detective se formó en sus recuerdos.

—Sí, Paula, ¿te ha dicho de qué pista se trata?

—Se lo he preguntado, pero ha insistido en que quería comentártelo a ti. Tengo su número de móvil, ¿lo quieres?

—Sí, dámelo.

No era la primera vez que guardaba el teléfono de Valentín Corneja en su agenda. La anterior optó por bloquearlo debido a sus continuas llamadas, no sin antes decirle que cuando quisiera contactar con él lo hiciese a través de la comisaría.

—No perdemos nada por llamarle, Diego —señaló la inspectora ante las dudas de su compañero—. Puesto que vamos a hablar con Claudia puede venirnos bien conocer algo más de la víctima, si es que Corneja sabe realmente algo.

—Llevas razón. No es mal tipo y trabaja bien, pero es demasiado insistente.

María asintió y sonrió.

—Vaya que si lo es.

Cinco minutos más tarde el inspector se despedía del detective privado que le había confesado su intención de regresar a Monte Corona.

—¿Unas pulseras? —el rostro de Pinta se contrajo.

—Sí, nos manda unas fotos de Nausica hija.

—Qué curioso que ayer comiésemos ahí, ¿eh?

El aviso de llegada de los archivos al móvil del inspector, cortó la conversación.

—Veamos qué pulseras son esas… —siseó, mientras accedía al

Whatsapp y situaba la pantalla al alcance de ambos.

Las observaron en silencio, concentrados, como si quisieran retener en su memoria cada detalle.

—La verdad es que son muy bonitas —asintió Pinta convencida— esta chica es una artista.

Diego guardó el teléfono. Llevó la vista a su compañera y empujó la puerta de acceso.

—¿Qué piensas?

—Lo mismo que tú, María. Si la mujer que Claudia tiene en la morgue lleva estas pulseras, está identificada, su nombre es Graciela Martín. Sería extraño que se tratara de otra a la que también le hubiese hecho unas pulseras iguales.

—Sí, lo cual indicaría que su pareja…

—No nos precipitemos —pidió Diego.

Avisaron de su llegada en recepción. Diez minutos más tarde la forense se reúne con los inspectores en el vestíbulo del Instituto Medicina Legal.

—Claudia, ¿cómo estas? —dijo María yendo a su encuentro y estampando dos besos en los carrillos de la mujer.

—Bien, ¿y vosotros? Disculpadme un momento... —pidió con una mano en alto mientras se alejaba unos metros e introducía la otra en el bolsillo de su chaqueta y extraía el móvil.

Regresó un par de minutos más tarde. Su rostro serio no auguraba buenas noticias.

—Han encontrado otro cadáver en Monte Corona. Cerca de la Ermita de San Antonio.

—¿Cómo? —la inspectora buscó los ojos de su compañero—. ¿Se trata de un hombre, Claudia? —su tono respondía más a una certeza que a una duda, convencida de que la respuesta sería afirmativa. El cuerpo no podía ser más que el de la pareja de…

—Una mujer.

La boca de María Pinta quedó a medio abrir. Las cejas elevadas al cielo.

—¿Otra…?

—Tengo que irme.

Diego sacó su teléfono.

—Sólo un segundo, Claudia… Echa un vistazo, ¿te resultan conocidas estas pulseras?

La forense cogió el teléfono, de la sorpresa cerca estuvo de soltarlo.

—¿Cómo tenéis esto? Son iguales que las que lleva la chica de Monte Corona —levantó la mirada del móvil y la posó en los ojos de los inspectores buscando respuestas—. ¿El caso es vuestro?

—De momento no, pero es posible que termine siéndolo. Buscamos a una mujer de Santander que desapareció hace unas semanas —

señaló Olivares.

—¿La de las noticias? ¿Leyre Aja?

—Sí.

Claudia llevó ambas manos a su media melena. El color pelirrojo mezclado con tonos cobrizos, sus ojos verdes y la mirada ausente le otorgaban cierto halo de mujer actual con ciertas dosis de rebeldía, mezcla que sabía explotar a la perfección. Su mente daba un veloz repaso a los acontecimientos de las últimas horas, incluidas las fotografías de las pulseras, sin olvidarse de algo muy importante:

—Os quiero mucho —sostuvo sus ojos glaucos en los inspectores—, pero hasta que no llevéis el caso no puedo seguir hablando con vosotros. Lo siento —frunció los labios y asintió antes de ajustar la correa del bolso sobre el hombro y alejarse en dirección a la calle.

Los inspectores se quedaron mirando la espalda de la forense, en silencio. Nada más perderla de vista parecieron despertar de un profundo sueño.

—El teniente Cortado ha debido ser bastante persuasivo… —murmuró Pinta.

—Sin duda…

El momento de abandonar su pequeña investigación, o mejor llamarlo una breve recogida de datos en relación al cuerpo de la mujer de Monte Corona, había llegado. Hubiese sido así, y nada, ni nadie, lo habría impedido. No pasaba por los planes del inspector, y con mayor énfasis por los del comisario Redondo, inmiscuirse en una investigación de sus colegas de la Guardia Civil. Sin embargo, la llamada que la forense acababa de recibir notificando la aparición de un nuevo cadáver, precisamente en Monte Corona, complicaba bastante la intención de mirar para otro lado.

—¿Jefe? —el móvil de Diego apareció entre sus dedos como por arte de magia.

—Olivares, ya pueden ponerse con la investigación de la desaparición de la mujer de *La Cantábrica* …eh...—Redondo consultó sus notas— Leyre Aja. ¿Dónde están?

“Eso es lo que quería escuchar” Diego se dedicó una sonrisa interna.

—¿Ha podido averiguar algo respecto a la autopsia de la mujer de Monte Corona? —formuló rápido la pregunta como si no hubiese escuchado al comisario. No era momento de confesar que estaban en el Instituto de Medicina Legal.

—Están a la espera de que el SECRIM les notifique los resultados.

—El Servicio de Criminalística se tomará su tiempo… —murmuró el inspector—. Jefe, luego le informamos, pero antes tenemos que regresar a Monte Corona.

Los ojos de Pinta se hallaban próximos a abandonar sus órbitas.

—¿A Monte Corona? Olivares, no quiero problemas con la Guardia Civil, el caso sigue siendo suyo y…

—Lo sé, no se preocupe. Ha aparecido el cadáver de otra mujer, quizá sea la nuestra.

La línea permaneció muda unos instantes, excepto por el firme respirar del comisario.

—Jefe, no regresamos a Monte Corona por el cadáver de ayer —insistió—, ese caso no es nuestro, como bien sabe, volvemos por el segundo que…

—Ya, ya, no me toque las narices, inspector. Dense prisa, quiero un informe en mi mesa antes de la comida.

Lo siguiente que llegó a oídos de Diego fue el habitual sonido de fin de llamada.

—Sabes como darle la vuelta a las cosas, ¿eh, compañero?

Una vez en camino, con Pinta al volante del BMW x6, flotaba en el aire la pregunta que la inspectora había formulado instantes antes de acceder al vehículo. Una pregunta que podría tener su importancia y dar al traste con sus habituales enfados por asuntos de burocracia y, más que nada, por aquellos que llevaban a los diferentes cuerpos de seguridad a no compartir la información que poseían, al menos no con la celeridad necesaria.

—¿Crees que el teniente Cortado sabe algo de las pulseras? No me refiero a las que llevaba la víctima, sino a las de la hija de Nausica —preguntó antes de acceder al vehículo.

Diego permaneció unos instantes como absorto, de pie, con la puerta abierta. ¿Disponían de información sensible que ayudara a identificar a la mujer? ¿Corneja se habría puesto en contacto con la Guardia Civil igual que había hecho con ellos?

Recorrieron en silencio los primeros kilómetros de los aproximadamente sesenta que les separaban de su destino. La inspectora intervino como si dispusiera de una conexión directa con los pensamientos del inspector.

—...yo no creo que Corneja haya llamado a la Guardia Civil.

—Yo, tampoco… —se oyó a sí mismo susurrar y repetir—: yo, tampoco…

El mismo silencio en el que se hallaban inmersos; la falta de respuesta a la cuestión planteada, ya era en sí misma una respuesta.

Diego negó con la cabeza mientras su mirada corría por el horizonte, o saltaba de tejado en tejado, o simplemente se deslizaba por los verdes prados como si fuera en una tabla de surf.

—Hay que informar al comisario, pero no quiero delatar a Corneja.

Esperemos hasta saber la identidad de la segunda mujer, ¿de acuerdo?

María no lo tenía tan claro. Podían identificar a la víctima y que la Benemérita pusiera todos los medios en la búsqueda de su novio. Siempre y cuando se tratara de la pareja de burgaleses que buscaba el detective privado. Unas pulseras pueden considerarse como algo de uso común.

Eso era lo que ocupaba al detective en esos instantes.

No, no exactamente así.

Si el segundo cuerpo encontrado era el de la mujer desaparecida, Leyre Aja, pediría al comisario Redondo que hablara con el juez para que solicitara al juzgado de San Vicente de la Barquera, distrito judicial al que pertenecen Monte Corona, Comillas y alrededores, que se inhibiera en favor del juzgado de Santander al que le hubiera tocado en reparto el caso, y así el expediente pudiera pasar a sus manos. Llegado ese momento, un inicial caso por desaparición pasaría a convertirse en uno de doble asesinato.

"Por ahora"

Valentín Corneja nada sabía de la aparición del segundo cadáver. Al aparcar junto a la Ermita de San Esteban, y salir del coche no pudo escuchar la frecuencia que le conecta de forma ilegal con la Guardia Civil, que estaba informando del envío de agentes a la ermita de San Antonio, a unos cuatro kilómetros de distancia del lugar en el que había aparcado.

Sí pudo ver que el Ford de la Policía Local de Comillas permanecía en la zona, cerca del lugar en el que se encontró el día anterior el cadáver de la mujer. Su instinto le decía que si las desapariciones que le habían encargado estaban relacionadas, sería más que conveniente dar una vuelta por los alrededores, por si la buena fortuna le ponía en su camino los cuerpos de todos ellos o al menos de algunos. Era la única esperanza que le quedaba, por la que no apostaría un puñetero euro por encontrarlos con vida.

Primero tenía que confirmar algo.

Llevó una mano a la trabilla del pantalón, desenganchó el móvil y reactivó la última llamada realizada apenas un par de horas antes.

—Inspector, ¿has podido comprobar si la víctima llevaba pulseras simila…

—Sí, Corneja.

—¿Sí? —el detective se quedó mirando el teléfono aguantando los exabruptos que amenazaban por vomitar de su boca. Respiró hondo y añadió—: ¿entonces, podemos darla por identificada?

Una aguda y amarga sensación de incomodidad se estaba agarrando

al esófago de Olivares. Se le había olvidado por completo devolver el favor al detective, al que no pensaba pedirle perdón. Lo conocía lo suficiente para saber lo poco que tarda en pasar al estado de «colegas de profesión».

—Lo único que te puedo decir es que las pulseras que nos has enseñado y las que llevaba la víctima son similares. No se ha identificado oficialmente a la mujer.

Corneja se despidió del inspector convencido de saber quién descansaba en la mesa de la patóloga forense, lo que implicaba que su novio no debería andar muy lejos. Sintió un molesto escalofrío descendiendo por la columna.

Había dejado su viejo Mercedes junto a una bifurcación, los últimos metros hasta alcanzar su objetivo los recorrería a pie. De frente, una vereda apunta hacia una pequeña loma sobre la que se levanta la Ermita.

La distancia desde la ubicación del cadáver del día anterior hasta el punto en el que se hallaba no superaba el kilómetro. Su experiencia le decía que el cuerpo del hombre seguramente habría sido enterrado mucho antes que el de la mujer. La deducción era sencilla; quien quiera que fuese el que había asesinado de esa forma tan propia de un psicópata a la chica, abriendo su cuerpo en canal, nada le importaba el hombre.

Miró en torno.

“Lo de buscar una aguja en un pajar…”

Todo lo que su vista alcanzaba era campo, árboles, lomas, algunos coches y gente paseando. Lo que inicialmente le pareció una brillante idea había sido degradada sin misericordia al rango de lo absurdo, rozando lo estúpido.

Llevó la vista al frente, siguiendo el camino.

Suspiró.

Con gesto mecánico y ausente sacó un pañuelo del bolsillo y lo deslizó por la frente eliminando unas inexistentes gotas de sudor.

Una estrecha vereda, flanqueada por árboles a la izquierda y por una valla que corre sobre un murete de piedra, a la derecha, trepa ágilmente por una tímida colina, s obre la que se aprecia el tejado de ladrillo a dos aguas de la Ermita de San Esteban.

El detective volvió a suspirar. Era poco amigo de esfuerzos innecesarios. Llevó de nuevo la mano al bolsillo para cambiar el pañuelo por un pitillo. Costumbre que catalogaba de maldita, no el fumar, que le gustaba a rabiar, sino la de encender un pitillo cuando se avecinaba un esfuerzo por leve que fuese, como el que le pedía la vereda en ese momento.

Contuvo sus ganas de nicotina y comenzó a andar. Apenas le exigiría más de tres o cuatro minutos de resoplidos y lamentos por no

haber llevado el coche hasta arriba.

Para acceder a la Ermita tendría que superar una última prueba; un corto tramo de escalones de piedra lo desafiaba con descaro.

“Vamos allá…”

El pequeño santuario le recibió de espaldas como si no aprobara su visita.

—Buenos días —Valentín elevó el brazo al aire al tiempo que se esforzaba en dibujar, si no la mejor, si al menos una aceptable sonrisa en su rostro entumecido.

A pesar del frio de enero finas gotas de sudor resbalaban por su espalda. Había visto a una mujer salir de la Ermita con un par de trapos en la mano.

—Buenos días, señor —una chica morena, ni alta ni baja, atractiva, que parecía estar embarazada devolvió el saludo. Calzaba unos gruesos zapatos y una cazadora con el cuello de lana. Sobre la cabeza un pañuelo empeñado en sujetar el pelo sin mucho éxito— ¿Viene a ver a San Esteban? —sin esperar respuesta añadió—: tendrá que volver en unos días, necesita unos arreglos.

Valentín Corneja aprovechó las palabras de la mujer para retomar el aliento y ofrecer un repertorio de bobas sonrisas salpicadas de leves asentimientos de cabeza.

—Sin duda que es digna de ver… —su mano buscaba un pitillo en el bolsillo interior de su chaqueta bajo la gabardina. Se lo había ganado—. Me preguntaba si usted ha visto a esta pareja.

En una mano el cigarrillo aún sin encender, en la otra las fotografías de los desaparecidos. En primer lugar la de la pareja burgalesa.

La mujer observó la instantánea con detenimiento, con interés, al menos en apariencia.

—No sabría decirle, por aquí pasa mucha gente, aunque en esta época baja mucho el número de turistas, excepto los fines de semana que parece que los sueltan a todos a la vez— lo expuso de corrido, en un tono cansino, como si de un discurso aprendido se tratara.

Valentín le mostró el resto de fotografías. La de la chica francesa y otra de Madrid. Permaneció atento a los posibles gestos de reconocimiento en el semblante de la mujer.

—¿No las ha visto? —quiso saber mientras acercaba la lumbre del *Bic* al pitillo.

—¿Es usted de la policía? ¿Tiene que ver con la mujer que encontraron ayer?

Corneja se tomó unos segundos en responder, los mismos que dedicó a la intensa calada que le estaba devolviendo a su cuerpo sensaciones añoradas.

—No, soy detective privado y…

—Anuca, mujer, si no fuera por vosotros no sé cómo estaría la ermita. No hay dinero para pagaros —una voz rota por los años y el tabaco se interpuso a la respuesta de Valentín.

—Ande, doña Francisca, no diga eso que no es para tanto, ¿a saludar a San Esteban? —quiso saber mirando de hito en hito a la señora mayor y a su hija a la que cogía del brazo. Ambas arregladas para la visita a la ermita.

—Hemos venido a cambiar la playa por un poco de monte, aunque con lo de la pobre mujer que encontraron no parece muy seguro —intervino la hija— ¿Tus críos? ¿en el hostal?

Anuca asintió con una agradecida sonrisa en el rostro.

—Sí, con Montse.

—¿Y el que viene en camino? Señaló la tripa que comenzaba a ser visible.

—Todo genial —en su rostro una enorme sonrisa.

Tras despedirse de las dos mujeres y de un matrimonio que se auto invitó a la charla, volvió el rostro hacia Corneja.

—Disculpe, ¿detective privado decía usted? ¿Como los de las películas? —los mofletes de la mujer se separaron dando paso a una sonrisa de sorpresa al tiempo que elevaba sus cejas.

Valentín había asistido a innumerables escenas similares a lo largo de su carrera. Escenas en las que se sentía analizado como si fuera una especie en vías de extinción. Algo nunca visto.

Así debía ser porque la mayoría apuntaba lo mismo:

—Es la primera vez que veo uno —se frotó las manos en uno de los trapos, dispuesta a regresar a su trabajo.

Valentín respondía de igual manera:

—Es normal, no se nos reconoce por la calle.

Apuró un par de caladas que terminaron con la vida del pitillo, miró a un lado y a otro y añadió:

—¿Trabaja usted aquí...quiero decir...todo el día?

La mujer agitó la mano en al aire con vehemencia al tiempo que abría los ojos teatralmente.

—¿Trabajar aquí? No, no, venimos una o dos veces por semana, dependiendo del tiempo que haga a dar un repaso a San Esteban y a San Antonio. Adecentar un poco las ermitas arreglar las flores, nada excesivo. Llevo un pequeño hostal en Comillas.

—Es una mujer muy ocupada.

—¡Víctor! —agitó uno de los trapos en el aire— ¡Recoge que nos vamos! —a unos diez metros, apareció un hombre alto, con gafas, de pelo corto y claro que devolvió el gesto.

Corneja, armado con las fotografías, dio un paso en dirección al hombre, pero al verlo girar sobre sí mismo ajeno a su presencia se detuvo.

—No pierda el tiempo, no se fija en nada ni en nadie. Siento no haber sido de mucha ayuda, que tenga un buen día.

El brusco punto y final a la conversación sumió al detective en un estado de incomprensión. Observó a la mujer mientras se alejaba, hasta que rodeó la ermita sin volver siquiera una vez la vista atrás.

Mientras daba una vuelta en torno a San Esteban disfrutando de las incomparables vistas, entre pitillo y pitillo, no podía dejar de pensar en la mujer con la que acaba de mantener una conversación. Negó levemente al entender que había otorgado un rango demasiado elevado al breve intercambio de palabras.

No sabía por qué, ni tan siquiera si había un motivo, pero el molesto escalofrío que sintió al finalizar la llamada con el inspector Olivares y convencerse de la identidad de la víctima que descansaba en la morgue, lo volvía a sentir nítido y amenazante.

¿Por qué?

Los próximos acontecimientos se iban a encargar de sacarle de dudas.

9

Los dos inspectores no pudieron extraer nada en claro de su breve charla, junto a la Ermita de San Antonio, con el teniente Cortado de la Policía Judicial de la Guardia Civil, que no mostró en absoluto un destello de amabilidad. No por cuestiones personales o de burocracia, como aseguró a Pinta y a Olivares, sino porque no tenía motivos para obrar de otra forma. Ya les había avisado que su presencia no era necesaria en la escena del primer cadáver, menos aún en la del segundo. Nada tenían que hacer ahí porque nada les incumbía, no, ni siquiera la posibilidad de que la segunda mujer fuese vecina de Santander y se tratara de la desaparición que llevaban entre manos.

Si se confirmara, Cortado se lo comunicaría a su jefe, el teniente coronel Jacinto Sereno, para que obrara según su criterio. Mientras llegaba ese momento, si llegaba, les rogaba que dedicaran sus esfuerzos a resolver los casos que tuvieran asignados que seguro eran numerosos y urgentes.

No, del teniente Cortado no pudieron extraer nada, pero de los testigos que avisaron al 112, sí. Uno de esos testigos, una chica, afirmó que dos días antes, el sábado, habían pasado por ese mismo punto y no vieron ningún cuerpo. Sí, estaba convencida de lo que aseguraba. Esa mujer no estaba allí. Lo de mujer lo dedujo por el pelo y las ropas sucias y embarradas, que aparentaban ser de una talla excesiva.

No parecía tratarse de una información que aportara un atisbo de interés a los inspectores. Nada habían averiguado que pudiera llevarles a la identidad de la víctima, sin embargo, de la alocada explicación de la testigo y sus amigos extrajeron un hecho que podría ser concluyente. Un hecho que les empujaba a creer que ambos casos estaban relacionados, o al menos podrían estarlo con un porcentaje alto de certeza. Ese hecho era que ambos cuerpos habían sido movidos antes de ser encontrados, es decir, fueron inhumados inicialmente en otro lugar. Los forenses determinarían de dónde provenía la tierra pegada a las ropas y a los restos humanos.

Lo siguiente era esperar a la identificación de la víctima.

Tuvieron que aguardar una semana entera con sus siete noches.

Una semana en la que la investigación llevada a cabo por los inspectores para encontrar el paradero de Leyre Aja, de la que no se sabía nada desde el momento en que subió a *La Cantábrica* rumbo a San Vicente de la Barquera, les condujo a Comillas.

De nuevo, Comillas.

Leyre no se apeó en el destino de su recorrido. Lo pudieron comprobar al hablar con una mujer que cogió ese mismo día el autobús para ir a ver a su hija que, ¿sabe usted? se me casó hace dos meses y vive con su marido en San Vicente. ¿Que por qué me acuerdo? Pues porque suelo ir los jueves, ¿fue el día que desapareció esa chica, no? Pues le puedo asegurar que en San Vicente nos apeamos un señor, al que ayudé porque el pobre no hacía equilibrio, y yo. No, nadie más. Juraría que subí con ella en Santander y alguna persona más.

Comillas…

Una semana sin noticias de la chica de la Ermita de San Antonio. Del cuerpo se pudo extraer ADN suficiente para su identificación, pero a falta de con quién cotejarlo las esperanzas estaban concentradas en sus ropas y en un tatuaje que la difunta presentaba en el gemelo izquierdo. El tatuaje tiende a ser algo íntimo y personal salvo que el motivo de inocularse tinta en el cuerpo sea por pertenencia a un determinado grupo. La vestimenta tendría su importancia si la desaparición de la víctima fuese reciente. Del resto del cuerpo nada quedaba que sirviera para determinar su identidad.

—Juraría que es… no, no puede ser... —Marcelo Torquemada, redactor del *El Diario Montañés* , situó la lupa sobre una de las fotografías, distintos puntos de vista de un mismo modelo, que le había hecho llegar la Guardia Civil, con el objetivo de que se publicaran cuanto antes. Estaba convencido de que sus colegas de *El Faro de Cantabria, Alerta, El Diario de Cantabria* y alguno más habrían recibido el mismo material con idénticas instrucciones.

“Si es…”

Si la chica era la que sus recuerdos le decían que podía ser se apuntaría un tanto. No un tanto cualquiera, sino el tipo de tanto que inscribe tu nombre en toda la prensa de Cantabria y quién sabe si en la nacional.

Se dedicó una sonrisa ladeada.

Recorrió con la mirada los puestos de trabajo de sus compañeros de la redacción y regresó a sus razonamientos internos.

No era un caso de ahora, de eso estaba seguro, al menos debían haber transcurrido un par de años, quizá alguno más. Cogió la foto del

tatuaje y clavó la mirada en él. No se trataba del dibujo completo. ¿Por qué la Guardia Civil le había enviado sólo una porción del grabado?

Localizar la respuesta en apenas un segundo le generó una arcada de tal intensidad que cerca estuvo de vomitar sobre su mesa de trabajo. Comprender que si el tatuaje estaba en el gemelo y sólo se veía una cuarta parte del diseño, el resto del cuerpo…

Se ajustó las gafas, que usaba desde las pasadas Navidades cortesía de tantas horas frente a un ordenador, y trató de no pensar en el cuerpo de la chica. Técnica que no funciona, como bien sabe, decidir no pensar en algo concreto provoca precisamente eso, pensar en lo que no quieres y…

De nuevo la vista en las fotografías.

En el tatuaje.

Ante sus ojos el dibujo de dos brazos derechos que parecían partir del mismo lugar del tronco.

Asintió…

El Hombre de Vitrubio de Leonardo de Vinci se mostró en sus recuerdos. Abrió *Google* y tecleó veloz el título.

—Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano… —siseó leyendo el titular del artículo que mostraba el dibujo del genial pintor, escultor, inventor y arquitecto italiano—. *El Hombre de Vitrubio Símbolo* de la simetría.

“Lo tengo...”

Giró sobre la silla, de frente al mueble-archivador abrió un cajón en el que guardaba varios discos duros externos. Cogió el que decía entrevistas y lo conectó vía USB al ordenador.

—Tiene que ser ella…

Recordaba esbozos de una entrevista que no se llegó a publicar porque su director no lo consideró interesante. No se trataba de una desaparición al uso: adolescente se desvanece en el aire, familia desesperada mueve cielo y tierra para encontrarla. No, se trataba de una chica de diecinueve años, por tanto mayor de edad, que decidió fugarse de la vivienda familiar. Sí, una historia triste, pero sin más. Una de tantas.

Marcelo Torquemada recuerda a la madre. Su visita, su relato mitad emotivo, mitad vengativo. Una foto de su hija en traje de baño.

—¿Ve aquí… ? —señalaba el gemelo de la joven con una uña bien cortada, a medio pintar, como si las prisas le hubiesen impedido terminar— es un dibujo raro, de un hombre con cuatro brazos y cuatro piernas, no sé porque se hizo eso, no creo que muchas chicas lo lleven, podría ayudar a localizarla— apuntó con un velo de tristeza en el semblante.

Sí, el periodista comenzaba a recordar trazos de la breve entrevista.

La policía nada puede hacer y, a la prensa, léase sociedad, nada le aporta una desaparición más.

Sí, la mujer llevaba razón, *El Hombre de Vitrubio* podría ayudar a identificar a su hija, aunque no en las circunstancias que seguramente ella hubiese imaginado. Localizó la entrevista y tomó nota del nombre de la chica:

—Irene Morella, vecina de Santander… —susurró.

Torquemada permaneció con la mirada en el monitor, como si quisiera grabar a fuego el nombre en sus recuerdos. Miraba sin ver, su mente le estaba planteando un asunto que podría ser importante. ¿Debía compartir la información con la Guardia Civil o con la Policía Nacional?, ¿con los dos? o lo que era la proposición de partida; ¿debía compartirla? El interés personal, más el comercial del periódico, se interponía al de las distintas policías. En su mano contaba con una solución sencilla que le alejaría de todo problema; levantar su preocupado trasero de la silla, recorrer los escasos metros que le separan del despacho de su jefe y volcar sobre sus hombros todas sus dudas.

Una de Pilatos.

Marcelo tuerce el gesto al imaginarse a sí mismo actuando como un simple becario, como un maldito Pilatos. Nada de asumir responsabilidades de ningún tipo por miedo al qué dirán, a las risas de los compañeros o a la continuidad del propio puesto de trabajo. O quizá un poco de todo. La opción de dejar en manos de su jefe la decisión, aunque al final siempre sería la definitiva, quedaba descartada.

No, no se trataba de una resolución sencilla.

—¿Estás bien, Marce? Y no me vengas con que no has pegado ojo, que desde que te han traído ese sobre no has parado de poner muecas raras.

Torquemada maldijo volver a protagonizar una escena que se repetía más de lo que le gustaría; mostrar en público sus dilemas internos.

Dedicó a su eficiente y controladora compañera de mesa un extraño mohín que pretendía ser una sonrisa cómplice y se puso en pie. Del perchero cogió su chaquetón.

—He dormido como un bebé, Gilda. Ahora vengo.

Contaba los días que faltaban para estrenar el despacho que le habían prometido por su éxito con el caso de *El Vengador* , del que ya había transcurrido un año, así podría dejar de sentirse tan observado por su colega.

Accedió al pasillo formado por mamparas acristaladas que flanqueaban los numerosos puestos de trabajo y bajó por las escaleras lo más disimuladamente posible. Salió a la calle, con la vista en el

oscuro cielo alzó el cuello de su chaquetón. Una ráfaga de viento le animó a subir la cremallera antes de encender su ansiado pitillo. Con la primera calada optó por retirarse de la entrada de la sede de *El Diario Montañés* , en la Avenida de Parayas 39, y poner en orden sus pensamientos.

Sus dudas.

Era consciente de que en esos momentos poseía un as, no ya en la manga, sino el único as sobre la mesa. Una mesa en la que estaban sentados, el teniente Cortado en representación de la Guardia Civil, con el que procuraba mantener una relación cordial; los inspectores María Pinta y Diego Olivares, sin olvidar al comisario Redondo, de la Policía Nacional, con los que se siente más cercano debido, entre otros asuntos, al artículo sobre *El Vengador* de la pasada semana en el que pedía que les dejaran continuar con sus vidas *,* y, por último; su jefe, que su sola presencia le obligaría a levantarse de la mesa de juego, entregarle el as, y regresar a la suya. Entre todos los nombrados emerge con fuerza otro jugador al que hay que hacerle sitio en la mesa, una mujer, otro miembro más en la partida; la madre de Irene Morella, la víctima.

Y una pregunta:

¿Merece enterarse por la prensa de la aparición de su hija? Mejor dicho, ¿de la aparición del cadáver de su hija a la que sólo podrá identificar por escasos centímetros de piel de su anatomía? Concretamente los que muestran parte del gemelo.

Por otro lado, no era de ilusos comprender que si colaboraba con los cuerpos policiales ganaría puntos y quizá compartieran con él ciertos datos en futuras investigaciones.

Dejó caer la colilla del pitillo al suelo y la pisó con saña. Estaba perdiendo el tiempo. Un tiempo que cualquier colega de otro medio podría estar aprovechando para llegar a sus mismas conclusiones. En estos precisos momentos estarían valorando si publicar las fotos en la versión digital de sus periódicos o esperar al día siguiente para que vieran la luz en papel.

Negó levemente mientras giraba la rueda del *Bic* . Entre los labios otro pitillo, la planta del pie apoyada en la pared. Todos sus pensamientos apuntaban a contactar con la Guardia Civil que fue quien le envió las fotografías. Apuró un par de intensas caladas y lanzó el cigarro al suelo.

Comenzó a llover. Aceleró el paso. Había tomado una decisión y eso le hacía sentirse bien.

Muy bien.

Una decisión que convendría a todos, mejor dicho a casi todos, pero

si gestionaba bien cada paso se darían por satisfechos.

“No va a ser fácil”

Lo primero; ver a su jefe. No como un Pilatos sino como un periodista que posee jugosa información y un plan de acción.

Plan que no pensaba compartir al completo.

Comentó sus intenciones a su superior inmediato, el Jefe de Sección. Tras finalizar su breve exposición lo vio permanecer en silencio un eterno minuto con la mirada ausente, al término del cual le dedicó una sonrisa blanda acompañada de un chasquido de labios. Con un gesto en dirección al techo le conminó a plantear la cuestión al jefe de ambos.

—Que para eso cobra más.

Marcelo le devolvió una sonrisa similar a la recibida, de esas difíciles de descifrar, pero que zanjan los temas como si todo el mundo comprendiera su significado.

“¿Un Pilatos?”

Poco le importaban las claras intenciones de su Jefe de Sección, al que había ido a ver por no obviarle una vez más. Pensándolo bien, su sonrisa si tenía un claro significado; gratitud por enviarle a un escalón superior. Cuanto más alto ascendiera con su plan mucho mejor.

Tras despedirse se encaminó hacia el piso superior.

—¿Tiene un minuto? —pregunta asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

El Redactor Jefe le hace una seña con los dedos para que se acerque y tome asiento. Mientras aguarda, Marcelo Torquemada da una vuelta más a su endeble plan, más endeble conforme pasan los segundos. Los puntos a favor, que apenas unos minutos antes brillaban en su cabeza, perdían fulgor en favor de aquellos que no le aventuraban un futuro no ya provechoso si no recomendable.

“No me voy a echar atrás ahora, además...”

—Dime, Marcelo, qué sucede… —la repentina intervención de Leandro Montera cortó en seco su diálogo interno—. Estoy hasta arriba, te pido que seas breve.

Torquemada se retrepó en la silla.

“Vamos allá...”

—Es por el tema de las fotografías que ha enviado la Guardia Civil —ante el gesto de extrañeza del Redactor Jefe añadió—: Las del tatuaje en el gemelo de la chica de Monte Corona, el segundo cadáver que…

—Sí, sí, disculpa...—agitó una mano en el aire mientras se incorporaba— tengo que salir ya mismo al ayuntamiento para hablar con el presidente Revilla así que te ruego...

—Creo que sé quién es.

—¿Crees? —Montera ladea el rostro mientras se aproxima al

pechero— creer no es suficiente.

—Quiero decir que lo sé, se trata de Irene Morella. Entrevisté a su madre hace un par de años. Me dio esta fotografía… —dejó sobre la mesa la instantánea de la chica en la playa, en la que se apreciaba el tatuaje en su gemelo, junto a una de las enviadas por la Guardia Civil.

Leandro Montera las observa en silencio, con aparente calma.

—¿Esto es de Leonardo da Vinci? Es el …

— *El Hombre de Vitrubio* .

Montera asiente mientras termina de ponerse el abrigo. Con la bufanda rodeando el cuello mira a su redactor.

—Buen trabajo. Seguro que la Guardia Civil lo agradecerá, encárgate tú —concluyó. Abrió la puerta del despacho y salió a la gran sala central.

Torquemada tras él.

—¿Y la madre?

Montera siguió andando.

—¿Y la madre?, ¿hablo con ella? —insistió—. ¿Debe enterarse por la prensa?, ¿o es cuestión de la Guardia Civil?

El Redactor Jefe se detuvo de improviso, Marcelo no pudo evitar chocar contra su espalda, pero estuvo ágil para cortar la caída libre de sus gafas.

—¿Tú qué harías?

El redactor se lo quedó mirando sopesando la intención de la pregunta de apariencia inocente. Un fugaz repaso mental a su plan no reveló ningún apartado que recogiera una respuesta mínimamente satisfactoria.

“¿Me está pasando la responsabilidad? o ¿simplemente me está probando?”

Si le estaba pasando la responsabilidad implicaba que el asunto le importaba un carajo. Si por el contrario estaba probando su capacidad para la toma de decisiones no le quedaba otra que dar una rápida y convincente respuesta.

—Hablaría con la Guardia Civil para informarles que no es necesario que se publiquen las fotos que han enviado a los medios porque ya se conoce la identidad de la víctima y… —tomó aire sin dejar de caminar a paso rápido junto a su jefe— avisarles que publicaremos la noticia al día siguiente, y…

—Me parece una buena propuesta, ponte con ello —admitió Leandro Montera a modo de despedida dándole la espalda.

Torquemada regresó a su mesa sin encontrar un estado de ánimo que respondiera a sus sensaciones. No podía negar que había recibido una muestra de confianza, sin embargo, no le había concedido unos miserables minutos más para exponer todo lo que quería comentar. ¿A quién correspondía avisar a la madre de Irene Morella? Si publicaban

la noticia mañana y la Guardia Civil no había hablado con la madre, ¿en qué situación quedaba él con esta mujer? Por otro lado, tampoco era nadie para inmiscuirse en una investigación en curso.

¿O sí?

Tenía que hacer varias llamadas.

La primera, al teniente Cortado de la Guardia Civil, resultó ser una conversación repleta de preguntas por parte del agente. ¿Está seguro? ¿No me dirá que es la única mujer que se ha hecho ese tatuaje? ¿Pretende que nosotros apoyemos su teoría y demos por buena la identificación ya mismo? ¿Que no está su jefe? No, no tengo intención de dar falsas expectativas a la madre de nadie hasta que no esté totalmente identificada la víctima, ¿en qué estaba pensando? Al menos terminó con unas rápidas palabras de agradecimiento por el trabajo realizado y la llamada.

La segunda quedó en el intento. Cogió el teléfono dispuesto a comunicar con el inspector Diego Olivares. La atenta mirada de su compañera Gilda le animó a dejar el auricular en su posición original y salir a la calle. No por una cuestión de falta de confianza sino por dotar de intimidad a una conversación de la que desconocía sus consecuencias.

Diego Olivares y María Pinta se hallaban en su habitual reunión de cada mañana de lunes en el despacho del comisario Redondo en la Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

—Bastaría con saber la edad aproximada de la segunda víctima para descartar o no a Leyre Aja. Me cuesta entenderlo, jefe, ¿tan complicado es compartir este tipo de información? —la inspectora cruzó las piernas y se echó hacia delante— si lo supiéramos nos evitaríamos ir dando palos de ciego.

—Los resultados del SECRIM de la Guardia Civil estarán al caer, Pinta. No vayamos a provocar un enfrentamiento por un tema como este.

El sonido de llamada de un móvil se coló en la conversación. Fausto Redondo palpó los bolsillos de la chaqueta mientras barría nervioso con la mirada su mesa de trabajo. María llevó la suya a su compañero, la melodía era inconfundible.

—Es el mío, jefe —apuntó Olivares observando la pantalla.

“Torquemada”

El inspector no tenía la más mínima intención de volver a hablar del caso de *El Vengador* . Ni ahora, ni nunca.

—¿No lo vas a coger?

Diego apretó los labios.

—Es Torquemada y estoy hasta los mismísimos de…

—Cójalo y salga de dudas… —intervino el comisario.

El inspector asintió nada convencido.

—Dígame, Torquemada.

—Inspector, tengo información que creo puede ser de su interés, es relativa al segundo cadáver de Monte Corona de la pasada semana.

Diego elevó la palma de la mano libre en el aire para atraer la atención de su compañera y del comisario al tiempo que activaba el altavoz.

—Estoy con la inspectora Pinta, le escucho.

Diez minutos más tarde el inspector se despedía del redactor de *El Diario Montañés* agradecido por la llamada, pero sin dar excesivas muestras de entusiasmo a pesar de que en su fuero interno estaba más que satisfecho. Le dijo a Torquemada que siguiera las instrucciones de la Guardia Civil. Que suponiendo que el caso interesara a la Policía Nacional y solicitaran al juez su intermediación para que el juzgado de San Vicente de la Barquera se inhibiera en favor del de Santander al que le tocara en reparto, pasarían unos días y que, por su parte, no había impedimento alguno para que comunicara a la madre, bajo su responsabilidad, el hallazgo del cadáver de su hija. Hasta que no fuera oficial ningún cuerpo policial le iba a apoyar.

—¿La segunda víctima también es de Santander? —Pinta no daba crédito.

—Jefe, si los resultados del Servicio de Criminalística de la Guardia Civil muestran que existe una relación entre los asesinatos de las mujeres de Monte Corona, una de ellas desaparecida de Santander, y si además planteamos que podría haber una correlación con la desaparición de Leyre Aja, también vecina de Santander…

Redondo asintió.

—Si es como señala, inspector, estamos ante otro maldito asesino en serie.

Se hizo el silencio en el despacho. Las dudas ante el tipo de asesino serial al que se enfrentaban les empujaba a considerar que no se hallaba en una etapa de enfriamiento al haber actuado en tan corto espacio de tiempo. Lo que en estos momentos desconocían era que entre el asesinato de la primera víctima, Graciela Martín identificada por el detective privado, y el de Irene Morella, habían transcurrido un par de años.

—No hay noticias, que sepamos, del novio de Graciela —Pinta miró al comisario y asintió— sí, sé que hasta que no dé señales de vida o se localice su cuerpo puede ser considerado incluso como sospechoso. Lo sé, pero si las suposiciones, corazonadas, o como quiera llamarlo, de mi compañero, que comparto, son ciertas, Leyre Aja…

—No elucubremos, inspectora —el comisario soltó una de sus frases

típicas para no ahondar en una conversación que estaba alejada de unos mínimos fundamentos concretos y demostrables—. Pónganse con todo lo que sepamos de la chica que asegura Torquemada es la segunda víctima… —bajó la mirada a sus notas— Irene Morella, diecinueve años en 2016, han pasado tres…

Lo que los tres policías también desconocían era que en las próximas horas se iba añadir una víctima que hasta el momento no había aparecido en su listado, pero con una notable diferencia, en este caso no tendrían que esperar a que fuera identificada.

10

Anna

Nunca pensó que la primera vez fuera así, tan previsible, tan alejada de sus expectativas. Su imaginación, mientras exploraba su cuerpo en la habitación impulsada por la última película con destellos románticos que su padre le permitía ver en familia, recreaba escenas en las que besos y caricias ocupaban el tiempo. Entendía que debería haber una diferencia entre el sexo sin más, tan típico y aburrido de internet y el sexo con amor.

A sus dieciséis años, Anna comenzaba a sentir que su etapa infantil, para ella a años luz, había tocado a su fin tiempo atrás, que ya era toda una mujer, el desarrollo de su cuerpo así lo atestiguaba. Nada quería saber de los niñatos de su edad que creían saberlo todo y no eran más que eso, unos críos, a los que nada les importaba excepto el fútbol, hablar de chicas y poco más.

Sus breves escarceos con chicos, siempre bajo la etiqueta de *novios* , no habían ido más allá de besos entrelazando torpemente sus lenguas. Besos largos, eternos, como si esperasen que tras varios minutos sucediera algo que les acercara al éxtasis. En ocasiones estos besos iban acompañados de manos explorando el cuerpo del otro alcanzado su sexo. Ella, sintiendo incomodidad, incluso dolor. Él humedeciendo su mano.

"¿Esto es todo?"

Al regresar a la intimidad de su habitación, cerrar los ojos y rememorar el tacto del miembro del chico sentía que un calor diferente, húmedo y agradable, se apoderaba de ella. Un calor que no recordaba haber experimentado esa tarde, pero que su imaginación, olvidando los torpes movimientos de su *novio* y centrándose en los no menos torpes suyos, pero efectivos, le animaba a sustituir la mano de él por la suya.

En la escena que se desarrolla en su fantasía hay caricias lentas, sonrisas, miradas, besos y más besos, palabras bonitas. Todo lo que ha visto en las películas, pero que no ha podido experimentar.

"Tengo ya dieciséis, va siendo hora"

Las prisas de la adolescencia que en ocasiones enseñan la importancia de la falta de ellas.

"Teo..."

El chico malo del *insti* . El que le puso a salvo de la policía cuando estaban en los billares fumando unos canutos. Ella ya no es un cría y fuma alguno que otro, sobre todo si es con Teo.

Teo, siempre Teo.

El chico que la llevó a casa de su abuela aprovechando la redada policial. Que con la excusa de estudiar se encerraron en el dormitorio, otro canuto, miradas brillantes, sonrisas y risas que adquirían vida

propia, besos, caricias y los primeros botones de la blusa desabrochados. Unos segundos de silencio, miradas inquisitivas que se cruzan como queriendo saber qué pasa por la cabeza del otro. Teo era el mayor, el experimentado, tenía que hacer valer su papel dominante.

—Relájate, Anna, y déjate llevar, ¿de acuerdo?

Como respuesta bajó levemente la barbilla, apretó los labios y ladeó el rostro al tiempo que dibujaba una media sonrisa. Sólo media, no había espacio para una amplia como las que le dedicó segundos antes. No, ahora era distinto, los cientos de miles de hormigas que recorrían su cuerpo así lo confirmaban.

Sí, por fin había llegado el día tan deseado, el momento en el que iba a comprender lo que había visto en algún video y sobre todo en las *pelis* . Esos rostros de satisfacción plena, de placer absoluto. Ese día en el que iba a experimentar en su propia carne lo que hasta ese instante era placer de otros.

Sí, ese día se abría de par en par cuando Teo le desabrochó la blusa y se dejó hacer. Una breve imagen en la que reconoció los rostros de sus padres se formó en su cabeza. Vino tan rápido como se fue.

“Si supieran…”

Cuando abandonó la casa era tarde. Lo habían hecho tres veces. Al menos eso fue lo que le aseguró Teo. Ella no hubiera sabido distinguir en su cuerpo cuando empezó una de esas veces, cuando terminó y cuando comenzó la siguiente.

En su interior anidaba un punto de decepción con el tan deseado sexo y la ansiada primera vez. Esperaba algo más, mejor dicho, mucho más. La culpa no fue de Teo, porque él era mayor y tenía experiencia, sino de sus exageradas expectativas. De lo que no tenía duda alguna es que había sido la vez que más había sentido y más tiempo había estado con un *novio* jugando a ser adultos.

Al llegar a casa, y tras el recibimiento de su padre en forma de paliza, Anna permaneció en su dormitorio quince dolorosos días hasta curarse de las heridas sufridas. Los tres meses siguientes tuvo prohibido retrasarse un minuto al salir de clase y los fines de semana los pasaba en casa.

Este era el plan del progenitor.

Un plan que de vez en cuando hacia aguas.

Cierto que se podrían contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que Anna logró zafarse del control paterno y reunirse con su *novio* , Teo, en busca de jugar otra partida de adultos en la que siempre ganaba el mismo.

La última terminó de forma brusca.

Todo comenzó con un comentario que pretendía ser el inicio de algo en común. Era jueves, la *App* instalada por su padre en el teléfono móvil la ubicaba en casa de su mejor amiga. La realidad era bien

distinta, se hallaba en el dormitorio de Teo, boca arriba, las piernas separadas, recibiendo los habituales empellones acelerados del chico malo tras la ya rutinaria pregunta de inicio; ¿me quieres? seguida de una respuesta no menos rutinaria; claro, tonta. En el rostro de Anna una fina sonrisa mientras se dejaba hacer como siempre le pedía. Echó la cabeza a un lado, llevó el dedo índice a la boca y lo soltó.

Lo soltó como si viniera a cuento, como si no hubiese otro momento más apropiado, o quizá porque pensaba que era el ideal para algo así o, simplemente sólo pretendía poner a prueba a su *novio* .

—Estoy embarazada…

Los eléctricos empujones del chico malo se detuvieron con brusquedad como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa del mando a distancia. Un silencio espeso, difícil de respirar abrazó a los dos amantes. Anna sintió como el miembro de Teo retrocedía hasta abandonar su cuerpo. Buscó sus ojos expectante, la penumbra que reinaba en el dormitorio le impedía apreciar con nitidez su rostro. De haber podido siquiera intuirlo habría borrado de su semblante ese esbozo de sonrisa que a Teo le pareció tan fuera de lugar. Una sonrisa que sólo podría proceder de alguien tan estúpido como ella.

—¿Cómo?

—Que estoy embarazada, que vamos a ser padres... —de su rostro no desaparecía esa expresión boba de complicada descripción, a caballo entre la alegría contenida y una desmedida expectativa al saber que su vida, pronto, dejaría de ser tal y como la conocía. Se veía viviendo con el chico malo, a sus padres no les quedaría otra que aceptar la situación.

Teo se echó a un lado.

Sentado en la cama, con los pies en el suelo, dejó caer la cabeza entre las manos.

Anna se abrazó a él. Un abrazo que Teo lo recibió como un intenso calambrazo, una dolorosa sacudida que dio con el cuerpo de la chica en el suelo.

—No me dirás que el niño, o lo que sea, es mío, ¿verdad? —se puso en pie de un salto y comenzó a deambular por la habitación, nervioso, desesperado.

Muy nervioso y muy desesperado.

—¿Cómo? De quién va a ser si no…

—Tú sabrás, pero ese puto niño no es mío —exclamó seguro de sí mismo. Buscó con la mirada los ojos de ella. Una mirada que transmitía un helado desprecio en un semblante pétreo. Una mirada que borró el gesto que tanto le estaba incomodando del rostro de la chica. Una mirada amenazante, como sus palabras— ¡Tú no me vas a joder la vida, niñata de mierda! ¿Te queda claro? ¡¿Eh?!

Anna de pronto se sintió desnuda, fuera de lugar. Sentada en el suelo recogía prenda a prenda su ropa que apretaba contra su cuerpo.

—Vístete y largo de aquí. No quiero volver a verte.

Teo salió de la habitación.

Anna comenzó a vestirse.

Una parte de ella quería llorar, gritar, lamentar su mala suerte, una vez más, con los chicos.

La otra, no. Nada de llorar. Nada de lamentos.

No estaba dispuesta a que otro *novio* volviese a humillarla. Había actuado de corazón, le había dado todo. ¡Todo! No, con su padre tenía más que suficiente, no iba a permitir que nadie le tratase del mismo modo. ¿Qué había pasado? Se había enamorado hasta las trancas, y ¿él? Él le había dicho que la quería, siempre se lo decía cuando hacían el amor.

—Mentiroso, cabronazo… —escupió cada sílaba con los labios apretados.

Hasta sus oídos llegaron pasos sordos al otro lado del pasillo.

Su rostro se contrajo.

"Ahí viene"

Su corazón comenzó a acelerarse.

"Nunca más…"

Miró en torno.

Teo regresó confiado de haber puesto punto y final a la puñetera situación. En su rostro una sonrisa de suficiencia, de campeón. Qué coño esperaba de él, tantas gilipolleces de películas románticas le habían nublado el escaso cerebro. Es lo que sucede por creerse tan mayor. Además, ya se estaba cansando de la niñata. Otra tonta más.

Entró en el dormitorio.

Tan concentrado como estaba en su discurso interno no lo vio venir.

O si lo vio ya era tarde.

Demasiado tarde.

La hoja de su cuchillo favorito, al que otorgaba trato reverencial afilándolo con mimo y que tenía la sagrada misión de cortar el hachís en *posturas* de 25, 50, 100 o 250 gramos, le atravesó el pecho partiendo su corazón en dos. Un corte seco, limpio, certero, propulsado por la fuerza que sólo es capaz de otorgar el odio desmesurado, descontrolado. La espalda apoyada en la pared, frente a él los ojos de ida, de loca, de la niñata fijos en los suyos, destilando una rabia, un desprecio que no había visto antes, quizá porque hacía varios segundos que había dejado de ver, aunque sus ojos se mantuvieran abiertos, exageradamente abiertos, reflejando el

desconcertante asombro que había experimentado en su último hálito de vida.

Anna mantenía ambas manos sobre las cachas del cuchillo de diseño, empujando con todas sus fuerzas, con todo el cuerpo hasta que la cabeza de su *novio* cayó de lado.

De pronto creyó despertar de una pesadilla tan real que todo parecía haber ocurrido tal y como había soñado…

—No, no es un puto sueño… —murmuró sin soltar el cuchillo.

Por unos instantes lo observó con un mohín desafiante tallado en el rostro.

Tiró del cuchillo sin conseguir extraerlo del cuerpo, un par de costillas lo impedían.

Soltó las manos del mango y dio un paso atrás, su semblante chulesco se fue transformando en una mueca de horror. No por lo que había hecho, con el paso de los segundos su convencimiento de haber obrado de la forma correcta se volvía más y más evidente. Sino por la imperiosa necesidad de encontrar la manera de salir de ese embrollo.

—El hijo es tuyo, cabrón…

Su deseo de un cambio radical de vida en compañía de Teo se había esfumado. Apretó los puños con fuerza. Comenzaba a ser consciente de que ya nada sería igual. Posiblemente acabara en la cárcel de por vida. Tener frente a ella al culpable de su desgracia, le estaba provocando un estado cercano a la furia descontrolada.

"¡Piensa, piensa…¡"

Le faltaba el aire.

Giró sobre sí misma y se miró en el espejo del armario. La blusa, salpicada de sangre, como sus brazos.

De pronto un golpe seco, quedo, a su espalda.

Anna mira horrorizada a través del espejo el cuerpo de Teo que acaba de caer al suelo. Cree escuchar un gemido, se gira lentamente temiendo que al volver el rostro, durante los escasos segundos que ha perdido el contacto visual, lo encuentre en pie frente a ella dispuesto a vengarse.

No, la escena es diametralmente opuesta.

El chico malo permanece en el suelo con el cuchillo clavado hasta la empuñadura. Los ojos continúan abiertos, de su boca emana un espeso reguero de sangre envuelto en pequeñas burbujas de saliva.

"¿Está...está hablando?"

Anna recorre arrastrando los pies los escasos metros que les separan. Se detiene a la distancia prudencial de un paso. Los oídos concentrados en el siseo que partía de la boca del padre de su hijo.

—Pu...ta...

—¿Cómo? ¿Qué me has llamado?

No iba a permitir que nadie la culpara de lo sucedido, sólo había un

culpable y estaba ahí, en el suelo. Si se hubiese comportado como un hombre de verdad, asumiendo su responsabilidad, ahora estarían abrazándose en la cama.

No, ni culpa, ni arrepentimiento.

Echó la pierna derecha hacía atrás al tiempo que apretaba ojos y boca. Descargó toda la furia y la rabia contenida en la puntera de su bota al clavarla en los testículos del, ahora sí, moribundo camello.

—Púdrete…

Permaneció el siguiente minuto inmóvil, respirando con intensidad como si necesitara retomar la respiración tras una larga carrera.

Consultó la hora.

“Tengo que irme , ya…”

En su mente se estaba formando una idea, posiblemente absurda, pero de lo endeble que era quizá diera resultado, de todas formas no perdía nada. Frente a la perspectiva de cárcel de por vida, todo intento de esquivarla merecía la pena.

Recordó una ocasión cuando un individuo mayor que Teo entró en el dormitorio sin que nadie le hubiera abierto la puerta. Ni la abuela, que no se enteró de que alguien se colaba en la casa y recorría el pasillo rumbo a la habitación que había dispuesto para su querido nieto.

El individuo entró decidido, pero al ver a Anna se contuvo. Teo se incorporó, cuchichearon algo al oído. El hombre soltó un guantazo al chico malo mientras se encaminaba hacia un mueble junto a la cama. Tras hurgar en el altillo se hizo con unas pequeñas bolsas y varios paquetes de papel plata.

El encuentro fue breve, apenas unos minutos, pero suficiente para que Anna lo visualizara en ese momento como si estuviera aconteciendo frente a ella. Se acercó al mueble a su espalda, subida en un banco revolvió en el altillo hasta dar con lo que buscaba. Abrió un par de bolsitas y esparció la coca sobre una mesa y dejó caer restos de polvo blanco al suelo. Lo mismo hizo con varios paquetes envueltos en papel plata, de un ancho no superior a tres bolígrafos, se guardó el resto y se preparó para marcharse.

No se molestó en borrar sus huellas, excepto las del cuchillo porque sabía que la abuela de Teo la había visto en la casa y era lógico que encontrasen vestigios de su presencia. Lo único que podía salvarla de prisión era que pensaran que se trataba de un ajuste de cuentas.

Abandonó el dormitorio con toda la cautela posible. Se deslizó por el reluciente pasillo, lentamente, paso a paso.

Silencio.

Su corazón galopaba furioso, chocando con violencia contra el pecho. La puerta de la calle, como faro de libertad, brillaba a escasos metros de distancia. Al llegar al salón asomó la cabeza. La abuela

dormía plácidamente en la misma postura que cuando llegaron unas horas antes.

“Por fin algo me sale bien hoy”

Una vez en la calle se permitió dedicarse una sonrisa al recordar su deseo de que la policía concluyera que se trataba de un ajuste de cuentas. Llevarían razón. Eso es lo que había sucedido; un auténtico ajuste de cuentas. Fue apenas una sonrisa, breve. Aunque se pudiera mantener al margen del asesinato de Teo, le esperaba enfrentarse a un embarazo, a unos padres furiosos y a una investigación policial.

Había transcurrido año y medio desde que Boris enterró a doña Klementina, el ama de llaves de la familia Zec, en el *Musapstan Forest Park* , bosque cercano a la residencia en la que trabaja en Zadar, Croacia. Año y medio en el que tuvo que sufrir los interrogatorios de la policía, necesitada de un culpable para cerrar el caso cuanto antes. Don Danijel Zec, antiguo miembro de la Unidad de Policía Especial Omega (*Specijalne jedinice policije Omega),* ya retirado, tuvo un importante papel en la construcción de la actual Croacia . Era un hombre asentado en la comunidad, de intachable conducta, gran patriota y se merecía que se pusiera luz de una vez por todas a la desaparición de su ama de llaves.

Boris era el sospechoso favorito de los investigadores. No andaban desencaminados. Con antecedentes de oscuro pasado. Sin documentación que atestiguase los datos aportados, más allá de un mugriento documento de identidad que había sufrido todo tipo de accidentes provocados por el actual propietario, el anterior, un antiguo amigo, ya no lo iba a necesitar.

De doña Klementina nada se sabía. Ni en casa de sus padres, con los que vivía una hermana. Ni en el pueblo que la vio nacer, del que partió quince años atrás. No era extraño porque apenas había regresado en un par de ocasiones.

Nada se supo de ella hasta que su cuerpo apareció.

Un cuerpo desenterrado por las alimañas del que dieron buena cuenta. Un cuerpo que iba a forzar un vuelco en la vida de Boris. Un vuelco de ciento ochenta grados, similar al que trazó cuando la policía irrumpió en su dormitorio y lo lanzó al aire tirando del colchón.

A las sospechas iniciales de los investigadores sólo faltó unir un comentario inocente de la pequeña de la casa. Nunca fue interrogada, a pesar de tratarse de la última persona que vio con vida a doña Klementina, excluyendo al asesino. A la pequeña Jana jamás le gustaron los gritos de la mujer, ni sus modos, ni sus tortazos. Siempre en ausencia de sus padres.

Jana estaba agradecida a Boris, y así se lo hizo saber un día a la nueva ama de llaves.

—Se la llevó porque me estaba pegando.

Don Danijel y su mujer no iban a dedicar un segundo a comprobar la veracidad de las palabras de su soñadora hija. No en lo que se refiere al trato que le otorgó doña Klementina, de la que no tenían más que buenas palabras. Sí, al hecho de que su hábil chófer se la llevara.

Boris se hallaba buceando en lo más hondo de una de sus habituales pesadillas, rodeado de las no menos habituales llamaradas con un componente añadido y nada habitual; alboroto, voces y gritos. No se trataba sólo de sus propios gritos que tantas veces le habían despertado. No, a ellos se habían unido otros que no conseguía identificar.

Alboroto, voces, gritos y algo más.

Ese algo más le acababa de estallar una ceja. Abrió los ojos. Se hallaba en el suelo, a los pies de la cama junto a la pared. Ya no había llamaradas de las que huir, sin embargo, el alboroto y los gritos continuaban. La cabeza le dolía horrores, sobre el ojo izquierdo un incesante latir, palpó y ahogó un grito.

— Joder… —observó su mano, empapada en sangre.

—¡Levanta, cabrón!

De pronto sintió que se elevaba en el aire. Miró hacia abajo y lo comprendió. Dos agentes de la *policije* habían irrumpido en el dormitorio sin su permiso. Hubiera bastado con que llamaran a la puerta, pero no, no respetan nada.

"¿Han encontrado a la zorra de doña Klementina?"

La culpa era suya por no haber hecho caso a su instinto que le había rogado en infinidad de ocasiones que cambiara de sitio el cuerpo de la puñetera ama de llaves y se lo llevara de ese parque forestal. No estaba lejos, unos diez kilómetros, aunque tomase unos quince minutos hacer el trayecto en coche, pero no hizo nada.

Ni era momento de lamentarse, ni tenía tiempo para ello.

Antes de dar de nuevo con sus huesos en el duro suelo había tomado una decisión; salir de allí de la manera que fuese, costase lo que costase. No iba a permitir que le detuvieran. No, regresar a la cárcel no era una opción.

"Sólo hice lo que debía"

Se dejó coger sin oponer resistencia. A pesar de su estado sumiso recibió puñetazos y patadas que le cargaron de valor, rabia y energía suficientes para continuar con su plan.

—¿Puedo vestirme? —balbuceó doblado sobre sí mismo.

—No hagas ninguna tontería y date prisa.

Mientras se vestía calculaba las posibilidades de salir de allí conforme a sus intereses. Escasas, sin duda, pero suficientes.

"Con una buena me vale"

Se permitió una sonrisa interna a lo que estaba por venir.

Era el momento de todo o nada.

La elección era bien sencilla.

Todo.

Mientras era conducido al coche de policía Boris siente que su ritmo cardíaco y respiración se aceleran. Las pupilas comienzan a

dilatarse. En su cuerpo se está liberando la *epinefrina* , una hormona y neurotransmisor que le genera una conocida, adictiva y deseada sensación de placer. Necesita volver a experimentar un subidón de adrenalina.

Una vez más la pequeña Jana fue el detonante.

Bastó con que apareciera corriendo como de la nada, se abrazara a sus piernas y no dejara de gritar entre sollozos que Boris no había hecho nada, que le dejaran en paz, que era bueno, que doña Klementina era mala, muy mala, que le pegaba y...

Boris sentía un torrente de placer recorriendo su cuerpo. A la niña se la llevaron en volandas, todos los ojos pendientes de ella.

Todos, todos, no.

Los de Boris pendientes de la porra, de la pistola del policía de su derecha y de la puerta del coche patrulla abierta. Hasta sus oídos llegó claramente el deseo de Jana:

— ¡Vete, Boris, vete!

El chófer de los Zec asintió dispuesto a obedecer.

Medio minuto más tarde huía en el coche patrulla dejando una nueva víctima más que añadir a su lista con dos balas en el pecho. El otro policía se retorcía de dolor en el suelo con las manos en una rodilla o en lo que quedaba de ella.

Boris observó su rostro en el espejo retrovisor. El reflejo le devolvió un ojo hinchado, un reguero de sangre que partía de su ceja izquierda, y lo más importante, el reflejo le devolvió una sonrisa de extrema satisfacción.

Había llegado el momento de abandonar Croacia.

A pesar de que el cuerpo y la sobredosis de adrenalina que fluía por sus células le pedían a gritos pisar a fondo el acelerador, se obligó a circular despacio. Transitaba entre calles flanqueadas a ambos lados por viviendas unifamiliares con escasos metros de parcela.

Echó un nuevo vistazo a su rostro. Detuvo el coche, buscó en la guantera algo que le permitiera tapar la herida de la ceja. Se hizo con una caja con una cruz roja en la tapa. Localizó gasa y esparadrapo y taponó el corte.

“Perfecto”

Necesitaba un golpe de suerte. Cuanto más fuerte, mejor. Un golpe de esos que te sorprenden, pero que reconoces como merecido. Era consciente de que si ya lo estaban buscando, en breves minutos, coches similares al que conducía peinarían la zona en la que se encontraba.

Estaba eufórico.

Exultante.

Podría conducir por zonas menos concurridas, pero llamaría más la atención. Necesitaba abandonar el coche policial en algún lugar que su presencia no fuera extraña, o al margen de miradas curiosas, al menos durante media hora, con ese tiempo tendría suficiente.

Se alejó del camino lógico hacia la salida principal de Zadar; implicaba un riesgo añadido porque no conocía bien la zona, no era un sitio de paso habitual como chófer del señor Zec, pero parecía más seguro. Llevaba un par de minutos saboreando el momento, sin dejar de prestar atención a ese golpe que necesitaba, cuando, de repente, lo vio venir, directo, salvador.

—Ahí está…

A no más de doscientos metros, por un camino que subía desde su derecha, un concesionario de coches Fiat se mostraba como respuesta a sus mudas plegarias. Extraño lugar si se tiene en cuenta que lo que rodea al concesionario es campo, sólo campo, salpicado de árboles. Conforme se aproximaba, diferentes vehículos de todo tipo de marcas se exhibían ante sus ojos, como modelos de pasarela.

Sólo tenía que escoger uno.

Boris era la alegría personificada, como un niño en un centro comercial que sólo vendiera *chuches* . Aprovechó un desvío del camino para detenerse, bajó del coche. Barrió en torno con la mirada buscando un espacio fuera del concesionario en el que esconder el vehículo policial al tiempo que comprobaba si había movimiento de personas.

—Qué raro…

No parecía haber nadie.

Entró de nuevo en el vehículo, condujo camino arriba unas decenas de metros hasta alcanzar un desnivel a su izquierda, cercado por árboles. Como escondite no resistiría a todo tipo de curiosos, pero confiaba que le otorgara tiempo suficiente para cambiar de coche y decidir si salía del país por carretera, hacia el norte cruzando Eslovenia o por barco rumbo a Italia.

Consultó el reloj.

Acababa de descubrir el motivo de la tranquilidad que reinaba en el ambiente y de recordar que le habían despertado de madrugada.

Faltaban diez minutos para las ocho de la mañana.

“Por eso no hay nadie, seguro que no tardarán”

Saltó la valla de alambre que rodea el terreno circundante al concesionario y permaneció atento a cualquier actividad próxima a los vehículos aparcados en el exterior y a cualquier signo de vida a través de los ventanales.

No parecía haber nadie.

Pero, sí, lo había.

A escasos metros, a su espalda.

Un repentino sonido ronco, de carraspera intensa, continua, le aceleró aún más las pulsaciones. Optó por no mover un solo músculo, hacer como si no se hubiese dado cuenta de la presencia del animal. Si su tamaño o fiereza dependiera del amenazante gruñido, tendría que andarse con cuidado.

Con mucho cuidado.

La pistola que le había arrebatado al policía descansaba en el interior del pantalón junto a la hebilla. Aguantaba la respiración sin mover más músculos que los que le permitían flexionar la mano en torno a la empuñadura y el dedo índice acariciando el gatillo.

El ronquido crecía en intensidad.

Boris llevó la mirada a la construcción de dos plantas del concesionario de Fiat, creyó vislumbrar una sombra cruzar frente a una de las ventanas. El disparo le descubriría.

Pistola en mano comenzó a girar despacio, muy, muy despacio. Sentía el aliento del animal en la nuca envolviendo su gruñido en un vaho caliente, cargado y amenazador. Los ojos de Boris en el infinito, la pistola a escasos centímetros de la boca del Dogo Argentino de tonos claros, de mirada fija y cruel. La distancia entre la mandíbula del imponente animal y el cañón de la pistola se reduce centímetro a centímetro. Boris mantiene su mirada concentrada en algún punto lejano, como si la escena de la que era principal protagonista no fuese con él.

El Dogo acerca curioso y desconfiado el morro al arma. La creciente vehemencia de los roncos gruñidos avisan de inminentes ladridos

"No, no lo hagas, no ladres…"

El perro no estaba por la labor de obedecer a los pensamientos de un extraño.

Ladró.

Fue un ladrido corto, profundo, quizá de advertencia o posiblemente de aviso a quien pudiera hallarse en el interior del concesionario. Un ladrido preparado para el siguiente, la boca a medio cerrar.

"¡Ahora!"

Boris aprovechó el momento para introducir el cañón de la pistola en las fauces del Dogo Argentino y disparar una sola vez, coincidiendo el último gruñido con un esbozo de ladrido acallado por la detonación.

Durante un largo minuto, el ya ex chófer de los Zec, permaneció rodilla en tierra, inmóvil, atento a cualquiera que osara asomarse. A su lado, el colosal animal vuelto de espaldas, con la mirada ausente parecía preguntarse, con una mueca de eterno asombro, qué había pasado, por qué no podía moverse.

La puerta del concesionario se abrió.

Bajo el dintel un hombre de unos cuarenta años salía del edificio en dirección a una fila de coches aparcados en batería, ajeno a la detonación.

El golpe de fortuna continuaba trabajando para Boris.

“No tendré que buscar las llaves, ni averiguar qué coche está preparado para llevármelo ya”

Agazapado, avanza entre vehículos de ocasión y algún que otro bidón.

—¡Luckas! ¡Luckas!

Boris se detuvo, volvió el rostro. Desde su posición el cuerpo del Dogo Argentino quedaba medio cubierto por un arbusto.

Solo medio.

—¡Luckas!

Extrañado por no recibir contestación el hombre de prominente abdomen retiró su atención de la exposición de vehículos, miró a izquierda y derecha.

—¡Luckas!

Boris, agazapado, ve los lustrosos zapatos del individuo avanzando en su dirección. Si continuaba acercándose descubriría el cuerpo sin vida del animal.

Continuó.

Lo descubrió.

—Pero, qué…

En lugar de aproximarse hasta Luckas para comprobar su estado permaneció estático mirando de un lado a otro. Distinguir la espesa mancha de sangre que partía de la cabeza del perro y restos de lo que quiera que fuese a su alrededor le empujó a volver sobre sus pasos y regresar al concesionario.

Esa era la intención.

El primer culatazo le abrió una brecha en la coronilla y le envió al suelo.

Boris lo apuntó con la pistola.

El día estaba siendo más que perfecto.

—¿Quién te manda? ¿Quién cojones eres?

—Muchas preguntas. Levanta —acompaña su orden con un gesto de la pistola arriba y abajo, animándole a obedecer—. Tengo prisa, vas a decirme cuál es tu mejor coche y a darme las llaves.

El hombre se incorporó. Una mano en la nuca, como si quisiera amortiguar el punzante dolor que le atenazaba próximo al desmayo.

—¡¿Quién coño te manda?! y…

El segundo golpe, en esta ocasión con el cañón de la pistola, le partió la ceja izquierda. El individuo de prominente abdomen ahogó un grito y como acto instintivo llevó la mano, ya enguantada en sangre, sobre el ojo.

Boris se lo quedó mirando. Estaba empezando a enfadarse. ¿No había sido claro? ¿No le había dicho ya que hacía muchas preguntas y que tenía prisa? Sólo le ha pedido un puto coche y las llaves. ¿Tan difícil es de entender?

—No sabes dónde te estás metiendo, ¿verdad? Al señor Zovko no le va a hacer ninguna gracia que…

El tercer impacto le arrancó tres incisivos, un canino y le dividió los labios en dos lonchas cada uno.

El rostro del hombre trazó un eléctrico movimiento de derecha a izquierda, regresando a su posición inicial. Llevó la mano que aún se mantenía limpia a la boca, de la que partía sangre a borbotones

—El coche y las putas llaves… —el semblante pétreo, sobre el que se asomaba una mirada fría, penetrante y sobre todo cansada de perder el tiempo convenció al hombre de la inutilidad de insistir con más preguntas.

Boris lo vio asentir y llevar ambas manos a los distintos puntos en los que se había visto obligado a golpearle. Tres impactos, dos manos, el individuo optó por dejar una sobre la boca y caminar en silencio.

—Si no me das el coche adecuado y me haces regresar no podré ser tan amable como hasta ahora. ¿Me he explicado correctamente?

Entraron en el luminoso vestíbulo del concesionario en el que los rayos del sol se aprovechaban de los amplios ventanales para iluminar cada rincón, confiriendo a la estancia tal claridad que los vehículos expuestos resaltaban atrayendo la atención de los posibles clientes.

Boris detrás del hombre, que más que caminar arrastraba las piernas, y del reguero bermellón que lo acompañaba. Tras un pequeño mostrador, un armario. En su interior numerosos juegos de llaves.

Boris se hizo con el que le ofreció el individuo.

—Es ese de ahí...—su voz a penas un balbuceo en un rostro congestionado por el dolor. Señaló un reluciente BMW.

Había llegado el momento de darle las gracias.

Muy a su pesar no tuvo ocasión.

—Ya… ya puedes esconderte, porque... al… al señor Zovko no le va a hacer ninguna gracia que…

Boris negó con la cabeza al tiempo que elevaba una ceja, fruncía los labios y extendía el brazo al frente apuntando al individuo.

—No….

—Sí… —vació el cargador sobre el pecho del hombre que trastabilló hasta chocar contra el cristal a su espalda dejando un reguero de sangre deslizándose hasta el suelo.

—Parece que no he sido suficientemente claro, cojones...

Dejó las llaves sobre el mostrador. Lo rodeó y abrió el armario, sus expertos ojos habían localizado un *Jaguar F-Type coupé* a cubierto bajo un techo, idéntico al del señor Zec.

—Es tuyo, ¿eh? —dedicó al cadáver una mueca torcida, de complicidad —¿o del señor Zoco o Zovko o como coño se llame?

Permaneció unos instantes mirando al hombre como si aguardara una respuesta a sus preguntas. Negó levemente sacudiendo la cabeza mientras se encaminaba hacia su reciente adquisición. Lo siguiente, buscar una nueva matrícula para el Jaguar.

12

María Pinta abrió los ojos, finos rayos de luz se colaban entre las lamas de la persiana. Normalmente se incorporaba de un salto dispuesta a comenzar un nuevo día. Sin embargo, su cuerpo se negaba a moverse, como si dos enormes manos la sujetaran con firmeza. Apenas había podido conciliar el sueño. No fue por haberse acostado un poco más tarde de lo habitual debido a la tenaz insistencia de sus padres y hermanos en cenar un sándwich en *Campíos* . Ni tampoco porque la pesadilla que le acompaña desde que era niña le haya vuelto a visitar. Siempre la misma pesadilla, la misma sensación de realidad, los mismos sudores fríos. No, su intermitente insomnio lo achacaba al reciente caso.

Un caso que por el momento se desglosa en dos desapariciones sin que, aparentemente, exista nada que las relacione, a pesar de que ella y Olivares intuyan que esconden un nexo en común. Sólo se trata de eso, de una endeble intuición con la que no se puede ir más allá de conversaciones entre compañeros. Ni siquiera con el comisario que debe aportar a sus superiores algo más, mucho más, que intuiciones.

El problema central radica no ya en no poder mostrar un hilo conector entre Leyre Aja, de la que no sabe nada desde que subió a *La Cantábrica,* y que por tanto puede continuar con vida a pesar de que no apostarían un euro por ello, e Irene Morella, la segunda víctima hallada en Monte Corona. Lo único que les une es que comparten ciudad de padrón; Santander.

Nada más.

No, el problema central, el mismo que su resolución podría introducir a Pinta y a Olivares en un caso que conectaría a estas dos mujeres con el primer cadáver hallado, el de la burgalesa Graciela Martín, requiere encontrar un vínculo al menos entre las dos víctimas de Monte Corona; la propia Graciela Martín e Irene Morella. Si eran capaces de dar con dicho vínculo podrían iniciar los trámites para que el expediente pasara a sus manos. Hasta el momento se trataba de casos separados. Graciela Martín y la desaparición de su novio estaban siendo investigados por la Guardia Civil con el teniente Cortado al frente. Irene Morella, una vez confirmada que es vecina de Santander, por la Policía Nacional, con Pinta y Olivares a la cabeza. Esta división conlleva un riesgo; la Guardia Civil podría adelantarse y solicitar la

inhibición del juzgado de Santander en favor del de San Vicente de la Barquera para hacerse con la investigación del asesinato de Irene Morella, con el pretexto de que la ubicación de su cuerpo ofrecía un vínculo entre ambas.

Su ubicación y algo más que los inspectores desconocían.

Quizá su intranquilidad, su dificultad para conciliar el sueño se debiera no sólo a lo que la lógica le exponía sino a algo que no quería reconocer, o quizá las circunstancias del momento le impedían otorgarle veracidad.

El razonamiento y la conclusión eran obvios. Si los asesinatos de las dos mujeres estaba relacionados, y si Leyre Aja aparece en circunstancias similares, y si encuentran el cuerpo del novio de Graciela Martín…

Muchos *y si* , demasiados.

Lo sabía, era consciente de lo frágil que resulta un planteamiento basado en tantos *y si* …

Sin embargo, *si* los tenía en cuenta la conclusión final le generaba un frío y doloroso cosquilleo interno; había un asesino en serie actuando en la zona. Si era así, *y si* estaba en lo cierto, los cadáveres aparecidos podrían no ser los últimos.

Sin duda que estaba en lo cierto.

No iba a tardar mucho tiempo en confirmarlo.

Después de regalarse una buena ducha, ponerse unos vaqueros y una camiseta bajó a desayunar sin poder apartar de sus pensamientos la reciente conclusión alcanzada.

No era su primer caso con un asesino en serie de por medio pero sí el primero que actuaba tan cerca de Comillas, de *su* Comillas, y sobre todo con una forma tan insistente, como si algo le uniera a la *tierruca* .

—Pero qué mala cara me traes, hija.

—Gracias, mamá —María esbozó una mueca y tomó asiento.

Tere se acercó hasta su hija con la cafetera en la mano, la mirada en las pequeñas bolsas grisáceas que rodean los ojos de la inspectora que la reparadora ducha no había conseguido disimular.

—¿No has podido dormir?

—¿Eh? Sí, sí, sólo que estoy un poco cansada, nada más. ¿Papá y los demás?

— Tu padre en la ducha y tu hermana acaba de salir.

Tere devolvió la jarra a su lugar y dejó un plato de picatostes junto a su hija.

El rostro de María recuperó su color original con sólo observar y oler el pan frito con azúcar.

—Me has alegrado el desayuno, mamá —la inspectora dedicó una

amplia sonrisa a su madre al tiempo que mojaba en el café el primero de los picatostes que pensaba comerse.

Suena y vibra un móvil sobre la mesa.

—Es el mío… —logra vocalizar con la boca medio llena— .Perdona, Diego, es que hoy tengo picatostes para desayunar y me has pillado con uno en la boca.

—Come tranquila, te recojo en media hora. Hay novedades, ¿puedes?

—Por supuesto. ¿Estás en Ruiloba?

—Sí, me doy una ducha y voy a Comillas.

A falta de una resolución judicial que determinara qué cuerpo policial sería el elegido para hacerse cargo de la investigación de los dos cadáveres hallados en Monte Corona, la forense Claudia Cobo optó por exponer los resultados de la autopsia del segundo cuerpo, el de Irene Morella, al comisario Fausto Redondo.

Los resultados y algo más.

Ese algo más le había colmado de dudas durante las horas posteriores a la conclusión de la autopsia. El teniente Cortado, de la Guardia Civil, había sido bastante persuasivo en sus dos últimas comunicaciones. Pedirían la inhibición del juzgado en su favor, sin duda sería admitida y el expediente de Irene Morella pasaría a sus manos.

La forense no iba a dedicar un segundo de su escaso tiempo a debatir sobre el asunto, se debía tanto a un cuerpo policial como al otro, pero a fecha de hoy este caso correspondía a la Policía Nacional.

No era sólo *ese algo más* lo que le generaba un estado de ánimo de complicado manejo. *Ese algo más* era el vínculo que los cuerpos policiales esperaban como argumento irrefutable para que la investigación de ambos casos pasara a sus respectivas manos. Podía haber llamado al teniente Cortado y comentárselo, si se hubiera tratado de su jefe, el teniente coronel Jacinto Moreno, la decisión no hubiera sido sencilla, pero al sentir la presión de Cortado conminándola a actuar de una forma concreta, sus dudas se disiparon.

Por el momento.

Llamó al comisario Redondo.

Diego Olivares recibió la llamada del comisario a primera hora de la mañana. No, no era necesario que se reunieran, era domingo y necesitaban descansar, les aguardaban unas jornadas de intenso trabajo. A la mañana siguiente, en la reunión semanal de cada lunes, para la que contaban con un día de preparación expondrían el plan a

seguir. Sí, sería conveniente que Pinta estuviera al tanto.

Tras casi una hora de conversación el inspector llamó a su compañera. Contaba con unos minutos para terminar el café y la tostada, darse una ducha y acercarse a Comillas. Mientras desayunaba reconocía en sus sensaciones la cercanía de una investigación que había visualizado en numerosas ocasiones durante los últimos meses. Cierto que jamás pudo imaginar que se tratara de algo así, tan inhumano, tan macabro.

Los últimos días habían sido lluviosos, nada parecía indicar que no continuara igual, excepto por las previsiones que rara vez acertaban en esta zona, y porque hasta el momento las oscuras nubes sólo permanecían en modo amenaza.

Aparcó en la plaza del antiguo Ayuntamiento de Comillas, permitido en esta época del año, y recorrió andando la escasa distancia que le separaba de la casona de la familia de su compañera, a pocos metros del cruce del bar *Filipinas* . Se detuvo unos pasos antes de alcanzar el portón de entrada para contemplar la fachada que en primavera aparece oculta tras una espesa enredadera de hojas tan grandes como sus manos, que le otorgaba un aire de agradable calidez. En su casona de Ruiloba no había logrado conseguir una enredadera tan tupida pero a insistencia no le ganaba nadie.

Con el dedo rozando el timbre del telefonillo el portón se abrió.

—Te vi venir —María señaló el mirador a su espalda—, y me tienes en ascuas, que lo sepas.

—¿Qué tal esos picatostes?

Pinta ladeó el rostro y sacudió una mano.

—Los echaba de menos.

El portón volvió a abrirse.

—Buenos días, Diego. ¿Te apuntas a comer con nosotros? — el rostro sonriente de Tere apareció bajo el dintel.

—Mamá, no le gustan las sorpresas.

—Bueno, yo sólo lo decía por si le apetecía cocido montañés. Si quieres no tienes más que aparecer a la hora de comer —esbozó una sonrisa y cerró el portón de acceso al jardín.

—No te sientas obligado, Diego, pero si quieres venir por mí encantada. Te adelanto que estarán mis hermanas, mi hermano, los sobrinos, quizá hasta algún abuelo y tíos. Nadie se quiere perder el cocido de mi madre, pero vamos a lo nuestro, ¿qué pasa?

Diego asistió en silencio a la breve conversación entre madre e hija con una fina sonrisa en el semblante. No creyó oportuno aceptar y menos aún rechazar la invitación. Seguramente optaría por comer en su casa, no obstante agradecía esas escenas familiares que tanto echaba de menos.

—Necesito otro café.

—Vamos a por él, pero ya puedes empezar a hablar antes de que te someta al tercer grado, dime al menos si se trata de buenas noticias.

—¡Buenos días, María!

—Buenos días, Anuca —devolvió el saludo agitando la mano en dirección a una mujer bien parecida, morena de generosas curvas.

—¿Qué tal estáis? ¿Todos bien?

—Sí, los sobrinos enredando como siempre. ¿Todo bien? —señaló la tripa.

—Sí, dice el médico que viene perfecta.

—Cómo me alegro, ¿y tus críos?

—Mucho mejor, gracias. Os dejo que llego tarde a misa. Hasta luego.

Pinta esbozó una sonrisa al tiempo que giraba el cuerpo hacia su compañero

—A lo que íbamos, ¿son buenas noticias?

Diego tardó unos segundos en contestar. La información que le había transmitido el comisario era impactante. ¿Buenas noticias?, depende de cómo se mire.

—Irene Morella también estaba embarazada —lo soltó sin más.

—¡Ostín! —María se detuvo un instante. Su rostro era un certero reflejo de la impresión que le había generado la noticia— ¿también la abrieron en canal?

Diego continuó andando.

—Sí, ambas embarazadas, y a ambas les arrebataron el feto. Se ha peinado la zona buscándolos.

—Quizá podrían encontrase en el lugar que inicialmente fueron enterradas. ¿Se confirma nuestra impresión de que los cadáveres fueron trasladados?

Olivares asintió.

—Sí, pero a Irene Morella la asesinaron al menos dos años antes.

—¿Dos años…? —la inspectora formuló en alto una pregunta que bien podía haber sido una exclamación. No esperaba respuesta, no era necesario por evidente.

Cruzaron la plaza de El Corro, ascendieron los escalones que llevan al inicio de la Cuesta de Campíos y accedieron a la cafetería *Los Castaños* . Tomaron asiento junto al mirador en una de las mesas más alejadas.

El último tramo del trayecto lo realizaron en silencio.

Ella, porque los argumentos que forzaron su insomnio se hacían realidad; ¡Dos años! A falta de un tercer cadáver para que se considerase al asesino que andaba detrás de estas muertes como serial, o asesino en serie, todo apuntaba a que sus mayores temores se confirmaban.

Él, porque está convencido que estos cuerpos eran sólo la punta del

iceberg. Cabía la posibilidad de que el asesino ya hubiera conseguido su objetivo, su intuición le decía que no. Quizá la motivación inicial hubiera sido satisfecha, pero el deseo de matar no se había saciado. De tratarse de una venganza, la posibilidad de que con los dos cuerpos hallados se pusiera fin a nuevas muertes era considerable, sin embargo, si estaban ante un asesino en serie…

Aguardaron a que los cafés estuvieran sobre la mesa para dedicar los siguientes minutos al asunto que había llevado a Diego hasta Comillas. María aún daba vueltas al escueto pero impactante resumen que le había hecho su compañero del motivo de su visita.

—Las dos mujeres estaban embarazadas y a las dos las han robado sus bebés —María no daba crédito.

—Fetos, si te refieres a ellos como bebés te afectará más.

La inspectora suspiró.

—Llevas razón. Bueno, dime cómo te has enterado, ¿el jefe?

—Sí, le ha llamado Claudia, estaba bastante preocupada por el resultado de ambas autopsias —Diego cortó un trozo de *sobao* con la mano, mojó en el café y lo llevó a la boca ante la atenta y expectante mirada de su compañera, que aprovechó para exponer en alto sus pensamientos:

—Tengo la sensación de que la preocupación de Claudia está relacionada con cuestiones políticas, de burocracia. Se ha encontrado con dos casos similares, uno que lo lleva la Guardia Civil, seguro que el teniente Cortado le está presionando, el otro, nosotros.

Diego escuchaba atento mientras daba un par de bocados más al delicioso *sobao* sin dejar de asentir.

—Dos casos —continuó María Pinta— con evidentes signos de estar relacionados.

Olivares apuró un sorbo de café, se limpió los labios y añadió:

—Así es, las competencias sobre ambos aún no están claras, puede ocurrir que nos quiten a nosotros el nuestro y se lo den a la Guardia Civil o…

—O al revés...

Ante la mirada insistente de su compañera, añadió:

—El comisario va a contactar con el juez Merino para convencerlo de que inicie los trámites con el juzgado de San Vicente.

—No va a ser fácil, la Guardia Civil también cuenta con argumentos convincentes.

—Como dices, no va a ser fácil, quizá tenga que cobrarse algunos favores. Seguro que el jefe lo terminará consiguiendo.

La mueca que le dedicó su compañera a modo de vasta duda le invitó a seguir:

—A parte de la innegable similitud de ambos asesinatos, las dos mujeres habían desaparecido —dio el último sorbo al café— y hay al menos otra más.

—Ojalá sea suficiente —apuntó María no muy convencida. Permaneció unos instante observando a su compañero que había desviado la mirada a través del ventanal sacándola a pasear por El Corro —¿Diego...?

El inspector regresó del lugar al que le hubiera llevado sus pensamientos.

—Sí, disculpa, verás… Claudia le comentó algo más al comisario que sin duda alguna vincula a los dos cadáveres, sin que incline la balanza a favor de nadie.

—¿Y es?

El inspector se retrepó en su asiento. Miró a un lado y a otro para cerciorarse de no estar siendo escuchados.

—Claudia ha encontrado un colgante y una figurita en los cadáveres. Son representaciones de diosas de la fertilidad.

—¿Figuritas…? —la boca de la inspectora permanecía a medio cerrar. Dejó caer la cabeza entre las manos y negó con vehemencia— A ver… ¿dónde los encontró? ¿Junto a los cuerpos? ¿En algún bolsillo?

—Dentro de los cuerpos, en el lugar del feto.

Pinta pensaba que este tipo de asesinatos no formaba parte de su vida real, de su vida profesional. Había encontrado a lo largo de su corta carrera, algo más de doce años como policía, asesinatos de toda índole, argumentos absurdos para justificar un crimen. Abusos de toda clase, pero lo que acababa de partir de la boca de su compañero parecía sacado de una mala película de televisión.

—¿Un misógino? Demasiado odio, ¿no?

—No lo sé, podría ser, pero tiene que haber mucho más. Recuerda que cuando hablamos con la madre de Irene Morella llevaba tres años desaparecida y no constaba como denunciada.

—Lo intentó pero al ser mayor de edad podría haberse ido voluntariamente.

—Sí, y la chica burgalesa, Graciela Martín, estaba de vacaciones con su novio. Nada les une excepto…

—Excepto Cantabria. No estamos, en principio, ante un asesino itinerante o no lo es actualmente. Vive cerca de aquí.

Diego asintió.

—Estamos rodeados de pueblos con pequeña densidad de población. Si vive aquí, como parece ser, estará integrado en la comunidad

—Puede ser cualquiera...—murmuró—. ¿Sobre las diosas de la fertilidad sabemos algo más?

—Mañana nos reuniremos con el comisario. Si el juez Moreno ha solicitado la inhibición al juzgado de San Vicente de la Barquera seguro que Claudia nos pone al día con detalle.

—¿Sabes, Diego? No me gusta nada la crueldad que parece esconderse en este caso, nada de nada…

Como respuesta, el inspector regresó con la mirada a la plaza de El Corro siguiendo la espalda de una pareja que llevaba de la mano a un niño que no tendría más de dos años.

“Integrados...”

13

Cuando Valentín Corneja se enteró de la aparición del segundo cadáver de Monte Corona habían transcurrido al menos un par de días desde el hallazgo. Comunicó molesto con Olivares por no haber sido informado antes, sabiendo como sabía, que estaba buscando a varias mujeres desaparecidas y al novio de una de ellas.

—No eres el único detective que trabaja en la zona y que tiene el encargo de encontrar desaparecidos, Corneja.

—Sin duda, inspector, pero debo ser el único al que uno de esos encargos ha sido localizado sin vida —lo soltó visiblemente molesto y arrepentido al instante por su salida de tono.

Diego tomó aire para no escupir lo que llevaba dentro. Sabía que en parte llevaba razón, sólo en parte. Sin embargo, no era costumbre suya, ni de nadie del cuerpo, llamar uno a uno a todos los detectives privados cada vez que encontraran un cadáver.

"Tranquilo…"

—Discúlpame, Olivares, cuando se halla sin vida a la persona que me han encargado buscar me invade una sensación de doloroso fracaso. Imagino que sabes de lo que te hablo.

Diego se abstuvo de añadir nada.

—¿Puedo pedirte un favor? —sin aguardar respuesta agregó—: ¿me podrías avisar en cuanto te confirmen la identidad?

—Sí, aunque la prensa no tardara en publicar la noticia.

—Lo sé, pero si se trata de una de las mujeres que busco me gustaría adelantarme a los periodistas y dar la noticia a la familia.

Diego sabía que no sería posible que Corneja informara a la familia de la víctima antes que la propia policía, pero no estaba por la labor de alargar la conversación.

—Cuenta con ello.

Valentín estaba convencido que se trataba de otro de sus casos. Si se confirmaba, llevaría dos de dos. Dos casos cerrados con resultado de muerte violenta. ¿Dos fracasos? Según como se viera, cabía la posibilidad de que cuando le encargaron dar con sus paraderos hubiesen sido ya asesinadas.

Detalle que a sus clientes poco o nada les importaría.

"Hay que seguir"

Recorrió los ocho barrios de Ruiloba; Barrio de La Iglesia, lugar de

residencia del inspector Olivares, detalle que desconocía, el Barrio de Liandres, Barrio de Sierra, Barrio de Trasierra, Barrio de Casasola, Barrio de Concha, Barrio de Pando y Barrio de Ruilobuca. Después condujo unos ocho kilómetros hasta Canales y preguntó en el ayuntamiento de Udías.

Nada. Nadie reconocía a las personas que mostraba en sus fotografías.

Al día siguiente decidió continuar con los barrios de Comillas que no había visitado; Ruiseñada y Trasvía, desanimado por la falta de resultados positivos fue un poco más allá mostrando sus fotografías en El Tejo, La Revilla y Lamadrid. Al regresar, sin haber encontrado la más mínima pista fiable, más allá de un lacónico me suena su cara, o se le parece, decidió completar el recorrido en Comillas con las últimas viviendas que le quedaban pendientes y las urbanizaciones junto al muelle. Si no tenía éxito cogería el coche hasta San Vicente de la Barquera, a pesar de que su instinto de investigador le imploraba que siguiera donde estaba.

Lo dejó para la mañana siguiente, comenzaba a perder el ánimo una vez más. Amaneció con una inyección de auto coraje confiando que este día sería diferente.

No se equivocaba.

Despertó en la *Posada Torre del Milano* , en Ruiseñada, que visitó la tarde anterior como parte de su investigación. Decidió reservar una habitación, impactado por la propia belleza de la posada y de las vistas que la rodean. Tras saborear un espléndido desayuno condujo los no más de dos kilómetros que le distanciaban del centro de Comillas y aparcó a escasos metros de la vivienda familiar de María Pinta, detalle que también Valentín desconocía.

“A ver aquí…”

Frente a él una casa de tres alturas. Una pequeña torre a la izquierda con dos ventanas en cada lado junto a un minarete a dos aguas sobre un mirador con tejado. Dos mujeres y un hombre junto a la verja de entrada que daba a un espacioso jardín perfectamente cuidado. Ellas, con un semblante amable, risueño, de cercanía. Mujeres trabajadoras y seguras de sí mismas. Él, en torno a los cuarenta, de mediana estatura, robusto, con el rostro cubierto por una barba digna de un maestro podador.

Una columna entre la cancela de acceso peatonal y la puerta corredera para vehículos mostraba una placa que rezaba; “ *Lumaelte* ”, en la cara izquierda una chapa azul con una P sobre una estrella amarilla.

—Disculpen, ¿puedo hacerles unas preguntas? Soy detective privado y busco a estas personas.

La primera reacción por parte de los tres fue de cautela. Miraron de

hito en hito al hombre al que apenas llegaban a la altura de los hombros. Su aspecto descuidado no reflejaba lo que entendían debería ser un detective privado, aunque fuese la primera vez que se hallaran frente a uno.

Una de ellas, quizá la más curiosa, dio un paso al frente.

—¿Detective? —lo observó con ojos inquisidores— que sepamos aquí no ha desaparecido nadie.

—El pasado fin de semana encontraron … —dio la vuelta a una de las fotografías y la mostró en el aire— … a esta chica en Monte Corona, se llamaba Graciela Martín, era de Burgos.

Las dos mujeres y el hombre cruzaron sus miradas. Eso sí lo habían escuchado, aunque no la conocían. No, no habían visto a ninguna de las personas que aparecen en las fotografías. Les hubiera gustado ayudar.

—Les dejo mi tarjeta.

—Sí, descuide, le llamaremos si recordamos algo —afirmaron al unísono Elvira y Teresa.

—No me fío… —murmuró Luis— no me fío…

Valentín continuó calle arriba por el barrio de Velecío, preguntando a todas las personas con las que se cruzaba, con el mismo resultado que hasta el momento. Nada. No podía desanimarse porque con este procedimiento logró identificar en *Quo Vadis* , a Graciela Martín gracias a las pulseras de Nausica.

Durante las siguientes dos horas no cejó en su empeño.

—Le dejo mi tarjeta por si recuerda algo.

—Gracias, le llamaré, pero no conozco a ninguna.

Parecía tratarse de una conversación pactada con todos aquellos a los que abordaba o llamaba a sus puertas. Muchas de las viviendas, a mano izquierda por la carretera nueva en dirección al muelle, estaban cerradas hasta Semana Santa o el próximo verano.

Llevó la vista al frente.

Volvió a sorprenderse.

Sí, lo había visto desde que accedió a la carretera desde el barrio de Velecío y desde otros puntos de Comillas los días anteriores, pero tenerlo tan cerca impactaba aún más. No se tenía por un aficionado a los cementerios, más bien lo contrario, pero el que se alzaba frente a sus ojos ejercía sobre Valentín un poder hipnótico, transmitiendo todo el influjo que otorga el paso del tiempo, de mucho tiempo. El Cantábrico, a espaldas del camposanto, parece acunarlo entre sus brazos, protegiéndolo de las nubes oscuras y preñadas que con descaro amenazan con descargar hasta la última gota. Rodeado por una pared escalonada, construida a base de pequeñas piedras, empeñada en adaptarse al desnivel del suelo, en cuyo centro se levanta un arco sobre una doble puerta de forja, sostenida sobre dos pares de

columnas.

El detective puede apreciar desde la distancia una pared interior, más alta, de idéntica construcción que la exterior. A la derecha, lo que asemeja a un gran cajón, construido también de pequeñas piedras no siempre alineadas, que da cobijo al descanso de sus moradores, y que se eleva sobre las paredes circundantes, en cuyo acceso se alza un arco de medio punto. Sobre esta construcción un asombroso e imponente vigilante incansable y eterno; un ángel tallado en mármol con las alas desplegadas, sosteniendo en su mano derecha una espada con la punta apoyada sobre el suelo. Se trata del Ángel Exterminador o Ángel Guardián, según el alma que lo observe, que se eleva sobre los restos de la primitiva iglesia y se muestra inclinado hacia delante, quizá retando a Valentín Corneja, que se aproxima ensimismado en su contemplación, o quizá como anunciador de lo que está próximo a acontecer.

El cementerio transmite un aire de fragilidad, de inestabilidad, del que lleva sobre sus hombros el peso de innumerables tormentas y galernas a lo largo de décadas, de muchas décadas.

Detuvo sus pasos, acarició con la mirada cada piedra del exterior y se prometió que no abandonaría Comillas sin atreverse a acercarse un poco más. No se veía accediendo al interior, subiendo los diez escalones que le acercarían a los dominios del imponente Ángel.

Valentín abandonaría Comillas sin regresar al cementerio pero por causas que en esos momentos no podría ni imaginar.

Lo rodeó y continuó rumbo al muelle. En la acera de la izquierda y en la parte alta del puerto le aguarda una urbanización de chalets adosados, alguna casona y un hostal.

Cuando había dado por terminada la visita a los escasos chalets habitados en esta época del año se encaminó hacia la antigua lonja. A su derecha, y a sus pies, el muelle. De fondo el Cantábrico majestuoso, acariciando las paredes rocosas y laminadas del *Pico Miradorio* , como si un hacha gigante en manos de un brazo inexperto hubiese golpeado sobre ellas. Más a la derecha, la playa de Comillas, huérfana de visitantes, dejándose besar por las suaves olas que osan deslizarse sobre su arena.

A la izquierda, encajado entre dos modernos chalets, observa un edificio de tres alturas con una puerta central y dos laterales. Un cartel en el centro que reza; *Fonda El Muelle.*

“Muy originales no han sido con la elección del nombre”

El móvil del detective comenzó a sonar.

Ver el nombre de Diego Olivares en la pantalla le reconcilia con el policía.

—Inspector…

—Corneja, la identidad de la segunda víctima es Irene Morella. ¿Te

suena el nombre?

El detective arrugó su poblado entrecejo, esforzándose en hacer memoria. El nombre no le resultaba en absoluto desconocido. Un nombre que luchaba por abrirse camino entre la espesa nubosidad de sus viejos recuerdos.

—Irene Morella…

—Entiendo que si no me has confirmado la respuesta es que no se trata de ninguna de las personas que estás buscando, ¿no es así?

“Mierda de memoria…”

—Inspector, como apuntas no es ninguna de las personas que llevo ahora, pero si no recuerdo mal, sí que me encargaron su búsqueda hace un par de años, eh...— llevó la palma de la mano a la frente—. No, no, ya recuerdo, su madre quiso contratarme para averiguar su paradero, no acepté el caso porque entendí que se trataba de una huida de casa por hartazgo de la familia. La chica era mayor de edad, habían discutido y se largó.

Olivares permaneció en silencio unos instantes preguntándose si compartir o no un poco más de información.

“Se va a enterar de todas formas…”

—Irene Morella estaba embarazada, es muy posible, por tanto no es oficial, que cuando desapareció fuese este el motivo.

La noticia cogió al detective por sorpresa.

—Aunque haya pasado tiempo no recuerdo que su madre me hubiera advertido sobre ello.

—Como bien sabes, en muchas ocasiones ni siquiera los más interesados nos cuentan lo que sucede con todo detalle.

Un par de minutos más tarde Valentín Corneja colgó el teléfono con gesto nervioso. Su conciencia amenazaba con golpearle severamente.

“Embarazada… si hubiese aceptado…”

Negó con vehemencia al tiempo que deslizaba sus gruesas manos sobre el rostro.

“No, no tengo tiempo, ni ganas, para esto…”

De nuevo su vista en el letrero de la casa:

“ *Posada El Muelle* ”

Una valla de un metro de altura enclavada en un murete de ladrillo ubicado a no más de veinte pasos de la fachada delimitaba la propiedad. Valentín empujó la puerta de forja que se hallaba entornada. A paso lento recorrió la distancia que le separaba del acceso principal sin apartar la vista experta de la construcción. Hortensias recién podadas a ambos extremos. Un par de árboles y columpios. Plantas en los balcones de los tres pisos que proyectan un aire acogedor.

“La vista desde las habitaciones tienen que ser espectacular…”

—¿Una habitación, señor?

La súbita aparición de la voz por su izquierda, rodeando el edificio, le sobresaltó. Una mujer que no le resultaba desconocida de unos treinta y cinco años, atractiva, portaba un cesto de mimbre del que sobresalían algunas perchas y una tela de colores.

—Disculpe, pensé que estaba abierto.

—En esta época del año apenas hay visitantes, pero si viene alguno lo atendemos.

Corneja miró en torno.

—De haberlo sabido antes me hubiese alojado aquí menudas vistas —exclamó sonriente.

—Sí, sí, no me canso nunca de ellas. ¿Ya está alojado...? —en la pregunta flotaba otra más que apuntaba a qué narices había ido entonces al hostal.

El detective asintió.

—Sí, en la *Posada Torre del Milano* en…

—En Ruiseñada, precioso lugar.

La mujer dejó el cesto sobre un banco de piedra y avanzó un par de pasos, en su rostro un mohín de curiosidad.

—¿No…? —otro paso más— ¿No nos hemos visto antes?

Durante varios segundos ambos se analizaron con descaro.

—Eso mismo me preguntaba yo…

Había llamado a tantas puertas, cruzado con tanta gente a la que les mostraba las fotografías de los desaparecidos que no era capaz de ubicar a la guapa joven en un lugar en concreto que…

De repente la mujer dio una sonora palmada y señaló al detective.

—¡Sí! ¡Ya sé! ¡En San Esteban!

Corneja apretó los labios y ladeó el rostro. Su mente hacía un rápido repaso a todos los pueblos que había visitado en los últimos días.

"¿San Esteban?"

No recordaba ninguno con ese nombre.

De pronto un ronco y estridente trueno, presagio de lo que está por acontecer. Gruesos goterones comienzan a caer sobre la pareja.

—La Ermita de San Esteban, en Monte Corona, vino usted el pasado fin de semana….

—Sí, sí, ya recuerdo, hablamos...

Otro trueno aún más estremecedor que el anterior.

—Entremos. ¿Le apetece un café?

—Se lo agradezco, con este tiempo apetece algo calentito.

Valentín entró en la fonda seguido de un hombre delgado, rubio y fibroso que le sonrió cediéndole el paso. Acababa de recordar a la mujer amable de la ermita. Se tomaría el café, aguardaría a que pasara la tormenta y se marcharía. No cabía la menor posibilidad de que un nuevo vistazo a las fotos les hiciera recordar. Aunque pensándolo

bien, el hombre no las había visto.

—Siéntese, por favor, ¿encontró a las personas que buscaba? —quiso saber la mujer de camino a la cocina—. Si quiere puede enseñarle las fotos a Víctor, que tiene buena memoria.

Corneja miró al hombre.

—¿Le importaría…?

—En absoluto.

Valentín llevó la mano al interior de la gabardina y sacó el pequeño paquete de instantáneas que fue distribuyendo sobre la mesa de centro.

El dedo índice del detective señaló una de las fotografías.

—A esta chica la encontraron en Monte Corona hace unos días, fue la primera.

—¿La primera? —Víctor se ajustó las gafas y centró su mirada en la imagen.

—Así, es. Salió de Burgos en compañía de su novio. De él no se sabe nada.

Anuca entró con una bandeja en la que portaba tres tazas, una cafetera, una pequeña jarra con leche, un azucarero y un platillo con pastas. Valentín hizo ademán de incorporarse ante la aparente apatía del hombre. No tenía claro que la mujer estuviera embarazada pero lo parecía, quizá sólo se tratara de que la sobraban unos kilos aunque no era el más indicado para...

—¿Reconoces a alguna, Víctor?

El hombre negó con la cabeza, contrariado.

—Dice que esta de aquí es la primera.

—¿La primera? ¿Cómo que la primera? —inquirió mientras dejaba la bandeja en la mesa.

Corneja desplazó su voluminoso cuerpo hacia el borde del mullido sofá, temía que si se sentaba más atrás no sería capaz de incorporarse cuando llegara el momento de abandonar la posada.

—Me acaba de comunicar la policía que han encontrado un segundo cuerpo.

—¿Otro? —Anuca abrió los ojos exageradamente aguardando a que su visitante añadiera algo más.

Valentín asintió.

—Otra mujer, también en Monte Corona. Ambas estaban embarazadas.

Víctor cogió las fotografiás.

—Con permiso…

Anuca no dejaba de negar.

—¿Con leche y azúcar?

—Sí, por favor.

—¿Se sabe algo más? —echó una cucharada de azúcar y un

pequeño chorro de leche—. Nunca había pasado algo así en Comillas, al menos no en los años que llevo aquí —apuntó mientras le ofrecía la taza a su visitante.

—Gracias. Creo que la Policía y la Guardia Civil andan despistadas. Lo primero que tienen que resolver es quién llevará los casos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la mujer.

El detective les habló durante los siguientes minutos de los problemas que podían darse de competencias entre ambos cuerpos. De cómo se resuelven. De su trabajo como detective privado.

—Qué pastas más ricas —dijo cogiendo otra.

Como respuesta Anuca le devolvió una sonrisa agradecida.

De fondo llegaron voces infantiles. Víctor dejó las fotografías sobre la mesa, soltó algo ininteligible y abandonó la estancia.

—No quiero molestarles más que seguro que tienen cosas que hacer. Parece que está dejando de llover —señaló puesto en pie con la mirada sobre el mar. Las nubes dejaban el hueco exacto para que finos rayos de sol salpicaran el oscilante mar.

—No se fie, aquí el tiempo cambia de minuto en minuto. Yo que usted aguardaría un poco si no quiere cogerse una buena calada. Después, Víctor le llevará a Torre del Milano.

Valentín se abrochaba los botones de la cazadora mientras caminaba rumbo a la salida.

—Se lo agradezco, tengo mi coche en el aparcamiento que hay frente al *Palacio de Sobrellano* .

—Como quiera, pero como le dé por llover llegará calado hasta los huesos.

Un trueno ronco, seco y eterno, ayudado de otros que lo secundaron con sus inseparables rayos y repentinos goterones convencieron a Valentín de la necesidad de permanecer en la *Posada El Muelle* un rato más.

Sólo un rato más.

Leyre Aja abre los ojos, todo permanece oscuro, tan oscuro como cuando agotada los cerró pese a su deseo de mantenerse alerta.

"¿Dónde…?"

"¿Estoy soñando...?"

Intenta incorporarse sin éxito alguno. Los músculos no responden a las órdenes que envía su cerebro. Siente el cuerpo entumecido, la cabeza cargada y la garganta seca, áspera. Apenas tiene fuerzas siquiera para pensar en qué lugar se encuentra.

Se obliga a respirar pausadamente, a intentar recordar. Estira el brazo para encender la pequeña lámpara sobre la mesilla. No localiza ni la lámpara, ni la mesilla. Rueda hacia el otro lado de lo que considera es una cama.

"¿Pared…?"

No, no tiene sentido, debería haber una mesilla a un lado y un armario al otro.

De repente, llega hasta sus oídos el ruido de algo que chirría. Un chasquido suave, lejano y continuado.

Pasos.

Siente un sudor frío, gélido. Una sensación que no le resulta nueva en absoluto, algo dentro de ella se pone en tensión como si reconociera las señales que le llegan a pesar de que su cabeza continúa embotada y sus músculos sin energía.

Susurros.

Alguien habla al otro lado de la habitación o del lugar en el que se encuentra. Se abre una puerta.

Leyre cierra los ojos dejando apenas una fina rendija. Ve una sombra bajo el dintel recortada por la tenue claridad que proviene del exterior. La sombra sostiene algo entre las manos, se agacha y lo deja sobre lo que parece ser una mesa.

Hasta sus oídos llegan voces quedas.

—Sigue dormida.

—Mejor.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse abre los ojos. Una sutil luminosidad se recorta en el marco de la puerta. Un olor que le recuerda a puré y algo más penetra en sus fosas nasales.

"No es un sueño…"

Poco a poco comienza a recordar.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba secuestrada, sin embargo, algo sucedió unas horas antes.

¿O días?

Imposible saberlo.

Lo que sí creía saber es que por algún motivo la habían trasladado

de sitio. No, no era el primero al que la llevaban, de eso estaba segura.

¿Sería el último?

Si quisieran matarla ya lo habrían hecho.

¿O no?

Lo peor de todo, si es que había algo bueno en lo que estaba viviendo durante los últimos meses, era no saber qué querían de ella, por qué la tenían encerrada y sobre todo por qué la habían trasladado a este lugar tan húmedo y oscuro. Llevó las manos a su prominente tripa y dejó escapar unas lágrimas. Con los ojos cerrados comenzó a visualizar el día que decidió ir a San Vicente de la Barquera…

"¿Cuánto tiempo hace...?"

Leyre repasaba su imagen ante el espejo antes de salir de casa rumbo a la parada de autobuses. Necesitaba unas horas para estar a solas consigo misma antes de tomar una decisión que sin duda marcaría un punto de inflexión en su vida. Aprovecharía el día libre en el supermercado para ir a San Vicente de la Barquera y comer allí. El propio trayecto de más de una hora y la belleza de su destino le aportarían el tiempo y ambiente perfectos para pensar.

Se hallaba sola en el apartamento, su compañera de piso, África, que también lo era del supermercado Lupa, estaba trabajando. Cuando regresara de San Vicente de la Barquera darían un paseo y le confesaría la decisión que hubiera tomado.

A sus treinta y dos años, Leyre pensaba que su deseo de ser madre no podría retrasarse mucho más. Sí, lo deseaba, pero no de esta manera, sin buscarlo, sin haberlo hablado. Se sentía bien con César pero no lo veía como padre de sus hijos. Le gustaba, no podía negarlo, sin embargo, para considerarlo el hombre indicado para compartir el resto de su vida...le faltaba algo.

—¡¿El resto de tu vida?! —África abrió los ojos como platos.

Leyre podía recordar ese momento de confidencias como si estuviera aconteciendo en ese instante en el que se abrochaba frente al espejo una chaqueta de lana fina.

Sonrió a la imagen de su amiga, tan diferente a ella pero a la vez tan cercana. África nada quería saber de hijos, a sus veintiocho años pensaba que aún le quedaba mucho camino por recorrer antes de detenerse en seco y dedicarse a parir.

—Porque así será, amiga soñadora, nada de salir ni de divertirse durante décadas.

—Eres una exagerada.

—Ya me lo dirás.

Aún no se había cumplido un mes desde que supo con certeza que

estaba embarazada. Un mes en el que se esforzó por actuar como cualquier otra, pero a ojos de su compañera de piso había fracasado.

—¿De verdad que no te pasa nada? ¿No será que te has peleado con César?, si te deja que se vaya bien lejos, que como él los hay a patadas y perdona que te lo diga… —sacude un mano en el aire, abre los ojos y ladea el rostro— no te merece, Leyre, tú vales mucho más.

—No hables así de él, o ¿quieres que hablemos de los que te llevas a la cama que…?

—Vale, vale, pero yo no me enamoro de ellos, sólo juego.

Abrió el bolso, con un experto vistazo localizó todo aquello que deseaba llevar. Salió a la calle y elevó la vista al despejado cielo. El día se mostraba de su parte, dispuesto a acompañarla en su breve escapada mental y física a San Vicente.

Dio un paseo hasta la estación de autobuses de Santander situada en la calle Navas de Tolosa junto a las estaciones de RENFE y FEVE. Sacó el billete y bajó a la dársena de la que partía *La Cantábrica.* Tomó asiento y dejó que su cabeza regresase al tema que ese día iba a acaparar todos sus pensamientos.

— Buenos días.

La voz de una mujer la sorprendió.

—No quise asustarte.

—No, no pasa nada, es que estaba con la cabeza en otra parte sólo...sólo pensaba.

La mujer sonrió.

—No te molesto entonces, te dejo con…

—No, no por favor, sólo pensaba… —afirmó llevando de modo inconsciente la mano a la tripa.

—A mí me pasa muy a menudo, a veces pierdo la noción del tiempo dando vueltas y vueltas a las cosas. Soy capaz de quedarme dormida de pie y con los ojos abiertos.

Leyre esbozó una sonrisa de circunstancias.

—¿Llevas mucho tiempo en la estación? Lo digo porque al sacar el billete me han dicho que estaba a punto de salir el autobús y no sé si lo he perdido ya, no sería la primera vez…

—No, no tranquila, aún no ha venido.

—Menos mal —la mujer tomó asiento dejando uno libre entre ambas— ¿A dónde vas?, si no es un atrevimiento por mi parte.

—A San Vicente de la Barquera —sin saber por qué le estaba cayendo bien esta chica— ¿Y tú?

—Yo voy a Comillas, ¿lo conoces?

—Sí, he estado varias veces, cuando voy aprovecho para hacer una visita a Santillana del Mar, o al revés, no sabría decirte.

La mujer sonrió.

—Vivo en Comillas, he venido a Santander temprano, necesitaba hacer unas gestiones. ¿Eres de aquí?

—Sí, aquí nací, aquí vivo y no parece que vaya a salir.

La mujer ladeó el rostro.

—Seguro que sí, ya verás. ¿De cuánto estás? —quiso saber señalando la tripa de Leyre.

—¿Se nota? —soltó extrañada.

—No, lo decía porque llevas tu mano a la tripa con mucho cariño como si la acunaras.

—Ah. Pues la verdad no lo sé exactamente, me hice la prueba hace unas semanas y dio positiva —frunció los labios y esbozó una mueca de complicada interpretación.

—Seguro que todo sale bien, no te preocupes. Soy una maleducada, no me he presentando, me llamo Anuca.

—Yo, Leyre —sí, definitivamente esta chica le caía bien.

15

A las once de la mañana del lunes, con permiso del juez Merino que ya había iniciado los trámites para que los casos de las dos víctimas de Monte Corona pasaran a manos de la Policía Nacional, el comisario Redondo y los inspectores Pinta y Olivares, accedían al Instituto de Medicina Legal.

La forense Claudia Cobo los aguardaba impaciente.

Desde primera hora de la mañana el comisario había intercambiado varias llamadas con dicho juez, que antes de dar su visto bueno mantenía conversaciones con el t eniente coronel Jacinto Sereno de la Guardia Civil.

Faltaban unos minutos para las diez y media cuando Redondo recibió la llamada que estaba esperando. Aún sin el traslado oficial de los autos desde el juzgado de San Vicente de la Barquera al de Santander, el juez otorga permiso a la Policía Nacional para que sin pérdida de tiempo destine sus mejores efectivos a la investigación. Intuir que podían estar ante un asesino en serie, contando con la más que presumible aparición del cadáver del burgalés, pareja de Graciela Martín, había animado a todos los implicados a dejar las formalidades en segundo plano.

—Perdonadme antes, pero es que el teniente Cortado llegó a las ocho de la mañana y estuvo muy, muy… —la forense frunció los labios, mientras se aproximaba a los tres policías buscando como concluir la frase.

—¿Insistente? ¿vehemente? ¿cansino? ¿burócrata?—propuso María Pinta.

Claudia Cobo se quedó observando a la inspectora, en su semblante se perfiló una media sonrisa.

—Yo no lo hubiera definido mejor, María, pero negaré haber estado de acuerdo. Seguidme, por favor, vamos a la sala de reuniones.

—¿De acuerdo? ¿De acuerdo con qué? No sé a qué te refieres —en esta ocasión la sonrisa saltó al rostro de Pinta.

El comisario y el inspector cruzaron sus miradas. Posiblemente, María había sido muy sutil con su definición, sin embargo, no podían negar que el teniente Cortado obtenía buenos resultados en sus investigaciones, justo lo contrario que en sus relaciones sociales.

—Me acaba de llamar el juez Merino —apuntó la forense accediendo a la sala rumbo a la mesa central— y le he dicho que se encargue de Cortado, que no tengo tiempo, ni ganas, de aguantar presiones.

Los tres policías permanecieron en silencio, atentos al ir y venir de Claudia. De un armario extrajo una carpeta y una caja, de su interior otra de reducido tamaño.

—Sentaos por favor. Lo de aguantar presiones no lo decía por vosotros.

María tomó asiento a la izquierda de la forense, que presidía la mesa, al tiempo que decía:

—Me habías asustado.

Cobo se recogió la media melena pelirroja en una coleta y sonrió a la inspectora.

—Desde que Diego me comentó lo que encontraste no he podido dejar de darle vueltas, me tienes en ascuas, Claudia.

Nadie habló mientras la forense levantaba la tapa de la caja más pequeña y extraía un colgante de cuero del que oscilaba una pequeña figura hecha en madera. Lo dejó sobre la mesa. Llevó de nuevo la mano al interior de la caja y se hizo con una talla de barro cocido de aspecto extraño, que no mediría más de cuatro centímetros. Abrió la carpeta, lentamente fue situando frente a los ojos de los policías varias fotografías y documentación que recogía la historia de las diosas.

—Os presento a Tueris o Taueret, como prefiráis llamarla —dijo elevando el colgante, con un dedo señala la figura que se balancea en el extremo—. Es una diosa egipcia de la fertilidad. En las fotos que he encontrado en internet la veréis mejor.

Olivares y Redondo se hicieron con las fotografías señaladas. María estira su brazo en dirección a la talla.

—¿Puedo…?

—Claro.

Pinta arruga el entrecejo mientras observa con mirada curiosa la figurita.

—¿Qué es? No parece una mujer.

—No lo parece, pero lo representa. Es una mujer que tiene la cabeza de un hipopótamo y como puedes ver está embarazada.

Diego cogió una de las hojas mecanografiadas que les había preparado la forense.

Leyó:

—Tiene las extremidades de un león y la cola de un cocodrilo —lleva la mirada a la fotografía y a continuación a la figura que María sostiene entre sus manos—. Posee esta forma para ahuyentar a los espíritus malignos y proteger a las mujeres y a sus descendientes… —quedó en silencio observando la figurita que su compañera le

entregaba.

Claudia se puso en pie.

—Necesito el cuarto café de la mañana, ¿os apetece?

—No, gracias… —balbuceó Olivares con la mirada entre el colgante y los papeles que hablaban de la diosa Tueris.

—Hacéis bien, si no estáis acostumbrados este café os puede dar el día —ya de nuevo sentada añadió—: Por lo que he estado leyendo el fin de semana hay un detalle que la hace diferente —dio un corto sorbo— ¡Qué malo es, y qué bien me sienta!

El comisario no había abierto la boca hasta el momento. Desde que comenzó a leer la documentación de la diosa Tueris o Taueret no había elevado la vista del texto.

Hasta ahora.

Sin dejar de atusarse el bigote lee en voz alta:

—...a esta diosa se encomendaban las embarazadas para que el parto transcurriera con normalidad y, además, ayudaba como si de una nodriza sobrenatural se tratara.

—Eso es, comisario —apuntó la forense— ahí quería llegar. Es como una protectora de todo el proceso, no sólo eso sino que da de mamar al recién nacido, quizá esta característica os ayude a trazar el perfil psicológico —al ver el semblante de los inspectores de entender poco o nada añadió—: os llevo ventaja porque conozco también a la otra diosa —señaló la pequeña talla sobre la mesa.

Los cuatro pares de ojos se posaron sobre la tosca figura cuyo original aparentaba haber sido modelado por niños en una clase de manualidades. Una bola como cabeza, otra a modo de cuerpo con prominente tripa y el ombligo marcado. Dos, en los pechos, grandes en proporción del cuerpo. Una suerte de pirámide invertida hace de tronco inferior, una hendidura central de arriba abajo delimita las piernas. En los extremos del cuerpo, dos cilindros que representan los brazos.

—¿Y es…? —María señala la talla.

—Es la Venus Paleolítica de Willendorf —apuntó solemne Claudia— está datada entre los años 27.500 y 25.000 antes de Cristo.

Se escuchó un suave silbido proveniente del inspector.

—Tiene un nombre curioso, ¿es por Austria?

—Así es, Diego. La encontraron a orillas del Danubio, cerca de la localidad de Willendorf en 1908 —la forense entrega la figura al comisario—. Ambas diosas se pueden encontrar en cualquier chino o bazar, esta de Willendorf se hizo con barro cocido, la original la esculpieron en piedra caliza paleolítica.

Tras observar la figura, Fausto Redondo se la entregó al inspector.

—¿Huellas, Cobo? ¿Algo que nos pueda ayudar? —quiso saber el comisario.

Claudia se retrepó en su asiento, llevó la vista a su documentación y negó levemente con la cabeza.

—Ni una huella. Conforme a los laboratorios de Madrid no se ha encontrado nada relevante en cuanto a ADN en los cadáveres, ni trazas de ningún tipo a pesar de existir evidentes signos de manipulación manual.

—El SECRIM de la Guardia Civil tampoco ha hallado nada significativo —apuntó el comisario con el recuerdo de la reciente conversación mantenida con el teniente coronel Jacinto Sereno.

—Llevaría guantes —señaló Olivares sin apartar la vista de la figurilla.

Claudia Cobo asintió.

—Es posible, aunque si fuesen de látex sin duda se abrían roto o rasgado y hubiesen encontrado algún indicio. Tendrían que ser guantes de trabajo —llevó la mirada a Redondo—. Comisario, en relación a si he encontrado algo que pueda ayudar, a nivel forense nada concreto de momento, como decía, ni una huella, lo cual no deja de ser extraño en unos cuerpos que no parecen haber sido limpiados… —calló unos instantes.

—¿Qué le preocupa?

—Todo y nada —apuró el ultimo sorbo de café—. Antes comenté que la diosa del colgante, Tueris o Tauruet, podía aportar algunos datos en relación al significado que los estudiosos le otorgan. En relación a la diosa Willendorf, quizá por ser tan antigua, los especialistas repudian hasta el hecho de que se la denomine Venus porque no parece que represente ningún canon de belleza.

—Quizá en esa época la vieran de otra manera —intervino María Pinta que analizaba a la diosa.

—Efectivamente, esa es otra de las posturas. En lo que parecen coincidir la mayoría de los especialistas, si damos por hecho que el asesino no tiene conocimientos relacionados con las diosas de la fertilidad más allá de su uso como mera herramienta de comunicación con la policía, es que esta diosa de Willendorf encarna a la Madre Tierra, podría ser un símbolo de seguridad, de éxito y de bienestar representado en una mujer.

Diego dejó la documentación sobre la mesa.

—¿Crees que la motivación del asesino puede estar relacionada con algún personaje femenino como su madre, por ejemplo?

Antes de contestar la forense extrajo varias hojas de la carpeta, tras un rápido repaso añadió:

—O asesina, Diego.

—Pero… —María Pinta se incorporó—, perdonad, me cuesta ver a una mujer haciendo este tipo de salvajadas, no quiero decir que seamos unas santas. ¡Las han abierto en canal, por Dios! —llevó las

manos a las caderas.

Como respuesta sólo recibió miradas comprensivas de su compañero y del comisario. En el rostro de Claudia una tenue sonrisa.

—Lo que voy a decir puede ayudarte a comprender, María. Lo he dejado para el final porque creo que sería más fácil ofrecer una visión de conjunto. Antes he dicho que no hemos obtenido ADN, ni ningún tipo de huellas.

—Así es, ¿dónde quieres llegar?

—Ambas mujeres fueron envenenadas.

La inspectora regresó veloz a ocupar su asiento junto a la forense.

—¿Envenenadas? —más que una pregunta se trataba de exponer una duda en forma de pensamiento en voz alta. Su inicial rechazo a que se tratara de una asesina abría la puerta a considerar la posibilidad de que una mujer se hallara detrás de estos horribles crímenes. Aunque sólo fuera por meras cuestiones de estadística; el veneno es el arma o herramienta más utilizado por las mujeres a la hora de cometer asesinatos.

—Graciela Martín fue envenenada… —llevó la mirada a sus apuntes— y… perdonad, es que estoy con cinco casos a la vez y los nombres se me cruzan… Sí, las conclusiones sobre Irene Morella tardarán unos días más, pero puedo adelantaros que todo apunta a que también lo fue. Su cuerpo fue congelado lo que complica aún más establecer una fecha concreta que indique cuándo falleció.

—¿Congelado? Por algún motivo lo trasladarían de lugar a Monte Corona, quizá esperaban encontrar el momento idóneo para el cambio

—Sí, Diego, ese cambio que señalas se produjo al menos un año antes, el cuerpo que se ha encontrado no estaba congelado, lo estuvo.

—¿Y qué pasa con los fetos? —el inspector miraba a la forense—, el veneno también los mataría, ¿para qué extraerlos del cuerpo?, ¿qué quiere de ellos?.

Claudia Cobo señaló los informes que les había entregado. Tras una rápido reajuste de la coleta se dispuso a contestar al inspector, consciente de que lo que dijese podría no coincidir con lo que sucedió realmente.

—Es complicado saber qué narices pasa por la mente de este tipo de personas, como bien sabes, Diego. Las muestras de veneno en los restos son diferentes en cuanto a cantidades, tampoco es de extrañar… —calló unos instantes con la mirada en su informe.

—¿Estás bien, Claudia? —quiso saber María con su mano sobre el antebrazo de la forense.

—¿Eh? Sí, sí. Creo que no he hecho una peor exposición de los resultados de una autopsia en mi vida. No he seguido lo que dicta la lógica para…

—La culpa es mía por mi empeño en saber lo de las diosas —dijo

María.

El móvil del comisario comenzó a sonar.

—Discúlpenme —pidió con la palma de la mano en alto mientras se incorporaba, antes de abandonar la estancia se giró— continúen sin mí.

—¿Qué os parece si recapitulamos? —propuso Diego.

Las dos mujeres asintieron.

—Tenemos dos cuerpos encontrados a unos cuatro kilómetros de distancia uno del otro en circunstancias similares. El primero es Graciela Martín, no se sabe nada de ella desde septiembre, se encuentra su cadáver hace dos semanas con evidentes signos de haber estado embarazada, ¿no es así, Claudia?

La forense asintió.

—Sí, más que signos, Diego. La mataron no más de quince días antes de ser encontrada —llevó la vista a sus informes— a falta de un estudio más detallado por mi parte, diría que el feto no alcanzaba los nueve meses de gestación.

—¿Por culpa del veneno? —intervino la inspectora— ¿de qué veneno se trata?

—No necesariamente el veneno ha sido el responsable del adelanto del parto. Este caso, por ser más reciente, es más claro que el siguiente. Veréis, no son venenos al uso, no estamos ante el típico cianuro, que busca, normalmente, la muerte lenta a lo largo del tiempo. Se han encontrado restos de mandrágora y estramonio en sus cuerpos.

—¿Mandrágora? ¿No era una típica planta de brujas porque su raíz puede tener forma humana?

—Así es, María. Esa forma humana es la que ha hecho que esté rodeadas de mitos. La Mandrágora es conocida como la manzana de Satán que cura y también mata. Fue utilizada como afrodisíaco, se le atribuyeron propiedades curativas, incluso se utilizaba como potente fertilizante.

Diego negaba con la cabeza.

—¿Como encaja todo esto en el caso?

—Sólo puedo especular. Todo depende del uso, de la intención con la que se dio a estas mujeres. Ambas plantas son letales con una dosis alta, pero también puede calmar dolores de articulaciones, de cabeza, fracturas de hueso. Lo que más os va a importar es que la mandrágora está vinculada a propiedades analgésico-sedantes y a la ginecología.

—¿Cabría la posibilidad de que el objetivo no fuese envenenarlas, quiero decir, asesinarlas?

La forense frunció levemente los labios antes de contestar.

—Verás, María, este tipo de plantas son potentes alucinógenos y sobre todo en el caso de la Mandrágora su uso es tremendamente

arriesgado. Es muy, muy complicado acertar con la dosis exacta, por tanto, existe un riesgo mucho más alto de intoxicación que de cura —cogió una hoja—. Escuchad esto: en la época medieval el fruto de esta planta se utilizaba con fines sexuales, se creía que su consumo influiría en la fertilidad de la mujer y concebiría antes.

Diego se puso en pie.

—Son demasiadas cosas, demasiadas intenciones distintas que pueden llevar al asesino a utilizar estas plantas. ¿Con Irene Morella qué tenemos? Imagino que más de lo mismo.

La forense ladeó el rostro.

—Ojalá, los restos indican que llevaba más de dos años muerta. Lo que sí es común a ambas es la obsesión de su asesino por la fertilidad de la mujer.

María se encaminó hacia la cafetera.

—Me arriesgaré, Claudia, a pesar de tu advertencia —dijo de camino al mueble archivador que recorría la pared—, ¿te pongo uno?

—Sí, por favor.

Mientras trasteaba con la taza, el café y la cafetera, la inspectora pasó a exponer lo que daba vueltas en su cabeza.

—No recuerdo que la familia de Graciela Martín dijera que estaba embarazada. No es un dato que se pueda olvidar así como así —mientras servía una cucharadita de azúcar llevó la vista a la forense— dijiste que el feto no llegó a los nueve meses, ¿no?

—Sí.

—Entonces, o la familia no sabía que estaba embarazada, por el motivo que fuese Graciela se lo calló, o ni ella misma lo sabía cuando salió con su novio de Burgos dispuestos a disfrutar de unas largas vacaciones.

—¿Qué ronda por esa cabecita, compañera?

María tomó de nuevo asiento.

—Rondar, rondar no ronda nada en concreto, lo que me pedía el cuerpo era abstraerme un poco de las diosas y de los usos de las plantas y centrarme en las víctimas y en sus desapariciones. Lo que es innegable es que las dos mujeres guardaron silencio o no sabían nada de su embarazo.

—Recuerda que Irene Morella se fue de casa con diecinueve años, hace ya tres y como acaba de decir Claudia lleva dos años muerta. Posiblemente no estuviera embarazada cuando se marchó. Tiene que haber un mismo asesino detrás de todo esto… —llevó la mano al bolsillo del pantalón al sentir la vibración del teléfono.

—O asesina ... — murmuró la forense.

—Sí, jefe, ¿cómo? —el inspector escuchaba en silencio ante la atenta mirada de las dos mujeres— Sí, sí, le mantendré informado.

Diego introdujo el móvil de nuevo en el bolsillo y cogió su

chaqueta.

—Han localizado otro cuerpo en Monte Corona cerca del lugar en el que se halló a Irene Morella, en algo parecido a un zulo. Creen que se trata de la pareja de Graciela Martín.

Ante el gesto de estupefacción de su compañera añadió:

—Una empresa que está reforestando el bosque lo ha encontrado de forma fortuita —señaló camino de la puerta— Claudia, no hemos terminado con las diosas y las plantas. Gracias por tu información, te llamamos con lo que encontremos.

La forense se quedó mirando la espalda de los inspectores mientras abandonaban la sala de reuniones.

“Si se trata del novio, sin duda llevará muerto más tiempo que su chica”

—Así que raíces con forma humana —sonrió Diego—, ¿diste un curso que me perdí o algo así?

—Se trata de algo menos académico, lo vi en *Harry Potter* , si no recuerdo mal fue en “ *La cámara secreta* ”. ¿No viste “ *El laberinto del Faun* o”?

—Juraría que sí, pero ahora no sabría decirte de qué va.

—¿No recuerdas que el Fauno le da una raíz de Mandrágora a la protagonista para que cuide a su madre?

Diego negó con la cabeza.

—No, la verdad.

Salieron del Instituto de Medicina Legal con el inspector al volante del BMW x6. Nada más entrar en el vehículo, al tiempo que arranca, vuelve el rostro hacia María.

—Suelo olvidar las películas y los libros al poco tiempo. Me acuerdo de una idea general, aunque no siempre, pero poco o nada de escenas concretas.

—Mira el lado bueno, siempre podrás dar vueltas y vueltas a tu biblioteca y no podrás decir aquello de esa *peli* ya le he visto.

Como respuesta, Diego dedicó una sonrisa a su compañera que acto seguido tomó la palabra:

—Me llama mucho la atención lo de las diosas. No por el hecho de serlo sino por la puesta en escena de los asesinatos... —llevó la vista a un sin techo, que con la sonrisa desdentada agradecía una bolsa que una mujer le entregaba.

—Cierto, no se trata de un asesinato sin más, no. Quien esté detrás está jugando con nosotros, quizá no directamente como policías sino con la sociedad en su conjunto, como si la hiciese responsable de lo que le haya sucedido en el pasado —giró a la izquierda y añadió en

tono quedo—: ¿Cuántos fetos necesitará para considerar pagada la deuda?

—Quizá ya haya terminado, Diego. A no ser que su delirio evolucione y lo que le servía como motivación hasta ahora mute en otra dirección.

Abandonaron la Avenida Pedro San Martín, donde está ubicado el Instituto de Medicina Legal, en dirección a la autopista S-20, y a continuación enlazar con la A-67.

María Pinta miraba al frente sin ver. Su cabeza estaba empeñaba en no soltar la Mandrágora, ni a “ *Harry Potter y La Cámara Secreta* ”, ni al “ *Laberinto del Fauno* ” y, por supuesto, tampoco a la exposición que les acababa de ofrecer Claudia Cobo.

Tomaron la salida E-70/A-8 en dirección Cabezón de la Sal/Oviedo. Diego guardaba silencio, el reconocido semblante del perfil de su compañera le indicaba que estaba inmersa en algún asunto, sin duda relacionado con el caso que se traían entre manos.

Cuando abandonaron la A-8 para incorporarse a la comarcal CA-848, Pinta miró a su compañero.

—En las películas a las que me refería, la Mandrágora está relacionada con la magia y con propiedades terapéuticas. Es posible que la intención del asesino no fuera matarlas con veneno sino vigilar el embarazo, o concebir antes…

De nuevo llevó la vista al frente.

El inspector tras largos minutos de silencio y viéndose muy cerca de su destino junto a la Ermita de San Antonio, en Caviedes, dentro de Monte Corona, añadió:

—En el fondo poco importa, ¿no crees? Quiero decir que el objetivo era el feto, mantener a la mujer viva como si de un horno se tratase, inconsciente, para que molestara lo menos posible y…

—Concebir… —susurró la inspectora— concebir antes...

De pronto, María se sentó de lado. Sus ojos más abiertos de lo habitual.

—Irene Morella se fue de su casa sin estar embarazada. Se trataba de una adolescente sin rumbo fijo, necesitada de un techo, de alguien que la comprendiera, de una ocupación, algo de lo que vivir…

Cruzaron junto a la Ermita de San Antonio, agazapada entre árboles, como si quiera ser visitada sólo por aquellos que la buscaban, nada de turistas despistados. De apariencia frágil la ermita se divide en tres alturas y cinco tejados. La primera, con un techo que cubre un porche de acceso al santuario. La segunda, el núcleo central, flanqueado en los extremos, por dos tejados a tres aguas. La tercera altura se asoma sobre dicho núcleo de forma tímida, pero vigilante.

María acarició con la mirada la ermita al paso del BMW.

—Es preciosa, a la vez que extraña, ¿no crees?

Olivares soltó un sonido de complicada interpretación. Su cabeza repasaba las palabras de su compañera.

“Concebir antes...”

—¿Crees que su embarazo y su muerte están relacionados?

—Es una posibilidad.

Frente a ellos comenzaron a aparecer vehículos de la Guardia Civil y agentes controlando el perímetro, en torno al cuerpo encontrado, y el escaso tráfico de la zona.

—Si contemplamos tu idea estamos ante un asesino que viola a su víctima con el objetivo de dejarla embarazada y la esconde durante el embarazo. Suena un poco rebuscado, ¿no crees? No se trata de matar a la madre con cualquier excusa sino que ya lo tiene decidido desde el momento de conocerla. Sólo quiere el feto —Olivares niega con la cabeza mientras detiene el coche obedeciendo las indicaciones de un Guardia Civil— ¿Un hombre con el enfermizo deseo de ser padre y cuidar a su hijo? ¿Cómo iba a justificar en su entorno la paternidad? —antes de abrir la puerta y salir del coche añadió—: Si es como dices, falta algo. Demasiada obsesión por ser padre.

María observó a su compañero mientras se disponía a salir del vehículo. No negaba que lo que acababa de escuchar tenía mucho sentido. Expuesto de esa manera sonaba descabellado, absurdo y *anti natura* , y ¿no lo era ya matar a una mujer y extraer su feto?

Salió del coche sin poner fin a su parloteo interno. Caminó junto a Diego en silencio los escasos metros que les separaban del cordón policial. Le oyó hablar con el agente y decirle que el comisario les había avisado porque el cuerpo que habían encontrado podría estar relacionado con un caso que investigaban.

Miró en torno.

“Aquí se puede esconder un cadáver en cualquier sitio”

María estaba en otro lugar, su cabeza se esforzaba en dar una explicación a lo expuesto por su compañero. No era esa la idea que quiso transmitirle cuando le comentó sus cavilaciones. Comprendía las conclusiones de Diego y estaba de acuerdo en que faltaba algo, precisamente ese algo es lo que ella sospechaba.

“Antes de compartirlo tengo que aportar datos demostrables o creíbles para que al menos suene coherente”.

—...de acuerdo, pase, inspector. El teniente Cortado está junto al zulo…

—Gracias, agente.

Pinta tras su compañero, en su rostro un suave atisbo de sonrisa, *ese algo* comenzaba, en su parloteo interno, a vislumbrar una explicación a las muertes de las dos mujeres. Una explicación más coherente que

la que Diego había percibido. No obstante, ese suave atisbo de sonrisa dedicado a su intuición no duró mucho, justo lo que tardó en extrapolar el significado de sus sospechas al trabajo diario. Si estaba en lo cierto se enfrentaban a un caso de una crueldad extrema.

Sacudió la cabeza.

Se reafirmó en la necesidad de aportar algo más que intuiciones o sospechas, demasiadas había ya desde antes de comenzar la investigación como para poner sobre la mesa lo que consideraba que estaba detrás de las muertes de Graciela e Irene.

16

“ Localizado el cuerpo sin vida de Armando Venta, pareja de Graciela Martín, la primera víctima del llamado “Destripador de Monte Corona”. Han transcurrido dos días desde que la Guardia Civil puso en conocimiento del juez Merino el hallazgo de un cuerpo en una suerte de zulo próximo a la Ermita de San Antonio en Monte Corona. Dos días en los que sólo hemos podido especular sobre su identidad. En caso de que fuera un varón todo apuntaba a la pareja de la burgalesa Graciela Martín. De ser una mujer, y ante el silencio mostrado por las autoridades, sería fácil imaginar el estado en el que fue encontrada, si el “Destripador de Monte Corona” hubiese puesto sus manos sobre ella. Dos días en los que el caso ha pasado a manos de la Policía Nacional por su innegable relación con el asesinato de las dos mujeres encontradas en el mismo monte.

Podemos confirmar que el cuerpo hallado, gracias a una empresa que trabaja en la zona realizando labores de deforestación, es el de un varón, como avanzamos en titulares, dado por desaparecido junto a su pareja el pasado mes de septiembre. Este periodista ha podido constatar que nunca fue considerado sospechoso del asesinato de su pareja, sino que se intuía que ambos habían corrido la misma suerte. Lamentablemente, el paso del tiempo ha dado la razón a los investigadores.

Fuentes próximas a la investigación confirman que el cuerpo de Armando Venta sufrió mutilaciones y un severo castigo antes de ser asesinado…

…como todos ustedes saben estamos ante el tercer cadáver hallado en el último mes. No considero en absoluto descabellado afirmar que existe una relación evidente entre ellos, lo que nos lleva a señalar al “Destripador de Monte Corona” como un asesino en serie, sádico y cruel. La pregunta que subyace en cualquier mente de bien es, ¿hay más cadáveres que aún no han sido hallados? ¿Sigue operando el….

¿Corresponde, como se dice, ese zulo a viejos almacenes usados por guardabosques o como despensas relacionadas con las minas de Monte Corona.?”

—¿Cómo ha podido enterarse Torquemada del estado en el que se encontraba el cuerpo de Armando Venta? — María cerraba el ejemplar de *El Diario Montañés*—, y tan rápido .

—Prefiero no pensar en ello —apuntó Diego.

—No tiene por qué haber salido de aquí, ni de la Guardia Civil, recuerda que había varios trabajadores de la empresa que lo encontró en la zona, más los que hallaron el cadáver.

—Sí, es posible, ¿crees que alguno de ellos iría con el cuento a la prensa de un día para otro?

Pinta quedó en silencio unos instantes.

—Prefiero no pensar en ello.

—¿Ves? Estamos de acuerdo, compañera.

Los inspectores se hallaban en la mesa central de una de las salas de reuniones de la Jefatura esperando al comisario que había avisado de su inminente llegada. Esperando y trabajando en el caso del *Destripador de Monte Corona* . Sobre la mesa no menos de treinta fotografías obtenidas por los compañeros de Científica, a un lado carpetas con documentación. Varias reproducciones adquiridas en un chino de la ciudad, como bien apuntó la forense Cobo, de las diosas Tueris o Taueret y de la venus paleolítica Willendorf. Una pantalla sobre la pared del fondo en la que se reproducía el primer fotograma de una grabación que recogía la entrada del zulo en el que fue hallado Armando Venta, y del interior con y sin cadáver.

—No me gusta nada que le hayan puesto ya un nombre al cabronazo este, y menos que lo llamen *Destripador de Monte Corona,* seguro que se siente importante el muy…

—Tranquila, es cosa de la prensa para vender periódicos.

—Ya…

Las fotografías estaban clasificadas en tres grupos. Uno por fallecido.

A la izquierda, Graciela Martín. Distintas tomas del cuerpo y del entorno próximo a su localización. Otras algo más alejadas en las que aparecían los senderistas que la encontraron y curiosos.

—Este es tu amigo el detective —la inspectora señaló a Valentín Corneja que a su vez estaba sacando fotografías del escenario.

Olivares chascó los labios y esbozó una media sonrisa.

—Tanto como amigo no diría yo.

—¿Al final pudiste hablar con él?

Diego negó con la cabeza.

—No, lo he vuelto a intentar pero tiene el teléfono apagado, ya verá las llamadas perdidas cuando lo encienda.

En los últimos dos días, el inspector Olivares se había puesto en comunicación con el detective no menos de tres veces. Más exacto sería decir que lo había intentado no menos de tres veces. Las dos primeras aguardó hasta que saltó el contestador. En el segundo intento dejó un mensaje en el que aseguraba poseer información relevante sobre el caso de la pareja de Graciela Martín.

En el centro se agrupaban las fotografías que recogían el lugar en que fue hallada Irene Morella, distintas tomas del cadáver y de los alrededores.

A la derecha, instantáneas del exterior del zulo y del interior con el cuerpo exánime de Armando Venta.

Sobre la mesa tres grupos de fotografías, unidas por la acción de una mano psicópata cuya motivación no terminaba de ser descifrada. Comprenderla sería mucho más complejo.

—¿Te parece que vayamos organizando todo esto?

—Va siendo hora —el inspector rodeó la mesa hasta situarse frente a la pared izquierda de la que colgaban tres grandes pizarras magnéticas— veamos qué tenemos.

Había llegado el momento de ordenar la información que poseían, ya contrastada, junto con la que de momento se hallaba en modo intuición, y de señalar la posible línea o lineas de investigación.

Urgía crear un perfil del asesino que les facilitase en alguna medida los pasos a dar. El motivo de dicha urgencia era claro y sencillo, pero complicado; adelantarse a la siguiente acción antes de que fuera demasiado tarde. Ambos sabían que en este caso, anticiparse al asesino no iba a ser tarea fácil. No es que lo fuera en otros, pero descubrir que puede secuestrar mujeres embarazadas, o no, para vivir su gestación con el objetivo de arrebatarlas el feto, complicaba hasta límites de lo imposible tener éxito en ese adelantamiento que tanto deseaban. ¿Debían vigilar a todas las mujeres embarazadas de Cantabria? sin olvidar a aquellas desaparecidas en edad de procrear.

Las condiciones en las que han sido encontrados los tres cuerpos coinciden con la manera de actuar de la gran mayoría de asesinos en serie; actos definidos por una violencia inusitada y ninguna consideración por el sufrimiento ajeno. La empatía es desconocida para ellos. Otro aspecto en común a dicha mayoría de psicópatas-asesinos es su nula intención de poner fin a sus actos.

Los inspectores Pinta y Olivares se encuentran inmersos en una carrera de obstáculos en forma de cadáveres. Todo pasa por adelantarse a su enemigo.

Cierto que existen algunos, pocos, muy pocos, que finalizan su carrera como asesinos seriales sin motivo aparente. Quizá su motivación responda a una venganza que al cumplirla pone fin a sus actos; son los menos. El resto, al no haber sido nunca identificados pueden estar entre rejas por otros motivos, o fallecido o mudado a otro país en el que continuar buscando víctimas sobre las que dejar patente su regodeo en el dolor ajeno.

O simplemente en la nevera, en estado de enfriamiento dejando trascurrir el tiempo, un mes, un año, cinco años, incluso más. Un tiempo en el que puede haber formado una familia y vivir en sociedad

como cualquier otro ciudadano hasta que un día, un nuevo desencadenante, le empuja a volver a actuar.

Puede ser el amable vecino de la puerta de al lado.

Quizá Paco, el frutero.

O Tomasita, la del estanco.

O...

Durante la siguiente hora Pinta y Olivares distribuyeron sobre la pizarra, ayudados de pequeños imanes de colores, fotografías de los distintos escenarios de los crímenes, imágenes de las diosas y fichas con sus propios comentarios.

María llevaba unos largos segundos con las manos sobre las caderas observado la pizarra y todo lo que en ella había.

—¿Qué piensas?

—Nada que tú no sepas. Verás, Armando Venta nos dice que su asesino es un maldito psicópata —lo soltó separando las sílabas, conteniendo lo que le generaba saber que este individuo andase suelto.

—No es el primero al que nos enfrentamos y seguro que no será el último. Sigamos.

—Lo sé, pero me aterra ver lo que es capaz de hacer con las mujeres...

María suspiró profundamente antes de añadir con la vista de nuevo en la pizarra:

—...lo hemos llamado escenarios del crimen, pero sabemos que no fueron asesinadas allí. Existe en algún otro lugar un escenario real.

—Cierto, el único que fue asesinado en el mismo lugar en el que fue encontrado su cuerpo es Armando Venta.

Pinta coge un rotulador, con gesto concentrado le quita la tapa y lo sostiene apuntando a la pizarra, como si la amenazase.

—Corrígeme si me equivoco, Diego —dijo mientras se desplazaba a la izquierda del tablero— Graciela Martín estaba embarazada cuando desapareció...

—Toma… —de las fotografías del grupo de Graciela, el inspector coge la más utilizada por la prensa y se la ofrece a su compañera.

Tras hacerse con la foto y situarla en la pizarra junto al nombre de la víctima, María escribe debajo; *embarazada* . En en otra línea inferior añade; *envenenada con Mandrágora. Feto sustraído.*

Se desplazó un paso a la derecha,

—Armando Venta, pareja de Graciela.

Olivares le entrega la foto correspondiente.

—Gracias… —murmura con la vista en la pizarra. Debajo del nombre añade; *asesinado, genitales mutilados* . Entre ambos una flecha

de doble punta, sobre ella; *pareja* .

Otro paso más, bajo la atenta mirada de Olivares.

—Irene Morella…

Tras situar en la pizarra la fotografía, debajo del nombre añade: *No embarazada de inicio, feto sustraído. ¿Envenenada? Cuerpo congelado* .

Al terminar de escribir dio dos pasos hacia atrás hasta situarse junto a su compañero, apoyados ambos en la mesa.

—En cuanto a sospechosos podemos eliminar a Armando Venta y acallar a aquellos que apuntaban que la muerte de Graciela era otro caso más de violencia machista —concluyó la inspectora.

—Coincido contigo, nada apuntaba en esa dirección, pero a veces existe una extraña manía de empeñarse en que los acontecimientos vayan por donde a alguien le interesa.

La puerta de la sala se abrió de improviso.

—Discúlpenme. Entre el teniente coronel Sereno, el comisario principal y Claudia no he podido venir antes —el comisario Redondo dejó unos papeles sobre la mesa y llevó la mirada a la pizarra al tiempo que se atusaba el bigote—creo que podemos añadir más datos a ese tablero —apuntó mientras asentía.

Diego y María cruzaron sus miradas. Siempre era bienvenida información que diera luz a la investigación en curso.

—¿De Claudia?

Redondo se dispuso a tomar asiento.

—No sólo de ella —balanceó el mostacho, ajustó su corpachón en la silla y añadió—: No está completo, ha recibido otro informe de nuestros compañeros del Laboratorio de Criminalística de Madrid, vale para ir avanzando.

Los inspectores le imitaron a ambos lados de la amplia mesa.

—Como les comentaba, he estado casi dos horas al teléfono —se llevó la mano a la oreja—. La primera llamada de mi jefe, el comisario principal, al que le van presionando desde las altas esferas —esbozó una sonrisa comprensiva a su superior.

—Diego y yo somos el último eslabón.

El rostro de Fausto Redondo se contrajo levemente al tiempo que negaba con la cabeza y abría una de las carpetas con las que había accedido a la sala.

—Esta conversación ya la he mantenido en el pasado con su compañero, ¿no es así Olivares?

Diego asintió, consciente de que al comisario no le había gustado la inocente frase de María.

—Verá, Pinta, si algún día, Dios no lo quiera, soy comisario principal y la presiono para que finalice cuanto antes una investigación podrá echarme en cara esta conversación.

La inspectora arrugó levemente el entrecejo mirando a su

compañero primero y luego al comisario.

—¿A qué se refiere?

—Confío en no volver a escuchar que el personal que está bajo mi mando es el último eslabón de la cadena. Hágame un favor y dé la vuelta a esos eslabones —fijó la mirada en su subordinada—. Los que están en primera línea de investigación son ustedes dos, por tanto, es el primer eslabón, que, sin duda, es el más importante, en el que se resuelven los casos, en el que se juegan la vida, los demás eslabones son politiqueo. No quiero volver a escuchar un comentario como este ni en broma, ¿estamos, inspectora?

María se quedó sin palabras con el rapapolvo de su superior, no era el primero, pero sí el que más le había llevado a sentirse parte del grupo. No se trataba de una bronca de culpabilidad, de desunión, todo lo contrario.

Apenas pudo vocalizar:

—Estamos, jefe.

Fausto balanceó repetidamente el mostacho de un lado a otro, de la carpeta se hizo con un informe de la Guardia Civil.

—Antes le decía, inspectora, que no sólo la forense me había informado de los avances del hallazgo del cuerpo de… —bajó la vista a la documentación—…Armando Venta sino el teniente coronel Jacinto Sereno a través del teniente Cortado.

—Vaya…

—Parece ser que en este caso las presiones del teniente coronel van surtiendo efecto —esbozó una sonrisa de circunstancias— confío que en adelante sean ustedes los que me informen a mí y no al revés.

Durante unos instantes solo se escuchó en la sala el suave crujir del movimiento de hojas.

—Como saben —continuó—: el cuerpo lo hallaron trabajadores de una empresa que está realizando labores de deforestación. Aseguran que no han encontrado en los veinte años que llevan trabajando en Monte Corona un lugar como ese, un zulo —entregó sendas hojas a los inspectores— lo acaba de enviar la forense Cobo.

María y Diego se hicieron con su correspondiente copia.

—Antes de que pasen al motivo del fallecimiento quiero adelantarles un dato.

—Usted dirá, jefe.

—Verán, el fallecido, como también saben, sufrió mutilación genital, no sólo recibió un disparo en sus partes sino que su pene se hallaba casi cercenado e introducido en un preservativo.

María entrecerró los ojos, sus labios se contrajeron.

—¿Post mortem?

—El disparo no, la mutilación, sí. Lean a partir de la segunda hoja.

Diego fue al punto indicado del informe y leyó entre dientes:

—… el miembro de la víctima mutilado con una hoja de filo tosco, como una navaja común, y cubierto con un preservativo usado.

—¿Cómo que usado? —María no daba crédito.

Diego continuó con la lectura:

—… el ADN del semen encontrado indica que el donante es la propia víctima.

Un interminable minuto de silencio camufla ruidos y murmullos.

Un silencio denso, nervioso, durante el cual los tres policías leen el informe de la forense y de los compañeros de Científica.

Un silencio que quizá pretendía retrasar unos segundos exponer en voz alta el estupor que les estaba generando los nuevos datos.

Un silencio ensordecedor.

De los labios de la inspectora partieron las primeras palabras impulsadas por las dudas, las señales de su intuición, que le acompañaban los últimos días y que se obligó a no compartir hasta contar con algo parecido a una prueba.

Y ahora contaba con ella.

"¿De verdad cuento con ella?"

—Son dos asesinos… —dejó caer sobre la mesa de forma sutil, como si en lugar de haber propuesto una teoría de la que tirar hubiese dicho; sin azúcar, gracias.

El comisario y el inspector se la quedaron mirando. Olivares asentía repetidamente sin retirar los ojos de los de su compañera.

—Por eso cuando yo decía; *asesino* , Claudia añadía; *o asesina* . ¿Era eso lo que te ha tenido preocupada últimamente?

María frunció los labios y asintió.

—Sí, pero no quería decirlo sin más, necesitaba algo consistente en lo que apoyarme y creo que lo tenemos delante.

Fausto llevó una mano a la punta de su mostacho.

—Interesante teoría, inspectora. Si siguen leyendo verán que la víctima murió envenenada por mandrágora y estramonio. Si no le hubiera matado el veneno lo hubiese hecho la pérdida de sangre por el disparo.

—...en la Edad Media la mandrágora estaba considerada como la viagra actual —añadió Olivares. Levantó la vista del informe—. Jefe, ¿ante quién coño estamos? Esto no es sólo un maldito loco —miró a Pinta— o dos malditos locos.

El comisario se frotó el rostro.

—Recuerdo unas extrañas muertes, de esto hace unos treinta años. Guardan cierta similitud con este caso. Las mujeres aparecían muertas, sin pechos y con las vulvas selladas. Jamás se localizó al culpable.

María negó levemente, necesitaba dejar de lado su papel de mujer y embutirse en el de policía, ver el caso con ojos profesionales lo más alejado posible de lo que veían como María Pinta. Cruzó los dedos y

añadió:

—Jefe, quiero decir que lo más peligroso no es que se trate de un loco, un demente, un desequilibrado, sino que esté poseído por una motivación más enfermiza que él mismo.

—Lo ha explicado muy bien, inspectora.

—Quizá suene extraño, o absurdo lo que he creído entender con tus palabras, María… —intervino Diego, llevó la vista a sus manos sobre la mesa y la volvió a elevar buscando los ojos de su compañera—. Puede que estemos en un caso en el que el verdadero o los verdaderos psicópatas no son los asesinos, sino lo que les empuja a actuar. Alguien puede asesinar porque le genera placer, sin ser capaz de situarse en el lugar de la víctima, y otros pueden matar porque están dominados por una motivación sádica, sin que el hecho de terminar con una vida les genere ningún placer extra.

Pinta permaneció unos segundos mirando a su compañero antes de añadir:

—Sí, eso quise decir, ¿podría ser una venganza?

—¿Una venganza común? ¿De hermanos? ¿de novios? ¿de…?

—Vayan paso a paso, inspectores. Tiren del hilo de los dos asesinos —cortó el comisario mientras se incorporaba—. Si no lo teníamos claro ya, el envenenamiento de Armando Venta con la misma planta que las mujeres confirma que tenemos al mismo asesino detrás. Pregúntense, ¿son dos brazos ejecutores o un solo brazo? estaré en mi despacho.

En cuanto se quedaron de nuevo a solas, María Pinta se incorporó con un rotulador en la mano, la mirada en la pizarra. En dos pasos se ubicó junto al nombre de Armando Venta. Borró con un trapo la definición anterior que decía; *genitales mutilados* y en su lugar escribió; *miembro cercenado* .

—Hay una gran diferencia entre mutilación por un disparo o que le corten el pene casi en su totalidad, ¿no crees?

Mientras la inspectora escribía, Diego se puso en pie, rodeó la mesa y se dejó caer en el borde con los brazos cruzados.

—Se dan las dos circunstancias a la vez; el disparo y la mutilación —apoyó la mandíbula sobre la palma de la mano. Con gesto pensativo agregó—: lo que me pregunto es cómo pudo eyacular en un ambiente como el que debería estar viviendo y ¿por qué?

Pinta, armada de nuevo con el rotulador se giró en dirección a la pizarra.

—Preservativo con semen de la víctima… —murmuró mientras escribía—. Le violaron, Diego.

Los ojos del inspector se abrieron al tiempo que sus cejas

amenazaban con alcanzar el techo. Sus labios permanecían sellados.

“Le violaron…”

Se incorporó, no más de cinco pasos más tarde se hallaba junto a una de las ventanas de la sala con la mirada huyendo por el vasto descampado. Tras ella sus pensamientos, sus dudas en forma de preguntas. Dudas y preguntas a las que su compañera no podría aportar soluciones o comprensión más allá de suposiciones. Optó por poner el altavoz a su parloteo interno, costumbre que había iniciado mucho tiempo atrás, a las pocas semanas de trabajar con Pinta como compañera.

Recogió la mirada del descampado y la introdujo en la sala de reuniones buscando la de la inspectora. Ambas se cruzaron. Unas miradas que reflejaban lo que acontecía en sus mentes.

“Creo que se está planteando lo mismo que yo”

—Me cuesta entender como un hombre puede ser violado. No me refiero a una violación anal, sino a que una mujer, por ejemplo, se siente sobre él y…

—Lo que te extraña es que se excite en esas circunstancias y ella consiga la penetración.

Diego ladeó el rostro y asintió.

—Sí, algo así, no sé... para conseguir una erección hay que estar por la labor… ¿no?

—¿Es una pregunta? —el rostro de la inspectora dibujó una sonrisa maliciosa—. A veces ni estando y otras sin estar… —su sonrisa se amplió hasta cubrir el rostro. Negó levemente y sacudió una mano en el aire—, perdona, no es un caso para andarse con este tipo de bromitas.

Diego se la quedó mirando. Su semblante reflejaba lo que agradecía el magnífico talante de María.

—Sí, llevas razón, aunque siempre diré eso de… es la primera vez que me pasa —esta vez la sonrisa se apoderó de su cara.

Una sonrisa que apenas duró un par de segundos, justo el tiempo que su mente tardó en reproducir el horror que Armando Venta debió padecer.

Su rostro tornó serio.

—De lo que no hay ninguna duda es que bien por amenazas, por haberle insistido en que se mentalizara para dejarse violar y conseguir una erección o... quizá… —negó con vehemencia— ...no, no, es una tontería, no…

María cruzó los brazos y endureció la pose.

—Sabes la rabia que me da que hagas eso. Así que ya lo estás soltando... —le apremió moviendo hacia ella los dedos de una mano. Tomó asiento—. Estás tardando.

—Está bien, sólo pensaba en voz alta y…

—Para la próxima vez ya lo sabes.

Sin duda se trataba de una estupidez, de un sin sentido. Una vuelta de tuerca más a la crueldad que apuntaba este caso y…

—Diego…

—Sí, sí, perdona —recuperó su lugar en la mesa acercando la silla —. Si partimos de que tenemos dos asesinos, y que uno de ellos puede ser una mujer, me preguntaba si con el paso de los días pudo haber engañado a Armando para que lo hiciera con ella —cruzó los brazos sobre la mesa. Ante el gesto de total atención de María y su silencio optó por continuar—. Pudo presentarse como víctima de una relación de la que no se distanciaba por miedo.

—Le engañó con huir juntos —intervino María.

—Algo así. Dicho en voz alta me parece aún más absurdo que cuando sólo lo pensaba, aunque a veces en lo absurdo está la única solución.

—Si se te ocurre alguna otra forma de que Armando Venta lograra excitarse en un zulo sucio, húmedo e imagino que muerto de miedo, podríamos descartar que hubiera existido acuerdo entre ellos —sin dejar de mirar a Diego calló unos instantes—. ¿Y si…? ¿Y si la amenaza fuese que tenían a su pareja y que la matarían a ella y a su hijo si no se la tiraba? ¿podría ser así de sencillo?

Diego apretó los labios al tiempo que elevaba una ceja.

—No sé si más sencillo, María, pero sí que me parece más coherente lo que acabas de decir. ¿Estuvo encerrado con Graciela? —se levantó de la silla como si de repente le abrasara

—¿A dónde vamos?

—Es muy razonable lo que has dicho. No me imagino a la asesina y a la víctima como dos tortolitos para que después le cortara el pene —sin dejar de hablar se puso la cazadora.

—Como psicópata de libro no me extrañaría que hiciera algo así, pero dime, ¿a dónde quieres ir?

—¿Qué te parece hacer una visita al zulo a ver si encontramos algo que se nos haya pasado por alto?

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Ahora tenemos más información que cuando lo vimos la primera vez.

—Cierto, vamos... —no lo dijo muy convencida. Nada le apetecía menos que repetir la experiencia de entrar en ese agujero. Negó levemente, como queriendo borrar los recuerdos de un sueño que por repetido amenazaba con hacerse real. Con la chaqueta puesta y antes de abandonar la sala preguntó—: ¿Entonces, crees que Graciela Martín también estuvo en el zulo? Quizá viendo…

“Tengo que controlarme”

—No me extrañaría. Si fuese así algo encontraremos o Científica.

María Pinta se hizo con una copia del informe que la forense Claudia Cobo había entregado al comisario y con las llaves del BMWx6 que ofreció a su compañero.

—¿Lo llevas, tú?

Diego asintió, en su rostro una mueca irónica.

—Vaya, dos veces seguidas que no quieres conducir, tengo que aprovechar.

—No te acostumbres, ¿eh? Por el camino quiero leer el informe de Claudia por si hay algo más.

El clic del resbalón de la puerta de la sala coincidió con la llegada de Paula, oficial de policía que habitualmente se encarga de la recepción.

—María, Diego, por favor, venid, no sé que más decirle —su semblante afectado atrajo la atención de los inspectores.

—Decirle a quién, Paula, ¿qué sucede? —quiso saber Pinta, caminando junto a su compañera rumbo al vestíbulo de la entrada, seguidas por Diego.

—Es la madre de la chica esa de la que hablan en la tele, la de *La Cantábrica* .

—Sí, Leyre Aja. ¿Qué pasa con ella? ¿Está aquí?

Como respuesta la oficial hizo un gesto con la cabeza en dirección a una mujer sentada, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Una postura que apenas duraba unos segundos, los que tardaba en incorporarse, girar sobre sí misma, llevar las manos a las caderas, mirar a un lado y a otro y volverse a sentar.

—No hace otra cosa, excepto no parar de decir que quiere hablar con los policías que lleven la desaparición de su hija, si es que alguien está haciendo algo y…

María puso una mano sobre el hombro de Paula y señaló la recepción.

—Tranquila, ya nos encargamos nosotros. Se te acumula la gente.

Pinta y Olivares permanecieron unos instantes observando el nervioso y afectado proceder de la madre de Leyre Aja.

—No tenemos mucho que decirle.

—Algo, sí —apuntó Diego— al menos, que sepa que hay alguien investigando su paradero, ¿vamos?

—Vamos… —convino emitiendo un ligero suspiro.

Cuando llegaron a su altura la mujer se hallaba de nuevo sentada con los codos sobre las rodillas y la cabeza escondida entre las manos..

—Doña Marta…

Unos ojos enrojecidos de tanto llorar buscaron los de la inspectora.

—Él es mi compañero el inspector Olivares y yo soy la inspectora

Pinta. Nos ha dicho nuestra compañera que quería hablar con nosotros.

La mujer se incorporó con gesto cansino. El continuo nerviosismo y ansiedad que le embargaba durante los últimos minutos parecía haberse evaporado.

—Sí, sí… eh. Soy la madre de Leyre… Leyre Aja... mi hija desapareció…

—Estamos al corriente, llevamos…

La mujer se los quedó mirando de hito en hito.

—Ustedes, no… no son los que estuvieron en mi casa.

—No, hemos sido asignados al caso recientemente, todavía no puedo darle noticias sobre su paradero y...

Diego escuchaba dejando que la señora Leyre se relajara y fuese adquiriendo confianza con su compañera. Cómo decirle que efectivamente llevan el caso porque creen que la desaparición de su hija puede estar relacionada con el *Descuartizador de Monte Corona.* Sin tener la certeza sólo conseguiría asustarla aun más.

—¡Estaba embarazada, Leyre estaba embarazada y no se lo había dicho a nadie! —soltó de corrido, rápido, pisando sílabas como si temiera arrepentirse si no se desprendía de ellas.

Los dos inspectores cruzaron sus miradas.

La mujer introdujo la mano en el bolso y extrajo una pequeña bolsa, de su interior un objeto parecido a un termómetro. Lo giró y mostró la parte plana a los inspectores.

—Un test de embarazo… —musitó Pinta—, positivo.

La mujer lo devolvió a la bolsa.

—¿Cuándo se enteró de que su hija había dado positivo en el test? —intervino Diego al que el detalle del embarazo de la cántabra desaparecida le generó un frío cosquilleo.

—Ayer por la noche me llamó África, su compañera de piso, lo encontró en la habitación de Leyre en la papelera. Dice que se va a ver obligada a alquilarla, ¿se pueden creer?

El mismo frío y desagradable cosquilleo estaba recorriendo el cuerpo de Pinta. Sus peores presagios parecían confirmarse.

—… y viendo las noticias de ese asesino y de las pobres chicas a las que las abre y les quita sus bebés, yo…yo… —el rostro de Marta Aja se contrajo, de su boca apenas partían balbuceos. Tomó asiento, escondió la cabeza entre las manos y se dejó llevar.

—Le prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrar a su hija. Le mantendremos informada —con un gesto pidió a una oficial que se acercara.

—Cuando se relaje llévela a casa, por favor.

—Si, inspectora.

Diez minutos más tarde circulaban por la A-8 en silencio. María, repasando el informe forense. Diego, sintiendo que debían poner fin cuanto antes al caso, era la única forma de que el asesino o asesinos dejasen de matar.

—Si su objetivo es arrebatar los fetos de mujeres que acaban de dar a luz, ¿qué hacen con ellos? ¿Los venden? —soltó Olivares poniendo fin al silencio reinante—. Si la intención es cuidarlos como hijos propios, deben tomarse su tiempo a la hora de simular embarazos y no deberían ser muchos.

—Si ya tienen la familia que desean quizá hayan parado.

—A no ser que su motivación evolucione —concluyó el inspector.

María pasó a la última hoja del informe.

—También fue envenenado con mandrágora y estramonio —negó con la cabeza— ¿Sabes lo que me parece? —sin aguardar respuesta añadió—: Que estos asesinos se mueven a base de impulsos, de perder los papeles, al menos uno de ellos. ¿Qué sentido tiene envenenar a alguien al que le vas meter un tiro con la intención de matarlo?

—Su descontrol dificulta nuestro trabajo y los hace aún más peligrosos.

17

El BMW x6 de los inspectores acababa de abandonar la A8, se hallaba trazando la rotonda que en su primera salida les conduciría a la N-634, ya próximos a su destino en Monte Corona, cuando el teléfono móvil de Olivares comenzó a sonar.

Diego escrutó la pantalla.

—Es Claudia, cógelo tú, por favor.

Pinta dejó el informe a un lado y se hizo con el móvil.

—Claudia, soy María, Diego está conduciendo, pongo el manos libres.

—Me habían dicho que ibais camino de Monte Corona y estaba convencida de que conducías tú.

—Le he dejado sólo por esta vez —su rostro trazó una suave sonrisa en dirección a su compañero—. Estaba repasando el informe que le has entregado al comisario, dinos qué opinas del perfil del asesino.

—O asesina, María.

Los dos policías cruzaron sus miradas.

—Eso es lo que últimamente dices cuando te hablo del asesino —intervino Olivares— ¿Apostarías por una asesina?

Pinta puso los dedos índice y corazón en forma de V. No como símbolo de victoria, que fue lo que su compañero entendió al verlo, sino como recordatorio de su teoría inicial que apostaba por la existencia de dos asesinos y no sólo uno.

La forense retrasó su respuesta unos segundos, cuando su voz se dejó oír al otro lado del pequeño aparato, el vehículo policial había accedido al Barrio de Caviedes y transitaba frente a Casa Cofiño.

—Si te ayuda, Claudia, barajamos la posibilidad de que se trate de dos asesinos en serie, y que al menos uno de ellos sea una mujer.

La forense había llegado a una conclusión similar desde el instante que encontró las reproducciones de las diosas de la fertilidad escondidas en el vientre vaciado de las víctimas, pero tenía dudas. Sabía por propia experiencia que a estas alturas de la investigación aferrarse a una teoría, con mayor énfasis si fuese errónea, podría encallar la labor policial.

—Por eso insistía en la coletilla de *asesina* cada vez que Diego hablaba de un asesino . Quería que os plantearais esa posibilidad, la de una mujer a la que hay detener cuanto antes, sin embargo…

Una vez más la suave voz de la forense dejó de oírse. María observó la pantalla por si se hubiera cortado la llamada, con un dedo la señaló.

—Está ahí… —dijo vuelta hacia su compañero, vocalizando exageradamente sin emitir sonido alguno.

—Te escuchamos, Claudia, estoy aparcando cerca del zulo.

—Sí, disculpad, a la vez que hablamos repasaba el último informe de Laboratorio de Criminalística de Madrid. El comisario me ha rogado que le hiciera un resumen, se lo enviara y hablara con vosotros. Buscaba algo que me obligara a no exponer en voz alta una teoría absurda —dejó el informe a un lado de la mesa, se frotó los lacrimales con dos dedos en un intento de mitigar la pesadez de cabeza y ojos.

—En teorías absurdas soy experta, Claudia, dispara.

Disparó a discreción.

Durante los siguientes diez minutos no dejó de hacerlo. De su boca partían los argumentos que le habían llevado a considerar la participación de al menos una mujer en los asesinatos, incluido el de Armando Venta. Conclusiones similares a las de Pinta. No obstante, dejó la ráfaga más potente y de mayor calibre para el final.

—¡¿Un cura?! —soltó Pinta con los ojos fuera de sí.

—Sí, pero no un cura cualquiera. Imaginaos un sacerdote o alguien de educación católica extrema, que por algún motivo viese en Graciela Martín e Irene Morella conductas contrarias a su religión que debe castigar —incluso a la propia forense le sonaban extrañas sus palabras dichas en voz alta—. Ninguna de las dos estaba casada y…

—Cuando Irene se marchó de su casa no estaba embarazada.

—Lo sé, María. Al repasar toda la documentación forense de los casos, me he encontrado con que Irene Morella llevaba un fino anillo en su dedo anular derecho.

—¿Anillo de casada?

Claudia negó con la cabeza mientras observaba la fotografía en la que aparecía dicho anillo.

—No lo parece, al menos no se trata del típico anillo, sólo cuento con una foto que he recibido con el segundo informe, no comprendo cómo se me pudo pasar por alto cuando reconocí el cuerpo por primera vez.

—No es ninguna tontería lo que dices, Claudia.

—Cada minuto que hablo me suena más disparatado, Diego. Quizá no se trate de un cura, sino de alguien con una educación religiosa extrema, que crea ser el brazo ejecutor para llevar a cabo un plan macabro o creerse que es la propia mano de Dios siguiendo sus mandatos.

—Sabes que todo lo que viene de ti lo tenemos más que en cuenta —apuntó la inspectora.

Claudia dejó la fotografía del anillo y se hizo con el resto del informe.

—Hay algo más… —dijo como si no hubiese escuchado las palabras de ánimo de María—. El Laboratorio de Criminalística ha hallado restos de diferentes personas en el zulo. A parte de los correspondientes al propio Armando Venta, han documentado restos biológicos de Irene Morella, de tres mujeres más y un varón...

El semblante de los inspectores reflejaba el impacto que les había generado las palabras de la forense. En sus cabezas se formulaban un sinfín de preguntas, pero sus bocas permanecían a medio cerrar.

—… con la ayuda de la *Luz de Wood* han localizado manchas de esperma de al menos dos hombres. Uno de los donantes es el propio Armando Venta...

—Todo un zulo de los horrores, como se entere la prensa… —la voz de Pinta un ligero murmullo.

Claudia continuaba con su exposición.

—… lo curioso del caso es que han identificado distintos grupos de huellas dactilares y pelos que podrían corresponder a esas tres mujeres de las que se han hallado restos y que, de momento, están sin identificar, y al varón.

—Sí… ¿A dónde quieres llegar?

—Verás, Diego, otro grupo de huellas, pocas por cierto, muy pocas, no parecen ser de las víctimas.

—Posiblemente usarían guantes la mayor parte del tiempo que estuvieran en el zulo.

—Es posible, aun así... Si nos planteamos dos asesinos en serie, sólo hay rastros digitales de uno. Y otro dato más...

—Suéltalo, Claudia… —rogó Diego.

—No hay ninguna huella de Graciela Martín.

La inspectora abrió los ojos exageradamente.

—¿Cómo?, eso te iba a preguntar, por si se te había olvidado nombrarla.

—No, no me he olvidado —se escuchó el paso de hojas de papel y suaves golpes contra una mesa— os dejo que tengo mucho trabajo. Me esperan un par de autopsias.

—Gracias, Claudia, llámanos con lo que tengas.

—Sí, y tened cuidado… mucho cuidado… —colgó sin aguardar comentario alguno.

La despedida de la forense se salía de lo habitual. Eran muy reducidas las ocasiones en las que dejaba una muestra patente de su inquietud por un caso en concreto.

—Vaya, parece que está realmente preocupada —apuntó la

inspectora al tiempo que se hacía con un par de linternas, abría la puerta del todoterreno y elevaba la vista al cielo. Un manto de nubes finas que permitía el paso de la claridad del sol, dejaba caer una lluvia tan ligera que la leve brisa parecía disfrutar acunando las diminutas gotas.

Tras los saludos pertinentes, Pinta y Olivares se encaminaron hacia el zulo, distante unos ochenta metros del cordón policial vigilado por agentes de la Guardia Civil y Policía Local.

—No me había fijado que la entrada estuviera tan escondida —dijo María mientras le ofrecía una de las linternas, caminaba con la mirada enfocada en cada uno de sus pasos con dos objetivos diferentes; evitar tropezarse y analizar el terreno en busca de cualquier objeto que pudiera tener que ver con los asesinos.

—Vinimos por allí —Diego señaló en diagonal a su izquierda— además, nos acompañaron.

—Será eso… —murmuró sin levantar la vista del suelo—. Si no hay restos de la presencia de Graciela Martín en el zulo querrá decir que la retuvieron en otro lugar. ¿Otro zulo?

Diego observó el perfil de su compañera que permanecía con la mirada barriendo un palmo por delante de la punta de sus botas. Sí, bien podría tratarse de otro zulo, lo cual no dejaba de ser descorazonador. Si diesen con él y con restos de Graciela Martín, posiblemente no serían los únicos que encontraran. De ser así la motivación de los asesinos iría más allá del deseo de apropiarse de fetos para hacerlos pasar por hijos propios.

"¿Tráfico de recién nacidos?"

"¿O simple placer por torturar?"

Se detuvieron junto a la entrada; una trampilla en el suelo bien escondida tras ramas, musgo y escoltada por dos árboles de grueso tronco.

Diego tiró de las dos anillas elaboradas con una gruesa maroma ubicadas en los extremos delanteros de la trampilla. Conforme la levantaba un olor penetrante se empeñaba en abandonar con urgencia el lugar.

María observaba los movimientos de su compañero. Con la portezuela levantada, clavó en el acceso una mirada preñada de incertidumbre; una boca que amenazaba con tragársela de la que ascendía una tenue luz. La vez anterior se encontraba rodeada de compañeros de la Guardia Civil, Policías, Científica, curiosos, su presencia le obligaba a actuar de la manera más profesional posible, pero ahora… ahora...

—¿Qué piensas?

—¿Eh? No, nada, intentaba hacerme una idea de lo que podíamos buscar —mintió. Encendió la linterna y dio el primer paso hacia la

escalera que descendía al zulo.

—Voy yo delante, si…

—No, no es necesario —se obligó a bajar uno a uno los escalones al tiempo que su cabeza se esforzaba en eliminar miedos del pasado.

Miedos que jamás había compartido con nadie.

Diego observó a su compañera hasta perderse en el interior. Algo le sucedía, pero no sería fácil que lo compartiera sin más. Lo único que podía hacer era actuar como si no se hubiera dado cuenta.

Tomó aire.

“Sigamos”

Entre sus recientes pensamientos requería su atención otro que podría aparcar la idea de un segundo zulo.

—¿Crees que si quisieran que las mujeres tuvieran un embarazo que les asegurase un nacimiento feliz las tendrían en un lugar como este? —preguntó mientras bajaba por la tosca e inestable escalera.

—Ya no sé qué pensar.

El interior del zulo, de unos quince metros cuadrados y tres de altura, se encontraba tenuemente iluminado gracias a unas bombillas que había colocado la policía. Un cable que partía del interior y ascendía por las escaleras hasta un pequeño generador eléctrico así lo atestiguaba.

Lo primero que golpea el rostro del que se interna en ese lugar es una densa sensación de humedad que poco a poco se va filtrando en huesos y músculos. El segundo golpe, no por ello menos intenso, proviene de un hedor de múltiple y variada procedencia. Una mezcolanza de fetidez, por acumulación y permanencia en el tiempo de heces y orines, humanidad concentrada y vómitos, escasa ventilación y una pegajosa sensación de acidez en las fosas nasales.

El tercer golpe, más importante que ningún otro para la inspectora, le genera una mareante sensación de vértigo que se incrementa con cada escalón que desciende.

“Sólo uno más…”

Ahora, con ambos pies en el arenoso suelo, rodeada de paredes de piedra y tablones, con sólo una salida sobre su cabeza se cree incapaz de permanecer un segundo más en ese lugar. Su respiración ha dejado de ser un movimiento natural, necesita más aire, más, mucho más. Abre la boca todo lo que le da de sí al tiempo que corre fugaz por su cabeza la idea de regresar por donde ha venido e hinchar sus pulmones con aire del monte.

Su sueño desde niña se hace realidad.

“Tranquila, todo está bien. Puedo con esto”

Se obligó a aparentar naturalidad:

—Por lo menos está más ventilado que cuando vinimos por primera vez —logró soltar con dos dedos haciendo pinza en la nariz— las

ganas de vomitar son más llevaderas.

—Sí, no es un sitio para parturientas —señaló Diego de espaldas a su compañera observando el reducido mobiliario.

La estancia contaba con dos camastros con sendas colchonetas viejas y sucias con sus respectivas mantas de similar apariencia. En el centro, una mesa de madera cubierta con lo que en su día debió ser una sábana blanca y que en esos momentos aparecía teñida de distintos tonos granates.

—¿Qué buscamos?

Diego aún se esforzaba por adaptarse a la escasa claridad y a la desagradable sensación que le embargaba. Ignoraba qué pensaba encontrar en esa segunda visita cuando sus compañeros de Científica ya habían hecho su trabajo.

—En cuanto lo sepa te lo diré.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio. Dos focos de linternas barrían la estancia de un lado a otro y de arriba abajo abriéndose paso entre los claroscuros. María junto a la escalera de acceso desde donde podía atisbar, gracias a trampilla abierta, las nubes que cubrían el cielo. Esa posibilidad de fácil huida parecía ser suficiente para controlar su ansiedad.

“En mi sueño no había salida…”

Deslizó el haz de luz de la linterna por la pared en la que se apoyaba la escalera. Sobre los tablones húmedos y cubiertos de musgo, que iban desde el suelo al techo, algo asomaba.

Enfocó la luz a ese algo.

“¿Una caja?”

—¿Has visto algo? —Diego observaba la linterna de su compañera fija en un punto. Con un par de pasos redujo a cero los centímetros que los distanciaban.

—Ahí… parece una caja o algo parecido —trazó varios círculos con el foco de la linterna en torno a lo que había atraído su atención.

El inspector, de puntillas, estiró el brazo y se hizo con el objeto; una pequeña caja de madera.

—Buena vista la tuya.

María esbozó una sonrisa sin desviar su atención de la trampilla.

Los dos inspectores permanecieron en silencio. Diego levantó la tapa. Los temblorosos focos de las linternas creaban sombras vacilantes que rebotaban entre los diferentes objetos del interior. Unas figuras de extraños rostros les observaban.

—Si no me equivoco esa es la diosa Tueris o Taueret —la inspectora señaló la talla de un colgante.

—Yo sólo recordaba Tueris.

—¿Y esta también es la misma diosa? —cogió una figurita de barro cocido que sostuvo con dos dedos al tiempo que la iluminaba.

—Sí, eso parece.

El cuerpo de Graciela Martín llevaba en su vientre vaciado una figura de la diosa de la fertilidad Tueris o Taueret en un colgante. La pequeña caja que Diego sostenía entre sus manos guardaba también reproducciones de la misma diosa sin colgante, junto a otras de la Venus paleolítica de Willendorf.

...y algo más.

—Esta no se parece a ninguna de las que conocemos.

—No, ni esta —el inspector cogió una talla que a simple vista podría representar a una mujer.

—¿Más diosas? ¿Las encontraremos en las tres víctimas que decía Claudia? —soltó Pinta con recelo. Por un instante se había olvidado del zulo, de la opresión en el pecho, de la necesidad de salir corriendo y respirar aire puro, de…

Por un instante...

De repente, la trampilla que llevaba a la libertad se cerró de golpe. Un golpe seco, sordo. Como si de un pistoletazo de salida se tratara el corazón de María Pinta comenzó a galopar desbocado, su respiración a agitarse. Su mente a reproducir sus miedos. Los ojos exageradamente abiertos. Las piernas ligeramente flexionadas, una mano en el pecho.

—¿Qué te pasa?

—Que no se apague la luz… —su voz apenas un balbuceo— la, la trampilla… la trampilla… —señaló temblorosa. Le faltaba el aire, comenzaba a sudar a pesar de la fría humedad reinante. Las manos le temblaban.

Diego no comprendía qué era lo que le preocupaba a su compañera, lo único que acertaba a entender es que fuera lo que fuese lo que le había puesto en ese estado tenía que ver con la trampilla y su repentina caída.

De una zancada se situó sobre el primer escalón y comenzó a ascender. En una mano su arma reglamentaria una *HK USP Compact* , el codo flexionado apuntando sobre su cabeza, con la otra asido a la escalera.

María, de rodillas, se esforzaba en aplicar los consejos de los psicólogos para cuando regresasen los ataques de pánico. Era consciente de que estaba hiperventilando y necesitaba recuperar su ritmo respiratorio habitual…

“Con urgencia…”

Era precisamente ese apremio, esa urgencia, lo que le llevaba a acrecentar la sensación de ansiedad y de ahogo. Un círculo vicioso del que debía salir cuanto antes.

“Respira… respira”

“Deja de pensar…”

Los consejos se iban abriendo paso entre sus miedos. Qué fácil

resultaba cuando repasaba lo que debía hacer para sobrellevar una nueva recaída. Qué complicado cuando había que dejar sitio a la razón cuando lo que se sentía era un miedo brutal.

“Respira...respira…”

Había llegado el momento de inhalar profundamente a través de la nariz, olvidándose del hedor reinante, y exhalar pausadamente soltando los músculos.

Un intenso mareo se empeñaba en ganar la partida, en que perdiese la consciencia, como una huida.

“Puedes hacerlo, puedes hacerlo, confía en ti, sólo respira, abandona los pensamientos, respira María, respira…”

Una bocanada de aire, envuelta en un rayo de luz la iluminó aún de rodillas en el suelo. Diego había alcanzado la trampilla. Temiendo que el culpable de cerrarla no hubiese sido una racha de viento y se hallara en el exterior, asomaba la cabeza lentamente, con cautela, escalón a escalón.

—¡Policía! —confiaba que identificarse pusiera en fuga al estúpido que la hubiera cerrado— ¡Policía!

Una vez con medio cuerpo fuera reconoció el exterior. Todo parecía igual que cuando entraron. A lo lejos un par de agentes vigilando el perímetro en torno al zulo.

“Habrá sido el viento”

El inspector advirtió cierto balanceo en la escalera. Miró hacia abajo y vio a su compañera subiendo.

—Si puedes, sal, por favor, Diego.

Eso hizo.

Sin enfundar el arma salió al exterior repitiendo la misma operación visual de minutos antes; barrer con la mirada los alrededores. Todo parecía normal.

—Dame la mano.

Pinta agradeció el ofrecimiento y tiró con las escasas fuerzas que creía aún tener.

—¿Cómo estás?

Como respuesta esbozó media sonrisa y tomó asiento junto a uno de los dos árboles que custodiaban el acceso al agujero.

—Mejor…. y perdona… —se frotó la cara con las manos, levantó la mirada e insistió—: lo siento, de verdad.

—No hay nada que perdonar, pero ¿por qué no me lo has dicho? ¿Es claustrofobia?

La inspectora frunció los labios y ladeó el rostro. De pronto sus ojos quedaron fijos en un punto a escasos centímetros de la trampilla, en un pequeño claro en la hierba. Tan pequeño que no sería mayor de un palmo.

El inspector siguió la mirada de su compañera. Instintivamente

desenfundó. María comenzó a incorporarse con movimientos lentos, alerta. Hallarse en el monte y respirar aire puro era el mejor de los remedios. Diego rodeó los árboles. Nada había cambiado, dos agentes charlaban junto al cordón policial.

Excepto algo que minutos antes no estaba.

Algo que Pinta había visto.

—No hay nadie —señaló Olivares con la vista fija en lo que atrajo la atención de María.

—Es reciente, juraría que cuando llegamos no estaba —la inspectora se hallaba rodilla en tierra junto a la huella— es un zapato de hombre… No es de ningún compañero, no es nuestra.

—Ni parece que sea de la Guardia Civil —convino el inspector mientras agitaba un brazo en alto requiriendo la atención de sus compañeros.

Tras lograr explicarse con gestos, y algún grito que otro, dos agentes se acercaron presurosos.

—¿Sucede algo inspector? —quiso saber el cabo Emilio de la Guardia Civil del cuartel de Comillas.

—¿Han visto a alguien rondando por aquí desde que la inspectora y yo hemos llegado?

El cabo y Genaro, de la Policía Local de Comillas, cruzaron sus miradas al tiempo que negaban levemente.

—No, nadie, ¿por qué?

Diego señaló la huella reciente.

—¿Podrían identificarla como de sus uniformes?

Ambos agentes realizaron gestos similares, mirar la huella en el barro, negar con la cabeza al tiempo que mostraban las suelas de sus zapatos.

Pinta y Olivares llevaron a cabo su propio análisis, con idéntico resultado. La huella no se correspondía con el calzado reglamentario de los agentes.

—Gracias, ya continuamos nosotros —Diego se hizo con el móvil que guardaba en un bolsillo delantero y comenzó a sacar fotografías de la huella desde distintos puntos de vista—. Nos valdrá para cotejarlas con las que halló Científica en el interior del zulo.

María parecía totalmente recuperada de su reciente recaída. Observaba sin prestar excesiva atención a su compañero mientras tomaba fotografías de la huella. Según el informe de la forense se habían encontrado restos de cuatro mujeres, incluida Irene Morella y de dos varones, contando con Armando Venta, sin embargo…

Diego dio por finalizada la sesión fotográfica y observó el gesto ausente de Pinta.

—...lo que me resulta extraño, o totalmente revelador dependiendo de cómo se mire, es que sólo se hayan hallado restos de cuatro

mujeres y dos hombres.

—¿Esperabas más? —inquirió sorprendido.

María asintió convencida. Ante el gesto de perplejidad de Diego añadió:

—No, no me mires así, no me refiero a más cadáveres sino a más restos, indicios, señales evidentes de lo que intuimos, sólo intuimos, —recalcó— que pudo suceder ahí abajo.

El inspector repasaba las fotografías de la huella mientras asentía satisfecho del trabajo.

—Valdrán para contrastarlas, se las envío a Claudia... —llevó la mirada a María que deseaba continuar con la conversación—. Te refieres a que está demasiado limpio sin que se hayan dedicado a borrar huellas.

—Sí, más o menos.

Diego guardó el móvil en el pantalón. Los ojos fijos en la huella del suelo.

—Nos quedaría por encontrar el sitio en el que tiene lugar realmente todo el proceso. Aquí sólo traen los cadáveres antes de enterrarlos o…

—O víctimas como Armando Venta que no tienen cabida en el escenario principal por ser hombres —continuó María.

—¿Otro zulo?

—Eso mismo me preguntaba yo, sin embargo, como bien decías antes no creo que agujeros como este sean los más indicados para parir —esta vez fueron los ojos de María los que se posaron sobre la huella de zapato—, ¿por dónde vino?

Los dos inspectores recorrieron los alrededores con la mirada. El cordón policial no formaba un círculo cerrado en torno al zulo. No existían muchas posibilidades de que el dueño del zapato que había dejado la extraña huella hubiese accedido por el propio cordón, menos aún cruzando delante de las narices de los agentes que lo custodiaban en dos grupos de dos.

Como si hubieran llegado a la vez a la misma conclusión, ambos se giraron. Frente a ellos una densa arboleda alejada del camino por el que inicialmente habían accedido a ese lugar. No parecía haber ninguna vía o acceso transitable en esa dirección ni siquiera para senderistas o curiosos del monte.

Dejaron la trampilla cerrada y se pusieron en camino con sus armas reglamentarias cubriendo sus pasos. No les hacía falta compartir sus conclusiones. Si daban por hecho que esa huella no estaba cuando llegaron una hora antes, que no corresponde a un calzado oficial, que su dueño no pudo atravesar el cordón policial, menos aún por los puntos en los que había apostados agentes, sólo podía haber venido por una única dirección. Con los corazones acelerados, las armas

enfundadas y totalmente concentrados en el terreno avanzaban en silencio. No parecía que pudieran encontrar ninguna cabaña, no había espacio.

¿Otro zulo?

Dejaron unos metros entre ellos mientras continuaban avanzando atentos a cualquier indicio, a cualquier rama, o conjunto de ramas, arbustos, que no debieran estar donde estaban, incluso montículos de tierra o hierba que pudieran haber sido removidos. Cualquier cosa que les advirtiera que el misterioso individuo se escondía por la zona.

Durante la siguiente media hora se comunicaron con gestos, sin pronunciar palabra, sin perder detalle de cada palmo de terreno. Con cada minuto transcurrido la esperanza de encontrar alguna prueba que sustentara la teoría que ambos defendían se desvanecía.

María negaba con la cabeza al tiempo que se aproximaba hasta su compañero.

—Nos llevaría semanas reconocer sólo esta zona del monte.

El inspector detuvo su caminar y asintió. Ambos eran conscientes de lo absurdo de pedir al comisario refuerzos con experiencia en este tipo de trabajos, basándose una vez más en su instinto, no era una opción.

No en estos momentos.

Necesitaban algo más que la huella de un zapato que no recordaban haber visto cuando llegaron.

—Regresemos a por las reproducciones de las diosas — propuso el inspector.

—Vamos… Oye, Diego, ¿por qué crees que se encontraron los cuerpos de Graciela e Irene de esa forma? quiero decir, ¿por qué los desenterraron?, ¿qué les empujó a hacerlo?

—Quizá pensaban que los trabajos de deforestación los dejarían al descubierto, de alguna manera se asustaron cuando buscaban otro lugar donde enterrarlos.

De nuevo se hizo el silencio.

Nada más alcanzar la trampilla, María lo soltó. Hasta entonces formaba parte de las suposiciones acalladas de ambos inspectores. Cierto que el haber encontrado restos de tres mujeres más y un varón reforzaba dichas suposiciones, pero estar convencidos de la existencia de otro zulo o zulos o incluso una vivienda en la que retuvieran a las víctimas, teoría que se sustentaba por los signos evidentes que presentaba el cuerpo Irene Morella de haber sido congelado, aceleraba la consecución de un primer objetivo a corto plazo.

A muy corto plazo.

—Tenemos que encontrar a Leyre Aja, ya. Es de la única que sabemos que puede estar por aquí. ¿Habrá más victimas? —la inspectora se respondió a sí misma—, estoy convencida que sí. ¿Y más

zulos como este? Hay que preguntar si existen planos de la zona, aunque por lo que nos han dicho la propia empresa de deforestación desconocía la existencia de este agujero.

Con la pequeña caja albergando a las diosas, una mochila repleta de dudas, corazones agitados y una aguda sensación de estar cerca, muy cerca, pero a la vez lejos, muy lejos de los asesinos regresaron a Santander.

En la cabeza del inspector se repetía una pregunta que deseaba formular desde el mismo instante que se cerró la trampilla.

—¿Puedo saber qué sucedió? —se giró hacia su compañera que se hallaba conduciendo. Era de las pocas cosas que conseguía relajarla.

Los ojos de María se entrecerraron durante una breve fracción de segundo. Justo lo que tardó en comprender el motivo de la pregunta.

—En el fondo es una tontería —su rostro dibujó una suave sonrisa torcida al recordar—. Estábamos jugando al escondite en casa. Me escondí tan bien que mis hermanos pensaron que me había ido y dejaron de buscarme.

—¿Dónde te…?

—En un lugar muy típico, en un viejo armario del sótano. Al ver que nadie venía a buscarme quise salir y no pude, empujaba la puerta y no cedía… —calló unos instantes—…me empecé a agobiar, gritaba y gritaba, aporreaba la puerta, me faltaba el aire. Pensé que no saldría del armario con vida.

—Tranquila, no sigas.

—No es algo que me pase a menudo. No sé qué es lo que lo desencadena, pero a veces, a veces… me… me... —ladeó el rostro —. He estado en sitios cerrados y no me ha pasado nada, pero antes en el zulo…

—¿Cómo saliste?

—¿Del armario? —su semblante se transformó en una mueca de ternura, dedicada a su propia imagen de niña asustada—. Fue a la mañana siguiente, en cuanto mi padre abrió la puerta me lancé sobre él llorando y queriendo coger todo el aire del sótano. Recuerdo que miré a mi hermano mayor. Estaba serio, como si le hubieran echado una buena bronca.

—¿Te encerró?

María negó levemente.

—Nunca me dijeron nada, él tampoco, fueron cosas de críos, de juegos. Me llevé una buena regañina de mi padre por el susto que les había dado, incluso me estaban buscando del cuartelillo de la Guardia Civil de Comillas —de nuevo silenció su relato unos instantes con la mirada fija en la carretera—. Te parecerá una tontería, pero por esta

experiencia me quise hacer policía. Yo…

El familiar sonido de llamada del móvil de Olivares cortó la conversación.

—Sí, Claudia, dime, pongo el altavoz —el inspector situó el teléfono entre sus piernas y las de la inspectora.

—Es sólo un minuto. Me han enviado el resultado de unos moldes que sacó Científica de la pared bajo uno de los camastros del zulo. Creían que podría tratarse de un texto.

—¿Grabado en la madera?

—Sí, quizá con una astilla, un palillo, algo fino y resistente.

—¿Qué decía, Claudia? me tienes intrigada.

—Me van a matar.

—¿Perdona?

—Me van a matar, eso decía el texto.

Los inspectores clavaron sus miradas en la pantalla del móvil.

—¿Estáis ahí?

—Sí, sí, Claudia, ¿seguro que es me *van* a matar y no me *va* a matar?

La forense dio un rápido repaso al informe, entraba dentro de lo posible que se hubiera equivocado, aunque no lo creía probable.

—Sí, Diego, dice, me *van* a matar.

—Gracias. Te he enviado a tu correo unas fotografías de una huella que hemos encontrado junto al zulo para que la cotejes con las que tengas del interior.

—No lo he mirado. Aún no he podido ni tomarme un café, luego os digo algo.

El plural en la frase del molde no conducía a una deducción infalible, pero sí implicaba un impulso más en la dirección de considerar la existencia de al menos dos personas tras los asesinatos de Monte Corona. ¿Correspondería la huella del zapato a uno de ellos? Siendo afirmativa la respuesta, ¿por qué cerraron la trampilla?, ¿conocen a María y su temor a los espacios cerrados sin salida?

Anna regresó a su casa dispuesta a ofrecer las dos mejillas a los seguros bofetones de su padre. Se sorprendió al acceder al vestíbulo y ser recibida por un profundo silencio sólo roto por el latir nervioso de su corazón. Permaneció unos instantes en estado de alerta, atenta a cualquier ruido que le diera una pista de lo que sucedía. Decidida a no tentar a la suerte entró en el baño con el firme propósito de borrar cualquier vestigio de su paso por la casa de la abuela de Teo, su habitación, y de su más que merecido asesinato.

"¿Asesinato?"

Pensaba en la implicación que una definición como esa generaba en ella. Un asesinato, al menos siempre lo entendió así, sucede cuando se pone fin a la vida de alguien sin motivo. Cuando en las pelis hablan de quitar la vida a una persona inocente, que no lo merecía.

Negó lentamente con los ojos fijos en la imagen que le devolvía el espejo.

—¿Inocente…?

No, Teo no tenía nada de inocente. Y sí, sí que había muchos motivos para matarle. Muchos, era un maldito cobarde que no pensaba reconocer al hijo que esperaba de él, por si fuera poco, el desgraciado se atrevió a insultarla.

Anna intercambiaba miradas a sus ojos en el espejo y a sus manos, borrando cualquier rastro de sangre. Al terminar se quitó la ropa y la metió en la lavadora. Cinco minutos más tarde se metía en la cama, boca arriba, la mirada al cielo y una suave sonrisa en el rostro.

Una sonrisa de orgullo por sí misma. Había sido capaz de enfrentarse al chico malo al que todos temían, ella sola, sin ayuda de nadie.

Una sonrisa que se difuminó al sustituir las imágenes mentales en las que se veía enfrentándose a Teo, por otras en las que su embarazo era descubierto por sus padres.

"No les quedará otra que aceptarlo, aunque papá me llene el cuerpo de golpes"

La ausencia de Teo en el instituto durante dos días seguidos no sorprendió ni a sus compañeros, ni a sus profesores. Su asesinato, lógicamente, sí. No porque muriese siendo un adolescente, sino porque se había corrido la voz de que fue asesinado en su propia habitación.

—Según la policía lo mataron por un ajuste de cuentas —dice Cristóbal, compañero de clase de Anna.

—Guapo era un rato, pero era un macarra, no me extraña que

acabase así… —apuntó Yoli.

—Cuidado que viene… —susurró Bárbara al ver a la compañera que se había convertido en el centro de cada conversación.

Anna procuraba mantener un semblante entre compungido y aliviado. Desde que el director les informó del hallazgo del cadáver de Teo dejó claro que hacía tiempo que no lo veía y que estaba cansada de que la pegara.

Unos días más tarde la policía se presentó en su casa. Unas preguntas rutinarias, aseguraron. Al padre de Anna poco o nada le preocupaba esa rutina, lo que le encendía era que estuvieran en su casa por un asesinato.

—¿Está mi hija acusada de algo?

—No, señor, como le dije al presentarnos estamos hablando con todos aquellos que tuvieron relación con la víctima.

—Mi hija no lo conocía. No más allá del instituto —afirmó convencido, con un tono seco.

—No nos consta eso, señor.

El padre de Anna endureció aún más su semblante. La mirada de su hija enfocada en el suelo daba credibilidad a las palabras de la inspectora. Los ojos de su mujer, que asía la mano de Anna, pedían clemencia.

—¿Qué tienes que decir a eso? ¿Qué tenías que ver con este chico?

Anna recogió la vista de la alfombra y la llevó a trompicones a los ojos de su padre.

—Salimos unas semanas y… —su voz apenas un balbuceo. Los puños de su progenitor se abrían y cerraban. Lo intuyó, más que ver, levantar una mano dispuesto a estrellarla en su rostro, pero la firme mirada de los dos policías le disuadió de continuar.

Las preguntas rutinarias duraron algo más de una hora. Tiempo más que suficiente para que el padre de Anna se hiciera una composición de lugar de las amistades de su hija. Unas amistades como la del tal Teo, camello a pequeña escala, al que la policía venía siguiendo tiempo atrás. El inspector dejó unas fotografías sobre la mesa. Su compañera señaló una figura que se repetía con distinta indumentaria en varias de ellas.

—¿Te reconoces?

Anna apenas fue capaz de asentir. Se veía entre rejas para el resto de sus días. Cerca estuvo, muy cerca, de gritar a pleno pulmón que no había hecho nada malo, que no, que Teo no era una maldita víctima inocente, que era un manipulador, un maltratador, mentiroso y cobarde, que…

—¿También te drogabas, desgraciada?

—Señor, contrólese, si no tendremos que continuar en comisaría.

En ese algo más de una hora, quedó claro que la policía no

pretendía implicarla sino que buscaba su colaboración para dar con quien pudiera haber matado al chico malo. Todo apuntaba a que se trataba del típico ajuste de cuentas entre narcotraficantes varones a pequeña escala. No era la forma de actuar de una mujer por muy asesina que fuera.

Anna respiró tranquila cuando la pareja de inspectores se despidió rogando que permaneciera localizable los próximos días, por si eran necesarias más preguntas. Se soltó del brazo de su madre y se puso en pie.

El padre también respiró con la marcha de la policía, pero, al contrario de su hija, no se trató de una respiración tranquila, sino agitada, nerviosa, fruto de la rabia de un estado cercano a la pérdida de control.

Muy cercano.

Los ojos de ambos se cruzaron. Ella entendió el mensaje de una mirada que conocía bien y llevó las manos al rostro, como forma de defensa. Él, impactó de manera brutal la palma de la mano derecha en la cabeza de su hija, a la que sus manos de nada defendieron. Antes de permitir que cayera al suelo, repitió la operación por el lado contrario con la misma eficacia y brutalidad lanzándola hacia atrás, al tiempo que observaba el aterrizaje del cuerpo inconsciente de la niña sobre su desconcertada madre que aguantaba en silencio la escena. Como casi siempre.

Al recuperar la consciencia Anna dio por bien empleados los dos bofetones como penitencia por haber puesto fin a la vida de Teo. La policía no la acusó jamás de nada. Sus problemas comenzarían cuando el embarazo no pudiera ser escondido por más tiempo. Le quedaba un mes de tregua.

Con el paso de los días se reforzaba el deseo de tener ese hijo que crecía en su interior. Su madre, al enterarse, puso el grito en el cielo por dos motivos. Uno, por el embarazo en sí, otro por conocer la identidad del padre. El malestar no duró mucho tiempo. Si tenían que ser abuelos jóvenes, lo serían.

El futuro abuelo tenía otros planes.

Nadie le iba dejar en ridículo señalándole por tener una hija preñada por un camello de mierda, *drogata* y asesinado.

—¡Nadie!

No le resultó complicado organizar la puesta en escena que justificara, a ojos de su hija y de su mujer, la pérdida del feto por causas naturales, contaba con los medios y los profesionales necesarios para ello. Una puesta en escena que le permitiría continuar con su vida y reconocimiento social como si nada hubiera sucedido.

Anna abortó.

El plan del progenitor no terminaba aquí. No estaba dispuesto a revivir una situación similar en el futuro. Necesitaba un plan a largo plazo coronado por el éxito.

Durante años la calma se apoderó de la familia. Todos parecían haber olvidado lo que se les antojaba como un incómodo recuerdo del pasado, un desliz de adolescente.

Hasta que un día esa calma estalló por los aires.

Anna había aprendido durante los largos años de tregua a actuar como se esperaba de ella, tranquila, responsable y sumisa. Este punto era realmente importante. Para su propio asombro no le sorprendió vivir como algo natural el deterioro de su padre primero y de su madre después. Un deterioro provocado por un lento envenenamiento de la que era feliz responsable.

Aquel día que la calma estalló por los aires tenía cita con su ginecólogo. Al regresar a casa ya había elaborado un plan que requeriría su tiempo y una actuación impecable por su parte. La idea se la dio un reportaje en la televisión que trataba sobre la vida de una mujer, ama de casa, que fue deshaciéndose poco a poco de su familia vertiendo anticongelante en la comida. Primero el marido, después un hijo, a continuación otro, la detuvieron con el tercero próximo a la muerte. Una historia real que la convenció de la importancia de no perder los nervios y evitar matar a sus padres con algo más contundente, como le pedía la rabia que la consumía desde la revisión en la consulta del ginecólogo hasta el regreso a su casa. Podía haberles matado a tiros, su padre guardaba una pistola en el despacho. O con un hacha, también propiedad de su progenitor, o utilizando los cuchillos de un hermoso juego a la vista de todo el mundo en la cocina.

La mujer del reportaje confesó que sólo quería libertad para irse a las Islas Canarias con un individuo que había conocido en internet. Lo único que se lo impedía era su familia y no le quedaba otra salida que terminar con sus vidas.

“Estúpida…”

A ella no le pasaría lo mismo.

No, no le pasó.

Comenzó a interesarse por diferentes tipos de venenos. Compró por internet mandrágora, que plantó en su casa con la ayuda de su madre. Meses más tarde añadió el estramonio, su flor blanca maravilló a madre e hija, por distintos motivos. Una, quería dar todo a la otra para que dejara el pasado en el pasado. Otra, pretendía iniciar una nueva vida sin acompañantes pretéritos.

Fue un proceso lento, pero coronado por el éxito.

Al regresar del entierro de su madre, su mente se abrió de par en

par a la posibilidad de remediar el mal causado por sus padres en su propio cuerpo.

Aquel día en que la calma saltó por los aires, el ginecólogo dejó caer una bomba, sí, de forma inocente, pero una bomba de efectos incontrolables. Anna tuvo que pedirle que se lo repitiera por si no lo había entendido correctamente. Con una amplia y amable sonrisa en el rostro, lo repitió. Ante la mueca de no entender nada de la chica, intuyó que lo que había dado por hecho que su paciente sabía, lo ignoraba. No podía ser, a nadie se le practica una ligadura de trompas sin posibilidad de revertir el proceso debido a un excesivo soldado.

¿O sí?

A Anna, sí. Su padre exigió, y pagó por ello, que la operación fuese un éxito, para él.

Lo fue.

Su hija no podría concebir nunca, jamás.

Cuando escuchó la repetición de la explicación del amable ginecólogo sobre la operación que sufrió una década atrás, en ese mismo instante, comenzó su obsesión por las mujeres embarazadas y por devolver a sus padres *el favor* .

“¡Nadie merece lo que yo no pueda tener!”

Tras dos intentos fallidos de hacerse con un bebé abandonó Madrid.

Boris abandonó el Jaguar a escasos kilómetros de la frontera. Lo cambió por un discreto Ford que se hallaba aparcado junto a un viejo taller de coches. Como pago les dejó el deportivo y una nota:

“ *Quédatelo, desmóntalo, haz lo que quieras menos lo que no debes. Si me fallas volveré y no seré tan generoso* ”

Nunca supo quién puso la denuncia del Ford robado, si el propietario o alguien de su familia. Tampoco importaba, lo único que tenía importancia era la palabra dada. Boris fue detenido en un control rutinario cerca de la frontera con Eslovenia, de ahí lo siguiente pasaba por cruzar a Italia, tomar la autovía E70 dirección Venecia-Verona-Milan y después, bueno, después, ya vería.

Pero, no hubo ese después.

No el que imaginó.

Los siguientes seis años los pasó en la Prisión de Remetinec, en Zagreb, Croacia. Su condena era de veinte años por el asesinato del doña Klementina, ama de llaves de la familia de Don D anijel Ze c . De lo acontecido en el concesionario del que se llevó el Jaguar, en el que puso fin a la vida del director nada se le pudo achacar. Sí, dejó el deportivo en un taller y lo cambió por un Ford. No, no tiene ningún problema en reconocerlo. En su descargo alegó que se lo encontró con las llaves puestas. ¿Quién no hubiera aprovechado una oportunidad como esta? ¿Eh? ¿Quién? Un ladrón, de acuerdo, pero asesino, no. No se encontraron huellas del detenido ni en el Jaguar, ni en el concesionario, lo cual no era de extrañar porque los rastros que dejaba Boris con sus dedos no se hallaban en ninguna base de datos. Tenía las yemas quemadas desde el fatídico incendio cuyo recuerdo le sigue atormentando una noche sí y la siguiente también.

Durante su estancia en la Prisión de Remetinec entabló amistad con un español que vivía en Zagreb y que le habló maravillas de su país. Un país que Boris deseaba conocer. La oportunidad le llegó cuando se iba a cumplir el sexto aniversario de su llegada a la cárcel. Tomás, el español, le habló de un plan de escape que estaba preparando un grupo de presos. No, no se unirían a ellos, sólo debían de estar alerta para cuando llegara el día.

Lo estuvieron.

El día esperado llegó.

El plan era sencillo, quizá demasiado sencillo. Esta sencillez es lo que empujaba al croata y al español a recelar de hallarse en las próximas horas al otro lado de los muros de Remetinec. Lo único que necesitaban era que los guardias de la prisión estuviesen entretenidos con los presos que pretendían la fuga. Para ello, lo primero era mantenerles informados de la manera más sutil posible de lo que se

estaba cociendo delante de sus propias narices. El soplo recibido por Tomás situaba el inicio de la operativa para la fuga a la 01.00h de esa misma madrugada. El endeble plan contaba con el apoyo de un funcionario de prisiones necesitado de algunos miles de *Kunas* y de silenciar ciertos chanchullos en los que estaba involucrado. A cambio se le informaría de algo importante que iba a acontecer esa misma noche y que le supondría al menos un incremento económico y de categoría.

De endeble que era salió a la perfección. A la 01.15h todos los funcionarios de servicio tenían acorralados a los presos que pensaban huir. Boris y el español aprovecharon la confusión creada por disparos, gases lacrimógenos y un intento de motín, para abandonar la prisión sin ser vistos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

El croata miró a Tomás, su mente volaba al lugar en el que pensaba hallarse en unas horas.

—Tengo que cumplir una promesa, después iré a tu país.

Tomás esbozó una amplia sonrisa.

—Te gustará, seguro. Como sabes no puedo ir contigo, aún me buscan. No te metas en muchos problemas y…

—No soy de problemas, ellos vienen a mí.

—Guárdate mi correo electrónico, escríbeme si necesitas algo —le entregó un pequeño papel.

—Lo haré.

Los largos tentáculos del español ofrecieron a Boris un coche y varios miles de euros. Tras despedirse, condujo en dirección al taller con el que seis años antes tuvo el impagable detalle de cambiarles su viejo Ford por un Jaguar. Había hecho una promesa, como hombre de palabra que era debía cumplirla.

“Yo no busco problemas, ellos me buscan mí”

Repitió mentalmente la excusa que había ofrecido a su compañero de fuga minutos antes. Sonriendo a su salida aceleró dispuesto a poner punto final a su estancia en Croacia en cuanto intercambiara unas breves palabras con el propietario del taller.

Consultó el reloj del coche.

“Tendré que despertarlo”

Faltaban pocos minutos para las tres y media de la madrugada. La mejor hora para Boris cuando se trataba de allanar alguna vivienda en busca de un botín por modesto que fuese. En esta ocasión la motivación era otra; cumplir la palabra dada.

Las cosas no salieron como había pensado. Para ser honesto con él mismo, apenas había dedicado unos segundos a elaborar una mínima estrategia a seguir. A veces es lo mejor, nada como improvisar.

No habían acariciado los primeros rayos de la mañana el tejado del

edificio de dos alturas, cuando una densa llamarada que partía de la planta baja, donde se ubicaba el taller, trepaba por la fachada envolviendo la casa en un abrazo asfixiante y se elevaba al cielo, retadora. Quizá desafiando al sol a que iniciara la jornada o quizá como digna representación del poder del fuego en la tierra.

Boris se detuvo a unos cien metros de la adictiva hoguera. Asistía satisfecho a la pira que se reproducía ante sus ojos. Qué diferencia entre un puñetero sueño y la realidad. Sólo se escuchaba el crepitar de la madera. Nada de gritos molestos, no podía soportarlo.

Se había encargado de que la pareja no tuviera opción de incomodarle con sus alaridos. A él, sin intención. Lo había atado de pies y manos mientras utilizaba su cuerpo como mesa de juegos. Con ayuda de una llave inglesa y unos alicates, que escogió entre otros colgados en una pared del taller, escuchaba con interés la envolvente melodía del crujir de los distintos huesos de su víctima, hasta que de repente, sin saber por qué, el hombre echó la cabeza a un lado. La boca formando una extraña mueca, una sonrisa burlona, los ojos a medio cerrar. Boris lo observó en silencio unos instantes. Chascó los labios, abrió los brazos en cruz y comenzó a abofetearlo con vehemencia para que recobrara la consciencia, aún no daba por cumplida su palabra. Al ver que no reaccionaba llenó una garrafa de agua y la vertió sobre su rostro.

Otra garrafa más.

Nada, no hubo manera. El muy desgraciado se había muerto. Apretó los puños. No, no se podía decir que hubiera tenido éxito como hombre de palabra. El repentino chasquido del resbalón de la puerta se coló en su atormentada cabeza como el más dulce acorde.

Ella entró en el taller con aires de gran dama, dispuesta a sorprender a su marido en alguna actividad con la que no comulgara. Él, acaba de asegurar, una vez más, que no le había denunciado. Cómo iba a hacerlo si ganaba con el cambio. ¿Qué sentido tenía? A Boris le pareció una respuesta creíble que en nada afectaba al objetivo de su visita. La deducción era sencilla hasta para un tipo como él:

“Entonces, tuvo que ser ella, el Ford era suyo.”

Sonrió feliz al verla entrar.

Era su turno.

La mujer accedió al taller acompañada de un estridente discurso que asemejaba ser una habitual cantinela. Al no localizar a su marido se detuvo en medio de la estancia con los brazos en jarras. Miró a un lado y a otro. Su rostro reflejaba la extrañeza que le generaba no encontrarle bebiendo.

—Si busca a su marido lo tiene ahí detrás —Boris surgió como de la nada.

La mujer dio una exagerada bocanada de aire al tiempo que llevaba

una mano al pecho. No era la primera vez que sorprendía a su esposo con algún amigote, borrachos sobre el mugriento sofá, pero a este no lo conocía.

—Me has asustado —dijo sin apenas dedicarle atención. Siguió la indicación del índice de Boris, rodeó la mesa y lo vio.

—Le está esperando, bueno eso me ha dicho antes de morir.

La mujer detuvo su inicial seguro caminar. Dio un paso lento, luego otro y asomó la cabeza con cautela.

—¿Era suyo el Ford? —Boris observaba la espalda de la esposa del mecánico en su errático andar. Estaba comenzando a cansarse de su ridícula altanería. Ante la ausencia de respuesta insistió—: repito la pregunta por si no me ha oído, ¿era suyo el viejo Ford que denunció hace seis años como robado sabiendo que era mentira y que...?

El agudo grito que recibió como contestación frenó en seco la formulación de la pregunta que Boris estaba vocalizando con calma contenida. Dio un par de zancadas hasta colocarse a su espalda. Con la primera sacudida, coincidiendo con el giro del cuerpo de la mujer buscándole, la lanzó contra su marido.

Los gritos no cesaban.

—¡Cállese! ¡Cállese! —llamarla de usted le otorgaba cierta distancia con la situación— ¡¡Cállese de una puta vez!!

Con el segundo guantazo cesaron.

—Estoy esperando una maldita respuesta, *señora* .

La mujer, aún con las manos en la cara intentando mitigar el intenso quemazón, y apoyada sobre el amoratado torso de su marido parecía sopesar los pasos a seguir. Su cuerpo le imploraba continuar berreando aunque sólo fuera como muestra de protesta, sin embargo, la mirada gélida, de ojos claros, del hombre rubio y delgado no lo aconsejaba.

—El puñetero Ford, *señora* , no tengo toda la puta noche, ¿era suyo?

—Eh, sí, sí...

—Denunció usted que lo habían robado.

—Sí, eh yo… sí, bueno…

Boris sacudió la cabeza con los labios apretados, se arrodilló junto a ella. Sólo una rodilla, la otra servía de apoyo a su codo.

—¿No le gustaba el Jaguar? —quiso saber. En su semblante una sonrisa torcida, una ceja levantada como muestra de lo absurdo que le resultaba la actitud de su próxima víctima.

El primer intento de respuesta no fue más que un balbuceo indescifrable. El rostro hinchado por los bofetones del que sobresalían unos mofletes generosos y rosados, rodeaban unos ojos pequeños teatralmente abiertos. Unos labios finos, tanto como el corte de un cuchillo afilado en la tersa piel de una manzana, se esforzaban en

vocalizar.

Boris advirtió la intención de la señora, pero su paciencia se acercaba al límite. La vuelta atrás no era sólo imposible, sino desaconsejable.

—Era un *Jaguar F-Type coupé* , señora … —escupió la última palabra con rabia— ¡¡No un puto Ford!!— ladró al tiempo que su encendido rostro reducía a cero la distancia con el de la aterrorizada víctima.

Boris se incorporó. Caminó en silencio por el taller al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Hay niños en la casa?

Los ojos de la mujer amenazaban con abandonar sus órbitas de un momento a otro.

—No soy un puto pervertido, sólo quiero que estén a salvo. Repito una vez más, si no me responde tendré que ir a comprobarlo —llevó la vista al reloj de pared— y lo que no me sobra es tiempo. Se lo repito por última…

—No… no están. Han ido con… con sus primos.

Boris asintió satisfecho.

Desde que conoció a la pequeña Jana, hija de los Zec, algo parecido a un instinto de protección de menores se había despertado en su interior.

—Levántese.

De pronto, todo se precipitó.

En cuanto la mujer se puso en pie echó un vistazo al cuerpo inerte de su marido. Quizá el detonante fue observar su rostro cubierto de sangre, o un ojo cerrado e hinchado, o quizá la extraña postura que adoptaban brazos y piernas, o quizá un poco de todo. Llevó las manos al rostro al tiempo que de su garganta brotaban alaridos que taladraron los sensibles tímpanos del croata.

Una rápida mirada al reloj.

“No tengo tiempo para esto”

Dos zancadas veloces.

De un brutal tortazo, cargado de intensa irritación, puso fin al desafinado concierto. Con un rápido y certero movimiento de manos en el cuello de la mujer, a su vida. La dejó caer como un fardo junto a su marido.

Antes de abandonar la vivienda-taller recorrió las habitaciones para asegurarse de que efectivamente no había niños en la casa.

Deleitándose con la contemplación de la descomunal llamarada asentía orgulloso de sí mismo por haber cumplido, como no podía ser de otra manera, con la palabra dada.

Había llegado el momento de continuar viaje.

No era la primera vez que los escuchaba, pero sí de esa forma tan extraña. Era capaz de distinguir cuál de sus carceleros surgiría tras el chirrido de las bisagras de la puerta. Sin embargo, estos pasos sonaban diferentes. Lentos, lejanos y distantes el uno del otro.

—¿Me están buscando?

No, tampoco era la primera vez que se repetía esa pregunta, pero sí de esa forma tan segura. Apenas hacía media hora que su guardián había salido y regresado minutos después a la carrera. Algo inusual en su proceder. Cuando se ausentaba tardaba horas en volver, en ocasiones tantas que se le antojaban como días enteros, sin embargo en esta ocasión algo debió suceder ahí fuera.

No, y tampoco era la primera vez que Leyre se esforzaba por recordar cuándo la habían cambiado de lugar de encierro. Cuándo, no lo recuerda, pero sí cómo; con prisas, con nervios, con muchas prisas y con muchos nervios. Casi tantos como los que intuía al otro lado de la mazmorra en la que se hallaba confinada.

Con el paso del tiempo fue trazando un mapa mental del lugar. Debía ser grande, no la estancia que ocupaba, pero sí al otro lado de la puerta. En las escasas ocasiones que pudo atisbar por la cerradura o mientras entraban o salían, haciéndose la dormida, creyó distinguir un pasillo ancho, luz mortecina, bocanadas de humedad, o quizá se tratara de otra habitación. Lo que sí estaba convencida era de que no había ventanas.

Lo peor, más allá de la incertidumbre por lo que podría depararle su futuro, era estar atada por una cadena que partía de su muñeca hasta una argolla en la pared. A la falta de higiene se iba a acostumbrando. Su olfato estaba perdiendo matices.

De pronto, voces.

Leyre se incorporó, los cinco sentidos alerta. Bajó del camastro, trastabillando alcanzó el punto más cercano a la puerta que le permitía la cadena.

Eran voces airadas.

—¿Están discutiendo? —lo extraño no era la discusión en sí, sino el tono.

“Algo pasa”

La sensación interna de ese algo le provocaba, por un lado, un miedo atroz por si pudiera volverse en su contra, y por otro, asemejaba a un fino rayo de esperanza, tan fino como el débil titilar de la luz de una lejana cerilla.

Esperanza al fin y al cabo.

—¿Cómo se te ocurre salir sabiendo que están allí?, ¿eh? A veces no sé en qué piensas, Víctor.

—¿No me dijiste que la inspectora tenía miedo a quedarse en sitios cerrados, cómo decís aquí a…?

Anuca tomó asiento en una desvencijada silla.

—Claustrofobia…

—Eso es, claustrofobia.

Durante los siguientes minutos se hizo el silencio en la estancia. Víctor estaba dispuesto a volver a proponer el mismo tema sobre la mesa de los últimos días. Qué sentido tenía permitir que la inspectora continuara buscándoles.

Ninguno.

Sabían dónde encontrarla, cuál era su ruta cuando salía a correr. Sólo sería un accidente. Ante lo que consideraba una inteligente proposición siempre recibía la misma respuesta. Hay más policías, Víctor. Pondrán a otro, si lo matas, a otro, pero más enfadado que el anterior.

Anuca pensaba que la situación se estaba escapando a su control. No había sido suficiente con que le hubiese dado por cambiar los cuerpos de las chicas de lugar para que no le sucediera lo mismo que con una ama de llaves de no recordaba dónde. Ni que por esa estupidez la policía hubiera encontrado el cadáver de Armando Venta en el zulo en lugar de enterrarlo como a las otras. No podía negar que, hasta que murió, había disfrutado teniéndolo para ella, abusando de él con rabia y deseo desenfrenado en un cóctel afrodisíaco desbocado. El estramonio daba para eso y más.

El recuerdo de Teo, el chico malo del *insti* , el sexo salvaje en el que se sumergían con ayuda de algún tipo de droga que nunca supo cuál era, la excitaba hasta límites dolorosos. Lo mismo que el día que le confesó feliz que esperaban un hijo. Sí, el mismo día que acabó con su vida por cobarde, por *hijoputa* . Lo volvería hacer, de hecho lo mataba cada día en cada ocasión que follaba con Víctor o cuando lo hacía con Armando Venta. Con este alcanzó el éxtasis como nunca antes. Verlo sin vida bajo su cuerpo, dominado, no era superable por nada en el mundo. Incluso el detalle de ponerle un preservativo, sabiendo que no podía quedarse embarazada, seccionarle el pene como mensaje a Teo y a cualquier otro que osara levantarle la mano o abusar de ella. Los hombres sólo valían para lo que valían. Son frágiles, blandos, cobardes y en ocasiones fieles. O quizá fuese por una rabia que sentía incapaz de superar y que se apoderó de ella cuando la pareja de Armando, Graciela, a la que había cuidado con mimo le dio por amenazar con abortar. No, Anuca no podía permitir que ese bebé falleciera. Antes, que muriera su puñetera madre que no valía ni para parir.

A veces pasan estas cosas y fallecen los dos. Lo imperdonable del

caso es que se trataba de una niña. ¡Una niña! No pararía hasta conseguirla.

Al menos pudo dejar la figurita de la Venus Paleolítica de Willendorf en las entrañas de la malnacida. Desde que localizaron los cuerpos, había deseado que ese día llegara al menos un par de años más tarde, se preguntaba qué estaría pensando la policía. ¿Estaban tras su pista? ¿Sospechaban de alguien? ¿La verían como una persona inteligente?

Sonreía al imaginar a los inspectores dándose de cabezazos contra la pared.

Si algo había aprendido en estos últimos días era que su fiel Víctor sufría de celos. Unos celos que sabiendo de lo que es capaz lo volvían muy peligroso.

"Incluso para mí"

Había dado muestras de ello unas pocas horas antes.

Lo que hasta el momento Anuca desconocía era la afición de Víctor por dejar la puerta de la celda de Leyre abierta, ofreciéndole una posibilidad real de huida, para después perseguirla por el monte. Las dos últimas veces no había picado el anzuelo, y la culpa, sin duda, la tenían los malditos brebajes que Anuca le daba.

"Me estoy hartando"

Había decidido poner punto y final a estas infusiones, al menos en las noches en las que le apeteciera jugar al escondite con su presa. Ser el guardián debería tener privilegios, ¿o no? Esperaría para repetir caza unos días, no más de tres. Era consciente que con su última actuación, Anuca estaba más que molesta. Pero, qué cojones, él se lo buscó. Además qué más daba un fiambre más que menos.

Sonrió al recuerdo de un viejo conocido, llamarlo amigo hubiese sido elevarlo a una categoría que nunca había ocupado nadie, que le advirtió que la primera vez que matas a alguien genera cierta sensación de arrepentimiento, pero cuando pasa se convierte en una manifestación de poder sobre la vida de los demás que no te deja parar.

Víctor comprendía la segunda parte, la que se refiere al poder que otorga no tener remilgos para matar a quien sea. Sin embargo, en lo relativo a una cierta sensación de arrepentimiento no terminaba de comprender a qué se podía referir.

21

La noche había sido larga, más exacto sería decir que estaba siendo eterna. Asomada a la ventana, María Pinta eleva el rostro hacia el cielo estrellado. En una hora los primeros rayos del sol comenzarán a acariciar los tejados de Comillas.

Una noche larga de insomnio.

Al regresar de Monte Corona la tarde anterior, tras los saludos de rigor y un escueto buenas noches a sus sorprendidos progenitores se encerró en su habitación. Aún abrasaban cada célula de su cuerpo ascuas del pánico que se apoderó de ella en el zulo. Era consciente, más que nunca, de que debía poner remedio a esos miedos o abandonar la profesión de policía. Repetir una reacción similar con la vida de alguien, incluso la suya propia, en juego no era una opción a considerar.

Tras darse una larga ducha se tumbó en la cama con la ilusa intención de quedarse dormida hasta el día siguiente.

Dos circunstancias lo impidieron:

La primera, el suave golpeteo de los nudillos de Tere en la puerta. María trató de ignorarlo haciéndose la dormida. Su madre no pensaba desistir.

—Que tienes que comer algo, hija, que no te puedes dormir con el estómago vacío después de todo el día trabajando… —breves segundos de silencio—. A saber qué habrás comido por ahí…

María no pudo evitar esbozar una sonrisa. Saltó de la cama, disimulando haber sido despertada abrió la puerta soñolienta.

—Mamá…

Tere esquivó a su hija y accedió al dormitorio. Sus manos sostenían una bandeja con una de las cenas favoritas de la inspectora.

—Te he hecho una tortilla de espinacas, y no me vas a decir ahora que no te la vas a comer… —sin dejar de hablar fue poniendo sobre la mesa un mantel individual, el plato con la cena que destapó, un tenedor y varios colines—. Venga, siéntate y cuéntame qué te pasa, ¿es por el trabajo? —se acercó a la puerta y la cerró sin hacer ruido dotando de mayor intimidad al ambiente.

—Pero, mamá…

—Sin peros, anda, empieza a comer que se te va enfriar. Sí, ya sé que eres toda una inspectora de policía, pero nunca dejarás de ser mi

hija.

Al pasar junto a su madre, María dejó caer un beso en su frente y una caricia en la mejilla.

Durante la siguiente hora entre bocado y bocado de la deliciosa tortilla abrió el corazón a su progenitora. Sí, le había vuelto a pasar. No, sólo estaba Diego y no se trataba de una situación complicada. En cuanto expuso en voz alta la idea que cogía forma en su cabeza sintió los fuertes dedos de su madre agarrados a sus brazos con una firmeza inusitada.

—Eso nunca, ¿me oyes?, nunca… —soltó con voz firme y serena clavando una mirada segura en los ojos de su desconcertada hija—. Siempre has querido ser policía, desde pequeñita, y me consta que eres de las buenas… —no pudo impedir que una franca sonrisa ocupara el espacio de su semblante preocupado—. Tendrás que tomarte más en serio el tratamiento. Recuerda que no es más que un problema en tu cabecita... —le dio dos suaves golpes con el índice en la frente—… y tiene solución.

María observa fijamente a su madre. Cualquier otra hubiera agradecido al Altísimo la decisión de su hija de abandonar el cuerpo de policía. Sin embargo, Tere se había empeñado en que cada uno de sus cuatro hijos enfocara su vida en aquello con lo que se sintiera identificado, sólo les pedía que fuera lo que fuese se dedicaran en cuerpo y alma. El mayor tiene una pequeña y productiva empresa de construcción. Sus otras dos hijas están casadas. La mayor con un *papardo* , apodo con el que se bautiza en Comillas a un tipo de veraneante de toda la vida, y viven en Madrid. La pequeña regenta una mercería a pocos metros de la casa de sus padres.

—¿Me has entendido?

Pinta asintió mientras daba cuenta del último bocado.

—¿Te sigue gustando ser policía?

—Claro, pero…

Tere se puso en pie. Cogió todo lo que había llevado, lo dejó sobre la bandeja y besó la cabeza de su hija.

—Pues entonces no se hable más. Pediré hora al doctor Carrancio, el de Santander.

La segunda circunstancia que le impidió dormir a pierna suelta hasta la mañana siguiente fue su incesante parloteo interior. Una vez superado, al menos en parte, el asunto de cambiar de profesión, le llegó el turno al enrevesado caso que Diego y ella tenían entre manos. El planteamiento de Claudia Cobo no le parecía factible. Que un individuo o una pareja con extremas ideas religiosas optara por abrir en canal a madres que considerase pecadoras y extraerles el feto le

sonaba como un argumento de una mala película de sábado por la tarde. ¿Por qué las figuras de diosas de la fertilidad? Cierto que conocía casos en los que se habían llevado a cabo actos incluso más abominables, pero no terminaba de identificarse con el tema religioso como factor explicativo de la motivación de los asesinos.

"Claudia no suele equivocarse"

La gente no se radicaliza de esta manera durante años, ¿o sí? ¿Qué narices hacían con los fetos? No llamarlos bebés, como propuso Diego, le servía para poner cierta distancia emocional. Si en el zulo se identificaron restos de tres mujeres a las que añadir a Irene Morella y Graciela Martín, sin olvidarse de Leyre Aja, que podría ser otra víctima más, podrían estar ante seis fetos desaparecidos.

Lo que más golpeaba con furia y certeza en sus sienes eran las preguntas que su parloteo interno se repetía sin cansancio. ¿Hay más cadáveres enterrados en Monte Corona? ¿En otro lugar? ¿Se trata de las primeras víctimas o hay más en otras comunidades? ¿Cuándo empezaron a poner en práctica su macabro plan? ¿Han terminado ya? Si lo han hecho, ¿significa que su motivación está cambiando hacia otro perfil de víctimas o que efectivamente han alcanzado su objetivo?

María rodaba sobre la cama de un lado a otro intentando alejarse de tanta pregunta sin aparente respuesta y dormir unas horas.

Si han terminado ya no dejarán más huellas, la posibilidad de que cometan algún error queda en el pasado. Si lo han cometido está en sus manos descubrirlo. El análisis positivo dice que al menos no seguirán muriendo mujeres inocentes y sus parejas.

Cerró los ojos, relajó la respiración dispuesta a caer en los brazos de Morfeo a la menor oportunidad. Sin embargo, una frase resaltaba entre las dedicadas al análisis de las motivaciones que guían a los asesinos en serie. Posiblemente no a todos, pero muchos de ellos, con el paso del tiempo, comienzan a envolver sus acciones como en un juego con dos participantes principales; ellos y la policía. Yo te dejo pistas, tú las sigues. No me encuentras, te dejo más pistas al tiempo que me río de ti. Sigues sin localizarme.

De repente se incorporó en la cama, llevó la vista al exterior de la casa.

—Si las figuritas de las diosas fuesen una pista y no tuvieran nada que ver con planteamientos radicales religiosos, entonces, podría tratarse de... —murmuró mientras salta de la cama y lanza la mirada a las estrellas. Sólo la mirada, su mente seguía a lo suyo.

"¿Una mujer que no puede tener hijos? ¿Un hombre impotente? ¿Una pareja que se siente maltratada por la naturaleza y que se considera con los mismos derechos para gozar de la paternidad?"

—Mierda, mierda, mierda… —escondió la cabeza entre las manos — así no voy a ningún lado.

Asintió con los labios apretados.

Volvió a elevar el rostro.

Un planteamiento parecía aclararse, sea quien fuere el que andaba detrás, o la que andase detrás, o los que andasen detrás, su motivación tenía que ver con el nacimiento o con el embarazo, no con el tráfico de recién nacidos. No se tomarían tantas molestias para llamar la atención de la policía, al contrario.

Se dio media vuelta, y con la primera claridad del día decidió optar por lo único que la tranquilizaba de verdad; correr.

Cinco minutos más tarde rebasaba a la carrera la verja de acceso a la *Capilla-Panteón* , unos metros más adelante le llegaba el turno al *Palacio de Sobrellano* , al que dedicó una mirada entre tierna y de admiración, la misma mirada desde que lo vio por primera vez. Continuaría por la popularmente llamada avenida del colesterol hasta la *Playa de Oyambre* y una vez allí recorrería la orilla arriba y abajo, arriba y abajo, con el permiso de la bajamar.

Esa era la idea inicial.

Por la suave melodía que le llegaba a través de los auriculares se coló insistente el familiar sonido de su teléfono. Detuvo sus pasos y observó la pantalla.

"Qué raro…"

Eran un poco más de las seis y media de la mañana, demasiado pronto para una llamada que no fuera de Diego o del comisario.

—¿Genaro?

—Sí, María, soy yo, espero no haberte despertado y te adelanto que negaré haber hecho esta llamada…

—¿Qué pasa?

Hasta los oídos de Pinta llegó un suave carraspeo seguido de algo parecido a un trago.

—Es que he dicho una estupidez, la llamada queda grabada y aunque lo niegue, yo…

—Ve al grano, por favor, te prometo que en cuanto cuelgue la borro. ¿De acuerdo?

Un ligero suspiro sirvió como aceptación de la irracional propuesta. María aún tuvo que aguardar unos segundos más para escuchar de nuevo la voz de su amigo y agente de la Policía Local de Comillas.

—Espero no haberte despertado, yo te...

—Estaba corriendo y me gustaría seguir si me dejas.

—Hazlo, pero ve a la rotonda del homenaje a Mario Camus, donde empieza la senda a la *Punta de la Garita* , estamos esperando a que venga una grúa y la Unidad de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil porque…

—… *a ver Genaro, menos charlas que la Benemérita está a punto de llegar* … —por el móvil se coló una voz que María conocía bien— Sí,

mi cabo.

Lo siguiente que escuchó la inspectora fue un brusco y esclarecedor silencio de fin de comunicación. Segundos después la voz adormilada de su compañero respondiendo a su llamada.

—Diego, me acaba de llamar Genaro, de la Local de Comillas, una llamada muy extraña, me ha dicho que en la rotonda de la parte de atrás del cementerio están esperando una grúa y a la Unidad de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil —lo soltó de corrido, sin un buenos días, como si no quisiera perder el tiempo con detalles vanos.

Olivares, sentado en el borde de la cama, recién sacado de un sueño profundo se esforzaba en comprender.

—¿Diego?

—Sí, aquí estoy, esperaba que continuaras y me dijeses qué había pasado.

—La verdad es que no lo sé, lo único que te puedo decir es que Genaro ha colgado cuando el cabo Sánchez le ha llamado la atención por hablar por teléfono, así que…

Diego se pasó la palma de la mano por el rostro antes de intervenir:

—Ya, entiendo que lo que esté sucediendo considera que es importante para nosotros. Imagino que será por lo de Monte Corona.

—Eso creo, voy corriendo hacia allí, si quieres te aviso cuando me entere y…

—Me visto y me reúno contigo, te recuerdo que estoy a cinco minutos, he dormido en Ruiloba.

—Es verdad, me había olvidado —la voz de Pinta entrecortada por el esfuerzo.

—Te veo ahora. Ah, qué importante es tener un enamorado en la Local, ¿eh?

—¿Cómo que un…? —antes de completar su pregunta comprendió que su compañero no aguardaría respuesta. El sonido de fin de llamada se lo confirmó. Negó con la cabeza al tiempo que aceleraba el paso.

Pasó, siguiendo la rotonda, junto al bar de copas y tapas *La Montañesuca,* continuó por la llamada carretera nueva, cruzó frente a la *Portalada* que custodia el acceso al antiguo seminario. Al fondo, pudo observar cierto revuelo. Un vehículo de la Policía Local de Comillas ubicado junto al desvío de acceso al cementerio preparado para controlar el tráfico.

—Buenos días, inspectora. Pensé que siempre corría en dirección a *Oyambre* —la voz de Zacarías apareciendo por su derecha, desde el *Barrio de Velecío* , sorprendió a María. Junto al viejo marinero, su nieta—. Algo ha pasado allí —señaló la curva que rodea el cementerio — por lo que dicen algún borracho que ha seguido recto por el

precipicio.

—Hola, Zacarías… —Pinta detuvo su carrera, no por el deseo de entablar conversación sino por la nieta. Sus ojos se posaron en su prominente tripa— ¿Para cuándo lo esperas, Pepi?

La joven bajó la vista y situó ambas manos con dulzura sobre el abrigo, en los extremos de su abultado vientre.

—Para finales de marzo.

Por la cabeza de la inspectora se sucedieron multitud de imágenes recientes, de cadáveres, de asesinos en serie, de figurillas de diosas de la fertilidad, de conversaciones con la forense, de sospechas, de…

—¿Y va todo bien?

—Sí, María, la última *eco* dice que la niña viene sanísima —su rostro permanecía iluminado.

—Me alegra que así sea. Cuídate, mucho, Pepi. Tengo que irme que me esperan allí.

—Eso le digo yo, María, pero no me duerme nada, qué crees que hacemos a estas horas por aquí con este frío. Así cómo se va a cuidar, en fin…

Pinta les dedicó una sonrisa al tiempo que agitaba una mano en el aire y se alejaba del lugar. Recorrió los últimos cientos de metros que le separaban de su destino sintiendo punzadas de culpabilidad en el pecho por no compartir con Zacarías y su nieta la existencia de un asesino en serie que secuestra mujeres embarazadas y roba sus fetos.

“Tranquila…”

Saber que no siempre se trata de mujeres en estado suavizó mínimamente su congoja. A Irene Morella la secuestraron sin estar embarazada.

A no más de cincuenta metros pudo distinguir al cabo Emilio realizando funciones de guardia de tráfico desviando un vehículo por el paso del cementerio.

—Inspectora… —Emilio Tejerina elevó su ceja derecha al tiempo que inclinaba disimuladamente la cabeza—. Parece que huele los casos.

—Hombre, Pinta —el sargento Cancio de la Guardia Civil corrió a saludarla—. Las noticias vuelan, ¿eh? —acompañó el comentario con un vistazo de reojo al cabo y otro más alejado al oficial de policía Genaro.

Como si tuviese la necesidad imperiosa de tomar aire, María apoyó las palmas de las manos en las rodillas y aspiró profundamente, dedicándose unos segundos de disimulado silencio, al término de los cuales asintió con convencimiento.

—Llevas razón, Cancio. En el pueblo es la comidilla lo del borracho. ¿Se sabe quién es?

El sargento arrugó su espeso ceño.

—¿Un borracho? —de nuevo miró a su subordinado que suspiró aliviado al ver que se aproximaba un vehículo al que tenía que desviar —. No quiero saber cómo te has enterado, aunque lo sospecho. Acompáñame.

Accedieron a la zona acordonada.

María barría cada metro al frente, a los lados, buscando algo que se saliera de lo habitual. Se conocía al dedillo esa curva con los bancos de madera colocados en la acera, a escasos dos metros del acantilado, para disfrute de las adictivas vistas que ofrece el Cantábrico.

Todo parecía igual.

Excepto por unos troncos de madera, unidos por una cuerda, que escoltan la senda a la *Punta de la Garita.* Algo los había arrancado de su ubicación original.

Subieron a la acera, caminaron unos metros por la senda y se asomaron al precipicio.

Entre los riscos, golpeado por el oleaje, se defendía de ser engullido por el mar un coche que en su mejores tiempos debió ser de color plateado.

María enfocó la mirada. Su mente trabajaba a toda prisa.

"¿Lo he visto antes?"

—Es un viejo Mercedes.

La inspectora volvió el rostro.

—¿Se sabe quién es el dueño?

Cancio asintió.

—Un viejo conocido vuestro, o, mejor dicho, del inspector Olivares. Un individuo que últimamente ha estado haciendo muchas preguntas por la zona.

El cerebro de María continúa trabajando a toda prisa. De repente, entre tanta imagen inconexa, destaca una que muestra un viejo Mercedes aparcado junto a la Ermita de San Esteban el día que encontraron el primer cadáver en Monte Corona.

—¿El detective?

El sargento Cancio asintió.

—Efectivamente, lo que desconocemos, de momento, es si se encuentra en el interior, pero no tardaremos en averiguarlo —señaló un vehículo especial de la Guardia Civil que se aproximaba por el otro extremo de la carretera nueva, desde el camping.

Justo detrás, el Audi A1 del inspector Olivares.

Hasta que el vehículo de la Unidad de Actividades Subacuáticas no se echó a un lado y se detuvo, Pinta no advirtió la inminente llegada de su compañero.

—¿Quién dio el aviso?

Cancio estiró el brazo señalando a un individuo que se movía nervioso.

—El conductor de ese camión. Serían algo más de las cinco y media de la mañana.

—¿Qué le pasa?

El sargento se quitó la gorra, se rascó la despejada coronilla y volvió a calársela.

—Puedo entenderle, hacer de buen samaritano le va a suponer llegar con retraso a la entrega de la mercancía. Me he ofrecido a hablar con quien haga falta, pero no parece suficiente.

—Ya veo.

Los siguientes minutos resultaron algo caóticos, no por la puesta en escena de los miembros de la Unidad de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil, ni siquiera por las maniobras llevadas a cabo por una grúa pluma de gran tonelaje 4×4, buscando la mejor ubicación, y su posterior anclaje desde el que extraer el Mercedes del acantilado. No, el mal disimulado caos se inició con la llegada del teniente Cortado de la Guardia Civil al divisar a la pareja de inspectores de la Policía Nacional y su posterior reprimenda a la pareja de agentes del cuartel de Comillas.

—No tengo nada contra ustedes, pero me niego a aceptar que aparezcan en cada uno de mis escenarios sin ser llamados.

La paciencia de Diego rozaba el límite desde tiempo atrás. Sólo lo rozaba, aún podía aguantar un poco más antes de dejarse llevar y dejar una muestra pública de su malestar.

Intentó rebajar la tensión.

—Si nos limitáramos a llamarlo escenario, sin más, y permitiésemos colaborar a todos los cuerpos policiales quizá…

—¿Qué insinúa?

—¿Insinuar? Nada, teniente, no insinúo nada. Lo que intento decirle es que si colaboramos podremos evitar situaciones embarazosas o retrasos en las investigaciones.

El menudo teniente negó con la cabeza.

—Le repito que es mi escenario, hablaré con su superior.

Diego frunció los labios.

—Verá, teniente, es muy probable que haya un cadáver en el interior del vehículo —intervino conciliadora María—, cuya identidad podría ser la de don Valentín Corneja, detective privado al que creo que conoce.

—¿Y bien?

—El señor Corneja había sido contratado para localizar a varias mujeres desaparecidas. Una de ellas, Graciela Martín, fue hallada con el cuerpo mutilado en Monte Corona, como bien sabe —Pinta hizo una breve pausa para que calara su mensaje antes de añadir—: El detective llevaba unos días haciendo muchas preguntas por la zona.

El teniente Cortado lanzó la vista al despejado horizonte, suspiró

con escaso disimulo y la enfocó en Olivares al tiempo que fruncía los labios.

—Me está diciendo que van a volver a pedir que el juzgado de San Vicente de la Barquera se inhiba en favor del de Santander. ¿No es eso?

—¿Le parece correcto, teniente? —Diego tomó la palabra— ¿Cree que si se confirma la identidad del individuo visto en el interior del Mercedes, y coincide con la del propietario del mismo, Valentín Corneja, el caso debería incluirse con el que llevamos de Monte….

—No me corresponde a mí tomar ninguna decisión al respecto, inspector. Hagan lo que tengan que hacer, por mi parte no encontrarán ningún impedimento —soltó antes de girar sobre sus pies y encaminarse a supervisar las labores del equipo especial.

—Yo diría que eso debe traducirse como un *sí, inspector* , *me parece correcto* —apuntó María imitando al teniente.

Durante unos minutos los dos policías permanecieron en silencio atentos a las labores de la Unidad de Actividades Subacuáticas. Tras unos titubeos iniciales de los operarios de la grúa con el anclaje, por medio de un brazo metálico extensible consiguieron sujetar el Mercedes. La mar parecía no estar nada dispuesta a que se llevaran su juguete, desfigurado por la caída y los bruscos golpes recibidos del insistente oleaje y su impacto contra las rocas.

La operación no fue sencilla, ni rápida. Se necesitaron no menos de cinco intentos para que un agente pudiera acceder al vehículo, aprovechando una breve pausa del oleaje, y confirmar la existencia de un cuerpo en el interior. Otros cinco intentos más para alcanzar su documentación, y asegurar el cuerpo con ambos cinturones de seguridad.

—¡Vamos, vamos! ¡Rápido! —los gritos de un agente alertaban a su compañero de la inminente llegada de olas de más de tres metros.

No había tiempo para extraer el cuerpo, introducirlo en una camilla y subirlo por el acantilado entre pausa y pausa del oleaje. Lo harían todo a la vez; vehículo más cadáver.

Pinta y Olivares observaron como un miembro de la Guardia Civil hacía entrega al teniente Cortado de una bolsa transparente que guardaba algo de pequeño tamaño. Introdujo una mano enguantada y extrajo lo que había en el interior.

—¿Una cartera? —susurró María.

Diego asintió sin despegar la vista de los guardias.

—Debe ser de Corneja.

—Si es que se trata de él, Diego. El coche es el suyo, pero pueden existir muchos motivos por los que condujera otro. El teniente Cortado

tenía parte de razón, no saber la identidad de…

Pinta cesó de hablar en cuanto advirtió al teniente encaminarse en su dirección. Su zancada ligera mecía su cuerpo menudo como si flotara con cada paso. Al llegar a la altura de los inspectores extendió el brazo sosteniendo con firmeza el objeto que le acababan de entregar introducido en una pequeña bolsa de pruebas.

—Parece que se trata del señor Corneja, a falta de una identificación efectiva del forense —lo soltó de corrido como si temiera lamentarse de lo que estaba haciendo.

María y Diego intercambiaron disimuladas miradas de extrañeza.

—Gracias, teniente —Olivares extrajo unos guantes de látex del bolsillo y se hizo con la bolsa.

Cortado apretó los labios y regresó junto a la grúa.

Todo apuntaba a que efectivamente se trataba de la documentación del detective al que no imaginaban conduciendo borracho y saliéndose de la carretera.

—No termino de verlo —apuntó María señalando el punto por el que se supone cayó el Mercedes.

En dicho punto varios agentes de la Guardia Civil realizaban el atestado.

Diego no había dedicado un segundo a inspeccionar la zona. El momento de iniciar su particular investigación del supuesto accidente había llegado.

Olivares siguió con la mirada las indicaciones de su compañera. Faltaba algo crucial.

—¿Ves? No hay ninguna huella de rodadas en el suelo. Mira, por la posición de los troncos de madera, no venía desde el muelle, sino de la universidad —señaló a un lado y a otro — o se quedó dormido en la recta y mantuvo el coche derecho hasta la rotonda, pero…

Diego miraba a un lado y a otro analizando las ideas de María, siempre cargadas de juicio.

—La autopsia nos dirá si…

—Lo que yo diga, Diego, eso será lo que diga la autopsia —la forense Claudia Cobo surgió por el desvío del cementerio.

—No te vi venir —indicó María.

La forense miró en torno, dejó ir la vista al lugar en el que se estaban llevando a cabo los trabajos de extracción del Mercedes y su ocupante, señaló a su espalda con el dedo pulgar sobre su hombro.

—Dejé el coche ahí detrás...—su voz próxima al susurro—. No veo el cuerpo.

—Viene dentro del coche.

En cuanto la carrocería del viejo Mercedes se desprendió del brazo

metálico de la grúa, se procedió a abrir la puerta del conductor con un instrumento similar a un alicate de gigantescas proporciones. Diez minutos más tarde el cuerpo sin vida de Valentín Corneja descansaba sobre una camilla con la forense Cobo a su lado. No fue lo único que se extrajo del vehículo. Una funda de un portátil, con el ordenador en su interior, un maletín de viaje y dos botellas de Jack Daniel´s. Una vacía, la otra con un par de dedos de whisky.

Pinta y Olivares se hallaban a dos metros del cuerpo y de la forense.

—Es innegable el olor que desprende —Claudia estaba incorporada sobre el rostro de Corneja— a simple vista parece que estaba totalmente ebrio —volvió el rostro hacia los inspectores— quizá sea un accidente por exceso de velocidad y quedarse dormido al volante a causa del alcohol.

Esa fue la misma impresión que caló en la Guardia Civil.

Todo parecía claro.

La inspectora señaló a su compañero el maletín y la funda del ordenador portátil y asintió con media sonrisa en el rostro. Al menos una noticia positiva para la investigación. La funda y el maletín apenas se encontraban húmedos. El oleaje había impactado contra el vehículo que no terminó de desprenderse del acantilado encajado entre la pared y las rocas del fondo.

—¿El teléfono móvil? —Olivares formuló la pregunta en dirección al cabo Emilio Tejerina de la Guardia Civil del cuartel de Comillas.

El agente buscó entre los objetos que habían localizado en el Mercedes y negó con la cabeza.

—De momento no hay nada.

Hora y media más tarde, con la inspectora arreglada tras una reparadora ducha que eliminó, al menos en parte, la mala noche pasada, se pusieron en camino en dirección a la *Posada Torre del Milano* , en Ruiseñada, donde uno de los curiosos que se acercaron hasta el cordón policial aseguraba que se alojaba el detective. Tras una llamada para comprobar la información realizaron la oportuna visita. Pinta en su Alfa Romeo Giulietta 2.0 Diesel de 150 cv abría camino.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando los inspectores, en sus respectivos vehículos, accedían a la senda que cruza el cuidado jardín que rodea la posada. De posada, en lo que se refiere a la imagen mental que un visitante puede hacerse de este tipo de establecimientos, nada tiene. Ni la apariencia externa; tres construcciones, la central de dos alturas en forma de torre almenada, como homenaje al primitivo campo de golf de *Oyambre* . Sobre los

tejados de los extremos de dos y tres aguas despuntan unas buhardillas como faros vigilantes. Ni la apariencia interna; no ya por su piscina cubierta, su jacuzzi, sino por la sobria elegancia, limpieza, a la que unir la grata sensación de haber acertado con la elección. Si quedaba alguna duda de ello, para María Pinta, comillana de generaciones, no había ninguna, para Diego en su primera visita, el recibimiento de Patricia, al frente del *Posada Torre del Milano* , se encargaría de disiparlas.

Si las hubiera.

En cuanto aparcaron, María saltó del coche dispuesta a compartir con su compañero sus impresiones en relación a Valentín Corneja y la explicación dada, en principio, sobre el motivo de su fallecimiento.

—¿Crees que era alcohólico?

—¿Corneja?

Como respuesta recibió un acelerado asentimiento de cabeza de su compañera.

—No, nunca le he visto borracho.

—¿Por qué iba a llevar una botella casi vacía y otra sin abrir en el asiento del copiloto? —Pinta puso las manos sobre sus caderas al tiempo que negaba con la cabeza—. A ver, sabemos que estaba haciendo preguntas a todo el pueblo.

—Sí, también pasó por Ruiloba.

—Eso es lo que no me cuadra, ¿bebía entre casa y casa que llamaba?

—En algún momento tuvo que beber, ¿no? Quizá al terminar decidió echar un trago y… —propuso dispuesto a recorrer los escasos metros que les distanciaban de la recepción.

—¿Un trago? Según Claudia apestaba a whisky, además, si había terminado, ¿qué hacía a las cinco de la mañana en dirección contraria a Ruiseñada? —sacudió la cabeza y empujó la puerta de acceso a la *Posada Torre del Milano* .

Diego se tomó unos segundos en interiorizar el razonamiento de María. Visto de esa manera no tenían ningún sentido las últimas horas de vida del detective. Lo lógico en un profesional sería que a la hora del accidente se hallara durmiendo a pierna suelta reuniendo fuerzas para aprovechar al máximo un nuevo día. Al inspector le constaba la capacidad de trabajo de Corneja.

No, definitivamente no le veía como un conductor temerario, borracho e irresponsable. Cierto que no sería la primera vez que actitudes de personas que creemos conocer nos desconciertan, incluso algunas actitudes propias nos pueden sorprender en circunstancia concretas.

Sí, puede ser, pero coincidía con María. Había algo muy extraño en todo esto.

—A ver si Claudia nos aclara un poco las ideas con la autopsia… —siseó entrando a la posada.

22

—¡María! Pero ¿cómo es posible? —Patricia salió al encuentro de su amiga —, ¿muerto?

Pinta asintió.

— Es el inspector Olivares, mi compañero — señaló con el pulgar a Diego .

— Encantada.

— Lo mismo digo. ¿Podemos ver la habitación del señor Corneja?

Patricia asintió. Su rostro afectado reflejaba la congoja que le estaba suponiendo la noticia. La muerte de un cliente, a pesar de que apenas cuarenta y ocho horas antes desconociera su existencia, una vez alojado aunque tan sólo haya sido por una noche, afecta y mucho.

Diego caminaba tras las dos amigas. Tenía con su compañera un acuerdo tácito que inconscientemente salía a relucir cuando en el transcurso de una investigación se topaban con gente cercana a cualquiera de los dos. Era una forma de reconducir el objetivo de la visita sin permitir que la amistad o la confianza alargara más allá de lo necesario la entrevista.

— ¿Sabe si ha tenido alguna visita? — preguntó Diego a la espalda de las mujeres.

Patricia se detuvo, cruzó los brazos como gesto inconsciente que le permitiera controlar su nerviosismo y negó mirando al suelo, intentando recordar.

— No. Lo único que hizo fue enseñarme unas fotografías de unas mujeres desaparecidas que estaba buscando. Pasó la mayor parte del día fuera.

—¿Esta pasada noche no regresó en ningún momento?

De nuevo el mismo gesto. Mirada ausente en el suelo temiendo que se le pasara algo por alto. Quería ayudar, su cliente se lo merecía.

— Pues, eh… no, salió temprano y no lo he vuelto a ver. La verdad es que en estas fechas no suele haber muchos clientes. Con el… con el señor Corneja son dos y como no es normal que venga nadie de noche, quizá entró y salió sin que nos enterásemos —se detuvo— Es aquí… —dijo abriendo la puerta de la habitación que fue de Valentín durante una noche.

Les recibió una cama impoluta, sin arruga alguna en la colcha. Una camisa sobre el respaldo de una silla. Un par de zapatos a un lado,

junto a una bolsa de supermercado.

—Buscamos un teléfono móvil… —dijo Olivares a nadie en particular mientras se ponía unos guantes.

Tras varios segundos de silencio e infructuosa búsqueda. María miró a su amiga.

—¿Recibió alguna llamada o vino alguien preguntando por él?

—No que yo sepa, pero lo puedo comprobar, dame un segundo— abandonó el dormitorio con paso acelerado manteniendo los brazos cruzados sobre el pecho.

Olivares extrajo su teléfono del pantalón y buscó el contacto de Corneja. Al quinto tono una voz conocida:

“ *El número al que llama está apagado o …* ”

—He marcado su número por si estaba por aquí el móvil, parece que está apagado.

—Esto debe ser el cargador —Pinta elevó en el aire el pequeño aparato—. Una de tres, o tenía otro en el coche, que por ahora no se ha localizado, o pensaba regresar pronto o se le olvidó llevárselo.

—Puestos a apostar me inclino por las dos primeras opciones. A pesar de su aspecto desaliñado era un buen profesional.

Unos pasos acelerados avisaron del regreso de Patricia.

—No, no le llamó nadie —apretó los labios—. Con la que cayó ayer igual le cogió por sorpresa. Llovió mucho y tuvo el accidente.

Ambos inspectores asintieron.

—¿Qué hago con sus cosas?

—Tenemos que esperar los resultados de la investigación. Si todo se confirma como un accidente mandaremos a alguien a recogerlas y avisaremos a la familia.

—¿Confirmar que fue un accidente, María? ¿Crees que… que fue otra cosa?

Pinta esbozó una sonrisa de circunstancias lamentando haber expuesto sus sospechas en voz alta.

—Es el procedimiento habitual, Patricia. Hay que descartar que las cosas no sean lo que parecen —la inspectora se acercó a su amiga—. ¿Sucede algo? Te noto, no sé…

—No, no, es sólo… esos asesinatos en Monte Corona. Prácticamente es aquí al lado, y… bueno, algunos clientes llaman y hacen preguntas, tienen miedo de que un asesino ande suelto por aquí cerca.

Diego interpretó la situación como que había llegado el momento de echar un capote a su compañera.

—No te voy a negar que el culpable de esas dos muertes que dices no está detenido, pero estamos en ello y más cerca de lo que él cree —forzó una sonrisa ladeada al tiempo que abría un cajón de la mesilla. De su interior extrajo lo que en sus mejores momentos fue un grueso cuaderno con espiral en la parte superior, y en los actuales apenas

conserva diez hojas.

Todas manuscritas.

—¿Es de Corneja? —quiso saber Pinta.

Como respuesta, Diego ofreció un extraño sonido gutural acompañado de un leve asentimiento de cabeza, sin separar la vista del bloc.

—Bueno, os dejo trabajar —indicó Patricia— si necesitáis algo llamadme, por favor.

—Lo haremos, gracias.

En cuanto se quedaron a solas en la habitación de Corneja, Olivares se dispuso a contestar a su compañera.

—Parece un diario, o quizá sean sólo unas notas que resumen lo que le sucedió a lo largo de cada día.

Pinta señaló el lomo del cuaderno.

—Faltan un montón de hojas.

—Sí, si se trata de un diario sería extraño, pero si son notas, es posible que sea un borrador para luego pasarlo a limpio. En el portátil quizá encontremos algo.

—También tenemos el maletín de viaje… —miró alrededor— allí hay otra maleta —señaló el armario abierto.

Diego comenzó a leer en voz alta:

— *…han encontrado el cuerpo de Graciela Martín. He llegado tarde. Me temo que no será el único. Tengo que decírselo a sus padres. Otra chica muerta por el mismo asesino, cerca de Graciela, se trata de Irene Morella, no es familia de ninguno de mis clientes. Algo me dice que Hortensia Calatayud también está por la zona. Ojalá siga con vida. ¿Robo de fetos igual a nexo en común?, Hortensia no estaba embarazada…*

— ¿Hortensia? —más que una pregunta de la inspectora sonó como un lejano lamento que daba vida a sus temores.

—Escucha esto, María —: *Pinta y Olivares afirman que cuando desapareció Irene Morella no estaba embarazada. ¿Correrá Hortensia la misma suerte? ¡¡¡URGENTE LOCALIZARLA!! ¡¡YA!! Esta tarde termino el barrio de Velecío en Comillas y después iré a las urbanizaciones del puerto….*

—¿Al puerto? A pocos metros de donde se encontró su coche. ¿No dice nada más?

— No, las dos páginas que quedan están en blanco.

—No parecen las notas de alguien que pensaba beberse una botella de whisky —María abrió el armario, tras un rápido vistazo a las baldas vacías cogió la maleta y la colocó sobre la cama. Con gestos nerviosos,

cargados de ansiedad, tiró de la cremallera central y dejó al descubierto lo que había en su interior. Su rostro se contrajo al aspirar el olor concentrado a ropa sucia que se abalanzó sobre ella aferrándose a su nariz. Debajo de los calcetines, calzoncillos, camisetas y camisas que pedían a gritos uno o dos lavados, encontró un par de camisas con apariencia de estar limpias.

Y nada más.

Lentamente volvió a cerrar la maleta. Se dejó caer sobre la cama con los pies en el suelo. Recorrió con la mirada todo lo que abarcaban sus ojos al tiempo que ladeaba el rostro. Diego no había apartado los suyos de los gestos extraños de su compañera. Gestos que ponían de manifiesto que por el motivo que fuera este caso parecía golpearle de cerca.

—¿Qué sucede, María?

La inspectora pestañeó un par de veces, los labios ceñidos. Buscó los ojos de su compañero. Excluyendo un par de amigas, y en ocasiones su madre, Diego se había convertido en la persona con la que podía compartir sus temores, sus preocupaciones y sobre todo sus alegrías.

—¿Es por lo del zulo?

—¿Eh? ¿Lo del…? No, no, es, eh… bueno, es todo y nada. Seguro que son tonterías mías.

Olivares cogió una silla, la acercó hasta la cama y tomó asiento con los brazos cruzados sobre el respaldo.

—Si me quieres contar, aprovecha —apuntó con semblante amigable.

Pinta llevó las manos al rostro, lo frotó un par de veces, suspiró otras dos y asintió.

—Verás, me duele el alma que a estas chicas les hayan robados sus bebés —levantó la palma de la mano en dirección a su compañero al intuir lo que volvería a partir de su boca—. Sí, ya sé que es mejor llamarlos fetos para poner cierta distancia, lo sé, pero… ¡Joder, Diego!, no puedo dejar de pensar en ellos como bebés. No es muy profesional, lo sé, pero no, no puedo...

El inspector permaneció con los labios sellados, no era momento de consejos del tipo, *ya te avisé* , o frases demoledoras como, *esto va incluido en el sueldo* , *compañera* . En lugar de eso permaneció atento a lo que faltaba por llegar.

—Hay algo más, ¿verdad?

María volvió a repetir la misma secuencia de gestos de minutos antes; frotarse el rostro dos veces, suspirar otras dos y asentir. La mirada la dejó descansando en el suelo.

—Mi hermana pequeña, Carmina, está embarazada. Mi vecina Pepi, Anuca. Cuando voy por Comillas o Santander o por cualquier sitio veo

mujeres embarazadas todo el rato. Se me contrae cada músculo del cuerpo al pensar que cualquiera de ellas puede ser la siguiente víctima… —trasladó la mirada del suelo a los ojos de su concentrado compañero—. *Tengo* que evitar que vuelva a hacerlo, *tengo* que encerrar a ese malnacido, *tengo* que hacerlo... —se tomó unos segundos antes de añadir—: ¿Qué me dices de los restos hallados en el zulo que faltan por identificar? podrían ser ya seis las mujeres sin sus bebés y…

—No te hagas eso, María.

La inspectora detuvo su exposición como si hubiera recibido un calambrazo.

—¿Que no me haga qué? ¿A qué te refieres? —el tono cercano al reproche sorprendió a Diego.

—No sabemos si esos restos de las tres mujeres a los que te refieres tiene una historia como la de las otras dos que se han encontrado, y que…

—Graciela e Irene, sé que prefieres no ponerles nombre, pero de momento, no puedo evitarlo.

—Sí, decía que no sabemos si están muertas, ni si estuvieron embarazadas y en caso de estarlo si les robaron sus fetos. Lo que te digo es que no dejemos que nuestras emociones se adelanten a la investigación —calló unos segundos—. Sí que estoy de acuerdo del todo contigo en algo crucial, pero no estás sola en esto. *Tenemos* , no *tienes* , *tenemos* que localizar a este individuo o a la pareja cuanto antes, porque es muy probable que sigan actuando.

Se hizo el silencio durante el siguiente minuto en la habitación, al término del cual el inspector añadió:

—No hay que olvidar que si el cadáver de Corneja está relacionado con el caso, los asesinos ya no se dedican a mujeres embarazadas, no tienen problemas en matar si la ocasión lo merece.

—Ya lo hicieron con Armando Venta. No sólo lo mataron sino que lo violaron.

Diego se puso en pie.

—Sí, aunque entiendo que fue debido al odio que debe tener esa mujer a los hombres, suponiendo que estemos en lo cierto al pensar que se trata de una pareja.

—Lo estamos, Diego —apuntó firme, convencida.

María se incorporó. Tres pasos más tarde entraba en el cuarto de baño.

Diego pensaba que tras lo expuesto por su compañera había algo más que le empujaba a sentir este caso como algo personal. No hacía mucho tiempo que habían hablado de su trabajo como policías y ser padres. La adopción de Toñín fue su aportación a la posibilidad de crear una familia. Por el momento no se había planteado nada más al

respecto.

María, en el baño, pensaba que no había sido del todo sincera con alguien que sabía lo que subyace en lo más profundo de sus sentimientos; ser madre. Las relaciones anteriores no le habían conducido a ello, de lo que se alegraba visto el resultado. Sin embargo, su reloj biológico avanzaba sin pausa, sin ningún tipo de consideración por su situación personal. Sus treinta y cinco años no le impedían la materialización de su deseo, pero los años pasan, y pasan. Era precisamente eso, imaginar que al fin conocía al que consideraba, una vez más, que sería el padre ideal para sus hijos, y era raptada por estos *hijoputas* que la asesinaban, robaban a su pequeño y…

Clavó los ojos en la imagen que le devolvía el espejo.

"Tranquila… tranquila. Diego tiene razón. Debo poner espacio entre el trabajo y mis emociones"

Asintió a su razonamiento.

"Me va a costar, lo sé…"

Tras lavarse la cara abandonó el cuarto de baño dispuesta a dejar brotar la vertiente profesional en cuanto pusiera un pie en el dormitorio.

—Si aceptamos que la muerte de Corneja no fue un accidente, diría que estamos ante un asesinato por impulso, algo no premeditado.

Diego esperaba un regreso aún envuelto en sensaciones recientes, no pudo disimular cierta sorpresa al ver a su compañera tan resuelta, esforzándose en retomar el control de sus emociones.

—¿No crees que esté relacionado con su investigación? Una discusión por…

—No, no, al contrario. Creo que Corneja se encontró, posiblemente sin saberlo, con los asesinos. Lo mataron porque se estaba acercando demasiado o se sintieron descubiertos.

Olivares echó un último vistazo a la habitación dispuesto a regresar a Santander, pero antes quería concluir la conversación.

—Despeñar su viejo Mercedes con el cuerpo dentro tiene sentido con lo que apuntas —se detuvo junto a la puerta del dormitorio, la mano sobre el pomo—. ¿No les hubiera hecho ganar más tiempo esconder el coche en cualquier parte de Monte Corona o en otro lugar de los que abundan por aquí?

María dio un repaso a su arma, a la placa, una rápida mirada en el espejo para eliminar cualquier vestigio del mal rato pasado minutos antes y volvió el rostro.

—Eso hubiera sido la opción lógica si se hubiesen detenido a pensar. Es posible que trasladarse en dos coches a Monte Corona, uno el de Corneja, la posibilidad de que alguien les viera les haya llevado a actuar de esta manera tan distinta de su *modus operandi* habitual.

—Sí… Despeñar el coche lo aleja de Monte Corona y de los

asesinatos. Sin embargo, que no hayamos encontrado su teléfono móvil, ni en el Mercedes, ni aquí, sin olvidar la posibilidad de que saliera despedido por una ventana, abre la opción a la implicación de terceros en su muerte.

María sonrió. Diego abrió la puerta del dormitorio cediendo el paso.

—¿Qué?, ¿qué te ha hecho gracia?

—No, nada, que a veces, cuando te explicas me recuerdas al comisario.

—¿Yo?

—Sí, pero sólo a veces, tampoco te preocupes mucho. Por cierto —se detuvo y se giró—. ¿El detective no llevaba el móvil enganchado en una trabilla del pantalón?

—¿Dónde?

María cogió con dos dedos la trabilla por la que pasa su cinturón.

—Me refiero a esto, ¿no lo llevaba aquí enganchado?

Diego asintió lentamente, imaginado al detective.

—Ahora que lo dices, sí, era una manía.

Tras despedirse de Patricia con la promesa de mantenerla informada de lo que procediera hacer con el equipaje de Valentín Corneja, pusieron rumbo, de nuevo en fila india, a la Jefatura Superior de Policía de Santander.

En el maletero de la inspectora la cajita con las representaciones de las diosas encontradas en el zulo.

En la cabeza de ambos inspectores viajaba la necesidad imperiosa de poner fin al caso cuanto antes. Ir tras un asesino en serie ya es de por sí estresante. Si se trata de una pareja, en la que al menos uno de ellos está comenzando actuar de manera diferente, lo complica aún más.

Nada más poner un pie en la Jefatura los inspectores se encerraron en la sala de reuniones en la que ya habían empapelado la pizarra con fotografías de las víctimas. De camino tuvieron que responder varias preguntas de sus compañeros sobre el caso que llevaban entre manos.

La inspectora dejó sobre la mesa la pequeña caja con sus diosas dispuesta a poner nombre a las que no conocían. Dio un rápido vistazo a la pizarra que resumía la investigación.

Cogió un rotulador y escribió en un extremo, entre interrogaciones:

“¿Valentín Corneja, detective?”

En cuanto recibieran las conclusiones de Científica y posiblemente del SECRIM de la Guardia Civil que levantaría el atestado del supuesto accidente, borrarían o no las interrogaciones que escoltan el nombre del bueno de Corneja. Ambos deseaban que llegado dicho momento lo

que hubiese que borrar fuese el nombre completo, pero también ambos, estaban convencidos de que no se hallaban ante una muerte por accidente.

Claudia Cobo llevaba una semana sin apenas salir del Instituto de Medicina Legal de Santander. Parecía que los últimos fallecidos en Cantabria se habían puesto de acuerdo para morir de forma sospechosa. Su laboratorio forense se hallaba a rebosar.

Había recibido una llamada del inspector Olivares apenas unos pocos minutos antes, en la que le decía que salían de la *Posada Torre del Milano* en Ruiseñada rumbo a la comisaría. Le pedía que acelerase en lo posible la búsqueda de huellas en el maletín y el portátil de Valentín Corneja. Necesitaban echarles un vistazo cuanto antes. Hizo hincapié en rogarle que estableciera si su muerte había sido accidental o no.

De nada valió recordarle que apestaba a alcohol, que por tanto las posibilidades de pérdida de control del vehículo se multiplicaban exponencialmente. No obstante, la forense no lo tenía tan claro como quiso aparentar. Nada dijo cuando lo examinó en el inicial escenario, minutos después de ser rescatado del acantilado, respecto a la rotura de al menos dos vértebras cervicales de la víctima, la C4 y C5. Una rotura que no se correspondía con la típica lesión derivada de una fuerte sacudida al caer, sino que, en su opinión, era debida a un proceder intencionado. Opinión que debería argumentar tras una concienzuda autopsia.

Había enviado muestras de sangre, de orina y del estómago de Corneja, a un laboratorio privado para conocer cuanto antes las conclusiones. Si el informe que recibiese se ajustaba a sus sospechas, o mejor dicho a las de Pinta y Olivares, seguramente no estaría poniendo su puesto de trabajo en peligro.

Claudia había ordenado a sus compañeros que analizaran a fondo el interior del vehículo del detective en busca de pruebas, de huellas no sólo dactilares. Fibras, cristales, colillas de tabaco, pisadas, incluso pelos, saliva, sangre, lo que fuera que ayudara a averiguar qué había sucedido en el viejo Mercedes. Idéntico trabajo esperaba que llevasen a cabo con el maletín y el ordenador portátil.

Todo pasaba porque sus sospechas y las de los inspectores no se alejaran ni un milímetro de lo que realmente había sucedido. De lo contrario, quizá tuviera que buscarse las castañas en otro lugar, otra ciudad. Había asumido la total responsabilidad al disponer todos los recursos, ya escasos en estos momentos, a una investigación, otra más, sin nada que lo justificara más allá de su intuición.

“Cada día te comprendo más María Pinta”

Esbozó una sonrisa al recuerdo de su amiga.

Tras un breve redoble de nudillos, una compañera asomó la cabeza bajo el quicio de la doble puerta de la sala de autopsias. En una mano blandía el informe de los restos biológicos encontrados en el zulo en el que se halló a Armando Venta.

—Te lo dejo aquí —señaló una encimera.

—Gracias, Alicia. Ahora mismo lo leo.

La forense devolvió su atención al cuerpo del detective Corneja, más concretamente a su cuello. No se había equivocado con el análisis preliminar realizado en la misma carretera. Dada la deformidad y hasta la crepitación a determinado nivel, sospechó la existencia de fractura vertebral a nivel medio de la columna cervical y, dado lo llamativo, intuyó que un desplazamiento del disco intervertebral con posterior sección medular produjera la muerte de manera inmediata. La realidad era que no se había equivocado del todo. Sospechaba que había algo más, pero le resultaba de lo más extraño. Ahora, en la autopsia, podía ver con claridad.

Sí, el cadáver presentaba fractura del Axis, concretamente una espondilolistesis traumática de C2. Lesión compatible con accidente de tráfico o caída.

Miró el rostro amoratado de Valentín.

—Tú sumas las dos…

Pero, sí, había más.

Lo que le hizo apuntar con claridad que la causa del fallecimiento no fue el accidente se lo proporcionó lo que definió en su informe como “ *manifestaciones evidentes de violencia física en forma de numerosas lesiones traumáticas que se aprecian en la cabeza”* . A lo que había que añadir que se “ *advierte fractura de apófisis a nivel craneal, con estallido de un cuerpo vertebral”* .

—Te han dado una paliza brutal, Valentín… —susurró.

El informe concluiría destacando que no se habían encontrado síntomas de inmersión. Don Valentín Corneja falleció antes de caer por el precipicio en el interior de su coche. Las cuatro costillas rotas que presentaba eran compatibles con la caída al impactar contra el volante sin llevar el cinturón puesto.

Confiaba que sus compañeros obtuvieran del vehículo ADN suficiente para localizar a sus asesinos. Apretó los labios mirando el rostro del detective al tiempo que se despojaba de la protección facial.

“Sin duda fuiste asesinado...”

Rodeó la camilla en la que se encontraba Corneja. Se quitó los guantes con la mirada en la encimera sobre la que minutos antes

Alicia había dejado un informe.

Lo cogió.

Miró en torno y se encaminó hacia una silla en el otro extremo de la sala. Al solicitar el encargo al laboratorio privado había incluido la petición, quizá no muy legal, de que el ADN que se extrajera fuese cotejado con el Registro Fénix de la Guardia Civil, implantado a nivel nacional. Se trata de un registro de identificación genética que produce dos bases de datos independientes. Una, con el ADN de los restos no identificados. Otra, con el ADN de los familiares que han donado de forma voluntaria una muestra biológica.

La forense torció el gesto al finalizar la lectura del informe. Era una buena noticia para la investigación poner nombre a los restos encontrados, aunque no por ello desaparece la amarga sensación de estar ante nuevas víctimas. No, no era buena noticia que de los restos biológicos enviados tan sólo hubiese habido suerte con dos identificaciones positivas.

No sólo eso.

—¡¿Cómo?! —la voz de Claudia se quebró al leer el primero de los nombres; Visitación Cobo. El siguiente, al que prestó una atención inconsciente, respondía al de Jimena Díez.

—Visitación… Visi… —aparcó la mirada en el suelo mientras espiaba a su mente rebuscando en baúles repletos de recuerdos de un lejano pasado, sin atreverse a ir de la mano con ella, siempre un paso detrás, por lo que pudiera encontrar.

Desconocía que su prima pequeña hubiera desaparecido, aunque no era de extrañar. Su padre hacía mucho tiempo, tanto que no era capaz de recordar, que rompió el contacto con su hermano, el tío Manolo. Sin dejar de darle vueltas a la extenuante relación de los hermanos y tampoco a la búsqueda de datos que su mente llevaba a cabo, salió de la sala rumbo a su despacho con el informe y el teléfono en la mano.

Antes de contactar con su padre se obligó a relajarse. La mirada en la pantalla del móvil con el nombre *Papá* seleccionado.

“La prima Visi…”

Deslizó el icono verde del auricular al tiempo que tomaba aire con intensidad.

Al tercer tono del segundo intento de llamada respondieron.

—Papá…

—¿Claudia? —la voz de Pepón Cobo sonaba áspera.

—Sí, soy yo, ¿te he despertado? —como acto reflejo consultó uno de los relojes que había en la pared sobre la puerta de su despacho.

Pepón se incorporó de la cama.

—¿Eh? No, no, qué va, estaba a punto de salir… —mintió. La realidad era bien distinta. Había pasado una noche de perros sin pegar ojo por la artritis, el estómago y alguna cosa más que duda si fue un

sueño o…

—¿A dónde vas?

Pepón tuvo que controlar el esfuerzo que le estaba suponiendo sentarse en la cama. Sabía que engañar a su hija en estos asuntos no es que fuese complicado sino que resultaba del todo imposible.

Aún así lo intentó una vez más.

—A dar un paseo con los chicos y…

Claudia había captado la mentira en el tono, en las dudas y sobre todo en el esfuerzo por incorporarse, seguramente de la cama, pero no era momento para volver a poner sobre la mesa un tema ya tratado en innumerables ocasiones.

—¿Sabes algo de la prima Visi?

Pepón se esperaba cualquier situación, un reproche envuelto en cariño soltado en tono serio, un repaso por las pastillas que olvidó de nuevo tomarse, una promesa para regresar a la clínica de rehabilitación por su artritis, pero esta pregunta sin venir a cuento, no, no la esperaba.

—¿De Visi? Pues, eh, la verdad es que no sé nada de ella. ¿Por qué lo preguntas? ¿Debería saber algo?

Claudia llevó la mano libre a la frente. El motivo de su llamada, de la que comenzaba a arrepentirse, se debía a la búsqueda de información que le sirviera para separar los restos encontrados de su prima en el zulo con...con….

“Soy estúpida”

—No puedo darte mucha información porque desconozco los detalles, pero es importante que me digas si sabes algo de ella.

Pepón se tomó unos segundos para despejar su aturdida cabeza.

—Pues, como te decía, hace tiempo que no sé de ella… ¿Ha pasado algo?

Claudia se preguntaba, o mejor dicho, buscaba argumentos que justificaran la presencia del ADN de su prima en el maldito zulo que no tuvieran que ver con su más que posible fallecimiento.

No los encontraba.

—No me hagas preguntas, por favor, no puedo hablar de ello, ¿sabes si está desaparecida?

Después de la puñetera noche sin dormir, el despertar no estaba siendo nada claro. Pepón miró en derredor. No, no estaba soñando. Las dudas y las preguntas de su querida hija eran reales. Se frotó el rostro con una mano y frunció los labios. Si había algo de lo que no podía dudar era de la preocupación que le llegaba en el tono de Claudia.

—No, hija, sigo sin hablar con tu tío. Es un cabezota.

Cinco minutos más tarde la forense se despedía de su padre con la promesa de mantenerle informado. Lo siguiente pasaba por hablar con

Pinta y Olivares y comentarles los resultados del informe. ¿Querrían informar ellos al tío Manolo o lo hacía ella misma?

El teléfono sobre la mesa de la sala de reuniones interrumpió la clasificación que los inspectores estaban llevando a cabo con las distintas figurillas que habían encontrado en la pequeña caja en el zulo. Su idea inicial que apuntaba a que las desconocidas figurillas podrían representar otras diosas de la fertilidad se había confirmado. Separaron a un lado las que hacían referencia a las ya conocidas como Tueris o Taueret encontrada en Graciela Martín y a la venus paleolítica Willendorf, localizada en el cuerpo de Irene Morella.

—Aquí dice que se llama Astarté —señaló Olivares sosteniendo en el aire con dos dedos enguantados una figura que representaba a una mujer de abdomen y senos prominentes—, está relacionada con el planeta Venus. Con el tiempo esta diosa de la fertilidad se convirtió en diosa de la guerra. Más tarde se solía representar con velos, sentada sobre un león y…

El sonido de su móvil cortó la exposición.

—Es Claudia… —dijo mirando la pantalla.

Pinta atendió el ruego mudo de su compañero para que contestara por él.

—Claudia, soy María, Diego tiene una nueva diosa entre los dedos.

La forense ladeó el rostro.

—¿Nueva?

—Sí, como te dijimos esta mañana ayer tarde regresamos al zulo en el que se localizó a Armando Venta y…

—Que yo recuerde no me dijisteis nada, os fuisteis con mucha prisa.

Pinta realizó un rápido vistazo interno en busca del instante en el que hubiese jurado que compartieron con Claudia su hallazgo, pero lo único que localizó fue el momento en el que se despedían brazo en alto rumbo a la *Posada Torre del Milano* .

Un velo de culpabilidad cubrió su rostro.

—Para serte sincera, María, yo estaba muy pendiente del cuerpo de Corneja, de los requerimientos de la Guardia Civil, de los de la Local, de la ambulancia para llevarse el cadáver… —calló unos instantes— ¿dices que habéis encontrado nuevas figuras de diosas de la fertilidad?

El motivo de la llamada con los resultados de las muestras recogidas en dicho zulo, al que añadir el hallazgo de más figurillas conducía a la más que segura aparición de más mujeres asesinadas y abiertas en…

—Sí, Claudia, es posible que no signifique nada y que encontremos una explicación que…

—De los cuatros restos biológicos encontrados… —la forense tomó aire antes de intervenir, lo que tenía que decir a continuación debía hacerlo de corrido—: varios son de varón, del mismo varón, saliva y semen. Otros pertenecen a mujeres, sangre menstrual en dos de ellas y saliva. Tenemos dos identificaciones positivas. El ADN del hombre y de una de las mujeres no aparecen en ninguna base de datos nacional. Los otros dos se han podido identificar gracias al registro Fénix, uno… —calla unos instantes—...uno corresponde a mi prima pequeña, Visi.

"Ya está..."

—¡¡¿Cómo?!! ¿A tu prima?

A pesar de que hacía bastante tiempo que no hablaba con Visi, Claudia sentía como la congoja le clavaba sus afiladas uñas en la garganta. Era una buena chica, unos veinte años más joven, tímida, algo alocada y en busca constante de justicia social.

—El ADN hallado se corresponde con el de ella, María. No sé cómo llegó hasta ese puñetero zulo, pero no se me ocurre ningún motivo alentador. Temo que su cuerpo se halle enterrado no muy lejos…

La inspectora había activado el altavoz en cuanto la forense nombró a su prima. Buscaba palabras de consuelo que, como siempre le sucedía en momentos similares con seres conocidos y queridos, no se dejaban encontrar. De nada valía un absurdo *no te preocupes, la encontraremos* u otro más absurdo como *seguro que aparece, da una explicación de lo más lógica y nos reiremos por haber pensado que le había pasado algo* , o…

—¿Has hablado con sus padres?

—No, Diego. ¿Qué les digo? ¿Que tenemos evidencias de que Visi ha estado en un zulo en el que han asesinado al novio de una de las chicas que aparecen en la prensa todo el día? ¿Que es probable que mi prima esté muerta y que un psicópata…?

—Claudia...

—Además están divorciados, no se llevan bien y...

—Claudia…

La forense llevó su mano libre a la frente. Los ojos apretados con fuerza, quizá evitando la huida de lágrimas. Un denso silencio, acompañado del acelerado traqueteo de los angustiados corazones de los inspectores, más el del dolorido corazón de la forense, envolvió como música de fondo el suave gemir y el llanto contenido de Claudia.

—Perdonad… Sé que el primer paso es llamar a mi tío Manolo y preguntarle por Visi.

—Lo puedo hacer yo como si nos hubiera llegado a nosotros la información y estuviésemos investigando, lo cual es totalmente cierto.

Claudia sintió que la propuesta de María ejercía en ella lo mismo que le sucede a un globo próximo a reventar cuando de repente le deshacen el nudo.

—No se te ocurra pensar que estoy haciendo tu trabajo, si no se tratase de tu prima tú no tendrías que llamar a su familia —insistió Pinta ante la conocida cabezonería de la forense.

Dejó salir lentamente de sus pulmones la presión que le suponía la llamada a su tío sin poder compartir con él la escasa información que poseía.

—Gracias…

—No tienes por qué darlas.

La forense dedicó una sonrisa al teléfono confiando que recorriera la línea telefónica y llegara a ojos de su amiga.

—Tengo una buena noticia, según como se mire, claro. Vuestro detective murió antes del accidente, no lo mató la caída.

Ambos inspectores se miraron.

Claudia continuó:

—El porcentaje de alcohol encontrado en sangre es mínimo. En mi opinión, le introdujeron la botella en la boca, le fracturaron tres dientes en el intento, para hacernos creer que iba borracho, el resto se lo echarían por encima.

Pinta se había separado del teléfono la distancia suficiente para coger el borrador y eliminar las interrogaciones que custodiaban el nombre de Valentín Corneja en la pizarra. En la parte superior escribió: *asesinado* .

—¿De qué murió?

—De una brutal paliza, Diego, le rompieron el cuello girándolo al tiempo que hacían palanca con la barbilla, después lo molieron a palos.

Pinta volvió a tomar asiento junto al móvil.

—Como dices, la buena noticia lo es para la investigación, Claudia. Ahora tenemos la certeza de que Corneja estaba muy cerca.

—Tened cuidado, ya sabemos de lo que son capaces. Sólo una cosa más, las muestras de sangre corresponden a mi prima y a Jimena Díez, os envío el informe.

23

No habían trascurrido diez minutos de conversación cuando el inspector Diego Olivares puso fin a la llamada, Manuel Cobo no había denunciado la desaparición de su hija Visi porque tiene veintitrés años. Siempre ha hecho lo que se le ha puesto en las narices, como su madre. Claro que es posible que esté con ella ¿Cómo coño lo voy a saber yo? No, no es la primera vez que se va de casa, ni será la última.

"Esta vez puede que sí…"

A Diego no le gustó en absoluto el tono despegado del señor Cobo, ausencia total de una mínima preocupación por su hija.

No, no sabría decirle, cambia mucho de trabajo. ¿Ahora? En una ONG o algo así, quiere salvar al mundo de la opresión de no sé que hostias. ¿En Monte Corona? Siempre le ha gustado ir de acampada con esos amigos raritos que tiene.

La siguiente cuestión alteró aún más al tío Manolo.

¿Embarazada? Clavó su dura mirada en el móvil como si fuese el culpable de formular una pregunta tan inoportuna como esa. No, no sé nada de eso, aunque no me extrañaría. Hoy en día a estas chicas les faltan principios. Que no, inspector, que a mí no me ha dicho nada de eso, pregunte a la zorra de… a su madre.

Tras despedirse, el inspector cortó la comunicación asqueado. Al menos se había evitado tener que entrar en detalles acerca del lugar exacto en el que se encontraron los restos biológicos de su hija. Tentado estuvo de decirle que la próxima llamada probablemente sería para informarle del hallazgo del cuerpo sin vida de Visi.

Se contuvo.

—No me extraña que Claudia tuviera pocas ganas de hablar con su tío —soltó María sin dar crédito a la conversación que había escuchado gracias al altavoz—. Es un impresentable.

El inspector asintió.

La conversación con la madre de Visi Cobo fue diferente. Hacía tres meses que no sabía nada de ella. Sí, había intentado ponerse en contacto en muchas ocasiones, pero el teléfono siempre estaba apagado. ¿Denunciar su desaparición? Lo hice una vez, de esto hará unos cinco años, cuando apareció puso el grito en el cielo. Visi es así, va por el mundo intentando salvarlo. ¿Que si estaba embarazada? No… que yo sepa ¿Restos biológicos? ¿Eso, eso… qué… qué significa?

No, no me diga que nada, inspector… Tras un largo silencio amenizado por una respiración agitada y sollozos contenidos logró balbucear que tendría que haber estado más pendiente de su hija.

La puerta de la sala se abrió de golpe. El comisario Fausto Redondo accedió blandiendo en el aire una edición especial de *El Diario Montañés* . En portada un titular que animaba a seguir el desarrollo de la noticia en las páginas cinco a nueve.

“ *¿Otra víctima más del “Destripador de Monte Corona?”*

Debajo, en tipografía varios puntos menor:

“ *¿O un fatal accidente?* ”

Redondo dejó el ejemplar sobre la mesa y tomó asiento. No, no estaba contento. Acababa de recibir una nueva llamada del comisario principal demandando una información que desconocía.

—¿Lo han leído?

Ambos inspectores negaron con la cabeza al tiempo que sus miradas repasaban el titular.

—No fue un accidente, jefe —intervino Diego— todo apunta a que se trata…

El comisario se retrepó en el asiento.

—¿Me lo dicen ahora? ¿Imaginan la cara de estúpido que se me ha quedado cuando me ha llamado mi jefe?

—Claudia nos acaba de llamar adelantándonos sus conclusiones. Aún no tiene el informe porque sigue trabajando en él —Pinta miraba al comisario al que el papel de jefe enfadado no le sentaba nada bien —. Antes de hablar con usted preferimos esperar a tener el informe completo.

Redondo bufó no menos de tres veces. A la cuarta su rostro se relajó.

—También nos ha informado de la identidad de dos de los cuatro donantes de los restos biológicos encontrados en el zulo —Olivares tomó la palabra secundado por un esbozo de sonrisa de su compañera. Una vez más se explicaba como el comisario.

—¿Se corresponden con los cadáveres encontrados?

—No. Se trata de dos mujeres, una de ellas es una prima de Claudia.

El rostro del comisario se contrajo.

—¿Claudia Cobo, la forense?

—Sí.

Redondo negó con la cabeza. Le caía muy bien la forense con la que mantenía un trato cercano y agradable.

—¿Han cotejado los resultados de ADN con INTERPOL? Si no están recogidos en ninguna de nuestras bases de datos quizá tengamos

suerte —propuso mientras trataba de asimilar el impacto de la noticia.

—No hasta hablar con usted.

El comisario consultó el reloj, su rostro dibujó una expresión de asombro, balanceó el mostacho y se incorporó como si de pronto le ardiera el asiento.

—Manténganme informado.

—Por supuesto, jefe, en cuanto obtengamos alguna notificación de INTERPOL —convino Olivares.

Antes de cerrar la puerta de la sala, Redondo asomó la cabeza.

—Lean el artículo —levantó las cejas al tiempo que fijaba la mirada en el ejemplar de *El Diario Montañé* s— si queríamos discreción para que no cundiera el pánico, llegamos tarde.

María Pinta se hizo con el periódico. Lo abrió por la doble página que iniciaba la noticia y lo dejó sobre la mesa.

—Marcelo Torquemada… —susurró Diego Olivares al leer la firma del artículo.

Apenas habían dado las seis de la mañana cuando el sueño profundo del periodista Marcelo Torquemada se vio bruscamente interrumpido por el zumbido de su teléfono móvil sobre la mesilla de noche acompañado de la banda sonora de *El Bueno, El Feo y El Malo* , de reciente incorporación como tono de llamada. Le llevó un largo minuto soltar la pesadilla y dejarse caer en la realidad que no era otra que su teléfono seguía sonando.

— ¿Qué…?

—Marcelo, ha ocurrido un accidente en Comillas.

—¿Y por qué cojones me debe importar a estas horas? —optó por incorporarse del todo, sentarse en la cama con los pies en el suelo y echar un vistazo a la pantalla del móvil para ver quién llamaba.

“C10”

Cuando sus confidentes comenzaron a ser más de cuatro, y ante la posible pérdida o robo de su teléfono, decidió ponerles una letra y un número para identificarlos. C10, efectivamente, era un antiguo amigo de Comillas.

—Perdona, estaba durmiendo.

—Me dijiste que estuviera pendiente de un viejo mercedes y de su dueño, el detective.

—Sí, eso es, ¿y? Puedes ir al grano, por favor, no tengo la cabeza para adivinanzas.

—Un coche se ha despeñado no hace más de una hora junto al cementerio.

Torquemada se hallaba próximo a experimentar una pérdida total de paciencia, optó por mantener silencio con la esperanza de que su

confidente continuara.

Continuó.

—Se trata del Mercedes del detective. Han llegado la Local de Comillas y la Guardia Civil.

La cabeza del periodista se despejó como si llevara cinco horas despierto.

—¿Accidente dijiste?

—Eso dicen, aunque si te das prisa lo verás con tus propios ojos. Es extraño.

Torquemada había comenzado a vestirse.

—¿Han confirmado quién iba dentro?

—No, yo estaba en la cama y escuché un sonido extraño. Me asomé a la ventana y vi un camión detenido. Salí a ver qué pasaba.

—Voy para allá.

"Al llegar al lugar del supuesto accidente, en torno a las seis y media de la mañana, me encontré con la Unidad de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil. Acababan de extraer el cuerpo de un individuo del interior de un coche, ambos despeñados."

"La identidad del individuo es Valentín Corneja, detective de profesión y conocido de este periodista. Se hallaba trabajando en la zona en busca de varias mujeres desaparecidas. Una de ellas ya fue localizada días atrás en Monte Corona, asesinada."

"Basándome en el conocimiento que presumo tener del detective, me quedan sin responder varias cuestiones. ¿Qué hacía a las cinco de la mañana empapado en alcohol y conduciendo? ¿Dónde iba? o mejor dicho, ¿de dónde venía? Digo empapado porque me cuesta creer que estuviera borracho, era un gran profesional. Esperemos las conclusiones del informe de la forense doña Claudia Cobo, con la que apenas coincidí en el lugar del supuesto accidente. Si se concluye que el fallecimiento de Corneja no fue fortuito, ¿estaría, entonces, relacionado con los cuerpos aparecidos en Monte Corona? Si es así, los inspectores al mando de la investigación tienen mucho trabajo, y lo que es peor, poco tiempo"

"Seguimos pendientes de cualquier avance para hacérselo llegar a ustedes, como siempre"

María ladeó el rostro y llevó una mano a la nuca.

—Sólo le falta añadir que Valentín fue asesinado porque sus asesinos se vieron descubiertos. Blanco y en botella, ¿no?

—Así es, María. Lo que no dejo de preguntarme es por qué de repente los asesinos han abandonado toda precaución.

La inspectora echó un rápido vistazo a la pizarra.

—Me temo que si tienen a alguien encerrado no le quedará mucho tiempo de vida —soltó con gesto contrito — están descontrolados. ¿Sabes lo que más me enciende? Que se trate de vecinos míos. No puedo creer que haya gente así en Comillas.

—Si te vale de consuelo hay gente así en todos los sitios —apuntó el inspector poniéndose en pie—. No hay tiempo que perder —dijo mientras cogía el chaquetón del perchero y le entregaba la cazadora a su compañera.

—¿Dónde vamos?

—Hace un momento has dicho que si tienen a alguien en su poder sus horas de vida están contadas.

—Sí, eso creo.

—Bien, también creemos que son de la zona de Comillas, ¿no?

María asintió.

—¿A dónde quieres ir a parar?

Diego fijó los ojos en los de su compañera. Su tono ansioso y preocupado contagió a la inspectora.

—Puesto que no tenemos tiempo, ¿qué te parece si hacemos una demostración de poder policial, de lo que se llama mover el avispero? Que los asesinos piensen que estamos encima, que vamos a por ellos, que tampoco van sobrados de tiempo. No es momento para evitar el pánico, ni preocupaciones a la gente, al revés, que sepan que algo grave está pasando muy cerca de sus casas.

—No le va a hacer ninguna gracia al jefe, ni al comisario principal.

—Lo sé, pero no queda otra.

—Entonces, ¿propones montar un dispositivo de vigilancia en …?

Olivares negó con vehemencia.

—No, no, bueno, eso también. Lo que propongo es poner patas arriba los lugares en los que aparecieron los cuerpos, que busquemos zulos, agujeros, cabañas o lo que sea. Que se nos vea. Por otro lado que parejas de Policial Nacional y Guardia Civil recorran el mismo trayecto que hizo Corneja, según su diario sabemos donde estuvo las últimas horas.

—Sí, lo recuerdo, Barrio de Velecío y las urbanizaciones del muelle. Sólo sabemos que ese era el plan inicial, no si pudo llevarlo a cabo.

—Cierto, ¿nos arriesgamos? Si no sacamos nada en claro es posible que seamos el hazmerreír de todo el mundo.

—Si no lo hacemos es posible que muera alguien más.

Tras las palabras de la inspectora ambos permanecieron breves segundos en silencio, concentrados en la pizarra. María dejó la cazadora sobre el respaldo de una silla y con rictus serio recorrió los no más de cuatro metros que le distanciaban del tablero, seguida por los ojos de Diego.

—No nos podemos olvidar de Visi Cobo, la prima de Claudia.

—Lo que tenemos ahí son víctimas. Visi y… —bajó la vista a sus notas, pero Pinta se adelantó.

—Jimena Díez… —murmuró— y Leyre Aja. Mientras no tengamos la confirmación de su fallecimiento las trataremos como secuestradas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo… —Diego cruzó los brazos y se dispuso a asistir al ritual que en breve comenzaría sobre la pizarra.

Este caso era más que especial para su compañera. La motivación no era la venganza, no se trataba de alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para reparar un daño sufrido. No, todo apuntaba a que estos asesinos actuaban por pura maldad, quizá ellos mismos lo justificaran como un acto de venganza contra la vida, la sociedad. Sin embargo, sus víctimas, como diría Claudia Cobo, hablan de todo lo contrario aunque se hallen sobre la mesa de autopsias y aparentemente no se puedan comunicar.

Aparentemente.

María cogió un rotulador y escribió en el lado derecho de la pizarra. *Secuestradas.* Debajo: *Leyre Aja. Treinta y dos años. Última vez vista en La Cantábrica. Embarazada. ¿De cuántos meses? No más de cuatro. Trabaja en supermercados Lupa* .

A la derecha de Leyre escribió: *Visitación Cobo.* Debajo: *restos biológicos en zulo de Armando Venta. No denunciada desaparición. Tres años sin hablar con sus padres.* Más a la derecha: *Jimena Díez.* Debajo: *restos biológicos encontrados junto a Visitación Cobo* .

Al finalizar se alejó un paso y revisó lo que acababa de escribir.

—¿Por qué pones que Leyre Aja no debe llevar más de cuatro meses embarazada?

—Quizá cinco, pero no más —se giró dando la espalda a la pizarra —. Suponiendo que no era algo buscado, posiblemente no estuviera pendiente de si estaba o no embarazada como le podría pasar a una mujer que lo deseara.

Ante la mueca que se formó en el rostro de su compañero de no entender nada, añadió:

—Lo que quiero decir es que quizá no dio mucha importancia a las primeras dos faltas, esperaría a la tercera para hacer el test.

—¿Si fuera de las que estaban buscando el embarazo?

Pinta ladeó el rostro y chascó los labios.

—Se complicaría la cosa, porque basta con quince días para que el test pueda dar positivo, aunque es más conveniente esperar la primera falta.

Diego volvió a ponerse el chaquetón.

—Según la madre de Leyre, nada sabía de su embarazo lo que me

lleva a pensar que no era algo buscado. Dame un segundo —Olivares se aproximó a un extremo de la amplia mesa en la que descansaban los informes de los compañeros que llevaron el caso. Abrió una carpeta. La cerró. La siguiente…

—¿Qué buscas?

—Las declaraciones de los testigos, familiares, compañeros de trabajo. Sé que ya las hemos leído pero me preguntaba si su compañera de piso había dicho algo que nos ayudara a concretar más sobre el tiempo de embarazo que lleva.

—El novio quedó descartado como sospechoso a pesar de que…

Olivares dio dos golpes con el dedo índice sobre el informe que estaba leyendo.

—Aquí está. Según África García, compañera de piso de Leyre Aja, el novio, César, no era alguien recomendable. A ella no le gustaba. No, no había malos tratos, no lo hubiera permitido. Su amiga se merecía mucho más.

—Osea que no eran la pareja ideal, como tantas otras, pero nos podría valer para determinar que su embarazo debe estar más cerca de los cuatro o cinco meses que de los quince días más el mes largo que lleva en paradero desconocido.

—Eso es, ¿vamos a hablar con el jefe para poner en marcha el operativo?

—¿Cómo lo llamaste?

—¿A quién?

—Al operativo. Dijiste algo como que tenemos que hacer una demostración de fuerza…

Diego esbozó una sonrisa.

—Ah, no, de fuerza, no, de poder policial.

—Cómo te oigan por ahí…

Fausto Redondo escuchaba los argumentos de los inspectores para justificar el despliegue de hombres que sin duda alguna atraería la atención de la prensa local y nacional. No sólo la prensa, las televisiones no tardarían en aparecer.

El comisario negaba con la cabeza mientras se atusaba el bigote. Era consciente, tanto o más que Pinta y Olivares, de que apenas tenían nada y era precisamente eso junto con la agobiante sensación de escasez de tiempo lo que pedía medidas desesperadas.

Justo lo que su jefe, el comisario principal, aborrecía.

Redondo, antes que comisario fue inspector jefe, antes, inspector, subinspector. Fue escalando desde abajo con mucho trabajo y esfuerzo hasta llegar a su posición actual. Su carrera le ofrecía una perspectiva

que no todos los comisarios poseían.

—… a estas posibles víctimas… —Diego no iba a parar hasta conseguir su propósito— podríamos añadir a la pareja de japoneses que desapareció antes de Navidad, se les vio en Santander, vinieron de Madrid en avión procedentes de Roma.

No pensaban dar tregua al comisario.

—...y Hortensia Calatayud, —intervino María— que efectivamente nada sabemos de ella excepto que el detective Valentín Corneja tenía el encargo de su familia de buscarla.

—¿También embarazada? —quiso saber el comisario.

La inspectora se echó hacia delante.

—No, jefe. Tampoco lo estaba Irene Morella. Creemos que no sólo secuestran mujeres embarazadas y las encierran para robar sus be… sus fetos, sino, que si no lo están, las violan hasta conseguirlo —la última frase de Pinta partió en un tono más elevado del deseado—. Con todo mi respeto jefe, no tenemos tiempo que perder.

Fausto Redondo se puso en pie. Con las manos en la espalda se acercó a una ventana seguido por las miradas llenas de ansiedad, de incertidumbre, de los inspectores.

—Creemos que el fino anillo encontrado en un dedo de Irene Morella puede confirmar lo que dice mi compañera. Lo tenía en el dedo anular de la mano derecha como si los asesinos hubieran llevado a cabo un ritual de pareja.

—Ya…

—La idea apuntada por la forense Cobo, de que podía existir un componente religioso… —insistía Olivares— podría estar relacionado con este anillo y…

El comisario dejó de mirar por la ventana, balanceó su mostacho de un lado a otro y regresó a su butacón.

—¿Son conscientes de lo que piden a esta comisaría? Lo único que me dicen es podría, quizá, es posible, creemos, nuestra teoría, la de la forense. Todos son condicionales… ¿lo ven? —se frotó el rostro con fuerza. Calló unos instantes y añadió—: admito que los restos biológicos encontrados en un lugar nada transitado como el zulo en el que fue hallado el señor Venta pueden indicar, sólo pueden, insisto, que estamos ante dos víctimas más o desaparecidas.

Volvió a tomarse unos interminables segundos de silencio.

—Jefe, mi compañero y yo sabemos, o creemos, saber lo que le estamos pidiendo, no estamos en su posición y quizá por ello no sepamos la dificultad de su…

—Pinta, si se tratara de Olivares le diría que no…

—...que no le tocara los cojones, lo sé, pero tenía que intentarlo.

Los dos inspectores observaban el rostro pétreo del comisario que poco a poco se fue relajando hasta formar una tenue sonrisa. Muy

tenue, cierto, pero sonrisa al fin y al cabo que relajó en parte el ambiente, a la que se unieron, no tan tenues, las de los inspectores.

—Confío que este sea el último caso basado en intuiciones. Estoy con ustedes, o movemos el avispero todo lo que podamos para minar la seguridad en la que se creen envueltos los asesinos y les hacemos cometer un fallo o si hay alguna persona secuestrada con vida no verá la luz del día.

—¿El comisario principal?

—Deje que me encargue yo de eso, Olivares. Aunque intuyo que no será tan comprensible como yo. Si le pongo al día de todo no me extrañaría que nos retirase del caso y avisara al Grupo de Homicidios.

—¿De Madrid?

Fausto apretó los labios, nada le gustaba esa posibilidad.

—Sí, de la Comisaría General de la Policía Judicial. Si no queremos que esto suceda tenemos que darnos mucha prisa en resolver este puñetero caso —cogió el teléfono fijo sobre la mesa— voy a informar al comisario principal. Con suerte mañana tenemos el operativo sobre el terreno.

Los inspectores se pusieron en pie.

—Jefe, no nos gustaría estar en su lugar y…

—Pinta, no me toque...

Los inspectores no se hallaban mal encaminados con sus sospechas al suponer que se trataba de una pareja de asesinos y que algo había sucedido que les empujaba a actuar de forma impulsiva, como si no les importasen las consecuencias, al menos a uno de ellos.

Ese algo que había sucedido tuvo lugar una tarde, horas después de hacerse público el hallazgo del cuerpo de Graciela Martín en Monte Corona. No por el hecho en sí de haber sido encontrado, entraba dentro de lo posible, sino porque lo descubrieran unos malditos senderistas que pasaban por ahí.

—¿Por qué coño lo desenterraste?

Víctor fijó su mirada en Anuca. Sólo la mirada, su mente está volando al lejano Zadar cuando era Boris y se lamentaba mil veces por no haber cambiado de lugar el cuerpo de la *japuta* de doña Klementina. No iba a permitir que le sucediera lo mismo.

—Para que no lo encontraran, no era un buen sitio, ya te lo dije.

—¿Para que no lo…? —Anuca llevó una mano a la cabeza y dejó el reproche en el aire al ver a sus dos hijos de pie bajo el dintel de la puerta—, ¿y a vosotros qué os pasa?

Fue el mayor, Mateo, de seis años, el que tomó la palabra.

—Dile que me deje dormir y que no se meta en mi cama.

Luisín, de poco más de dos años, apretaba un pulpo de peluche contra el pecho y se mantenía en silencio.

—Volved a la cama, ahora voy yo, y tú —señaló al más pequeño— podrás dormir conmigo.

Ninguno de los dos hermanos movió un sólo músculo. Las motivaciones eran bien diferentes. La de Mateo porque estaba hasta el gorro de que su hermano se metiera en su cama cuando sus padres estaban en el salón. La de Luisín se la dictaba su breve, pero propia experiencia. En sus dos años de vida ya había aprendido que las promesas de su progenitores dejaban mucho que desear. No, no se fiaba. Si volvía a la cama la volvería a tener con Mateo, y mamá no iba a venir pronto.

“Como siempre…”

Anna tomó asiento en la mullida butaca confiada en que sus órdenes habían sido obedecidas. El reflejo de los pequeños en el cristal de una puerta del mueble bar le hizo girar el rostro como si acabara de recibir un certero bofetón. Se incorporó veloz. Tan veloz como el salto y las dos zancadas que la colocaron rostro con rostro con Mateo.

—¡¿Qué coño no habéis entendido?!

Mateo no lo sabía, posiblemente nunca lo supiera y aunque algún día llegara a tener conocimiento de ello y le preguntase a su madre el porqué de su nombre, ella no tendría una respuesta amable que

ofrecerle. Anuca, cuando aún era Anna, quiso ser madre de una niña, pero su primera víctima, cuyos restos continúan en el fondo de un pozo ciego, a escasos kilómetros de Palencia, le dio un niño.

"¡Un maldito niño!"

Su primer impulso fue dejarlo con la madre, sin embargo, el recuerdo de Teo, el chico malo del *insti* , le convenció de quedarse con él bebé como homenaje al que debería haber sido su padre. Cada día que pasaba se le hacía más duro mirarle a los ojos y ver al cobarde y cabronazo de Teo.

— ¡No me quiero ir a la cama!

El bofetón, no excesivamente contundente, pero sí certero lanzó a Mateo contra la pared del pasillo.

Víctor se levantó del sofá como si de repente le hubieran sacudido 400.000 voltios. Los ojos brincando en sus órbitas, clavados en la espalda de Anuca. Los brazos extendidos y en tensión. Dos amplias zancadas fueron suficientes para dejar a cero los metros que le distanciaban de la mujer, encajar en su cuello sus callosas manos al tiempo que la obligaba a dar una grotesca voltereta en el aire y caer al suelo con un golpe seco.

En la cabeza de Víctor se hallaba Boris, y en los ojos de Boris doña Klementina cruzando la cara de la pequeña Jana de un brusco sopapo. Las manos de Anuca agarradas a las muñecas del hombre que creyó ser ideal para cumplir sus propósitos. Un individuo cruel, capaz de cualquier cosa y obediente. Sus ojos implorando clemencia. Víctor seguía siendo Boris hasta que de pronto sintió un leve contacto en el antebrazo. Extrañado, retiró la mirada del semblante ya violáceo de Anuca y la llevó al causante de la interrupción. La pequeña mano de Luisín tiraba de su camiseta. Con la otra apretaba con fuerza su peluche. De sus ojos partían dos finos regueros de lágrimas al tiempo que succionaba con vehemencia su chupete favorito. Víctor, ahora sí que era Víctor, entendió la súplica de su único hijo, el otro, Mateo, no era suyo aunque poco importaba. La pequeña Jana tampoco lo era.

Retiró la pinza sobre el cuello de una semiinconsciente Anuca, respiró con intensidad un par de veces con las gafas colgando de una oreja y esbozó una leve sonrisa a Luisín.

Víctor salió de la casa. Anuca dejó pasar los minutos tumbada en el suelo, celebrando la respiración, su regreso a la vida, pero su mente estaba enfrascada en otros asuntos. El primero de ellos sacar de su vida a Víctor. Pensó que con cambiar el nombre de ambos, sus conexiones con sus oscuros pasados quedarían rotas. Jamás se le pasó por la cabeza perder su autoridad de esta forma, delante de los niños. El segundo, vigilar que Leyre Aja diera a luz una niña. No pedía más a

la vida. Necesitaba, como el aire que apenas unos segundos antes se le negaba, la llegada de una Anita a su vida. Darle la vida que sus padres le negaron. Una cosa tenía clara, no se iba a enfrentar con Víctor. Confiaba en su inteligencia para que la policía lo señalara como culpable de las muertes, de todas la muertes.

Incluida la del detective.

No tenía prisa, a Leyre aún le faltaban unos dos o tres meses para parir. Forjaría un plan con calma. Un plan que le dejara al menos con Anita, tenía que ser una niña, la vida no le podía dar otro revés, no, no podía. Se quitó la falsa tripa, que con el revolcón se había desplazado a una cadera, y se incorporó. Sabía que esa tarde sería un punto de inflexión en su relación con Víctor. Seguiría actuando como si nada hubiese pasado, era consciente de que aunque él regresara a su condición de obediente, no podía arriesgarse a que por algún motivo volviera a rebelarse contra ella. No, tendría que ser fuerte, cínica, esto se le daba muy bien, y sobre todo inteligente. De alguna manera debería conseguir que Víctor se alejara de Leyre, pero lo necesitaba de vigilante, de guardián.

"Tengo que pensar alguna manera…"

Víctor permaneció la siguiente hora frente a la *Fonda El Muelle* con la mirada navegando por el agitado Cantábrico. El cielo de color plomizo salpicado de nubes oscuras que aumentaban en número con el paso de los minutos, amenazaba con descargar de forma violenta cada gota de agua. Sonoros truenos parecían confirmar los pronósticos.

A Víctor le gustaba este tipo de manifestaciones de poder de la naturaleza. No le hacía sentirse inferior, sino como aliado, como si fuese partícipe. Como si lo causara él mismo.

Mientras observaba el adictivo panorama su mente no dejaba de rebobinar y mostrarle su reciente reacción con Anuca, a la que estaba convencido que había llegado a querer, no porque supiera lo que es el amor sino por la simple observación de lo que otros llamaban estar enamorado. Si lo suyo no fuese amor, tampoco le afectaba lo más mínimo, de lo que no albergaba duda alguna era de que jamás había experimentado sensaciones similares por ninguna de las personas que había conocido a lo largo de su agitada existencia. La reciente reacción, y la que tuvo con doña Klementina que le llevó a terminar con su vida, fin similar hubiese sufrido Anuca si Luisín no hubiese intercedido con su pequeña mano sobre su antebrazo, le empuja a dar un vuelco a su vida.

Sí, no quedaba otra que reconocerlo, necesitaba seguir su camino. Había llegado el momento de cambiar de lugar, aunque antes quedaban cosas por hacer. Sonrió al pensar en Leyre.

—¡Víctor! ¡Víctor! ¿Me podrías mirar el coche que me ha dejado tirado ahí mismo?

—Por supuesto, don Jesús, vamos a ver qué le sucede.

—Veo que estás mejorando de la vista —señaló sonriente el rostro del mecánico.

—Para mirar el mar, la mar como dicen aquí, no me hacen falta —en su rostro una mueca que escondía su torpeza por haberse dejado las gafas en la fonda— vamos allá.

Por su cabeza enferma estaba desfilando una incesante lluvia de ideas que le llevaran a disfrutar de los siguientes días como nunca antes. Estaba comenzando a cansarse de la inspectora María Pinta, ¿cómo era posible que en un pueblo tan pequeño una policía no dejara a los suyos en paz?

"Tendré que darle una lección"

También Anuca necesitaba otra, se había terminado obedecer sin más. Estaba harto de secuestrar mujeres para que ella se llevara el trofeo.

Sonríe a los distintos recuerdos que le llegan a trompicones. Con Irene Morella, disfrutó mucho. No fue rápido que se quedara embarazada. Una mueca especial para la pequeña japonesa a la que Anuca rechazó.

—¿Eres tonto, Víctor?, ¿cómo coño voy a justificar una hija japonesa por mucho que simule mi embarazo?, ¿eh? Deshazte de los dos.

Eso hizo, pero con la japonesa se tomó una semana completa.

Don Jesús estiró el brazo.

—Está ahí delante, menos mal que te he encontrado que si no…

—Veamos de qué se trata, seguro que lo podemos arreglar. ¿Echó gasolina?

El hombre se giró bruscamente. No molesto por la pregunta, sino con él mismo. No sería la primera vez que el coche le dejaba tirado por no darle de comer.

—Eh, sí, sí, diría que sí, Víctor, no se lo digas a Genaro, que si no.

25

Claudia Cobo examinaba una vez más el informe recién llegado de INTERPOL. El ADN enviado a su base de datos mostraba una coincidencia: Boris Bacic, de treinta y nueve años. Huido de la Prisión de Remetinec en 2013. Acusado de la muerte de dos policías en Zadar (Croacia) y de una mujer. Se le investiga por varios asesinatos más y…

Los restos biológicos de uno de los donantes de semen hallados en el zulo se corresponden con este individuo. La forense repasó una vez más todos los datos. No parecía tener sentido. No el hecho de la identidad del donante sino que las huellas dactilares que se habían enviado junto el ADN no pertenecieran a la misma persona, es decir; el donante del semen no había dejado huellas en el zulo, o no se habían encontrado, lo cual era del todo ilógico.

Claudia se había puesto en contacto con los inspectores Pinta y Olivares para comentarles los resultados de las diferentes pruebas encargadas. En cuanto llegaron al Instituto de Medicina Legal, compartió con ellos su extrañeza por el informe obtenido en INTERPOL.

—No es lo único, veréis… —la forense entregó sendas copias de sus conclusiones a los inspectores—. El ADN hallado en el portátil de Valentín Corneja rescatado del coche coincide con una de las muestras localizadas en el zulo.

—¿La del tal Boris Bacic?

—Sí, María. La huella del zapato que obtuvisteis del exterior, coincide con alguna de las encontradas en el interior.

Diego terminó de leer la hoja relativa a las marcas dejadas por los diferentes calzados y levantó la cabeza.

—Este individuo estuvo de alguna manera relacionado con Corneja y, sin embargo, no tenemos ninguna huella dactilar.

Claudia asintió.

—A eso me refería cuando os dije por teléfono que había algo extraño en todo esto.

—Quizá siempre vaya con guantes —apuntó Pinta.

Claudia se puso en pie dispuesta a iniciar su cotidiano ritual en torno a la máquina de café. Tras una mirada a sus compañeros ofreciendo una taza y recibir una leve negativa con la cabeza, no insistió.

—Que vaya siempre con guantes es una posibilidad— intervino Olivares— lo cual indica que es cuidadoso, pero se encontraron varias manchas de sangre en el portátil. Unas, lógicamente, de Corneja y las otras del tal Boris, ¿por qué no limpiar el ordenador portátil?

—¿Por falta de tiempo? O simplemente porque tampoco es perfecto.

—Puede que sea como apuntas, María —la forense de nuevo sentada buscaba las últimas hojas de su informe— estoy esperando que…

Dos golpes suaves y cortos precedieron a la entrada de Alicia en el despacho.

—Claudia, tengo los resultados del laboratorio.

—Gracias. Esto es lo que esperaba. ¿Os parece que los eche un vistazo ahora? Son los resultados del análisis forense del coche del detective. No tardaré más de quince minutos, si queréis salir os aviso cuando…

—No, no, te esperamos —soltaron al unísono.

La forense extrajo del interior del sobre el contenido, divido en tres grupos unidos por clips, y los dejó sobre la mesa, escoltados por las atentas miradas de los inspectores.

—Por cierto, ni una huella en las figuras de las diosas que me trajisteis —bajó la vista al primer grupo de hojas del informe.

No por esperada, la noticia de la ausencia de huellas dejó de sorprender a los inspectores. María chascó los labios, Diego negó levemente. Necesitaban un golpe de suerte que llevara a identificar a los asesinos.

La inspectora hizo un gesto a su compañero para que la siguiera.

—Salimos al pasillo, Claudia —como respuesta Pinta recibió algo similar a un balbuceo acompañado de un leve asentir de cabeza.

En cuanto la inspectora puso un pie en el pasillo cruzó los brazos y se giró.

—¿Boris Bacic? —elevó los hombros junto con las palmas de las manos en un gesto de no comprender nada. Blandió el informe de Claudia en el aire con la foto de Bacic en primera plana— ¿Qué narices pinta un ex presidiario croata aquí?, ¿me lo puedes explicar? Si se tratara de una banda dedicada al robo o a la extorsión, no sería la primera, pero ¿un individuo solo? Por lo menos sabemos que no es de Comillas, no conozco a ningún croata en el pueblo, ¿sabes qué? Me produce cierta tranquilidad.

Diego consultó su reloj.

—Necesitamos una fotografía más reciente. Esta debe tener al menos siete años.

María quedó en silencio observando la foto.

—No sé, pero creo que me suena la cara…

—No es muy clara. Tendremos que irnos, el operativo debe estar en marcha. Voy a llamar a Paredes.

—Estará de los nervios, su primer operativo —María sonrió— al menos no estará solo.

"¿De qué me suena la cara?"

Tras una breve conversación con el oficial de policía de reciente incorporación en la comisaría, en la que informaba del inicio de la puesta en marcha del operativo, Diego guardó el teléfono y frunció los labios.

—Estoy como tú, María. No se me había pasado por la cabeza que nos encontráramos con ningún ex presidiario extranjero —dejó la mano sobre el pomo de la puerta del despacho de la forense Cobo—. ¿Esto quiere decir que la mujer es croata también? De momento no tenemos nada que nos lleve a ella.

—Creo que trabajan de noche —lo soltó como si no viniera a cuento, como si su cabeza estuviera en otro lugar, como si la conversación que ella había propuesto hubiese finalizado.

—¿Quién...?

Pinta se frotó las manos, se ajustó la coleta, gesto muy similar al habitual de Claudia, y añadió:

—Los asesinos. Me refiero a que trasladan los cuerpos de noche, lo cual sería lo lógico. A las mujeres o a las parejas las contactarán de día, es la forma de parecer más cercanos.

—No te sigo.

—Continúo pensando que… —calló unos instantes— bueno, que son vecinos de Comillas, aunque ahora no entiendo la presencia del tal Boris, quizá no tenga nada que ver con esto... pero lo dudo. Lo que quiero decir es que no se han denunciado intentos de secuestros o atracos en el pueblo, mucho menos violentos, y…

—Lo que quieres decir es que una vez seleccionadas captan a sus víctimas con simpatía, con confianza.

—Son fríos cuando quieren —intervino María—. Si a Corneja le llevaron sus distintas investigaciones hasta el área de Comillas... Dando por cierto que los asesinos estén en la zona, necesitan contar con, con… —llevó su mirada al suelo y elevó los hombros buscando la frase apropiada— ...con un medio, un trabajo, una ocupación que genere esa confianza y atraiga a las víctimas —quedó en silencio unos instantes, aspiró con intensidad y añadió—: El operativo para agitar el avispero está bien durante el día, para que se nos vea, pero habría que hacer algo de noche porque…

La puerta del despacho de Claudia se abrió de repente.

—He dado una primera lectura a los resultados… —dijo regresando a su asiento—. Ya que os tengo aquí os hago un resumen del caso en general. Por un lado, se han podido extraer del zulo ADN de varios

pelos de mujer, aunque no tenemos con qué cotejarlos, no aparecen en ninguna base de datos. Os adelanto que la tasa de alcohol en la sangre de Corneja era cero, por tanto, nada de accidente provocado por la bebida. Y ahora, lo último... —colocó una hoja manuscrita encima de los informes, y echó un rápido vistazo—. El coche del detective, espero que me perdone, era una auténtica pocilga.

—No me extraña nada —señaló Olivares.

—Encontraron restos de todo tipo de comida, patatas fritas, cortezas, latas de Coca Cola, cajas de Donuts, pipas, hamburguesas, mostaza, en fin, de todo un poco. Sobre lo que nos importa, a parte del ADN hallado en la funda del portátil, también hay restos en la superficie del maletín de viaje, se corresponden con la víctima y el sospechoso; Boris Bacic. La escasa limpieza lo complica todo. Veréis, había multitud de pelos, no todos humanos. Podemos cotejarlos con bases de datos, pero no creo que obtengamos ningún resultado.

María torció el gesto, ese golpe de suerte no llegaba.

—El detective falleció antes de ser despeñado, su asesino se cortó durante el forcejeo y en el traslado del cuerpo al vehículo dejó muestras de sangre.

—Hay que dar con el escenario.

Claudia asintió.

—Sí, María. Científica seguro que encontraría vestigios suficientes.

Diego se puso en pie.

—Tendremos que hacer como Herodes pero con los medios actuales.

Las dos mujeres se lo quedaron mirando.

—María cree que la pareja de asesinos son de Comillas o de muy cerca. Coincido con ella —apoyó ambas manos en el respaldo de la silla—. Si Irene Morella llevaba un par de años muerta, como calculaste, Claudia, tenemos que buscar a todos los niños o niñas de esa edad que haya en la zona y cotejar su ADN con el de los padres, seguro que no habría concordancia con los dos. Al menos uno de ellos sería el de Irene —miró a Pinta que permanecía con la boca a medio cerrar—. ¿Nos vamos?

Diego soltó su reciente versión de los hechos sin pensarlo, y si hubiera tenido que apostar por ella no hubiese dado un euro, le vino así, sin avisar. Sin duda, no tendría ningún sentido.

—No me parece ninguna tontería —señaló María camino del coche — sé que lo has dicho sin pensar en ello realmente. Es más, creo que si hiciéramos lo que has dicho daríamos con los asesinos.

—Es posible, pero no podemos ir poniendo en duda la paternidad de nadie y hacerles pruebas de ADN así como así.

—Ya… —por la cabeza de la inspectora comenzaban a desfilar las vecinas con hijos en torno a los dos años, las sonrientes embarazadas,

y… —llevó las manos a ambas sienes— hay que darse prisa se nos acaba el tiempo.

Apenas llevaban unos pocos kilómetros en dirección Monte Corona cuando el móvil de la inspectora comenzó a sonar.

—Dime, mamá.

—Perdona que te llame al trabajo, hija, ya sé que no te gusta que lo haga, a no ser que sea importante, y creo…

—Mamá…

—Sí, sí, era sólo para decirte que tienes hora con el doctor Carrancejo pasado mañana por la mañana a las ocho y media. ¿Esa hora me dijiste?

—Vale.

—¿Irás, verdad?

María hizo una pinza con el dedo pulgar y el índice en torno a los lacrimales.

—Gracias, mamá, tengo que dejarte. Luego te veo.

Permaneció unos instantes observando el móvil, como si fuera el instigador de su visita al psiquiatra.

—¿Todo bien, compañera?

Pinta había lanzado fugazmente mirada y pensamientos por el cristal, a los que había atado todas sus preocupaciones y temores para que se las llevaran bien lejos.

Sin el más mínimo éxito.

—Tengo hora con el loquero pasado mañana…

Diego movió la cabeza de izquierda a derecha, despacio, al tiempo que apretaba los labios. Volvió el rostro con disimulo buscando el perfil de su compañera.

—No estás loca —soltó al cabo de unos kilómetros—. Si tuviera la más mínima sospecha de que lo estuvieras no estaría aquí, no sería tu orgulloso compañero que…

—No digas tonterías, ¿orgulloso? ¡¿Orgulloso de qué?!, ¿eh? Dime, venga...

—Me dejas que...

—¿De no saber cómo voy a reaccionar?

—María…

—¡¿De tener una compañera miedica a la que le asusta la oscuridad?! De…

—¡¿Me dejas a mí ahora?! —durante unos segundos se hizo el silencio en el interior de BMW x6.

María frunció el ceño, asombrada por el casi grito que había cortado en seco su, sí, lo sabía, su absurdo razonamiento. O no tan absurdo, de lo que no había ninguna duda es del miedo que le atenaza cuando por el motivo que fuese se queda encerrada y a oscuras.

—Perdóname por el grito, no me gusta que te hagas eso. He sido yo

el que ha dicho que estoy orgulloso, así que déjame explicarme, ¿de acuerdo?

Ante el silencio de su compañera añadió:

—No es una cuestión de tener miedo, sino de padecer claustrofobia, que no es lo mismo. Le pasa a mucha gente y tiene cura. Lo vas a superar. La visita al doctor es el camino.

María cruzó los dedos de las manos y llevó la vista al frente.

—Y sí, estoy orgulloso de tenerte como compañera. Fuiste, y sigues siendo, una pieza clave en mi recuperación, gracias a tu apoyo y a tu paciencia no mandé todo a la mierda con el caso de *El Vengador* —tras unos segundos de silencio añadió—: si sigo siendo policía es gracias a ti. Y basta ya de halagos que te me vas a venir arriba.

En el reflejo del parabrisas Diego creyó distinguir un esbozo de sonrisa en el semblante de su compañera. No fue hasta divisar los primeros vehículos policiales junto a la ermita de San Esteban, en Monte Corona, cuando la inspectora se volvió.

—Perdona, no tienes la culpa de nada. Me asusté mucho al ser consciente de que si me sucedía algo en el zulo no reaccionaría y te podía poner en peligro.

—No hay nada que perdonar, compañera. Tú obedece al loquero que yo me encargo de lo demás.

Los ojos de Pinta se abrieron como platos.

—¿Al loquero? ¿Has dicho loquero? Pero, bueno… —dio un manotazo en el antebrazo de Olivares mientras descendía del coche. En su rostro una amplia sonrisa.

Nada más distinguir el BMWx6, el oficial de policía Manuel Paredes salió al encuentro de los inspectores. Su semblante no podía disimular el estrés de su primera batida por el monte.

—Buenos días, inspectores. De momento no hemos encontrado nada, excepto lo que debió ser un viejo almacén, pequeño, demasiado pequeño para esconder a una persona.

—Gracias, Paredes. Estoy convencida de que no lejos de aquí, hay un escondite similar al zulo de San Antonio. Hay que encontrarlo. También puede haber cuerpos enterrados.

Una ráfaga de viento llevó al oficial de policía a elevar la vista al cielo, cubierto de nubes grises, y negar con vehemencia al tiempo que disimulaba la impresión que le había producido la última frase de la inspectora.

“Cuerpos enterrados...”

—Por lo que voy aprendiendo de esta tierra, o tierruca como dicen aquí, puede caer una buena chupa en cualquier momento. ¿Cree que va a llover, inspectora?

María barrió con la mirada el cielo, miró a Diego y ladeó el rostro.

—No me sorprendería que lo hiciera. Hay que aprovechar el tiempo, Paredes.

—Sí, por supuesto.

El oficial se alejó en dirección a su compañero.

Los dos inspectores quedaron en silencio. Su pretendida lección de fuerza policial, apenas serviría para agitar un reducido avispero. Los compañeros desplazados no sumaban más de seis. Cuatro realizando las labores de búsqueda y dos con los vehículos y cortando el acceso a quien se acercara.

—Así poco haremos.

Diego no estaba del todo de acuerdo.

—Nos vendría mejor contar con más agentes, pero la idea es que vean que estamos cerca. Que los estamos buscando, a ver si cometen un fallo.

María no lo tenía tan claro.

—Encontramos el zulo de Armando Venta cerca de la Ermita de San Antonio, ¿crees que tendría que haber otro por aquí? —sin esperar respuesta, Pinta añadió—: No tendría sentido que desplazaran el cuerpo de Graciela Martín, desde aquella zona hasta esta, debe haber unos cuatro kilómetros.

—Eso es lo que has dicho a Paredes, que debían encontrar un zulo similar a…

María levantó la palma de la mano a modo de tregua.

—Lo sé, lo sé. Tómalo como una motivación para que no se distraiga.

—Recuerda que los cuerpos de la pareja fueron encontrados separados. Uno junto a la Ermita San Antonio y el otro aquí, junto a la de San Esteban. O tienen otro escondite, o volvemos a considerar que poseen otro lugar además de los zulos. O las dos opciones.

—El lugar en el que congelaron el cuerpo de Irene Morella durante un par de años al menos.

—Que sepamos hasta ahora.

De pronto María agitó el brazo en el aire.

—¡Paredes!

El oficial acudió solícito.

—Sí, inspectora.

—¿Sabes si hay algún despliegue en torno a la Ermita de San Antonio?

—Lo habrá esta tarde.

María arrugó el entrecejo.

—¿Ahora no?

—No, porque tenemos la mañana para dar una batida a esta zona y por la tarde vamos a la otra ermita. Así, tres días.

—Gracias.

Pinta y Olivares regresaron al coche.

—Me pregunto por qué elijen su zona de actuación en torno a las ermitas. ¿La teoría de Claudia sobre la vinculación religiosa se referirá a esto? —quiso saber la inspectora.

Un coche pasó a su lado y se detuvo.

La conductora bajó la ventanilla.

—Buenos días, María. Inspector…

—Hola, Anuca, ¿vas a la ermita?

—Así es, hace días que no vengo y necesitará una limpieza.

—¿Tú sola? No estás en condiciones, debes cuidar ese embarazo.

El rostro de la mujer adoptó uno de sus semblantes más trabajados frente al espejo; se iluminó.

—Todo va bien —una sonrisa de oreja a oreja, no menos elaborada, cubrió su cara—. Dejé a Víctor con los críos, además, tampoco voy a hacer nada especial, cambiar las velas y pasar un poco la escoba —señaló al frente—. ¿Ha pasado algo? No me digas que ha aparecido otra pobre chica que…

—No, no. Es rutina. Si no te importa vuelve en unos días.

—¿No puedo pasar? Es sólo…

—Están los compañeros batiendo la zona y si alguien te ve querrá pasar también.

Anuca apretó los labios.

—Entiendo, María. ¿Puedo preguntar qué buscáis?

La inspectora asintió.

—Cualquier pista que nos lleve a la detención de los asesinos.

—¿Asesinos? ¿Así, en plural? Miedo me das —arrancó el coche— no me cuentes más, volveré en unos días.

—Cuídate…

Cuando el coche de Anuca regresó por dónde había venido, la inspectora soltó lo que le carcomía por dentro.

—He estado a punto de decirle que no se acerque a desconocidos, que no saliera de casa hasta que cerrásemos el caso, ¿te puedes creer, Diego? —se sentó de lado, al tiempo que el inspector ponía el vehículo en marcha— ¿Tengo que decirle lo mismo a Carmina, mi hermana pequeña, que le quedan un par de meses?, ¿sería asustarla o prevenirla?, ¿y a las demás embarazadas de la zona?

—No tengo las respuestas, lo que sí tengo es la sensación de que estamos haciendo lo que podemos. Te aseguro que las mujeres embarazadas que hayan escuchado las noticias, que serán mayoría, ya estarán bastante asustadas.

—Es posible —agitó una mano en el aire para despedirse de Paredes— No sé. Creo que nada vamos a conseguir con esta ridícula demostración de fuerza policial —al ver el rostro contrariado de

Diego, añadió—: No me mires así que no me refería a tu idea, ojalá estén viendo la batida, sino a que muy espectacular no parece.

—Buena explicación compañera, pero estoy convencido que durante estos tres días no les va a pasar desapercibida.

26

Anuca regresó por donde había venido. Su breve, pero impactante conversación con la inspectora seguía rebotando en su cabeza. Las conclusiones que podía obtener parecían lógicas. Si habían vuelto a la zona en la que localizaron el cuerpo de Graciela sería porque creen que van a encontrar algo más. Que ella sepa no deberían tener éxito a no ser que el imbécil de Víctor hubiese vuelto a hacer otra de las suyas. ¿Estarían buscando también por la otra ermita?

Un sudor frío recorrió su cuerpo al contemplar esta posibilidad.

"¡La culpa es de este gilipollas!"

Una frase de su vecina le había impactado más que otras.

" *Cualquier pista que nos lleve a la detención de los asesinos* "

Sí, en plural. Asesinos.

"Saben que somos dos"

Había llegado el momento de demostrarles que estaban equivocados, que sólo se trata de uno. Víctor ya no era necesario. Podría arreglárselas sola, pero antes tenía que resolver algunos asuntos. El más importante cambiar a Leyre de lugar, si era posible, pero ¿a dónde? Su parto se aproximaba y tenía que cuidarla como si de ella misma se tratara, no en vano, la niña que va a dar a luz, porque tiene que ser una niña, será su hija.

"Anita…"

No, no todo eran malas noticias. Contaba con una ventaja más que evidente respecto a Víctor; su supuesto embarazo.

"No sospechan de mí"

De regreso a la *Fonda El Muelle* comenzó a elaborar un plan. No un plan cualquiera, sino uno que le hiciera madre por tercera vez, que jamás la considerasen como sospechosa y además que…

Negó con vehemencia con la cabeza mientras se agarraba con fuerza al volante.

—¡¡Idiota!! ¡¡Soy imbécil!!

Suspiró con fuerza varias veces sin dejar de maldecirse. Había estado cerca de creer que el plan debía incluir su deseo de que las culpas de los cuerpos encontrados hasta el momento recayeran sobre Víctor y acabase sus días en la cárcel. Esta había sido su idea desde el momento que estuvo cerca de estrangularla.

"Pero si el cae, yo también"

Bastaba con que dijera que le hiciesen una prueba de ADN a sus hijos para descubrir que no era la madre biológica de ninguno. Si eso no fuera suficiente, cuando la policía se enterase de su incapacidad para tener hijos…

"¿Entonces, qué coño hago?"

Pocas opciones quedaban.

Al acercarse a los límites de la fonda vio una pareja de policías en la puerta de la casa de unos vecinos. Detuvo el coche. Cogió el móvil para que le sirviera como disimulo mientras observaba la escena. Los vio despedirse y caminar hasta la siguiente vivienda. Lo mismo, despedida y la siguiente.

Anuca sintió millones de hormigas recorriendo su cuerpo enfurecidas.

"Tranquila, tranquila. No sospechan de mí"

Aguantó quince minutos más en los que asistió a la misma operación otras tres veces; llamada a una puerta, breve conversación mientras los agentes muestran una fotografía y despedida.

Al aparcar en la fonda había llegado a la conclusión de compartir lo que sucedía con Víctor. No para ponerle sobre aviso sino para hacerle creer que lo sucedido entre ellos estaba olvidado. Quería generar un ambiente de confianza, lo cual no dejaba de ser absurdo porque nunca la generaron. Al menos, ella jamás confió ciegamente en él, lo había visto actuar.

Lo vio sentado en el sofá tomando tranquilamente una cerveza. Le puso al día de la batida de la policía junto a San Esteban y de las visitas que estaba llevando a cabo en esos momentos, sólo le hizo una pregunta.

—¿Hay más cuerpos en Monte Corona?

—¿Aparte de los que han encontrado? Sabes que sí, o ¿ya no recuerdas a los japones? Ella era perfecta, pero tú no…

Anuca se contuvo.

—¿Tengo que volverte a repetir que no podríamos explicar por qué nuestro hijo es japonés? A veces parece que no…

"Tranquila..:"

Víctor esbozó una sonrisa torcida.

—Me refiero a otros cuerpos —insistió Anuca.

De nuevo otra sonrisa trazándose en su rostro con lentitud, esta vez acompañada de un ligero asentir y una mirada de suficiencia al techo.

—Alguno hay, ¿por qué?

—Los acabarán encontrando.

El hombre se puso en pie.

—A estos les costará un poco más. ¿Qué te parece si vendemos esta posada de mierda y nos vamos a…?

El semblante de la mujer se endureció.

—Esta posada de mierda es mí posada —escupió.

Quedaron en silencio unos incómodos minutos.

—Hay que cambiar a la chica de sitio.

Una vez más una sonrisa en el rostro de Víctor, o al menos una mueca, extraña, eso sí.

—Te he traído otra.

—¡¿Cómo?!

—Está en el sótano.

Anuca no daba crédito, definitivamente el control que ejercía sobre Víctor se había evaporado. Estaba fuera de sí.

“Tranquila”

—No te pedí que trajeras a nadie.

—Lo sé, era una sorpresa.

—¡¿Una sorpresa?! ¡Está la policía poniendo el pueblo patas arriba y vienes con sorpresas!

—Le queda muy poco para parir y asegura que será una niña.

El rostro de Víctor continuaba empeñado en ofrecer un extraño mohín a mitad de camino entre una sonrisa y un gesto memo.

—Le quedan unos pocos meses para parir, y va a ser una niña. ¿No es lo que querías?

A Anuca se le atropellaban las palabras pugnando por salir de su boca para estrellarse con violencia en el rostro del individuo que se hallaba frente a ella.

“¿Una niña?”

No era momento de mostrar signo alguno de debilidad, aunque no podía negar que saber que sería una niña le había impactado.

—¿De dónde la has cogido?

Víctor cruzó las piernas, satisfecho, parecía que su regalo era bien acogido. No esperaba menos.

—De aquí, del pueblo. Estará dormida, le he dado uno de tus brebajes.

Anuca llevó ambas manos a la cara y la frotó con vigor. Había comprendido al fin que a Víctor nada le afectaba lo que sucedía a su alrededor excepto cualquier muestra de violencia con niños.

El timbre de la puerta de la calle sonó un par de veces. Él se levantó a abrir como si se hallara disfrutando de una apacible mañana de domingo en su casa dispuesto a tomar el aperitivo. Ella sintió como se le aceleraba el corazón. Tenía su sueño tan cerca. Todo por lo que había luchado durante los últimos años parecía tocar a su fin. Una niña, la culminación de sus deseos. Se había prometido a sí misma que cuando Anita formase parte de su vida no volvería a actuar como lo había hecho hasta ahora. No más muertes. Sin embargo, no podía obviar que Víctor continuaría del mismo modo, amaba la violencia como solución a cualquier problema o dificultad que se le presentara,

o simplemente como diversión. Lo peligroso no era esto, si no la ausencia de un mínimo de cuidado, estaba hasta el moño de tener que ir detrás de él limpiando huellas.

—… sí, sí, ¿quieren pasar?

—No es necesario, será sólo un minuto.

—… cariño, cariño…

Anuca oía voces pero no escuchaba.

“Tan cerca…”

—...cariño, es la policía, quieren que veamos…

Quizá distinguir la palabra policía entre brumas le animó a regresar al momento presente, o quizá fue considerar que tenía que actuar rápido si quería que Anita entrase en su vida.

—Sí, disculpa me pareció escuchar a los niños.

Los dos agentes de policía les mostraron fotografías de mujeres y parejas desaparecidas.

—Hace unos días vino un detective privado con fotos —señaló Anuca.

—Sí, lo sabemos. ¿Les importaría echar un vistazo a estas?

Algunas eran nuevas para ellos, al menos para Anuca. Otras, de negro recuerdo, puesto que por uno u otro motivo el puñetero plan no terminó bien, excepto el de Irene Morella a la que Víctor embarazó en los primeros intentos.

Las demás.

Las demás se merecían lo que les pasó.

Cuando la policía se marchó, la cabeza de Anuca comenzó a trazar un plan. Lo primero que necesitaba era una ingente dosis de calma, de mucha calma. No era la primera vez, ni la segunda, ni la tercera que salía indemne de un asesinato, el chico malo del *insti* , sus padres, la madre de Mateo el mayor de *sus* hijos, lo podrían atestiguar.

“Si pudieran…”

Lo segundo, tomar una importante decisión. Leyre o la chica del sótano. Las dos, no.

Lo tercero. Víctor.

27

Diego Olivares acababa de colgar el teléfono. El oficial de policía, Manuel Paredes le informaba del hallazgo de restos óseos a unos quinientos metros del lugar en el que fue encontrado el cuerpo de Graciela Martín, cerca de la Ermita de San Esteban. Un equipo de la Policía Científica estaba en camino.

—Ha sido gracias a Mínguez, inspector. Yo no había visto nada, mejor dicho, sí que lo veía pero no pensé que debajo hubiese un cuerpo, es de locos, sólo son huesos, nada más… —tomó airé y continuó con su exposición—: Por lo visto le llamó la atención la hierba, era diferente al resto y …

—Buen trabajo, Paredes.

—No sé allí pero aquí ha comenzado a caer la chupa que no terminó de descargar ayer.

—Pongan los restos a cubierto, hasta que llegue Científica. Y cuando amaine sigan buscando lugares ocultos como otro zulo o algo similar.

—Sí, inspector.

Diego consultó el reloj.

—Las nueve y media… —musitó.

Se hallaba en la sala repasando la pizarra y los informes de Claudia Cobo. Estaba a la espera de que consiguieran cotejar algún ADN de los hallados en el zulo. Quizá lo consigan con el reciente cuerpo hallado.

“ *Sólo son huesos…* ”

Era posible que no tuviesen nada que ver con la investigación de *El Descuartizador de Monte Corona.*

Volvió a mirar el reloj.

Apenas habían pasado diez minutos.

Cogió el móvil y repitió por tercera vez la misma llamada de la última media hora, con el mismo resultado:

“ *El teléfono al que llama…* ”

—¿Dónde estás? —murmuró mirando la pantalla del teléfono.

Resultaba muy extraño que María se retrasara y más aún sin avisar. Cogió el chaquetón y abandonó la sala rumbo al encuentro con el oficial Paredes. Al cruzar por la sala que alberga las mesas de trabajo

de sus compañeros retrocedió sobre sus pasos y se encaminó hacia la que se hallaba más al fondo, la de Cruz Perales, secretaria del comisario.

—¿Has visto a María?

La mujer sacudió su semblante regordete.

—No, Diego.

—Cuando la veas dile que no he podido contactar con ella por teléfono y que salgo hacia la Ermita de San Esteban. En la batida han encontrado restos óseos.

—¿Otra chica?

—No lo sé, Claudia está en camino.

Cruz apretó los labios.

—Don Fausto está reunido con el comisario principal— apuntó—. ¿Quieres que le informe?

—Mejor cuando termine.

De camino a su coche, no cogería el oficial, se debatía entre llamar a casa de su compañera o dejar pasar más tiempo para que apareciese, no quería pecar de impaciente.

"Seguro que al final no ha sido nada"

Sonrió al imaginar a María entrando acalorada en la comisaría por su retraso y pidiendo disculpas una y otra vez. Una sonrisa que le duró lo que tardó en poner fin a esa imagen. No podía negar un suave pinchazo en el plexo solar, una intranquilidad que la siguiente conversación se encargaría de acrecentar.

—Paula, salgo hacia la Ermita de San Esteban. Cuando venga María dile que…

La oficial de recepción negó levemente al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—La pobre estará agotada.

Diego, que no había terminado de detenerse, lo hizo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Paula cogió una hoja y se la entregó.

—La estamos tramitando.

El inspector se hizo con el papel aguantándose las ganas de preguntar lo que su cuerpo le pedía.

"¿Qué coño estás tramitando y qué tiene que ver con María?"

—Por lo visto vino la pasada noche acompañada de una chica, sus padres y su abuelo, para interponer una denuncia por secuestro. La Policía Local de Comillas estaba cerrada, podía haber ido a otra comisaría más cercana, pero vinieron aquí.

"Francisca Fernández"

La mente del inspector inicia una frenética busca del nombre, que de alguna manera debería estar relacionado con la inspectora. Diego lee el informe:

“ *…salí a dar una vuelta, el médico me ha recomendado que ande un poco por mi embarazo. De repente alguien me cogió por la espalda y no recuerdo más hasta que abrí los ojos en una habitación. Me asusté mucho. No sé cuánto tiempo estuve ahí hasta que alguien entró, me hizo beber algo y lo siguiente que recuerdo es despertar cerca de mi casa. Una vecina me sacudía el hombro…* ”

Diego leyó el resto de la denuncia. No, no era un secuestro habitual, apenas unas horas, lo que resultaba llamativo es que hubiese sido puesta en libertad cerca de su propia casa.

—¿Me puedes hacer una copia?

—Claro.

Mientras aguardaba volvió a intentar comunicar con María Pinta con el mismo resultado

“ *El teléfono al que llama…* ”

—Gracias, Paula —dijo mientras cogía la fotocopia.

Su alarma interior estaba comenzado a pitar. Sí, cabía la lejana posibilidad de que su compañera se hubiera quedado dormida. La noche anterior se acostaría tarde y…

Negó con la cabeza mientras salía de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria. No sería ni la primera, ni la última vez, que dormían unas pocas horas o ninguna.

“Vale”

Respondía así a la propuesta que su voz interior le acababa de formular. No era su forma de proceder, sólo conseguiría asustar a la familia.

Cogió el móvil y pulsó el contacto de “ *MP casa* ”

Al tercer tono escucha la voz de la madre.

—Buenos días, Tere, soy Diego, me…

—¿Ha pasado algo? —su voz partía envuelta en una vibración nerviosa—. ¿Es María?

—No, no, tranquila, me preguntaba que como ayer se fue tarde a la cama, si seguía dormida.

El inspector escuchó un leve suspiro al otro lado de la línea.

—Es posible, hoy no la he visto y tampoco ha desayunado, aunque a veces se va corriendo sin probar bocado, con esa vida que lleváis que es un no parar.

Diego no pudo evitar esbozar una sonrisa al recuerdo de su compañera cuando se refería a su madre:

“ *Cuando le da por hablar no para, no para* ”

—… con lo de la chica de ayer, ya lo sabrás imagino, secuestrada la

pobre y embarazada, ¿quién podría hacer algo así?

—¿Embarazada?

—Sí, perdona supuse que lo sabías, yo…

Olivares sacudió la cabeza.

—¿La conocíais?

—¿A la chica de ayer? Claro, Pepi, el más conocido de esa familia es su abuelo, Zacarías…

—Tere, por favor, dime si María está durmiendo.

—Estoy yendo a su habitación —el cambiante flujo de voz indicaba que estaba subiendo las escaleras— ya llego.

Diego se obligó a mantener la calma. Algo no iba bien.

Nada bien.

—María, que te llama Diego al teléfono que son casi las diez… ¿María? —suaves golpes de nudillos— María, hija…

Olivares quería gritar que entrara de una vez en el dormitorio, necesitaba saber si estaba o no.

Entró.

—No está, y la cama… la cama está sin deshacer… Dios mío… ¿Qué pasa, Diego? ¿Dónde está mi hija?

El inspector respiró con profundidad.

—Tere, no sé donde está, pero mientras aparece hazme un favor.

—Sí, sí. Ay Dios mío, mi niña…

—Tu hija pequeña, Carmina… está embarazada, ¿no?

—Sí.

—Que se quede contigo.

Tere desciende los escalones uno a uno, agarrada al pasamanos, sentía que la visión se le iba emborronando.

—Me asustas.

—Ayer, cuando María regresó de Santander de poner la denuncia, ¿recuerdas qué hizo?

Tere se tomó unos segundos en tranquilizarse lo suficiente para poder responder.

—Pues… hablamos unos minutos y me dio las buenas noches.

—De acuerdo. Tengo que dejarte y, por favor, hazme caso, que Carmina se quede en casa. En cuanto sepa algo te llamo.

Olivares permaneció sentado en el coche, en silencio, asimilando la situación.

“ *Son dos. Son de Comillas o de muy cerca* ”

“ *Actúan por la noche* ”

Las palabras de María rebotaban en su atemorizada cabeza. Sí, tenía toda la razón. Eran dos. El secuestro de Pepi y su liberación a las pocas horas confirmaban que debían ser vecinos. ¿Por qué la soltaron? ¿Significaba esto que Leyre Aja permanecía con vida? O, la pregunta cuya respuesta podría responder las demás, ¿por qué secuestraron a

Pepi, o Francisca como consta en la denuncia?

"¿Qué hiciste cuando volviste a casa? ¿Por qué saliste? Y ¿a dónde?"

Su móvil comenzó a sonar. Su corazón a latir desbocado. Con ansiedad llevó la vista a la pantalla.

"Claudia"

—¿Está María contigo? —la pregunta no pretendía una respuesta distinta a un sí, si no dar por hecho que sus temores no tenían justificación, que su compañera tenía una sencilla explicación para su…

—¿Conmigo? —soltó la forense con un atisbo de extrañeza en la voz— ¿No venís juntos?

—No, no sé dónde está, ni su madre tampoco.

Durante los siguientes minutos el inspector le habló de la denuncia por secuestro, de su llamada a Tere, de las buenas noches de María a su madre.

—Aparecerá, Diego, verás como tiene una explicación.

—Lo sé, pero voy a pedir que busquen su coche.

—Me parece buena idea. Coincido contigo, es extraño que María actúe así. ¿Piensas que tiene que ver con el caso?

Diego no quería pensar en ello, al menos no como única explicación. María no era un objetivo, además, todos en Comillas sabían que era policía. ¿Por qué atacarla?, ¿por qué arriesgarse a …?

Mientras su mente razonaba por su cuenta escuchó su voz decir:

—No, no lo sé…

—Te llamaba porque los huesos encontrados corresponden a dos personas de unos treinta años y por su estado diría que llevan tiempo enterrados. Es posible que los propios animales del monte los hallan desenterrado y limpiado. Quería daros mi primera impresión por la urgencia del caso.

La mente de Diego seguía buscando respuestas. Una vez más escuchó su voz. Una voz lejana, como si fuera de otro:

—Tengo que dejarte —colgó.

La sucesión de preguntas se repetía incansable ¿Por qué atacarla? ¿Por qué arriesgarse a …? ¿Por qué atacarla? ¿Por qué arriesgarse a …? ¿Por qué ata…?

De pronto un fogonazo entre la sucesión de preguntas.

—No han ido a por ti… —sintió como un doloroso sudor frío anegaba cada célula de su cuerpo—. Te metiste en la boca del lobo.

El recuerdo del detective Valentín Corneja tumbado en el suelo de la carretera mientras era examinado por Claudia le golpeó con dureza.

—¡¿Por qué coño fuiste sola?!, ¡¿Por qué cojones no me avisaste? ¿eh? ¡¡Me cago en la puta, joder!! —acompañó sus gritos de una sucesión de secos golpes contra el volante.

Sacó la mirada del interior del vehículo y la posó en la fachada de la comisaría. Contaba con todo un cuerpo policial dispuesto a mover cada palmo de terreno para dar con el paradero de su compañera y no sabía por dónde empezar.

¿El secuestro de Pepi fue el detonante para que María saliera la pasada noche de su casa? Lo último que Corneja escribió en su cuaderno hablaba de visitas al barrio de Velecío y a las urbanizaciones del muelle. ¿María también había llegado a la misma conclusión?

"¿Qué coño se me escapa?"

Aunque hubiese llegado a la misma conclusión, no tendría ningún sentido que a media noche se pusiera a llamar a las puertas de sus vecinos y, ¿para qué? No iba a preguntarles si acababan de secuestrar a Pepi. Además, sus propios compañeros de la policía ya habían realizado ese trabajo esa misma tarde.

¿Entonces?

"¿Dónde fuiste?"

" *Son dos. Son de Comillas o de muy cerca* "

" *Actúan por la noche* "

Una vez más las palabras de su compañera se colaban entre sus dudas reclamando atención. Si no siguió los pasos de Corneja, al único sitio al que hubiera podido ir es…

—¡No me jodas!

Bajó del coche y corrió a la comisaría, apenas veinte metros le separaban.

—¡Paula, Paula!

La oficial de policía atendía a una mujer de mediana edad acompañada de una niña de no más de cinco años.

—Un momento, señora.

—Paula, por favor, pide a todos los Zetas que estén atentos al coche de María Pinta.

—¿El Alfa Romeo?

—Sí —giró sobre sus pasos dispuesto a regresar al coche.

Paula rodeó la recepción.

—Diego, ¿sucede algo con María?

—Seguramente, no, pero necesito dar con ella, no coge el teléfono y en su casa no está.

—¿Incluyo a los Kas?

Diego no quería convertir en oficial la búsqueda del coche de su compañera, de momento. Aunque puestos a buscarla incluir a los vehículos camuflados no tendría nada de extraño.

—Sí, Paula, hazlo, gracias.

Cuando se disponía a abandonar la Jefatura llegó hasta él una voz más que conocida junto a otra, no nueva, pero sí menos habitual.

Se asomó.

El comisario Redondo se despedía del Comisario Principal. Diego no quería tropezarse con el jefe de su jefe. No en estos momentos. Sabía que era su primordial quebradero de cabeza. Atravesó el amplio pasillo y esperó a que abandonara la comisaría para ir al encuentro del comisario.

Diez minutos más tarde se dirigía a su Audi A1 ya con el apoyo de su jefe en la solicitud de búsqueda de forma oficial del coche de María. No había podido conseguir que se ampliara el número de efectivos destinados a las distintas batidas sobre Monte Corona.

—Andamos muy escasos de personal, Olivares. Tenemos ya seis compañeros en estas labores, no…

—Hablamos de Monte Corona, con seis tardaremos años.

Fausto Redondo se atusó el bigote.

—Le ruego que ni por un momento se le pase por la cabeza que no empatizo con usted en su preocupación sobre el paradero de posibles víctimas y menos aún con el de Pinta —lo soltó con un tono seco, poco habitual en su proceder diario—. La batida no es en todo el Monte Corona si no en los aledaños a las ermitas, ¿no es así?

Diego asintió. Respiró con intensidad y se puso en pie. Se estaba dejando llevar por la desesperación, era el momento de demostrar la experiencia acumulada en casi dos décadas de profesión.

—Así es, jefe. Con su permiso me uno a la batida.

El plan de Diego no era exactamente ese. La ubicación del destino al que dirigía el coche sí que coincidía con el que se estaba llevando a cabo el rastreo, al menos en parte. Se trataba de Monte Corona, pero lo haría a su modo.

Los huesos recién encontrados podían esperar.

Leyre dejó el plato en el suelo. Se obligaba a comer por el niño, si de ella dependiera se hubiera dejado llevar. Apenas le quedaban fuerzas para seguir aguantando.

—¿Por qué me tenéis aquí? ¿Qué queréis de mí? Yo no tengo más dinero que mi sueldo en el supermercado, mi familia tampoco…

El golpe de la puerta al chocar contra el marco ponía fin a su retahíla de preguntas. Lo único que le habían dicho es que tenía que comer. Los tres primeros días el tono que emplearon sus captores, uno de ellos, el otro no hablaba, era firme, pero no exigente. Hasta que al cuarto día, el que no hablaba le sacudió un certero bofetón que le partió el labio.

—Te he dicho que tienes que comer.

"¿Es una mujer?"

Durante el tiempo que llevaba secuestrada no le habían revelado el motivo de su secuestro. Las únicas voces que escuchaba sonaban lejanas. En ocasiones parecían discutir.

"¿Es una mujer la que no habla?"

"¿La que me dio el bofetón?"

"¿La mujer del autobús?"

Quizá fueran tres porque no podía imaginar a una mujer que le hiciera esto a otra, menos aún sabiendo que está embarazada. La única cara que había visto era la del hombre, parecía no importarle que le reconociera, o quizá es porque no saldré con vida, y ¿por qué…?

"Mejor no pensar en ello…"

La persona que no hablaba, cuando entraba en su celda, lo hacía con el rostro cubierto. Por su forma de moverse debía tratarse de una mujer. Con la que subió al autobús no podía ser, era muy simpática y habían bajado juntas en Comillas.

Después…

Después todos sus recuerdos se hallan envueltos en nebulosa. Recuerda un paseo, el puerto.

"¿Una casa?"

Estaba convencida que la comida constante que le proporcionaban era gracias a la mujer del rostro cubierto que está con el hombre.

Sin embargo, llevaba unos días en los que sentía que algo había cambiado. Lo primero fue que ya no la dejaban atada a la cadena por la muñeca. Lo segundo, algo que su guardián le había dicho y que le dejó helada: —Pronto tendrás una amiga. Antes pasará unos días en casa. Ella también está embarazada, será una niña, ¿tú sabes lo que esperas? No sería bueno para ti que fuera niño.

Al abandonar el cuartucho Boris se permitió esbozar una sonrisa a su ocurrencia.

“Ni niña...”

No sabía el tiempo que debía haber trascurrido desde que intentaba buscar un sentido a las palabras de su carcelero cuando escuchó que alguien regresaba. La puerta de la estancia se abrió de golpe.

—¡Ya no tendrás compañía! ¡Ya nada vale! He tenido que devolverla como si, como si… —golpeó la puerta con la bota— ¡Esperaba una puñetera niña! ¿Qué cojones quiere?, ¿eh?

Leyre lo vio recorrer los escasos tres metros que les distanciaban con el puño levantado. Se hizo un ovillo para proteger a su hijo y escondió la cabeza entre las manos esperando el impacto que recibiría de un momento a otro.

Pasaban los segundos y el impacto no llegaba.

Ruidos de fondo.

—Si metes el más mínimo ruido, mataré a tu hijo antes que a ti.

Leyre apretó los labios.

Un cosquilleo gélido se apoderó de su cuerpo.

Pisadas que se deslizan con cautela sobre el arenoso suelo de la celda. Separó levemente los brazos.

“¿Se va?”

Un golpe seco, lejano.

“¿Un portazo?”

“No, no, es un sonido diferente, pero…”

Vio al hombre cerrar la puerta.

—No esperaba a nadie…

No sabía si se trataba de buenas o malas noticias. Pronto lo sabría. Lo que le había dejado claro unos minutos antes es que por algún motivo que desconocía tenía preferencias sobre el sexo del bebé que esperaba; una niña.

“ *No sería bueno para ti que fuera niño* ”

Leyre se incorporó. Con el corazón golpeando con fuerza en su pecho pegó la oreja en la puerta.

“Hay una mujer…”

Al principio apenas llegaban hasta ella susurros, pero con el paso de los segundos fueron incrementando los decibelios. Hasta que de repente se hizo el silencio.

Un silencio hondo.

Tan hondo, tan profundo, tan completo que volvió sobre sus pasos aún más aterrorizada. Se tumbó en el catre abrazada a su tripa.

“Tranquilo, no te preocupes que mamá te sacará de esta”

Permaneció en silencio los siguientes minutos sorprendida por la consistencia de sus palabras. Sin habérselo propuesto había encontrado una motivación para seguir adelante.

Puestos a elegir prefería una niña, pero si no fuese así, un niño siempre sería bienvenido y en estos momentos, tras las palabras de su

carcelero creyó entender que una chica tendría más problemas.

Frunció los labios al tiempo que dejaba escapar unas lágrimas de un depósito que parecía no tener fin y negó con la cabeza. Daba igual lo que viniera, lo único que realmente importaba era que sus secuestradores no estuvieran el día que llegara al mundo.

El silencio continuaba.

Boris acababa de tener la penúltima discusión con Anuca, era la visita inesperada. Quizá fuese la última, porque no era persona de discutir, sin embargo, ella tenía algo que le hacía controlar sus más bajos impulsos.

Hacía, así, en pasado.

Desde que estuvo cerca de estrangularla comenzó a crecer dentro de él la necesidad de un cambio de aires. No tardarían en encontrar los cuerpos de algunas víctimas más, algunas de ellas las incluía dentro de la categoría de asesinato perfecto.

En Suances había dejado dos cuerpos.

Fue una noche que comenzó a torcerse, al poco de llegar de Zaragoza, en un sitio de copas en la Playa de La Concha. Ella le ignoró, él, le amenazó. Al verlos abandonar el local los siguió.

Faltaba poco para el amanecer.

Dejó unos metros de distancia mientras la sangre entraba en modo ebullición empujada por una descarga incontrolada de adrenalina. No conocía bien la zona, unos días más tarde le dijeron que habían encontrado el cuerpo de un turista junto a la Playa de los Locos.

Sonrió al enterarse.

El cuerpo de la chica aún no lo habían localizado.

Habían pasado seis años.

Poco después conoció a Anuca en su fonda. Buscaba trabajo, ella se lo ofreció. Fue sencillo darse cuenta de que esta mujer no era una mujer normal. Cuando algo le molestaba, de su mirada y de su semblante desaparecía todo vestigio de humanidad. Le llevó poco tiempo comprender que debía mantenerse alerta con ella. Sentía especial animadversión por el género masculino.

Un día, cuando regresaron de la Ermita de San Esteban donde habían pasado la mañana limpiándola y arreglándola como parte de su papel de mujer piadosa, quizá hubiese dentro de ella algo de fe o arrepentimiento, le confesó que en el sótano de la *Posada El Muelle* había un cadáver.

—¿Te importaría deshacerte de él, Víctor?

Sí, le había cambiado el nombre y colocado gafas, como nueva identidad, cuando comprendió que él también era diferente, que podrían hacer una buena pareja de negocios. Ella quería una niña, y él

un lugar en el que esconderse y seguir viviendo. Le ofrecía una buena tapadera.

Víctor, agazapado en el exterior del zulo, otro zulo más, aguardando a que Leyre decidiera escapar para así iniciar un juego que le entusiasmaba, sonríe a sus recuerdos. Una sonrisa de despedida. Cuando se sentía así, sabía que en breve comenzaría de nuevo en otro lugar, a no ser que la policía lo detuviera.

"O me entrego o estos inútiles nunca me cogerán"

No le faltaba razón. Escapó de Croacia con ayuda de su compañero de celda Tomás, de Italia, de Francia. En España había dejado el grueso de su carrera como asesino serial. Barcelona, Zaragoza y Cantabria habían sufrido sus arrebatos incontrolados. Desde que escapó de la Prisión de Remetinec, en Zagreb, Croacia, jamás ningún miembro de un cuerpo policial le había puesto la mano encima.

Antes de iniciar ese cambio de vida necesitaba jugar un poco. La reciente visita inesperada le había dicho que cuidara de Leyre como si fuera su propia hija. Que nunca más volviese a actuar por su cuenta.

—No vuelvas a traer a nadie más a la fonda. La policía está encima de nosotros ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—¿No querías una puta niña? Ya la tenías.

Anuca llevó las manos a la cabeza. Dejó salir el aire de forma contenida. No, no pasaba por su cabeza provocarlo hasta el punto de que volviera a estrangularla, esta vez nada lo pararía.

—Te agradezco la intención, Víctor, pero esa chica sólo nos iba a traer problemas, es vecina nuestra, ya te lo he dicho.

—¿Y qué coño…?

Dejó la pregunta en el aire. Sí, iba a decir que qué coño importaba, escondían a la chica un mes o dos, lo que le quedara para parir y listo. Se quedaba con la hija y asunto concluido.

Pero, no.

Dejó que se fuera.

Sólo había ido hasta allí para controlarlo, saber si estaba de guardián o se le había ido la cabeza ya del todo.

El momento de jugar se aproximaba.

"Algo me dice que hoy sí que jugaré"

Leyre puso los pies en el suelo. Quien quiera que hubiese venido se había marchado. Pasó un par de minutos con la oreja pegada a la puerta intentando captar el más mínimo ruido que le informara de lo que le podía esperar al otro lado, si encontraba el suficiente valor para abrirla. No quería que volviera a pasar lo mismo que otras veces.

Creer que podía escapar y encontrarlo fuera, riéndose, le encogía el estómago.

“Hoy tiene que ser diferente”

Lo primero era averiguar si el candado estaba puesto. No le había oído ponerlo.

Abrió la puerta despacio.

Muy, muy despacio.

“No hay candado”

Contuvo el aliento al tiempo que atisbaba por la estrecha abertura. Aspiró un olor concentrado, mezcla de escasa ventilación, comida, tabaco y de algo que no supo identificar.

Y algo más.

Silencio.

Un silencio que golpeaba sus oídos y su corazón como el ruido más atronador.

Le llevó unos minutos deslizar la puerta hasta conseguir una abertura lo suficientemente amplia como para poder pasar por ella. Las bisagras parecían dispuestas a delatar sus intenciones.

No era la primera vez que veía la estancia contigua. Ver era mucho decir porque era de noche y apenas entraba una rendija de claridad por la trampilla.

Leyre avanzaba deslizando los pies, tanteando alrededor con las manos.

“¿Una mesa?”

Se detuvo.

“Calor”

Se acordó de su reciente cena. Posiblemente habría una cocina o un hornillo. Con la mano izquierda localizó una caja de cerillas. El corazón le pedía encender al menos una, la razón, no.

Extrajo una cerilla.

Prestó atención a cualquier ruido que pudiera delatar la presencia de alguien.

Encendió.

Con el brazo estirado se movió en círculo. La escalera estaba donde la recordaba. Unas estanterías, y sí, un hornillo.

Al fondo…

Dio un paso.

La cerilla se apagó.

El corazón le pedía encender otra, la razón, no.

Encendió otra.

Dio otro paso. Otro.

Sobre un mueble viejo había diferentes artículos. Bolsos, zapatos, pulseras de colores que le llamaron especialmente la atención. Trazó un semicírculo hacia la derecha.

“¿Una puerta?”

Sí, y un candado que impedía su apertura.

Dio otro paso y una repentina ráfaga de aire apagó la cerilla al tiempo que incrementó su nerviosismo. Levantó la vista buscando la trampilla, convencida de ser la causante de la oscuridad, esperaba ver las piernas de su guardián descendiendo por las escaleras.

Suspiró con intensidad.

La trampilla permanecía cerrada.

El repentino susto aún permanecía soldado a su castigado cuerpo como una lapa. Las dudas regresaban, su inicial ánimo y disposición a huir perdía argumentos.

“ *No sería bueno para ti que fuera niño* ”

Llevó una mano a la tripa. Si sólo se tratase de su propia vida, quizá se dejara llevar, pero no, no se trataba de ella, sino del hijo que esperaba.

“Tengo que conseguirlo”

Encendió otra cerilla.

“Qué raro…”

Lo que le pareció una masa oscura al fondo de la estancia cuando encendió la primera cerilla, tomaba forma. Rodeando la última puerta había un espacio.

“¿Un pasillo?”

Un espacio por el que surgió una nueva ráfaga de aire que puso fin a la endeble luz de la cerilla.

Llevó la vista a la trampilla.

Algo le decía que caminara aunque fuesen unos pocos metros por ese pasillo. Tanteando obedeció a ese algo.

“¿Otra puerta?”

El candado estaba suelto.

“¿Habrá alguien como yo aquí?”

Dejó caer la mano sobre el pomo, el hombro sobre la hoja de la puerta y empujó. Apenas fueron unos pocos centímetros. El hedor que partió del interior se le agarró a la nariz provocándole arcadas incontrolables. Cerca estuvo de vomitar la reciente cena.

De nuevo, tanteando la pared regresó a la estancia central. Una nueva cerilla la situó en dirección a la trampilla.

“Vamos allá”

Su agitado corazón le consumía las escasas dosis de autocontrol que le quedaban. Con cada escalón que avanzaba el corazón incrementaba los latidos hasta límites dolorosos.

Levantó levemente la trampilla. Una ráfaga de aire limpio le acarició la cara, el cuerpo y el alma.

La luna iluminaba el exterior creando complicadas figuras de sombras y tenue claridad. Siguió respirando con intensidad,

empapándose del frío de la noche. Lo prefería a la humedad reinante en el zulo, la cueva o donde la tuviesen retenida.

Levantó un poco más.

Un suave olor conocido llegó hasta ella.

“¿Tabaco?”

Sobre este, otro más intenso. Podía distinguir un lejano olor a libertad ”Vamos, vamos...”

Tenía medio cuerpo fuera, no era momento de dudas.

Barrió en torno con la mirada.

Su corazón amenazaba con salir despedido del pecho. Una vocecilla le imploraba que corriese sin mirar atrás. Otra le aconsejaba prudencia y tranquilidad, pero las dosis de autocontrol tocaban a su fin.

Corrió.

Boris comenzaba a impacientarse. Había apagado el cuarto pitillo de la noche. El frío comenzaba a tocarle las narices. Sus ganas de jugar le pedían que aguantara un poco más, solamente un pitillo más.

Sonrió.

La trampilla comenzaba a levantarse.

“Ahí vienes...”

29

De Boris Bacic no había más información que la orden de busca y captura interpuesta por INTERPOL seis años atrás. Nada se sabe de su paradero actual. Se sospecha que salió de Croacia posiblemente en dirección Francia, quizá España por su amistad con un ex presidario español, Tomás Carrilero, con el que se fugó de la Prisión de Remetinec. En posteriores interrogatorios, Carrilero negó saber nada del paradero de Bacic.

Mintió.

Lo que sí era cierto es que no se habían vuelto a ver desde la fuga.

Poco o nada aportaba esta documentación.

Fausto Redondo dio la vuelta al informe de INTERPOL se despojó de las gafas y se frotó los lacrimales. Si no obtenían resultados pronto, en las próximas horas un inspector del Grupo de Homicidios de la Comisaría General de la Policía Judicial de Madrid, se dejaría caer en Santander para hacerse cargo de la investigación. Cierto que contaban con más medios y personal, posiblemente con una mayor experiencia en este tipo de casos. El comisario no lo ponía en duda, como tampoco, que fuera positivo para la investigación.

A pesar de esto, no era en absoluto agradable que vinieran de Madrid a hacer tu trabajo. Quedaría como una pequeña espina clavada en su gente y en él mismo.

Salió de su despacho y entró en la sala que Pinta y Olivares habían hecho suya para la investigación. De brazos cruzados, en pie, apoyado en la amplia mesa repasaba las anotaciones de la pizarra. Llevó la vista a la fotografía de Boris Bacic. Un rostro bien parecido, de gesto chulesco le aguantaba la mirada.

Redondo se preguntaba que si este individuo estaba detrás de los asesinatos de Monte Corona y del detective Corneja, ¿qué le había traído hasta aquí? No podría ser fácil para un extranjero pasar desapercibido. Es cierto que los nativos de países de centro Europa tienen la bien ganada fama de poseer cierta facilidad innata para los idiomas, sin embargo, el acento sería más complicado de disimular.

“¿Dónde te escondes?”

Tal y como apuntaban Pinta y Olivares, Bacic debería encontrarse muy cerca de Monte Corona. No es habitual que un asesino en serie se desplace para cazar y regrese a su zona de confort. Y menos, dedicado

a este tipo de víctimas que necesitan atención.

Unas más que otras, según pudo saber por el informe forense.

Si residía en los alrededores de las ermitas, debía de estar integrado en la comunidad desde no más de seis años atrás que escapó de la prisión en Zagreb.

“ *Son dos…* ”

El comisario leyó la anotación de Pinta bajo la fotografía de Bacic. La pregunta que le rondaba la cabeza era si esa integración en la comunidad sería en pareja o cada cual se habría establecido por su cuenta.

Olivares había propuesto investigar a todos los nacidos dos años atrás, no sólo en Comillas sino en las poblaciones colindantes y a aquellos individuos de nacionalidad croata afincados en las mismas zonas.

“Pinta…”

Confiaba que la falta de información, prefería no definirlo de momento como desaparición, de María Pinta se resolviera en los próximos minutos con una explicación plausible. Saber que había salido de su casa la pasada madrugada, que su coche no estaba y que aún no había dado señales de vida le generaba una intensa desazón. No, no quería definir la situación, bastaba con decirse a sí mismo que la inspectora estaba en problemas.

Dio un repaso a cada fotografía, cada anotación de la pizarra con la esperanza de hallar algún punto de vista que pudiera clarificar una nueva vía a seguir que se hubiese pasado por alto.

“Como dice Pinta, no queda tiempo…”

Suaves golpes en la puerta silencian su razonamiento interno.

—Don Fausto, tengo lo que me pidió.

Redondo se quedó mirando a su eficiente secretaria solicitando un rápido resumen.

—He cogido de muestra el año 2016, contando con que los niños que buscamos tengan algo más de dos años, puesto que Irene Morella despareció hace tres... —llevó la vista a la fotografía sobre la pizarra— pobre chiquilla, ¿verdad, comisario? Una no sabe nunca lo que puede…

—Cruz, por favor, continúe con el resumen —pidió.

El regordete rostro de la secretaria se contrajo.

—Sí, es que sólo pensarlo me… Bueno, sigo. Decía que en 2016 hubo 4244 nacimientos en Cantabria. 2210 chiquillos y 2034 niñas. Yo que pensaba que nacían más niñas que niños, ¿usted no? —negó con la cabeza y continuó con el resumen—: Sobre los croatas censados desde 2011 hasta la fecha la media es de unos veintiocho. En este 2019 suman 5666 extranjeros de Europa, 85 censados en Comillas. Aquí se lo dejo, comisario.

—Gracias, Cruz. Lo siguiente es intentar acotar un poco esos datos. Nos interesaría la zona de Comillas y alrededores, como Ruiloba, Valdaliga, *etc*.

—De acuerdo. También le miro los croatas censados.

—Sí, gracias.

Parecía como buscar una aguja en un pajar.

Abrió el informe, la vista clavada en la primera hoja, en la primera cifra:

—Cuatro mil doscientos veinticuatro nacimientos… —murmuró—. Cuatro mil doscientos veinticuatro…

Dejó la fina carpeta sobre la mesa y se atusó el bigote. Mientras llegaba información más concreta permitió que su mente ajustara, siguiendo criterios nada científicos, las cifras del informe de Cruz. Dividiendo Cantabria en dos y otorgando la mitad de los nacimientos a cada parte resultante, la occidental sumaría 2112.

"Santillana del Mar, Suances, Novales, Cóbreces, Cabezón de la Sal, Torrelavega, San Vicente de la Barquera, Comillas…"

Había que seguir acotando.

Las poblaciones más al sur como las tres del Valle de Cabuérniga, Potes, habría que dejarlas a un lado.

"No hay tiempo para visitar a las familias de los 2112 nacidos"

De nuevo, la vista del comisario en una anotación de la inspectora sobre un papel fijado en la pizarra:

" *¿Son de Comillas?* "

Fausto Redondo era consciente de que contaban con una baza a su favor para acotar resultados, que no era otra que la propia María Pinta, la más indicada para identificar entre sus vecinos a aquellos que pudieran etiquetarse como sospechosos.

La puerta de la sala volvió abrirse.

—Comisario, el inspector Olivares está al teléfono. Dice que le ha llamado a su móvil, pero que no contesta.

Redondo llevó ambas manos a los bolsillos de su chaqueta primero, del pantalón después. Con los labios fruncidos y balanceando el mostacho, ladeó el rostro.

—Me lo he debido dejar en el despacho.

—¿Le paso aquí la llamada?

—Sí, Cruz.

Apenas treinta segundos más tarde el teléfono sobre la mesa comenzó a sonar.

Diego Olivares optó por dirigir sus pasos hacia la Ermita de San Antonio por dos motivos. Uno, a escasos metros fue localizado el cuerpo de Irene Morella y el zulo con el cadáver de la pareja de

Graciela Martín, Armando Venta. Dos, y no menos importante, la batida policial actuaba por la mañana en torno a la otra ermita, la de San Esteban.

Cuando llegó a la conclusión de que su compañera decidió la pasada madrugada salir de su casa y coger el coche, después de haber estado a medianoche con Pepi en la Jefatura de Santander denunciando su secuestro, no se le ocurría otro destino que Monte Corona.

Tenía su lógica.

Ella estaba convencida de que actuaban de noche. Olivares apoyaba ese convencimiento. A esas horas pasarían desapercibidos, a salvo de turistas, senderistas y de la propia policía. Por otro lado, si como ella sostenía, podrían ser vecinos suyos de Comillas, actuar de día tendría mucho más peligro.

A pesar de su razonamiento, se preguntaba si lo que le había empujado a su compañera a encaminarse a Monte Corona la pasada madrugada guardaba una motivación más concreta que las expuestas. Es decir, a parte de que actúen de noche y pudieran ser reconocidos de día, ¿podría haber algo más?

Con una mano sosteniendo la barbilla, la otra firmemente asida al volante, dejaba que la pregunta que le oprimía el estomago, sólo imaginar la respuesta le cortaba la respiración, se formara con todas sus consecuencias.

"¿Habría dado con los asesinos? ¿Habría sucedido algo que le hubiese llevado a identificarlos?"

Tras un par de golpes secos sobre el volante detuvo el coche cerca del lugar en el que lo hizo la vez anterior con Pinta.

Seguía buscando alguna respuesta coherente, basada más que nada en el conocimiento que presumía tener de su compañera.

Negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba los labios.

—No sabías quiénes son, ¿verdad? —murmuró— si lo hubieras sabido no habrías venido hasta aquí, hubiese bastado con presentarse en su casa y detenerlos. Entonces…

Llevó la vista más allá del horizonte.

—Entonces, viniste hasta aquí porque querías descubrirlos, confiabas que de noche bajarían la guardia, ¿qué pasó?

Si permitía que se colara entre sus temores considerar que los planes de María no hubiesen alcanzado el éxito buscado, no le quedaba otra opción que contemplar la posibilidad de que hubiese sido descubierta.

—¡Joder!

Sabiendo la forma de actuar de los asesinos y de lo que eran capaces de hacer, no podía evitar sentir el amargo sabor del miedo.

Un miedo mezclado con generosas dosis de angustia, dolor e

impotencia. Todo ello acrecentado por lo que conlleva la búsqueda de una persona cercana y muy especial.

Se obligó a mantener la calma como única forma de elaborar un mínimo plan de acción.

—De acuerdo. No salieron tus planes, ¿te cogieron? Doy por supuesto que fue por esta zona o junto a la otra ermita. ¿Tu coche?

No era fácil deshacerse de un coche. Cierto que podían habérselo llevado bien lejos. Siendo dos, uno conduciendo el de María y el otro el suyo. De ser así podría encontrar huellas cerca del lugar donde fue encontrado el cuerpo de Irene Morella.

"Si viniste aquí empezarías por este sitio"

Si su planteamiento no era el correcto tampoco tenía mayor importancia en estos momentos, puesto que en la otra ermita había seis compañeros batiendo la zona y darían con el coche.

"Si no se lo han llevado a otro lugar"

Optó por centrase en considerar que esa madrugada los dos secuestradores no estaban juntos. Por tanto, toda la distancia que recorriera para alejarse y esconder el coche de María la tendría que regresar a pie.

"Si me equivoco perderé un tiempo que no me sobra"

Dedicó la siguiente hora a recorrer los caminos alrededor de la Ermita de San Antonio, buscando rodadas de dos vehículos recién marcadas en el suelo embarrado.

Nada.

Al menos nada que concordase con lo que esperaba encontrar. Sin lograr sacudirse la congoja que lo embargaba entró de nuevo en el coche y puso rumbo hacia la Ermita de San Esteban por el interior del monte. En un primer momento dudaba entre dirigirse hacia el bosque de Secuoyas, más al sureste o encaminarse hacia la que fue la primera opción, la Ermita de San Esteban. Algo le decía que el bosque de Secuoyas no era un enclave cercano del lugar en el que tuvieran retenida a su compañera.

"Suponiendo que estoy en lo cierto al creer que regresaron a pie, si no es así..."

Conducía despacio.

Muy despacio.

Con la mirada y la concentración en cada salida del camino, distancia entre árboles o claros por los que pudieran haber penetrado para abandonar el vehículo de su compañera.

"¿Y eso?"

Un breve chispazo, como un ligero destello llamó la atención del inspector. Detuvo su Audi A1 y bajó.

Otra vez.

Paso a paso se encaminó hacia el punto del que parecía partir el

suave resplandor.

Otro destello más.

En esta ocasión, debido a su trazada, el brillo no fue breve, permanecía activo, solo obstaculizado por el ramaje que se interponía en el camino.

“¿Un cristal?”

Diego sintió el corazón incrementando la frecuencia de sus ya agitadas pulsaciones. Extrajo su *HK USP Compact* reglamentaria de la cartuchera y avanzó empuñando el arma con firmeza. La vista en el intermitente destello, el resto de los sentidos, más el sexto y personal de percepción de peligro, pendientes del entorno.

Tras unos abetos se fue formando la figura de lo que parecía ser un vehículo blanco medio tapado con ramas.

Como el de la inspectora.

Avanzó despacio reteniendo el impulso que le impelía a correr. Poco a poco fue reconociendo el modelo; un Alfa Romeo Giulietta 2.0.

Como el de la inspectora.

Sólo le faltaba distinguir la matrícula.

—Es tu coche, me cago en la puta… —susurró para sí. Un sudor gélido descendía por su espalda.

Frente a él se mostraba la evidencia de la desaparición forzada de su compañera. Ya no quedaba resquicio alguno a las especulaciones.

Antes de lanzarse a abrir puertas y mirar dentro barrió con la mirada los alrededores sin variar la posición de disparo. Un vez convencido, todo lo convencido que se pueda estar en un bosque, de que no hay nadie observándote, recorrió ansioso los diez pasos que le distanciaban del Alfa Romeo y retiró las ramas que cubrían en parte el techo. Los cristales estaban subidos. Atisbó el interior. No había nadie.

Abrió la puerta del piloto.

Introdujo medio cuerpo.

“Las llaves están puestas”

Si María hubiera escondido el coche en ese lugar mientras investigaba se hubiese llevado las llaves. No tendría sentido dejarlas puestas. La conclusión que se abría paso en su cabeza coincidía con la que dedujo cuando descubrió el coche:

“No lo has escondido tú, ¿verdad?”

Sin abandonar el estado de alerta rodeó el vehículo y se situó frente al maletero negando con la cabeza. Se tomó unos segundos para abrirlo, quizá como modo de preparación para exponerse a contemplar el cuerpo sin vida de su compañera en el interior o, quizá, para espantar sus dolorosos temores.

Abrió.

Descubrir el maletero vacío, excepto por una bolsa de deporte y unas palas de playa, le hizo suspirar con fuerza.

Enfundó el arma y cogió el móvil.

“ *Este es el contestador automático del Comisario Redondo, de la…* ”

Dejó pasar unos segundos y volvió a intentarlo.

“ *Este es el contestador automático del Comisario Redondo,…”*

— Vamos, jefe .

Dos intentos más con similar resultado y llamó a directamente a la Jefatura.

—Cruz, ¿sabes dónde está el comisario? Le estoy llamando y no coge el teléfono.

—Sí, está en la sala en la que lleváis la investigación.

—Ponme con él, por favor, es importante.

La secretaria tragó el nudo que le impedía articular la pregunta que deseaba formular.

—¿Es, es por… María?

—He encontrado su coche. Avísale, por favor. Tranquila, ella no estaba dentro.

—Sí, sí, estoy en camino —dijo mientras aceleraba el paso con la preocupación reflejada en su semblante.

Llamó con los nudillos a la puerta de la sala.

—Comisario, el inspector Olivares está al teléfono. Dice que le ha llamado a su móvil, pero que no contesta.

—Me lo he debido dejar en el despacho.

—¿Le paso aquí la llamada?

—Sí, Cruz.

Apenas treinta segundos más tarde el teléfono sobre la mesa comenzó a sonar.

—Olivares, dígame.

El inspector le relató el hallazgo del coche de su compañera, intacto y con las llaves puestas. En su opinión, María no debería encontrarse en las inmediaciones del vehículo.

—¿Por qué cree eso?

Una vez más en este caso, Olivares se basaba en presentimientos e intuiciones, quizá en algo más que sólo otorga la experiencia.

—Poniéndome en la mente de sus secuestradores, jefe, no tendría explicación que escondiera el coche, sin apenas esforzarme en disimular su ubicación más que por unas pocas ramas, en un sitio próximo al lugar en el que retengo a la inspectora.

Redondo mantenía un baile constante con su mostacho.

—Cree que es como un cebo para que busquemos ahí.

—Así es. Sigamos su juego y busquemos por la zona.

—Quiere que perdamos el tiempo, le recuerdo que no nos…

—No, lo que pretendo es que se confíen en el sitio en el que estén escondidos. Tiene que haber alguna vieja mina o quizá una especie de refugio de la Guerra Civil, o un almacén abandonado para esconder

contrabando en algún lugar —Diego calló unos instantes al tiempo que llevaba una mano a la nuca. Ni siquiera estaba convencido de que su planteamiento fuese correcto, pero no tenía otro.

—Los planos que nos dieron no contemplan esa opción —señaló el comisario.

—Lo sé, pero entiendo que si se tratara de un almacén para ocultar contrabando no vendría en los planos, si no ha sido descubierto.

Diez minutos más tarde, el operativo policial que actuaba en la periferia de la Ermita de San Esteban se trasladó a la de San Antonio. La ubicación del coche de la inspectora sería el inicio en círculo desde el que comenzar la batida. Un operativo que vio incrementado su número en veinte agentes más. No obstante, Redondo insistió en que un pequeño grupo permaneciera en San Esteban.

Justo donde Olivares pensaba enfocar su búsqueda, pero a otra hora.

“ *Actúan por la noche* ”

30

Marcelo Torquemada necesitaba un golpe de fortuna con el que apuntalar el incremento de lectores, y por tanto de seguidores de su buen hacer, que *El Diario Montañés* había experimentado gracias a sus últimos artículos sobre el caso de *El Destripador de Monte Corona* .

Había pasado los dos últimos días acompañando la batida policial alrededor de las Ermitas de San Esteban y San Antonio a una distancia más que prudencial, eso sí, y calado hasta los malditos huesos. Nadie le decía qué narices buscaban, sin duda algo relacionado con los cuerpos encontrados hasta la fecha. Si no compartían con él la información que manejaban no le quedaba otra que elucubrar.

“ *¿Más cuerpos?* ”

“ *Quizá algún zulo como en el que se localizó a Armando Venta?* ”

Plasmaba con soltura todas sus dudas en cada artículo del periódico. Era consciente de que periodísticamente hablando no estaba aportando información concreta alguna, y menos aún contrastada, porque apenas disponía de ella. Sin embargo, poseía la habilidad de mantener el interés de los lectores en lo que pudiera estar pasando, en lo que cabría esperar de la actuación policial, en cuanto a la batida en Monte Corona se refiere.

Aun así, sabía que necesitaba algo más.

Un golpe de suerte.

Sus plegarias fueron atendidas cuando se localizaron varios restos óseos cerca de la Ermita de San Esteban a escasos quinientos metros del lugar en el que fue encontrado el cuerpo de Graciela Martín.

La lluvia arreciaba.

—Paredes, ¿qué habéis encontrado? —quiso saber Torquemada desde el limite del cerco policial. Las numerosas horas compartidas, aunque fuese en la distancia, durante las últimas semanas entre el periodista y el oficial de policía habían creado cierta camaradería.

—Sabes que no puedo decirte nada.

—Sólo dime de qué se trata, ¿por qué este alboroto?, ¿otro cuerpo?

Manuel Paredes miró a un lado y a otro.

—Me vas a buscar un problema. Científica está de camino para analizar unos huesos.

El corazón del periodista se aceleró

—¿Humanos?

—Eso parece.

Marcelo Torquemada aguardó hasta la llegada de la forense Claudia Cobo a resguardo del temporal en el interior de su vehículo. Los componentes de la batida habían ralentizado su avance, quizá confiados en que esos restos eran el objetivo de la búsqueda. La persistente lluvia no parecía dispuesta a aflojar y deseaban regresar a sus casas para darse una buena ducha caliente. No les llevó mucho tiempo cambiar de parecer, lo que Paredes tardó en recibir órdenes del inspector Olivares:

“ *Pongan los restos a cubierto, hasta que llegue Científica. Y cuando amaine sigan buscando lugares ocultos como otro zulo o algo similar”*

Unas horas más tarde, ya con el estómago lleno tras una merecida y suculenta comida, tomaba asiento en su mesa de trabajo con la única confirmación de que los restos óseos encontrados eran humanos. Con esto y un poco de imaginación comenzó a escribir otro artículo:

“ *En la mañana de hoy se han hallado restos óseos no lejos del lugar donde fue localizado el primer cuerpo atribuido al llamado “Destripador de Monte Corona”. Dichos restos son humanos y…”*

Su móvil sobre la mesa comenzó a sonar.

Torquemada echó un rápido vistazo a la pantalla.

“ *C10* ”

Cogió la llamada de su contacto en Comillas.

—Cuéntame.

—Esta vez tendrás que ser más generoso, Torquemada.

El periodista se retrepó en su asiento, molesto.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me nombres?

Al otro lado de la línea se dejó escuchar un murmullo ininteligible.

—Demasiadas pelis ves tú, bueno, a lo que iba. Como te decía, tendrás que ser generoso porque tengo una noticia que te va a agradar mucho y…

—Suéltalo, ya.

Marcelo sabía que ser generoso le costaría unos cientos de euros que abonaría en función de lo que aportara esa supuesta buena noticia a sus artículos.

—Se confirma que la inspectora María Pinta ha sido secuestrada.

Torquemada cerca estuvo de atragantarse con su propia saliva, pero ante un confidente debía aguantar el tipo, nada de parecer excesivamente interesado.

—¿Cómo que se confirma? ¿Quién lo confirma?

C10 negó con la cabeza.

—Estás perdiendo el tiempo Tor… —logró contenerse y no nombrar al periodista—. El inspector Diego Olivares ha encontrado el coche de su compañera esta misma mañana.

Marcelo se inclinó sobre la mesa. La noticia pintaba bien. Muy bien.

—¿Dónde?

—Cerca de la Ermita de San Antonio.

Torquemada lanzó un farol con el propósito de restar importancia a la noticia.

—Llevo días siguiendo la batida policial. Esta misma mañana he estado con ellos.

El farol no era del todo completo, sí, había estado con la batida, pero en torno a la Ermita de San Esteban.

C10 calló unos segundos. Veía peligrar su comisión que confiaba fuese generosa como solicitó al principio.

—Aquí, en Comillas, comprenderás que la noticia corre como la pólvora. Se dice que el propio inspector ha llamado a Tere, la madre de la inspectora, para informarla.

Tras despedirse prometiendo una buena propina, no tan generosa como pretendía su contacto puesto que cuando saliera la información publicada en " *El Diario Montañés* ", a la mañana siguiente, las radios y posiblemente las televisiones ya habrían dado la noticia.

En momentos como este sentía cierta envidia, no del todo sana, de los compañeros de las ondas que contaban con una inmediatez abrumadora a la hora de poder informar al público sobre cualquier suceso.

Después de valorar su última ocurrencia durante un escaso minuto subió dos plantas para compartirla con Leandro Montera, Redactor Jefe.

—Nada de números especiales, Marcelo. ¿Tienes idea de lo que puede costar? Prepara un buen artículo, distinto a lo que los lectores puedan escuchar esta tarde y mañana lo leerán.

Torquemada regresó a su mesa con el ánimo intacto. Comprendía la explicación de su superior, pero quería oírla de primera mano, no fuese a ser que le pusieran la cara roja por no haber comprendido el alcance de una información como esa.

"¿Estoy haciendo un Pilatos?"

Sonrió, mientras tomaba asiento.

"Es posible"

Cogió el móvil y llamó a Diego Olivares. No iba a publicar una

noticia de este tipo, en la que el inspector era parte protagonista por ser el descubridor del vehículo de su compañera, sin contrastarla con él.

Cuando Diego se despidió del periodista, agradeciendo su detalle, comprendió que por mucho que una familia deseara mantener en secreto una noticia así, y más en un sitio pequeño, el resultado final sería el que es.

Pocos minutos antes de la llamada de Torquemada, Diego había estado hablando con Claudia Cobo acerca de los restos óseos encontrados esa misma mañana. A falta de un análisis pormenorizado podía saciar en parte la necesidad del inspector de saber algo de dichos restos. Apenas le facilitó lo que pasado a papel llevaría una línea escasa: se trataba de dos cuerpos; una mujer y hombre. Ambos asiáticos. Fallecidos unos cinco meses atrás. No, ella no estaba embarazada. Sí, sería mucha coincidencia que no se tratara de la pareja de turistas japoneses desaparecidos.

Esta información no la compartió con Torquemada porque sería como echarle más gasolina a un fuego que ardía bien sin ayudas. Sus compañeros no necesitaban más presión, ni que los alrededores de las ermitas se convirtieran en un circo mediático.

“Ya se enterarán”

Tras informar al comisario Redondo de la conversación mantenida con la forense, Diego pidió permiso para recluirse esa tarde en su casa de Ruiloba antes de regresar a Monte Corona.

“Como hiciste tú, María”

No, no compartió sus intenciones con el comisario porque le pondría en un compromiso, puesto que no permitiría que un inspector a su cargo actuara sin refuerzos sabiendo que Pinta había desparecido unas horas antes en circunstancias similares.

No, no lo compartió con su jefe pero sí que dejó un correo electrónico escrito y programado a las nueve horas de la mañana siguiente para su entrega al comisario.

Diego era consciente de lo que suponía actuar de este modo. No le quedaba otra opción si quería acechar a los que se hubiesen llevado a su compañera. Si se movían por la zona, cuando el dispositivo de búsqueda diera por finalizada la jornada hasta la mañana siguiente, contando con que en esas fechas, a mediados de febrero, oscurecía pronto, quizá salieran de su escondrijo.

“O entren en él”

Si, como creían los dos inspectores, los asesinos podían estar

llevando una doble vida. Era más que plausible considerar que esa misma tarde también se habrían enterado del hallazgo del coche de María y que los tendrían entretenidos buscando donde no estaba.

A Diego se le comprimía el estómago al considerar la posibilidad, por mínima que fuese, de estar equivocado con su frágil plan.

El reloj de pared de su casa de Ruiloba marcaba las once de la noche cuando el inspector subía en su Audi A1 rumbo a la Ermita de San Esteban.

"Vamos allá"

En la cartuchera su arma reglamentaria. Sobre el asiento contiguo otras dos. En sus pensamientos la convicción de estar haciendo lo correcto, dispuesto a poner su cargo, una vez más, a disposición del comisario. En su corazón una mezcla de rabia, impotencia y un nada saludable deseo de venganza que confiaba controlar si llegaba el momento de hallarse frente a frente con los secuestradores de su compañera.

No, si llegaba no.

"Ese momento tiene que llegar"

Por su cabeza no pasaba dedicar un sólo segundo a otro caso o a nada que no tuviera relación directa con el maldito *Destripador de Monte Corona* .

"De hoy no puede pasar"

Imaginar a María en manos de estos hijos de puta le hacía hervir la sangre. Una cuestión tenía muy clara, como Pinta contara con la más mínima oportunidad iban a lamentar habérsela llevado. En los entrenamientos con los compañeros y en la propia vida real había dado buena muestra de ello.

Sí, pasó de esa noche.

Diego regresó al amanecer abatido y desanimado. No había encontrado nada ni a nadie.

"Esta noche tiene que ser..."

Al llegar a la Jefatura le aguardaba el rostro contraído del comisario. Haber pasado la noche en vela, recorriendo el monte de un lado a otro, con frío, por qué no decirlo, con miedo le había hecho olvidarse de ciertos detalles.

—Diego, el comisario te espera en su despacho —Cruz era la única en la comisaría que nunca se refería a Redondo como jefe.

Olivares asintió. Se despojó del chaquetón que colgó en el perchero situado entre su mesa y la de María. No pudo evitar un agudo pinchazo en el pecho al ver su silla vacía.

—Está de muy mal humor. Dice que te ha llamado varias veces.

El ceño del inspector se contrajo. Llevó la mano el pantalón y se

hizo con el móvil.

“¡Mierda!”

Seguía en silencio, tal y como lo había dejado cuando salió de casa la noche anterior. No quería que le diera por sonar mientras vigilaba.

Dedicó una extraña mueca a Cruz y llamó a la puerta del despacho.

—Jefe, disculpe, tenía el teléfono en silencio y no me he dado cuenta de sus…

—Ya, ¿qué tiene que decirme de su correo?

—¿Mi correo…? —murmuró intentando recordar.

“¡Joder!”

Recordó.

—Verá, jefe, como le decía en ese e-mail, me acerqué a Monte Corona, quise seguir los mismos pasos que Pinta, para…

—¿Sin refuerzos?, ¿usted solo? —Redondo se había puesto en pie y rodeado la mesa. Su mostacho parecía estar próximo a salir despedido de su mofletudo rostro.

Diego advirtió la gravedad de la situación desde el momento que fue consciente de que no le invitaba a que tomase asiento.

El comisario se tomó sus buenos diez largos e interminables minutos, a juicio de Olivares, para retomar la conversación. Excepto el breve periodo de tiempo que le llevó a Cruz rellenar la taza de café de Redondo y mostrar su extrañeza por la negativa de Diego a tomar uno, a pesar de la cara de sueño que traía, el resto de los minutos sólo se escuchó el tenue roce de la cucharilla de café en la taza.

Fausto Redondo valoraba la actitud del inspector, la fidelidad a su compañera, su afán por encontrarla. Sabía que haría todo lo que estuviera en su mano para localizarla.

Sin embargo.

—Una comisaría es un equipo, Olivares, no podemos hacer la guerra por nuestra cuenta.

—Sí…

—Es lo que nos hace fuertes —apuró un sorbo de café y llevó la vista, ya más relajada a los ojos del inspector—. ¿Al menos fue productiva la noche?

Eso era lo peor de haber actuado por su cuenta. No haber conseguido un puñetero resultado.

—No —admitió— quizá se vieron sorprendidos por el operativo.

—Para operativos el que está preparado. Compañeros nuestros y de la Local de Comillas junto con Guardia Civil y decenas de voluntarios están convocados a las diez de esta mañana. Siéntese.

Redondo pulsó el intercomunicador y pidió a Cruz un café bien cargado para el inspector. Del cajón superior de la fila de la derecha de su mesa extrajo una fina carpeta de cartón.

—Conforme a su propuesta de averiguar los niños nacidos en

Comillas y alrededores que cuenten en la actualidad con dos años cumplidos… —se puso las gafas y añadió—: Tenemos que… trece nacieron en Comillas. Hemos tomado de referencia el 2016.

Cruz accedió al despacho con una enorme sonrisa y un café bien cargado. No le gustaba ver al comisario con un disgusto tan grande y menos aún que se enfadara con sus inspectores favoritos que…

Redondo se quitó las gafas y miró a su secretaria.

—¿Necesita algo, Cruz?

La mujer pareció despertar de un sueño.

—Eh. No, no, sólo pensaba, yo…

—Gracias, Cruz. Sigamos, Olivares. Le adelanto que partimos de 4224 nacidos en Cantabria en ese año.

—Me puedo encargar de esas trece familias de Comillas esta mañana, así…

—No, ni hablar, si le ve la familia de Pinta no le dejará en paz con razón —desplegó un mapa con diferentes zonas marcadas en rotulador —. Dígame si este es el perímetro correcto en el que creen que viven estos supuestos asesinos.

Olivares dio la vuelta al mapa.

—Comillas, Ruiloba, Valdáliga, Cabezón de la Sal, Torrelavega, San Vicente de la Barquera, Santillana del Mar, Suances, Novales, Cóbreces… —murmuraba mientras leía — es un espacio muy amplio. Me quedaría con Comillas y Ruiloba.

Redondo llevó una patilla de las gafas a la boca.

—¿No le parece mucho riesgo?

Diego apuró el café de un trago confiando que le borrara la pesadez de cabeza de un plumazo.

—Verá, jefe. El detective Corneja dejó escrito en su diario que iba visitar las viviendas que le faltaban del Barrio de Velecío y las urbanizaciones junto al muelle en Comillas, a la madrugada siguiente apareció muerto. Entendemos que debió encontrarse con los asesinos. Añadimos Ruiloba por cercanía y ampliar mínimamente el perímetro. El secuestro de Pepi, vecina de Comillas y conocida de María, apunta en este sentido, tienen que ser de la zona.

Redondo asintió.

—Entonces, podemos acotar los nacimientos de Comillas a ese Barrio de... ¿cómo dice que…?

—Velecío, jefe. Quizá fuera ajustar demasiado. Pudo localizar a sus asesinos durante el trayecto.

—Sea como fuere voy a enviar dos parejas de agentes a visitar las familias de esos trece nacidos en 2016.

Diego se puso en pie.

—¿A dónde se cree que va?

—A unirme al operativo en la Ermita de San Esteban

—¿Sigue pensando que retiene a Leyre Aja y a Pinta en esa zona?

Como respuesta, Diego asintió con firmeza, los labios apretados, como los puños.

—De acuerdo. Por cierto, no hay ningún ciudadano croata censado en Comillas, pero hay 85 extranjeros.

El rostro del inspector no mostró la menor contrariedad, contaba con ello muy a su pesar.

—Hubiera sido mucho pedir que el asesino se hubiera empadronado —ladeó el rostro—. Pensándolo bien, si la idea es integrarse en la sociedad como ciudadanos normales, podrían haberse empadronado. Aunque me extrañaría, es posible que se encuentre entre esos 85 extranjeros, pero con nacionalidad falsa.

—Tendríamos que buscar a aquellos que no llevaran más de seis años. De todas formas no parece un buen hilo del que tirar.

—Si quiere que yo…

—No, no, usted a lo suyo.

Con la mano en el pomo de la puerta el inspector se giró.

—Buen trabajo jefe, y gracias.

—Olivares no me toque los…

Diego abrió la puerta dispuesto abandonar la sala

—Otra cosa, inspector. No quiero verle hoy por aquí. Tenga cuidado.

—Sí, jefe.

—Me refiero a esta noche, váyase a casa, descanse y traiga a Pinta de vuelta. —bajó la vista a la carpeta para que no le descubriera el esbozo de sonrisa que su rostro se empeñaba en mostrar.

“La traeré…”

31

Cuando María Pinta regresó a primeras horas de la madrugada de interponer una denuncia por secuestro en la Jefatura Superior de Policía de Cantabria, acompañada de su vecina Pepi, sus padres y del abuelo Zacarías, comprendió, o creyó comprender, que la vida de Leyre Aja pendía de un hilo.

De un hilo fino. Demasiado fino.

Cierto que aún le quedaban unos pocos meses para dar a luz, pero el reciente secuestro fugaz de su vecina le generaba una incertidumbre difícil de sobrellevar.

"¿Por qué secuestrar a otra mujer?"

Quizá la respuesta fuera sencilla, no tenían a Leyre Aja en su poder y su desaparición era una puñetera coincidencia con la serie de asesinatos y…

"No, nada de coincidencias, la tienen ellos, estoy segura"

Desde que se despidió de su preocupada madre hasta el día siguiente y se encerró en su dormitorio no dejó de dialogar con su voz interior, a ratos con acaloradas discusiones acerca del paradero de Leyre y del significado del secuestro de Pepi. A pesar de que esa voz interna le planteara la posibilidad de que ambas mujeres nada tuvieran que ver con los asesinos y secuestradores, sentía como su cuerpo se contraía sólo de planteársela.

"La tienen ellos, estoy segura, como también lo estoy de que son los culpables del secuestro de Pepi"

"¿Tendrá algo que ver con que espere una niña?"

—¿Ahora, qué…? —murmuró abrazada a la almohada.

"Son dos. Son de Comillas o de muy cerca "

" *Actúan por la noche* "

Su incesante parloteo interno había recuperado del reciente pasado una firme intuición, quizá sería más exacto definirla como un firme convencimiento.

De pronto, se incorporó de la cama.

Consultó el reloj sobre la mesilla de noche.

"Las dos…"

Por un breve instante sopesó la posibilidad de llamar a su compañero.

"Necesito tener algo concreto para hacer esa llamada"

El razonamiento, evidente; era de madrugada, los asesinos pueden ser del entorno de Comillas y además, actúan de noche.

“Blanco y en botella…”

El único lugar en el que podrían dejarse ver era en Monte Corona. Por Comillas actuarían como unos vecinos más, pero junto a las ermitas se moverían confiados.

“Eso espero”

Cogió su arma reglamentaria, abandonó la tranquilidad de su habitación y el silencio reinante en la casa familiar. Antes de cerrar el portón del jardín volvió el rostro y echó un rápido vistazo a la fachada de dos alturas. Eran innumerables las veces que había salido de esa casa. Unas, para jugar con sus amigas, otras para ir al cole, al *insti* , o como ahora para buscar a una mujer desaparecida.

“Todo queda en casa”

Accedió al interior de su Alfa Romeo Giulietta y se puso en camino hacia la Ermita de San Esteban, algo le decía, una vez más, que si su intención era correcta no deberían andar muy lejos de ese lugar.

No se equivocaba.

Desde que logró poner un pie fuera de su cautiverio y oler lo más parecido a la libertad Leyre no dejó de correr.

De correr y llorar.

De llorar y caerse.

De caerse y volver a levantarse.

Cabía la posibilidad de que su huida sólo fuese una diversión más de su carcelero. No era la primera vez que la provocaba, pero sí la primera que ella aceptó el reto.

“Vamos, vamos”

Corría sin mirar atrás, alentada por el desmesurado miedo que estimulaba cada músculo de su castigado cuerpo. Una mano en la tripa como si acunara a su futuro hijo. Sentía que le faltaba el aire, pero no era momento de detenerse ni siquiera para respirar.

Creyó distinguir el suave tañer de una campana de la iglesia de algún pueblo cercano. Sin saber por qué sonrió a la cercanía de un lugar habitado, o quizá sonriera a sus ganas de encontrarse con cualquier persona. No eran horas para campanas. Desconocía la hora exacta, sólo sabía que era tarde, que tenía frío y que estaba haciendo algo que prometió no haría jamás; escapar.

El vaho de su aliento era espeso. Tanto como su miedo.

Su corazón latía enloquecido.

Siguió corriendo.

“Aguanta…”

Una mano acariciando su tripa.

Volvió el rostro de forma intuitiva buscando algún indicio que le indicara si estaba siendo perseguida. Apenas fueron un par de segundos, un abrir y cerrar de ojos nada más, pero suficientes para perder de vista el oscuro camino y caer.

Ahogó un grito.

Tumbada en el suelo lleva su mano al tobillo aguantándose las ganas de gritar de dolor.

De dolor y de miedo.

Posiblemente miedo no fuese la palabra que hiciera justicia a la emoción que se había apoderado de su cuerpo al distinguir a lo lejos una luz ambarina que seguía los vaivenes del sendero.

De su sendero.

"No, por favor, no…"

Intentó incorporarse, sin éxito.

"Tenemos que aguantar pequeñín"

Con una mano acariciaba lo que intuía era su rostro.

Miró a izquierda y derecha buscando un lugar en el que esconderse. Apenas contaba con un par de metros de visibilidad. Palpó el suelo con las manos en dirección al árbol cuyas raíces habían cortado con brusquedad su huida.

Volvió el rostro y suspiró.

Los potentes faros se aproximaban veloces.

Muy veloces.

Una tenue claridad rodeó a la mujer. Tenue, aunque suficiente para descubrir un hueco entre matorrales, rodar sobre sí misma y apartar su magullado cuerpo del camino.

De pronto, se hizo de día.

Sentía el potente resplandor de los faros en su rostro.

"No te pares, sigue, sigue…"

En cuanto cruzara de largo bastaría con sacar fuerzas de donde fuese para llegar hasta la carretera y pedir ayuda al primer coche con el que se cruzara o llamar a la puerta de la primera casa que…

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no reparó en que los faros continuaban iluminando su rostro hasta que escuchó el crujir de pequeñas ramas.

Abrió los ojos. El corazón aceleró sus latidos hasta límites difíciles de soportar.

El vehículo estaba detenido. A través del follaje pudo distinguir el movimiento de unas piernas que se aproximaban en su dirección. Apretó con inusitada fuerza los ojos y se obligó a no respirar durante el tiempo que fuese necesario. Sólo escuchaba el lento caminar del hombre y el constante tamborileo de su corazón.

Silencio.

Sentía el cuerpo empapado, tembloroso.

Abrió los ojos y lo vio de espaldas, inmóvil a no más de tres metros de distancia.

De sus lacrimales descendía un fino reguero de pequeñas gotas saladas. No le quedaban fuerzas para luchar. El tobillo le dolía horrores.

El hombre se agachó. Algo había en el suelo que llamaba su atención. Estiró el brazo y se hizo con un pequeño objeto brillante.

La mujer llevó instintivamente las manos a sus orejas.

Asintió.

Estaba claro que había sido descubierta y que su estancia entre los vivos tocaba a su fin.

De nuevo, los ojos firmemente apretados.

Comenzó a hacer algo que no sería capaz de asegurar cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez. No creía en ello, pero se había convertido en su única salida. Si es que la había.

Rezó.

Una oración torpe, pero cargada de intención, de promesas, de emoción.

De esperanza.

32

María Pinta conduce por la carretera que une su pueblo natal, Comillas, con la localidad de Cabezón de la Sal. Al llegar a la altura de La Hayuela gira a la derecha entrando en los dominios de Monte Corona. Por el camino no deja de lamentar lo extraño que está siendo este caso desde el mismo comienzo. Las competencias en materia de jurisdicción de las distintas fuerzas policiales. La ausencia total de pistas iniciales de los desaparecidos, no sólo de su posible destino sino del momento en el que sus familiares perdieron su pista.

"Es como si buscaran víctimas con unas características muy concretas. Nada que ver con la falta de control que parece perseguir sus últimos movimientos"

Eran parejas que disfrutaban de las vacaciones, la falta de comunicación durante unos días o semanas podría entrar dentro de lo posible. O chicas solas, como Irene Morella que había abandonado el hogar familiar.

"Con el secuestro de Leyre empezó el descontrol…"

María creía que si Leyre Aja subió al autobús " *La Cantábrica"* rumbo San Vicente de la Barquera y no llegó a bajar en su destino, por lógica lo habría hecho antes.

"Comillas es uno de los lugares en que pudo hacerlo"

La inspectora pensaba que carecía de sentido, aunque no por ello resultaba del todo improbable, que descendiera del autobús en Comillas, once kilómetros antes de llegar a su destino en San Vicente, sin un motivo concreto.

"Quizá bajó con alguien"

Si daba por bueno este hecho, otra vez siguiendo su intuición, el tema de su embarazo pudo ser el detonante.

"Es posible…"

Encontrar cadáveres de mujeres a los que les han extraído el feto. La desaparición de otra en la zona, embarazada. Su mente le ofreció su conclusión favorita de los últimos días:

"Blanco y en botella"

Sí, Leyre debería estar cerca, muy cerca de la ermita. Su propio embarazo es lo que podría mantenerla con vida. Lo que ya no veía tan claro es que la presión policial, mover el avispero, no fuera contraproducente para ella. Si se veían acorralados, y optaban por

huir, cabía la enorme posibilidad de que lo hicieran sin cargas adicionales.

Leyre, lo era.

Desde el desvío en La Hayuela le distanciaban algo menos de cuatro kilómetros, unos nueve minutos al volante contemplando el paisaje.

Si en estos momentos hubiera algo que contemplar.

Fuera. Nada más allá que inquietante oscuridad.

Dentro. Una dolorosa certeza, envuelta en multitud de capas de duda, de angustia.

Sus manos se aferran con firmeza al volante, sin ser consciente de ello. Conduce despacio, atenta a cualquier circunstancia extraña o fuera de lugar. No llevaba recorridos dos kilómetros cuando los vio.

"¿Un coche?"

Parecían dos faros.

Su convencimiento de que el lugar donde estuviera retenida Leyre no estaría lejos del zulo, posiblemente el mismo lugar en el que se debió esconder el individuo que cerró la puñetera trampilla, originando su ataque de pánico y dejó la huella de su zapato, le hizo bajar la guardia.

No mucho.

Al fin y al cabo era inspectora de policía.

Disminuyó aún más la velocidad.

El coche parecía encontrarse en medio del camino. Sin duda, habrían visto las luces de su Alfa Romeo y seguían ahí, sin moverse.

"¿Qué harán aquí a estas horas?"

Podría ser una pareja que hubiese tenido algún problema con su coche.

Podría, pero no era el caso.

Al ver los faros de un vehículo que se aproximaba Leyre creyó que sus oraciones de esperanza habían sido escuchadas. Esbozó un silencioso, gracias, entre el ramaje de los arbustos mirando al oscuro cielo.

Creía que visto el nuevo escenario su secuestrador subiría a su coche y se alejaría a toda velocidad del lugar. Era una oportunidad para evitar ser descubierto, y esconderse de nuevo.

Sí, eso creía.

Pero, cuando volvió el rostro no localizó las piernas del individuo. Apoyada sobre un codo giró el cuerpo buscando el coche que le había perseguido. Ahí continuaba, con las luces encendidas.

Los faros que se aproximaban con exasperante lentitud por el otro lado del camino no podían estar a más de cien metros. Barrió con la mirada lo poco que alcanzaba a ver en una y otra dirección. El

guardián no estaba, al menos, no lo veía.

“¿Qué está pasando?”

La puerta del coche de su secuestrador seguía abierta.

“¿Dónde coño está?”

Un suave crujir, producido por las ruedas del vehículo recién llegado al detenerse, le empujaba a abandonar su escondite, sin embargo, no era capaz de mover un solo músculo.

Los ojos exageradamente abiertos, las manos húmedas a pesar del frío reinante. Un temblor descompasado por todo el cuerpo.

Volvió a buscar con la mirada al individuo.

Nada.

La puerta del conductor del coche recién llegado se abrió. Suaves pasos se aproximaban en su dirección.

—¿Hola?

Una voz de mujer llegó hasta sus oídos.

—Soy policía. ¿Tienen algún problema?

Definitivamente, Leyre vio sus plegarias cumplidas. Seguro que ahora su captor huiría. Esta vez sí que esbozó una sonrisa abierta. Llevó ambas manos a la tripa.

“Ya pasó, estamos a salvo”

—¡Aquí… aquí! —su voz apenas un ligero balbuceo.

María Pinta detuvo el coche a unos veinte metros del vehículo que se interponía en su camino. Creyó distinguir una puerta abierta, pero no podría asegurar si había alguien en el interior. Se hizo con su *HK USP Compact* mientras contemplaba en silencio la escena.

Sea lo que fuere, no le daba buena espina.

Bajó del Alfa Romeo sin despegar la vista de los faros del vehículo detenido frente a ella, atenta a cada ruido. La mano en la cadera apoyada en el arma.

Avanzaba paso a paso.

—¿Hola? Soy policía. ¿Tienen algún problema?

Silencio.

¿Silencio?

—Aquí… aquí...

María se detuvo y agudizó el oído.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí, aquí… —Leyre agitaba una mano mientras se esforzaba en incorporarse sintiendo millones de alfileres clavados en su tobillo.

María puso rodilla en tierra.

—Deme la mano, ¿está sola?

—No, está él...

Todo sucedió rápido.

Muy rápido.

De repente, María vio los ojos de la chica abrirse teatralmente, como su boca en un alarido mudo, al tiempo que estira el brazo señalando a su espalda.

—¿Qué…?

La inspectora asió con fuerza la empuñadura de su arma. Volvió cuerpo y rostro buscando el motivo de la atemorizada reacción de la chica.

No lo encontró.

De pronto, se hizo el silencio.

Todo se volvió oscuro.

En cuanto Víctor advirtió unas luces aproximarse se puso alerta. Lo primero que hizo fue alejarse del ángulo de acción de los faros de su coche. Escondido en el lado contrario del camino en el que sabía se hallaba Leyre, analizaba las posibles intenciones del vehículo que se acercaba. Su exagerada lentitud le hizo sospechar. No tenía muy claro de qué, debía mantenerse atento. Los siguientes minutos le darían la respuesta.

Fue una respuesta inequívoca.

Sonrió.

La matrícula del coche que se había detenido no mostraba una numeración cualquiera. No, se trataba de una bien conocida, no obstante había seguido y vigilado el Alfa Romeo Giulietta 2.0 Diesel de 150cv de color blanco en numerosas ocasiones, y a su propietaria en otras tantas mientras corría rumbo al *Parque Natural de Oyambre* , hacia el muelle o camino de Ruiloba.

“Estás aquí”

Anuca le había dicho que no se obsesionara con la inspectora. Que no era buena idea jugar con la policía. Esta vez no había hecho nada para que Pinta estuviera ahí mismo, a unos pocos metros, caminando paso a paso hasta arrodillarse.

No podía dejarse ver.

No en este momento.

La inspectora le conocía como pareja de Anuca y padre de su supuesto segundo hijo, Luisín.

María Pinta se hallaba de espaldas, inclinada hacia Leyre, murmurando.

“Ahora…”

Dio tres zancadas y golpeó el cráneo de Pinta con una piedra del camino. Algo pareció crujir. Ver a la inspectora a sus pies le provocó un placentero *subidón* de adrenalina. No duró mucho, lo que tardó en

posar una mirada fría sobre el aterrorizado rostro de Leyre, estirar el brazo y agarrarla del pelo. Arrastras la llevó hasta su coche. La ató de pies y manos y la tumbó en los asientos traseros.

—No des problemas —soltó amenazante.

Regresó junto a la policía y se hizo con su arma reglamentaria. Tras unos intensos segundos de extasiada contemplación del rostro tranquilo de su nueva víctima, la cogió en brazos, la introdujo en el maletero y ató sus manos.

Tenía que darse prisa.

Necesitaba algo similar a un plan. En momentos como este se acordaba de Anuca a pesar de sentirse traicionado por su reciente visita en el zulo o antiguo almacén.

Lo primero, encerrar a las mujeres cada cual en una de las estancias.

Lo segundo, deshacerse del coche de la inspectora. Antes de decidir dónde y cómo, lo sacó del camino. Mientras maniobraba se sorprendió elaborando algo parecido a una idea. Conduciría hasta las cercanías de la otra ermita, buscaría un sitio no muy escondido para abandonar el Alfa Romeo y regresaría a pie.

Eso hizo.

Ya de vuelta, mientras caminaba rumbo al lugar en el que había dejado su coche, analizaba la extraña y a la vez gratificante noche que estaba viviendo. Comenzó con la sorpresa de la presencia de Anuca, apenas se dejaba ver por ese viejo almacén, sus dominios se circunscribían al zulo en el que tuvieron encerrado a Armando Venta.

Dominios compartidos.

Víctor se excita al recodar los numerosos momentos disfrutados en ese lugar y en los bajos de la *Fonda El Muelle* con Irene Morella y Graciela Martín.

Hubo más.

Muchos más momentos con muchas más mujeres en estos últimos años.

Sin embargo, no eran estos recuerdos los que hacían diferente a esta noche. Del tremendo enfado con Anuca cercano a una nueva pérdida de control, pasó a tener a la famosa policía de Comillas encerrada.

“Sólo para mí”

Daba por finalizado el plan de Anuca de ser madre de una niña a toda costa. Le había ayudado en todo lo que le había pedido, incluso hacer de guardián de aquellos que caían en sus manos. Le había visto actuar, no podía negar que le excitaba sobremanera cuando la poseía esa vena sádica, cruel, tan particular. Sin embargo, el día que fue testigo de cómo puso fin a la vida de Armando Venta, algo dentro de él se activó. No por el hecho de haber finiquitado su patética vida, no

había otra opción, y aunque la hubiese, Anuca habría llevado a cabo su plan.

Un plan que elaboró y ejecutó escrupulosamente.

Un plan que no era otro que dejar patente el intenso odio que siente por el hombre por el mero hecho de haber nacido hombre.

"¡¡Le cortó la polla!!"

Víctor vio como le colocaba un preservativo con cuidado de que el profundo tajo no terminara por dividirla en dos. Siendo impactante la escena, el semblante de felicidad de Anuca al dar por finalizado su ritual le impactó. No por la brutalidad, pocas cosas podrían alterar su conciencia si es que le quedaba algo de ella, sino porque como hombre debería estar alerta.

Sin saber por qué se acordó de Tomás.

No sólo se acordó, le envió un correo electrónico.

Localizó su coche aparcado junto al camino y puso rumbo al viejo almacén. Por su enferma cabeza nada pasaba que fuera más allá del momento presente, si acaso a un par de horas vista.

"Quizá alguna más"

La culpa de la brevedad de la estancia de la inspectora entre los vivos la tenía su estupidez. Niega con la cabeza mientras conduce con las luces apagadas guiándose por la claridad que le ofrece la luna.

En el fondo daba igual, antes o después tendría que reconocerle. Le hubiera gustado jugar un poco más.

María disfrutaba como nadie de los viajes en tren. Pasar la noche en las literas con sus hermanos y sus padres constituía el mejor plan que pudiera haber.

El traqueteo…

Le encantaba dejarse llevar por el vaivén.

Abrió los ojos.

Todo estaba oscuro. Demasiado oscuro.

Intentó estirar el brazo, apenas pudo despegarlo unos centímetros del cuerpo.

"Estoy soñando…"

La cabeza le dolía horrores.

El traqueteo continuaba.

No podía estirar las piernas.

"¿Qué…?"

Poco a poco comenzó a recordar.

Pepi, la comisaría, regreso a su casa. Su dormitorio.

“Salí a Monte Corona”

Un suave murmullo de mujer a unos pocos metros del lugar en el que había aparcado.

Un golpe seco en la cabeza.

El traqueteo no disminuía a pesar de haber recuperado la consciencia.

Se obligó a mantener la calma. Reconocer que se hallaba en un sitio pequeño, atada y a oscuras, constituían los ingredientes básicos para sufrir otro ataque de ansiedad.

“Respira”

Dedujo que tendría que estar en el interior de un coche.

“¿Una radio?”

No, no era una radio. La voz que llegaba hasta sus oídos era de un hombre.

“Esa voz… esa voz...”

El incesante dolor de cabeza le impedía esforzarse en recordar.

Cerró los ojos. En su mente se reproducían las vistas del Cantábrico y la costa desde la *Punta de la Garita* de su querida Comillas. Necesitaba con urgencia otorgar profundidad, color y luz a lo que su mente creía ver. Nada de oscuridad, ni de sitio cerrado. No, el horizonte mostrando una gama de azules extraídos de una mágica paleta, un mar embravecido, alegre, y un olor a salitre, a libertad.

“Esa voz...”

De pronto, el traqueteo se detuvo. Continuó empeñada en ver con sus recuerdos la mar agitada mientras la voz llegaba hasta ella más nítida:

— *¿A quién se le ocurre escapar siguiendo el camino? ¿Qué es lo que tenéis las mujeres en esa cabeza? A ver si la próxima vez me lo complicas un poco más. Pensándolo bien, dudo que haya una próxima vez. Las cosas han cambiado. Bájate.*

María enfocaba su atención en controlar la ansiedad, en visualizar, pero sobre todo en buscar entre sus archivos mentales al propietario de esa voz con acento extranjero.

“Lo conozco, ¿de qué?, ¿de dónde?”

La puerta del maletero se abrió de improviso.

Mantuvo los ojos cerrados.

La tenue claridad de la luna invadiendo la negrura reinante del maletero atenuó su miedo a la oscuridad, sin embargo, no pudo evitar que sus músculos se pusieran en tensión.

“— *Esa mujer es policía. Te estaba buscando* — Víctor acompañó sus palabras en tono burlón con una sonora risotada — *Ve entrando y no me toques los cojones, ¿de acuerdo?* — expuso en dirección a una apática Leyre.

La inspectora sintió algo parecido a una tenaza apretando su brazo. Una mano bajo sus piernas. Instintivamente abrió los ojos.

—Parece que la inspectora se despierta.

La figura echada sobre ella se recortaba en la tenue claridad del cielo. No le hizo falta ver su cara. Con la voz y la mano que rodeaba su brazo le bastó para poner nombre al individuo. No podía haber en la zona muchos extranjeros con las manos y parte del cuerpo quemados.

"¿Víctor?"

—Sal del coche.

Con la cabeza próxima a saltar en pedazos, María obedeció. No sólo el brutal impacto recibido con la piedra amenazaba con reventarla sino su empeño en buscar información entre sus adormilados recuerdos. Lentamente comenzaba a rellenar los espacios en blanco de la investigación. El porqué había semen y no huellas dactilares del mismo donante en el zulo en el que se localizó a Armando Venta.

"¿No era de un tal Boris Bacic? ¿Qué narices pinta Víctor aquí?"

Y lo que más le costaba comprender, Anuca estaba embarazada, tenía dos hijos, uno con el propio Víctor. ¿Pensaba arrebatarle al feto?

Trastabillando llegó hasta una trampilla. Del interior emanaba una suave luminosidad. María respiró con intensidad un par de veces.

—¡Muévete, cojones, que estás atontada! Sí, ya sé que tienes *claustronosequéostias* , pero baja de una puta vez.

Si algún día estaba marcado en el calendario para superar su claustrofobia enfrentándose a sus miedos, bien podría ser este.

"Tranquila"

Mientras descendía escalón a escalón grababa, aún en su adormilada cabeza, todo lo que acertaba a distinguir. Una especie de sala con una amplia mesa vieja, desordenada y sucia. Algo parecido a una pequeña cocina. Algunos platos.

Un brillo sobre la pared atrajo su atención.

Algo redondo, de colores colgaba de lo que podría ser una alcayata, aunque no era capaz de distinguirla.

"¿Una pulsera?"

La mano de Víctor se agarró a su brazo.

—Pensaba haber puesto fin a todo esto y marcharme a otro sitio, pero me has obligado a cambiar de planes —susurró en el oído de la inspectora.

María retiró la cabeza con brusquedad al sentir el caliente y fétido aliento de Víctor acariciando su oreja.

—Sé que sabes quien soy y también que no te puedo, ni quiero, dejar marchar —el crujir de una mohosa puerta acompañó sus palabras—. Entra.

La inspectora accedió al interior sin dejar de dar vueltas a la

pulsera. Una escena se iba reproduciendo en su cabeza. Se hallaba con su compañero. Valentín Corneja les enviaba unas fotos al móvil de unas pulseras. Recuerda que le parecieron realmente bonitas. Recuerda algo más, eran las mismas que Claudia Cobo dijo que llevaba Graciela Martín en la mesa de autopsias.

"La que acabo de ver colgada en la pared se parece demasiado"

La puerta de la celda volvió a abrirse.

Víctor entró apuntándola con su propia arma, más como muestra de control de la situación que como amenaza. En la otra mano una vela encendida.

—No quiero que te dé ningún ataque de esos estúpidos y me montes un follón.

Internamente, María agradeció al suave balanceo de la llama de la vela su presencia. Permaneció varios minutos sin despegar la mirada, mientras se esforzaba en eliminar cualquier rastro de inquietud por la situación que estaba viviendo al saber que se encontraba en la misma boca del lobo de *El Destripador de Monte Corona* y ser consciente de que tenía que salir de allí junto con Leyre cuanto antes. Sabía que si Víctor pensaba matar a alguna de las dos, su nombre, sin lugar a dudas ocuparía el primer lugar.

33

Anuca había pasado la noche intranquila, el pequeño Luisín no paró de llorar hasta que le permitió meterse en su cama. Pero, no era este el motivo de su patente intranquilidad.

Víctor.

Sí, su socio, más que pareja aunque fuese el padre de Luisín. Era consciente de que sus motivaciones eran diferentes. Ella contaba con el respaldo indiscutible de la venganza. Su padre la dejo estéril de por vida debido a una maldita ligadura de trompas. No una cualquiera, se había preocupado de que nunca pudiera ser madre.

Pagó por ello.

¿Qué decir de Teo? Renegar de ser padre de un hijo en común, no, no tiene precio.

O sí.

También pagó por ello.

Armando Venta fue sólo una forma de mostrar su odio visceral al hombre. Necesitaba soltarlo si quería eliminar al menos en parte la rabia que le carcomía las entrañas. No fue nada personal. Su novia, Graciela no había sido capaz siquiera de parir un bebé. Merecían lo que les pasó.

Sí, la vida había sido tremendamente injusta con ella. Contaba con motivos más que suficientes para cobrar su deuda. ¿Tan complicado era entender que sólo quería ser madre? Sí, tenía dos hijos, pero le faltaba una niña. ¿Cuántas hay por ahí perdidas, abandonadas?

Anuca siente que una ira incontrolable la abrasa por dentro cuando piensa en Víctor.

¿Qué motivación es la suya? Ninguna. ¿Valores? No sabe lo que es eso.

—Es un maldito psicópata —escupió cada sílaba a su recuerdo— mata por matar…

No se le olvidan las manos del hombre con el que compartía casa en torno a su cuello, apretando, ni su mirada, ni la ácida sensación de sentir como se le escapaba la vida.

“Lo pagarás”

No, no había pasado buena noche y Víctor continuaba sin dar señales de vida. De vez en cuando echaba furtivas miradas al móvil por si hubiera alguna llamada perdida. No le iba a dar el placer de

llamarle.

"¿Leyre?"

No saber el sexo del bebé que espera le incomoda sobremanera. Si era niña, sus plegarias serían respondidas.

"Si es niño…"

Mejor no pensar en ello. No le hacía sentir bien.

Nada bien.

Negó con la cabeza mientras ponía al fuego una cafetera bien cargada.

El detective de las narices descubrió el pastel demasiado rápido. Quiso hacer como que no nos habíamos dado cuenta. La culpa del de siempre. Una de las pulseras de Irene Morella sobre un aparador. La mirada de Corneja que cambia de repente al localizar la pulsera, curiosamente del mismo modelo que lleva una de las chicas de las fotografías que les enseñó. Aunque ya les dijo que a ella no la buscaban, apareció muerta con el vientre abierto.

Víctor no pudo esbozar una sonrisa menos acorde a la situación. Fue un momento tenso. Corneja se puso en pie para irse. Llovía horrores.

No se fue.

La policía andaba demasiado cerca.

Desayunó tranquila. Al regresar de dejar a Mateo y Luisín en el colegio se dispuso a hacer la comida. Nada complicado, no tenía ganas. Con el sofrito para un pollo al limón preparado, la falsa tripa bien ajustada y sin noticias de Víctor, salió a dar un paseo, necesitaba despejarse. Despejarse de los negros augurios que le presentaban sus dudas. Sus dudas y temores.

"¿Le han cogido?"

De ser así la policía no tardaría mucho tiempo en presentarse en su casa.

Cogió la carretera que lleva al centro del pueblo desde la playa. Unas decenas de metros antes de llegar al cruce del *Bar Filipinas* advirtió cierto revuelo. Una pareja de policías hablaba con una mujer a la que acompañaba una niña de la edad de Luisín.

A su izquierda, la casa de María Pinta. Tere, su madre, en la puerta. Las manos en la cara. A su alrededor varios vecinos.

"¿Qué coño pasa?"

Anuca se encaminó hacia el pequeño grupo. No podía evitar sentir cierto regusto amargo. Volvió el rostro hacia el camino empedrado, entre los restaurantes *La Aldea* y *Las Caseras,* al escuchar unas voces airadas de dos mujeres que se aproximaban a paso acelerado con el semblante afectado.

—¿Es verdad, Tere? ¿Han encontrado el coche de María?

La mujer asintió.

Había salido a la puerta del jardín al ver que sus vecinos se aglutinaban en torno a ella. No sabía cómo había llegado hasta ellos la noticia, aunque tampoco le importaba.

—Sí… Justa —apenas pudo vocalizar.

—¿Dónde? —quiso saber otra mujer.

—Cerca de la Ermita de San Antonio.

—¿En Monte Corona? —se trataba de una pregunta que no necesitaba confirmación para ninguno de los presentes.

—¿Y María?, ¿estaba sola?

Tere miró a su derecha.

—No sabemos nada, Anuca. Sí, estaba sola, eso creo. No sé qué hacía allí... seguro que aparece pronto, seguro… tiene que aparecer... —señaló nada convencida. Entrelazó los dedos de las manos y ladeó el rostro—. Perdonadme, tengo que entrar en la casa por si llama.

Anuca no necesitaba escuchar más. Cerca estuvo de ofrecerse por si necesitase algo, pero optó por no tentar a la suerte y alejarse del lugar.

"¿San Antonio? ¿Víctor?"

Regresó a la carretera, esta vez en dirección al muelle, de vuelta a la fonda.

Sacó el móvil de un holgado bolsillo de su no menos holgado vestido. Su reciente decisión de no llamar a Víctor la olvidó desde el instante que escuchó los lamentos de Tere. No es que le afectaran especialmente, las sucesivas corazas antiemociones que había ido construyendo a lo largo de la vida en torno a su corazón resultaban efectivas. Lo que sí le afectaba era que el imbécil de Víctor tuviera algo que ver.

—¿Quién, si no? —susurró al móvil con los labios fruncidos, enfadada, muy enfadada, cabreada, muy cabreada, no menos que cuando hundió el cuchillo en el cuerpo del chico malo del *insti* .

Seleccionó su nombre entre las últimas llamadas recibidas.

" *El teléfono al que llama…* "

Cerca estuvo de lanzarlo contra el suelo.

—Buenos días, Anuca ¿Cómo va ese embarazo?

—Buenos días… todo fenomenal. Gracias, pareja —se obligó a responder al saludo, ofrecer un semblante risueño y seguir caminando.

Vivir en un pueblo tenía estas cosas. Te ve mucha gente cuando sales aunque tú no te des cuenta. Oirás al día siguiente que alguien te vio camino del supermercado *Lupa* , o de *DIA* o *Covirán* , o en el mercadillo de los viernes, o quizá cuando entrabas en el ambulatorio o simplemente paseabas. Y tú que pensabas que nadie se fijaba en ti. Con los que te cruzas, saludas. Justo lo contrario que sus años en Madrid. Ahí no saludabas a nadie desde que ponías un pie en la calle.

—Si tiene algo que ver, juro que lo… que lo… que lo mato —ladró al entrar en la casa.

Se dejó caer en el sofá.

Llevó la mente a las palabras de la madre de la inspectora.

“ *No sabemos nada, Anuca. Sí, estaba sola, eso creo . No sé qué hacía allí… seguro que aparece pronto, seguro… tiene que aparecer…* ”

Eso mismo se preguntaba. ¿Qué coño hacía en Monte Corona? Un nervioso reguero de hormigas comenzó a recorrer su cuerpo desde la nuca hasta la punta de los dedos de los pies, y vuelta a empezar.

Negó con la cabeza espantando sus últimos argumentos. No, no podía haber ido como policía, o al menos no oficialmente, no habría ido sola.

“Entonces, qué narices …”

El sonido del timbre de la puerta cortó de raíz la insistente pregunta.

Se incorporó, recorrió los escasos metros que le separaban de la puerta y atisbó por la mirilla.

“La policía”

Al menos había tenido algo de suerte, los que llamaban eran el cabo Sánchez y Genaro, ambos de la Policía Local de Comillas con los que tenía muy buena relación. Antes de que preguntaran lo hizo ella.

—¡Genaro, me acabo de enterar! ¿Se sabe algo de María? —su aparente inocente pregunta tuvo el efecto deseado en el agente. Sabía, se lo confesó una noche de confidencias, su amor no correspondido por la inspectora.

—Pues, eh… No, sólo sabemos que el inspector Olivares encontró su coche esta mañana, pero oficialmente no está dada por desaparecida.

Anuca puso en escena sus mejores dotes.

—¿Me estás diciendo que no se sabe dónde puede estar? —llevó ambas manos al rostro. Sin aguardar comentario alguno añadió—: con razón la pobre Tere estaba tan desesperada.

—Seguro que al final la explicación será más que sencilla.

“No lo dudo, Genaro, pero me temo que no es la que te gustaría”.

—¡No me lo puedo creer! Decidme, ¿qué puedo hacer por mis agentes favoritos?

La pareja de policías intercambió sendas sonrisas.

—Estamos cotejando unos datos del padrón. Niños nacidos en el 2016 que cuenten ahora con unos dos años.

El rostro de Anuca se contrajo. No lo bastante, al menos exteriormente, para que sus visitantes se percataran de ello.

“Luisín…”

—Sí…

—Tenemos que informar si encontramos algo extraño —bajó el

tono, al tiempo que se echaba hacia delante—. No nos han dicho el motivo, pero es posible que tenga que ver con *El Destripador de Monte Corona* —concluyó consciente de la impresión que había causado.

Anuca cruzó los brazos.

—No… no lo entiendo. ¿Qué tienen que ver las muertes de esas pobres mujeres con los chiquillos que buscáis?

Ni Genaro, que para disgusto de su compañero no dejaba de llevar la voz cantante, ni el cabo Sánchez contaban con una respuesta plausible. Sin embargo, sabían que no podían transmitir la sensación de ignorar el motivo de su visita.

—Ver si todo está en orden, Anuca. —intervino el cabo Sánchez con gesto adusto—. Por lo visto puede haber alguna familia en el pueblo o por Ruiloba, o no lejos de aquí, que no es lo que parece. Se están planteando solicitar pruebas de ADN a los padres, pero de momento ningún juez lo aprobará sin un motivo justificado.

El rostro de la mujer mostraba asombro total, nada alejado de lo que la pareja esperaba.

"Están demasiado cerca"

—Entonces, ¿queréis ver a Luisín? Está en el colegio como los demás.

Genaro se dispuso a abandonar la fonda, dejó caer la mano sobre el antebrazo de su compañero.

—No es necesario, todos os conocemos y…

Sánchez se soltó de la mano y dio un paso al frente.

—Necesitamos comprobar su partida de nacimiento. Sólo cumplimos órdenes, Anuca —intervino el cabo.

—Sí, sí, lo sé. ¿Podéis venir más tarde? De los papeles se encarga Víctor, bastante tengo con los niños y este… —deslizó las manos sobre la tripa. En su rostro una sonrisa comprensiva— ¿Me podéis hacer ese favor? No sé dónde buscar y…

—Por supuesto. Sigamos, cabo, ¿le parece? A ver si nos da tiempo a terminar que mañana y pasado tengo libre.

—Gracias a los dos.

El cabo Sánchez balbuceó algo ininteligible antes de marcharse empujado por su compañero.

Anuca aguardó unos instantes espiando por la mirilla. Los vio discutir, mejor dicho, vio al cabo dirigirse con aspavientos a su compañero.

"¿Una prueba de ADN?

Una súbita erupción de rabia brotó de lo más hondo de su ser. Levantó el vestido, tiró de la falsa tripa y la lanzó al otro extremo de la sala impactando en un cuadro y cayendo ambos al suelo. Permaneció unos minutos con los brazos en las caderas, respirando como si le fueran a quitar el aire. Los ojos encendidos, la mirada fija

en ningún lugar en concreto, excepto por la imagen que su mente le reproducía de Víctor o Boris o como coño quiera que se llamara.

Lo que el cuerpo le pedía era repetir lo que llevó a cabo con Teo en su propio dormitorio, casi veinte años atrás, pero tenía que esperar. No podía volver a presentarse en el viejo almacén.

—Seguro que ahora hay muchos más policías por todo el monte —susurró. Susurro que apenas duró lo que tardó en volver a recordar al culpable de la situación que estaba viviendo— ¡¡Imbécil!! ¡¡Cabronazo!!

Definitivamente los hombres no valen para nada.

"No puedo perder más tiempo".

No saber qué estaba haciendo Víctor le hervía la sangre. Le había ordenado, sí, ordenado, porque es lo único que entiende, que trajera a Leyre al sótano.

—Hace ya tiempo que actúa por su cuenta… —siseó.

Anuca sabía que eso le hacía aún mucho más peligroso. No obstante, no debería enfrentarse abiertamente a él. La única forma de cogerle desprevenido era que no viera en ella una amenaza real.

"¿Leyre?"

Cruzó los brazos y comenzó a recorrer el salón de un lado a otro sin dejar de mover la cabeza de izquierda a derecha. Una y otra vez. La conclusión a la que estaba llegando le generaba un intenso dolor, una sensación de vacío, de años de privaciones, de esperanzas perdidas.

Pero no quedaba otra.

Leyre ya no era importante.

No en estos momentos.

No podía encargarse de todo estando en Comillas, y sola. Sí, sola, porque pensaba dejar a Luisín huérfano de padre en las próximas horas.

Se dejó caer en el sofá al compás del rugir de un lejano trueno. En su semblante la máscara pétrea, reflejo del ácido odio que le embargaba, tornó a esbozo de sonrisa torcida.

—Puede que no todo esté perdido… —murmuró al cuadro y a su falsa tripa en el suelo.

Si todo marchaba como presumía, Víctor y Leyre estarían en el almacén. La policía recorriendo toda la zona, aunque no como le gustaría, sus esfuerzos estarán centrados más en los alrededores de la Ermita de San Antonio.

"Esto puede cambiar…"

Su media sonrisa dejaba paso a un semblante relajado, de concentración. Asentía a las diferentes propuestas mentales que le iban llegando. Sí, podría enviar un anónimo a la policía, a la prensa,

indicando el lugar en el que se encuentra el almacén. Era una opción a considerar que presentaba un pequeño problema. Pequeño, pero de consideración. Ni Leyre, ni Víctor deberían ser encontrados con vida. Ella, porque la había visto en el sótano de la fonda, y él…

Bueno, él...

Su rostro se endureció al imaginarlo hablando con la policía, ofreciendo todo tipo de detalles a cambio de lo que fuese.

—Eso no ocurrirá ¡¡Jamás!!

Entre las distintas propuestas que le ofrecía su prolífica imaginación no se encontraba, bajo ningún concepto, la de huir. Tendría que enfrentarse a la situación que le estaba tocando vivir. No le asustaba en absoluto, contaba con el peso de la experiencia; sus ausentes padres y el no menos ausente Teo, podían dar fe de ello. En ambas situaciones, dependió de ella misma. Tanto para no ser investigada por la policía, porque no había nadie que pudiera señalarla más que como víctima, como para elaborar un plan conforme a su criterio, adaptable con el paso del tiempo y de lo que fuese aconteciendo.

"Víctor…"

Su presencia lo cambiaba todo. No era la única pieza del rompecabezas.

"No queda otra que..."

Un sonido del móvil cortó su diálogo interno. Miró la pantalla.

"Ya estás operativo"

Activó la opción de llamada.

"Sé natural, natural, no lo olvides"

Víctor se había quedado dormido en la estancia central del viejo almacén. Tras dejar a buen recaudo a la inspectora y a Leyre, abrió una botella de vino. Si algo no faltaba eran provisiones. Muchas, demasiadas ya, eran las horas de guardia en ese lugar húmedo y solitario.

Se despertó con un hambre atroz.

Puso la cafetera sobre el hornillo y abrió una bolsa de magdalenas. Echó un vistazo a las latas de todo tipo sobre una de las baldas.

"Más tarde"

De repente pareció recordar que María Pinta estaba a unos pocos metros de distancia. Un relajante cosquilleo se focalizó en su entrepierna. Una amorfa sonrisa se dibujó en su rostro. La idea inicial de dar de comer a las mujeres se volatizó en cuanto recordó que lo que valía ayer ya no tenía sentido hoy. De la comida de Leyre se encargaba Anuca con purés y demás mierdas de mujeres.

"No saben comer"

Con los restos de una magdalena entre los dientes se hizo con el móvil. Estaba apagado. Miró en torno, el cargador seguía en su sitio, enchufado en un ladrón que llegaba a un pequeño generador.

Lo encendió.

Dio un generoso bocado a otra magdalena mientras aguardaba a que el teléfono se reiniciara.

El olor del café recién hecho copó toda su atención. De una lata de leche en polvo volcó un poco sobre el café humeante ya en la taza.

Bip bip. El teléfono estaba reiniciado.

Mojó la magdalena en el café, la aplastó contra el paladar y cogió el móvil. Tenía varias llamadas perdidas y Whatsapp, todas ellas de Anuca.

Sonrió.

En esos momentos hubiera dado lo que fuera por tener a Anuca ahí mismo, con los codos sobre la mesa, desnuda, penetrándola, sabiendo que la inspectora se hallaba a pocos metros, escuchando. Aún estaban a tiempo de hacerlo realidad, seguro que a su compañera también le excitaría la situación.

Volvió a sonreír.

El teléfono comenzó a sonar.

—Anuca…

Anuca tomó aire.

—Víctor, ¿estás en el almacén?

—Sí, claro, aquí de guardián como siempre… —su voz partió envuelta entre trozos de magdalena y sorbos de café.

—Te he llamado varias veces, era importante.

—Lo acabo de ver, me quedé dormido.

Anuca volvió a tomar aire.

Víctor otro sorbo.

—La madre de la inspectora dice que han encontrado su coche en…

—Qué rápidos… —en esta ocasión a los trozos de magdalenas aplastados contra el paladar y a los tragos de café se le unió una sibilina sonrisa. Contaba con que no tardasen en localizar el Alfa Romeo, pero…

Consultó el reloj.

Con razón tenía tanta hambre, era casi la hora de comer.

—¿Lo sabías? —Anuca sospechaba que la respuesta sería afirmativa. Su idea inicial tendría que sufrir ciertas variaciones.

Durante la siguiente media hora Víctor relató todo lo que había sucedido la noche anterior. Todo, todo, no. Cambió la huida de Leyre como parte de su juego favorito de cazador y presa por una escapada mientras le dejaba la cena. El resto tal y como sucedió; la aparición de

la inspectora, la localización de Leyre. El traslado de ambas al almacén. El regreso al lugar donde estaba el coche de la inspectora para llevarlo más cerca de la otra ermita. No, no me vio nadie. Sí, claro que lo dejé allí para despistar. ¿Cómo te iba a llamar? Las cosas a veces salen como salen. Que sí, las dos están aquí. Tranquila que no nos van a encontrar, verás como en unos días se cansan.

"Este tío es imbécil"

—¿De verdad crees que la policía dejará de buscar a su compañera?

—No, pero mirarán en otro sitio.

Anuca volvió a tomar aire.

Más aire.

—Veré qué puedo hacer para que busquen en otro lugar como dices. Esta noche te llevaré comida.

En cuanto colgó el teléfono Víctor se vanagloriaba de lo que había hecho. No le habían dejado otra opción. Podía haber matado a la puñetera *poli* en el monte y trasladado su cuerpo lejos, pero no iba dejar escapar una situación como esa para disfrutar de una mujer policía guapa y joven.

"No, señor"

—¡Gilipollas! —Anuca dedicó su grito al móvil sobre el sofá. Hubiera sido mejor para los dos que Víctor se hubiera desecho de la inspectora, pero no, tenía que tirársela— ¡Maldito gilipollas! ¡¡Malditos hombres!!

Pensar que esta misma noche pondría orden en su vida le hizo sentirse un poco mejor. Mentalmente tomó nota de lo que le iba a hacer falta. La pistola, gasolina, cuerdas, un cuchillo.

El timbre de la puerta de acceso a la fonda sonó un par de veces. Anuca se ajustó la falsa tripa y atisbó por la mirilla.

—Es el compañero de María… —una ligera descarga sacudió su cuerpo.

Vio como volvía a llamar.

La buena noticia es que en esta ocasión había guardado el coche en el garaje y no podía saber si estaba en la fonda o no.

Otra vez.

—Parece nervioso…

Anuca lo achacó a la desaparición de su compañera y una vez más se acordó de la familia y de todos los muertos del gilipollas de Boris.

"Le llaman al teléfono"

Lo vio alejarse.

Respiró. No muy tranquila, pero al menos creía haber ganado tiempo para terminar con todo de una vez para siempre.

Con todo era, con todo. Víctor y Leyre incluidos.

Cuando una hora más tarde se disponía a abandonar la fonda el timbre de la puerta volvía sonar.

“¿Quién coño...?”

Miró en torno por si hubiese algo a la vista que le pudiera comprometer. Una bolsa de deporte en el suelo escondía todo lo que necesitaba.

El timbre, otra vez.

Víctor no podía ser. La policía tampoco, no eran horas, de serlo, se habrían identificado.

“¿Entonces?”

“Alguna puñetera vecina…”

Satisfecha con su conclusión abrió la puerta.

—¿Qué… ? —negó con la cabeza.

—¿Está Boris?

34

Diego Olivares abandonó el despacho del comisario Redondo embutido en una angustiosa sensación de impotencia. Sabía que andaban, cerca, muy cerca de los asesinos, pero a la vez parecían estar cada vez más lejos. El operativo al que se refería el comisario, a pesar de ser numeroso y formado por gente capaz y motivada, tanto entre los voluntarios como entre los compañeros de los inspectores, le suscitaba cierta sensación de intranquilidad.

"¿Qué pasa si se ven acorralados?"

"¿Cómo actuarán?"

La respuesta le oprime el estómago y le acelera el pulso. Al menos su creencia, y la de María, de que se mueven de noche corre a su favor, el operativo estará en marcha mientras haya luz.

"No más de las 18.30h"

Condujo a su casa en Ruiloba para obligarse a echar una cabezada. Necesitaba pensar en algo que acortara los tiempos, que no se tratara solamente de ir mirando tras árboles, algo más que…

"Parece que se encuentran muy seguros. Tiene que haber algún sitio que no hemos mirado y que seguramente no lo vamos hacer si nos guiamos por los planos del monte"

Ya habían inspeccionado cada vieja mina, cada hueco que pudiera haber por la zona, incluso cuevas.

Entró en la casa, tiró el chaquetón al sofá y se dejó caer de golpe.

Elevó la vista al techo y se frotó la cara con vehemencia.

Su mente se empeñaba en hacerle ver algo.

Algo que no había interpretado bien.

—¡Qué estúpido soy! ¡Joder!

Cogió el móvil

—Jefe, no hay que buscar niños que hayan nacido en el 2016 sino mujeres que vayan a parir en los próximos meses.

Redondo se retrepó en el asiento. Se frotó el mostacho.

—¿Cómo? Acabo de recibir el informe de las primeras visitas a ocho de las trece familias que…

—Eso no nos va a llevar a ningún lado, jefe —Olivares se puso en pie, una mano en la cabeza.

"Si llevo razón…"

—Explíquese, porque no tenemos tiempo para empezar de nuevo a

elucubrar.

—A ver. Tenemos los cuerpos de dos mujeres a las que les han robado el feto, ¿no? —sin aguardar respuesta continuó—: Por las figuras de las diosas de la fertilidad que introdujeron en ellos entendemos que cuentan con una motivación, digamos, de procreación. Es decir el objetivo eran los fetos.

El mostacho del comisario no dejaba de balancearse, ansioso por entender de una puñetera vez lo que el inspector le quería decir. Acababa de hablar una vez más con el comisario principal al que le había prometido resultados y esta llamada no auguraba nada novedoso.

—Sí, todo eso lo sabemos, vaya al grano, Olivares.

Diego era consciente de que no era la primera teoría que exponía para este caso basada en intuiciones, pero como bien decía el comisario no había tiempo que perder. Mirar de árbol en árbol era perderlo.

—Al deshacerse de Corneja cometieron su gran error, que no el primero, que fue cuando movieron los cuerpos de lugar en el monte.

—Sí, eso les sitúa en la zona. La agenda del detective así lo detalla.

—Eso es, jefe. Se lo cuento del tirón. Leyre Aja desaparecida, añado secuestrada, por esta gente. Embarazada. Si están esperando a que dé a luz, tiene que haber alguna mujer que esté simulando un embarazo en la zona que…

—Lo más probable en Comillas.

Olivares asintió repetidamente.

—Sí, o muy cerca.

Se hizo el silencio en la línea durante unos interminables segundos. Hasta que el comisario tomó la palabra.

—Me está pidiendo que mande agentes a poner en duda el embarazo de todas las mujeres preñadas que se encuentren. ¿Es así? —suspiró profunda y ruidosamente un par de veces— ¿En base a qué, Olivares? ¿Otra intuición? ¿Imagina por un instante lo que dirá cualquiera de ellas cuando le sugiramos, sólo sugerir, que demuestre que realmente está embarazada?

Diego volvió a tomar asiento en el sofá. Entendía la posición de su jefe como comisario que era, pero no quedaba otra que insistir.

—Sí, sé que no es defendible ante un juez, que no se puede pedir una orden. Pero, si la hipótesis es correcta, le aseguro que hay alguien simulando un embarazo. Si damos con ella nos llevará hasta Leyre Aja y Pinta. Sin olvidarnos de Jimena Díez y de la sobrina de Claudia Cobo, Visi, de las que sólo tenemos algunos restos biológicos, que podrían estar vivas, como Hortensia Calatayud.

“Ya lo he soltado”

—De esta última no tenemos noticias de ningún tipo ni constancia

de que hubiera estado en poder de estos asesinos, ¿verdad?

—Así es, jefe. Sólo sabemos que Corneja la tenía en su lista de desaparecidas y visto el desenlace de dos de ellas, quizá…

—Ya, ya, más quizás…

Diego necesitaba dar otra vuelta de tuerca más, pero facilitándole las cosas al comisario.

—¿Si revisamos en el Consultorio Médico de Comillas las mujeres que estén siendo atendidas de sus embarazos? Sería una forma de eliminarlas como sospechosas.

Redondo asentía mientras contemplaba la proposición.

—En ese listado no aparecerá la que simule el embarazo.

—No, pero será más directo localizarla, yo me encargo antes de ir a Monte Corona.

El comisario deseaba más que nadie, si eso fuera posible, poner fin a este maldito caso guiado por suposiciones sin apenas fundamentos de investigación policial. No sólo esto sino que debería solicitar otro favor más sin disponer de los argumentos mínimos exigibles.

—De todas formas será necesaria una orden y con carácter de urgencia, Olivares. Como metamos la pata nos echan del caso.

—Lo sé, jefe, no se me escapa que su posición es muy complicada. El comisario principal, los medios y…

—No me toque los cojones, Olivares., no me los...

"… un modelo Alfa Romeo de color blanco, localizado a unos cientos de metros de la Ermita de San Antonio, en Monte Corona en la mañana de ayer. De su ocupante nada se sabe. No existe una declaración oficial, confiamos en que en las próximas horas nos confirmen o desmientan la situación de paradero desconocido de la inspectora de la Policía Nacional María Pinta…"

"… no es en absoluto descabellado preguntarse si este hecho guarda relación con el llamado "Destripador de Monte Corona" ¿Se encontraba la inspectora en dicho lugar en investigación oficial? Si es así, ¿por qué estaba sola? ¿Quizá porque se había aventurado por su cuenta? Estas y otras muchas cuestiones son las que nos planteamos ante la falta de información oficial que desvele las circunstancias que rodean a este suceso. Por otro lado… "

Genaro cerró el periódico con el semblante afectado. Más de veinticuatro horas ya sin tener noticias de María. Para esta misma mañana estaba previsto un despliegue de Policía Local, Policía

Nacional, Guardia Civil y decenas de voluntarios. La noticia de la aparición del coche había corrido como la pólvora en Comillas. Los Pinta eran muy conocidos en la villa, no iban a quedarse de brazos cruzados.

"Ni yo…"

Tenía los dos días siguientes libres para dedicarlos a lo que le pareciera oportuno. Lo primero era apuntarse al operativo.

Era. Ya no.

Porque tras pasar la mañana con sus compañeros y voluntarios entendió que su presencia tan sólo aumentaría mínimamente el porcentaje de éxito en la operación.

"¿Qué puedo hacer?"

Pensar en lo que pudiera estar pasando su querida amiga de la infancia en manos de esos hijos de la grandísima puta le enfurecía hasta extremos desconocidos.

—Como le hagan algo… —escondió la cabeza entre sus manos. Los dedos frotando con fuerza el cuero cabelludo —Como le pongan un puto dedo encima, juro que yo...

De nuevo se repetía en su cabeza la misma pregunta.

"¿Cómo puedo ayudar?"

Aún con la cabeza entre las manos, cerró los ojos con fuerza. Los puños apretados firmemente.

—¿Qué te sucede, Genaro? Veo que ya has vuelto, ¿cómo ha ido?

El agente de la local de Comillas aflojó los músculos y volvió el rostro hacia una de las personas más queridas de su vida. Compañero de juegos desde que puede recordar, de confidencias, de horas de paseo. La pregunta era del todo retórica, creía saber la respuesta.

—No sé, abuelo. María sigue sin aparecer y ya van casi veinticuatro horas, que son las más importantes.

Don Jesús tomó asiento junto a su único nieto. Deslizó su arrugada y áspera mano de tantos años de trabajo en el campo, por la cabeza del agente agitándole el pelo, tal y como hacía desde que lo sentaba entre sus piernas.

—En la batida por el monte había compañeros de aquí de Comillas, de la nacional, guardias civiles, voluntarios…

—Lo sé, ¿qué te preocupa?

Genaro apretó los labios al tiempo que negaba con la cabeza.

—No seré muy útil uniéndome al grupo esta tarde, quiero hacer algo más, otra cosa.

—¿En qué estás pensando?

Había llegado la hora de compartir con él la escasa información que disponía del caso de *El Destripador de Monte Corona.*

—Quizá estos cabrones estén jugando con nosotros. Me extraña mucho que hayan cogido a María sin más —negó con la cabeza—, por

lo que sé no había huellas de lucha alrededor del coche. Nada. Tampoco se trata de un lugar en el que ella pudiera vigilar o buscar. Es muy raro.

Don Jesús esbozó un ligero siseo para sí mismo.

—¿Qué crees que pasó?

Genaro situó la silla frente a su abuelo.

—Ojalá lo supiera, pero diría que el coche lo llevaron hasta allí. Verás —apoyó los codos sobre las rodillas inclinándose hacia delante—, esta mañana no he visto a su compañero, a Diego, es muy extraño, ¿no crees?

—No me digas que sospechas de él.

Genaro sacudió las dos manos en el aire.

—No, no, por Dios. Lo que quiero decir es que estará buscando en otro lugar, no por donde apareció el coche de María, ni tampoco lo vi junto a la Ermita de San Esteban, ni entre los compañeros que están peinando esa zona.

Don Jesús sonrió.

—Parece que no eres el único que ha pensado que el coche lo llevaron allí.

Genaro permaneció en silencio unos instantes. Tenía sentido lo que decía su abuelo.

—¿Dónde hay que buscar, entonces? ¿En las minas de Udías? Son demasiado visitadas, no podrían esconderse —la mirada en el suelo— ya se han inspeccionado todos los lugares que pudieran haber utilizado para esconder a sus víctimas, como el zulo en el que encontraron al novio de una de ellas. Al menos todos los que se reflejan en los mapas de la zona.

Don Jesús volvió a sonreír.

—Todos, todos, no lo creo. Habría que saber de cuándo son esos planos.

—¿Por qué?, ¿qué quieres decir?

El abuelo llevó la mirada a la ventana. Su mente había salido volando, sorteando los tejados de las casas vecinas, alejándose.

Volando y alejándose.

Lejos, muy lejos.

—Recuerdo, que con mis hermanos mayores, mi padre y vecinos de los pueblos de los alrededores nos escondíamos por ahí.

—¿Por Monte Corona?

Don Jesús asintió. La boca entreabierta. La mirada en el pasado. En su rictus un halo de profunda concentración.

—Nos buscaban...

—Lo sé, erais *maquis,* me contaste que os escondíais de la Guardia Civil.

—Sí…

—Cogieron a unos cuantos.

—Hubo chivatos, pero tuvimos suerte y pudimos escapar...

Genaro se quedó mirando a su abuelo. Le generaba una profunda ternura contemplar su rostro ajado, como sus manos. Su mirada en ningún lado. Los ojos cubriéndose de una tenue capa acuosa. La estampa, no por repetida, dejaba de rasgarle el corazón. Sí, su abuelo contaba muchas batallitas de la guerra, y con más frecuencia desde que el maldito Alzheimer hurgó en sus recuerdos apoderándose de ellos sin piedad.

No de todos.

De pronto, el abuelo giró el rostro lentamente. Al localizar a su querido nieto, sonrió.

—¿Qué haces aquí?, ¿hoy no hay malos a los que perseguir?

Genaro se aguantó las ganas de darle un abrazo. No hubiera entendido el motivo.

—Tengo dos días libres, abuelo.

—No tienes buena cara.

El agente frunció los labios y asintió.

—María no aparece.

Don Jesús permaneció unos segundos con la vista fija en su nieto, como si buscara en sus recuerdos el significado de la frase que acababa de escuchar.

Genaro quiso echarle una mano.

—María es la inspectora de…

—Lo sé, lo sé, ¿cómo no voy a saberlo si es la chica que te gusta desde que tienes uso de razón? —apuntó con una enorme sonrisa—, pero el coche apareció, ¿no?

Conversaciones como esta eran las que descolocaban a Genaro. Su abuelo podía pasar de momentos de profunda lucidez a otros de total oscuridad en lo que tardaba en dar un pestañeo, para regresar de nuevo al presente.

Al nuevo presente.

Sin recordar la reciente conversación.

—Sí, en Monte Corona.

Una vez más Genaro le explicó la situación. Decenas de personas batiendo los alrededores de las ermitas, cada escondrijo bajo tierra, antiguos accesos a minas, sin resultados.

Una vez más la mirada de don Jesús en ninguna parte.

—¿Sabes, Genaro? A mí no me encontraríais ni con vuestros perros. Nos escondíamos por ahí, lo conozco bien.

Una vez más Genaro observa el semblante risueño de su querido abuelo. La mirada en ningún sitio.

Vuelta a empezar.

35

—Despierta de una vez.

María sentía la boca seca, áspera, un penetrante dolor de cabeza concentrado en ambas sienes. También sintió dos manotazos en cada carrillo.

—Venga, coño, que tampoco lo he puesto tan fuerte. Esto no es mío, es cosa de ella —señaló una taza.

"¿Ella?"

Poco a poco la inspectora fue adquiriendo consciencia del lugar en el que se encontraba. No fue debido a la voz del hombre que le hablaba, ni al par de bofetadas. Fue el pegajoso hedor a podrido, a cerrado, que impregnaba la estancia.

Comenzó a toser.

Una tos incontrolada, como si con cada arcada pretendiera expulsar cada inspiración que se había visto obligada a realizar.

—Venga. Ya.

Siguió tosiendo.

Un nuevo tortazo de derecha a izquierda cortó de manera fulminante el ataque de tos.

María llevó el dorso de la mano a la mejilla dolorida. La mirada a su agresor. Su figura quedaba recortada en el claro oscuro que provenía del habitáculo que hacía las veces de cocina y lugar de estancia de su guardián.

Lo soltó.

—¿Víctor?

El aludido asintió satisfecho.

La inspectora quiso incorporarse pero tenía las manos atadas a una cadena que partía de la pared.

—¿Qué pintas en todo esto? ¿Y el tal Boris?

La boca del carcelero se abrió todo lo que de daba de sí. De ella brotó una risa grave, por momentos histérica, como si acabara de escuchar el mejor chiste de toda su vida.

—¿Boris, dices? —un nuevo estallido de risa seguido de un nervioso caminar por la celda desembocó en un rostro serio—. Habéis hecho bien los deberes.

María Pinta había pasado las últimas horas abotargada, a ratos hundida en profundos sueños y extrañas pesadillas, y a ratos

acongojada. Los escasos momentos de lucidez, que duraron lo que tardó en hacer efecto el brebaje que le obligó a beber entre bofetadas por su negativa inicial, y el actual, más despejada, aún entre nebulosas, los dedicó a elaborar sus siguientes pasos.

“Pueden ser los últimos, lo sé”

— Si los hubiéramos hecho bien no estaría en esta situación. Nos lo estáis poniendo muy difícil.

Víctor cruzó los brazos y ladeó el rostro.

María apenas podía distinguir su perfil, pero creyó atisbar un atisbo de orgullo contenido. Aprovechó para continuar con los halagos. Muy reducido es el número de individuos con este perfil psicótico que puede permanecer ajeno a ellos.

—Una persona que logra escapar de la Prisión de Remetinec, cruzar fronteras siendo buscado por INTERPOL es para andarse con cuidado. No vale cualquiera para eso.

Si la inspectora hubiese podido observar el rostro de Víctor a plena luz, hubiera interpretado los cambios generados en respuesta a sus palabras. Unos ojos abiertos, cejas subidas, sorpresa al conocer que la INTERPOL lo buscaba. Una fina sonrisa de satisfacción con la imaginaria palmada de condescendencia de María en la espalda.

Regresó a la estancia principal y volvió con una vieja silla. Estaba disfrutando de la conversación aunque ello conllevara retrasar el momento de poseer a la policía.

—Debí cometer algún error para que sepas mi nombre, ¿el apellido?

—Bacic, Boris Bacic.

Una nueva risotada acompañada de dos sonoras palmadas.

—¡Bravo por la inspectora!

Sin duda, estaba disfrutando del momento.

—¿Cómo me descubristeis?

Pinta tiró de la cadena y lo miró.

—No, no —con el brazo estirado movió el dedo índice de un lado a otro—. No creas que unos pocos halagos bastan para que te suelte.

“Tengo más”

María permanecía callada.

Víctor cruzó las piernas. El silencio comenzaba a incomodarle.

—¿Que cómo me descubristeis? —soltó marcando cada sílaba.

—Suéltame y te contaré todo lo que quieras.

—¡¿Crees que estás en condiciones de negociar, estúpida?! —se incorporó de un salto.

Algo había aprendido María de su secuestrador, confiaba en que ese algo le valiera en su inmediato futuro. No pensaba que su vida se alargara mas allá de unas horas, o si acaso minutos, si no actuaba.

“Eres muy sensible a los halagos y pierdes el control con facilidad”

Pinta negó con la cabeza.

—Estas argollas son muy pesadas y molestas.

De nuevo sentado, cruzó las piernas.

—Según me dijo un abuelo son de la época de vuestra guerra o quizá antes. Habla.

—Verás, Boris o Víctor ¿cómo quieres que te llame? —quiso saber mientras conseguía al fin incorporarse en el catre.

De nuevo una sonrisa triunfal perfilada en su rostro.

—Boris me trae buenos recuerdos. Víctor morirá pronto en cuanto me largue, me lo puso ella.

"Otra vez, ella"

—Encontramos ADN en el zulo que…

—¿Zulo? ¿Qué es eso?

—Es el lugar en el que mataste a algunas de tus víctimas entre ellas a Armando Venta el novio de…

—Te equivocas, yo no fui. Sigue.

"¿No fuiste tú?"

María carraspeó un par de veces.

—Puede que luego te dé agua. Ahora, sigue.

—Encontramos varios restos de ADN, uno de ellos pertenecía a Boris Bacic. Nos informaron que lo buscaba INTERPOL. Era un ciudadano de Croacia —calló unos segundos—, ¿tú no eres rumano?

La boca de Víctor se abrió hasta límites insospechados, una vez más de ella partió una sonora carcajada. Volvió a cruzar los brazos.

—Eso lo decidió también ella.

María necesitaba soltarlo. No tenía sentido, ninguno. No, no podía ser, la conoce desde hace años, eran amigas. Está embarazada. Ella no…

—¿Lo sabe Anuca?

El guardián estaba pasando el mejor de los días de los últimos años. No recordaba haberse reído tanto desde, desde…

"Ni me acuerdo"

—¿Cómo que si lo sabe?

De pronto un sonido sordo, lejano y un constante *ras ras ras.* Un golpe seco seguido de *ras ras ras.*

Las estridentes carcajadas se evaporaron.

Otra vez.

Ras ras ras.

Ras ras ras.

Víctor se incorporó, de una zancada puso su boca a escasos centímetros de la de María.

—No digas ni una palabra sino quieres que te haga daño —mantuvo unos segundos la mirada fija en los ojos de ella. Con un rápido movimiento estampó un beso en sus labios y salió de la

estancia.

María deslizó el dorso de su mano por la boca como acto reflejo de profundo asco, pero su cabeza se hallaba buscando el significado de los últimos retazos de la conversación.

—Eso lo decidió también ella… —susurró las palabras de Víctor— ¿Ella es Anuca?, ¿o hay otra mujer?

Llevó sus recuerdos a cinco o seis años atrás cuando conoció a Anuca acompañada del pequeño Mateo. Acababa de comprar la *Fonda El Muelle* con una herencia de sus padres, muertos casi con un año de diferencia.

—Él murió de pena, María, pobre….

Luego apareció Víctor. Al principio trabajaba para ella, con el paso del tiempo iniciaron una relación.

"Nació, Luisín…"

María dejó caer los pies al suelo. Lo que su razonamiento le estaba empujando a creer su corazón lo negaba.

"No, no puede ser…"

"Luisín tendrá unos dos años, pocos meses más…"

Un sudor aún más frío que el que reinaba en la celda se apoderó de cada célula de su cuerpo. Comenzaba a entender por qué no avanzaban con la investigación, por qué estaban dando palos de ciego.

Irene Morella se fue de su casa hace tres años largos. Su cadáver llevaba dos años congelado.

"¿Puede ser... la madre de Luisín?"

"¿Entonces, Anuca?"

Tendría que negar la mayor, y ésta pasaba porque Anuca estaba embarazada.

Escondió la cabeza entre las manos y ahogó el grito que el cuerpo le pedía expulsar. Todo lo que su mente le estaba ofreciendo se podría confirmar fácilmente comprobando si realmente Anuca estaba o no embarazada.

—Joder. Mierda. Mierda…

Sí, aquí encajaba Leyre y su propio embarazo.

Un acceso de rabia y de profunda decepción en forma de lágrimas descendía por su rostro. Pocas cosas había peor que la traición de alguien al que consideras fuera de toda duda.

—Anuca…

Si estaba en lo cierto, no dudaba que lo estaba, no saldría con vida de ese lugar sino hacía algo por evitarlo. Creía contar con alguna baza, como la deducción que Diego y ella habían extraído de las últimas acciones de la pareja de asesinos. Parecía que actuaban por impulsos, sin responder a un plan preestablecido.

Como baza no parecía gran cosa.

Todo un lujo cuando no hay ninguna esperanza.

Sin embargo, se estaba apoderando de la inspectora una angustiosa sensación de oscuro futuro. Tan oscuro como la estancia que habitaba. Si de algo le había servido la experiencia de las últimas horas era para convencerse de que su claustrofobia estaba superada, siempre y cuando no pensara en ella.

Leyre se hallaba sobre el camastro con las manos abrazando su tripa. Entre sollozos hablaba y recitaba canciones a su futuro bebé, como si quisiera hacerle ver que todo estaba bien. Que estaba deseando que comenzaran a compartir la vida cuanto antes. Que...

Mentiras.

No daba un euro por su vida a pesar de que solía estar bien alimentada. Solía, porque hacía muchas horas que no comía nada excepto el brebaje que le dejaba inconsciente.

Víctor ya no le ataba las manos a la cadena, clara muestra de la confianza que albergaba en su capacidad de persuasión. Es más, había disfrutado con su última escaramuza, pero ya no habría más.

No quedaba tiempo.

Ni ganas.

Leyre se sentó con los pies colgados del extremo del catre. Unas voces la habían despertado. Se frotó los ojos.

"Tranquilo, pequeñín"

Lentamente se incorporó. Arrastrando los pies, paso a paso, el tobillo le seguía doliendo, y con los brazos al frente, alcanzó la puerta.

De nuevo esa voz gutural.

Con la oreja pegada en la hoja escuchó.

"¿Risas?"

Siguió escuchando.

Sí, no había duda, eran risas. El cabronazo de su carcelero se estaba riendo. Saber que su situación no le afectaba en absoluto, que parecía estar distendido, a gusto, la estremeció aún más.

"Está hablando con alguien"

Un fogonazo impactó en su aturdida mente. Se ve en el suelo, se acababa de caer. Luces de un coche, de otro. Una mujer arrodillada frente a ella ofreciendo su mano.

"¡Era una policía!"

"¡Me están buscando!"

La alegría duró justo lo que tardó en recordar ver a la misma mujer desplomarse y a su guardián detrás.

Aguantó unos minutos más por si escuchaba la voz de ella y regresó al catre. Desconocía cuál sería el motivo que le provocaba esa risa tan airada, pero sólo había escuchado la suya, no la de la policía.

“Si es que sigue con vida”

La puerta de su celda se abrió de improviso. Sólo el rechinar de las bisagras le puso en tensión. Con los ojos entrecerrados logró vislumbrar la figura de su secuestrador silueteada bajo el quicio.

“No, no…”

Tras un somero vistazo, Víctor cerró la puerta, en esta ocasión sí que echó el candado. Regresó a sus dominios y se hizo con un pequeño candil. Apagó la escasa luz de la estancia y se adentró por el oscuro pasillo. Sólo unos metros, los suficientes para escuchar ese ruido.

Un ruido rasgado, seguido de un golpe seco. Un ruido diferente, extraño y lo que más le sorprendía; nuevo.

Ras ras ras .

Ras ras ras.

María Pinta no salía de su estado de desmayo consciente, mezcla de estupor e incredulidad con numerosas dosis de culpabilidad. Un estado que debía abandonar cuanto antes. Sí, era consciente de ello, pero no era capaz de recuperar la motivación.

Permanecía inmóvil con la mirada en la oscuridad. Su voz interior no iba a acallarse sin más, infinitamente inteligente como es, tenía que poner todo lo que estaba en su vasto conocimiento para devolverla al presente.

Cuanto antes.

“ María, hija, siempre cuidando a los demás a ver si cuidas de ti un poquito y te das una alegría ”

“¿ Abuela, has visto a la tía María? que hoy es mi cumple ”

“ Lo mejor que me ha pasado es tenerte como compañera ”

“ Pero, hija, espabila, que llegamos tarde. Ainss ”

—Espabila… —balbuceó… —Espabila…

De pronto, en su cabeza desfilaron imágenes de cada miembro de su familia, de sus hermanos, sobrinas, de su ahijada la pequeña María.

—Diego…

Saber que sin duda alguna la estaría buscando reventó por los aires la absurda apatía en la que se hallaba inmersa. Sí, tenía que espabilar, de ello dependía continuar en el mundo de los vivos. No sólo ella, Leyre también.

Intentó ubicarse en la posición de su compañero. ¿Habría llegado a las mismas conclusiones que ella? Si no lo había hecho no tardaría en hacerlo, de eso estaba segura. De lo que ya no lo estaba tanto es de que el lugar en el que se encontraba fuese conocido por la Guardia Forestal o la Guardia Civil, de ser así ya la habrían localizado.

La imagen de Víctor saliendo de la celda, si no con miedo, sin con preocupación al escuchar unos lejanos ruidos, le animó a pensar que quizá no estaba todo perdido. Confiaba en sus compañeros, confiaba ciegamente en Diego.

Lentamente, la puerta de la celda comenzó a abrirse entre quejas de los oxidados goznes. Si quedaba alguna oportunidad para ver la luz del exterior debía aprovecharla. De momento, parecía que se le presentaba una frente a sus ojos. Vio una sombra acercándose e inclinarse. Una pequeña llama encendió la vela depositada sobre el suelo.

—Mejor así, ¿eh? Me pregunto, cómo es posible que una policía tenga tanto miedo a la oscuridad. No dejareis de ser mujeres, nunca —su rostro talló una sonrisa dedicada a su ocurrencia.

María permanecía en silencio.

Atenta, concentrada, pero sin olvidar ofrecer una actitud con tintes sumisos.

—Diría que os están buscando. Sí, sí, ya sé que lo sabes, es tu trabajo. Me refiero a tus compañeros, hay un montón de ellos con diferentes uniformes ahí fuera. No muy lejos, pero andan despistados —calló unos segundos—. Si por alguna extraña razón consigues huir mataré a la chica.

—Lo sé, Víctor.

—¿Crees que te encontrarán?

—No, no lo creo. Estoy convencida de que este lugar no existe en ningún mapa.

La respuesta de su víctima le cogió de sorpresa. El guardián se incorporó. Quedó inmóvil unos instantes. De pronto, comenzó a negar con vehemencia y a golpear la pared con la palma de la mano.

—¡¿Oirán estos golpes?! —ladró— ¿los gritos? ¡¿eh?! ¡¿Los oirán?! —dio un par de pasos y colocó su rostro contra el de María. Una mano asiendo su barbilla.

La inspectora se obligaba a analizar la escena, a intentar alejarse de la situación que estaba viviendo y aplicar todas las enseñanzas oficiales y propias sobre personalidades con psicopatías extremas.

—No lo creo, Víctor. Ya lo habrás previsto. Como te dije antes nos habéis puesto las cosas muy difíciles.

Los gritos y golpes cesaron. Siempre le había gustado que su trabajo fuese apreciado, tanto si se trataba de arreglar algún motor o cualquier otro asunto que se le encargara.

—Llevas razón, este lugar no está en ningún mapa, pero…

El corazón de María latía expectante por lo que pudiera continuar partiendo de la boca del hombre.

—...pero, el otro lado del túnel sí. Lo hicieron en vuestra guerra, ¿ *maquis* ? ¿Los llamáis así, no? Son cuevas, pequeños túneles que construyeron aprovechando los que ya existían, simplemente… —dio una palmada acompañada de una sonora y escueta carcajada—… crearon otras salidas. ¡Eran listos esos *maquis* !

—Pues, no, no nos encontraran… —murmuró.

—No te preocupes, porque esto terminará rápido. Siento decirte —el frío brillo de sus ojos contradecía sus palabras— que no os puedo dejar con vida, ¿lo entiendes, verdad? —llevó una mano al corazón, semblante afectado—. No es nada personal, palabra.

María necesitaba ganar tiempo.

—¿Leyre Aja? Por qué no la dejas libre, ella no…

El tortazo con la mano abierta cortó en seco sus palabras. En su boca un sabor salado, metálico. Sintió un fino reguero resbalando de sus labios.

—¿Tú eras la que lo sabías todo? ¡¿Tú?! ¡Está embarazada, cojones! ¡Ella quiere…!

—Su hijo.

Víctor entró de nuevo en un silencio, profundo, apenas se le escuchaba respirar. Un silencio que parecía la antesala de otro estallido emocional.

—¿Qué pintas tú en todo esto? Si es ella la que quiere esos niños…

Un silencio largo, demasiado largo a juicio de la inspectora.

—Sé que no voy a salir de aquí con vida porque no podría hacer como si nada hubiese pasado. ¿Por qué no me cuentas que pasa con Anuca? ¿Qué pintas en esto?

Víctor se incorporó como un resorte.

—Es una hija de puta.

La luz de la vela le otorgaba un aire fantasmal. La oscilante llama le permitía a María hacerse una idea de lo que pasaba por la cabeza de su secuestrador.

Sólo una idea.

No podía imaginar cuál sería su siguiente paso.

De dos zancadas, Víctor se colocó junto a ella.

Con una mano tiró de la coleta de María hacia atrás.

—Te crees muy lista, eh… —susurró a escasos centímetros de los carnosos labios de la inspectora.

Víctor eliminó esos escasos centímetros que les distanciaban para estampar un beso largo, rudo, lleno de rabia, mientras con la mano libre masajea los pechos de una asombrada inspectora.

A María le llevó unos segundos recuperarse de la impresión.

Pensaba que si la situación no la tenía controlada sí al menos encauzada. No imaginaba un estallido así, no en ese momento.

Sentía la lengua caliente de Víctor intentando acceder a su boca. El sabor amargo de su saliva. Su mano apretando sus pechos como si los quisiera reventar. Parecía estar poseído por un ataque más de rabia que sexual.

No podía permanecer apática.

—Me ahogas, Víctor… —apenas pudo balbucear cada sílaba. Suficiente para que él permitiera el paso del aire entre sus rostros.

Y el de la cadena.

Con un movimiento veloz, del que su guardián no se dio cuenta hasta que sintió, más que ver, la cadena enrollándose a su cuello, María logró que girase sobre si mismo, al tiempo que tiraba con fuerza.

Con toda su fuerza.

—Zo...rra…

Víctor intentaba introducir los dedos entre las argollas de la cadena y su cuello. Comenzaba a faltarle el aire. La *japuta* tiraba fuerte. Viéndose en el límite intentó una acción desesperada, quizá suicida porque implicaba quitar sus manos de la cadena y aguantar mientras echaba los brazos hacia atrás y agarraba de la coleta a María y con la otra la golpeaba con el puño en el rostro.

Una y otra vez.

Logró girarse y rodear el cuello de María con una mano.

Y apretar.

Poco a poco sintió que la presión de la cadena remitía al tiempo que la inspectora agitaba sus piernas y llevaba sus manos a la tenaza que la estaba ahogando.

—Te vas a enterar, inspectora…

Víctor aflojó la presión en cuanto su víctima perdió la consciencia. Sonrió. El cuello le escocía, pero lo daba por bien empleado al imaginar lo que presumía le aguardada en los siguientes minutos.

—Ven aquí...

Tumbó a María boca arriba. Desabrochó un par de botones de la blusa sin abandonar de su rostro una sonrisa de excitación, amorfa, en su boca.

—No, no.

Necesitaba más luz.

Salió a la estancia central y regresó con dos candiles, cerró la puerta. Se tomó sus buenos cinco minutos para imaginar lo que le esperaba y comenzó a besar los labios de María despacio, saboreándolos.

No había prisa.

Ninguna.

36

A media tarde, Diego recibió el listado de las mujeres embarazadas de Comillas y Ruiloba. Su instinto, como el de su compañera, apostaba por la villa.

—Once…

Conforme a la información aportada por el ambulatorio las once mujeres estaban siendo tratadas de su estado, por tanto tenía que haber alguna más, incluyendo a la impostora. No podía consultar ningún registro, ni ir …

"Es la única opción…"

Con el listado en la mano abandonó su casona de Ruiloba y subió al Audi A1 que pareció rugir de contento al verse de nuevo en carretera. No más de diez minutos después detuvo el coche frente a su destino. Sentía chispazos de ansiedad al entender que podía encontrarse a escasos minutos de poner nombre a la impostora y por tanto a la asesina o, por el contrario, mandar a la mierda una nueva pista más, otra maldita intuición.

Pulsó el timbre.

La mujer que lo vio desde la ventana de la cocina recorrió veloz los cuatro metros que le distanciaban de la puerta de la vivienda y a paso acelerado salió al encuentro del inspector. Su acongojado rostro era fiel reflejo de su estado anímico.

—Diego, ¿se sabe algo? ¿No me digas que vienes porque habéis encontrado su cuer…? —no fue capaz de terminar la frase.

—No, no, Tere. He venido porque necesito tu ayuda —del bolsillo del chaquetón extrajo el listado que acababa de recibir del comisario Redondo—. Verás… —miró alrededor —¿Puedo pasar un momento?

—Por supuesto, estás en tu casa.

El semblante de la madre de María Pinta no terminaba de reflejar la relajación que debió suponer saber que la visita no implicaba la aparición del cuerpo de su hija.

—Puedes hablar sin problemas, estamos solos, ¿no hay ninguna noticia? —insistió con los brazos cruzados.

—No, pero confío que estemos cerca de encontrarla — Diego esbozó una sonrisa de circunstancias. Quiso responder con todo el convencimiento posible, más asentado en un deseo, ¿intuición?, que en hechos confirmados. No obstante por su cabeza no pasaba otra

opción.

—Disculpa, siéntate, por favor —señaló un sofá con la mirada en el papel que el compañero de su hija desdoblaba —¿En qué puedo ayudar?

El inspector entregó el listado a Tere.

—Lo primero es rogarte que no hables con nadie… —fijó la mirada en los asustados ojos de la mujer—… con nadie, de lo que te voy a contar, ¿de acuerdo?

Tere asintió.

—Cuando me dijiste lo de su coche, no pude contenerme, se lo comenté a una amiga y…

—No te preocupes. Lo de ahora es más importante —de nuevo la mirada enfocada en los ojos enrojecidos de la mujer.

—Sí, sí, dime…

Diego llevó el dedo índice al papel.

—Es un listado de once mujeres que están embarazadas. Viven en Comillas y Ruiloba. Lo que necesito que me digas es si echas en falta a alguien en esa lista.

La madre de María arrugó el entrecejo. Cerca estuvo de preguntar qué tenía que ver eso con la desaparición de su hija, pero ante el rostro serio del inspector optó por colaborar.

Durante los siguientes dos largos minutos Tere repasó nombre a nombre sin dejar de murmurar por lo bajo:

—Elena… Celes… Esther… Ana… A estas dos no las conozco… —levantó la vista de la hoja y permaneció en silencio, como ausente.

Diego controlaba su ansiedad a la espera de una respuesta que le ayudara a dar forma a su última idea y le pusiera en camino de la impostora.

—Diría que faltan al menos tres. Nanda, que pasa consulta en Cabezón de la Sal. Pepi, que la pobre está a punto de caramelo, y Anuca que la pasan en Santander…No recuerdo nadie más, bueno y mi pequeña Carmina que la lleva un médico de Torrelavega.

Tere no pudo evitar formular la pregunta que se repetía incansable en su mente:

—¿Puedo preguntar por qué es importante este listado y qué tiene que ver con mi hija? —sus ojos acuosos pedían a gritos una respuesta amable. Necesitaba, como el respirar, una frase esperanzadora que mitigara la angustia que se había apoderado de ella y de toda su familia en los últimos días.

—Verás… Creemos, María y yo, que detrás de los crímenes de Monte Corona se halla al menos una pareja. Uno de ellos es una mujer, simula estar embarazada y…

Tere llevó ambas manos al rostro.

—Dios mío… ¿Es por eso lo que contaban de las figuras de diosas

de la fertilidad en los cuerpos de...?

Diego asintió sin añadir nada. No quería llevar la conversación por otros derroteros y regresó al guion inicial.

—Me decías que había tres…

—Cuatro, con Carmina, que te puedo asegurar que está embarazada de verdad, además…

—Sí, sí... —dejó caer la mano en el antebrazo de la mujer— Tere, por favor, las otras tres.

—A ver, Pepi es muy conocida y está a puntito. Sería muy complicado que pudiera engañar a su familia y... —negó con la cabeza —. A su abuelo Zacarías imposible.

—¿Nanda?

Tere se guardó la respuesta unos instantes.

Los dos permanecieron en silencio unos segundos. A esa chiquilla no la veo yo… Vive con Sixto, su pareja, son padres primerizos. No sabría decirte de cuánto está, pero más o menos como Anuca.

—¿Anuca, es…?

—Sí, la mujer de la *Fonda El Muelle* —bajó la mirada al suelo—. Tiene dos hijos más. El pequeño, Luisín de unos dos años, que tuvo con Víctor, y Mateo que llegó casi recién nacido a Comillas, no sabría…

De repente una vela se encendió al final del oscuro túnel en el que se había convertido la investigación. Una vela pequeña, con escasa luz, sí, pero suficiente para encender una antorcha a la esperanza.

—¿Sabes si hay algún hombre de Croacia en alguna de esas dos familias?

Los dos permanecieron en silencio una vez más.

—¿De Croacia...? —al cabo de unos segundos añadió: — no he conocido a nadie de ese país.

El rostro de Diego se ensombreció.

—Pero sí de Rumanía. Víctor, es rumano.

La sombra del rostro del inspector se difuminó al instante.

Se incorporó.

—Has sido de mucha ayuda, Tere. Tengo que irme, y por favor te pido que no le digas nada a nadie… nada.

—No, no, descuida…

—¿La *Fonda El Muelle* está en el mismo muelle?

—Sí, por la parte de arriba. La rotonda del cementerio, dirección al muelle antes de llegar, a la izquierda.

—Gracias, Tere —dio dos besos a la madre de su compañera.

—Trae a mi hija, por lo que más quieras, Diego, tráela.

El inspector que se encaminaba hacia la puerta de salida, se detuvo y volvió el rostro.

—La traeré, Tere, te lo prometo.

De regreso al coche pensaba en su promesa. No cabía otra posibilidad, María regresaría con su familia sí o sí.

“Sí o sí.”

“¿Rumano?”

No era un oriundo de Rumanía al que buscaban. Sin embargo, que hubiese un extranjero viviendo con una mujer embarazada en Comillas. Que uno de sus hijos contara unos dos años le situaba cerca de Irene Morella. Que estuviese actualmente embarazada o lo simulara…

Sonrió al imaginar a María añadir:

—Blanco y embotella, Diego.

Cinco minutos más tarde aparcaba frente a la puerta de la *Fonda El Muelle* . La calle a oscuras, frío moderado en el ambiente a pesar de ser febrero. El hostal con las luces de las habitaciones apagadas. Sólo dos pequeñas farolas a ambos lados de la puerta de entrada al edificio. Entre ella y el inspector una cancela, un camino de piedrecillas escoltado a ambos lados por dos alfombras de cuidado césped y los latidos firmes de su corazón.

“¿Eres tú, Anuca?”

Llamó al timbre.

Con la mirada recorrió las ventanas de la fachada en espera de respuesta.

Nada.

Volvió a pulsar el timbre, con el mismo resultado.

Silencio.

No dejaba de ser un silencio extraño. En el interior debería haber una mujer con sus dos hijos al menos. Su pareja…

Diego apretó los labios y el puño.

Si sus suposiciones eran correctas, que no dudaba que lo fuesen, donde se encontrase Víctor, María debería estar ahí.

“Tiene que estar”

En otras circunstancias no le hubiese dado mayor importancia, pero en estas debía dárselas. La impostora podría estar al otro de las ventanas que escoltaban la puerta principal, mirándole.

“No, María no debería estar ahí. Su coche...”

Su móvil comenzó a sonar.

—¿Sí?

—Diego, soy Paula, te llama un agente de la Policía Local de Comillas, dice que tiene información que te puede ayudar, se llama Genaro Gómez. ¿Te lo paso?

—Sí, por favor.

“El enamorado de María”

—Genaro…

—Diego, mi abuelo nos puede llevar a los escondites que usaron los

maquis durante la Guerra Civil y la posguerra cuando huían de la Guardia Civil, es muy...—lo soltó todo del tirón como si le fuera la vida en ello, casi sin respirar.

Olivares levantó la palma de la mano al tiempo que se alejaba de la fonda seguido por la mirada inquisidora de Anuca al otro lado de una de las ventanas de la recepción.

—Toma aire, Genaro, y cuéntame despacio. ¿De qué *maquis* hablas?

Cuarenta minutos más tarde, de noche cerrada, Diego, Genaro y don Jesús, a fuerza de insistir, salían de Comillas rumbo a Monte Corona en las cercanías de la Ermita de San Antonio, pero en lugar de acceder por el desvío en La Hayuela, como lo habían hecho las últimas veces, en esta ocasión lo harían por Ruiseñada.

El inspector escuchó la historia del abuelo de Genaro, que a pesar del Alzheimer parecía librar una batalla interna por mantener alejada de sus recuerdos a la cruel enfermedad. Sabía lo importante que era para su nieto localizar a María.

Por él no iba a quedar.

Le mostraron mapas del monte en los que habían marcado los lugares donde podrían encontrarse. Lugares en los que las batidas no habían entrado.

—Entonces, tuvimos suerte al localizar el zulo… —susurró Diego mientras atendía las explicaciones acompañadas de mapas y planos trazados a mano alzada en varias hojas.

Don Jesús, asintió.

Diego lamentó no haber aprovechado esa suerte, que desconocía en su momento, al localizar el zulo, junto con el cadáver de Armando Venta y los restos biológicos, para llevar a cabo una inspección más a fondo de la estancia.

Don Jesús lo recordaba bien.

—Hay un hueco en ese zulo que dices, Diego. Nunca lo llamamos así, a mí me recuerda a la ETA y…

—Abuelo…

—Sí, sí, a lo que iba. Camuflamos ese hueco con unas piedras, da a un túnel, un pasillo, de ahí podemos conectar con los túneles de la mina o entrar en otros escondites, almacenes de armas, de provisiones.

—Para localizar el sitio en el que puedan esconderse ahora, ¿tenemos que entrar por este primer zulo?

El hombre mayor agitó la mano en el aire.

—No, no, hicimos salidas al exterior, no en todos —ladeó el rostro y chascó los labios— algunos de esos escondites sólo tienen acceso a través de otros escondites. No sé si me explico.

—Sí, perfectamente, don Jesús.

—Las entradas desde el exterior, si no han cambiado mucho estarán entre árboles o rocas.

Diego miró al abuelo de Genaro.

—Por eso lo encontramos, junto a la entrada hay dos grandes mojones, troncos quemados y pintados.

Tras aparcar, se encaminaron hacia el zulo que ya conocían.

—Abuelo, espéranos aquí y…

—Ni en broma, Genaro, soy uno más que…

Diego sacó una linterna de una bolsa y miró a nieto y abuelo.

—Esperadme los dos aquí. No sería bueno que nos sorprendieran a los tres ahí abajo. Escondeos.

El inspector no sabía hasta qué punto tomar en serio los recuerdos de don Jesús. Después de haber hablado con él durante una hora y haberle sometido a algo parecido a un interrogatorio se sorprendió por la consistencia de sus razonamientos y su seguridad. Afirmó que quizá no quedara nada, porque pudo haber habido durante las últimas décadas algún movimiento de tierras, pero que si sus escondites no aparecían en los mapas oficiales era buena señal.

“Estoy de acuerdo”

El principal problema radicaba en averiguar en cuáles de los espacios destinados a almacén, o simples escondites podía estar su compañera. Todos contaban con un acceso desde el túnel, algunos también desde el exterior.

Hubo una pregunta a la que el abuelo no fue capaz de responder. Se la hizo en dos ocasiones y en ambas su mirada se clavó en el suelo como si buscara en sus recuerdos. Unos recuerdos que por algún motivo se negaban a mostrarse.

—¿Ha hablado usted con alguien de esto?

Don Jesús creía recordar haberlo comentado en alguna ocasión, pero no recordaba a quién, ni cuándo. Ni si fue hace cincuenta años o tres.

—Es posible… yo...

—No se preocupe —volvió el rostro hacia Genaro—. Si en media hora no he regresado llama al comisario Redondo y dile que vayan a la *Fonda El Muelle de Comillas* y comprueben si es real el embarazo de la propietaria, Anuca creo que se llama.

Genaro no pudo disimular la extrañeza que le producía lo que estaba escuchando.

—Sí… así se llama, pero ¿cómo que compruebe…?

El inspector miró fijamente al agente de la Local.

—No tenemos tiempo para explicaciones, Genaro. Recuerda lo que te estoy diciendo, dile también que la inspectora María Pinta está aquí.

—Eso no lo sabemos aún y…

—Lo sé, asumo las consecuencias. Dile exactamente lo que te he dicho. Treinta minutos. ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

Diego descendió el último escalón con el claro recuerdo de la imagen de su compañera sufriendo un ataque de pánico. Parecía que habían trascurrido años, pero apenas se trataba de unos días. Barrió con la linterna cada centímetro de la húmeda pared del zulo. En una esquina, un par de bandejas de supermercado. En el otro extremo una piedras y lo que parecía un tronco de un árbol.

Separó ambos de la pared.

De la bolsa, aconsejado por don Jesús, sacó una espátula y lo más parecido que pudo encontrar a una palanqueta, una barra de hierro de punta plana.

“ *Te vendrá bien para separarlas de la pared. No te costará, la humedad habrá hecho su trabajo* ”

Una vez más el abuelo llevaba razón.

Sin dificultad logró separar la primera piedra. Era de forma rectangular, como un ladrillo grande.

Una suave corriente golpeó en su rostro.

En total, seis piedras cuadradas.

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo una hoja doblada en la que el abuelo de Genaro había trazado un plano de lo que le aguardaba al otro lado de la pared. Lo iluminó con la linterna. El trazo nervioso asemejaba las ramas de un pequeño árbol.

Había llegado el momento de decidir qué camino seguir. Antes de tomar una decisión volvió a plantease si salir de allí, compartir con el comisario Redondo la información que le habían aportado Genaro y su abuelo y regresar con el *Séptimo de Caballería* .

Las dudas le duraron los mismos tres segundos que en la anterior ocasión que se lo planteó apenas una hora antes. Podía haber confiado al comisario sus sospechas sobre Anuca, pero si por algún motivo lograba escapar, la vida de su compañera podría peligrar. Por el mismo motivo no quería que sus compañeros llenaran el monte de sirenas y luces empujando al individuo que retenía a María a huir sin dejar testigos.

Diego Olivares accedió por el hueco al oscuro pasillo.

37

Anuca permaneció unos instantes mirando al hombre que portaba una maleta en la mano, esforzándose por ejecutar un rápido análisis de la presencia de ese individuo en su casa, justo en esos precisos instantes. Sin duda era la primera vez que lo veía.

—¿Boris, dices? —su tono mostraba la extrañeza que le sugería el nombre.

La falta de costumbre a la hora de utilizar ese nombre, o quizá una alerta interna que saltó al oírlo le puso en guardia.

—Sí, Boris, soy Tomás, un amigo suyo de… de años atrás.

Anuca no iba a dar la más mínima pista que le llevara al desconocido siquiera a intuir que conocía a alguien con ese nombre.

—¿Eres Anuca?

La aludida se relajó un poco. Sólo un poco.

Asintió al tiempo que balbuceaba:

—Sí…

El rostro de Tomás mostró una sonrisa.

—Ya me dijo que le llamas Víctor. A mí me gusta más que Boris, parece un nombre tan sospechoso —guiñó un ojo a la mujer que permanecía impasible.

"¿Tomás?"

Sí, comenzaba a situar a ese individuo en alguna vieja conversación mantenida con Víctor.

"Escapamos juntos…"

—Hace años que no lo veo, me dijo que cuando pasara por Cantabria le hiciera una visita, que no habría problemas de habitación porque vivía en una fonda con una mujer encantadora —de nuevo la misma sonrisa en su rostro. Una sonrisa de complicada interpretación.

—Es temporada baja y estamos cerrados… —mantuvo silencio y la mirada en el individuo durante un par de eternos segundos—, pero un amigo de Víctor siempre es bienvenido —mintió, se hizo a un lado, le dedicó una mueca torcida y lo dejó pasar.

"¿A qué coño has venido?"

Tomás accedió al interior de la fonda y dejó la maleta en el suelo.

—¿Entonces, no está?

Anuca dibujó en su rostro un esbozo de sonrisa y negó con la cabeza al tiempo que se frotaba las manos.

—No, está trabajando.

El correo electrónico que Tomás recibió la pasada semana le invitaba a presentarse en Comillas. Su viejo amigo y compañero de escapada de prisión le proponía un asunto:

“Estoy saliendo con una loca y ha llegado el momento de poner fin a la situación. Si te lo estás preguntando no basta con un hemos terminado, ella no lo aceptará. Ni yo tampoco. Han sucedido una serie de cosas en estos años que impiden una separación por las buenas.

Sólo tengo dos opciones, o me largo, y seguramente la policía me seguirá a dónde vaya gracias a lo que Anuca diga de mí, o pienso algo para que desaparezca ella y me quede con la fonda, que vendo después. Te necesito para que el plan salga bien, como el de nuestra huida Remetinec ”

La contestación de Tomás no se hizo esperar:

“ *Cuenta conmigo, Boris. Estoy deseando conocer a esa loca. Lo de la fonda no tiene mala pinta* ”

A los dos días recibió respuesta:

“ *Es toda tuya, pero te aviso, ten cuidado, que no te confunda su sonrisa. En unos días te doy más detalles* ”

El único problema es que Tomás se había presentado antes de tiempo y que los acontecimientos se habían precipitado.

Dato que el recién llegado desconocía.

—¿No te ha hablado de mí?

—No habla mucho de sus asuntos —apuntó Anuca mientras buscaba desesperadamente una forma de convertir en útil la presencia del amigo de Víctor—. No pareces extranjero, como él.

—Porque no lo soy. Soy español de pura cepa— una boba sonrisa se perfiló en su rostro.

—Eso me parecía.

Ante la ausencia de una indicación de la propietaria para que tomara asiento, optó por servirse él mismo.

—No te importa, ¿verdad? —sin aguardar respuesta se dejó caer en el sofá—. Estoy agotado, ha sido un largo viaje. ¿Cómo está mi buen amigo?

“¿Buen amigo?”

—Bien, no creo que haya cambiado mucho desde que os

conocisteis, ¿un café? —necesitaba ganar tiempo a pesar de que no disponía de él. No veía el momento de ir a Monte Corona para poner fin a esta etapa de su puñetera vida.

“Anita tendrá que esperar”

No renunciaba a una niña aunque tuviera que aguardar un tiempo.

Tenía todo preparado. Luisín y Mateo en casa de su amiga Montse. Dos pequeños bidones de gasolina y varias mechas de cuerda. Una pistola y unas incontrolables ganas de echar a Víctor fuera de su vida.

—Sí, gracias. Si le puedes añadir unas tostadas o algo parecido me sentaría muy bien, no he comido y…

—Por supuesto.

Anuca se perdió por la puerta de la cocina.

Tomás se incorporó del sofá en cuanto perdió de vista el sinuoso movimiento de la figura de la mujer. A paso lento alcanzó la cocina. Situado bajo el quicio de la puerta con el hombro apoyado en el marco, sacó del bolsillo de la cazadora un palillo de dientes que llevó a los labios.

“Vaya culo…”

—Me extrañaba que Boris llevase tanto tiempo en el mismo lugar, aunque viéndote a ti… lo comprendo perfectamente— del mismo bolsillo cogió una pequeña bolsa— ¿Fumas? ¿te apetece un *mariachi* ?

Anuca lo había oído llegar, pero optó por permanecer en silencio. Enchufó la cafetera ya cargada de agua y café.

—¿Un qué?

—¿No te has fumado *mariachis* con Boris? ¡Venga ya! Es un canuto de hierba y hachís, ¿no? —negó con vehemencia mientras liaba con calma.

El comentario de Tomás había propulsado a Anuca de forma brusca al pasado. No a un pasado olvidado. Nunca olvidaría el día que le dio al chico malo del *insti* su merecido, pero sí a un pasado, ya pasado.

Distribuyó las tazas en una bandeja y colocó un par de rebanadas en el tostador al tiempo que comenzó a sentir peligrosamente cerca el aliento del recién llegado.

—Toma una caladita…

La intención de Anuca no pasaba en modo alguno por confraternizar con Tomás, pero no veía otra salida. No podía permanecer por más tiempo en la casa si quería terminar con todo. Además, el compañero de la inspectora podía regresar en cualquier momento.

—Vale, pero sólo una que hace mucho que no fumo —tras dar una calada le devolvió el canuto con la mejor de sus sonrisas en la boca.

Tomás recordó las palabras de su amigo.

No todas, sólo algunas de la frase. Las que más deseaba escuchar en ese momento.

“Es toda tuya, te aviso… su sonrisa.”

Olvidó la parte principal:

“ *Ten cuidado, que no te confunda… su sonrisa* ”

Quizá sí recordaba la frase entera, pero no vio peligro en esa mujer, con esas curvas tan explosivas y esa sonrisa como ninguna otra.

“¿De qué habría de tener cuidado? Eres un blando, Boris”

Tomás le volvió a ofrecer el canuto a Anuca.

Ella estaba de espaldas frente al tostador dando la vuelta a las dos rebanadas. La mano de Tomás por su derecha con el porro entre el dedo pulgar y el índice.

Ella lo coge.

Él aprovecha el momento para lamer su cuello y rodearla con sus brazos.

Ella, bueno, ella ya no estaba allí. Se hallaba en la habitación de Teo con todo lo que ello implicaba de odio extremo.

Él, bueno, él sí que estaba allí, frotando su entrepierna contra ese maravilloso culo.

Todo sucedió como si alguien hubiera acelerado la película de la vida de Anuca y Tomás.

Ella aplastó el canuto en el dorso de la mano que la asía por la cintura.

Él gritó al tiempo que se llevaba la mano a la boca.

—¡¿Qué cojones haces?! ¡Con razón decía Boris que salía con una puta loca! —escupió cada sílaba con una mirada preñada de rabia.

Ella no necesitaba más.

Al sentir que la inundaba esa fuerza incontrolable que no sabía, ni quería detener, se giró veloz. Entre sus manos el tostador con las resistencias al rojo. Tras un movimiento veloz de su muñeca, impulsada por el brazo como un seco latigazo, se escuchó al impactar contra el rostro de Tomás un chisporroteo que no presagiaba nada bueno.

Del ambiente se apoderó un olor a quemado.

A piel abrasada.

Él, no lo vio llegar tan pendiente como estaba de la quemadura en el dorso de la mano. En cuanto levantó la cabeza ya era tarde. Muy tarde. El alarido que partió de su boca fue inhumano. El ojo derecho había reventado a la vez que encogido como si de un globo de agua se tratara. Varias marcas oscuras y paralelas surcaban su cara de lado a lado.

—¡Hija de puta! —lanzó un puño al aire que no dio de lleno en Anuca, apenas rozó su hombro, pero fue suficiente para hacerla trastabillar y caer al suelo golpeándose la cabeza contra el mueble de cocina.

Él, no dejaba de gritar.

Ella, no podía permitirlo. Se puso en pie.

Tomás, al ver que la *hijaputa* se marchaba, eso creyó, la cogió de un brazo y tiró. De un brutal empujón la empotró contra la encimera. Sus manos se enrollaron en el cuello de la mujer como una serpiente en su presa. A cada segundo la presión aumentaba más y más.

Y más...

Anuca lo tenía claro, tenía que evitar que siguiera gritando, y, lo más importante, necesitaba seguir viviendo si quería continuar adelante con su plan.

Él abrió los ojos exageradamente. Por última vez.

Ella clavó, primero, y retorció, después, el cuchillo entre las costillas de su agresor partiendo en dos mitades su corazón. Dejó caer a Tomás al suelo y lo miró fijamente mientras recuperaba el aliento.

Se lavó las manos. Antes de salir de la cocina escupió sobre el cadáver. Había llegado la hora de ir de una maldita vez a Monte Corona.

38

Diego se incorporó en el interior del túnel iluminando el techo. No podía caminar totalmente erguido. Enfocó el plano del abuelo de Genaro. Si todo permanecía como en tiempos de la Guerra Civil y la posguerra debería encontrar cuatro almacenes en los siguientes doscientos metros. Dos a la derecha y dos a la izquierda. El otro sentido de la galería conducía a la vieja mina.

Avanzaba despacio iluminando las paredes de ambos lados a la altura del suelo. A pesar de la humedad reinante sentía un calor pegajoso acompañado de un traqueteo insistente en el pecho.

A unos cinco metros localizó lo que parecía ser un escalón en la pared.

“ Las piedras que usamos para simular el hueco pueden estar o no en su sitio, pero lo que es seguro es que no estarán perfectamente alineadas con la pared. Crearán alguna sombra ”

Las palabras de don Jesús se cumplieron a la perfección. Antes de comenzar a rasgar con la palanqueta alrededor del encaje de la primera de las piedras con el muro, tomó aire, escuchó con atención el profundo silencio y pegó la oreja a la pared.

Parecía el único individuo en el túnel.

“Vamos allá…”

El cuerpo le pedía que actuara con rapidez, que no había tiempo que perder, quizá María no lo estuviese pasando nada bien en esos precisos momentos.

Si seguía con vida.

Sin embargo, la razón le pedía calma si quería localizar a su compañera y traerla de vuelta a casa.

Si seguía con vida.

—Aguanta compañera… —siseó.

“ No son muros anchos, no debería llevarte mucho tiempo retirar las piedras ”

Una vez más el abuelo de Genaro llevaba razón.

La primera se hizo de rogar un poco. Del otro lado de la pared

partió una brisa concentrada, pegajosa, pútrida, difícil de respirar. La segunda, algo menos, se ayudó con la mano. Cada ocasión que la palanqueta o la espátula rasgaban la pared, contenía la respiración, se le antojaba como un ruido ensordecedor.

Ras ras ras.

Ras ras ras.

No debía dejarse llevar por la ansiedad, por las prisas, por la falta de tiempo. No, no debía, pero la ansiedad, las prisas y la falta de tiempo no se dejaban controlar tan fácilmente.

Contuvo la respiración mientras extraía las dos piedras restantes. El hedor irrespirable que partía del interior presagiaba la peor de las sospechas. Multitud de cucarachas saltaron por el agujero de la pared como huyendo enloquecidas.

No, el fétido olor no era debido a la escasa ventilación de la estancia.

Introdujo la linterna, contaba con encontrar un obstáculo que tapara las piedras desde el interior, como el que había en el zulo.

No encontró nada.

Excepto oscuridad.

De frente, iluminó un par de catres y algo que…

—¡Dios!

Ese algo se encontraba sobre cada camastro. A simple vista y quizá debido a las oscilantes sombras generadas por el haz de luz de la linterna al dar vida a todo aquello con lo que chocaba, junto con un poco de imaginación, le empujó a creer que había un esqueleto sobre cada catre.

Lo primero que hizo su mente fue intentar demostrarle que ninguno podía ser el de su compañera, puesto que no llevaba más de dos días desaparecida.

Sintió algo parecido a un alivio… intenso.

Sintió algo parecido a la culpa… no tan intensa.

Se obligó a tranquilizarse y dejar pasar unos minutos por si el constante *ras ras ras* hubiese alertado a alguien de su presencia. Iluminó el plano de don Jesús y lo estudió una vez más. Los dos almacenes que daban a la pared de la izquierda, unas decenas de metros más adelante, debían contar con una salida al exterior, pero no estaban comunicados entre ellos. Don Jesús no lo recordaba bien:

"—Quizá fuesen los de la derecha los que no están comunicados—quedó en silencio unos largos segundos mientras hacía visibles esfuerzos por recordar. Su rostro reflejaba la angustia y el desazón que le embargaban.

—Tranquilo, no se preocupe, tómese su tiempo.

—Maldita cabeza… —se propinó sendos golpes con las manos en la frente.

—Abuelo, no…

—Don Jesús, dígame una cosa. Si tuviera que localizar los almacenes que están comunicados, ¿por cuál de los dos lados del túnel empezaría?

El hombre mayor llevó la mirada al infinito, a sus lejanos recuerdos. El semblante ausente. De pronto, regresó. Cogió el plano que había trazado y señaló con el dedo firme y nudoso atacado por la artrosis.

—Por este lado. “

Diego recuerda que estuvo cerca de preguntar que si estaba seguro. También recuerda que apretó con suavidad el antebrazo de Genaro que parecía dispuesto a realizar una consulta similar.

Con la espalda apoyada en la pared, el plano entre las piernas, el recuerdo de la mirada concentrada del abuelo y su dedo posado con firmeza sobre el trazo que representaba el lado derecho del túnel, justo donde se encontraba, asintió. La decisión estaba tomada.

“Vamos allá, don Jesús…”

Introdujo la bolsa por el agujero, a continuación la cabeza, el tronco y lentamente el cuerpo. El suelo era una masa espesa, que se aplastaba a su paso. En pie reprimió las ganas de vomitar.

Enfocó un catre.

“¡Joder!”

Un esqueleto que aún mantenía la mordaza sobre la boca, manos y pies atados parecía implorar al cielo.

Luego el otro.

La escena era diferente, no por ello más llevadera. No estaba descompuesto del todo. Los gusanos festejaban el banquete que se estaban dando. El rostro de la mujer reflejaba un pánico atroz. Sin duda, fue la última inquilina de esta celda.

“Cuando la trajeron aquí la otra mujer ya estaría muerta…”

En momentos como este, gracias a Dios no eran algo común en el día a día del inspector, se preguntaba qué podía llevar al ser humano a comportarse así con otro ser humano. No, no le valían las excusas de una infancia cruel con padres abusadores.

Al ver los cadáveres pasaron por su cabeza los nombres de las dos mujeres identificadas por los restos biológicos hallados en el primer zulo; la prima de la forense; Visi Cobo y Jimena Díez.

De pronto pareció escuchar algo.

Localizó la puerta con la linterna, acercó la oreja lo más que pudo sin atreverse a posarla sobre ella.

“¿Voces?”

“¿Golpes?”

Su corazón comenzó a galopar enfurecido.

Negó a su creencia inicial, quizá era lo que quería escuchar. Aguantó la respiración y concentró todo su ser en los oídos.

Sí, podrían ser voces, pero también podría tratarse de otro motivo, quizá el viento en algún lugar o…

“Ojalá don Jesús esté en lo cierto”

Si fuese así, al otro lado de la puerta debería haber un pasillo que llevara a otros almacenes o celdas. La dirección contraria del pasillo conectaba con el túnel de la mina, ya sellado por los propios *maquis* .

Echó un vistazo a la vieja cerradura, traía las herramientas necesarias para desmontarla si fuese necesario. El problema vendría si en el lado contrario había algún candado, cerrojo o similar que impidiera su apertura. Apagó la linterna, asió el pomo de la puerta con una mano y tiró despacio, lenta, muy lentamente.

De pronto, se detuvo.

Una tenue luminosidad se recortó en la pequeña rendija que había abierto. Tan escasa era la luz que apenas se distinguía en la oscuridad. Lo que realmente atrajo la atención del inspector fue la oscilante claridad de la pared del pasillo y la sensación de que esa claridad se hacía más patente con el paso de los segundos.

La típica luminosidad generada por un vela.

En este caso se trataba de dos.

Las que Boris portaba en su mano.

“¿Viene alguien?”

Diego cerró rezando para que las oxidadas bisagras se mantuvieran dormidas. Dio dos zancadas para ubicarse en el extremo opuesto a la apertura de la puerta, y otras dos más para situarse en posición de ataque.

“Seas quien seas… entra”

“Te necesito vivo”

Poco a poco una tenue luz comienza a recortar el marco de la puerta. En la parte inferior se aprecian con claridad dos pequeñas sombras paralelas.

“Ven, hijo de puta…”

La tensión estaba consiguiendo que el inspector se olvidara del hedor reinante y sus arcadas.

La puerta comenzó a abrirse con desesperante lentitud. Diego llevó la mirada al lugar por el que había accedido, las piedras estaban en el exterior. Su lugar lo ocupaba la negrura, pero no tan oscura como el resto de la estancia. Apuntó con su *HK USP Compact* , pulso firme, corazón martilleando el pecho sin compasión.

“Entra… dame un motivo, sólo uno…”

La puerta se abrió un poco más. Un cono de luz iluminó torpemente la habitación. Las sombras que bailaban sobre el rostro putrefacto de

uno de los cadáveres parecían hacerle cobrar vida.

El inspector sujetó con firmeza el arma.

Desde su posición solo podía ver parte de un brazo que parecía sostener dos velas o candiles. La escena no varió durante el siguiente medio minuto.

Diego escuchó un ruido lejano, como una campana, o un timbre, seguido de algo parecido a una exclamación y la puerta se cerró con brusquedad. Lamentaba no haberse dejado llevar por su instinto que le pedía a gritos abalanzarse contra el propietario del brazo que sostenía las velas. Desconocer dónde y en qué estado se encontraba su compañera, sobre todo, ignorar si había más de una persona con ella le convenció de aguardar una mejor oportunidad.

Anuca había aparcado a no más de treinta metros del coche en el que habían llegado a Monte Corona, Diego, Genaro y don Jesús. Detalle que desconocía. Todavía le poseía el ataque de adrenalina que le generó el encuentro con Tomás. Estaba enfadada, más que eso, cabreada, muy cabreada. La actitud del amigo de Víctor le indicaba que este le había dado plenos poderes para violarla si lo consideraba oportuno.

Cogió el teléfono móvil y llamó al causante de su monumental cabreo. No fue hasta el segundo intento, lo que tardó Víctor en regresar a la zona principal de almacén, cuando contestaron.

—¡¿Quién coño es Tomás?! ¡¿Cómo te atreves a decirle que se presente en mi casa? —hizo especial hincapié en *mi* .

Víctor separó el móvil de la oreja y apretó los labios. Su amigo no tenía que haber llegado todavía.

—Te hablé de él.

—Ya estás viniendo y le dices que se vaya.

—Pásamelo.

—No, no te voy a pasar con él, ven y dile que se vaya —colgó y bajó del coche. Llevaba la pistola con ella, los bidones de gasolina en el maletero.

Agazapada a escasos metros del acceso a la trampilla, sostenía la pistola con el silenciador ajustado. Regalo y entrenamiento del que confiaba se sumase a su listado de víctimas particular. Se sentía eufórica, había matado al gilipollas de Tomás y en cuanto Víctor saliera le vaciaría el cargador en las pelotas.

Cinco minutos.

Diez.

El frío envuelto en humedad comienza a afectar a Anuca.

Quince minutos.

Su inicial monumental cabreo era una amable regañina comparado

con el furor que se estaba agarrando a cada centímetro de su cuerpo, tan pegado como la humedad reinante.

—No te vas a reír de mí… —susurró.

Si Víctor se hubiera asomado, después de disfrutar de su muerte, hubiese entrado en el almacén y puesto fin a la vida de Leyre y de María, si no le habían adelantado el trabajo.

Pero el muy cabrón no salió.

La siguiente versión del plan era bastante más aparatosa que la primera y atraería la atención de todo aquel que se hallara en varios kilómetros a la redonda. Regresó al coche, del maletero cogió los dos bidones de gasolina. En su cabeza el recuerdo del pánico que el fuego genera en Víctor, cuando no lo origina él. Resoplando se detuvo a unos diez metros de la trampilla.

De repente, todo se precipitó.

Una sucesión de ruidos sordos, como petardos.

"¿Disparos…?"

Voces airadas.

Anuca miró a un lado y a otro. No parecía haber nadie más que ella. Al que asomara por la trampilla le volaría la tapa de los sesos, fuese quien fuese. Después, vaciaría los bidones desde la propia trampilla y prendería fuego.

Silencio.

Nadie salía.

"¿Qué coño pasa?"

Comenzaba a dudar entre seguir aguardando o marcharse de allí cuanto antes.

Las lejanas, pero más que reconocibles sirenas de la policía la invitaban a inclinarse por la segunda alternativa. No parecía muy dispuesta a aceptar dicha invitación.

Cogió un bidón.

"Al menos uno"

"Nadie me va a decir a mí lo que puedo o no puedo hacer: Quien esté dentro, si queda alguien, deseará haber muerto"

Boris, sí, definitivamente volvía a ser Boris, lanzó el teléfono móvil contra la pared, enfurecido, rabioso, y con ganas de hacer daño, mucho daño. Había llegado el momento de recuperar su puta vida. Cogió la pistola que descansaba junto a la cafetera, se mordió el labio inferior con fuerza y se encaminó hacia la celda de Leyre marcando cada paso con fuerza. Propinó una certera patada a la puerta que arrancó el marco de la pared.

Leyre se hallaba en el catre. Las piernas recogidas. El portazo le

hizo levantar el rostro.

Su último gesto.

Una bala le entró por la frente.

Boris no dedicó más que el tiempo necesario a su víctima para comprobar si permanecía con vida.

—¡¡Jódete!!

No, no se refería al cadáver de Leyre, al que miraba con vivo odio y en quien apenas reparaba. En su cabeza estaba la imagen de Anuca. Sus gritos, sus órdenes, sus malos modos, sus putas locuras.

Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos en busca de la inspectora.

Eso pretendía.

El primer puñetazo le pilló desprevenido. Podía esperar cualquier cosa menos esa. El segundo le impactó en el rostro y lo lanzó de nuevo al interior de la habitación de Leyre. Le llevó algunos segundos comprender qué cojones estaba pasando y quién coño le estaba golpeando de esa forma tan brutal.

La inspectora no podía ser.

Se lanzó cuan largo era contra la sombra que se recortaba bajo el quicio de la puerta. Se escuchó el crujir de al menos un hueso, probablemente alguno más. Miró en torno, localizó su pistola en el suelo, apuntó y disparó.

La bala le entró a Diego rozando el pulmón derecho.

—Vaya, ya estáis aquí, ¿por dónde cojones has entrado?, ¿eh? —acompañó la pregunta de una certera patada en las costillas.

De fondo un sonido metálico, de…

—Llegó la hora de la inspectora.

Cuando Diego escuchó a quien hubiese al otro lado del pasillo hablar y después un sonido de algo que caía al suelo, seguido de pasos acelerados, salió de la celda en la que estaba escondido.

Recorrió el pasillo acompañado por los estrepitosos latidos de su corazón. Al fondo creyó distinguir una figura que se perdía a la derecha. Cruzó con precaución ante la celda que ocupaba María.

Se miraron.

Ella abrió los ojos como platos.

Él llevó su dedo índice a los labios y señaló al fondo del pasillo.

Ella asintió.

Él desapareció.

Lo siguiente que escuchó María fue un disparo. Segundos después lo que parecía una pelea.

Otro disparo.

La inspectora permanecía con la mirada en la puerta agitando los brazos en un inútil esfuerzo por arrancar la cadena de la pared que sujeta los grilletes. Hasta sus oídos llegaban nítidamente los pasos de alguien acercándose.

Confiaba en ver a su compañero entrando sonriente en la estancia.

—Sólo quedamos tú y yo —afirmó Boris—. Me gustaría dedicarte mucho tiempo, te mereces eso y más, pero se me ha acabado —paso a paso se acercó hasta el borde del catre. En su rostro una estúpida mueca de triunfo rodeando unos labios partidos de los que manaba un hilillo de sangre.

María estaba entregada. Sin duda, Diego había muerto. Quién les iba a decir que lo harían el mismo día y casi a la misma hora.

Boris leyó el pensamiento de la inspectora.

—Si te lo estás preguntando, tu compañero está muerto. Ha llegado el momento de disfrutar. Mi momento.

Se quitó el cinturón, enlazó un tobillo de la inspectora con la intención de atarla a la cama, pero lo primero que se llevó fue una patada en pleno rostro que le hizo saltar dos dientes y ponerle de mala leche.

De muy mala leche.

—Hija de puta… —balbuceó deslizando el dorso de la mano por la dolorida boca.

Alzó el puño y lo descargó en el mentón de la inspectora.

—Al menos así ya no darás más problemas —susurró a la inconsciente policía.

Cinco minutos después todo se hallaba conforme a sus deseos. María con las piernas separadas, los tobillos sujetos a las patas del catre con sendos cinturones. Uno de ellos cedido amablemente por la inspectora. La boca sellada con cinta. Le desabrochó el botón de los pantalones y poco a poco se los fue bajando.

—Bonitas bragas…

Hizo lo propio con los suyos, los dejó caer al suelo.

Lo siguiente, arrancar los botones de la blusa y tirar del sujetador, necesitaba como el respirar disfrutar de los pechos de esa mujer policía a la que veía entregada a él.

Situó una mano a cada lado de la blusa y tiró con fuerza.

María, comenzó a despertar.

Boris, arrancó el sujetador.

María, abrió los ojos.

—Bien, bien, que no te pierdas nada… —dijo mientras se acercaba a sus pechos con la lengua fuera y bajaba la mano a sus muslos—. Eres mía…

A veces todo parece que nos sonríe, que nada puede suceder que ponga fin a nuestros momentos de felicidad, que ya nos toca disfrutar.

Lo parece.

Boris apenas llegó a saber qué pasó realmente. Qué le impidió siquiera deslizar su lengua por los pezones de la mujer.

Sí, escuchó un ruido a su espalda. Ruido que a estas alturas poco o nada le importaba. Estaba solo, de eso no había duda.

Sí, escuchó una voz, una orden.

—Déjala, cabrón. ¡¡Levántate!!

Estaba harto de órdenes.

Boris llevó la mirada a sus pies, al lugar que había dejado la pistola. Estiró el brazo, la asió y se giró con velocidad inusitada.

Eso creyó.

La primera bala le entró por su ojo derecho. La segunda, le atravesó el cerebro. La tercera le partió el esternón. La cuarta se alojó en su estómago. La quinta reventó su corazón.

Genaro dejó de disparar, pero no de apuntar. Deseaba vaciar del todo el cargador en el cuerpo de aquel hijo de la grandísima puta.

Lejos, muy lejos, el sonido familiar y relajante de las sirenas de la policía.

Epílogo

“ Tiroteo en Monte Corona.

Como hemos venido informando en los últimos días el llamado Destripador de Monte Corona ha tenido en jaque a las fuerzas de seguridad de Cantabria. En una combinación perfecta entre Policía Nacional, Guardia Civil, y Policía Local de Comillas se ha puesto punto y final a los crímenes de los más crueles asesinos en serie que han azotado esta zona...”

“...Boris Bacic y Anna Montesa se escondían tras los hilos del siniestro personaje como si de una sangrienta y espeluznante marioneta se tratara. Bacic, natural de Croacia, buscado por la INTERPOL con un extenso historial de asesinatos a sus espaldas. Montesa, española, nacida en Madrid. El destino ideó su fatal unión en la localidad de Comillas...”

“Se localizaron antiguos y desconocidos subterráneos en Monte Corona, ubicados entre las ermitas de San Antonio y San Esteban, que datan de la Guerra Civil, se cree que fueron construidos por los maquis. Gracias a la colaboración, de la que ya informaremos en días sucesivos, se pudo acceder a…”

“...en una de las dependencias dedicadas a almacenar armas, víveres y servir de refugio de los huidos al monte, la policía llevó a cabo el macabro hallazgo de los cadáveres de Jimena Díez, vecina de León y Visitación Cobo, sobrina de la forense del Instituto de Medicina Legal de Santander, doña Claudia Cobo. Se cree que puede haber más...”

“…esta profesión te une a personas desconocidas para el gran público que sufren en sus carnes los pormenores de la investigación y que dan su vida...”

—Menuda cara tienes.

—Por lo menos tengo cara —señaló María. Intentó dibujar una sonrisa entre tanto hinchazón y moratones con escaso éxito. Apenas podía mantener un ojo abierto— ¿Cómo te encuentras?

Diego miró a su compañera.

—Deseando salir de aquí de una vez —intentó incorporarse de la cama, varios millares de alfileres pinchando su pecho se lo impidieron.

—No seas cabezota, hombre.

Los dos inspectores se quedaron mirándose el uno al otro, en silencio. Quizá no había nada más que añadir, o quizá lo que necesitaban era hablar largo y tendido.

—Lo siento, compañera. Siento no haber estado ahí como debía y…

La mano de María le tapó la boca.

—Estuviste, gracias a ti, a tus intuiciones llegasteis a tiempo.

—A nuestras intuiciones.

—Como nos oiga el jefe, nos manda a la calle.

La puerta del dormitorio se abrió dando paso al héroe del que todos hablaban. Genaro entraba acompañado de su abuelo.

—No queremos molestar, si no es buen momento…

Diego y María observaron a las dos personas a las que debían sus vidas. En sus rostros la mejor de sus sonrisas.

—Nunca molestáis, ni aunque os lo propusierais —señaló la inspectora.

—Pasad, por favor. Don Jesús, no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

El abuelo de Genaro miró a su nieto, esbozó una sonrisa tímida.

—¿Qué hacemos aquí, Genaro? ¿Es un hospital? ¿Estos señores?

El agente de la Policía Local de Comillas rodeó a su abuelo por los hombros, lo besó en la cabeza.

—Son amigos, abuelo, ya nos vamos.

—Vaya, ¿qué les ha pasado?

—Luego te lo cuento, ¿no tenías hambre? —dijo mientras se despedía de los inspectores con la mano en alto.

—La verdad que sí que tengo hambre. Me tomaría un cocido de esos de…

—¿De berza?

—Eso es, de berza.

María y Diego se quedaron mirando a la pareja mientras salían de la habitación.

—Es un gran chico.

—Lo sé.

—Lo tienes enamorado —Diego acompañó la afirmación con una mueca sonriente.

—Y dale con…

Suaves golpes en la puerta.

Un par de segundos después entró una mujer de rostro afectado, profundas ojeras. Dedos entrelazados.

—¿Algún día sabrá don Jesús que gracias a sus recuerdos, a sus planos, salvó la vida de mi pequeña Leyre?

De los ojos de la mujer resbalaron unas lágrimas. Desconocía que se pudieran generar tantas durante tanto tiempo. Había perdido una hija, pero la vida le había entregado una nieta a la que de momento sólo

podía ver a través de los cristales de la incubadora.

—Ojalá, aunque sólo fuese por un instante, pudiera ser consciente de ello y de que ha sacado a una pareja cruel de la circulación —apuntó María.

—Que ella se pudra en la cárcel, no merece vivir… —calló unos segundos—. Él gracias a Dios ya no puede hacer más daño. Sé que no se deben decir estas cosas, pero no creo que jamás pueda perdonarles.

La madre de Leyre avanzó hasta María.

—Gracias, gracias a los dos, ¿puedo darle un…? —pidió con los brazos en cruz.

—Pues claro, Marta...

Si Anuca hubiese sabido que Leyre traía a su deseada Anita en su vientre...

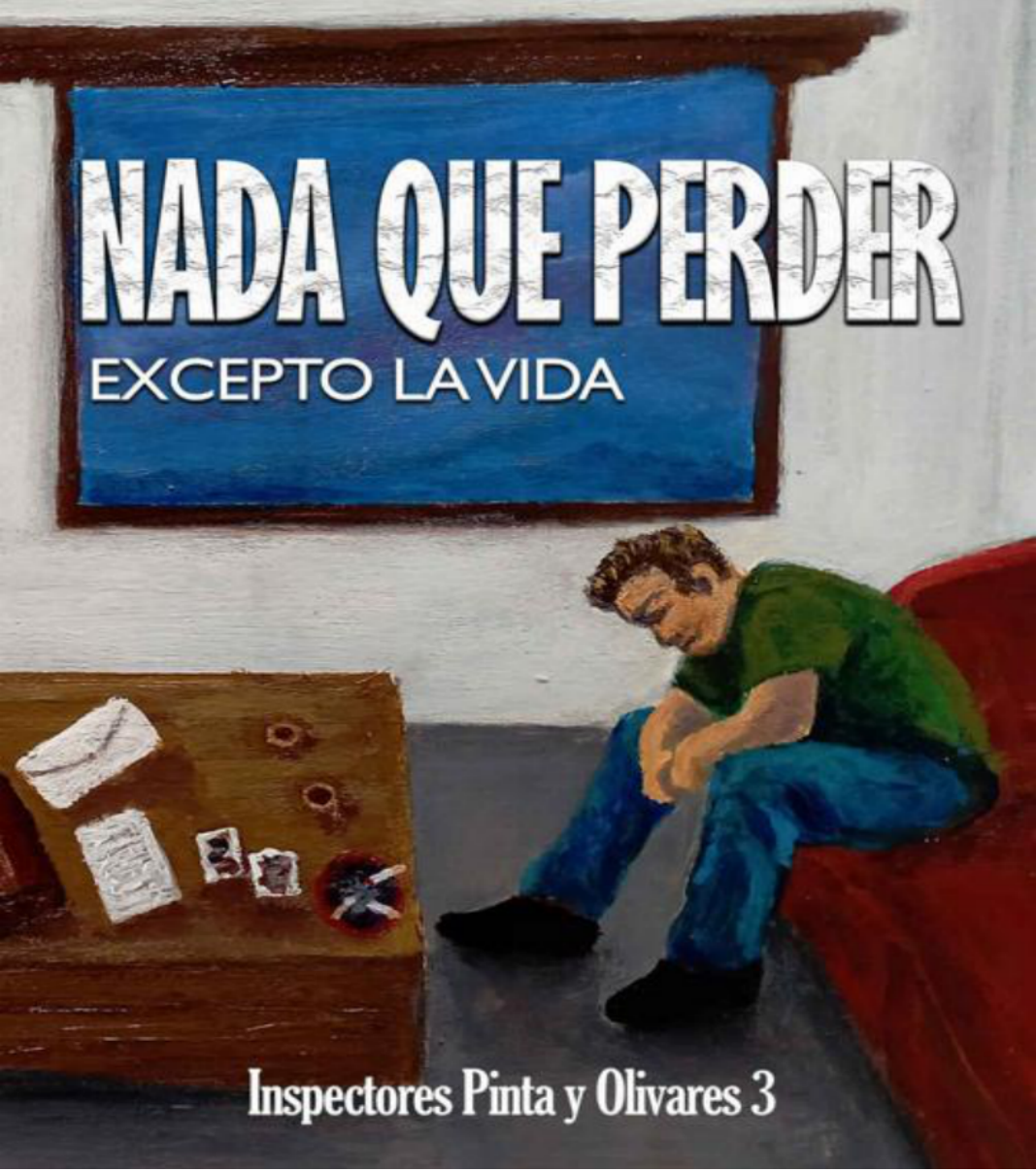
“Al salir por la puerta hacia la libertad supe que si no dejaba atrás toda la ira, el odio y el resentimiento seguiría siendo un prisionero”

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, por vuestro tiempo.
Os dejo el enlace a mi blog para que podáis ver otros títulos.
https://comillas61.wixsite.com/federicocorreagildeb

FEDERICO CORREA GIL DE BIEDMA

NADA QUE PERDER

EXCEPTO LA VIDA



Inspectores Pinta y Olivares 3

NADA QUE PERDER
EXCEPTO LA VIDA

Inspectores Pinta y Olivares 3

Federico Correa Gil de Biedma

Nada que perder, excepto la vida.

Autor: Federico Correa Gil de Biedma
Primera edición, noviembre de 2022
© 2022 Federico Correa Gil de Biedma
Registro Propiedad Intelectual: 00/2022/3998
ASIN: B0BKWHJXWG
Dibujo de portada: Elena De Quintana Rozadilla.
Maquetación portada. Autor y Elena De Quintana Rozadilla.
Edición: Amazon.
Contacto autor: federico-correa@hotmail.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, cualquier forma de reproducción, total o parcial de este libro, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin autorización por escrito del autor .

A Tino Cuadrado.

A mi madre, siempre.

“Debemos tener cuidado de no hacer del intelecto nuestro dios, es por supuesto un músculo poderoso,
pero no tiene personalidad”

Albert Einstein.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS
Prólogo
1
2
3
4
5 Fabio Carcelén Primer día en libertad
6 Sixto Noriega
7
8
9
10
11 Fabio Carcelén Segundo día en libertad
12 Sixto Noriega
13
14 Segundo día en libertad
15
16 Damián y Charly
17
18 Fabio Carcelén Tercer día en libertad
19
20 Remedios Palacio
21
22 Fabio Carcelén Cuarto día en libertad
23
24
25
26
27
28 Elia y Jorge Carcelén. Los hijos.
29
30 Fabio Carcelén Quinto día en libertad
31
32
33
34 Elia y Jorge Carcelén. Los hijos.
35 Fabio Carcelén Sexto día en libertad
36
37
38
39
40
41
42 Fabio Carcelén Séptimo día en libertad
43

AGRADECIMIENTOS

Mi experiencia me dice con cada novela que el simple hecho de terminarla, quizá no sea tan simple, ha sido posible gracias a un numeroso grupo de personas que, de alguna u otra forma, han contribuido a darle forma.

Las que se atrevieron a leer el manuscrito recién terminado aportando sus notas y correcciones. Las que preguntan constantemente por el estado de la novela ¿cómo vas? ¿te falta mucho? ¿cuándo la publicas? Las que me leen, mejor dicho, las que leen las historias de los personajes. Las que aportan sus nombres a la trama.

Entre ellas están mis hermanos Isabel, Antonio y Paz, mi familia y amigos. Esther Pintama, Tino Cuadrado, Bene y Montse, Chary Cuevas, Reme Llano, Lucía Alcolea, José Aguilar, Myriam Correa, Fernando Lacasa, Alberto Gutiérrez, Pedro González Sánchez, Elia Muñoz, Elena Mira, Beatriz Burgos. Begoña y Patricia Rumbao. Javier Estévez y Marta Cookman. Marisa Asensio. A Marta y Ana de papelería Dikar. A Isaac Gutiérrez de *Isaíto*.

A Aitor Alcorta, Jefe de Policía Local de Comillas y a Diego Municio, miembro de la Policía Nacional de Valladolid por instruirme en asuntos policiales.

Especial mención a Elena De Quintana, que aparte de cumplir con los requisitos mencionados, vuelve a diseñar la portada una vez más.

A Almudena Ruiz y a mis compañeras del Club de lectura de la Biblioteca Municipal de Comillas, sin olvidarme de mis dos compañeros.

A Comillas y a sus inseparables papardos.

A ti lector.

Gracias a todos.

Prólogo

La lluvia golpeaba con inusitada fuerza el parabrisas del Lexus RXL. Apenas se podía distinguir qué había unos pocos metros más adelante. El hombre asió con fuerza las manos sobre el volante.

Suspiró.

Sus ojos mostraban la firme determinación del que se cree a salvo. La mujer miraba a su derecha, observando el reflejo del hombre en la ventanilla. Sus ojos delataban una mezcla de ansiedad y euforia contenida. En el interior del vehículo sólo se escuchaban sus respiraciones y el suave, pero rápido, vaivén del limpiaparabrisas.

El tráfico, prácticamente inexistente. En la última hora no se habían cruzado con más de cinco coches. Siendo generosos.

Nadie les adelantó.

Siempre hay una primera vez.

El Lexus se deslizaba con suavidad sobre el firme encharcado, con suficiencia, con dominio de la situación. De repente, la mirada del hombre en el espejo retrovisor, el ceño contraído. Cuatro focos, difuminados por la intensa lluvia, se aproximan a gran velocidad. La mujer recoge su mirada de la ventanilla y la lleva a su compañero.

—¿Qué…? —sin formular una pregunta concreta se gira sobre su asiento.

Ambos quedan en silencio unos segundos.

Ella, vuelta hacia atrás, observando los dos puntos ambarinos como si se tratase de una pintura de acuarela. Él, sin perder detalle del retrovisor.

—¿Crees que…?

Como respuesta, el hombre ofrece un ligero bufido ininteligible. Niega levemente.

Los faros se aproximan.

El Lexus abandona el carril izquierdo de la autovía y se incorpora al de la derecha, el más lento. Reduce la velocidad.

—¿Qué haces?

—Dejar que nos pase.

La mujer vuelve a girarse al tiempo que hace un chasquido con los labios.

—No podemos estar pendientes de cada coche que nos vaya a adelantar, y ya te he dicho que no es posible que…

El hombre giró su rostro enfurecido. No estaba dispuesto a tratar un tema que ya habían dado por zanjado en más de una ocasión. Además, ella, no debía estar ahí.

—¡¿Que no es posible?! ¡Qué narices crees que hacemos aquí en…! —ladra vuelto hacia su acompañante.

—¡Cuidado! —la mujer señala al frente unos focos que han aparecido como de la nada.

El conductor aminora la velocidad, se pega al carril de la derecha.

—¡Qué coño hace ese…!

No pudo acabar la frase.

El golpe fue brutal.

El Lexus golpeó contra el quitamiedos de su derecha, lo saltó con agilidad, como si de un consumado atleta se tratara. Ofreció un macabro baile de vueltas de campana y dobles mortales en el aire, algunos con tirabuzón incluido, para caer al fondo del viaducto de Caranceja, con firmeza y dignidad, sobre las cuatro ruedas manteniendo a duras penas el equilibrio sobre una chapa abollada y retorcida.

Los faros ambarinos se detuvieron unas decenas de metros más adelante. La puerta del conductor se abre con lentitud. Un individuo abandona el vehículo, se sube el cuello de la gabardina, rodea su 4x4 abre el maletero y se hace con dos grandes bidones. Mira a un lado y a otro antes de descender por el terraplén hasta los restos del Lexus.

1

Han transcurrido tres meses desde la resolución del caso de "*El Guardián. Los crímenes de Monte Corona",* los inspectores María Pinta y Diego Olivares aún arrastran secuelas tanto físicas como psicológicas. Ambos se han incorporado pocas semanas atrás a sus puestos de trabajo en la Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

Las secuelas físicas no van más allá de alguna cicatriz. Las psicológicas las sufren en privado. Cierto que ambos visitaron al psicólogo de la policía para una necesaria evaluación con el fin de reincorporarse al trabajo, pero no es menos cierto que, aunque fueron dados de alta, aún permanecen rescoldos de su paso por Monte Corona.

—¿Cómo te sientes hoy?

María Pinta esboza una media sonrisa mientras toma asiento en el sofá habitual.

—Bien, aunque no sabría decirte con seguridad —ladea el rostro.

—Cuéntame.

La inspectora se echa hacia delante y asiente. No había sido fácil aceptar el constante empeño de su madre para que visitara de una vez al doctor Carrancio, médico psiquiatra y amigo de la familia.

—Tengo la sensación de que no sabré si lo he superado, o si seré capaz de manejarlo en condiciones, hasta que no me vea de nuevo en una situación similar, y…

—¿Y eso te asusta?

Pinta chasca los labios y niega lentamente al tiempo que con gesto mecánico se ajusta la coleta.

—Más que asustarme me intranquiliza. No puedo volver a quedarme paralizada por estar en un túnel o una cueva dejando a mi compañero expuesto.

El doctor Carrancio esboza una sonrisa regordeta y bonachona.

—Te aseguro que estás mucho mejor de lo que piensas, aunque comprendo lo que me dices —calla unos segundos—. Cerca de Comillas hay varias cuevas, ¿no?

Durante un par de segundos paciente y médico se observan en silencio, como valorando la implicación que lleva la pregunta que pretendía ser inocente.

—Estás preparada, María.

La inspectora desliza la palma de las manos por el rostro y sonríe. Es una sonrisa de ánimo para ella misma.

—Al menos estoy más preparada para enfrentarme a la maldita claustrofobia. Le confieso que el domingo cuando me quedé sola en casa me metí en un baúl enorme que hay en el sótano.

El doctor la observa interesado.

—¿Cómo fue?

María ofrece una sonrisa avergonzada.

—No tuvo mucho mérito, apagué la luz del sótano y me metí en el baúl con el móvil —niega varias veces.

—¿Por qué dices que no tuvo mérito?

Esta vez la sonrisa de la inspectora fue abierta.

—Porque me sentía a salvo con el teléfono. Sabía que en cualquier momento podía encender la linterna.

—No deja de ser un buen paso. No tengas prisa.

La inspectora se puso en pie.

—Ese es el problema, que tengo prisa. No puedo repetir una experiencia como la del viejo almacén de Monte Corona.

El doctor Carrancio imita a María, se incorpora, se ajusta los tirantes del pantalón, a los que su prominente tripa siempre está retando, y se acerca a la inspectora.

—Has dado un paso de gigante. Al ser consciente del trastorno ya no tiene poder sobre ti, no te da miedo. Ahora basta con que escuches a tu cuerpo para que, llegado el momento, apliques las técnicas de relajación que has aprendido.

María asiente no muy convencida.

—Confía en ti. Recuerda que es importante anticiparte.

El psiquiatra abre la puerta.

La inspectora mira al doctor.

—Una cosa es cierta, y es que ahora quiero superarlo, antes no me atrevía a enfrentarme a… a todo esto.

—Lo superarás, si no lo has hecho ya.

María abandona la consulta y sale a la calle más animada que cuando llegó.

Consulta el reloj.

“Las 20,30h”

Había salido de la comisaría un poco antes de lo habitual con la excusa de ir al dentista. Hasta que no sintiera que la claustrofobia era algo del pasado no hablaría con nadie de sus visitas al doctor Carrancio.

Con nadie, es eso, con nadie.

Sin haber propuesto ningún acuerdo con su compañero, Diego Olivares, en sus cinco sesiones con el psicólogo de la policía, ninguno habló de su ataque de claustrofobia en Monte Corona.

La inspectora sacó las llaves del coche y se subió a su Alfa Romeo Giulietta 2.0 Diesel de 150cv de color blanco.

2

El inspector Diego Olivares permanecía en pie, como si esperara a una cita que no termina de presentarse. Esta vez no había podido llegar antes y por eso se encontraba atisbando la entrada del portal.

Desde su posición podía distinguir la placa dorada que rezaba: *Doctor Carrancio. Médico psiquiatra, 2º*. La primera vez que su compañera salió antes de tiempo de la comisaría, no por la hora, sino por la excusa, no le dio mucha importancia. La segunda pensó que había conocido a alguien y no quería reconocerlo.

—¿Me lo vas a presentar?

—¿A quién? —quiso saber extrañada María, ya en pie.

—Con el que has quedado —en el rostro del inspector una fina sonrisa cómplice.

María niega con la cabeza al tiempo que frunce el entrecejo.

—No estaría mal, Diego, pero lamentablemente voy al dentista.

El inspector no insistió.

La tercera la siguió. No fue nada fácil porque tenía que esperar a que su compañera sacara el coche del aparcamiento de la comisaría y partir tras ella. Tuvo suerte y pudo seguirla a distancia.

Cuando la vio entrar en el portal y leyó la placa de la consulta del psiquiatra no le quedó ninguna duda. No se trataba de alguien que hubiera conocido y quisiera mantener en secreto.

Esta era la quinta vez que María se ausentaba. Si hubiese escogido otro pretexto quizá no habría sospechado, pero que la persona que conoce con la mejor e impecable dentadura vaya al dentista repetidamente no era normal. En esta ocasión no había podido ir tras ella, no le quedaba otra que hacer guardia frente al portal para ver si salía.

Sí, salió.

María cruzó la calle y se metió en su coche.

Diego se quedó mirando el Alfa Romeo de su compañera con una extraña sensación. Por un lado, no se sentía cómodo siguiéndola, invadiendo su intimidad. Por otro, sabía lo de su claustrofobia y

puesto que nada habían dicho al psicólogo de la policía, entendía que había preferido tratarse con alguien ajeno al cuerpo.

“Sólo quiero ayudar, María, pero si no me cuentas cómo vas…”

Lo único que podía hacer era mantenerse cerca y alerta. Abandonó su puesto de vigilancia y se encaminó hacia su coche haciendo giros con su hombro. Aún tenía alguna molestia de la última bala que le rozó el pulmón.

Dobló la esquina con las llaves en la mano y se detuvo en seco, sobresaltado. Una mujer de pelo castaño, coleta, ojos grandes y vivos, le observa con los brazos cruzados y mueca de aparente disgusto.

Diego no esperaba algo así, de la sorpresa casi se la caen las llaves al suelo.

—María… ¿Está tu dentista por aquí? —preguntó con torpeza.

La inspectora negó levemente al tiempo que trataba de disimular una sonrisa.

—Sabes que no, Diego, que no existe tal dentista, ¿te apetece tomar algo?

—Claro, pero antes dime una cosa, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Lo sé desde la primera vez, cuando al salir te vi hablando con una pareja que te preguntaba algo.

—No, esa fue la segunda.

—Serás…

3

La inspectora María Pinta sale del gimnasio, que ha instalado recientemente en el sótano de la vivienda familiar, con una toalla al cuello. Tras su experiencia en Monte Corona se ha jurado a sí misma que jamás, nadie, va a dominarla tan fácilmente. Sube las escaleras de dos en dos. Carmen está en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días, mamá —dice mientras le da un beso.

Sobre la mesa está *El Diario Montañés*. Una noticia de portada atrae su atención.

—¿Papá…? —pregunta distraída sin separar la mirada del periódico.

—Tu padre tenía mucha prisa. Se ha ido tan rápido que se ha dejado el periódico.

Carmen deja una taza repleta de leche con Cola Cao sobre la mesa, un plátano y dos tostadas con mantequilla.

—Tú sobrina es igual que tú, María. O la espabilo o llegará tarde —dice saliendo de la cocina.

María Pinta coge el periódico. Lee el titular:

"*El propietario de NORIEGA PROCONS denuncia presiones*"

Abre el periódico buscando la noticia.

Lee en bajo:

"Sixto Noriega, que como todos ustedes saben fue socio de Fabio Carcelén en la ya desaparecida constructora NORCAR, ha denunciado en comisaría ser fruto de anónimos y llamadas intimidatorias desde la puesta en libertad, unos días atrás, de Carcelén tras diez años en la prisión de El Dueso…"

"Noriega denunció a su exsocio por malversación, estafa y ser el causante del accidente que provocó la muerte de dos trabajadores. Carcelén ha mantenido siempre su inocencia, su mujer Remedios Palacio luchó en vano por presentar a la justicia pruebas de dicha inocencia sin que…"

—Pero, bueno ¿Qué haces ahí como un pasmarote, hija? Y sin ducharte. —Carmen entra en la cocina acompañada de su nieta, la pequeña María de seis años recién cumplidos, y ahijada de la inspectora—. Tú también vas a llegar tarde, por Dios, menudo ejemplo para la niña.

—¡Tía María! —de un salto se agarra al cuello de la inspectora.

—Joe, como pesas ya —dice al tiempo que estampa dos besos en sus mofletes antes de dejarla de nuevo en el suelo—. Me doy una ducha y te llevo al cole, así la abuela no se enfada con nosotras. ¿Quieres?

—¡Sí!

—Pero antes tienes que terminarte el desayuno enterito, ¿eh?

—Enterito —afirma sonriente y convencida mientras se echa el pelo detrás de las orejas

—Vaya dos —murmura Carmen con visible orgullo.

Cada vez son más los días que la pequeña María insiste en dormir en casa de los abuelos.

—María, a ver si haces una visita a tu hermana, sabes que le gusta que estés con su hija.

—Sí, sí, llevas razón. Hace un par de semanas que no voy. Tengo ganas de verlas a las dos, sobre todo a Alicia.

—¡Tienes que ver cómo crece! ¡Está para comérsela!

Unos minutos más tarde tía y sobrina suben al Alfa Romeo de la inspectora.

—¿Preparada para un feliz día de cole?

—Bueno, pues no queda otra, como dice la abuela.

—Es verdad, no queda otra —coincide sonriente.

—¡Hasta luego! —saludan al unísono las hermanas Marta y Ana frente a su papelería y floristería al paso de la inspectora y su ahijada.

Pinta agita la mano a modo de respuesta.

—¿Qué tal en el cole?

La pequeña se vuelve hacia su tía.

—Menos las sumas con llevadas todo me gusta.

María observa orgullosa el perfil de la inspectora. Ella de mayor también quiere coger malos como su tía. Nada puede molar más que aparecer en el cole con tu madrina policía. Los primeros minutos los pasaba respondiendo dudas de sus amigos. ¿Ha cogido a algún malo?, ¿te ha dejado la pistola?, ¿ha matado a alguien?

—¿Cómo va a llevar pistola una mujer por muy policía que sea? —suelta, burlón, Sietechurros. Su desayuno diario da paso a su mote.

—Pues sí que lleva y es la mejor policía del mundo —escupe con rabia María.

—Eres una mentirosa.

—Déjala en paz, Sietechurros —interviene Julieta, la mejor, mejor amiga de María. Tiene otra mejor amiga, Tadea, pero no mejor, mejor amiga.

—Mentirosa, mentirosa, mentirosa.

María mira cada vez más furiosa a Sietechurros que le saca media cabeza y tres cuerpos.

Sietechurros acerca su prominente tripa a María amenazando con empujarla.

—Mentirosa, mentiro…

Esto no podía quedar así.

María bufa una vez, y otra, y otra, hasta que ya harta, en un rápido movimiento separa su mano derecha del cuerpo, coge distancia y estampa un sonoro bofetón en el rechoncho rostro de un asombrado Sietechurros, cortando de raíz los insultos.

Se hizo el silencio en el pequeño grupo. María aprieta su carpeta contra el pecho y entra en el colegio seguida de sus sorprendidas y a la vez orgullosas mejores amigas.

"Que no tiene pistola, dice el tonto, pues bien grande que la tiene, pero hoy me la cargo, seguro"

Tras dejar a su ahijada en el colegio, Pinta enciende la radio y pone rumbo a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria en Santander, situada en la Avenida del Deporte número 8.

"*… como les venimos informando, el posible fallecimiento de Sixto Noriega…*"

—¡¿Qué?!

La inspectora mira incrédula la radio mientras cruza frente al Club Estrada de Comillas camino de Cabezón de la Sal para incorporarse a la A-8 dirección Santander.

"*…hasta el momento nada se sabe de las causas del accidente. El vehículo es un Lexus RXL, perteneciente a la empresa constructora NORIEGA PROCONS. En su interior se han hallado dos cadáveres, aún sin identificar oficialmente…*"

Por la cabeza de una aturdida María Pinta pasa su frase favorita:

—Blanco y en botella… —murmura.

"…un dato que ha transcendido es que se trata de un hombre y una mujer sin que hasta el momento sepamos la identidad, no obstante…"

No sabía a qué era debido, ni siquiera si tenía motivos justificados para sentir esa opresión en el pecho a modo de alarma. No creía en las coincidencias, todo sucede por algo y se debe aprender de ello. Que su padre se deje el periódico sobre la mesa de la cocina no entraba dentro de lo habitual. Que sintonizase una emisora de noticias, en lugar de decidirse como cada mañana por una de música, tampoco.

Condujo sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Vueltas que comenzaban con un *y si* que nada le gustaba, pero que en ocasiones como esta valía para, al menos, enumerar posibilidades.

¿*Y si* se confirma que uno de los fallecidos es Sixto Noriega?

¿*Y si* está relacionada la denuncia de la que hablaba el periódico con el accidente?

Y si… ¿*y si* no fue un accidente?

Mientras accedía al aparcamiento de la comisaría escuchó en la radio algo parecido a una confirmación.

"… y a*l ponernos en contacto con la constructora NORIEGA PROCONS no nos han podido indicar el paradero de Sixto Noriega, ni el de su actual esposa Cecilia Tirado. De momento, no se han incorporado a la oficina, nos aseguran que no deja de ser extraño puesto que el empresario suele comenzar su jornada laboral en torno a las siete de la mañana."*

La inspectora abandona su Alfa Romeo y accede a la comisaría.

—Buenos días, Paula.

—Hola, María. ¿Qué tal está tu ahijada?

—Es toda una mujercita bajita —dice mientras se encamina hacia su mesa.

—A ver si nos la traes algún día.

—Ni te imaginas la que liaría aquí —apunta sonriente.

Al fondo de la sala ve a su compañero Diego Olivares y a los oficiales Paredes y Mínguez que no se separan de ellos desde que entraron en la comisaría apenas unos meses atrás.

La puerta del despacho del comisario se abre de repente.

—Pinta y Olivares, a mi despacho —ordena Fausto Redondo con semblante serio y mostacho bamboleante.

Ambos inspectores cruzan sus miradas mientras acceden al despacho tras su jefe.

El comisario rodea la mesa y toma asiento.

—No sé si saben que esta madrugada ha fallecido Sixto Noriega, el constructor que…

—Sí, jefe, lo venía escuchando en la radio —Pinta se gira hacia Olivares—. Se trata del socio de Carcelén el que salió de *El Dueso* hace unos días —se vuelve y busca los ojos del comisario—. Por lo visto fue un accidente —ante la mirada preocupada de su jefe añade—: ¿No?

Redondo cruza sus gruesos dedos sobre la mesa y posa una mirada llena de dudas sobre la inspectora.

—No está tan claro, Pinta. Podría ser que lo sacaran de la carretera a propósito.

El inspector se echa hacia delante.

—Aunque fuese así, ¿por qué avisar a homicidios sin estar seguros de que fue un asesinato?

—Dos, Diego. Por lo visto iban un hombre y una mujer.

Redondo niega con la cabeza y se frota el mostacho.

—No, inspectora, son tres los fallecidos. Se ha encontrado un tercer cuerpo en el maletero.

Pinta se sienta en el borde de la silla.

—En la radio hablaban de dos, jefe.

El comisario se pone en pie.

—De momento no ha trascendido. A pesar de que los cuerpos están carbonizados, el hallado en el maletero presentaba un orificio de bala en la cabeza. Acérquense al lugar de los hechos y averigüen qué ha sucedido.

Los inspectores imitan a su jefe y se incorporan.

—Después, pasaremos por el Anatómico Forense.

—Manténganme informado.

4

El llamado lugar de los hechos por el comisario Fausto Redondo asemejaba a un improvisado campamento militar de maniobras. De los tres carriles de la Autovía del Cantábrico dirección Oviedo sólo se circulaba, y a cuenta gotas, por uno. Los otros dos estaban ocupados por ambulancias, carpas portátiles, furgones de Guardia Civil, de Policía Nacional, Bomberos, en definitiva, por una amplia representación de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

Al final del terraplén, la forense Claudia Cobo embutida en un traje blanco de bioseguridad, cubrebocas, gafas de seguridad, cubrezapatos y guantes de nitrilo, se hallaba rodeada de compañeros de la Policía Científica. De rodillas, a escasos metros de los restos calcinados del Lexus RXL, examinaba un cuerpo no menos calcinado, pero no tanto como lo estaban los otros dos que se hallaban bajo una manta de aluminio.

La forense analizaba el hueso parietal, con mimo, como siempre hacía ante cualquier fallecido.

—¿A dónde te llevaban? —susurra—. Nadie merece una muerte así, ni siquiera tú, hayas hecho lo que hayas hecho —mira en silencio el cuerpo como si se replanteara lo que acaba de decir—. Quizá sólo seas una víctima.

Tras concluir el examen superficial, Claudia Cobo cubre el cadáver con su correspondiente manta. Se incorpora, echa hacia atrás la capucha protectora y dirige una última mirada al cadáver antes de volverse hacia un joven compañero de la Científica.

—Ya no son necesarias estas protecciones.

—Me alegra saberlo, no consigo acostumbrarme a llevarlas.

Claudia accede a una de las carpas y comienza a despojarse del traje. A su espalda una voz femenina.

—¿Se puede?

La forense se gira.

—Claro, María, pasa.

La inspectora observa a su amiga con interés.

—¿Por qué lleváis tanta protección? ¿Qué ha pasado?

Claudia termina de quitarse el traje blanco, se ajusta la coleta y fija sus ojos glaucos en la inspectora.

—Sólo por precaución. Nos dijeron que el incendio que se produjo no parecía normal, como si estuviera ardiendo algún tipo de sustancia peligrosa.

—¿Lo era?

—Depende de lo que llamemos normal. Es posible que el vehículo explotase tras el accidente, pero sin duda avivaron el fuego con un acelerante.

—O lo provocaron para asegurarse de que el coche se incendiaba del todo.

—Sí, es posible.

—¿Sabéis de qué acelerante se trata?

La forense niega con la cabeza y sale al exterior seguida de la inspectora. Se detiene y mira a Pinta con gesto afectado.

—De momento, sólo nos pueden decir que era gasolina. El problema radica en que, para avivar el avance de un fuego intencionado, incrementando su poder de destrucción y dificultando las posibilidades de apagarlo… —calla unos instantes ante la atenta mirada de Pinta—. Verás, María, existe lo que se llama una matriz interferente.

Ante la mueca de no entender nada, Claudia Cobo asiente y esboza una media sonrisa.

—Es decir, estaríamos ante una sustancia que al quemarse genera unos compuestos que podrían dificultar la identificación del posible acelerante utilizado.

—¿Para que no podamos saber de qué acelerante se trata?

—Exacto, o lo que lo complicaría aún más, que no seamos capaces de identificar su naturaleza.

La inspectora mira en torno.

—Mucho interés en que todo se chamuscara, que no quedasen rastros.

—Sí, así es… —Claudia se detiene y desliza una triste mirada por los tres cadáveres.

—¿Fue un accidente y después para asegurarse prendieron fuego al coche? Un poco raro, ¿no te parece?

La forense ladea el rostro, chasca los labios y queda unos segundos en silencio como si buscara la respuesta más apropiada.

—Verás, es posible que no se trate de un accidente, María. Al menos el cadáver encontrado en el maletero... —señala con un leve movimiento de cabeza el último cuerpo que examinó—, ya había fallecido cuando el vehículo se incendió. Le dispararon en la cabeza, aquí —afirma mientras se lleva la mano al hueso parietal.

—Eso nos ha dicho el comisario, ¿y los otros dos?

La forense señala la breve, pero vertical caída desde la carretera.

—El golpe debió ser brutal, el vehículo está aplastado y no es por el incendio. No he encontrado ningún tipo de orificio que pudiera haber causado un arma de fuego en ninguno de los otros dos cuerpos. Podría significar, digo podría —señala con énfasis—, que fallecieron a consecuencia de la caída o del incendio o de ambas cosas. La autopsia me sacará se dudas.

María Pinta vuelve el rostro buscando a Diego Olivares. Lo ve arriba, en la A-8, haciendo gestos, señalando a un lado y a otro junto a compañeros de Guardia Civil. Lo ve despedirse y encaminarse hacia ellas.

—Tengo que irme —Claudia señala a varios camilleros que están trasladando los tres cadáveres a sus respectivas ambulancias.

El inspector Olivares llega a tiempo de saludar a la forense.

De saludar y algo más.

—Buenos días, Claudia. ¿Algo que nos pueda ayudar?

Cobo niega con la cabeza.

—Buenos días, Diego. Nada reseñable excepto que al que iba en el maletero le dispararon en la cabeza. Espero poder deciros algo más tarde.

—¿Se sabe ya la identidad?

La forense asiente levemente.

—No es oficial. Los compañeros han encontrado restos de una cartera en la que han podido leer parte del nombre del propietario, Sixto Nor…

—Blanco y en botella —conviene la inspectora ante la sonrisa de su compañero y de la forense.

—Eso parece, María, pero podría ser que la cartera no perteneciera a ninguno de los que iban en el vehículo.

—Ya… —en el rostro de Pinta se dibuja una mueca que muestra lo poco o nada que le convencen las palabras de Claudia Cobo.

Claudia concentra su gesto.

—Sabéis que no me gusta hablar por hablar, sin evidencias que sustenten lo que digo —calla unos segundos y añade—: Os adelanto que en un dedo del conductor hay un anillo, chamuscado, pero reconocible.

Diego levanta la palma de la mano en dirección a la forense que ya se disponía a alejarse del lugar de los hechos.

—Una cosa más, Claudia. ¿Sabemos si iban un hombre y una mujer?

—Así es.

—El cuerpo del maletero... ¿otro hombre?

La forense frunce los labios y ladea el rostro.

—No, una mujer.

El rostro de Pinta refleja el asombro que le ha generado la respuesta.

—Gracias, luego nos vemos.

—Hasta luego, chicos.

Los inspectores ven alejarse a la forense, terraplén arriba.

—Dice que utilizaron algún acelerante para dejar el coche en ese estado —señala al irreconocible Lexus— ¿Has podido averiguar algo?

—Tengo alguna idea, sígueme.

Pinta y Olivares se ponen en camino y ascienden hasta el lugar del impacto del Lexus contra el quitamiedos.

Diego señala unas rodadas en el asfalto, cristales y un tornillo.

María observa con incredulidad la pieza sobre el suelo junto a una pequeña placa con un número identificativo.

—¿Un tornillo? Pero, qué...

—Es posible que sea de un protector, de una parrilla frontal de un vehículo todoterreno.

Sin añadir palabra la inspectora recorre las rodadas con mirada concentrada. Los pequeños cristales y lo que parece ser parte de un faro antiniebla están marcados con sus correspondientes números.

—Cayó por este lugar… —señala el retorcido quitamiedos. Lleva la vista al frente.

De pronto, comienza a andar a buen paso con su compañero detrás. Unos cien metros más adelante se para.

—Se detuvo aquí… —murmura observando las huellas de frenada de neumáticos anchos.

Olivares asiente.

—Te me has adelantado, aún no había llegado hasta este punto —apunta sonriente—. Eres buena rastreando, aunque ya lo sabía.

María busca con la mirada el Lexus sin darse por aludida.

—Lo echaron de la carretera, Diego —mira a su compañero—. ¿Te has fijado en que ese trozo de placa debería estar más allá? Me refiero en la dirección que venían, no aquí, delante.

Olivares mira a izquierda y derecha, sin levantar la vista del asfalto.

—¿Quieres decir que les esperaban aquí? —señala un espacio en la mediana.

Pinta asiente.

—Sí, creo que podrían ser dos coches… —queda pensativa unos instantes—. Imagino que en cuanto se entere la prensa, si el individuo fallecido se confirma que es Sixto Noriega, habrá un sólo sospechoso: Fabio Carcelén.

—¿Y cuándo se haga público el tercer cuerpo?

—¿Y que además se trata de una mujer? —Pinta esboza una amplia e irónica sonrisa—. Tenemos todos los ingredientes para abastecer a la

prensa durante una buena temporada. Propongo empezar por lo más evidente.

—¿Y es…?

—Hacer una visita a Fabio Carcelén —apunta convencida, camino del BMW x6 Todoterreno de 300 CV incautado a traficantes de droga que la pareja tiene a su disposición.

—Sí, a ver qué nos cuenta… —el inspector rodea el coche y se detiene frente a la puerta del copiloto—. Me pregunto a dónde se dirigían Sixto Noriega y su acompañante. ¿De noche, dirección Oviedo, con un cadáver en el maletero…?

María Pinta activa la apertura del BMW y accede al interior.

—¿Crees que huían?

Olivares vuelve el rostro buscando el Lexus.

—No lo sé, pero, si fuera así, ¿por qué no dejar el cadáver en cualquier lugar y seguir huyendo?

Pinta arranca y circula lentamente por el carril habilitado.

—Puede que esa fuera su idea, pero los echaron antes de la carretera.

—Es posible…

Durante unos largos minutos nadie habló en el interior del BMW. Las mentes de los inspectores estaban a pleno rendimiento buscando algún sentido a lo que habían visto hasta ahora. Una cosa sí que tenían clara, para conseguir avanzar y que sus mentes señalen un camino a seguir, antes hay que ofrecerles cuanta más información mejor.

El vehículo de los inspectores abandona la A-8 por la salida 244 rumbo a la N-634 a Mazcuerras y Cabezón de la Sal con el objetivo de realizar un cambio de sentido.

—Para que echen a un coche como el Lexus tiene que tratarse de otro al menos similar… —apunta el inspector.

—O de dos…

Diego observa el perfil concentrado de María al volante

—… y si como decíamos antes, huían, no estaban siendo muy discretos, ¿no te parece?

María niega y pone cara de no seguir el hilo.

—¿Lo dices por el cadáver del maletero?

Diego se gira en su asiento lo que le permite el cinturón de seguridad.

—Sí y no. Quiero decir que para interceptar el Lexus en ese punto exactamente, en el viaducto de Caranceja, los debían estar siguiendo desde bastantes kilómetros atrás.

La inspectora queda en silencio con la mirada en la carretera. Diego observa cómo su compañera abre sus grandes y vivos ojos y los entrecierra.

Los abre y los entrecierra.

Los abre y los entrecierra una vez más, como si estuviese manteniendo una firme conversación con su fuero interno. De repente, asiente.

—Estaba pensando en qué otro punto podían haber conseguido el mismo resultado —sube y baja la barbilla con vehemencia—. Hemos pasado por varios puentes con una caída mucho más alta… Un poco más adelante sobre el Rio Saja...

—Eso es, ¿por qué en el viaducto de Caranceja? —pregunta al aire Olivares— ¿Para poder llegar hasta el Lexus? Si el objetivo era sacarlos de la carretera bastaba con haberlo empujado por cualquiera de esos puentes que dices.

De pronto el rostro de Pinta parece iluminarse. Como sus ojos.

—Han querido asegurarse de algo, no sé, quizá confirmar que el hombre y la mujer mueren o…

—O coger algo, o ambas cosas.

—Exacto, Diego.

De nuevo en silencio.

Diego mira por la ventanilla a su derecha.

—¿Sabes dónde vive Fabio Carcelén? Te veo muy decidida.

—Pues, ¿eh? En Santander, ¿no? Recuerdo que… —gesto de máxima concertación en su rostro —. Sí, mi hermano tiene una obra ahí cerca, es la calle Concha Espina, del número ni idea. ¿Llamas a Cruz y le preguntas?

Diego asiente y coge su móvil.

Al tercer tono contesta la secretaria del comisario.

—Jefatura Superior de Policía de Cantabria, dígame —la siempre eficiente voz de Cruz Perales provoca una fina sonrisa en el rostro de Olivares.

—Hola, Cruz, soy Diego. ¿Tienes un rato para conseguirnos la dirección y el teléfono de Fabio Carcelén?

—Es el que salió de la cárcel hace poco, el socio del constructor, de Noriega, ¿no?

—El mismo.

—Me pongo con ello, ¿quieres que te llame o esperas? — apunta mientras se escucha el suave golpeteo de sus dedos sobre el teclado.

—Espero, espero. Voy con María por la A-8 camino de Santander.

—¿Se sabe ya si Sixto Noriega iba en el coche? Han llamado varios periodistas preguntando —dice al tiempo que los datos solicitados por el inspector aparecen en la pantalla.

—Nada oficial, está Claudia con la autopsia.

Por el auricular del móvil de Olivares se cuela el sonido de diferentes voces y del ajetreo de la comisaría.

—Toma nota. La dirección es Calle Concha Espina 14, aunque

parece ser que desde que salió de prisión no ha aparecido por ahí.

—Pongo el altavoz, Cruz. ¿Cómo que no ha aparecido por su casa?

—Que nadie le ha visto entrar.

—¿Tenemos otra dirección? —interviene María tan extrañada como su compañero.

La secretaria del comisario mueve con rapidez los dedos sobre el teclado.

—Se nota que veis poco la tele. Los periodistas siguen haciendo guardia en la puerta. Hace unos días detuvieron a unos familiares de los afectados que se manifestaban en la puerta. No os habéis enterado, ¿eh? A ver, dadme un segundo que intente… No, en el teléfono de la casa no contesta nadie.

Se hace el silencio en la línea.

—¿Cruz?

—Sí, sí, perdonad. Estaba buscando otra forma de llegar hasta el señor Carcelén. A ver, aquí… su abogado es don César Tirol, si queréis os doy su teléfono.

María hace un gesto con la palma de la mano a Diego.

—No tenemos nada para presentarnos en casa de Carcelén. Si tiene algo que ver con el supuesto accidente de hoy de su antiguo socio le estamos adelantando nuestras sospechas. Creo que lo mejor sería hablar con el abogado de Noriega.

—Llevas toda la razón —conviene Olivares.

La eficiente voz se cuela por el manos libres.

—… el abogado de don Sixto Noriega se llama Servando Linar. Os dejo su teléfono y el de la empresa constructora del señor Noriega, NORIEGA PROCONS. Ah y sus direcciones.

—Gracias, Cruz. Una cosa más… No, mejor pásanos con Mínguez o Paredes, tú atiende al comisario que ya tienes bastante con él.

—No me cuesta nada, Diego, si…

La voz de Redondo se cuela por el móvil:

—*Por favor Cruz, venga a mi despacho.*

—Sí, don Fausto. Os paso con Paredes.

Breves segundos más tarde se escucha la voz del joven policía.

—Aquí, el oficial Paredes —voz firme, enérgica.

Pinta y Olivares cruzan sus miradas y sonríen.

—Paredes, necesitamos que os encarguéis de una investigación.

—¿Una investigación, señor? —hay un deje de orgullo en la voz.

Diego se pasa una mano por el rostro.

—Paredes, no soy señor. Soy Olivares o inspector Olivares.

—Sí, señor… digo sí, inspector Olivares.

María conduce sin dejar de sonreír.

—Bien, necesitamos que averigüéis dónde puede estar Fabio Carcelén. En su vivienda habitual antes de entrar en *El Dueso*, parece

ser que no ha entrado. Pasaos por ahí, es la calle Concha Espina, número…

—… con...cha espi...na —susurra Paredes.

—¿Estás tomando notas?

—Eh, sí, inspector, por seguridad.

—¿Por seguridad...? ¿Cómo que…? Es igual. Presentaos ahí y…

—¿El número de la calle Concha espina, inspector?

—El 14. Si no está, averiguad si tiene otras viviendas a su nombre o de su familia. Tenemos que localizarle.

—Sí, inspector.

—Daos prisa.

—Sí, inspector, salimos ya.

—Gracias, Paredes.

María sonríe abiertamente.

—Todo un personaje Paredes, bueno, y Mínguez no se queda atrás. ¿Tú eras así cuando saliste de la academia o eran otros tiempos?

Olivares consulta en su móvil los datos que acaba de recibir de la secretaria del comisario.

—¿Me estás llamando viejo?

María abre los ojos exageradamente.

—No, no, por favor…

—Sí, sí —replica Diego—. Al salir de la academia se puede estar un poco despistado, pero no creo que fuera así, al menos no tanto.

Sin abandonar la sonrisa del rostro la inspectora conduce en silencio rumbo a la comisaría. El inspector llama al despacho de Servando Linar.

—...y ¿sabe si tardará en regresar? Ya, sí, gracias. —se vuelve hacia María—. El abogado de Noriega no está en su despacho, su secretaria nos manda su teléfono particular.

—Vaya, hoy parece que nadie está donde debiera estar.

El teléfono de Olivares da señal de llamada.

—Poco ha tardado —murmura Pinta.

—No, no es Linar. Es Mínguez —dice a María — … Dime, Mínguez.

El joven policía se aclara la garganta.

—Inspector, viendo que tenía usted prisa nos hemos tomado la licencia de dividirnos mi compañero Paredes y yo el trabajo —vuelve a aclararse la garganta—. Él ha ido a la calle Concha Espina y nadie le ha atendido.

—Sí, Mínguez…

—Yo me he quedado en comisaría buscando.

—Mínguez, abrevie por favor.

El oficial de policía se retrepa en la silla, frente a él un folio con notas.

—No he encontrado ninguna vivienda a nombre de Fabio Carcelén,

aparte de la que mi compañero ha ido a visitar en la calle…

—Sí, Concha Espina 14 —Olivares niega con vehemencia —¿Has encontrado algo?

—Eso es a lo que iba —apunta como si el hecho de que le cortara cada minuto retrasara la información que quería dar —. Su difunta mujer, doña Remedios Palacio aparece como propietaria de un chalé en Comillas.

—Vaya… mi pueblo otra vez —murmura la inspectora.

—Pero, ya no.

Diego no está lejos de perder la paciencia.

—A ver, Mínguez, qué narices significa, pero, ya no…

El policía asiente con indulgencia.

—Es a lo que iba, inspector. Dos años antes de fallecer, la propiedad cambió de dueño.

—La vendió, quieres decir —interviene, María divertida.

Mínguez niega.

—No, inspectora, eso es lo raro, no hay ningún informe de venta sino de cambio de titular de la vivienda.

Ambos inspectores se miran extrañados antes de formular la pregunta obvia.

—¿A nombre de quién está el chalé?

—De don César Tirol, inspectora.

—¿Estás seguro, Mínguez?

—Es lo que dice la escritura —conviene entre nervioso e incómodo porque se dudara de él.

—Gracias, buen trabajo —despide Olivares a su compañero.

El BMW está aparcando junto a las oficinas de NORIEGA PROCONS, dos palacetes situados en la Avenida de la Reina Victoria 26 de Santander.

—¿César Tirol? ¿El mismo César Tirol que Cruz acaba de decirnos que es el abogado de Carcelén? —la inspectora no da crédito.

—Lo curioso es que no exista una venta como tal, sólo un cambio de nombre, es como si se tratara de un regalo o…

—O esconder la propia casa, hacer como si no tuviera que ver con Carcelén o con su mujer —señala Pinta.

—¿Podría estar en ese chalé de Comillas?

—Tiene muchas papeletas, ¿no crees?

Diego señala al frente.

—¿Un café, compañera y aclaramos ideas?

María asiente y sale del coche.

—¿Dónde se puede tomar un café por aquí? —la inspectora mira en torno. No parece que haya ninguna cafetería en la zona.

—Por ahí —Diego señala al frente, hacia los primeros números de la avenida.

Antes de acceder a la cafetería, Diego se detiene.

—Estaba pensando que ya que no podemos presentarnos en casa de Carcelén sin más —vuelve el rostro hacia María—, y puesto que está en Comillas…, ¿qué te parece si llamas a tu enamorado y le dices que le haga una visita con cualquier excusa?

La inspectora arruga el entrecejo.

—¿A quién? —su semblante risueño delata que conoce la respuesta a la pregunta.

—Al de la Local de Comillas, Genaro, es decir, tu enamorado —apunta manteniendo el rostro lo más indiferente posible a sus palabras.

Pinta se toma unos segundos en contestar, pocos, cuando lo hace no encuentra la forma correcta de expresarse.

—¿Enamorado? Sé que te gusta llamarlo así, pero que sepas que no tengo ningún enamorado en la Policía Local de Comillas —calla como dudando—, ni en ninguna otra. Genaro es un gran chico que… bueno… que nos conocemos desde pequeños y…

Olivares no puede permitirse borrar la sonrisa que comienza a tallarse en su rostro.

—Entonces, ¿qué?

La inspectora mira a su compañero, luego al frente, de nuevo a su compañero.

—Que no Diego, que no hay ningún enamorado y además te…

—Me refiero a que si le decimos a Genaro que haga una visita a Carcelén con cualquier excusa.

María aprieta los labios y asiente.

—Pero, cómo te gustan estas cosas, ¿eh?

Olivares pone cara de no saber a qué se refiere. Repite la pregunta:

—Entonces, ¿qué, le llamamos?

María sonríe, niega.

—Que sí, que le llamamos. Si Genaro no diera con Carcelén lo probamos con su abogado.

—Entremos a por ese café.

María se dirige hacia una mesa cerca de una de las ventanas con aire pensativo. Toma asiento.

—¿Todo bien, compañera?

Pinta asiente.

—Sí, es sólo que me preguntaba si a Carcelén le esperaba alguien a la salida de la cárcel.

5

Fabio Carcelén

Primer día en libertad

Fabio Carcelén abandona la prisión de *El Dueso*, ubicada en el barrio del mismo nombre en el municipio cántabro de Santoña, diez años después de haber realizado el recorrido inverso. Lo más próximo que ha estado de la libertad durante todo este tiempo ha sido en los momentos en los que pudo divisar desde la cárcel la cercana playa de Berria y en aquellos, pocos, en los que se permitió salir al exterior a pequeños grupos de presos para limpiar la playa o las escaleras del *Faro del Caballo*, bajo la atenta mirada de educadores y funcionarios de prisiones.

Fabio pasaba las horas mirando el mar, a los surfistas, imaginando lo que pudo haber sido su vida y que ya no será. Al contemplar el mar veía a su querida Remedios madre de sus dos hijos, Elia y Jorge.

Hasta que un día decidió dejar de mirar.

Ya no tenía sentido.

Ya, no.

Remedios, ya no estaba.

A pesar de haber declarado su inocencia nadie le creyó, las pruebas parecían claras y contundentes.

—Que te vaya bien, Fabio.

El ya expresidiario esboza una sonrisa y agita la mano en el aire. Su metro ochenta y cinco de altura y sus ciento cinco kilos empequeñecen la figura del funcionario.

—Gracias, Vicente. Que tengas un buen servicio.

En la calle mira curioso al cielo, como si fuera diferente del que se apreciaba unos metros atrás desde el interior de la prisión, como si acabara de concluir un largo viaje.

Sí, esa era la sensación.

Un viaje de apenas cinco metros, pero la misma sensación de fin de trayecto, de llegada a un nuevo destino.

No le esperaba nadie porque a nadie había avisado de su puesta en libertad por buen comportamiento. A paso lento, con una bolsa de

deportes en la mano, se encamina en dirección a la parada del autobús.

No tenía prisa, ni planes.

Bueno, alguno sí.

Desde que le comunicaron su puesta en libertad no había dejado de pensar en lo que sería de él en cuanto pusiera un pie en la calle. Sin duda que era mejor estar libre que continuar encerrado, pero no terminaba de dar con un plan a seguir. ¿Cómo demostrar que es inocente de lo que le acusan, que tenía mucha experiencia como encargado de obra y que jamás tuvo un percance?

"Además, era mi negocio. ¿Cómo narices iba a hacer algo así?"

Mientras aguarda la llegada del autobús se siente observado por los turistas que saben de la proximidad de la cárcel y por algunos Santoñeses. Echó un último vistazo a los muros de la prisión antes de acceder al autocar. Fue un vistazo rápido. Una fugaz mirada, sin rencor. No guarda queja alguna de su paso por *El Dueso.*

Sólo ganas de salir.

Asiente al volver la vista al autobús y se esfuerza en contener sus emociones.

"Todo llega..."

Durante el trayecto, su mente, actuando por propia iniciativa, repasa una vez más las noticias de la prensa que recogieron lo sucedido.

"*El Diario Montañés: Se derrumba la fachada de un edificio de tres alturas en Isla, causando la muerte de dos operarios. Otros dos están ingresados en la U.V.I. se teme por sus vidas. La promoción cuenta con cuarenta viviendas, club social…"*

"Alerta: Dos trabajadores pierden la vida al caer sobre ellos la fachada de un edificio de tres alturas en construcción, otros dos presentan lesiones severas"

Fabio Carcelén niega con la cabeza mientras el autocar accede a la N-634 antes de incorporarse a la A-8 dirección Santander.

Su cabeza seguía a lo suyo:

"El Diario Montañés: Condenado un socio de la constructora NORCAR, Fabio Carcelén por el fallecimiento de dos trabajadores, dejar graves secuelas en otros dos operarios, falsificación de cuentas y fraude."

"Alerta: Fabio Carcelén, socio de la constructora NORCAR, no ha

podido dar explicación alguna que convenciera al juez de su inocencia.”

El autobús se detiene en la población de Escalante. Fabio mira distraídamente a través de la ventana. Una mujer que rondaría los ochenta años sube con dificultad al autobús. Tras abonar el billete, otea pasillo arriba y comienza a caminar despacio valorando cuál sería el mejor asiento. Ve a Fabio, le dedica una amable sonrisa y se sienta a su lado.

—Prefiero el pasillo, ¿sabe usted?

Fabio asiente.

—A mí me gusta mirar el paisaje.

A modo de ejemplo, Carcelén lleva la mirada por la ventana y se estremece al leer la señal de tráfico que anuncia la salida 187, un kilómetro más adelante, por la CA-147 a las localidades de Beranga, Meruelo, Noja, Isla y Ajo.

“Isla…”

Su mente le vuelve a mostrar imágenes sin pedir permiso. Imágenes que a pesar del transcurrir de los años siguen tan nítidas como el primer día. Fabio se hallaba en los Juzgados Salesas, en Santander, acaba de ser sentenciado a diecisiete años de cárcel, agacha la cabeza apenas dos segundos, lo que tardó en escuchar el alarido inhumano de su mujer, Reme, antes de caer desmayada.

La compañera de asiento de Fabio observa su perfil. Ve unos ojos acuosos sobre un rictus cargado de emoción.

—Con ganas de llegar, ¿eh?

Fabio regresa del recuerdo del juzgado, respira con intensidad intentando recuperar la compostura. Asiente.

—Algo así, aunque no sé a dónde.

La mujer le mira descarada y con los ojos entrecerrados pidiendo más información. Hay un mohín travieso en esa mirada.

—Es una larga historia que de una u otra forma ha empezado hace dos horas.

—Verá cómo llega, joven. Eso sí, no tenga prisa, deje que las cosas sean cuando tengan que ser, aunque no olvide darlas un empujoncito —la mujer esboza una amable sonrisa cómplice.

—Tiene usted toda la razón. Gracias.

“Un empujoncito...”

El trayecto finalizó una hora más tarde en la estación de autobuses de Santander. Fabio salió al exterior temiendo ser reconocido.

Nadie parecía reparar en él.

Sin embargo, alguien le observaba.

Decidió ir caminando hasta la que fue su casa, ubicada en la calle Concha Espina. El recorrido no le llevaría más de cuarenta o cuarenta y cinco minutos. Un paseo en línea recta, no más vueltas y vueltas en el patio.

Fabio mira de un lado a otro como si descubriera todo por primera vez. Se detiene curioso frente a una tienda de teléfonos móviles. Observa con incredulidad los nuevos modelos. De pronto, con un rápido movimiento se echa la bolsa de deportes sobre un hombro y se pone en camino. Ha creído ver en el reflejo del escaparate la imagen de un individuo que le observaba. El mismo individuo que parecía aguardar a alguien junto a la estación de autobuses.

"¿Me está siguiendo o me estoy volviendo…?

El individuo acelera el paso hasta darle alcance.

—Disculpe, no quiero asustarle.

Fabio continúa caminando sin darse por aludido. Sin volver el rostro percibe que alguien se sitúa a su lado andando junto a él.

—Disculpe —insiste—. No quiero molestarle, sólo permítame presentarme, don Fabio.

Al escuchar su nombre junto con el aparente tono amable, Carcelén, sin detenerse, mira al individuo intentando formarse una idea de sus intenciones. Ve un hombre con unas extrañas gafas, en torno a los cuarenta, con un cigarrillo en una mano, delgado al que le saca la cabeza.

—¿Asustarme?, ¿debería? —pregunta con recelo.

—No, no, por favor —el individuo sacude una mano en el aire, niega con la cabeza al tiempo que esboza una mueca que pretende ser una sonrisa—. Es una forma de hablar, disculpe, sólo será un minuto.

Fabio se detiene.

El individuo traga saliva, nada más lejos de su intención que molestar a un expresidiario y además desconfiado.

—¿Nos conocemos? —el tono va envuelto en una espesa capa de dudas.

El individuo lleva una mano al bolsillo trasero del pantalón. Carcelén tensa los músculos.

—Sólo es mi cartera —muestra su D.N.I.—. Me llamo Marcelo Torquemada, trabajo en *El Diario Montañés* y…

Sin pronunciar palabra, Fabio retoma su caminar.

Torquemada tras él.

—Igual que lo sé yo, se enterarán mis compañeros de la prensa. Además, creo en su inocencia —afirma ajustándose unas gafas de montura de madera.

Fabio lo mira de soslayo y sigue caminando.

—¿Y por qué me lo dice ahora?

—Porque no tengo pruebas.

—Yo tampoco. Si me lo permite me gustaría continuar caminando..., solo.

Unos metros más adelante, Fabio Carcelén se detiene, mira a un lado y a otro antes de cruzar la calle de Calvo Sotelo y continuar por la de Isabel II. Transita frente al Ayuntamiento de Santander.

De repente, se gira.

Marcelo Torquemada sigue tras sus pasos.

Afirma levemente y vuelve a ponerse en camino mientras baraja las distintas posibilidades que le proporciona llevar un periodista de un prestigioso diario pisándole los talones. No podía negar que el tal Torquemada llevaba razón, si él se había enterado de su puesta en libertad también lo harían sus colegas en las próximas horas.

Se detiene. Vuelve el rostro.

—¿Qué es lo que quiere? No tengo pruebas, ni información, ni nada que pueda usted publicar.

Marcelo Torquemada esboza una extraña mueca.

—Pruebas puede que no, pero información sí que tiene, usted es el protagonista de *su* historia.

—Ya, y usted lo único que quiere es vender periódicos y yo…

El periodista encaja como puede la velada crítica.

—Quiero contar la verdad —mira con fijeza a Carcelén—. Si creyera que es usted culpable, ¿qué hago aquí?

Fabio lleva la vista al suelo durante un momento, luego mira en torno. La idea de seguir en la calle, parado, hablando con un desconocido no le seduce en absoluto. Torquemada parece leerle el pensamiento.

—¿Le llevo a casa? Tengo el coche un poco más abajo —señala con el pulgar hacia atrás sobre su hombro.

Fabio Carcelén se toma unos largos segundos para responder. Mira a un lado y a otro, una vez más. Es consciente de que su proceder puede resultar llamativo. Nadie mira en torno tantas veces en tan escaso periodo de tiempo si no es porque teme ser descubierto, pero no lo puede evitar. Diez años encarcelado y salir antes de lo previsto no genera dosis elevadas de confianza en aquellos con los que te cruzas, y menos en las primeras horas oliendo la libertad.

Al fin se decide.

—De acuerdo —acepta no muy convencido.

Ese olor a libertad deja entrever un cierto tufillo cuyo origen no tiene claro. Periodista y expresidiario caminan en silencio hasta el vehículo.

El primero, pensando que es su día de suerte. Cuando llegó a la estación de autobuses unas horas antes esperaba encontrase con decenas de colegas de profesión. No había ninguno. Tanto le sorprendió que llegó a plantearse si se había equivocado de día.

El segundo, con la cabeza gacha sin terminar de fiarse del periodista. Algo había en su historia que no le cuadraba.

Cierto tufillo.

Entraron en un viejo Seat León.

Tras ajustarse el cinturón de seguridad, Carcelén se vuelve hacia Torquemada.

—¿Cómo se ha enterado usted de mi puesta en libertad? O lo que me resulta más extraño, ¿por qué no se han enterado sus compañeros de profesión? —Fabio mira con fijeza a Marcelo que advierte seriedad en la pregunta.

Y en la mirada.

El periodista arranca el coche y se incorpora a la calle de Calvo Sotelo.

—Tengo mis contactos en *El Dueso*. He seguido su caso desde el primer día y me he mantenido informado de cómo evolucionaba su estancia en prisión.

El Seat León continúa por el Paseo de Pereda.

Carcelén atisba por la ventana, ve pasar a la gente como si se hallara frente a una pantalla de cine, ajeno a lo que acontece a su alrededor. Quizá sólo lo pareciera y lo que su ausente semblante indicaba era lo contrario: estaba alerta de todo.

Muy alerta. De todo.

—No se fía de mí, ¿verdad? —Torquemada parecía bucear en el interior de los pensamientos del antiguo constructor.

—Es periodista y yo un expresidiario —soltó la sentencia en un susurro, como si fuese sólo para él.

El Seat León circula entre calles con la familiaridad del que ha hecho la mayoría de los 180.000 km que le contemplan en el mismo Santander. En su interior los dos ocupantes se sumergen en un incómodo silencio.

El periodista debe seguir remando.

—Lamenté mucho el fallecimiento de su mujer —su rostro talla una mueca afectada que pretende ser sincera.

Fabio vuelve el rostro.

—No sea cínico, por favor, usted no la conocía.

Torquemada toma la Glorieta de la Constitución y sale por la calle de Alcalde Vega Lamera.

—Reconozco que no puedo decir que fuésemos amigos, las circunstancias no lo permitían, pero sí que nos reunimos en varias ocasiones.

—¿Usted y mi mujer? —la pregunta quedó en el aire rodeada de cierta incredulidad y salpicada con un punto de sarcasmo.

—Sí, doña Remedios hizo todo lo que estuvo en su mano para que se revisara su caso.

—Ya…

De nuevo, sumergidos en un pegajoso silencio.

—Su mujer no dejó de luchar por usted, por remover todo lo que estuviera en su mano para probar su inocencia.

Carcelén miraba por la ventana como si la conversación no fuese con él. Su rictus estaba contraído por el dolor del recuerdo, más acertado sería decir: de los recuerdos.

El recuerdo de Reme cada vez que le visitaba en la cárcel. El recuerdo de su empeño en insistir en que no lo hiciera, que siguiera con su vida.

El recuerdo de Reme cuando le enviaba periódicos que recogían todo lo que estaba haciendo por él. El recuerdo de su afán por no leer.

Sí, recuerda que en alguna ocasión le quiso hablar de un periodista que se estaba tomando el caso en serio, pero no quiso escuchar.

Recuerdos….

—Parece que la noticia ha corrido como la pólvora... —sostiene el periodista al ver un nutrido grupo de personas frente al portal de la vivienda de Fabio Carcelén en la Calle Concha Espina 14.

El que fuera constructor observa a los integrantes del grupo. Cree reconocer a algunos vecinos.

Niega lentamente.

—Hay colegas míos —mira a Fabio—. ¿Qué quiere hacer?

Carcelén mantiene la vista fija en el grupo. No se ve con ganas, ni ánimo para cruzar frente a ellos.

—Ha cambiado usted bastante en estos años, señor Carcelén, pero aun así hay que decidirse o empezaremos a llamar la atención. Tenemos dos opciones: o se arriesga a entrar directamente en el portal de su casa o… —calla unos segundos como dudando de la idoneidad de su propuesta—, o puedo ofrecerle una habitación en la mía si…

Fabio recompone la postura.

—Vámonos.

—¿A mi casa?

—No, a la mía, arranque de una vez.

Torquemada obedece sin comprender nada. Ve el rostro decidido de Carcelén y encamina el Seat León, al principio muy despacio, calle Concha Espina arriba.

—¿Por el garaje o…?

—¿Eh? No, no, tengo otra casa que jamás llegué a estrenar. Estaba a nombre de mi mujer, pero no tengo las llaves.

Marcelo le mira unos instantes sin añadir nada, confiando en que no hiciera falta preguntar dónde estaba esa casa y cómo narices pensaba entrar.

No, no hizo falta.

—Está en Comillas, es un chalé en una promoción alejada del

centro del pueblo.

El Seat León circulaba ya con soltura por las calles de Santander.

—La llave no estará bajo el felpudo —apuntó el periodista intentando rebajar la tensión del momento con escaso éxito.

Como respuesta, Fabio introduce la mano en el bolsillo de la camisa y saca una tarjeta de visita. Lee:

—Calle Castelar, 9.

Torquemada deja en la rotonda la calle Ernest Lluch para tomar en la siguiente glorieta la S-20. Una vez más confía en que Carcelén añada algo de información.

—Es mi abogado, él tiene las llaves.

Marcelo se ajusta las gafas con gesto mecánico.

—Vamos allá.

6

Sixto Noriega

Sixto Noriega entra en su flamante despacho con el rostro desencajado. El día no ha empezado bien, nada bien. A primera hora recibió una llamada de su abogado que le ha propulsado la tensión por las nubes. Una llamada que marcará un punto de inflexión en su vida.

Lo sabe.

Una llamada que esperaba recibir siete años más tarde.

O nunca.

"¿Por qué cojones no he estado más pendiente de Fabio...?"

También lo sabe.

¿Prepotencia?

Una voz de mujer por su izquierda corta sus pensamientos.

—Don Sixto, por la línea dos está el director de obra de la promoción de Aragón Gold, ¿le paso?

—No estoy para nadie —ladró al tiempo que daba a su secretaria con la puerta en las narices.

"Cretino"

La eficiente secretaria permanece unos instantes con los ojos apretados, como los labios, frente a la puerta.

—¿Qué hace ahí como un pasmarote, Margarita?

Sin aguardar respuesta, Ceci empuja la puerta del despacho como si entrase en su dormitorio y accede al interior.

"Cretina. Son tal para cual"

Sixto ha colgado la chaqueta de su traje de *Zegna* en una percha, vuelve el rostro serio, dispuesto a reprender a su secretaria por no obedecer sus órdenes mientras toma asiento frente al ordenador.

—¿No le he dicho que…? —al distinguir a Ceci baja la vista al monitor.

—Hola, querido. Te fuiste sin despedir —Ceci se acerca melosa hasta la amplia mesa de dirección de su marido.

—No quise despertarte —miente obviando el juego sensual de su mujer.

Ceci, le besa en un carrillo y toma asiento en un extremo de la mesa con un pie apoyado en el suelo.

—No tienes buena cara, Sixto. ¿Ha sucedido algo?

El empresario se debate entre comentar con su mujer la llamada recibida o hacer como si no pasara nada. Un día como otro cualquiera de trabajo.

—¿No me lo vas a contar?

El sonido de llamada del teléfono sobre la mesa le permite retrasar una respuesta que tiene clara.

—Dígame.

—Disculpe que le moleste don Sixto, acaba de llegar don Servando Linar y…

—Hágale pasar.

Sixto cuelga el teléfono y se incorpora en dirección al armario en busca de la chaqueta que acaba de colgar. Se hace con la percha y ante la atenta mirada de Ceci se la pone al tiempo que observa su reflejo en el espejo.

Un suave repiqueteo en la puerta da paso a la secretaria que abre echándose a un lado. Servando Linar accede al despacho sonriente.

—¿Nos dejas solos, querida? —pregunta al aire sin aguardar respuesta.

Sixto da un par de rápidas zancadas en dirección a su abogado. Con un sutil gesto le pide discreción.

—Servando, gracias por venir. Toma asiento por favor.

Linar parece algo desconcertado, estrecha la mano de Noriega y mira a una indecisa y malhumorada Ceci.

—Doña Cecilia…

—Servando...

Ceci mira a su marido quizá esperando algún gesto que le indicara que, al igual que el abogado, ella también podía tomar asiento, pero sólo encontró indiferencia.

—No tardaremos —Sixto echa una rápida mirada a su mujer.

No había más que hablar.

La mujer de Noriega abandona el despacho esforzándose para no montar un numerito por el trato recibido. Pocas cosas le afectaban más que saberse humillada en público, aunque este fuese muy reducido.

Margarita separa la cabeza del monitor al escuchar que la puerta del despacho de su jefe se abre. Con disimulo ve salir a Ceci, su semblante lo dice todo. Con mayor disimulo aún, sonríe.

—Margarita, salgo a la promoción de Las Rozas. Atienda mis recados.

La secretaria asiente.

—Así lo haré, doña Cecilia.

Ceci se aleja. Entra en su despacho y apenas un minuto más tarde sale. Su semblante mantiene el recuerdo de la escena recientemente vivida. Se ajusta un pequeño bolso sobre el hombro, en la otra mano porta un maletín.

Se pone en camino. Ante todo, digna.

El traje chaqueta ajustado marcando curvas, tacones, caminar estudiado. Cruza entre las mesas del departamento de publicidad y proyectos y se pierde en dirección a la salida de las oficinas de NORIEGA PROCONS.

Mujer que se esfuerza por buscar, no siempre con éxito, lo positivo de las experiencias vividas. Dejando a un lado la reciente humillación, no es complicado deducir que algo le preocupa a su marido. Ese algo le ha empujado de la cama más temprano de lo habitual y a Servando Linar a presentarse en la oficina, no como amigo sino como abogado.

—Tengo que averiguar qué narices sucede que no me quiere contar… —susurra al tiempo que intuye la respuesta de Sixto: Es por no preocuparte, querida.

Nada más tomar asiento y tras ofrecer una taza de humeante café a su visitante, Sixto toma la palabra:

—No he escuchado nada en las noticias. ¿Seguro que ha salido de prisión? —quiere saber mientras toma asiento en torno a la mesa de reuniones.

Servando asiente convencido.

—Antes de venir he hablado con mi contacto en *El Dueso*, el mismo que me ha informado a primera hora.

—¿Y bien? ¿Por qué no te lo ha comunicado con antelación para estar prevenidos? —el tono que parte de la boca del constructor se aproxima a un velado reproche.

El abogado encaja la puya con profesionalidad, cruza las piernas buscando una postura que le ayudara a no mostrar lo que circulaba por su mente.

—Como bien has dicho, Sixto, no has escuchado nada en las noticias, aunque no tardarán en hacerse eco. Carcelén se ha empeñado en que nada transcienda.

Noriega se pone en pie.

—A mi entender esa es la actitud del que trama algo, si no, ¿por qué intentar pasar desapercibido?, ¿por qué esconderse? —dispara las preguntas al techo de su magnífica oficina, como si la respuesta, obvia, sólo pudiera partir de su boca.

Servando Linar apura el último sorbo de la taza de café. Igual que su anfitrión goza de modales exquisitos. Se limpia los labios con una diminuta servilleta.

—¿No crees que lo que espera es precisamente eso que apuntas?

—¿Esconderse?

—No, me refiero a pasar desapercibido, comenzar una nueva vida.

Noriega detiene su caminar por el despacho y clava una mirada incrédula en su abogado.

—Si de verdad crees eso, es que no lo conoces. No, no se va a quedar de brazos cruzados, Servando.

Durante un interminable minuto se hace el silencio en el despacho.

—De acuerdo, ¿qué propones?

Sixto lanza la mirada a través de uno de los ventanales. Con gesto ausente introduce la mano en un bolsillo de la americana y se hace con una cajetilla de *Marlboro*. Con calma saca un pitillo. Con más calma aún golpea repetidamente el filtro sobre la esfera de su *Royal Oak Skeleton*. Se toma su tiempo en encenderlo, quizá buscando una respuesta, quizá sabiendo de antemano esa respuesta.

O quizá…

—No quieras saberlo, Servando, no quieras saberlo —murmura con la mirada perdida siguiendo la estela de espuma de un lejano avión.

7

María Pinta y Diego Olivares salen de la cafetería después de desayunar y compartir impresiones sobre el caso.

—… sí, todo apunta en una dirección. Su puesta en libertad coincide con las amenazas denunciadas por Noriega. El supuesto accidente…

—¿Y si no fuera así? Quiero decir, ¿y si las amenazas no fueran tales? —los inspectores se detienen frente a la entrada a los dos palacetes de NORIEGA PROCONS. La inspectora con los brazos sobre las caderas—. El hecho de que fuesen camino de Oviedo con un cadáver en el maletero no termina de cuadrarme.

—Reconozco que tus *y sis* suelen tener la puntería afinada. —afirma Olivares mientras pulsa el botón del interfono.

Ambos se hacen con sus placas identificativas, que muestran en alto a la cámara.

Una pequeña luz roja se enciende.

Una voz de mujer atiende la llamada.

—Buenos días, dígame.

—Inspectores de policía Pinta y Olivares. Queremos hablar con el señor Noriega. —Diego plantea la petición a pesar de estar convencido de que el propietario de la constructora está carbonizado dentro de su coche en el viaducto de Caranceja.

Suaves sonidos metálicos.

—Don Sixto, no… no está.

—¿Su mujer?

Unos extraños segundos de silencio.

—Doña Cecilia no ha llegado aún. No tardará. Si quieren volver un poco más tarde…

—Ábranos, por favor.

Esta vez los extraños segundos de silencio fueron más extraños y duraron más. Los suficientes para que Olivares pulsara con insistencia el botón del intercomunicador. La puerta emite un chasquido y los inspectores acceden al interior. Frente a ellos dos palacetes casi

idénticos. A mitad de camino unas prepotentes letras con el nombre de la constructora. A cada lado un individuo uniformado con andares de sheriff del condado que salen al paso de Pinta y Olivares.

—Buenos días. Identificación, por favor.

Los inspectores continuaban con sus placas policiales aún en la mano, las elevan situándolas frente a la cara de los vigilantes de seguridad.

—¿Su identificación? —exige Pinta.

Los dos individuos se miran extrañados.

—Que se identifiquen.

—Nosotros no tenemos que…

María hace ademán de coger las esposas a su espalda.

—¿Entorpecen una investigación policial?

Los dos vigilantes vuelven a mirarse. La pose de sheriff del condado va dejando paso a la de no queremos problemas.

Pinta escruta por delante y por detrás los D.N.I de los dos individuos y sus carnets de vigilantes.

—Ya que ahora nos conocemos todos, si nos permiten vamos a entrar —al tiempo que se pone en camino les devuelve las identificaciones.

La puerta del palacete de la izquierda se abre. Bajo el umbral una mujer joven de pelo recogido y semblante afectado.

—¿A qué ha venido eso? —quiere saber Olivares, extrañado.

Pinta camina con la vista al frente.

—No puedo con los que se creen que están por encima de la gente por llevar un uniforme de vigilante —niega seria varias veces–. Sí, sé que los hay muy profesionales, pero con este tipo de *seguratas* no puedo, es superior a mis fuerzas.

La mujer joven se echa a un lado.

Los inspectores acceden al elegante y luminoso vestíbulo. Unos pasos firmes por su derecha les invitan a volver sus rostros. Un individuo apuesto que frisaría los cincuenta se aproxima en su dirección. En su porte seguro un rostro con una amplia sonrisa que parece fuera de lugar.

Demasiado amplia.

Demasiado fuera de lugar.

—Buenos días, inspectores —con la sonrisa bien ajustada en su rostro extiende el brazo a modo de saludo—. Soy Alejo Garrido, subdirector de NORIEGA PROCONS. ¿En qué puedo ayudarles?

Pinta y Olivares cruzan sus miradas.

—Queríamos hablar con el señor Noriega —Olivares mira con fijeza al subdirector. No una fijeza intimidatoria, no, Olivares no es de esos. Sí, una fijeza de no me mientas, te estoy observando.

Garrido se frota las manos y ladea el rostro.

—No está en las oficinas. Si les puedo ayudar yo.

—Desconozco si nos puede ayudar, señor Garrido, pero podemos probar, ¿sabe a dónde se dirigía ayer por la noche el Lexus RXL del señor Noriega?

Olivares omite los nombres de los posibles ocupantes, echa un fugaz vistazo a su compañera.

—Dirección Oviedo —interviene la inspectora.

Alejo Garrido mira a la joven que permanece junto a la puerta. Vuelve el rostro hacia la recepción y sin soltar la sonrisa que amenaza con caer al suelo y salir botando señala con el brazo a su izquierda.

—Si les parece hablamos en mi despacho.

Los inspectores caminan tras el subdirector sin perder detalle de los rostros de los empleados con los que van cruzándose. Unos rostros preñados de preguntas, de incertidumbre.

Ni don Sixto, ni doña Cecilia han llegado a las oficinas. Las noticias hablan de un accidente en el que se ha visto involucrado un vehículo de una marca que coincide con la del jefe y, por si esto fuera poco, dos inspectores de policía caminan por la constructora rumbo al despacho del señor Garrido.

“Blanco y en botella”

Suben por las escaleras en silencio.

Al alcanzar la primera planta Alejo Garrido señala una doble puerta.

—Es ahí.

El subdirector recorre con dignidad los no más de cinco metros que les distancian, sujeta el pomo, empuja y se echa a un lado.

—Por favor.

Todo muy teatral, artificial, como si el objetivo fuera retrasar lo más posible el momento en el que se viera obligado a responder a las preguntas de la policía. Conociendo a su jefe, contestara lo que contestase no sería de su agrado. Varios compañeros fueron invitados, por mucho menos, a desarrollar su carrera profesional en otro lugar más acorde con sus capacidades.

El teléfono del inspector comenzó a sonar.

Diego introduce una mano en el bolsillo, eleva la otra en el aire.

—Discúlpeme.

Se aleja unos pasos de su compañera y de Garrido.

—Sí, Claudia, ¿tienes algo?

—No tengo todo lo que me gustaría, pero sí que puedo confirmarte la identidad del conductor del Lexus, se trata efectivamente de Sixto Noriega. Sin embargo, el estado de los cuerpos de las mujeres me impide una identificación total —se escucha ruido de papeles, como si pasara algunas páginas—. Tengo muchas dudas como para asegurarte algo, Diego.

—¿Entre esas dudas está que una de las dos mujeres pudiera ser Cecilia Tirado?

—Sí, podría ser, pero ya sabes que hasta que no tenga la certeza…

—Sí, lo sé, Claudia, nos vale con eso. Estamos en las oficinas de Sixto Noriega. Avísanos con lo que tengas.

—De acuerdo.

Olivares introduce el móvil en el bolsillo del pantalón al tiempo que se aproxima junto a Pinta que permanece en pie frente a la mesa del subdirector.

—Nos iba a decir a dónde se dirigía ayer por la noche el Lexus RXL del señor Noriega… —señala Olivares.

Alejo Garrido se aclara la garganta.

—¿Está confirmado que se trata de su vehículo? —la voz nerviosa, la sonrisa a duras penas se mantiene firme.

Como respuesta los inspectores se le quedan mirando.

Garrido les invita a tomar asiento. Lo que sea con tal de ganar unos segundos y que su jefe dé señales de vida de una puñetera vez.

—Don Sixto apenas me informa de sus actividades personales —calla unos segundos—. En Oviedo tenemos varias promociones abiertas y…

—¿Conoce a Fabio Carcelén? —Pinta formula la pregunta como si viniera al caso, de forma natural. Tan natural como su mirada. Una pregunta como otra cualquiera. Para Alejo Garrido la pregunta no era como otra cualquiera.

No, no lo era, y Pinta, contaba con ello.

—¿Perdón?

—Fabio Carcelén, ¿lo conoce?

El subdirector se acoda sobre la mesa en un esfuerzo vano de transmitir tranquilidad. Una tranquilidad que no sentía.

—Sí, todos conocemos la historia. Fue un antiguo jefe.

Pinta tenía más preguntas de esas que se supone que no vienen a cuento.

—Le supongo informado de la puesta en libertad del señor Carcelén hace una semana, ¿es así?

Garrido asiente. Labios fruncidos. Dudas, muchas dudas en la mirada.

—¿Le ha visto?

Esta vez Garrido contesta rápido. Se trataba de una pregunta fácil cuya respuesta podía poner en boca de su jefe sin temor a llevarse una reprimenda.

—Sí, estuvo acosando a don Sixto. A los pocos días de salir de la cárcel lo siguió hasta ahí mismo —señala con vehemencia hacia la calle—. Tenemos grabaciones.

—¿Alguna otra ocasión? —interviene Olivares siguiendo la línea de

preguntas de su compañera.

Garrido baja la mirada un instante.

—Sí, hace cuatro días estaba esperándole en la misma puerta.

—Imagino que también las cámaras han captado ese momento.

Garrido se retrepa en su asiento, incómodo.

—No, pero lo vimos, se lo aseguro.

Olivares se echa hacia delante.

—La llamada que he recibido hace un momento confirma la identidad del individuo hallado en el interior del vehículo accidentado en el viaducto de Caranceja.

Tenso silencio.

Alejo mira a Olivares. Una mirada de súplica. No estaba para tensiones de ningún tipo.

—Le puedo asegurar que el señor Noriega ha fallecido esta mañana. Mis condolencias, señor Garrido.

Los inspectores observan los cambios de rictus del subdirector. Extrañeza, pasando por sorpresa y una mueca diferente.

¿Alivio?

—¿Están seguros? ¿Don Sixto, ha fallecido?

Diego asiente.

—Todo lo segura que pueda estar una forense experimentada realizando una autopsia.

—Ya… —Garrido va recomponiendo el semblante— ¿Y se sabe algo de doña Cecilia?

—De momento no se ha identificado al acompañante.

El subdirector se incorpora. La mirada ha perdido si no todas, sí muchas de las dudas que transmitía segundos antes de recibir la noticia.

—Si me permiten, debo avisar a mis compañeros, a la familia de don Sixto, a...

Pinta y Olivares le imitan poniéndose en pie. Garrido ha rodeado su mesa y se encamina hacia la puerta.

—Manténgase localizable.

—Sí, sí, inspectora, descuide. Pueden contar conmigo para lo que necesiten —garantiza entre una impostada seguridad y un falso aplomo.

Los inspectores bajan por las escaleras al vestíbulo escoltados por las miradas interrogantes de los distintos empleados que van de un lado a otro. Cuando están a punto de abandonar las oficinas un taconeo acelerado da paso a una mujer en torno a los sesenta años, de baja estatura, pelo castaño, que se dirige hacia ellos ajustándose las gafas.

—Buenos días —dice extendiendo su mano—. Soy Margarita Muñoz, secretaria de don Sixto Noriega.

Tras el saludo, Margarita se frota las manos, nerviosa.

—Les pido disculpas, estamos un poco... —baja la mirada un instante—… eh, intranquilos. Hemos oído las noticias y continuamos sin saber nada del señor Noriega ni de su mujer, y…

—Nos hacemos cargo, doña Margarita —interviene Pinta con amabilidad—. Acabamos de hablar con el señor Garrido.

La secretaria de Noriega no puede disimular su extrañeza.

—¿Sí? Pensé que no…

—¿Nos permite hacerle unas preguntas? —Diego mira en torno—. En algún sitio más discreto.

—Sí, por supuesto. Podemos ir a una de las salas de reuniones de esta misma planta. Si me acompañan.

Durante el breve trayecto los inspectores observan el extraño cambio en el semblante de la secretaria. Su nerviosismo había desaparecido.

Una vez instalados, Diego repite la pregunta que realizó minutos antes a Garrido, con el mismo éxito.

—El señor Noriega no me comunicó los motivos de su viaje, inspectora. De todas formas, no deja de ser extraño que viajara ayer a Oviedo, además en coche. Hoy tiene una importante reunión aquí —echa un vistazo a su reloj—. En una hora debería…

—¿Qué nos puede decir del señor Carcelén?

—¿Don Fabio? —una pregunta que no espera respuesta. Margarita frunce los labios y esboza una media sonrisa de complicada interpretación—. Fue mi jefe, trabajaba para él y el señor Noriega.

—¿Cómo era la relación entre ellos?

La secretaria ladea el rostro y lleva su mirada al pasado. En su rostro un semblante relajado.

—Se complementaban bien. Don Fabio era un hombre de la obra, de estar en la calle, de tratar con el personal, los proveedores —cruza sus regordetes dedos sobre la mesa—. Hombre de carácter, de esos que dicen lo que piensan sin importarles nada.

—¿Y Noriega?

Margarita se toma sus buenos segundos para contestar

—Inspector, yo… yo, no debo…

—El señor Noriega ha fallecido esta mañana.

De nuevo, Pinta interviene de la forma más natural posible. La mejor manera de observar las reacciones de un entrevistado ante una pregunta que no espera.

Margarita ahoga un grito.

—Nos lo han confirmado cuando hablábamos con el señor Garrido —señala Olivares.

—No, no sabía nada… —calla unos largos segundos—. Don Sixto es, era diferente. Con un don especial para las relaciones sociales, de

sonrisa fácil, amable. De esas personas que generan confianza, y luego…

—¿Y luego…?

La secretaria está muy incómoda con la conversación. No va con ella hablar a desconocidos mal de su jefe y menos aún en según qué términos de los muertos.

—Se va a abrir una investigación, Margarita —interviene María, cercana—. Necesitamos saber todo lo que podamos sobre el señor Noriega y el señor Carcelén.

De nuevo, la mujer queda en silencio. Los ojos cargados. La mirada baja.

—Recibió amenazas, al menos eso aseguraba.

—¿Amenazas? ¿De quién?

La puerta de la sala de reuniones se abre de improviso dando paso a un crecido Alejo Garrido.

—No pueden interrogar a los empleados sin permiso de… sin una orden.

Pinta se incorpora.

—¿A usted le hemos interrogado? A ella tampoco.

María se encamina hacia la salida seguida de Diego.

Tras abandonar las oficinas de NORIEGA PROCONS María toma la palabra.

—Cuando te pones como el jefe me dejas impresionada —estira el brazo y pulsa en el llavero el botón de apertura del BMW.

Diego la mira como si no comprendiera, al tiempo que accede al interior del vehículo.

—Sí, sí no pongas esa cara de no saber de qué te hablo. ¿Tú crees que te puedes tirar un minuto para decirle a ese hombre que su jefe ha muerto? Que si el individuo del vehículo accidentado y qué se yo qué más…

—Sigo sin saber a qué te refieres —señala con la mejor cara de inocente que fue capaz de poner.

María arranca y sale del aparcamiento.

—Sé que antes te has referido a su acompañante para no adelantar una noticia que no ha dado la prensa todavía. ¿Claudia no ha podido identificar a las mujeres?

Olivares niega, pensativo.

—No, aunque no creo que tarde.

—Si Garrido hubiese tardado un minuto más en entrar en la sala Margarita nos hubiera contado algo más de Noriega, ¿te ha dado la impresión de que no le caía muy bien?

—Sí, cuando volvamos hablaremos con ella.

María queda pensativa.

—¿Por qué no citarla en comisaría? Allí seguro que nadie nos

interrumpe.

—Bien, mejor que venga a vernos.

Antes de acceder al aparcamiento de la Jefatura Superior de Policía, el móvil de la inspectora requiere su atención.

—Es Genaro —susurra a Diego y pulsa la tecla verde del móvil—. Dime Genaro, estoy con el altavoz.

8

Genaro Gómez, de la Policía Local de Comillas, cuelga el teléfono. Con la mirada busca a su superior, el subinspector Sánchez, con un gesto le pide que se aproxime.

—Subinspector, he hablado con los inspectores Pinta y Olivares y me piden que me acerque a Rovacías, al chalé de Fabio Carcelén.

—¿El del caso de Isla? ¿Al que acaban de soltar hace unos días?

—El mismo.

—¿Qué pasa? ¿Que los de la Nacional no tienen a quién enviar?

Genaro se remueve incómodo.

—No es eso, es que lo tenemos aquí al lado.

El subinspector Sánchez se frota la cabeza y tuerce el rostro.

—¿Recuerda que siempre hablamos de la cooperación entre cuerpos?

El subinspector se ajusta la gorra, asiente con convicción y sale de la pequeña sede que la Policía Local tiene en Comillas, a espaldas del nuevo ayuntamiento, seguido de Genaro.

—Desde que eres famoso no hay quién te tosa, Genaro. Vamos allá, conduces tú.

Los dos compañeros acceden al Ford.

—¿Famoso, yo? —Genaro arranca el coche y toma el Paseo de Estrada. En su semblante una falsa mueca de inocencia.

—Sí, sí, tú. Desde el caso de El Guardián estás en boca de todos. Los jefes, la prensa y veo que también… de María — suelta la última frase con cierta malicia envuelta en un tono jocoso.

—¿María? ¿La inspectora Pinta?

—La misma, quién si no. ¿De quién coño te crees que estoy hablando?

Al alcanzar la rotonda de Estrada toman la segunda salida. A su izquierda asoma una promoción de chalés que permanecen abandonados y en aparente buen estado.

Genaro opta por mirar al frente y no responder. Sus sentimientos por María desde que eran niños deben quedar para él y para los pocos que lo saben, como su abuelo Jesús.

—¿Sabes a dónde vamos? Que te veo un poco *atontolinao*.

Genaro regresa de sus pensamientos de la niñez a tiempo de responder.

—Si he entendido bien es por aquí…

El Ford gira a la derecha y acceden a una urbanización de chalés de piedra y ladrillo ubicados a ambos lados de la carretera que adopta forma de herradura. El vehículo de la Local avanza despacio. Genaro y el subinspector Sánchez miran a un lado y a otro. Uno, buscando la vivienda que le había indicado la inspectora Pinta, el otro imaginando vivir en un sitio así. La vista fija en el arco de acceso a uno de los chalés.

"¿Quién sabe si algún día…?"

—¡Ahí! ¡Detrás! —Genaro tiene la mirada clavada en el retrovisor interior. El dedo pulgar señalando a su espalda.

Sánchez despierta de su sueño como si hubiese recibido una descarga, el grito de su compañero le ha cogido de sorpresa.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¡Detrás, detrás! ¡Ese es el chalé de Carcelén! —mete marcha atrás y acelera—. Acaba de salir un individuo corriendo.

El subinspector intenta girarse, pero el cinturón de seguridad se lo impide. El cinturón y la tripa. Juntos forman una pareja difícil de manejar.

—Me cago en mi…

Acababan de pasar por ese punto unos segundos antes sin advertir nada extraño, cada cual iba embutido en sus propios pensamientos. Hasta que algo oscuro parecía asomar por una de las vallas cubiertas de arbustos que rodean los chalés.

Ese algo se hizo más grande, saltó por encima y se introdujo en un vehículo con alguien al volante. Cuando Genaro metió la marcha atrás el coche ya se encaminaba veloz hacia la salida de la urbanización.

Las maniobras del Ford de la Local circulando de espaldas otorgaron demasiada ventaja a favor de los fugitivos. Al salir de la urbanización detuvieron el vehículo policial en el Paseo de Estrada. Miraron a izquierda y derecha como si estuvieran contemplando un reñido partido de tenis.

Una vez más, izquierda y derecha.

Nada que indicara una pista de la dirección que habían tomado. Todo quedaba en manos de la fortuna. Siguieron buscando.

Giraron a la derecha en dirección a La Coteruca: nada. Regresaron hasta el desvío a la entrada de la urbanización de Fabio Carcelén y siguieron recto hasta la rotonda: nada. Ni rastro del coche.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Genaro golpeaba el volante, presa de la frustración.

—Volvamos a la casa.

—¿Se ha fijado en la matrícula? —quiso saber Genaro mientras maniobraba, una vez más, para entrar en la rotonda.

—¿Matrícula?, ¿de qué coño de matrícula hablas, si no he podido

ver nada? —Sánchez se encendía por momentos—. Íbamos de espaldas, ¿recuerdas?

Genaro miraba de soslayo al subinspector sin comprender su alterado estado de ánimo si no fuera por haber dejado escapar a los fugitivos. Pero, no, no era por eso.

—No fuimos todo el rato de espaldas y…

El subinspector fulmina con la mirada a Genaro.

—Tengamos la fiesta en paz, Gómez.

El Ford se detuvo unos metros más adelante, frente la puerta del chalé del que había saltado el individuo.

El chalé de Fabio Carcelén.

—Y, tú ¿qué?, ¿eh? ¿No has visto la puñetera matrícula y eso que ibas conduciendo? —cada sílaba partía de la boca del subinspector con dificultad. La misma dificultad con la que luchaba contra el cinturón, al principio con discreción, luego con desesperación.

Genaro echó un rápido vistazo a la situación de su compañero. Estiró el brazo hasta coger el enganche del cinturón de seguridad, presionó la pestaña roja y sonó un clic.

Un clic liberador.

Un clic que sonrojó al subinspector Sánchez.

Ambos se miraron en silencio unos instantes.

—Ni se te ocurra decir nada, Gómez. No estoy para fiestas.

Nada pensaba decir. Cuando el subinspector le llamaba por su apellido era señal de que se estaba cabreando. Del bolsillo de la guerrera sacó una libreta y un bolígrafo.

—¿Qué cojones haces ahora si puede saberse? —el subinspector había abierto la puerta y dejado un pie en el exterior.

—Apuntar la matrícula.

De la boca del subinspector parten juramentos ininteligibles al tiempo que sale del coche y se detiene frente a la puerta de acceso a la vivienda.

Todo parecía tranquilo.

Sí, lo parecía.

Genaro pulso el botón del intercomunicador.

—¿Acabas de ver a un tío que salta la valla y llamas por el telefonillo? —observa incrédulo.

—Sigo el protocolo, subinspector.

Ni al primer, ni al segundo, ni al tercer intento contesta nadie.

Sánchez agarra el picaporte y lo baja con lentitud. La doble puerta de madera que da acceso a la parcela no está cerrada con llave.

Los dos policías se miran, valorando si merece la pena continuar jardín arriba o dar media vuelta. Genaro lo tenía claro, el favor que le había pedido su amiga María no iba a pasarlo por alto.

—¡Bola! ¡Bola! Ven aquí…

Un pequeño perro de aguas de color caramelo se detiene junto a los policías. Una niña llega a la carrera.

—Bola, no molestes a… —se queda en silencio— ¿Son policías? —mira incrédula el coche patrulla y los uniformes.

—Sí, somos policías —apunta sonriente Genaro— ¿Vives por aquí cerca?

La niña lleva el brazo hacia atrás y señala sin mirar.

—Sí. Ahí detrás.

—¿Conoces a tu nuevo vecino?, el señor que vive en este chalé.

La niña sube y baja los hombros al tiempo que asiente.

—Pues, claro. Se llama Fabio y es mi amigo —en su rostro una mueca de suficiencia.

Los dos policías de la Local se miran.

—¿Le ha pasado algo? —pregunta con un deje de temor en la voz.

Genaro pone rodilla en tierra ante la creciente desesperación del subinspector Sánchez, más partidario de ir directamente al grano y dejarse de ñoñerías.

—No lo sabemos. Nos han dicho que pasáramos a verle, pero no contesta nadie.

La niña frunce los labios.

—Ayer tampoco estaba —dice con fastidio— ¡Bola! Deja al señor policía en paz —exclama al ver a su perro olisqueando los zapatos de Sánchez.

El subinspector abre la puerta y accede al jardín con cautela.

—Vamos, Gómez, deje a la chiquilla tranquila que tenemos que trabajar.

Genaro gira el rostro y asiente.

—Voy, subinspector —se incorpora y mira a la niña.

—¿Cómo te llamas?

—Manolita, pero me llaman Nolita —gira sobres sus pies firmes en el suelo y pasa una mano por su pelo rizado.

—Qué nombre más bonito.

—¡Gómez, copón! —el subinspector sacude el pie ante el hocico del insistente animal.

“Maldito perro”

Genaro accede al jardín.

—¿Me haces un favor, Nolita?

—Bueno… —no parecía muy convencida.

—Si ves a Fabio le dices que somos policías, que no estamos robando ni nada de eso, ¿lo harás?

Nolita esboza una amplia sonrisa y ladea el rostro a un lado y a otro.

—Sí.

Genaro se despide con la mano y acelera el paso para dar alcance a

su enfurruñado compañero en la misma puerta de la vivienda.

—¡Bola, ven aquí!

El animal duda entre seguir tras los zapatos del subinspector u obedecer la orden de su joven dueña.

—¡Bola! Que me voy, ¿eh? —amenaza Nolita con los brazos en jarras.

Al final el pequeño perro decide seguir a su dueña.

—Menos pamplinas, Gómez, que no somos una maldita guardería —reprende mientras llama al timbre.

Ambos aguardan en silencio pendientes de algún ruido del interior.

—No sabemos si el tipo que salió corriendo había entrado en la casa —Genaro apoya la mano sobre su arma reglamentaria una Walther P99.

—Bien visto —el subinspector Sánchez hace lo propio al tiempo que pulsa el timbre, una vez más.

Con el mismo resultado, una vez más.

Genaro lleva una mano al picaporte. Con la otra extrae el arma. Gira el pomo y empuja con cuidado. La puerta cede.

—Me cago en… —murmura el subinspector.

Se sitúan a un lado de la puerta. Se miran, asienten. Genaro empuja la hoja y se asoma un instante.

—Vamos allá…

Acceden al chalé de Carcelén lentamente. No sólo por precaución, sino también porque el mobiliario, los cajones, las lámparas que alfombran el suelo les hubieran impedido hacerlo de otra forma.

—Me cago en… —Sánchez se dirige hacia la derecha del vestíbulo empuñando su arma.

Genaro, hacia la izquierda, rumbo al salón.

El espectáculo es similar al del vestíbulo. Todos los muebles que en su momento estuvieron en pie y ocupando un lugar lógico en la estancia se encontraban desperdigados por el entarimado. Unos, destrozados, como el sofá y las butacas con su relleno coloreando el suelo, la televisión casi partida en dos, jarrones hechos añicos. Otros, aún en su estado original, pero compartiendo el mismo lugar, como libros, un teléfono, paquetes de cigarrillos, almohadones. Todos ellos distribuidos a lo largo y ancho de las distintas láminas de madera multicapa del piso.

En la cocina, el subinspector Sánchez asiste a una representación parecida. Armarios abiertos y el contenido sobre la encimera o en el suelo. Sartenes, cazos, latas de comida, botes de cristal de los que sólo quedaban intactas las tapas.

—¡¡Subinspector!! ¡¡Subinspector!!

Los gritos de Genaro llevaron a Sánchez hasta el salón a paso de marcha militar.

—¡¿Qué cojo…?!

El subinspector dejó la frase sin terminar al ver a su subordinado en pie frente a lo que desde su posición parecían ser unas piernas. Redujo la distancia, y la velocidad de sus zancadas como si temiera meter ruido y despertar al dueño de las extremidades.

—¿Muerto?

—Sí, pero no es el único —señala a su izquierda en dirección a una mesa de grandes dimensiones típica de un comedor.

Sánchez lleva una mano a la cabeza, niega repetidamente mientras se encamina hacia el lugar indicado.

—Muerto también, subinspector.

—Me cago en mi…

"Quién me mandaría a mí haber acompañado a este tío aquí. Si me hubiera quedado en la comisaría…"

Durante un par de minutos ambos agentes permanecen en silencio observando los dos cuerpos inertes. Lentamente comienzan a recorrer el salón con la mirada. Bastó levantar la cabeza del desorden del suelo para descubrir las interminables salpicaduras de sangre que decoraban paredes y techos.

Genaro saca el móvil, activa la cámara y comienza a hacer fotos de la estancia y de los cuerpos.

—¿Qué narices haces, Gómez?

—Documentar el escenario. Quizá pueda hacer falta.

Sánchez niega y sonríe condescendiente como si le hubiera tocado el compañero tonto de la comisaría. Mira a un lado y a otro mientras se aproxima cauteloso junto a uno de los cuerpos. Apenas se distingue su cabeza como una masa sanguinolenta.

Genaro se desplaza hacia el final de salón, rumbo al comedor sin dejar de tomar fotografías.

Se detiene.

—Subinspector…

Sánchez continuaba ensimismado con los cadáveres.

—Esto es una puta masacre —murmura.

—¡Aquí hay otro!

Sánchez levanta los brazos y niega con vehemencia.

—Me cago en mi… —camina como empujado por una fuerza invisible a la que se opusiera.

—¿No ve algo raro?

El subinspector mira el cuerpo, está boca abajo.

El agente de la Local apunta con la cámara y dispara varias veces.

—No estoy para adivinanzas, Gómez.

Genaro señala el cadáver.

—Este individuo va vestido con traje y aquellos dos, no.

El subinspector mira de hito en hito los tres cuerpos, levanta los

hombros y se frota las manos.

—¿Y qué narices quieres que haga? No todo el mundo va de chaqueta y corbata. Yo, porque es el uniforme que sino nunca…

—Lo decía porque parece que esos de ahí son más matones que hombres de negocios.

Genaro se encamina hacia los dos primeros cadáveres. Se agacha junto a uno y señala sus manos.

—¿Ve esos nudillos? No son de escribir a máquina precisamente.

Sánchez observa desde la distancia, frunce los labios, se ajusta la gorra y se encamina decidido hacia la puerta de salida.

—Nosotros estamos para lo que estamos. Déjate de jugar al CSI que ahora vendrán los que saben. Aquí tú y yo hemos terminado —sale al exterior—. Nudillos… qué cojones de nudillos…. —murmura.

Genaro sale del chalé, coge el teléfono y llama.

9

—Bien hecho, Genaro —afirma la inspectora—. Acordonad la zona. Vamos para allá. Tened…

De lejos se cuela por la línea la voz del subinspector Sánchez:

—*Esto es un puto caos, Gómez. Haga el favor de controlar a esa gente.*

—En seguida, subinspector —asegura a la espalda de su compañero que agitaba los brazos en dirección a unos curiosos—. Perdonad, es que…

—No te preocupes, estamos de camino —interviene Olivares desde el asiento del copiloto—. Procurad dejar todo como está, Científica llegará de un momento a otro. Muy buen trabajo, Genaro.

—Gracias, sólo vimos algo sospechoso y actuamos.

Genaro cuelga el teléfono con palpable orgullo envuelto en una sonrisa contenida, que duró justo las décimas de segundo que tardó en advertir al subinspector con la mirada, de jefe hastiado con la vida, clavada en sus ojos.

—Si lo llego a saber, Gómez, si lo llego a saber… —niega con vehemencia—. Bueno, qué le han dicho, instrúyame.

—Están de camino. Que dejemos todo como lo hemos encontrado y…

—He dicho que me instruya no que me cuente lo que ya sabemos.

Genaro observa con disimulo el perfil concentrado del subinspector que mira a los curiosos con un semblante cargado de reproche. Tanto variar del tuteo al usted no podía traer nada bueno.

Quizá la culpa de su hastío con la vida la tengan sus constantes fracasos para ascender por la escala de la policía.

Quizá simplemente se tratase de su escondida necesidad de obtener reconocimiento. Una simple, sincera y motivadora palmada bastaría.

O quizá fuese su estado natural desde que su mujer le abandonó por un joven y prometedor granjero hace varios años. Demasiados, para seguir…

—Vamos, Gómez, que esos desgraciados se nos van a subir a las barbas.

—También nos han felicitado por el trabajo.

Sánchez mira a su subordinado con un atisbo de desconfianza, buscando en sus palabras algún rastro de sorna.

“¿Felicitarnos?”

—No estamos para coñas, Gómez.

—Le hablo en serio. Hemos hecho un buen trabajo.

—Siempre tan sensible a los aplausos, y eso que eres toda una celebridad —mira al frente atraído por el lejano, pero inconfundible sonido de sirenas.

La pareja de la Policía Local de Comillas camina en dirección a la puerta de acceso al jardín para facilitar el paso de los compañeros que se aproximaban.

—Me preguntaba, subinspector, si los que han hecho esta masacre siguen en el chalé todavía, o si fueron los que se escapaban cuando llegamos, ¿usted qué cree?

Sánchez sacude la cabeza repetidamente sin dejar de caminar.

—¿Yo? No me joda, Gómez, no me joda.

Olivares corta la comunicación con Genaro y activa la alarma sonora y visual al tiempo que Pinta pisa a fondo el acelerador.

—Esto se está complicando, Diego. Sé que es muy pronto para decirlo, pero no puedo dejar de pensar que el accidente de Noriega y los cadáveres de los que hablaba Genaro están relacionados.

El inspector asiente.

—Sí, tienen que estarlo. Sería demasiada coincidencia que no lo estuvieran —calla unos segundos, pensativo—. Nos vendría muy bien saber cuánto tiempo llevan esos cuerpos en el chalé.

María vuelve el rostro hacia su compañero.

—Ya, lo dices por si el asesino es el mismo que provocó el accidente de Noriega.

Durante unos minutos ambos inspectores permanecen en silencio mientras a toda velocidad sortean los vehículos que se cruzan en su camino. Para algunos la sirena no es motivo suficiente para dejar paso.

—¡Échese a un lado! —grita Pinta desesperada.

Diego activa el altavoz.

—¡Échese a un lado! ¡Échese a un lado!

Dos bocinazos más tarde consiguen que el Citroën que ejercía de tapón abandonase el carril izquierdo de la A-8 y se desplazara al central. Al llegar a su altura Olivares mira al conductor con el rostro más serio que encontró en su extenso repertorio. Ver a una joven pareja asustada y a la chica pidiendo perdón le hizo suavizar el semblante.

—Hay cosas que no termino de entender. ¿No se oye la acústica del vehículo policial fuera? —expone mirando a Pinta.

—¿Has dicho acústica del vehículo policial?, ¿de verdad?

Cruzan sus miradas serias durante unos segundos. Poco a poco María comienza a reírse más y más fuerte acompañada de contenidas risas de Diego hasta que irrumpen en sonoras carcajadas.

—¿Acústica del vehículo policial?, ¿en serio? —insiste María sin apenas ser capaz de controlar su risa contagiosa.

—Venga, vale ya, que tenemos que dar una imagen.

—Ya… Lo que siempre he dicho, Diego, con ese lenguaje llegarás a comisario antes de lo que crees.

Quince minutos más tarde el BMW de los inspectores accede a la urbanización de Carcelén.

—¿Quién les ha avisado? —murmura Pinta al ver un Nissan todo terreno y un Ford, ambos de la Guardia Civil frente a la puerta del chalé.

Se trataba de una pregunta que no esperaba respuesta. Seguro que habían sido Genaro y el subinspector Sánchez siguiendo el protocolo. Lo que no estaba dentro de ese protocolo es que ellos estuvieran ahí. Un viejo conocido, el teniente Cortado de la sección de Investigación de UOPJ (Unidad Orgánica de Policía Judicial) de la Guardia Civil de la comandancia de Cantabria, en Santander, lo sabía.

Sí, el teniente lo sabía y los vio llegar.

Junto al teniente se hallaban el sargento Pepe Cancio y el cabo Emilio Tejerina, ambos adscritos al cuartel de la Guardia Civil en Comillas, manteniendo a raya a los curiosos.

Los inspectores bajaron del BMW con la mirada en el gentío y en el teniente Cortado.

—María, Diego.

Ambos se giraron.

—Genaro… —exclamó María sorprendida—. Te hacía en el chalé.

El oficial de la Local asintió al tiempo que separaba levemente los brazos del cuerpo.

—Ahí estábamos hasta que llegaron los guardias y…

—El teniente Cortado, ¿no? —intervino Diego.

Genaro señala hacia el Ford en el que aguarda el subinspector Sánchez visiblemente inquieto.

—Sí. Me tengo que ir, el teniente nos ha invitado a regresar a Comillas y Sánchez está más que de acuerdo —en su rostro una sonrisa de circunstancias—. Quería deciros que si necesitáis algo de lo que hemos visto ahí dentro contéis conmigo. He hecho muchas fotografías y…

—¡Gómez, copón!

El subinspector Sánchez había visto al menudo teniente encaminarse hacia ellos con su habitual ágil caminar y rostro

circunspecto.

Genaro mira al subinspector, ve su semblante entre serio y contenido con la llegada del teniente. Vuelve el rostro hacia los inspectores, saluda oficialmente y se aleja a paso rápido.

Cortado se detiene junto a María y Diego que observan, aparentemente ajenos a la llegada del guardia, la espalda de Genaro.

—Parece que aquí todo el mundo hace lo que le viene en gana —suelta el teniente.

—Buenos días, teniente —María le dedica una de sus más amables sonrisas.

Cortado asiente.

—No me digan que vienen por los cadáveres que han encontrado ahí detrás —hace un leve gesto con la cabeza en dirección al chalé.

—Así es. Estamos investigando el accidente de circulación del empresario Sixto Noriega, posible asesinato, y la investigación nos ha traído hasta esta vivienda propiedad de Fabio Carcelén, que era…

Mientras Diego habla, el teniente consulta una pequeña hoja que ha extraído de un bolsillo del pantalón.

—Según mis notas el propietario de esta vivienda es César Tirol, letrado con despacho en Santander.

—Sí. Es el abogado de Carcelén y actual propietario —interviene Pinta—. Por algún motivo que mi compañero y yo desconocemos el propio Carcelén o su mujer pusieron la vivienda a su nombre.

—¿Cómo pago por servicios prestados? —quiso saber el teniente Cortado.

Los inspectores cruzan sus miradas.

—Es una posibilidad, pero creemos que el motivo puede ser otro bien diferente ¿Se sabe la identidad de los fallecidos? —Pinta cambia el rumbo de la conversación con un semblante de total inocencia. No estaba por la labor de compartir sus escasos avances en la investigación con el teniente, ni con nadie.

De momento.

—¿Eh? No, no. La Científica… —mira a un lado y a otro— acaba de llegar. Si quieren echen un vistazo al escenario. Si me permiten… —Cortado se aleja en dirección a la vivienda de Carcelén.

Pinta y Olivares detrás del teniente recorren los no más de diez metros que les distancian de la entrada y del cada vez mayor número de curiosos.

La prensa aún no ha hecho su aparición.

No tardará.

10

Marcelo Torquemada cuelga el teléfono fastidiado, muy fastidiado. Esconde la cabeza entre las manos y niega con vehemencia. La puerta de su recién estrenado despacho en la sede de *El Diario Montañés* se abre de improviso.

—Marce, ¿has conseguido averiguar algo? —en la mirada de Gilda brilla un atisbo de esperanza.

Las manos de Torquemada se deslizan por su rostro con hastío y mira a su compañera. No era necesario responder.

—¿Sigue sin aparecer?

—Sí, lo peor es que como se confirme que uno de los muertos es Noriega…

Gilda entra y cierra la puerta.

—A eso venía, ya se ha confirmado. La persona que conducía era el empresario Sixto Noriega.

Marcelo abre los ojos todo lo que dan de sí.

—¿Seguro? —su compañera asiente— ¿Y el acompañante?

—Aún no se sabe nada.

El móvil del periodista comienza a vibrar sobre la desordenada mesa. Torquemada lo observa confiando en que fuera Carcelén dando señales de vida.

"C-10"

Su fuente de información número 10, con sede en Comillas. Viejos conocidos.

—Sí…

—Marcelo, oye…

Torquemada niega, aburrido de tener que repetir siempre lo mismo, a la misma persona, una vez más.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames por mi nombre?

C10 asiente. La mano sujetando su cabeza.

—Perdona, llevas razón. Tengo algo que te va a interesar.

—Dime.

—Se trata de Carcelén.

Torquemada se retrepa en el asiento, ansioso. Cambia el teléfono de oreja dispuesto a poner los cinco sentidos en la voz de su informante, sin olvidarse de controlar su maldita ansiedad.

A mayor interés mostrado, más caro le va a salir.

—¿Qué le pasa? Suelo hablar con él a menudo —miente para reducir la factura.

—Lo sé… —C10 deja pasar unos segundos de difícil justificación. Quizá ese *lo sé* quiso ser un *ya, lo que tú digas*—. La policía, los guardias, todos están en su casa.

El periodista aprieta el ceño.

—¿Cómo? ¿En su casa? —niega decepcionado.

La vivienda de Carcelén en la calle Concha Espina está más que vigilada. A C10 le han debido engañar. Su ansiedad se afloja, tanto como su ánimo.

—Nada nuevo me cuentas. Aquí en Santander no ha apare…

—En la de Comillas, en el que fue su chalé.

Marcelo comienza a no entender nada. ¿Cómo que fue su chalé? Unos días atrás llevó a Carcelén al despacho de su abogado para recoger las llaves de ese chalé, ¿o sería de otro? Si no compartía sus dudas no…

—¿Cómo que fue su chalé? —repitió, esta vez en alto.

—Sí, hace unos años que ya no está a su nombre.

Algo no cuadraba. Necesitaba saber más.

“Tranquilo”

—¿Tiene Carcelén más chalés en Comillas?

C10 se toma unos segundos para hacer memoria, aunque está convencido de la respuesta que va a ofrecer.

—No que se sepa por aquí.

Marcelo suspira ruidosamente.

—¿Ibas a decirme algo más?

C10 esboza una enorme sonrisa, previa al impacto que iba a causar en el periodista. Un enorme impacto merecedor de una no menos impactante propina.

—En ese chalé se han encontrado tres cadáveres.

Torquemada se incorpora de la butaca como si acabara de recibir una descarga de miles de voltios.

Su ansiedad se dispone a cortejar a la adrenalina, se aferra a ella como su inseparable pareja de baile. Comienzan a danzar pegados.

Bien pegados.

El periodista a acelerar pensamientos y movimientos.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? ¿Tres cadáveres? —coge la cazadora, su maletín de deslumbrante solera y abandona a grandes y veloces

zancadas su despacho seguido de Gilda.

—Sí, tres, seguro. Espero que sepas ser generoso, Torque…

Marcelo cruza entre las mesas de sus colegas y accede al pasillo que circunvala la amplia sala. Antes de responder a su confidente reduce la marcha, toma aire y mira a su compañera.

—Entenderás que antes tenga que comprobarlo —expone con un control de sus sensaciones que hasta él mismo ha quedado impresionado.

Tras despedirse, le dice a Gilda que tiene que marcharse.

—Luego te cuento.

Gilda no se da por satisfecha.

—Es sobre Carcelén, ¿no? —pregunta a la espalda de su compañero que se aleja veloz rumbo a las escaleras. Sin girarse Marcelo eleva el puño con el pulgar apuntando al techo.

Gilda le da alcance en un rápido sprint que le deja sin apenas aliento. Sus mofletes van tomando un color rojizo.

—¿Ha… ha aparecido?

—No lo sé. Si es uno de los cadáveres que hay en ese chalé, entonces sí.

Marcelo baja los escalones con la pericia que le dan los años realizando el mismo trayecto. Gilda es más de ascensor o en su defecto, de no jugarse los huesos en una partida que no confía en ganar, pero hoy no le queda otra y se lanza detrás de Marce agarrada al pasamanos.

—¿Cadáveres? ¿Así, en plural? —suelta a la espalda de Torquemada que ha desaparecido por el siguiente tramo.

—Sí, parece que son tres.

Marcelo acelera el paso tras insistir en que no le siga que luego hablarán.

El periodista abandona corriendo la sede de *El Diario Montañés*. Tras esquivar a un par de viandantes y escuchar un: *mira por dónde cojones vas, desgraciado*, entró en su viejo Seat León. Deja el roído maletín sobre el asiento del copiloto e intenta introducir la llave de contacto.

—No tiene ningún sentido —primer intento.

Resopla y vuelve a acercar la llave al contacto.

—No tiene sentido, joder —segundo intento. No termina de acertar con la llave.

Baja la cabeza, evita por los pelos el choque entre sus gafas de madera y el volante, tras lanzar un improperio mira con ojo crítico la ranura del contacto.

—Ningún sentido, joder, joder ¿Quién coño iba a querer matar a Carcelén? —tercer intento. Apunta concentrado y al fin consigue su

objetivo.

Se incorpora. Una mano en el volante. La otra girando la llave. Nada, silencio. Demasiado silencio.

—Vamos, vamos... Ahora, no, coño ahora no… —bufa, desesperado. Sigue girando y girando la llave con el mismo resultado —, por favor, por favor.

El Seat León parece ablandarse ante las súplicas de su amo y remoloneando se pone en marcha.

—Tengo que cambiar de coche, el día menos pensado este cabrón me va a dejar tirado.

El viejo coche lamenta que sus esfuerzos no sean reconocidos y opta por detenerse.

—¡No, no ahora, no! ¡Vamos, vamos! ¡Joder!

Nada, no está por la labor.

Dos golpes en la ventanilla le hacen dar un respingo.

Vuelve el rostro. Es Gilda.

Lo último que podía pasar por su cabeza en ese angustioso momento era ponerse a hablar con nadie. Obedece al gesto que le pide bajar la ventanilla.

—Si quieres te llevo, Marce.

El periodista observa a su compañera valorando la situación. Una valoración que apenas le lleva dos segundos.

—Vale.

Coge su maletín, quita las llaves del contacto y sale del vehículo.

—El muy cabrón no quiere ponerse en marcha.

La mujer le dedica una media sonrisa acusadora al tiempo que señala la ubicación de su coche.

—Es por ahí.

Los primeros metros caminan en silencio. Marcelo conteniendo las ganas de correr, Gilda haciendo lo que puede, esos puñeteros zapatos no le dejan ir más rápido.

—¿Cuánto tiempo hace de la última revisión? ¿Y el cambio de aceite? ¿Las ruedas? —suelta la batería de preguntas sin la más mínima consideración, disfrutando del impacto de cada una de ellas en el semblante de su compañero.

Torquemada la mira como si no comprendiera mientras enciende un pitillo.

—Un coche necesita cuidados, Marce. Es casi un ser vivo, si no lo cuidas bien terminará por abandonarte —en sus mofletes se forman dos pequeños hoyuelos simétricos.

Gilda se detiene con gesto satisfecho ante un flamante Nissan Qashqai, de color rojo.

—Muy bonito, pero tengo un poco de prisa —apunta Marcelo mirando en torno en busca del coche de su compañera.

Gilda pulsa el botón de apertura en sus llaves. Rodea el impoluto coche y entra. Marce no da crédito, abre la puerta y accede con cautela.

—¿Tu R-5?

—Me llevé un buen susto y tuve que cambiarlo. No creas que no me dio pena, la verdad, lo tenía mucho cariño —observa el rostro incrédulo de Marcelo— ¿A Comillas? —pregunta con una mirada inquisidora en el pitillo.

Torquemada capta el mensaje y lo tira por la ventanilla.

—Sí, sí, a Comillas.

—Vamos allá. Este pequeño es un tiro, Marce.

"¿Pequeño?"

Gilda no da muestras de agilidad en el día a día. Su sobrepeso y los pequeños tacones no ayudan, puede llegar a parecer patosa, pero al volante es otra cosa.

—Si tienes la dirección la metemos en el navegador.

Marcelo coge el móvil y llama a su confidente en Comillas. Al quinto tono contesta.

—¿Sabes dónde está el chalé de Carcelén?

—Desde Comillas sube por el Paseo de Estrada. En la rotonda gira a la izquierda, aunque si vienes por Cabezón te quedaría a la derecha. Después, un poco más adelante, verás una entrada a la derecha que da a una urbanización de chalés. No recuerdo la calle. Si quieres me acerco y te espero ahí.

Marcelo duda.

—No te preocupes, si no lo encuentro te vuelvo a llamar, gracias —corta la comunicación con C10—. Pon Paseo de Estrada— dice vuelto hacia su compañera.

Los ojos de Torquemada se detienen sobre el aparato disimulado bajo un hueco sobre la marcha automática.

—¿Y esto? No me digas que es una…

Gilda asiente mientras termina de introducir la dirección y acelera. En su rostro una mueca pícara, traviesa.

—Sí, es una emisora.

—¿Para escuchar a la policía? —pregunta, incrédulo.

—Sí y a la Guardia Civil.

El rostro de Marcelo refleja el asombro que le produce la situación. No por la emisora en sí, que a pesar de estar prohibida su posesión es utilizada por muchos colegas y otros no tan colegas como algunos delincuentes. Su gesto de incredulidad es mérito de Gilda. Su porte de no haber roto un plato en su vida, de ceñirse siempre a las reglas, no encajaba en absoluto con…

—Sé lo que estás pensando, pero a veces una tiene que ser un poco mala, ¿no crees? —habla al aire mientras se cuela entre dos coches en

la calle La Peseta, para incorporarse a la A-67.

Marcelo mira el concentrado perfil de su compañera.

—Enciéndela, a ver si nos dicen algo.

Frente a la vivienda de Fabio Carcelén en Comillas se había trazado un semicírculo con cinta policial para evitar la cercanía del creciente número de curiosos. Más que la presencia policial lo que llama la atención era contar con tal mediático vecino recién salido de prisión. Apenas quedaba paso libre para vehículos. El sargento Pepe Cancio movía su frondoso entrecejo al tiempo que daba las órdenes oportunas a viandantes y coches para que no se detuvieran.

—A ese le conozco yo —murmura Gilda señalando al cabo Tejerina.

—¿Al guardia?

—Sí. Nos conocemos desde pequeños, fuimos al mismo instituto.

El cabo de la Guardia Civil Emilio Tejerina se acerca al Nissan Qashqai, pide a Marcelo que baje la ventanilla.

—Buenos días, ¿son vecinos de la urbanización?

Gilda sonríe.

—Emilio, que soy yo, Gilda.

Tejerina enfoca la mirada.

—Gilda, perdona, pero hay un jaleo de narices, tenéis que seguir.

—Sí, ya lo veo. ¿Qué ha pasado?

—Lo siento, no puedo darte información. No hay nada oficial. Continuad, por favor.

Marcelo no iba a dejar escapar la oportunidad.

—¿Sabe al menos si entre los cadáveres está el de Carcelén?

El cabo Tejerina mira a Torquemada como si fuera un ente extraño y niega.

—Continúe, señor.

Gilda se despide y circula entre la gente.

—No era necesario, Marce. Se lo podía haber preguntado yo luego, ahora no nos dirá nada.

El periodista suelta un gruñido.

—Llevas razón, perdona.

Consiguen aparcar justo a la entrada de la urbanización. Regresan a paso rápido. Lo más ajustado a la realidad sería decir que Marcelo iba un par de metros por delante de su compañera. Cuando se aproximan, lo que el cinturón policial permite, a la vivienda de Carcelén, Torquemada agita la mano en el aire.

—Inspector, inspector.

Pinta y Olivares se están despidiendo del sargento Cancio.

—¡Inspector! —insiste sin dejar de agitar la mano.

Diego y María se encaminan hacia su coche, el periodista sale a su paso.

—Inspectores, ¿puedo hacerles una pregunta?

Olivares se detiene. Había visto los intentos de Torquemada por captar su atención, pero sabiendo que no cejaría en su empeño optó por no darse por aludido.

—La vas a hacer igual, ¿no?

Marcelo esboza una sonrisa de circunstancias. Gilda llega, sus mofletes rosados por el esfuerzo forman una mueca que pretende ser amable.

—¿Alguno de los cadáveres es Carcelén?

Pinta y Olivares se miran extrañados.

—¿Cómo…? —niega repetidamente.

—Le vi el día que salió de prisión, hablé con él.

Los inspectores estaban al corriente. No obstante, cuando los casos coincidían solían leer los artículos del periodista. No olvidan que se portó correctamente al insistir en sus artículos que se dieran por finalizadas las especulaciones sobre el fin o no del caso que la prensa bautizó como *El Vengador*.

Diego mira a ambos periodistas, frunce los labios. Duda.

—Es mi compañera Gilda. Pongo la mano en el fuego por ella, y las dos si hiciera falta.

Diego asiente. En unos minutos la noticia correrá como la pólvora. No perdían nada por decirle la verdad. Quizá volvieran a necesitarlo más adelante.

—No, no se trata de Carcelén.

—¿Alguien de su entorno?

Olivares ladea el rostro. Pinta mira para otro lado. Ambos están pensando lo mismo.

"¿Cómo coño es tan certero con sus preguntas?"

—Sí, su abogado.

La noticia coge a Torquemada fuera de juego. Su rostro muestra el impacto que le ha producido.

—¿Cesar Tirol?

—¿Lo conocías? —interviene María a la que ya pocas cosas le extrañaban.

Marcelo agarra su maletín como si fuera un bebé, el asa no da mucha seguridad.

—A ver, no éramos amigos. Cuando estuve con Carcelén le llevé al despacho de su abogado para recoger las llaves de ese chalé —señala con la cabeza en dirección al gentío.

—¿Volviste a hablar con él?

—Sí, una vez, inspector. Me comentó algo sobre una caja que había

recibido.

—¿Cuándo fue eso?

Marcelo lleva un par de dedos a la frente.

—Pues… Hace tres días. Me dijo que la habían dejado en la puerta de su casa y que quería verme para pedirme un favor.

—Intuyo que no os visteis.

Marcelo niega con la cabeza.

—Sé cómo fue su primer día en libertad, me pregunto cómo fue el segundo.

11

Fabio Carcelén

Segundo día en libertad

Fabio Carcelén abre los ojos con la sensación de haber dormido no menos de veinticuatro horas seguidas. Quizá cuarenta y ocho. Permanece unos interminables segundos inmóvil mirando el techo, los mismos segundos que le lleva comprender que no se halla en la cama de su celda y algunos, bastantes más, que no se trata de otro puñetero sueño.

Estira el brazo con la intención de confirmar sus sospechas, palpa la mesilla de noche con un par de dedos.

"Sí, parece real"

No sería la primera vez en los últimos años que vive con doloroso realismo una maldita pesadilla con su playa, arena fina y…

… y Remedios.

"¿Mi primera noche en libertad?"

Se incorpora con lentitud. Se sienta en el borde de la cama, los pies en el suelo y la mirada en la claridad que penetra por la ventana.

Respira con intensidad un par de veces y se pone en pie. Recorre los no más de cinco pasos que le distancian de su objetivo y sube la persiana del todo.

Barre con la mirada el exterior de la urbanización. Con la mirada del que observa por primera vez. Con la mirada del que no reconoce lo que ve. A lo lejos, chalés que parecen cerrados o deshabitados. Otros, justo lo contrario, llenos de vida. Una pareja que pasea un perro por la acera. Un niño que curiosea en su dirección y parece sonreírle.

Fabio le devuelve la sonrisa.

"No es un maldito sueño"

Recuerda las últimas horas del día anterior en el despacho de su abogado cuando le comentó que el chalé de Comillas no se encontraba en condiciones para habitarlo con un mínimo de confort.

—¿Un mínimo de confort, dices? —no daba crédito—. Acabo de

pasar diez años en prisión, César, te garantizo que me parecerá muy confortable.

El letrado asiente repetidamente con la vista en los papeles sobre la mesa.

—Aunque demos de alta ahora todos los servicios tardarán un par de días en estar operativos. Mientras, no tendrás agua, luz…

—Pues menos charla y vamos a poner todo al día, ¿te parece?

El abogado de Carcelén, hombre menudo de ojos pequeños y avispados, asiente y mira a Torquemada que permanece en un discreto silencio.

—No se preocupe por don Fabio, ya me encargo yo de él —apunta el letrado.

Marcelo Torquemada captó veloz la sutil forma de dar por terminada su presencia en ese despacho y se puso en pie.

—Estoy a su disposición para lo que necesite, señor Carcelén —ofrece su mano a Fabio que la estrecha agradecido. Mira al letrado—. Don César…

—Gracias, Torquemada, por traerme hasta aquí y por librarme de sus colegas en mi casa —esbozó una sonrisa que quiso ser amable y quedó en algo parecido a un reproche a la profesión de periodista.

—No hay de qué.

Cuando Torquemada abandona el despacho, Fabio vuelve a sentarse al tiempo que se echa hacia delante con el brazo estirado.

—Veo que no has cambiado de marca —coge el paquete de *Camel* del abogado y extrae un pitillo con parsimonia.

—No me digas que fumas.

Carcelén mira el pitillo, lleva la vista al abogado y de nuevo al pitillo. Coge el mechero sobre la mesa y acerca la llama al cigarro.

—No sabría decirte. Los últimos meses han sido… complicados.

—Guárdatelo —César señala el paquete de *Camel.*

Fabio Carcelén abandona su puesto de observación en la ventana del dormitorio rumbo al cuarto de baño, asoma la cabeza. Observa el interruptor de la luz y lo pulsa sin mucha fe, más bien con nula fe.

La luz se enciende.

Accede al interior y abre el grifo del lavabo sin esperanza alguna. Un chorro de color indefinido cercano al marrón petróleo salpica con fuerza las paredes del lavabo.

—Parece que vamos bien.

De pronto, dos golpes secos en la puerta de la vivienda. Fabio mira su reflejo en el espejo.

Otros dos golpes.

Entra en el dormitorio, sale al pasillo que corre paralelo a la

barandilla y se asoma. A paso lento desciende las escaleras.

“Alguna vecina de esas que les gusta dar la bienvenida a los nuevos”

Al alcanzar la puerta atisba por la mirilla.

Nadie.

Abre despacio.

El causante de los golpes no está.

Cuando se disponía a cerrar, algo a sus pies capta su atención. Se agacha y se hace con un paquete no más grande que una caja de zapatos de niño. Mira en torno. Un hombre mayor pasea un pequeño perro. Fabio se encamina en su dirección.

—Disculpe. Acaban de dejar este paquete —muestra la caja al hombre—, en la puerta de mi casa —se gira y señala su vivienda—. Es ese chalé de ahí. ¿Ha visto quién lo dejó?

El hombre mayor mira a Fabio, luego a la casa que le indica, de nuevo a Fabio.

—¿Es usted nuevo vecino? —pregunta sonriente.

—Sí, vine ayer y…

—Bienvenido, aquí no somos muchos, en invierno menos, pero se está muy bien y…

—¡Abuelo! ¡Abuelito! —una niña de unos ocho años aparece corriendo— ¡Abuelito!

La niña con el semblante preocupado se detiene frente a su abuelo.

—Me dijiste que me esperabas para pasear a Bola. La abuelita pregunta por ti —suelta con tono de firme riña.

El hombre mira a Fabio, esboza una mueca avergonzada y asiente.

—Ya ve, ni para pasear a un perro vale uno ya.

Carcelén confía en que las siguientes palabras que partan de la boca del hombre estén relacionadas con la pregunta que le había formulado.

—Es nuestro nuevo vecino —dice vuelto hacia la niña.

—Me llamo Nolita, y tú, ¿cómo te llamas?

—Fabio.

La pequeña sonríe, se hace con la correa de Bola, coge a su abuelo del brazo y se marchan a paso lento.

Fabio vuelve a mirar de un lado a otro.

“Alguien tiene que haber visto al que dejó el paquete”

A lo lejos, dos mujeres se despiden frente a la entrada de un chalé. Niega y se dirige a su casa.

Nadie parece reparar en él.

Eso cree.

Nada más poner un pie en el vestíbulo escucha un sonido acampanado que no consigue descifrar.

—¿Qué coño es eso? —suelta vuelto hacia el interior de la vivienda.

Cierra la puerta, deja la caja sobre un aparador y busca el origen del sonido. Algo se ilumina sobre el sofá.

—Puñetero teléfono móvil.

Antes de atender la llamada se queda mirando el aparato con gesto de desaprobación.

—En mi época los hacían mucho más pequeños.

Lee la pantalla

"César Tirol"

—César…

—Buenos días, Fabio, ya deberías tener agua y luz. Tienes suerte de tener un abogado con contactos.

Carcelén lleva la mirada distraída a la caja que ha dejado sobre un aparador.

—Gracias. Oye, ¿tú me has enviado una caja?

—¿Yo, una caja?, ¿cómo que una caja? Yo no te he enviado nada, ¿de qué caja...?

—César, tengo que dejarte.

Cuelga sin apenas darse tiempo a escuchar:

—Pero, qué…

Fabio deja caer el móvil en el sofá. Del bolsillo del pantalón saca el paquete de *Camel,* regalo de su abogado César Tirol la tarde anterior, y un mechero. Sin apartar la recelosa mirada del paquete extrae un pitillo y lo enciende.

No tiene ningún sentido haber recibido un correo y menos aún paquete alguno en una dirección en la que había decidido presentarse la tarde anterior. Ni siquiera César Tirol lo sabía.

"Entonces, ¿quién?"

—Déjate de leches y si quieres respuestas ábrelo de una puñetera vez —se oye murmurar en un firme tono de auto reprimenda.

Fabio apura un par de intensas caladas antes de apagar el pitillo en un cenicero. Desliza una mano sobre su pelo cortado a cepillo, suspira y se dispone a averiguar qué contiene el paquete.

Con la caja entre las manos toma asiento en un sofá del salón, lo sitúa sobre sus piernas y lee la dirección. Es correcta. Vuelve el paquete de un lado y de otro buscando un remite.

Nada. Sólo la dirección.

"No lo ha traído un mensajero"

Rasga el envoltorio con cautela dominando las ganas de romperlo en mil pedazos. Frente a sus ojos una caja de cartón que pudo, originariamente, haber contenido unos zapatos pequeños.

Levanta la tapa.

Lo primero que aprecia es una bolsa de fieltro oscura con un lazo. La coge y deshace la lazada. Atisba el interior.

—No puede ser…

Al volcar sobre la mesa el contenido ve como ruedan dos anillos que conoce muy bien. Con cuidado coge el más fino, lee el grabado:

"Tuyo siempre, Fabio. Comillas 15-10-96"

Niega lentamente con los labios apretados.

Lleva instintivamente la mano a su alianza, la extrae del dedo anular con repentina prisa y busca con la mirada el texto de la cara interna. Un texto que ha releído miles de veces en los últimos años.

"Tuya siempre, Reme. Comillas 15-10-96"

Coge el segundo anillo. Es más grueso que las alianzas. De plata, con piedras incrustadas. Mira en el interior, no por confirmar sus sospechas, puesto que sabe que se trata de un anillo de su difunta mujer, sino por rememorar.

Sí, rememorar…

Rememorar el día en que se lo regaló. Sus primeros diez años de casados.

"Vaya…"

Carcelén esboza una media sonrisa cargada de melancolía y de dolor. De pena y de rabia.

De una rabia infinita.

Una rabia que posee su propia película.

Con los dos anillos sobre la palma de la mano aprieta el puño con fuerza. Con la misma fuerza que oprime sus labios. Baja la cabeza y vuelve a negar.

Rememorar…

De pronto, en su mente se activa la película de aquel día. Un día de invierno inusualmente frío. Se encontraba en el comedor de *El Dueso*. Un funcionario camina entre las mesas con el rostro sombrío.

—Carcelén, el director quiere verte.

El preso mira la bandeja con la comida sin apenas tocar.

—¿Ahora?

—Sí, es importante. No te preocupes por la comida.

De camino al despacho del director intentó sondear al funcionario en busca de alguna información que le aclarase el motivo de la extraña llamada, sin éxito alguno.

Fabio Carcelén recuerda aquel día como si estuviera en este preciso momento recorriendo los pasillos de *El Dueso*. La entrada en el despacho del director. Observa que en lugar de su semblante amable asoma un rostro apagado, sombrío. Una mirada cubierta con un velo de tristeza, de pena.

Se pone en pie, agita con vehemencia la cabeza como si con ese gesto sacudiera los fotogramas de la película que narra la peor noticia que ha recibido en su vida. Sí, peor, mucho peor que la de su condena.

A paso lento se acerca a una de las ventanas del salón. Ve su rostro compungido reflejado en el espejo.

Rememorar...

—Siento comunicarle que su mujer ha fallecido.

Igual que aquel maldito día, hoy tiene que tomar asiento al recordarlo. Abre la mano con lentitud, observa los dos anillos de Remedios. Su rostro torna serio. Vuelve a apretar el puño con firmeza, con furia, con intensa rabia.

De repente, de su garganta parte un alarido inhumano, animal. Poco a poco recupera la calma, afloja el puño y mira con dolor los anillos. Unos anillos que no deberían estar ahí, porque según le dijo el director de *El Dueso* no se pudo recuperar nada de lo que Remedios llevaba el día de su accidente.

Ni siquiera los anillos.

Gira el rostro buscando con la mirada la pequeña caja de zapatos. De dos amplias zancadas vuelve a tomar asiento en el sofá frente al paquete recibido esa misma mañana, escruta el interior.

Un sobre.

Lo coge.

Debajo, dos fotografías.

Deja el sobre a un lado encima de la mesa y se hace con las instantáneas. En la primera de ellas destaca sobre el rostro amable del novio la sonrisa franca, abierta de la novia. Sí, reconoce el día de su boda y el preciso momento en que su amigo Tasio les sacaba varias fotografías como esa.

La segunda…

La segunda es diferente. Nada de sonrisas. Sólo un cuerpo, el de Remedios, tumbada sobre una cama, vestida con elegancia, tal y como la recuerda. Ojos cerrados.

Fabio observa con interés cada centímetro de la imagen.

“No lleva los anillos”

Da la vuelta a la foto. Hay una fecha.

“8 febrero 2018”

Fabio siente como su corazón se acelera con brusquedad.

—¿Ocho de febrero…? —murmura incrédulo.

El día que el director de la prisión le comunicó el fallecimiento de su mujer fue el 12 de febrero de 2018. Sus palabras fueron:

—Hace tres días la policía encontró el cuerpo sin vida de su mujer, Remedios Palacio. He sido informado esta misma mañana porque resultó complicado identificarla debido al estado… al estado en que fue encontrado. Yo…

Fabio dejó de escuchar al director. Si su vida había perdido el sentido desde el día que le notificaron la sentencia, la muerte de Reme ponía fin a cualquier motivación por continuar adelante. Es cierto que

tiene dos hijos a los que no ha vuelto a ver desde el día que…

Sí, desde ese mismo día.

Con la foto entre las manos vuelve a leer la fecha.

—8 febrero 1918… Si al director le informaron bien, la foto fue tomada el día anterior de su muerte —susurra.

Vuelve a prestar más atención a la imagen de su mujer con los ojos cerrados, relajada. Una postura diferente.

—Como si te hubieran colocado así —desliza una mano por la cabeza—, como si estuvieses... muerta.

Sobre el sofá se halla el teléfono móvil. Lo coge y pulsa el contacto de César Tirol.

A la tercera llamada contesta.

—Me alegra que me llames, Fabio, antes me colgaste. ¿Qué es ese paquete que…?

—¿Qué sabes de la muerte de mi mujer?

Durante unos interminables segundos se hizo el silencio en la línea.

—¿De Remedios?

—Sí, claro, no he tenido otra.

Nuevo silencio.

—Disculpa, César. ¿Se hizo una autopsia? ¿Se sabe con certeza el día que falleció?

—Perdóname tú, podía esperar cualquier pregunta menos esta. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Respóndeme, por favor.

El abogado suspira un par de veces antes de asimilar la extraña conversación.

—Sí, se hizo por cuestiones legales, pero apenas se pudo determinar nada debido al estado de su cuerpo. ¿Recuerdas que te lo quise comentar?

—Sí, sí, verás…

—¿Qué te inquieta? Me estás preocupando ¿Es por esa caja que me preguntabas antes?

Carcelén desliza su enorme mano por el rostro.

—Sí. Tengo los anillos de Reme.

—¿Cómo? —el abogado no da crédito—. No se pudo salvar nada de lo que llevaba. No es posible, ¿seguro que…?

—Son sus anillos, César —afirma con vehemencia—, y también hay una foto de Reme del día anterior a su accidente y juraría que…

Una vez más el silencio envuelve a abogado y cliente. César Tirol permanece callado confiando en que Fabio finalice la frase.

—… juraría que en esta foto ya estaba muerta. Luego te llamo.

Cuelga.

Vuelve su interés al contenido de la caja.

El sobre.

Un sobre blanco sin dirección ni remite.

Rasga un extremo y lo ahueca. Escudriña con cautela, como si temiera que lo que hubiera dentro pudiese saltar sobre él.

Ve una cuartilla doblada. Tira de ella.

Desdobla la hoja.

Hay un breve texto:

"*Deja las cosas como están.*

No hay nada que perder excepto la vida"

12

Sixto Noriega

Sixto Noriega no ha pasado una buena noche. Si no fuese suficiente saber que tu antiguo socio estaba en libertad, tuvo que lidiar con la feroz insistencia de su mujer respecto a la conversación que mantuvo con su abogado, Servando Linar, y respecto a algo más, algo que había dolido a Ceci:

—¿Por qué me echaste de tu despacho como si fuera una… una…? —soltó la pregunta envuelta en rencor, sin encontrar la palabra final que reflejase cómo se sentía.

Como si fuera una…, ¿una zorra?, ¿una fulana?, ¿una puñetera criada? Sí, cualquiera valía, se le ocurrían algunas más. Ceci realmente estaba muy dolida.

—Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora, si no te importa, déjame trabajar un rato antes de acostarme —bajó la vista a los papeles desplegados sobre la mesa.

Definitivamente la actitud de su marido no ayudaba a disminuir su dolor. Abandonó el despacho dejando a cada paso evidentes muestras sonoras de su monumental enfado.

No, sin duda que no había sido una plácida noche. Quizá el día de hoy le trajera alguna buena noticia. Sixto llegó a sus oficinas el primero, como de costumbre. Necesitaba leer la prensa digital, la escrita apenas traía más que un titular en relación a su exsocio. A los informativos de las televisiones no parecía que la noticia que más le preocupaba a él les importara una mierda.

—Quizá sea mejor así… —sisea mientras trastea en el ordenador —. Veamos…

Con un doble clic se abre frente a sus ojos la información que busca en el *diario Alerta.*

“Ayer fue puesto en libertad Fabio Carcelén tras pasar diez años encarcelado de los diecisiete a los que fue sentenciado. El adelanto de su salida de la prisión de El Dueso ha sido fruto de su buen comportamiento y al convencimiento de que su puesta en libertad no supone ningún peligro para la sociedad. Por otro lado, el juez…”

“¿Cómo coño has salido, cabronazo? ¿Por buen comportamiento? No me lo creo, siempre fuiste un bravucón”

El actual director y presidente de la que fuera constructora NORCAR, hoy día NORIEGA PROCONS, continúa buscando más información. Quiere saber más, mejor dicho, *necesita* saber más, leer entre líneas.

Descuelga el teléfono.

—Margarita, un café, por favor.

La secretaria esboza una media sonrisa al aparato y a sus compañeras.

—¿Ha dicho por favor?

—Sí, eso ha dicho, parece que hoy tiene un buen día.

Sixto despliega en la pantalla *El Diario Montañés* por la noticia que acapara toda su atención.

Lee:

“…*Carcelén siempre mantuvo su inocencia a pesar de la aparente contundencia de las pruebas en su contra. En conversación mantenida con este periodista el constructor afirma que no tiene intención de remover el pasado porque nada puede aportar a una posible reapertura del caso, no obstante…”*

Dos suaves golpes en la puerta.

—Pase.

La eficiente secretaria deja el café sobre la mesa.

—Me he permitido traerle un par de sus pastas favoritas, don Sixto.

—Gracias… —susurra sin separar la vista del monitor.

Se ajusta la corbata con gesto mecánico, elimina unas inexistentes arrugas de su impecable camisa y vuelve a bucear en el ordenador en busca de todo lo publicado sobre la puesta en libertad de su exsocio.

—¿Que no va a remover el pasado? No me lo trago… —susurra al repasar el artículo de *El Diario Montañés.*

Una hora más tarde, con su segunda taza de café sobre la mesa, está

mucho más tranquilo. Todo lo que ha leído se refiere a Fabio Carcelén. Ni una sola línea dedicada a él. Nadie lo nombra.

—Bien, esto me da cierto margen de maniobra.

La puerta del despacho se abre. Ceci accede al interior visiblemente afectada.

—¿Te has enterado, querido? Imagino que sí.

Sixto apenas le dedica medio segundo de atención.

Ceci observa el semblante concentrado de su actual marido rodea la mesa y mira el monitor. Aún continúa abierto el artículo de Torquemada.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿No le quedaban ocho o diez años? ¿Por qué sale ese… ese… ese…? —vuelve a rodear la mesa, se detiene frente a Sixto con los brazos en jarras— ¿Qué vamos a hacer?

El constructor niega con la cabeza.

—Sixto, te estoy hablando —suelta molesta—. Sixto, ¿me vas a decir qué va a pasar ahora?

El hombre separa la vista del ordenador. Su rostro inicialmente congestionado ha dado paso a una versión más calmada con el repaso al artículo del periodista Marcelo Torquemada.

—Sé lo mismo que tú. Ha salido de prisión por buen comportamiento y tendrá que presentarse cada quince días, en fin, nada que deba preocuparte.

La pareja se observa en silencio. Hay reto en sus miradas.

—¿Nada que deba preocuparme?, ¿seguro? —quiere saber, incrédula.

—Así es. Tengo trabajo, querida.

—Me juego mucho, Sixto. Así que no me digas que no tengo nada de lo que preocuparme —expone dispuesta a enfrascarse en una nueva discusión.

Noriega mira a su mujer unos segundos, como si se tratara de la primera vez que la ve. Niega levemente y vuelve a llevar su interés al ordenador.

De la boca de Cecilia parte un sonido ininteligible. Frunce con fuerza los labios, gira sobre sí misma y abandona el despacho alterada.

Muy alterada.

Sus sospechas del día se confirman. Conociendo a su marido como creía conocerle no está siendo sincero.

“¿Por miedo?, ¿por desconfianza?”

Camina con paso firme rumbo a su despacho. Entra y cierra la puerta. Con la mirada más allá de las cuatro paredes asiente repetidamente, como si acabara de tomar una firme decisión. Su rostro dibuja una fina sonrisa de complicada interpretación.

—Sixto, no me conoces como crees, yo también tengo mis fuentes...

13

El día está siendo bastante ajetreado para los inspectores. Después de despedirse de Torquemada y Gilda decidieron quedarse a comer en Comillas.

—No tengo ganas de sentarme a comer en una mesa, ¿te apetecen unas raciones? —pregunta María de nuevo en el BMW x6.

Diego observa el perfil de su compañera. En su semblante una mueca irónica.

—¿Cómo comes tú las raciones? ¿De pie?

La inspectora vuelve el rostro, extrañada.

—¿Cómo qué…? —deja la pregunta en el aire porque ya no necesita respuesta—. A veces no sé si hablas en serio o…

—Totalmente en serio, María. Cuando no comes en una mesa…

—Pero, cómo te gustan estas cosas, ¿eh? Quiero decir que no tengo ganas de menús y que prefiero unas raciones.

Olivares sonríe y se retrepa en el asiento.

—¿Ves? Así, bien explicado nos entendemos mucho mejor.

María suspira al tiempo que niega.

—Vamos a acercarnos a La Corriente, ¿te apetecen unas rabas, unos bocartes, un chorizo a la sidra y…?

—Tienes hambre, ¿eh?

—Mucha, mucha, mucha —conviene divertida.

Cinco minutos más tarde acceden al bar La Corriente, situado en la calle del mismo nombre, muy cerca del cruce principal de Comillas. El tiempo acompaña para comer en la acogedora terraza.

—¡Marcos! —María agita la mano en el aire.

Marcos es una de las cabezas visibles del negocio familiar.

—Mi inspectora favorita… —apunta sonriente.

—Menuda guasa os traéis en el pueblo con lo de mi inspectora favorita, si no conocéis a ninguna más —se gira hacia Olivares–. Es mi compañero, Diego.

Tras los saludos de rigor y pedir lo que la inspectora ya traía en mente se formuló una pregunta que a juicio de Pinta era la clave del caso…

—… o de los casos, Diego —con calculados movimientos se ajusta

una coleta alta—. El accidente de Noriega y los cadáveres del chalé de Carcelén tienen que estar relacionados.

Olivares cruza las piernas.

—Dos quintos de Estrella Galicia —dice Marcos dejando dos botellines sobre la mesa.

—Gracias, Marcos.

Diego apura un pequeño sorbo.

—Lo que me sugiere desde la distancia de los hechos…

María no puede evitar sonreír por la frase.

—Sí, perdona, sigue.

—Bien, decía que ha debido suceder algo que ha hecho estallar todo.

Pinta deja el botellín sobre la mesa tras darle un sorbo.

—Por estallar todo te refieres al supuesto accidente y a los cadáveres. Ese algo que dices es el que ha provocado en apenas una semana estas muertes, ¿no es eso?

Olivares asiente.

Era eso y no era sólo eso.

—Menos de una semana, María. Recuerda que Torquemada nos ha dicho que habló con Carcelén el primer día de su salida de prisión, que pensaba seguir hablando al día siguiente y que no lo consiguió.

—O había desaparecido ya o no quiso contactar con él.

—Exacto. Piensa que Claudia ha dicho que los cuerpos del chalé de Carcelén llevaban al menos cuarenta y ocho horas sin vida.

—Las rabas y los bocartes —Marcos deja dos platos bien cargados sobre la mesa ante los ojos hambrientos de Pinta.

—Gracias, qué ganas —dice María que se hace con una raba en cuanto el plato roza la mesa.

—Parece que nuestra inspectora favorita tiene hambre. Ahora viene el chorizo a la sidra —dice Marcos camino del interior del bar.

—Cómo son con lo de inspectora favorita —esboza una sonrisa tímida.

—Son sinceros, aunque sea cierto que eres la única que conocen.

María observa a Diego sin dejar de masticar. En su rostro una mueca de duda. No sabe si acaba de escuchar una ironía.

—Bueno, a lo que íbamos. ¿Qué relación une al abogado con esos dos… sicarios?, porque es lo que parecían. ¿Por qué no está Carcelén? ¿Los ha matado él?

Olivares queda en silencio mientras da buena cuenta de un bocarte.

—Como bien decías antes, aún no sabemos si hablamos del caso o de los casos. Hemos estado en la empresa de Noriega, su segundo, el tal Alejo Garrido, era un tipo extraño que…

—El chorizo a la sidra.

Una conocida de la inspectora se acerca hasta la mesa.

—¿Has visto, María? Sale de *El Dueso* el tal Carcelén y a los pocos días su socio muere en un accidente.

María la observa sin añadir palabra. No debe. Para no hablar lleva un bocarte a la boca.

—¿Llevas el caso?

Pinta niega mientras se limpia los labios.

—De momento, está todo muy reciente y habrá que esperar, May.

—Lo entiendo. Sé que estando tú en el caso lo solucionáis en un santiamén. Os dejo comer.

—Sí que confían en ti, compañera. No es para menos —Diego lleva una raba a la boca.

María lo observa con una mirada llena de dudas.

"¿Otra ironía?"

La pequeña terraza comienza a llenarse.

—Verás cuando se enteren de los tres cadáveres de casa de Carcelén —murmura la inspectora.

—Va a ser un caso claro para la prensa —mira en torno—. Viendo cómo se va poniendo esto de gente será mejor que dejemos el trabajo para después.

Eso hicieron.

Tras dar buena cuenta de las raciones se despidieron de Marcos, de amigos y conocidos de la inspectora y subieron al coche, rumbo a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

Esa era la idea.

No había arrancado María el BMW cuando Diego formuló la pregunta: —¿No dijo tu enamorado que había hechos fotos?

La inspectora volvió el rostro. Permaneció unos instantes mirando fijamente a su compañero, lentamente comenzó a asentir.

—Sí, es verdad, además nos las ha ofrecido. Así podemos ir adelantando hasta que Científica nos dé las suyas —arranca el coche y chasca los labios.

—¿Qué pasa?

—Espero que el teniente Cortado no se las haya requisado.

—Sería capaz —Diego señala al frente—. La comisaría de la Local está por aquí, ¿no?

El BMW rodeaba la Fuente de los Tres Caños.

—Sí. Ahí, detrás del nuevo Ayuntamiento.

Pinta detiene el vehículo. Olivares se dispone a bajar.

—Espera un segundo, Diego —pide con el móvil en la mano.

Genaro Gómez escucha una vez más el relato del subinspector

Sánchez a sus compañeros acerca de las vivencias de esa misma mañana. Desde que regresaron del chalé de Carcelén había repetido la historia no menos de cuatro o cinco veces. Acababan de llegar de comer y vuelta a empezar con cada nuevo oyente.

—Nunca había visto algo así, era una puta masacre. ¿verdad, Genaro? Una puta masacre.

El aludido asiente. Otra vez le tutea, señal inequívoca de que se halla relajado y muy a gusto. Su móvil suena.

"María"

Se incorpora y sale al exterior, la Plaza del Ángel.

—¿Sí? María, ¿todo bien?

—Hola, Genaro. Acabamos de aparcar en Tres Caños. ¿Podemos hablar un momento? Mejor con un café que en tu comisaría.

—Sí, claro, le digo al subinspector Sánchez que…

—No hace falta que le digas nada, será sólo un momento. ¿Podrás?

Genaro dedica unos segundos a la imagen del subinspector. Lo ve entretenido. Sólo será un momento.

—¿Genaro? Si no puedes, vamos a…

La voz de María borra a Sánchez de su imaginación.

—Sí, sí, María, no hay problema.

—Te esperamos en la taberna de Mili.

Genaro recorre los cinco metros que le distancian de su comisaría, entra y mira a un lado y a otro. El subinspector sigue siendo el centro.

—Si preguntan por mí, ahora vengo, estoy donde Mili —dice a un compañero en un susurro.

En la Taberna de Tres Caños los inspectores aguardan la llegada de Genaro con sendos cafés sobre la mesa, y con Mili que se despide para atender a unos clientes.

—Hola… —suelta con timidez. Aún no se acostumbra a asimilar que hace pocos meses salvó la vida de Olivares y quién sabe si también la de María.

—Hola, Genaro. ¿Te apetece tomar algo? ¿Un café?

—Sí, lo necesito.

Mientras llega el café, Diego repite la pregunta que minutos antes había formulado a su compañera.

—Antes dijiste que habías hecho fotos, ¿no?

El oficial de la Local se retrepa en la silla.

—Sí, quise documentar el escenario por si pudiera servir en la investigación. ¿La lleváis vosotros?

—Parece ser que sí. El teniente Cortado no ha planteado ningún problema como en otras ocasiones —apunta la inspectora.

Genaro saca el móvil, trastea unos segundos con él, localiza las fotos y mira a los inspectores.

—¿A quién…?

Su intención inicial era entregar su móvil directamente a María, pero se contuvo a tiempo, bastante tenía con las habladurías que corrían por Comillas.

—Tu café, Genaro.

—Gracias, Mili.

Claro que le gustaba María, y mucho, además, pero sólo lo había confesado a su abuelo. Era consciente que no tenía opciones, tampoco lo iba a intentar, pero…

A un gesto de Diego, María se hizo con el móvil.

—Veréis que uno de los fallecidos viste con traje y corbata y los otros dos parecen fuera de lugar en un chalé como ese.

—Esa impresión nos dio a nosotros también.

Durante varios minutos la inspectora analiza cada fotografía con profundo interés.

—Parece que hubo una buena pelea —Genaro ladea el rostro—. No creo que el individuo de la corbata matara a los otros dos. Falta alguien más.

—Son muy buenas las fotografías, muy buenas. ¿El teniente Cortado sabe que las has hecho? —pregunta sin dejar de mirar el móvil de su amigo de la infancia.

Genaro niega con la cabeza.

—No, nadie me ha preguntado. La Científica tendrá las mismas o similares con mucha más calidad y detalle. Al subinspector Sánchez no le hacía mucha gracia que documentara la escena.

—Te entiendo, es de otra época —interviene Olivares con el brazo extendido para hacerse con el teléfono.

—¿Te importaría mandármelas al móvil? —pide María con media sonrisa.

Durante un par de segundos Genaro mira esa sonrisa sin despegar los labios. Olivares no pierde detalle de la escena sin apenas levantar la mirada de la pantalla de su teléfono.

“Enamorado y gran tipo”

—Eh, sí, sí, claro. Ahora mismo. Os las mando a los dos.

Cinco minutos más tarde los tres policías se despiden, cada cual rumbo a su comisaría correspondiente.

—Es un gran tipo —repite Olivares, esta vez en voz alta, dentro del coche.

María asiente.

Diego opta por cambiar de tema.

—Ese que decía Genaro que falta podría ser Carcelén.

—Sí, quizá no sea el único que falte —apunta la inspectora mientras accede al Paseo de Estrada rumbo a Cabezón de la sal, de

ahí, la A-8 a Santander.

—¿Qué quieres decir?

Pinta frunce los labios, mira a Olivares y vuelve la vista al frente. Se toma su largo minuto para responder. No por desconocer una respuesta apropiada, sino más bien por seleccionar la más pertinente. Se le ocurrían demasiadas, y eso no era aconsejable para la investigación.

Cuando finalizó la maniobra de adelantamiento, suspiró.

—A ver, apenas llevamos un día con este caso… —calla unos segundos— o casos. No sabemos si fue antes el huevo o la gallina, y así es complicado… —queda en silencio de nuevo.

La inspectora gira el rostro buscando a su compañero. Su cara de extrañeza le hace emitir una sonora carcajada.

—Sí, sí perdona, es que no me entiendo ni yo.

—Creo saber por dónde vas, pero prefiero esperar a que me cuentes eso de la gallina y del huevo —señala sonriente.

Otro adelantamiento más tarde toma la palabra de nuevo.

—No te burles, Diego. Lo que quiero decir es que no sabemos si el supuesto accidente de Sixto Noriega está relacionado con los tres cuerpos del chalé de Carcelén.

—Es muy posible que lo esté.

—Sí, sí que lo es, pero lo que me pregunto es si Noriega huía de casa de Carcelén, si fuese así se tomó su tiempo, o si Carcelén hizo huir a Noriega y le sacó de la carretera.

Diego parecía dar vueltas a las dudas de María. No contaba con una respuesta satisfactoria, sólo preguntas y más preguntas.

—¿Te das cuenta que en sólo unas horas tenemos seis cadáveres? Hay mucha gente implicada—insiste Pinta con sus dudas.

—Seis, de momento. Algo me dice que no serán los últimos —coge el móvil y vuelve analizar las fotografías de Genaro—. Coincido contigo en que se van abriendo varios frentes y que debemos localizar el detonante inicial. Te propongo que en cuanto entremos en la comisaría nos metamos en una sala y comencemos desde el principio.

—Me parece muy buena idea, compañero.

Media hora más tarde, tras poner al día al comisario Fausto Redondo, los inspectores María Pinta y Diego Olivares acceden a una sala, la misma en la que analizaron los movimientos del asesino de Monte Corona. Las mismas pizarras magnéticas les aguardaban.

La inspectora queda como abstraída mirando las pizarras. Rodea la amplia mesa central y coge un rotulador.

—Me da cierta relajación verlas en blanco. Es como si ninguna de las dudas que tengo importaran.

—Empezar de cero.

—Eso es.

La secretaria del comisario, Cruz Perales, accede a la sala. En la mano porta una carpeta con la documentación que los inspectores le han solicitado apenas una hora antes de camino a la Jefatura.

—Aquí lo tenéis —entrega una carpeta a cada inspector

—¿Ya? —exclama asombrado Olivares—. El comisario no sabe lo que tiene contigo.

El regordete rostro de Cruz forma dos hoyuelos. Esboza una disimulada sonrisa agradecida.

—Os he conseguido al menos lo más importante. Respecto a las obras que se hacían en Isla por aquel tiempo, aún…

—No te preocupes, Cruz, ya lo miraremos nosotros —señala Pinta mientras hojea el contenido de la carpeta—. Muchas gracias, eres una joyita.

La secretaria abandona la sala y María regresa junto a la pizarra, rotulador en mano.

—¿Empezamos?

—Vamos allá.

—Todo parece que comienza con la puesta en libertad de Fabio Carcelén.

Olivares se hace con una foto del expresidiario de la carpeta de Cruz y se la entrega a Pinta.

—Bien…

Con la instantánea en la pizarra, escribe encima:

“Fabio Carcelén”

Y debajo:

“Exsocio de Sixto Noriega”

Diego hace ademán de entregarle una foto de Noriega.

—Pensaba plantearlo por separado, Diego, a ver si de esta manera vemos más claramente qué les une.

Diego despliega el contenido de la carpeta sobre la mesa. Fija la mirada en dos instantáneas. Una de un hombre, la otra de una mujer. Remedios Palacio y César Tirol. Esposa y abogado del que ha sido elegido como punta de lanza de la investigación: Fabio Carcelén.

Olivares coge una de las hojas de la carpeta y lee:

—Remedios Palacio fallece con 44 años en un accidente de coche. Tuvo mucha presencia en los medios defendiendo a su marido.

—Lo recuerdo.

—Tienen dos hijos. Elia, de veintitrés años en la actualidad y Jorge de veinticinco.

Los dos policías llevan sus miradas al unísono a la fotografía de César Tirol, a priori no parece que Remedios tenga mucho que decir en este caso.

No, no lo parece.

María coge la foto del abogado.

—Me pregunto qué tipo de relación tenían Carcelén y Tirol. ¿Qué hacía en su casa?

14

Segundo día en libertad

Fabio Carcelén permanece inmóvil. La breve nota entre sus dedos. Se frota la cara con una mano y vuelve a leer:

"*Deja las cosas como están.*

No hay nada que perder excepto la vida"

Los anillos de Reme, anillos que nadie debería tener. Sus dos fotografías, la breve amenaza. No, una amenaza nunca es breve si aúna todo el poder, todo el impacto que su emisor confía en provocar.

Esta escueta nota lo aunaba.

Quizá no como quién quiera que la haya enviado desea. Carcelén no tiene miedo, ni siquiera está preocupado. Lo que está es jodido y cabreado.

Muy cabreado y muy jodido.

Cuando murió su mujer, un año atrás, nada parecía casual. Ni que su coche se despeñara. Ni que no aparecieran sus anillos, ni que…

El móvil comienza a vibrar sobre la mesa. Fabio lanza sin mucho interés una mirada a la pantalla.

"Número desconocido"

—¿Cómo es posible que alguien tenga este número?

El móvil sigue sonando. Fabio duda sin dejar de mirarlo.

El timbre de la puerta acude en su ayuda. Lanza otro rápido vistazo al pequeño aparato, deja la nota sobre la mesa y se encamina con paso firme a atender la llamada, cabreado, sí, muy cabreado, espera ver al otro lado al que trajo la caja. Aferra con fuerza la mano sobre el picaporte y tira con energía.

—¡¿Quién…?!

Durante unos intensos segundos Carcelén y Tirol se miran sin abrir la boca. Uno, lamentando que no se tratara del mensajero. Otro, inmóvil, como congelado, con los ojos exageradamente abiertos ante los ciento ochenta y cinco centímetros y ciento cinco kilos de peso en un rostro serio, en un semblante de tener pocos amigos.

O ninguno.

—¿Estás bien… Fabio?

Carcelén se echa a un lado y deja pasar a su abogado que llega con varias bolsas de *Mercadona*.

—Supuse que no habrías hecho la compra —apunta mientras accede al interior de la vivienda—. De haber sabido que ibas a instalarte aquí me hubiera encargado de que no te faltara de nada —señala detenido en el vestíbulo.

Carcelén coge las bolsas de las manos del abogado y se encamina hacia la cocina.

—Gracias, no tenías que haberte molestado.

César se asoma al salón y ve una pequeña caja sobre una mesa, da media vuelta y con pasos cortos y nerviosos alcanza a Carcelén.

—¿Esa caja del salón es la que…?

El expresidiario asiente mientras va extrayendo el contenido de las bolsas: dos botellas de aceite de oliva virgen extra, un paquete de azúcar, varios tipos de pasta, café, leche, carne…

—Es sólo una compra de supervivencia. Si quieres nos acercamos a por lo que falte —señala con el dedo pulgar sobre el hombro—. ¿Has podido averiguar algo? ¿Sigues pensando que se trata de los anillos de Remedios?

Fabio va dejando las cosas sobre la encimera con movimientos lentos. Las cervezas y mantequilla en la nevera. Varias latas, garbanzos, fabada, atún, mejillones en un estante.

Como respuesta ofrece una rápida mirada de enfoque lejano, ausente. Su intenso cabreo de apenas unos minutos antes ha dado paso al dolor, y del dolor a los miles de preguntas para las que no tiene respuesta.

"¿Y si la nota no es una amenaza…"

—¿Sabes algo de los anillos de Reme? —pregunta al aire mientras cruza frente a un desconcertado Tirol de regreso al salón.

César queda tocado, ya le dijo por teléfono que nada se pudo recuperar del cuerpo de su mujer, entonces…

—¿Por qué me vuelves a preguntar…? ¿Qué voy a saber que no te haya dicho ya? —suelta sus dudas envueltas en capas de incredulidad y temor. Lleva su menudo cuerpo a una butaca, se deja caer con lentitud y rebota la mirada entre los anillos depositados sobre la mesa y el perfil de Fabio.

Carcelén introduce la mano bajo un cojín del que asoma el extremo de lo que parece ser un sobre y se lo entrega a su abogado.

César Tirol no necesita comprobar el destinatario del sobre, le ha bastado con reconocer el logotipo del Ayuntamiento de Comillas. Lo coge y lo mira como si se tratase de un viejo y difícil amigo al que aún no ha presentado a su anfitrión.

Asiente.

Con los labios apretados baja la mirada al sobre.

—Verás… no es nada extraño, Fabio, eh…

Carcelén lo observa con desgana. En el fondo poco le importa lo que le pueda contar. Su cabeza está en los anillos y en encontrar una explicación plausible.

Sin embargo…

Fabio blande la carta en el aire antes de lanzarla sobre la mesa. Su tono suena entre cabreado y jodido.

—¿Estás empadronado aquí, César? ¿En mi casa sin yo saberlo? —silencio durante unos intensos segundos—. Imagino que no estabas instalado porque parece que hace tiempo que no vive nadie —nuevo y cortante silencio—, ¿o me equivoco?

El menudo abogado levanta la cabeza y lleva la mirada por un escaso segundo a los ojos de Fabio y de nuevo al sobre. Sabe que lo que va a confesar no le va a gustar nada.

—Te escucho.

Tirol se retrepa en el asiento al tiempo que introduce una mano en el bolsillo de la americana y extrae un paquete de *Camel.*

—¿Un cigarrillo, Fabio? —extiende el brazo ofreciendo un pitillo. En su rostro una extraña mueca que pretende ser una franca sonrisa. De esas de cuando te lo cuente te vas a reír, de todo está bien, de no pasa nada porque somos amigos, ¿no? Pero queda como lo que es, una extraña mueca de complicada interpretación.

Fabio niega lentamente.

—Fue idea de Remedios —suelta como sin darle importancia justo antes de llevar el cigarrillo a los labios y prenderlo. Como diciendo qué te voy a contar a ti, ya sabes, cosas de mujeres, Fabio.

No, Carcelén no sabía nada de cosas de mujeres. Se echa hacia delante, coge los anillos de su difunta mujer y los sostiene con mimo.

Está esperando.

Está dudando. ¿De qué? De todo. De la puta vida, de su puñetera suerte, de sus amigos.

De su abogado.

Aunque no sabe de qué tiene concretamente que dudar.

Pero, duda.

—Te preguntas que por qué aparece mi nombre en la dirección de tu casa, ¿verdad? —expone tras una intensa calada. De nuevo ese gesto extraño en su rostro.

Carcelén continúa sosteniendo los anillos, sí, con mimo, con mucho mimo. Sin embargo, su *sombra* tiene otra idea, otros planes. Niega sin dejar de mirar los pequeños aros.

Respira con intensidad y con calma.

Una calma que comienza a escasear.

Una calma a la que se aferra para no saltar sobre su abogado,

cogerlo de la pechera y estamparlo contra la pared una y otra vez hasta que termine de soltar lo que tanto parece que le cuesta.

Vuelve a negar levemente.

Es un expresidiario.

Un expresidiario en libertad por buena conducta. Sí, *ex*, no quiere que le quiten ese *ex*. No estaría bien que se dejara llevar por…

—Sí, eso es lo que me pregunto —asiente esforzándose por no escuchar a su *sombra*. La misma *sombra* que cada noche en prisión le trazaba un plan de venganza para cuando saliera en libertad.

Tirol cruza las piernas. Había llegado el momento.

—Fue unos dos años antes de que falleciera.

—Que la mataran … —escupió Carcelén con la mirada en los anillos.

—No hay ninguna evidencia que señale en esa dirección, todo apunta a un accidente y…

—Sigue.

El abogado se aclara la garganta, da una última calada y apaga el pitillo en un cenicero.

—Bien, eh... Remedios no quería que por algún motivo os quitaran todo y me pidió que…

—¿Que compraras esta casa?, ¿sin decirme nada? —pregunta extrañado.

—No, no. No he comprado nada, sólo está a mi nombre.

Carcelén ladea el rostro. Sin duda no ha oído bien. Deja los anillos sobre la mesa y clava su mirada en el menudo abogado que parece encogerse más aún con el paso de los minutos.

—¿Cómo dices?

Tirol busca las palabras adecuadas con la mayor celeridad posible, lo único que consigue es que salgan atropelladas de su boca.

—Bueno, ella no quería que te dijera, que…

—¿Me estás diciendo que mi mujer te regaló este chalé que yo compré para ella? —Fabio se pone en pie. Su *sombra* insiste en su particular idea: acción— ¿Es eso?

César continúa buscando las palabras correctas. La boca a medio abrir.

—¡Que, si es eso, coño!

César cabecea lentamente.

—Porque si es eso. ¿Estabas liado con ella y…? —niega con vehemencia ante su propia pregunta, incrédulo— No, no, Reme no… —vuelve a llevar su mirada cada vez más encendida a su abogado.

Tirol sacude las manos en el aire para dar mayor énfasis a sus palabras.

—No, por Dios, Fabio, ¿cómo se te ocurre pensar que ella y yo…?

El antiguo empresario asiente. En su rostro un atisbo de sonrisa.

—Llevas razón. En algo estamos de acuerdo. No tendría ningún sentido.

Carcelén vuelve a sentarse. Ha ganado otro asalto a su *sombra*.

—Te escucho.

—Verás, es sencillo, Fabio, muy sencillo… —asegura mientras vuelve a buscar una postura que no encuentra—, quizá está sencillez es lo que te extraña.

—Pero aquí estas tú, mi abogado, para explicármelo. Insisto, te escucho.

César carraspea antes de empezar a hablar y coge el paquete de *Camel* otra vez.

—No.

El abogado levanta la vista de la cajetilla,

—¿Cómo? ¿No…?

Fabio se sienta en el borde del sofá.

—Que no vuelvas a perder tiempo cogiendo un pitillo, que me ofrezcas uno, que lo enciendas… Me estoy cansando del numerito.

César se levanta, se frota las manos a falta de un cigarrillo que controle sus nervios, y se aleja un par de pasos en dirección a una de las ventanas del amplio salón.

—Ya le dije a Remedios que no te iba a gustar la idea, que debería hablar contigo primero, pero no me hizo caso —esboza una media sonrisa—, ya sabes cómo era cuando se le metía algo en la cabeza.

—Sigue.

—Me dijo que la pusiera a mi nombre. Una donación en vida. Pensaba que era la única forma de que tuvieras algo al salir de la cárcel por si a ella… por si os embargaban las propiedades o... por si a ella le pasaba algo

—Me cuesta creerte ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? ¿Por eso te extrañó que decidiera venir aquí sin darte tiempo a que revisaras el correo? ¡¿Eh?!

El semblante de César Tirol es fiel reflejo de la angustia que le embarga. No sólo por ver el rostro encendido y el tono acusador del que considera no sólo cliente sino amigo.

No, había algo más.

Ese algo tenía que ver con la fidelidad bien entendida. Con la confianza generada por el paso del tiempo.

Sí, seguía habiendo algo más.

Miedo.

Miedo a la reacción de Fabio. Sabía que era un hombre que no se pensaba dos veces sumar un par de puñetazos a un argumento. En su descargo había que añadir que en la mayoría de los casos la otra opción pasaba por mirar para otro lado. Opción que no estaba reflejada en el diccionario de Carcelén.

Fidelidad…

El abogado regresa a la butaca. En cuanto su trasero contacta con el almohadón estira el brazo con celeridad y coge un pitillo que enciende, también con celeridad. En esta ocasión no se trataba de demorar unos segundos la respuesta en busca de palabras adecuadas que no alterasen al marido de Remedios Palacio.

Sí, el marido.

Fidelidad…

Tras un par de intensas caladas y ante la gélida mirada de Carcelén sobre un rostro próximo a explotar se lanzó a hablar.

—Verás, tu mujer estaba ahogada por las deudas. Ella no quiso decirte nada para no preocuparte —otra intensa calada. Al recién nacido *Camel* le quedaba poca vida—. Tampoco le diste ocasión al negarte a que te visitara.

—¿Y tú?, ¿por qué no me lo dijiste tú?

Tirol está viviendo uno de los peores momentos de su vida.

—Por fidelidad a Remedios. Sí, no me mires así. No es lo que estás pensando.

El gesto de Carcelén se suavizó con las últimas palabras del acongojado abogado.

—Los juicios perdidos. Que la prensa no se olvidara de ti, mantener tu caso en primera línea cada día, cada mes, cada año, todo genera un costo brutal, Fabio —lo expuso de corrido, como si temiera que si hacía una pausa no encontraría el valor de seguir.

—Sólo sabía lo que me contaban los compañeros de prisión.

El abogado asiente, en su rostro, por primera vez, una mueca irónica.

—¿A ellos sí los escuchabas?

Como respuesta, Carcelén desliza las palmas de las manos por su rostro, una vez, otra y otra más.

—¿Qué quieres hacer?

Fabio mira a su abogado con gesto de no entender.

—Me refiero a si tienes intención de demostrar tu inocencia o empezar de cero. Sé que has dicho a la prensa que no piensas remover nada. ¿Es cierto?

La relajación de Carcelén ejercía como un efectivo bálsamo en el ánimo del abogado.

—¿Qué quieres que haga?, ¿tenemos algo con lo que me pueda defender?

Carcelén se pone en pie, los anillos de Remedios en una mano.

—¿Me traerías algo de ropa de mi casa?

—Por supuesto, voy ahora mismo y…

El móvil de Carcelén vuelve a sonar. Ambos lo miran.

Fabio le dedica una mirada inquisidora. César, una curiosa.

—Es la tercera vez hoy.

—Número desconocido —murmura el abogado inclinado hacia el teléfono.

Durante unos segundos se hace el silencio en la estancia. Hasta que lo rompe Tirol.

—Ah, me llamó ese periodista… el que te trajo a mi despacho, Torquemada.

—Sí…

—Me dijo que no pensaba molestarte, que te había dado una tarjeta por si querías que él fuera tu altavoz en la prensa y…

—Ya.

De nuevo un desconcertante silencio entre abogado y cliente.

—Respecto a tu ropa me acerco en un momento a tu casa, hago una maleta…

Fabio levanta la palma de la mano.

—No es necesario, César. Tengo un par de camisas. Ya me la traerás mañana o pasado —afirma camino de la puerta de la vivienda a paso lento.

Tirol coge la indirecta al vuelo. La reunión toca a su fin.

—Si necesitas algo más no dudes en llamarme —dice sumiso bajo el umbral de la puerta.

—Lo haré y gracias por la compra —antes de cerrar vuelve a tirar del picaporte—. Eh, una cosa más, ¿sabes algo de mis hijos?

Tirol frunce los labios y asiente un par de veces.

—¿Qué quieres saber?

Era una buena pregunta o una pregunta estúpida según cómo se mire.

"¿Cómo que qué quiero saber? Todo, lo quiero saber todo. Dónde están, dónde viven, si han terminado los estudios, si son felices, si… Pero por otro lado no soy quien, para saber, para interesarme, aunque sea su padre. Quizá sea tarde. "

Fabio no dijo ni una cosa ni la otra, se quedó mirando fijamente a su abogado como si la pregunta que había formulado fuese una impertinencia que no venía a cuento.

"¿Cómo que qué quiero saber?"

—Ambos están bien. La verdad, hace tiempo que no sé nada de ellos. No asimilaron nada bien tu insistencia en que no te visitaran y…

—Lo sé, lo sé, fui yo el que propuse a Reme que los sacara de aquí y los llevase a estudiar a Londres o a Nueva York o donde fuese. Era la única forma de que la prensa y la gente les dejase en paz —mirada fija, muy fija—. Dime algo que no sepa.

El abogado se aclara la garganta.

—Jorge y Elia siguen en Londres, esta es la última noticia que tengo. No me informan de cada movimiento suyo —calla unos

segundos antes de añadir—: Vinieron al entierro de su madre.

—No los vi.

—No quisieron verte.

—Ya…

César Tirol se gira dispuesto a marcharse. De pronto vuelve el rostro.

—¿Qué le digo a tu hermana? Me llamará cuando se entere y no me perdonará que no le haya avisado de tu puesta en libertad.

—¿A Jana? Dile que estoy bien, pero que no venga.

Fabio cierra la puerta, pensativo. Su mano derecha va al bolsillo trasero del pantalón y extrae una tarjeta:

El Diario Montañés

Marcelo Torquemada.

Levanta la vista y la lanza por la ventana tras su abogado que se aleja a pasos cortos y rápidos camino de su coche.

—¿Qué escondes, César? —murmura—. Reme dio su vida por defender mi inocencia. Ahora me toca a mí dar la mía por ella.

De nuevo, una vez más reproduce mentalmente la nota recibida:

"*Deja las cosas como están.*

No hay nada que perder excepto la vida"

Sí, una vez más da vueltas al texto.

—¿Qué me quieren decir? Si no es una amenaza… —sacude la cabeza y vuelve al salón—. ¿Y si…? No, no… —aprieta los labios frota con saña el cuero cabelludo y toma asiento,

"Tranquilo, tranquilo"

15

La puerta de la sala de la Jefatura en la que trabajan Pinta y Olivares se abre dando paso a un acelerado Fausto Redondo.

—Inspectores…

El comisario permanece inmóvil unos instantes con la mano sobre el pomo de la puerta. La mirada en las dos pizarras repletas de fotografías, en las flechas que enlazan unas con otras, en los pequeños papeles con notas…

—Jefe, pensábamos ir a su despacho ahora mismo —apunta el inspector con el móvil en la mano—. Acaba de llamar la forense Cobo.

Redondo cierra al fin la puerta y en silencio, balanceando su amplio mostacho, recorre los cuatro metros que le distancian de las pizarras.

—¿Y bien…? —suelta al aire.

María, rotulador en mano se dispone a instruir al comisario sobre el estado de la investigación hasta ese momento.

—Verá, jefe, hemos centrado las primeras líneas de investigación en Fabio Carcelén… —da dos golpes suaves con el rotulador bajo la foto del expresidiario.

—Sí, sí, ahora me cuenta, inspectora. Me refería a la llamada de la forense —la atención en las instantáneas recogidas por Científica en la escena de los crímenes del chalé de Carcelén.

Diego Olivares señala varias fotos ubicadas en el panel izquierdo, el contrario al que mira el comisario.

—Ese cadáver es Cecilia Tirado, segunda mujer de Sixto Noriega. Nos lo acaba de confirmar Claudia Cobo —rodea la mesa y apunta con el rotulador la fotografía en la que aparece de fondo el Lexus carbonizado y en primer plano los tres cuerpos hallados, situados en paralelo y cubiertos con sus respectivas mantas de aluminio.

Redondo sigue las indicaciones.

—¿El tercer cuerpo?

—Es otra mujer que no ha sido identificada.

El comisario gira sobre sí mismo y se vuelve hacia los inspectores.

—¿Algo que apunte a Carcelén?

Pinta y Olivares se miran.

—Nada concreto. No hay huellas en el coche de Noriega que le

sitúen ahí —indica el inspector.

—Sólo amenazas y acoso en su oficina, pero nada más.

El comisario se dirige hacia la puerta.

—Temo que se haga una caza de brujas. Es muy extraño que un individuo salga de la cárcel y pocos días después nos encontremos con seis cadáveres que, de una u otra forma, pueden estar relacionados con su encarcelamiento, ¿no creen?

Ambos inspectores asienten.

—Sí, aunque no tengamos nada parece que Carcelén está detrás.

Redondo agarra el pomo y antes de salir se gira.

—Como usted diría, Pinta: blanco y en botella, ¿no? —esboza una rápida sonrisa y añade antes abandonar la sala—: han hecho un gran trabajo.

Olivares se vuelve hacia su compañera.

—Lo que no se puede negar es que te escucha —dice con sorna.

—Ya sabes que el jefe es una persona inteligente —en su rostro media sonrisa. Señala una de las pizarras. Un punto en concreto a la derecha— ¿Seguimos? —sin aguardar respuesta añade—: Íbamos por… sí, aquí… el tercer motivo de Carcelén podría ser los celos.

Olivares fija su mirada en el texto.

—Venganza, económico, celos… —su voz apenas un susurro, como si pensara en voz alta.

María cruza los brazos y asiente con vehemencia.

—Sí, lo sé, el de los celos parecen un poco cogido con alfileres. ¿Crees que sabía que su chalé estaba a nombre de su abogado?

Tras un repiqueteo en la puerta, Cruz accede a la sala.

—Órdenes del comisario —dice al tiempo que deja sendos cafés sobre la mesa—, os quiere concentrados al máximo, dice que este caso puede ser más de lo que parece.

Pinta se acerca rauda a por su dosis de cafeína.

—Vaya, sí que se ha vuelto hablador.

—No, no es eso. Es que le he dicho que según la prensa parece un caso claro —la secretaria vuelve sobre sus pasos—, os dejo trabajar. Ah, me ha dicho que no tardéis en iros a casa, que va siendo hora.

—A ver, que me entere yo, Cruz, nos quiere concentrados al máximo y que no tardemos en irnos.

—No mates al mensajero —apunta sonriente al abandonar la sala.

Diego da un sorbo a su taza con la mirada fija en los tres motivos que la inspectora había escrito en la pizarra.

—Venganza, económico, celos… —repite en el mismo tono—. Son las razones más comunes para justificar los delitos.

María saborea su café, pensativa.

—Siempre juró que era inocente —niega quedamente mientras deja la taza sobre la mesa—. Nada nuevo, sería el primero que confesara

que el edificio se calló por su culpa, pero…

—¿Y si fuera inocente?

María toma asiento frente a Diego.

—Si fuera inocente, la venganza y el dinero tendrían mucho sentido. Habría pasado diez años en la cárcel y condenado a pagar millones de euros por algo que no había hecho —señala la inspectora.

—¿Por qué matar a su abogado en su casa, aunque técnicamente no lo sea? —chasca los labios— ¿No hubiera sido más lógico ir a por Noriega y dejar a Tirol para el final?

—Quizá los dos cuerpos encontrados con el abogado tengan algo que ver.

María y Diego repasan con la mirada los dos tableros. Nadie habla en los siguientes minutos.

—Y si es culpable como dictó la sentencia… —más que una pregunta queda como una hipótesis de partida. Añade —: Si es culpable podría ser que una discusión con su abogado se le fuera de las manos…, pero sigo sin ver qué narices hacen los otros dos cuerpos en ese chalé —Pinta calla unos segundos—. Ha tenido diez años para trazar un plan, le han soltado por buena conducta…

Olivares asiente.

—Sí y no tiene ningún sentido que pierda el control tan rápido. A no ser que la muerte de su mujer le hiciese variar esos planes. Quizá no cuente con la más mínima motivación para partir de cero.

—Tiene dos hijos que… —María coge una hoja de la carpeta—, … que no le han ido a ver porque Carcelén se ha negado. A su mujer tampoco le dejaba que fuese a verlo. Un tipo raro, ¿no?

—Un tipo duro, que no quiere que le vean encerrado.

El teléfono sobre la mesa comienza a sonar.

—Inspectora Pinta.

—Claudia quiere hablar con uno de vosotros.

María arruga el entrecejo.

—¿Por qué no nos llama al móvil?

—Dice que se ha quedado sin batería y que no se sabe los teléfonos de memoria —apunta Cruz.

—Esta Claudia… pásamela.

Tras unos ruidos que asemejaban interferencias, la suave, pero acelerada voz de la forense, se deja oír.

—Antes me sabía todos los números, ahora es imposible, María. Voy rápido que estoy hasta arriba, parece que la gente ha elegido este día para morirse, en fin.

—Eres tremenda.

—Vamos allá. Empiezo con los cuerpos del chalé, ¿te parece?

María asiente mirando a Diego.

—Perfecto, Claudia, pongo el altavoz así puedo tomar notas.

Ruido de papeles al otro lado de la línea.

—No te hará falta, os envío ahora todo lo que tengo a vuestro correo.

—Bien, pues empezamos por los cuerpos del chalé —interviene Olivares—. Uno es César Tirol, ¿los otros dos?

Más ruido de hojas.

—Por partes, Diego o ¿no quieres saber cómo falleció el señor Tirol?

—Reprimenda merecida, forense. Continúa por favor —los inspectores sonríen al teléfono.

—Presenta separación traumática entre atlas y occipital que secciona la médula. Se trata de una lesión incompatible con la vida.

—¿Y traducido, Claudia? —quiere saber Olivares.

—Lo mataron partiéndole el cuello por torsión —aclara la forense.

—No es algo que sepa hacer cualquiera —interviene María—. Es de gente preparada, de profesionales.

—Eso os lo dejo a vosotros, pero coincido que no es nada habitual en peleas —más ruido de papeleo—. Antes de morir fue torturado, tenía el cuerpo amoratado. Tres costillas rotas, el esternón hundido. Los huesos de los brazos, cúbito y radio presentan varias fracturas.

—Le han dado una buena paliza.

—Sí, María, pero no se tomaron su tiempo, fue algo rápido. Desde que le dieron el primer golpe hasta que falleció no debió transcurrir más de quince minutos.

Los inspectores se miran. Sus rostros son fiel reflejo de la extrañeza que les causa el último comentario de la forense.

—Quizá les sorprendieron —apunta Olivares.

Claudia Cobo continúa con su exposición ajena a los comentarios de los policías:

—Los otros dos fallecidos están identificados por las bases de datos. Uno de ellos es Timur Osipov, ruso, 42 años, con una larga lista de antecedentes penales que os detallo en el correo. El otro individuo es Yan Lis de 37 años con una lista similar.

Pinta y Olivares no pierden detalle de la conversación y van tomando notas.

—El primero, Timur Osipov falleció por politraumatismo. Dos fuertes traumas contundentes que interesan al hueso frontal, tanto a nivel interior como exterior —más ruido de hojas y breve silencio—. Perdonad, necesitaba beber agua. Sigo. También presenta lesión penetrante en la octava costilla derecha y una lesión en la primera vértebra torácica.

—¿Traducido?

—Diego, a este hombre le han dado unos buenos golpes.

—¿Y el tal Yan Lis que parece japonés?

Se escucha una suave risa al otro lado de la línea.

—No, María, es de Bielorrusia. A este le mataron de tres disparos a corta distancia.

María apuró el último sorbo de café destemplado.

—¿Respecto al autor de los disparos, Claudia?

La forense chasca los labios.

—Cuando estáis juntos y por teléfono no hay quién pueda con vosotros. Ahora iba con eso, Diego. A ver…

—En el informe que nos vas a enviar seguro que viene, ¿nos puede adelantar algo?

—Así es, tenéis todo en el informe, pero os puedo decir que cuando transcurren seis o más horas desde el fallecimiento las diferentes pruebas pierden efectividad como sabéis —calla unos instantes—. Hemos buscado plomo, bario y antimonio en manos, nariz, párpados, ropa, y…

—De Timur Osipov.

—Sí, Diego, pero como os conozco, también hemos hecho las mismas comprobaciones en los otros dos individuos y…

Los inspectores se miran expectantes.

—… las pruebas no son del todo concluyentes al menos en el global del estudio. Tirol no ha tocado ningún arma. Los otros dos, sí, pero juraría que Osipov no fue el que disparó.

—¿Entonces?

—Había alguien más.

Pinta frunce los labios y ladea el rostro.

—Carcelén vuelve a ser el sospechoso favorito: vive en la casa, tenía un móvil, aunque fuese defensa propia y tuvo la oportunidad —señala María con el semblante concentrado.

Claudia Cobo no tenía tiempo para charlar sobre las circunstancias del caso. Opta por continuar con el resumen de su informe forense.

—Antes de que me lo preguntéis os confirmo que en la casa había ADN de varias personas. Aún es pronto para saber los resultados, sin embargo, a parte de los ya nombrados hemos encontrado trazas de ADN de Fabio Carcelén y como os decía de varias personas más.

—¿Alguna es de mujer?

—Sí, Diego, más de una. Bien, sigo. Si os parece voy con el accidente del coche.

De nuevo el paso de hojas y suave sonido que indican que la forense se está aclarando la garganta.

—Disculpad, tengo la boca reseca. Ya sabéis la identidad de dos de los fallecidos. La causa de su muerte, a modo de resumen sin entrar en más conceptos forenses, es politraumatismo generado por el golpe contra el quita miedos y la caída del vehículo al viaducto de Caranceja.

—Entonces ya estaban muertos cuando ardió el todoterreno.

—Sí, al realizar apertura de cavidades no hemos encontrado signos de quemaduras en la vía respiratoria, ni existencia de hollín, ceniza o elementos que nos llevaran a pensar que aún respiraban cuando se inició el incendio. Dicho esto, se tomaron mucho interés en que el vehículo ardiera bien junto con los tres cuerpos.

—¿Lo dices por el acelerante que nos comentaste en el escenario? Y… —ahora es Pinta la que pasa hojas de su cuaderno de notas —, sí, aquí lo tengo. Lo llamaste matriz interferente, algo que se usa para enmascarar el acelerante.

—Así es, me dejas impresionada. Respecto a eso no hay nada definitivo. Existen bastantes tipos de matrices, muchos son plásticos o derivados del petróleo…

Por la línea se cuela una voz de mujer.

—Perdonad, me llaman del laboratorio, no colguéis.

—De acuerdo, Claudia, te esperamos.

La inspectora repasa sus notas.

—¿Por qué iba a utilizar algún compuesto para enmascarar que usaron gasolina para acelerar el incendio? —quiere saber María.

—Sería algo más propio de incendios provocados en el monte, por ejemplo, que dé a entender que ha sido natural. Coincido contigo, no le veo el sentido.

—¿Si solo es para hacernos perder el tiempo?

La voz de Claudia vuelve a colarse por el altavoz.

—Es posible, María. No dejéis de lado que se trate de una firma del autor.

—Bien apuntado, Claudia —señala Olivares.

—Me comentaba la compañera del laboratorio, que en el escenario había varios acelerantes, como gasolina, e iniciadores de fuego tipo barbacoa.

Los inspectores quedan en silencio.

—Lamento no haber sido de mucha ayuda…

—No, no al revés, Claudia. Es muy interesante lo que has dicho de la firma. ¿Respecto a la identidad de la mujer del maletero?

—Nada concluyente. Todo apunta a que falleció, como os comenté, de un disparo en la cabeza. Estoy a la espera de resultados definitivos. Os dejo, que se hace tarde.

—Un momento, Claudia. Has dicho que había más restos de ADN, algunos eran de…

—Sí, sí —corta la forense con evidente prisa—. Tenéis todos los detalles en vuestro correo, pero os hago un rápido resumen… —ruido de papeles—. Sí, eh. Algunas de las huellas no son muy claras. De Remedios Palacio, de Jorge Carcelén, Elia Carcelén… —más papeles —. Uno de los fallecidos ha dado muchas vueltas por la casa, César

Tirol. En fin, muchas huellas, pero estas que os nombro son las que más se repiten.

Tras despedirse, Pinta y Olivares enfocan sus miradas en ambas pizarras. María comienza a rellenar los huecos dejados junto a "asesinatos chalé Carcelén Comillas", incluyendo los propietarios de ADN que acababa de nombrar Claudia Cobo.

—Parece que Tirol era un visitante habitual.

—Era abogado de la familia, ¿no? —Pinta no deja de escribir—. Quizá preparando la defensa de Carcelén se reunían ahí.

—Viviendo los dos en Santander para qué desplazarte cincuenta kilómetros.

—¿Por discreción?

—Sí, es posible… —afirma no muy convencido, Olivares—, es posible.

La inspectora rellena el espacio destinado a fallecido 1 y fallecido 2 del chalé de Carcelén.

—¿Qué narices pintan estos mafiosos en todo esto? — señala con el rotulador en los nombres de Timur Osipov y Yan Lis.

—Hay alguien que no le ha hecho ninguna gracia que Carcelén haya salido a la calle o bien que una vez en libertad le busquen por el cobro de alguna deuda.

María frunce los labios pensativa y toma asiento.

—¿Qué piensas compañera?

—Pues… eh… me preguntaba si no hay más gente implicada. Si no se trata solo de Noriega y Carcelén.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Tener, tener, no, pero si mi hermano o mi padre hubiesen muerto al derrumbarse el bloque de pisos en Isla…

Olivares se echa hacia delante, los codos sobre la mesa, la mirada en Pinta.

—No les habrá hecho ninguna gracia que Carcelén haya salido antes de terminar su condena, ¿no es eso?

Como respuesta, la inspectora afirma pensativa.

16

Damián y Charly

El salón de la vivienda está en penumbra. Todos miran el televisor como si poseyera la respuesta a sus dudas, mejor dicho, a su incredulidad ante la noticia que acaban de dar en la desconexión territorial de Cantabria en La1.

La pareja más mayor, bien pasados los sesenta, apenas pestañea con la mirada en la televisión.

—¡Esto es una mierda, mamá! —Damián se levanta del raído sofá como si le acabasen de aplicar una descarga en el culo —¡Cómo me lo encuentre juro que, que… que lo mato!

—Hijo, tranquilízate, que ya tenemos bastantes desgracias como para que…

Damián no escucha. Da un sonoro y explicativo portazo acerca de sus sentimientos y abandona la vivienda familiar.

Jacinta deja caer la mano sobre el antebrazo de su marido cortando su impulso de ponerse en pie y partir tras su impetuoso hijo.

—Déjale, Aníbal. Se dará una vuelta y volverá. No va a hacer nada a Carcelén, sólo es frustración al ver a su hermano en cama.

—Ya… y al que lo puso en ese estado en la puñetera calle, ¿no crees? —Aníbal se levanta del sofá y abandona el salón visiblemente ofuscado.

Antes de encerrarse en su habitación se asoma a la de su hijo Venancio. Lo mira en silencio, está con la vista en el techo o en ningún lado, como siempre.

Damián sale del portal, gira a la derecha y camina veloz, más por ansiedad y rabia que por prisa en llegar a ningún sitio en concreto. Se detiene, se ajusta la coleta, mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña bolsa con tabaco para liar. Del mismo bolsillo un papelillo. Con calma, con la misma calma que le genera el proceso de liar inicia el ritual. Fue esta calma, este proceso lo que le llevó un par de años

atrás a abandonar el camino fácil y rápido de encender un pitillo por el más lento y apaciguador de liarlo.

Apura la primera calada con intensidad. Aún su mente repite incansable la noticia de la televisión. Coge el teléfono móvil, busca un contacto y llama.

—Damián…

—¿Lo has visto? —otra intensa calada.

—¿Visto? ¿A quién te refieres?

Damián mira a un lado y a otro. Han pasado más de diez años, pero aún le hierve la sangre cuando el pasado, al que nunca ha dado por pasado, por finiquitado, regresa.

—Han soltado al *hijoputa* de Carcelén, ¿te lo puedes creer? Pero, ¿en qué mierda de país vivimos?

—¿Estás seguro? Todavía le quedan unos cuantos años más en el *trullo*.

—¡Claro que estoy seguro, cojones! Lo acaban de decir en la tele, salió ayer.

La reacción que espera Damián tarda en llegar.

En su lugar, silencio.

—¿Charly?

—Es que me cuesta creerlo.

—¡Pues es la puta verdad, cojones! ¡¿Crees que tengo ganas de inventarme esta mierda de noticias?! ¡¿Eh?!

—No, no, tranquilo. Me ha pillado totalmente desprevenido, no esperaba algo así.

— Ya… —calla un instante— ¿Qué vamos a hacer? Este tío no se puede descojonar de nosotros en nuestra puta cara. Cuando miro a mi hermano cada día me… me dan ganas de…

—Lo sé, no olvides que mi padre trabajaba con tu hermano Venancio y murió aquel día.

—Para vivir como él, sería mejor estar muerto, Charly, no quisiera una vida así para mí.

Damián tira la colilla al suelo y la pisa con saña.

Una vez más la misma conversación.

Una vez más la misma mierda.

—Habrá que hacer algo, ¿no?

Por el móvil se cuela una imperativa voz grave acompañada de unas sonoras palmas.

—Tengo que colgar y volver al curro.

—Me voy a acercar a su casa, a ver si lo veo y…

—No hagas nada, salgo a las seis como siempre. Nos vemos frente a la casa del *joputa*.

—¡¿Que no haga nada?! Se nota que no es lo mismo que muera tu padre, lo entierres y pases página, a que cada puto día veas a tu

hermano en cama como un maldito vegetal. ¡¿Eh?! ¡No es lo mismo!, ¿verdad? Por eso…

Charly corta la llamada ante otro aviso del encargado de la obra.

Damián clava una mirada helada en el teléfono. Lo aprieta con fuerza al tiempo que mira en torno. Respira con intensidad varias veces.

—Mierda…

Consulta su reloj, aún faltan casi tres horas para ver a su amigo.

Poco a poco va retomando la calma. Una calma aparente, de puertas afuera. Una calma inestable, mínima, cierto, pero necesaria para afrontar el día a día.

Diez años de mierda, deseando que pasaran siete más para ir a la puerta de *El Dueso*, esperarle a la salida y reventarle la cabeza. Ese día ya no llegará porque el asesino, el *hijoputa,* está ya en la puta calle.

Damián toma asiento en un banco junto a la entrada del parque de la calle Alta junto al Mercado Municipal Méjico de Santander y se sumerge de nuevo en el ritual de liarse un pitillo. Esta vez sus dedos se mueven al son de una calma real, no impostada. Su semblante va perdiendo la ofuscación de segundos antes, incluso en su rostro se perfila una suave sonrisa. Leve, sí, pero sonrisa, al fin y al cabo.

—Visto así, la puesta en libertad del *hijoputa* ha adelantado siete años mi oportunidad —murmura mientras sonríe al cigarrillo ya liado.

Lo enciende. Entre calada y calada deja vagar la mirada sobre unos niños que juegan, un abuelo que vigila a sus nietos, una madre que reprende. A su izquierda una pareja que pasea, un autobús que se aleja y un individuo que lo persigue corriendo brazo en alto.

Vida...

Gente normal, con vida normal.

No como Venancio.

Las cuatro familias afectadas habían recibido una buena indemnización. Eso decían, buena, como si se pudiera fijar una cantidad que, sino eliminara, al menos aliviara el dolor de la pérdida, el de la presencia de tu hermano postrado cada día, sin presente, sin futuro.

Sin vida...

Las cuatro familias habían decidido pasar página. Los psicólogos insistieron en que era la única forma de mirar hacia delante, de empezar de nuevo, de seguir viviendo.

“Una mierda”

Él tenía otros planes.

Apura la última calada, deja caer la colilla al suelo entre sus pies y la pisa con calma. Con la calma del que acaba de encontrar una motivación, una forma de mirar hacia delante, de empezar de nuevo, de seguir viviendo.

Tal y como les aconsejaron los psicólogos.

Echa un vistazo a su reloj de pulsera.

“¿Sólo media hora? Qué lento pasa el puñetero tiempo cuando quieres que corra”

Se incorpora y se pone en camino hacia la calle Concha Espina 14, sin prisa. Hay tiempo para ir de bar en bar, de pitillo en pitillo, para decidir si coger un autobús o un taxi o seguir caminando.

Para esto también habrá tiempo.

Abandona el parque, cruza la Plaza de Cuatro Caminos y se dirige hacia la calle Camilo Alonso Vega. Diez minutos más tarde hace la primera parada en La Estela, un café bar al que entra por primera vez. Huye de los lugares en los que es conocido. Tras paladear un café con orujo blanco de Liébana continúa su camino. Aún le quedan dos largas horas para el encuentro con Charly.

Diez minutos de camino después, otro café, otro orujo.

Otro café. Otro orujo.

Otro Orujo.

Y otro más.

Una hora y media más tarde decide sentarse en un banco junto al carril bici de la Avenida de la Constitución sin otra inquietud que ver los coches pasar y algunos ciclistas. Sin otra inquietud no es del todo exacto, porque Damián no deja de preguntarse qué puede hacer. Esconde la cabeza entre las manos. Los orujos ingeridos van tomando el control, aún le queda algo de calma.

La justa.

—Tengo que hacer algo … —murmura mientras se aprieta la coleta —, joder, tengo que hacer algo… pero, ¿qué… qué coño hago? ¿Lo mato y ya está?, ¿eh?

Su teléfono móvil vibra en el pantalón.

Mira la pantalla.

“Número desconocido”

Duda si contestar o no.

La curiosidad le puede. Contesta.

—¿Quién...?

—¿Don Damián Cortina?

El *don* le impulsa a ponerse en guardia.

—Sí, soy Damián.

—Soy Marcelo Torquemada de *El Diario Montañés*. Si recuerda hablamos por teléfono tiempo atrás en relación con el accidente de Isla, donde…

—¡¿Accidente?! Le recuerdo que fue condenado y...

El periodista lamenta para sí no haber elegido las palabras

adecuadas.

—Sí, sí discúlpeme, quería decir que se habrá enterado de la puesta en libertad de Fabio Carcelén.

Damián siente como se va encendiendo por momentos. La calma que le acompañaba se ha volatilizado.

—Sí, acabo de verlo en la tele. ¿Qué quiere?

—Quería preguntarle si su familia va a llevar a cabo alguna acción. Si piensan recurrir la puesta en libertad de Carcelén.

Damián queda en silencio, Quizá valorando la pregunta de Torquemada, quizá decidiendo si lo mejor era colgar.

—¿Para qué? A mi hermano ya nada le va a curar.

—¿No ha experimentado mejoría?

Damián resopla y estalla.

—¡Es un maldito vegetal! ¡Un puto zombi!

Ahora sí que lo mejor es colgar antes de decir algo de lo que pueda arrepentirse.

Cuelga.

Esta vez no con calma, pero sí con movimientos pausados lía otro cigarrillo.

“Puto periodista”

Cuando media hora más tarde alcanza su objetivo y llega a la calle Concha Espina 14, almacena en su interior seis orujos blancos de Liébana, cantidad suficiente para tumbar a un forastero, pero a Damián aún le quedaba espacio para otros dos o tres.

Lo primero que ve es un nutrido grupo de personas. Algunas con unos extraños micrófonos de colores, largos y altos. Otros con cámaras.

Y gente.

Mucha gente.

—¿Es por Carcelén? —pregunta a una mujer mayor.

—Sí, ya ve, se conoce que nos atrae ver la cara de alguien que ha estado en prisión.

—Por matar a dos personas y dejar como vegetales a otras dos —escupe cada sílaba.

La mujer arruga las cejas, mira de hito en hito a Damián y se aleja con discreción.

—¿Y si es inocente?

La voz le llega por el hombro contrario. Una voz suave, ligera, pero que denota personalidad, carácter.

Damián se gira despacio. Duda si esa pregunta va dirigida a él por lo que acaba de decir a la mujer mayor o forma parte de otra conversación.

Lo primero que ve al volver el rostro es el perfil de una chica de pelo castaño, algo más joven que él, mirando al frente.

Un bonito perfil.

Sigue la dirección de su mirada, no parece estar hablando con nadie.

—¿Y si es inocente? —repite la chica al tiempo que se gira.

Damián siente unas irrefrenables ganas de gritar, decirle a esa estúpida lo que piensa. Sin embargo, unos ojos claros, de mirada serena en un rostro suave, delicado y firme a la vez, se lo impide.

—¿Inocente? —apenas puede balbucear su incredulidad.

—Sí, no tuvo una defensa digna. ¿Seguiste el juicio? Todo demasiado claro, ninguna duda, todo preparado, ¿por quién? —niega sin apartar la mirada de un desconcertado Damián.

—¿No me vas a presentar? —quiere saber Charly que aparece por su derecha.

Durante unos segundos nadie dice nada. La joven esboza una sonrisa irónica a Damián y se pierde entre la gente. Charly se queda mirando los ajustados vaqueros de la chica. Damián…

Bueno, Damián va recuperándose de la impresión y está próximo a explotar.

—Vaya culo. ¿Quién era? —lleva ambas manos a la gorra ajustándose la visera.

—Una hija de puta —aclara con rabia—. Una auténtica hija de puta.

17

Diego Olivares continúa viviendo a caballo entre su casona en el Barrio de la Iglesia de Ruiloba y su apartamento en Santander. Aún no ha decidido qué hacer. Es consciente de que no tiene mucho sentido mantener las dos casas, sin embargo, se deja llevar por su inacción. Quizá todavía custodie en algún lugar de su interior rescoldos de su dolorosísimo pasado.

Un pasado muy cercano.

Rescoldos que no se apagan.

Agradece a la vida que le haya empujado a seguir adelante. A la vida y a sus compañeros, en especial a María Pinta, empeñada como pocos en mantener su brazo tendido. Sí, su hermana también puso de su parte desde la lejana Sevilla. Una lejanía que no la dan los kilómetros, sino la perspectiva de los acontecimientos vividos. Unos acontecimientos en los que su fallecido hijo Toñín fue protagonista y que llegaron tamizados a oídos de su hermana. De nada le vale el sufrimiento empático de sus familiares.

Mejor así.

Sí, también agradece a su propio trabajo el haberle aportado las herramientas necesarias para no abandonar, cerca estuvo de dejar el cuerpo de policía y continuar como contrincante a sueldo, si no despiadado, sí incansable para los malos.

En ocasiones el problema radica en tener la certeza de quiénes son los malos. No siempre se trata de un malo frente a un bueno. No, podrían ser malos frente a malos. Buenos frente a buenos o como en este caso actores sin etiquetar.

¿Carcelén era el malo de esta película? Podría ser, contaba con muchas papeletas. Se había dado orden de búsqueda y captura, pero hasta el momento no había sido localizado. Si era inocente, ¿por qué no daba la cara y explicaba lo que sucedió en su chalé de Comillas?

¿Noriega? ¿Qué hacía camino de Oviedo con un cadáver en el maletero? ¿Huían o simplemente buscaban un lugar para deshacerse

del cuerpo? Y una pregunta que puede parecer absurda: ¿Conocían Sixto Noriega o su mujer, o los dos, el macabro equipaje que paseaban? ¿Llevaban algo en el coche, que se llevó el que los echó de la carretera?

La confirmación de la identidad de la mujer asesinada y encerrada en el maletero del Lexus continuaba sin concretarse. El estado del cadáver no ayudaba a la forense, y tampoco el no tener con quién comparar su ADN.

Necesitaban, como cuerpo de policía, ofrecer alguna información concreta a los ciudadanos, al menos para que la prensa deje de elucubrar teorías sobre lo acontecido.

Lo que ignoraba el inspector es que estaba muy cerca de añadir a esas teorías otra que podría dar mucho juego a la prensa.

Aparcó su Audi A1 en la Jefatura y accedió al interior. Se presentaba un día con muchas cuestiones a resolver. La primera, desconocida a estas horas de la mañana, se la iba a ofrecer una mujer de algo más de ochenta años y una pareja en torno a los sesenta.

—Diego, esas personas preguntan por los inspectores que llevan el caso del accidente de coche de Noriega y su mujer —la oficial de recepción, Paula, eleva con disimulo una ceja en dirección a tres personas que permanecen sentadas—. Son familia de…—consulta una hoja—, de Cecilia Tirado, la mujer de Noriega.

El inspector queda unos instantes de espaldas a las personas que le están esperando mientras realiza un rápido repaso mental al caso. Niega levemente. Nada puede decir a la familia de la fallecida más que darles el pésame.

—Gracias, Paula.

Da media vuelta y se encamina hacia sus visitantes.

—Buenos días, soy el inspector Olivares. Me comenta mi compañera que me están esperando —apunta al tiempo que extiende amable su brazo a modo de presentación. La mirada en la mujer más mayor—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Verá, soy la madre de Ceci Tirado, la mujer de…

—Mamá, deja hablar a Goyo que para algo es abogado —señala la acompañante con mirada recelosa fija en Olivares. Mujer con evidente sobrepeso y pelo teñido con necesidad urgente de tinte.

El tal Goyo estira la chaqueta de su traje y asiente. Hombre alto, de fino bigote y artificial porte afectado.

—Dígame —en el semblante de Olivares una mueca amable.

—Soy Gregorio Martínez, abogado, como ya le ha dicho mi mujer, Yoli —echa una mirada rápida a su derecha—, y represento a la familia de doña Cecilia Tirado, fallecida en el accidente junto a su

marido. Queríamos saber cómo sucedió. Nadie ha informado a los familiares.

—Está bajo secreto de sumario, poco les puedo añadir. El vehículo se salió de la carretera, impactó contra el quitamiedos y cayó por el Viaducto de Caranceja en Reocín y…

—Sí, eso ya lo sabemos —interviene Yoli agitando una mano en el aire, como si estuviera cansada de escuchar obviedades—. Lo que queremos saber es quién falleció antes.

Diego ladea el rostro. Sus ojos se contraen ligeramente, al tiempo que reproduce en su cabeza las palabras que acaba de escuchar.

"¿Quién falleció antes?"

Diego mira a su derecha, María Pinta acaba de aparecer por la entrada principal de la comisaría. Ambos inspectores cruzan sus miradas. Con un leve movimiento de cabeza el inspector le indica que no es necesario que se acerque.

Yoli no ha perdido detalle de la breve escena, mira a la inspectora. Antes de que se le ocurra abordarla, Diego no duda que esto es lo que está pasando por su cabeza, se dirige a ella.

—¿Quieren saber quién falleció antes? —mira a Yoli, y luego al abogado que afirma convencido.

—Así es. Sí, no ponga esa cara, inspector. Es necesario que sepamos si mi hermana, la pobre, murió antes o después que su… su marido —clavó unos ojos repletos de exigencias en el inspector, apremiando una respuesta.

Olivares esboza una sonrisa de circunstancias.

—A pesar de que la investigación está bajo secreto de sumario, como ya les he comentado, les puedo confirmar que ese detalle no está sobre la mesa y…

—¡¿Detalle?! —el abogado y su mujer exclaman a la vez, mirándose. Resultaba hasta jocoso verlos tan compenetrados.

"Empieza bien la mañana…"

Pinta se ha detenido al escuchar el exabrupto a dúo, no ha sido el único policía del vestíbulo que ha reaccionado del mismo modo.

—Lo que usted llama detalle puede cambiar la vida de mi familia, inspector.

Goyo coge del brazo a su impetuosa mujer. La mira con seriedad y vuelve el rostro hacia un desconcertado Olivares.

—Inspector, ¿cómo podríamos averiguar ese dato? Le aseguro que no se trata de un mero detalle —calla un par de segundos—. Le garantizo que no seremos los únicos en requerir esta información.

Diego baja la mirada, busca los ojos de la mujer mayor que ha tomado asiento, no parece muy interesada en lo que acontece con su hija y su yerno.

—Bien, en cuanto tenga conocimiento de ese dato y el juez levante

el secreto de sumario se lo comunicaré —labios apretados. Leve giro con el cuerpo. Toda la información gestual necesaria para dar por terminada la reunión de forma sutil.

Quizá no fue toda la necesaria.

O si lo fue, sobró sutileza.

Yoli no tenía suficiente.

—Me parece que no nos está tomando en serio, *inspector*.

Un, *inspector*, escupido en un tono que pretendía equiparar la sensación que Olivares había dejado en ella con su valoración como policía competente. Un, *inspector,* acompañado de labios fruncidos, muy fruncidos. Sí, un *inspector* escupido al tiempo que cruzaba los brazos y cargaba el peso sobre una pierna.

Lo que pasaba por la cabeza de Olivares no era conveniente verbalizarlo. Nada iba a ganar con dejar patente a esa *señora* que la que no tomaba en serio la situación era ella. Su hermana y su cuñado llevaban un cadáver en el maletero, ¿sabrían algo al respecto?

"María, te necesito"

—Lamento que se lleve esa impresión. No puedo darles una información que ignoro. Sólo hago mi trabajo.

—¿Su… *trabajo*, *inspector*?

Diego aprieta la mandíbula y levanta el brazo en dirección a Paula. La oficial de recepción que acude rauda a la llamada. También había escuchado el exabrupto y no perdía detalle de su compañero.

—Paula, por favor, tome nota a la familia Tirado para poder contactar —mira a la mujer mayor—. Señora, le doy mi más sincero pésame —mirada a Yoli—. Mi compañera les atenderá, si son tan amables de seguirla. Abogado…

—Mi tarjeta, inspector —Goyo ofrece con semblante afectado la pequeña cartulina.

—Gracias —su voz a penas un susurro.

Diego gira sobre sí mismo y a paso rápido se aleja en dirección a la sala en la que está instalado con Pinta. María le aguardaba en el pasillo, al doblar la esquina.

—¿Qué pasaba?

—Ahora te cuento, déjame que respire dos veces.

Recorren los veinte metros que les distancian de la sala entre miradas escépticas de sus compañeros. El oficial Paredes sale a su encuentro, en una mano el móvil, en su rostro una mueca a caballo entre la incertidumbre y la posesión de una noticia que esperaba fuese ascendida a notición.

—Inspectores —blande su teléfono en el aire—. Es Mínguez, dice que ha entrado alguien en la casa de Fabio Carcelén.

—¿En Comillas? —quiere saber extrañada Pinta.

Paredes la mira sin comprender, no contaba con una pregunta así.

—¿Comillas? —repite para sí, reacciona al momento—. No, no, inspectora, me refiero a su casa de aquí, en la calle Concha Espina. Nos mandaron vigilarlo y…

—Gracias, Paredes. Dile a Mínguez que monte guardia en la puerta, que no entre ni salga nadie. Vamos para allá.

—Buen trabajo —señala Olivares a su orgulloso compañero.

María y Diego giran sobre sus pasos. Pinta se vuelve.

—Paredes, cuando venga el comisario dile lo que nos has dicho a nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí, inspectora. No me moveré de la puerta de su despacho.

—No es necesario, basta con que…

—Ante todo que no se te olvide —interviene Diego.

Al salir de la comisaría, esta vez Diego se pondrá al volante del BMW x6, acciona la apertura de las puertas desde la distancia.

—Perdona que te haya cortado antes. Recuerda que Paredes y Mínguez llevan el servicio en la sangre.

—Sí, sí, lo sé, pero no era necesario que hiciera guardia.

Ambos se introducen en el todoterreno.

—Gracias a ese celo profesional sabemos que alguien ha entrado en la casa de Carcelén.

—Nos han dado un hilo del que tirar —asiente convencida y añade sonriente—: Estos nuevos son la leche, Diego.

—Lo son, pero de la buena, recién ordeñada.

Los inspectores se disponen a recorrer los poco más de cinco kilómetros que separan la sede de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria, en la Avenida del Deporte, con el domicilio de Fabio Carcelén.

—Cuéntame a qué vino ese grito de la mujer y del hombre que le acompañaba —pidió Pinta intrigada.

Diego giró a la izquierda, en dirección este, hacia la calle Lavapiés para continuar más adelante por la S-20.

—¿El gritito de *detalle*? —agudiza la voz imitando el recuerdo de Yoli Tirado.

Diego tuerce el gesto, su rostro dibuja una mueca que aspira a mostrar su ignorancia. Una mueca de esas que pretenden dar con una respuesta, que la dificultad para recolectar las palabras que lo hagan lo impide.

María asiente entre divertida y ansiosa de información.

—Cuéntame.

—Querían saber quién murió antes.

Olivares deja la frase en el aire mientras maniobra para tomar la calle Ernest Lluch. Pinta aguarda a que continúe, lo que acaba de

escuchar no tiene sentido, pero el inspector no parece que tenga más que añadir.

—Explícate, por favor, y no me tengas así.

Diego eleva y baja los hombros al tiempo que su rostro ofrece una sonrisa abierta.

—No sé mucho más, María. Querían saber quién murió antes, si Noriega o su mujer.

La inspectora arruga el entrecejo, ladea el rostro y fija la mirada en el frente. Durante unos minutos ambos guardan silencio, quizá buscando una explicación a la desconcertante actitud de la familia de la fallecida, por absurda que pareciese.

María lo prueba:

—¿Por morbo? Es que por más vueltas que le doy no se me ocurre nada con sentido.

—En estos momentos cualquier teoría es posible —unos segundos de silencio después añade—: Me pregunto si sabían que en el maletero viajaba el cadáver de una mujer y si de alguna manera tienen algo que ver con todo esto, sigo sin que me salga llamarle *caso*.

María continúa con la mirada en el frente.

—¿Qué opinión te dieron?

—¿El abogado y su mujer?

—Sí, la familia en general.

En la cabeza del inspector se reproduce el momento en que Yoli tuvo sus dudas al referirse al marido de su hermana, mientras acceden a la calle Concha Espina que, a pesar de los días transcurridos desde la liberación de Carcelén, mantenía un numeroso grupo de cámaras de televisión y curiosos.

Ambos observan a los congregados frente a la puerta del número catorce buscando a su compañero Demetrio Mínguez, continúan recto y se detienen en el cruce con la calle Francisco de Cáceres.

Pinta se gira hacia su compañero.

—No, María, no me he olvidado de tu pregunta. A ver… me dio la sensación que entre Yoli y su cuñado, Noriega, no debía haber una buena relación.

—¿Con su hermana?

Olivares chasca los labios.

—No sé si sería mala, pero no me pareció que fuera muy cercana, no aprecié pena o dolor en su mirada. Sin embargo… —queda pensativo unos segundos—, la madre estaba como ausente, con los ojos cargados, ajena a la conversación.

—Quizá era la única sincera.

De repente, un par de suaves golpes en la ventanilla de Pinta. Ambos se giran con gesto de fastidio imaginando que se trataba de algún avezado periodista que los había reconocido.

Una sonrisa amable recibe sus miradas recelosas.

Es Mínguez. María baja su ventanilla.

—Buenos días, inspectores. Me ha avisado Paredes que venían y les he visto pasar.

Pinta y Olivares descienden del vehículo.

—Buen trabajo, Mínguez —dice la inspectora a su joven compañero.

—No, he hecho nada, sólo vigilar cuando podía y…

—¿Has venido aquí fuera de tu horario? —pregunta incrédula.

—Bueno, sí, un rato. Si el trabajo no me dejaba pues aprovechaba luego —apunta al tiempo que rasca sus pequeños rizos pelirrojos.

Olivares asiste a la conversación con la mirada a lo lejos, frente a la puerta del número catorce.

—¿Sigue dentro?

Pinta y Mínguez miran al inspector.

—Me refiero a la persona que viste en la casa.

El rostro del oficial de policía dibuja una mueca de duda.

—No lo puedo asegurar, inspector. Lo que sí sé es que han levantado un par de persianas, y se supone que no hay nadie.

—¿Alguien lo ha visto entrar?

—No, que yo sepa. Los de la prensa aseguran que desde que montan guardia no ha entrado nadie —hace un gesto con una mano pidiendo que le sigan—. Si vamos por detrás...

Los inspectores cruzan sus miradas y siguen a su compañero por la calle Francisco de Cáceres, que traza una curva hasta quedar en paralela a la de Concha Espina.

Demetrio Mínguez camina resuelto, satisfecho con el papel que desarrolla en esos momentos. Nada como participar en un caso que lleven los inspectores Pinta y Olivares.

—¿Ven ese chalé? En realidad, se trata de dos pareados idénticos a los de Carcelén, al menos por fuera, que están justo al otro lado.

Frente a ellos un portal, como eje de simetría, sobre el que se elevan dos ventanas. A ambos extremos dos filas de cristaleras de tres alturas. Rodeando el bloque varios tejadillos a dos y tres aguas. Se trataba de una vivienda construida siguiendo los cánones de un chalé pareado pensando en el futuro de sus hijos. Remedios había propuesto que el diseño de la obra incluyera dos apartamentos con el fin de dejárselos en herencia. Carcelén accedió, el primer esfuerzo económico se volcó en la construcción del resto de la casa. Los apartamentos cobrarían vida con el paso del tiempo.

La vida tenía otros planes.

—Por ahí, a través del jardín, podemos cruzar y ver la casa de

Carcelén. También hay otro acceso en el otro extremo.

—Vamos —señala Pinta.

Accedieron por el primer paso que señalaba Mínguez. Una franja de césped, junto a un estrecho suelo de losetas, corría paralela al edificio. Del bloque de pisos de al lado salió a su paso un conserje alto y delgado, de edad próxima a la jubilación.

A una jubilación tardía.

—Buenos días, ¿son vecinos del inmueble? —fija su mirada en Mínguez— Ah, es usted, disculpe, tengo que estar bastante cerca para reconocer a la gente.

El oficial se vuelve hacia sus compañeros.

—Son los inspectores Pinta y Olivares.

Ambos muestran sus placas identificativas.

—¿Ha pasado algo? No he escuchado nada, ni he llamado a la policía.

—¡Rubén! ¡Rubén! —una estridente voz de mujer se cuela en los oídos del pequeño grupo.

El conserje esboza una sonrisa azarosa.

—Perdonen, es mi señora.

Los rostros se giran hacia la voluminosa y menuda mujer que surge del bloque de pisos.

—Son de la policía.

Los ojos de la recién llegada se abren curiosos.

—¿Vienen por el vecino de allí? —señala la vivienda de Carcelén

—¿Qué vecino? ¿Has llamado tú a la policía? —quiere saber extrañado el conserje.

La mujer niega con vehemencia al tiempo que cruza los brazos sobre el pecho. Con tono condescendiente de dirige a los policías.

—Es que no le interesa más que su taller y el fútbol. Del Rayo Vallecano que me ha salido, no podía ser del Racing, no —se aproxima un paso más ante la desconcertada mirada de su marido—. Están aquí por lo del hombre ese que salió hace unos días de *El Dueso*, el del derrumbe de Isla hace unos diez años, ¿no? —en su semblante risueño se advierte que sólo admite un sí por respuesta. Añade divertida—: Muchos periodistas y fisgones en la puerta de delante, ¿eh?

Los policías se miran.

—¿Le ha visto usted? —pregunta Olivares a modo de respuesta.

La mujer aprieta los labios, mueve el rostro de un lado a otro lamentando no poder dar una respuesta afirmativa, pero se recompone rápido.

—Se conoce que no ha venido a su casa. Yo creo que está esperando a que los periodistas se vayan y…

—No hables por hablar, Venan.

—No es por hablar, Rubén, me lo ha dicho Lía, que a esa no se le escapa ni una —se vuelve hacia los inspectores—. Lleva la portería del bloque del otro lado, si ella dice que…

Mínguez señala con disimulo hacia una ventana de la casa de Carcelén.

—Gracias, si necesitamos algo nos pondremos en contacto con ustedes —apunta Olivares al tiempo que se pone en camino.

Mínguez lo adelanta para guiarle.

—Sí, sí, estaremos encantados de ayudar —Venan sonríe ante la posibilidad de colaborar con la policía en lo que estuvieran haciendo.

El oficial se detiene a resguardo de una hilera de árboles llorones.

—Esas dos ventanas estaban siempre cerradas.

Pinta y Olivares siguen las indicaciones de su compañero.

—Apostaría a que se ha movido una cortina hace un momento.

—¿Seguro, Mínguez?

La apremiante pregunta de Olivares le coge por sorpresa.

—Bueno, sí, apostaría a que sí. Cuando hablaba la mujer miré hacia allí —señala una ventana—, y la cortina se movió, no mucho, pero se desplazó un poco.

María observa atentamente la vivienda.

—Si alguien quería entrar, nada mejor que esperar a que anochezca y colarse por este camino para evitar a vecinos y periodistas.

—Coincido contigo, María. Tenemos dos opciones, o nos presentamos en la casa o esperamos a que anochezca para ver quién sale.

—¿Qué te parece las dos cosas?

Olivares asiente y se dirige hacia la puerta de entrada trasera de la vivienda, ubicada en una pared perimetral que rodea la casa. En un extremo un cajetín con varios timbres.

—Mientras llamo no perdáis detalle de las ventanas —pide la inspectora.

Nadie responde al timbre.

—Lo intenté ayer, pero no me contestaron —apunta Mínguez con la mira clavada en cada ventana de la vivienda.

María vuelve a llamar.

—Allí…—susurra Olivares.

La cortina de la ventana que Mínguez señaló minutos antes vuelve a moverse ligeramente.

—Si no fuera porque dijiste que ayer estaban bajadas las persianas podía tratarse de una corriente de aire —dice la inspectora.

—Tenemos que entrar.

—Sí, Diego, pero necesitamos una orden —María se vuelve hacia

Mínguez—. Haz el favor de regresar a Jefatura mientras llamo al comisario y le pido la orden.

El semblante del oficial se concentra y asiente.

—No tardo, inspectora —Demetrio Mínguez vuelve sobre sus pasos y corre en dirección a su coche.

—El policía se va…

—¿Y la pareja? —quiere saber Charly que ha reunido varios objetos de valor como mínimo pago por la muerte de su padre.

—No, siguen ahí, dando por saco. Ella está hablando por teléfono.

—Quítate de la ventana, Damián.

De repente el telefonillo suena con estridencia.

—¡Descuelga el puto teléfono! ¡Estoy hasta los cojones! —ladra Damián

—Son los puñeteros periodistas.

Charly se encamina hacia la planta baja.

Damián no aparta la mirada de Pinta y Olivares. No sabe por qué, pero algo hay en esa pareja que le mantiene alerta.

"¿Qué hacéis con el policía? ¿Sois familia del *joputa* de Carcelén?"

Charly regresa de descolgar el telefonillo y atisba por una esquina de la ventana.

—Tenemos que irnos, Charly. Coge lo que quieras y vámonos —vuelve el rostro hacia su amigo— ¡Te dije que no subieras las putas persianas, joder!

El aludido asiente, manos en los bolsillos y hombros arriba y abajo.

—Lo siento, es la costumbre.

Damián lleva la mirada al exterior buscando a la pareja. De repente, se echa hacia atrás.

—Creo que la tía me ha visto, estaba mirando hacia aquí.

Charly se acerca a la otra ventana y escudriña con mucho cuidado.

—El policía vuelve…

—¡Vámonos! —Damián se separa de la ventana y se encamina escaleras abajo, seguido de su amigo. Al cruzar junto al vestíbulo se detiene. Su mirada en un portafotos.

—Venga, no es momento de mirar fotos.

Damián coge el portafotos con una mano, sus ojos destilan odio.

—¡Es la hija de puta!

Charly asoma por el hombro de Damián y observa con curiosidad.

—¿Quién?

—Esta de aquí —señala a una chica de unos veinte años junto a un chaval, quizá algo mayor, y una mujer que aparenta ser la madre de ambos—. Es la zorra que me decía, ¿y si fuera inocente?, ¿te puedes

creer? ¡Inocente!

—¿El pibón del otro día?

Damián lanza con todas sus fuerzas el marco en dirección al salón, impactando contra la pared, junto a la puerta.

Sonido de pasos.

Voces.

Damián y Charly cruzan sus miradas y bajan al garaje. Mientras abren la pequeña ventana escuchan golpes en la puerta.

—¡Policía! ¡Abra! —la firme voz del oficial Mínguez llega hasta sus oídos— ¡Policía!

—Los cojones…—susurran al unísono.

18

Fabio Carcelén

Tercer día en libertad

Fabio apenas ha podido dormir unos minutos seguidos. La culpa no la tuvieron ni los nervios, ni las preocupaciones, ni por supuesto la mala conciencia, aunque hubiese motivos. No muchos, puede que ni siquiera importantes, pero posiblemente fueron el inicio de todo.

Las desavenencias entre socios no es algo que extrañe a nadie, cualquier relación de compromiso tanto personal como profesional está abocada en algún momento a ellas.

Carcelén lo sabe.

Como también sabe que los problemas crecen en intensidad cuando esas desavenencias se comienzan a enmascarar bajo la ironía, la falsedad, la hipócrita palmadita en la espalda, el falso apoyo, o lo que es peor: la gestión de lo común a escondidas.

Alguien falsificó sus firmas en pedidos a proveedores para la obra. Unas firmas perfectas, idénticas a la suya.

Demasiado perfectas.

Demasiado idénticas.

No, tampoco era la exigua mala conciencia que tuvo en su día, ya superada con creces por el pago de diez años en la cárcel, la muerte de Reme y la ausencia de contacto con sus hijos.

Fabio echa un vistazo a su reloj.

“Las cinco y media”

De nada sirve continuar en la cama un minuto más. Con mayor motivo al ser consciente de la causa de su insomnio. No era la primera vez que caía en lo mismo. Todo apuntaba a que no sería la última.

—Soy imbécil, no aprenderé… —murmura con reproche.

Una vez más los pensamientos que se lleva al acostarse le agitan la cabeza como si fuera una maldita coctelera.

Una vez más no relaciona su insomnio con las dudas que acomoda sobre la almohada, como si no quisiera que le abandonaran.

Una vez más se despierta diciendo lo mismo:

—Soy imbécil, no aprenderé…

La noche no te permite razonar, ni desarrollar con una coherencia mínima los pensamientos que se repiten incansables una y otra vez.

Los mismos pensamientos una y otra vez.

Hasta que abres los ojos, tomas consciencia de dónde estás y es entonces, y sólo entonces, cuando se disipan dejando que fluya a la superficie con toda claridad aquello que es el verdadero motivo de tu incomodidad.

Un motivo sencillo en este caso.

Una decisión tomada unas horas antes:

"Tengo que hacer algo"

Sí, los anillos, las fotos, la extraña actitud de César Tirol y algo más. Ese algo más es lo que le empuja a darse una ducha con la motivación del que inaugura una nueva jornada en su vida. No una cualquiera, no.

Una crucial.

Fabio se incorpora de la cama y se encamina hacia la ventana.

Suspira.

"Tercer día en libertad"

A lo lejos ve los límites de Comillas por Rovacías, todo lo que alcanza a distinguir es monte. El cielo oscuro deja entrever una superioridad de nubes sobre un escaso número de estrellas.

Se frota la cabeza y se encamina hacia el baño con mejor ánimo que el de las tormentosas últimas horas.

"Se acabó la espera"

Fabio Carcelén salió de su chalé de Comillas apenas una hora más tarde. Sentado al volante del Mercedes que le había proporcionado César Tirol conduce serio y concentrado.

Muy serio y muy concentrado.

Cuando abandonó *El Dueso* apenas un par de días atrás se debatía entre dejar que su *sombra* elaborara una dulce o amarga venganza, daba igual, o pasar páginas.

Sí, pasar páginas, con *ese*.

No valdría con una sola para reflejar todo lo que le ha impedido dormir durante los últimos diez años. Podría pasar la página de la ausencia de sus hijos, aunque fuese él quien la provocara. La página del nulo apoyo de sus supuestos amigos y conocidos reflejado en un total silencio, que en ocasiones se trataba de un silencio a gritos en los medios de comunicación. Incluso pasar la página de Sixto Noriega.

Frunce los labios, asiente repetida y lentamente con la mirada fija en el horizonte de la A-8 dirección Santander.

—Sixto… —murmura.

Ni una visita, ni una llamada. Para ser exactos sí recibió una llamada cargada de reproches el día anterior a la lectura de la sentencia. De nada valió apelar reiteradamente a su inocencia.

No quiso escuchar.

—Sixto… —vuelve a murmurar, en esta ocasión en un tono más despectivo.

Fueron cientos, miles de veces las que se hizo la misma pregunta en la soledad de la celda.

—¿Por qué no quiso escuchar?, ¿por qué aceptar tan rápido como válidas las pruebas presentadas?, ¿por qué no dejar un resquicio a la duda?, ¿por qué…?

¿Demasiadas pruebas en contra? Dos empleados muertos y otros dos postrados en cama para siempre.

Malo para el negocio.

Muy malo.

La única solución era alejar al marcado, encerrarle en prisión, también para siempre, aunque se tratase de un amigo con el que has compartido trabajo, familia, vacaciones.

"¿Amigo? ¿Realmente lo éramos?"

—Al menos lo pareció durante muchos años, aunque los últimos tiempos no… —niega lentamente—, no fueron buenos.

Fabio se hubiera decantado por pasar las páginas una a una y a su debido tiempo sino hubiera recibido el pequeño paquete.

Los anillos…

Las fotos…

"Algo no va bien"

No es que lo fuese hasta ese día, pero la sensación de que algo sucede no se la puede quitar de encima. La visita de su abogado sólo le ayudó a incrementar esa sensación amarga que se le ha agarrado con saña a la boca del estómago y no lo suelta.

"¿César?"

Sí, César Tirol el único amigo que le quedaba en el exterior, o quizá sólo fuera su abogado.

Niega sin dejar de apretar los labios.

No tiene respuestas para Sixto, ni para César, ni para los anillos. Sin embargo, sin tener un motivo concreto, posiblemente sólo sea debido a la propia ausencia de respuestas, amaneció con una firme determinación.

Conseguirlas.

¿Venganza?

De momento no podría poner cara al objetivo de esa venganza.

"¿Sólo quiero respuestas?"

La única forma de averiguarlo es entrar en modo activo. Asomarse, aunque sólo sea de refilón y ver qué sucede.

Si es que sucede algo.

Está a unos diez minutos de efectuar su primera parada.

No será la última.

Fabio se siente bien.

Cuando se siente bien mueve sus ciento cinco kilos con soltura, con agilidad. Sonríe.

Detiene el coche y enciende un pitillo.

Está amaneciendo.

—Bonito día —susurra elevando la vista al cielo.

Frente a él un calmado Cantábrico que comienza a desperezarse. Está cerca del Palacio de la Magdalena.

Lleva la mirada a un espectacular chalé. No uno cualquiera. Un chalé en el que ha estado en innumerables ocasiones.

Baja la ventanilla y enciende un *Camel* que fuma con parsimonia. De vez en cuando lanza miradas furtivas al majestuoso palacete acompañadas de lentas caladas. Sí, fuma con parsimonia, o eso parece, sin embargo, en su interior comienza a desarrollarse una actividad frenética que se esfuerza por obviar.

De momento, con éxito.

Veinte minutos más tarde consulta el reloj del coche.

—Si sigues siendo un animal de costumbres… —susurra.

Sí, sigue siendo un animal de costumbres, más en estos tiempos que corren.

La puerta del chalé se abre.

—El bueno de Luciano, siempre madrugando más que nadie… —sonríe con nostalgia al viejo conserje, jardinero, encargado del mantenimiento de la casa de los Noriega, que parece saludar a alguien.

Luciano se aparta y permite ver a un individuo de porte elegante, de andar seguro.

—Ahí estás.

Sixto Noriega mira en torno. Saca algo del bolsillo y apunta hacia un flamante Lexus RLX.

—Nada de aparcar en el garaje para no perder tiempo, ¿eh?

Fabio lo observa todo desde el exterior. Arranca y circula calle Ramón y Cajal arriba, el único sentido que puede seguir Noriega. Al alcanzar la siguiente esquina detiene el Mercedes a la izquierda. Los ojos en el retrovisor exterior derecho.

La puerta corredera del chalé se desliza lentamente, sin emitir chirrido alguno.

La adrenalina comienza a bucear por su torrente sanguíneo en busca de excitación, de emociones fuertes.

—Ahí vienes… Me pregunto qué habrás pensado cuando te has enterado de que estoy en libertad antes de tiempo —susurra sin

separar la mirada del espejo.

El vehículo de Noriega aguarda paciente. Tras la luna delantera se aprecia el brillo de la llama de un mechero. El Lexus abandona la vivienda y gira a su derecha. Los faros del coche de Noriega se reflejan en el retrovisor de Carcelén.

Fabio siente como su corazón acelera el ritmo. No está nervioso, ni experimenta ansiedad alguna, quizá debido a los diez años transcurridos desde la última vez que vio al que fuera su socio en la constructora NORCAR. O quizá simplemente se trate de un repunte de adrenalina por el encuentro visual con Sixto a lo que hay que añadir su firme decisión de no pasar página.

Ninguna página.

El Lexus cruza junto al Mercedes y continúa su camino. Unos segundos después Carcelén arranca tras los pasos de Noriega mientras que su mente incansable le plantea un dilema, que no su *sombra*. Su mente le propone dos opciones: Una, seguir a Sixto con cuidado de no ser descubierto y, dos, justo lo contrario, que sepa que le está vigilando.

Con la primera opción verá a su exsocio en su día a día, quizá confiado en su rutina, al menos de cara a la galería. Con la segunda se pondrá en guardia, modificará itinerarios y su nerviosismo le podría llevar a cometer algún error.

Su *sombra*…

Bueno, su *sombra* no tiene tiempo ni ganas para andarse con contemplaciones. Aúna todo el rencor, la rabia y el deseo de venganza que una persona como Fabio Carcelén puede acumular durante diez años.

Rencor, rabia y deseo de venganza que no son nada aconsejables para una buena salud. La de Fabio es más que saludable, eso aseguran los informes médicos. La culpa la tuvo y la sigue teniendo su insistencia en aprender a controlar sus estados de ánimo.

Diez años encerrado dan para aprender, practicar y creer que lo has conseguido.

Sí, creer, sólo creer.

Hasta que no se vea en una situación que ponga a prueba su esfuerzo nada sabrá. Su *sombra* aguarda expectante la llegada de ese momento.

Mientras decide si hacerse visible o no, ha dejado unos metros de distancia con su antiguo socio. Una decisión que con el paso de los segundos se va forjando en su ánimo.

—A ver cómo te sienta saber que estoy cerca de ti, Sixto …

Antes de mostrarse lo primero es averiguar si la oficina continúa en la misma dirección, para ello basta con permanecer tras él con discreción.

Ambos siguen por la Calle Ramón y Cajal, se incorporan a la de Joaquín Costa y en la Plaza Alto de Miranda toman la salida que los lleva por el Paseo de Menéndez Pelayo.

Fabio Carcelén niega.

—¿A dónde vas?

Para ir al número 26 de la Avenida de la Reina Victoria, sede de NORIEGA PROCONS, no es necesario dar tanto rodeo.

A no ser…

Fabio no quiere pecar de paranoico, pero cabía la posibilidad de que le hubiera descubierto y estuviese comprobando si realmente estaba siendo seguido.

De pronto, el Lexus se detiene. El Mercedes lo adelanta y aparca a su derecha, unos metros más adelante, entre dos árboles.

Sixto Noriega se ha levantado temprano como siempre. Desayuna a solas, como siempre, y como siempre también, sale de su palacete con el maletín y porte erguido, de persona de éxito.

Sin embargo, a pesar de tantos *como siempre*, hoy no era un día como los demás. Mientras saludaba a Luciano y entraba en su Lexus no podía evitar sentir cierta acidez en el estómago.

Sabía qué lo generaba.

Lo mismo que le ha impedido dormir más de diez minutos seguidos. No era por haber recibido malas noticias acerca de un tema en particular, ni nada relacionado con su familia. De ser así al menos contaría con suficientes datos para actuar. Era precisamente esa ausencia de datos lo que no duda le ha generado la acidez.

La tarde anterior había mandado a su secretaria, Margarita, que llamara a su antiguo socio a su casa.

—No contestan, don Sixto.

—Siga intentándolo.

Una hora más tarde, en torno a las diez y media de la mañana la escena se repite.

—No contestan, don Sixto.

—Siga intentándolo.

Antes de comer la fiel Margarita volvió a llamar, una vez más, al teléfono de su antiguo jefe, Fabio Carcelén, con el mismo resultado.

—Don Sixto, no cogen el teléfono.

En esta ocasión, Noriega puso fin a la llamada del interfono con

brusquedad. No imaginaba a Fabio andando despreocupado por la calle, paseando. Las imágenes que ofrecía la televisión con periodistas y curiosos apostados frente a su casa lo hubieran captado al entrar o salir en algún momento.

"¿Dónde coño estás?"

Encendió un pitillo con rabia contenida, como si fuera el causante de su malestar. Con la misma rabia que expulsó el humo. No tenía a nadie del círculo de Fabio al que llamar y preguntar irónicamente por su paradero. No, no había nadie porque fue su decisión cortar cualquier tipo de relación con su corrupto y asesino socio.

Niega con vehemencia mientras su mirada salta por la ventana del despacho y choca con un manto de nubes grisáceas.

Su teléfono móvil sobre la mesa comenzó a sonar.

"Ceci"

Su mujer debía estar en algún congreso o similar, no recordaba bien. El primer impulso fue dejarlo sonar hasta que se cortara la llamada, pero una idea aterrizó en su aturdida cabeza.

"Por probar…"

—Sí, Ceci, dime.

—Ya sé que tienes mucho trabajo, pero viendo la hora que es por qué no me recoges en el Palacio de Exposiciones y nos vamos a comer.

Noriega calla unos instantes y asiente.

—Necesito que me hagas un favor, Ceci —voz suave, de marido entregado, modelo.

—Lo que necesites, Sixto.

El favor era sencillo.

Puesto que Carcelén no la conocía, era la persona de confianza ideal para que se pasara por la calle Concha Espina y comprobara si estaba o no en casa.

Ceci fue después de comer.

La respuesta fue la misma que obtuvo Margarita. La misma reacción de Noriega.

—Sigue intentándolo. Date una vuelta y vuelve.

Ceci Tirado aprovechó para volver al congreso, charlar con varios colegas, regresar a la calle Concha Espina, recibir la misma respuesta tanto en el silencio a su llamada al timbre de la vivienda de Carcelén como a la insistencia de su marido para que volviese a intentarlo.

Fabio no daba señales de vida.

"¿Dónde coño estás?"

Sin duda que la incertidumbre, la falta de información sobre el paradero de su exsocio era el causante de su aguda acidez.

—No puedo quedarme de brazos cruzados esperando sus movimientos...

Al salir de su palacete marcó el teléfono de su abogado. Servando

Linar compartía su misma costumbre de saltar de la cama pronto, era la única forma de huir de los problemas de casa.

Sixto detuvo el coche frente al número 119 del Paseo Menéndez Pelayo. Esperó a que pasara un Mercedes y bajó del Lexus. Segundos después, del mismo Mercedes, lo hacía un individuo de ciento ochenta y cinco centímetros y ciento cinco kilos de peso que se cubría la cabeza con una gorra de visera.

Sixto empujó la pequeña verja que rodea la lujosa villa, y recorrió los no más de siete metros que le distanciaban de la puerta principal.

Fabio observaba agazapado tras un árbol los movimientos del que fuera su socio. Cuando lo vio perderse en el interior de la casa, cambió de escondite por otro más próximo. Otro árbol frente a la cancela. A la izquierda de la puerta de la villa una placa dorada y brillante, con un texto:

Linar & Houston abogados… inheritance and heritage

"Vaya, vaya…"

Regresa a su coche dispuesto a esperar la salida de Noriega. No duda que podían estar reunidos por cualquier asunto ajeno a su puesta en libertad, Sixto era muy asiduo al uso de abogados por cualquier nimiedad.

Fabio se hace con otro *Camel* del paquete y lo enciende. Tras saborear dos caladas sonríe. El motivo de que en su rostro se formase una tenue sonrisa la tiene su traviesa mente, o quizá en esta ocasión se tratase de su *sombra*. Ambas apostaban por su salida de *El Dueso* como la razón de la visita de Noriega al despacho de abogados.

De estar acertadas, Fabio estaba por una vez de acuerdo con ambas, cabría preguntarse qué le lleva a un profesional de éxito reconocido a buscar consejo legal porque un antiguo socio condenado en firme salga de prisión.

—O bien me tiene miedo o… —dos caladas intensas—, o esconde algo —otra calada más y apaga el pitillo—, o es una suma de ambas.

Una rápida mirada al retrovisor coincide con la apertura de la puerta del Lexus.

"Qué poco ha durado tu reunión"

El Lexus cruza junto a Carcelén, que se había agachado todo lo que le permitía su corpachón, y continúa calle arriba.

Fabio está concentrado y sonriente. Ha llegado el momento de poner en marcha la decisión tomada esa misma mañana, pero aguardaría unos minutos.

Sólo unos minutos.

Los que le llevara alcanzar la sede de la constructora.

Diez, fueron.

Sixto detiene el coche en el carril de la derecha frente la entrada de un doble palacete de la Avenida de la Reina Victoria. En el pequeño

muro de entrada una recia placa reza: *NORIEGA PROCONS*.

—¿Qué fue de NORCAR, socio? —murmura Fabio sonriente al tiempo que se aproxima al Lexus despacio, muy despacio.

Todo aconteció a cámara súper lenta.

Carcelén está a punto de llegar a la altura de Noriega.

Sixto ve por el retrovisor un Mercedes. Arruga el ceño, cree haberlo visto esa misma mañana. Vuelve el rostro a su izquierda justo en el momento que su antiguo socio cruza a su lado despacio, muy despacio.

Fabio observa el rostro de Sixto, su tremenda sorpresa. Su rápida mirada al interior de la pequeña fortaleza quizá buscando a alguien de Seguridad. Observa cómo vuelve el rostro una vez más. De nuevo en su semblante un inequívoco gesto de estupor.

Fabio detiene el coche. Ventana con ventana. La mirada firme en un rostro serio, muy serio. Sixto aguanta un instante la guerra visual, vuelve el rostro buscando la puerta corredera, la lentitud le desespera. Vuelve a mirar a su exsocio. La puerta corredera emite su familiar crujido metálico avisando de su total apertura. Un coche toca el claxon. Fabio se pone en marcha con la vista al frente. En su rostro sólo un porte firme, nada de odio, amenazas, ni nada por el estilo.

No es de hablar por hablar.

Le va más la acción.

Sixto entra en sus oficinas con un semblante diferente, no se había preparado para esto. Se estaba adiestrando para dar el primer paso, o al menos estar prevenido para cualquier movimiento de Fabio.

Accede a sus oficinas agradeciendo que aún no hubiese llegado nadie. Entra en su despacho, coge el teléfono y marca.

—Ha estado aquí.

—¿Cómo?, ¿quién?

Sixto se retrepa en la silla. No tenía el cuerpo para gilipolleces.

—¿Cómo que quién? Fabio, coño. Ha estado aquí, le he visto en la misma puerta de NORIEGA PROCONS. Lo quiero denunciar por acoso.

—¿Por acoso? ¿Te ha hecho algo? —Servando Linar sacude la cabeza mientras coge un cigarrillo.

—¿Te parece poco que me haya seguido un par de días después de salir de la cárcel? Llevaba un rato detrás de mí.

Noriega no contaba con nada que apoyara su argumento, excepto la sensación de que el Mercedes lo había visto antes. La duda radicaba en si fue al salir del despacho de Linar & Houston o de su casa.

Daba igual.

Lo único importante, y que no debía tolerar, es que un exconvicto le atosigara en la puerta de su trabajo.

—Legalmente nada le impide moverse por Santander. Es muy importante que mantengas la calma.

—¡Estoy calmado!

—Me refiero a que no caigas en sus posibles provocaciones, Sixto, querrá ponerte en evidencia.

—Ya. De todas formas, hay que mantenerle vigilado. No es una persona de fiar, Servando. Seguro que me echa la culpa de lo que le ha pasado.

—¿Por qué iba a echártela? La sentencia no dice nada de ti.

Noriega desliza la palma de su mano libre por el rostro sudoroso.

—Conociéndole es posible que me eche en cara que no le haya ido a ver, ni contactado con él todos estos años —calla unos segundos— ¿Por qué coño le han puesto en libertad?

El abogado mantiene un respetuoso y enigmático silencio que rompe con un escueto.

—Insisto, Sixto, lo extraño hubiese sido que después de la condena lo hubieses ido a ver. Quédate tranquilo, veré lo que puedo hacer.

—¡Estoy tranquilo!

Noriega corta la llamada. Por mucho menos había echado de su empresa a empleados, cortado relaciones con abogados y hundido a proveedores y sus familias.

Por mucho, mucho menos.

19

María Pinta termina su sesión matinal diaria en el gimnasio del sótano de su casa. En cuanto pone un pie en la cocina las risas infantiles llegan hasta sus oídos.

—¡Míralos, abuelita, míralos! —la pequeña María señala feliz a sus dos nuevos amigos: dos cachorros de Labrador, uno negro y otro color café, que juegan dando volteretas con una pelota de gomaespuma.

La inspectora entra resuelta, mira a su sobrina, a los pequeños animales y después a su madre que duda entre unirse a las risas de su nieta o mostrar cara de fastidio.

—No te hagas muchas ilusiones que tu padre sólo los ha dejado por unos días —señala nada convencida mientras deja un vaso de zumo de naranja sobre la mesa— ¿Te has lavado los dientes?

La pequeña María niega.

—¿No? ¿A qué esperas? Que tu tía se va en cinco minutos y no te lleva al cole.

La niña sale corriendo y se pierde por el interior de la casa.

—Hola, perdona, no sé si pensabas llevarla, pero es que no sé qué hacer. Míralos —señala a los cachorros—. Otro pis, pero, ¿se puede saber por qué son tan meones?

—Se me ha hecho muy tarde, pero hoy la llevo —Pinta sonríe, da un beso a su madre y se encamina escaleras arriba dispuesta a regalarse una buena ducha.

Unos minutos más tarde, tía y sobrina salen de la vivienda familiar en dirección a la imprenta a un minuto de su casa. Un lugar en el que puedes comprar el periódico, libros, plantas, algo de ropa, colonia y muchas cosas más.

—Buenos días —la inspectora saluda a las hermanas Marta y Ana propietarias del negocio.

—Buenos días, chicas —miran a la ahijada de Pinta—. Pero, qué grande está —sueltan al unísono.

La pequeña esboza una sonrisa tímida.

Ana saca de la nada una chuche.

—Toma, pero no se lo digas a tu abuela, ¿eh?

—Como se entere te va a caer una buena —señala la inspectora sonriente—. ¿Me das *El Diario Montañés,* por favor?

Marta le entrega la prensa.

—No me digas que ahora vas a leer el periódico cada día.

Pinta deja el dinero sobre el mostrador.

—Espero que no, es que quiero ver otro punto de vista. Nos vamos que se nos hace tarde.

Tras despedirse, tía y sobrina suben al Alfa Romeo de la inspectora.

—Me dice la abuela que los perros aún no tienen nombre.

La niña pone gesto de enfado.

—Pues sí que tienen, pero no quiere que le ponga porque no se los quiere quedar —suelta bastante disgustada.

María vuelve el rostro. Le enternecen estas escenas de su sobrina, aunque sabe que no es momento para sonreír.

—¿Sí?, ¿cómo se llaman?

—Rana y Calixto —suelta convencida.

—¿Rana y Calixto? —su voz envuelta en la extrañeza que le generan los nombres.

—Pues, sí, yo quería una ranita, y Calixto es… es un chico del cole.

Pinta observa de reojo a su sobrina, que va relajando el semblante. Si por ella fuera hubiese parado el coche y dado un fuerte abrazo a la pequeña.

—¿Sabes? Me gustan esos nombres.

El rostro de la niña se ilumina.

El Alfa Romeo se detiene en la puerta del colegio Jesús Cancio.

—Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que no vas a volver a pegar a Sietechurros.

La niña introduce el labio superior bajo inferior y sube los hombros.

—Pues que no diga tonterías —concluye.

La pequeña María se despide y sale del coche. Al volverse hacia la puerta del cole ve a su mejor, mejor amiga Julieta y a su mejor amiga Tadea, pero no mejor, mejor amiga, que le hacen señas con las manos para que se acerque rápido, más rápido. María corre.

—El tonto de Sietechurros y los tontos de sus amigos le han llamado gafotas y cuatro ojos —señala Julieta a una enfadadísima Tadea.

María, mira a Julieta, luego a Tadea, de nuevo vuelve a mirar a Julieta, a Tadea. Se está enfadando por momentos. Cruza los brazos,

frunce los labios y lo suelta de dentro, de muy dentro.

—¿Los pegamos? —en su cabeza la imagen de su madrina y su reciente petición.

“Ellos se lo han buscado. Unos buenos pellizcos y empujones se van a llevar por tontos”

En el rostro de la inspectora se mantiene la sonrisa durante un par de kilómetros. Su mente le va llevando poco a poco al titular de *El Diario Montañés*.

“¿Un asesino anda suelto?”

Ve un espacio a la derecha y se detiene. Coge el diario. Bajo el título de generosa tipografía de la portada un breve texto:

“…fuentes cercanas a la investigación aseguran que el tercer cuerpo fue localizado en el maletero, se confirma que presenta un orificio de bala en la cabeza...”

—Malditas fuentes… —María tuerce el gesto y busca la noticia en el interior. Echa un vistazo por encima.

“…surgen nuevas dudas respecto al supuesto accidente de circulación de Sixto Noriega. Todo parece indicar que no se trata de un fatal accidente. Dichas fuentes aseguran que el vehículo ardió gracias a un acelerante…” “… ¿Quién está detrás de la muerte de la mujer hallada en el maletero?” ”… hasta el momento no ha sido posible identificarla” “La falta de noticias de Fabio Carcelén le pone en el disparadero…”

“… ¿Fue realmente un accidente o lo cierto es que la policía no encuentra argumentos para afirmar lo contrario?”

María va a los últimos párrafos:

“La policía todavía mantiene silencio respecto al registro llevado a cabo de la vivienda de Fabio Carcelén en Santander. Cada día se plantean más dudas a los investigadores. Dudas que hasta el momento sólo parece tener respuestas el propio Carcelén…”

Lee la firma al final del artículo.

“Leandro Montera, redactor jefe y Marcelo Torquemada, redactor”

La inspectora cierra el periódico, arranca el coche y se pone en camino hacia la comisaría. Durante el trayecto no deja de dar vueltas a las puñeteras fuentes cercanas a la investigación.

—Quizá sólo se trate de una forma de hacer creíble la noticia. Me cago en ellos si es así y si no… si no también.

La inspectora llega a la Jefatura aún con la retahíla de preguntas que se planteaba el artículo golpeando en su cabeza. Mientras recorre el pasillo, saludando a unos y a otros, Diego sale a su paso con una carpeta abierta entre las manos que permite distinguir varias hojas mecanografiadas. Pinta reconoce el sello.

—Buenos días, María —saluda con un punto de excitación en la voz.

—Buenos días, Diego —señala la carpeta—. ¿Del Laboratorio Criminalístico de Madrid?

Diego asiente con vehemencia.

—Sí, me lo acaban de entregar.

Pinta puede leer el texto a modo de portada:

“Servicio de Tecnologías Identificativas de la Unidad Central de Identificación”

—¿Es lo que estábamos esperando? ¿La mujer del maletero? —pregunta con ansiedad.

—Sí, sí, lo estaba hojeando cuando te he visto aparecer.

—¡Por fin!

Ambos caminan hacia la sala en la que siguen instalados.

—Me he retrasado, tenemos dos nuevos inquilinos: Rana y Calixto.

Olivares se detiene con la mano en el pomo de la puerta de la sala.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Nada, nada, luego te cuento, vamos con el informe —apunta la inspectora mientras se quita la chaqueta, la deja sobre una silla y toma asiento.

Olivares con la mirada concentrada en el contenido de la carpeta.

—Lo que he visto por encima es que, tal y como dijo Claudia, se trata de una mujer joven, unos veintiséis años —pasa un par de hojas a su compañera.

—¿Tiene alguna relación con Noriega o con su mujer?

Diego da la vuelta a la hoja que está leyendo, lleva la mirada a la siguiente.

—A ver…

—Algún tipo de parentesco con… —consulta las anotaciones de la pizarra—… ¿Noriega, Ceci Tirado o con su primera mujer, la

holandesa Brigitta? Noriega y la holandesa tuvieron una hija que debe tener unos veinticuatro años. La de Carcelén y Remedios veintitrés —vuelve el rostro hacia Diego—. Espero que no sea ninguna de ellas.

—No, no existe vinculación familiar entre los fallecidos, ni con la primera mujer de Noriega.

—¿No dice nada de su identidad?

—Sí, se llama Verónika Titova Vilda, de doble nacionalidad, española y rusa.

Pinta se incorpora y localiza con la mirada en una de las pizarras los nombres de los fallecidos en el chalé de Carcelén en Comillas.

—Timur Osipov, ruso y Yan Li, bielorruso. La chica del maletero… Verónica, has dicho, ¿no?

—Sí, Verónika Titova, con ka.

La inspectora añade la información junto al nombre de los fallecidos en el Lexus.

—Un ruso, un bielorruso y una rusa —busca con la mirada al inspector que sigue enfrascado con el informe—. Blanco y en botella, ¿no te parece?

Olivares levanta la cabeza de los papeles y mira a su compañera. En su rostro una amplia sonrisa.

—Sí, compañera, blanco y en botella. La tal Verónika tiene una larga lista de antecedentes para lo joven que era. Ha sido detenida en varias ocasiones por extorsión, amenazas, secuestro, agresión. Su segundo apellido es Vilda.

—Madre española…

—Sí, nacida en Alicante.

—Vaya… Esto lo hace más interesante, complicado quiero decir, Diego. Tiene toda la pinta de ser una mafia instalada hace mucho tiempo.

—¿Qué tienen que ver con Carcelén? —quiere saber Olivares.

—¿O con Noriega? O quizá con los dos.

—Me pregunto, ¿cómo ha llegado su cuerpo al maletero con un tiro en la cabeza? ¿Un abogado y su mujer se la cargan y…?

La puerta de la sala se abre dando paso al comisario.

—Inspectores…

—Jefe… —sueltan al unísono.

En su mano derecha blande una carpeta similar a la que se haya en poder de Olivares.

—Les supongo informados del informe del Laboratorio Criminalístico —Fausto Redondo toma asiento— ¿Sabemos algo en relación a la tal Titova? Me refiero a si ha aparecido en su investigación.

—No, jefe. Ni habíamos oído hablar de ella.

—La única relación que podría haber es con dos de los fallecidos en

Comillas —la inspectora señala una de las pizarras—. Uno es ruso y el otro…

—Bielorruso… y una rusa-española —completa Redondo—. Imagino cuál habrá sido su conclusión, Pinta. No puedo estar más de acuerdo, sería demasiada coincidencia que no tuvieran nada que ver entre ellos —se atusa el mostacho, pensativo, al tiempo que niega—. Todo apunta a Carcelén, sin embargo, no acabo de ver qué les une.

—Quizá los contrató para vengarse. Algo salió mal en su chalé y se deshizo de ellos —señala María.

Fausto da otro repaso a su mostacho.

—No lo veo, inspectora. Recuerde que de ser así habría matado a la rusa-española antes del accidente. ¿Qué hacía en el coche de Noriega? ¿Quién la puso ahí?

—Las repuestas nos pondrían en el camino correcto —apunta el inspector—. Es extraño, jefe.

—Voy a mover unos hilos a ver si se sabe algo más de esta mujer.

El comisario hace ademán de ponerse en pie.

—¿Algo sobre el registro de la casa de Carcelén en Concha Espina?

—Le dejamos un informe en su mesa y …

Fausto asiente y frunce los labios.

—Lo sé, inspectora. No he podido analizarlo entero, llevo unos días… complicados. Háganme un resumen —vuelve a sentarse.

Los inspectores se miran.

María toma la palabra:

—Teníamos la certeza, gracias al oficial Mínguez, de que había alguien en la casa. Alguien que no había entrado por la puerta principal, que estaba llena de periodistas y curiosos y no vieron a nadie. Se escapó por una ventana del garaje.

—¿Ni a los propietarios?

Pinta coge una de las carpetas que tienen desperdigadas sobre la amplia mesa y extrae un expediente.

—No, jefe, desde el día que Carcelén salió de *El Dueso* nadie había entrado en la casa. El periodista de *El Diario Montañés*, Torquemada, lo recogió en la estación de autobuses y se ofreció a llevarlo a su casa, al ver la cantidad de gente que había junto a le entrada decidieron ir al despacho de su abogado.

—Sí, eso lo sabemos. ¿Han encontrado algo que nos ayude en el caso?

Pinta mira a su compañero.

—Científica está analizando huellas y restos de ADN —se echa hacia un lado, coge una libreta y se la ofrece a Redondo—. Estaba en un cajón en el interior de un armario.

Mientras el comisario hojea la libreta, Olivares continúa con la exposición.

—Verá que en un extremo hay una serie de hojas dobladas. Son algunas de las facturas de compras a proveedores firmadas por Carcelén. Son materiales que no se ajustan a los estándares de calidad de los apartamentos que se iban a construir. —señala la libreta—. Junto a esas verá otras con el que se supone es el material original.

Durante varios minutos se hace el silencio en la sala.

—Carcelén falsificó las facturas. —el comisario pasa una hoja—. Problemas con el sistema de cargas… —murmura concentrado.

Pinta se hace con una copia del informe que está leyendo Redondo.

—Jefe, creemos que la firma de Carcelén en estas facturas… —extiende cinco frente al comisario—, está falsificada.

Redondo levanta la vista del expediente y la deja caer sobre las facturas.

—¿Qué les hace pensar eso?

—Quizá sea absurdo, pero son demasiado perfectas. Si las comparamos con otras firmas de documentos originales se parecen demasiado, pero hay algo más.

Los inspectores se miran.

—Eche un vistazo a esa de ahí, por ejemplo —pide el inspector.

El comisario coge la factura indicada y la analiza a conciencia. Al rato frunce los labios y niega.

Ante la dificultad de su jefe para comprobar lo que le pide, Olivares añade:

—¿No? Observe la firma y mire por detrás de la hoja.

—No se trata de una fotocopia, pero… —interviene la inspectora.

Redondo no termina de comprender a qué se refieren.

—Díganme, me está quedando una sensación que no me gusta nada.

Pinta sonríe.

—Como le decía quizá sea absurdo —coge un folio en blanco y lo sitúa delante de su jefe—. Firme ahí.

La mirada del comisario rebota en los ojos de los inspectores de uno a otro. Una mirada repleta de dudas. Dudas sobre si le están tomando el pelo. Esboza una sonrisa de circunstancias aguardando que le descubran el misterio.

—Firme —insiste María—, así lo verá más claro.

Redondo coge un bolígrafo y hace lo que le piden.

De nuevo esa mirada saltando de los ojos de Pinta a los de Olivares. De los del inspector a los de la inspectora. Dudas.

—Compare su firma y la de Carcelén por detrás de la hoja.

El comisario se toma su tiempo, analiza los dos folios por delante y por detrás.

—La firma de Carcelén no deja rastro en la hoja, sin embargo, en la mía sí deja huella el bolígrafo. Es una copia…

—Eso creemos.

—¿Por qué no lo usaron en el juicio?

—Estamos en ello —interviene Olivares—. Lo que está claro es que el entorno de Carcelén lo sabía, lo que desconocemos es desde cuándo.

El comisario se pone en pie.

—Empiecen por el principio.

María y Diego arrugan el entrecejo, extrañados por el consejo.

—¿Por el principio?

—Sí, inspectora —afirma camino de la puerta—. Lo que dio inicio a todo. El derrumbe del edifico en Isla. ¿Quién se beneficiaba?, ¿seguros?, ¿a nombre de quién estaban los terrenos? Investiguen a las constructoras, socios, *etc.*

—Como le decía, jefe, en ello estamos. Hay demasiados frentes abiertos.

—Lo sé, inspector. Todos esos frentes tienen un nexo en común, Carcelén, su puesta en libertad, y su desaparición.

—Sin olvidaremos de Sixto Noriega, los rusos y…

Redondo esboza una sonrisa.

—De acuerdo inspectora, pero que no les sobrepasen esos frentes.

Cruz Perales asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—Comisario…

Fausto abre del todo.

—¿Sí, Cruz?

La secretaria mira a los inspectores. Su semblante como aturdido, afectado por lo que sea que quiere decir. Junta los dedos de sus manos.

—Hay una persona que quiere veros. Pregunta por quien lleve el caso de Carcelén o de Noriega. —suelta con voz afectada.

Pinta sonríe y Olivares tuerce el gesto.

—¿No serán Yoli Tirado y su marido? —expone confiando en una respuesta negativa.

Con poca esperanza.

Menos que poca, ninguna.

Cruz niega, vuelve el rostro hacia el pasillo.

—No, Diego, me acuerdo de ellos. Se trata de una mujer que ruega que la atendáis.

—¿Cómo se llama?

—No ha querido decírmelo. Dice que os lo dirá a vosotros y que sólo quiere ayudar.

—Vayan a ver de qué se trata —ordena el comisario al tiempo que abandona la sala. Tras un rápido vistazo buscando el final del pasillo vuelve el rostro y se encamina hacia su despacho.

María sale al pasillo seguida de Diego. Al final, junto al mostrador de recepción les aguarda una mujer de algo menos de cincuenta años.

Pelo corto, vestida informal con chaqueta y pantalones. Brazos cruzados sobre el pecho, bolso colgando de un hombro y la cabeza cubierta con un pañuelo.

—¿Nos buscaba? Soy la inspectora Pinta y él es mi compañero el inspector Olivares. ¿Usted?

La mujer estrecha las manos de ambos.

—Me llamo Remedios Palacio —suelta con rostro contrito, compungido, como asumiendo que la sola mención de su propio nombre llevara la retirada total de puntos del carnet de conducir y su ingreso definitivo en prisión.

El semblante de los inspectores muestra la incredulidad que les ha generado la noticia.

María niega despacio

—¿Remedios… Palacio? —la pregunta queda envuelta en una nebulosa de dudas, tantas y tan absurdas que si no fuera por lo impactante de la firme presentación se hubiera echado a reír.

—Sí. Soy la mujer de Fabio Carcelén —baja un instante la mirada y la vuelve a subir—. He matado a dos personas en nuestra casa de Comillas.

Remedios Palacio

El día más esperado, al fin, llamaba a la puerta. No como un suave repiqueteo sino como si pretendiera tirarla abajo. Casi un año de juicio, de visitas diarias al juzgado, a la prisión de *El Dueso* para llevar todo el ánimo posible a su marido, de llamadas de teléfono increpando a Fabio, de no parar de llorar. Un año de incertidumbre, de juicios paralelos, sociales.

Un año de mucho miedo.

Sí, a pesar de su empeño en transportar todo el ánimo posible a Fabio, sentía como sus reservas se acababan, las puertas se cerraban y los jueces se multiplicaban por cada centímetro cuadrado. La prensa, los ciudadanos con los que se cruzaba, todos tenían un veredicto:

Culpable.

Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para juzgarle, para condenarle. Para no querer ver más allá de las supuestas pruebas presentadas por la acusación. Pruebas que cualquiera que conociera a su marido no hubiera aceptado como tales.

No antes de todo el circo.

Después… bueno, después, la manada rumia tranquila, en calma, en paz, satisfecha de su pertenencia al mismo rebaño. Unos, maldiciendo en silencio lo injusta que es la vida. Otros, con impostada sorpresa, tal y como manda la pertenencia a dicho rebaño, al comentar cuánto y cómo puede cambiar la gente.

El día había llegado.

En la calle un cielo preñado de nubarrones oscuros presagiaba intensa lluvia en un día largo y tenebroso.

En el interior del juzgado los rostros expectantes reemplazaban a los nubarrones. Los ojos cargados de Reme y de sus pequeños hijos, Elia y Jorge, hacían lo propio con la intensa lluvia.

El tribunal había devuelto al jurado popular su escrito, consideraba que faltaba fundamentación, albergaba errores y deficiencias de forma. El detalle que ofreció una semilla de esperanza a Reme, en palabras de su abogada, fue que otro de los motivos de esa devolución se debía a que en algunas votaciones no se consiguió la mayoría necesaria.

Hasta esta misma mañana.

—…. por tanto, por lo expuesto anteriormente, el jurado declara culpable a don Fabio Carcelén…

Reme no necesitaba, ni podía oír más. Su cuerpo expulsó todo el estrés acumulado en los últimos meses, y tras un escalofriante grito

cayó al suelo.

—¡¡¡Noo!!!

—¡Mamá, mamá! —Elia se abalanza sobre su madre.

Fabio levanta la mirada del suelo al escuchar el alarido inhumano de su mujer. Intenta aproximarse, forcejea, pero los brazos de dos policías lo impiden.

Antes de salir esposado del juzgado echa una rápida mirada al que fuera su socio, incluso amigo, sentado en un extremo de la sala. Una mirada que pretendía encontrar una respuesta definitiva a lo que estaba pasando. Su vida había explotado a base de furiosos palos, como si fuera una puñetera piñata y quería saber por qué. No, esa última mirada a Sixto Noriega no respondió a su pregunta, a ese porqué que tanto le intrigaba, pero al menos, el semblante tranquilo de su exsocio sí que despejó otras dudas, las que se hallaban tras el quién.

Para descubrir el porqué aún tendría que pasar tiempo.

Mucho tiempo. Fabio, lo sabía.

—Échense a un lado, vamos, déjenla respirar —pedía un funcionario con insistencia mientras Reme era atendida en la misma sala por un médico asistente a la vista.

Poco a poco la mujer de Carcelén va recobrando el sentido. Su desconcierto inicial al abrir los ojos y verse rodeada de rostros dio paso al inminente recuerdo de la sentencia.

Culpable.

Intenta incorporarse sin el más mínimo éxito. Ni su cuerpo ni los que la rodeaban permitieron que lo consiguiera.

—Mamá… —el semblante de Elia, de doce años, reflejaba todo el dolor que le producía la situación—, mamá, tranquila, soy yo…

Tras Elia, su hermano Jorge, apenas dos años mayor, con el rostro serio, esforzándose por ocultar sus irrefrenables ganas de gritar.

Otro funcionario apareció con una silla mientras dos miembros de Seguridad desalojaban la sala, con pausa, pero con firmeza, nadie quería irse, la curiosidad que genera el sufrimiento ajeno estimula las ganas de permanecer presente.

Quedó un reducido grupo. Los padres de Reme. César Tirol, como abogado de la familia, un par de parejas de amigos de los Carcelén y alguien que no pegaba nada en esos momentos, en ese lugar.

Alguien, que cuando abrió la boca provocó que los presentes torcieran el gesto como si hubieran dado un bocado con ansia al limón más ácido que se pudiera encontrar.

—Reme, si necesitáis algo, lo que sea, no dudes en contar conmigo —soltó Sixto Noriega sacudiéndose su traje *Zegna* y mostrando una

hilera de dientes perfectamente blancos y alineados. Todo envuelto en una media sonrisa de complicada interpretación. Judas, a su lado, hubiera quedado como un inocente niño travieso.

A Remedios Palacio le cogió la propuesta no sólo por sorpresa, sino en el momento que tomaba asiento aún afectada por el reciente desmayo. Levantó la mirada y buscó al propietario del absurdo ofrecimiento, una cara que asomaba entre los hombros de una pareja de amigos. Fue una mirada serena, silenciosa, que cambió a otra cargada de sorpresa al ver a Noriega perder súbitamente el equilibrio y caer al suelo.

Reme vuelve el rostro y ve a su hijo Jorge en pie, junto al exsocio de su marido que permanece tumbado de lado, apoyado sobre un codo, su rostro refleja el asombro que le genera el descaro del chaval. Jorge le dedica la peor de su extensa gama de rostros de odio profundo e intenso.

El silencio cubre a los presentes en la sala como un manto pegajoso, fruto de la animadversión acumulada durante los últimos meses. La escena asemeja un fotograma de una película. Una imagen fija, inmóvil. Todos los ojos clavados en el empresario, respaldando el gesto del chico, solidarizándose.

Sixto se incorpora poco a poco, con lentitud, con exacerbante lentitud. Los que están más próximos a él se alejan un par de pasos. Nadie le tiende la mano.

—Ya tienes lo que quieres, Sixto. No me tomes por más tonta de lo que soy.

Noriega se sacude el traje al tiempo que niega.

—No soy yo el que lo ha condenado, Reme. Ha sido un jurado examinando pruebas. Lamento que creas que todo el mundo está equivocado. Soy el primero que desea que esto no hubiera sucedido y por eso antes te dije que…

—Mi marido va a pasar diecisiete años en prisión por algo que no ha hecho, y tú… tú… —Reme intenta incorporarse, le fallan los brazos y vuelve a sentarse—. Esto no ha terminado, ahora, si no te importa, déjanos solos.

Remedios puso todo su esfuerzo en la apelación. Su empeño en demostrar la inocencia de su marido le llevó a visitar los platós de distintas televisiones y a ofrecer entrevistas a todo medio que le solicitara su opinión. Iba armada con información que, sino desmontaba las acusaciones vertidas contra Fabio, si hacían hincapié en lo absurdo de una actitud como la que se le achacaba.

—¿Qué tiene que decir sobre las facturas presentadas por la acusación y los pedidos a proveedores de estas otras promociones? —

la entrevistadora esboza una sonrisa de complacencia al tiempo que deja caer un dedo, perfectamente cuidado, sobre una de las firmas.

Reme asentía con la mirada en los papeles que le enseñaban. Los mismos papeles una y otra vez. Las mismas preguntas, los mismos argumentos absurdos y faltos de sentido. Al principio ofrecía la misma respuesta.

—Mi marido no firmó ninguna de esas facturas. La firma que aparece en los pedidos no es la suya —aún mantenía una mueca amable en el rostro.

—Han sido analizadas por expertos grafólogos, ¿cómo lo explica?

La mueca amable se la lleva el hastío:

—Si tuviera la respuesta, mi marido no estaría en prisión, ni yo aquí.

Sí, el juicio paralelo se expandía cada día un poco más.

La primera apelación no sirvió de nada.

Ni la segunda, excepto para comenzar a recibir amenazas.

Al salir de la sala, pudo hablar apenas un minuto con Fabio que le rogó encarecidamente que no regresara. No quería que le siguiera viendo así, entre rejas. Que rehiciera su vida. Que no viviera la vida a través de la suya. Todo dicho con la boca pequeña, muy pequeña, no porque pretendiera que continuase con sus visitas en esas condiciones, sino por el dolor que le producían sus propias palabras.

Elia y Jorge llevaban dos años en colegios en el extranjero sin ver a su padre.

Así seguirían.

Remedios Palacio aceptó el ruego de Fabio. No volvió a la cárcel, pero no dejó de clamar por su inocencia día tras día, confiada, al menos esperanzada, con una resolución justa que pusiera en la calle a su marido. Ni motivación ni empeño le faltaban, hasta que un día su coche perdió el control y cayó por un precipicio.

Todo empezó catorce meses atrás.

Para ser objetivo con el relato de los acontecimientos sería más exacto afirmar que todo empezó dos largos años antes.

Cierto que el coche de Remedios se despeñó cuando aún faltaban catorce meses para que su marido recobrara la libertad. Pero es igual de cierto que hubo un suceso, en el que se vio implicada, que aconteció un día de esos dos largos años antes mencionados, que no salió como estaba previsto.

Su secuestro.

Un secuestro del que ella jamás fue consciente, no del primer intento. El plan tenía todo para ser infalible, eso creían, los imponderables también cuentan, tanto como el mejor diseño del plan maestro.

La idea era poner en práctica el análisis del seguimiento diario

realizado a Remedios Palacio, sus horarios, costumbres, lugares frecuentados, amigos, conocidos…

Reme sale de la vivienda familiar en la calle Concha Espina 14 a las 12,30 horas de la mañana, es jueves, un día especial, tan especial como el domingo. Ha dejado el coche aparcado en la calle, frente a su casa. Pulsa la apertura de puertas y accede al interior.

El coche no arranca.

Forma parte del plan.

Tras realizar varias respiraciones profundas y prometerse no entrar en pánico vuelve a intentarlo.

Nada.

Su calle no tiene mucho tráfico, bueno para unas cosas y malo para otras. Mira por el retrovisor. Se dispone a salir del vehículo justo en el momento en que un taxi pasa por su izquierda, se detiene, salta una pareja que parece discutir y se aleja.

Hoy está de suerte,

Reme sale del coche.

—¡Taxi!

La mujer de Carcelén no tiene tiempo que perder. Hoy jueves, como todos los jueves y domingos del mes tiene cita en la residencia en la que están ingresados sus padres. Él, porque la vida se ha empeñado en que sus recuerdos sean prescindibles. Ella, porque dejar sólo a su marido no es una opción siquiera a debatir.

—No, hija, lo prefiero así. ¿Has visto que tienen de todo y buenos médicos? Allí nos cuidarán muy bien.

Reme no estaba de acuerdo, pero se había cansado de discutir, de ofrecerse a cuidar de ellos, de prometerles que no les faltaría de nada.

Subió al taxi.

—Buenas tardes, al Centro Residencial Sanitas, por favor.

El taxista se vuelve.

—Junto a Puerto Chico, ¿verdad?

—Sí, así es.

El conductor realizó una pregunta retórica. Había seguido a Reme en innumerables ocasiones, jueves tras jueves, hasta ese mismo destino.

Hoy, sin embargo, sería un jueves diferente.

Una nueva ruta.

El taxi continúa por la calle de Concha Espina, en el primer cruce gira a la derecha por la de Francisco de Cáceres.

—¿Va a ver a algún familiar? —quiere saber el conductor. Sus ojos en el retrovisor buscando los de su ocupante. Una mirada que refleja calma.

—Sí, a mis padres.

El hombre asiente respetuoso y lleva la vista al frente.

El trayecto no debería alargarse más de diez minutos en el peor de los casos. Reme sonríe al recuerdo de sus progenitores. Vuelve el rostro hacia la ventanilla, dando rienda suelta a su mirada para que observe lo que desee mientras en su cabeza se reproduce una película, que no por aprendida de memoria, deja de ser impactante. En ella ve a su marido agarrado a los barrotes de una celda. La puerta está abierta. Él no se mueve, sólo mira al frente. Ella quiere acercarse, pero algo le impide moverse. Quiere gritar, llamar su atención. Siente que alguien la coge de un brazo, se gira, es Noriega, con un gesto le dice que no merece la pena, que lo olvide.

Reme sabe que no es real, que está soñando, pero el efecto es el mismo.

Doloroso.

Un cóctel de emociones. Amor e impotencia, aderezados con pequeñas, pero concentradas, gotas de odio intenso.

Dolorosamente intenso.

De repente, el taxi disminuye la velocidad.

Remedios parece despertar. Mira a un lado y a otro, reconoce el lugar. Están llegando a la Glorieta de los Delfines. Al fondo, junto a la plaza, varios juegos de luces amarillas, blancas y azules.

Sin motivo aparente busca los ojos del conductor en el retrovisor. Se retrepa en el asiento, incómoda. No sabe qué ha provocado esa incomodidad, quizá el retraso que le va a suponer lo que sea que esté ocurriendo, o quizá esa mirada dura que tornó veloz a otra amable en cuanto el taxista fue consciente de los ojos de Reme.

Sea cual sea el motivo, necesita bajarse, ya.

—Parece que ha habido un accidente. No tardará, están abriendo, ¿lo ve? —el conductor señala con el brazo estirado un lugar indeterminado.

Reme no ve nada más que luces, gente que baja de sus coches, curiosos que se agolpan en la glorieta como si regalasen aquello que más falta les hace. Nada que indique que se van a poner en marcha de un momento a otro.

Echa un rápido vistazo al contador. Del monedero elije un billete de veinte euros, que supera el importe con creces que marca el taxímetro.

—Tome, me bajo aquí.

El conductor se gira sorprendido. Estaba muy cerca, bastaba con cruzar la glorieta. Ahí les aguardaban. Nada podía salir mal.

—No se preocupe, paro el contador y…

—No, no es necesario, tengo prisa, iré andando, gracias —abre la puerta—. Quédese con el cambio.

Reme sale del taxi, echa un disimulado vistazo al conductor y se aleja a paso rápido al tiempo que su cuerpo le envía un escalofrío que recorre su espina dorsal como un seco latigazo.

“Tranquila, es sólo un taxista enfadado por perder un cliente”

Ni a ella misma le servía su propia explicación, pero a algo tenía que agarrarse para seguir adelante con su vida.

En el segundo intento tuvieron éxito. En esta ocasión redujeron al mínimo la posible intervención de circunstancias imprevistas. De nuevo se basaron en las costumbres semanales de su víctima. Vieron agradecidos y con buenos ojos que mantuviera una pauta de actuación similar entre una semana y otra.

Similar, sí, pero no idéntica.

De vez en cuando alguno de sus hijos regresaba del extranjero para pasar unos días en Santander.

Se habían planteado realizar un cambio de objetivo. Secuestrar a uno de los hijos como aviso para que abandonase su cruzada en favor de la inocencia de su marido. Una madre jamás permitiría que su hijo sufriera por su causa. Tras sopesarlo decidieron que los *pros* eran inferiores a los *contras*. Amigos, el otro hermano, compañeros de trabajo, prensa, demasiada gente alrededor de cualquiera de los dos hijos, preguntando, queriendo saber

No, sería Remedios Palacio, debería ser algo rápido y efectivo. Bastaría con que les dijera dónde están los veinticinco millones de euros que les pertenecen y que su marido ha desviado.

Desviado, robado, malversado, cambiado de lugar, daba igual. No se trataba sólo de los cinco millones que reflejaba la sentencia, no, eso eran migajas. El paso del tiempo incrementaba la deuda.

El primer bofetón le llegó de izquierda a derecha. Nada presagiaba que reaccionara de este modo, excepto su tenebrosa sonrisa, su acento extranjero y su absurda petición.

—Es sólo para que me tome en serio —afirma el hombre mientras se frota el dorso de la mano—. Si me obliga me veré forzado a prescindir de mis buenos modales.

Remedios siente un calor intenso recorriendo su rostro. Un sabor metálico, salado y un agudo pinchazo se concentran en sus labios.

—No le puedo decir lo que no sé.

El hombre levanta de nuevo la mano, dispuesto a repetir la reciente experiencia.

—La necesitamos viva, Timur, sin marcas, ¿lo recuerdas?

Yan Lis sujeta el brazo de su compañero, tras un leve forcejeo logra soltarse.

—Si me dejas un rato a solas con ella, soltará todo lo que sabe.

Remedios mantenía la vista baja, no quería que su mirada se cruzara con la de sus captores.

“¿Veinticinco millones de euros?”

Cerca estuvo de soltar varias carcajadas, agarrarse el estómago y comenzar a reírse como hacía tiempo que no era capaz si la situación fuese de cualquier otro tipo menos peligrosa.

—¿Dónde están? No me obligue a hacer lo que no quiero —repite, en esta ocasión con voz suave, como lamentando lo que se puede ver obligado a hacer—. Podemos acabar con esto ahora mismo.

—Quizá prefiere que se lo preguntemos a sus hijos, a Elia y Jorge, ¿no crees Timur?

Reme niega repetidamente.

Si ya el acento extranjero, tan extranjero como su aspecto. Su porte de amabilidad impostada, tan amable como el bofetón que acababa de recibir, le generaba una sensación de pavor jamás experimentada, la mención de sus hijos le provocó un miedo atroz.

—No… por favor… ellos no saben nada, viven fuera.

—Que yo me aclare, ellos no saben nada, usted, ¿sí?

El segundo bofetón le cruzó la cara por el lado contrario, de derecha a izquierda con resultado similar. Fue un bofetón más contenido, comparado con el anterior se podría definir casi como un bofetón amable. De esos de yo no quiero, pero tú me has obligado, no sigas así o tendré que repetirlo, tú decides.

Timur Osipov y Yan Lis, llevan a Remedios Palacio a una habitación y echan la llave.

La mujer de Carcelén no entiende qué es lo que está pasando, ni por qué ocho años después de la sentencia la secuestran. No tiene sentido.

Pasados unos minutos la puerta de la habitación vuelve a abrirse. Reme permanece sentada en un catre, las manos atadas, la boca ensangrentada. Una mujer rubia accede al interior.

—Si no quieres conocerlos en su peor versión diles todo lo que sepas —suelta con tranquilidad, con calma, incluso da la sensación de estar realmente preocupada por la suerte que pueda correr Reme—. Te lo sacarán a golpes, te violarán, irán a por tus hijos.

Remedios niega lentamente, sus ojos están cargados de rabia, de impotencia.

De lágrimas.

—Yo no sé nada de ese dinero, ya se lo he dicho. Ojalá lo supiera para que…

La mujer rubia se aproxima más. Sus rostros casi se rozan.

—Bueno, ya sabes lo que pasará. Dales lo que te piden o lo pagarás muy, muy caro… —suelta melosa mientras coloca una mano en cada carrillo de Reme y la besa en los labios, despacio, con calma, saboreándolos.

Se separa y se relame, ante una desconcertada Remedios, desliza el dorso de la mano por su boca, da media vuelta y sale de la habitación.

Reme permanece con la mirada en la puerta. La actitud de sus secuestradores le desconcierta. No es que la hayan secuestrado todas las semanas y vaya sobrada de experiencia, pero no actúan como si tuvieran un plan establecido. En cuanto vio a Timur Osipov creyó ver un rostro familiar, no de amigos, ni de conocidos cercanos, sólo un rostro de esos que por alguna razón permanecen más tiempo que otro en el recuerdo.

"¿Es el taxista aquel que…?"

Sintió un calor frio, un sudor helado salpicando su entumecido cuerpo. Si era el conductor de ese taxi del que se bajó querría decir que llevan detrás de ella mucho tiempo. Que es muy posible que sí tengan un plan establecido, a pesar de que parecía que actuaban de forma improvisada.

"¿La mujer?"

La actitud de la mujer rubia era lo que más le desconcertaba. La amenaza a sus hijos lo que más le atemorizaba.

21

—Acompáñenos, por favor —pide Olivares a una cariacontecida Remedios Palacio.

María Pinta hace un gesto a su compañero para que se adelanten y señala una de las salas de interrogatorios, mientras, gira sobre sus pasos y se encamina a su izquierda hacia el despacho de Fausto Redondo. Tras el habitual, adelante, accede al interior.

—Jefe, la mujer que nos esperaba es Remedios Palacio.

Ante el gesto de perplejidad del comisario añade, al tiempo que asiente:

—Sí, la mujer de Fabio Carcelén.

En el rostro de Redondo se dibujan todo tipo de muecas que pretenden expresar lo que acontecía en su interior, asunto complicado cuando ni el propio interesado es capaz de explicarlo.

Escapó por el lado más fácil.

—¿Remedios Palacio? La mujer de… Carcelén —repite las palabras de la inspectora, quizá para ganar tiempo y ordenar la información que comenzaba a acumularse en su cabeza o quizá para que Pinta añadiera unas palabras más que dieran un poco de sentido a esa información.

Una información absurda del todo porque:

—Esa mujer está muerta. ¿Seguro que es ella? —quiere saber mientras rodea la mesa atusándose el bigote.

—Eso creíamos, jefe. Si no es ella es su gemela —la inspectora aguardaba de pie—. Está en *interrogatorios* con Olivares. Dice que ha matado a dos personas en su chalé de Comillas.

—¿Cómo?

El comisario mira en torno, localiza la chaqueta, se la ajusta y se encamina hacia la puerta.

—Veamos quién es, y de dónde sale.

—Si no le importa, jefe, antes de reunirnos con ellos me gustaría pasar por la sala de reuniones para hacer una rápida comprobación.

Fausto observa a Pinta y asiente.

Inspectora y comisario entran en dicha sala. Ella se dirige a una de las dos pizarras magnéticas, él aguarda expectante con los brazos cruzados. María se hace con una foto ubicada justo debajo de un nombre: Remedios Palacio, y de un breve texto: fallecida en 2018, 44 años. A un lado de la foto, una flecha azul la enlaza con la fotografía de Fabio Carcelén.

La inspectora escudriña la instantánea, tuerce el gesto y se la entrega al comisario.

Diego Olivares toma asiento después de haber ofrecido un café a Remedios. Ambos se hayan frente a sendos vasos de cartón.

—No es lo mejor de la comisaría, pero se puede beber—apunta mientras esboza una suave sonrisa que relaja el semblante de su visitante.

Reme da un sorbo al café, lo deja sobre la mesa y asiente.

—No está tan mal, los he tomado peores —lleva la mirada al interior del vaso, queda en silencio.

Olivares se limita a observarla, permite que se tome su tiempo. No debe ser fácil presentarse en una comisaría cuando todo el mundo te da por muerta.

—¿Por dónde quiere empezar?

El rostro del inspector dibuja una mueca que pretende ser un gesto de disculpa.

—Me temo que no seré muy original si le digo que por el principio.

Remedios asiente varias veces, se humedece los labios. No parece hallarse ahí, en esa sala frente a un policía, dispuesta a confesar o relatar aquello que le atormenta. No, la sensación que transmite es que su mente se halla lejos, en algún lugar conocido, con personas conocidas. Su dificultad para levantar la mirada de la mesa asemeja a una pose de solicitud de perdón.

—¿Sabe alguien que está usted aquí? —se adelanta el inspector.

Remedios ladea el rostro, lleva una mano a la nuca y niega.

—No…

—¿Sabe alguien que está viva?

La mirada de Reme de nuevo en el vaso. De nuevo la misma respuesta.

—No…

La puerta de la sala se abre dando paso a la inspectora y al comisario.

—Buenas tardes, señora… —Redondo ofrece su mano—. Disculpe no sé si dirigirme a usted como señora Palacio o señora de Carcelén.

Reme hace ademán de incorporarse.

—No se levante. Si le parece la llamaré doña Remedios —apunta

mientras toma asiento.

Reme frunce los labios, se acomoda en la silla y ladea el rostro.

—Así está bien, comisario.

Redondo deja sobre la mesa la foto que Pinta ha cogido de la pizarra.

—Es indudable que se parece a usted, sin embargo, no diría que es la misma persona.

Pinta y Olivares cruzan sus miradas, observan la foto.

Reme se hace con la instantánea. Su rostro se cubre de un velo melancólico.

—Coincido con usted comisario. Ni ahora, ni cuando me sacaron esta fotografía estaba en mi mejor momento. En esa época luchaba por demostrar la inocencia de mi marido.

Los tres policías guardan silencio.

Reme deja la foto sobre la mesa.

—¿Sabe? Tampoco yo me reconozco. Este pelo tan corto me hace diferente, pero me ayuda a pasar desapercibida.

Redondo coge la foto, balancea su mostacho y lleva su mirada a Olivares, empujándole a que continúe con lo que estuvieran hablando.

—Me decía doña Remedios que nadie sabe que está aquí… —queda en silencio unos segundos que aprovecha para mirar a la mujer—, y que nadie sabe que no falleció en aquel accidente.

María no puede evitar el asombro que le generan las palabras de su compañero.

Necesita como todos los presentes saber más.

—¿Por qué ahora?

Reme da un sorbo al café. Fija su mirada una vez más en el vaso mientras lo deja sobre la mesa con gestos pausados, como su voz.

—A veces la vida te abre unos caminos, te cierra la mayoría, y te empuja a que elijas alguno de ellos… —la mirada como ausente se balancea sobre el borde del vaso de cartón—, caminos que no quieres recorrer, ninguno de ellos te parece mejor que el otro, pero no queda otra opción.

—¿Qué camino le ha traído hasta esta comisaría? Por lo que acaba de decir deduzco que no quería tomar la decisión de decir al mundo que está viva —interviene Pinta.

—No… Era la única forma de poder seguir luchando por Fabio. Ahora… ahora todo se complica mucho más.

—¿Su marido tampoco lo sabe?

Reme niega varias veces y esconde la cabeza entre las manos.

—No, inspector, sólo ustedes tres.

María se estaba impacientando.

—No me ha respondido a mi pregunta, doña Remedios.

La mujer separa la cabeza de las manos. Frunce las cejas.

—Disculpe, ¿su pregunta…?

—Sí, le pregunté que qué camino le ha traído a esta comisaría. Es decir, qué le ha empujado a venir a vernos, y complicarlo todo mucho más, como asegura. ¿Por qué confesar dos asesinatos?

Reme cruza los dedos.

—Fue a raíz de la puesta en libertad de mi marido y de los cuerpos que encontraron en nuestro chalé de Comillas. ¿Se sabe la identidad de los fallecidos? La prensa sólo ha hablado de César Tirol, nuestro abogado.

Los inspectores echan una discreta mirada al comisario que da su consentimiento. Olivares se pone en pie y sale de *interrogatorios*.

A María le quema una duda en la boca.

—Acaba de preguntar si se sabe la identidad de los fallecidos.

Reme asiente.

—Sí…

—Uno ya lo conoce, ¿mató usted a César Tirol?

Remedios abre los ojos sorprendida por la pregunta.

—No, por favor. —dice con incredulidad— ¿Cómo voy a matar a nuestro abogado? Es como de la familia.

—Entonces —continúa María—, asegura que mató a los otros dos sin saber quiénes eran.

Una vez más la mujer de Carcelén vuelve a asentir, en esta ocasión con escaso énfasis, como si albergara dudas.

Olivares regresa a la sala. En sus manos porta varias fotografías. Toma asiento. Frente a Remedios va dejando varias de ellas. Una de la vivienda. Dos pares de fotos por fallecido.

El inspector señala las instantáneas.

—Timur Osipov… Esta de aquí es de la Interpol, la otra ya fallecido.

Reme aprieta los labios.

Diego repite la misma operación con el siguiente.

—Yan Lis…

—Y César… —concluye Remedios con un hilo de voz.

La inspectora abre una carpeta y coge una de las hojas.

—¿Estuvo usted en esa casa? —pregunta sin elevar la vista del folio.

La mujer de Carcelén deja caer los hombros, mira a Pinta.

—Sí, es nuestra casa, lo cierto es que Fabio me la regaló, pero no llegó a conocerla. Además, he confesado que maté en mi casa a…

María coge otra hoja, la sitúa frente a Reme y la gira.

—Dejó de ser su casa el pasado año, ahora es de su abogado —interviene Pinta que no termina de empatizar con la mujer.

Remedios asiente varias veces.

—Así es, fue un cambio de propietario temporal. Me equivoqué con

César, pero las deudas no paraban de crecer, querían que pagara cinco millones de euros más las indemnizaciones a las familias afectadas —su mirada cambió durante un par de segundos— ¡Mi marido era inocente! —exclama más alto de lo que hubiera deseado. Baja la mirada otra vez al vaso de cartón.

—No es eso lo que dice la sentencia, doña Remedios —el comisario levanta la palma de la mano al ver a la mujer dispuesta a intervenir—, pero no nos corresponde a nosotros juzgar.

—Es inocente… inocente… —su voz apenas un susurro.

De nuevo, el silencio planea sobre la sala. Tres pares de ojos tratan de analizar cada gesto de la mujer que dice ser la esposa de Fabio Carcelén y que ha sido enterrada un año atrás.

—Hemos encontrado sus huellas y ADN, de sus hijos, de los dos fallecidos, de su abogado, varios juegos de huellas sin identificar, y… de su marido… —interviene Olivares.

—¿De Fabio? —suelta la duda al aire, como si no aguardara respuesta. Una duda planteada para ella misma—. De Fabio… —repite en un susurro.

—Lo llamativo del caso es que en su vivienda de la calle Concha Espina no se han localizado huellas del señor Carcelén. —Pinta baja la mirada a una hoja—. Digo, llamativo, que no extraño, porque durante los últimos diez años no pudo acceder. Sin embargo, en Comillas sí que estuvo. Ha vivido ahí unos días.

El rostro de Remedios es fiel reflejo de la incredulidad que le produce lo que está escuchando.

—Fabio, no…

—¿Sabe dónde se encuentra su marido? —Redondo toma la palabra.

Reme niega. Su semblante se va endureciendo poco a poco.

—Imagino que si lo supiera no nos lo diría, ¿es así?

La mujer adopta una postura más firme, los codos sobre la mesa.

—Creo que cualquier esposa que haya pasado por lo que nosotros hemos pasado… y seguimos pasando, le respondería de la misma manera.

—En nada le ayuda a su marido esa actitud. Huir le hace parecer culpable.

Reme fija la mirada en el comisario.

—¿Culpable de qué, comisario? Ya le he dicho que yo maté a dos de las personas que han entrado en mi casa.

Redondo se retrepa incómodo.

—Sí, ya sé que piensan que mi marido debió tener algo que ver con el accidente de Noriega y su última mujer, ¿de verdad creen que Fabio ha salido de la cárcel para llenar Santander de cadáveres?

Una vez más se hace el silencio.

El mostacho del comisario se balancea nervioso.

Pinta apoya los codos sobre la mesa, se echa hacia delante.

—¿Por qué los mató?

Remedios se relaja.

—Esos dos de ahí —clava la mirada en las fotografías de Osipov y Lis sobre la mesa—, me secuestraron unos días antes de mi supuesto accidente. El día que los maté estaba en el chalé —la voz va perdiendo serenidad—. Entraron como si fuera su casa, lo entendí al ver a César con ellos. Les oí discutir mientras revolvían todo —calla unos segundos—. Luego escuché un disparo y ruido de muebles, mucho alboroto, gritos, como si fuese una pelea…

—¿Dónde estaba usted?

—Encerrada en la despensa. Se hizo el silencio, salí… quizá no debí haber salido.

—Continúe —pide el comisario.

—Entré en el salón, estaba todo revuelto. Vi una pistola a mis pies —desliza sus manos por el rostro—. No sé por qué la cogí, pero lo hice. Caminé despacio, vi unas piernas que asomaban detrás de un sofá. Era César.

Reme se toma unos segundos de silencio.

—¿Qué pasó con los otros dos? —Redondo quiere que cuente la historia cuanto antes, ya habrá tiempo de analizar los detalles.

—Vi al que decían Yan que se levantaba y al verme vino hacia mí, estaba cubierto de sangre. Cuando me reconoció empezó a reírse. Le dije que no se acercara, no me hizo caso. Cogió uno de los palos de golf, no paraba de reírse, estaba como ido. Le dije que si se acercaba dispararía.

—Disparó.

—Sí, inspectora…

—¿Cuántas veces?

Reme sacude la cabeza como si no entendiera.

—Que cuántas veces disparó.

Remedios vuelve a bajar la mirada, buscando en sus recuerdos.

—Pues… no sabría decirle, pero varias, estaba tan cerca que no podía fallar.

María permanece con la mirada en los ojos de la mujer.

—Y, ¿Osipov?

Remedios lleva su atención a la foto. Su rostro se contrae.

—Pensé que estaba muerto, al pasar a su lado para ver cómo estaba César me agarró de un tobillo, se me cayó la pistola —esconde la cabeza entre las manos, toma aire y añade—: Estaba muy asustada, cogí lo primero que encontré y le golpeé en la cabeza con todas mis fuerzas.

—¿No se levantó cuando le agarró del tobillo?

Reme niega lentamente.

—No, sólo me miraba.

—¿No le dijo nada?

—No… bueno, me llamó zorra. Nada nuevo en ellos.

De nuevo otra pausa.

—¿Le dijeron qué es lo que querían? —quiso saber Olivares—. Me refiero a por qué la secuestraron o escuchó algo en el chalé.

Remedios coge su bolso, introduce la mano y saca un paquete de hojas enrolladas con una goma que deja sobre la mesa.

Diego retira la goma, separa una de las cuartillas. Hay un texto. Lee:

—Su marido pagará, sus hijos pagarán. ¿Usted? Usted también pagará.

—¿Qué le piden?

—Veinticinco millones de euros, inspectora —suelta con un tono que a ella misma le genera incredulidad—. La sentencia hablaba de cinco millones. ¿Se han vuelto todos locos? —sacude las manos.

El comisario se incorpora.

—¿Quiere agua?

—Sí, gracias.

Fausto Redondo se dirige hacia la puerta.

—Inspectores… —con un gesto de cabeza les pide que salgan con él.

Los tres policías se separan unos metros de la puerta de la sala.

—¿Qué opinión les merece? ¿Pinta?

María deja las manos en las caderas, levanta los hombros.

—Creo que no está siendo sincera, al menos no del todo.

—Usted cree que miente.

María aprieta los labios.

—Si no en todo, al menos en parte.

El comisario vuelve el rostro hacia Olivares.

—¿Inspector?

Diego cruza los brazos sobre el pecho, chasca los labios.

—Coincido con mi compañera, jefe. Creo que no nos ha contado la verdad.

—Está protegiendo a alguien —apunta María.

—¿A Carcelén?

Diego asiente repetidamente.

—Sí, es lo que parece. Quizá llegó a la vivienda se encontró el panorama y pensó lo mismo que nosotros.

El comisario consulta su reloj.

—Averigüen quién es la persona que iba en su coche cuando se despeñó y dónde ha estado todo este tiempo. Alguien ha tenido que ayudarla.

—Por lo menos con su secuestro ha sido sincera, conocía los nombres de Osipov y Lis.

—Puede que decidiera actuar así cuando le he dicho el nombre de los fallecidos

—Sí, es una posibilidad —lleva una mano a la nuca, y tuerce el gesto—. Todo apunta a que tenemos otro caso de esos de mierda.

—No olviden, inspectores, que lo que ha relatado de cómo sucedieron los hechos en su casa, es compatible con el análisis de Científica y con el informe de ustedes.

Los inspectores cruzan sus miradas.

—Sí, pudo ocurrir como dice, jefe —interviene Pinta—. Los dos extranjeros habían recibido una paliza, que bien se la pudieron haber dado ellos mismos. Uno, además, recibió tres disparos —fija una mirada llena de incertidumbre en Fausto Redondo—, sin embargo, no sabría decir qué, jefe, pero hay algo que no me cuadra.

El comisario lleva una mano a su bigote.

—Coincido con usted, Pinta. Intenten averiguar todo lo que puedan sobre lo que ha hecho desde el día de su supuesto accidente.

Cuarto día en libertad

Fabio Carcelén abre los ojos, busca la ventana y comprueba que aún no ha amanecido. Sobre la mesilla de noche intuye, más que ve, los anillos de su mujer. Aprieta los labios. Por más que le pese no es capaz de vislumbrar un motivo, por burdo que aparente ser, que explique cuál es el mensaje que supone lleva implícito la caja que recibió con la nota.

Ni el mensaje, ni el emisor.

Ni los anillos, ni la foto.

La foto…

Enciende la pequeña lámpara, abre el cajón y se hace con la fotografía de Reme que enviaron con el paquete.

—¿Quién narices tenía tus anillos? —recorre con la mirada cada centímetro de la fotografía— ¿Quién te ha hecho la foto? —sin dejar de escudriñar la imagen impresa de su mujer, añade—: ¿Por qué…?

Las preguntas parten de su boca arropadas por un leve murmullo, envueltas inicialmente en temor. Sí, inicialmente, porque con el paso de los segundos ese temor se echa a un lado para dar paso a un peligroso cóctel de rabia, odio y ganas de hacer daño. En momentos como este Carcelén es capaz de matar, lo sabe.

Ese temor no tiene que ver con su integridad física, lo genera la contemplación de la fotografía, la posibilidad de que Remedios esté muerta cuando la toman. El temor a que haya podido sufrir.

Se incorpora y se encamina hacia la ventana. Con la mirada en el horizonte siente que su cóctel va disminuyendo en intensidad. No es que ya no odie a quienes hayan hecho lo que hayan hecho a su mujer, eso no cambiará jamás. No, es el amanecer. Su contemplación le genera una calma difícil de describir.

Lentamente el cielo *comillano* se va cubriendo de esponjosos filamentos de tonos rosáceos, anaranjados y azules.

Fabio se acostumbró a ver amanecer apenas un año antes de abandonar *El Dueso*, pocos días o semanas después del fallecimiento de Remedios. Coincidió con un cambio de celda y con una sucesión de días despejados en Santoña. Significaba para él lo más próximo a la libertad, a sentirse parte de la sociedad libre. Todos contemplando el mismo punto del horizonte, desde diferentes lugares. Ese amanecer lo estarían disfrutando, en ese mismo momento, miles de personas desde sus casas, jardines, en el trabajo.

Desde la cárcel.

Media hora más tarde entra en el baño. Apoya las manos en el lavabo y se mira en el espejo, la imagen que le devuelve el reflejo es la de su único amigo. Pretende ser una mirada amable, atestada de preguntas.

Mientras expone mentalmente esas dudas, en su cabeza se superpone una película con varios personajes en los papeles principales. Como protagonista estrella, Noriega. Sin duda es el que posee la llave del cajón que guarda todas las respuestas. Sin embargo, hay otro personaje que, sin tener un motivo concreto, sin que haya sucedido nada que lo señale, Fabio lo señala: César Tirol.

No fue sólo que se sorprendiera cuando se presentó en su despacho acompañado del periodista Marcelo Torquemada. Aunque le había dicho que no necesitaría sus servicios porque no iba a apelar más a no ser que surgieran nuevas pruebas, resulta cuando menos chocante que no estuviera al tanto de su inminente salida. Tampoco su conducta errática, torpe, en su casa, como si le tuviera miedo. Ni siquiera que el chalé estuviera a su nombre. No, era su mirada huidiza, su improvisación como si le hubiera cogido con las manos en una masa que no le corresponde.

—¿Qué hacemos hoy? —examina su reflejo.

Nada más formular la pregunta se acordó de la cara de pánico de Sixto cuando le interceptó en la puerta de sus oficinas.

Corrige a su pensamiento.

—Que serían también mis oficinas si no se hubiera quedado con todo, ¿qué hacemos? —insiste a su reflejo.

Mientras aguarda a que llegue la respuesta que espera, abre el grifo de agua fría, sitúa las manos debajo del chorro a modo de cucharón, baja la cabeza y lanza veloz el agua contra su rostro. Una vez, otra, y otra más.

Escaleras abajo rumbo a la cocina, a por un deseado café, baraja diferentes posibilidades a las respuestas que le han ido llegando. Parte de una premisa básica: necesidad urgente de información. ¿Quién se la puede proporcionar? ¿Quién sabe por qué pasó lo que pasó en Isla? ¿Quién falsificó su firma?

Y la más impactante, ¿por qué?

Todas las preguntas parecen apuntar a Sixto sin dudarlo.

“¿Por qué, Sixto?”

La mayoría de los motivos suelen ser económicos, cierto, pero su exsocio disfrutaba de un buen nivel de vida. Debía haber algo más. Algo que le empujase a verle como prescindible para conseguir sus objetivos, un obstáculo.

César Tirol aparece como alguien que puede aportar información, aunque Fabio duda de si en el caso de poseerla querrá compartirla con

él.

No hay nadie más.

Nadie más a quien acudir en busca de ayuda.

Siempre hay alguien más.

Dos cafés y un par de *Camel* más tarde cuenta con un esbozo de plan. Sólo un esbozo. Conforme se vayan resolviendo los pasos que vaya dando podrá elevar de categoría el esbozo y colocarlo a la altura de un modesto plan.

El objetivo lo ha tenido claro desde el principio de todo: limpiar su imagen. No es cuestión de ego, ni de orgullo, sino de justicia, de ser justos con la vida, con nuestras actuaciones. Por encima de la denostada *justicia* Carcelén ubica a su mujer y a sus dos hijos. Sí, son ellos el motivo principal de esa necesidad de profundo lavado de su imagen.

Camino del salón coge su chaqueta del perchero, introduce la mano en un bolsillo y extrae una tarjeta. La observa por una cara, por la otra, lee:

"Marcelo Torquemada. *El Diario Montañés*. Redactor."

Toma asiento en el sofá y coge su móvil.

Marcelo llega a la redacción del periódico con la incómoda sensación de estar perdiendo el papel principal como periodista de la puesta en libertad de Fabio Carcelén. Sería más exacto decir que más que una incómoda sensación es una certeza. Le había llamado varias veces para continuar hablando con él. Sí, sabía que antes que nada debería ganarse su confianza, también sabía que no iba a ser una empresa nada sencilla, pero para lograr un mínimo de éxito urgía que hablaran.

—Le he llamado ya cuatro veces…

Su compañera entra en el despacho. Lo ha visto llegar mientras hablaba por teléfono desde su mesa en la sala de redacción.

—Dime que sabes algo.

—No, nada —se ajusta las gafas—. Creo que he perdido la ventaja que tenía.

—No digas eso, aún puede dar señales de vida. Ya verás cómo…

El móvil de Torquemada comienza a sonar y a reptar sobre la mesa. El periodista echa una mirada a la pantalla.

—¡Coño! Es Carcelén.

Gilda esboza una amplia sonrisa.

—¿Ves? Hombre de poca fe.

—No sabía que eras una bruja —esboza una sonrisa ladeada

mientras contesta.

—Sí, don Fabio, le he llamado…

—Lo sé, Torquemada. Discúlpeme, llevo unos días complicados. Quería comentarle algunas cosas. Es acerca de un paquete que he recibido y además necesitaba pedirle un favor.

—¿Un paquete? —el engranaje de la mente de periodista se activa veloz— ¿Qué contenía?, ¿amenazas?, ¿información?

—Unos anillos, una foto y una nota, pero no termino de comprender su significado.

—¿Unos anillos?

—Sí, dos anillos.

—¿Quién se los envía y….? —Torquemada vuelve el rostro hacia su compañera Gilda que le está haciendo señas para que se relaje. Aprieta los labios y asiente.

—Lo desconozco, Torquemada —corta al periodista—. Mire, tengo que resolver un par de asuntos, ¿nos podemos ver esta noche?

—¿Esta noche? Sí, por supuesto.

—Le llamo después y le confirmo hora y lugar.

—De acuerdo.

Fabio dejó el móvil sobre la mesa, y dedicó unos pocos segundos a valorar lo acertado o no de su decisión. Contactar con un periodista no parece ser una idea muy inteligente. Ellos viven de contar historias, no pretende que publique nada de lo que hablen por el momento, sólo que comparta toda la información que posea, publicada o no, en su periódico sobre su caso desde el derrumbe del edificio de isla.

—Inteligente o no, no me queda otra fuente aparte de César.

Este día lo iba a dedicar a dos cuestiones más. Visitar a su abogado y analizar la posibilidad de poder encontrarse con Sixto a solas.

“No va a ser fácil”

Vuelve a coger el móvil.

Al cuarto tono contestan.

—César, espero no haberte cogido en mal momento.

—¿Eh? No, no, Fabio. Sabes que siempre estoy disponible para ti —la voz del abogado entrecortada, vibrante —¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

Carcelén dejó que transcurrieran unos segundos antes de contestar. No se tenía, ni mucho menos, por un analista de la personalidad, sin embargo, su alarma interna, desarrollada en los últimos años en *El Dueso*, le decía que o bien no había llamado en buen momento, o bien su abogado no es el fiel amigo que en su día aparentó ser.

—¿Fabio?

—Sí, perdona, César, se me había caído el mechero —da una

intensa calada al pitillo—. Ya que lo preguntas necesito información.

Tirol se retrepa en el asiento.

—¿Información? Información… de qué, Fabio. Ya estoy haciendo las gestiones para que el chalé pase a tu nombre —mentira escupida para salir del paso.

Carcelén esboza una sonrisa torcida.

"Ya…"

—Bien, nada como dejar las cosas como Dios manda, ¿eh? César —acompañó la frase de una extraña risita.

El abogado no supo cómo tomarse estas últimas palabras, ni la desconcertante risa. No sería una mala idea para su salud dedicar unos minutos a cambiar la propiedad del chalé.

—Imagino que guardarás todo lo referente a mi caso. No me refiero sólo a tu actuación en el juzgado, sino a la investigación de la policía y demás.

Tirol relajó sus tensados músculos.

—Por supuesto, Fabio. ¿Qué pretendes hacer? Ya sabes que no existe posibilidad de apelar y…

"¿Que qué pretendo hacer?"

El expresidiario tomó un par de profundas respiraciones antes de responder. Se estaba cabreando.

—Voy a hacer lo que tú no has hecho, César, lavar mi imagen. Ya que mi mujer no puede, al menos que mis hijos dejen de creer que su padre es un estafador, asesino, falsificador, ¿te parece bien? —su voz partió con calma, como si hablara a un niño pequeño al que debía regañar, explicándole las cosas que había hecho mal.

El abogado siente como poco a poco sus músculos vuelven a estar en tensión.

—Fabio, yo… yo he hecho todo lo que he podido. No ha habido forma de demostrar tu inocencia y…

La secretaria de Tirol entra en el despacho, deja una pequeña nota sobre la mesa. El abogado la lee:

"Sixto Noriega está en recepción"

A César casi se le cae el teléfono.

—César, no te llamo para discutir contigo sobre mi inocencia o lo que estés haciendo o simplemente pensando para lavar mi imagen, sólo quiero información. ¿De acuerdo?

—Sí, sí.

—¿Puedes pasarte por aquí esta tarde? Sobre las seis estaría bien.

Tirol consulta su reloj de muñeca. Vuelve a leer la nota que le ha dejado su secretaria.

"Esta tarde…"

—De acuerdo, Fabio. Perdona, tengo que dejarte.

Cuelga.

César Tirol deja el móvil sobre la mesa con cuidado, con mucho cuidado. Está poniendo todo de su parte para no lanzarlo contra la pared.

—Qué cojones querrá ahora, Noriega.

Desde que Carcelén salió de prisión su vida se estaba complicando más de lo soportable. No se tenía por un héroe, si acaso su papel sería lo contrario: el de aquel que observa la lucha, aguarda a que cese y al llegar la noche se acerca a recoger las migajas.

—Estoy hasta las narices… —esconde la cabeza entre las manos, se frota la cara con saña y se pone en pie.

La visita de Noriega no auguraba buenas noticias. Se estaba cansando de tener la impresión de no controlar su vida. Ni siquiera en su propia casa podía mantener el orden, todos querían más de esto, más de lo otro.

Sus problemas terminarían en unas horas. Para siempre.

Detalle que el abogado desconocía.

El teléfono fijo sobre la mesa comienza a sonar.

—Don César…

—Sí, sí que pase.

—Es su mujer. Ha llamado dos veces.

—Dígale que estoy ocupado y al señor Noriega que pase.

Fabio Carcelén queda en silencio con la mirada clavada en la pantalla del móvil. Una mirada que muestra la extrañeza que le ha generado la conversación y sobre todo su brusca formar de cortar la llamada.

—Me está evitando…

23

La pasada noche tampoco ha sido buena para el exitoso empresario Sixto Noriega. Encontrarse con Carcelén en la misma puerta de sus oficinas le ha afectado más de lo que imaginaba. Sabe que no se va a quedar de brazos cruzados.

"Yo tampoco lo haría"

Mientras Fabio estaba en prisión mantenía el control sobre su vida. Una vida de apariencias, de poses. Repleta de falsedades. Una vida que no puede vivir porque apostó todo a una carta y perdió.

Las deudas se acumulan, más que las deudas los brutales intereses. Apenas le queda tiempo, lo sabe. Han esperado demasiado. Con su exsocio en libertad ya no puede señalarle.

La muerte de Remedios lo complicó todo aún más. Con ella en paradero desconocido podrían presionar a Carcelén para que reuniera todo el dinero que tuviese, pero la muy zorra tuvo que escaparse sin dar tiempo siquiera a que la echaran de menos.

Sólo le quedaba una baza.

César Tirol.

Había llegado el momento de rentabilizar sus inversiones.

Había llegado el momento de marcharse.

Había llegado el momento de… ¿Ceci?

Cecilia se había convertido en un activo prescindible. Sí, activo, porque disponía de excelentes contactos a través de su padrastro, y sí, prescindible, porque con el paso de los años se había vuelto curiosa y exigente.

Demasiado curiosa y demasiado exigente.

Ceci va a resultar más complicada de lo que suponía.

Convencido de la decisión tomada coge la chaqueta, se la pone con parsimonia mientras lanza una estúpida sonrisa al espejo. Da su aprobación a la imagen de su reflejo y sale del despacho.

—Margarita, tengo asuntos que atender. No regresaré hasta después de comer.

—Entendido, don Sixto.

El teléfono de la centralita emite el familiar sonido de llamada entrante. Margarita lo atiende, se pone en pie y a paso rápido camina tras su jefe.

—Don Sixto, don Sixto. Doña Cecilia pregunta por usted, dice que tiene su móvil apagado —la secretaria toma aire—. Que se retrasará porque quiere pasar antes por el Salón Inmobiliario de Vivienda y Decoración. ¿Qué le digo?

Noriega observa a su secretaria como si no comprendiera la pregunta.

—Lo que le he dicho antes, que regresaré por la tarde.

Margarita asiente.

—Entendido, don Sixto.

Noriega bufa un sonido ininteligible al tiempo que niega condescendiente. Sí, lleva toda su puñetera vida rodeado de gente prescindible y con nulo interés por trabajar con seriedad y ganarse el sueldo con dignidad.

Baja al garaje y monta en el Lexus RXL.

—Sale.

—Seguidle.

Tras Noriega un discreto Volkswagen.

Durante el trayecto al despacho de Tirol, llama a su abogado.

—Servando, necesito que me consigas todo el efectivo que puedas. Vende acciones, bonos, lo que sea. Lo necesito hoy.

—¿Ha pasado algo, Sixto?

Sí que habían pasado muchas cosas, sí que estaban pasando muchas cosas que no pensaba compartir. Y sí que confiaba en que pasaran muchas más.

—Es Carcelén, temo que esté urdiendo algo y quiero estar prevenido. Ha pasado toda la noche frente a mi casa, me ha llamado pidiendo dinero —mintió—. No va a parar hasta que…

—Podemos denunciarle y volverá a la cárcel. Ya no se trata de presentarse en tu oficina. Lo que me cuentas es acoso, Sixto.

Noriega calla unos teatrales segundos.

—Lo sé, pero no serviría de nada —profundo suspiro—. Encárgate de todo. Haz lo que tengas que hacer.

—Tu mujer tiene muchas propiedades a su nombre.

—Cierto, pero recuerda que no lo sabe.

Durante el trayecto al despacho de César Tirol, va dando una vuelta y otra a su reciente idea de desaparecer por una temporada o para siempre, duda que despejará cuando se halle en lugar seguro.

El móvil suena. Mira de reojo la pantalla.

“Incubus…”

Afloja el nudo de la corbata, toma un par de bocanadas de aire, vuelve a echar otra mirada furtiva al teléfono como si temiera que fuese capaz de descubrir sus dudas y opta por no descolgar. No se trata de una decisión fácil. No la convierte en fácil la rápida toma de la decisión. Sabe que se trata de una acción que traerá consecuencias, si no actúa rápido. Cada vez que mira la pantalla del móvil y ve el puñetero nombre de Incubus siente un sudor frío. No, frío se queda corto. Sixto experimenta un sudor gélido, helado, recorriendo su espina dorsal de arriba abajo, de abajo arriba una y otra vez.

Sí, Incubus es un nombre elegido por él con el único propósito de que le ayude a no relajarse. Fue su hija, Mía, con motivo de un trabajo escolar la que años atrás le habló del demonio que se presenta en sueños.

Incubus acaba de llamar. No suelen hacerlo, prefieren abordarle en la puerta de su casa, en la entrada del restaurante cuando va con clientes. O simplemente se dejan ver. O se presentan en sus oficinas haciéndose pasar por un proveedor.

Este es su papel, proveer de efectivo.

Con el objeto ineludible de cobrar.

No han cobrado.

—No contesta —Osipov se está cabreando. Pocas cosas odian más que le ignoren.

—¿Le estáis viendo? —quiere saber su interlocutor.

—Sí, va unos metros por delante.

—No lo perdáis de vista.

—¿Lo abordamos?

La línea queda en silencio unos instantes.

—Averiguar a dónde va. Su mujer está controlada. Algo están tramando.

—De acuerdo —señala Timur Osipov.

Yan Lis mira a su compañero, aprieta los labios. Si por ellos fuera hubieran cerrado el paso a Noriega fingiendo un simple accidente. Pedido con extrema educación que les acompañe y obligarle a base de efectivos argumentos como puños que les entregase los veinticinco millones de euros que les adeuda.

Noriega no estaría de acuerdo.

No ya en ser secuestrado, sino en el montante.

“¿Veinticinco millones de euros?”

Ya pagó las cinco iniciales. Se retrasó en los cuatro siguientes que son los que pretenden devorar, con los sádicos intereses, su ya maltrecha economía como si no hubiera nadie más en el mundo al que atormentar. Ni podía, ni pensaba pagar un euro más.

Incubus.

Noriega tenía un plan, infalible.

Eso parecía.

Su plan pasaba por traspasar a Fabio Carcelén sus problemas, pero no contaba con que saliera tan pronto. Todo marchaba mejor de lo esperado. Había conseguido que Incubus creyera que el dinero lo tenía su antiguo socio, que por ese motivo fue encarcelado. Por falsificar facturas, abonando supuestas partidas de la mejor calidad, cuando en realidad eran mediocres.

—¿Dónde cojones estás, Fabio? —golpea con saña el volante, detenido en un semáforo.

Bastaba con que apareciese y entregárselo a su acreedor. Él sabría qué hacer.

Al menos había tenido la osadía de poner el cronómetro a cero. Mañana estaría muy lejos de España.

"Brasil…"

Sonríe al recordar el último viaje de negocios.

Sí, sin duda que allí sería bien recibido.

En ocasiones la vida parece cansada de permitir que actuemos como mejor nos convenga y decide enrollar con parsimonia la cuerda alrededor de la peonza y la lanza. De repente todo comienza a girar en torno a un mismo centro.

Todo se precipita.

Esa es la sensación, pero la auténtica realidad es que todo estaba ya precipitado. Aunque en apariencia, sólo en apariencia, parece que tienes el control.

Lo parece.

Noriega aparca el Lexus. Sale del coche, abotona su flamante traje y se encamina hacia el portal número 9 de la calle Castelar, ahí le espera un atormentado abogado. Para César Tirol, Noriega es su propio Incubus.

Tras él, dos individuos descienden de su coche. Cruzan rápido la calle y caminan desenfadados. De frente, Noriega. Al paso que llevan los tres convergerán justo en el portal del abogado.

—Disculpe… —Sixto levanta la cabeza del móvil al advertir la presencia de alguien.

Yan Lis y Timur Osipov ofrecen la mejor de sus sonrisas de su escaso repertorio. Noriega los reconoce al instante. No es la única pareja que le sigue desde hace años, pero sí la que no le pierde de vista en los últimos días.

La cabeza del empresario intenta reaccionar.

—Estoy… buscando a Carcelén —señala una placa dorada del

portal—. Es su abogado.

—Antes no ha contestado al teléfono.

Sixto intenta ofrecer una mueca de no entender, ¿teléfono? Pero queda en un gesto amorfo. De nuevo, ese sudor gélido recorriendo veloz su espina dorsal. En esta ocasión sin el estímulo del nombre de Incubus en la pantalla del móvil.

—Tenemos un mensaje.

Noriega asiente. Intenta sacar fuerzas de algún lado, si le quedan son más bien escasas.

—Se acabó la paciencia. Tiene veinticuatro horas o se vendrá con nosotros, para siempre.

—Veinticuatro horas… —repite en un murmullo Noriega—. Su abogado me dirá dónde está y …

—Esperaremos a que salga del despacho. Si no lo hace en quince minutos daremos por finalizado el plazo.

La peonza gira y gira.

24

María Pinta y Diego Olivares se hallan en la sala de trabajo con sendos cafés. Las pizarras repletas de fotografías, colores, flechas, comentarios. Un galimatías, para cualquiera ajeno a la investigación, al que van a añadir dos fotografías más con sus respectivos nombres.

Pinta se frota el rostro que comienza a dar muestras de cansancio. Frente a ella varios informes y carpetas con sus contenidos desperdigados sobre la mesa. En una mano, un expediente con el sello del ayuntamiento de Arnuero, en la otra, varias hojas unidas por grapas.

—Resulta que la construcción que colapsó en Isla consiguió su licencia un par de meses antes de comenzar las obras —abre los ojos exageradamente—. El Plan de Ordenación Urbana no recoge como edificable el lugar en el que se construyó… —calla unos instantes—. La ley del suelo lo deja bien claro.

—Eso suena a otro pelotazo más —apunta Olivares con el auricular del teléfono fijo en la mano—. Voy a llamar al ayuntamiento de Arnuero para hablar con el concejal de urbanismo. ¿Cómo se llama?

Pinta revisa la documentación en busca del nombre mientras Olivares espera a que respondan al otro lado de la línea.

—Buenos días, soy el inspector Olivares del Grupo de Homicidios del departamento de la Policía Judicial de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria —una presentación que solía causar cierta turbación en el receptor—. Quisiera hablar con el concejal de urbanismo… —lee el nombre que la inspectora ha escrito en una pequeña hoja—, don Carmelo Martínez.

—Sí, inspector… —la recepcionista balbucea, se escucha el ruido de papeles y murmullos de fondo— ¿Carmelo Martínez dice usted? Verá, llevo cinco años en el ayuntamiento y no lo he conocido. Deme un segundo, por favor.

De nuevo más murmullos de fondo, voces quedas. Una que destaca sobre las demás:

—¿La policía, dices?

—Inspector, disculpe —la voz de la recepcionista surge de nuevo, continúa nerviosa—. Me comenta una compañera que lo conoció, que hace diez años que el señor Martínez ya no trabaja en este ayuntamiento.

—¿Cómo se llama el concejal actual?

—Don Jesús Marín.

—¿Me puede poner con él?

—Sí, inspector.

Tras mantener una charla con el concejal que se alargó más de lo esperado, Olivares se despide, emplazándose para una posible visita.

Pinta no perdió detalle con el altavoz activado. Se abstuvo de intervenir obligándose a morderse la lengua.

—Todo un pelotazo —resume la inspectora cuando Olivares cuelga el teléfono—. Seguro que los nombres que nos ha dado no nos llevaran a ningún lado.

—Han pasado más de diez años, el concejal de aquella época fue expulsado.

Pinta se pone en pie.

—Ya, Diego. Lo que voy teniendo cada día más claro es que Carcelén sufrió una defensa nefasta. ¿Por qué no salió nada de esto en el juicio?

Olivares permanecía pensativo. La mirada en las pizarras, concretamente en las rayas de colores que unían a Carcelén, con Noriega, Tirol, Ceci, Remedios Palacio…

—Se me ocurren un par de explicaciones, reconozco que ninguna me convence —la mirada continúa en las pizarras—. Veras, María, es posible que Tirol pensara que si planteaba la posibilidad del pelotazo su cliente podría ser el principal sospechoso.

Pinta asiente.

—Inténtalo con la otra —cruza los brazos. Su rostro traza una media sonrisa.

Olivares se vuelve en la silla.

—La mejor ya te la he dicho, si pensamos en la buena intención del abogado.

—Que yo dudo.

Olivares asiente.

—La otra deja en mejor lugar a Tirol y peor a los políticos. Imagina que, en el ayuntamiento, con el follón del juicio, alguien descubrió que su concejal de urbanismo no jugaba limpio, hablan con él, llegan a un acuerdo y…

—… y para qué hacerlo público —interviene María—, sería como distraer la atención de lo realmente importante como era dejar que el foco continuara en los responsables del derrumbamiento y no de la especulación de los terrenos.

—Sí, algo así.

En esta ocasión es la inspectora la que queda en silencio, concentrada, con la mirada en las pizarras. De repente se vuelve, pone los brazos en jarras.

—¿Sabes qué? —sin esperar respuesta añade—: que me quedo con tus dos opciones, pero discrepo en los motivos de Tirol.

—¿No crees que al menos en aquella época fuese legal?

—No lo sé, Diego. Un abogado con agallas hubiese puesto toda la información sobre la mesa para demostrar que el acoso a su cliente venía de antes —vuelve a tomar asiento—. Lo que sí tiene sentido es que la destitución del anterior concejal coincide con el juicio y…

—Blanco y en botella, ¿no?

Pinta esboza una enorme sonrisa.

—Así es, Diego, así es.

Tras la llamada de rigor en la puerta, la oficial Paula accede a la sala.

—Acaba de llegar lo que estabais esperando —dice mientras entrega una carpeta a Olivares.

—Gracias, Paula.

El inspector echa un rápido vistazo al contenido buscando la información relevante.

—Las huellas que no pertenecían a la familia ya están identificadas.

—¿Las de la casa de la calle Concha Espina?

El inspector asiente.

—Sí, esperemos que correspondan con la persona que Mínguez vio en la casa.

Olivares pasa una hoja y señala con el dedo.

—Aquí, está, María. Son dos

—¿Dos?

—Sí, Damián Cortina y Carlos Tejón —pasa la hoja a su compañera y continúa hojeando el informe.

—Damián Cortina… Me suena mucho ese nombre y no sé de dónde… —murmura mientras estira el brazo y se hace con una de las múltiples carpetas que alfombran la mesa.

Durante un largo minuto permanecen absortos en sus lecturas. De repente, la inspectora abre los ojos exageradamente.

—Vaya… Esto se pone interesante, Diego —Pinta está con la vista clavada en una hoja—. Damián Cortina es hermano de uno de los empleados afectados por el derrumbe del edificio del barrio de Quejo, en Isla.

Olivares levanta la vista del informe.

—¿Y el tal Carlos Tejón?

—Sí, su padre falleció en el mismo accidente. Eliodoro Tejón.

Olivares da un sorbo al segundo café de la mañana.

—He dicho accidente, pero no creo que nadie lo vea así. ¿Viene ahí por qué están fichados?

El inspector se hace con la siguiente hoja.

—Es de agradecer que lo estén, así nos facilitan el trabajo. A ver… Sí, por desórdenes públicos frente a los juzgados durante el juicio y en el propio lugar de los hechos. También por amenazas frente a la casa de los Carcelén.

—O sea, que no pararon de manifestarse.

El inspector le ofrece a su compañera las siguientes páginas. Se incorpora y se aproxima a una de las pizarras, coge un rotulador y escribe: Damián Cortina. Deja un espacio y añade: Carlos Tejón.

Quedan en silencio durante otro largo minuto. Olivares con la mirada en el galimatías de las pizarras magnéticas. Pinta, trasteando en el ordenador e imprimiendo un par de fotos de los dos últimos incorporados a la investigación.

¿Sospechosos?

Algo así era lo que estaba preguntándose el inspector. Quizá no tan definitivo, pero sí que albergaba dudas.

Muchas dudas.

—Me pregunto… —la mirada en los últimos nombres añadidos—, ¿qué hacían estos dos en la vivienda de los Carcelén?, ¿qué buscaban?

La inspectora regresa de recoger de la impresora las dos fotografías. Coge unas tijeras de una pequeña bandeja que contiene todo tipo de útiles de imprenta, y recorta los rostros de Damián y de Carlos.

—Según el informe y sus redes sociales le llaman Charly —apunta al tiempo que le entrega la fotocopia.

—Sí que eres rápida —señala sonriente. Con un pequeño imán redondo sitúa la foto junto al nombre.

María incorpora la segunda fotografía junto al nombre correspondiente. Gestos calmados, pausados, mirada concentrada.

—La respuesta a tus preguntas nos daría un buen punto de partida —Pinta rodea la alargada mesa de la sala y toma asiento con la vista en las pizarras—. Quiero decir que pueden haber ido a robar, como venganza, o a encontrarse con Carcelén. Piensa que al que suponen asesino de sus familiares ha salido a la calle antes de tiempo.

Olivares se vuelve hacia su compañera.

—La única persona que nos puede decir si han robado algo está en el calabozo y tampoco podemos retenerla mucho más tiempo.

—¿Estás pensando que la llevemos a su casa? —quiere saber María mientras se incorpora—. Ni imagino la que se puede liar cuando la prensa se entere.

—Entramos sin llamar la atención, además ya no hay

aglomeraciones frente a la vivienda —apunta el inspector con la mano en el picaporte y la puerta entreabierta.

La inspectora recorre la mesa con la mirada.

—Dame un segundo —dice al tiempo que busca algo entre las carpetas. Levanta la cabeza y mira un mueble ubicado en una de las esquinas—. Ahí está.

Diego no pierde detalle de los movimientos de su compañera. La ve coger algo de una las estanterías.

—Es la que encontramos en el registro —blande en el aire una libreta—, a ver si nos dice quién se la dio, o por qué la tiene.

Olivares vuelve a cerrar la puerta.

—Bien. Estaba pensando en subir de calabozos a Remedios Palacio…

—Pero… —Pinta observa a Olivares con una mueca maliciosa en el rostro.

—Pero, si vamos a su casa podemos hablar por el camino y una vez allí ver si echa algo en falta.

—Vamos —introduce en una bolsa la libreta y abandonan la sala.

Mientras recorren el pasillo María no deja de darle vueltas a una cuestión que ya se han planteado, pero que ni ella su compañero son capaces de iluminar. Les hubiera bastado con una iluminación tenue, una cerilla en sus últimos momentos, algo que les marcara una dirección.

—No dejo de preguntarme a quién protege Remedios.

Los inspectores se encaminan hacia las escaleras que conducen a los calabozos.

—La declaración que ha hecho tiene sentido y se ajusta a lo que encontramos en el chalé.

—Lo sé, pero no era un secreto. Sólo tuvo que echarle un poco de imaginación.

Antes de entrar, el inspector se detiene y se dirige a su compañera en tono quedo:

—Sigo pensado como tú, que protege a alguien, pero su declaración puede ser dada por buena. Lo más posible es que la envíen a prisión a la espera de juicio.

—Sí, si lo sé, y es lo que me da más rabia, que lo sé.

—Pero…

Pinta esboza una amplia sonrisa.

—Ahora eres tú el del *pero*. Sí, sí, hay un *pero*, aunque me de rabia que no podamos impedir que se salga con la suya.

Tras insistir los inspectores en que la asesina confesa realizase la llamada a la que tiene derecho, y que hasta el momento no había querido hacer uso, aguardan a que la finalice.

—¿A quién crees que puede estar llamando? —quiere saber María Pinta.

—Eso me preguntaba. No querer hacer uso de la llamada no es algo habitual, aunque en este caso lo comprendo. Lo que me sorprende es que la esté haciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Dijo que nadie sabía que estaba viva. y suponemos que la primera aparición después de ser dada por muerta ha sido aquí, en comisaría, ¿no?

Pinta asiente, no muy convencida, más bien escasamente convencida.

—Si está protegiendo a alguien es posible que no. No termino de creerme que durante todo este tiempo haya estado sola.

—Ahí quería llegar. No está sola en esto que está haciendo. ¿Por qué no ha querido hablar de la mujer que iba en su coche cuando cayó por el acantilado?

—Ni de cómo escapó de su secuestro.

Unos ruidos en un extremo del pasillo invitan a los inspectores a volver la cabeza. Remedios Palacio se acerca acompañada de una oficial de policía.

—¿Ha podido hablar?

—Sí, inspectora —Reme baja la mirada al suelo.

—Bien, ¿vamos?

Minutos más tarde salen de la Jefatura Superior de Policía de Cantabria en el Audi A1 del inspector.

Están convencidos de que sus coches particulares son menos conocidos que el BMW x6 en el que suelen trasladarse.

Así es para la mayoría, siempre hay excepciones, como el viejo Seat León que les está siguiendo.

25

Marcelo Torquemada lleva un par de días convertido en la sombra de los inspectores. Una sombra con escaso movimiento porque han pasado la mayor parte del tiempo en la comisaría.

El periodista ha llegado a primera hora de la mañana, su compañera Gilda le hará el relevo a mediodía.

—Sólo si estoy cansado.

—De acuerdo, pero lo estarás, Marce. Te relevo y te voy contando todo lo que vea.

No, Torquemada no lo tenía nada claro, pero optó por cortar por lo sano su razonamiento. Su compañera le había sacado de un apuro el día que se le estropeó su viejo coche, y podría ser de mucha utilidad.

Había visto salir de la comisaria a los inspectores con alguien más. Una mujer con un pañuelo cubriendo su cabeza. Lo que le empujó a tensar los músculos, a incrementar sus niveles de adrenalina fue que viajaban en el A1 de Olivares, que lo conocía tan bien como el Alfa Romeo de Pinta. No sabía qué, pero su instinto de periodista le aseguraba que algo estaba pasando frente a sus narices.

Arrancó el Seat León.

Esa era la intención.

—Ahora no, coño, ahora no…

Otro giro a la llave de contacto.

El mismo resultado.

Levanta la vista como sin querer ver lo que sus ojos le mostraban. El coche de los policías se alejaba.

—Vamos, vamos… si arrancas te prometo que te limpio de arriaba abajo y…

El sonido sordo, como un sentido lamento, de la puesta en marcha del motor cortó su promesa. No por arrepentimiento antes de terminar de formularla, sino por la sorpresa que le había producido. Ni era la primera vez que hablaba a su coche y ni la primera que este se lo agradecía arrancando.

“Coincidencias”

Poco faltó para que los perdiera de vista. Un semáforo le echó la mano que tanto necesitaba deteniendo el A1 cuatro coches delante del suyo.

—Parece que van camino de Concha Espina… —susurra pensativo

— ¿Quién coño será la mujer del pañuelo? Seguro que alguien relacionada con el caso, pero, ¿quién?

La identidad ya la averiguaría. El hecho de que salieran de comisaria en el coche del inspector, que la mujer que los acompaña fuese caminando entre los dos, una forma sutil de custodiarla, que lleve pañuelo…

Sí, por la cabeza de Marcelo sólo desfilaban dudas, pero sobre todas esas dudas, brillaba la agradable sensación de que significara lo que significase lo que era innegable es que algo gordo estaba teniendo lugar. Una sensación que se la generaban muy pocas cosas, tan pocas que no sería capaz de nombrar alguna que le produjera lo mismo que cuando se presiente la cercanía de una información impactante.

—Estoy en el buen camino.

Diego Olivares llevaba varios minutos pendiente de un coche que circulaba varios metros detrás. A ratos se alejaba, a ratos se colaban otros en medio, pero hacía el mismo recorrido que su A1.

—No es necesario que vayas por ahí… —dice Pinta al ver que el inspector se disponía a trazar por completo la rotonda y abandonar la avenida de Cantabria.

—Lo sé… —la mirada en el retrovisor—. Cogeremos la calle la Pereda y salimos justo a Concha Espina.

—¿Pasa algo? —la inspectora se gira en el asiento.

Diego sale de la rotonda y gira por la primera a la derecha por la calle Matilde de la Torre.

—Ahora te lo confirmo… —murmura.

María continúa vuelta hacia atrás. Diego pendiente del espejo retrovisor.

—Ahí está —dice el inspector—, y sé quién es.

Remedios se remueve inquieta en el asiento.

—Tranquila, no pasa nada, es un viejo conocido —asegura María.

Nada más girar hacia la calle la Pereda, Olivares detiene el coche, abre la puerta y corre veloz. El Seat León acaba de aparecer por la curva.

Marcelo Torquemada conduce oliendo el éxito de una nueva exclusiva. La larga y tediosa espera frente a la comisaria parece que va a merecer la pena. Ve el A1 que gira a la derecha, él detrás.

—¡Mierda, mierda! —frente a él se halla el inspector Olivares, con su Heckler & Koch USP Compact, en posición Weaver, es decir, apuntado firme al Seat León—. Esto me pasa por imbécil, por olvidar que estoy siguiendo a la policía. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —exclama

entre dientes mientas detiene el coche ante los persuasivos gestos del inspector.

Olivares avanza lentamente sin dejar de apuntar.

Sí, había reconocido el viejo coche del periodista, pero su descaro al seguirles le hizo pensar que tal vez no fuera solo. En los últimos días estaban pasando demasiadas cosas, llevaba una asesina confesa o encubridora en el coche. No era momento de pamplinas.

Torquemada saca media cabeza por la ventana.

—¡Inspector que soy yo, Torquemada! —dice mientras se ajusta las gafas de madera que cerca estuvieron de caer al suelo del susto.

Olivares mantiene su mirada seria sin variar la posición de disparo. Avanza al tiempo que traza un arco para comprobar los posibles acompañantes del periodista.

—Salga del vehículo.

Marcelo obedece. A cada segundo que transcurre comprende que el inspector no está para bromas. Olivares revisa el coche.

—No me gusta que me sigan. ¿A qué narices juega?

El periodista ha perdido toda sensación de euforia, cerca está de permitir que sus esfínteres se relajen, algo a evitar si no quiere ser recordado toda la vida como el reportero que se meó en los pantalones.

Tocaba ser sincero.

Al menos en parte.

—Discúlpeme, inspector. Vera, eh… ¿Podría bajar…? —señala la pistola—. Le juro que no voy armado.

Diego enfunda el arma.

—Le escucho.

Torquemada toma aire un par de veces, mientras intenta elaborar una media verdad, o media mentira según se mire.

—Verá, sigo sin saber nada de Carcelén. Sospecho que algo le ha sucedido. Su desaparición y el fallecimiento de su antiguo socio no pueden ser una coincidencia.

El inspector observa al periodista.

—¿Y bien?

—Bueno, quizá ustedes saben dónde está. Por cierto, la mujer del pañuelo que llevan en el coche…, ¿quién es? Imagino que el hecho de que vayan en dirección a la vivienda de los Carcelén tampoco es coincidencia —esboza una sonrisa que pretende ser amable, de cercanía.

—No tengo nada que decir.

—Tendré que escribir sobre este incidente y la misteriosa mujer del pañuelo…

Olivares aprieta los labios. Mira en torno. Están en una calle estrecha sin tráfico, solos. Momento y situación perfecta para agarrar

al puñetero periodista del cuello y…, niega lentamente.

—Cuando tenga información sobre el caso se la haré llegar el primero, si no publica nada de esto.

—¿Una exclusiva? —apunta sonriente.

—El primero.

Torquemada asiente, da media vuelta y se encamina hacia su coche.

Olivares da tres zancadas hacia el periodista.

—Que no le vuelva a sorprender siguiéndome.

Como repuesta, Marcelo frunce los labios, arranca el Seat León ayudado de las últimas palabras de la reciente promesa dedicada a su coche y se aleja. Al pasar junto al A1 vuelve el rostro buscando el de la mujer del pañuelo. Los primeros ojos con los que se encuentra son los de la inspectora. Detrás, su objetivo.

Sólo ve su perfil.

Un perfil que no le es del todo desconocido.

En cuanto el vehículo de Torquemada se aleja, Olivares entra en el Audi. Por el retrovisor observa el rostro acongojado de Remedios Palacio.

—Era un periodista, no se preocupe, no sabe nada.

El rostro de la mujer dibuja una media sonrisa. Quizá de alivio al ver al periodista marcharse, quizá de gratitud por haber mantenido, al menos hasta ahora, su identidad en secreto.

María parece leer su pensamiento, característica habitual en la inspectora.

—Sabe que cuando se enteren se va a liar una buena.

—Sí, lo imagino, sería lo normal.

El coche de Olivares rebasa el número siete de la calle la Pereda para girar a la derecha por la de Pepe Isbert hasta desembocar unos metros más adelante en la de Concha Espina.

—Si no es sincera con nosotros no podremos ayudarla —dice María cuando el coche se detiene.

—Les he contado todo lo que sé.

La inspectora niega, vuelve el rostro y señala el portal de la vivienda de los Carcelén.

—Parece que se acabó el morbo.

—Sí, es de agradecer. De todas formas, será mejor que entremos por el garaje, andando.

—Vamos.

Diez minutos más tarde se hallan en el interior del chalé.

—Necesitamos que nos diga si echa algo en falta —asegura Pinta.

—De acuerdo. ¿Creen que han robado?

Diego se aproxima a un ventanal.

—No lo sabemos, pero es posible. Hemos encontrado huellas de dos individuos relacionados con el derrumbe de Isla.

Remedios se detiene, mira al inspector. Su rostro refleja toda la extrañeza que le sugiere el comentario.

—¿Cómo?

—Sí, doña Remedios —interviene Pinta—. Huellas de Damián Cortina y Charly Tejón. Ellos aún no lo saben, ¿los conoce?

Reme niega.

—No…

—Tejón es hijo de uno de los fallecidos y Cortina hermano de un trabajador que está en cama desde entonces en estado vegetativo.

Remedios toma asiento en un sofá. Lleva una mirada triste a su alrededor, una mirada ausente. Como si el verdadero foco de esa mirada no se encontrara en algún punto del salón, sino en sus pensamientos.

—Lo lamento…, de verdad. No soy capaz de llegar ni a imaginar lo que tienen que haber pasado esas familias —calla unos segundos antes de añadir—. Nosotros tampoco lo hemos pasado nada bien —su mirada regresa al salón de su vivienda. Ya no hay tristeza, ni ausencia, en su lugar los inspectores observan un atisbo de firmeza, de determinación.

Remedios Palacio se incorpora.

—¿Debo echar de menos algo en concreto o su pregunta es genérica? —quiere saber mientras recorre el salón escudriñando cada estantería, cada rincón.

María Pinta observa a la mujer con interés, lanza una mirada furtiva, de complicidad a su compañero. Tras inspeccionar un par de aparadores, Reme examina los cajones que hay en cada mueble. Se aproxima a un lugar que puede ofrecer una visión más clara a los inspectores de sus intenciones.

La mujer de Carcelén abre un armario. Parece concentrada en su cometido. No ha dicho nada desde que comenzó la búsqueda de lo que pretenden que eche de menos. Ni los inspectores, que permanecen en silencio, escoltándola con sus miradas.

Un espeso silencio cubre estancia, como una densa niebla.

—Llevo más de un año sin venir aquí… —el comentario no parece dirigido a nadie en particular, quizá a ella misma, como una manera de exigirse aún más concentración.

Se acerca a otro armario. No a un armario cualquiera. Cuando lo abra, si es que lo abre, le están esperando cuatro cajones. Tampoco se trata de cuatro cajones cualquiera. Remedios se detiene a un corto paso de distancia. Lo abre. Los inspectores cruzan sus miradas. Un espectador ajeno a la escena hubiera advertido cierta ansiedad contenida en esas miradas.

Revisa un cajón, lo cierra.

Lo mismo sucede con el segundo.

Reme se detiene en el tercero. Saca un portafotos. Dos pañuelos, y permanece inmóvil unos segundos. Vuelve a revisar el contenido.

—¿Qué sucede? —Olivares se acerca hasta la mujer.

Remedios apoya el codo sobre la mano del brazo izquierdo. La barbilla sobre el puño. Pensativa.

—Juraría… Como les decía llevo tiempo sin venir a mi casa, pero juraría que guardé ahí…

—¿Busca esto? —la inspectora saca de la bolsa la libreta que blande en el aire.

—Sí, sí, eso es, ¿dónde la encontraron?

—En ese mismo cajón.

Había llegado el momento de exponer las incontables dudas que les provocó la lectura de la libreta.

—¿Desde cuándo la guardaba usted? —de nuevo la inspectora muestra el cuaderno en alto.

—¿Puedo? —pide Remedios extendiendo su mano.

—Por supuesto.

Con la libreta en la mano, la mujer vuelve a tomar asiento. La abre y hojea con calma aparente. Sí, sólo aparente, por dentro está reviviendo la ofuscación que en su día le produjo disponer de una información que no pudo utilizar en defensa de su marido.

—Hará un par de años, inspectora. Vino en un sobre a mi nombre, sin remite. La dejaron dentro del portal —su voz parte como lejana mientras no deja de pasar hoja tras hoja.

Olivares permanece en pie mientras Pinta toma asiento.

—¿No utilizó su contenido en la defensa de su marido? —la pregunta del inspector llevaba implícita una respuesta negativa.

—No. Según el abogado no serviría de nada y podría complicar el posible adelanto de su puesta en libertad.

Pinta niega y señala el cuadernillo.

—Ahí se demuestra que las firmas no son las reales.

Reme devuelve una mirada agradecida.

—Veo que se han dado cuenta —esboza una suave sonrisa—. Pero, no es suficiente… —separa unas hojas y extrae otras dobladas—. Estas facturas son por compra de material de distinta calidad al que reflejaba el proyecto aprobado. El cuaderno de obra —muestra un par de hojas que fueron arrancadas del original—, no le deja en buen lugar a Fabio, alguien las cambió.

Olivares escucha con atención.

—¿Ese abogado era César Tirol?

Remedios asiente.

—El mismo que puso el chalé de Comillas a su nombre.

—Sí, inspectora. Era una forma de evitar embargos cuando se terminaban los recursos.

Los inspectores se miran. Algo no encajaba.

—¿Tirol desconocía que usted estaba viva?

—Así, es, no me podía fiar de nadie —deja la mirada sobre la mesa—. Un día que iba a su despacho vi salir a Sixto del portal.

Pinta y Olivares muestran sus rostros de extrañeza.

—¿Sixto Noriega?

—Sí, seguramente hubiera alguna explicación, inspector, pero no me podía arriesgar —coge la libreta—. Quería que se enterara por qué habían cambiado los proveedores principales en las dos últimas obras, ¿ve? —pone delante de los extrañados ojos de los policías dos hojas fotocopiadas.

Olivares analiza las hojas.

—Están firmadas por su marido.

—Sí, eso parece, pero él no firmó. Era el jefe de la obra, pero esos pedidos no los contrató él. Nunca había trabajado con esos proveedores —calla unos segundos—. Se puede decir que tuvimos suerte.

María coge una de las hojas de la libreta.

—¿A qué se refiere?

—Otras dos promociones llevaban los mismos materiales —sacude una mano en el aire—. No, no creo que la idea fuera provocar un colapso del edificio, algo salió mal con el sistema de cargas.

—Es lo que aseguran en esa libreta —interviene Olivares.

—Creo que lo que buscaban era sacar el máximo beneficio posible, vendiendo promociones de calidad con materiales ínfimos, y culpar a mi marido. Es posible que no sean las únicas promociones.

La habitual pregunta que parece ajena a la conversación de María Pinta está sobrevolando el salón.

—¿Sabe dónde está su marido?

Remedios tensa levemente los músculos de la cara. Retrasa su respuesta un desconcertante segundo.

—No.

A los inspectores les parece un no con escaso peso. Un no sin emoción, como si le sorprendiera la pregunta. Un no al que sí que habría que tener en cuenta.

La inspectora tenía otra duda.

—¿Y sus hijos? Elia y Jorge, ¿sabe dónde están?

El semblante de Remedios refleja sorpresa. En esta ocasión el retraso en la respuesta fue levemente mayor. Apenas dos segundos.

Dos desconcertantes segundos.

—No… —otros dos desconcertantes segundos más tarde añade—: Bueno, deberían seguir en Londres. Entenderán que en mis

circunstancias me resulta muy complicado saber de ellos.

Pinta no parece muy satisfecha con las respuestas a sus dos preguntas de las que aparentemente no vienen a cuento. Ni con las respuestas, ni con el cambio experimentado en la mujer. Decidió seguir con una tercera.

—¿Sabe su dirección de Londres? Necesitaremos también sus teléfonos.

Remedios se retrepa en el sofá.

Consulta el reloj.

—Cuando se supone que fallecí, Elia aún no se había trasladado desde Berlín.

La mujer calla confiando en que su respuesta fuese suficiente… aunque no fuese cierta. Los rostros fijos en ella de los inspectores aguardan más información.

—No me sé sus teléfonos. Hoy en día es más complicado que antes, los llevamos grabados en el móvil —levanta los brazos—. Y yo no tengo.

Olivares ofrece una salida a Reme con el objeto de que no se sienta más acorralada y se cierre en banda.

—Sí, nos pasa a todos —esboza una sonrisa comprensiva—. No se preocupe, seguro que en el despacho de Tirol los encontraremos.

Remedios cabecea lentamente.

Lanza una mirada disimulada al reloj de pared del salón.

—¿Me dejan ir al baño un momento? —sin aguardar respuesta se incorpora. Dedica una mueca a los inspectores de complicada interpretación y sale del salón.

Pinta y Olivares permanecen en silencio mientras la mujer se aleja.

—Debería acompañarla al baño.

—¿Por el protocolo de suicidio, dices?

Pinta se ajusta la coleta que amenaza con soltarse de la opresión de la goma.

—No, Diego. Tampoco creo que vaya a ocultar o destruir pruebas, pero no sé, sigo creyendo que miente.

Olivares se aproxima a una de las ventanas.

—Sí, no está siendo sincera del todo —niega levemente—. Me pregunto por qué.

Pinta camina inquieta por el salón, se asoma al pasillo por el que ha salido Remedios. Una escalera hacia el piso superior, otra hacia la planta baja. Levanta la mirada, agudiza el oído, quizá la mujer haya subido al dormitorio y…

—¡Me cago en la leche! ¡Se escapa! —el grito del inspector llega hasta una desconcertada María que regresa veloz al salón.

—¿Cómo que se escapa?

Olivares señala por el ventanal a la mujer del pañuelo que camina

con paso apresurado por el jardín trasero y sale por la puerta que ellos mismos utilizaron con Mínguez. La ven acelerar su zancada e introducirse en un coche que la aguardaba en la calle.

—Pero… ¡Joder, parezco nuevo! —Olivares lleva las manos a la cabeza y sacude con saña el cuero cabelludo.

—No es tu culpa, Diego. ¿Quién iba a pensar que quería escapar?

—Si al menos hubiera visto la matrícula…

—Desde aquí imposible, juraría que el modelo parecía un Ford ¿Focus? Azul, ¿verdad?

Olivares asiente.

—Sí, eso creo. ¿Cómo sabían que estábamos aquí y que…?

—La maldita llamada desde el calabozo —corta Pinta los lamentos de su compañero.

Los dos inspectores se encaminan hacia la salida del chalé. Olivares con su móvil en la mano. Se detiene.

—Mínguez, necesitamos que averigüéis a qué número ha llamado la mujer que teníamos en el calabozo. Hará como una hora más o menos.

—Nos ponemos con ello, inspector.

Abandonan el salón a paso acelerado. Olivares con el semblante entre concentrado y próximo a estallar. Pinta, también concentrada, pero extrañamente relajada. Busca la respuesta a una pregunta que cree que puede ser la clave, o si no, al menos un hilo firme del que tirar.

Salen a la calle.

—¿A quién protegía? —suelta la pregunta al aire. Una pregunta que no es nueva. La misma que se han planteado desde que hablaron por primera vez con Remedios Palacio.

Una pregunta que requiere respuesta.

Ya.

El móvil de Olivares emite su habitual sonido de llamada entrante.

26

Marcelo Torquemada monta guardia frente al número catorce de la calle Concha Espina junto a su compañera Gilda. Tras su reciente experiencia al ser encañonado por Olivares y ver el perfil de la mujer del pañuelo en el coche del inspector decidió ponerse en contacto con Gilda. Si él conocía los vehículos particulares de los inspectores, por qué narices no iban a conocer ellos el suyo.

—Sí, Marce, has pecado de ingenuo. Te dejo el mío, pero con una condición innegociable.

Torquemada suspira. Lo único que desea en ese momento es cambiar de coche cuanto antes, al menos por unas horas. Seguro que puede aceptar cualquier condición por incómoda que parezca.

—Tú dirás.

—Te lo dejo, pero conmigo dentro.

Marcelo prefiere trabajar solo. Así lo ha hecho en sus dieciséis años de carrera y no tiene intención de cambiar. Qué narices, tiene unos principios. No unos cualesquiera, sino de los auténticos, de aquellos que se forjan con el paso de los años, que te dan seguridad y fortalecen tu camino en la vida. Gracias a esos principios ha llegado hasta donde está y…

—De acuerdo, pero date prisa, Gilda.

Lamentablemente hoy toca obviar esos principios durante unas horas.

Cuelga el teléfono y sale de su Seat León aparcado a la distancia suficiente de la casa de los Carcelén para que Olivares no le viera por el retrovisor.

No habían pasado más de cinco minutos desde que aparcó. Los mismos que los inspectores y la mujer del pañuelo llevaban en la casa.

“¿Quién narices será esa mujer?”

Ni diez desde que colgó el teléfono cuando el flamante Nissan Qashqai de color rojo, con Gilda al volante, apareció ante sus ojos.

—Gracias por venir —dijo nada más acceder al coche. Deja su viejo maletín bajo el asiento y se ajusta las gafas.

Los hoyuelos de los mofletes de la periodista se marcan en todo su esplendor formando una sincera sonrisa.

—A ti, Marce, por dejar que te acompañe, aunque sé que no te quedaba otra —suelta segura sin abandonar su habitual semblante amable.

Los dos periodistas llevan sus curiosas miradas al portal de la casa. No sucede nada.

—¿Han entrado con la mujer que decías?

Torquemada asiente varias veces pensativo.

—Qué intriga, ¿eh, Marce?

Durante diez largos minutos hacen guardia en silencio, sólo roto por el chasquido de la mandíbula de Gilda al masticar chicle.

Apenas hay tráfico en la calle. Un coche transita por la izquierda de los periodistas con lentitud, como si buscara sitio para aparcar. Tras él otro coche.

Marcelo, con la mirada en la vivienda.

Gilda, con la suya en los dos vehículos.

De pronto, Torquemada siente algo parecido a un pellizco en su antebrazo. Molesta, habitual y desesperante costumbre de su compañera de avisar de algo importante.

—Es él… es él… —murmura sin soltar el antebrazo de su compañero. Su voz refleja temor e incredulidad a partes iguales.

—Me has vuelto a pellizcar, Gilda, ya te he dicho mil veces lo que me jode que…

—Calla, te digo que es él —señala un coche azul que se aleja.

El periodista frota su antebrazo.

—¿Él?, ¿quién?

—Pues… el tipo este que… —sacude la cabeza lamentando haberse quedado en blanco en un momento así.

—¿Qué tipo?

Gilda señala al frente.

—El que va en ese coche que gira al fondo. Eh… ¡Carcelén! Eso es, ¡Carcelén! —insiste ya más relajada.

Torquemada mira al frente hasta que pierde de vista el coche, y luego vuelve el rostro hacia su compañera.

—¿Carcelén? —más que una pregunta parecía un insulto, por atreverse a jugar con algo tan serio como…

—Qué sí, que era él.

Gilda pone el motor en marcha.

Marcelo duda entre continuar con la guardia frente al portal o perseguir al supuesto Carcelén. Lo seguro era no moverse de sitio, pero en ocasiones, en muchas, lo productivo no es lo seguro.

Gilda observa a su compañero que le devuelve un gesto bobo plagado de dudas. No hay tiempo para debatir. Mira a su izquierda y

sale disparada. Unos doscientos metros más adelante gira a la derecha por la calle Francisco de Cáceres.

Torquemada, agarrado al asa sobre su cabeza sin despegar la boca, aún no tenía claro si hubiese sido mejor quedarse donde estaban o seguir al presunto Carcelén.

“¡¿Qué coño iba a hacer aquí?!

Mientras piensa va negando lentamente.

El Nissan Qashqai continúa por la misma calle en curva que endereza unos metros más adelante hasta convertirse en paralela a la de Concha Espina.

Ni rastro del coche azul.

—¡Joder! Como hayan salido los inspectores… —bufa ya totalmente decidido por la opción que hubiese sido la mejor, la más segura.

La menos productiva.

Gilda señala al frente.

—Mira…

Un vehículo azul se aproxima en dirección contraria. Aminora la velocidad.

—Agáchate, Marce.

El periodista obedece. Si su compañera tiene razón y Carcelén va al volante puede reconocerle.

Ambos coches se cruzan. El azul, accede al carril de su derecha destinado a plazas de aparcamiento. El rojo, continúa.

—Da la vuelta sin que te vea.

Gilda sonríe.

A su izquierda la entrada a un garaje de un edificio de cuatro plantas. Introduce el morro en la rampa y con una rápida y ágil maniobra hacia atrás coloca el coche apuntando al vehículo azul.

Aparca unos metros detrás.

—¿Lo has visto, Marce?

Torquemada, desde su posición agachado, no había contado con un ángulo claro del rostro del conductor al pasar junto a ellos. Sí, en el breve lapso que dispuso creyó reconocer al desaparecido expresidiario. Podía ser suficiente para dar por buena la versión de Gilda y que, realmente, fuese Carcelén el que se hallaba detenido unos metros más adelante.

—Más o menos. Lo que sí veo es que esa de ahí—señala el doble chalé a la espalda de otro idéntico—, es su casa.

De pronto, el semblante de Gilda muestra sorpresa contenida, los ojos exageradamente abiertos.

—¿Qué?, ¿te sorprende que Carcelén esté esperando aquí detrás? No creas que a mí no…

La periodista sacude la cabeza.

—No, no, bueno sí, me sorprende, pero mira —señala con un dedo, el cristal no le permite estirar el brazo—. Es una mujer con un pañuelo…

Marcelo se echa hacia delante.

—Es la misma que iba con los inspectores, ¿de dónde sale?

Gilda vuelve a señalar, esta vez con un intento de disimulo.

—De ahí al fondo. Debe haber una entrada por detrás a la casa.

Los dos periodistas quedan en silencio mientras ven a Remedios Palacio acceder a la calle, mirar a un lado y a otro, cruzar…

—Va… al coche de… Carcelén —murmura Gilda con la voz entre cortada.

—¡Joder!

—¿La conoces, Marce?

Torquemada se queda como absorto.

—No te lo puedo asegurar, creo que la he visto, pero… —frunce los labios al tiempo que su rostro dibuja una tenue sonrisa—, lo que sí tengo claro es que se les ha escapado. Síguelos sin que te descubran.

—Tranquilo que no se enterarán de nada —señala convencida de sus palabras. Su rostro bonachón ha trasmutado a modo concentración total—. Vamos allá, compañero.

Marcelo coge el móvil y pulsa el contacto de Olivares.

La llamada se corta al primer tono. Un corte que deja un mensaje tácito en el ánimo del que llama. Un mensaje con sólo dos opciones de interpretación, siendo generosos.

O está ocupado.

O no quiere hablar conmigo.

Sabiendo que los inspectores se encontraban en la vivienda con la mujer del pañuelo y que ella se ha dado a la fuga, la opción que Torquemada considera más factible es la segunda:

No quiere hablar conmigo.

Vuelve a intentarlo

En esta ocasión el sonido de llamada se repite varias veces.

—Se lo está pensando… —murmura.

Al cuarto tono escucha la voz del inspector.

—Torquemada, ahora no es buen momento para…

“Definitivamente no quería hablar conmigo”

—Tengo algo que le va a interesar, seguro.

Al otro lado de la línea el periodista percibe una especie de bufido contenido.

—Le escucho.

Marcelo esboza una amplia sonrisa de victoria.

—Estamos siguiendo a Carcelén.

Al inspector casi se le cae el teléfono de las manos. Mira a su compañera, con un gesto le pide que ponga atención. Activa el

altavoz.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído, inspector. Vamos detrás de Carcelén.

Pinta y Olivares cruzan sus miradas. Hay duda en ellas.

Demasiadas dudas.

—¿Está seguro de que se trata de él?

—Totalmente, si no, no le llamaría.

—¿Dónde está?

Torquemada se retrepa en el asiento.

—No muy lejos de donde están ustedes, inspector. Le diré que la mujer del pañuelo va con él.

María arruga el ceño.

—¿Por dónde van? —interviene la inspectora.

El momento que el periodista esperaba ha llegado. Deja en la bandeja mental de *pendientes* la respuesta que espera Pinta y formula su propia cuestión.

Una cuestión que ya expuso no hace muchas horas.

—¿Quién es la mujer del pañuelo?

Los inspectores se miran antes de plantearse responder con sinceridad.

—Una testigo del caso, Torquemada.

—Testigo, ¿de qué, inspectora?, ¿después de más de diez años aparece una nueva testigo? —el tono del periodista muestra total incredulidad.

Pinta se estaba cabreando.

—Sabe que Carcelén está en busca y captura por los asesinatos en su casa de Comillas, si usted sabe cuál es su paradero y no lo dice estará obstaculizando una investigación criminal —lo suelta todo seguido, casi sin respirar, en tono amenazante, pero a la vez reprimido. Si por ella fuera le hubiera hecho saber lo que piensa de los chantajes a la policía.

Como si pudiera leer los pensamientos de Pinta añade:

—Por favor, no se lo tomen como un chantaje. Soy periodista, tengo una información que les puede interesar a ustedes y a mis lectores, sólo les pido que compartan, nada más.

El tono pausado de Marcelo parece aplacar, de momento, a la inspectora.

—¿Siguen tras Carcelén?

—Sí, inspector. Van en un Ford Focus azul.

Los inspectores asienten y se toman unos segundos. El dato coincide con el coche en el que han visto subir a Remedios Palacio.

—No escriba sobre lo que le voy a decir. No de momento. Ya le dije que hablaría con usted el primero y mantengo mi palabra.

Los dos periodistas sonríen.

—De acuerdo.

Nuevo silencio en la línea.

Los inspectores asienten. Sólo se trataba de adelantar una información que en breve sería portada de todos los informativos.

—Remedios Palacio —suelta Olivares.

La sonrisa de los periodistas se esfuma de sus rostros como si nunca hubiera estado en ellos. En el semblante de Marcelo se forma una mueca torcida.

—¿Está de broma inspector? Yo le he contado la verdad, estamos siguiendo a…

—Yo, también. Ahora, Torquemada, dígame por dónde van.

Tras informar a los inspectores del número de matrícula y su ubicación se despiden.

Gilda comprime los labios, los puños en las caderas, ojos guiñados.

—¿Vamos a dejar que se vayan y los persiga la policía, Marce?

Torquemada niega.

—¿Nos han dicho que no podemos ir detrás del Focus?

—Pues…, no.

—No les pierdas de vista —sujeta las gafas mientras introduce la mano bajo el asiento para hacerse con su maletín.

De nuevo, los hoyuelos en el semblante de Gilda. Aferra con determinación sus manos sobre el volante y asiente feliz.

—No escaparán, Marce.

Del interior del maletín Torquemada extrae el portátil.

Gilda lo observa de reojo.

—¿Qué vas a hacer?

El periodista levanta la tapa y lo enciende.

—Tú mira al frente que yo voy a escribir un artículo, más que nada por ir adelantando por si las cosas se nos complican.

—¿Nos? ¿Has dicho nos? —quiere saber, sorprendida.

Sin levantar la cabeza de la pantalla, Marcelo sube y baja la cabeza repetidamente.

—Claro, sin ti no estaríamos en esta situación.

Gilda vuelve a mirar de reojo a su compañero que ha comenzado a teclear. Aprieta los labios, ladea el rostro y sonríe.

“Nos”

—Marce, ¿crees que Carcelén siempre ha sabido que su mujer no había muerto?

Torquemada deja de teclear, levanta la cabeza y mira a su compañera.

—Buena pregunta, me gustaría poder responder en el artículo, pero no sería capaz. No con la información que tenemos.

—¿Por qué? A Remedios Palacio la conociste bien y con Carcelén has hablado alguna vez.

—Cuando le esperé en la estación de autobuses el día que salió no me dio la impresión de estar ante una persona que va a volver a ver a su mujer después de diez años.

—Ya…, y, ¿crees que ha matado a su abogado y a los otros dos?

—Parece ser que sí.

—No puedo ni imaginar que si Carcelén desconocía que su esposa estaba viva lo que habrá sentido al enterarse.

Torquemada vuelve a teclear.

—Entonces…, ¿quién es la mujer que cayó por el acantilado en el coche de Remedios Palacio? —Gilda deja la pregunta en el aire, su voz un suave murmullo.

Marcelo levanta la vista, observa el rostro concentrado de su compañera.

"Buena pregunta, muy buena pregunta"

Durante unos minutos nada cambia en el interior del Nissan Qashqai, rojo. Gilda, concentrada en el Ford Focus, que circula tres coches delante de ellos. Marcelo, alternando momentos de mirada absorta con otros de un teclear ansioso.

Una sirena de la policía atrae la atención de los periodistas. Torquemada mira a un lado y a otro.

—Ahí delante, Marce, un coche de la policía, justo detrás de Carcelén.

En el Ford azul, la situación es similar, en cuanto al silencio que se ha instalado en sus dos ocupantes. Han sido muchas sorpresas las que Fabio Carcelén ha experimentado en los últimos días. La salida de la prisión de *El Dueso*, la extraña actitud de César Tirol, el cambio de propietario de su chalé en Comillas. La siniestra visita de su abogado seguido de dos individuos, y la más sorprendente. Quizá calificarla como sorprendente no haga justicia. Recibir una llamada de auxilio de tu mujer fallecida no es fácil de digerir, ni de calificar.

No, es mucho más que sorprenderte.

Es absurdo.

—¿Es una broma?, ¿quién coño es usted? —fue la primera reacción al identificarse la mujer que llamaba como Reme.

—De verdad que soy yo, Fabio.

—Tengo tus anillos, me mandaron un paquete con ellos.

—Te lo mandé yo, con una foto y una súplica.

Carcelén quedó en silencio unos instantes. Con una mano se sacudía el cuero cabelludo. Con la otra sostenía el móvil, que apretaba con todas sus fuerzas.

“Demasiado bonito para ser cierto”

Sí, recuerda la extraña sensación que se apoderó de él cuando abrió el paquete. Una sensación que descartó nada más expresarse. Una sensación descartada porque lo que la generaba no tenía sentido, no era posible.

No, su mujer está muerta.

No era una opción a contemplar y, sin embargo, ahora…

—Fabio, estoy en el calabozo, me han dejado hacer una llamada. Los inspectores me van a llevar a nuestra casa de Concha Espina. —toma aire—. Intentaré escaparme, conozco la casa mejor que ellos.

—¿Quién narices le ha dado este teléfono, señora?

—César.

Fabio continuaba sin poder articular palabra. Sus ojos estaban cargados. ¿De rabia?, ¿de felicidad? De momento era incapaz de encontrar una respuesta.

—¿Me recoges detrás?

—No puedes ser tú y me estoy cabreando…

—Recógeme y lo comprobarás. No tienes nada que perder…

—…excepto la vida —completó Carcelén la frase de la nota que recibió.

Lo comprobó.

Sí, aunque hubieran pasado diez años la voz grabada a fuego en sus recuerdos la acababa de escuchar. Cierto que podía tratarse de una broma macabra, sin embargo, optó por seguir adelante. Si alguien se estaba riendo de él lo iba a averiguar pronto y si no…

Bueno, y si no, su vida iba a…

“Déjate de gilipolleces, no puede ser ella”

Eso decía la razón, pero un par de argumentos, lanzados como a escondidas por el corazón, merecían ser contemplados, por absurdos que pareciesen. Uno, que la mujer que ha llamado le hablase de la puerta de atrás de la casa. A veces habían salido por ahí cuando querían escapar de alguna visita no deseada. Dos, que supiera el contenido del paquete que recibió.

Detiene el coche en el lugar indicado y espera.

Vuelve el rostro hacia el camino por el que debería aparecer Reme… la señora que ha llamado.

Ve a una mujer, que se cubre la cabeza con un pañuelo, caminando a paso rápido partiendo del mismo lugar por el que salían ellos.

Fabio se retrepa en el asiento.

Por la forma de andar, los movimientos…

“No, no. No puede ser, ella no…”

Millones de hormigas circulan descontroladas por sus ciento cinco kilos. Cerca está de arrancar y partir raudo cuando la mujer rodea el coche y accede al interior.

Ella lo mira. No es una mirada cualquiera, es la misma mirada que guarda en sus recuerdos.

—Tenemos que irnos, Fabio.

El hombre asiente, arranca y se ponen en marcha.

—Siento muchísimo que te hayas enterado así. No era mi intención —Remedios mira al que para ella continúa siendo su marido, un viudo que ya no sabe qué coño es—. Era la única forma de que nos dejaran en paz.

La sombra de Fabio pugna por tomar el mando de la conversación. Echarle en cara las interminables noches que pasó llorando como un niño, o mejor agarrarla del cuello y sacarla del coche, o…

—Reme… —pronuncia el nombre envuelto en escepticismo, acompañado de una mirada que refleja incredulidad y requiere explicaciones a partes iguales.

—Sí, soy yo, Fabio, te lo prometo. Déjame que te explique qué ha pasado este último año desde…

—… desde tu muerte.

—Sí.

Carcelén detiene el Focus en un semáforo. Tras ellos un vehículo *Zeta* de la policía. La mirada del expresidiario en el retrovisor, lleva la mano derecha al bolsillo de la camisa, coge las gafas y se las ajusta con calma.

Con mucha calma, y con mucha precaución.

Reme sigue la mirada de su marido, que rebota en el espejo y se gira.

Ninguno habla.

El semáforo se pone en verde.

La sirena del *Zeta* comienza a sonar.

Carcelén continúa recto.

La sirena cambia de melodía, poco a poco se va volviendo histérica.

Reme y Fabio se miran. Una mirada que no necesita palabras para ser comprendida.

El Focus activa el intermitente de la izquierda. El *Zeta* le adelanta para bloquearle el paso y Carcelén gira bruscamente a su derecha. Entran en una calle de poco tráfico.

Vuelven a girar a la derecha.

—¡Ahí! —Remedios señala un garaje.

El Ford azul accede al interior.

Recorren con toda la pausa posible la planta buscando un lugar en el que dejar el Focus. Los corazones de ambos amenazan con saltar desbocados del pecho.

“Calma”

—¿Por qué estabas en el calabozo? —pregunta sin apartar la mirada del frente. De pronto, unas luces rojas avisan de la salida de un vehículo unos metros más adelante.

—Porque me entregué.

Fabio lanza una rápida mirada de estupefacción a Reme al tiempo que aparca en la plaza libre.

—¿Cómo que te entregaste?

—Dije que yo maté a los que estaban con César, a Osipov y Lis.

—¿Los conocías?

Remedios asiente varias veces, abre la puerta del coche.

—Luego hablamos de todo, Fabio, tenemos muchas cosas que contarnos, pero ahora debemos irnos, ¿de acuerdo?

Con la puerta abierta, un pie en el suelo del garaje y el cuerpo girado hacia el interior, la mujer aguarda respuesta.

—Sí, vamos.

Remedios camina, ajustándose el pañuelo, unos metros delante de Fabio, como si no se conocieran. Al llegar junto a la puerta de salida se detiene.

—Espérame junto a Mercadona, tengo un coche cerca aquí en otro garaje —sin aguardar respuesta se encamina hacia las escaleras, antes de subir el primer peldaño se gira y esboza una sonrisa.

Fabio deja pasar unos segundos antes de partir tras ella, la mirada en el punto por el que Reme ha desaparecido.

Sí, Reme…

“Es ella…”

Sentía su cuerpo apelmazado. La sorpresa, a modo de sucesión de certeros golpes, estaba siendo difícil de digerir.

“Está cambiada”

No es que Remedios fuese conocida por ser una mujer apocada, o excesivamente tímida, pero el dominio de la situación que acababa de demostrar, su aparente tranquilidad le habían impactado.

Salió a la calle con las gafas bien ajustadas.

Por su izquierda sirenas de la policía.

Mira en torno. Toma aire y se pone en camino hacia Mercadona, un par de manzanas más adelante.

Su móvil comienza a sonar.

—¿Dónde andas?

—¡A la derecha! ¡A la derecha! —Torquemada señala la dirección del Ford Focus.

—¡Se escapan, Marce! Han engañado a la poli con el intermitente —suelta entre sorprendida y feliz por la experiencia que está viviendo.

Entran en la calle que ha tomado Carcelén.

—No están…

—Han tenido que girar por alguna… —apunta Torquemada—, pero, ¿por cuál? ¡Joder! ¡Los vamos a perder!

Detrás del Nissan Qashqai, rojo, aparece el *Zeta* acompañado de su particular sinfonía de sirenas.

Gilda se detiene en una plaza de aparcamiento a su derecha, y el vehículo policial les adelanta veloz.

El móvil del periodista emite señal de llamada.

—Torquemada, ¿dónde están?

Marcelo suspira para no escupir todo el desánimo que lleva dentro.

—Un coche de la policía, un *Zeta*, les ha querido dar el alto y han huido, inspector. Podían haberlo organizado más discretamente.

—¿Cómo? —Olivares no da crédito a lo que escucha. La orden había sido clara, una vez localizados seguirlos para ver a dónde se dirigen. Una orden dirigida a vehículos policiales *K*, camuflados, no a *Zetas*

—No los tenían que detener —murmura Pinta—, y menos que los siguiera un *Zeta*.

—Hay un par de patrullas por aquí buscándolos, inspector.

—Gracias, Torquemada, mi acuerdo con usted sigue en pie.

Tras colgar, Marcelo vuelve a marcar.

Apenas espera un par de tonos y contestan.

—¿Dónde andas?

El periodista no esperaba esa pregunta tan directa. Ni ninguna otra, era él quien llamaba.

Duda.

—¿Carcelén? Soy Torquemada de *El Diario Montañés*, ¿Se acuerda de mí? Me llamó para pedirme un favor y hablar sobre una caja y…

Fabio queda en silencio unos instantes. También duda.

—Lo llamaré, ahora no es buen momento.

—¿Sabe que la policía lo está buscando? Y a su…

Un coche le hace señas con las luces, un par de ráfagas.

—Le llamaré.

Cuelga.

Remedios aparece al volante de un Skoda Octavia azul marino, al que le hacían falta un par de lavados.

O alguno más.

27

—Lo hemos perdido, inspector… —la voz del oficial de policía en el interior del *Zeta* disminuye el volumen conforme se acerca el final de la frase.

—No pueden haber ido muy lejos, continúen en la zona.

—Sí, inspector, somos cuatro patrullas, no se debería escapar, se trata de un vehículo llamativo por el color.

Olivares queda unos segundos en silencio.

—Es cierto, es un azul que no pasa desapercibido… Recorran los garajes de la zona.

—¿Los garajes?

—¿Cree que pueden estar escondidos dejando pasar el tiempo?

—O simplemente lo han abandonado ahí y han huido a pie, es lo que yo haría —intervino Pinta.

—Así lo haremos inspectora. Les mantenemos informados —la voz del oficial retorna a su ánimo habitual.

Pinta y Olivares regresaban a la comisaría por deseo expreso de la inspectora, ansiosa de poner en orden la información que poseían.

—Creo que estamos dejando pasar por alto algo importante, Diego. No me preguntes qué, ¿volvemos a comisaría y damos una vuelta a todo?

Apenas les separan diez minutos desde la casa de los Carcelén a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria.

—¡Qué estúpida he sido! —Pinta deja saltar la mirada por la ventanilla—. No lo he visto venir.

Olivares sortea la creciente circulación tentado de poner la sirena.

—Pluraliza, María. No digas *he*, si acaso, *hemos*. Soy el primero que me he sentido engañado como un principiante, al menos tú fuiste tras ella cuando se fue al baño.

—Ya, más por seguir el manual que por pensar que podía fugarse.

En cuanto accedieron a la comisaría los oficiales Paredes y Mínguez salieron a su encuentro.

—Inspectores, tenemos el nombre del abonado al que llamó la

mujer —el pelirrojo Mínguez blandía en el aire un par de hojas.

—Les va a sorprender —como si hubiera pensado que estaba hablando demasiado Paredes optó por recular—, bueno, eso creo.

—Imagino que será Fabio Carcelén —Pinta coge los dos folios y lee en alto el nombre resaltado en amarillo fosforito—. César Tirol… —mira a Olivares y asiente el tiempo que dibuja una suave sonrisa—. Llevabas razón, Paredes, es muy sorprendente.

De camino a la sala comentaron con varios compañeros la fuga de la mujer. Sí, de una mujer, sin más aclaraciones. No habían querido hacer público hasta el momento que Remedios Palacio, la esposa de Fabio Carcelén, recientemente puesto en libertad, distaba mucho de estar fallecida.

La eficiente y risueña secretaria del comisario salió a su paso.

—Don Fausto os aguarda en su despacho.

—Gracias, Cruz.

Si ahora le tocaba a ellos soportar una bronca lo tenían bien merecido. Perder un detenido, aunque técnicamente no era el caso, no había que obviar que Remedios confesó dos asesinatos, puede ser una mancha difícil de eliminar de su expediente.

Les distanciaba un escaso metro del despacho del comisario, cuando la puerta se abrió. Un par de inspectores salían.

—Ahí os lo dejamos —señala Negredo al tiempo que frunce los labios y dibuja una mueca boba de complicidad.

—Todo vuestro —apunta el otro inspector.

Pinta y Olivares se miran con el mayor disimulo posible. No les aguardaban minutos relajados.

—Jefe… —María asoma la cabeza bajo el dintel.

Fausto Redondo levanta la mirada de unos papeles, agita el mostacho y con un gesto les invita a pasar.

—Entren y siéntense.

Los inspectores toman asiento. El semblante del comisario no presagiaba una reunión plácida. Se mantuvo concentrado unos interminables minutos en lo que fuera que estuviese leyendo. De pronto, levanta la cabeza, se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—Una de las cosas que más me molesta es la falta de compañerismo, de respeto al cuerpo —lleva fugazmente la mirada hacia la puerta.

Olivares se echa hacia delante, como inspector de más antigüedad siente que debe asumir la reprimenda que parece estar a punto de comenzar.

—Jefe, he sido yo el que…

Redondo levanta la palma de la mano hacia el inspector.

—Pensaba en voz alta, inspector. Discúlpenme —su rostro cansado se esfuerza, sin mucho éxito, en trasmitir lo más cercano a una

sonrisa.

De nuevo, otros segundos más de silencio que los inspectores asumen aparentando una seguridad que dista mucho de reflejar sus sentimientos.

—Parecer ser que Remedios Palacio ha resultado toda una digna alumna de Houdini —queda con la mirada saltando de Pinta a Olivares y vuelta a empezar.

Los inspectores se miran. No esperaban una salida como esa.

—Fue culpa mía, jefe. Pidió permiso para ir al baño, fui detrás, pero no la acompañé. Desconocía si el baño al que iba estaría en la planta de arriba o…

El comisario sacude la mano en el aire, al ver que Olivares pretendía intervenir.

—No les he hecho venir para buscar culpables. La señora Palacio contaba con una enorme ventaja sobre ustedes: un vasto conocimiento del lugar en el que se encontraban, y sin duda que lo aprovechó.

La inspectora decidió no insistir en su planteamiento, era momento de escuchar.

—Sin embargo, pudieron localizar el coche en el que se fugó y seguirle. Les felicito por ello.

Si ambos inspectores coinciden en algo es en su total repulsa al halago fácil, y con énfasis al inmerecido.

—No, jefe, nos avisó Torquemada —ante el gesto del comisario de no caer en ese momento a quién se refería, Olivares, añadió—: el periodista del *El Diario*…

—Sí, sí, continúe —asiente agitando al compás el mostacho y su mofletudo rostro.

—Lleva unos días detrás de nosotros como una molesta sombra, y…

El comisario sacude la cabeza. Muestra una franca sonrisa.

—¿Molesta sombra, inspector? No sabía que hubiese distinción entre sombras. Una sombra es una sombra, ¿no? Molesta, dice.

Olivares queda descolocado ante la inhabitual salida cómica del comisario. Más descolocado aún al vislumbrar el semblante divertido de su compañera.

—Discúlpenme otra vez. He tenido desayuno con nietos preguntones y sospecho que aún estoy influenciado —su rostro se esforzaba por regresar al motivo de la reunión, que no era otro que la fuga de una detenida.

Olivares mira a su jefe y luego a Pinta.

—Bien, eh, le decía que Torquemada estaba de guardia frente a la casa de los Carcelén, cuando lo ha visto pasar en un Ford Focus.

—¿Al señor Carcelén?

—Así es, jefe. Lo ha seguido y poco después Remedios Palacio ha salido por la puerta de atrás del jardín de la casa y entrado en ese

coche.

El rostro del comisario torna a una expresión conocida por los inspectores que indica que no termina de comprender. Había llegado el momento de la intervención de Pinta.

—Si se pregunta cómo pudieron coincidir Remedios Palacio y Carcelén…

Redondo asiente con vehemencia.

—Efectivamente. Eso mismo me estaba preguntando.

Pinta aprieta los labios.

—Una vez más entono el *mea culpa*. Insistí en que hiciera la llamada a la que tiene derecho y…

—Y llamó a su marido —concluye el comisario.

—Sí, jefe.

Redondo baja la mirada a varios papeles sobre su mesa.

—Bien, eh… No creo que la prensa tarde mucho en averiguar que la mujer de Carcelén está viva.

—Ya lo saben, jefe, al menos, Torquemada —interviene Olivares.

—Vaya… ¿Tenemos alguna idea de cuál puede ser su paradero?, ¿dónde pueden estar?

—No —responden al unísono.

—En este momento todo continúa apuntando a Carcelén, ¿sólo a él o debemos incorporar a su mujer?

—Creemos que ella confesó dos muertes por encubrir a alguien, pero no hay que olvidar que la forense Cobo dijo que había alguien más en ese chalé. El que disparó al bielorruso Yan Lis.

—No sabemos a quién protege —concluye Olivares.

Redondo se pone en pie.

—Bien, continúen. El tiempo se nos echa encima, inspectores.

Pinta y Olivares abandonan el despacho con una extraña sensación. Iban preparados para una apertura de expediente, pero no han recibido ni en el más mínimo merecido reproche.

—¿Qué? ¿También os ha echado la charla sobre las buenas maneras? —quiere saber el inspector Negredo, de la quinta de Olivares, al cruzarse con ellos.

—La misma charla, Negredo, la misma —responde Olivares sin detenerse.

—Algún día…

Pinta se detiene. Toma aire. Se gira.

—Algún día, ¿qué?

Negredo se queda mirando a María con un deje chulesco dibujado en el rostro.

—Que algún día nos podíamos ir a tomar algo tú y yo, así me enseñas esta ciudad… y lo que quieras.

—No me busques, Negredo.

María siente la mano de su compañero en el antebrazo, da media vuelta y le sigue camino de la sala.

—¿Cómo pudiste aguantar a este gilipollas? —escupe cada sílaba nada más cerrar la puerta—. Sólo su presencia me saca de quicio.

Olivares toma asiento.

—En la academia fue más sencillo, ahí, como sabes, este tipo de actitudes están más castigadas. Procura no entrar al trapo, María, disfruta provocando.

Pinta separa una silla y se sienta.

—Lo sé, he saltado demasiado pronto, pero es que…

—No le dediques ni un segundo más. A ver, ¿qué era eso que querías que organizásemos?

Pinta sonríe mientras se hace con un par de folios y un bolígrafo.

—Sí, mucho más entretenido hablar del caso que de este gili… —toma aire unos segundos y añade—: Empecemos — mira las pizarras magnéticas y se pone en pie. Rodea la mesa y se detiene en uno de los pocos espacios que todavía quedan libres.

—Habrá que pedir otra.

—No vendría mal —señala Pinta que ha cambiado el bolígrafo por un rotulador—. Tengo la sensación de que se nos han abierto varios frentes, ¿tú no?

—Sí, que no sé a dónde nos llevan y que tampoco quitan el cartel de culpable a Carcelén.

—Eso es.

Pinta empieza a escribir.

—Tenemos a Carcelén y a Remedios Palacio. Ella, asesina confesa. Ambos huidos. —sacude la cabeza como si quisiera eliminar sus últimas palabras—. Él no ha huido sólo está en paradero desconocido.

—Hasta que vea las noticias y se enteren de que hay una orden de búsqueda y captura contra él. Sigamos: Damián y Charly —añade Olivares.

—Sí, ¿tienen alguna implicación con Noriega y su mujer?, ¿qué buscaban en la casa de los Carcelén?

María termina de escribir y se gira.

—¿Tirol?, ¿es un mal abogado?, ¿un mal amigo?, ¿por qué le matan y quién?

Olivares se pone en pie.

—Remedios asegura que ella no fue, la creemos. Si lo mató su marido, el motivo pudo ser los dos supuestos que has dicho: mal abogado y mal amigo.

—¿Y los dos mafiosos?

—Si continuamos pensando que fue Carcelén el que mató a los tres en su casa, te diría que seguramente lo hizo en legítima defensa —señala Olivares.

Pinta queda pensativa.

—Bien…

Olivares observa a su compañera concentrada en la lectura de lo que acaba de escribir.

—¿Qué piensas, María?

La inspectora se toma unos segundos en darse por aludida. Niega constante y lentamente.

—¿Tenemos a todos los actores en las pizarras? Lo digo porque el que esté detrás de todo esto o es un chapuzas o es un puto genio —se cruza de brazos—. Si el que sacó de la carretera el coche de Noriega es el mismo que fue al chalé de Comillas debe estar desesperado.

—Ya. Quieres decir que está matando a los que le deben dinero, y así no cobrará.

—¿No te parece absurdo?

Olivares asiente.

—¿Hacemos una visita a Damián y a Charly?

—Mejor que los traigan aquí, Diego, en su casa estarán más relajados.

Olivares sonríe.

—Recuerda que tenemos una conversación pendiente con Margarita Muñoz, la secretaria de Noriega —la inspectora vuelve a quitar la capucha al rotulador—. Hijos de los Carcelén: Elia y Jorge —entre paréntesis escribe: *(César Tirol, despacho)* Olivares abre la puerta. Al fondo ve a Mínguez, con un gesto le pide que se acerque.

—Mínguez, que os den la dirección de… —se gira hacia la pizarra —, de Damián Cortina, lo traéis aquí y lo lleváis a interrogatorios.

El oficial Mínguez coge del bolsillo trasero de su pantalón una pequeña libreta con espiral en la parte superior. Pasa unas hojas y comienza a escribir.

—Después traéis a su amigo… —vuelve a girar el rostro—, Carlos Tejón, le llaman Charly. ¿Lo tienes?

—Sí, inspector —vuelve el rostro a su derecha—. Paredes, vamos que tenemos trabajo.

—Procurad que no se vean y sobre todo que no sepan que el otro también está aquí.

—De acuerdo, inspector, los dejamos en salas separadas.

—Eso es.

Olivares cierra la puerta.

—Algo me dice que esos dos llegaran lejos.

—Es posible, son… diferentes —apunta María con el teléfono en la mano—. A ver si Margarita puede venir ahora.

—Luego podemos pasarnos por el despacho de Tirol, debería haber información de contacto de Elia y Jorge Carcelén.

—Seguro que la hay.

Margarita Muñoz no tardó más de media hora en presentarse en la comisaría. Los inspectores optaron por mantener la reunión en la sala de trabajo, la simple exposición a las pizarras convencería a la secretaria del exhaustivo trabajo de investigación que se estaba llevando a cabo.

La menuda mujer apareció con una caja de cartón que a simple vista parecía pesada para alguien como ella.

—He pensado que les podía interesar —dijo en cuanto los inspectores salieron al vestíbulo a recibirla.

Olivares se hizo cargo de la caja.

—Gracias por venir, doña Margarita.

La secretaria se quita las gafas y desliza un pañuelo por los pequeños cristales. No había sido fácil cargar desde el taxi la caja al tiempo que las gafas se desplazaban con cada paso.

—Con Margarita es suficiente, inspectora —esboza una amable sonrisa mientras se pone de nuevo las gafas—. Gracias a ustedes por llamarme.

—Si nos acompaña.

—Quería disculparme. El otro día no puede hablar con ustedes con tranquilidad… —calla unos segundos—. No contábamos con la intimidad necesaria y yo…

—Se refiere al señor Garrido.

El semblante de la secretaria se amarga fugazmente, pero se rehace al instante.

Como respuesta esboza una mueca en la que hay un cuarto de incomodidad, mitad de cansancio y otro cuarto de alivio.

—El señor Garrido cree que le toca asumir el puesto de don Sixto. No comprende que sólo debe ser la cara visible de la compañía en estos complicados momentos —frunce los labios—. Perdón, no es mi cometido hablar de él.

Pinta abre la puerta de la sala e invita a pasar a Margarita, detrás Olivares que deja la incómoda caja sobre la mesa.

La secretaria desliza una rápida, sorprendida y cohibida mirada por las pizarras.

—¿Puedo?

—Sí, por supuesto.

La menuda mujer rodea la amplia mesa, se ajusta las gafas y se dedica en esta ocasión un paseo visual más calmado. Los inspectores permanecen en silencio, observando. Desde que la conocieron, pocos días atrás, en las oficinas de la constructora NORIEGA PROCONS, sabían que esa mujer podía aportar información basada en el día a día, en el conocimiento que le daban los más de veinte años de trabajo

en la empresa.

Sí, sabían que podía ser una inestimable fuente de información. Si quería.

Margarita se sitúa frente al nombre de Sixto Noriega. Durante un minuto sigue con la mirada las flechas, algunas de ida y vuelta, que parten del nombre del que fuera su último jefe y que le unen con Cecilia Tirado, Fabio Carcelén, proveedores, su anterior mujer Brigitta, la hija de ambos, Mía, y un nombre que sorprendió a la secretaria.

—¿Yoli Tirado…? —murmura si alejar la vista de la pizarra.

—¿La conoce? —Pinta se coloca a un lado de la mujer.

Margarita asiente, da media vuelta en silencio y toma asiento.

—Sí, es hermana de doña Cecilia. ¿Creen que tiene algo que ver con…? —agita una mano en el aire como si quisiera espantar una incómoda mosca—. Disculpen, no es asunto mío.

Pinta no va a dejar escapar la más mínima oportunidad que se le presente para lograr acercarse a la enigmática mujer. Si a estas alturas puede estar segura de algo en relación a Margarita es que su debate interno gira alrededor de la fidelidad. Sí, fidelidad a su jefe, a su mujer, a la empresa. Una fidelidad a un jefe y a una esposa que fallecieron, todo apunta que asesinados y a una empresa que podía tener los días contados.

Pinta sabe que su oportunidad está próxima.

—Sí, vino a comisaría en compañía de su marido.

—Gregorio Martínez, o Goyo… —la mujer tuerce levemente el gesto, su voz apenas un susurro.

—Efectivamente, vino en calidad de abogado, les acompañaba la señora Martos.

El rostro de Margarita muestra una sonrisa amable al recuerdo de Cecilia Martos.

—Toda una señora.

El inspector asiste en silencio a la conversación, al ambiente cercano que se ha generado entre ambas mujeres. Realiza un leve gesto a su compañera con la cabeza.

—Lo que le vamos a decir no puede salir de aquí, Margarita. ¿Podemos confiar en usted?

La mujer advierte que sus músculos se tensan. Quiere saber qué pasa con la empresa, en qué situación están, pero sobre todo quiere desahogarse de la pesada carga que arrastra. No estaba para secretos, prefería no saber, así se vive más tranquila y más años. Sin embargo, subió y bajo la cabeza entregada.

“Me fio de estos inspectores, más que de los Noriega”

—Sí, por supuesto.

—Querían saber el orden de los fallecidos en el accidente.

La secretaria ladea el rostro, seguro que no ha escuchado bien.

“¿El orden?”

El inspector se echa hacia delante, los codos sobre la mesa.

—Sí, Margarita, también nos sorprendió a nosotros.

—¿Y por qué…?

—Sólo dijeron que era algo muy importante para ellos.

María tomó asiento junto a la secretaria.

—Es una cuestión de dinero, de herencia. Si fallece el señor Noriega antes, la beneficiaria principal sería su mujer, que al morir dejaría su herencia a su familia.

Los curiosos ojos de Margarita muestran asombro descontrolado.

—Y si fuera al revés…

—Yoli Tirado y su marido apenas recibirían nada comparado con la otra opción.

—No me extraña lo que me cuentan, inspectores, nada de nada —la mirada escabulle veloz las cuatro paredes de la sala y bucea entre sus recuerdos.

Pinta y Olivares dan un respiro a la mujer que mantiene la mirada perdida. Sólo uno, necesitaban saber más, mucho más, dar con algo que actuara de pegamento con todos los parches que presenta la investigación.

—¿Le apetece un café, un vaso de agua?

La secretaria regresa de sus evocaciones veloz, como si alguien la hubiese cogido de los hombros y agitado con vehemencia.

—¿Eh? No, no gracias, pensaba…

—Nos decía usted que no le extrañaba que Yoli Tirado…

El rostro de la secretaria se mueve raudo de derecha a izquierda, de izquierda a derecha mientras se talla en su semblante una sonrisa burlona, si acaso irónica.

—No, no me extraña en absoluto, aunque me sorprende tanta, digamos… precisión, hilar tan fino para conseguir dinero de un fallecido —calla unos segundos—. Desde que las hermanas Tirado aparecieron en la empresa el ambiente se enrareció cada vez más.

—¿En qué sentido? —quiso saber Olivares— ¿Tenían mando, poder en la empresa?

La mujer se retrepó en el asiento.

—Recuerde que no va salir nada de aquí —intervino Pinta con afán tranquilizador.

Como respuesta, la secretaria ofreció unos labios apretados y una mirada en la caja que había traído.

—El poder que tenían era por ser quienes eran. Doña Cecilia, por ser la mujer de don Sixto. Como directora del departamento de Interiorismo —ladea el rostro y sonríe tímidamente—, que le llevó lo suyo que su marido accediera, no crean, no tenía más poder que los

demás directores.

—¿Su hermana trabajaba en la empresa? —la cuestión planteada va impregnada de sorpresa.

Margarita abre los ojos, casi ofendida por la pregunta.

—¿Doña Yoli? —niega con vehemencia—. Esa mujer hizo todo lo que estuvo en su mano para convencer al anterior subdirector.

—¿Convencer…?

—Sí, inspectora, para convencerle de que ella era la mejor opción como esposa.

La que muestra ahora un esbozo de timidez es Pinta, lamentando no haber visto venir la intención de la secretaria.

—Aunque la verdad es que todo comenzó cuando se derrumbó la promoción en Isla. A partir de ahí nada fue igual.

Margarita lleva la mirada a la caja.

—¿Le sorprendió la acusación contra Carcelén?

Una vez más los ojos de la mujer se expanden más allá de sus gafas.

—Don Fabio no se merecía eso. Nunca creí lo que decían de él.

—Había pruebas.

Posa la mirada sobre la mesa y niega con lentitud.

—Ya… —su voz apenas un susurro. Sin dejar de negar añade—: No se debe hablar mal de los muertos, inspector, pero ni don Sixto, ni su mujer eran de fiar… —vuelve a fijar la mirada sobre la caja.

María y Diego siguen la dirección de la mirada. Olivares abre la tapa y extrae un par de voluminosas carpetas.

—¿Desde cuándo tiene esta información? —quiere saber el inspector al tiempo que hojea una sucesión de informes de cuentas y balances de la compañía.

La secretaria baja la cabeza, como si estuviera ante el director del colegio recibiendo una importante reprimenda antes de que sus padres fuesen informados.

—Sé que no se debe hacer, aunque quizá lo tenía que haber hecho antes, inspectores… No lo sé —del bolso extrae un pañuelo que desliza por sus ojos—, soy una cobarde. Nunca me atreví a enfrentarme a don Sixto, ni siquiera a decirle que su mujer facturaba todos, y cuando digo todos, son todos sus gastos a NORIEGA PROCONS. La empresa no está bien, nada bien —su voz como un balbuceo—. Con don Fabio no hubiese pasado esto. La señorita Mía no se merece esto.

—¿Mía? —pregunta la inspectora con la mirada en los informes.

—Sí inspectora, la única hija de don Sixto.

Pinta y Olivares pasan hoja tras hoja, en silencio. Margarita parece ajena al lugar en el que se encuentra, su mirada ha vuelto a viajar al pasado.

—Hubo llamadas, muchas llamadas de gente que me helaba la

sangre sólo de escucharles. Pretendían ser amables, hacerse pasar por personas cercanas…, luego la promoción se vino abajo.

Los inspectores cruzan sus miradas.

—¿Sabe quiénes eran? ¿Los vio alguna vez?

Margarita asiente, continúa como lejana.

—Sí. Ellos no me vieron, yo no debería estar ahí, pero estaba en el cuarto de baño. Don Sixto abrió la puerta de la calle… Me asomé, entraron dos hombres, morenos, con muy mala pinta —esboza una sonrisa avergonzada—. Perdón, inspectora.

María le devuelve la sonrisa.

—Siga, lo está haciendo muy bien.

—Gracias. Uno de ellos se llevó a don Sixto a su despacho a empujones, el otro caminaba tranquilo, con las manos en la espalda. Reconocí su voz, era el del teléfono.

—¿Esta documentación estaba en la empresa a la vista de todos?

Margarita sacude una mano, acompañada de movimientos de cabeza.

—No, no inspectora. Llegó a nombre de doña Cecilia un día antes de… de su accidente —señala una de las carpetas—. La que se refiere a los proveedores anteriores al derrumbe de la promoción y a los de la propia promoción los añadí yo.

—¿Información sobre NORIEGA PROCONS a nombre de Cecilia Tirado?

—Sí, resulta extraño, ¿verdad? A mí también me lo pareció.

—¿Quién la envió?

La secretaria se retrepa en el asiento.

—Pues eso también me hizo sospechar, venía sin remitente. No tuve que firmar nada. No me la quería dar el chico porque era de entrega en mano, pero, bueno… le juré que así lo haría.

Pinta y Olivares se miran. Lo que acaban de escuchar habría nuevas perspectivas al caso.

—¿Envió usted una libreta con información a Remedios Palacio?

La secretaria mira a Pinta, luego a Olivares, en su mirada hay aceptación y clemencia.

—Eh… sí… No lo voy a negar ahora. No supe hacerlo de otra manera, pero ya ve para qué ha valido… para nada.

Llega el turno de María y de su pregunta ajena a la conversación.

—¿Sabe usted dónde están los Carcelén? —mira a Margarita sabiendo que su pregunta está planteada para causar confusión, o sorpresa, según sea el grado de implicación de la mujer, si es que lo hay.

La secretaria queda impactada, quizá no ha escuchado bien.

—¿Los… Carcelén? —da mayor énfasis al artículo *los*.

Los inspectores asienten.

—Doña Remedios, está muerta y don Fabio… La verdad es que no lo sé. ¿Por qué me preguntan por ella?

Se hace el silencio en la habitación durante unos interminables segundos.

—Remedios Palacio ha estado escondida todo este tiempo. No falleció en aquel accidente.

—¡¿Cómo?! ¿Vive doña Remedios? —Margarita no da crédito. Esconde la cabeza entre las manos y llora—. Por Dios, por Dios…

María Pinta coge una botella de agua y llena un vaso.

—Beba un poco.

La secretaria levanta la cabeza.

—¿Sus hijos lo saben?

Los inspectores vuelven a mirarse.

Para esto no tenían respuesta.

Elia y Jorge Carcelén.

Los hijos.

Elia cuelga el teléfono, lo deja con cuidado sobre la mesa. Permanece absorta, mirándolo como si fuera el responsable de su malestar. Ha perdido la cuenta de las veces que ha llamado a su madre en los últimos días sin recibir respuesta, ni siquiera a sus mensajes.

Nada.

Un frío doloroso se agarra a su cuerpo. No sabe qué, pero sí está segura de que algo sucede. La última ocasión que hablaron la notó extraña, distante.

Discutieron.

Elia colgó enfurecida. No comprendía por qué se empeñaba en defender a su padre cuando había dejado muy claro que no quería volver a verles.

—Él os quiere más que a nada en el mundo.

—Ya…

Su conciencia, su mala conciencia, está sacudiendo sus más escondidos temores.

“¿Estás enfadada conmigo?”

Elia dedica los sábados por la mañana a dar un repaso general a las campañas que tiene activas en la agencia de publicidad, en la que trabaja desde que se trasladó de Berlín a Londres, dos años atrás. La tarde y algunos domingos son sólo para ella y para su hermano. Su último novio, Mike, por fin, pasó a la olvidada historia. Sí, por fin, porque había llegado a un punto en el que su sola presencia la asfixiaba.

“No volveré a salir con un inglés”

Eso se repetía muy a menudo, más para convencerse que por una firme convicción. Estaba dispuesta a eliminar, durante un largo período de tiempo, los compromisos sentimentales. Sobre todo, aquellos que aparecen en esos días etiquetados de hoy toca fiesta, y que, pocas horas después, se convierten en auténticas promesas de arrepentimiento.

Levantó la vista del mudo móvil, consultó su reloj de pulsera y se incorporó. Con un par de zancadas llegó hasta el ordenador y lo apagó. En menos de dos horas su hermano vendría a comer y aún le faltaba por preparar el aperitivo y meter el pollo en el horno. La comida favorita de Jorge.

Elia vive en un apartamento de dos dormitorios. El salón, la zona destinada a trabajo y la cocina, sin separaciones, tipo loft.

Con el pollo asándose, dedicó los siguientes minutos a poner la mesa sin dejar de dar vueltas al silencio con el que parecía querer castigarla su madre. A continuación, llegó el turno del aperitivo que dispuso en el salón. Jamón ibérico y queso manchego, gentileza de Remedios, y tartaletas de atún con pimientos morrones y otras de ensaladilla rusa con gambas. Deslizó un dedo por el bol de la mayonesa, las patatas y la zanahoria y lo llevó a la boca.

"Placeres de soltería"

Bajó la tapa del horno, con ojo experto calculó que le faltaban unos quince minutos para que el pollo tuviera la piel crujiente.

El timbre del telefonillo sonó como una vieja carraca.

Elia mira el reloj de la cocina.

—Vaya, cómo pasa el tiempo.

Levantó el auricular, la pequeña imagen le mostraba a su hermano, de intachable puntualidad, que mostraba en alto una botella de vino.

Mientras aguardaba a que el ascensor llegara hasta la tercera planta echó un rápido vistazo a su móvil sobre la mesa, le había parecido escuchar, una vez más, el aviso de llegada de un mensaje. Una vez más tuerce el gesto al comprender que presta más atención a su deseo que a su fino oído.

El timbre de la puerta le devuelve a la realidad. Sacude la cabeza con vehemencia, como si de esta manera pudiera borrar los malos pensamientos, con sus miedos y temores.

No, no podía.

Elia abre la puerta con la mejor de sus sonrisas tallada en el rostro. Frente a ella un individuo de veinticinco años, moreno, tan alto como su padre, delgado y fibroso como su madre.

—¡Jorge! —rodea a su hermano con los brazos y le besa en la cara.

Jorge devuelve el abrazo y muestra la botella en alto.

—Vino español, hermana, cada día nos lo ponen más difícil para comprarlo.

Jorge deja la botella sobre la mesa del salón y la cazadora en un brazo del sofá.

—¡Qué buena pinta tiene esto! Y qué bien huele ese pollo —dice sonriente con la mirada en el aperitivo y el olfato en el horno.

—Lo que mejor que me ha salido es el jamón ibérico y el queso —señala sonriente. Una sonrisa que pretende enmascarar sus temores, sin apenas éxito. La culpa la tiene su mirada entre preocupada por su madre y feliz por la presencia de su hermano.

Más preocupada que feliz.

—¿Qué pasa, Elia?

De nuevo, otro fugaz vistazo a su móvil. La frágil sonrisa deja de

pelear por mantenerse firme y en su lugar surge una mueca entristecida.

—Sigo sin saber nada de mamá. Es una cabezota, se empeña en no parar de luchar por algo que tiene perdido.

Jorge asiente.

—Sí, pero piensa una cosa. Hace tiempo que no dejo de darle vueltas a… —dibuja varios círculos en el aire junto a su cabeza— ¿Crees que lo haría si tuviese alguna duda de su inocencia?

Los ojos claros de Elia se contraen, se enfocan en los de su hermano como si le costase creer lo que acaba de escuchar.

—¿Y ese cambio? Siempre has dicho que las pruebas eran abrumadoras y que…

Jorge levanta la palma de la mano y asiente repetidamente.

—Sí, sí, lo sé, pero no dejo de intentar comprender lo que hace —expone camino de la nevera, la abre y se hace con una cerveza— ¿Quieres?

—Sí.

Continúa hablando mientras coge un abridor.

—Lleva ocho años sin parar de luchar, sola —frunce los labios tras dar un trago—. Sola… —repite para que quede bien asentado en la cabeza de ambos—. Nunca la hemos apoyado.

Elia toma asiento en el brazo de una butaca.

—Bueno… Lo sé, pero papá nunca quiso que…

—¿Que le fuéramos a ver entre rejas? —otro largo trago de cerveza —. Sí, también llevo tiempo dando vueltas a eso y no sé por qué, ni cuándo, he comenzado a verlo desde otro punto de vista.

—¿De cuál?

—Del suyo, Elia, del punto de vista de papá.

Jorge coge un poco de jamón y queso, lo mastica con calma si dejar de mirar a su hermana.

—Pero, las pruebas…

—En los dos años que llevo con mi propia empresa he comprendido que si te lo propones puedes hacer que alguien parezca lo que no es.

Elia apura un lento sorbo.

—¿Como papá?

Jorge asiente. Los hermanos quedan en silencio. Quizá valorando su reciente y más directa conversación, posiblemente, la más sincera, o quizá temiendo las implicaciones que podían acarrear sus dudas.

El joven constructor deja la botella vacía sobre la mesa.

—No estoy diciendo que no fuese culpable, no lo sé. Estoy muy cabreado con él. Lo condenaron en un juicio … —calla unos instantes —. No sé, al menos hagamos el esfuerzo de no continuar diciéndole a mamá que deje de defenderlo, ¿te parece bien?

—Claro, pero no me devuelve las llamadas, ni los mensajes.

—Ya lo hará, no te preocupes —se incorpora—. Me muero de hambre —dice con una tartaleta de atún y morrones en la mano. Mira en dirección al horno —¿Cuánto le falta al pollo? —con otra mano se hace con una gamba.

—Oye, que hay cubiertos.

Elia salta del sofá, más animada que segundos antes.

—Ya casi debe estar. ¿Le das una vuelta al arroz? —señala la sartén con el arroz basmati rehogado con un diente de ajo.

—Hecho.

Hora y media más tarde con el postre sobre la mesa, el sonido de llamada de un móvil se cuela en la conversación familiar, regada con dos cervezas y el vino al que apenas le quedan un par de dedos para que la botella sea enviada al cubo de basura.

Los dos hermanos quedan en silencio. La conversación había llegado a un punto álgido en el que sobre la mesa batallaban conceptos como dignidad, la honradez sobrevalorada, la familia y…

—Es el tuyo —dice Elia con la mirada en la oscura y silenciosa pantalla de su móvil.

Jorge se incorpora con pesadez, acusando el alcohol. Con movimientos pausados llega hasta su cazadora, introduce la mano en un bolsillo y extrae su teléfono. Lee el nombre que le muestra la pantalla.

—Es la tía Jana… —su voz es una mezcla de sorpresa y total desinterés.

—¿No lo vas a coger?

Jorge levanta la mirada de la pantalla, la posa sobre el semblante indagador de su hermana y regresa al móvil.

La relación con la hermana de su padre dejó de ser tal años atrás. Primero la acusación, después el juicio, posteriormente la condena, la repercusión social y, por último, sus discrepancias generalizadas habían llevado a un punto de no retorno el interés por la tía Jana.

—No tengo ganas de más historias con ella.

Dejó el móvil en el lugar del que lo había sacado y regresó a la mesa.

De nuevo sonaba un móvil.

La pantalla del teléfono que descansaba sobre la mesa se ilumina al tiempo que vibra mientras reptaba nervioso. Elia lo coge.

—Es ella…

Contesta:

—Tía Jana…

Jana Carcelén y su sobrina hablaron durante escasos diez minutos. El semblante de Elia transitó desde la intriga inicial por el motivo de

la llamada, pasando por un profundo shock acompañado de balbuceos, para finalizar en la mayor de las tristezas acompañada de un interminable reguero de lágrimas y una palabra repetida incansablemente, no… no… no…

—Tengo que… que colgar, tía. No, no puedo… hablar —su voz entrecortada apenas un leve tartamudeo.

Conforme avanzaba la conversación Jorge se aproximaba hasta su hermana que amenazaba con desmayarse de un momento a otro.

Elia colgó.

—¿Qué te ha dicho?, ¿qué pasa?

La publicista suspiró profundamente. Miró a su hermano, los ojos cargados, cubiertos de una espesa capa acuosa. Cogió una mano de Jorge entre las suyas.

—Mamá… ha… ha muerto…

—¿Cómo? —era una pregunta que no aguardaba respuesta.

—Está… muerta… Por lo visto, la tía llevaba… —sorbe los mocos y toma aire que exhala con dificultad—, varios días sin poder… hablar con ella.

Los vapores del alcohol se habían disipado como si los hermanos no hubieran probado gota.

—¿Muerta? ¿Qué… qué ha pasado?

Elia se tomó varios segundos para responder. Le dolía el alma pensar en la última vez que hablaron, su discusión. Daría lo que fuera por regresar a ese momento y despedirse con un te quiero mamá. Sí, se lo había dicho pocas, muy pocas veces en los últimos años, demasiado pocas, sin embargo, Remedios no dejaba de repetírselo cada vez que hablaban.

—Ha tenido un accidente de coche.

—¿Un accidente? —Jorge era incapaz de vocalizar una frase, siquiera una palabra que no fuera repetida.

Se abrazó a su hermano con todas sus fuerzas y lloró.

Lloró por su madre.

Lloró por su padre y, sobre todo, lloró por ellos dos, por no haber sabido estar a su lado.

—¿Te ha dicho cómo ha sido?

Se separó de su hermano como si le costara despegarse.

—Se salió de la carretera… y…, y cayó por un barranco.

Jorge se recobraba poco a poco del impacto.

—¿Dónde?

—En Madrid, por Navacerrada.

Cerca estuvo de volver a repetir las últimas palabras de su hermana, se abstuvo de vocalizarlas en alto.

“¿Navacerrada?”

—Voy a ir a Madrid, Jorge, ¿vienes conmigo?

—Claro.

Reservaron los billetes por internet. En menos de cuatro horas volarían rumbo a la capital de España.

—Voy a llamar al abogado de mamá —apuntó Elia con el móvil entre las manos.

No le dio tiempo más que a iniciar la búsqueda del nombre de César Tirol entre sus contactos cuando la pantalla muestra ese mismo nombre al tiempo que se ilumina.

—Qué coincidencia, está llamando —apunta mirando a su hermano.

—Hola César.

—Elia, eh, ¿cómo estás? Verás, yo…

—Acaba de llamar la tía Jana —toma asiento en un sofá, dispuesta, que no preparada, para volver a hablar de la muerte de su madre.

Al otro lado de la línea Elia creyó escuchar un leve suspiro.

—¿Ya te ha comentado la… la fatal noticia?

Elia niega repetidamente, lleva una mano a la frente.

"¿Fatal noticia?"

—Nos ha dicho que… que mi madre ha muerto, César.

—Sí, una desgracia enorme para todos, un fatal accidente de coche. Por lo visto perdió el control, no hubo nadie más involucrado.

"¿Fatal otra vez?, ¿de verdad?"

Elia mira a su hermano y le entrega el teléfono.

—Sigue tú, por favor.

Jorge asiente.

Toma aire un par de veces y lleva el teléfono al oído.

—¿… me oyes?, ¿Elia?

—César, soy Jorge.

—Ah. Hola, Jorge. Siento tener que daros esta noticia. Quería mucho a vuestra madre y me…

—Tranquilo, ya nos la había dado la tía Jana. —corta la voz lastimera del abogado— ¿Quién se está encargando de mi madre? ¿Tú?

—Eh, sí, sí —suelta, desconcertado ante el aparente aplomo del joven.

—Cogemos un avión en cuatro horas. ¿Puedes hacer lo posible para esperarnos?

—Por supuesto. Tu madre estará en el tanatorio de la M-30 esta tarde, sobre las siete. No os preocupéis por nada, me encargo yo.

—Gracias, César.

29

María Pinta y Diego Olivares observan a través de la ventana espejo de la sala 1 de interrogatorios al recién llegado. Se trata de un individuo de unos treinta años, de pelo muy corto, moreno, que se está ajustando una gorra con visera.

—No parece muy cómodo —señala la inspectora. Consulta su reloj —. Lleva cuarenta minutos esperando.

Diego abre la puerta y se asoma a la sala contigua.

—Aún no han traído a Damián Cortina.

—No tardarán, ¿entramos?

El móvil de Olivares vibra en su pantalón.

—Es Paredes —dice a su compañera— ¿Sí?

—Inspector, Damián Cortina no está en su casa. Por lo visto ha salido ¿Lo esperamos?

—Sí, haced el favor y lo traéis aquí.

—De acuerdo.

Pinta y Olivares acceden a la sala de interrogatorios número uno. En cuanto el sonido del clic del resbalón se cuela en los oídos de Carlos Tejón, gira el rostro. Su mirada pretende reflejar tranquilidad y hartazgo por partes iguales. Una mirada de esas de superioridad sobre una situación que no es nueva para él. Una mirada de ya os vale llevo todo el puto día esperando y soy una persona ocupada. Sin embargo, su lenguaje corporal dista mucho de secundar su mirada. Hombros caídos, a pesar de haberse incorporado en la silla al ver entrar a los inspectores. Brazos bajo la mesa. Aun así, Charly se esfuerza en dar a entender que domina la situación.

Carlos Tejón estaba viviendo una situación que ya había comentado con Damián Cortina en numerosas ocasiones:

—Si alguna vez nos detienen por lo que sea, nos debemos mantener firmes. Nada de parecer blandos. ¡La puta policía ha puesto en la calle al asesino de tu padre y al que ha dejado en cama a mi hermano para toda su puñetera vida!

—Sí, *hijosdeputa*. Diez años en una mierda de prisión y a la calle —clava su mirada empapada de odio en el suelo.

—¡Lo pagará, Charly! ¡Te juro que lo pagará! —escupe cada sílaba

convencido de sus palabras.

María Pinta toma asiento frente a Charly, Diego Olivares a un lado, permitiendo un cara a cara aparente entre inspectora e investigado. Una forma sutil de averiguar su predisposición a ser interrogado por una mujer, por muy policía que fuese.

—Soy la inspectora Pinta y él es el inspector Olivares, queremos hacerle unas preguntas —señala mientras deja una carpeta sobre la mesa y la abre.

—¿Estoy detenido? —quiere saber mientras se retrepa en la silla y coloca con pesadez los brazos sobre la mesa. Su mirada adopta un aire de chulería, del que cree conocer sus derechos.

María levanta la vista del interior de la carpeta y la fija en los ojos de Charly. Entre sus manos una hoja.

—¿Cree que hay algún motivo para su detención?

El semblante del joven refleja la sorpresa que le genera la pregunta.

—Eh, no que yo sepa. ¿Entonces puedo irme? —coloca las manos sobre la mesa, dispuesto a incorporarse, salir de ese lugar cuanto antes y buscar a Damián para contarle cómo se ha reído en la cara de la puta policía.

María lleva la mirada a la hoja que sostiene entre las manos, ajena a la absurda pregunta y más ajena aún al intento de incorporarse de Charly.

—¿Ha estado usted alguna vez en el número catorce de la calle Concha Espina, aquí, en Santander? —de nuevo la mirada en los ojos del interrogado.

Charly cabecea ligeramente, las manos se aflojan y regresan a sus piernas bajo la mesa.

—No sé dónde está esa calle.

—Corresponde a un chalé de la familia Carcelén.

Tejón bosqueja una mueca con claros tintes de estupidez al tiempo que niega.

Había llegado el momento de agitar un poco el cuerpo y la mente del joven. Olivares pone los codos sobre la mesa.

—¿No? ¿Fabio Carcelén? ¿No sabe quién es?

Pinta se dispone a leer un párrafo de la hoja que sujeta.

—Se trata del hombre que fue condenado por…

—¡Por matar a mi padre y que habéis sacado de la puta cárcel! —la mirada de Charly se enfría por un instante, sólo un instante. Quizá sorprendido por su reacción la relaja, pero que en cuanto viera a Damián tildaría su actitud de valiente e intimidadora.

“¡¡Tenías que haber visto sus caras, Damián!!”

—Fabio Carcelén y su familia viven en la calle que le comentaba.

—¡¿A mí qué cojones me importa?!

Los inspectores dejan pasar unos incómodos segundos para Charly.

El semblante de Pinta dibuja un atisbo de sonrisa irónica.

—Eso es lo que nos preguntamos, señor Tejón, qué narices le importa esa vivienda —guarda silencio un par de segundos sin desviar la mirada del rostro de Charly— ¿Cómo puede explicar que hayamos encontrado sus huellas dactilares en la vivienda y en una pequeña ventana del garaje que da a la calle?

Charly ha dejado morir en su garganta el último alarido antes de salir escupido una vez más.

—¿Mis huellas…?

Nuevamente Olivares se echa hacia delante y apoya los codos sobre la mesa.

—Sí, sus huellas —levanta la palma de la mano hacia Charly—. Antes, permítame matizar que la policía no tiene nada que ver con la puesta en libertad de los presos, es competencia exclusiva del juez, que a su vez se ajusta a las leyes.

Carlos Tejón busca con ansiedad algún argumento que explique la presencia de sus huellas en esa casa, mientras su mente no deja de pensar en un asunto paralelo y que, por momentos, le preocupa más.

"¿Mis huellas? ¿Las de Damián no?"

"¿Habrán hablado con él?"

—¿Entiende lo que le digo? —Olivares comienza a impacientarse. Debe mantener la compostura, aunque sólo sea porque en esta ocasión le ha tocado el papel más próximo al del poli bueno.

Charly parece encontrarse fuera de la sala de interrogatorios manteniendo una conversación con algún amigo invisible.

El poli malo le toca a Pinta.

Lo suele bordar.

La inspectora eleva la mano derecha y la baja con inusitada velocidad golpeando con fuerza la mesa. Un golpe seco, sonoro que trae del más allá a Charly y sorprende a su compañero.

—¡Que si entiende lo que decimos! o, ¿prefiere ir directamente al calabozo? —suelta conteniendo las ganas de incorporarse y gritar en la cara de Charly lo que piensa de él.

Carlos Tejón mira a un lado y a otro, como si le hubieran despertado de un profundo y extraño sueño.

Deja la mirada en la mesa, en el otro extremo.

—Sí, sí, pero yo no he hecho nada. Si están mis huellas ahí será porque estuve en la casa, pero hace muchos años —suelta de corrido, casi sin tomar aire como si temiera que su argumento se evaporara si lo retenía un instante, aunque sólo fuera para respirar.

Los inspectores cruzan sus miradas.

Unas miradas de extrañeza. Quizá más de incredulidad que de extrañeza. Unas miradas que reflejan un atisbo de sonrisa.

—Así que eran amigos —señala Olivares— ¿Cuándo se conocieron?

Charly se mueve inquieto. Apenas quedan vestigios de su impostada dejadez salpicada de chulería.

—No sabría decir, imagino que, de alguna obra, o quizá hicimos algún trabajo en esa casa, ya no me acuerdo, han pasado muchos años —cruza las piernas, apoya un codo en la mesa— ¿Qué importa?

Pinta se incorpora veloz, como si de repente le quemara el asiento. Cierra la carpeta y la aprieta contra el pecho.

—Voy a pedir a los compañeros que lo lleven al calabozo —dice vuelta hacia Olivares—. No estamos para perder el tiempo.

El inspector se pone en pie.

La mirada de Charly rebota en Diego y salta a María, de nuevo a Diego.

"¿Al calabozo?"

Al ver que la inspectora alcanza la puerta vuelve el rostro buscando el del inspector, suplicante.

—¿Al calabozo? —al fin logra exponer en alto sus pensamientos— ¿Por qué?

Diego niega condescendiente.

—Mi compañera odia que le mientan.

Charly ofrece el rostro más inocente que puede, el de no haber roto un plato en su vida, o como mucho dos en su año más travieso.

—¿Yo?, pero…

La voz de la inspectora le coge por sorpresa.

—Si fue en una obra, debe hacer más de diez años, ¿no? Que son los que ha estado en prisión el señor Carcelén.

Charly se gira, incómodo.

—Pues, sí, supongo, no sabría decirle, ¿Qué…? ¿Qué pasa por eso?

María abre la puerta.

—Sus huellas son recientes.

Charly esconde la cabeza entre las manos, se frota el rostro con vehemencia.

Asiente una vez, dos.

Tres veces.

—Sí, entramos. La idea era ver a… Carcelén.

—¿Entramos? —cierta ironía en la pregunta de Pinta.

Charly es consciente de haber hablado más de la cuenta, pero ya era tarde.

—Eh… sí, bueno. Damián y yo.

María regresa a su lugar en la mesa.

—¿Y después? ¿Darle una paliza?, ¿matarlo?, ¿robar?

Charly quedó con la boca a medio abrir, moviendo la cabeza lentamente de izquierda a derecha.

—Eh, no, no… No había un plan, sólo verle y bueno quizá darle un poco, pero no matarlo, no soy un asesino como él, inspectora.

—Como no le vieron fueron a por Noriega, quemaron su coche y…

—¡No! ¡No! ¡No tengo nada que ver con eso!

Dos toques sordos en la puerta preceden a la aparición del comisario.

—¿Pueden salir un momento?

Pinta y Olivares abandonan la sala ante la inquieta mirada de Charly.

—Está aquí su abogado. ¿Tienen algo para detenerlo?

Los inspectores se miran y niegan.

—Nada concluyente, jefe —confiesa María.

—Creemos que no está contando lo que sabe, algo esconde.

Unos pasos por el pasillo.

Un oficial acompaña a un individuo que viste un traje de muchos usos. Demasiados.

—Vengo a llevarme a mi cliente —expone satisfecho al cruzar ante los policías.

Charly tuerce el gesto al ver al hombre entrar.

—Soy su abogado, nos vamos.

—¿Mi abogado…? —Charly lanza la pregunta al aire, mira a un lado y a otro. Su semblante refleja dudas, inseguridad.

¿Algo más?

Ese algo más es lo que se están preguntando los inspectores que asisten desde el otro lado del cristal de espejo a la anómala situación.

El abogado extiende la mano a su cliente mientras se presenta. Charly ofrece a su vez una mano blanda como muestra de desconcierto.

—Vámonos, señor Cortina.

Al cruzar frente a los inspectores, el letrado realiza un leve movimiento de cabeza a modo de despedida y Charly…

Charly, nada, camina en silencio detrás de su salvador. Sabe que han descubierto su presencia en casa de Carcelén. También sabe, porque ve películas como todo el mundo, que eso es allanamiento de morada por muy asesino de su padre que sea el propietario. Como también sabe que no es el único sitio que han visitado.

Sí, todo esto lo sabe.

Lo que no sabe es qué puede significar.

No tardará en comprenderlo.

María Pinta y Diego Olivares regresan a la sala en la que están instalados trabajando en el caso. La inspectora coge un rotulador, se sitúa frente al nombre de Carlos Tejón, “Charly” y escribe:

Inseguro.

Falto de personalidad.

No es un cabecilla.

Al terminar se gira hacia su compañero.

—¿Estás de acuerdo, Diego?

—Sí, totalmente. Añadiría que sabe mucho más de lo que cuenta. Reconozco que no tengo ni idea qué puede ser. ¿Le ves embistiendo el Lexus de Noriega y quemándolo? —niega levemente—. Se me escapa algo importante, María.

Pinta pone la capucha al rotulador.

—Tengo la receta para eso: conseguir más información. ¿Qué te parece si damos una vuelta por la oficina de César Tirol y volvemos a la calle Concha Espina?

—Vamos a por esa información, compañera.

Camino del BMW x6 Olivares llama al oficial Paredes.

—¿Inspector?

—¿Sigue sin aparecer Damián Cortina?

—Así es, inspector.

—Bien, estar atentos a Carlos Tejón, se lo acaba de llevar su abogado. Quizá vaya a casa de su amigo.

—¿Quiere que lo detengamos si aparece?

—No, sólo que estéis pendientes. Si lo veis por ahí, seguidle.

—¿A Carlos Tejón?

—A cualquiera de los dos. Si aparecen, seguidles.

—De acuerdo, inspector.

Olivares cuelga la llamada, pensativo.

Salen de comisaría y caminan por el aparcamiento

—Me pregunto dónde estará Cortina. Lo más lógico es que se encuentre ahora con Charly.

—O al revés, que Charly vaya a contarle su experiencia con nosotros.

Sin dejar de negar, Olivares se introduce en el asiento del copiloto.

—No sé, no me parece que sean dos individuos capaces de planear nada con un poco de criterio.

Pinta pone en marcha el coche.

—A Cortina no lo conocemos, pero no me cuesta imaginarlo como cabecilla frente a su amigo.

—O como peones.

—¿Peones? —Pinta sonríe mientras maniobra para abandonar el aparcamiento— ¿Crees que el grupo que busca venganza es mayor? ¿Quiénes son?, ¿más familiares o amigos? —calla unos segundos mientras se incorpora a la Avenida del Deporte— ¿Peones? podría ser.

Olivares continuaba pensativo. La mirada corriendo paralela al coche.

—No sé si familiares o amigos o … No me hagas caso, María, quizá sea una estupidez, un sinsentido…

Pinta echa un rápido vistazo al perfil concentrado de su compañero.

El móvil del inspector emite señal de llamada.

—Es el comisario —dice Diego mirando la pantalla. Coge la llamada y activa el altavoz.—. Jefe, vamos camino del despacho del abogado Tirol, a ver si encontramos información sobre el paradero de los hijos de los Carcelén,

—Bien, es necesario dar con ellos. Acaban de comunicarme que han encontrado el Ford Focus en el que viajaban la pareja de fugados en un parking subterráneo.

—Fue idea de mi compañera.

—Se trata de un coche alquilado a nombre de César Tirol.

—¿Cómo?

—Viendo la fecha que se llevó a cabo el alquiler el señor Tirol ya había fallecido.

Pinta conduce sin apartar el oído de la conversación.

—El que conducía era Carcelén —interviene la inspectora.

—Todo apunta a que el abogado le facilitó al señor Carcelén todo lo necesario para integrarse en el día a día, coche, teléfono y vivienda.

—Sí jefe, y como pago lo mata en su propia casa. No olvidemos que está a nombre del abogado.

—Así es, Olivares. Urge encontrar a los Carcelén. Llámenme con lo que hallen en su despacho.

—Sí, jefe.

Los inspectores realizan el trayecto, de unos diez minutos, en un concentrado silencio. Su experiencia les decía que el caso, o los casos, según se mire esta investigación, se aproximaba a un punto en el que el camino hacia su resolución comenzaba a iluminarse, como una pista de aterrizaje de noche. Pero, para, ello, para poder ver las señales hay que mirar en la dirección adecuada.

Sí, el caso o los casos, porque la investigación inicial que partía del supuesto accidente de Sixto Noriega y su esposa, sin olvidarnos de Verónika Titova la mujer hallada en el maletero, se ramificaban en diferentes acontecimientos.

Acontecimientos que inicialmente eran independientes, como el asesinato de tres individuos en el chalé de los Carcelén en Comillas. La desaparición del propio Fabio. La puesta en escena de dos familiares de víctimas del derrumbe de la promoción en Isla. ¿Dos?, ¿seguro que sólo son dos?

Los inspectores, a estas alturas de la investigación, están abiertos a cualquier circunstancia, sólo deben mirar en la dirección correcta. No, no se olvidan de la reciente aparición de la fallecida y enterrada Remedios Palacio, su posterior huida con su marido.

Aparcaron el BMW en la manzana contigua al bloque del despacho de César Tirol en la calle Castelar número nueve y accedieron al portal sin abandonar sus semblantes de concentración.

—Buenas tardes —María saluda al espigado conserje—. Soy la inspectora Pinta, él es mi compañero el inspector Olivares.

El portero se remueve inquieto. Se pone en pie y sale al encuentro de los policías.

—Buenas tardes. Sí, pensaba llamarles, pero la señora del… Bueno, la cuestión es que…

Los inspectores abandonan su concentración individual, y enfocan ambas miradas en el conserje. Unas miradas que destilaban curiosidad a raudales.

—¿Llamarnos? —quiere saber Olivares.

El conserje asiente repetidamente. En su frente comienzan a formarse diminutas perlas de sudor.

—Sí, bueno, me refiero a la policía en general. Me dijeron que no tocara nada y que nadie entrara, pero ¡cómo iba a entrar alguien si la puerta tenía precintos de ustedes! —esboza una sonrisa nerviosa.

—¿Tenía? —Pinta deja la pregunta en el aire y se encamina hacia las escaleras.

El conserje da un par de pasos cortos.

—Sí, señora… Ahora, están, bueno… Los han despegado y… como me dijeron que no tocara nada, yo…

Olivares imita a su compañera. Con una mano en alto se dirige al aturdido portero.

—Quédese aquí.

Efectivamente, desde el descansillo pueden ver la puerta del despacho y los precintos policiales desprendidos. La puerta cerrada. Se sitúan a cada lado de la puerta, sus HK USP Compact, empuñadas. María baja el picaporte y desliza la puerta con suavidad al tiempo que Olivares se asoma con cautela. No debería haber nadie ya, pero nunca está de más tomar precauciones. Esto también se lo dicta la experiencia.

Desde la puerta abierta observan un suelo alfombrado de papeles y carpetas. A diferencia del chalé de Comillas no había muebles tirados por el suelo, posiblemente para evitar a vecinos con fino oído.

Antes de dedicarse a buscar información que les llevara a localizar a los hijos de Remedios y Fabio registran el despacho con precaución.

No hay nadie.

Pinta lleva el arma a la funda sin apartar la mirada del suelo.

—¿Qué narices buscan aquí? César Tirol es el abogado de Carcelén. Su cliente ha sido juzgado y encarcelado, ¿qué puede esconder? —se cuestiona rodilla en el suelo con la mirada en las decenas de expedientes esparcidos por el piso—. Parece que son todos relativos a

obras.

—Llegados a este punto te diría que buscan información.

—¿Sobre qué? —pregunta mientras mira en torno—. No veo ordenador, ni portátil. Tampoco lo he visto en el despacho de Tirol.

Olivares se aproxima a un archivador que curiosamente permanece en pie.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Podría ser sobre la empresa que tenían en común Noriega y Carcelén. Si fuera así me pregunto por qué ahora —abre uno de los cajones—. O referente al propio abogado, piensa que todo se ha desatado desde el momento en que Carcelén salió de *El Dueso*.

—¿Miedo a que se vengara de alguna manera?

—Es muy posible. Si ha sido el propio Carcelén el que ha entrado aquí quizá busque algo concreto sobre su abogado. No olvides que tiene el chalé a su nombre.

—Tenía, Diego, tenía… —murmura leyendo una hoja.

—Cierto… —extrae una gruesa carpeta del tercer cajón—. Mira —muestra la portada a María—. Elia y Jorge Carcelén.

El inspector abre la carpeta sobre la mesa y coge un primer paquete de hojas. Le entrega el siguiente a su compañera.

Ambos quedan en silencio un largo minuto.

—Aquí hay un desglose de los gastos de los hijos, colegios, dinero enviado… compras, billetes de avión —apunta la inspectora.

Olivares se hace con la tercera hoja del expediente que tiene entre manos.

—Tenemos la dirección y los teléfonos de Elia y Jorge Carcelén —blande la hoja en el aire—. Ella está en Berlín y él en Londres —señala de camino al teléfono que descansa sobre la mesa de la secretaria.

—¿Vas a llamar desde aquí?

Olivares asiente convencido.

—No sé si mi móvil está preparado para este tipo de llamadas, pero algo me dice que será más fácil desde un fijo llamar a otro fijo.

—No, si lo decía por el idioma.

Olivares permanece con el auricular en la mano, como si dudara, sacude la cabeza y continúa marcando. Al terminar activa el altavoz.

—Confío que sea la propia Elia la que conteste.

Varios tonos después, escucha una voz grave de mujer al otro lado.

—Hallo guten Tag.

—Buenos días. ¿Elia Carcelén?

—Vergebung?

Olivares resopla.

—¿Es usted Elia Carcelén?

—Es tut mir leid, ich verstehe nicht, was Sie sagen.

El inspector sacude la cabeza.

La inspectora lleva la mano a la boca aguantándose la risa.

—Elia Carcelén —insiste.

—Ich glaube, du hast einen Fehler gemacht.

Lo siguiente que se escucha es el fin de llamada.

—Perdona, Diego, pero tenías que ver tu cara —esboza una sonrisa contenida.

—Ya, imagino —ladea el rostro—. Da una rabia tremenda, pero al menos sabemos que si esta es su dirección —señala la hoja—, y este su teléfono, no vive sola. La voz de la mujer que ha contestado parecía tener más de veintitrés o veinticuatro años.

—Y de cincuenta.

Olivares recorre con el dedo índice el papel buscando el número del hermano.

—A ver si tenemos más suerte aquí.

No, nadie contesta.

Vuelve a intentarlo con el mismo resultado.

—Tienen que venir de Científica. Con un poco de suerte encontrarán huellas del que ha revuelto todo esto.

Tras salir del despacho de César Tirol, emplazar al conserje a que no deje entrar a nadie hasta que lleguen los compañeros de Científica, los inspectores se encaminan hacia el coche cuando los móviles de ambos emiten sonido de mensaje entrante.

Instintivamente se hacen con sus teléfonos.

Leen el texto.

Un texto breve e impactante.

Los inspectores se miran mientras acceden al BMW x6.

—¿Muerto? —Pinta no da crédito.

Vuelve a leer el mensaje.

"*Damián Cortina ha muerto atropellado*"

30

Fabio Carcelén

Quinto día en libertad

Fabio Carcelén y Remedios Palacio han pasado la noche en la casa que ella adquirió en el Barrio Monte-Corbanera. Una vivienda individual, sin miradas curiosas en trescientos metros a la redonda y lo que es más importante, un lugar que no fuera de paso.

El Skoda Octavia de color azul marino está aparcado en el pequeño jardín, en la parte trasera. Junto a la entrada hay un tejadillo que guarda otro viejo coche, un Honda Civic del 2001.

Reme eligió Monte Corbanera por ser un barrio tranquilo que cumplía con los requisitos buscados: intimidad y discreción.

—¿Qué te parece mi cuartel general? —formuló la pregunta a los pocos segundos de acceder al interior, sin necesidad de que fuera respondida. Daba por hecho que era lo que le mantenía a salvo de la policía, los curiosos, incluida la prensa, y de los que andaran detrás de los que habían puesto patas arriba su vida más de diez años atrás.

Fabio apenas había abierto la boca desde que Reme entró en el coche la tarde anterior. En su cabeza se agolpaban decenas, no, más aproximado sería hablar de cientos de preguntas que necesitaban respuesta. Tras formular la primera poco antes de abandonar el Ford Focus en el garaje optó por guardar silencio. Necesitaba ordenar el aluvión de preguntas y prestar atención a su voluble estado de ánimo.

Sí, Fabio se debatía entre abrazar a Remedios, hacerle el amor contenido durante diez años, para segundos después sentir una intensa rabia difícil de digerir.

Su *sombra*.

Otra vez la maldita *sombra* en busca de una absurda justicia, que se empeña en situar en primer y único plano su papel de víctima en todo lo que acontece a su alrededor.

No va a permitirlo.

Esa primera pregunta, quizá no la más importante en cuanto al

deseo de querer saber, pero sí la más lógica por las circunstancias que estaban viviendo, no obtuvo una respuesta clara cuando la formuló:

—*¿Por qué estabas en el calabozo?*

—*Porque me entregué.*

—*¿Cómo que te entregaste?*

— *Dije que yo maté a los que estaban con César, a Osipov y Lis.*

—*¿Los conocías?*

—*Luego hablamos de todo, Fabio, tenemos muchas cosas que contarnos, pero ahora debemos irnos, ¿de acuerdo?*

Fabio asintió como diciendo que estaba de acuerdo, que ya hablarían, pero hasta el momento era consciente de que había eludido la conversación. No es que Reme insistiera hasta la saciedad en continuar desde el punto en el que la dejaron, pero algún intento, sutil, sí que realizó.

Parecía como si entre la pareja se hubiese establecido un pacto tácito, redactado por miradas preñadas de preguntas. Ninguno de los dos, aún menos el expresidiario, sabría cómo definir su papel en la relación, si es que la hubiera. Hasta hace unas pocas horas era viudo, ¿ahora? No, no se podía pasar en un minuto de un estado civil al otro y, menos aún, de viudo convencido a casado con la misma mujer. Remedios estaba muerta y enterrada para su familia, para su marido, para sus hijos, para todos. No, no se puede pasar de un estado a otro de repente y fingir que todo vuelve a ser lo mismo.

Tras una frugal cena se fueron a dormir.

Todo esto fue ayer.

Hoy…

Hoy ninguno de los dos sabe qué va a suceder, ni siquiera si depende de ellos. Sólo pueden hacer algo que les otorgue cierta tranquilidad: colaborar. Pero, para ello, es necesaria una alta dosis de confianza mutua.

¿La tienen?

—¿Has dormido bien, Fabio?

Carcelén se hallaba en pie, detenido frente a una de las dos ventanas del salón mirando el mar revuelto a lo lejos. El nordeste golpeaba las olas formando sobre sus crestas largas coletas de espuma. Mirando y recordando cuando en *El Dueso* dedicaba todo el tiempo posible a ver el mismo mar, de más lejos, sí, pero lo podía ver. Era su nexo de unión emocional con Reme.

Fabio se giró como si le hubieran propinado un brutal puñetazo en el mentón. Por un instante dudó hasta de la realidad que estaba viviendo. Sus recuerdos no formaban parte de un pasado lejano, apenas habían transcurrido unos días desde que pisó la calle.

—¿Eh? Sí, eh…

—¿Te he asustado? Perdona, no quise…

—No, no, está bien, sólo… sólo recordaba —señala a lo lejos, casi con timidez, en dirección al Cantábrico. Su mirada aún insegura, como si acabara de despertar. Da un par de pasos hacia el interior de salón —. Sí, he dormido bien, gracias, ¿y tú?

Remedios se le quedó mirando, ella también tenía sus momentos para recordar. En su rostro un atisbo de sonrisa, apenas un leve atisbo, era consciente de que el momento para expulsar todo lo que sus emociones le pedían no había llegado.

—Sí, muy bien. He pasado la mejor noche de los últimos años, Fabio ¿Sabes? Te queda muy bien el pelo tan cortito…

—A ti te queda muy bien el tuyo. Nunca lo habías llevado así.

Reme lleva una mano a la nuca, ladea el rostro y dibuja una sonrisa tímida.

—Es más cómodo y rápido —no, aún no ha llegado el momento, se obligó a recordar— ¿Tienes hambre?

Carcelén dio otro par de pasos hacia Reme.

—Tenemos mucho de qué hablar y…

—Por supuesto que sí, no estoy posponiendo la conversación que ambos queremos mantener, pero desayunar algo no nos vendrá mal.

Como respuesta su viudo sacudió la cabeza y fue tras ella. Sí, su viudo, porque este era y, todavía es, el sentimiento de Fabio al pensar en su estado civil.

Viudo.

—¿Me ayudas? —pidió camino de la cocina.

—Claro.

Reme señala la nevera.

—Si sacas unas naranjas, voy preparando unos huevos revueltos, me muero de hambre, ¿te apetecen? —dijo mientras se hacía con cuatro huevos y cogía una sartén.

—Sí.

Algo flotaba en el ambiente. Un algo de irrealidad, de no estar pasando. De *no* poder estar pasando. No. Porque la escena del desayuno, sobre todo en fin de semana, ya la habían vivido cientos de veces. Zumo de naranja, huevos, café y tostadas era un menú de día festivo.

Fabio dejó las naranjas junto al exprimidor. Negaba levemente mientras observaba a Reme poniendo la cafetera, batiendo los huevos, ajena a todo, como si realmente fuese un día festivo normal, como si no hubiese pasado el tiempo. Todo envuelto en un aura de tranquilidad, de paz…

De…

—Reme, no puedo… yo…

Dolor.

El dolor de los diez años, el de la pérdida de la mujer que bate los huevos a la que se ve incluso feliz. Su lucha interna, no saber cómo reaccionar. Sólo con mirarla advierte una calma que él no tiene.

No en ese momento.

Fabio da media vuelta y regresa al salón.

Reme lo ve salir de la cocina, duda entre seguirle o dejarle con sus cavilaciones. Es fácil comprender cómo debe sentirse. O quizá sea lo contrario, muy complicado entender qué debe pasar por la cabeza de alguien cuando de repente su ser querido regresa a la vida.

Sin más.

Diez minutos más tarde, Remedios conduce el desayuno al salón en un carrito. El traqueteo de platos y vasos sacude la cabeza de Fabio, retira su mirada del mar y la enfoca en Remedios.

—Perdona… necesito saber.

—Lo sé y yo quiero que lo sepas todo —apunta al tiempo que deja dos platos colmados de huevos revueltos sobre la mesa—, les he añadido un poco de beicon.

Fabio sonríe por primera vez en toda la mañana. Una sonrisa frágil, que no fácil. Los huevos revueltos con beicon es uno de sus platos favoritos.

—Gracias.

—Me entregué por lo niños… —lo suelta en el mismo tono que hubiese preguntado: ¿una de azúcar o dos?

—¿Cómo?

Remedios toma asiento. Con la jarra de café en una mano asiente.

—Me preguntaste que por qué estaba en el calabozo.

—Sí, sí ¿Qué tienen que ver los niños? ¿Elia y Jorge dices?

Un repentino velo de tristeza envuelve el semblante de Remedios, mientras lleva a la boca el tenedor cubierto de huevo y beicon. Quizá sólo se tratase de conseguir algo de tiempo para elaborar una respuesta, o quizá porque sabiendo la respuesta quiere demorarla lo más posible, aunque sólo sean unos segundos.

—Sí, los niños —otro bocado más.

Fabio se esfuerza en comer y guardar un respetuoso silencio. Es consciente de que, por el motivo que sea, ella no lo está pasando bien.

—Verás. Los niños están aquí, en Santander…

“¿Aquí?”

Fabio siente un frio cosquilleo recorriendo su espalda.

—Continúa, por favor.

Tras un sorbo de zumo, un nuevo bocado y un pequeño trago de café, Remedios se retrepa en la silla, levanta la mirada de la mesa y la enfoca en su marido. Sí, para ella nunca dejó de serlo.

—Cuando me enteré de tu puesta en libertad —esboza una mueca

contenida, pero que denota la alegría que le supuso—, llamé a César, me dijo que no te había ido a buscar porque no quisiste. Necesitaba verte, Fabio, decirte que estoy viva, que me perdones, que no supe hacerlo de otra manera, pero no era el momento, no así… —la voz comienza a quebrarse, los ojos a cubrirse de una fina capa acuosa.

Fabio aprieta los labios, desayuna despacio, como sin ganas, pendiente de la mujer que tiene delante. Una mujer que cada minuto que pasa va entrando de nuevo en su vida.

Le deja hablar.

—César me dijo que te llamaría a casa.

—Te mintió. No vino a buscarme porque no le dije a nadie que salía, aunque quizá le informaron como abogado. Dime una cosa, ¿él siempre supo que no habías muerto?

Remedios apura un pequeño bocado. La mirada en algún instante del pasado, su rostro bosqueja una sonrisa ladeada.

—No, no se lo dije hasta tiempo después. Me presenté en su despacho.

—¿Elia y Jorge?

Un par de lágrimas resbalan por el rostro de Remedios.

—Por eso…, por eso me entregué, Fabio —calla unos sentidos segundos mientras apura otro sorbo de café—. Me llevó mi tiempo tomar la decisión de explicarles por qué me hice pasar por muerta. ¿Cómo decirles a tus hijos que el dolor que pasaron no… no era necesario? ¿eh?, ¿cómo decirlo?

—No debe ser nada fácil.

—No, pero se lo tomaron muy bien. Son una pareja maravillosa. Jorge es tan alto como tú, o más —sonríe.

Fabio también.

Esta vez es una sonrisa sin agarres.

—Decías que están en Santander —señala con el tenedor camino de la boca.

Remedios asiente.

—Sí, los he visto —ante la mirada de Fabio añade—: No, no, ellos no me han dicho que iban a venir.

—Entonces, cómo…

Remedios coloca los codos sobre la mesa. Había llegado el momento de confesar sus preocupaciones, si no todas, al menos la que en esos momentos más dolía.

—Unos días antes de que salieras, me comentaron que César les aseguró que no quedaba ningún euro en la cuenta. Sabemos que esto no es posible. Una vez pagada parte de tu… de tu condena. Prometo que nos lo devolverán —su mirada se endurece durante un instante—. Me encargué de todo, pero necesitaba a nuestro abogado.

—A César Tirol.

Reme asiente.

—Yo no podía sacar el dinero de las cuentas, recuerda que estaba muerta.

—Sí, lo recuerdo perfectamente… —afirma en un murmullo, sin un deje de ironía, pero sin poder evitar que sus palabras partieran de su boca con pinceladas de aflicción.

—Ni verlas, ni acceder a ellas. Le otorgué a César demasiados poderes en caso de mi fallecimiento.

En esta ocasión es la mirada de Fabio la que se enfría.

—Mal abogado y peor amigo.

Remedios se toma unos segundos antes de continuar.

—Necesito un pitillo —mira en torno—. Esto pasa por dejar de fumar —sonríe con timidez.

—Yo tampoco fumo, pero tengo alguna cajetilla de *Camel* que me dio César —se pone en pie, coge la cazadora y extrae un paquete al que apenas le quedan unos pocos cigarrillos—. En otro bolsillo debe haber una cajetilla sin abrir.

Del interior del arrugado paquete extrae un pitillo, que ofrece a Remedios, y un mechero.

—Maldito tabaco… —murmura Remedios al tiempo que niega sonriente.

—Sí, maldito tabaco —conviene Fabio encendiendo su pitillo.

Toman asiento en sendas butacas.

—Me hablabas de Elia y Jorge.

Reme da una intensa calada, expulsa el humo y apaga la vida del cigarrillo a la mitad de su existencia.

—Sí. Como te comentaba, fui a ver a César para que me dijera qué había pasado con nuestro dinero. Aparqué un par de calles más arriba de su despacho, estaba asustada, no sé… quizá alguien podría reconocerme.

—Por eso lo del pañuelo.

—Sí, y unas gafas oscuras, el pelo más corto como pudiste ver —tira de un mechón. Eleva los hombros. En su rostro, labios apretados envueltos por una mueca que refleja lo absurdo de lo que cuenta.

—Hiciste bien, Reme. ¿Qué pasó?

Fabio quería saber. Más acorde con sus deseos sería decir que *ansiaba* saber más, todo.

—Al doblar la esquina lo vi. César salía del portal, ¿sabes quién le acompañaba? —sin esperar repuesta añadió—: ¡Noriega! ¡Y fue el día anterior a su accidente!

—¡¿Sixto?! —Carcelén se echó hacia delante empujado por la impresión. No daba crédito— ¿Estás segura? —ante la mueca de no entender de Remedios, añade—: Sí, sí perdona. ¿Qué hicieron?

Reme deja la vista bailando sobre la punta de sus zapatos. Fue un

baile breve, apenas unos pasos, suficientes para recuperar el ánimo.

—De un coche se bajaron dos… —calla unos segundos pugnando por sobrellevar dolorosos recuerdos—, dos hijos de puta… —levanta la palma de la mano—, perdona, pero es que…

—¿Son los que me decías ayer? —apura el pitillo y lo apaga.

Reme asiente, aún herida por la película que se proyecta en su cabeza.

—Sí. Me secuestraron, Fabio, ¿lo sabías?

Carcelén se echa hacia delante como si le hubieran sacudido con una bola de demolición.

—¡¿Secuestrada?! —niega con vehemencia—. No, no lo sabía. ¿Quién…?

Remedios ve cómo Fabio aprieta los puños con fuerza, aunque no parece ser consciente. Su mirada endurecida le golpea en la conciencia. Comienza a comprender lo mucho que le ha hecho sufrir.

—Tranquilo —lo agarra con suavidad por los antebrazos—. Ya pasó. Sí, son los dos de los que te hablé, Osipov y Lis… están muertos.

—Sigue… —cuanto más conoce, más ansía conocer.

Reme se sienta sobre una pierna.

—Sixto habló con esos dos, se conocían. ¿Qué narices hacían esos cuatro juntos? —aprieta los labios—. César…, ¿qué pintaba en todos esto?

—Cuando le vi me dio la sensación de que algo ocultaba, pero sigue contándome.

Remedios mira a Fabio mientras se ajusta unos pasadores para evitar que el pelo se empeñe en tapar su visión. Es una mirada sin definir, una mezcla de nostalgia con sobredosis de esperanza.

—Osipov y Lis regresan a su coche, llevan a César entre ellos.

—¿Sixto?

—Se marchó —echa un mechón rebelde detrás de una oreja, se acomoda aún más sobre la pierna—. Fue raro, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir?

—La cara de César vuelto hacia Sixto era de miedo, la de él… no sé cómo decirte, levantó las palmas de las manos como diciendo que no tenía nada que ver. No sabía qué hacer… —baja la mirada—. No me moví hasta que se fueron y cuando me encaminaba hacia mi coche los vi pasar. Eran ellos, fueron detrás.

—¿Ellos?

—Sí, los chicos, sí… —Remedios afirma varias veces con insistencia. La voz parte a borbotones—. Luego me enteré que… que habían muerto los tres en nuestra casa de Comillas. César me dijo que estabas instalado allí, y … tú no aparecías, pensé que te escondiste al ver lo que había pasado y yo…

—Y tú pensaste que fueron los chicos

De nuevo Reme asiente con vehemencia.

—Bueno, era… era una posibilidad, ¿no? —varias lágrimas rebeldes resbalan por su rostro—. Ni me atrevía a llamarles, no quería saber…

Fabio lanza una mirada furtiva al paquete de *Camel*.

—No fueron ellos —queda en silencio.

—¿Entonces…? —la pregunta parte como sin querer pronunciarse, una forma como otra cualquiera de no querer saber una respuesta que intuía —¿Tú…?

—Verás, esa tarde había llamado a Torquemada para verle por la noche.

—¿El periodista?

—Sí, quería que me facilitara toda la información que tuviera sobre el derrumbamiento en Isla, hablarle del paquete que recibí —ante el gesto de extrañeza de Remedios, añade—: Sí el que me enviaste, jamás pensé que fuese tuyo… —se esfuerza por suavizar el gesto—. Me llamó ayer mientras te esperaba junto a Mercadona, pensé que eras tú y respondí sin mirar.

—¿Sabe que estoy viva?

Fabio aprieta los labios y ladea el rostro.

—No lo sé, pero no me extrañaría. No creo que la noticia tarde mucho en saberse. Al menos en la comisaría lo deben saber todos —queda pensativo—. Creo que deberías llamar a los chicos, aunque si les dices que estamos juntos igual no quieren venir.

Reme asiente, coge el teléfono y llama a Elia, después a Jorge, con el mismo resultado:

"El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura si quiere…"

—Lo volveré a intentar después —sitúa un almohadón junto al pecho y lo abraza.

—Me ibas a contar qué pasó.

—Sí. Verás, salí sin rumbo fijo, quería encontrarme con Sixto a solas, sabía que no iba a ser posible. Pretendía decirle un montón de cosas. Lo esperé en la puerta de su casa, no apareció y regresé a Comillas…:

En el fondo, Fabio Carcelén se alegra de no haber encontrado a su exsocio. Una alegría que no parte de su insaciable necesidad de saber, sino de su maldita *sombra* y el poder que adquiere sobre sus actos en momentos puntuales. Hallarse frente a frente con Noriega podría ser interpretado como uno de esos momentos puntuales.

Necesitaba controlarse.

No podía arriesgar su reciente puesta en libertad con algún comportamiento que pudiera ser denunciado, su regreso a prisión sería inmediato.

Siempre tuvo claro que Noriega no es que tuviera algo que ver con su encarcelamiento, sino que tuvo mucho que ver. Si le ha mandado a la cárcel durante diecisiete años, la rebaja fue mérito propio, no le temblaría el pulso para repetir la jugada.

Aparcó el coche en el Paseo de Rovacías a cinco minutos andando hasta su casa de Comillas. Dejaría pasar un par de horas que dedicaría a dar forma a un plan y llamaría a Torquemada.

Sí, ese era el modesto plan.

Al menos, la puesta en escena de ese plan, es decir, aparcar en el Paseo de Rovacías a cinco minutos de su casa, si no le salvó la vida sí que lo puso en guardia. Gracias a ese corto paseo pudo ver el coche que accedía a su urbanización desde el Paseo de Estrada. Nada tenía de especial, excepto que en su interior viajaban tres individuos. Hoy en día, a partir de ciertas edades, no es habitual ver tres tipos en el interior de un vehículo. Lo que cambiaba la visión de *no es habitual* a sospechoso fue que creyó distinguir a Tirol en el asiento trasero en compañía de otro individuo. Uno, a modo de chófer y dos atrás.

Sin duda, sospechoso.

Carcelén los dejó pasar, en cuanto doblaron a la izquierda corrió como no había corrido nunca, excepto en sus mejores momentos huyendo de la policía en alguna *mani*. En su juventud, Fabio era muy de *manis*. Ahí se conoce gente, decía.

Entró por la puerta de atrás, que da a la cocina y se asomó a una de las ventanas del salón. Lo que vio le hizo comprender que, efectivamente, era su abogado el que viajaba en ese coche. Los tres individuos estaban a unos metros de la doble puerta de madera de acceso al jardín de su casa. No le daban buena espina, más bien la peor de las espinas. Miraban en torno, posiblemente buscando su coche, que Tirol conocía bien porque había sido el encargado de alquilarlo. Los vio asentir convencidos de lo que fuera que estuviesen hablando.

César Tirol avanzó hacia la cancela. Los otros dos individuos no se movieron. El abogado sacó el juego de llaves que tenía. Abrió la puerta.

—¡Mierda, me había olvidado! —masculló.

Que no llamaran al telefonillo para comprobar si estaba en la casa fue el detalle que le convenció, si no lo estaba ya, de que esa visita podía tener cualquier justificación menos la cortesía.

Un detalle que le puso en modo supervivencia.

Fabio permanecía observando desde la ventana. Tirol avanzaba como empujado por una gran mano invisible. Llamó al timbre. Carcelén lo ve girarse hacia atrás y negar. Los dos individuos acceden al pequeño jardín.

Fabio tensa los músculos.

En su cabeza se proyecta una breve película, como un tráiler del pasado. Estaba en su celda, ve venir a dos individuos mal encarados, los típicos busca broncas. Salió a su encuentro. Pasaron de largo.

La película se detuvo.

El interés no estaba en el pasado, sino en el ahora.

Justo ahí delante.

César volvió a pulsar el timbre.

Los dos individuos se hallaban a un lado del abogado, fuera de la vista de Carcelén. Fabio corrió veloz a la cocina, se hizo con el cuchillo más afilado que encontró y lo alojó bajo el cinturón, detrás. De regreso hacia la puerta de entrada de la casa, volvió a sonar el timbre. Se desabrochó la camisa, la arrugó más de lo que estaba y con el rostro más soñoliento que pudo mostrar abrió. En su rostro el final de un fingido bostezo.

—Hombre, César, disculpa, estaba tumbado y…

Todo sucedió rápido, pero no cogió por sorpresa a Fabio. César entró en la casa sin tiempo para formular ninguna frase, un desmedido empujón lo transportó al centro del vestíbulo.

Tras él los dos tipos, tan mal encarados como los de la peli. Fabio tenía una mano detrás asida al mango del cuchillo, una pistola apuntando a su cabeza le disuadió de sacarlo.

—Este señor dice que usted tiene nuestro dinero —Osipov señala a César que se incorporaba del suelo.

—¿Su dinero? ¿Nos conocemos?

El guantazo le cogió desprevenido. No, no se lo esperaba, no en ese momento. Un calor repentino en torno a multitud de pinchazos se alojó en su carrillo derecho.

—Sí, nuestro dinero.

Fabio clava la mirada en su ya exabogado, al menos esto sí lo tenía claro.

—¿De qué dinero habla, César?

Tirol miró a sus dos acompañantes, luego a su excliente, sí, también lo tenía claro, y de nuevo a Osipov y Lis. Realizó una rápida valoración mental de la situación. Ninguno de los dos bandos le merecían la más mínima confianza por razones evidentes. Tenía que decidirse.

Se decidió.

Por el bando equivocado.

—El de las obras, Fabio —su semblante intentó mostrar una seguridad que no sentía, quedó en una mueca boba—. Los diez millones que te quedaste y ellos…

El movimiento fue rápido, de profesional. Los brazos de Osipov rodearon el cuello de Tirol cuando, aparentemente, se disponía a situarse a su lado mientras le sonreía. El chasquido de las vértebras

impregnó de adrenalina cada célula de la *sombra* de Fabio. Antes de que su exabogado cayera al suelo como un fardo, golpeó el rostro de Lis con la fuerza bruta que le otorgan sus ciento cinco kilos, sus ciento ochenta y cinco centímetros y su creciente mala leche, enviándole al suelo, aturdido.

La pistola salió despedida.

Carcelén y Osipov siguieron con sus miradas la huida, entre pequeños saltos, de la pistola de las manos de Lis, como si no quisiera saber nada de lo que pasaba.

Todo continuó igual de rápido.

Osipov echa un último vistazo a su compañero que comienza a incorporarse. Vuelve el rostro hacia Fabio. Lo primero que ve es una mancha oscura que se mueve veloz e impacta contra su nariz partiéndola en dos. Lo segundo, un puño que lo golpea con inusitada furia mientras continúa su viaje al suelo.

Fabio toma aire viendo a Osipov incorporarse lentamente.

Ese fue su error.

Su único error.

Perdió de vista por unos segundos a Lis que aprovechó para golpearle encima de la oreja. Un golpe que lo normal es que te mande a dormir un rato.

Fabio no tenía sueño.

Al girarse vio a Lis que se lanzaba a por la pistola. Tenía que decidirse. A su izquierda Osipov acercándose con muy malas intenciones. A su derecha, Lis, a medio metro de la pistola.

No había duda.

No, no había duda, pero no contaba con que Osipov se lanzara a por él de aquel modo tan desesperado, tan fuera de sí, tan poco profesional.

“Se ha enfadado”

Recibió un puñetazo en la cabeza, otro en los riñones. En el suelo, una patada en las costillas. Lo siguiente que recuerda es que su *sombra* toma el mando. Cuando esto sucede es mejor no esforzarse en recordar los detalles. Apenas le llegan chispazos a modo de fotogramas de lo sucedido.

En uno de ellos se ve golpeando a Osipov con todas sus fuerzas, puños, patadas, codazos. En otro. forcejeando con Lis por la pistola. En el último lo ve caer al suelo. Se mira las manos, sostiene el arma.

“Maldita *sombra*”

Remedios Palacio escuchaba sin pestañear el relato de Fabio. Sentía, según avanzaba la narración, algo similar a una pesada carga sobre los hombros. Una carga empeñada en que, si por algún

momento albergó la más mínima esperanza de una vida en común, lo olvidara cuanto antes. Ningún juez pondría en la calle, una vez más, a un expresidiario relacionado con tres asesinatos. Con mayor motivo si apenas habían transcurrido unos días entre su puesta en libertad y los crímenes.

La única forma de reducir esa insoportable carga pasaba por liberar su peso a través de un torrente de lágrimas que parecía no tener fin. Ambos quedaron en silencio mirándose. Reme cogió una mano de Fabio.

—Lo siento, no quise hacerte llorar, yo…

Remedios lleva un dedo a los labios de su marido.

—¿Qué hiciste después? —la pregunta parte como una suave brisa, como si le costara vocalizarse.

—Pensé que estaba todo perdido, que había cruzado una línea de la que no había vuelta atrás, pero… —bajó la mirada a la mano de Reme y añadió—: Necesitaba pensar. El cuerpo, —evitó mencionar a su maldita *sombra*—, me pedía localizar a Sixto y obligarle a que de una maldita vez soltara todo lo que sabía… fuese lo que fuese.

Remedios lo miraba mientras poco a poco iba retomando su temple y confianza habitual de mujer luchadora.

Señaló unas gafas de sol sobre la mesa.

—Hice lo mismo que tú —sonrió sin derroche de fuerzas. Una sonrisa triste, pero al fin y al cabo se trataba de una sonrisa.

—No parece que seamos muy originales con el disfraz, ¿eh?

El semblante de Fabio sacudió su mueca apenada y sonrió abiertamente.

—No, pero debe funcionar.

De nuevo, unos segundos de silencio, de miradas cómplices.

—¿Y después?

—Metí un poco de ropa en un maletín y me instalé en un apartamento en Maliaño.

—¿Fuiste a ver a Sixto?

Carcelén se frota el rostro como si quisiera disipar los malos pensamientos que le atormentan cada día, cada noche, desde hace tanto tiempo ya...

—No, sólo lo llamé, y… al final lo amenacé con ir a por él.

Remedios se incorpora, se seca la humedad que quedaba en su rostro, lleva las manos a la cara de Fabio y lo besa con calma, con inusitada calma. Se pone en pie, le ofrece su mano y lo conduce al piso de arriba en silencio. No era momento de palabras, de penas, de lo que no podrá ser.

Era su momento.

31

—Atropellado… —murmura Olivares—. No sé si me jode más o me sorprende que nos haya avisado Torquemada —sin dejar de negar con la cabeza, pulsa el contacto del periodista en su móvil.

Marcelo debía tener el teléfono en la mano porque respondió al primer tono.

—Inspector. Imagino que estaban al tanto, les he avisado porque por lo visto no llevaba documentación.

—¿Estaba usted por ahí? —sus palabras parten de la boca arropadas en una espesa manta de incredulidad.

—¿Eh? No, qué va, ha sido cuestión de suerte. Un compañero del periódico lo ha reconocido porque le entrevistó hace unos años. Ha sido un atropello con fuga.

Las alarmas policiales del inspector se activaron en toda su potencia. Ahora le tocaba a él mantener la calma.

—¿Seguro que se trataba de Damián Cortina?

—Sí. Está convencido. Falleció en el traslado a Valdecilla. Mi compañero fue tras la ambulancia.

—Bien, lo comprobaré en el hospital. Gracias, Torquemada.

—Un placer ayudar inspector.

Olivares creyó captar un atisbo de ironía en las palabras del periodista, quizá sólo fuera debido a su propia frustración. En apenas unas horas le ha avisado de la localización de Carcelén junto a su mujer y ahora esto.

—Dice que ha sido un atropello con fuga —suelta nada más finalizar la llamada.

—¿Cómo? —María vuelve el rostro. Sus alarmas policiales también saltaban por los aires—. Lo han matado justo cuando lo estábamos buscando.

—Hay que verificar que se trata de él y conseguir el atestado del atropello, ya mismo.

Camino del Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, en Santander, mientras la inspectora maniobra sorteando el denso tráfico dudando entre activar la sirena o continuar zigzagueando, el inspector pide a los oficiales Mínguez y Paredes que consigan una copia del

atestado del atropello del supuesto Damián Cortina. De momento, hasta que no lo verifique con sus propios ojos, la etiqueta que lo definirá es la de *supuesto*.

La primera opción que se plantearon los inspectores fue pedir a Mínguez y Paredes que se acercaran a Valdecilla, para así poder continuar con la investigación. Sin embargo, Olivares prefería que se encargasen ellos mismos.

—Estamos en la calle, montados en el coche y mucho más cerca que ellos.

—No se hable más —convino Pinta—. Si se confirma que es Cortina… —la inspectora dejó la conclusión de la frase tras su lengua, resistiéndose a salir.

—¿Qué estás pensando?

María batía los labios como si estuviera masticando un chicle pegajoso o mantuviera un agitado intercambio de opiniones con ella misma.

No fue hasta entrar en el aparcamiento del hospital cuando permitió que sus dudas saltaran al exterior impulsadas por su deseo de comunicación con su compañero. No porque creyese que lo que iba a plantear aportara un nuevo punto de vista, o lo que es peor, que tuviese un mínimo de sentido.

Pero necesitaba compartirlo.

—Diego…, ¿y si nos hemos equivocado desde el principio? —soltó mientras detenía el coche. Antes de que el inspector pudiera formular la pregunta esperada, o la tomase por tonta, continuó—: Quiero decir… eh… me refiero al planteamiento.

—Hace unas horas propusiste que le diéramos una vuelta a todo, con buen criterio, María. Hay algo en esta investigación que aún no hemos incorporado, ¿es eso a lo que te refieres?

Los inspectores descienden del coche.

María rodea el BMW x6, al llegar junto a su compañero se detiene, cruza los brazos sobre el pecho y deja el peso del cuerpo sobre una pierna. Señal inequívoca de que está en modo confidencia. Aún no tiene nada claro ni lo que quiere decir, ni si en el supuesto de decirlo vaya a suponer un avance positivo para la investigación o provoque un maldito retraso.

—Sí, sí, en eso estamos, pero… ¿y si todo este caso, o los casos como dices tú, Carcelén, Noriega y su mujer, más la chica del maletero, los tres cuerpos del chalé de Comillas…? ¿y si no fuesen lo principal? —se va viendo preparada para exponerlo, al fin, sin rodeos—. Quiero decir que si todo esto resulta que no es sólo entre Carcelén y Noriega.

Olivares tiene la costumbre, muy buena en su opinión, de poner todos los sentidos alerta ante cualquier explicación que le dé su

compañera, aunque en ocasiones como esta no se vea capaz de seguir el hilo del todo.

Caminan hacia la entrada de urgencias.

—Si Carcelén y Noriega no fuesen los protagonistas principales, implicaría que hay un tercero que está detrás de todo. No creas que se me ha olvidado cuando lo dejaste caer en la comisaría —Olivares se detiene—. Si tienes razón, creo que la tienes, no pienses que hemos perdido el tiempo, al revés, la investigación nos ha traído hasta este punto. Ahora sólo nos queda saber quién coño puede estar moviendo los hilos.

—El que ha atropellado a Damián Cortina —apunta convencida Pinta.

—O mandado atropellar.

En la pequeña rotonda frente a la entrada de urgencias ven un vehículo de la Guardia Civil estacionado. Olivares se acerca con su identificación en la mano.

—Buenos días, somos los inspectores policía Pinta y Olivares —dice inclinado hacia la ventanilla del conductor.

—Buenos días, inspectores. ¿Qué les trae por aquí?

—Un atropello con fuga. Según nos han informado, la víctima ha fallecido durante el trayecto.

—Acaban de traerla hace unos minutos.

—Gracias. Buen servicio.

María y Diego recorren los no más de quince metros que les distancian de la entrada.

—Parece ser que la información de Torquemada se confirma —señala Olivares.

Antes de entrar pidieron a Paredes que les enviara una foto de Damián Cortina al móvil, que mostraron en recepción.

—No le puedo decir, inspector. No llevaba documentación. Si quiere aviso al doctor.

Unos minutos más tarde se hallaban frente al cuerpo sin identificar del atropellado. El estado físico del cadáver no permite cotejar con una foto su identidad. Sin embargo, un collar, varias pulseras y un tatuaje en el hombro, podían ayudar.

—También llevaba tabaco de liar —apunta el médico.

—Gracias.

Los inspectores se alejan unos metros.

—¿Y si les decimos que traigan a Carlos Tejón para que identifique a su amigo? —propone la inspectora.

—Sí, mejor que avisar a la familia de Cortina directamente. Si lo identifica, su reacción nos dará alguna pista.

Sí, su reacción les dará que pensar.

Charly caminaba cabizbajo, con la gorra bien calada y las manos en los bolsillos. La mañana había sido bastante jodida y la tarde no parecía ir por mejor camino.

"¿Dónde coño estás, Damián?"

Al salir de comisaría el abogado fue bastante explícito en sus intenciones. Nada de hablar con la policía sin antes comentarlo con él, nada de ver, ni hablar con Damián y por supuesto nada de airear su paso por comisaría ante la prensa, su novia, su familia o quien fuera.

—¿Lo has entendido? —el letrado extiende su brazo, entre los dedos, una tarjeta de visita —. Llámame si tienes algún problema.

—¿Y… si me niego? —sus inseguras palabras pugnaban con su fingida y desafiante mirada.

—No me corresponde a mí responder a esa pregunta. La misma empresa que paga mis servicios es la misma que te pedirá cuentas —el abogado asiente a modo de despedida y se aleja.

Una furia contenida se expandía por cada poro del cuerpo de Charly con cada segundo de exposición a la espalda del puñetero abogado. En su cabeza golpeaban multitud de situaciones en las que se veía desahogando su rabia en la cara de sapo del letrado mientras Damián le alentaba a que le diera más fuerte.

—Ese es Carlos Tejón… —susurra Torquemada a Gilda—, el otro no lo sé.

Se hallaban en el interior del Nissan Qashqai, a una distancia prudencial de la comisaria atisbando por unos diminutos quevedos.

—¿Por qué me suena su nombre? —sacude sus mofletes como si quisiera dar paso a sus recuerdos— ¿De qué…?

—Es uno de los familiares afectados por el derrumbe en Isla —Marcelo mantiene los anteojos fijos en la pareja—. Me pregunto qué hace en comisaría, precisamente en estos días con todo el asunto de Carcelén y Noriega por medio.

—Demasiada coincidencia, ¿no crees compañero? —los hoyuelos de Gilda se intensifican en todo su esplendor ahuecados por una sonrisa irónica.

Torquemada asiente.

—Apostaría a que el otro individuo es su abogado, pero es extraño, me da la sensación de que le está regañado a Charly.

—Vaya olfato has tenido al querer que volviéramos aquí un rato —apunta con un punto de orgullo Gilda.

De esta escena Charly no sabía nada, de haberlo siquiera sospechado, su tarde se vería aún más negra.

Todo puede empeorar.

Se hallaba a media manzana de su casa, distraído, mascullando lo

que podía significar la ausencia de su amigo y el misterio de la empresa que paga al picapleitos, quizá no tan misteriosa porque alguna sospecha tiene y…

—Carlos Tejón, acompáñenos, por favor.

La voz firme escoltada por dos sombras, una a cada lado, le trajeron al presente como si le hubieran sacudido un par de bofetadas sin previo aviso.

—No, no se preocupe, no está detenido, sólo queremos que nos acompañe.

Tejón mira a Paredes, luego a Mínguez, de nuevo a Paredes, después alrededor por si algún vecino estaba pendiente de él.

—Antes me detuvieron y…

—No, señor, nuestros compañeros sólo querían hacerle unas preguntas.

—Serán sólo unos minutos y le volvemos a traer aquí —interviene Mínguez al que sus rizos pelirrojos le otorgaban un aire más juvenil y cercano. Ante las dudas de Charly, añade—: Se lo prometo, necesitamos su ayuda.

—¿Para qué?

—Lo verá al llegar a Valdecilla.

"¿Valdecilla…?"

Las dudas que sacudían el ánimo de Tejón no podían con la curiosidad que le generaba no saber dónde está su amigo y la repentina presencia de la policía para que les acompañe al hospital.

Charly aprieta los labios y se encamina.

—Gracias, señor Tejón —Paredes abre la puerta del vehículo policial—. En unos minutos estará de vuelta.

No sería así exactamente.

Pinta y Olivares aguardaban a los oficiales con ansiedad. Acababan de recibir una llamada de comisaría diciendo que habían llegado imágenes de un chalé cercano al de Carcelén en Comillas. No eran muy nítidas, pero quizá podían ayudar en algo a la investigación.

Paredes avisa a los inspectores de su inminente llegada con Carlos Tejón.

—A ver si lo identifica —murmura Pinta.

Diez minutos más tarde, los inspectores se hallaban, con el doctor y Charly, en la sala de patología de la cual partiría el cuerpo del supuesto, hasta el momento, Damián Cortina al Instituto de Medicina Legal.

El color cetrino del semblante de Tejón, al verse en un lugar sólo visto en películas, con una camilla y un cuerpo cubierto con una sábana, apuntaba a la necesidad de terminar cuanto antes.

—Le agradecemos que nos ayude. Queremos saber si puede identificar a este individuo —Olivares hace de introductor—. Ha sido atropellado hace unas horas y…

"¿Unas horas?"

El cuerpo de Charly sufre una seca sacudida.

—… su rostro está algo desfigurado. Lleva unas pulseras un tatuaje y se peinaba con una coleta.

Otra sacudida más.

—¿Un tatuaje de… una calavera y… y… una rosa negra en el hombro derecho? —balbucea Charly las preguntas, casi con miedo a que fueran escuchadas y acertar.

El doctor afirma.

—Efectivamente —levanta la zona de la sábana que cubre el brazo y muestra las pulseras y el tatuaje.

Por el rostro de Charly apenas circula la sangre. Mantiene la mirada fija en la sábana, encima del rostro del cadáver. El doctor separa con calma la tela. Poco a poco la desfigurada cara de un individuo, con una extraña mueca, como una ancha sonrisa torcida, se hace visible.

—Es… es Damián…

Charly mira en torno, de pronto parece despertar.

—¡¡No…!! ¡¡No…!! —empuja a Olivares y sale corriendo de la sala con los ojos encendidos como si le persiguiera no una sino cientos de jaurías de perros rabiosos.

Pinta avisa a los oficiales que están en la salida.

—¡Atentos a Tejón, se escapa!

Los inspectores parten tras Charly que se ha perdido al final del pasillo. De lejos llega el murmullo de personas entremezclado con alguna que otra voz a modo de queja. Cuando alcanzan el lugar se detienen. Parece que al menos media población de Santander se ha puesto de acuerdo para acudir a urgencias esa misma tarde. No es posible continuar la persecución esquivando pacientes, acompañantes y personal sanitario.

De frente aparece el oficial Paredes, una mano sobre el arma, gesto concentrado.

—No lo he visto. Mínguez está en la entrada.

—No es necesario —Olivares fija la mirada en el arma del oficial—. Estamos asustando a la gente.

Paredes afloja su postura.

—Perdón, no sabía a qué nos enfrentábamos, inspector.

—Disculpa, Paredes, debí haber sido más concreta —interviene Pinta.

El oficial sacude una mano en el aire.

—No se preocupe.

—Tejón ha identificado a su amigo y ha salido corriendo.

Técnicamente no está huyendo porque no estaba detenido. Vayan a su casa por si aparece —Pinta mira a Olivares—. Necesitamos saber por qué ha reaccionado de este modo.

Tras despedirse, los inspectores regresan a su coche.

—¿Sabes, Diego? Creo que Tejón sabe quién ha atropellado a su amigo —señala con la mirada a lo lejos al tiempo que arranca el BMW x6.

—Sí, coincido contigo. Ha huido aterrorizado —chasca los labios y enciende el móvil—. El problema es que no nos lo va a decir —pulsa el contacto del comisario. Al cuarto tono, contesta—. Jefe, tenemos que hablar con usted, vamos camino de comisaría.

—¿Ha sucedido algo que me quite al comisario principal de encima?

—No exactamente, pero…

—No me diga que tienen una teoría… —cierta ironía en el tono.

—Sí, tenemos una teoría. Carlos Tejón ha identificado al individuo fallecido en el atropello con fuga.

Redondo se atusa el bigote y se pone en pie.

—¿El individuo que interrogaban y se llevó su abogado?

—El mismo, y cuando lo ha hecho ha salido corriendo, se ha esfumado.

Durante unos segundos sólo se escucha en la línea la respiración grave del comisario.

—Entiendo, inspector. Imagino que de aquí parte su teoría.

—Bueno, no exactamente, jefe.

El comisario vuelve a tomar asiento.

—Olivares, no me toque las pelotas. Les espero aquí.

El inspector cuelga la llamada.

Pinta maniobra rumbo a la Jefatura.

—¿Qué dice?

—Que no le toquemos…

—Las pelotas, ¿no? —concluye sonriente Pinta.

Fausto Redondo continúa visualizando las imágenes recibidas esa tarde de la cámara de seguridad de un chalé ubicado en la misma urbanización de Carcelén, en Comillas. No es habitual que el objetivo de la cámara apunte tan a lo lejos, y en una dirección en la que la propia vivienda a vigilar no parece muy protegida.

Había detenido la película de mala calidad, por ser amable con el calificativo de la grabación y utilizar la misma expresión que el propietario, en un fotograma en concreto. Mejor dicho, en dos segundos de la grabación.

—Mierda de definición… —exclamaba una y otra vez echado sobre

el monitor ajustándose las gafas con vehemencia como si en el fondo fuesen las culpables de no poder distinguir qué narices está viendo.

Suaves golpes le invitan a quitarse las gafas y mirar a la puerta.

—Pase.

Pinta y Olivares acceden al despacho del comisario con la idea de hacerle partícipe de su teoría. Son conscientes, la experiencia así se lo recuerda, que a su jefe el tema de las teorías, sin pruebas concretas que las soporten, no son de su agrado. No, por más que los inspectores se empeñen en decir que si poseyeran pruebas concretas no estarían hablando de teorías.

—Acérquense —pide al tiempo que gira el monitor.

—¿Es la grabación del chalé de…?

—La misma, inspectora. Díganme qué ven.

María y Diego analizan en silencio las imágenes. De vez en cuando señalan un punto de la cámara. Se ve al fondo a tres individuos que descienden de un coche y se aproximan hasta la doble puerta del chalé, charlan un rato. Uno de ellos parece que saca unas llaves, entra en el jardín y llama al timbre. Segundos después le siguen los otros dos.

—No sé para qué tienen estas cámaras si no se ve una mierda —señala Olivares.

El mostacho del comisario se balancea de un lado a otro, señal de que está sonriendo.

—Diría que este es el abogado de Carcelén, César Tirol —María señala un punto de la pantalla—. Los otros dos deben ser los que aparecieron muertos en el interior.

El comisario apoya los codos en la mesa.

—Fíjense un poco más adelante… ahí, ahí… —el voluminoso dedo índice de Redondo amenaza con cubrir la pantalla —, en el momento que entran.

—Lo empujan —murmura la inspectora—. Lo meten a empujones.

—Eso es Pinta, eso es.

Olivares se acomoda en la silla.

—Tirol fue el reclamo para que Carcelén abriera la puerta. Iban a por él.

—La pregunta es si actúan de ese modo por iniciativa propia o enviados por alguien. Alguien que busca venganza, ¿por Noriega?

Los inspectores cruzan sus miradas.

—¿Y si no acuden por iniciativa propia ni, por alguien que busca venganza, ni son enviados por Noriega? —interviene Pinta

—En este punto surge nuestra teoría, jefe —dice Olivares.

—Escuchémosla, inspector.

El teléfono sobre la mesa del comisario comienza a sonar. Pulsa el interfono.

—Dígame, Cruz.

—Comisario, quizá me meto donde no me llaman… Acabo de pasar por recepción y está la pareja que vino hace unos días.

—¿Qué pareja, Cruz?

Suave carraspeo al otro lado.

—La que insistía al inspector acerca de quién había fallecido antes en el accidente del señor Noriega.

Pinta clava los codos sobre la mesa.

—¡No me lo puedo creer! ¿Siguen con eso? ¿Te refieres a Yoli Tirado y su abogado?

—Sí, el señor Gregorio Martínez. Paula les ha dicho que estáis ocupados.

—Gracias, Cruz —interviene Olivares.

Fausto Redondo despide a su secretaria y mira a los inspectores.

—Estábamos con su nueva teoría. Cuéntenme —su abundante mostacho comenzó su baile habitual de un lado a otro y de arriba abajo —. Les escucho.

Durante los siguientes minutos los inspectores se esforzaron por compartir con el comisario su teoría, sin fundamentos hasta el momento, de la existencia de un ser misterioso, una organización con intereses económicos que movía los hilos detrás de Carcelén y Noriega o de la mano de uno de ellos.

—Somos conscientes de que no hay nada que señale una dirección en concreto —señala Olivares—. Se trata sólo de indicios.

—De corazonadas —interviene Pinta, con el rostro más inocente que puede ofrecer. Es consciente que esas corazonadas habían llevado por buen camino otras investigaciones, y el comisario lo sabía.

Fausto Redondo se retrepa en su asiento, se atusa el bigote y afirma varias veces.

—Bien, como dicen ustedes, se trata de una teoría sin patas en las que sustentarse, ¿no es así? —sin aguardar respuesta, añade—: Sin embargo, hay evidencias, pruebas que apuntan en una dirección.

—A Carcelén.

—Así es, inspector. Veo que ustedes también lo ven así. No podemos obligarnos a mirar para otro lado sin más. Lo entienden, ¿verdad?

—Sí, jefe.

—Tráiganme, algo que dé solidez a su teoría. Hasta el momento tenemos un único sospechoso que está desaparecido —apoya los codos en la mesa—. Sospechoso de tres asesinatos en su casa, y de un atropello con fuga. A no ser que tengan otro candidato.

—No, jefe, por ahora no.

Redondo se pone en pie.

—Necesitamos respuestas ya, inspectores. No sólo por contentar a

mis superiores sino por evitar más muertes.

Pinta y Olivares se encaminan hacia la puerta, cariacontecidos.

—Inspectores. Sin que salga de aquí, no olviden esa teoría suya…

32

Sixto Noriega se pierde por la primera calle a la derecha y se detiene, regresa sobre sus pasos y se asoma con cautela para ver la pusilánime figura de César Tirol entrando en el coche de Osipov y Lis.

Permanece un instante escondido hasta comprobar que se alejan. Cuando se dispone a continuar, vuelve el rostro. Le ha parecido ver a alguien, que sin duda no puede ser, porque está muerta.

"Se parece a Remedios"

Negando con la cabeza camina hasta su coche, consulta su reloj *Royal Oak Skeleton* y esboza una sonrisa interna, sólo para él. Lo que está tramando no le importa a nadie.

Nadie, es precisamente eso, nadie.

En un par de horas todo estará resuelto. Al menos, todo lo relativo a su nueva vida. Había llegado la hora de cambiar de aires. En unos pocos días podría marcharse a Brasil durante una larga y fructífera temporada.

En ocasiones los acontecimientos se precipitan.

La rueda de la vida gira.

En ocasiones nos aprisiona entre sus radios.

Noriega no estaba para este tipo de pensamientos. En su cabeza sólo tenía cabida la venta de NORIEGA PROCONS a unos inversores mejicanos, y algunas operaciones más de las que se estaba encargando su fiel abogado Servando Linar.

Antes de poner en marcha el Lexus RXL, enciende el móvil, y llama a Linar.

—Sixto, ¿cómo estás? He intentado contactar contigo y no he podido, tienes el móvil apagado y tu secretaria no sabía nada de ti.

Noriega aprieta los labios. Desconocía las veces que le había dicho a su abogado, a todos los abogados que ha contratado a lo largo de su complicada carrera, que no tenía por qué andar dando explicaciones.

—Trabajo, Servando, sólo trabajo —suelta contenido.

—Ya, si tú lo dices…

Noriega pone en marcha el todoterreno.

—¿Cómo llevas el encargo?

—Dame unos días, Sixto. No puedo llevar a cabo las operaciones sin

levantar sospechas.

El empresario guarda silencio unos segundos. Posiblemente lleve razón y de nada sirve presionarlo más de la cuenta.

—Dos, Servando, dos días.

—¿Dos? No es suficiente, Sixto, yo…

El sonido de fin de llamada se cuela como una fina daga en los oídos del abogado.

Linar cuelga el teléfono con rabia.

—¿Quién era, cariño?

—El impresentable de tu marido.

Ceci se incorpora en el sofá, se sacude unas imperceptibles arrugas de su ajustado vestido y mimosa acaricia el rostro del letrado.

—Ya sabes cómo es. ¿Qué quería?

Servando se levanta, enciende un *Winston* y recorre en silencio su flamante despacho en el Paseo Menéndez Pelayo. Junto a la ventana da una calada y expulsa el humo formando pequeños aros que explotan en el cristal.

"¿Qué quería?"

Quizá había llegado el momento de compartir con su amante cierta información relativa a su marido. Da media vuelta y se acerca de nuevo hasta el sofá. En pie, con los ojos entornados por el humo del cigarrillo que apura en la boca, da un rápido repaso mental al motivo de la presencia de esa mujer en su despacho. Sin olvidar las veces que compartieron hotel en el mismo Santander, o con la excusa de alguna feria de decoración en distintas ciudades.

"Sólo sexo. La cabrona folla como ninguna"

—¿Por qué me miras así, Servan?

—No, por nada… —asegura mientras apaga el pitillo—, Ceci, ¿sabes si tu marido está tramando algo?

Cecilia Tirado se remueve inquieta en el sofá. Apenas le quedan unas horas de vida, pero se trata de un detalle que desconoce.

—¿A qué te refieres?

Servando adopta una postura más cercana, similar a la que podría adoptar con una testigo si estuviera en un juicio. Sonríe. Una sonrisa que de antemano pretende quitar importancia a lo que vaya a decir. Para incrementar el efecto sacude una mano en el aire.

—Nada importante, me refería a si tiene o tenéis en mente algún viaje… largo —deja transcurrir un par de teatrales segundos antes de pronunciar con premeditada lentitud la última palabra.

Ceci arruga el ceño, ladea el rostro y lo apoya sobre una mano. Comienza a mover la cabeza de un lado a otro, despacio, como si fuera descartando mentalmente las diferentes situaciones mentales vividas con Sixto que le llevaran a pensar en un viaje.

—¿Un viaje? No… Bueno, ya sabes que de vez en cuando nos

escapamos.

La sonrisa del abogado amenaza con salir dando botes de su rostro.

—Quizá sea una sorpresa o… —otra vez un estudiado silencio.

Ceci se echa hacia delante.

—¿O? Servando, me pones de los nervios cuando haces esto, no lo aguanto.

—Quizá sólo se trate de algún cambio empresarial algún proyecto nuevo.

Ceci se pone en pie. Los brazos cruzados, mirada huidiza.

—Quedamos desde un principio que no íbamos a hablar del trabajo de Sixto. Además, no me cuenta nada el muy… desgraciado. ¿A qué vienen estas preguntas?

—No pasa nada, ven… Sabes que me pones cuando te enfadas así. Acércate, que no muerdo.

—¿Seguro? —suelta mimosa — ¿Ni un poquito?

Sixto Noriega recorre nervioso el reluciente parqué de su despacho. En breve debería recibir noticias de Tirol sobre la visita a Carcelén. Sabía que nada iban a conseguir a no ser que su antiguo socio tuviera un as bien escondido en la manga.

—¿A qué coño juega?

Su teléfono comienza a vibrar en su pantalón.

—Por fin… —masculla.

Se hace con el móvil y lo lleva a la oreja.

—¿Cómo ha ido?

Noriega aguarda respuesta, su ausencia le pone sobre aviso. Mira la pantalla. No conoce el número. Se debate entre colgar o dejar que su curiosidad gane el pulso. Lleva de nuevo el teléfono a la oreja.

—¿Sixto?

El empresario sufre una alarmante sacudida por todo el cuerpo.

—Sixto, soy Fabio.

Las palabras pugnan por partir de la boca de Noriega, pero no es capaz de vocalizar ninguna.

“¿Fabio?”

—Tenemos que hablar, Sixto, lo sabes.

Noriega toma aire, poco a poco se va recomponiendo de la sorpresa. La confianza regresa a su ánimo. Él es un hombre de éxito reconocido y el que llama es un paria, un maldito expresidiario, un don nadie.

—No hay nada de qué hablar. Deberías estar en la puta cárcel unos años más.

Carcelén toma aire.

“Calma…”

—Sabes que no tuve nada que ver, que las pruebas son montajes. ¿Has sido tú?, ¿por qué? —no quería llevar la conversación por estos derroteros, pero la hipocresía de su antiguo socio está llamando a su *sombra*.

Noriega sonríe. Una sonrisa de triunfo, tan genuina como un *Lacoste* de mercadillo. Pensó que llamaba porque tendría algo contra él.

"No tiene nada"

Sin embargo, necesitaba preguntar por Tirol.

No le iba a hacer falta.

—¿Los has mandado tú? —escupió sin más—. Han matado a *mi abogado* —lo soltó con dolor.

Una vez más la calma vuela del cuerpo de Noriega. Comienza a sudar.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Sixto no era capaz de colgar, necesitaba saber más, pero temía preguntar.

—Ellos también están muertos.

No, Noriega no estaba preparado para enfrentarse a una situación como esta. Seguramente, la cárcel había cambiado a Fabio, el mal genio que le conocía le habría llevado a …

—Voy a por ti, Sixto —voz rota, lenta, voz de *sombra*.

—Te denunciaré y volverás a la…

—No tengo nada que perder, excepto la vida, Sixto —sin saber por qué acababa de repetir el texto del extraño paquete que había recibido unos días atrás.

Uno puede comportarse en su casa como *aparente* marido y padre abnegado. En el trabajo, ocupando un puesto de máxima responsabilidad, como en el caso de Noriega, máximo accionista y propietario, como un *supuesto* líder. *Aparente* y *supuesto* que caracterizan al denominado como psicópata corporativo, o empresarial, que reúne una serie de cualidades admiradas e incluso envidiadas por la sociedad. Gran autoestima, falta de remordimiento y empatía en la toma de decisiones, asumir riesgos, desarrollar un afecto superficial, es decir, no se casan con nadie. Son manipuladores, narcisistas, *aparente* sinceridad en sus argumentos, astutos, egocéntricos, promiscuos. Y sobre todo una *supuesta* amabilidad y *aparente* cercanía, cuando les conviene.

No suelen matar, no directamente, pero no les tiembla la mano al llevar empresas a la ruina si conviene a sus intereses, dejar familias en la calle por beneficio propio, y poner fin a la vida de las personas arrojándolas a la cárcel para tapar la fetidez de sus propios errores.

Fuera de su círculo son débiles. Sin público actúan como seres indefensos. Lo que nunca abandonan es su poder de manipulación en el que confían para volver a vivir tiempos mejores.

Sixto Noriega no iba a enfrentarse a un individuo que ha estado en la prisión de *El Dueso* durante diez eternos años, por su culpa. Ambos lo saben. Uno, pide que demuestre su implicación, el otro, no tiene nada que perder, menos que demostrar.

El tiempo se echa encima a Noriega. Nada de unos días para preparar su estancia en Brasil. Nada de reuniones con futuros socios, de despedidas de su círculo próximo, muy próximo.

Nada. Sólo huir.

Se sentía acorralado por las deudas, por los acreedores, por un pasado que aúlla reclamando justicia.

"Tranquilo, tranquilo…"

Repite hasta la saciedad la misma palabra, como un impenetrable mantra, con la esperanza de recuperar un poco de calma y dejar la mente despejada para trazar un plan de huida.

No funciona.

Ni funcionará, porque es imposible manipularse a uno mismo, mentirse, seducirse, y sobre todo actuar con falta de empatía… hacia sí mismo.

No, no funciona.

Pero, tiene que actuar *como si*…

Como si funcionara. Como si aún tuviera el control. Como si el que continúa en la cima dando órdenes fuese él, mientras los demás, todos los demás, obedecen.

No, la última frase sabe que debe eliminarla, hace tiempo que ya no todos obedecen. Los acreedores le han perdido el respeto.

Escondió la cabeza entre las manos y la frotó con saña, con desesperación. De repente, se incorpora, coge el teléfono respira con profundidad varias veces y dedica una mueca victoriosa a la pantalla de su móvil como todo público.

El teléfono de Servando Linar se enciende. Hasta sus oídos llega el habitual timbre de llamada. Desvía la mirada de la voluminosa cabellera rubia de Ceci, anudada en una coleta, que sube y baja sobre su entrepierna como si de un constante afirmar se tratara.

El abogado estira el brazo.

—Es *tu marido*… —disfruta como puerco en una charca al referirse a Noriega como *tu marido* delante de *su mujer*.

Ceci continúa como si nada.

—Es *tu*… *marido*… —insiste echando la cabeza hacia atrás, próximo a la extenuación.

A Ceci le excitaba como pocas cosas acordarse de *su marido* cuando inspeccionaba la entrepierna de otro, si era la de Servando, supuesto fiel amigo de *su marido*, la excitación rayaba limites difíciles de

soportar.

La melodía del teléfono planeaba sobre los dos amantes como si pretendiera caer sobre ellos, ser escuchada, sin comprender que a la pareja le bastaba con sólo oírla.

No fue a la primera, pero sí a la segunda llamada.

—Sixto… —la voz de Linar partió arrastrada, reseca, dejando restos de sílabas adheridas a los carrillos internos de su boca.

Noriega no estaba para caer en detalles de este tipo. Sólo le importaba una cosa.

—Necesito el dinero, ya.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. ¿Has hecho lo que te pedí?

El abogado se incorpora, da un sonoro azote en el culo a Ceci para que se eche a un lado y deje de joder con las manos. Con un gesto firme le ordena que se esté quieta. Ella acepta visiblemente molesta por las formas.

—No me dijiste que fuese para ya, Sixto. He reunido algo de efectivo. Respecto a la venta de…

—Olvídate de las ventas, ya lo harás ¿Cuánto es?

—Quinientos mil.

La línea queda en silencio unos instantes.

Sólo unos instantes.

A Sixto le podía la ansiedad.

—No es suficiente. Necesito más.

—Sabes como yo que hace falta tiempo para reunir…

A escasos metros de distancia Ceci se está vistiendo sin perder detalle de la conversación. Si lo que cree que está escuchando es *realmente* lo que está sucediendo…

—¡¡Lo necesito hoy, ya!! ¡¡Joder!!

Linar separa el oído del móvil. Duda entre mandar a su *amigo* y cliente a la mierda o no perder la calma. Opta por mantenerse fiel a sus principios, sus propios principios. A sus intereses, que son los que le dan de comer cada día.

Y muy bien.

—Perdona, Servando, me ha llamado Fabio dice que viene a por mí.

Linar sacude la cabeza.

—No hagas caso, es una fanfarronada para meterte miedo. No tiene nada. Nada.

—Ya. No quiero arriesgarme. Me iré una temporada.

Servando se incorpora, al contrario de Noriega necesita tiempo. No contaba con un cambio de planes tan radical.

—¿A dónde irás?

—De momento cogeré un avión en Oviedo, no creo que se le ocurra buscarme ahí.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Necesito que consigas más efectivo —por una vez el tono imperativo deja paso a un sucedáneo de ruego.

—¿Cuánto? Piensa que los bancos están cerrados.

Noriega va recobrando la respiración, parece que las cosas pueden tomar un rumbo adecuado a sus deseos, mañana estará muy lejos de España.

—No me jodas Servando, sé que cuentas con recursos… Cinco millones.

—¡¿Cinco?! No, no creo que sea posible, como mucho tres, en un par de días sí que…

—¡¡Hoy!! ¡¡Lo necesito esta noche!! —vuelve a frotarse la cara—. Discúlpame, ¿podrás? —más que una pregunta se trata de una orden.

—Haré todo lo que esté en mi mano —mintió.

—Bien.

Ceci se ajusta el vestido frente al espejo y regresa contorneándose junto al abogado, necesitaba confirmar lo que creyó escuchar. Nada mejor que hacerse la tonta, papel que dominaba a la perfección.

—¿A qué viene esa cara, Servan? —desliza un dedo por el rostro del abogado—. ¿Quién era?

A Linar no le preocupaba en absoluto reunir el dinero que le pedía Noriega. No le preocupaba porque en sus cajas fuertes del despacho contaba con una suma tres veces mayor. Lo que le preocupaba era la histeria de Sixto. Siempre fue un tipo blando de apariencia de duro, una dureza impostada, eficaz ante empleados, directores de banco, camareros, ante personas cuyo papel es atenderte.

Ante iguales la cosa cambiaba.

El psicópata corporativo se desvanece en cuanto ve que su arte de manipular no funciona.

Linar lo sabía y por eso ha permanecido a su lado tantos años en los que su patrimonio ha aumentado más de lo esperado, y todo gracias a Noriega y a su mujer.

—Era *tú marido* —apunta mientras pasa una mano por los pechos de Ceci —. Algo trama.

—Quita, juguetón… —propina una suave palmada en el brazo a Servando al tiempo que le dedica un mohín ñoño —¿Qué quieres decir?

Servando se incorpora con movimientos pausados. Con cortos y lentos pasos se acerca al mueble bar, duda unos segundos entre añejos: *Ron Zacapa Centenario XO Solera Gran Reserva Especial* y *El Dorado 21 year Old Ron,* de setecientos euros la botella. Se inclina por *Zacapa*, de escasos ciento treinta euros, no era momento de celebraciones.

—Ponme uno, Servan…

No se había hecho la miel para la boca del cerdo.

La voz de su amante le llega de lejos, rebota en sus oídos y se desparrama por el suelo. Coge otro vaso, más por inercia que por atender el ruego de Ceci y observa como hipnotizado el fino chorro caer y golpear contra el fondo del cristal.

No, Linar no servía las copas por necesidad o deseo de tomar un trago. No, se trata de ganar un par de minutos para decidir si poner al día a Ceci o mantenerla al margen, como siempre.

Su alma de empresario, de negociante, unido a la inquietante reducción de empatía que con el paso del tiempo definía sus acciones, sin olvidar las enseñanzas recibidas, de manera inconsciente, de Noriega, le empujaban a variar de estrategia. Enseñanzas que le mostraron el tipo de persona que es Sixto, capaz de permitir que su socio pague por algo que no ha hecho. Gente así no es buena para el negocio, no, si se sabe cómo es. Tarde o temprano hará lo mismo contigo, sin lugar a dudas, todo dependerá del volumen de la deuda que acumule.

Sí, Ceci podría ser una buena aliada, aunque fuese por unos días, o unas horas en el mejor de los casos.

—Servan…

La voz de la mujer a su espalada como un ronroneo le devolvió al momento presente. Se giró con un vaso en cada mano. Su semblante reflejaba una preocupación teatral.

Servando Linar había tomado una decisión.

—Hablaba con Sixto, me ha pedido dinero —le ofrece un ron.

Cecilia abre los ojos exageradamente.

—¿Cómo? ¿A ti? ¿A estas horas? ¿Cuánto? Lo querrá para putas. Será que no tiene él —vomita todo seguido antes de dar un generoso trago al ron de veintidós años.

“Lo bebe como si fuera *Coca Cola*. En fin…”

Servando esboza una media sonrisa, estudiada y de utilidad en momentos como ese. Una sonrisa que sustituye a una risa forzada. Una sonrisa de no te preocupes, no pasa nada, y si pasa déjalo en mis manos, que yo me encargo.

—Cinco millones —lo suelta con el borde del vaso en el labio, apura un sorbo lento.

—¿De… de euros? —de la impresión cerca estuvo de hacer saltar el vaso de sus manos.

Servando volvió a incorporarse.

—Sí, de euros, Ceci. Además, es su dinero… —llega el momento en que su decisión comienza a tomar forma—, y tuyo.

Ceci niega con una mueca boba en el rostro.

—No lo creo, ya se encargó de que no tuviera derecho a casi nada.

—Lo sé, recuerda que yo fui el abogado que se ocupó de todo y

recuerda también que me otorgaste un poder.

—Sí, lo recuerdo.

Con pausa melodramática, Linar rellena su vaso.

—Muchas de las inversiones que tiene en empresas por todo el mundo están a tu nombre… y al mío.

Cecilia Tirado no daba crédito. No sabía si despotricar de su marido o comenzar a reírse sin pausa hasta la mañana siguiente, o hasta la otra.

Faltaba la guinda.

—*Tú marido* me debe mucho dinero, aunque él no lo sabe.

—No entiendo, Servan, ¿te debe dinero a ti? —calla unos instantes como si quisiera dar sentido a sucesos pasados. Niega con vehemencia —. No, no, entonces… ¿tú? —vuelta a negar, las manos cubriendo el rostro—. Tú eres el que le reclama… las amenazas…

El que niega ahora es Linar, al tiempo que sacude una mano en el aire y cruza las piernas de nuevo en el sofá.

—Yo no he amenazado directamente a Sixto, sólo he hecho que… ¿cómo decirlo? Que no se relaje, sólo eso.

Ceci parece fuera de lugar. No termina de procesar la información que está recibiendo. Por un lado, parece que sus cuentas bancarias pueden verse incrementadas en cuanto dé una orden de venta. Por otro…

Por otro nada tiene sentido. Si Sixto debe mucho dinero a Servando, a ella no le quedará nada. Nuevamente no sabe si reír o llorar o despotricar.

Linar le va a echar una mano.

Al cuello, con una soga para que ella apriete a conveniencia.

—Lo quiere esta noche, le he dicho que le conseguiré tres millones.

—¿Esta noche? Pero…, ¿para qué?

—Se va, Ceci, una larga temporada, ha dicho.

La mujer se incorpora de un salto, en su ímpetu el vaso sale despedido por los aires. La buena noticia es que ya estaba vacío.

—¡¿Se va?! ¡¿Cómo que se va?! ¡¿Con tres millones?! —camina en círculos— ¡¿Sin decirme nada?!

Servando se acerca hasta la descontrolada mujer, pone sus manos en los brazos de ella. La mira a los ojos. Una mirada de no estás sola, de estoy contigo, que pretende insuflar tranquilidad a raudales.

—Es el momento de mantener la calma. Él no sabe lo que sabemos.

—¿Mantener la calma, dices?

Servando Linar asiente.

—Tengo un plan.

33

María Pinta finaliza la sesión matinal en el gimnasio de su casa con una serie de interminables y agotadores golpes al saco. El último puñetazo coincide con la familiar musiquilla de llamada de su móvil.

—Buenos días, compañero —dice sintiendo aún la falta de aire.

—Buenos días compañera. Te he cogido con tu ejercicio diario, ¿eh?

María apura un largo trago de bebida isotónica.

—No te voy a engañar, acabo de darle el último sopapo al hombre del saco. Como tú prefieres sacudirle de noche, no coincidimos —otro trago, esta vez más corto—. No me digas que ya estás en comisaría.

Olivares apura el último sorbo de su segundo café de la intensa mañana.

—Sí, esta noche ha sido una de esas que la cama me echa a patadas sin que sepa por qué. Es posible que sea porque no paro de darle vueltas a Damián y a Charly.

—Te entiendo, me pasa algo parecido. Lo que parecía un caso sencillo, se va complicando. El principal sospechoso no lo parece ya tanto —dice mientras se coloca una pequeña toalla alrededor de cuello.

—Eso es. Te llamaba porque acaba de llegar de Científica el resultado de las huellas que tomaron en el despacho de Tirol.

—¡Qué rapidez!

Olivares extiende el informe sobre la mesa.

—Recuerda que el jefe les metió toda la presión posible. Imagino que el comisario principal habrá tenido algo que ver en esa presión.

—Seguro. Dime, ¿qué han encontrado?

—Por eso te llamaba, María. Había huellas del propio abogado, de su secretaria. Otras desconocidas que podrían pertenecer a posibles clientes. También de Noriega, de Carcelén, de Torquemada…

—Del día que salió de prisión y fueron a ese despacho.

—Sí —deja unos segundos—, y de nuestros amigos.

María, que subía los escalones despacio, se detuvo en el último.

—¿Nuestros amigos…?

Olivares permanece en silencio.

—No me digas que había huellas de Damián y de Charly —exclama sorprendida.

—Sí. Aparecen en todos los escenarios, ¿eh? Lo curioso es que en el informe señalan que debían llevar guantes o algo similar, pero que se los quitaron al coger unas carpetas, porque las huellas que han encontrado son parciales. También había en el cuarto de baño.

—¿En el cuarto de baño?

—Sí, quizá les dio algún apretón, había huellas en el retrete y en el lavabo, eran de Charly. En fin, unos profesionales.

María alcanza la planta baja de la casa.

—¡Tía, María, tía María! ¿Nos llevas al cole? Anda porfa, anda… —la pequeña María aparece corriendo recién amanecida seguida de su mejor, mejor amiga, Julieta.

Las voces de la niña se cuelan por el teléfono hasta la comisaría.

—Te dejo con tu ahijada. Ahora te veo —señala sonriente.

Una sonrisa dedicada a él mismo. Echa de menos esas situaciones, esas vivencias. Más que echar de menos le gustaría vivirlas porque sólo las ha experimentado de lejos en las esporádicas visitas de su hermana. Alguna vez más en casa de su compañera en Navidad.

—Hasta ahora, Diego.

María cuelga la llamada y mira sonriente a su sobrina que está en modo morritos, ofreciendo un recital de todas las poses que derriten a su tía.

—Anda, porfa…

La inspectora pasa una mano por la cabeza despeinada de su ahijada. Se arrodilla junto a las dos amigas.

—Sabéis que sólo llevo niñas al cole que se hayan vestido, desayunado, lavado los dientes y dado un beso a la tía.

—¡Bien! —gritan al unísono.

Las dos pequeñas comienzan por el final. De un salto se agarran al cuello de María y la besan.

—Ahora no, que me tengo que duchar.

Las dos pequeñas salen corriendo ante la atenta mirada de la abuela Carmen que no puede evitar sonreír.

—Apúntatelo tú también. A la ducha y a desayunar, hija, Vamos —da dos palmadas sin dejar de sonreír.

Bajo el relajante chorro de la ducha, la inspectora no deja de dar vueltas a la llamada de su compañero. Huellas de Damián y de Charly en el despacho de César Tirol, en el chalé de los Carcelén de la calle Concha Espina. En el de Comillas no había, pero…

Ese *pero* le rondará la cabeza en el desayuno, tanto que su madre le dirá que parece ausente. No es nada mamá, cosas del trabajo. No, no es nada, pero es consciente de que ha pasado el desayuno con la cabeza en Damián y Charly. El toque de atención de Carmen le ha servido para despertar y ponerse en marcha.

—Nos vamos, chicas.

María Pinta acaba de dejar a su sobrina y a su mejor, mejor amiga, Julieta, en el colegio Jesús Cancio, en Comillas. Mientras las ve alejarse piensa si algún día hará el mismo trayecto y vivirá la misma experiencia como madre. Esboza una sonrisa torcida al tiempo que arranca su Alfa Romeo Giulietta y pone rumbo a Cabezón de la Sal, de ahí por la A-8 a Santander como cada día.

Esa era la idea inicial.

Pero…

Ese *pero* le empuja a realizar una pequeña parada en el chalé de Carcelén, a un escaso kilómetro del colegio de las pequeñas hasta la rotonda en Estrada. De ahí no más de quinientos metros le separan de su impulsivo destino.

Accede a la urbanización con la discreción que le ofrece su coche particular, aunque, precisamente, ese coche desconocido que llega a una pequeña urbanización puede atraer miradas curiosas.

La inspectora detiene su vehículo frente a la doble puerta de acceso a la vivienda de los Carcelén, sellada con varias cintas de color azul y blanco con la leyenda “LÍNEA DE POLICÍA NO PASAR”. Sale del coche y permanece en pie, rememorando la grabación que les mostró el comisario Redondo en su despacho. Vuelve el rostro buscando la cámara del chalé desde el que se pudieron tomar las imágenes. De nuevo, mira hacia la vivienda de los Carcelén y una vez más se gira. Asiente.

“Debe ser desde ahí. No me extraña que se viera tan mal”

—¡Hola!

María da un pequeño respingo ante la inesperada aparición de una niña de edad aproximada a la de su sobrina.

—Hola —Pinta mira en torno buscando algún familiar de la sonriente pequeña.

—Me llamo Nolita y, ¿tú?

—¿Nolita?

—Bueno, mi nombre es Manolita, pero me llaman Nolita desde que era así de pequeña—señala orgullosa con el brazo estirado hacia el suelo y con la palma horizontal.

—Qué bonito nombre. Yo soy María. ¿No tienes cole hoy?

La niña asiente muy convencida, como diciendo, pues claro que

tengo cole, ¿tú qué te crees?

—Me lleva mi abuelo que ha ido a casa a dejar a Bola —señala con un dedo y un brazo estirado a un punto indeterminado—. Ahí viene. ¿Conoces a Fabio? —cambia la dirección de su pequeño dedo y lo apunta hacia la vivienda de Carcelén—. Es mi amigo, aunque creo que no está —dice mirando con preocupación la cinta policial—. Mi abuelo dice que ya volverá y que estará bien.

La inspectora asiente divertida ante la locuacidad de la niña.

—Sí, está bien. ¿No ha venido hoy por aquí?

—Pues no, desde que estuvo la policía nada de nada —niega con vehemencia—. Me voy, que ya llega mi abuelito.

Pinta observa el rostro amable del individuo que se aproxima. Lleva su mano al bolsillo de la cazadora y saca su identificación.

—Buenos días, señor —muestra la placa—. Soy la inspectora Pinta, vivo aquí en Comillas —acompaña la última afirmación con una sonrisa. Nada mejor que mostrar cuanta más cercanía mejor.

—¿Sí? Vaya, me alegro de conocerla. ¿Tuvo usted que ver con el asesino ese de Monte Corona?

—Algo tuvimos que ver, sí. Quería…

—Abuelito, que llegamos tarde —Nolita tira de la manga de su chaqueta.

El hombre baja la mirada.

—Ya vamos, ¿sabes que esta señora es policía?

La pequeña lleva una mano a la boca. Los ojos abiertos todo lo que daban de sí.

—Y vive en Comillas.

—¡Hala! —exclama impresionada—. Verás cuando lo sepan en el cole.

“Que no te oiga María…”

Ante su propio pensamiento decide suavizar el camino a Nolita.

—Mi sobrina va al colegio Jesús Cancio.

—¡Cómo yo!

Tras formular unas rápidas preguntas contestadas con frases igual de rápidas como: hace unos días que no lo veo, sí, sabemos quién es, pero ¿sabe usted? parece buena gente, de acuerdo, le avisaré si le veo, se despidieron. Conforme se alejaban, Nolita, vuelta hacia atrás no dejaba de agitar la mano en el aire.

Pinta extrae su móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Diego, estoy en la puerta del chalé de los Carcelén en Comillas.

—¿Qué haces ahí? ¿Ha pasado algo que no me haya enterado?

—No, nada. Pasaba por aquí al lado y he decidido acercarme. Voy a entrar, aunque está todo acordonado.

—¿Quieres que vaya, y…?

Agita la mano en el aire como si su interlocutor se hallase frente a

ella.

—No, no es necesario. Sólo quería que lo supieras. En unos minutos salgo para allá. Por cierto, ¿se sabe algo de Charly? —soltó todo de corrido, sin darle opción al inspector a que preguntara si el motivo de su presencia ahí era por un impulso o por una intuición de las que tan poco gustaban al comisario.

Poco, no, más bien nada.

Olivares echa un rápido vistazo a los papeles sobre la mesa por si hubiera algún informe reciente.

—Nada, es como si hubiese desaparecido.

—Al menos que no aparezca en una cuneta. Hay que encontrarlo.

El inspector abre la puerta de la sala y avisa a sus dos oficiales de policía.

—Les diré a Mínguez y Paredes que vayan a buscarlo y que nos deje su teléfono.

Pinta no termina de comprender.

—¿Su teléfono?

—Sí, María. Estamos haciendo un seguimiento del teléfono de Damián Cortina durante los últimos días a ver si nos aclara por qué lo atropellaron.

—Sí, buena idea, quizá nos ilumine un poco, que falta nos hace. Ahora nos vemos.

María cuelga la llamada y tras observar concentrada la cinta policial de la cancela despega el extremo de un par de tiras con cuidado y accede al interior.

Las que flanqueaban el paso a la vivienda no serían tan fáciles de despegar. Optó por cortarlas, no le quedaba otra. Al terminar tendría que coger un rollo de cinta del maletero de su coche y dejarlo como estaba.

Si es que al final se decidía a entrar.

Después del trabajo de Científica en el escenario poco o nada podría encontrar que no hubiese sido ya inspeccionado a fondo. Si había algún lugar en el que se podía haber escapado algún indicio era donde se encontraba; en el pequeño jardín que circunda la casa.

Vuelve a coger el teléfono.

—Buenos días, María, qué sorpresa —saluda Genaro, agente de la Policía Local de Comillas.

—Buenos días, Genaro. ¿Tienes un minuto?

Para María, tendría minutos, horas y días si ella quisiera, pero no era cuestión de soltarlo sin motivo.

—Por supuesto, ¿qué puedo hacer por ti?

Diez minutos más tarde el Ford de la Local de Comillas aparcaba detrás del Alfa Romeo de la inspectora. Un sonriente Genaro salta del coche, lo rodea y accede al jardín.

María atisba detrás del agente.

—¿El subinspector Sánchez? ¿Has podido…? —deja la pregunta en el aire.

Genaro introduce los pulgares en el cinturón mientras asiente feliz y satisfecho.

—Sí, le he dicho que venía aquí, que tú estarías y que íbamos a repasar la casa de arriba abajo —niega despacio—. No quiere volver a poner un pie en este chalé, tuvo bastante con lo que vio. Al venir me soltó… —saca la tripa todo lo que puede y expone con voz grave—: y, dese prisa, Gómez, que aquí también tenemos trabajo, qué cojones.

María y Genaro ahogan unas risas y miran en torno.

—¿Qué te preocupa?

La inspectora ladea el rostro, labios apretados.

—Todo y nada, Genaro. Recuerdo que en tu informe decías que cuando pasabas por aquí, viste a un individuo salir corriendo y saltando por ahí —señala hacia la doble puerta del jardín que da a la calle.

—Sí, otro le esperaba fuera, en un coche, ya me dijiste que la matricula era falsa.

Su *pero*… pugnaba por ser expresado de una maldita vez.

—Sí, *pero*… ¿podrías recordar si el individuo que saltó tenía algún parecido a los que encontrasteis dentro?, no me refiero al abogado.

—Sí, sí, lo sé. Uno iba con traje, sería el abogado que dices, y los otros dos muy parecidos. No eran de por aquí.

—No, uno era de Bielorrusia y el otro ruso. ¿Seguro que no les ves nada en común con el que saltó?

Ante la insistencia a Genaro le entran las primeras dudas.

—A ver… Lo vi corriendo y saltando, su aspecto parecía el de un chico digamos, normal —suelta reteniendo las palabras mientras observa a María trastear por el móvil—. Podría ser de por aquí perfectamente.

La inspectora sitúa la pantalla frente a Genaro.

—¿Se parece a este?

El oficial de la Local frunce los labios y niega despacio, como si lamentara no estar sirviendo de ayuda.

—¿Y a este?

Con la segunda foto su cara cambia, las dudas dejan paso a la certeza.

—A ese sí —asiente convencido y señala la imagen en la pantalla—. Es el que saltó, se le cayó la gorra y la recogió. Llevaba el pelo muy corto como el de la foto.

—¿Seguro?

Genaro asiente varias veces, cruza los brazos sobre el pecho.

—Sí, sí. Si no fuera él se le parece muchísimo.

La inspectora se quedó mirando con gesto concentrado la fotografía de Carlos Tejón, Charly.

—Lo estamos buscando. Cuando lo localicemos necesitaré que lo identifiques como la persona que saltó la valla y salió corriendo.

—No hay problema.

—¿Al que le esperaba no lo viste?

Genero clava la mirada en un punto del suelo, buscando en sus recuerdos el momento en el que se hallaba en el coche con el subinspector Sánchez a su lado.

—Íbamos marcha atrás, se escapaban. Lo único que te podría decir es que quizá… —duda unos instantes—, quizá se tratara de una mujer.

—¿Una mujer? —este dato incorporaría a otro personaje más del que desconocían todo— ¿Seguro?

Genaro lleva una mano bajo la gorra.

—No, no estoy seguro de nada, María, lo siento. Sólo que… Cuando giraron, la persona que conducía miró a un lado, vi que usaba gafas oscuras y llevaba coleta —niega lentamente—. No me hagas caso, no lo vi bien.

Pinta sonrió. El supuesto nuevo personaje desconocido dejaba su lugar a otro conocido.

—Creo que podría ser este individuo —vuelve a mostrar la primera foto—. Es Damián Cortina y lleva coleta, como dices. Mejor dicho, llevaba, porque murió atropellado.

—¿Huyendo de vosotros?

—No, lo estábamos buscando. Se trató de un atropello con fuga.

—Vaya, lo mataron. Y estáis buscando al que saltó.

—Eso es.

Genaro vuelve el rostro hacia la puerta de la vivienda, pensativo.

—Ese chaval, el que corría, parecía más bien que estaba huyendo de alguien o de algo.

—¿Qué quieres decir? En la casa estaban todos muertos o, ¿te refieres a que había alguien más?

Genaro continúa con la mirada en la puerta, la cabeza en la película de sus recuerdos.

Niega lentamente.

—No, no encontramos a nadie. Lo que quiero decir es que debió asustarse con lo que se vio, los tres cuerpos, la sangre, todo revuelto…

—No crees que fuera el asesino.

—No, no lo parecía, pero por apenas unos segundos es absurdo extraer una conclusión de ese tipo, ¿verdad? —cambia de tercio— ¿Quieres que haga guardia aquí o…?

La inspectora sacude una mano en el aire.

—No, no será necesario, aunque si quieres pasar de vez en cuando a ver si notas algún cambio —se gira hacia el chalé.

—Cuenta con ello.

—Muchas gracias. Una vez más has sido de mucha ayuda —se acerca a su viejo amigo y le da un abrazo, con beso en la mejilla.

—Gracias a ti por llamarme.

Unos minutos más tarde, María Pinta conduce su Alfa Romeo rumbo a la comisaría. Como en todos los casos en los que ha intervenido a lo largo de su carrera policial parece que existe una circunstancia en común: en algún momento durante la investigación le ha abordado la sensación de que *algo se me escapa*, ese algo es el causante de otra amarga sensación, *no tiene sentido*.

No, no tenía sentido que dos personan como Damián y Charly se vieran implicados en tres allanamientos. En dos de ellos entraron en las viviendas, y en el tercero accedieron, al menos Charly, al jardín. Todo llevado a cabo con unos pocos días de diferencia. Sin duda buscan algo con insistencia.

"Ese algo ha atropellado a Damián"

De nuevo, todo apunta a Carcelén: entran en sus dos casas y en el despacho de su abogado. Lo extraño es que, si a Charly y a Damián les movía la venganza, ¿por qué no actuaron contra Sixto Noriega en su casa o en NORIEGA PROCONS?

La inspectora entró en la comisaría sin poder abandonar esa amarga sensación.

"No tiene sentido. Tiene que haber alguien más o alguna motivación que no hemos tenido en cuenta hasta ahora"

—Si se os atraganta el caso, me puedes llamar —apunta el inspector Negredo al cruzar a su lado.

—Lo único que se me atraganta es tu presencia —murmura Pinta sin deja de caminar.

Negredo se gira y comienza a aplaudir.

Varios compañeros se detienen y observan la escena.

—¿Qué son esos aplausos, Negredo? —la grave voz del comisario sorprende al inspector y pone fin a las palmas— ¿Dónde se cree que está?

—Buenos días, jefe, vengo del chalé de los Carcelén en Comillas —dice María con la mano en el pomo de la puerta de la sala en la que se han instalado para trabajar.

—Buenos días, Pinta ¿Alguna novedad?

—La Policía Local de Comillas ha identificado a Carlos Tejón y a Damián Cortina como los individuos que vieron junto a la casa de Carcelén.

—Pase, pase —estira el brazo en dirección al interior de la sala. Olivares está frente a una pantalla de ordenador. Deja pasar a María y

cierra la puerta—. Continúe, Pinta.

Apenas le lleva dos minutos relatar el tiempo compartido con Genaro. El rostro del comisario no muestra la más mínima alegría. El de Olivares ofrece una apariencia similar al de Pinta, incomprensión y muchas dudas.

No, Redondo no estaba nada satisfecho. No por el trabajo de sus subordinados, sino porque confiaba en que el sospechoso inicial al que apuntaban todos los indicios o pruebas irrefutables, según se mire, fuese el sospechoso final.

—Su teoría va creciendo, ¿no es así, inspectores? ¿Creen que Cortina y Tejón entraron en casa de Carcelén y mataron a dos mafiosos y al abogado? —deja unos segundos de silencio— ¿De verdad, lo creen?

Los inspectores se miran.

—En absoluto, jefe —señala Olivares—. Nada apunta a que lleven armas, y todos sus antecedentes se remontan a años atrás cuando sucedió el juicio a Carcelén. Además, el agente de la Local, como ha dicho la inspectora, tampoco lo cree, en su opinión Carlos Tejón huía asustado.

—Pero algo tienen que ver en todo este asunto —intervienen Pinta—. Han aparecido en tres escenarios, me extraña que pudieran encontrar por sí mismos la dirección del chalé de los Carcelén en Comillas.

Redondo se atusa el bigote.

—¿Qué le lleva a esa conclusión? Localizaron las otras dos direcciones.

—Sí, pero eran de dominio público. La de Comillas estaba a nombre de Cesar Tirol.

Se hace el silencio en la sala. La mirada del comisario salta de Pinta a Olivares, y de Olivares a Pinta mientras su cabeza asimila la nueva información. Si tenían razón y no dudaba de ello, la puñetera teoría podría convertirse en una nueva línea de investigación.

—Sí, inspectora, tiene mucho sentido lo que dice —se dirige a Olivares— ¿Ha dado con algo? —quiere saber al tiempo que con un leve gesto de cabeza señala el monitor.

María dibuja una tenue sonrisa en dirección a su compañero.

—Para poder ser más concreto necesitaríamos rastrear el teléfono móvil de Carlos Tejón, y confrontarlo con el de Cortina —señala la pantalla—, que lo sitúa, cuando entró con su amigo, en la casa de Concha Espina y huyeron por el garaje, también lo sitúa en el allanamiento al despacho de Tirol y ahora veo que en la casa de Comillas.

—Si Cortina ha estado ahí —interviene Pinta señalando la ubicación en la que aparece el chalé de Comillas—, y Tejón también,

la versión del compañero de la Local que lo vio salir corriendo del escenario se confirma. Recuerde que afirma que el conductor llevaba coleta, como Damián Cortina.

—De acuerdo, hablaré con el juez Merino. Pediré orden de detención contra Carlos Tejón, para rastrear su móvil y registrar su casa —asegura camino de la puerta—. A ver si le localizan antes.

—Mínguez y Paredes están ello —indica Pinta.

—No descarten a Carcelén.

—A sus órdenes, jefe.

Redondo se gira, disimula una sonrisa.

—Olivares, no me toque las…

—No, jefe, no era mi intención.

—Olivares…

34

Elia y Jorge Carcelén.

Los hijos.

Como casi todos los sábados desde que regresaron de España, meses atrás, de enterrar a su madre, Elia y Jorge comen en casa de uno de los dos hermanos. La ausencia de Remedios les ha unido mucho más. Hoy tocaba en la de ella. Él se ha encargado, como de costumbre, de traer el vino.

Sobre la cocina lleva varias horas forjándose uno de los platos favoritos de Jorge: carrillada de ternera con patatas a lo pobre. Es capaz de renunciar a lo que sea con tal de no perderse la comida de su hermana. En la mesa aún quedan restos del aperitivo, media bandeja de ensaladilla alemana: patatas cocidas, salchichas de Frankfurt, pepinillos con sabor a anchoa, yogurt natural si es azucarado mejor, a gusto de Elia, mayonesa y mostaza, sin olvidarse de un poco de sal, pimienta y albahaca. Plato de recuerdo de su estancia en Berlín. Jorge ha aportado jamón de bellota y queso curado.

Sentados en sendas butacas aguardan a que la carrillada alcance su punto exacto para disfrutarla. El teléfono de Elia comienza a sonar. Echa un rápido vistazo a la pantalla.

—¿No lo vas a coger? Si es de algún admirador me encierro en la habitación.

—No seas tonto. Es un número desconocido.

Entre dudas y conversación la llamada se corta.

—Te sale de maravilla esta ensalada, y eso que no soy de pepinillos —apunta Jorge llevándose el tenedor a la boca.

—Y a ti te han quedado de maravilla el jamón y el queso, como siempre, no fallas —en su rostro una sonrisa pícara que se esfuma en cuanto el móvil vuelve a sonar insistente.

Ambos miran la pantalla.

Elia resopla y lo coge.

—Hi, Elia speaking! —en su rostro un mohín molesto.

Del otro lado de la línea apenas llega un murmullo suave, como un lamento.

—Ok… Who is it? If you are joking it´s a bad day…

—E…li… a… —el murmullo vocaliza entre sollozos.

Elia comenzaba a impacientarse. Si algo le caracterizaba no era precisamente la paciencia con las bromas absurdas y fuera de lugar.

—¿Quién es? —quiere saber Jorge sentándose junto a su hermana. Ella niega con la cabeza.

— Who is it?

—Elia, soy… yo… mamá… No…

Elia se incorpora como si de pronto le quemase el asiento.

—¡¡No tiene ninguna gracia!! ¡¡Mi madre está muerta!! ¡¡Muerta!! ¡¿Lo entiende?! ¡Váyase a la mierda! —corta la llamada y tira el móvil sobre la mesa.

Jorge observa sorprendido la reacción de su hermana.

—Pero, ¿quién es?

Elia enfurecida, con el gesto contraído, señala el móvil

—Dice que es mamá, ¿te puedes creer? ¡Mamá!

—¿Cómo?

La joven resopla un par de veces.

—¿Cómo es posible que haya gente así? No lo entiendo, de verdad.

Jorge mira a su hermana. Es una mirada empática, pero a la vez, una mirada desde fuera. Es la única manera de poder ver las cosas desde otra perspectiva.

—Hablaba en español, ¿no?

Ella asiente aún con el enfado en el cuerpo. Coge con aparente desgana un triángulo de queso.

—Sí, ¿cómo lo sabes si he hablado en inglés? —tuerce el gesto mientras mastica con lentitud.

—Al cogerlo sí, pero cuando te has puesto a gritar lo hacías en perfecto castellano —expone sonriente.

Elia queda en silencio, como si quisiera comprobar en sus recientes recuerdos lo expuesto por su hermano.

“¿En español?”

—Bueno, ¿qué importancia tiene? —pregunta antes de apurar el queso.

Jorge se pone en pie, se aproxima a la cocina, levanta la tapa que cubre la carrillada y aspira feliz.

—Huele de maravilla —mientras regresa junto a su hermana añade —: No sé qué importancia puede tener, pero al menos podemos descartar a cualquier estúpido o…

—Estúpida, era voz de mujer.

—…o estúpida de aquí. Lo que me lleva a preguntarme si tienes o tenemos a alguien en España capaz de hacer una gilipollez como esta.

—Pues, eh… —la mirada de ella atraviesa el suelo, se enfoca en su pasado, en visitas esporádicas a su país de nacimiento, sus amigos, conocidos, incluso enemigos si los hubiera. Nada.

Los dos hermanos permanecen en silencio. Ella, dando pequeños bocados a otro triángulo de queso. Él, alternando entre la ensaladilla alemana y el jamón de bellota.

Sí, los hermanos están en silencio, no así el móvil de Elia que vuelve a sonar. Ella da un respingo, regresando de sus lejanos pensamientos, clava su mirada en el teléfono. Los ojos de él siguen la misma dirección. En la pantalla ya no pone *Unknown number,* es un número de España.

—Cógelo tú, por favor —señala con un leve movimiento de cabeza el pequeño aparato.

A Jorge no le queda otra que actuar como lo que es, el hermano mayor que prometió cuidar de Elia siempre.

Siempre, es siempre.

—¿Sí? Dígame.

Se escucha un tenue balbuceo.

—Perdón, igual me he confundido, ¿Eh? ¿Jorge?

Sí, soy Jorge, pero no puede ser, no, no es posible. Váyase a la mierda. Quiere repetir las palabras de su hermana, pero no es capaz de vocalizar.

—¿Jorge? —insiste la voz.

—Sí…, soy yo.

—Por favor no me cuelgues como ha hecho tu hermana. Sé que os parecerá una broma, pero soy yo, vuestra madre tuve que… —solloza—. Tuve que…

Elia observa el rostro serio de su hermano al que una fuerza extraña le acaba de extraer cada gota de sangre.

—¿Es ella?

—… tuve que fingir mi muerte, por favor dejad que os explique, yo…

Jorge cuelga el teléfono.

No lo hace enfadado, ni encolerizado, ni con ganas de gritar a la *hijadeputa* que ha llamado haciéndose pasar por su madre, porque, porque es…

—Sí… —su voz apenas un balbuceo—. Es ella.

—¡Como vuelva a llamar, me va a oír! —grita furiosa.

Jorge continúa con la mirada absorta.

—Es… ella, es… mamá.

No fue fácil, ni rápido, sino complicado y lento, muy lento. Tras los esperados reproches iniciales y aceptar las primeras explicaciones que

Remedios se esforzaba por ofrecer a sus hijos, pudieron llegar al punto más alejado de algunas mal llamadas tertulias televisivas, en la que los contertulios sólo se escuchan a sí mismos.

Los primeros días transcurrieron entre nervios en la vida de los dos hermanos. Ella, en la agencia de publicidad no sabía si reír o llorar. Él, en su empresa constructora luchaba por mantener la concentración en su trabajo.

No, tampoco fue fácil.

Remedios, al menos, contaba con la experiencia del último año. Experiencia, que no costumbre. Se vestía de modo diferente a la Reme conocida, procuraba no llamar la atención. El objetivo pasaba por ser lo más parecida a una mujer invisible.

Sí, Remedios tenía cierta experiencia, lo que le otorgaba ventaja a la hora de aceptar la nueva situación. No tenía problemas para guardar silencio porque no trataba con nadie, ni podía hacerlo. Seguía en la medida de lo posible tras los pasos de Sixto Noriega, en ocasiones los de Ceci Tirado, convencida, como estaba, de que la clave de todo radicaba en esa pareja.

La nueva situación funcionaría, en palabras de la propia Reme, si todos continuaban con su vida normal. Sus hijos tenían dos opciones para comprobar la veracidad de sus palabras. Podían pedir la exhumación de sus supuestas cenizas e intentar extraer algún rastro de ADN, tarea imposible, o bien coger un vuelo hasta Santander y confirmar con sus propios ojos la veracidad de la historia. Por supuesto, nada de compartir con nadie que el cuerpo incinerado no era el de ella.

—¿Quién era la mujer que incineraron? —quiso saber Elia en un tono cercano al reproche, con pinceladas de incredulidad.

—Me secuestraron…

Ni Elia, ni Jorge, podían esperar una afirmación como esta. ¿Secuestrada? ¿Sin que nadie lo supiera? ¿Nada en las noticias? ¿Cómo escapaste? ¿Y el accidente? No cesaban de hacer preguntas que partían nerviosas de sus bocas pisándose unas a otras, sin aguardar respuesta. Cruzaban sus incrédulas miradas, negaban con vehemencia.

No, no era posible, pero, ¿y si lo fuese…?

—Sé que tenéis mucho que reprocharme, muchas preguntas que hacer, y yo os quiero responder a todo —calla unos segundos—. Posiblemente me odiéis más que a nada en el mundo en estos momentos, lo entiendo, pero me gustaría pediros un favor.

El favor era sencillo, quizá más sencillo de realizar de lo que en un momento se les pasó por la cabeza.

—¡¿Que vayamos a Santander?!

Al menos coincidían los tres en que era la única forma de comprobar si la mujer que ha aparecido en sus vidas era realmente su

madre. Elia no quería vídeo conferencias, no se fiaba.

A Reme le costó cerca de dos semanas que llegara el día que se iba a convertir en el más feliz de su nueva vida: el de ir a recoger al aeropuerto a dos de las tres personas que más quería.

Elia y Jorge.

Otras tantas horas para que los tres se abrazasen sin reproches en el salón de su nueva casa en el barrio Monte Cobanera. La primera impresión no fue como Remedios lo había soñado a pesar de que era consciente de que su aspecto distaría mucho del que sus hijos tendrían grabado en sus recuerdos.

Los vio salir a la zona de espera. No podía agitar los brazos en alto, ni saltar de alegría y mucho menos quitarse el pañuelo y las gafas.

También los vio mirar de un lado a otro, desanimados, diría que decepcionados por su ausencia.

—Menos mal que insistí en que nada de video conferencias, que cara a cara, ¿ves? no está —señalaba Elia enfadada con ella misma por tener razón, y con su hermano por no creer en lo que le decía.

—Mira esa mujer de allí —Jorge levantó levemente la cabeza en dirección a un extremo del numeroso grupo de personas que, como ellos, esperaban.

—¿Dónde?

—Allí, la mujer del pañuelo.

Al fondo, una mujer permanecía inmóvil, con la cabeza apuntando en su dirección, los ojos ocultos por unas gafas a pesar de estar en el interior del aeropuerto.

La mujer comenzó a desplazarse lentamente.

Bastaron esos primeros movimientos de Remedios para que Elia la reconociese a pesar de su aspecto extraño, a pesar de cubrirse la cabeza y esconder la mirada, a pesar de las horas lloradas por ella.

“Es mamá…”

A pesar de todo esto no iba a lanzarse a sus brazos, tampoco Reme, pero por motivos bien distintos. Los hermanos por un lado y la feliz y angustiada madre por otro rodearon a la cada vez más menguante concurrencia hasta confluir en una columna.

No, definitivamente la primera impresión distó de la imaginada, vivida y soñada en las últimas y eternas noches de insomnio. Sus hijos permanecían como dos pasmarotes frente a ella, como si pretendieran atravesar pañuelo y gafas con la mirada.

Reme se quitó las gafas.

—Os abrazaría con todas mis fuerzas, pero estamos rodeados de cámaras y…

—Mejor así, no estoy para falsos abrazos —cerca estuvo Elia de añadir, *mamá*, pero se contuvo a tiempo gracias a su orgullo.

Remedios esbozó una media sonrisa de esas de aceptación de todo

lo que venga, sea lo que sea. Una media sonrisa que pretende quitar hierro a la situación, izando en lo más alto la bandera blanca. Sí, una media sonrisa de paz, de estar dispuesta a someterse a un tercer grado sin queja.

—¿Me seguís? Tengo el coche fuera.

El camino desde el aeropuerto Seve Ballesteros, en un viejo Honda Civic del 2001, hasta la nueva casa no fue una ostentación de alegría familiar. Restaban unas pocas horas más para que Elia despedazara su artificial caparazón y se abrazara al cuello de su madre llorando desconsolada. El fin de semana lo pasaron entre el salón y la cocina, la cocina y el salón, entre intensos momentos de locuacidad y otros no menos intensos de silencio.

Entre reproches y comprensión.

Fue sólo un fin de semana, pero vivido como unas vacaciones de verano con sus treinta días. La despedida fue en el coche. No resultaba conveniente que una mujer con pañuelo y gafas llamara la atención dentro del aeropuerto una vez más.

Faltaban pocos días para que todo se precipitara.

Una llamada.

No una cualquiera, sino una llamada que les informaba a Elia y Jorge que sus cuentas bancarias relacionadas con el dinero de sus padres tocaban fondo.

Una llamada extraña que provocó que Remedios fuese al despacho de César Tirol a pedir explicaciones. La misma idea que llevaron a cabo Elia y Jorge.

Algo pasaba, y no iban a quedarse de brazos cruzados.

35

Fabio Carcelén

Sexto día en libertad

Fabio Carcelén lleva varias horas con la mirada más allá del adictivo paisaje que le ofrece la ventana de su dormitorio. Otra noche más en blanco, sin apenas pegar ojo. El sol lucha contra fornidos nubarrones por hacerse un hueco y cumplir con su amanecer diario. Poco a poco, los insistentes rayos van avanzando en su propósito. Poco a poco y durante escaso tiempo, porque los fornidos nubarrones reclaman la presencia de más de los suyos para hacerlos frente. Su ojo experto le dice que en los próximos minutos no habrá un ganador claro, la pugna se alargará durante las siguientes horas.

Por lo menos.

Aunque por *la tierruca* nunca se sabe.

Se incorpora, con pasos lentos se aproxima hasta la ventana. Deja que su mirada salga galopando por el campo, alcance a lo lejos el manto de arena y chapotee en la orilla.

Sonríe.

Es una sonrisa a lo que fue.

¿Por qué no una sonrisa a lo que puede ser? Ya nada le puede sorprender. No, nada. A su espalda, el semblante tranquilo de Remedios durmiendo le sirve como prueba irrefutable.

Coge el móvil de la mesilla de noche.

—¿A quién vas a llamar?

Fabio se gira.

—Disculpa que te haya despertado.

Reme se tumba de lado. En su rostro una sonrisa soñolienta.

—Estaba despierta. ¿Qué hora es?

—Las seis y cuarto —mira el móvil—. Voy a llamar a Torquemada.

Remedios se incorpora.

—¿Estás seguro?

Fabio toma asiento junto a su mujer. Sí, ha dejado de ser viudo,

siempre prefirió la vida de casado.

—No quiero que publique nada de ti. He mirado la edición digital de *El Diario Montañés* y no te nombran, lo mejor es que lo llame.

—¿Crees que te hará caso?

Fabio niega despacio, labios apretados.

—No lo sé, pero tengo que intentarlo. Es periodista y ya sabes.

—Sí, ya sé…

Marcelo Torquemada tampoco está pasando sus mejores noches, ni es la primera vez, ni con seguridad será la última. Siempre que en su trabajo se mezclaba la función de periodista que le empuja a informar, para eso le pagan, con la vertiente humana que le susurra que no todo vale, para eso no le pagan, juntar dos horas de sueño ininterrumpidas se convierte en un objetivo de difícil acceso.

Lleva la vista al reloj de pared.

"Las seis y cuarto"

Vuelca la cafetera en la taza y se dispone, si no a disfrutar, sí a dejarse acompañar por el segundo café de la mañana, cuando escucha a lo lejos los acordes de "*Agradecido*" de Rosendo, de reciente incorporación como tono de llamada.

"Déjame que pose para ti…

Eres tú mi artista preferida…"

Con una mano ajustando las gafas de madera, la otra sin soltar la taza, pero sin que se derrame una gota al suelo, desplaza lo más rápido que puede su delgado cuerpo hasta el salón-comedor-lugar de trabajo.

Lo primero que llega de Marcelo al salón es su mirada que se clava en la pantalla iluminada. Su cuerpo aún recorre los últimos metros del pasillo.

El tono de llamada continúa:

"Prometo estarte agradecido…"

Nadie llama a estas horas a no ser que se le requiera para cubrir alguna noticia.

"Fabio Carcelén"

De la sorpresa casi se le caen las gafas y el café. Vuelve a consultar la hora.

—Sí, las seis y cuarto —murmura para sí al tiempo que atiende la llamada.

—Señor Carcelén…

—Buenos días Torquemada, confío en no haberle despertado —su tono expresaba escasa confianza en sus palabras, no eran horas de llamar a nadie. Lo sabía, pero…

—No, no se preocupe estaba con mi segundo café del día.

—Veo que en algo nos parecemos… —se escucha un suave carraspeo—. Quería proponerle algo.

—Dígame.

Las dudas aún no han abandonado del todo el ánimo del expresidiario. Debía tomar una decisión, ya.

“No hay tiempo para dudas…”

—Verá, vaya por delante que me fio de usted, del mismo modo que se fio mi mujer.

—¿Está con usted?

“Directo al grano el muy…”

Como si no hubieses escuchado al periodista, Fabio continúa: —Le prometí una exclusiva con todo lo que quisiera preguntar.

—Sí, yo también me fio de usted.

De nuevo otro carraspeo. Remedios le acerca un vaso de agua.

—Necesito, mejor dicho, necesitamos, que retrase un tiempo la noticia de… de… mi mujer. Tenemos asuntos que solucionar que se complicarían si se hace público que está viva.

“Al menos tengo la confirmación de mis sospechas”

Ahora es Torquemada el que se toma sus segundos.

—Si se entera cualquier compañero de profesión adiós exclusiva.

—Nadie tiene que enterarse. Sabe esconderse bien.

Marcelo asiente. Eso era cierto, llevaba más de un año viviendo en la sombra con todo lo que eso conlleva.

—Si quiere decir que me ha visto en un coche, que subió una mujer, que nos siguió y nos perdió de vista no hay problema, pero por favor, ni siquiera insinúe que se trata de Remedios.

—De acuerdo, ¿puedo saber dónde están?

Una vez más se hace un breve silencio en la línea.

—No ayudaría a nadie, ¿no cree? Pero descuide que lo sabrá.

—De acuerdo. ¿Sabe usted que la policía le está buscando por los tres cadáveres del chalé de Comillas?

—No, pero lo imagino. No escucho las noticias.

—Quizá debería replanteárselo.

De haber puesto la televisión o la radio durante los dos últimos días se habría enterado de que en los medios y sus tertulias es señalado indirectamente como el autor del fallecimiento de tres personas. En esas mismas noticias se habría llevado la grata sorpresa de que la propia policía no le señala como culpable de la matanza.

“…se acaba de iniciar la investigación, como bien saben. Lo único que puedo adelantarles es que ha habido una reyerta en el interior de la vivienda con el saldo de tres fallecidos.

—¿Carcelén se encuentra entre ellos?

—No.

—¿Es el culpable?

—Como acabo de decir, se ha iniciado una investigación. Hasta el momento están abiertas todas las posibilidades —el comisario respondía a la salida de Jefatura a las preguntas de los periodistas.

—¿Saben dónde se encuentra Carcelén?

—Estamos buscándolo para interrogarlo…”

Cuando se despidieron, Torquemada se sentó frente a su portátil y comenzó a escribir un artículo:

“*Carcelén es visto en compañía de una mujer*”

La Policía Nacional, con los inspectores María Pinta y Diego Olivares a la cabeza, ponen cerco a Fabio Carcelén al que se busca para interrogarle. Una patrulla de la policía lo perdió cerca de la que fue su vivienda habitual en la calle Concha Espina. De momento, no pesa ninguna acusación en firme contra él, pero su nula colaboración no hace sino aumentar las sospechas de su posible implicación.

La gente se pregunta por qué huye si es inocente. Este periodista aporta dos posibles explicaciones. Huye porque es culpable, o huye porque es inocente y sólo desde la calle puede contar con un mínimo de libertad para demostrar su inocencia. Quizá lo que Fabio Carcelén persigue es convencer de una vez por todas a la justicia de su nula participación en los fatídicos hechos acaecidos doce años atrás en Isla, como bien defendió ante quien quiso escucharla su mujer, Remedios Palacio”

Fabio introduce el móvil en el bolsillo del pantalón con gesto afectado.

—¿Qué sucede?, ¿qué te ha dicho?

—La policía me está buscando para interrogarme.

Remedios se incorpora.

—¿Me cuentas qué sucedió, Fabio?

—¿En Comillas?

—Sí.

Carcelén se deja caer en un extremo de la cama. Mira a su mujer y esboza una triste sonrisa.

—Quizá no te guste lo que oigas.

—Me arriesgaré —la sonrisa de Reme cubre de algo de esperanza la extraña mueca de Fabio—. Sabes que siempre te he apoyado.

—Sí, lo sé.

Una hora más tarde, tras un intenso y final silencio Reme y Fabio bajan cogidos de la mano las escaleras rumbo a la cocina. Había llegado la hora del desayuno. Ella se encargaría de hacer el zumo, él de la cafetera y de poner la mesa, pero unos extraños ruidos que provenían del jardín de la casa lo impidieron.

Carcelén levanta la palma de la mano en dirección a su mujer.

—Hay alguien fuera… —dijo moviendo los labios sin emitir sonido alguno.

Dos sombras cruzan frente a las ventanas del salón y el recibidor.

Fabio señala las escaleras y pide a Remedios que se esconda arriba, ante las visibles dudas de ella, insiste con mayor vehemencia.

—Vamos… vamos… —susurra gesticulando con firmeza.

Reme desaparece escaleras arriba, mientras Fabio se aproxima hasta la puerta principal. Los inesperados visitantes han vuelto a cruzar frente a una ventana del salón, Fabio retira la llave de la cerradura. Mira en torno, asiente, abundan las sombras frente las zonas expuestas a la creciente claridad del exterior. Con varias zancadas rápidas y silenciosas desplaza su enorme cuerpo hasta la cocina, se hace con un rodillo de amasar y regresa junto a la puerta de acceso a la vivienda.

Silencio.

Agarra el rodillo como si de un bate de béisbol se tratara. Siente pequeñas gotas deslizándose por la espalda y otras perlando su frente.

Su *sombra* se está desperezando No tenía ni idea de quiénes podrían ser. Lo único que sabía es que no se trataba de una visita de cortesía. No, no tenía ni idea, pero sus sospechas apuntaban a que tendría relación directa con los individuos que entraron en Comillas acompañados de Tirol. Si los deja entrar le harían las mismas preguntas sobre un dinero que él jamás tuvo. En cada ocasión que se planteaba por qué le señalaban a él como la persona que se había quedado con un dinero que no le corresponde, la imagen de su exsocio se forma nítida en sus recuerdos. Una imagen que no refleja los buenos momentos compartidos, sino aquellos en los que comenzaron a alejarse sin un motivo concreto. Quizá si hubo motivo, y fue una sucesión de estos los que ocasionaron que viera a Noriega con otros ojos. Sin embargo, en lugar de marcharse, optó por enfocarse en su trabajo en la calle, en cada obra.

“Ya es tarde para lamentaciones”

Con Sixto muerto la posibilidad de obligarle a confesar o encontrar pruebas en su contra se desvanecía por completo.

De nuevo, las sombras en el cristal.

De nuevo, silencio.

Clic.

Un suave clic… Otro.

El pasador de la puerta se desliza perezoso.

Fabio aferra con fuerza el rodillo, echa un pie atrás cuando la puerta comienza a abrirse despacio, muy despacio. Tan despacio como el transcurrir de los segundos. El tiempo parece detenido. Quien quiera que haya al otro lado se toma su tiempo para entrar. Escucha un suave murmullo.

De repente, el tiempo quiere recuperar su propio tiempo perdido y todo se acelera. La entrada de la primera sombra con la cabeza cubierta por un pasamontañas, y una pistola de avanzadilla, detrás la otra sombra. El tremendo empujón, propinado con todas sus fuerzas aunadas en los más de cien kilos de Fabio y con la carga de adrenalina al máximo, que impactó en el primer visitante lo lanzó contra el segundo. Fabio echó hacia atrás el rodillo, y lo lanzó contra la primera sombra. Sonó un crujido, como el de una enorme nuez sometida a un demoledor cascador. La pistola cayó al suelo. Fabio lo supo por el oído, estaba más concentrado en estallar su puño en la cabeza de la segunda sombra buscando el K.O.

No acertó. No de pleno.

Mientras caía al suelo la primera sombra, la segunda, aún aturdida, de rodillas, apuntó con la pistola a la figura recortada de Carcelén en la pared, y disparó. Fabio sintió como un mordisco en el cuello y salió despedido hacia tras golpeándose la cabeza contra la pared.

De nuevo, el tiempo detenido.

La segunda sombra se incorpora con cautela.

De haber querido matar al propietario de la vivienda a la que pretendía acceder ese era el momento. Sin embargo, no se trataba de una opción. Lo primero era averiguar si lo había matado, de su compañero ya se ocuparía más tarde.

No debía matarlo.

Fabio, lo sabía.

Al menos eso quería creer para mantener la esperanza. En cuanto lo tuvo a la distancia necesaria lo agarró de la mano que sostenía la pistola, tiró hacia abajo con todas sus fuerzas hasta que la soltó. La pistola rodó un par de metros fuera del alcance de la vista, sólo podían guiarse por el sonido.

El individuo propinó un puñetazo a Fabio para soltarse del agarre de su manaza. Avanzaba de rodillas palpando el suelo buscando la pistola.

—No des un puñetero paso más…

Una voz firme de mujer le obligó a detenerse.

Sólo un momento. Al fin y al cabo, se trataría de alguna guarra que Carcelén habría llevado a su casa.

Ese fue su error.

Lentamente comenzó a incorporarse. De pronto se giró veloz,

buscando a la propietaria de la voz.

Este, su segundo error.

Remedios Palacio no estaba para bromas.

Con su marido en el suelo, sus hijos que no respondían al teléfono desde que los vi partir tras Tirol y dos individuos más, su paciencia y, sobre todo, la esperanza de recuperar el tiempo perdido junto a Fabio, se fundió todo en uno cuando vio al individuo abalanzarse sobre ella.

Disparó. El hombre cayó al suelo, llevó una mano al hombro. Tiempo que aprovechó Fabio para ponerse en pie y lanzarse sobre él golpeándole una vez, y otra y otra.

—Fabio…

Y otra…

—Fabio… —la suave y temerosa voz de Reme junto al tacto de sus manos en los hombros le despertó de su *sombra*.

Remedios se abrazó a su marido y lloró

Lloró de rabia, de angustia, de pena, de alivio.

Lloró por los duros años pasados, por el tiempo que llevaba escondida.

Lloró por la injusticia. Lloró por su familia.

—Ya pasó… Tranquila… Tranquila —susurraba Fabio en el oído de su mujer con los ojos cargados.

Una vez recuperado el aliento, ataron de pies y manos al segundo visitante no deseado. El primero, aunque vivía, permanecía inconsciente.

—Voy a llamar a la policía.

—¡¿Cómo?! —Remedios no daba crédito.

—Es lo mejor. Mira, no podemos enterrarlos en el jardín, si lo hiciéramos vendrán otros.

—Ya, pero si llamamos volverás a la cárcel y…

Fabio lleva sus manos al rostro de una angustiada Reme.

—Me están buscando, no quiero darles más motivos. No contigo aquí y los niños cerca. ¿Lo entiendes?

Como respuesta, Remedios sorbe la nariz y niega lentamente.

—No me fio de la puñetera justicia, Fabio, no me fio.

Carcelén da un suave beso a su mujer en la frente.

—Por eso vamos a hacer una cosa. Cuando la policía venga, sólo me van a encontrar a mí.

—¿Qué quieres decir?

Carcelén se toma unos segundos.

—Voy a sacarle como sea a este —señala a la segunda sombra—, quién y a qué les han enviado. Contigo fuera tenemos más posibilidades de encontrar pruebas.

Remedios asiente.

—Vale, pero no me voy hasta que responda.

—¿Tienes dónde ir?

—Sí, siempre tengo un plan B —esboza una mueca que no termina de parecer una sonrisa.

36

Diego Olivares había logrado, al fin, caer en un profundo, pero angustioso sueño en el que veía a su hijo fallecido, Toñín, manipulando su pistola. Sí, lo veía a un par de metros escasos, ajeno al peligro que sostenía entre sus manos, feliz, divertido.

Sí, ajeno al peligro.

Diego quería acercarse y arrebatarle la pistola. Unas invisibles y enormes manos lo sujetaban por los hombros impidiéndole moverse.

"¡Noooo!"

Gritaba con todas sus fuerzas. Un grito mudo, silencioso, de su boca no partía una sílaba. Lo ve apuntar hacía su propio cuerpo, sonriente.

Sí, ajeno al peligro.

Un clic. Otro, como si se hubiera encasquillado la pistola.

"¡Nooo!"

Un sonido estridente junto a una musiquilla lejana…

Abre los ojos asustado, empapado en sudor. Mira en torno.

Sobre la mesilla de noche la pantalla del móvil iluminada, la alarma del reloj sonando.

Se incorpora, corta el estridente sonido y coge el móvil.

"Comisaría"

—¿Sí? —su voz apenas un áspero balbuceo.

—Diego, soy Paula de la comisaría, perdona que te moleste a estas horas, pero ha habido un tiroteo relacionado con un caso que estáis llevando.

—Dime, no te preocupes, estaba despierto —las palabras parten como a empujones, no suenan muy convincentes—¿Qué ha pasado?

—Se trata de Fabio Carcelén.

El cansancio, la falta de sueño, el dolor de la pesadilla que daba por superada, se evaporan.

—¿Cómo?

—El 112 ha recibido una llamada del señor Carcelén sobre un tiroteo en su casa. Hay tres heridos.

—¿En la calle Concha Espina?

Sonido de papeles al otro lado de la línea.

—No, Diego, al norte de la ciudad, en el barrio de Monte

Corbanera.

Olivares desliza una mano por su rostro y se pone en pie.

—¿Estás segura de que esa es la dirección?

—Sí, han salido un par de ambulancias y dos patrullas hacia allí.

"¿Cuántas casas tiene este tío?"

—¿Quieres que llame a María?

El inspector mantiene la mirada fija en la imagen que le devuelve el espejo del baño de su demacrado rostro.

—No te preocupes, me encargo yo. ¿Sabes quiénes son los heridos?

De nuevo un murmullo de papeles.

—El propio Carcelén y dos sujetos de los que no sabe el nombre.

—¿Ninguna mujer?

—No, que yo sepa.

—Diles que no se lleven a Carcelén hasta que lleguemos nosotros.

—De acuerdo.

A María apenas le dio tiempo para meter la cara bajo el chorro de agua fría y salir en dirección a Santander para recoger a su compañero. Pasaban unos minutos de las ocho cuando aparcaban frente a la nueva casa de Remedios. Frente a ellos un juego de luces de ambulancias y patrullas junto con varios grupos de madrugadores curiosos.

Quizá para los curiosos profesionales nunca es temprano, ni tarde.

—Buenos días, inspectores, está ahí dentro—señala un oficial hacia el salón—. El acceso es un poco complicado. Había dos individuos atados de pies y manos

Los inspectores cruzan sus miradas.

—¿Atados? —más que una pregunta se trataba de una exclamación de asombro por parte de Pinta.

—Sí, inspectora.

—¿Algún muerto?

El oficial niega.

—No, solo tres heridos. Uno de ellos tiene un fuerte impacto en la cabeza, parece que le han atizado bien con un rodillo de amasar.

La puerta de la vivienda permanecía medio bloqueada por una lámpara. Varios cuadros, muebles, sangre y cristales de distintos tamaños alfombraban el suelo. Dos camillas con sus respectivos ocupantes atendidos por técnicos de emergencias escoltados por dos parejas de policías.

—¿Dónde…? —pregunta a un oficial que con el pulgar le señala a su derecha.

—¿Cómo está?

—Ha tenido suerte, inspector. La bala sólo le rozó.

Sentado en el sofá, Fabio Carcelén llevaba una mano al cuello recién curado con un aparatoso apósito.

Esquivando los restos de la pelea, evitando contaminar la escena, los dos inspectores llegan hasta los dominios de Carcelén, que se muestra extrañamente tranquilo.

—Soy la inspectora Pinta, él es mi compañero el inspector Olivares.

Fabio asiente en silencio.

—Es usted el hombre más buscado de España —señala Olivares.

—Triste honor, inspector. Nada más lejos de mi intención, pero parece que atraigo lo peor de las personas.

—¿Quiénes son? —quiere saber la inspectora señalando las camillas.

—No lo sé, supongo que estarán relacionados con los que fabricaron las pruebas para que me encarcelaran.

María y Diego no esperaban una salida así, imaginaban algo como que fue en defensa propia, estaba en mi casa, sólo me defendí. Pero en lugar de eso se hallaban ante una persona tranquila y entregada a su suerte, a su mala suerte.

—Yo que ustedes los vigilaría hasta donde los lleven. Estoy seguro que tienen que ver con los que entraron en mi casa de Comillas —soltó convencido.

Llegó el turno de la pregunta fuera de contexto de María.

—¿Y su mujer?

Fabio recibió el golpe con la guardia baja, muy baja, pero fue capaz de recuperarse rápido. La experiencia en prisión debía servir para algo.

Sí, rápido, pero no lo suficiente.

—¿Mi mujer? —intentó disimular la primera sensación que le embargó. Una sensación de me cago en ellos, lo saben. Para ello ofreció un asombro exagerado, para terminar en un fingido enfado— ¡¿Cómo que mi mujer?! ¡Está mu…

—Está viva —se adelantó Pinta—. Sabemos que la recogió en un coche y…

—Están equivocados —el rostro amable de Carcelén dejó su lugar a un semblante pétreo—, pero si quieren pueden hacer algo por ellos.

Pinta mira a su compañero, ladea el rostro.

—¿Ellos? ¿Los que se acaban de llevar?

Carcelén niega sorprendido por la pregunta.

—No, no. Me refiero a mis hijos, hace dos días que sus teléfonos no dan señal.

—¿En Londres o aquí?

Una vez más, Carcelén asiste a su propio debate interno. Diga lo que diga la siguiente pregunta será si los ha visto. Si contesta que no, añadirán algo como, habrá hablado con ellos, ¿no? Si vuelve a

contestar que no…

—En Santander —suelta sin haber un claro ganador del debate interno.

—¿Han venido a verle? —quiere saber Diego. Una pregunta amable sin segundas intenciones, que a Fabio le genera una presión en el debate.

—Pues, no exactamente, inspector —una idea cruza por su cabeza, la suelta, fin del debate—. Fue César Tirol —mintió—, me comentó que pensaban venir a Santander. He intentado hablar con ellos, pero sus teléfonos están fuera de cobertura.

Para Pinta había llegado el momento de dejar las tonterías a un lado. Miró alrededor.

—¿Nos pueden dejar solos un momento, por favor?

María toma asiento junto a Carcelén.

—Somos conscientes de que no está pasando un buen momento, señor Carcelén…

—Los he pasado peores.

—No lo dudo —calla unos segundos—. Entendemos que haga todo lo que esté en su mano para proteger a los suyos, yo haría lo mismo. Sabemos, como usted, que su mujer está viva, hemos hablado con ella.

—Localizamos el coche en el que la recogió y abandonaron en un garaje —interviene Diego—. Los compañeros de Científica están examinando las pruebas recogidas en el vehículo —mintió—. Sabe que encontrarán su ADN y el de Remedios Palacio, ¿verdad?

Fabio permanece impasible.

—Cuando entraron esos dos —señala hacia el vestíbulo—, había una amiga conmigo, se quedó a pasar la noche, le dije que se fuera.

—¿Remedios Palacio?

—Entenderá que después de diez años no… —Carcelén no estaba por la labor de abrirse.

Ni Pinta de dejarse amedrentar.

—¿Ha dicho a sus hijos que no falleció en el accidente? —quiere saber la inspectora.

Fabio retiene la respuesta unos segundos. Lleva la mano al cuello, cambia de posición frunce los labios, no merece la pena seguir la pose del viudo atacado en su propia casa.

Asiente.

—Sí, hace unos días. Ella sabe que están aquí, pero no los localiza. ¿Podrían buscarlos? Por favor.

—¿Y su mujer?

—Dijo que no parará hasta encontrarlos.

—De acuerdo. Tenemos que hacerle unas preguntas en relación a

los tres fallecidos en su casa. ¿Nos acompaña, por favor? —pide Pinta puesta en pie.

—¿Estoy detenido?

—Me temo que sí.

Para Carcelén era más que suficiente, por el momento, haberse sincerado parcialmente. No iba a añadir que la última vez que Remedios vio a Elia y a Jorge fue en su coche, frente al despacho de Tirol, siguiendo al abogado y a los dos individuos que se presentaron en su casa. Sí, podía añadir que también se encontraba Noriega, pero algo le decía que fuera poco a poco o quizá sus hijos pasarían de desaparecidos a sospechosos.

Tras leerle sus derechos a Fabio Carcelén y animar a los compañeros de Científica a que acelerasen sus conclusiones sobre todo lo que encontrasen en la escena, fundamentalmente ADN para identificar a los desconocidos, regresaron a comisaría.

A bordo del coche de la inspectora, los dos compañeros dedicaron los primeros minutos a poner en orden sus ideas, las primeras conclusiones, que, en numerosas ocasiones, se aproximan mucho a la verdad.

—Otro que nos miente en nuestra cara, Diego —dice María con la mirada al frente—. Apuesto lo que sea a que la supuesta amiga con la que pasaba la noche era Remedios Palacio.

Olivares miraba por la ventana, quizá aún no había puesto orden a sus ideas, o quizá sólo tratase de buscar una explicación más allá de lo que se les ofrecía.

—Pienso como tú, María, y le doy la razón.

Cerca estuvo la impetuosa inspectora de clavar el freno hasta el tacón de la bota y de pedir explicaciones. Se conformó con lo segundo.

—¿Qué quieres decir con que le das la razón?

Olivares se retrepó en el asiento.

—Yo hubiera hecho lo mismo. Si estoy con mi mujer, entran unos malos y logramos desarmarlos, lo primero sería comerme yo el marrón y que ella siguiera escondida.

—¿Por heroísmo? No lo veo, creo que…

—No, no, nada de heroísmo. Verás —Diego se coloca de lado mirando el perfil de Pinta—, con ella fuera tienen más opciones de investigar por su cuenta, que es lo que están haciendo.

—Entiendo, y los dos sicarios o lo que sean, sólo pueden decir, si lo dicen, que había una mujer que huyó o se fue.

—Exacto. De alguna forma corroboran la versión de Carcelén. Gracias a tu pregunta sobre su mujer lograste descolocarle.

Pinta maniobra para acceder al aparcamiento de la Jefatura.

Detiene el coche.

—Ya… —queda pensativa, niega despacio—, pero todo esto sólo le valdrá hasta que Científica analice la escena, se descubrirá que hay ADN de Remedios Palacio.

—Exacto y él lo sabe —abre la puerta—. Lo que me preocupa es lo que ha dicho de sus hijos. Dos días sin saber de ellos, con lo que está cayendo en esa familia, me parece mucho tiempo.

En cuanto ponen un pie en comisaría, Paula, la oficial de recepción, les señala con el mayor disimulo posible a una pareja que aguarda inquieta.

—Son los del otro día… —murmura.

María localiza a Yoli y a su marido, se gira hacia su compañero, esboza una sonrisa de difícil interpretación y comienza a alejarse.

—Todos tuyos, Diego. Voy adelantando el informe —sin esperar comentario alguno se encamina hacia el pasillo.

Olivares mira a la pareja, luego a la espalda de su compañera.

—Espera… no me dejes con… —susurra.

—¡Comisario! —Yoli Tirado se incorpora de la silla en dirección a Olivares. Tras ella su abogado y marido—. Comisario… —insiste.

Diego deja los brazos en jarras, dispuesto a entregarse a una conversación absurda.

—Soy inspector, no comisario.

Yoli frunce los labios, su semblante refleja el desencanto que le ha generado la corrección.

—Ah, pensé que hablaba con el comisario, es decir con el superior.

Olivares niega.

—No, el comisario Redondo es el superior, si quiere, acérquese a recepción y que le indiquen cómo ponerse en contacto con…

Yoli sacude una mano en el aire como si de pronto le hubiese atacado un enjambre de avispas.

—No, no, no. Disculpé, creí…

—Venimos para saber si han averiguado cómo sucedió el fatal accidente que… —interviene Goyo Martínez.

—Creo que ya les comenté que no fue un accidente, los echaron de la carretera.

La mujer mira a su marido con el gesto contraído, buscando confirmación. Lo gira de nuevo hacia Olivares, en silencio, como si lo que acababa de comentar careciera de importancia en el tema que les había llevado, una vez más, hasta allí.

—Es la cuarta vez que venimos y nadie nos dice nada —apunta

compungida Yoli.

El inspector aprovecha el momento para poner en práctica todos los cursos que ha recibido de control de las emociones. No deja de sorprenderse por la falta de empatía de la pareja.

—Como les decía, no se trata de un accidente, lo que implica una investigación más minuciosa de los hechos —clava la mirada en la hermana de Ceci. De repente le ha asaltado una punzante duda—. ¿Me pueden decir quién les ha dicho que el orden del fallecimiento es importante?

La pareja se estudia durante unos segundos.

—Pues eh… el abogado —dice Yoli en un tono extrañamente bajo.

Sin saber muy bien por qué, Olivares presiente que puede haber un hilo del que tirar.

—El abogado… —niega lentamente—, ¿el abogado de quién?

—De quién va a ser, inspector, de ellos, de mi hermana y de su impresentable marido.

Goyo lleva ambas manos a los bajos de su americana y la estira con firmeza.

—Se refiere a don Servando Linar, del prestigioso bufete Linar & Houston. Son el número uno en patrimonio y herencias —interviene el abogado orgulloso de sus palabras.

La mente de Olivares navegaba por otras aguas.

—¿Dicen que también es el abogado de Sixto Noriega?

—Efectivamente, puesto que han fallecido, su bufete será el que se encargue de gestionar su fortuna.

"¿Fortuna?"

Un agudo cosquilleo trepa y cae por el cuerpo del inspector. Un cosquilleo molesto, muy molesto y conocido. Un cosquilleo que le avisa de que está dejando pasar algo por alto y no parará de trepar y caer incansable por su cuerpo hasta que averigüe de qué narices se trata.

Olivares se gira dispuesto a poner fin a la conversación.

—En cuanto nos informen de lo que les preocupa nos pondremos en contacto con ustedes, ¿o prefieren que lo hagamos con Linar?

Una vez más la pareja se mira.

—No, no, con nosotros —decide al fin Yoli—, con nosotros.

—Así lo haremos. Con su permiso, tengo que proseguir con la investigación.

Olivares camina por el pasillo enfrascado en su reciente conversación con la extraña pareja.

—Si se os complica el caso, Olivares, no dudes en contar conmigo —señala divertido el inspector Negredo—, sigo siendo el que más

casos lleva resueltos —estira un dedo en su dirección emulando un conocido *meme* de Julio Iglesias—, y lo sabes.

—Lo tendré en cuenta.

Diego accede a la sala y ve a Pinta frente al ordenador.

—María, eh…

—Estaba leyendo…—dice sin separar la cabeza de la pantalla—, una actualización de *El Diario Montañés* firmada por Marcelo Torquemada, te va a sorprender.

Olivares toma asiento.

—¿Más que la conversación con esa pareja?

Pinta esboza media sonrisa.

—Ahora me cuentas, pero mira esto. En la publicación de primera hora habla de Carcelén y de nosotros.

—Espero que bien.

—Escucha: "*Carcelén es visto en compañía de una mujer*" *La Policía Nacional, con los inspectores María Pinta y Diego Olivares a la cabeza, ponen cerco a Fabio Carcelén al que se busca para interrogarle* y bla, bla. Luego, si quieres, te lo resumo —mira a su compañero que parece como ausente— ¿Diego?

El inspector coloca los codos sobre la mesa.

—Sí, sí, te estoy escuchando.

De nuevo la inspectora con la mirada en la pantalla.

—Una hora más tarde escribe: "*Carcelén es asaltado en su propia vivienda hace apenas una hora. Dos individuos pretenden entrar por la fuerza, se produce un forcejeo. Los tres presentan lesiones de diferente consideración…*" —se vuelve hacia su compañero— ¿Cómo te quedas?

Antes de vocalizar palabra alguna afirma repetidamente.

—Pues sí, sorprendido. O Torquemada cuenta con fuentes en cualquier lugar o…

—O Carcelén le ha llamado para contárselo.

—Sí, y ¿por qué lo haría?

Pinta se pone en pie, su cuerpo le pedía otra taza de café.

—Detallazo de Cruz que nos haya puesto una cafetera aquí, ¿eh? —dice mientras se sirve una taza—. Creo que lo hace porque deben tener algún acuerdo, una exclusiva o algo así. Torquemada no ha contado nada de Remedios, ni ha hablado de que en el asalto había una mujer en la casa.

Olivares se aproxima hacia la cafetera.

—Nosotros le confirmamos que la mujer del pañuelo era Remedios Palacio.

—Sí, sí, lo sé, pero Torquemada no sabe que Carcelén estaba con su mujer.

Pinta apura un pequeño sorbo antes de sentarse.

—¿A dónde quieres llegar?

—Pues que tenemos que estar muy pendientes de los dos, saben más de lo que comparten. Bueno, dime ¿cómo te ha ido con la pareja?

Olivares deja la taza sobre la mesa, se sienta con calma. Su mente ha regresado a su reciente conversación. Continúa sin saber de dónde parte el hilo que cree haber descubierto para poder tirar de él.

—Dicen que el abogado de Noriega...

—Linar —apunta la inspectora.

Olivares asiente.

—Sí, ese. Resulta que es especialista en herencias y patrimonios, un número uno, y es el que les ha planteado que averigüen quién falleció antes, si Cecilia Tirado o Noriega y les ha asegurado que tienen una fortuna.

—¿Una fortuna? No será en la empresa…

Pinta apura otro sorbo con la mirada en Olivares y la cabeza buscando un sentido a lo que acaba de escuchar.

—A ver, que yo me aclare, Diego. En la documentación que nos dejó Margarita, su secretaría, se aprecian ciertas irregularidades contables, bueno, más que ciertas. NORIEGA PROCONS tiene serios problemas.

—Los empleados no son ajenos.

Los dos inspectores quedan en silencio.

El hilo parece asomarse, falta localizar la madeja.

¿Tirando? Suave al principio, que no se rompa, ¿después? Después dependerá lo que vaya apareciendo al otro lado.

—Así que… un especialista en herencias y patrimonio. Para ser un número uno, la empresa de su cliente sufre grandes problemas.

—No olvides que también sabe de herencias, María —Diego se echa hacia delante—. Desconozco que implicación puede haber de Linar en todo esto, ni si quiera si la hay, pero me resulta muy extraño que todo salte cuando Carcelén es puesto en libertad. Es como…

—Como si alguien hubiera aprovechado el momento para cargarle el muerto de todo lo que pase.

—¿Le hacemos una visita para que nos cuente el estado de NORIEGA PROCONS y nos hable de su recomendación a Yoli Tirado y su marido?

—Vamos allá —suelta una decidida María poniéndose en pie—. Espero que Mínguez y Paredes hayan localizado a Charly.

—Nos habrían avisado.

—Ya…

Los inspectores salen de la sala, miran al frente, hacia las mesas de los oficiales.

Mínguez aparece por la izquierda, desde recepción. Su compañero unos metros detrás.

—Inspectores, Carlos Tejón no aparece. En su casa están

preocupados.

Paredes llega hasta el grupo.

—Creo que son sinceros. Han llamado a sus amigos y nadie lo ha visto, ni en su trabajo.

Los inspectores se miran.

—Desde que salió corriendo de Valdecilla no se le ha vuelto a ver. No me gusta nada —apunta Olivares. Se vuelve hacia los dos oficiales —. Voy a pedirle al comisario que consiga una orden para pinchar los móviles de Carlos Tejón y de los hijos de los Carcelén. Esperadme aquí —expone camino del despacho del comisario.

—¿Creen que están relacionados, inspectora?

—Saldremos de dudas con esa orden.

37

Servando Linar lleva un par de días sin aparecer por el despacho. Tras el fallecimiento de Sixto Noriega y su mujer, se ha convertido en el centro de los cotilleos de la prensa, mejor dicho, de un determinado tipo de prensa.

Nunca ha tenido tiempo, ni tendrá para gilipolleces.

Fue a partir de una visita de la hermana de Ceci, meses antes de que todo se precipitase, cuando decidió dar forma a una idea. Una idea sencilla que de simple que era podría ser efectiva.

Le había llevado varios años ganarse la confianza de Sixto, totalmente. No fue una labor complicada, pero sí dilatada en el tiempo. Supo desde el momento que compartió sus preocupaciones que si jugaba bien sus cartas lo tendría comiendo de la mano. La primera regla era que jamás, nunca, Sixto sospechara que estaba siendo manipulado. La segunda, que creyera que todo partía de su agudo ingenio, y la tercera, y no menos importante, que contase con él como la *única* persona de máxima confianza.

La *única,* literalmente.

Linar se sirve un whisky mientras deja que su mente navegue entre sus recuerdos. No había sido fácil. Cada victoria conlleva un sufrimiento, un lastre que apartar del camino y un nuevo reto. Sixto Noriega no fue la primera muesca en su curriculum de víctimas, confiaba que no fuera la última. Aún tenía mucho que ofrecer al mundo.

Tomó asiento, cerró los ojos y se dispuso a recordar:

Todo había salido a pedir de boca.

El derrumbe del bloque de pisos en Isla. Las manipuladas pruebas presentadas. El juicio. El dinero que Noriega pidió a unos supuestos mafiosos para sufragar unas considerables deudas contraídas en negocios ruinosos y su innegociable empeño en mantener un disparatado nivel de vida.

—Te lo mereces, Sixto —dijo convencido una tarde, en su casa, frente a la chimenea con un whisky, *Johnnie Walker Blue Year of the Tiger,* en la mano—. Olvídate de tu socio, es un perdedor, está donde debe estar.

—Lo sé, Servando, pero necesito efectivo, quiero reflotar la empresa, cambiar el nombre y ampliar mercado.

Linar apuró y saboreó un trago, con calma, con parsimonia, dominando la situación como si tratara temas así todos los días y tres veces los domingos por la tarde.

—Sabes que puedes contar conmigo, Sixto.

—Lo sé. Eres mi hombre de confianza.

Este fue su error inicial que desembocó en otros más numerosos e imperdonables.

Servando dio otro sorbo lento. Como auténtico depredador que era sabía distinguir cuándo tenía una presa bien agarrada. Sí, cierto que Noriega también creía estar por encima de las personas, y lo estaba, pero no pasaba más que por ser un individuo prepotente, falto de empatía, ecpático. No sufría por el mal que pudiera hacer, carente de sentimientos. Una valoración psiquiátrica le habría tachado de psicópata. No de los que centran sus actos en el control físico de sus semejantes llegando a terminar con sus vidas, sino, de los llamados psicópatas de empresa.

Hay muchos, en todos lados.

Servando Linar no se le quedaba atrás, la sutil diferencia radica en que disfrutaba de su falta de sentimientos, o, mejor dicho, era adicto al miedo reflejado en los ojos de sus víctimas, al sufrimiento ajeno en todas sus manifestaciones.

Y además obtenía de ellas réditos obscenos.

—Me preocupa el destino de mis empresas, el dinero que tengo en… ya sabes, Servando, lejos de estos chupópteros de hacienda. Y luego está lo del préstamo.

El abogado asiente condescendiente.

—Eso no tiene por qué cambiar, Sixto —se echa hacia delante hasta quedar sentado en el extremo del sofá, más cerca de Noriega, más confidente—. Ese préstamo que te preocupa lo podemos manejar. Sería interesante devolver una primera parte para generar confianza.

Noriega traga con ansia el caro y elitista whisky ante los ojos estupefactos de Linar.

—No lo puedo pagar, tendría que vender todo y…

El abogado chasca los labios.

—Ellos no lo saben. La idea es que vean buena intención en ti y que se convenzan de que pagarás.

Noriega se incorpora como si de repente le quemase el asiento.

—¡Son unos malditos usureros, Servando! ¡Cuarenta por ciento de

interés! —explota mientras camina por el salón de un lado a otro.

—Cálmate, ¿te apetece otra copa? —propone sin aguardar respuesta camino del mueble bar.

Noriega no daba crédito. Sus problemas son los problemas de todo su entorno, son los únicos que importan.

—¿Que me calme? Como se nota que nadie va a por ti.

Linar se mantiene en silencio mientras prepara las bebidas. Nada más lejos de su intención que discutir cuando está tan cerca de manejar la fortuna que Sixto posee repartida por el mundo.

—Se me ocurre una idea para que te dejen al margen —señala al tiempo que entrega el whisky a un desencajado Noriega.

Las palabras del abogado ejercen como potente y eficaz bálsamo en el ánimo del empresario. Acepta el vaso y se lo queda mirando con una mueca de intriga en su rostro.

De intriga y de súplica.

Seguro de su ascendencia sobre Sixto. Más seguro aún de ser la tabla, la única tabla a la que puede asirse para no ahogarse en la tormenta que le acosa, toma asiento con movimientos calmados. Cruza las piernas, da un pequeño trago, saborea el whisky mientras observa el líquido y asiente repetidamente.

—La llave de tu tranquilidad está en que nombres a alguien de tu confianza para que haga de testaferro de tus empresas y de tus cuentas.

El empresario queda en silencio con la mirada concentrada en el fuego de la relajante chimenea. Su mente buscando el candidato adecuado. Su razón negando una y otra vez a cada candidato.

Linar le observa con el mayor disimulo posible. Sabe lo que significa ofrecer una salida a un hombre ahogado o muy cerca de estarlo.

—No sabría decirte, excepto tú, Servando.

De nuevo, el letrado se echa hacia delante, acortando la distancia que les separa, dotando de un plus de confianza la conversación.

—¿Yo? —niega con una impostada sonrisa de orgullo por haber sido el elegido. Mientras, se ajusta mecánicamente el nudo de la corbata—. No, soy tu abogado y no creo que….

—Insisto, no se hable más.

Servando sabe que debe mantener su apariencia de falta de interés total en aceptar la propuesta.

Apariencia.

—No sería una buena idea, Sixto.

—Confío ciegamente en ti, y …

Niega con la mano en el aire.

—No, no, no se trata de confianza. Me halaga que la tengas en mi persona, lo digo por seguridad, por tú seguridad —breve sorbo sin

olvidar saborearlo—. Soy tu abogado y sería el siguiente investigado.

—¿Entonces?

Se aproximaba el momento por el que ha trabajado los últimos años apostando varios millones de euros por la victoria, que cada vez, sentía más inminente. Una victoria dedicada al buen hacer. A su buen hacer. No fue barato conceder a Noriega el préstamo que solicitó a unos supuestos usureros rusos.

Pensaba cobrárselo y con el mejor interés.

—Coincido contigo en que nombrar un testaferro es arriesgado, firmará en tu nombre, puede hacer y deshacer…. ¿Y si se tratara de varios sin que lo supieran? Empresas y agentes individuales. Puedo actuar en tu nombre y dejarte al margen —calla unos teatrales segundos— O bien…

—¿O bien? —Noriega tiene toda la atención puesta en Linar.

—Pensaba en tu mujer, Ceci, pero con una salvedad.

—¿Ceci? —Sixto se remueve incómodo en el asiento — ¿A qué te refieres? ¿Con qué salvedad?

Noriega vuelve a tragar de un tirón medio vaso de whisky, de nuevo ante el estupor de su abogado.

—Sin que ella lo sepa —levanta la palma de la mano como pidiendo disculpas por su propuesta —. Lo digo por el éxito de la empresa, por su bien, cuanto menos sepa mejor. ¿No te parece? Sólo necesito tu aprobación.

Sixto queda en silencio unos eternos segundos. Linar le deja pensar todo el tiempo que necesite. Precisamente tiempo es lo que le sobra. Más aún en estos momentos que lo tiene justo en el lugar deseado.

De repente, el constructor regresa de donde le hayan llevado sus pensamientos.

—No se hable más. Amplío tus potestades y te nombro mi representante legal para todo —esboza una sonrisa autosuficiente, y fuera de lugar—. Prepara los papeles —dice poniéndose en pie. Nada queda del nervioso y asustado empresario de diez minutos antes— Gracias, Servando, sabía que podía contar contigo.

Linar lo acompaña hasta la salida.

—Mañana tendré la documentación dispuesta para tu firma, Sixto. Te agradezco la confianza.

—Avísame y comemos juntos.

—Así lo haré.

El abogado cierra la puerta y regresa al caldeado salón.

“La fe da resultados”

Dedica una amplia sonrisa a su propio retrato junto a la chimenea.

El siguiente paso sería el más delicado, si acaso arriesgado, pero sin duda, necesario.

“Ceci”

Sí, Ceci cumplía con la necesidad de ser alguien cercana a Sixto dispuesta a vigilarlo cada día. Alguien que contara con sus propios intereses económicos y de fácil soborno.

Alguien de quien desprenderse con facilidad.

—Ceci…

Abrió los ojos renovado con la energía que le generan los buenos recuerdos. Sí, Ceci había sido un activo importante. Su ambición, su pasión por el dinero ajeno resultaban incluso simpáticas. Su predisposición a embarcarse en cualquier tarea para satisfacerlas, patética.

En definitiva, para los intereses de Linar no podría encontrar mejor socia para vaciar las cuentas de su marido. Sixto fue de gran apoyo, aún sin proponérselo. La actitud de estúpida superioridad que se esforzaba en mantener ante cualquiera, esposa incluida, tendría que ser su perdición.

Linar, su *única* persona de máxima confianza, lo sabía.

Sin embargo, no tenía suficiente.

No, sospechaba que Noriega guardaba en algún lugar una buena suma de dinero. Ceci se lo confirmó una tarde de confidencias y sexo, mucho sexo, como le gustaba a ella. Nada de aquí te pillo aquí te mato, cada varias semanas.

—Creo que no termina de confiar en ti del todo, Servan. Guarda bastante dinero en las cajas fuertes.

Ella asiente melosa, abraza a su amante mientras juega con los rizos del pecho del abogado.

—¿En plural?

—Sí, en plural. Al principio todo era distinto, me contaba sus cosas, luego dejó de…

—Decías que en plural… —¡cómo odiaba Servando que le contara sus mierdas!

Ceci aprieta su generoso pecho contra Linar. Jugando, como sin querer, frota su pezón contra el del abogado. Sabe que con eso saca lo peor de él.

O lo mejor, según se mire.

—Sí, tiene dos. Decía que, si algún día venían a robarnos y, después de negar que tuviese dinero en casa, les indicaría dónde había una caja fuerte —sigue frotando como distraída—, dejaría algo de dinero, unos dos mil euros o así. Y no buscarían más.

Linar asiente, la mirada en los dos pezones.

—Buena idea, quizá se la copie.

Ya no quedaba espacio para hablar de Noriega. Ni espacio, ni ganas. Servando necesitaba dar rienda suelta a su excitación, a sus más bajos instintos.

Dio otro sorbo.

Llevó un ojo calculador a la botella de *Johnnie Walker Blue Year of the Tiger*. Negó despacio al tiempo que paladeaba con placer.

“Cada vez me duras menos, *Johnnie*”

Dejó caer la cabeza en el respaldo de la confortable butaca y cerró los ojos.

Sí, fue la certeza de que Sixto le ocultaba su dinero lo que le llevó a acelerar el plan. No sólo eso, sino el saber que estaba dispuesto a huir a Brasil porque Carcelén le había amenazado.

“Estúpido y cobarde”

“¿Con qué vas a huir?”

De pronto, abrió los ojos exageradamente.

Su mirada reflejaba todo el odio, todo el asco que aún almacenaba en su memoria.

—¡¿Con qué dinero?! ¡¡Con el mío, desgraciado!! —lanzó el vaso aún con whisky contra la pared estallándolo en mil pedazos.

La puerta del salón se abre discretamente. Un individuo de cabeza despejada, pobladas patillas, moreno, alto, muy alto y grande, muy grande, se asoma, da un paso al frente y queda en respetuoso silencio.

—No pasa nada, Faddei. Sabes que no tolero la deslealtad. Me acordaba de Sixto —se incorpora del sofá.

El hombre permanece en silencio.

—¿Algún problema abajo? —quiere saber camino del mueble bar.

—No, señor. Está todo preparado.

—Gracias, viejo amigo. Puedes tomarte el resto del día libre.

Faddei da dos pasos hacia su jefe.

—¿Seguro, señor?

—Sí, incluso tú necesitas que te dé el aire.

Sólo quedaba que la impresentable hermana de Ceci y su estúpido marido insistieran ante la policía en su deseo de averiguar quién había fallecido antes. No se lo dirían. Él lo sabía. Era la mejor forma de quitarle a Yoli la idea de que podía heredar algo de su hermana. Y llegaría el tiempo de hablar con Mía, la hija de Sixto y su primera mujer, Brigitta, y hacerle un balance de las millonarias deudas contraídas por su padre.

Servando Linar se ajusta la corbata frente al espejo. Elimina unas invisibles motas de polvo de la americana de su *Zegna*, asiente a su reflejo y se dispone a pasar unas horas más que agradables en el sótano de la casa.

Baja con calma los peldaños, deja el ascensor para el regreso. Recorre un largo pasillo, abre una puerta disimulada entre un cuadro y otra puerta contigua, introduce una clave bajo el marco y accede al

interior.

Camina despacio, disfrutando del momento, con la misma sensación que cuando paladea su *Johnnie*. Sí, la sensación es la misma, sin embargo, el motivo que la genera es diferente.

Johnnie es placer, éxito, calma, poder.

Sótano es… diferente. Se trata de miedo, dolor, éxtasis.

Camina por un pasillo y accede a una sala. Enciende las luces que iluminan la estancia como si fuera una mañana soleada en el Paseo de Pereda.

Se despoja de la chaqueta con calma, con más calma aún la cuelga en el respaldo de una silla. Llega el turno de desabrochar los gemelos, uno a uno, despacio. A continuación, se remanga la camisa, sin prisa, saboreando el momento. Se gira, deshace el nudo de la corbata y la deja sobre la chaqueta.

No existe para Linar mayor sensación de poder, de control sobre alguien que la que está experimentado en ese instante. Nada, ni siquiera comparado con el poder económico. Qué va, eso son minucias.

El poder que genera el miedo, el dolor, no tiene precio.

Puro éxtasis.

—Os dije que no era buena idea provocarme —niega condescendiente—, y peor aún amenazarme. Vosotros vinisteis a mí, ¿recuerdas? —recoge el brazo hacia atrás, aprieta el puño y lo lanza con todas sus fuerzas clavándolo en la boca del estómago del individuo colgado por los brazos de una tensa y firme cadena— ¡¿Eh? ¡¿Que si lo recuerdas?! —acompaña su insistencia con un puñetazo en el hígado.

Linar observa con curiosidad los ojos hinchados, el rostro demacrado de su víctima número… No sabría qué número hace. Son demasiados años jugando a ser superior.

—Os encargo un trabajo y… y no valéis para nada. Sois un desecho de la sociedad.

—Por… favor… no… no diré… nada…

—¿Creíais que una fotografía y un vídeo de mierda me iban a asustar? —tono suave, cercano, casi como pidiendo perdón— ¿De verdad lo creíais? —suaves palmadas en un moflete.

—No, yo… no… fue… —su voz apenas un balbuceo.

Linar acerca el oído.

—¿Cómo dices? Ah, que tú no —murmura mientras le arranca los botones de la camisa —. Veo que no quisiste entender el mensaje que te dejé con tu amigo.

—Per…dón…—las sílabas parten entre esputos sanguinolentos.

Linar da un repaso a las mangas de su camisa.

—Encima tienes la poca vergüenza de presentarte en mi casa,

borracho —niega con vehemencia—. Tenía que haber dejado que Faddei, terminara contigo, me estoy volviendo un blando…

El abogado da un par de zancadas hacia un armario en el que guarda todo el material que necesita para sus juegos. Desliza una mirada experta de arriba abajo y de izquierda a derecha.

—Bien, bien —convencido, se hace con un pequeño maletín.

Sonríe ante la perspectiva que se le presenta en los siguientes minutos.

Rápidos y escasos. Nadie aguanta un mínimo deseable.

Largos y eternos para Carlos Tejón, Charly.

38

La orden para pedir a las telefónicas la ubicación de los móviles de Charly y de los hermanos Carcelén, Elia y Jorge, acaba de llegar. El juez Merino la ha gestionado con carácter de urgencia. A la petición de los inspectores el comisario incluyó la intervención de los móviles y acceso a sus mensajes y conversaciones.

El juez no veía indicios que justificaran tal petición, pero ante la insistencia de Redondo de que estaban en juego tres vidas, unido a la multitud de casos en los que han trabajado juntos le convencieron.

—No te acostumbres, Fausto.

—Te lo agradezco, vamos un poco de cabeza.

Las buenas noticias no vienen solas, como las malas. Parece que en ocasiones transitan en pareja y, aun así, no siempre van de la mano.

Como en este caso.

La noticia entró por el teléfono. Al otro lado el comisario principal, su jefe. Cuando colgó el teléfono, Redondo llevó sus anchas manos al rostro y lo frotó con ansia. La noticia que acababa de recibir era de las que te hacen replantearte si tanto esfuerzo merece la pena.

Pulsa el intercomunicador.

—Cruz, ¿están Pinta y Olivares aquí?

—Creo que sí, comisario. Cuando usted les dijo que las órdenes no tardarían decidieron esperar antes de ir a ver a no recuerdo quién.

—Bien, dígales que pasen a mi despacho, por favor —la voz del comisario partía sin apenas fuerza—, y Cruz, estoy esperando un correo urgente, imprímalo cuando llegue.

—Sí, comisario.

Fausto volvió a lamentar, una vez más, seguir sin fumar. No podía volver a recaer, se lo había prometido a su mujer, y lo que le obligaba aún más, a sus dos nietos mayores de cuatro y cinco años que no se lo perdonarían.

Esboza una sonrisa melancólica a su recuerdo.

Dos suaves golpes en la puerta le devuelven a la realidad.

—Adelante.

Pinta y Olivares acceden al despacho. En sus rostros serios se ve el influjo de las palabras que la secretaria les haya confiado respecto al

tono de voz del comisario.

El semblante de Redondo se lo confirmó.

—Siéntense, por favor.

Ambos toman asiento, cruzan sus miradas.

—¿Qué sucede, jefe? —Olivares se echa hacia delante.

El comisario niega un par de veces, para a continuación afirmar otras dos, como si quisiera cargarse de ánimo.

La puerta se vuelve a abrir.

Cruz Perales accede al despacho con una carpeta entre las manos.

—Ha llegado el correo que esperaba, comisario.

—Gracias, Cruz.

María y Diego no pierden detalle de los movimientos pausados, casi cansados, del comisario. Ni de sus manos abriendo la carpeta, menos aún del sello que figuraba en la primera hoja. Se trataba de una corona sobre una placa de la Policía Nacional y unas siglas: UDYCO.

—A través del comisario principal y de la Comisaría General de Policía Judicial, nos han hecho llegar este informe. Como ven se refiere a la UNIDAD de DROGA Y CRIMEN ORGANIZADO… —Redondo lo suelta del tirón, casi sin emoción—, es en relación a la mujer hallada en el maletero del coche de Noriega.

—Sí, Verónika Titova —interviene Pinta.

Redondo asiente.

—Así es, inspectora —la vista en el informe—. Verónika Titova Vilda, era su alias. Su verdadero nombre es Ana Boiko Casar, de padre ucraniano y madre española… inspectora de policía.

—¡¿Cómo?! —María se echa hacia delante, se apoya en la mesa del comisario.

—Trabajaba encubierta. Llevaba tres años en delincuencia organizada. Hace varios días que no reporta información y con nuestra solicitud…

—Ya. ¿Se sabe dentro de qué organización estaba encubierta?

Redondo niega.

—En ninguna en concreto, al menos no señalada como organización. Hay una red que se encarga de proveer de personal a diferentes individuos para proteger sus negocios.

Pinta cruza las piernas.

—Es decir, matones —baja la mirada—, Ana no debía ir muy desencaminada cuando la mataron.

—¿Noriega? —Olivares niega—. No tiene sentido que viajase con un cadáver en su coche ¿Carcelén?

—Tampoco lo veo. Estaba encerrado, no parece ser el tipo de mafioso que dirige una red desde la cárcel.

Redondo cruza los dedos frente a los inspectores.

—La UDYCO dice que el caso es suyo, que llevan mucho tiempo

trabajando en él.

Olivares aprieta los labios.

—Jefe, ¿la UDYCO va a investigar los tres asesinatos de Comillas, a Noriega, su mujer, el atropello de Damián Cortina? —sin aguardar respuesta añade—: No, ¿verdad?

Fausto Redondo permanece unos segundos con la mirada en el inspector al tiempo que hincha los carrillos y balancea el mostacho. Asiente.

—Es el momento de poner en marcha la teoría de la que me hablaban. Ese alguien más.

Los inspectores se ponen en pie.

—Gracias, jefe. Triangular lo móviles es lo primero. Vamos a informática.

—Manténganme informado.

—Sí, jefe.

Los inspectores caminan en silencio, bajan por las escaleras asimilando la noticia que acaban de recibir.

Al llegar a la planta baja Mínguez y Paredes suben por el tramo de escaleras que llega desde los calabozos.

—Inspectores, íbamos a buscarles —dice Mínguez sacudiendo sus pequeños rizos pelirrojos—. Carcelén ya está en interrogatorios.

—Bien, vamos allá. Acercaos a informática y estad pendientes de la triangulación de los móviles de Carlos Tejón y de los hijos de los Carcelén.

—De acuerdo, inspector.

Pinta aguarda a que los oficiales se alejen unos metros.

—¿No crees que localizar los móviles nos dará más información que la que nos ofrezca Carcelén? Acabamos de hablar con él.

Olivares apoya los brazos en las caderas. Frunce los labios.

—Es posible, María, si te parece nos dividimos, pero como bien dijiste antes Carcelén no está contando todo lo que sabe.

La inspectora asiente.

—Siendo realistas, no tenemos nada contra él, nada que le implique con los tres cadáveres de su casa de Comillas.

—Ya, y por lo sucedido esta madrugada puede alegar perfectamente defensa propia.

—Así es. No podremos retenerle mucho tiempo, y él lo sabe —conviene Diego escaleras abajo—. Nos ha pedido que busquemos a sus hijos, ¿no? Eso estamos haciendo, ahora le toca a él contar lo que sepa.

La inspectora permanece en silencio bajando las escaleras. Al llegar a la planta Olivares se detiene.

—¿No estás de acuerdo?

Con una mano en la frente, el rostro ladeado, María afirma

repetidamente.

—Sí, sí, sólo pensaba en lo que dijiste sobre dividirnos el trabajo —sacude una mano en el aire—. Dejémoslo así, Mínguez y Paredes sabrán qué hacer.

—Seguro que sí. Vamos a hacerle a Carcelén un resumen de la situación, veremos si sigue pensando igual.

Los inspectores se ponen de nuevo en camino. Saludan al oficial que custodia la puerta de la sala de interrogatorios y acceden al interior.

Pinta señala las esposas que sostienen las muñecas de Fabio.

—No serán necesarias.

El oficial parece dudar.

—¿Seguro?

—Sí, no se preocupe.

Tras soltar las esposas, añade…:

—Estaré ahí por si me necesitan.

En la sala se hace el silencio durante unos largos segundos hasta que Carcelén lo rompe.

—Se lo agradezco, inspectora —dice frotándose las muñecas.

Los inspectores toman asiento frente al expresidiario.

—No queda mucho tiempo —suelta Olivares con tono afectado.

Carcelén, mira a uno y a otro, una vez y otra vez.

—¿Qué quiere decir?

—¿Le suenan a usted los nombres de Damián Cortina y Carlos Tejón?

El semblante de Carcelén muestra la extrañeza que le genera la pregunta.

—Sinceramente, no, ¿deberían decirme algo?

Pinta apoya los codos en la mesa, su gesto de quitarle las esposas le confiere un mayor grado de cercanía.

—Eso es lo que queremos, sinceridad —interviene Pinta—. Los dos individuos a los que se refiere mi compañero, protagonizaron varias protestas durante su juicio. Hace unos días entraron en el despacho de su abogado César Tirol, en su casa de Concha Espina, y suponemos que también en la de Comillas —suelta en tono amable.

Carcelén no esperaba un interrogatorio de este tipo, se había preparado para resistir algo parecido al de pocas horas antes para dar tiempo a Remedios.

—No tenía ni idea.

—Buscaban algo, no sabemos si información, dinero u otra cosa —turno de Olivares, tono más seco—. A Cortina lo atropellaron y dejaron su cadáver en la calle, el conductor huyó y Tejón está desaparecido… —silencio teatral—…, como sus dos hijos.

Fabio encaja el golpe como puede, aprieta los labios.

—Creemos que si encontramos a Tejón daremos con sus hijos, y al revés —apunta María—. Ahora mismo estamos triangulando los móviles de los tres. Piense que todo esto es posterior a su puesta en libertad y al asesinato de Noriega y su mujer.

—¿Asesinato? —Carcelén tuerce el gesto—. Escuché en las noticias que fue un accidente ¿Asesinato?

Los inspectores se miran. Si albergaban alguna duda respecto a la implicación de su interrogado en la muerte de Sixto y Ceci, o estaban ante el mejor actor de la historia, o no había tenido nada que ver.

Olivares asiente a su compañera.

—En el maletero del Lexus se halló el cadáver de una mujer, una compañera que trabajaba encubierta —María no disimula el malestar que le genera lo que acaba de decir.

—Lo lamento, de verdad.

Ahora es Olivares el que se echa hacia delante.

—No queda mucho tiempo —insiste—. Quien esté detrás de todo esto, lógicamente no es Noriega. ¿Sabe de quién puede tratarse?

El rostro de Carcelén se suaviza, no hay nada de la tensión inicial.

—Ojalá lo supiera, inspector.

—¿Hay algo que quiera contarnos? —María regresa al tono cercano— ¿Algo de… su mujer?

Carcelén desvía la mirada a la mesa durante unos instantes. Queda pensativo, quizá valorando la información recibida, quizá dudando si solicitar su derecho a una llamada y a un abogado.

O quizá…

Levanta la vista.

—La casa en la que estaba esta mañana es de Remedios. Quiso pasar desapercibida desde que logró escaparse. Tuvo suerte. Cerca estuvieron de impedírselo.

—¿Y la mujer que falleció en su coche?

—Era una, digamos, vigilante, consiguió escapar de ella, pero al final la localizó y bueno, ya saben el resto. Reme logró saltar del coche antes de caer por el precipicio.

Los inspectores vuelven a mirarse.

—¿Dónde está ahora?

—Buscando a nuestros hijos —la mirada en sus manos sobre la mesa—. Uno de los individuos de esta mañana me dijo que les había enviado un tal *Fobos*. Me hice con su móvil buscando las ultimas llamadas.

—¿*Fobos*?

—Según Remedios se trata de un dios de la mitología griega. Representa el temor y el horror.

Pinta ladea el rostro.

“No suena nada bien”

—¿Respecto a las llamadas de ese móvil? —quiere saber Diego.

—Sólo contestaron en una de ellas.

—¿Qué dijeron?

—Solo una palabra. *Da?*

—Es ruso ¿Algo más?

—Les dije que era Carcelén, que qué coño querían de mí.

—Si quería provocarlos igual lo ha conseguido, ¿qué paso con esa llamada? —Olivares se estaba impacientando, el tiempo apremiaba.

—Llamarían al teléfono desde el que estaba llamando.

—¿Dónde está?

—Lo tiene, Remedios, inspectora. Si llaman estando yo aquí no hubiera podido ni hablar, ni salir.

Olivares niega y clava los codos en la mesa.

—¿No se le ocurrió contarnos todo esto para preparar un operativo y dar con el tal *Fobos*?

Carcelén mira al inspector. Una mirada sin rasgos de burla, pero sí una mirada con rasgos de incomprensión.

—No he sido muy bien tratado ni por la policía, ni por los jueces, inspector. Soy el principal sospechoso de todo. Entenderá que confianza no me sobre precisamente.

Olivares encaja como puede el golpe directo recibido. Días atrás hubiese rebatido la acusación, pero en esos momentos no podía negar que no le faltaba razón.

—Aún estamos a tiempo —Pinta se pone en pie cogiendo por sorpresa tanto a su compañero como a Carcelén y abandona la sala como si llegara tarde a la cita más trascendental de su vida.

—¿Qué está pasando, inspector? —pregunta con un hilo de voz al tiempo que desliza las manos sobre su pelo cortado a cepillo.

Olivares observa al hombretón con otros ojos. Si es inocente como dice, su vida se convirtió en un infierno años atrás y es posible que se hunda más si sus hijos no aparecen con…

La entrada de Pinta, tan veloz como su anterior salida, corta los pensamientos del inspector. María deja sobre la mesa un móvil.

—Su teléfono, llame a su mujer —no se trataba de una propuesta. Igual que su compañero sabía que el tiempo se acababa—. Llame —insiste.

Fabio mira el teléfono. La confianza en la policía no se rehace tan fácilmente.

—Queremos saber si se han puesto en contacto —insiste Pinta.

Carcelén coge el teléfono. Lo enciende, a los pocos segundos llega un pitido.

—Es un mensaje —dice mientras lleva el móvil al oído.

"Tiene tres mensajes nuevos"

"Primer mensaje:

“Fabio, acaban de llamar, quieren que vayas a una dirección tú sólo”

—Es Reme. Dice que tengo que ir solo a un sitio —conecta el altavoz—. Hay dos mensajes más.

“Segundo mensaje”

“Fabio, llámame, queda una hora”

“Fabio, iré yo, pero sólo quieren que vayas tú, no me harán caso. Te esperan en el parque Menéndez Pelayo, en la parada de autobús”

“Tercer mensaje”

—Está aquí, eso creo. Es un tipo alto y grande. Me voy a acercar”

—No… —murmura al tiempo que frota sus manos, nervioso, muy nervioso y asustado por la suerte que pueda estar corriendo su familia. Sobre estas sensaciones se eleva otra que emerge con rabia, con ímpetu: Fabio se está enfadando. Su *sombra* asoma.

Carcelén manipula el móvil.

—Voy a llamarla…

“El teléfono al que llama está fuera…”

—Mierda… —masculla entre dientes—. No lo coge.

Vuelve a intentarlo con el mismo resultado.

Olivares se incorpora.

—Vamos a ese parque. —mira a Carcelén—. Usted se queda aquí.

Fabio se pone en pie veloz, sus más de cien kilos y casi dos metros impresionan a los inspectores. Ambos llevan las manos a sus armas.

—No haga que me arrepienta de haberle quitado las esposas —dice Pinta con la palma de una mano al frente y la otra sobre su HK USP Compact en la cadera.

—Tranquilo. Nos mantendremos informados —Diego lleva una mano al bolsillo de la chaqueta y extrae una tarjeta—. Si recuerda algo que pueda ayudar, llámeme. De momento va a permanecer en esta sala, ¿entendido?

Fabio afirma nada convencido.

—Inspectores…

La firme voz del comisario invade la estancia.

Pinta y Olivares abandonan la sala no sin antes recordar a Carcelén que no debe moverse de su sitio o tendrán que esposarle, o lo que es peor, encerrarle en el calabozo.

Redondo aguarda tras el cristal oscuro que da a la sala de interrogatorios, junto a él se halla Mínguez que porta una *tablet*.

—Han encontrado un cadáver en la playa de Mataleñas. Está muy desfigurado, posiblemente debido al choque del cuerpo contra los riscos adyacentes.

—No será Remedios Palacio —deja caer Pinta confiando en una negativa.

—¿Cómo? No, no inspectora, se trata de un individuo moreno, con el pelo muy corto.

—¿Carlos Tejón?

—Es muy posible, inspector. Nos lo confirmarán en breve. Al estar fichado irá todo más rápido. Se lo comentaba para que pongan todo su empeño en localizar a los hijos de los Carcelén, me temo que puedan correr la misma suerte.

—Y de la propia Remedios.

El comisario se gira hacia el oficial que aguarda casi en posición de firmes.

—Cuénteles lo que han averiguado, Mínguez.

—Hemos pedido a las agencias de alquiler de coches registros de la última semana de clientes venidos de Londres.

—Bien hecho, Mínguez —apunta Olivares— ¿Cuántos han salido?

—Al tratarse de españoles ha habido suerte, y como no se han ocultado, al registrarlo con su propio nombre lo hemos localizado.

—Buen trabajo —afirma Pinta— ¿Dónde está el coche?

—Miren —gira la *tablet*—. Está aquí en el aparcamiento junto a la playa de Mataleñas y…

El retorno del localizador del coche apuntaba otro lugar.

—Pero… ¡Se está moviendo! No lo entiendo, llevaba unas horas parado…

—Que lo intercepten ¡Ya! —ordena el comisario.

—Déjamela un momento —Olivares hace una seña a su compañera y parte a dar aviso a los coches patrullas de la zona sin apartar la vista de la *tablet*.

María lleva las manos a su cintura.

—Que aparezca el coche de los hijos de los Carcelén junto al cuerpo en la playa no es casualidad, jefe. ¿Entonces? ¿Los hijos de Carcelén tienen algo que ver? ¿Están huyendo?

Paredes asoma con el semblante desencajado.

—Ya está la triangulación de los móviles…

Antes de que termine la frase el comisario, Pinta, Mínguez y el propio Paredes se encaminan al departamento de informática.

Una pantalla de cien pulgadas les aguardaba.

—¿Qué sabemos? —dice Redondo con la mirada en el monitor.

El oficial informático se aclara la garganta, nervioso por las prisas que le han metido y la importancia del caso.

—Hemos diseñado un mapa con las conexiones telefónicas de Carlos Tejón, Elia Carcelén y Jorge Carcelén —señala el monitor—. Hace cuarenta y ocho horas, estaban en la Calle Concha Espina 14, horas más tarde se…

—La casa de sus padres… —apunta María.

—Horas más tarde se unió Carlos Tejón. Los tres permanecieron juntos unas dos horas. Los hermanos se quedaron.

De pronto, el oficial de informática lleva la vista a su ordenador,

luego a la pantalla. Teclea con agilidad.

—Se… se están moviendo, comisario.

—¿Quién se está moviendo? —su tono hosco y el balanceo de su mostacho impactan en el oficial.

—Pues los dos móviles —señala de nuevo la gran pantalla—. Mire.

—Es la zona de la playa de Mataleñas —señala la inspectora—. Van dentro del coche.

Esa era la sensación.

Pinta mira al comisario que asiente, coge su móvil y llama a su compañero.

—Diego, los móviles de los hermanos se mueven junto con el coche. Van dentro.

—El operativo está en marcha, ¿y el móvil de Tejón?

María se vuelve hacia el oficial de informática.

—¿El otro móvil, Castellar?

—Verá inspectora, eso es lo llamativo, se apaga en la calle Menéndez Pelayo una hora después de separarse de los hermanos —calla unos segundos y señala el monitor en la pared—. Se volvió a activar esta madrugada, ahí.

Sobre la pantalla la ubicación de la playa de Mataleñas.

—Lo raro es que sólo estuvo activo tres minutos.

—Lo tirarían al mar con el cuerpo —apunta el comisario—. No pierda de vista las señales del coche y de los teléfonos —dice camino de la puerta.

—Jefe, Diego y yo nos vamos al punto de reunión de Remedios Palacio en el parque de Menéndez Pelayo. Ya son varias las veces que aparece esa calle en la investigación.

—Confiemos en que no se le haya ocurrido abordar al individuo que esperaba.

—Eso espero, jefe —Pinta se vuelve hacia Mínguez y Paredes—. Uníos al operativo y mantenednos informados.

—Sí, inspectora. Aunque esto parece un ajuste de cuentas, ¿no cree? Los hermanos y Tejón… —propone al aire, saliendo del departamento

—No elucubre, Paredes, no elucubre —interviene el comisario tras los oficiales.

—Castellar —rebobine el coche de los hermanos Carcelén hasta ver si se detienen en Menéndez Pelayo.

—Sí, inspectora —el oficial informático comienza a teclear con inusitada rapidez ante el asombro de Pinta.

39

Alejo Garrido, subdirector de NORIEGA PROCONS cuelga el teléfono con el rostro desencajado. Se afloja el nudo de la corbata, da un largo trago a un vaso de agua y vuelve a ajustar el nudo.

—Vendido, así, sin más… —las palabras parten de su boca entre la incomprensión, las dudas y las sospechas.

Este es el resumen de la reciente llamada recibida. Don Servando Linar ha tenido que colgar por atender un asunto urgente. Volvería a llamar.

Garrido se pone en pie, camina los no más de cinco metros que le distancian de la cafetera y se sirve una taza. Siente que su estancia en esa empresa toca a su fin. A nuevos dueños, nuevo personal directivo, es una máxima que no falla.

El fijo sobre la mesa vuelve a sonar.

—Alejo Garrido —dice al descolgar.

—Discúlpeme, señor Garrido. No podía posponer el asunto que me llevó a cortar nuestra interesante conversación.

"¿Interesante? Será para ti"

—Los nuevos compradores necesitan un director en NORIEGA PROCONS. Habían pensado en alguien con experiencia que supiera llevar a cabo las propuestas del consejo directivo. ¿Se ve capaz?

Garrido cerca está de dejar caer el teléfono al suelo.

"¿Director? ¿Yo?"

Quiere formular las preguntas en alto, pero la congoja se lo impide.

—Eh…

—El cargo conlleva un generoso aumento de sueldo acompañado de un atractivo paquete de beneficios sociales, que ya le detallaré en nuestra próxima reunión. Dígame, ¿acepta ser el nuevo director de NORIEGA PROCONS o tenemos que iniciar una selección en firme? Le daría unos días para pensarlo, pero usted sabe, mejor que nadie, que el tiempo apremia.

Garrido afirma con vehemencia.

El tapón de la garganta está a punto de saltar por los aires.

—Sí, sí, señor Linar, puede contar conmigo, por supuesto, me debo a la empresa.

—Bien, entonces no se hable más. Recibirá instrucciones en los próximos días. Continúe con su trabajo hasta entonces.

En ocasiones unos hechos en apariencia triviales generan un tsunami inicialmente silencioso, un efecto dominó que posee la capacidad de poner patas arriba planes, ideas, proyectos que parecían encontrarse firmemente asentados.

Sí, lo parecían.

En ocasiones, basta una llamada como esta.

Alejo Garrido sale de su *despacho de subdirector* dispuesto a echar un largo vistazo al *despacho de director*, cerrado desde el fallecimiento del anterior inquilino, Sixto Noriega. Abre la puerta, da unos pasos tímidos hacia el interior y se visualiza al otro lado de la impoluta mesa de dirección.

El tsunami ha comenzado.

La primera ficha del dominó ha caído.

Margarita Muñoz, secretaria de Noriega, observa con curiosidad, desde su mesa, los extraños movimientos de Garrido. Su caminar es diferente, más seguro, estirado, como si flotara. Lo ve abrir la puerta del despacho de su jefe y quedar inmóvil bajo el umbral, como si se acobardara ante el recuerdo. Duda, mira en torno y entra.

Su curiosidad le puede. Se levanta de la silla y se aproxima al despacho ante la vigilante mirada de sus compañeros.

—¿Necesita algo, señor Garrido?

El aludido se gira como si su jefe lo hubiese sorprendido hurgando en el armario.

—¿Eh?

Cualquier momento era bueno para comenzar a ejercer de director. El suyo había llegado.

—Entre, Margarita y cierre la puerta.

Esto sí que la secretaria no lo esperaba, y menos aún ver al subdirector rodeando la mesa y tomar asiento como si fuera… como si fuera…

—Tiene ante usted al nuevo director de NORIEGA PROCONS —suelta henchido de orgullo—. La compañía ha sido vendida y los nuevos propietarios han pensado en mí para gestionar la nave. ¿Qué le parece? —sin esperar respuesta añade—: Como es de esperar habrá lógicos cambios. Necesitaría a alguien de experiencia contrastada como secretaria, alguien fiel a la compañía, que también se encargue del personal. He pensado en usted.

Margarita asiste atónita a la representación que se ofrece ante sus

ojos. Esperaba una cámara oculta de un momento a otro. Sólo podía tratarse de una broma.

La amplia sonrisa de Garrido le decía que no.

Nada de broma.

Tenía que salir de esa situación como fuera.

—Vaya, qué sorpresa, señor Garrido —esboza una amplia sonrisa que pretende acompañar sus palabras de fingida alegría—. Le felicito por su nombramiento —pequeño esfuerzo añadido por mantener en su rostro unos segundos más la sonrisa.

—Gracias, Margarita, soy el primer sorprendido. Me lo acaban de confirmar.

La secretaria mantiene su pose recta, brazos estirados y dedos entrelazados. Su cabeza está más cerca de aceptar una jubilación anticipada que de cambiar de jefe.

—¿Puedo preguntar quién ha comprado NORIEGA PROCONS? ¿Quién la ha vendido? La señorita Mía no me ha comentado que tuviese intención de…

Garrido borra la sonrisa, en su lugar una mueca condescendiente.

—Margarita, deje estas cosas a los que saben y pueden —clava los codos en la mesa y junta los dedos, yema con yema—. La señorita Mía quizá no haya sido informada por su padre de sus intenciones. Don Sixto, como usted sabe, no era de los que compartía sus proyectos y me permitiría añadir que menos aún con su familia. Es don Servando Linar el que tiene los poderes.

La secretaria asiente.

“Tengo que salir de aquí, ya”

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Acepta ser mi secretaria?

—Se lo gradezco, don Alejo. Ya traté con don Sixto el tema de mi jubilación anticipada y…

—Yo no soy don Sixto.

Margarita realiza un veloz repaso mental a la situación y opta por dar un paso a un lado. No era momento de enfrentamientos.

—Deme unos días para pensarlo, ¿es posible?

—De acuerdo, no más de dos, el tiempo apremia.

Margarita se despide, regresa a su mesa en silencio ante los rostros de curiosidad de sus compañeros.

—Esta tarde os cuento —promete murmurando. Tenía que hacer una llamada urgente. Muy urgente.

Quedaba una hora para la pausa de la comida. Sesenta minutos que se le antojaron como sesenta horas.

—¿Vienes a comer Margarita y nos cuentas? —dice su compañera Lisa.

—Ahora mismo bajo, guardadme un sitio, ¿eh?

—Sí, pero no tardes que sabes cómo se pone de gente.

Al fin quedó a solas.

Se hizo con su móvil, buscó un contacto y lo pulsó.

—Notaría Valdez, dígame.

—Trini, soy Margarita, ¿puedes hablar?

—Sí, se han ido todos a comer, ¿qué sucede?

Margarita le hace un apresurado resumen de la situación a su amiga de la juventud.

—Entonces, quieres saber si don Sixto cambió su testamento, y crees que el señor Linar lo reclamará de un momento a otro, ¿es así?

—Sí, no se puede enterar el señor Garrido.

—Mi jefe se ha ido a comer y yo…

—Trini, sólo échale un vistazo. A ver si continúa su hija, Mía, como heredera o está el señor Linar, ¿podrás?

—De acuerdo. Te llamo ahora.

Margarita colgó el teléfono, nerviosa. Le sudaban las manos, el corazón amenazaba con saltar de su pecho y perderse por la oficina. Excepto por los papeles que llevó a la comisaría jamás se vio involucrada en algo así. Pero esto era algo diferente.

Muy diferente.

Mía lo merecía. Era como la hija que siempre quiso tener.

Su móvil vibra sobre la mesa. Continuaba con las llamadas en silencio.

—Trini…

—Margarita, no ha habido ningún cambio, es el mismo testamento, pero si quieres le pregunto a mi jefe cuando regrese esta tarde.

—Sí, hazlo, por favor.

Margarita mira alrededor. Es consciente de que la esperan a comer sus compañeros, si no baja enseguida la acosarán a preguntas.

“Aún no estoy preparada, igual son sólo imaginaciones mías. El señor Linar nunca me gustó, pero…”

Se incorpora, coge el bolso y se dispone a bajar al restaurante donde le aguarda un menú, sin dejar de repasar su breve conversación con Alejo Garrido. ¿Por qué acepta lo que le haya dicho Linar por teléfono? ¿Quién ha vendido la empresa? Que ella sepa sólo lo podría hacer el señor Noriega o la heredera ¿Entonces? Sea lo que sea lo que esté pasando no es bueno, y seguro que ni legal. De ilegalidades sabía mucho don Sixto, aconsejado por don Servando.

Ella es sólo una simple secretaria de dirección que está jugando a… ¿a qué?

De repente detiene sus pasos antes de acceder al restaurante

—Tengo que preguntárselo, tengo que preguntárselo… —murmura al tiempo que extrae el móvil de bolso, con dedos nerviosos busca un contacto.

“Mía”

Desliza el dedo por el icono verde y aguarda.

Un tono… dos.

—Contesta, por favor, Mía.

Tres tonos… cuatro.

—Contesta por…

—¡Margarita! Qué ilu. ¿Se sabe algo de papá? ¿Nos dejan enterrarle?

La secretaria suspira aliviada, al menos ha contestado.

—Todavía no, la investigación sigue bajo secreto de sumario. Te aviso cuando sepa algo. Mía, te llamaba por otra cosa —calla unos segundos.

—Dime, ¿ha pasado algo?

Buena pregunta para la que Margarita no tiene respuesta. ¿Que si ha pasado algo? La verdad es que no lo sabe, quizá está actuando como una histérica, preocupada porque le puedan haber estafado la empresa a un jefe al que no soportaba. Quería decirle esto y más cosas, pero nada más alejado de su intención que preocupar más a la chiquilla, en lugar de compartir sus dudas y sus miedos, se limita a formular una pregunta que parece estar fuera de lugar, o quizá esté totalmente fuera de lugar, vete a saber:

—No… bueno… no, la verdad es que…

“Lo estoy arreglando”

—Margarita, me preocupas.

“Pues sí, lo estoy arreglando”

“Al grano”

Respira con profundidad y asiente un par de veces.

“Suéltalo todo, o mejor, casi todo”

—Mía, esta mañana ha llamado el abogado de tu padre al señor Garrido.

—Al cretino de Alejo, ¿no?

Margarita esboza una tenue sonrisa.

“Le conoce bien”

—Sí, a Alejo Garrido. Le ha dicho que han comprado NORIEGA PROCONS, le ha nombrado nuevo director. ¿Ha hablado contigo?

—¿Quién? ¿Alejo?

De fondo se escucha un murmullo que va incrementando con el paso de los segundos.

—Margarita tengo que colgar, estoy en el metro.

—Sólo dime si te ha llamado Servando Linar, el abogado de tu padre.

—No, no, ¿por qué?

¿Cómo que por qué? Porque tengo un testamento que dice que eres tú la heredera. Sí, le podía haber dicho esto, pero el ruido era cada vez mayor y no, no debía preocuparla más.

—Por saberlo, si se pone en contacto contigo dímelo, ¿vale?

—Sí… Margarita… casi no… te… oigo.

La llamada se interrumpe.

Tras entrar en el restaurante, rechazar el menú, pedirse un sándwich vegetal y resumir en una frase el acontecimiento del día, dejó vagar a su mente mientras sus compañeros despotricaban del nuevo director. De Noriega nadie decía nada, no se atrevían.

De regreso a la oficina, ante la insistencia de su mente que no dejaba de dar y dar vueltas a todo y a nada, se despidió con un ahora subo, voy a la farmacia, para quedarse unos minutos a solas con esa mente dubitativa y sus dudas.

Sus muchas dudas.

¿Debía hacer algo con lo que sabía? ¿A quién le importa que alguien haya vendido la empresa y otro alguien desconocido la haya comprado? ¿Ha pasado lo mismo con las demás empresas de Noriega? ¿Quién narices es ella para meterse dónde nadie la ha llamado? y lo que más le molesta, ¿por qué no se dedica a trabajar que para eso le pagan y deja las investigaciones a quien corresponda?

Suspira ruidosamente. Se ajusta las gafas. Niega lentamente mientras abre el bolso.

—¿Quién me mandaría a mí…? —murmura mientras coge una tarjeta de visita de su cartera.

La lee:

“María Pinta. Inspectora Cuerpo Nacional de Policía”

De nuevo otro suspiro.

“Quién me mandará…”

Le cuesta respirar.

Llama…

40

María Pinta y Diego Olivares salen de la comisaría. Tras recorrer unos pocos pasos del aparcamiento, la inspectora se detiene.

—Todo muy fácil, ¿no te parece? —la mirada en la punta de sus zapatos, pensando. En una mano las llaves del coche. Diego la observa en silencio—. Aparece el cuerpo de Charly en la playa de Mataleñas, su móvil se apaga junto al desfiladero. Encontramos el coche de los hermanos muy cerca de esa playa. Poco después, los móviles se mueven con el coche.

—¿Crees que alguien nos está vacilando?

María levanta la mirada de sus zapatos y la lleva a su compañero.

Se ponen en camino hacia el BMW x6

—Yo no lo hubiese expresado mejor. Me da la sensación de que nos están dirigiendo —vuelve a bajar la mirada. Los ojos medio cerrados —. Aunque si el cuerpo de Charly hubiese tardado más en llegar a la playa, posiblemente el tema del coche de los hermanos y sus móviles les hubiera implicado a ellos más directamente.

Olivares abre la puerta del coche.

—Tiene sentido, habría quedado más real. Llevan a Charly al desfiladero, tiran el cuerpo con su móvil y se van. Sin embargo, al encontrarse el cuerpo antes de tiempo, da la impresión de que todo ha sucedido ahora mismo, que se trata de actos continuos, uno detrás de otro. ¿Por qué iban a esperar a que el cuerpo emergiera para llevarse su coche? —formula la pregunta mientras accede al todoterreno.

—No contaban con que a la sabia naturaleza no le gusta que le tiren cadáveres —dice sentada al volante.

—Nunca había escuchado esa frase, ¿quién la dice?

—Yo —afirma con media sonrisa.

De repente, alguien aparece moviéndose veloz por la derecha del vehículo y se pone delante. Las manos sobre el capó.

—¿Qué narices…? —exclama la inspectora a punto de arrancar.

—Es Castellar, pero…

El oficial de informática rodea el coche hacia la ventana del inspector. Las manos en las patillas de sus pequeñas gafas.

Diego baja la ventanilla.

—Si llego a arrancar, ¿qué?, ¿eh? ¿No se le ocurre otra forma de avisarnos que saltar sobre el capó?, ¿eh? —suelta Pinta echada hacia la ventanilla de Diego visiblemente enfadada, o quizá asustada por lo que podía haber sucedido.

Castellar asiente una vez y otra y otra.

—Sí, sí, lo siento, pero creí que se marchaban —inspectora.

—Por eso mismo precisamente, Castellar, en fin…, ¿qué sucede?

María y Diego descienden del todoterreno.

—Pues verán, he hecho lo que me pidió. Seguí una corazonada que me llevó a ir directamente en el mapa al Paseo Menéndez Pelayo en lugar de ir hacia atrás poco a poco —desvía la mirada—. No quiero decir que…

—Castellar, por favor, díganos qué ha averiguado.

—Sí, sí. Pues eso, que el coche alquilado ha estado aparcado casi doce horas en una calle, mejor dicho, siete horas en los primeros números de la calle Sojo y Lomba, semiesquina con el Paseo del General Dávila y las cinco primeras al final del Paseo de Menéndez Pelayo —suelta del tirón como si pretendiera ganar tiempo.

—¿Y esa calle de Sojo y no sé qué…?

—Ah, sí, está a unos ciento cincuenta metros de Menéndez Pelayo.

Los inspectores cruzan sus miradas. Unas miradas en las que empieza a vislumbrarse preocupación. Unas miradas reconocidas que preceden a la acción inminente. Miradas que no pasan desapercibidas para el oficial Castellar.

—Eh… hay algo más… —dice al ver que los inspectores amenazan con regresar a su lugar en el coche.

“Qué manía con no soltarlo todo a la vez”

Pinta niega levemente.

—Juraría, bueno pondría la mano en el fuego, a que en algún momento deshabilitaron el localizador y después lo volvieron a conectar.

—Interesante, Castellar. Gracias, ha sido de mucha ayuda —apunta Olivares entrando en el coche.

María lo imita y arranca.

—Estos informáticos… —el BMW se encamina hacia la salida—. Otra vez Menéndez Pelayo, Diego. A Carcelén le citan ahí, y va su mujer. Tengo la sensación de estar dando palos de ciego.

—No tan de ciego, María. Estamos en el camino. A ver qué encontramos en ese parque.

El móvil de Olivares emite su habitual señal de llamada.

—Es Paredes —señala mientras activa el altavoz.

—¿Qué sucede, Paredes?

—Estoy con Mínguez junto al coche alquilado de los hermanos Carcelén —expone con la respiración agitada.

—¿Con ellos? —interviene Pinta con un atisbo de esperanza en su voz.

—No, inspectora. Cuando unos compañeros le han dado el alto, el conductor se ha puesto nervioso y ha chocado contra un árbol. Saltó del coche y huyó. Mínguez y yo hemos salido corriendo tras él.

Los inspectores se miran.

—¿Podrías contarlo del tirón sin esperar a que preguntemos? ¿Lo habéis cogido? ¿Están Elia y Jorge Carcelén ahí?

Breve silencio.

—¿Eh? Ah, no, no, pensé que había quedado claro, discúlpenme. El coche lo conducía un *espabilao* que dice que se lo encontró con la puerta abierta y las llaves puestas. Debajo del asiento del conductor encontramos los dos móviles encendidos.

—Llevad el coche y al *espabilao* a comisaria, Paredes. Muy buen trabajo.

—Se gradece, inspector, siempre procuramos hacer nuestro trabajo que…

—Paredes…

Pinta y Olivares detienen el coche varias decenas de metros rebasada la entrada del parque de Menéndez Pelayo. Desconocen con qué pueden encontrarse, posiblemente nada a la vista. Sin embargo, no podían obviar que esta calle guarda relación directa con todos los desaparecidos.

—Estamos cerca, María. No sabría decirte de qué, lo único que sé es que todo confluye aquí.

María escudriña en derredor.

—Creo que nuestra teoría, la que tanto disgusta al jefe, se va confirmando —apunta concentrada.

—¿La de alguien detrás de todo?

—Sí y de todos. Si al menos tuviéramos una idea de dónde buscar, no podemos ir llamando puerta a puerta

Las fichas de dominó continúan cayendo impertérritas.

Pinta clava la mirada a lo lejos. Con un disimulado gesto de cabeza avisa a Olivares.

—Parece…

—Sí…

La mujer avanza con paso decidido. Un pañuelo viste su cabeza. Cruza la calle y se aproxima hasta los inspectores.

Remedios esboza una mueca de incertidumbre.

—Inspectores, lo he visto, estoy segura, bueno, casi segura —su voz parte entrecortada por la falta de aire y la excitación —. Tiene que ser él.

—¿Él? ¿Quién? —quiere saber Olivares.

—Uno de los que me secuestraron, inspector —toma aire—. No se ocupaba de mí, pero le vi varias veces.

Pinta niega repetidamente.

—A ver. ¿Dónde lo ha visto?

Remedios señala hacia la entrada del parque.

—Ahí, juraría que era el que estaba esperándome. No hay muchos hombres tan altos y tan grandes, calvos y con esas enormes patillas —lleva ambas manos ahuecadas a los carrillos.

Los inspectores se miran. Otro dato más a tener en cuenta. Otro dato con Menéndez Pelayo.

¿Otra coincidencia?

No, otra ficha de dominó cayendo.

Pinta y Olivares se quedan mirando a Reme, en silencio.

—No debí escaparme, pero no vi otra salida.

—Sabe que deberíamos arrestarla, ¿verdad? —declara Olivares.

Reme asiente. Su semblante indica cansancio físico, sí, y mental. Son demasiados los años clamando justicia para su marido, otros, escondida. Ahora… bueno, ahora es un todo o nada. Sus hijos han desaparecido, su marido de nuevo detenido.

“Que sea lo que Dios quiera, ojalá sea algo bueno por esta vez”

—Lo sé, inspector —muestra el móvil—. Acaba de llamar Fabio. Me ha dicho que venían aquí. Dice que acaba de recordar algo.

—Sí… —los inspectores son todo oídos.

—Al poco de salir de prisión decidió seguir a Sixto, ver cómo era su vida, qué hacía, lo necesitaba. Uno de esos días, su persecución le trajo hasta aquí.

—¿A esta calle?

—Sí, inspectora. Lo vio salir del número 119, del bufete de abogados Linar y Houston. Le prometí que no llamaría al timbre hasta que llegaran ustedes.

—Bien hecho, doña Remedios —señala Olivares—. Espérenos aquí, que no la vean, quizá la necesitemos.

—De acuerdo.

Pinta y Olivares caminan hacia el número 119, mientras Remedios ha cruzado la calle y avanza en paralelo.

—¿Por qué le has dicho que la necesitaremos?

—No quería meterla más presión —sacude la cabeza—¡Me cago en la leche, María!

—¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido?

—¿Recuerdas que teníamos pendiente una visita al abogado de Noriega?

—Sí, pero todo está yendo tan rápido que aún no lo hemos hecho. ¿Importa eso ahora?

—Mira tu móvil, Cruz nos dio el teléfono de la constructora de Noriega y de su abogado —Olivares se detiene a unos metros del 119, se hace con su libreta de notas del bolsillo de la chaqueta, pasa unas hojas—. Era NORIEGA PROCONS, nos presentamos allí y hablamos con Margarita y un tipo estirado, el subdirector Garrido, ¿recuerdas?

Pinta asiente sin saber a dónde quería llegar.

—Sí, claro. Luego les pedí a Mínguez y Paredes que buscaran a Carcelén.

Diego continúa con la mirada en sus notas.

—Eso es. Entendimos, sigo creyendo que hicimos lo correcto, que la investigación apuntaba a Carcelén y a Noriega, nunca hicimos esa visita a Linar —niega con vehemencia, sin dejar de mirar sus apuntes— ¡Mierda! Es el mismo abogado al que se referían la hermana de Cecilia Tirado, la tal Yoli, y su abogado Gregorio o su marido o lo que coño sea —suelta fuera de sí— ¡¿Cómo he podido estar tan ciego, joder?!

María lleva la mirada a la placa dorada que preside la entrada del palacete del número 119.

—Linar & Houston abogados… inheritance and heritage —murmura— ¿Crees que Servando Linar y el de la placa es la misma persona?

—Cómo dirías tú, blanco y en botella. Podemos llamar por teléfono.

María barre con la mirada la fachada, cada ventana.

—No, los pondríamos sobre aviso. Nos presentamos como parte de la investigación y hablamos con él —saca su móvil.

—¿A quién vas a llamar?

—Voy a pedir refuerzos.

Ambos inspectores se miran. No era necesario añadir nada. Les faltaba un mínimo motivo para llenar las calles del distinguido barrio de coches de policía.

—Entremos. Si tiene algo que ver, nos estamos metiendo en la boca del lobo.

—Así es, compañera, así es.

Pulsan el timbre de la puerta de forja exterior al palacete.

—Arriba, una ventana a la izquierda, han corrido la cortina —dice María mirando al frente.

Con el mayor disimulo posible, el inspector escudriña en la dirección indicada sin detenerse en la ventana.

—¿Sí? —una voz metálica de mujer parte del telefonillo.

—Buenos días, somos los inspectores Pinta y Olivares —ambos muestran sus acreditaciones a la pequeña cámara sobre el altavoz—. Queremos hablar con don Servando Linar.

El resbalón de la puerta salta y se desplaza un par de centímetros. Los inspectores cruzan al pequeño jardín que bordea el bufete de tres

plantas. La puerta principal se abre. Bajo el umbral una mujer de no más de treinta años les aguarda.

—Buenos días, inspectores. Don Servando les recibirá cuanto antes.

—Gracias —responden al unísono accediendo al interior.

Al fondo, un mostrador de recepción con una mujer al otro lado. Varias mesas con sus respectivos ordenadores a ambos extremos del vestíbulo. Una escalera se eleva reptando pegada a la pared. Varias puertas, unas abiertas con personal que entra y sale a paso acelerado. La madera se impone en la decoración, suelo reluciente que cruje a cada paso.

—Por ahí —la mujer señala una puerta.

Una vez que toman asiento, María se vuelve hacia su compañero.

—No sé qué esperaba encontrar, quizá algo más, digamos sospechoso, más tétrico, más evidente. Oye, ¿te has fijado? —pregunta sin mirar a ningún lado en concreto.

—Dos cámaras en el vestíbulo de última generación.

—Otra sobre ese cuadro detrás de mí. Seguro que alguna más que se nos haya escapado.

Si había cámaras, también contarían con equipos de grabación de audio. En algún lugar del palacete verían y escucharían todo lo que sucedía en cada estancia.

—Espero que don Servando pueda echarnos una mano. con la muerte de su cliente —apunta Olivares en un tono lo suficientemente alto para que pueda ser captado.

—Sin duda que debía tener enemigos, ¿Carcelén? Todo apunta hacia él.

María lleva la mano a su móvil que vibra en su pantalón. No reconoce el número, duda si cogerlo o no.

—¿Sí?

—¿Inspectora Pinta?

—Sí, soy yo.

Suave carraspeo al otro lado de la línea.

—Soy Margarita Muñoz, la secretaria del señor Noriega, nos conocimos en…

—La recuerdo perfectamente, dígame.

—Quería comentarle algo acerca del señor Linar y la venta de NORIEGA PROCONS, la hija de don Sixto no sabe nada y…

La inspectora abre los ojos como platos, señala el móvil.

—Deme un minuto que busco un lugar desde el que pueda hablar.

Pinta hace una señal a su compañero y se encaminan a la salida. La mujer que les recibió sale a su encuentro.

—Don Servando está terminando una reunión, me ha pedido que les diga que no tardará.

—Dígale que volveremos para hablar con él. Gracias —señala

Olivares camino de la salida.

Linar no perdía detalle de los monitores que le mostraban imágenes de todo el bufete. Tenía la intención de dejar a los inspectores no menos de veinte minutos esperando. Como hombre ocupado que se le presuponía se trataba de un tiempo más que adecuado para quien quisiera verle sin cita, o sin orden, como era el caso.

Con la mirada en el monitor los vio abandonar el edificio. Se puso en pie, se acercó hasta una de las ventanas de su despacho. Entre dos estores localizó a los policías abandonando el palacete.

—Ha sido esa llamada la que les ha hecho salir —murmura entre dientes.

Su interfono emite un chasquido y regresa a la mesa,

—¿Sí?

—Don Servando, los inspectores se han marchado, dicen que volverán en otro momento.

Linar escupe un exabrupto y vuelve a la ventana. Del bolsillo de su pantalón se hace con un pequeño móvil.

—¿Todo preparado, Faddei?

—Sí, señor.

Linar consulta su reloj.

—En unos minutos el personal se marchará hasta el lunes. Necesito comer algo.

—¿Quiere que le lleve…?

—No, no es necesario.

El fin de semana se presentaba de lo más atractivo, sonrió. Fue una sonrisa breve, lo que tardó en recordar las palabras que cruzaron los inspectores mientras aguardaban. Si eran ciertas no tenían nada contra él.

Un frío cosquilleo recorrió su cuerpo.

Eran muchos años jugando a ser Dios con las vidas ajenas. Muchos años desde la guerra de los Balcanes. Allí comenzó todo: Sólo hizo lo que le ordenaron, para eso le habían preparado. Con lo que no contaba era que le fuese a generar sensaciones difíciles de definir, en ocasiones próximas al orgasmo. El dolor ajeno, el terror, son pura emoción, pura energía.

Es *Fobos.*

41

—Gracias, Margarita —María corta la llamada, se gira hacia Diego, sentando a su derecha en el BMW x6—. ¿Un abogado vendiendo la empresa de su cliente recientemente fallecido sin conocimiento de sus herederos?

—Apuesto a que tiene un poder o un testamento que le permita hacerlo.

Pinta lo mira sorprendida.

—Ah, ¿crees que puede estar actuando legalmente?

Olivares aprieta los labios. Sabe lo que quiere decir su compañera.

—Sí, un abogado con su experiencia se habrá cubierto las espaldas, puede que sea legal —calla unos segundos, la vista a su derecha saltando por la calle—. Lo que no me cuadra es que la hija de Noriega, ¿Mía, has dicho? —Pinta asiente—. Me extraña que Mía no supiera nada. No, al revés, quiero decir que Linar no debe saber que ella tiene un testamento.

—Que Linar no lo supiera es posible que haya sido como un seguro de vida para ella. Oye, Diego, van demasiadas desapariciones, mejor dicho, dos asesinatos, los tres muertos en el chalé de Comillas, los que entraron en la casa de Remedios en el barrio de Monte Corbanera…

—Sin olvidarnos del propio Noriega, su mujer y… nuestra compañera.

—Sí. Nuestra compañera, Ana Boiko, estaba muy, muy cerca. No dejaré que su muerte sea en vano. Esta gente no es nueva aquí. ¿Te parece que antes de volver al bufete de Linar nos enteremos de si hay casos sin resolver, desapariciones extrañas, atropellos con fuga, en los últimos… quince años?

—Y de paso ver qué averiguamos de Linar, desde cuándo está en Santander, de dónde ha salido. No podemos regresar a su despacho con las manos vacías.

—Buena idea. Por cierto, ¿dónde está Remedios?

Ante la pregunta de la inspectora ambos descienden del coche y barren con la mirada la calle de arriba abajo. Deciden caminar en la misma dirección que tomó ella la última vez que la vieron.

Nada. Ni rastro.

—Volvamos a la comisaría —propone el inspector—. Quizá piense que la vamos a arrestar.

—Si sigue así al final lo haré —dice Pinta entrando en el coche—. Ya está bien de mentirnos diciendo que había matado a esos individuos, luego deja a su marido con esos que entraron en su casa, ahora se va —arranca el todoterreno.

—Estará muerta de miedo, María, sobre todo después de reconocer a uno de los que la secuestraron.

—Sí, no es para menos. Si pudiéramos relacionar a ese individuo con Linar… Si registramos el bufete de arriba abajo, las tres plantas estoy convencida de que lo encontramos.

Los inspectores no lo pueden saber, pero, aunque registraran el palacete es muy posible que Faddei no apareciera.

En cuanto acceden al interior de la comisaría, Paula, les señala la espalda de un hombre trajeado que se pierde escaleras abajo.

—Es el abogado de Carcelén.

Los inspectores intercambian sus miradas y se ponen en camino tras los pasos del letrado. Lo ven entrar en la sala de interrogatorios en la que aguarda el expresidiario. Llaman con los nudillos y acceden al interior.

—Bunas tardes, somos los inspectores Pinta y Olivares.

—Inspectores, soy Benigno Gallo, abogado del señor Carcelén. Me preguntaba si está detenido.

—Está aquí para ser interrogado. Como sabe está implicado en tres asesinatos en su chalé de Comillas, y en lesiones con dos individuos en la casa de su mujer en el barrio de Monte Corbanera —expone Olivares tomando asiento.

—Sí, estoy al corriente. Me consta que mi defendido ha ofrecido las oportunas explicaciones. ¿Hay alguna prueba que le vincule directamente con el fallecimiento de esos tres individuos más allá de la defensa propia en una de las muertes? Lamento el fallecimiento de mi colega, don César Tirol —concluye aparentemente afectado.

Los inspectores escuchan conscientes de que está a punto de suceder lo que ya intuían.

Sin aguardar respuesta Benigno Gallo, añade:

—Reconoce que hubo un forcejeo con los dos asaltantes a su hogar. En ambos casos está en su vivienda y es asaltado. No pretendo ejercer su labor, pero me aventuraría a proponer que la resolución está en los propios asaltantes —señala incorporándose.

—La investigación sigue abierta, letrado, así que le pedimos a su representado que esté localizable las veinticuatro horas.

—Lo estará, inspectores, lo estará —asegura tras los pasos de

Carcelén camino de la puerta de la sala de interrogatorios.

Pinta y Olivares aguardan en silencio a que desaparezcan.

—Habrá sido Remedios, por eso se fue. Confío que no cometa ninguna tontería —apunta María— ¿Vamos a ver qué tenemos de Linar?

—Vamos, hay que darse prisa. Los hermanos Carcelén pueden estar secuestrados.

Tras poner al día al comisario, pedirle que recabe de su homólogo en la UDYCO, datos relativos al tal *Fobos* y solicitar ayuda a Paredes y Mínguez para localizar toda la información referente a Servando Linar, Pinta y Olivares se disponen a comenzar su sexta hora analizando datos, expedientes, recortes de prensa nacional e internacional.

—Es como un puñetero fantasma —dice la inspectora frotándose el rostro—. No hay nada de él anterior a trece años. Parece que su relación con Noriega comenzó un año antes del derrumbe del bloque de apartamentos en Isla.

Olivares tiene varios grupos de papeles a un lado. Un grupo por caso antiguo.

La puerta de la sala se abre.

Cruz Perales entra con una carpeta que entrega a María.

—Se lo acaban de enviar al comisario, me ha dicho que es para vosotros. Os he hecho una copia.

—Gracias Cruz.

Pinta se hace con la capeta, la abre y fija la mirada en los folios del interior. Comienza a leer, su concentración aumenta conforme los párrafos se van sucediendo.

—Es la identificación de los dos tipos que asaltaron la casa de Remedios y su curriculum. Están fichados por la Interpol, tienen cuentas pendientes en medio mundo —Pinta lee sin levantar la vista de las hojas—. Son bielorrusos, estamos ante una banda organizada. Se llaman Luka Moroz de 38 años, es el que presenta un pronóstico más complicado y Yerik Kovalov, de 34.

—Una banda que ha perdido ya al menos a cuatro miembros. Dos muertos y dos detenidos —Olivares repasa uno de los grupos de papeles—. Tenemos que filtrar más. Hay cientos de desaparecidos en los últimos quince años —calla unos segundos—, más de la mitad resueltos. Pero…

Pinta buceaba entre la información con el oído apuntando hacia su compañero.

—¿Pero…?

—Pero, dejando a un lado las desapariciones de larga duración, las

de personas mayores, quedan setenta y cinco de entre catorce y treinta y cinco años. De ellos, veinticuatro fueron consideradas como desapariciones voluntarias.

—Mira esto. Antes de que tuviésemos datos de Linar, apenas había un atropello con fuga cada dos o tres años. Después han fallecido por este procedimiento once personas. Algunas en el mismo año.

—Muy interesante… —Olivares da un par de suaves golpes con el índice en una hoja—. Creo que entre lo que acabas de decir del aumento de atropellos y este dato de aquí podría surgir un hilo del que tirar.

—Cuéntame.

—De los otros cincuenta y un desparecidos, cuarenta corresponden a chicos y chicas de entre catorce y dieciocho años, en su mayoría de centros de menores y fugados de sus casas. De los once restantes, cuatro son hombres, y siete mujeres de entre veintidós y treinta años.

Ambos inspectores quedan en silencio unos instantes, mirándose, realizando una rápida valoración de lo que podría significar, si es que significaba algo, la información que traían entre manos.

María se frota la cara, bebe un largo trago de agua. Su semblante cansado no quiere aceptar lo que su experiencia y la investigación le susurran incansables.

Niega lentamente.

—¿Alguien se dedica a raptar a adolescentes y mujeres y atropellar a los que se escapan? —más que una pregunta, lo suelta como un imposible. Estas cosas no pueden suceder hoy en día, menos en Cantabria.

¿O sí?

—Eso parece, María, pero me pregunto, ¿qué narices tiene esto que ver con Noriega y Carcelén?

De nuevo se hace el silencio en la estancia.

Silencio roto por el sonido del teléfono fijo sobre la mesa.

Otra pieza de dominó que cae.

Diego contesta, pulsa el altavoz.

—Inspector, el comisario pregunta por ustedes, le paso.

—Pinta, Olivares, acabo de recibir información de la UDYCO. Según los informes de la inspectora encubierta Ana Boiko, todos los integrantes de la banda respondían ante un tal Faddei.

—¿Es *Fobos*?

—No, inspectora. El tal *Fobos* es un fantasma. Da las órdenes a través de este individuo, Faddei.

Olivares se retrepa en el asiento.

—Jefe… ¿tenemos la identificación de los miembros de la banda? Quiero decir, ¿nuestra compañera Ana Boiko dejó una relación?

Se escuchan sonido de papeles.

—Sí, inspector, se la hago llegar ahora y…

Olivares se inclina sobre el altavoz del teléfono.

—Un momento jefe —lleva la mirada a una de las pizarras— ¿Están en esa relación los dos tipos del chalé de Comillas, Timur Osipov y Yan Lis?

Más sonido de hojas pasando.

—Sí, aquí los tengo.

María coge la carpeta que trajo Cruz Perales, y se hace con la primera hoja.

—¿Y los que entraron en casa de Remedios Palacio por la fuerza, Luka Moroz y Yerik Kovalov?

Se escucha un murmullo al otro lado de la línea.

—Sí, aquí vienen, inspectora.

—¿Cuántos más?

—Eh… cinco, pero me temo que el número es lo de menos, inspector, no creo que tengan problemas para reclutar más sicarios.

—¿Tenemos algún otro dato del tal Faddei o de *Fobos*? —quiere saber María. Ambos inspectores están intentando procesar la información que se les acumula en la cabeza.

—Sobre *Fobos*, destaca que debe tener un cargo que le permita integrarse en la sociedad. Hombre de negocios, reconocido empresario —Pinta y Olivares mantienen silencio a la espera de que el comisario termine—. El tal Faddei es ruso, y su apariencia es la de un tipo alto, muy grande…

—¡¿Calvo y con enormes patillas?!

—Sí, inspectora, ¿lo conoce?

Diego y María se miran, parece que el circulo se va cerrando o al menos comprimiéndose.

—¡Es uno de los que secuestraron a Remedios Palacio! Estamos cerca, jefe. Ella lo reconoció esta mañana, era el tipo que esperaba en el parque.

—Creemos que ha secuestrado a los hermanos Carcelén —interviene Olivares—. Dudo que los retengan en el bufete.

—Puede que no, Olivares, pero en ese bufete saben dónde están y el tal Faddei tiene mucho que decir. Hay algo más inspectores, lo he dejado para el final porque no se me ocurre cómo podemos manejar estos datos.

—Escuchamos, jefe.

—Verán, eh, la inspectora Boiko consiguió que la aceptasen en una reunión,

—No me diga que fue aquí en Santander en el buffe…

—No, Pinta. La reunión tuvo lugar durante un vuelo privado. Allí estaban Faddei, la inspectora Boiko y cuatro individuos más que no le presentaron. Ella iba como guardaespaldas —calla unos instantes

como si dudase de lo acertado o no de continuar—. La cuestión es que durante las horas que estuvieron dando vueltas por el aire, Boiko logró obtener de los vasos las huellas de los cinco asistentes.

Pinta y Olivares se aproximan al altavoz del teléfono como si temieran perderse la información que estaba por llegar.

—Dos individuos rusos, un polaco, otro de la extinta Yugoslavia, así se recoge en un antiguo archivo, y un español.

—¿Servando Linar? —María dispara la pregunta al aire, convencida de que no daría en la diana. Aunque a veces la suerte llama a la puerta y…

No en esta ocasión.

—No, Pinta. Si podemos obtener unas huellas de Linar y compararlas… —de nuevo un breve silencio—. Les mando la documentación y los nombres de los cinco individuos, con sus fotografías. Inspectores…

—¿Sí, jefe?

—Hay que entrar en ese bufete cuanto antes.

—Estamos de acuerdo, a ver si se le ocurre una idea para una orden de registro.

—Me pongo con ello.

Apenas diez minutos más tarde, la oficial de recepción les entrega la documentación enviada por el comisario. Pinta va directamente a las fotografías. La calidad era deficiente en dos de ellas.

—Este es Faddei, seguro —la inspectora le pasa la hoja a su compañero. En ella un hombre calvo de ojos pequeños, mira con descaro a la cámara. Sobre los carrillos destacan dos pobladas patillas.

—Sí, seguro que es él —clava su mirada en la imagen como si la quisiera grabar a fuego en sus recuerdos.

La inspectora va pasando las hojas una a una a Olivares.

—No me suena ninguno, ¿a ti?

El inspector, niega, mientras aguarda con el brazo estirado la última imagen.

María deja la última hoja con el rostro de los integrantes de la reunión en el avión, sobre la mesa, levanta la tapa de un portátil y comienza a teclear:

“Servando Linar”

La imagen de un individuo en diferentes eventos aparece frente a sus ojos. A un lado, sobre la mesa, la fotografía de pésima calidad enviada por el comisario. De frente, a pie de foto, *“… el exitoso abogado don Servando Linar es recibido por el presidente de la Comunidad de Cantabria, don Miguel Ángel Revilla…”*

—Parece que has visto un fantasma —Olivares no pierde detalle de

los cambios en el semblante de su compañera.

Pinta lo mira y esboza una mueca, al tiempo que ladea el rostro de un lado a otro con la mirada saltando del monitor a la hoja, de la hoja al monitor.

—Igual sí —duda—. No sé, Diego. Mira, a ver qué te parece —gira la pantalla y coloca el folio a un lado, bajo la imagen un nombre: Tihomir Vlasic.

—¿El Yugoslavo?

—Cuando tomaron la fotografía, sí. Ahora puede ser serbio, croata… —Pinta no aparta la mirada del rostro de Olivares, pendiente de su reacción. Aparentemente no hay ninguna.

El inspector frunce los labios, no se muestra entusiasmado con la comparación.

—Ningún juez vería parecido alguno.

La inspectora se apoya en el respaldo de la silla con los brazos cruzados sobre el pecho. Los ojos en la pantalla del portátil.

—Seguramente no, pero me interesa más tu opinión. ¿Qué me dices?

—Es hilar muy fino, la fotografía no es nada clara…—vuelve a mirar el monitor y la hoja. Cruza los brazos sobre la nuca y se echa hacia atrás—. Sí, a pesar de todo tiene un aire, la línea de la boca, las cejas, los ojos…

—Estoy segura de que es él, Diego. Vlasic es Linar. Tenemos que entrar en ese despacho cuanto antes… ¡puñetera orden!

—Se me ocurre una idea… —señala Olivares.

Otra ficha de dominó…

42

Fabio Carcelén

Séptimo día en libertad

Remedios Palacio aguarda la llegada de su marido en un apartamento alquilado por su abogado, a nombre de dinero en efectivo y por adelantado, que son las mejores referencias, al que ha enviado a la Jefatura Superior de Policía de Cantabria para rescatar a Fabio.

No las tenía todas consigo, dependían de que los inspectores Pinta y Olivares no hicieran uso de su derecho de retenerle no más de setenta y dos horas. Llegado ese momento o le dejaban en libertad o Fabio pasaría a disposición judicial.

Una vez más era consciente de que su forma de actuar ante los inspectores no era la que se esperaba de una persona en la que se pudiera confiar. Lo sabía, pero no podía permanecer de brazos cruzados con su marido detenido y sus hijos desaparecidos.

"Ojalá sea eso, y sólo estén desaparecidos"

Su móvil emite un aviso de entrada de mensajes.

"*Estamos en camino*"

Logró contener las irrefrenables ganas de coger el teléfono y llamar a Fabio, pero había prometido a Benigno Gallo que aguardaría hasta que ambos llegaran a su nuevo apartamento.

Apenas trascurrieron quince minutos.

El abrazo fue sentido más que largo. La presencia del abogado y la creciente incertidumbre por el paradero de sus hijos les impedía dejarse llevar.

—Si la policía se pone en contacto con ustedes, llámenme —indica el letrado—. Si tienen alguna información que les pueda ayudar para encontrar a sus hijos o cualquier asunto relacionado con los recientes hechos háganmelo saber y yo hablaré con ellos.

—De acuerdo, señor Gallo, le mantendremos informado —convino Remedios acompañándole hasta la puerta—. Muchísimas gracias por

todo.

Benigno asiente.

—Tengan cuidado. Hay gente por ahí que no les quiere bien.

—Lo tendremos.

En cuanto Remedios echó el seguro de la puerta cogió a Fabio de un brazo y se lo llevó al salón.

—Lo he visto, Fabio, lo he visto —suelta cada sílaba envuelta en paños de ansiedad. Ante la mueca de Fabio de no saber de qué narices habla, añade—: A uno de los que me secuestraron. Era el que nos esperaba en el parque.

Fabio mira a Reme. Es una mirada de concentración, de evaluar lo que acaba de escuchar.

—¿Te vio?

Ella agita las manos y niega con vehemencia.

—No, no. Recuerda que creen que estoy muerta.

—Sí, pero no tardará en correr la noticia.

—Linar debe estar detrás o al menos tiene que saber quién lo está, ¿no crees? —se incorpora de un salto— ¡El desgraciado ese tiene a nuestros hijos! —exclama girando sobre sí misma—. Tenemos que darnos prisa.

—¿Viste a ese hombre entrar en el número 119?

Remedios niega al tiempo que vuelve a tomar asiento.

—No, pero lo seguí.

—¿Lo seguiste? Por Dios, Reme, si te llega a descubrir…

—Tuve cuidado, además no fue durante mucho tiempo, lo vi entrar por la parte de atrás de una casa cercana —coge la mano de su marido—. Tienen que ser ellos, Fabio, mira, te cita en una calle donde está su despacho y manda a recogerte a uno de los que me secuestró.

—¿Por qué lo habrá hecho así? Queda poco profesional.

Remedios abre los brazos en cruz y da una palmada.

—Exceso de confianza. Tú no le conoces y nadie iba a pensar que yo podía presentarme en el punto de reunión.

—Tiene sentido. Si pudiéramos dar con ese tipo.

—Se me ocurre una idea para distraerlo…, si tenemos suerte. Tenemos que hablar con Torquemada.

Otra ficha más del dominó empujando a la siguiente.

La puerta del número 119 del Paseo de Menéndez Pelayo emite su habitual sonido acampanado. Faddei acude a atender a los visitantes. En el vestíbulo iluminado entre claroscuros reina un profundo silencio, roto por los insistentes quejidos de la madera a cada paso del gigantón.

Se trata de una esperada visita, provocada por una inesperada llamada de teléfono recibida horas antes. Casi, una llamada de súplica, de esas que Linar sabe manejar para embutirse en piel de cordero. Una llamada que confía sea el fin del ajetreo de los últimos días.

Todo se aceleró con la absurda idea de Sixto de huir del país. Horas después, su fiel Faddei descubre a Verónika hablando por teléfono con alguien de la policía. Tuvo lo que se merece una traidora.

Servando niega lentamente al recordar.

Apenas pudo darle su justo premio: un breve paso por su habitación preferida y un tiro en la cabeza. Sí, Verónika se merecía mucho más, un trabajo a medida, pero no pudo ser, no era momento para el placer, Noriega continuaba con su plan de huida.

—Nunca supiste con quién tratabas, ¿eh, Sixto? —sonríe al recuerdo de su cliente—. Ni siquiera sospechabas que me tiraba a tu mujer y me contaba todo de ti, ¿qué coño ibas a saber tú de mí?

Servando Linar ha escuchado el timbre de la puerta. Lleva una mirada al reloj de pared.

—Puntuales…

Da un sorbo a su querido *Johnnie*, desliza la mirada por el monitor y esboza una mueca de placer al ver a su visita atendida por el bueno de Faddei.

Sí, hoy se pondría el punto final a todo.

Qué fácil fue echar más leña al fuego del odio de los dos chicos. Pobres, uno con su hermano en cama y el otro con su padre muerto por culpa de Carcelén.

Qué fácil convencerlos de que el verdadero cerebro era Noriega y se disponía a huir del país con varios millones de euros en una bolsa de deporte.

Qué fácil animarles a que le siguieran. El plan era simple, Faddei aguardaría en un punto convenido. Linar, aparcado cerca del lugar. Después, fue sencillo trasladar el cuerpo de Verónika al maletero e incendiar el coche con la ayuda de una matriz interferente para enmascarar el acelerante, otro de sus aprendizajes en los Balcanes. ¿Motivo? Ninguno en concreto, sólo despistar a los sesudos forenses de la policía.

Qué bonito es el fuego, qué paz transmite.

Linar tuerce el gesto y apura un sorbo largo.

Muy largo.

Su mirada se cubre de un velo de rabia.

—¡Imbéciles! ¡¿Qué coño creías que iba a pasar?! —de pronto su respiración vuelve a relajarse— ¿Pensabais que unas fotografías y un video casero bastarían para chantajearme? Tengo que reconocer que me sorprendisteis —asegura con la mirada en el techo—, y que casi conseguís hacerme creer que había otras copias.

Sí, un video casero, mejor dicho, breves grabaciones, que mostraban a un individuo extrayendo del maletero de su coche un bulto, que salta por el quitamiedos y desciende hasta un vehículo accidentado en el que otro individuo vierte algo sobre él y coge una bolsa de deporte de una puerta lateral. Las fotos, tiradas desde otro móvil mostraban una escena parecida. Seguramente ningún juez hubiera admitido como prueba ni el vídeo, ni las instantáneas. A Linar no se le podía reconocer, a Faddei quizá su corpulencia le podía delatar.

Daba igual.

Sí, lo único que le importaba, hasta cargarle de una rabia cegadora, era que le chantajeasen.

No lo podía permitir.

Era malo, muy malo para el negocio.

Para que el día terminase redondo sólo faltaría dar una salida a Carcelén, quizá no fuese necesario y las sospechas que le señalaban como dueño de una fortuna en palabras de Sixto fueran seguramente otra mentira de este.

—No me extrañaría, Sixto, siempre fuiste un embustero.

Faddei aparece por una de las puertas de acceso al flamante despacho.

—Le esperan, señor.

—¿Está todo preparado?

—Sí.

Servando Linar se pone en pie. Con la mirada en un antiguo espejo se ajusta la corbata. Asiente a su reflejo, le gusta lo que ve. Del perchero coge la chaqueta y se la pone con gestos pausados.

—Llegó el momento, viejo amigo.

De un cajón de la mesa coge un pequeño pulverizador con sabor a menta y lo lleva a la boca. Lo lamentaba por el regusto a *Johnnie* que saboreaba con placer.

Desciende escalón a escalón, confiado, satisfecho con lo próximo que la vida, sin duda, tiene reservado para un hombre como él. Casi nunca le había fallado. Ese casi se desvaneció al finalizar la guerra de los Balcanes: Saber unirse al caballo ganador nunca fue complicado para Tihomir Vlasic, lo de Servando Linar, fue otro regalo inesperado de la vida. Una nueva identidad que le fue entregada quince años atrás.

Ya nadie le buscaba, excepto la Interpol.

“Si supieran…”

En el vestíbulo, dos mujeres rubias, de porte elegante, se incorporan al verle llegar.

—Mi querida Brigitta, ¿qué tal el vuelo? —saluda con el brazo extendido y una brillante sonrisa de hiena en su rostro.

—Agradable, Servando.

—¡Cuánto tiempo! Aunque por ti veo que no pasa, estás tan espectacular como siempre.

—Gracias y tú tan adulador —en su rostro una extraña mueca.

Las palabras de la exmujer de Sixto Noriega quedaron suspendidas en el aire a la espera de que Linar les otorgarse un sentido. El semblante de la mujer no ayudaba. Según como se analizase se podía vislumbrar un piropo o un dardo bien dirigido a la impostada puesta en escena de su anfitrión.

Linar optó por la primera.

—No, no, sabes que es cierto lo que digo —se gira hacia Mía—. Vaya, tú debes ser la pequeña Mía, perdona, de pequeña nada, eres… toda una mujer —sentencia sin poder disimular un delatador brillo en los ojos, examinándola de arriba abajo, mientras ofrece su mano a modo de saludo.

—Sí, soy Mía —acepta la mano del abogado que se la retiene un par de segundos más de lo esperado.

Linar vuelve el rostro hacia Faddei y lo señala con el pulgar sobre un hombro.

—¿Os ha ofrecido algo?

—Sí, ha sido muy amable, pero no hemos aceptado.

El abogado indica una doble puerta abierta en un extremo del vestíbulo.

—Si os parece podemos pasar a esa sala. Estaremos más cómodos.

Madre e hija se miran y se ponen en camino. Su visita no era para ver a un viejo amigo.

Nada de cortesía.

Linar lo sabía. Sólo negocios.

Tras insistir en que pidieran lo que quisieran de beber, en cuanto Faddei abandonó la sala, Brigitta tomó la palabra.

—Servando, ¿cómo es que pretendes vender la empresa sin consultarnos nada?

“Directa, como a mí me gusta, esto será más rápido de lo esperado”

—Es lo que Sixto quería que hiciese.

—Me niego a creer que no ha pensado en su hija, Servando. No, no es posible.

—Tenía otros planes, Brigitta.

Linar se incorpora. Con un andar estudiado se aproxima hasta la mesa sobre la que descansa una carpeta de cuero. Se hace con ella y regresa.

—Míralo tú misma —en su semblante asoma la misma hiena que en el saludo inicial. Una media sonrisa torcida de triunfo.

—Me la llevo y…

La falsa sonrisa se esfuma unos segundos del rostro del letrado al tiempo que niega con la cabeza.

—No puedo permitirlo, Brigitta. Si quieres consultarla tienes todo el tiempo que necesites, pero aquí —señala la carpeta—. La información que hay en ella me concierne a mí, a nadie más.

La mujer aprieta los labios y baja la vista a la reluciente tapa. Durante unos minutos madre e hija leen la documentación que van dejando sobre la mesa de centro.

—¿Todas estas empresas están a nombre de su… mujer? —señala con el índice apuntando a los papeles sobre la mesa.

—No está todo a su nombre, pero sí una parte importante de su legado —expone con el semblante serio y el alma sonriente.

—No me lo creo. Sixto jamás hubiera dejado sin nada a su hija.

Servando se echa hacia delante, su cabeza se mueve despacio de izquierda a derecha, poco a poco en su cara se va formando una sonrisa condescendiente.

—Entiendo tu confusión. Sixto no os ha puesto al día de sus importantes deudas asumidas con proveedores y conmigo, Brigitta.

Las dos mujeres se miran.

—Sigo sin creerte, Servando.

El letrado se estira en el sofá.

Faddei entra con las bebidas.

La última pieza del dominó está a punto de caer.

—Tenemos su testamento. En él nombra a Mía heredera universal —apunta Brigitta mientras saca un sobre crema alargado del bolso.

Servando Linar niega. Faddei deja los vasos sobre la mesa y se retira unos metros, pocos, muy pocos, es consciente de la turbación de su jefe.

—¿Me permites? —pide Linar con la mano extendida. Su fría mirada impresiona a las dos mujeres.

El abogado separa con pausa la pestaña del sobre, extrae el contenido y lo abre.

Sonríe.

Es una sonrisa dedicada a sus visitantes. Por dentro, la rabia crece sin control. Si tuviera a Sixto delante lo estrujaría con sus propias manos.

“¡Un testamento! “

Sí, los conocía bien y no podía negar que el que le acaban de entregar era del todo legal. El maldito mentiroso lo había vuelto a engañar.

Fobos estaba perdiendo el control.

Faddei lo sabía. Estaba en guardia.

Linar dobla el documento con la aparente intención de introducirlo

de nuevo en el sobre.

Sólo aparente.

—No creí que fuese necesario llegar hasta aquí. Poseo el verdadero testamento de Sixto. Si me acompañáis —puesto en pie señala hacia la puerta.

—El verdadero es ese —asegura Mía con el dedo índice en dirección hacia el documento que Linar sostiene en su mano.

—Veo que también os ha engañado a vosotras, a su familia —niega hipócritamente—. Lo vais a entender enseguida. Lo tengo en mi despacho, será sólo un momento y podréis comprobar que os estoy diciendo la verdad.

Suben por las escaleras en silencio tras Faddei.

—Es esa puerta.

Las mujeres caminan inquietas, nada deberían temer, no físicamente. Echarían un ojo a lo que fuese que les quería mostrar y se marcharían. Dejarían todo en manos de su abogado y del juez.

Si vivían ese momento.

—Entrad.

Una vez en el interior, Linar camina hacia la impactante mesa de despacho. Deja el sobre, se gira y con la mirada saltando de una mujer a otra comienza a rasgar el testamento.

—¡Servando! No te permi…

El duro bofetón cogió a Brigitta por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Mamá! —Mía se lanzó a su lado, apenas fueron dos segundos, justo los que tardó Faddei en cogerla por un brazo y separarla. La joven pugnaba por soltarse, pero otro certero bofetón la disuadió de continuar.

Linar dejó caer los trozos del testamento en el suelo alfombrado. Clavó una mirada gélida en Brigitta.

—¿De verdad pensabas que podías venir aquí y faltarme al respeto? ¡¿De verdad lo pensabas?! ¿¡En mi propia casa?!

Faddei abre una puerta tras una robusta estantería. Al otro lado una reducida estancia. Con un gesto le ordena a Mía que entre. La joven obedece.

—Vamos, Brigitta ¡Entra! —de un empujón la introduce junto a Mía en el ascensor.

Faddei pulsa la tecla *-1*

—¡Las están agrediendo! ¡Hay que entrar ya! —la voz del comisario Redondo pone en marcha a los GEO.

De dos inofensivas furgonetas de reparto comienzan a descender

policías del Grupo Especial de Operaciones al tiempo que varios coches K y Zetas llegan al número 119 iluminando el exterior y avisando con sus sirenas que estaban ahí.

—¡¡Las perdemos!! ¡¡Las perdemos!! —Pinta corre tras sus compañeros. De Brigitta y Mía apenas se escuchan débiles y cada vez más lejanos lamentos—¡Hay que darse prisa!

Por los diminutos pinganillos llega la voz del oficial desde el interior de otro furgón.

—La comunicación se ha perdido.

—¡¡Joder!! —Olivares mira a su compañera.

Su semblante refleja el malestar que le genera la noticia, Suya fue la idea de avisar a Brigitta y a Mía para que cogieran un vuelo cuanto antes. No les iba a pasar nada. La policía estaría rodeando la casa, dispuesta a entrar. Era la única forma de averiguar si los hermanos Carcelén estaban dentro y de comprobar la información recibida de la UDYCO.

Los GEO echan la puerta abajo y acceden al vestíbulo del palacete del 119. Con perfecta sincronización de movimientos se dividen. Unos en la planta baja revisando cada recoveco mientras otros corren veloces a la de arriba.

—Las encontraremos, Diego —susurra Pinta sin dejar de apuntar con su arma al frente.

Cuando el ascensor se detiene, Faddei abre la puerta. Frente a ellos un pasillo tenuemente iluminado por fluorescentes colocados en el techo cada diez metros. Suficiente iluminación para recorrerlo sin tropezarse.

Diez fluorescentes.

Linar se vuelve hacia Brigitta.

—¿Las sirenas de la policía son una mera coincidencia? —unos ojos glaciales sobre una boca escupiendo con desprecio cada sílaba. Baja la mirada a la blusa. Con ambas manos palpa los pechos de una aterrada Brigitta. Agarra con firmeza la tela sin dejar de mirar a la mujer.

Sonríe.

Una sonrisa tan falsa como un *Rolex* de papel. De repente, de un seco tirón saltan por los aires los numerosos y pequeños botones dejando a la vista unos finos cables que parten de un diminuto receptor.

Linar tira con fuerza de los hilos, mientras con la otra mano estalla el dorso en el rostro de Brigitta, partiéndole el labio.

—Veo que viene de familia. Si esto es lo que queréis no os voy a defraudar —dice mirando a la mujer que permanece en el suelo. Con

un gesto le ordena a Faddei que haga lo propio con Mía.

Más finos cables, otro diminuto receptor y dos bofetones.

—En pie, andando ¡Vamos!

Las mujeres caminan delante alentadas por los constantes empujones que reciben a cada metro recorrido. Al final del pasillo, les espera una puerta a la derecha. Faddei activa lo que parece ser una clave en un panel numérico, la puerta se abre, dando paso a una estancia iluminada.

—Dios mío… —Mía lleva las manos al rostro al ver a una chica que podría ser de su misma edad tras unas rejas, a modo de jaula. Está tumbada, viste algo similar a un blusón, es de color blanco, su limpieza contrasta con su rostro demacrado y sucio.

El último empujón las lanza al suelo. Linar pulsa un interruptor. Un espacio que permanecía a oscuras tras un grueso cristal se ilumina.

Brigitta y Mía clavan sus miradas en el hombre desnudo que cuelga por las muñecas de una cadena ajustada al techo. Su rostro hinchado y la sangre que parece empeñada en cubrir su desnudez, las impide seguir contemplando la escena.

—Estos dos también vinieron como vosotras, con engaños. Son los hijos del expresidiario, ¿sabes de quién te hablo? —pregunta inclinado sobre Brigitta.

43

—¡Despejado! ¡Despejado! —hasta los inspectores y el comisario llegan las voces de los GEO revisando cada estancia.

—No hay nadie comisario, seguimos buscando. Tienen que haber huido por algún sitio, y si no…

—Y si no, están aquí, escondidos —concluye Pinta.

—Exacto inspectora —afirma el inspector al cargo del comando operativo.

—Si pretenden abandonar este edificio los cogeremos fuera… —Olivares mira en torno—. Tiene que haber algún lugar donde esconderse.

El inspector del Grupo Especial de Operaciones da las órdenes oportunas para que se vuelva a revisar cada estancia buscando algún hueco por el que puedan haber escapado al menos cuatro personas.

Si había alguna posible huida era cuestión de minutos que dieran con ella. Minutos era lo que no sobraba. La vida de Mía y su madre, sin olvidar las de los hermanos Carcelén estaban en juego.

Unas más que otras.

Es noche cerrada, un Nissan Qashqai, rojo está aparcado en la calle Grupo las Canteras. No tiene salida, excepto por el lado que vigilan. En su interior dos periodistas aguardan acontecimientos. La emisora conectada con la policía acaba de informar de la llegada de varios coches patrulla a la zona. Justo al otro lado de la calle.

Marcelo Torquemada desciende del vehículo, recorre con cautela las tres decenas de metros que le separan de un viejo Skoda Octavia azul marino. Le habían prometido una exclusiva que haría ascender a él y a su compañera varios peldaños en el periódico.

Marcelo se deja ver por la ventana del piloto. Carcelén abre la puerta.

—¿Qué sucede?

El periodista mira a derecha e izquierda.

—La policía está llegando, llevamos aquí casi dos horas y no hemos visto a nadie —se agacha un poco más para poder ver a Remedios— ¿Está segura de que este es el lugar?

Las sirenas llegan hasta sus oídos.

—Están rodeando el número 119 de la calle de arriba, el paseo de Menéndez Pelayo… —Marcelo Torquemada deja flotar la frase en el aire por si le ayuda a Remedios a recapacitar.

Ella comenzaba a hartarse de la desconfianza del periodista.

—No tengo tiempo para dudar, Torquemada, no olvide que estoy buscando a mis hijos, el que los tiene entró por ahí. —estira el brazo con firmeza en dirección a una puerta ubicada en un muro de hormigón, sin número.

—De acuerdo, pero ¿por qué entrar por detrás y no por el acceso principal?

—Imagino que por algún motivo prefería utilizar esta entrada, quizá no quería ser visto.

De repente la puerta de la discordia comienza a abrirse despacio, muy despacio. El suave chirriar de las bisagras llega a oídos de los dos periodistas y del matrimonio Carcelén.

Silencio.

Silencio, roto por el frenético latir de sus corazones.

—¡Entrad!

Brigitta y Mía obedecen la orden de Linar y acceden a una de las celdas. Faddei se encarga de atarlas de pies y manos y silenciar sus gritos, primero con un certero puñetazo por cabeza, después atando un pañuelo a sus bocas.

De lejos llega el sonido de golpes secos.

Cada vez más continuos.

Cada vez más cercanos.

—Volveremos en otro momento, Faddei —asegura Linar mirando a madre e hija—. Esto no va a quedar así.

Eran palabras dichas sin la más mínima convicción. Ambos sabían que su estancia en Santander tocaba a su fin. No era la primera vez que se veían obligados a cambiar de vida, de nombre, de país. Quince años de paz, con la posibilidad de entregarse a su entretenimiento favorito eran impagables. Firmaba otros quince en las mismas condiciones.

Abandonan el sótano del número 106 de Menéndez Pelayo escaleras arriba. Las luces de las sirenas de la policía parpadean sobre las oscuras paredes del salón. Salir en coche por el garaje por mucha sangre fría de la que hicieran gala no parecía ser una opción digna de

ser tenida en cuenta.

—¿Tienes otro coche aparcado detrás?

—Sí, está preparado.

Servando agarra por los hombros a Faddei.

—No sé qué haría sin ti, viejo amigo.

De repente, todo se precipitó.

A Servando le llevó varios segundos comprender por qué de pronto comenzaba a dolerle el costado como si hubiese recibido una descarga brutal. Miró a los ojos a Faddei.

No vio nada especial. Si acaso indiferencia.

De nuevo volvió a sentir el mismo dolor, pero más intenso.

Otra vez y otra.

Otra más.

Linar cae al suelo deslizándose por el cuerpo de su fiel amigo, agarrado a él como si no quisiera desprenderse. Faddei lo mira impertérrito, en su mano izquierda brilla, con las luces intermitentes de la policía que se cuelan por las ventanas, un cuchillo ensangrentado.

Servando lleva la mano al costado.

Asiente.

Asume que su estancia entre los vivos toca a su fin, pero antes necesita saber algo.

Lleva una mirada perdida al que consideraba su viejo amigo. Intenta esbozar un atisbo de sonrisa. Quizá para expresar que su estado de ánimo no es de enfado, al revés, está tremendamente agradecido por su compromiso a lo largo de los años.

Sin embargo…

Intenta balbucear una pregunta.

—Viejo… amigo… —niega muy despacio— ¿Por… por…qué?

Faddei se acerca a un mueble del salón, abre una puerta. Introduce una llave y tira de un pomo. Del interior extrae una bolsa de deporte. La misma que Linar cogió del Lexus de Noriega unos días antes.

—No es nada personal, *Fobos*. Me enseñó que siempre hay que apostar a caballo ganador. Es lo que estoy haciendo.

Servando Linar, o como es conocido en la Interpol, Tihomir Vlasic, *Fobos* para la UDYCO, sonríe al tiempo que escupe bocanadas de sangre.

Fabio Carcelén observa la puerta abrirse. Remedios se agacha en el interior del Skoda Octavia. Torquemada maldice haber dejado la cámara en el coche, al menos llevaba el teléfono móvil encima. Gilda con una mano en el contacto por si hay que salir disparados.

Un hombre vestido de negro se recorta poco a poco en el muro de hormigón que rodea el acceso posterior del palacete ubicado en el 106 del paseo de Menéndez Pelayo. Un hombre calvo y muy grande que porta una bolsa de deporte.

—Es él… —murmura Remedios—. Es él, seguro —confirma al distinguir las patillas.

El corazón de Carcelén aumenta sus latidos a un ritmo difícil de soportar. El de Remedios está próximo a explotar.

La puerta del lado de Fabio continuaba abierta.

Con la mirada en Faddei se repite mentalmente una vez más lo que hace ahí.

"Ese cabrón sabe dónde están mis hijos"

Baja del coche, despacio, no se deja ver.

Reme, sí. Es más, es lo que quiere. Que la vea.

La madre de Elia y Jorge se olvida del plan cuya premisa básica era nada de enfrentamientos. Torquemada tomaría discretas fotos del hombre y Gilda avisaría a la policía.

Un plan sencillo.

Un plan de mierda.

Eso pensó Fabio.

Remedios cruza la calle, directa a su objetivo.

El hombre se detiene. No cree lo que está viendo. Mira a un lado y a otro.

Remedios sigue por su cuenta.

—¿Dónde están mis hijos?

Faddei permanece callado. Aún no da crédito. Avanza incrédulo un par de pasos hacia la mujer que le habla.

—Así que no estás muerta.

—¿Dónde están mis hijos? —insiste.

Faddei lleva su mano derecha hacia arriba con el pulgar apuntando sobre el hombro.

—Dentro —al bajar la mano, de un rápido movimiento golpea el rostro de Remedios con la palma.

De pronto, un alarido inhumano sorprende al que fuera mayordomo, chófer, matón y viejo amigo de Linar. A penas le da tiempo a girarse y comprobar qué coño era ese grito. Un puño, como una coz, alimentado con más de diez años de rabia y de odio, se estrella contra su rostro lanzándolo contra el muro.

Torquemada ha corrido al coche, se ha hecho con la cámara y no para de sacar fotos.

—¡Llama a la policía! —grita hacia su compañera que permanecía con una mano en la llave el contacto.

Faddei levanta la cabeza a tiempo de ver llegar veloz otro puño impactando contra su pómulo. Se escucha el crujir de huesos. Otra

brutal coz se hunde en sus costillas. La *sombra* de Fabio está fuera de sí.

Otra coz. Otra más.

Faddei se enrosca sobre sí mismo, localiza la pistola y dispara. Fabio sale despedido hacia atrás, un árbol detiene su vuelo y cae.

—¡¡No!! —Remedios se lanza sobre su marido.

Fabio lucha por ponerse en pie, vuelve a caer.

Lentamente Faddei se incorpora. Su rostro emana una mezcla de dolor y de rabia.

De mucho dolor y de mucha rabia.

Le están haciendo perder un tiempo que no tiene.

Coge la bolsa de deporte. En la otra mano la pistola.

—¡Hemos llamado a la policía! —la asustada voz de Torquemada se deja oír.

Faddei sabe que si lo que dice es cierto no tardarán porque están al otro lado de la casa. Vuelve a levantar la pistola decidido, apunta a Carcelén, a la cabeza.

Sonríe. Una sonrisa de hiena, aprendida de *Fobos*.

El expresidiario lo mira entregado.

El primer disparo le entra por la sien. El segundo le atraviesa el pecho. Comienza a girar como si tratara de dar los últimos pasos de un macabro baile. Antes de caer al suelo Faddei se ha reunido con Linar.

María Pinta y Diego Olivares corren con sus armas apuntando al frente hasta situarse junto a Reme y Fabio. Detrás, el comisario Redondo y dos miembros de los GEO.

Lo primero que pasa por la cabeza de los inspectores es preguntar qué coño hacían ahí, pero no era momento de preguntas, ya habría tiempo.

—Le han disparado… —Reme vuelve una mirada angustiada hacia su marido.

Olivares se aleja para pedir una ambulancia.

El rostro de Fabio dibuja una mueca que pretende ser una sonrisa dedicada a su mujer.

—Tranquila… estoy… bien —mira a Pinta— ¿Elia y Jorge...?

La inspectora frunce los labios.

—La ambulancia está en camino.

Reme se incorpora de un salto y corre hacia la puerta, pero dos policías le impiden el paso.

—Son mis hijos, por favor…

—Lo comprendo señora, pero no puede pasar. La ambulancia está a punto de llegar.

—¿La ambulancia? ¿Sólo una…?

Reme sale corriendo como si la persiguieran en la peor de sus habituales pesadillas. Rodea el amplio perímetro que ocupa el terreno

del palacete y se asoma a la fachada principal del número 106. Dos mujeres rubias envueltas en sendas mantas térmicas observan a los sanitarios de emergencias mientras trasladan una camilla a la ambulancia.

"¿Sólo una camilla...?"

Una mujer policía sale a su paso.

—No puede pasar señora.

"No, no, sólo una, no…"

La ansiedad, la angustia y el miedo a lo que su cerebro le dice que está pasando, impulsan a Remedios a zafarse de los brazos de la policía y alcanzar la camilla antes de que la introduzcan en el interior.

—Soy su madre…por favor…, por favor —su voz fiel reflejo de la ansiedad que la embarga. Mira al sanitario, al volver la vista al cuerpo sobre la camilla lleva las manos al rostro— ¡Dios mío, Jorge! —a pesar de su desfigurado rostro no tiene ninguna duda. De nuevo, la mirada en el sanitario. Con un hilo de voz se atreve a preguntar—: ¿Está… vivo?

—Sí, señora, pero si queremos que continúe así tenemos que irnos ya al hospital.

—¿La otra ambulancia?

—No lo sé, señora, tenemos que irnos. Vamos al hospital de Valdecilla.

Reme no pierde detalle de los movimientos de los técnicos de emergencias mientras introducen a su hijo en la ambulancia, la rodean uno por cada lado y se alejan envueltos por la estridente la sirena.

Una sirena que duele.

Mira en torno.

Una mirada preñada de preguntas.

—¿Sólo una…?

—Mamá…

Reme se gira hacia la puerta de la casa. Elia corre hacia ella envuelta en otra manta térmica.

Sí, sólo una.

“Hay heridas que,
en vez de abrirnos la piel,
nos abren los ojos”

Pablo Neruda.